LA REVOLUCIÓN RUSA

RICHARD PIPES

Para conmemorar el centenario de la Revolución rusa, se publica por primera vez en español la obra fundamental sobre ese acontecimiento, que marcó decisivamente el siglo XX.

Richard Pipes, historiador de máximo prestigio, especializado en la Rusia contemporánea, publicó en 1990 este volumen que aún no ha sido superado. Monumental y apasionante por la narración de un movimiento cuyo fin era «volver el mundo del revés», tal y como pretendía Trotski, el libro de Pipes presenta una revolución intelectual más que de clase, marcada desde el comienzo por el terror y con elementos propios de un golpe de Estado. Una obra imprescindible.

«Hay pocos intentos de conseguir una obra tan completa. Pipes es un adelantado». *The New York Times*.

«No conozco ningún libro comparable a la hora de explicar qué ocurrió realmente en Rusia». Ronald Hingley, *The New York Times.*

epublibre

Richard Pipes

LA REVOLUCIÓN RUSA

ePub r1.0
Titivillus 22.07.18
EDICIÓN DIGITAL

Título original: *The Russian Revolution*

Richard Pipes, 1990

Traducción: Jaime Collyer Canales (capítulos 12 y 17-18), Raúl García Campos (capítulos 13 y 15), Marcos Pérez Sánchez (capítulos 14 y 16) y Horacio Pons (capítulos 1-11)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

Edición digital: ePubLibre, 2018

Conversión: FS, 2020

1. Lenin, marzo de 1919

Жертвам
A las víctimas

Agradecimientos

En el transcurso del trabajo consagrado a este libro he disfrutado del generoso apoyo del Fondo Nacional para las Humanidades y la Fundación Smith Richardson, a los que quisiera expresar mi caluroso agradecimiento. También doy las gracias al Instituto Hoover de Stanford (California) por permitirme el acceso a sus incomparables colecciones.

Abreviaturas

AAR	*Arjiv Russkoi Revoliutsi* (Archivo de la Revolución Rusa)
BK	*Borba Klassov* (Lucha de Clases)
BM	*Berliner Monatshefte* (Cuadernos Mensuales de Berlín)
Brogkauz & Efron	*Entsiklopedicheski Slovar Ob-va Brogkauz i Efron* (Diccionario Enciclopédico Brockhaus y Efron), 41 vols.
BSE	*Bolshaya Sovietskaya Entsiklopedia* (Gran Enciclopedia Soviética), 65 vols.
Dekreti	*Dekreti sovietskoi vlasti* (Decretos del gobierno soviético), 11 vols., Moscú, 1957
DN	*Dielo Naroda* (Causa del Pueblo)
EV	*Ekonomicheski Vestnik* (Boletín Económico)
EZh	*Ekonomicheskaya Zhizn* (Vida Económica)
Forschungen	*Forschungen zur Osteuropäischen Geschichte* (Investigaciones acerca de la Historia de Europa del Este)

GM	*Golos Minuvshego* (Voz del Pasado)
Granat	*Entsiklopedicheski Slovar Tov-va Granat* (Diccionario Enciclopédico Cooperativa Granat), 55 vols.
IA	*Istoricheski Arjiv* (Archivo Histórico)
IM	*Istorik Marksist* (Historiador Marxista)
IR	*Illustrirovannaya Rossia* (Rusia en Ilustraciones)
ISSSR	*Istoria SSSR* (Historia de la URSS)
IV	*Istoricheski Vestnik* (Boletín Histórico)
IZ	*Istoricheskie Zapiski* (Memorias Históricas)
Jahrbücher	*Jahrbücher Für Geschichte Osteuropas* (Anuario de Historia de Europa del Este)
KA	*Krasnyi Arjiv* (Archivo Rojo)
KL	*Krasnaya Letopis* (Crónica Roja)
KN	*Krasnaya Nov* (Actualidad Roja)
Lenin, Jronika	V. I. Lenin, Biograficheskaya Jronika, 1870-1924 (Crónica biográfica, 1870-1924), 13 vols., Moscú, Editorial de Literatura Política, 1970-1985
Lenin, PSS	V. I. Lenin, *Polnoye sobraniye sochineni* (Obras completas), 5.ª ed., 55 vols., Moscú, Editorial Estatal de Literatura Política, 1958-1965
Lenin,	V. I. Lenin, *Sochinenia* (Obras), 3.ª ed., 30 vols., Moscú y Leningrado, Editorial Estatal,

Sochinenia	1927-1933
LN	*Literaturnoye Nasledstvo* (Herencia Literaria)
LS	*Leninski sbornik* (Antología leniniana)
MG	*Minuvshiye Godi* (Años Pasados)
NChS	*Na Chuzhoi Storonye* (En Tierra Ajena)
ND	*Novyi Den* (Día Nuevo)
NJ	*Narodnoye Joziaistvo* (Editorial Popular)
NoV	*Novoye Vremia* (Tiempo Nuevo)
NS	*Nashe Slovo* (Nuestra Palabra)
NV	*Nash Vek* (Nuestro Siglo)
NVCh	*Novyi Vechernyi Chas* (Nuevo Vespertino)
NZ	*Die Neue Zeit* (Tiempo Moderno)
NZh	*Novaya Zhizn* (Vida Nueva)
OD	L. Mártov *et al.*, eds., *Obshchestvennoye dvizheniye v Rossi v nachale XX-go veka* (El movimiento social en la Rusia de principios del siglo XX), 4 vols., San Petersburgo, Imprenta de la Cooperativa de Utilidad Pública, 1910-1914
Padeniye	P. E. Shcheglovítov, ed., *Padeniye tsarskogo rezhima* (La caída del régimen zarista), 7 vols., Leningrado, Editorial Estatal, 1924-1927
PN	*Posledniye Novosti* (Noticias de Última

PN	Hora)
PR	*Proletarskaya Revoliutsia* (Revolución Proletaria)
PRiP	*Proletarskaya Revoliutsia i Pravo* (Revolución Proletaria y Derecho)
Revoliutsia	N. Avdéiev *et al.*, *Revoliutsia 1917 goda. Jronika sobyti* (Revolución de 1917. Crónica de acontecimientos), 6 vols., Moscú, Editorial Estatal, 1923-1930
RL	*Russkaya Letopis* (Crónica Rusa)
RM	*Russkaya Mysl* (Pensamiento Ruso)
RR	*Russian Review* (Revista Rusa)
RS	*Russkoye Slovo* (Palabra Rusa)
RV	*Russkiye Vedomosti* (Gaceta Rusa)
RZ	*Russkiye Zapiski* (Memorias Rusas)
SB	*Staryi Bolshevik* (Viejo Bolchevique)
SD	*Sotsial-Demokrat* (Socialdemócrata)
SiM	*Strana i Mir* (País y Mundo)
SR	*Slavic Review* (Revista Eslava)
SS	*Soviet Studies* (Estudios Soviéticos)
SUiR	*Sobraniye uzakoneni i rasporiazheni* (Recopilación de Leyes y Mandatos)
SV	*Sotsialisticheski Vestnik* (Boletín Socialista)
SZ	*Sovremennye Zapiski* (Memorias

Contemporaneas)

VCh	*Vechernyi Chas* (Vespertino)
VE	*Vestnik Evropi* (Boletín de Europa)
VI	*Voprosi Istori* (Cuestiones de Historia)
VIKPSS	*Voprosi Istori KPSS* (Cuestiones de Historia del Partido Comunista de la URSS)
VO	*Vechernye Ogni* (Luces Vespertinas)
VS	*Vlast Sovietov* (Poder de los Sóviets)
VZ	*Vierteljahreshefte für Zeitgeschichte* (Cuadernos Trimestrales de Historia)
VZh	*Vestnik Zhizni*(Boletín de Actualidad)
ZhS	*Zhivoye Slovo* (Palabra Viva)

Introducción

Este libro es el primer intento, en cualquier lengua, de presentar un análisis exhaustivo de la Revolución rusa, posiblemente el acontecimiento histórico más importante del siglo XX. No faltan investigaciones sobre el tema, pero se centran en las luchas políticas y militares por el poder en Rusia entre 1917 y 1920. Sin embargo, vista desde la perspectiva que concede el tiempo, la Revolución rusa fue mucho más que una disputa por el poder en un solo país; lo que los vencedores de dicha disputa tenían en mente lo definió uno de sus principales protagonistas, León Trotski: nada menos que «volver el mundo del revés». Con ello se referían a una completa reconfiguración del Estado, la sociedad, la economía y la cultura en todo el mundo, con el objetivo último de crear un nuevo ser humano.

Estas consecuencias de largo alcance de la Revolución rusa no eran evidentes en 1917-1918, en parte porque Occidente consideraba que Rusia se encontraba en la periferia del mundo civilizado y, en parte, porque la revolución en dicho país se produjo en medio de una guerra mundial de una destructividad sin precedentes. En 1917-1918, casi todos los no rusos creían que lo que había ocurrido en Rusia era algo de importancia exclusivamente local, irrelevante para ellos y, en todo caso, destinado a aquietarse una vez que se hubiera restablecido la paz. Pero sucedió lo contrario. Las repercusiones de la Revolución rusa se sentirían en todos los

rincones del planeta durante el resto del siglo.

Los acontecimientos de semejante magnitud no tienen ni un comienzo claro ni un final nítido. Al igual que los historiadores discuten desde hace mucho las fechas de finalización de la Edad Media, el Renacimiento y la Ilustración, no hay un modo indiscutible de determinar la extensión temporal de la Revolución rusa. Lo que puede decirse con certeza es que no comenzó con el derrumbe del zarismo en febrero-marzo de 1917 ni concluyó con la victoria bolchevique en la guerra civil tres años después. El movimiento revolucionario se había convertido en un elemento intrínseco de la historia rusa ya en la década de 1860. La primera fase de la Revolución rusa, en el sentido restringido de la palabra (equivalente a la fase constitucional de la Revolución francesa, 1789-1792), comenzó con la violencia desatada en 1905. Esta se logró controlar mediante una combinación de concesiones y represión, pero reapareció a una escala aún más imponente tras un hiato de doce años, en febrero de 1917, y culminó con el golpe de Estado bolchevique de octubre. Al cabo de tres años de lucha contra los opositores internos y externos, los bolcheviques consiguieron establecer un dominio indiscutido sobre la mayor parte de lo que había sido el Imperio ruso. Pero todavía eran demasiado débiles para llevar a término su ambicioso programa de transformación económica, social y cultural. Había que posponerlo varios años para que el devastado país tuviera tiempo de recuperarse. La revolución se reanudó en 1927-1928 y se consumó diez años más tarde, después de espantosos cataclismos que se cobraron la vida de millones de personas. Cabe decir que solo finalizó con la muerte de Stalin en 1953, cuando sus sucesores impulsaron y llevaron a cabo, a trompicones, una suerte de contrarrevolución desde arriba, que en 1990 parece haber

conducido a un rechazo de buena parte del legado revolucionario.

Así pues, y definida en líneas generales, puede decirse que la Revolución rusa duró un siglo. En un país del tamaño y la población de Rusia, era inevitable que un proceso de esa duración fuera extremadamente complejo. La monarquía autocrática que había gobernado Rusia desde el siglo XIV ya no podía hacer frente a las demandas de modernidad y, poco a poco, cedió posiciones en beneficio de una *intelligentsia* radical en la que el compromiso con unas ideas utópicas de carácter extremo se conjugaba con un ilimitado apetito de poder. Sin embargo, como todos los procesos tan largos, la revolución tuvo su período culminante. A mi juicio, ese período fue el de los veinticinco años transcurridos entre febrero de 1899, con el estallido de los disturbios a gran escala en las universidades rusas, y la muerte de Lenin, acaecida en enero de 1924.

En vista del extremismo de las aspiraciones de los intelectuales que se hicieron cargo del gobierno en octubre de 1917, me ha parecido necesario abordar muchos otros aspectos más allá de la habitual lucha político-militar por el poder. Para los revolucionarios rusos, el poder era simplemente un medio para llegar a un fin, que consistía en la reconfiguración de la especie humana. Durante los primeros años tras su ascenso al poder carecieron de la fortaleza necesaria para alcanzar un objetivo tan contrario a los deseos del pueblo ruso, pero lo intentaron sentando las bases del régimen estalinista, que volvería a intentarlo con recursos mucho más grandes. Dedico una atención considerable a esos antecedentes sociales, económicos y culturales del estalinismo, que, aun cuando fueron impulsados solo de manera imperfecta bajo Lenin, estuvieron desde el inicio en el corazón mismo de la Revolución rusa.

Este volumen se divide en dos partes.

La primera, «La agonía del antiguo régimen», describe la decadencia del zarismo hasta el acontecimiento que marcó su caída, el motín de la guarnición militar de Petrogrado en febrero de 1917, que en un tiempo sorprendentemente breve no solo derrocó a la monarquía, sino que hizo trizas el tejido político y social del país. Se trata de una continuación de mi libro *Russia under the Old Regime*, que describía el desarrollo de la sociedad y el Estado rusos desde sus orígenes hasta finales del siglo XIX. La segunda parte, «Los bolcheviques conquistan Rusia», relata cómo el Partido Bolchevique se hizo con el poder, primero en Petrogrado y luego en las provincias habitadas por los gran-rusos,[1*] e impuso en esta región un régimen de partido único con un aparato terrorista y un sistema económico centralizado. Ambas partes constituyen el presente volumen. Una secuela, *Russia under the New Regime*, se ocupará de la guerra civil, la separación y reintegración de las tierras fronterizas no rusas, las actividades internacionales de la Rusia soviética, las políticas culturales bolcheviques y el régimen comunista tal como cobró forma en el último año de la dictadura de Lenin.

Las dificultades a las que se enfrenta un historiador ante un tema de tanta complejidad y magnitud son formidables. Con todo, no tienen su causa, como suele creerse, en un déficit de fuentes; aunque algunas son, en efecto, inaccesibles (en especial los documentos relacionados con la toma de decisiones por parte de los bolcheviques), las fuentes primarias son más que suficientes y superan la capacidad de asimilación de cualquier persona. El problema del historiador radica más bien en el hecho de que la Revolución rusa, al formar parte de nuestro propio tiempo, es difícil de abordar de manera desapasionada. El gobierno soviético, que controla

el grueso de las fuentes primarias y domina la historiografía, toma la revolución como el fundamento de su legitimidad y quiere que el tratamiento que se le dé implique un respaldo de sus afirmaciones. Al proponer obstinadamente una imagen única de la revolución en las décadas posteriores, logró determinar no solo cómo deben abordarse los acontecimientos, sino cuáles de ellos abordar. Entre los muchos temas que ha dejado en el limbo historiográfico se cuentan el papel de los liberales en las revoluciones de 1905 y 1917; el modo conspirativo en que los bolcheviques tomaron el poder en octubre; el abrumador rechazo por parte de todas las clases sociales, incluidos los trabajadores, de la dominación bolchevique seis meses después de ser instaurada; las relaciones comunistas con la Alemania imperial en 1917-1918; la campaña militar de 1918 contra la aldea rusa y la hambruna de 1921, que se cobró la vida de más de cinco millones de personas. En consecuencia, escribir una historia académica de la Revolución rusa exige, además de asimilar una inmensa cantidad de hechos, liberarse de la camisa de fuerza mental que setenta años de una historiografía políticamente dirigida han conseguido imponer a la profesión. Esta situación no solo se da en Rusia. También en Francia, durante mucho tiempo, la revolución fue sobre todo pasto para la polémica política. La primera cátedra académica consagrada a su historia no fue creada hasta la década de 1880 en la Sorbona, un siglo después del acontecimiento, durante la Tercera República, y cuando 1789 podía tratarse con algún grado de desapasionamiento. Y, aun así, la controversia nunca ha menguado.

Pero, aun abordada de manera académica, la historia de las revoluciones modernas no puede estar despojada de valores; hasta ahora jamás he logrado leer ninguna descripción de las revoluciones francesa o rusa que no revele, pese a la intención

de la mayoría de los autores de mostrarse imparciales, hacia quién se decantan las simpatías de quien la ha escrito. No hace falta buscar mucho para encontrar la razón. Las revoluciones posteriores a 1789 han planteado las cuestiones éticas más fundamentales: si es apropiado destruir instituciones construidas por ensayo y error a lo largo de siglos en aras de sistemas ideales; si tenemos derecho a sacrificar el bienestar y aun la vida de nuestra generación en aras de generaciones que todavía no han nacido, y si es posible remodelar al hombre hasta hacer de él un ser perfectamente virtuoso. Ignorar estas cuestiones, ya planteadas por Edmund Burke dos siglos atrás, es hacer la vista gorda ante las pasiones que inspiraron a quienes hicieron las revoluciones y a quienes les opusieron resistencia. Y es que, en definitiva, las luchas revolucionarias posteriores a 1789 no tienen que ver con la política, sino con la teología.

Así las cosas, el saber académico exige al historiador abordar críticamente sus fuentes y transmitir con honestidad la información que obtiene de ellas. No invita al nihilismo ético, esto es, a aceptar que todo lo sucedido tenía que suceder y, por lo tanto, está más allá del bien y del mal (que era el sentir del filósofo ruso Nikolái Berdiaev, para quien no podemos juzgar la Revolución rusa por la misma razón que no podemos juzgar la aparición de las glaciaciones o la caída del Imperio romano). La revolución no fue obra ni de las fuerzas de la naturaleza ni de masas anónimas, sino de hombres identificables que buscaban su propio beneficio. Si bien tuvo aspectos espontáneos, en lo fundamental fue el resultado de actos deliberados. Como tal, está absolutamente abierta a los juicios de valor.

Hace poco, algunos historiadores franceses propusieron poner fin a la discusión de las causas y el significado de la Revolución francesa, que para ellos está «zanjada». Sin

embargo, un suceso que plantea cuestiones filosóficas y morales tan fundamentales nunca puede tener fin. El debate, en efecto, no es solo acerca de lo ocurrido en el pasado, sino también de lo que pueda ocurrir en el futuro.

RICHARD PIPES

Chesham, New Hampshire,
mayo de 1989

LA REVOLUCIÓN RUSA

IMPERIO RUSO, HACIA 1900
Tierra de Francisco José
NORUEGA
IMPERIO ALEMÁN
SUECIA
OCÉAN
Berlín
Golfo de Botnia
MAR BALTICO
Viena
Revel (Tallin)
Finlandia
MAR DE BARENTS
Varsovia
Helsingfors (Helsinki)
Múrmansk
IMPERIO AUSTROHÚNGARO
Budapest
Polonia
Riga
Nueva Zembla
Vilna
San Petersburgo (Petrogrado)
Brest-Litovsk
Pskov
MAR BLANCO
SERBIA
Minsk
Nóvgorod
Arcángel
MAR DE KARA
Sofía
Smolensk
RUMANIA
Bucarest
Kiev
Vólogda
Círculo Ártico
BULGARIA
Briansk
Moscú
Odesa
Dniéper
Poltava
Riazán
Constantinopla (Estambul)
Nizhni Nóvgorod
Gallípoli
Sebastopol
Járkov
Lípetsk
Volga
Crimea
MAR DE AZOV
Donetsk
Penza
Kazán
Obi
Montes Urales
IMPERIO OTOMANO
MAR NEGRO
Sarátov
Perm
Don
Tsaritsin (Volgogrado)
Simbirsk
Siberia
Samara
Stávropol
Ufá
IMPERIO
Ekaterimburgo (Sverdlovsk)
Cordillera del Cáucaso
Ural
Oremburgo
Tobolsk
Astracán
Occidental
Tbilisi
Irtish
Obi
Yereván
Orsk
Ishim
Ferrocarril Transiberiano
Omsk
Tomsk
Bakú
MAR CASPIO
Bagdad
Novonikoláievsk (Novosibirsk)
MAR DE ARAL
Turquestán
Barnaúl
Teherán
Semipalátinsk
Amu Daria
Sir Daria
Lago Baljash
Asjabad
Bujará
PERSIA
Taskent
Samarcanda
Verni
Ili
Ferganá
AFGANISTÁN
Kabul
INDIA BRITÁNICA
0 200 400 600 800 1.000 Millas

ESTADOS UNIDOS
Alaska
ÁRTICO
MAR DE CHUKCHI
Estrecho de Bering
Isla de Wrangel
Sévernaya Zemlia
Islas de Nueva Siberia
MAR DE SIBERIA ORIENTAL
MAR DE LAPTEV
MAR DE BERING
Círculo Ártico
Lena
Verjoiansk
Siberia
RUSO
Oriental
Ojotsk
Petropávlosk
Tunguska Inferior
Yenisei
Lena
Aldán
MAR DE OJOTSK
Ferrocarril Transiberiano
Lago Baikal
Amur
Distrito de Amur
Irkutsk
Manchuria
Mongolia Exterior
Ulán Bator
Harbin
Vladivostok
MAR DEL JAPÓN
JAPÓN
Tokio
Pekín
COREA
Port Arthur
Tsushima

Primera parte

La agonía del antiguo régimen

> Los paralíticos del gobierno luchan de manera débil e irresoluta, como si carecieran de voluntad, contra los epilépticos de la revolución.
>
> IVÁN SHCHEGLOVÍTOV,
> ministro de Justicia, 1915

1

1905: La convulsión previa

En el prefacio a una novela autobiográfica, Somerset Maugham explica por qué prefiere escribir relatos de una manera más literaria que estrictamente fáctica:

> Los hechos son malos narradores. Comienzan una historia al azar, en general mucho antes del principio, divagan intrascendentes y se apagan poco a poco, dejando cabos sueltos y sin aportar una conclusión […] una historia necesita un esqueleto que la sostenga. El esqueleto de una historia es, por supuesto, su argumento. Ahora bien, un argumento tiene ciertas características de las que no se puede prescindir. Tiene un comienzo, un nudo y un desenlace. […] Esto significa que la historia debe comenzar en un punto y terminar en otro.[1]

El historiador no puede permitirse el lujo de reconfigurar los acontecimientos para adaptarlos al esqueleto de un argumento, lo cual significa que la historia que cuenta no tiene ni un principio claro ni un final definido. Debe comenzar al azar y apagarse poco a poco, inconclusa.

¿Cuándo comenzó la Revolución rusa? En su análisis del naufragio de la Rusia imperial, Piotr Struve, un importante publicista liberal del cambio de siglo, llegó a la conclusión de que la suerte ya estaba echada en 1730, cuando la emperatriz Ana renegó de la promesa de acatar una serie de limitaciones constitucionales que la aristocracia le había impuesto como condición para dejarla subir al trono. También puede argumentarse que la revolución se inició en 1825, con el abortado levantamiento decembrista. Es indudable que en la

década de 1870 había en Rusia un movimiento revolucionario con todas las de la ley; los hombres que lideraron la Revolución de 1917 consideraban a los radicales de esa época como sus precursores.

Sin embargo, si queremos identificar acontecimientos que no solo hayan presagiado 1917, sino que hayan llevado directamente a él, la elección tiene que recaer en los disturbios que estallaron en las universidades rusas en febrero de 1899. Si bien pronto fueron sofocados por la habitual combinación de concesiones y represión, estos disturbios pusieron en marcha un movimiento de protesta contra la autocracia que no menguó hasta el levantamiento revolucionario de 1905-1906. A la larga, esta primera revolución también fue aplastada, pero a costa de importantes concesiones políticas que debilitaron mortalmente a la monarquía rusa. Si es cierto que los acontecimientos históricos tienen un comienzo, el de la Revolución rusa bien pudo ser la huelga general universitaria de febrero de 1899.

Y fue, no cabe duda de ello, un comienzo azaroso. Desde la década de 1860, las instituciones rusas de enseñanza superior habían sido el principal centro de la oposición al régimen zarista; en su mayor parte, los revolucionarios eran, o bien estudiantes universitarios, o bien desertores de la universidad. Hacia finales de siglo había en Rusia diez universidades, así como unas cuantas escuelas especializadas que enseñaban teología, derecho, medicina e ingeniería. El alumnado lo integraban 35.000 estudiantes, en su inmensa mayoría pertenecientes a las clases bajas. En 1911, el contingente más grande estaba compuesto por hijos de sacerdotes, seguidos de los hijos de burócratas y campesinos; los integrantes de la nobleza hereditaria constituían menos del 10 por ciento, la misma proporción que los judíos.[2] El gobierno imperial

necesitaba una élite instruida y promovía la educación superior, pero, con escaso realismo, deseaba limitarla estrictamente a la formación profesional y vocacional. Esa política satisfacía a la mayoría de los estudiantes, que, aunque fueran críticos con el régimen, no querían que la política se inmiscuyera en sus estudios; lo sabemos por encuestas realizadas en 1905, un año revolucionario. Pero cada vez que las autoridades reaccionaban exageradamente ante la minoría radical, algo que solían hacer, los estudiantes cerraban filas.

En 1884, en medio de las «contrarreformas» que siguieron al asesinato de Alejandro II, el gobierno revisó los liberales estatutos universitarios promulgados veintiún años antes. Las nuevas regulaciones despojaron a las universidades de gran parte de su autonomía y las pusieron bajo la supervisión directa del Ministerio de Educación. Sus cuerpos docentes ya no podían elegir a los rectores. La autoridad disciplinaria sobre los estudiantes fue puesta en manos de un inspector estatal externo, que ejercía funciones de policía. Se declararon ilegales las organizaciones estudiantiles, aun en la forma de *zemliachestva*, asociaciones formadas por estudiantes de la misma provincia con fines de asistencia mutua. Como es fácil de imaginar, esas nuevas regulaciones no fueron del agrado de los estudiantes, y su disgusto creció en 1897 con la designación, como ministro de Educación, de Nikolái P. Bogolépov, un profesor de derecho romano que, si bien fue el primer académico en ese cargo, era un conservador adusto e indiferente a quien aquellos apodaron «el convidado de piedra». Aun así, las décadas de 1880 y 1890 fueron un período de relativa calma en las instituciones de enseñanza superior.[img2]

El acontecimiento que hizo añicos esa calma fue insignificante. Por tradición, la Universidad de San

Petersburgo celebraba el 8 de febrero el aniversario de su fundación.[2*] Era habitual que ese día, tras participar en los festejos formales organizados por el cuerpo docente, los estudiantes lo celebraran en el centro de la ciudad. Se trataba solo de divertirse, sin que la política desempeñara papel alguno en ello. Pero en la Rusia de esa época cualquier hecho público que no contara con la aprobación oficial era considerado un acto de insubordinación y, como tal, era político y subversivo. Resueltas a poner fin a esos alborotos, las autoridades solicitaron al rector, el conocido y popular profesor de derecho Vasili I. Serguéievich, que advirtiera a los estudiantes de que dichas celebraciones ya no serían toleradas. La advertencia, difundida en toda la universidad y publicada en la prensa, merece ser citada en su totalidad porque refleja de manera muy fiel la mentalidad policial del régimen:

> No ha sido infrecuente que el 8 de febrero, aniversario de la fundación de la Universidad Imperial de San Petersburgo, los estudiantes perturbaran la paz y el orden tanto en las calles como en lugares públicos de la ciudad. Estos disturbios comienzan inmediatamente después de terminadas las celebraciones universitarias, cuando los estudiantes, al son de canciones y hurras, marchan en multitud hacia el puente del Palacio y toman luego la perspectiva [avenida] Nevski. Al anochecer se registran intrusiones ruidosas en restaurantes, lugares de esparcimiento, el circo y el Pequeño Teatro. Ya entrada la noche, las calles adyacentes a estos establecimientos son cortadas por una multitud excitada, que genera altercados lamentables y el enfado del público. Hace tiempo ya que la sociedad de San Petersburgo ha tomado nota de esos desórdenes; los considera indignantes y culpa a la universidad y a todo el alumnado, aunque solo una pequeña parte de este participa en ellos.
>
> La ley ha tomado medidas preventivas para evitar estos desórdenes e impone a los culpables de violar el orden público una pena de 7 días de cárcel y multas de hasta 25 rublos. Cuando en los tumultos participa una vasta multitud que ignora las órdenes policiales de dispersarse, los participantes quedan sujetos a penas de cárcel de hasta un mes y multas de hasta 100 rublos. Y si es menester apelar a la fuerza para apaciguar el desorden, los culpables deben cumplir sentencias de cárcel de hasta tres meses y pagar multas de hasta 300 rublos.
>
> El 8 de febrero, la policía está obligada a preservar la paz de la misma

> manera que cualquier otro día del año. En caso de alteraciones del orden, tiene la obligación de sofocarlas a cualquier precio. Además, la ley prevé el uso de la fuerza para poner fin a los desórdenes. Los resultados de ese choque con la policía pueden ser sumamente desafortunados. Los culpables serán objeto de arresto, pérdida de privilegios, despido y expulsión de la universidad, así como deportación de la capital. Me siento en la obligación de advertir al alumnado sobre ello. Los estudiantes deben respetar la ley a fin de defender el honor y la dignidad de la universidad.[3]

La imprudente admonición enfureció a los estudiantes. Cuando el 8 de febrero Serguéievich subió al estrado de los oradores, lo abuchearon y silbaron durante veinte minutos. Luego salieron en tropel al son de «Gaudeamus igitur» y *La Marsellesa*. La multitud intentó cruzar el puente del Palacio para entrar en la ciudad, pero, al encontrarlo bloqueado por la policía, se encaminó en cambio hacia el puente Nikoláiev. En él, más policías la esperaban. Los estudiantes declararon que en la refriega resultante habían recibido latigazos, mientras que la policía sostenía haber sido bombardeada con bolas de nieve y pedazos de hielo.

Muy enardecidos, los estudiantes celebraron durante los dos días siguientes asambleas en las que votaron a favor de hacer huelga hasta que el gobierno les garantizara que la policía respetaría sus derechos.[4] Hasta ese momento, las demandas eran bien específicas y de fácil solución.

Pero el movimiento de protesta no tardó en quedar bajo la dirección de radicales a cargo de un fondo de ayuda mutua ilegal (*Kassa vzaimopomoshchi*), que vieron en él una oportunidad de politizar al cuerpo estudiantil. Dirigían el fondo los socialistas, algunos de los cuales desempeñarían más adelante un papel protagonista en el movimiento revolucionario, entre ellos Borís Sávinkov, un futuro terrorista; Iván Kaliáiev, que en 1905 asesinaría al gran duque Sergio, gobernador general de Moscú, y Gueorgui Nosar (Jrustalev), que en octubre de 1905 presidiría el Sóviet de

Petrogrado.[5] En un principio, los dirigentes del fondo desestimaron la huelga como un ejercicio «pueril», pero tomaron las riendas al comprender que el movimiento disfrutaba de un amplio respaldo. Crearon un comité organizador para dirigir la huelga y despacharon emisarios a las otras universidades con peticiones de apoyo. El 15 de febrero, la Universidad de Moscú se unió a la huelga; la siguió la de Kiev, el 17 del mismo mes, y no mucho después todas las grandes instituciones de enseñanza superior del Imperio estaban cerradas. Alrededor de 25.000 estudiantes boicotearon las clases. Los huelguistas llamaban a poner fin a la disciplina arbitraria y la brutalidad policial, sin plantear por el momento exigencias políticas.

Las autoridades respondieron con el arresto de los dirigentes de la huelga. Con todo, funcionarios más liberales se las ingeniaron para convencerlas de que las protestas no tenían una finalidad política y de que lo mejor para contenerlas era satisfacer las legítimas demandas estudiantiles. De hecho, los propios estudiantes huelguistas creían actuar en defensa de la ley y sin cuestionar al régimen zarista.[6] Se formó una comisión encabezada por Piotr S. Vannovski, un ex ministro de la Guerra y venerable general con impecables credenciales conservadoras. Mientras la comisión investigaba, los estudiantes volvieron a clase, ignorando las protestas del comité organizador. La Universidad de San Petersburgo decidió por votación poner fin a la huelga el 1 de marzo, y en Moscú se volvió a las aulas cuatro días después.[7]

Disgustados por el giro de los acontecimientos, los socialistas del comité organizador difundieron el 4 de marzo, en nombre del cuerpo estudiantil, un manifiesto según el cual los hechos del 8 de febrero de 1899 no eran sino «un episodio

más del régimen que impera en Rusia, [un régimen] que se apoya en la arbitrariedad, el secreto [*bezglasnost*] y la más absoluta falta de seguridad, incluida la ausencia de los derechos más indispensables y, en rigor, más sagrados del desarrollo de la individualidad humana».

El manifiesto convocaba a los opositores rusos a «organizarse para la lucha venidera», que solo terminaría «con la consecución de su principal objetivo, el derrocamiento de la autocracia».[8] A juicio del oficial de policía que informaba de estos sucesos, el documento era no tanto la expresión de los desórdenes estudiantiles como un «preludio a la Revolución rusa».[9]

El episodio recién descrito es un microcosmos de la tragedia de la Rusia tardoimperial: demuestra hasta qué punto la revolución fue el resultado, no de condiciones intolerables, sino de actitudes irreconciliables. El gobierno decidió tratar una manifestación inofensiva de personas jóvenes como un acto sedicioso, y en respuesta los intelectuales radicales transformaron las denuncias estudiantiles sobre el maltrato policial en un rechazo general del «sistema». Era absurdo, desde luego, insinuar que las demandas de los estudiantes que dieron origen a la huelga universitaria no podían satisfacerse sin el derrocamiento del régimen político del país; el restablecimiento de los estatutos universitarios de 1863 habría contribuido en gran medida a dar respuesta a dichas demandas, como debieron de creerlo la mayoría de los estudiantes dado que regresaron a las aulas tras la designación de la comisión Vannovski. La técnica de traducir demandas específicas en exigencias políticas generales se convertiría en un procedimiento habitual de los liberales y radicales rusos. Excluía los acuerdos y las reformas parciales; nada, se alegaba, podría mejorar mientras el sistema existente siguiera en pie,

lo cual significaba que la revolución era un requisito previo necesario de cualquier tipo de mejora.

En contra de lo esperado, la comisión Vannovski se puso del lado de los estudiantes y responsabilizó a la policía de los acontecimientos de febrero. La conclusión a la que llegó fue que las huelgas no tenían ni un origen conspirativo ni una intención política; solo eran una manifestación espontánea de la insatisfacción estudiantil a causa del trato recibido. Vannovski propuso un retorno a los estatutos universitarios de 1863, así como una serie de reformas específicas que incluían la legalización de las asambleas estudiantiles y las *zemliachestva*, la reducción del tiempo dedicado al estudio del latín y la abolición de la obligatoriedad del griego. Las autoridades decidieron rechazar estas recomendaciones y prefirieron recurrir a medidas punitivas.[10]

El 29 de julio de 1899, el gobierno promulgó «normas provisionales» por las cuales se disponía que los estudiantes culpables de mala conducta política perderían la prórroga militar. En el momento de su publicación, casi todo el mundo supuso que la medida pretendía atemorizar a los estudiantes y que no sería llevada a la práctica. Pero se equivocaban. En noviembre de 1900, tras un año y medio de calma, estallaron nuevos disturbios estudiantiles, esta vez en Kiev, en protesta por la expulsión de dos estudiantes. En varias universidades se celebraron mítines de protesta en apoyo de Kiev. El 11 de enero de 1901, invocando la ordenanza de julio de 1899, Bogolépov dispuso la incorporación al ejército de 183 estudiantes de esa ciudad. Cuando la Universidad de San Petersburgo fue a la huelga en solidaridad con ellos, 27 de sus estudiantes recibieron un castigo similar. Un mes después, un estudiante llamado Piotr A. Karpóvich mató a tiros a Bogolépov; el ministro fue la primera víctima de la nueva

oleada de terrorismo que en los años siguientes se cobraría miles de ellas. Para sus contemporáneos, las medidas de Bogolépov contra los estudiantes y su asesinato marcaron el inicio de una nueva era revolucionaria.[11]

Se declararon más huelgas universitarias en Járkov, Moscú y Varsovia, y centenares de estudiantes fueron expulsados mediante procedimientos administrativos. En 1901, con la esperanza de calmar la situación, el gobierno designó a Vannovski, que por entonces tenía setenta y ocho años, como sustituto de Bogolépov. El nuevo ministro introdujo modificaciones en las normas universitarias, que autorizaban las reuniones estudiantiles y suavizaban las exigencias respecto de las lenguas antiguas. Pero las concesiones no lograron apaciguar a los estudiantes; en efecto, sus organizaciones las rechazaron con el argumento de que eran una muestra de debilidad y había que aprovecharlas con fines políticos.[12] Incapaz de sosegar a las universidades, Vannovski fue destituido.

En lo sucesivo, las instituciones rusas de enseñanza superior se convirtieron en la plataforma de lanzamiento de la oposición política. Viacheslav Pleve, el archiconservador director del Departamento de Policía, opinaba que «casi todos los regicidas y muchos de los involucrados en crímenes políticos» eran estudiantes.[13] Según el príncipe Yevgueni Nikoláievich Trubetskoi, un académico liberal, las universidades estaban completamente politizadas; los estudiantes se mostraban cada vez menos interesados en los derechos y libertades académicos y solo les importaba la política, lo cual hacía imposible una vida académica normal. En 1906 describió las huelgas universitarias de 1899 como el comienzo de la «crisis general del Estado».[14]

La agitación en las instituciones de enseñanza superior se

producía contra el telón de fondo de un creciente sentimiento opositor en los *zemstvos*, órganos de autogobierno local creados en 1864. En 1890, durante la época de las «contrarreformas», se limitaron sus derechos, medida que suscitó entre sus representantes tanta insatisfacción como los estatutos universitarios de 1884 entre los estudiantes. A finales de la década de 1890, los *zemtsi* comenzaron a celebrar cónclaves nacionales semilegales de visos políticos.[15]

A esas alturas, el gobierno tenía dos alternativas: podía procurar aplacar con concesiones a la oposición, hasta el momento reducida en su mayor parte a los elementos instruidos, o recurrir a medidas represivas aún más duras. Las concesiones habrían sido, qué duda cabe, la elección más prudente, porque la oposición era una alianza poco firme de elementos diversos entre los cuales debería haber sido posible, con un coste relativamente bajo, satisfacer a los más moderados y apartarlos de los revolucionarios. La represión, por otra parte, lanzó a unos en brazos de otros y radicalizó a los moderados. El zar, Nicolás II, se aferraba al absolutismo, en parte porque en virtud de su juramento de coronación se creía obligado a sostener ese sistema y, en parte, porque estaba convencido de que los intelectuales eran incapaces de administrar el imperio. No contrario del todo a hacer algunas concesiones si con ellas se restablecía el orden, no tenía paciencia; cada vez que las concesiones no producían de inmediato el resultado deseado, las abandonaba y recurría a medidas policiales.

Cuando en abril de 1902 un estudiante radical mató al ministro del Interior, Dmitri S. Sipiaguin, se resolvió otorgar a la policía facultades prácticamente ilimitadas. La designación de Viacheslav Pleve como sucesor de Sipiaguin marcó el comienzo de una política de confrontación inflexible

con la «sociedad», una declaración de guerra contra todos los que desafiaran el principio de autoridad. Durante los dos años de actuación de Pleve en ese cargo, Rusia estuvo cerca de convertirse en un Estado policial en el sentido moderno y «totalitario» de la expresión.

Para sus contemporáneos, Pleve era un hombre misterioso; se desconocían hasta la fecha y el lugar de su nacimiento. Su pasado solo salió a la luz recientemente a raíz de unas investigaciones en los archivos.[16] De origen alemán, se había criado en Varsovia. Estudió derecho y luego ejerció durante un tiempo como fiscal. El verdadero inicio de su carrera burocrática se sitúa en 1881, cuando fue nombrado director del recién creado Departamento de Policía, cuyo objetivo era combatir la sedición. Se dice que fingió ser liberal para aspirar al cargo, dependiente del ministerio relativamente ilustrado entonces en funciones.[17] En adelante vivió y trabajó en el fantasmagórico mundo de la contrainteligencia política. La técnica de la infiltración y la provocación le valió éxitos brillantes, ya que con ella logró penetrar en diversas organizaciones revolucionarias y destruirlas. Tenía una excelente comprensión de los problemas relacionados con la seguridad del Estado, una indómita capacidad de trabajo y una gran destreza para acomodarse a los vaivenes de la política de la corte. Personificación del conservadurismo burocrático, no estaba dispuesto a dar voz a la población en los asuntos del Estado. Los cambios que fueran necesarios —y en principio no se oponía a ellos— debían venir de arriba, de la Corona; en palabras de su biógrafo, «no se oponía tanto al cambio como a la pérdida del control».[18] Si bien intolerante con las iniciativas públicas, se avenía a que el gobierno se encargara directamente de todo lo que exigiera reformas del *statu quo*. A su modo de ver, la policía no tenía meramente una función negativa —a saber, impedir la sedición (*kramola*)

—, sino también la misión positiva de actuar con energía en la dirección de las fuerzas que la vida llevaba a la superficie y que, libradas a sí mismas, podían socavar el monopolio político del gobierno. En esta extraordinaria ampliación de las funciones policiales al ámbito de la administración positiva de la sociedad está la semilla del totalitarismo moderno. Como Pleve se negaba a distinguir entre la oposición moderada (leal) y la radical, forjó sin advertirlo un frente unido que, bajo el nombre de Movimiento de Liberación (Osvoboditelnoye Dvizheniye), forzaría al gobierno, en 1904-1905, a dejar de lado sus prerrogativas autocráticas.

Al asumir el cargo, Pleve intentó granjearse el apoyo del ala más conservadora del movimiento de los *zemstvos*, pero siguió tratando a sus representantes como funcionarios gubernamentales y cualquier signo de independencia por su parte como una muestra de insubordinación. Sus esfuerzos por hacer de los *zemstvos* una rama del Ministerio del Interior no solo lo llevaron a perder las simpatías de los miembros conservadores de esos órganos, sino que también radicalizaron a sus constitucionalistas, y como consecuencia de ello hacia 1903 tuvo que abandonar su única iniciativa conciliadora.

La reputación de Pleve entre la opinión pública sufrió un nuevo golpe con el estallido de un feroz pogromo antijudío el Domingo de Pascua (4 de abril) de 1903 en la ciudad de Kishinev, en Besarabia. El balance fue de unos cincuenta judíos muertos, otros muchos heridos y gran parte de sus bienes saqueados o destruidos. No era ningún secreto que a Pleve le disgustaban los judíos, actitud que justificaba por su presunta responsabilidad en la agitación revolucionaria (afirmaba que constituían el 40 por ciento de los revolucionarios). Aunque jamás ha salido a la luz prueba alguna de que hubiera instigado el pogromo de Kishinev, sus

conocidos sentimientos antijudíos, así como su tolerancia con las publicaciones antisemitas, alentaron a las autoridades de Besarabia a creer que no pondría reparos a un hecho de esas características. Por eso, no hicieron nada por impedirlo y tampoco por detenerlo una vez desencadenado. Esta inercia, así como la pronta liberación de los fanáticos cristianos, fortalecieron la convicción, ampliamente compartida, de que él era el responsable. Pleve perdió aún más el favor de la opinión pública con sus políticas de rusificación en Finlandia y Armenia.[img3]

El epítome de su régimen fue un singular experimento de creación de sindicatos manejados por la policía y conocidos como *Zubatovshchina*, nombre que aludía a Serguéi V. Zubátov, el jefe de la policía política de Moscú (la Ojrana). Se trataba de un audaz intento de alejar a los trabajad5ores rusos de la influencia de los revolucionarios mediante la satisfacción de sus demandas económicas. Los trabajadores rusos se habían estado movilizando desde la década de 1880. El naciente movimiento obrero era apolítico y limitaba sus demandas a mejoras en las condiciones de trabajo, los salarios y otras cuestiones propiamente sindicalistas. Pero como en la Rusia de esos tiempos toda actividad gremial organizada era ilegal, las acciones más inocuas (como la creación de círculos educativos o de ayuda mutua) adquirían automáticamente una connotación política y por lo tanto sediciosa. Este hecho fue aprovechado por intelectuales radicales que en la década de 1890 desarrollaron la técnica «de agitación» consistente en incitar a los trabajadores a hacer huelgas económicas, con la esperanza de que la inevitable represión policial los empujara a la política.[19]

Zubátov era un antiguo revolucionario convertido en acérrimo monárquico. Bajo las órdenes de Pleve, había

llegado a dominar la técnica de «trabajar» psicológicamente a los jóvenes revolucionarios para inducirlos a cooperar con las autoridades. En esta tarea había aprendido mucho sobre las demandas obreras y concluido que eran políticamente inofensivas y que solo adquirían un carácter político debido a que las leyes en vigor las consideraban ilegales. Le parecía absurdo que el gobierno, al transformar las legítimas aspiraciones económicas de los trabajadores en delitos políticos, les siguiera el juego a los revolucionarios. En 1898 presentó un informe al jefe de policía de San Petersburgo, Dmitri F. Trépov, en el que sostenía que, para frustrar a los agitadores radicales, era preciso brindar a los trabajadores oportunidades lícitas de mejorar su suerte. Los intelectuales radicales no serían una amenaza seria para el sistema a menos que tuvieran acceso a las masas, y esto podía impedirse si se legitimaban las aspiraciones económicas y culturales de los trabajadores.[20] Zubátov persuadió a Trépov y otros funcionarios influyentes, incluido el gran duque Sergio Alexándrovich, el ultrarreaccionario gobernador general de Moscú, con cuya ayuda comenzó en 1900 a organizar sindicatos oficiales.[21] Esta innovación chocó con la oposición de quienes temían que las organizaciones sindicales auspiciadas por la policía no solo molestaran y confundieran a los empresarios, sino que, en caso de conflictos industriales, pusieran al gobierno en la muy incómoda posición de tener que respaldar a los obreros contra sus patronos. El propio Pleve se mostraba escéptico, pero Zubátov disfrutaba del poderoso apoyo de personas cercanas al zar. Se esperaban grandes cosas de su experimento. En agosto de 1902 fue ascendido a la dirección de la «Sección Especial» del Departamento de Policía, con lo cual quedaba a cargo de todas las oficinas de la Ojrana. Amplió la red de esta última más allá de sus tres sedes originales (San Petersburgo, Moscú

y Varsovia) para establecerla en ciudades de provincia y le asignó muchas funciones antes ejercidas por otros grupos policiales. Exigía que los oficiales se dedicaran a tareas de contrainteligencia política para estar profundamente familiarizados con los escritos de los principales teóricos socialistas, así como con la historia de los partidos europeos de dicha tendencia.[22]

El plan de Zubátov pareció ser ratificado por la avidez con que los trabajadores se incorporaron a los sindicatos auspiciados por la policía. En febrero de 1903, Moscú fue el escenario de un espectáculo extraordinario: 50.000 obreros, encabezados por el gran duque Sergio, marcharon en procesión al monumento de Alejandro II. Trabajadores judíos de la Zona de Reasentamiento, que sufrían una doble desventaja a la hora de organizarse, se afiliaron en un número considerable a los sindicatos de Zubátov.

Sin embargo, el experimento estuvo al borde del fracaso en el verano de 1903, tras el estallido de una huelga general en Odesa. Cuando Pleve ordenó la intervención policial para sofocar el paro, el sindicato local auspiciado por la policía se derrumbó; al respaldar a los patronos, las autoridades revelaban la falsedad de toda la iniciativa. Un mes después, Pleve destituyó a Zubátov, aunque permitió la continuidad de algunos de sus sindicatos e incluso autorizó la creación de otros.[3*]

En enero de 1904, Rusia entró en guerra con Japón. Durante mucho tiempo, los orígenes del conflicto ruso-japonés se malinterpretaron debido a las explicaciones interesadas de Serguéi Witte, el relativamente liberal ministro de Finanzas e implacable enemigo de Pleve, que atribuyó la responsabilidad en parte a reaccionarios que ansiaban desviar la atención de las dificultades internas («Necesitamos una

pequeña guerra victoriosa para evitar la revolución» era la idea que él adjudicaba a Pleve) y en parte a aventureros inescrupulosos allegados a la corte. Hoy se sabe que Pleve no quería una guerra y que los aventureros desempeñaron un papel mucho más limitado de lo que Witte pretendía hacer creer a la posteridad. De hecho, el propio Witte cargó con gran parte de la responsabilidad por el conflicto.[23] Como principal arquitecto de la industrialización de Rusia, ansiaba conseguir mercados extranjeros para sus productos manufacturados. A su juicio, los destinos más prometedores para la exportación estaban en el Lejano Oriente y sobre todo en China. Witte también creía que Rusia podía ser una gran ruta de tránsito de mercancías y pasajeros de Europa occidental al Pacífico, un papel potencial del que la había privado la conclusión, en 1869, del canal de Suez. Con esos objetivos en mente, convenció a Alejandro III de autorizar la construcción de un ferrocarril a través de las inmensas extensiones siberianas. El Transiberiano, iniciado en 1886, iba a ser el ferrocarril más extenso del mundo. Nicolás, que simpatizaba con la idea de la misión de Rusia en el Lejano Oriente, apoyó la iniciativa y la llevó adelante. Las ambiciones rusas en esa región del mundo contaron con el caluroso estímulo del káiser Guillermo II, que procuraba apartar la atención de Rusia de los Balcanes, donde Austria, el principal aliado de Alemania, tenía sus propios planes. (En 1897, mientras navegaba por el Báltico, Guillermo envió un mensaje a Nicolás: «El almirante del Atlántico saluda al almirante del Pacífico».)

En las memorias que escribió tras retirarse de la vida pública, Witte afirmó que si bien había apoyado, en efecto, una vigorosa política rusa en el Lejano Oriente, solo lo había hecho con un objetivo de penetración económica, pero que generales y políticos irresponsables habían desbaratado sus

planes. Esta tesis, sin embargo, no puede sostenerse si se contrasta con las pruebas halladas desde entonces en los archivos. Los planes de Witte para fomentar la penetración económica en el Lejano Oriente estaban impregnados del espíritu imperialista de la época; requerían una fuerte presencia militar que, sin duda, tarde o temprano violaría la soberanía de China y entraría en conflicto con las ambiciones imperiales de Japón. Esta conjetura se convirtió en un hecho cierto en 1895, cuando Witte tuvo la idea de acortar la ruta del Ferrocarril Transiberiano mediante un atajo por la Manchuria china. Por medio de sobornos al estadista Li Hung-chang y la promesa de una alianza defensiva, obtuvo el consentimiento de China. Un convenio en este sentido se firmó en junio de 1896, durante la visita de Li a Moscú para asistir a la coronación de Nicolás II. Los signatarios se comprometían a prestarse ayuda mutua en caso de un ataque a cualquiera de ellos o a Corea. China autorizaba a Rusia a construir una línea hasta Vladivostok a través de Manchuria, con la premisa del respeto de su soberanía en esta provincia.

Rusia violó de inmediato las condiciones del tratado al enviar numerosas unidades policiales y militares a Manchuria y establecer en Harbin una base de operaciones casi independiente. Se destinaron más tropas a esta provincia durante la rebelión de los bóxers contra Occidente (1900), y en 1898 los rusos habían obtenido de China la base naval de Port Arthur mediante un arrendamiento a largo plazo.

Con la adopción de estas medidas, y pese al deseo de Nicolás de mantener relaciones pacíficas y a las reservas de algunos ministros, Rusia se encaminó hacia un enfrentamiento con Japón. En noviembre de 1902, funcionarios rusos de alto rango celebraron una conferencia secreta en Yalta para debatir sobre las quejas de China acerca de las violaciones al tratado y los problemas causados por la

renuencia de los extranjeros a invertir en las empresas rusas del Lejano Oriente. En la reunión se llegó a la conclusión de que Rusia solo podría alcanzar sus objetivos económicos en Manchuria por medio de una intensa colonización; pero, para que los rusos se asentaran allí, el gobierno debía consolidar su autoridad en la región. La opinión unánime de los participantes —Witte incluido— fue que Rusia tenía que anexionarse Manchuria o, como mínimo, controlarla de manera más rigurosa.[24] En los siguientes meses, el ministro de la Guerra, Alexéi N. Kuropatkin, instó a adoptar medidas enérgicas para proteger el Ferrocarril Transiberiano; a su entender, si Rusia no estaba dispuesta a anexionarse Manchuria tendría que retirarse de allí. En febrero de 1903, Nicolás aprobó la anexión.[25]

Los japoneses, que tenían sus propias ambiciones en la región, trataron de impedir un conflicto mediante un acuerdo sobre esferas de influencia; reconocerían los intereses rusos en Manchuria a cambio de que se reconocieran los suyos en Corea. Podría haberse llegado a un acuerdo de esa índole si Nicolás, en agosto de 1903, no hubiera prescindido de Witte como ministro de Finanzas; tras ello la diplomacia rusa en el Lejano Oriente, acéfala, quedó a la deriva. Fue entonces cuando especuladores de las altas esferas sociales, interesados en explotar los recursos madereros coreanos, agravaron las relaciones con Japón.[4*] Convencidos de que Rusia no negociaría, a finales de 1903 los japoneses decidieron ir a la guerra. Aunque sabían de los preparativos de Japón, los rusos no hicieron nada, dispuestos a lograr que la responsabilidad por el inicio de las hostilidades recayera en ese país. Despreciaban por completo a los japoneses; Alejandro III los había calificado de «monos que se hacen los europeos», y el vulgo bromeaba con que asfixiaría a los *makaki* («macacos») con sus gorras.

El 8 de febrero de 1904, sin declarar la guerra, Japón atacó y sitió la base naval de Port Arthur. Tras hundir algunos buques de guerra rusos e inmovilizar el resto, aseguraron su dominio del mar y pudieron desembarcar tropas en la península de Corea. Las batallas ulteriores se libraron en suelo manchuriano a lo largo de la frontera coreana, muy lejos de los centros donde se concentraban la población y la industria de Rusia, lo cual implicó considerables dificultades logísticas para esta, agravadas además por el hecho de que, al estallar la guerra, el Transiberiano aún no estaba en pleno funcionamiento por no haber sido terminado aún un tramo en torno al lago Baikal. En todos los enfrentamientos, Japón demostró contar con un mando de mayor calidad y con mejor información.

La Organización de Combate Socialista Revolucionario, que dirigía las operaciones terroristas del Partido Socialista Revolucionario, tenía a Pleve a la cabeza de su lista de víctimas potenciales. El ministro tomaba todas las precauciones imaginables, pero creía ser más listo que los terroristas porque había hecho la proeza aparentemente imposible de infiltrar a uno de sus agentes, Yevno Azef, en dicha organización. Azef reveló a la policía un intento de asesinato de Pleve y esto condujo a la detención de Grigori A. Gershuni, el fanático terrorista que había fundado y dirigía el grupo. A petición del propio Gershuni, se designó a Azef como su sucesor. En 1903 y 1904 hubo varios otros intentos de asesinar a Pleve, pero por una razón u otra todos fracasaron. A esas alturas, algunos socialistas revolucionarios comenzaban a sospechar de la lealtad de Azef, por lo que este, para salvar su reputación y muy probablemente la vida, se vio por fin en la necesidad de planificar el asesinato. La operación, dirigida por Borís Sávinkov, tuvo éxito; el 15 de julio de 1904, Pleve voló en pedazos por causa de una bomba

lanzada contra su carruaje.[5*]

Cuando fue asesinado, Pleve era objeto de un odio universal. Hasta los liberales responsabilizaron de su asesinato al gobierno y no a los terroristas. Piotr Struve, que por entonces era el director en Alemania del principal órgano liberal, hablaba en nombre de buena parte de la opinión pública al escribir, inmediatamente después del asesinato:

> Los cadáveres de Bogolépov, Sipiaguin, Bogdánovich, Bóbrikov y Von Pleve no son antojos melodramáticos o accidentes románticos de la historia rusa. Esos cuerpos marcan el desarrollo lógico de una autocracia moribunda. La autocracia rusa, en la persona de sus dos últimos emperadores y sus ministros, ha apartado y sigue apartando obstinadamente al país de todos los caminos de un desarrollo político legal y gradual. […] Para el gobierno, lo terrible no es la liquidación física de los Sipiaguin y los Von Pleve, sino la atmósfera pública de resentimiento e indignación generada por estos exponentes de la autoridad, y que engendra en las filas de la sociedad rusa a un vengador tras otro. […] [Pleve] creía posible tener una autocracia que infiltrara a la policía en todo —una autocracia que transformara la legislación, la administración, el saber, la Iglesia, la escuela y la familia en [órganos de la] policía—, y que un régimen de esas características podía dictar a una gran nación las leyes de su desarrollo histórico. Sin embargo, la policía de Von Pleve no fue siquiera capaz de detectar una bomba. ¡Qué lamentable idiota![26] [img4]

Struve y otros liberales llegarían a arrepentirse de estas palabras imprudentes, porque no tardaría en ser evidente que para los terroristas el terrorismo era un modo de vida, dirigido no solo contra la autocracia, sino también contra los propios «caminos de un desarrollo político legal y gradual». Pero en la excitada atmósfera de la época, con la política convertida en un espectáculo deportivo, los terroristas eran ampliamente admirados como heroicos paladines de la libertad.

La muerte de Pleve afectó profundamente a Nicolás; la emotiva entrada de su diario referida a este suceso contrasta de manera llamativa con la fría indiferencia con que registraría, siete años después, la defunción de Stolipin, un

estadista de un calibre incomparablemente mayor, pero para quien Rusia ya no podía ser gobernada como una autocracia. En dos años, Nicolás había perdido a dos ministros del Interior por obra de las bombas. Una vez más tenía frente a sí la alternativa entre la conciliación y la represión. Sus inclinaciones personales lo empujaban a la represión, y bien podría haber elegido a otro conservador intransigente de no haber sido por la corriente ininterrumpida de malas noticias que llegaban del frente de guerra. El 17 de agosto de 1904, una fuerza japonesa en inferioridad numérica atacó al principal ejército ruso cerca de Liaoyang y lo obligó a retirarse a Mukden.

Esto sucedió el 24 de agosto, y al día siguiente Nicolás ofreció el Ministerio del Interior al príncipe Piotr Dmitriévich Sviátopolk-Mirski. En el espectro de la política burocrática, Mirski se situaba en el polo opuesto a Pleve; hombre de la máxima integridad y de temperamento liberal, creía que Rusia solo podría gobernarse con eficacia si el Estado y la sociedad se respetaban y confiaban el uno en la otra. La palabra favorita de su vocabulario era *doveriye*, «confianza». Oficial del Estado Mayor que había ejercido como gobernador en varias provincias y como viceministro del Interior —esto es, jefe de la policía—, representaba a un tipo de burócrata ilustrado más predominante de lo que suele creerse en la Rusia tardoimperial. Rechazaba por completo los métodos policiales de Sipiaguin y Pleve y, en vez de trabajar bajo su mando en el Ministerio del Interior, se había asignado a sí mismo el cargo de gobernador general de Vilna.

El ofrecimiento de Nicolás no alegró en exceso a Mirski. En su vacilación intervenían consideraciones sobre su seguridad personal; seis meses después, al retirarse, brindaría por su buena fortuna, que le había permitido sobrevivir a una misión

tan peligrosa.[27] Pero, además, no creía que una persona con puntos de vista como los suyos pudiera trabajar con la corte. Para evitar malentendidos, expuso ante Nicolás su credo político:

> Poco sabe usted de mí, y tal vez crea que comparto las opiniones de los dos ministros anteriores. No, al contrario: mis puntos de vista están exactamente en el polo opuesto. Después de todo, a pesar de mi amistad con Sipiaguin, tuve que renunciar al cargo de viceministro porque discrepaba de su política. La situación se ha agravado tanto que cabe considerar que el gobierno está en desacuerdo con Rusia. Es imperativo alcanzar la paz; de lo contrario, el país no tardará en dividirse entre quienes vigilan y quienes son vigilados, ¿y entonces qué?[28] [img5]

Mirski le señaló a Nicolás la necesidad de instaurar la tolerancia religiosa, ampliar la competencia del autogobierno (hablaba de sí mismo como un «hombre de los *zemstvos*»), limitar el concepto de delito político a los actos terroristas y la incitación al terror, mejorar el trato dispensado a las minorías, moderar la censura y llamar a consultas a los representantes de los *zemstvos*. Nicolás, cuya educación excluía el desacuerdo explícito, pareció aprobar todo lo que Mirski le había dicho.[29]

La designación de este último para ocupar el cargo administrativo más importante de Rusia gozó de una acogida muy favorable. Como funcionario experimentado y con una amplia base de apoyo popular, Mirski parecía el hombre ideal para resolver la crisis política. Sus principales defectos eran su debilidad de carácter y una falta de decisión en virtud de la cual enviaba señales que inducían a la oposición a creer que el gobierno estaba dispuesto a hacer concesiones más amplias de lo que era realmente su intención.

Mirski se puso de inmediato a trabajar para granjearse el apoyo del público. Abolió los castigos corporales, relajó la censura y devolvió sus cargos a unos cuantos *zemtsi* prominentes deportados por Pleve. Manifestó asimismo su

intención de eliminar las inhabilitaciones que afectaban a los viejos creyentes y mejorar la suerte de los judíos. Suscitó una fuerte impresión con un discurso a los funcionarios del Ministerio del Interior, publicado en la prensa, en el cual decía que la experiencia le había enseñado que el gobierno debía tener una «actitud auténticamente bienintencionada y de confianza hacia las instituciones cívicas y estamentales y hacia la población en general».[30]

Parecía estar naciendo una nueva era. Los *zemtsi* interpretaron en las observaciones de Mirski una invitación a celebrar un congreso nacional. Habían organizado una reunión de ese tipo en 1902, pero de manera clandestina porque era ilegal. La idea de un congreso público de los *zemstvos* se planteó a finales de agosto de 1904, inmediatamente después del nombramiento de Mirski, y obtuvo con rapidez la adhesión de los sectores liberal (constitucionalista) y conservador (eslavófilo) del movimiento. En un principio, los organizadores pretendieron limitar el orden del día a los asuntos de los *zemstvos*, pero, enterados de las observaciones de Mirski, llegaron a la conclusión de que el gobierno recibiría con beneplácito sus opiniones sobre los problemas nacionales y, en consecuencia, ampliaron el orden del día para incluirlos. Los *zemtsi* estimaban esencial institucionalizar los últimos cambios de las políticas gubernamentales; Mirski, después de todo, podía demostrar ser un mero instrumento de las «fuerzas oscuras» —en particular, las camarillas cortesanas— y quedar desplazado tan pronto como hubiera cumplido el objetivo de pacificar el país. En palabras de Dmitri Shípov, el más destacado de los *zemtsi* conservadores, muchos de sus aliados tenían la impresión de que

> hasta ese momento, la confianza en la sociedad solo había sido la expresión del individuo puesto a la cabeza del Ministerio del Interior […]

> era necesario que todo el gobierno asimilara el sentido de la confianza de ese único funcionario, le diese una forma legal y lo protegiera con salvaguardias, lo cual impediría que sus cambios de actitud ante la sociedad dependieran de circunstancias tan fortuitas como las modificaciones del personal al frente de los organismos gubernamentales. Se dijo, además, que era apremiante tomar las medidas pertinentes para la existencia de una actividad legislativa y otorgar participación en esta a un cuerpo representativo nacional.[31]

Según estas palabras, se aspiraba a una Constitución y un Parlamento que legislara. Algunos *zemtsi* conservadores consideraban que esto era ir demasiado lejos, pero, convencidos de que el gobierno quería escuchar todo el abanico de opiniones, aceptaron incluir las propuestas constitucionales en el orden del día del congreso, previsto para comienzos de noviembre.

Cuando tuvo noticia de que los *zemtsi* estaban organizando un congreso nacional, Mirski no solo lo aprobó, sino que pidió y recibió la bendición del zar para que se celebrara. Con ello obtuvo la impresión errónea de que la asamblea se limitaría —como, en los hechos, se habían previsto originalmente— a tratar los asuntos de los *zemstvos*; convencido de ello, confundió sin advertirlo al zar. Al tener noticia de la modificación del orden del día, solicitó a Shípov la postergación del congreso por varios meses. Este juzgó imposible que tuviera el tiempo necesario para ello, por lo cual el ministro le pidió que lo trasladara a Moscú. Como también en esto recibió una negativa, Mirski aceptó que el congreso se celebrara según lo programado, pero bajo la apariencia de una «consulta privada» (*chastnoye soveshchaniye*). Su aprobación daba la impresión engañosa de que el gobierno estaba dispuesto a considerar la posibilidad de un régimen constitucional y parlamentario.

Como esperaba que el Congreso de los Zemstvos elaborara un proyecto constitucional, Mirski le pidió a Serguéi

Krizhanovski, un funcionario de su ministerio, que redactara una contrapropuesta. Su intención era confeccionar un programa que incluyera la mayor cantidad posible de demandas de la oposición que resultaran aceptables para el zar.[32]

En este clima de grandes expectativas, los grupos opositores sintieron que había llegado el momento de aunar fuerzas. El 17 de septiembre, representantes de la Unión de Liberación, de tendencia constitucionalista, celebraron una reunión secreta en París con socialistas revolucionarios y con nacionalistas polacos y finlandeses, para forjar un frente unido contra la autocracia.[6*]

La Conferencia de París fue un preludio al gran Congreso de los Zemstvos celebrado en San Petersburgo entre el 6 y el 9 de noviembre de 1904, un acontecimiento que desde el punto de vista de su importancia histórica puede compararse con los Estados Generales franceses de 1789. La analogía no pasó inadvertida para algunos de los contemporáneos.[33]

El congreso celebró las sesiones en residencias privadas, entre ellas el piso de Vladímir Nabókov (el padre del futuro novelista) en Bolshaya Morskaya, desde el que se veía el Palacio de Invierno.[34] Cuando los delegados llegaban a la capital, la policía les indicaba su punto de reunión.

En el congreso se sometieron a votación unas cuantas resoluciones, la más importante de las cuales —así como la más polémica— llamaba a constituir un Parlamento electo con voz en la elaboración del presupuesto y control sobre la burocracia. Los conservadores se opusieron a esta moción con el argumento de que la democracia política era ajena a las tradiciones históricas de Rusia; querían un cuerpo estrictamente consultivo a la manera de las Asambleas de la Tierra moscovitas, que pusiera en conocimiento del trono los

deseos de sus súbditos pero no se inmiscuyera en la legislación. Fueron derrotados; la resolución a favor de un Parlamento legislativo se impuso por sesenta a treinta y ocho votos. Con todo, se aceptó de manera casi unánime la idea de que el nuevo cuerpo tuviera voz en la confección del presupuesto estatal y supervisara a la burocracia.[35] Era la primera vez en la historia de la Rusia moderna que un cuerpo reunido legalmente —aun cuando fuera bajo la apariencia de una «consulta privada»— emitía resoluciones a favor de una Constitución y un Parlamento, aunque estas palabras tabú no se mencionaran.

A lo largo de las semanas siguientes, el programa adoptado por el Congreso de los Zemstvos fue el texto utilizado por los numerosos cuerpos públicos y privados que se reunieron para pronunciarse sobre las cuestiones nacionales, entre ellos el Consejo Municipal de Moscú, varias asociaciones empresariales y los estudiantes de casi todas las instituciones de enseñanza superior.[36] Para difundir el mensaje lo más ampliamente posible, la Unión de Liberación organizó una campaña de banquetes en todo el país —según el modelo de Francia en 1848—, en los que los invitados brindaban por la libertad y la Constitución.[37] El primero se realizó en San Petersburgo el 20 de noviembre, coincidiendo con el cuadragésimo aniversario de la reforma judicial; 676 escritores y representantes de la *intelligentsia* firmaron una petición en la que se pedían una Constitución democrática y una Asamblea Constituyente. Banquetes similares tuvieron lugar en otras ciudades durante noviembre y diciembre de 1904. La *intelligentsia* socialista, que en un principio había dado rienda suelta a su desprecio por esos asuntos «burgueses», terminó por participar y radicalizar las resoluciones. De los cuarenta y siete banquetes sobre los que existe información, se sabe que treinta y seis se alinearon con

el Congreso de los Zemstvos, mientras que los once restantes fueron más allá y exigieron una Asamblea Constituyente.[38] Las autoridades provinciales, confundidas por las señales contradictorias emitidas desde la capital, no se inmiscuyeron, aun cuando Mirski, en circulares secretas, les había ordenado que impidieran la celebración de los banquetes y los dispersaran si desafiaban las prohibiciones gubernamentales.[39]

Tras la finalización de las sesiones del Congreso de los Zemstvos, Shípov informó a Mirski de sus resoluciones; el ministro escuchó en actitud comprensiva. Más adelante, ese mismo mes, el príncipe Serguéi Trubetskoi, rector de la Universidad de Moscú, presentó a petición de Mirski una propuesta de reforma, que el ministro pasó a Krizhanovski y Lopujin, el director del Departamento de Policía, para que la revisaran con el fin de entregarla al zar.[40]

La propuesta de reforma de Trubetskoi, Krizhanovski y Lopujin que Mirski presentó a Nicolás a comienzos de diciembre de 1904 era una apelación inteligentemente redactada a los instintos conservadores del zar.[41] Los autores consiguieron que las concesiones constitucionales y parlamentarias propuestas parecieran un restablecimiento de viejas prácticas, y no la innovación revolucionaria que realmente eran. Las reformas de Alejandro II, escribían, habían terminado con el régimen «patrimonial» (*votchinnyi*) mediante la introducción de la idea de «interés público». Marcaban

> el fin del viejo orden patrimonial y, con él, de las nociones personalizadas de gobierno. Rusia dejaba de ser la propiedad y el feudo personales de su gobernante. […] [Los conceptos] de «interés público» y «opinión pública» indicaban el surgimiento del Estado impersonal […] con su propio cuerpo político, separado de la persona del gobernante.[42]

Se describía la legalidad (*zakonnost*) como algo íntegramente compatible con la autocracia, porque el zar

seguiría siendo la fuente exclusiva de las leyes, que podía derogar a voluntad. El órgano representativo propuesto —que se concebía limitado a una función consultiva— se presentaba como un retorno a los días de la «verdadera autocracia», cuando los zares escuchaban la voz del pueblo.

El 7 de diciembre, altos funcionarios, presididos por Nicolás, discutieron el borrador de Mirski. La cláusula más polémica requería la incorporación al Consejo de Estado, por entonces un cuerpo exclusivamente integrado por miembros designados, de diputados elegidos por los *zemstvos*. Se trataba de una medida muy modesta, pero lo cierto es que introducía el principio electivo en un sistema político en el que la legislación y la administración eran el coto cerrado del monarca y de funcionarios designados por él. En defensa de su adopción, Mirski sostenía que «garantizaría la tranquilidad interna de mejor manera que las más resueltas medidas policiales».[43] Según Witte, la reunión fue muy emotiva. La mayoría de los ministros se alinearon con Mirski. El principal adversario era Konstantin Pobedonóstsev, procurador del Santo Sínodo y el conservador más influyente del régimen, que veía en la incorporación de representantes elegidos a las instituciones estatales una ruptura funesta en el sistema político tradicional de Rusia. Tras escuchar a ambas partes, Nicolás aprobó todas las propuestas de Mirski. Los presentes se retiraron de la reunión con la sensación de haber sido testigos de un acontecimiento trascendental en la historia rusa.[44]

A solicitud del zar, Witte preparó un documento formal para su firma. Pero Nicolás se lo repensó; necesitaba que le dieran alguna garantía. Antes de firmar y convertir el documento en ley, consultó al gran duque Sergio y a Witte. Ambos aconsejaron no sumar representantes elegidos al

Consejo de Estado; Sergio por convicción y Witte, más probablemente, por oportunismo. Nicolás no necesitaba mucho para que lo convencieran; aliviado, tachó esta medida. «Jamás, bajo ninguna circunstancia —le dijo a Witte—, aprobaré una forma representativa de gobierno, porque la considero perjudicial para el pueblo cuyo cuidado me ha confiado Dios».[45]

Al enterarse del cambio de opinión del zar acerca de la principal medida de su borrador, Mirski se hundió en el desánimo. Convencido de que todo estaba perdido, ofreció su renuncia, pero Nicolás lo indujo a permanecer en el cargo.

El 12 de diciembre de 1904, el gobierno hizo pública una ley «concerniente a la mejora del orden político», que, pese a su título, anunciaba todo tipo de reformas, salvo en el ámbito de la política.[46] Un conjunto de medidas se referían a la condición del campesinado, «tan presente en NUESTRO corazón». Otras se ocupaban de los derechos jurídicos y civiles de la población. Los funcionarios gubernamentales deberían rendir cuentas de sus faltas. La esfera de actividad de los *zemstvos* se ampliaría y sus instituciones se incorporarían a unidades administrativas inferiores. Había promesas de un seguro estatal para los trabajadores, una justicia equitativa, tolerancia religiosa y una suavización de la censura. Se modificarían, además, las regulaciones de emergencia de 1881 que habilitaban la suspensión de los derechos civiles en zonas bajo protección.

Todas estas medidas tuvieron una acogida favorable, pero la completa ausencia de concesiones políticas fue considerada en general un rechazo de las demandas del Congreso de los Zemstvos de noviembre de 1904.[47] Por eso se estimó improbable que la ley del 12 de diciembre resolviera la crisis nacional, que era de naturaleza sobre todo política.

Se crearon comisiones para redactar leyes que aplicaran el edicto del 12 de diciembre, pero sin resultado porque ni Nicolás ni la corte querían cambios y preferían dar largas al asunto. Quizá esperaban algún milagro, acaso una victoria decisiva sobre los japoneses ahora que el ministro de la Guerra, Kuropatkin, había asumido personalmente el mando de los ejércitos rusos en el Lejano Oriente. El 2 de octubre la flota del Báltico zarpó para romper el cerco sobre Port Arthur.

Pero no hubo ningún milagro. Por el contrario, el 20 de diciembre de 1904/2 de enero de 1905, Port Arthur se rindió. Los japoneses capturaron 25.000 prisioneros y lo que quedaba de la flota rusa del Pacífico.

A lo largo de 1904, las masas de Rusia se mantuvieron en calma; las presiones revolucionarias sobre el gobierno procedían exclusivamente de la élite social, a saber, los estudiantes universitarios y el resto de la *intelligentsia*, así como de la nobleza de los *zemstvos*. La tendencia dominante era liberal y «burguesa». En esas circunstancias, los socialistas desempeñaron un papel secundario, como terroristas y agitadores. La población en general —tanto los campesinos como los obreros— observaba el conflicto desde fuera. Tal como Struve escribió el 2 de enero de 1905: «En Rusia no hay todavía un pueblo revolucionario».[48] La pasividad de las masas alentó al gobierno a librar un combate de retaguardia contra los opositores, con la esperanza de que, mientras las demandas de cambio político quedaran confinadas en la «sociedad», podría rechazarlas. Todo esto cambió dramáticamente el 9 de enero con la matanza de manifestantes obreros en San Petersburgo. El llamado Domingo Sangriento expandió la fiebre revolucionaria a todos los estratos de la población e hizo de la revolución un

verdadero fenómeno de masas; si el Congreso de los Zemstvos de 1904 fue los Estados Generales rusos, el Domingo Sangriento fue su toma de la Bastilla.

Dicho esto, sería incorrecto situar el comienzo de la Revolución de 1905 el 9 de enero, porque para entonces hacía más de un año que el gobierno estaba sitiado. En rigor, el Domingo Sangriento no se habría producido de no haber sido por el clima de crisis política generado por el Congreso de los Zemstvos y la campaña de banquetes.

Se recordará que en 1903 Pleve había destituido a Zubátov sin abandonar, pese a todo, el experimento de los sindicatos puestos bajo los auspicios de la policía. Uno de los sindicatos que autorizó tras el cese de Zubátov era dirigido por un sacerdote, el padre Gueorgui Gapón.[49] Hijo de un campesino ucraniano, Gapón era una figura carismática que se identificaba de todo corazón con los trabajadores y sus aflicciones. Su inspiración era León Tolstói, y solo aceptó cooperar con las autoridades tras muchas vacilaciones. Con la bendición del gobernador general de la capital, I. A. Fullon, fundó la Asamblea de Trabajadores Rusos de Fábricas y Talleres para buscar la elevación moral y cultural de la clase obrera. (Hacía hincapié en la religión y no en los problemas económicos, y solo admitía a cristianos.) Pleve aprobó el sindicato de Gapón en febrero de 1904. La organización se volvió muy popular y abrió secciones en diferentes barrios de la ciudad; hacia finales de 1904 se decía que contaba con 11.000 miembros y 8.000 asociados,[50] por lo que empequeñecía a la organización socialdemócrata de San Petersburgo, para empezar numéricamente insignificante y, además, compuesta casi en su totalidad por estudiantes. La policía vigilaba las actividades de Gapón con sentimientos encontrados, puesto que, al prosperar, su organización

comenzó a mostrar señales preocupantes de independencia, hasta el punto de intentar, sin autorización, establecer filiales en Moscú y Kiev. Es difícil decir qué tenía en mente Gapón, pero no hay razón alguna para considerarlo un «agente policial» en el sentido corriente de la expresión —es decir, un hombre que traicionaba a sus camaradas por dinero—, porque simpatizaba sin lugar a dudas con sus trabajadores y se identificaba con sus aspiraciones. A diferencia del agente provocador común y corriente, tampoco ocultaba sus conexiones con las autoridades; el gobernador Fullon participaba abiertamente en algunas de sus actividades.[51] En rigor, hacia finales de 1904 costaba decidir si la policía usaba a Gapón o este a aquella, porque para entonces el sacerdote se había convertido en el dirigente sindical más destacado de Rusia.

Al principio, la única preocupación de Gapón era el bienestar espiritual de su rebaño. Pero a finales de 1904, impresionado por el Congreso de los Zemstvos y la campaña de banquetes, y posiblemente temeroso de quedar aislado, llegó a la conclusión de que la Asamblea tenía que hacer política, codo con codo con los otros estamentos.[52] Trató de entablar contacto con los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, pero estos lo desdeñaron. En noviembre de 1904 se comunicó con la sección petersburguesa de la Unión de Liberación, que vio con alegría la posibilidad de hacerlo participar en su campaña. Según cuenta el propio Gapón en sus memorias:

> Entretanto, en noviembre se celebró el gran Congreso de los Zemstvos, al que siguió la petición de los abogados rusos en el sentido de que se garantizaran la ley y la libertad. No pude sino sentir que estaba cerca el día en que arrebataríamos la libertad de manos de nuestros antiguos opresores, y al mismo tiempo temía con espanto que, por falta de apoyo de las masas, el esfuerzo fracasara. Me reuní con varios intelectuales liberales y les pedí su opinión sobre lo que podrían hacer los trabajadores para colaborar con el movimiento de liberación. Me aconsejaron que también nosotros

> redactáramos una petición y la presentáramos al gobierno. Pero no me pareció que tal petición fuera de mucho valor a menos que la acompañara una gran huelga industrial.[7*]

El testimonio de Gapón no deja lugar a dudas sobre el hecho de que la petición obrera que terminó en el Domingo Sangriento la formularon sus asesores del Movimiento de Liberación como parte de la campaña de banquetes y reuniones profesionales. A finales de noviembre, Gapón aceptó incorporar a su Asamblea las resoluciones del Congreso de los Zemstvos y repartir entre sus miembros publicaciones de la Unión de Liberación.[53] [img6]

La oportunidad de declarar una gran huelga se presentó el 20 de diciembre de 1904, a raíz del despido de Putílov, la empresa industrial más grande de la capital, de cuatro obreros que eran miembros de su Asamblea. Como la dirección de la fábrica había creado poco tiempo atrás un sindicato rival, los trabajadores consideraron los despidos como un ataque contra su Asamblea y se declararon en huelga. Otras fábricas pararon en solidaridad. El 7 de enero, los huelguistas se cifraban en 82.000; al día siguiente la cantidad llegaba a 120.000. Por entonces, San Petersburgo carecía de electricidad y diarios, y todos los centros públicos estaban cerrados.[54]

Imitando la campaña de banquetes, el 6 de enero Gapón programó para el domingo siguiente una procesión de trabajadores al Palacio de Invierno para entregar una petición al zar. Como sucedía con todos los documentos redactados por la Unión de Liberación o con su ayuda, dicha petición generalizaba y politizaba demandas específicas y apolíticas, con el argumento de que la condición de los obreros no podía mejorarse sin un cambio radical del sistema político. Escrita en un lenguaje poco natural que pretendía imitar el discurso obrero, instaba a convocar una Asamblea Constituyente y planteaba otras demandas tomadas del programa de la Unión

de Liberación.[55] Gapón envió copias del documento a varios altos funcionarios. Los preparativos de la manifestación siguieron adelante a pesar de la oposición de los socialistas.

Como la Asamblea de Gapón contaba con la aprobación oficial, los trabajadores no tenían motivos para pensar que la manifestación programada pudiera no ser ordenada y pacífica. Pero el gobierno temía que una procesión de miles de obreros escapara a su control y generara una ruptura del orden público. A ojos de las autoridades, Gapón era menos un agente de la policía que un «socialista fanático» que explotaba la protección policial en beneficio de sus objetivos revolucionarios. Existía, además, el temor de que los socialistas aprovecharan la agitación para impulsar sus propios planes.[56] El 7 de enero, Fullon llamó a los trabajadores a mantenerse al margen y amenazó con utilizar la fuerza en caso necesario. Al día siguiente se emitió una orden de arresto contra Gapón, pero este logró ocultarse.

Esa misma noche (8 de enero) Mirski convocó a una reunión urgente a los ministros y los altos funcionarios que estuvieran disponibles, un encuentro improvisado para ocuparse de lo que corría el riesgo de convertirse en una crisis importante. Se decidió permitir la manifestación, pero con unos límites que esta no podría superar; el Palacio de Invierno no estaba dentro de ellos. Si la persuasión no conseguía disuadir a los trabajadores, las tropas desplegadas en los límites fijados abrirían fuego. La impresión general, no obstante, era que el uso de la fuerza no sería necesario. El zar despreció como un incidente trivial la huelga de ciento veinte mil obreros y la manifestación prevista; en vísperas de la matanza anotó en su diario: «Al frente del sindicato de trabajadores está Gapón, una especie de cura socialista». Con la certeza de que la situación estaba bajo control, partió hacia

Tsárkoie Seló, su residencia campestre.

Si bien era un gendarme profesional, Fullon, que tenía a su cargo la seguridad de la ciudad, era una persona amable y culta que, según Witte, no miraba con buenos ojos los métodos policiales y habría sido más útil como director de un internado para niñas.[57] Para llevar a la práctica las decisiones tomadas la noche anterior, situó tropas armadas en varios puntos clave de la ciudad.

El domingo por la mañana, cuando los trabajadores de Gapón comenzaron a congregarse en los seis puntos señalados, ya resultaba evidente que el enfrentamiento sería inevitable. Los manifestantes estaban embargados de exaltación religiosa y preparados para el martirio; la noche anterior algunos habían escrito cartas de despedida. Las columnas en marcha parecían procesiones religiosas; los participantes llevaban iconos y entonaban himnos. Al paso de los grupos hacia el centro de la ciudad, los transeúntes se sacaban el sombrero y se persignaban; algunos se unían a las columnas. Tañían las campanas de las iglesias. Todo ello sin que la policía interviniera. [img7]

Finalmente, los manifestantes se encontraron con los piquetes armados. En algunos lugares las tropas dispararon al aire en señal de advertencia, pero las masas, empujadas desde atrás, no detuvieron su avance. Los soldados, sin preparación para controlar multitudes, reaccionaron de la única manera que conocían: dispararon a quemarropa contra la muchedumbre. El incidente más grave se produjo en el puente de Narva, en el sudoeste de la ciudad, donde Gapón estaba a la cabeza de la multitud. Las tropas dispararon y los manifestantes comenzaron a caer; hubo 40 muertos. Gapón se puso de pie y gritó: «¡Ya no hay Dios, no hay zar!». También hubo matanzas en otras partes de la ciudad. Si bien los

periodistas hablaron de 4.600 muertos y heridos, el cálculo más preciso indica 200 y 800, respectivamente.[8*] De inmediato, los desórdenes se extendieron a todo San Petersburgo. Al anochecer hubo muchos saqueos, en especial de tiendas de bebidas alcohólicas y armerías.[58]

El Domingo Sangriento generó una oleada de horror que recorrió el país entero; entre las masas, infligió un daño irreparable a la imagen del «buen zar».

Mirski recibió la orden de destitución el 18 de enero sin una sola palabra de agradecimiento; desde la creación del cargo un siglo antes, era el primer ministro del Interior que se marchaba sin un título honorífico o siquiera una medalla.[59] Su sustituto, un burócrata insípido llamado Alexánder Buliguin, también resistió todo lo que decentemente pudo el honor de ser nombrado ministro. El poder real pasó a manos de Trépov, que sustituyó a Fullon como gobernador general de la capital. Trépov, un funcionario elegante, gozaba de la completa confianza de Nicolás, que apreciaba su sinceridad y su falta de ambiciones personales; en los siguientes meses ejercería una influencia bastante beneficiosa sobre el zar y lo convencería de hacer concesiones que este hubiera preferido evitar.[9*]

Como consecuencia del Domingo Sangriento se celebraron mítines de protesta en toda Rusia; *zemstvos*, consejos municipales y organizaciones privadas condenaron en los términos más enérgicos la brutalidad del gobierno. Los trabajadores respondieron con huelgas. En enero de 1905, más de 400.000 obreros dejaron a un lado sus herramientas; se trató de la acción huelguística más grande de la historia rusa hasta ese momento.[60] Los estudiantes universitarios abandonaron las aulas; en algunas localidades, la agitación se extendió a las escuelas secundarias. El 18 de marzo de 1905,

las autoridades ordenaron el cierre de todas las instituciones de enseñanza superior durante el resto del año académico. Los estudiantes liberados engrosaron las filas de los radicales. Los disturbios fueron especialmente violentos en las zonas fronterizas. El 13 de enero, mientras se desarrollaba una huelga general en Riga, tropas rusas mataron a 70 personas. Al día siguiente, en medio de una huelga en Varsovia, 93 personas perdieron la vida y otras 31 fallecieron durante las celebraciones del Día del Trabajo (18 de abril).[61] Las peores matanzas se produjeron a mediados de junio en Odesa, donde los huelguistas recibieron el respaldo de la tripulación amotinada del acorazado *Potemkin*. Los informes sobre lo ocurrido allí hablaban de 2.000 muertos y 3.000 heridos graves.[62] En muchas localidades, los delincuentes aprovecharon la ruptura del orden para hacer su agosto. En Varsovia, por ejemplo, gángsteres judíos disfrazados de «anarcocomunistas» irrumpieron en las residencias de los ricos para «expropiar» el dinero y todo lo que les viniera en gana.[63]

Rusia se encontraba al borde del abismo. El país parecía bullir de ira, envidia y todos los tipos imaginables de resentimiento, hasta entonces contenidos por el temor reverencial y el miedo. Perdido ya el respeto que la población sentía por el gobierno, nada mantenía unida a la sociedad, ni el sentido cívico ni el patriotismo. Y es que era el Estado el que hacía de Rusia un país, y no a la inversa. Para muchos rusos, era un espectáculo horroroso comprobar lo tenues que eran los lazos que unían al Imperio y lo poderosas que eran las pasiones que lo dividían.

Como era su costumbre en semejantes situaciones, la primera (y a menudo la última) reacción del gobierno a una crisis interna consistía en designar una comisión para

investigar sus causas, que en este caso eran las demandas obreras. Presidida por el senador Nikolái V. Shidlovski, la comisión tomó la medida sin precedentes de invitar a los trabajadores fabriles a enviar representantes. En la segunda semana de febrero de 1905 se celebraron elecciones en las fábricas de San Petersburgo, con la participación de 145.000 obreros; los delegados elegidos por ellos designaron a su vez representantes para integrar la comisión. Pese a su espectacular comienzo, esta no consiguió nada porque los trabajadores plantearon condiciones consideradas inaceptables, y de resultas de ello fue disuelta. Aun así, tuvo una importancia histórica considerable. No solo habían tenido lugar las «primeras elecciones obreras libres jamás celebradas» en Rusia,[64] sino que «por primera vez en la historia rusa había una representación electa de un gran cuerpo de trabajadores […], y no simplemente obreros de distintas fábricas».[65] Al reconocer a los obreros como un grupo social específico, con sus propios intereses, el gobierno sentó las bases de lo que ese mismo año, más adelante, se convertiría en el Sóviet de Diputados Obreros de San Petersburgo.

La tempestad, que ponía el país al borde de la guerra civil, confundió y paralizó a Nicolás. No podía entender bajo ningún concepto por qué la gente no estaba conforme con la suerte que el destino le había asignado, tal como él mismo lo estaba; después de todo, seguía adelante a pesar de que no disfrutaba en absoluto de sus responsabilidades, difíciles y a menudo tediosas. («Si mantengo la autocracia no es por placer —le dijo a Sviátopolk-Mirski—; solo actúo de acuerdo con su espíritu porque estoy convencido de que es necesaria para Rusia. Si por mí fuera, me liberaría de ella con mucho gusto».)[66] Durante la primera década de su reinado había seguido fielmente los pasos de su padre; pero Alejandro no

había tenido que vérselas con un país en rebelión. Aunque Nicolás era partidario de sofocar la agitación por la fuerza, la policía era incapaz de hacerlo, mientras que el grueso del ejército, formado por más de un millón de hombres, estaba a miles de kilómetros de distancia combatiendo contra los japoneses. Según Witte, el país estaba prácticamente vacío de fuerzas militares,[67] de modo que no había otra alternativa que las concesiones políticas; aun así, no resultaba claro hasta qué punto podía uno salirse con la suya. Nicolás y sus asesores de confianza estaban entre la espada y la pared, conscientes por un lado de que las cosas no podían seguir como hasta entonces y temerosos, por el otro, de que cualquier cambio no hiciera sino empeorarlas.

Algunos funcionarios instaban ahora al zar a ampliar las promesas hechas en el edicto del 12 de diciembre. Tenían de su lado a los industriales, preocupados por una paralización de la producción. Entre los acontecimientos que sirvieron para suavizar la oposición de Nicolás a hacer más concesiones hay que mencionar el asesinato de su tío, el gran duque Sergio Alexándrovich, amigo y confidente, cometido el 4 de febrero de 1905 a manos de un terrorista.

El 17 de enero, el zar se reunió con Alexéi S. Yermólov, ministro de Agricultura y Bienes del Estado, un funcionario experimentado y prudente. El consejo que le dio Yermólov, primero en persona y luego en un memorándum, causó una fuerte impresión en Nicolás y parece que fue la principal inspiración de los importantes actos legislativos del 18 de febrero.[68] El ministro describía Rusia como un país al borde de la revolución. Para impedir el desmoronamiento debían adoptarse cuanto antes dos medidas: había que crear un gabinete de ministros para dar al gobierno la unidad necesaria y la capacidad de coordinar la política frente a la oposición, y

ninguna de las dos cosas era posible en el sistema existente.[10*] Al mismo tiempo, había que convocar una Asamblea de la Tierra (de carácter consultivo) conformada por representantes de todos los súbditos del zar, sin distinción de jerarquía social, religión o nacionalidad. Solo un cuerpo de esas características permitiría al zar establecer un contacto directo con la nación; tras el Congreso de los Zemstvos celebrado en noviembre y dominado por la nobleza de servicio, la esperanza de apoyarse en esta clase, soporte tradicional de la monarquía, ya era improcedente. Yermólov le aseguró a Nicolás que podía confiar en su pueblo. «Sé», le escribió,

> que Su Majestad también escucha diferentes opiniones de sus asesores más allegados. Sé que existe la idea de que es peligroso convocar a los representantes de la nación, sobre todo en los actuales momentos de zozobra y pasiones desatadas. Se teme que en una reunión de esos representantes puedan hacerse oír voces a favor de un cambio fundamental de los antiguos cimientos de nuestro sistema estatal, de una limitación de la autoridad zarista, de una Constitución; el temor de que la Asamblea de la Tierra se convierta en una Asamblea Constituyente, de que el campesinado plantee la cuestión de una Repartición Negra,[11*] de que pueda impugnarse la unidad misma de la tierra rusa. No puede negarse la probabilidad de que esas voces se dejen oír en una asamblea semejante. Pero, por otro lado, no se puede más que confiar en que, en una asamblea donde todas las clases de la población estén representadas, donde las opiniones y el espíritu del pueblo encuentren un verdadero reflejo, esas voces individuales han de ser ahogadas por la vasta mayoría que sigue siendo fiel a las tradiciones nacionales y los fundamentos autóctonos del sistema estatal ruso. Después de todo, dichas voces también se hacen oír hoy, y son más peligrosas porque el silencio de las masas no las refuta. No, Su Majestad, no hay nada que temer de esos fenómenos, que no significan ningún peligro real.[69]

En efecto, Yermólov proponía incorporar la mayoría silenciosa al proceso político para aislar así a la *intelligentsia*. La alternativa, en su opinión, era un masivo levantamiento campesino como Rusia no había visto desde la rebelión de Pugachov durante el reinado de Catalina la Grande.

Impresionado por estos argumentos, al día siguiente

Nicolás informó a Buliguin de que estaba dispuesto a considerar la creación de un cuerpo representativo que discutiera anteproyectos de leyes.

El 18 de febrero, el zar firmó tres documentos. El primero era un manifiesto en el que se urgía a la población a contribuir al restablecimiento del orden; el segundo era una invitación a los súbditos del zar a presentar «sugerencias» sobre «asuntos concernientes a la mejora del Estado y el bienestar de la nación», y el último era un «reescrito» a Buliguin en el que se le informaba de que el zar había decidido «involucrar a los hombres más valiosos, dotados de la confianza de la nación y elegidos por el pueblo, en la elaboración y evaluación preliminares de proyectos legislativos».[70]

Mientras un grupo de expertos redactaba la propuesta de creación de una asamblea consultiva (*zakonosoveshchatelnaya*) o Duma, a lo largo y ancho del país se celebraban centenares de reuniones para elaborar peticiones. La respuesta a su invitación superó cualquier previsión del gobierno:

> El diario contenía descripciones de las reuniones y de ese modo daba publicidad a las reclamaciones y demandas que planteaban una cantidad creciente de personas. En vez de refrenar la agitación, el ucase del monarca demostró ser [el] catalizador para movilizar a masas de individuos que antes no se habían atrevido a manifestar sus opiniones sobre cuestiones políticas. Dominada por los liberales y sus demandas, la campaña de peticiones significó en los hechos la reiteración, de una forma más intensa, de la ofensiva liberal del otoño y el invierno de 1904-1905.[71]

Los liberales aprovecharon la oportunidad brindada por el edicto del 18 de febrero para impulsar su programa, y reanudaron así la campaña de banquetes bajo la apariencia de una «campaña de peticiones». Ahora era posible, no solo en reuniones privadas sino también en asambleas públicas, pedir una Constitución y un Parlamento con facultades legislativas.

Los *zemtsi* celebraron su segundo congreso en Moscú, en abril de 1905; la mayoría de los delegados solo estarían satisfechos con una Asamblea Constituyente. Varias asociaciones profesionales se reunieron y aprobaron resoluciones que reflejaban el espíritu de la Unión de Liberación. Los burócratas, temerosos del efecto del manifiesto en las aldeas, trataron de que este documento no estuviera al alcance de los campesinos, pero los liberales frustraron sus planes al valerse de los *zemstvos* provinciales y de distrito para distribuir centenares de miles de copias. Como consecuencia de ello, en la primavera de 1905 60.000 campesinos inundaron con sus demandas San Petersburgo.[72] (Salvo un puñado, permanecen inéditos y no han sido estudiados.) La campaña de peticiones contribuyó de manera inadvertida a la politización de las aldeas, aun cuando los *cahiers* de los campesinos parecían ocuparse principalmente de la tierra y cuestiones económicas asociadas a esta.[12*]

En el transcurso de esta campaña, los liberales crearon su tercera y más poderosa organización nacional, la Unión de Uniones, que iba a desempeñar un papel decisivo en la etapa culminante de la Revolución de 1905. La Unión de Uniones (Soiuz Soiuzov) fue la más radical de las organizaciones liberales y se situaba a la izquierda tanto del Congreso de los Zemstvos como de la Unión de Liberación. La decisión de crear este órgano se tomó en el congreso de la Unión de Liberación celebrado en octubre de 1904; su objetivo era difundir el mensaje liberal entre los numerosos votantes profesionales, así como entre los trabajadores manuales y administrativos, a fin de comprometerlos en la lucha política. La intención no era que las asociaciones profesionales y gremiales constituidas bajo el patrocinio de la Unión velaran por los intereses específicos de sus miembros, sino que participaran en la campaña por la libertad política. Vasili A.

Maklákov, un destacado liberal, recordaba que la Unión de Abogados, a la cual pertenecía, no promovía los intereses colectivos de sus miembros ni la causa del derecho, sino que utilizaba el prestigio de la profesión jurídica para contribuir al clamor por un Parlamento y una Constitución.[73] Y lo mismo ocurría con las otras uniones. El movimiento por la creación de organizaciones de este tipo se aceleró de manera significativa tras la publicación del manifiesto del 18 de febrero. Además de la de abogados, se crearon uniones del personal médico, los ingenieros y técnicos, los profesores, los agrónomos y estadísticos, los ayudantes de farmacia, los empleados y contables, los periodistas y escritores, los veterinarios, los empleados gubernamentales, municipales y de los *zemstvos*, los activistas de los *zemstvos* y los maestros. Se formaron organizaciones independientes para trabajar por la igualdad de los judíos y las mujeres.[74] La Unión también organizó asociaciones de masas y cosechó su mayor éxito con la creación del Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios de Todas las Rusias, la organización sindical más grande del país. Más adelante desempeñó un papel esencial en la formación de la Unión Campesina. Todas estas organizaciones se adhirieron a un programa de mínimos que proponía sustituir la autocracia por un régimen constitucional y la plena vigencia de los derechos civiles de la población. En otras cuestiones, como la de la Asamblea Constituyente, tenían notables divergencias.[75] El 8 de mayo de 1905, un congreso de catorce sindicatos organizado por la Unión de Liberación en Moscú se afilió a la Unión de Uniones bajo la presidencia de Pável Miliukov. Por entonces, este, la principal figura del movimiento liberal, solo era liberal de nombre, porque estaba dispuesto a utilizar cualquier medio, incluida la huelga general, para derrocar la autocracia. En los cinco meses siguientes, la Unión de Uniones fijó

prácticamente el curso de la Revolución rusa.

En el Lejano Oriente, las cosas iban de mal en peor. En febrero de 1905, los rusos combatieron con los japoneses en defensa de Mukden, una ciudad de Manchuria que Kuropatkin se había comprometido a no rendir jamás. Fue un enfrentamiento feroz entre 330.000 rusos y 270.000 japoneses. Tras perder 89.000 hombres (frente a 71.000 del enemigo), Kuropatkin decidió abandonar la ciudad.

Como si esta humillación no hubiera bastado, en mayo llegó la noticia del peor desastre de la historia naval rusa. La flota del Báltico estaba navegando frente a la costa este de África cuando se conoció la rendición de Port Arthur. Como su misión era liberar esta ciudad, el comandante de la flota, el almirante Zinovi P. Rozhéstvenski, solicitó permiso para regresar a su base. La solicitud fue denegada. Junto con la flota del mar Negro, que había atravesado el canal de Suez, Rozhéstvenski llegó entonces al mar de la China y se dirigió hacia Vladivostok por el estrecho de Tsushima, entre Corea y el sur de Japón. Allí lo esperaba una flota japonesa al mando del almirante Togo. Los buques rusos tenían armamento más pesado, pero eran más lentos y menos maniobrables. Togo también contaba con una información más precisa. El enfrentamiento, ocurrido el 14/27 de mayo de 1905, fue un desastre en toda regla para los rusos. Todos sus buques de guerra y muchas naves auxiliares fueron hundidos, y la mayor parte del resto fueron capturados; solo unos pocos lograron escapar al amparo de la oscuridad. El propio Rozhéstvenski cayó prisionero. Tsushima terminó con cualquier esperanza que el gobierno imperial pudiese tener de mantener a raya las reformas constitucionales gracias a una gloriosa victoria militar.[img8]

La reacción inmediata de Nicolás ante la derrota de

Tsushima fue designar a Trépov viceministro del Interior con amplios poderes policiales, lo cual, según Witte, hacía de él un «dictador extraoficial».[76] El zar también resolvió buscar la paz, y asignó esta ardua misión a Witte, que en junio partió hacia Portsmouth (New Hampshire), donde iban a tener lugar las conversaciones de paz bajo el patrocinio del presidente estadounidense, Theodore Roosevelt.

Serguéi Witte era el político más destacado de la Rusia tardoimperial. Sería una exageración calificarlo de estadista, porque su visión política era bastante pobre. Pero sí tenía el talento —infrecuente en Rusia, donde el gobierno y la oposición eran igualmente propensos a encastillarse en posturas doctrinarias— de ejercer la política como el arte de lo posible, y se conformaba, cuando hacía recomendaciones en la materia, con decantarse por el menor de los males. Como muchos políticos de éxito, era un oportunista hábil en perseguir sus intereses privados bajo la apariencia de un servicio público. Nadie era más apto para guiar a Rusia a través de las tormentas revolucionarias; estaba dotado de un instinto político notablemente agudo y de energía de sobra. Por desdicha para él, y posiblemente para Rusia, Nicolás no lo quería y desconfiaba de él. El menudo zar, con sus modales exquisitos, no podía tolerar al grosero y dominante ministro, que se había casado con una divorciada de dudosa reputación, mascaba chicle y, según se rumoreaba (erróneamente), era masón.

Witte descendía de una familia sueca rusificada, y había comenzado su carrera en el Departamento de Ferrocarriles del Ministerio de Comercio. Sus posiciones políticas iniciales fueron nacionalistas y favorables a la autocracia; tras el asesinato de Alejandro II se incorporó a la derechista Santa Hermandad, que planeaba utilizar el arma del terrorismo

contra los terroristas. A su juicio, Rusia debía tener una monarquía fuerte y sin límites, porque más de una tercera parte de su población estaba compuesta de «extranjeros».[77] Pero estaba dispuesto a llegar a un acuerdo con la oposición y siempre prefería la negociación a la represión. Tenía una capacidad de gestión poco común y ascendió con rapidez; en 1889 quedó a cargo de los Ferrocarriles del Estado y en 1892 fue designado ministro de Finanzas. Trazó y puso en práctica ambiciosos planes para el desarrollo industrial de Rusia y desempeñó un papel esencial en la obtención de préstamos del exterior, una buena parte de los cuales se destinaron a la construcción de ferrocarriles y la compra de compañías ferroviarias privadas. Su política de crecimiento industrial a marchas forzadas despertó la enemistad de distintos grupos, en particular de la nobleza terrateniente y los funcionarios del Ministerio del Interior, en cuya opinión Witte subvertía los fundamentos agrarios del país.

Destituido en 1903 y destinado al cargo puramente honorífico de presidente del Consejo de Ministros, ahora volvieron a convocar a Witte y lo enviaron a Estados Unidos. Sus instrucciones eran vagas. No debía aceptar bajo ningún concepto el pago de una indemnización ni entregar un solo metro del «antiguo suelo ruso».[78] En todo lo demás, la decisión era suya. Witte, que tenía una fina percepción de la «correlación de fuerzas», comprendió que a Rusia no le faltaban cartas ganadoras, ya que la guerra había tensado mucho la cuerda de la economía de su enemigo y hacía que este ansiara igualmente llegar a un acuerdo. Durante su estancia en Estados Unidos explotó los sentimientos antijaponeses de los norteamericanos y se hizo popular entre la opinión pública con gestos democráticos como estrechar la mano de maquinistas ferroviarios y posar para señoras con cámaras Kodak, actitudes que, según admitiría, no le

resultaban fáciles dado que no estaba acostumbrado a actuar.

En Rusia, la noticia de Tsushima elevó aún más la tensión política. El 23 de mayo, el Consejo Municipal de San Petersburgo votó a favor de las reformas políticas, y un día después hizo lo propio el Consejo Municipal de Moscú. Estos hechos eran significativos, porque hasta ese momento las instituciones de autogobierno urbano tenían más limitaciones que los *zemstvos* y se mantenían apartadas del Movimiento de Liberación. Entre el 24 y el 25 de mayo, los *zemtsi* celebraron una reunión en Moscú con su propia gente y con representantes de la nobleza y los consejos municipales.[79] La resolución emanada del encuentro instaba a convocar un cuerpo representativo nacional elegido en una votación secreta, equitativa, universal y directa; entre los signatarios estaban los presidentes de veinte consejos municipales.[80] La reunión eligió una delegación para entrevistarse con el zar, que la recibió el 6 de junio. En nombre del grupo, el príncipe Serguéi Trubetskoi, rector de la Universidad de Moscú, urgió a Nicolás a permitir que los representantes públicos entablaran un diálogo directo con él. Señaló que las derrotas militares despertaban en el pueblo el espectro de la «traición» en las altas esferas. Sin aclarar si el cuerpo propuesto debía ser consultivo o legislativo, Trubetskoi pidió que fuera elegido, no por los estamentos, sino mediante el voto democrático. «Usted es el zar de Todas las Rusias», le recordó a Nicolás. En su respuesta, este le aseguró a la delegación que estaba decidido a convocar a representantes de la nación.[81] Dicho encuentro fijó un precedente histórico, toda vez que era la primera ocasión en la que un gobernante ruso se reunía con representantes de la oposición liberal para escuchar exhortaciones a favor de un cambio constitucional.

La amplitud que había alcanzado esta demanda de cambio

después de Tsushima puede apreciarse en el hecho de que un congreso de los mariscales de la nobleza (12-15 de junio) llegó a la conclusión de que Rusia estaba a las puertas de la anarquía porque solo tenía un gobierno «fantasma». Para restablecer la autoridad estatal, el zar tenía que dejar de contar exclusivamente con el funcionariado y valerse de la asistencia de «representantes elegidos de todo el territorio».[82]

En esos momentos, la totalidad del movimiento opositor se encontraba bajo la dirección de liberales y liberal-conservadores, que veían en la Constitución y el Parlamento una manera de fortalecer el Estado e impedir la revolución.[83] Los revolucionarios seguían desempeñando un papel marginal e iban a remolque de los liberales. Así sería hasta octubre. [img9]

El 23 de junio, un diario publicó los primeros informes sobre las discusiones que tenían lugar en el gobierno en relación con la Duma, como iba a llamarse el nuevo órgano representativo. En julio se filtró más información sobre el tema a raíz de una reunión secreta en Peterhof. (Las filtraciones se debían a un profesor de historia rusa de la Universidad de Moscú, Vasili Kliuchevski, que participaba en la comisión redactora en calidad de asesor.)[84] Las disposiciones de lo que popularmente llegaría a ser conocida como «Constitución de Buliguin» se dieron a conocer de manera oficial el 6 de agosto.[85] Debido a las filtraciones, el público, aunque desilusionado, no se sintió sorprendido. Era la misma historia de siempre: demasiado poco y demasiado tarde. Una propuesta que seis meses atrás habría sido bien recibida, ahora no satisfacía a nadie; mientras que la oposición pedía un Parlamento legislativo y hasta una Asamblea Constituyente, el gobierno ofrecía un cuerpo consultivo sin poder. La nueva Duma Estatal iba a limitarse a

deliberar sobre propuestas legislativas presentadas por el gobierno para su consideración, y luego debía enviarlas al Consejo de Estado para su redacción final. El gobierno ni siquiera estaba obligado a consultar a la Duma; el documento reafirmaba de forma explícita la «inviolabilidad del poder autocrático». Como concesión a las demandas liberales, el voto no se basaba en el estamento, sino en requisitos de propiedad, fijados en un nivel alto. Muchas de las regiones no rusas quedaban privadas de él, y tampoco podrían votar los obreros industriales. En San Petersburgo y Moscú, apenas entre el 5 y el 10 por ciento de los residentes podrían votar, mientras que en las ciudades de provincias esa proporción era del 1 por ciento e incluso menos.[86] El derecho al sufragio estaba deliberadamente sesgado en beneficio de los campesinos gran-rusos. Según Witte, durante las deliberaciones de la comisión Buliguin se dio por sentado

> que el único [grupo] con el cual se podía contar en la situación turbulenta y revolucionaria de la Rusia de entonces era el campesinado, y que los campesinos eran el baluarte conservador del Estado, razón por la cual la ley electoral debía atenerse principalmente a ellos, esto es, que la Duma debía ser en lo fundamental campesina y expresar puntos de vista campesinos.[87]

El supuesto nunca había sido puesto a prueba y en definitiva demostró ser completamente erróneo, pero cuadraba con la profunda convicción de la corte en el sentido de que las presiones a favor del cambio político solo surgían de las ciudades y de los grupos étnicos no rusos.

Aun cuando la llamada Duma de Buliguin tenía poco que ofrecer, representaba una gran concesión, apreciada de manera inadecuada por sus contemporáneos: «El autócrata y su gobierno, que siempre habían afirmado ser los mejores y únicos jueces de los verdaderos intereses del pueblo, estaban ahora dispuestos, al menos, a consultar con este de manera permanente y exhaustiva».[88] Al hacerlo, el zar aceptaba el

principio de la representación, algo que apenas ocho meses antes había afirmado que «jamás» haría. Witte, que también sabía que la propuesta no estaba a la altura de lo que se necesitaba, tenía no obstante la certeza de que la Duma pasaría en poco tiempo de ser una institución consultiva a convertirse en una institución legislativa con todas las de la ley; solo los «burócratas eunucos» podían haberse engañado con la idea de que Rusia se conformaría con un «Parlamento consultivo».[89]

Los liberales tenían que optar ahora por aceptar la Duma de Buliguin como un hecho consumado, pedir al zar que la modificara o apelar a la nación a fin de que presionara al gobierno. Un congreso conjunto de los *zemstvos* y los consejos municipales celebrado a comienzos de julio, momento en el cual ya se conocía lo más esencial de la propuesta del gobierno, debatió sobre dichas opciones. Los participantes más conservadores temían que un llamamiento directo a la población enardeciera a los campesinos, que ya empezaban a movilizarse, pero la opinión casi unánime era que carecía de sentido elevar una petición al zar. La mayoría decidió exhortar a la población a contribuir a la consecución de un «progreso pacífico»; una manera velada de animarla a la desobediencia civil.[90]

A pesar de esta deriva de la situación, en agosto y septiembre de 1905 el país pareció llamarse al sosiego; el anuncio del 6 de agosto, con la promesa de una Duma, y la perspectiva de paz con Japón tuvieron un efecto tranquilizador. Nicolás, convencido de que lo peor había pasado, reanudó la rutina de la vida de la corte e ignoró las advertencias de funcionarios bien informados, entre ellos Trépov, de que la calma era engañosa.

Tras conseguir negociar condiciones mucho más

ventajosas de lo que nadie se había atrevido a esperar, Witte regresó triunfalmente a Rusia. En virtud del Tratado de Portsmouth, firmado el 5 de septiembre (NE), Rusia entregaba la mitad sur de la isla de Sajalín y aceptaba que Japón adquiriera la península de Liaotung, incluida Port Arthur, así como su hegemonía sobre Corea, que, al igual que la península, no eran anteriormente de propiedad rusa. No iba a haber ninguna indemnización. Si se consideraba la responsabilidad de Rusia por la guerra y su humillación militar, el precio era bajo.[13*]

Las apariencias no engañaron a Witte. No solo el gobierno era incapaz de reafirmar su autoridad, sino que la sociedad rusa estaba bajo los efectos de una psicosis que la hacía convencerse de que «las cosas no pueden seguir así». Witte creía que toda Rusia estaba en huelga.[91]

Y, en efecto, una huelga de alcance nacional estaba en ciernes.

La idea de recurrir a una huelga general para poner de rodillas al gobierno había sido incluida en el orden del día de la Unión de Uniones poco después del desastre de Tsushima. En ese momento, el Buró Central de la organización había tomado en consideración las resoluciones de dos de sus afiliadas más radicales —el Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios y la Unión de Ingenieros—, que proponían organizar una huelga política general. Se formó un comité para estudiar el asunto,[92] pero poco se hizo hasta comienzos de octubre, cuando el centro de la resistencia política volvió a desplazarse hacia las universidades.

Al acercarse la inauguración del nuevo año académico, el gobierno hizo concesiones inesperadamente generosas a las universidades. Por consejo de Trépov, el 27 de agosto se promulgó una normativa que permitía a los cuerpos docentes

elegir a los rectores y a los estudiantes celebrar asambleas. Para evitar enfrentamientos con estos últimos, Trépov ordenó que la policía permaneciera fuera de los recintos universitarios; la responsabilidad de mantener el orden recayó en los consejos de profesores.[93] Estas medidas de liberalización eran una respuesta bastante avanzada a las objeciones planteadas a los impopulares estatutos universitarios de 1884. Pero su efecto fue el contrario del previsto: en vez de aplacar a los estudiantes, brindaron a su minoría radical la oportunidad de transformar las universidades en un espacio de agitación obrera.

Entre agosto y principios de septiembre de 1905, el debate estudiantil se centró en decidir si reanudar o no los estudios. Una abrumadora mayoría apoyaba la reapertura de las facultades; una votación en la Universidad de San Petersburgo mostró que los partidarios de esta medida superaban a quienes la rechazaban en una proporción de siete a uno.[94] Pero por ser jóvenes y por lo tanto sensibles a las acusaciones de egoísmo, los estudiantes llegaron a una solución de compromiso. En septiembre, un congreso estudiantil de ámbito nacional en el que estaban representadas veintitrés instituciones de enseñanza superior rechazó las mociones que propiciaban boicotear las clases. Sin embargo, como una concesión a los radicales y una prueba de conciencia política, aceptó abrir las universidades a quienes no eran estudiantes para realizar mítines políticos.[95]

El menchevique Fiódor [Theodore][14*] Dan había planteado esta táctica el verano anterior en las páginas de *Iskra*, el órgano socialdemócrata, donde exhortaba a los estudiantes a regresar a las facultades, no para estudiar, sino para hacer la revolución:

> La violación sistemática y sin tapujos de todos los puntos de las «regulaciones» [*rasporiadok*] policíaco-universitarias, la expulsión de toda

> clase de celadores, inspectores, supervisores y espías, la apertura de las aulas a todos los ciudadanos que quieran entrar, *la transformación de las universidades e instituciones de enseñanza superior en lugares de reuniones populares y mítines políticos*: tal debe ser el objetivo de los estudiantes cuando regresen a las aulas de las que se han marchado. *La transformación de las universidades y academias en propiedad del pueblo revolucionario*: tal es la manera de formular sucintamente la tarea del alumnado. […] Esta transformación, como es obvio, hará de las universidades uno de los centros de concentración y organización de las masas de la nación.[96]

Sin que esta fuera su intención, las reglas de Trépov posibilitaban estas tácticas revolucionarias.

La minoría militante aprovechó sin tardanza la oportunidad de invitar a trabajadores y otros no estudiantes a reuniones políticas en los recintos de la universidad. Convertidas las instituciones de enseñanza superior en «clubes políticos», el trabajo académico se tornó imposible; los profesores y estudiantes que no se amoldaban a la nueva situación eran objeto de intimidaciones y hostigamiento.[97] Los trabajadores respondieron con lentitud a la invitación de los militantes estudiantiles, pero la curiosidad pudo más. Al circular el rumor de que los estudiantes los trataban con respeto, comenzó a aumentar la cantidad de asistentes obreros. Al principio, estos escuchaban los discursos, pero pronto empezaron a tomar la palabra.[98] Escenas similares se produjeron en otras ciudades universitarias, entre ellas Moscú. Era un espectáculo sin precedentes ver a estudiantes radicales incitar a los trabajadores a la huelga y la rebelión sin que interviniera la policía. La esperanza de Trépov de que sus reglas más laxas permitieran a los estudiantes «desahogarse» se había derrumbado por completo. En opinión de Witte, las regulaciones universitarias del 27 de agosto eran un desastre: «Fueron la primera brecha a través de la cual la revolución, que había madurado en la clandestinidad, irrumpió a plena luz».[99]

A finales de septiembre se desencadenó una nueva oleada de huelgas en el centro de Rusia. Si bien tenían una motivación económica, se politizaron con rapidez gracias a los esfuerzos de la Unión de Uniones y los estudiantes radicales que seguían su ejemplo.

Las huelgas que iban a culminar en la huelga general de mediados de octubre comenzaron el 17 de septiembre con el paro de los tipógrafos de Moscú. La disputa, que se inició pacíficamente, tenía que ver con los salarios, pero los estudiantes universitarios no tardaron en darle un color político. Los huelguistas se enfrentaron con la policía y los cosacos. Otros trabajadores se unieron a las protestas. El 3 de octubre, los tipógrafos de San Petersburgo se lanzaron a la huelga en solidaridad con sus colegas.[100] Hasta la formación del Sóviet de San Petersburgo, el 13 de octubre, las universidades funcionaron como los centros de coordinación del movimiento huelguístico, porque eran las únicas instituciones rusas donde era posible celebrar mítines políticos sin la intervención policial.[101] Sus aulas y otras instalaciones se utilizaron como ámbito de concentraciones políticas con miles de asistentes. Trubetskoi, el rector de la Universidad de Moscú, estaba resuelto a no permitir que su institución se transformara en un campo de batalla político y ordenó su cierre el 22 de septiembre. (Fue su última medida, porque murió repentinamente una semana después; su funeral en Moscú dio pie a una gigantesca manifestación política.) Pero la Universidad de San Petersburgo y el Instituto Tecnológico de dicha ciudad permanecieron abiertos, lo cual les permitió desempeñar un papel crucial en los acontecimientos que llevarían a la huelga general.

La agitación industrial en Moscú y San Petersburgo alcanzó dimensiones nacionales con la intervención de los

trabajadores ferroviarios. Antes se ha señalado que el Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios de Todas las Rusias, afiliado a la Unión de Uniones, había discutido desde el verano de 1905 la posibilidad de organizar una huelga general política. La acción de los ferroviarios comenzó con un incidente menor. A finales de septiembre, las autoridades convocaron una consulta para discutir con representantes de los trabajadores ferroviarios cuestiones relacionadas con su derecho a recibir una pensión. Entre el 4 y el 5 de octubre se difundieron falsos rumores sobre el arresto de los trabajadores asistentes a dicha reunión. El Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios se valió de ello para llevar a cabo su plan. El 6 de octubre pararon los ferrocarriles de Moscú, dejando aislada la ciudad. La huelga se extendió a otras urbes y pronto se unieron a ella los trabajadores fabriles y de las comunicaciones y los empleados administrativos. En todos los casos, la Unión de Uniones y sus organizaciones afiliadas se cercioraban de que los huelguistas plantearan exigencias políticas, en particular la convocatoria de una Asamblea Constituyente elegida mediante una votación con cuatro características: universal, directa, secreta y equitativa. En parte espontáneo y en parte dirigido, el movimiento se encaminaba hacia una paralización total de las actividades. El 8 de octubre, la Unión de Uniones instó a sus miembros a respaldar a los trabajadores ferroviarios y crear comités de huelga en todo el país. El escenario estaba preparado para una huelga general.[15*]

El 6 de octubre, mientras el movimiento cobraba impulso, Witte solicitó una audiencia con el zar, concedida tres días después. Inclinado en el pasado a decirle a Nicolás lo que este quería oír, Witte fue ahora brutalmente franco. El zar, dijo, tenía dos opciones: designar a un dictador militar o hacer grandes concesiones políticas. La justificación de esta segunda

alternativa se esbozaba en un memorándum que Witte había llevado consigo.[16*] Es casi indudable que Nicolás le contó a su esposa lo que había sucedido, porque se pidió a Witte que volviera a Peterhof al día siguiente, 10 de octubre, para repetir sus argumentos en presencia de la zarina. Alejandra no pronunció una sola palabra a lo largo del encuentro.

La lectura detenida del memorándum de Witte indica que estaba familiarizado con el programa de la Unión de Liberación y, en particular, con los escritos de Struve, su principal teórico. Sin decirlo en estos mismos términos, aquel proponía la adopción de la plataforma que Struve había propiciado en las páginas del órgano de la Unión, *Liberación*: «La consigna de "libertad" debe convertirse en el lema de la actividad gubernamental. No hay otra manera de salvar al Estado».[17*] La situación era crítica. El país se había radicalizado peligrosamente y las masas, perdida ya su confianza en el gobierno, estaban dispuestas a destruir los cimientos mismos de la nación:

> El avance del progreso humano es imposible de detener. La idea de la libertad humana triunfará, y si no es por la vía de la reforma será por la vía de la revolución. Pero en este último caso surgirá de las cenizas de la destrucción de un millar de años de historia. La *bunt* [rebelión] rusa, estúpida y despiadada, barrerá con todo, lo convertirá todo en polvo. El tipo de país que ha de surgir de esta prueba nunca vista supera la imaginación humana; los horrores de la *bunt* rusa quizá excedan todo lo conocido en la historia. Es posible que la intervención extranjera despedace el país. Los intentos de llevar a la práctica los ideales del socialismo teórico —fracasarán, pero se harán, no cabe duda de ello— destruirán la familia, la expresión de la fe religiosa, la propiedad, todos los fundamentos de la ley.[102]

Para impedir semejante catástrofe, Witte proponía satisfacer las demandas de los liberales y, de ese modo, apartarlos de los revolucionarios. Una vez roto el frente unido de la oposición, sería posible pacificar a los liberales y aislar a los radicales. Para el gobierno, el único curso realista de acción —y era preciso tomarlo de inmediato, no había tiempo

que perder— consistía en «apoderarse audaz y abiertamente del Movimiento de Liberación». El gobierno debía adoptar el principio del constitucionalismo y democratizar el derecho restringido al voto utilizado para la Duma consultiva. Tenía que considerar la posibilidad de que la Duma escogiera a los ministros y estos fueran responsables ante ella o al menos gozaran de su confianza. Ni una Constitución ni un Parlamento con facultades legislativas, le aseguró Witte a Nicolás, debilitarían la autoridad del zar; antes bien, la fortalecerían. Otra de sus propuestas, como una manera de calmar la agitación social, era mejorar las condiciones de los trabajadores, los campesinos y las minorías étnicas, así como garantizar la libertad de expresión, de prensa y de reunión.

Era un programa revolucionario, fruto de la desesperación, porque Witte comprendía que el gobierno no disponía de los efectivos militares necesarios para restablecer el orden por la fuerza.[18*] Aunque el 9 y 10 de octubre, así como en los días siguientes, mencionaría la represión militar como una alternativa, lo hizo para guardar las formas; sabía muy bien que la única opción realista era rendirse.

Sus propuestas fueron objeto de intensas discusiones en la corte y los altos círculos burocráticos. Nicolás, incapaz de decidirse acerca de los drásticos cambios sugeridos por Witte, solo aceptó en un principio tomar una medida burocrática que se le reclamaba desde mucho tiempo atrás, a saber, la creación de un gabinete de ministros. El 13 de octubre, Witte recibió un telegrama en el que se le comunicaba su designación como presidente del Consejo de Ministros «con la finalidad de unificar la actividad de todos los ministerios».[103] Convencido de que esto implicaba el rechazo de sus propuestas, solicitó ver al zar. Al encontrarse con este le dijo que no veía posibilidad alguna de ejercer como primer

ministro a menos que se adoptara todo su programa. Pero el 14 de octubre se le invitó a volver a Peterhof a la mañana siguiente con el borrador de un manifiesto.

Mientras Nicolás sopesaba las sugerencias de Witte, el país se acercaba a la paralización. La semana siguiente a la primera visita de Witte a Peterhof (10-17 de octubre), decisiva en la historia de Rusia, es difícil de desentrañar debido a las afirmaciones contrapuestas de varios grupos de la oposición que las fuentes hoy a nuestro alcance no permiten poner en orden. A juicio de las autoridades policiales, bien informadas, la huelga general y el Sóviet de San Petersburgo eran obra de la Unión de Uniones. Trépov no dudó un instante en atribuir a esta última la creación del Sóviet de San Petersburgo y en sostener que era la «organización central» de este.[104] Esa era también la opinión del jefe de la Ojrana de la capital, el general Alexánder V. Gerásimov, para quien la influencia de que disfrutaba la Unión en octubre de 1905 se debía a que daba a los dispersos grupos opositores un programa común: «En las huelgas antes mencionadas, la iniciativa principal y el trabajo organizativo corresponden a la Unión de Uniones».[105] El 10 de noviembre, en un mensaje a su madre, Nicolás decía que «la famosa Unión de Uniones […] ha dirigido todos los desórdenes».[106] En sus memorias, Miliukov corrobora este punto de vista, si bien prefiere atribuir dicho papel a la organización matriz, la Unión de Liberación. Sostiene que las reuniones iniciales de trabajadores de las que resultó la creación del sóviet se celebraron en casas de miembros de la Unión de Liberación y agrega que el primer llamamiento a su formación salió de la prensa de esta organización.[107] Los mencheviques rechazaron airadamente esta afirmación e insistieron en que eran ellos quienes pusieron en marcha el sóviet, pretensión que contó con el respaldo de algunos de los

primeros historiadores comunistas.[108] Hay, en efecto, pruebas de que el 10 de octubre los mencheviques, en su mayoría estudiantes, convocaron a los trabajadores de San Petersburgo a elegir un comité que se encargara de la dirección de la huelga.[109] Pero también hay indicios de que los trabajadores, conforme al precedente establecido por la Comisión Shidlovski, eligieron en forma independiente a sus representantes, a quienes llamaron *starosti*, nombre que se daba a los funcionarios electos de las aldeas; algunos de estos habían participado en dicha comisión.[110] La explicación más verosímil es que la Unión de Uniones puso en marcha el sóviet y que los jóvenes mencheviques contribuyeron a reunir a los obreros fabriles en su apoyo. Esta era la conclusión a la que llegaba el general Gerásimov.[111]

El 10 de octubre, los trabajadores de las comunicaciones y los empleados de servicios de empresas públicas y privadas de San Petersburgo se declararon en huelga. La noche siguiente, más de 30.000 personas, en su mayor parte trabajadores y otros no estudiantes, llenaron los salones de actos y las aulas de la universidad. La multitud votó unirse a la huelga ferroviaria.[112] El día 13, todo el tráfico ferroviario ruso estaba prácticamente paralizado; tampoco funcionaban las líneas de telégrafos. Cada vez más obreros industriales, así como empleados administrativos, se unían a la huelga.

Ese mismo día, el sóviet celebró su primera sesión en el Instituto Tecnológico de San Petersburgo, en la que estaban presentes unos cuarenta intelectuales y representantes de los trabajadores. La reunión se había convocado para crear un centro que dirigiera la huelga. En un principio, el sóviet no fue más que eso, como lo reflejan los nombres utilizados en sus primeros cuatro días de existencia: Comité de Huelga (Stachenni komitet), Sóviet de los Trabajadores Unidos

(Obshchi Rabochi Soviet) y Comité de los Trabajadores (Rabochi Komitet). Hubo que esperar hasta el 17 de octubre para que se adoptara el nombre de Sóviet de Diputados Obreros.[19*] Quince de los representantes presentes se eligieron ese día, mientras que los restantes habían sido elegidos con anterioridad, ese mismo año, para participar en la Comisión Shidlovski.[113] La sesión inaugural se ocupó de la huelga. Se publicó un llamamiento a los trabajadores a mantener el paro a fin de forzar la convocatoria de una Asamblea Constituyente y la adopción de la jornada laboral de ocho horas.

En la segunda sesión del sóviet, el 14 de octubre, se eligió como presidente permanente al menchevique Gueorgui Nosar (Jrustalev). (En 1899, este había sido uno de los líderes de la huelga estudiantil en la Universidad de San Petersburgo.) A esas alturas, la vida pública de la capital estaba paralizada. La perspectiva Nevski se iluminaba con reflectores instalados en la cúspide del Almirantazgo.

En ese momento (14 de octubre), Trépov lanzó una advertencia ante la posibilidad de nuevos desórdenes y amenazó con recurrir a las armas de fuego.[114] Había hecho rodear por tropas la Universidad de San Petersburgo y a partir del 15 de octubre ya no permitió concentraciones en ella. Algunos días después cerró la universidad para el resto del año académico. Elementos derechistas empezaron a apalear a judíos, estudiantes y cualquier otra persona que pareciera un intelectual. Era peligroso usar gafas.[20*] Ese fue el comienzo de la violencia por parte de masas incontroladas, que después de la proclamación del Manifiesto de Octubre adquiriría proporciones enormes, con cientos, si no millares, de muertos y una inmensa destrucción de bienes.

En su tercera sesión, el 15 de octubre, el sóviet adoptó una

organización formal. Estaban presentes 226 delegados de 96 empresas industriales. Había también un buen número de socialistas, entre ellos los bolcheviques, que al principio habían boicoteado el sóviet porque se oponían a la formación de «órganos de autogobierno proletario antes de la toma del poder».[21*]

En esta sesión del 15 de octubre se tomó una medida organizativa que, aunque apenas advertida en esos momentos, tendría las más graves consecuencias en febrero de 1917, cuando el Sóviet de San Petersburgo volvió a la vida. Ese día se constituyó un Comité Ejecutivo (Ispolnitenyi Komitet o, abreviado, Ispolkom) de treinta y un miembros, catorce de los distritos de la ciudad, ocho de los sindicatos y nueve (29 por ciento) de los partidos socialistas. Estos últimos asignaron tres escaños a cada una de las dos facciones del Partido Socialdemócrata, los mencheviques y los bolcheviques, y otros tres a los socialistas revolucionarios. Los intelectuales socialistas no fueron elegidos por el sóviet, sino designados por sus respectivos partidos. Aunque solo tenían un voto consultivo, su experiencia y sus aptitudes organizativas les aseguraban un papel dominante en el Ispolkom y, a través de él, en el sóviet en general. En 1917, el Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado estaría exclusivamente compuesto por intelectuales nombrados por los partidos socialistas.[115] La creciente influencia de la *intelligentsia* radical halló expresión en un llamamiento a los trabajadores lanzado por el sóviet el 15 de octubre con una amenaza explícita de coerción física contra los rompehuelgas. «Quienes no están con nosotros están contra nosotros, y a estos el sóviet ha decidido aplicarles métodos extremos: el uso de la fuerza». El llamamiento instaba a los huelguistas a cerrar por la fuerza las tiendas que hicieran caso omiso de la huelga y a impedir la distribución de los periódicos

gubernamentales.[116]

En la reunión del 17 de octubre, la organización adoptó el nombre de Sóviet de Diputados Obreros (Soviet Rabochij Deputatov) y amplió el Comité Ejecutivo a cincuenta miembros, con siete puestos para cada uno de los partidos socialistas, que alcanzaban entonces un total de veintiuno (42 por ciento). Se decidió, además, publicar *Izvestia* como órgano oficial del sóviet.

Sóviets similares surgieron en unas cincuenta ciudades de provincia, así como en algunas zonas rurales y unas pocas unidades militares, pero el de San Petersburgo disfrutó desde el principio de una posición de primacía indiscutida.

El 14 de octubre, a última hora de la tarde, Witte recibió un telegrama de Peterhof en el que se le solicitaba presentarse a la mañana siguiente con el borrador de un manifiesto. Según afirma el propio Witte, no pudo escribirlo porque no se sentía bien, por lo cual encargó la tarea a Alexéi Obolenski, un miembro del Consejo de Estado que casualmente pasaba la noche en su casa.[117] Como es improbable que se le escapara la importancia de dicho documento, y dado que tanto antes como después del acontecimiento parecía gozar de buena salud, la explicación más verosímil de su renuencia a aprovechar la oportunidad única de hacer historia es que temía cargar con la responsabilidad de una medida que, lo sabía, el zar tomaba con el más profundo disgusto. Si le damos crédito, su primer contacto con el manifiesto se produjo a la mañana siguiente a bordo de un barco que lo llevaba, junto con Obolenski, a Peterhof (recuérdese que los ferrocarriles estaban en huelga).[118][22*]

Para redactar a grandes líneas el texto, Obolenski se basó en las resoluciones del Congreso de los Zemstvos celebrado en Moscú entre el 12 y el 15 de septiembre. Los *zemtsi* habían

rechazado la Duma de Buliguin por juzgarla completamente inadecuada, y exponían su propio programa:

1. Garantías en cuanto a los derechos personales, libertad de expresión y publicación, libertad de reunión y asociación.
2. Elecciones a la Duma sobre la base de un sufragio universal.
3. La Duma tendría una voz determinante tanto en la legislación como en el control del presupuesto del Estado y la administración.[119]

Obolenski tomó, para redactar el texto, no solo los contenidos, sino también el formato de las resoluciones del Congreso de los Zemstvos de septiembre. En consecuencia, la parte fundamental del Manifiesto de Octubre resultó ser poco más que una paráfrasis de las demandas de dichos órganos.

El zar pasó la mayor parte del 15 de octubre en compañía de Witte y otros dignatarios, discutiendo y corrigiendo el manifiesto. Entre los consultados estaba Trépov, en cuyo juicio y buena fe Nicolás seguía teniendo una confianza ilimitada, por lo que le envió el memorándum de Witte y el borrador del manifiesto y le pidió su opinión sincera. Aun cuando se aprestaba a firmar el documento, el zar debía de considerar la posibilidad de recurrir a la fuerza militar, porque también le preguntó a Trépov cuántos días creía posible mantener el orden en San Petersburgo sin derramamiento de sangre, y si era acaso factible reafirmar la autoridad sin que hubiera numerosas víctimas.[120]

En su respuesta del día siguiente (16 de octubre), Trépov coincidía en general con las propuestas de Witte, si bien recomendaba limitarse en las concesiones a los liberales. A la

pregunta de si podía restablecer el orden en la capital sin correr el riesgo de provocar una matanza, respondía que «no podría dar una garantía semejante ni ahora ni en el futuro; la rebelión [*kramola*] ha alcanzado un nivel en el que es dudoso que pueda evitarse [el derramamiento de sangre]. Todo lo que nos queda es tener fe en la misericordia de Dios».[121]

Todavía sin estar convencido, Nicolás pidió al gran duque Nicolás Nikoláievich que asumiera poderes dictatoriales. Al parecer, el gran duque respondió que las fuerzas para ejercer una dictadura militar no existían y que, a menos que el zar firmara el manifiesto, él se pegaría un tiro.[122]

El 17 de octubre, Witte presentó al zar un informe (*doklad*) donde se sintetizaban los fundamentos del manifiesto, y que debía publicarse junto con este. En dicho informe, Witte volvía a plantear su convencimiento de que la agitación que afligía a Rusia no era el resultado de defectos específicos del sistema político del país ni de los excesos de los revolucionarios. Había que buscar la causa en un nivel más profundo, «el perturbado equilibrio entre los esfuerzos intelectuales de la sociedad pensante de Rusia y las formas externas de su vida». El restablecimiento del orden, por tanto, requería cambios fundamentales. En el margen Nicolás escribió: «Tómese como guía».[123]

Esa noche, tras persignarse, Nicolás firmó el manifiesto. Su parte operativa consistía en tres artículos paralelos a la resolución en tres partes del Congreso de los Zemstvos de septiembre de 1905:

> Imponemos al gobierno la obligación de ejecutar nuestra voluntad inflexible:
>
> 1. de otorgar a la población fundamentos inviolables de libertad civil [basada] en los principios de la genuina inviolabilidad de la persona, las libertades de conciencia, expresión, reunión y asociación;
>
> 2. sin posponer en la medida de lo posible las elecciones programadas a la Duma del Estado, en vista del escaso tiempo que resta antes de la

convocatoria de dicho cuerpo, de incluir en su labor las clases de la población que hasta ahora han estado completamente privadas del derecho al voto, y ampliar en el futuro, por medio de la nueva legislatura, el principio del sufragio universal, y,

3. de establecer en toda su pureza la regla de que ninguna ley entrará en vigor sin la aprobación de la Duma del Estado, y de que los representantes del pueblo tendrán la oportunidad concreta de participar en la supervisión de la legalidad de las acciones de las autoridades designadas por Nosotros. [23*]

Antes de retirarse, Nicolás escribió en su diario: «Después de semejante día, la cabeza pesa y los pensamientos son confusos. Quiera el Señor ayudarnos a salvar y pacificar Rusia».

La proclamación del Manifiesto de Octubre, acompañado del informe de Witte del 17 de octubre, desató tumultuosas manifestaciones en todas las ciudades del imperio; nadie esperaba tamañas concesiones. En Moscú, una multitud formada por 50.000 personas se congregó frente al teatro Bolshói. También otros miles se reunieron espontáneamente en las otras ciudades, con vivas y cantos. El 19 de octubre, el Sóviet de San Petersburgo votó a favor de poner fin a la huelga general.[124] El paro también concluyó en Moscú y otros lugares.

Dos aspectos del Manifiesto de Octubre exigen una explicación, porque de lo contrario gran parte de la historia política de la última década del régimen imperial será incomprensible.

En primer lugar, el manifiesto se le arrancó a Nicolás bajo coacción, prácticamente a punta de pistola. Por esa razón, el zar nunca se sintió moralmente obligado a respetarlo.

En segundo lugar, en él no se mencionaba la palabra «Constitución». La omisión no era producto de un descuido. Aunque se ha afirmado que Nicolás no comprendió que se había comprometido a aceptar una Constitución,[125] las

fuentes de la época no dejan lugar a dudas de que era consciente de lo que hacía. Así, el 19 de octubre le escribió a su madre que el otorgamiento de autoridad legislativa a la Duma significaba, «en esencia, una Constitución».[126] Aun así, quería evitar a toda costa la detestada palabra para mantener la ilusión de que seguía siendo un autócrata. Los partidarios de reformas liberales le habían asegurado que bajo un régimen constitucional él continuaría siendo la fuente exclusiva de las leyes, y que siempre podría derogar lo que hubiera concedido.[24*] Nicolás creyó en esa explicación porque lo ayudaba a aliviar su conciencia, perturbada por la idea de la posible violación del juramento de coronación. Este autoengaño —el absurdo concepto de un autócrata constitucional— provocaría en los años venideros un sinfín de problemas en las relaciones entre la Corona y la Duma.

Pero al proclamarse el Manifiesto de Octubre, estos problemas no eran evidentes para los liberales y los liberal-conservadores, confiados en que estaban en los albores de una nueva era. Incluso los altos oficiales de la policía se decían unos a otros, solo a medias en broma, que pronto no tendrían nada que hacer.[127]

Witte aceptó asumir la presidencia del Consejo de Ministros con la condición innegociable de que se le permitiera actuar como un auténtico primer ministro y escoger su gabinete. Como Yermólov, Krizhanovski y otros funcionarios experimentados, pensaba que un ministerio unido y disciplinado era absolutamente necesario con vistas a la inminente confrontación del gobierno con un Parlamento electo.[128] Aunque no había motivos para que ese ministerio no estuviera integrado en exclusiva por burócratas, Witte creía que el gabinete sería mucho más eficaz si incluía a algunas figuras públicas respetadas.

El 19 de noviembre inició las conversaciones con Dmitri Shípov, Alexánder Guchkov —un industrial prominente—, el príncipe Yevgueni Nikoláievich Trubetskoi —profesor de filosofía y hermano del recientemente fallecido rector de la Universidad de Moscú— y otras figuras públicas.[129] Las personas a las que ofreció cargos en el gobierno eran de tendencia liberal-conservadora y mantenían una buena relación tanto con la oposición como con la burocracia. El mero hecho de que un ministro eligiera un gabinete carecía de precedentes (y de secuelas, cabría agregar). «Por primera vez en la historia zarista, una persona que no fuera el zar decidía por sí sola la identidad de la mayoría de los ministros».[130]

Las negociaciones fracasaron al cabo de una semana. Las personas abordadas por Witte rechazaron el ofrecimiento con el argumento aparente de que no podían trabajar con Piotr Durnovó, a quien aquel había ofrecido el Ministerio del Interior. Durnovó había estado envuelto en un asunto sórdido que también involucraba a su amante y al embajador español. Se desconfiaba de él, además, por su vieja relación con la policía. Pero el país estaba sumido en el caos, al borde de una guerra civil, y para restablecer el orden hacía falta un administrador experimentado. Y daba la casualidad de que Durnovó tenía la experiencia y la inteligencia práctica imprescindibles para la tarea. Witte se negó a ceder ante quienes lo criticaban, porque comprendía que el destino de las reformas dependía de su capacidad de pacificar el país lo más rápidamente posible. Aun así, a juzgar por la suerte corrida por los ulteriores intentos de incorporar figuras públicas al gobierno, también fracasados en su totalidad, es incuestionable que Durnovó no era más que un pretexto. Hasta los líderes de la oposición moderada y liberal-conservadora temían ser acusados de traición por los liberales

y socialistas, para quienes el Manifiesto de Octubre era solo un trampolín hacia la creación de una República rusa. Si entraban en el gobierno corrían el peligro de aislarse de la sociedad sin que aumentara su influencia sobre las políticas, dado que no tenían garantías de que la burocracia no los utilizara en su propio beneficio. Pero la preocupación por la seguridad personal también desempeñaba un papel importante. «No sería sincero», escribió Witte en retrospectiva,

> si no señalara la impresión, tal vez plenamente infundada, de que en la época las figuras públicas estaban atemorizadas por las bombas y las Browning que eran de uso habitual contra los que estaban en el poder, y de que ese era uno de los motivos internos que susurraban a cada cual, en lo más recóndito de su alma: «Lo más lejos posible del peligro».[131] [img10]

Witte se comportaba como un primer ministro occidental no solo en la elección de su gabinete, sino también al solicitar a los gobernadores y las autoridades militares, que en Rusia tenían responsabilidades administrativas, que presentaran informes diarios. Asimismo, creó una oficina de prensa para promover una cobertura informativa favorable a él.[132] Estas prácticas no eran del agrado de la corte, recelosa ante la posibilidad de que Witte se valiera de la crisis para acumular poder personal y erigirse en un «gran visir». Tenemos un testimonio de lo insegura que era la posición de Witte en una carta de Nicolás a su madre, en la que se aludía al primer ministro, que tenía que negociar con banqueros judíos del exterior a fin de obtener préstamos para Rusia, como un «camaleón» en quien solo confiaban «hebreos extranjeros».[133]

El Manifiesto de Octubre, y la ley de amnistía política que lo siguió, consiguieron en buena medida mitigar las huelgas y otras formas de agitación radical en las ciudades. Al mismo tiempo, desencadenaron desórdenes aún más violentos de elementos derechistas contra aquellos a quienes hacían

responsables de obligar al zar a conceder algo tan poco ruso como una Constitución, así como de campesinos contra terratenientes. Sería fútil buscar alguna lógica en esos excesos, que arreciarían durante los dos años siguientes. Se trataba del estallido de rencores reprimidos, motivado por el derrumbe de la autoridad; irracionales e incluso antirracionales, sin un programa, representaban la *bunt* rusa que Witte temía y esperaba prevenir.

El día posterior a la proclamación del Manifiesto de Octubre estallaron pogromos antijudíos a lo largo y ancho del imperio, acompañados de ataques a estudiantes e intelectuales. El pánico embargó a los judíos de la Zona de Reasentamiento y de ciudades como Moscú, donde muchos de ellos vivían con permisos temporales; era un miedo que no sentían desde la Edad Media. Hubo apaleamientos y asesinatos, acompañados del saqueo y el incendio de propiedades judías. Odesa, que tenía un historial de violencia extrema, fue testigo del más salvaje de los pogromos, en el cual murieron alrededor de quinientos judíos. Era común que treinta, cuarenta o más de ellos perdieran la vida en una ciudad de tamaño mediano.[134]

Si bien sometía a los judíos a fuertes discriminaciones, en el pasado el gobierno ruso no había alentado los pogromos e incluso los había reprimido, temeroso de que la violencia antijudía se descontrolara y se dirigiera contra los propietarios y funcionarios rusos. En efecto, ambos tipos de violencia tenían una base psicológica común, ya que si bien los intelectuales radicales consideraban «reaccionarios» los pogromos antijudíos y «progresistas» los ataques a propietarios, sus perpetradores no hacían esa distinción. Ante el espectáculo de policías y cosacos de brazos cruzados mientras las turbas apaleaban y robaban a los judíos, los

campesinos interpretaban que las autoridades hacían la vista gorda ante los ataques contra todos los bienes no comunales y sus propietarios. Entre 1905 y 1906, en muchas localidades los campesinos atacaron fincas de hacendados cristianos, movidos por la impresión de que el zar, que toleraba los pogromos antijudíos, no pondría objeciones a las agresiones contra terratenientes.[25*] Así pues, al impedir la violencia antijudía, el *establishment* actuaba en defensa de sus propios intereses.

Sin embargo, frustrados por el curso de los acontecimientos, los monárquicos estaban perdiendo de vista esas realidades; no solo toleraban los excesos antijudíos sino que los promovían activamente. Tras asumir el cargo de primer ministro, Witte se enteró de que el Departamento de Policía, valiéndose de prensas que había confiscado a los revolucionarios, imprimía y repartía en secreto llamamientos a los pogromos antijudíos; Witte puso fin a esta práctica, pero no antes de que se hubiese cobrado muchas vidas.[135] Incapaces de explicar lo que había pasado con su idealizada Rusia como no fuera culpando a los presuntos villanos, entre quienes los judíos ocupaban el lugar preferente, los monárquicos ventilaban su furia de una manera que alentaba la violencia generalizada. Nicolás demostró haber caído también en este engaño autodestructivo cuando escribió a su madre, el 27 de octubre, que «nueve de cada diez revolucionarios son hebreos [*zhidi*]». Esto explicaba y presumiblemente justificaba la ira popular contra ellos y las otras «malas personas», entre las cuales el zar incluía a los «agitadores, ingenieros y abogados rusos».[136][26*] En diciembre de 1905, Nicolás aceptó la insignia de la Unión del Pueblo Ruso (Soiuz Russkogo Naroda), una organización monárquica recién formada que aspiraba a restablecer la autocracia y propiciaba la persecución de los judíos.[img11]

A la sazón, sin embargo, la causa principal de la agitación no eran los judíos y los intelectuales, sino los campesinos. El campesinado malinterpretó por completo el Manifiesto de Octubre al suponer que daba a las comunas la autorización de tomar el control del campo. En la primavera de 1905 hubo algunos desórdenes rurales, que aumentaron durante el verano y solo estallaron a partir del 17 de octubre.[137] Tras saber que las huelgas y los pogromos en las ciudades quedaban impunes, los campesinos sacaron sus propias conclusiones. A partir del 23 de octubre, cuando estallaron desórdenes a gran escala en la provincia de Chernígov, la oleada de disturbios rurales siguió creciendo hasta comienzos del invierno, para reaparecer en la primavera de 1906 y alcanzar unas dimensiones aún mayores. Solo se aquietaría por completo en 1908, tras las salvajes medidas represivas dictadas por el primer ministro Stolipin.

Sorprendentemente, en la revuelta agraria de 1905-1906 hubo poca violencia de índole personal; existe un solo caso confirmado de asesinato de un terrateniente, si bien se denunció la muerte de cincuenta campesinos no comunales que eran particularmente detestados.[138] En algunas localidades, los ataques a las fincas fueron acompañados de pogromos antijudíos. El objetivo principal de la *jacquerie* no era infligir daños físicos a personas ni apropiarse siquiera de tierras, sino privar a los terratenientes y otros propietarios no campesinos de la oportunidad de ganarse la vida en el campo; que «se esfumaran», como solían decir. En palabras de un observador: «El movimiento [campesino] se dirigía casi exclusivamente contra los bienes raíces y no contra los terratenientes; los campesinos no tenían interés alguno en estos, pero sí que necesitaban las tierras».[139] La idea era sencilla: obligar a los terratenientes a abandonar el campo y vender sus tierras a precio de ganga. Con este fin, los

campesinos talaban los bosques del hacendado, enviaban el ganado a pastar en sus campos, destrozaban la maquinaria y se negaban a pagar el arriendo. En algunos lugares se prendió fuego a las casas solariegas. Las mayores violencias se produjeron en las provincias del centro de Rusia y en las zonas del Báltico; las menores, en las regiones del oeste y del sudoeste, antaño parte de Polonia. Los más propensos a embarcarse en ellas eran los jóvenes aldeanos y los soldados que regresaban del Lejano Oriente; en todas partes, la ciudad actuaba como un estímulo. En sus asaltos a las propiedades, los campesinos no discriminaban entre terratenientes «buenos» y «malos»; las fincas de intelectuales liberales y revolucionarios no quedaron al margen. Los propietarios conservadores que se defendían sufrieron menos que los liberales con conciencia de culpa.[140] Como veremos, los campesinos tuvieron un considerable éxito en su campaña para desalojar a los propietarios no campesinos.

En un esfuerzo por cortar de raíz la agitación agraria, a comienzos de noviembre el gobierno redujo las cuotas pendientes de las amortizaciones (pagos por la tierra entregada a los siervos emancipados en 1861) y prometió abolirlas por completo en enero de 1907, pero dichas medidas contribuyeron poco a llevar la calma a los distritos rurales.

En 1905 y 1906, los campesinos, por regla general, se abstuvieron de tomar las tierras que codiciaban por temor a que no se les permitiera quedarse con ellas. Aún esperaban un gran reparto nacional de todas las tierras no comunales, pero si bien antes contaban con que el zar lo ordenara, ahora depositaban sus esperanzas en la Duma. Cuanto antes expulsaran a los terratenientes, pensaban, más rápido se produciría el reparto.

Para gran decepción de Nicolás, el Manifiesto de Octubre

no logró pacificar Rusia. El zar estaba impaciente con Witte; el 10 de noviembre se quejó de que este había prometido que no toleraría actos violentos tras la proclamación del Manifiesto, pero en realidad los desórdenes no habían hecho más que empeorar.[141]

El gobierno afrontaba una prueba de fuerza más, esta vez con la izquierda radical. En este conflicto no había cabida para soluciones de compromiso, porque los socialistas solo se conformarían con una revolución política y social.

Las autoridades toleraban el Sóviet de San Petersburgo, que seguía celebrando sesiones aunque ya no tenía un propósito claro. El 26 de noviembre se ordenó el arresto de Nosar, su presidente. El presídium de tres miembros (uno de los cuales era León Trotski) que lo reemplazó resolvió responder con un levantamiento armado. La primera acción, de la que se esperaba que causara un derrumbe financiero, fue un llamamiento al pueblo (el llamado Manifiesto Económico), dado a conocer el 2 de diciembre, en el que se le instaba a interrumpir los pagos al Tesoro, retirar el dinero de las cuentas y aceptar únicamente metálico o divisas. Al día siguiente, Durnovó allanó el sóviet y encarceló a alrededor de 260 diputados (cerca de la mitad de sus miembros).[142] Tras esas detenciones se reunió un nuevo sóviet bajo la presidencia de Alexánder Helphand (Parvus), el teórico de la «revolución permanente».[143] El 6 de diciembre, el Sóviet de San Petersburgo publicó un llamamiento a una huelga general que debía iniciarse dos días más tarde. A pesar de la bendición que le dio la Unión de Uniones, el llamamiento fue ignorado.[144]

Los socialistas tuvieron más éxito en Moscú. El sóviet de esta ciudad, formado tardíamente, el 21 de noviembre, por intelectuales de los tres principales partidos socialistas, decidió impulsar la revolución más allá de su etapa

«burguesa». Sus seguidores eran trabajadores semicualificados, muchos de ellos obreros de la industria textil, profesional y culturalmente menos maduros que sus homólogos de la capital. La principal fuerza que sostenía dicha tentativa era el Comité Bolchevique de Moscú.[145] El levantamiento de Moscú fue, en la Revolución de 1905, el primero liderado por los socialistas. El 6 de diciembre, el sóviet decidió por votación desencadenar al día siguiente una insurrección armada con el propósito de derrocar al gobierno zarista, convocar una Asamblea Constituyente y proclamar una república democrática.[27*]

El 7 de diciembre, la ciudad de Moscú quedó paralizada; la huelga fue impuesta por agentes del sóviet que amenazaban con recurrir a la violencia a quien se negara a cooperar. Dos días después, las fuerzas gubernamentales lanzaron un ataque contra los insurgentes, que respondieron con tácticas de guerrilla urbana. La llegada del regimiento Semiónovski, que utilizó artillería para dispersar a los insurrectos, zanjó la cuestión. El 18 de diciembre, el Comité Ejecutivo del Sóviet de Moscú capituló. En el levantamiento perdieron la vida más de 1.000 personas y zonas enteras de la antigua capital quedaron devastadas.

Lo que siguió fue una orgía de represalias en las que la policía identificaba a estudiantes para apalearlos. Una cantidad desconocida de personas involucradas en la insurrección o sospechosas de haber participado en ella fueron ejecutadas sumariamente, y se enviaron expediciones punitivas a las provincias.

A mediados de abril de 1906, Witte renunció, sobre todo porque pensaba que el zar ya no confiaba en él. Antes de dejar el cargo, logró obtener un préstamo internacional de 844 millones de rublos para Rusia —el más grande otorgado hasta

entonces a un país— con el que fue posible estabilizar su economía, perjudicada por la guerra y la revolución. Además, el préstamo liberó durante algún tiempo a la Corona de su dependencia de la Duma, cuya inauguración estaba prevista para poco después.[146] El sustituto de Witte fue Iván Goremikin, un burócrata adorado en la corte por su devoción eslava. Witte, designado para integrar el Consejo de Estado, la cámara alta del nuevo Parlamento, dedicó los años que le quedaban de vida (murió en 1915) a dictar sus memorias y odiar al sucesor de Goremikin, Piotr Stolipin. [img12]

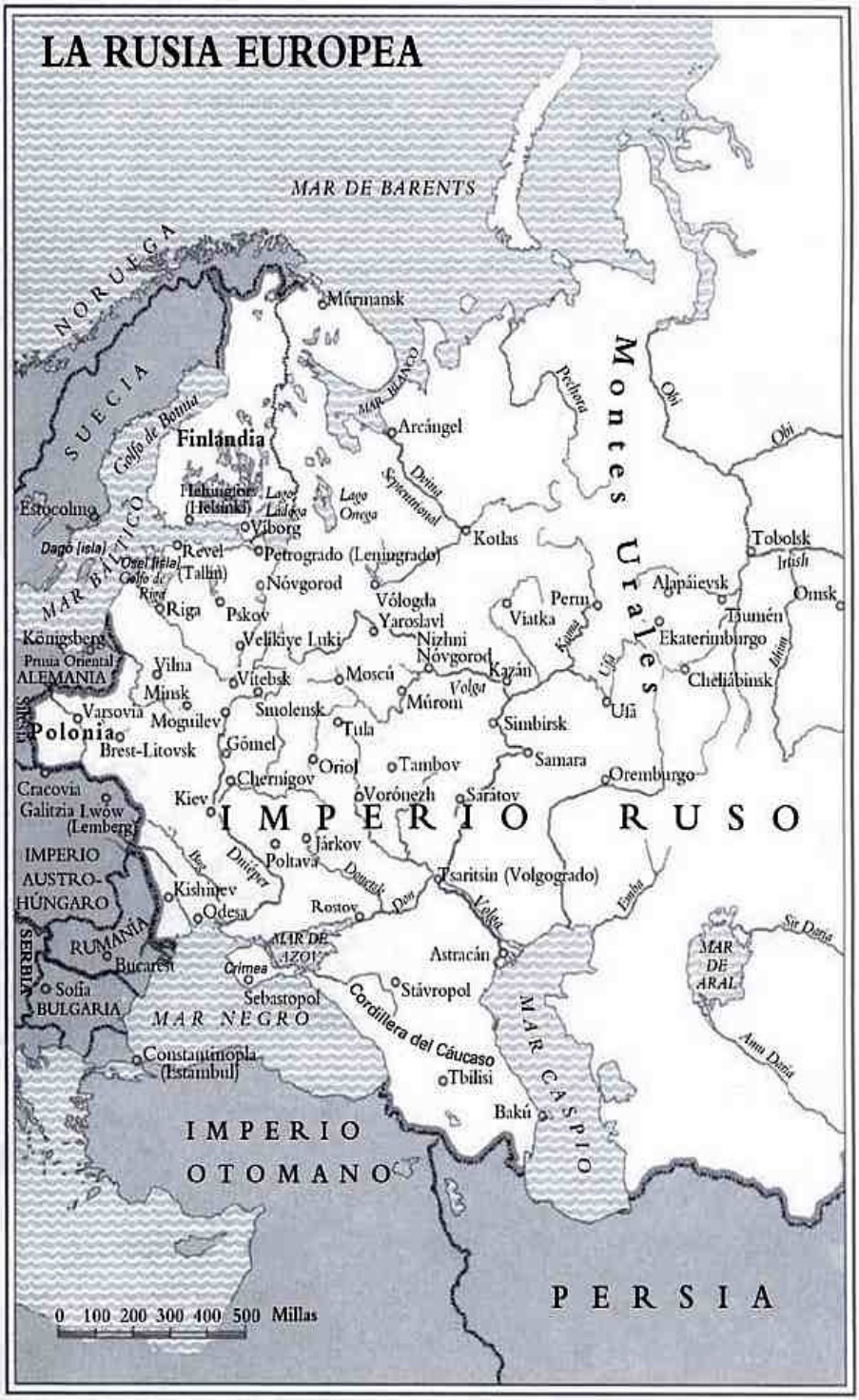
El año 1905 marcó el apogeo del liberalismo ruso, el triunfo de su programa, su estrategia y sus tácticas. Fueron la Unión de Liberación y las organizaciones asociadas a ella, el movimiento de los *zemstvos* y la Unión de Uniones, las que empujaron a la monarquía a conceder un régimen constitucional y parlamentario. Aunque más adelante reclamarían el mérito, en esa campaña los socialistas en general y los bolcheviques en particular solo desempeñaron un papel auxiliar; su única iniciativa independiente, el levantamiento de Moscú, terminó en desastre.

El triunfo de los liberales, sin embargo, distaba de estar asegurado. Como pronto demostrarían los acontecimientos, eran una minoría atrapada en el fuego cruzado entre los extremismos conservador y radical. Decididos como los conservadores a impedir la revolución, los liberales estaban no obstante comprometidos con los radicales, dado que la amenaza revolucionaria era la única palanca que tenían para incitar a la Corona a hacer aún más concesiones. En última instancia, esta contradicción sería la causa de su desaparición.

La Revolución de 1905 modificó de manera sustancial las instituciones políticas rusas, pero dejó intactas las actitudes políticas. La monarquía siguió ignorando las implicaciones

del Manifiesto de Octubre e insistiendo en que, en realidad, nada había cambiado. Sus partidarios de la derecha y las turbas inspiradas por ellos anhelaban castigar a quienes habían humillado al zar. La *intelligentsia* socialista, por su parte, estaba más resuelta que nunca a aprovechar la probada debilidad del gobierno e impulsar la siguiente etapa de la revolución, de carácter socialista. Las experiencias de 1905 la volvieron no menos, sino más radical. La extraordinaria debilidad de los lazos que mantenían unida a Rusia quedó a la vista de todos, pero mientras que para el gobierno ello implicaba la necesidad de una autoridad más firme, para los radicales era una fuente de oportunidades de destrucción del orden existente. No es de sorprender que tanto el gobierno como la oposición vieran la Duma no como un vehículo para alcanzar acuerdos, sino como una arena de combate, y la una y la otra parte se dedicaron a vilipendiar a las voces sensatas que abogaban por la cooperación.

Es justo decir, por consiguiente, que la Revolución de 1905 no solo no logró resolver el problema más acuciante de Rusia —el distanciamiento entre gobernantes y gobernados—, sino que lo agravó. Y, en la medida en que son las actitudes y no las instituciones o las realidades económicas y sociales «objetivas» las que determinan el rumbo de la política, solo los más optimistas podían mirar el futuro con alguna confianza. De hecho, Rusia solo había ganado un respiro.


LA RUSIA EUROPEA
MAR DE BARENTS
NORUEGA
SUECIA
Golfo de Botnia
Finlandia
Estocolmo
Dagö (isla)
Osel (isla)
Golfo de Riga
MAR BÁLTICO
Helsingfors (Helsinki)
Lago Ládoga
Lago Onega
Viborg
Revel (Tallin)
Petrogrado (Leningrado)
Nóvgorod
Riga
Pskov
Vólogda
Yaroslavl
Nizhni Nóvgorod
Kotlas
Arcángel
MAR BLANCO
Deina Septentrional
Pechora
Montes Urales
Obi
Tobolsk
Irtish
Omsk
Alapáievsk
Perm
Viatka
Kama
Ufá
Ekaterimburgo
Tiumén
Ibiun
Cheliábinsk
Ufá
Simbirsk
Samara
Oremburgo
Königsberg
Prusia Oriental
ALEMANIA
Vilna
Minsk
Vitebsk
Moscú
Múrom
Volga
Kazán
Varsovia
Moguilev
Smolensk
Tula
Polonia
Brest-Litovsk
Gómel
Oriol
Tambov
Cracovia
Galitzia Lwów (Lemberg)
Kiev
Chernigov
Voronezh
Sarátov
IMPERIO RUSO
Járkov
Poltava
Dniéper
Bug
Donetsk
Don
Tsaritsin (Volgogrado)
Volga
Emba
IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO
Kishinev
Odesa
Rostov
RUMANÍA
SERBIA
Bucarest
MAR DE AZOV
Crimea
Sebastopol
Astracán
Stávropol
Sofía
BULGARIA
MAR NEGRO
Cordillera del Cáucaso
MAR CASPIO
Constantinopla (Estambul)
Tbilisi
Bakú
MAR DE ARAL
Sir Daria
Amu Daria
IMPERIO OTOMANO
PERSIA
0 100 200 300 400 500 Millas

2

La Rusia oficial

Los acontecimientos descritos ocurrieron en un país que en muchos aspectos era único. Gobernado (hasta 1905) por una monarquía absoluta, administrado por una burocracia todopoderosa y compuesto de castas sociales, Rusia se asemejaba a un despotismo oriental. Sus ambiciones internacionales, empero, y las políticas económicas y culturales necesarias para promoverlas, le inyectaban un dinamismo cuyo origen era occidental. La contradicción entre el carácter estático del orden político y social y el dinamismo de la economía y la vida cultural producía una situación de tensión endémica. Confería al país un halo de impermanencia, de expectativa; como dijo por entonces un visitante francés, Rusia parecía en cierto modo «inconclusa». [1]

Hasta el Manifiesto de Octubre, Rusia fue una autocracia (*samoderzhaviye*). Las viejas Leyes Fundamentales definían a su soberano, formalmente designado emperador (*Gosudar Imperator*), como «ilimitado» (*neogranichennyi*) y «autocrático» (*samoderzhavnyi*). El primer adjetivo significaba que no estaba sujeto a ninguna restricción constitucional y el segundo, que no estaba limitado institucionalmente.[2] La autoridad del emperador tuvo su definición original en el Reglamento Militar de 1716 dictado por Pedro el Grande (capítulo 3, artículo 20), que aún estaba

en vigor en 1900: «Su Majestad es un monarca absoluto [*samovlastnyi*] que no está obligado a responder de sus actos ante nadie en el mundo, pero que tiene el poder y la autoridad para gobernar sus estados y sus tierras como un soberano cristiano, de acuerdo con su deseo y su voluntad [*blagomneniye*]».

El emperador era la fuente exclusiva de las leyes y ordenanzas. Según el artículo 51 de las viejas Leyes Fundamentales, «ningún cargo [*mesto*] o función [*pravitelstvo*] del reino puede, por propia iniciativa, sancionar una nueva ley, y ninguna ley puede entrar en vigor sin la sanción de la autoridad autocrática». En la práctica se reveló la imposibilidad de imponer un absolutismo tan rígido en un país con ciento veinticinco millones de habitantes y que era la quinta economía del mundo, y con el paso del tiempo se invistió al funcionariado de una creciente autoridad discrecional. No obstante, se hacía repetidamente hincapié en el principio autocrático, y cualquier cuestionamiento que se hiciera sobre este, de hecho o de palabra, propiciaba una persecución salvaje.

A primera vista, la autocracia no difería de las monarquías de la Europa del *Ancien Régime* y por ello era vista mayoritariamente, dentro y fuera de Rusia, como un anacronismo. Pero examinado más de cerca, en el contexto de su propio pasado, el absolutismo ruso poseía características singulares que lo distinguían del de los Borbones, los Estuardo o los Hohenzollern. Los viajeros europeos que visitaban Moscovia en los siglos XVI y XVII, cuando el absolutismo del *Ancien Régime* estaba en su apogeo, quedaban impresionados ante las diferencias entre lo que estaban acostumbrados a vivir en sus países y lo que veían en Rusia.[3] Los rasgos peculiares del absolutismo ruso en su

forma inicial, que se extendió desde el siglo XIV hasta finales del XVIII, estaban marcados por la ausencia prácticamente de la institución de la propiedad privada, que en Occidente ponía límites concretos a la autoridad del poder real. En Rusia, el concepto mismo de propiedad (en el sentido romano de dominio absoluto sobre los objetos) fue desconocido hasta que Catalina II, de origen alemán, lo introdujo en la segunda mitad del siglo XVIII. La Rusia moscovita había sido administrada como una hacienda privada, y sus habitantes y territorios, con todo lo que contenían, eran tratados como una propiedad de la Corona.

Desde la época de Hobbes, este tipo de régimen ha recibido el nombre de «patriarcal» o «patrimonial».[28*] Su rasgo distintivo es la fusión de la soberanía y la propiedad, de tal manera que el monarca se ve a sí mismo y es visto por sus súbditos como el gobernante del reino y, a la vez, como su propietario. En su momento de mayor desarrollo, el régimen patrimonial ruso descansaba sobre cuatro pilares:

1. El monopolio de la autoridad política.
2. El monopolio de los recursos económicos y el comercio mayorista.
3. El derecho del gobernante a exigir servicios ilimitados de sus súbditos; falta de derechos tanto individuales como colectivos (estamentales).
4. El monopolio de la información pública.

Tras afirmar a comienzos del siglo XVIII su pretensión de ser una potencia europea, Rusia había tenido que igualar a sus rivales occidentales en poderío militar, productividad económica y cultura. Esta exigencia forzó a la monarquía a desmantelar en parte las instituciones patrimoniales que tan útiles le habían sido cuando Rusia era en esencia una potencia

oriental que competía con otras potencias de la zona. A mediados del siglo XVIII, la monarquía reconoció el derecho a la propiedad de la tierra y bajo sus otras formas; la palabra «propiedad» (*sobstvennost*, del alemán *Eigentum*) fue incorporada a la lengua rusa en esa época. Al mismo tiempo, la Corona comenzó a retirarse de las actividades manufactureras y comerciales. Aunque según los criterios occidentales, el Estado ruso de 1900 todavía era un actor importante en la economía nacional, por entonces el país tenía un próspero mercado libre y las instituciones capitalistas correspondientes. Aunque violara los derechos humanos, el zarismo respetaba la propiedad privada. El gobierno también abandonó poco a poco la pretensión de que sus súbditos lo sirvieran ilimitadamente, al liberar del servicio estatal obligatorio primero a la nobleza de servicio (*dvorianstvo*) (1762) y un siglo después (1861) a los siervos. Siguió insistiendo en su derecho a censurar las publicaciones, pero como su manera de ejercerlo no era estricta ni coherente, la circulación de ideas no se vio seriamente afectada, tanto más cuanto que había pocas restricciones a los viajes al extranjero.

Así, hacia 1900, y con una sola excepción, el régimen patrimonial era cosa del pasado; dicha excepción era el sistema político del país. Si bien había «manumitido» a la sociedad en los planos económico, social y cultural, la Corona persistía en su negativa a darle voz en materia de legislación y administración.[29*] No dejaba de insistir en que tenía un derecho exclusivo a ejercer el poder legislativo y ejecutivo, que el zar era a la vez «autocrático» e «ilimitado» y que todas las leyes debían emanar de él. En esa época, la mayoría de los rusos instruidos veían claramente como una anomalía la incompatibilidad de la Constitución política de Rusia con sus realidades económica, social, cultural y hasta administrativa. En efecto, ¿cómo podía conciliarse el avanzado estado de la

economía industrial y la cultura de Rusia con un sistema político que trataba a sus habitantes como seres incapaces de gobernarse a sí mismos? ¿Por qué un pueblo que había engendrado a Tolstói y a Chéjov, a Chaicovski y a Mendeléiev, tenía que ser gobernado por una casta de burócratas profesionales, la mayoría de los cuales carecían de educación superior y en la que muchos eran notoriamente corruptos? ¿Por qué podían los serbios, los finlandeses y los turcos tener una Constitución y un Parlamento y los rusos no?

A primera vista, estas preguntas parecen imposibles de contestar, y sin embargo tenían respuestas a las que, habida cuenta de lo sucedido después de 1917, merece prestar atención.

Los elementos educados y económicamente avanzados de la población rusa que reclamaban derechos políticos eran una minoría visible pero pequeña. La principal inquietud de la administración imperial eran los cincuenta millones de campesinos gran-rusos concentrados en las provincias centrales, porque la seguridad interna del imperio dependía en última instancia de su pasividad y lealtad.[30*] El campesino tenía sus demandas, pero no de carácter político; era tan incapaz de imaginar otro sistema de gobierno como de imaginar otro clima. Se acomodaba bien al régimen porque podía entenderlo sobre la base de su experiencia personal en la casa campesina, que estaba organizada conforme al mismo modelo:

> La autoridad del soberano es ilimitada, como la del padre. Esta autocracia es solo una prolongación de la autoridad paterna. […] Desde la base hasta la cima, el inmenso Imperio del Norte se muestra, en todas sus partes y todos sus niveles, construido según un solo plan y un solo estilo; todas las piedras parecen provenir de la misma cantera y el edificio entero descansa sobre un solo cimiento, la autoridad patriarcal. Este aspecto que le es propio inclina a Rusia hacia las viejas monarquías de Oriente y la aparta decididamente de

los modernos estados de Occidente, todos ellos basados en el feudalismo y el individualismo.[4]

El campesino gran-ruso, con siglos de servidumbre a sus espaldas, no solo no anhelaba derechos civiles y políticos, sino que, como se indicará más adelante, despreciaba dichas ideas. El gobierno tenía que ser voluntarioso y fuerte, es decir, capaz de exigir una obediencia indiscutida. Un gobierno limitado, sujeto a restricciones externas y tolerante con la crítica, era para el campesino una contradicción en los términos. Para los funcionarios encargados de administrar el país y familiarizados con estas actitudes campesinas, un orden constitucional de tipo occidental significaba una sola cosa: la anarquía. Los campesinos lo interpretarían como su liberación de todas las obligaciones con el Estado, que solo cumplían porque no tenían otra alternativa: no más impuestos, no más levas y, sobre todo, no más tolerancia con la propiedad privada de la tierra. Incluso los funcionarios relativamente liberales veían a los campesinos rusos como salvajes a quienes solo podía mantenerse a raya en la medida en que creyeran que sus gobernantes estaban hechos de otro «barro».[5] En muchos aspectos, la burocracia trataba a su población como las potencias europeas trataban a sus súbditos coloniales; algunos observadores, en efecto, trazaban un paralelismo entre la administración rusa y el servicio civil británico en la India.[6] Hasta los burócratas más conservadores comprendían que la seguridad interna no podría basarse para siempre en la coerción, y que tarde o temprano sería inevitable el establecimiento de un régimen constitucional, pero se conformaban con dejar esta cuestión a las generaciones futuras.

El otro obstáculo a la liberalización era la *intelligentsia*, definida en líneas generales como una categoría de ciudadanos, en su mayor parte de clase alta y media e

instruidos, en permanente oposición al zarismo, que pedían en nombre de la nación que la Corona y la burocracia les entregaran las riendas del poder. Para la monarquía y los funcionarios, esta *intelligentsia* era inepta para gobernar. A decir verdad, como demostrarían los acontecimientos, la *intelligentsia* subestimaba en grado sumo las dificultades de administrar Rusia; veía la democracia no como el producto de una lenta evolución de las instituciones y los hábitos, sino como la condición natural del hombre, a la que solo el despotismo existente impedía ejercer su influencia benéfica. Como carecían de experiencia administrativa, tendían a confundir gobernar con legislar. A ojos de los burócratas, estos profesores, abogados y publicistas, en caso de tener acceso a los resortes del poder, no tardarían en dejar que se les fuera de las manos y desencadenarían la anarquía, cuyos únicos beneficiarios serían los extremistas radicales. Tal era la convicción de la corte y sus funcionarios. Entre los miembros de la *intelligentsia* había personas sensatas y pragmáticas, al corriente de las dificultades de democratizar Rusia y dispuestas a colaborar con el *establishment*, pero eran pocas y sufrían el embate constante de los liberales y socialistas que dominaban la opinión pública.

El *establishment* ruso de los primeros años del siglo XX creía que el país no podía, sencillamente, permitirse el lujo de la «política»; era demasiado vasto, demasiado heterogéneo étnicamente y demasiado primitivo en lo cultural para admitir el libre juego de los intereses y las opiniones. La política tenía que reducirse a la administración llevada adelante bajo la égida de un árbitro imparcial personificado en el gobernante absoluto.

Una autocracia exigía un autócrata; un autócrata no solo desde el punto de vista de las prerrogativas formales, sino también en virtud de su personalidad, o, de no haberlo, al

menos un monarca ceremonial que estuviera conforme con reinar mientras la burocracia gobernaba. Sin embargo, quiso la genética que, en vísperas del siglo XX, Rusia no tuviera ni una ni otra cosa y sí un zar que carecía de la inteligencia y el carácter para gobernar a pesar de que insistía en ejercer de autócrata.

En el siglo XIX, los gobernantes fuertes sucedieron a los débiles y los débiles a los fuertes con una regularidad nada excepcional; al vacilante Alejandro I lo siguió el rigorista Nicolás I, cuyo sucesor, Alejandro II, tenía un carácter amable. Su hijo, Alejandro III, fue la personificación de la autocracia; era un gigantón que doblaba con las manos jarras de peltre, divertía a sus acompañantes derribando puertas cerradas con llave, amaba el circo y tocaba la tuba, y no tenía escrúpulos en recurrir a la fuerza. Crecido a la sombra de su padre, el futuro Nicolás II mostró pronto todos los rasgos de un zar «blando». No tenía ansias de poder ni amor por las ceremonias; su mayor fuente de placer eran las horas pasadas en compañía de su esposa y sus hijos y en los ejercicios al aire libre. Aunque puesto en el papel de un autócrata, en realidad habría sido perfecto en el de un monarca ceremonial. Tenía modales exquisitos y un gran encanto; Witte lo consideraba la persona más educada que había conocido.[7] Intelectualmente, empero, era más bien un simplón. Veía la autocracia como un deber sagrado y se consideraba el administrador del patrimonio que había heredado de su padre y que estaba obligado a legar a su sucesor. No disfrutaba con ninguno de los beneficios del cargo y una vez le confesó a un ministro que, de no creer que podía perjudicar a Rusia, se habría deshecho con mucho gusto de sus poderes autocráticos.[8] En efecto, nunca pareció tan feliz como después de haberse visto obligado a abdicar en marzo de 1917. Aprendió pronto a ocultar sus sentimientos detrás de una máscara helada. Si bien

receloso y hasta vengativo, era en lo fundamental un hombre decente, sencillo en sus gustos, callado y tímido, al que le asqueaban las ambiciones de los políticos, las intrigas de los funcionarios y la moral general de la época. Le disgustaban las personalidades poderosas y mantenía a distancia a sus ministros más capaces, a quienes tarde o temprano destituía para reemplazarlos por nulidades amigables y deferentes.

Criado en un clima cortesano muy circunscrito, no tuvo oportunidades de madurar ni emocional ni intelectualmente. A los veintidós años impresionó a un alto funcionario como un

> oficial [*ofitserik*] bastante atractivo. Luce bien en su uniforme blanco y forrado de piel de un húsar de la Guardia, pero en general su aspecto es tan corriente que cuesta distinguirlo en un grupo numeroso de gente. Su rostro carece de expresión. Sus modales son sencillos, pero no tiene ni elegancia ni refinamiento.[9]

Según el mismo funcionario, todavía a los veintitrés años, Alejandro III amedrentaba y trataba a Nicolás como si fuese un niño. En una ocasión en la que el zarévich se atrevió a desafiar a su padre poniéndose del lado de la oposición burocrática, Alejandro expresó su enojo arrojándole bolas de pan durante la cena.[10] Hablaba de su hijo con desdén y decía que era una «nena», con una personalidad y unas ideas pueriles, completamente inepto para los deberes que lo aguardaban.[11]

Como consecuencia de su educación, el futuro Nicolás II no estaba preparado para subir al trono. Tras el fallecimiento de su padre, le contó a un ministro que no tenía idea de lo que se esperaba de él: «No sé nada. El difunto soberano no previó su muerte y no me inició en nada».[31*][12] Su instinto le decía que debía seguir fielmente a su padre en todos los asuntos, sobre todo en el mantenimiento de la ideología y las instituciones del absolutismo patrimonial, y así lo hizo

mientras las circunstancias se lo permitieron.

Para empeorar aún más las cosas, a Nicolás lo perseguía la mala suerte desde el día de su nacimiento, que vino a coincidir con la onomástica de Job. Todo lo que intentaba se convertía en polvo, y pronto se granjeó la reputación de zar «desafortunado». Él mismo llegó a compartir esta creencia popular, que afectó mucho a su autoconfianza y fomentó en él un espíritu de resignación, interrumpido por arranques periódicos de obstinación.

Para reafirmar su independencia, Nicolás viajó entre 1890 y 1891 a Oriente Próximo y el Lejano Oriente. Algunos diplomáticos consideraban que esta última zona entraba dentro de la esfera de influencia de Rusia, una opinión compartida por él. El viaje casi terminó en tragedia cuando el futuro zar sufrió el ataque de un terrorista japonés trastornado.

El día de su coronación en 1894 se produjo un terrible accidente cuando una multitud cifrada en 500.000 personas, reunidas en el Campo de Jodinka, en las afueras de Moscú, para recibir obsequios del acontecimiento, fue presa del pánico; casi 1.400 de los asistentes murieron aplastados o asfixiados.[13] Ignorando la tragedia, la pareja imperial asistió esa noche al baile de coronación. Ambos hechos fueron considerados de mal agüero.

Tal vez porque se sabía lo mal que el despótico Alejandro III había tratado a su hijo, al subir al trono en 1894 Nicolás II disfrutó de la reputación de liberal. Rápidamente defraudó dichas expectativas. En un discurso frente a una delegación de *zemstvos* en enero de 1895, desestimó las menciones sobre la liberalización como «sueños insensatos» y se comprometió a «salvaguardar el principio de la autocracia tan firme y resueltamente» como había hecho su padre.[14] Esto puso fin a

su breve luna de miel política. Aunque rara vez se pronunciaba sobre asuntos políticos, no ocultaba que Rusia era para él el «patrimonio» de la dinastía. Un ejemplo de esta actitud fue su decisión de entregar al príncipe de Montenegro tres millones de rublos pagados por Turquía a Rusia como parte de un acuerdo de paz, a solicitud de dos grandes duques rusos casados con las hijas del príncipe. Con grandes dificultades se logró disuadirlo de disponer de manera tan desenfadada del dinero perteneciente al Tesoro ruso.[15] Y no fue ese el único caso de patrimonialismo anacrónico en su reinado. [img 13]

Dada su personalidad apocada y su falta de apetito de poder, Nicolás tal vez se habría mostrado dispuesto a mantener buenas relaciones con la oposición de no haber sido por su esposa, que estaba destinada a desempeñar un papel importante y muy negativo en los años finales del antiguo régimen. Nieta por el lado materno de la reina Victoria, Alejandra Fiódorovna (Alix) había nacido en el principado alemán de Hesse, y en Rusia tanto la sociedad como las masas siempre la vieron como «la alemana».[32*] Altiva y fría, en muy poco tiempo consiguió granjearse la enemistad de la sociedad de San Petersburgo; al aumentar su distanciamiento, su entorno terminó por limitarse a una confidente, Anna Vírubova, y más adelante a Rasputín. Rara vez se la veía sonreír y en las fotografías suele apartar la mirada de la cámara. Afectada por jaquecas y lo que creía un corazón débil, se volvió adicta a las píldoras. Tenía una fuerte inclinación al misticismo. El embajador francés, Maurice Paléologue, hizo un conciso esbozo de Alejandra: «Desasosiego moral, tristeza constante, vago anhelar, alternancia entre el entusiasmo y el agotamiento, pensamiento siempre dado a lo invisible y sobrenatural, credulidad, superstición».[16] Aislada en la residencia imperial

de Tsárkoie Seló de todo el mundo salvo de los cortesanos, se construyó una fe en un «pueblo» ruso mítico que, según su firme convicción, amaba sin límites a la familia imperial. Desconfiaba de todos, incluidos los parientes de Nicolás, de quienes sospechaba que planeaban desplazarlo del trono.

Nada de esto habría importado demasiado si no fuera porque la emperatriz se vio obligada a compensar el carácter vacilante de su esposo impidiéndole hacer concesiones políticas y, a la larga, participando directamente en las designaciones; a menudo ejercía la prerrogativa de una esposa de poner a su marido en contra de personas por las que, por una u otra razón, ella sentía aversión. Tratando a Nicolás como un niño bueno (le gustaba compararlo con un bebé en brazos), aprovechaba su sentido del deber y su naturaleza recelosa para manipularlo. Aunque nacida y criada en Europa occidental, pronto asimiló las actitudes patrimoniales más extremas de su país de adopción. Una y otra vez le recordaba a Nicolás su herencia. «Rusia y tú son una sola cosa», le predicaba.[17] Tras dar a luz a un heredero varón, convirtió en misión de su vida la salvaguardia sin mácula de la institución de la monarquía autocrática hasta el momento en el que su hijo subiera al trono. Con sus acciones contribuyó en gran medida a ampliar la brecha entre la monarquía y la sociedad, hasta hacerla infranqueable; hacia 1916, incluso los monárquicos más acérrimos, incluidos muchos grandes duques, se volverían contra ella y planearían su salida. En este aspecto, su papel histórico no es muy diferente del de María Antonieta.

Para alegrarla, Nicolás solía seguir los consejos de su esposa, pero no servilmente; en alguna que otra ocasión podía incluso oponerse a sus deseos. Eran una pareja muy enamorada, dedicados por completo el uno a la otra y, por lo

común, de un mismo parecer. Ambos despreciaban la «opinión pública», que identificaban con la sociedad petersburguesa y la *intelligentsia*, además de verla como un muro [*sredosteniye*] artificial «levantado para separar de ellos al pueblo que los adoraba».[33*] Se ha dicho que cuando Nicolás mencionaba la palabra *intelligentsia*, ponía la misma cara que al decir «sífilis». A su entender, era un vocablo que debía ser borrado del diccionario ruso.[18]

Dada la mala suerte que perseguía a Nicolás en todo lo que emprendía, no resultó una gran sorpresa para nadie que el infortunio también afectara a su vida doméstica. Su esposa dio a luz a cuatro hijas, una detrás de otra, pero no había heredero masculino. Desesperada, acudió a charlatanes, uno de los cuales, un médico francés conocido como doctor Philippe, le aseguró que estaba embarazada de un varón. Alejandra aumentó en corpulencia hasta que un examen médico, en el noveno mes, reveló que tenía un embarazo psicológico.[19] Cuando en 1904 nació finalmente un varón, resultó que padecía hemofilia, una enfermedad incurable que le había transmitido su madre. El golpe acentuó el misticismo de Alejandra, pero también su resolución de ver al niño, bautizado Alexis, resplandecer en el trono como zar de Todas las Rusias.

Los cortesanos que rodeaban a Nicolás II reforzaban estas preferencias por prácticas políticas anacrónicas. En la corte del zar se hacía un enorme hincapié en el decoro y la observancia de las formas ritualistas:

> El círculo de los íntimos [de la familia imperial] estaba compuesto por restos estúpidos e ignorantes de clanes *dvorianye*, lacayos de la aristocracia que habían perdido la libertad de opinión y convicción, así como las ideas tradicionales de honor y orgullo estamentales. Todos esos Voiéikov, Nílov, Mosólov, Apraxin, Fedoséiev, Vólkov —esclavos insípidos y sin talento— se situaban en las entradas y salidas del Palacio Imperial y protegían la integridad del poder autocrático. Compartían ese deber honorario con los

> Frederick, los Benckendorff, los Korf, los Groten, los Grünwald, pomposos y engreídos alemanes [del Báltico] que habían echado firmes raíces en la corte rusa y que ejercían una peculiar suerte de influencia entre bambalinas. Unía a los lacayos situados en las altas esferas un profundo desdén por el pueblo ruso. Muchos de ellos no conocían el pasado de Rusia y vivían en una especie de estúpida ignorancia de las necesidades del presente y de indiferencia por el futuro. Para la mayoría de ellos, el pensamiento conservador implicaba simplemente inercia mental e inmovilidad. Las personas de esta índole estimaban que la autocracia había perdido sentido como sistema político, porque su nivel mental era incapaz de elevarse a las ideas generales. Su vida transcurría de un episodio a otro, de condecoraciones a cambios en el escalafón de rangos y honores. De vez en cuando alguna conmoción —una insurrección, un levantamiento revolucionario, un atentado terrorista— interrumpía en ellos el transcurrir de los acontecimientos. Estos síntomas ominosos los llenaban de temor e incluso de alarma, pero jamás despertaban en ellos un hondo interés o una atención seria. En última instancia, todo se reducía a las esperanzas depositadas en un nuevo administrador enérgico o un jefe de policía competente.[20]

La monarquía gobernaba Rusia con la colaboración de cinco instituciones: la administración pública, la policía de seguridad, la nobleza de servicio, el ejército y la Iglesia ortodoxa.

La burocracia (*chinovnichestvo*) descendía del personal doméstico de los príncipes medievales, originalmente esclavo, y conservaba en el siglo XX fuertes huellas de su origen. Seguía actuando, en primerísimo lugar, como personal exclusivo del monarca y no como un funcionariado al servicio de la nación. Sus miembros tenían escasa percepción del Estado (*gosudarstvo*) como una entidad separada del monarca (*gosudar*) y de su burocracia y superior a estos últimos.[21]

Al ingresar en la administración, el funcionario ruso juraba lealtad no al Estado o la nación, sino a la persona del gobernante. Actuaba íntegramente conforme a la voluntad del monarca y sus superiores inmediatos. Los altos mandos burocráticos tenían la facultad de destituir a sus subordinados sin tener que aducir motivos ni brindar al damnificado en

cuestión la oportunidad de defenderse. Los Reglamentos del Servicio negaban a un funcionario cesado todo medio de desagravio:

> Los funcionarios que, en opinión de sus superiores, son incapaces de cumplir sus obligaciones, o que por cualquier razón son [considerados] indignos de confianza [*nieblagonadezhnye*], o que han cometido una falta de la que su superior tiene conocimiento pero que no es posible demostrar en los hechos, pueden ser apartados del servicio por superiores cualificados a discreción de estos últimos. […] Los funcionarios que han sido simplemente destituidos por decisión de sus superiores sin que se les haya informado de las razones, no pueden presentar una queja contra esa medida. Sus solicitudes de reintegración a sus cargos previos o de sustanciación de un proceso no solo deben quedar sin efecto, sino que ni siquiera deben ser aceptados por el Senado Gobernante de la Cancillería de Su Majestad Imperial.[34*]

Como para destacar que los miembros de la administración descendían de los criados serviles, un funcionario, por muy prominente que fuera, no podía renunciar al servicio sin permiso. Aún en 1916, los ministros, la mayoría de los cuales discrepaban por entonces de las políticas del zar, tenían que pedirle permiso para marcharse, y en algunos casos este se negó a dárselo; una situación que para un europeo era harto difícil de imaginar.

A excepción de los jueces y algunas categorías de especialistas, no se requería a los funcionarios rusos la presentación de una prueba de su currículum académico. A diferencia de lo que sucedía por entonces en Europa occidental, donde la designación para la administración requería presentar un diploma o aprobar un examen, o ambos, en Rusia los requisitos de ingreso eran superficiales. Para poder optar al puesto de servidor de la Cancillería (Kantseliarski Sluzhitel), el trampolín hacia el peldaño más bajo del escalafón, el candidato solo tenía que demostrar que sabía leer y escribir de manera gramaticalmente correcta y que dominaba los rudimentos de las matemáticas. Para

ascender a la siguiente categoría debía aprobar un examen en el que se exigía el conocimiento que cabía esperar de alguien que tuviera el título de bachiller. Una vez instalado en la categoría más baja de la administración, el funcionario o *chinovnik* no estaba obligado a demostrar ninguna otra competencia y ascendía en el escalafón de acuerdo con las normas de antigüedad y las recomendaciones de sus superiores. Así, los funcionarios imperiales eran designados y avanzaban sobre la base de criterios indefinidos que en la práctica se centraban en la completa lealtad a la dinastía, la obediencia ciega en la ejecución de las órdenes y la aceptación incuestionable del *statu quo*.

Como servidores personales del zar, los funcionarios de la administración imperial estaban por encima de la ley. Solo era posible acusar y llevar a juicio a un *chinovnik* si se contaba con el permiso de su superior.[22] De faltar dicha autorización, el poder judicial era impotente para acusar a los funcionarios. El permiso para juzgarlos rara vez se concedía, y ello por dos razones. Como, al menos en teoría, todos los nombramientos los hacía el zar, la incapacidad de un burócrata para cumplir adecuadamente con sus obligaciones se reflejaba de manera negativa en el juicio del monarca. En segundo lugar, siempre existía el riesgo de que, si se le permitía defenderse en los tribunales, el funcionario acusado implicara a sus superiores. En la práctica, por lo tanto, los funcionarios culpables eran trasladados en silencio a otro puesto o, si eran lo bastante distinguidos, se les ascendía a cargos rimbombantes pero sin importancia en el Senado o el Consejo de Estado.[23] En las cuestiones de esta índole, hasta el propio zar tenía que inclinarse ante la costumbre. Tras un accidente ferroviario en el que estuvo a punto de perder la vida, Alejandro III quiso llevar a juicio al ministro de Transporte, pero en última instancia fue disuadido con el argumento de que el

procesamiento público de un ministro que había ocupado su cargo durante catorce años significaría que había «disfrutado sin merecerla de la confianza del monarca»,[24] esto es, que el zar había demostrado una pobre capacidad de juicio. A ojos de algunos contemporáneos, la inexistencia de la necesidad de rendir cuentas del funcionariado ruso ante la ley o cualquier cuerpo externo constituía la principal diferencia entre las administraciones de Rusia y de Europa occidental. En realidad, esta era apenas una de las muchas manifestaciones del espíritu patrimonial todavía arraigado en el Estado ruso.

La burocracia rusa, especialmente en los últimos años de la monarquía, tenía en sus filas muchos funcionarios instruidos y entregados. Estos eran particularmente numerosos en los ministerios y organismos con sede en San Petersburgo. Bernard Pares, el historiador inglés especialista en Rusia, observó en sus frecuentes visitas a ese país, con anterioridad a 1917, que, cuando se despojaba del uniforme, un *chinovnik* resultaba ser a menudo un intelectual, perturbado por los mismos pensamientos que agitaban a la sociedad en general. Sin embargo, de uniforme, mientras desempeñaba sus tareas, se esperaba que actuara con altanería e insolencia.[35*] Las condiciones del servicio, sobre todo la falta de seguridad, alentaban de hecho el servilismo hacia los superiores y la grosería con todos los demás. Frente al mundo exterior, se esperaba que el *chinovnik* actuara con plena confianza en sí mismo: «La intención subyacente siempre era presentar al "gobierno" como un grupo omnisciente, decidido y en última instancia infalible de servidores del Estado, que trabajaban con abnegación y al unísono con el monarca en beneficio de los intereses de Rusia».[25]

Un elemento esencial de esta imagen de sí mismos era la confidencialidad, que contribuía a mantener la ilusión de una

autoridad que no conocía ni la desavenencia ni los fracasos. No había nada que la burocracia temiera más que la *glasnost*, la transparencia en los asuntos públicos, por la que la opinión pública había clamado desde mediados del siglo XIX.

A partir de 1722, cuando Pedro el Grande estableció la Tabla de Rangos, el funcionariado de Rusia quedó dividido en grados jerárquicos llamados *chini*, nominalmente catorce pero en la práctica solo doce, ya que los rangos 11 y 13 cayeron en desuso. La intención de Pedro era que, al estar en condiciones de asumir mayores responsabilidades, los funcionarios recibieran el rango acorde al cargo que ocupaban. Pero el sistema no tardó en pervertirse, y como consecuencia de ello se desarrolló en Rusia un sistema de calificación de la administración probablemente único en el mundo. Para obtener el apoyo de la burocracia a su dudoso derecho al trono, Catalina II introdujo en la década de 1760 el principio del ascenso automático; en lo sucesivo, el poseedor de un *chin* ascendía al grado superior inmediato en función de la antigüedad, después de haber ejercido en un rango dado durante un período específico, con independencia de que se le asignaran o no mayores responsabilidades. A diferencia de la práctica habitual en los ordenamientos burocráticos, donde una persona asciende de grado al asumir obligaciones más importantes, en la Rusia imperial se ascendía de manera más o menos automática, cualesquiera que fuesen las funciones; el ascenso no era de puesto en puesto sino de rango en rango.[26] Con ello, el funcionariado ruso se convirtió en una casta cerrada; con excepciones menores, para ser elegible a un cargo gubernamental la persona debía tener un *chin*.[27] Los súbditos comunes y corrientes, por muy cualificados que estuvieran, quedaban excluidos de la participación en la administración del país, salvo en los contados casos de designación directa por parte del zar. Solo quienes estaban

dispuestos a embarcarse en una carrera vitalicia y eran capaces de hacerlo podían incorporarse al gobierno. Los demás quedaban excluidos del cuerpo de funcionarios y, por lo tanto, se les privaba de la oportunidad de adquirir experiencia administrativa.

Las designaciones a los cuatro rangos máximos (que en 1903 ocupaban 3.765 personas)[28] no podían obtenerse mediante un ascenso regular; como daban derecho a formar parte de la nobleza hereditaria, las hacía el zar en persona. Entre los rangos 14 y 5 se podía acceder a los ascensos regulares, conforme a procedimientos especificados hasta el más mínimo detalle. En la mayoría de los casos, el candidato a funcionario que no era de origen noble comenzaba su carrera como servidor de la Cancillería en alguna oficina gubernamental. Este cargo no tenía ningún *chin*. La persona podía permanecer en él entre uno y doce años, según cuáles fueran su estatus social y su formación, antes de poder aspirar al rango 14; los aristócratas de cuna con estudios de secundaria ejercían solo un año, mientras que los niños desplazados del Coro Imperial debido al cambio de voz tenían que hacerlo durante doce años. Una vez instalado, el *chinovnik* recorría el escalafón de peldaño en peldaño. Los Reglamentos del Servicio detallaban el tiempo que un funcionario debía permanecer en cada rango (tres años en los más bajos, cuatro en los más altos), pero el ascenso podía acelerarse gracias a un desempeño destacado. En teoría, el recorrido desde la primera designación hasta el rango más alto del escalafón (el *chin* 5) se llevaba a término en veinticuatro años. Entre el 14 y el 5, los rangos otorgaban el ennoblecimiento personal (no hereditario).

El ingreso directo en la administración podía obtenerse en virtud de los estudios o el estatus social apropiados. Los hijos

de los nobles (*dvorianye*) y los nobles individuales (*lichnye dvorianye*) eran los únicos elegibles para el rango 14 u otro más alto sin tener en cuenta la formación. Otros podían ser elegidos debido a sus credenciales académicas. En teoría, la carrera administrativa estaba al alcance de todos los súbditos sin distinción de nacionalidad o religión, pero se hacía una excepción con los judíos, que no eran elegibles a menos que tuvieran estudios superiores (en la práctica, un título médico). Los católicos estaban sujetos a cupos. Había mucha demanda de luteranos, y una elevada proporción de los funcionarios de los juzgados de San Petersburgo eran alemanes del Báltico. Quedaban excluidos, salvo que cumplieran con los criterios académicos (poseer un título universitario o haber completado con honores la enseñanza secundaria), los miembros de los estamentos urbanos, los campesinos y todas las personas que hubieran cursado la enseñanza secundaria en el extranjero.

En el ejercicio de sus cargos, los poseedores de rangos (que incluían a los profesores universitarios) debían usar uniforme, cuyo corte y color prescribían cincuenta y dos artículos de los Reglamentos del Servicio. Había que dirigirse a ellos de una forma específica apropiada para su rango, y el nombre de sus títulos era una traducción del alemán. Cada rango tenía sus prerrogativas, entre las que se incluían reglas de precedencia minuciosamente detalladas.

La remuneración consistía en un salario, dietas y una vivienda o una asignación adecuada para hacerse con una. Las diferencias salariales eran enormes; los funcionarios del rango 1 cobraban treinta veces más que los del rango 14. Pocos funcionarios poseían tierras o tenían alguna otra fuente de ingresos personales; en 1902, aun entre quienes ocupaban los cuatro rangos más altos, solo uno de cada tres poseía tierras.

[29] Al dejar el servicio, los altos funcionarios, como los criados fieles, solían recibir recompensas monetarias del zar; así, el ministro de Justicia Nikolái Maklákov recibió al retirarse 20.000 rublos; el ministro del Interior Piotr Durnovó, 50.000, y el favorito de la corte, el primer ministro Iván Goremikin, 100.000.[30] También había otras gratificaciones por haber prestado un servicio distinguido, en particular medallas con varias denominaciones, estrictamente catalogadas por orden de importancia y precedencia; su descripción ocupa no menos de 869 párrafos en los Reglamentos del Servicio.

El funcionariado era, pues, una casta cerrada, separada del resto de la sociedad, con reglas estrictas para ingresar y ascender en su seno, en función del origen social, la formación académica y la antigüedad. Dicha casta —225.000 personas en 1900, incluidos los integrantes de la policía y la gendarmería— constituía el personal propio del monarca y no estaba sujeta ni a las leyes del país ni a ninguna supervisión externa. Desempeñaba sus funciones a voluntad del monarca. La institución era un residuo de la época medieval, anterior al surgimiento de una distinción entre la persona del gobernante y la institución del Estado.

El legado del patrimonialismo también era evidente en la estructura y el funcionamiento de los principales organismos ejecutivos, los ministerios.

En los principados medievales del norte de Rusia, donde la autoridad política se ejercía en virtud de la propiedad, la administración había sido dividida en *puti* o «caminos». Ordenados en términos geográficos (territoriales) y no funcionales, atendían ante todo las finalidades de la explotación económica. Los hombres a cargo de ellos eran administradores responsables de una zona determinada. No tenían existencia corporativa y no actuaban como un cuerpo.

Dichas prácticas sobrevivieron en la estructura administrativa de Rusia tras la creación de los ministerios en 1802. En el siglo XIX, la administración rusa se organizó de manera vertical, casi sin vínculos laterales, y las líneas de mando convergían en la cúspide, en la persona del monarca. Este ordenamiento obstaculizaba la cooperación entre los ministerios y, por ende, la formulación de una política nacional coherente, pero tenía la ventaja de impedir que el funcionariado actuara de común acuerdo y vulnerara de ese modo las prerrogativas autocráticas del zar.

Con una sola excepción, el del Interior, los ministerios rusos no diferían mucho, en su estructura y su funcionamiento, de las instituciones occidentales correspondientes. Pero, al contrario que Occidente, Rusia no tenía gabinete ni primer ministro. Había un denominado Comité de Ministros, que también incluía a los jefes de otros organismos centrales, con un presidente designado informalmente, si bien se trataba de un cuerpo sin autoridad. Los intentos de crear un gabinete regular, en las décadas de 1860 y 1880, no tuvieron éxito porque la corte temía que un órgano de estas características debilitara su autoridad. La idea misma de que hubiera un gabinete e incluso consultas ministeriales se consideraba subversiva. «A diferencia de otros monarcas absolutos», escribía un observador francés en la década de 1880,

> los emperadores rusos nunca han tenido un primer ministro. Por instinto o sistema, a fin de mantener tanto en los hechos como en teoría una autoridad incólume, todos se propusieron ser sus propios primeros ministros. […] Rusia, no obstante, siente en verdad la necesidad de un gabinete homogéneo como un medio conducente a la unidad de dirección en la que el gobierno se muestra tan deficiente […] un consejo de ese tipo, con un primer ministro oficial o sin él, modificaría por fuerza todas las relaciones entre el soberano y los ministros, ya que sus miembros, colectivamente responsables, se verían de manera ineludible en la necesidad de adoptar una actitud más independiente frente al emperador. Poco a poco

> se sentirían no menos responsables ante la sociedad y la opinión pública que ante el soberano, que podría de tal modo adoptar el papel de un monarca constitucional, sin la restricción oficial de una Constitución o un Parlamento. En realidad, esta reforma, en apariencia de modestos alcances, casi equivaldría a una revolución.[31]

Como hemos visto, esto fue precisamente lo que sucedió en 1905, cuando, obligada a presentar un frente unido contra la recién creada Duma, la monarquía permitió la creación de un Consejo de Ministros encabezado por un presidente que era primer ministro en todo salvo en el nombre. Pero, si bien tuvo que hacer esta concesión, nunca se resignó a ello y al cabo de algunos años volvió a las viejas prácticas.

Hasta 1905, los ministros eran directamente responsables ante el zar y recibían instrucciones de él; no tenían una política común previamente acordada. Esta práctica daba inevitablemente pie a la confusión, dado que el zar no podía sino impartirles órdenes incompatibles y hasta contradictorias. Conforme a esta disposición, cada ministro buscaba la atención del monarca con sus propios objetivos en mente, sin tener en cuenta las inquietudes de sus colegas. La política exterior quedaba en manos de al menos tres ministerios (Asuntos Exteriores, Finanzas y Guerra), mientras que los asuntos internos eran objeto de constantes disputas entre los ministerios del Interior y de Finanzas. En esencia, cada ministro actuaba como le parecía apropiado, sujeto a la aprobación personal del zar. «Al ser solo responsables ante el emperador, y serlo solo individualmente, [los ministros eran] en realidad meros secretarios, casi empleados personales del zar».[32]

Los ministros rusos y sus colaboradores tenían una opinión aún más pobre de su estatus. Sus diarios y comunicaciones privadas están llenos de quejas sobre el ordenamiento medieval en virtud del cual el país era tratado como el dominio particular del emperador y ellos, como los

mayordomos de este último. Se mostraban resentidos por el trato que recibían y la manera perentoria en que el zar les daba instrucciones, así como disgustados por la falta de consultas ministeriales regulares. Piotr Valúiev, ministro del Interior de Alejandro II, se refería a los ministros de Rusia como los «domésticos del soberano» —*les grands domestiques* — y no como *les grands serviteurs de l'État*, y agregaba que su relación con él era «asiática, semiesclava o primitivamente patriarcal».[33] Esta era la situación evocada por un funcionario cuando decía que Rusia tenía «departamentos» (*viedomstva*) pero no gobierno (*pravitelstvo*).[34] Tal era el precio que el país tenía que pagar por mantener, tan avanzada ya la era moderna, el régimen de la monarquía patrimonial.

Dentro de sus despachos, los ministros disfrutaban de un poder inmenso; un ruso los comparó con los pachás otomanos que trataban con prepotencia a sus *pachalics*.[35] Cada uno de ellos tenía en las provincias una red de funcionarios que solo debían rendir cuentas ante ellos y no ante los gobernadores provinciales.[36] Podían contratar y destituir el personal a voluntad, y también disfrutaban de una gran libertad para disponer del dinero que el presupuesto asignaba a sus ministerios.

Como Rusia se encontraba de forma tan notoria bajo la administración de una burocracia, existe el riesgo de sobrestimar la magnitud de la burocratización del país. Había una desusada abundancia de funcionarios en los niveles superiores, y un elevado porcentaje de la burocracia trabajaba en San Petersburgo. El imperio estaba relativamente subadministrado.[37]

Esta desatención de la administración provincial se debía a restricciones fiscales; Rusia sencillamente no podía permitirse los gastos necesarios para administrar como era debido un

país de semejante superficie y comunicaciones tan pobres. Tras arrebatar Livonia a Suecia, Pedro I descubrió que los suecos habían gastado en la gestión de esa pequeña provincia tanto como su gobierno podía destinar a la administración de todo el imperio; la cual cosa implicaba la necesidad de abandonar cualquier esperanza de adoptar los modelos administrativos suecos.[38] En 1763, y en relación con su territorio, Prusia tenía casi cien veces más funcionarios que Rusia.[39] Alrededor de 1900, el porcentaje de administradores respecto de la población era en Rusia casi un tercio del de Francia y la mitad del de Alemania.[40] La falta de recursos llevó a los rusos a adoptar un modelo muy simple de administración. Instalaban en cada provincia un gobernador muy poderoso, con amplias facultades discrecionales, y desplegaban guarniciones militares por el territorio para ayudarlo a mantener el orden. También había pequeños contingentes de la policía y la gendarmería, así como agentes de los ministerios de Finanzas, Justicia y Guerra. Pero el campo, en esencia, se autoadministraba mediante las instituciones de la comuna campesina, a la que se hacía colectivamente responsable del pago de los impuestos y la entrega de reclutas militares, y del cantón o *volost*, que se encargaba de tareas judiciales y administrativas sencillas. Ninguna de estas instituciones representaba un coste para el Tesoro.

Sin embargo, esto significaba que, a efectos prácticos, la autoridad del gobierno imperial no se extendía más allá de las ochenta y nueve capitales de provincia donde los gobernadores y su personal tenían sus oficinas; por debajo de este nivel se abría un vacío administrativo. Ni el distrito (*uezd*), una subdivisión de las provincias, ni el *volost*, la principal unidad de la administración rural, contaban con agentes regulares del gobierno central; estos aparecían de vez

en cuando —como en una incursión, por decirlo así— para llevar a cabo misiones específicas, por lo común cobrar impuestos impagados, y luego volvían a esfumarse. En rigor, el propio *volost* no era una entidad territorial sino social, dado que solo incluía campesinos y no a los miembros de los otros estamentos que vivían dentro de su territorio. Algunos intelectuales y funcionarios, conscientes de la anomalía de este ordenamiento, instaban al gobierno a crear un *volost* de todos los estamentos que funcionara como la unidad administrativa de menor nivel, pero el consejo caía en saco roto porque las autoridades preferían que los campesinos permanecieran aislados y se autogobernaran. En palabras de un burócrata experimentado, en Rusia no había «una autoridad unificadora comparable al *Landrat* alemán o el *sous-préfet* francés, capaces de coordinar políticas en interés de la autoridad central»:

> No había un aparato de administración local, sino únicamente funcionarios de varios organismos [centrales] —económico, judicial, forestal, postal, etc.— que no estaban conectados entre sí, o bien los órganos ejecutivos de varios tipos de autogobierno, más dependientes de los votantes que del gobierno. No existía una autoridad vinculante común.[41]

La ausencia de agentes gubernamentales en los pueblos y el campo se haría sentir dolorosamente después de 1905, cuando, en un intento de obtener la mayoría en el nuevo Parlamento, la monarquía comprobó que carecía de mecanismos para movilizar a potenciales partidarios contra la ubicua *intelligentsia* liberal y radical.

Desde el punto de vista de sus actitudes y programas, la burocracia imperial puede dividirse en tres grupos.

La mayoría de los *chinovniki*, en especial los que servían en las provincias, eran meros arribistas que se incorporaban a la administración gubernamental para beneficiarse del prestigio y los privilegios concomitantes. Monárquicos en 1916, en

1917 se pondrían en su mayor parte a disposición, primero, del Gobierno Provisional, y luego del gobierno de los bolcheviques. Por lo común complementaban sus exiguos salarios con sobornos y propinas.[36*] En su caso es difícil hablar de una ideología o una mentalidad; lo único que puede decirse es que se veían como responsables de proteger al Estado de la «sociedad».[37*]

Había un abismo entre el funcionariado provincial y el cómodamente instalado en los ministerios y tribunales de San Petersburgo. Un historiador ha señalado que «los hombres que comenzaban a trabajar en las provincias muy pocas veces pasaban a los organismos centrales. A mediados de siglo, en el ámbito provincial, solo encontramos en los máximos niveles algún grupo importante que hubiera comenzado a trabajar en el centro».[42] Esta situación no cambió en las décadas finales del antiguo régimen.

En los rangos superiores del funcionariado de San Petersburgo es donde podemos hallar algo semejante a una ideología. Antes de la revolución, este tema no se consideraba digno de investigación, dado que a la *intelligentsia* le parecía evidente que los burócratas de Rusia eran un rebaño de zoquetes egoístas. Los acontecimientos posteriores demostrarían que era un mal juez en ese tipo de asuntos; en efecto, al llegar al poder en febrero de 1917 la *intelligentsia* permitió que una sociedad y un Estado que los burócratas, de algún modo, se las habían ingeniado para mantener intactos durante siglos se desintegraran en dos, tres o, a lo sumo, cuatro meses. Era obvio que estos burócratas sabían algo que la *intelligentsia* ignoraba. El menchevique Fiódor Dan tuvo la honestidad de admitir en retrospectiva que «los reaccionarios a ultranza de la burocracia zarista identificaron mucho antes y mejor que todos los "revolucionarios profesionales" rusos, y

en particular los socialdemócratas marxistas, las fuerzas impulsoras y el contenido social de [la] revolución inminente».[43]

Theodore Taranovski distingue en los estratos superiores de la burocracia rusa, hacia finales del siglo XIX, dos grupos principales: uno que se adhería al ideal de un Estado policial (*Polizeistaat*) y otro que quería un Estado basado en el imperio de la ley (*Rechtsstaat*).[44] Ambos coincidían en que Rusia necesitaba una autoridad autocrática firme, pero el primero hacía hincapié en la represión, mientras que el segundo prefería que la sociedad tuviera algún tipo de participación limitada. Sus programas diferían porque derivaban de percepciones diferentes acerca de la población; los conservadores de derecha la veían como un populacho salvaje, mientras que los liberal-conservadores pensaban que podía ser educada e instruida en los principios de la ciudadanía. En términos generales, los burócratas más liberales eran más cultos y muchos tenían una formación profesional, ya fuera jurídica o de algún otro tipo. Los conservadores solían ser «generalistas» administrativos y carecían de aptitudes profesionales o estudios superiores.

Los defensores del Estado policial consideraban que Rusia estaba permanentemente sitiada por sus habitantes, a quienes creían dispuestos a abalanzarse sobre el país y despedazarlo ante el menor indicio de que la autoridad gubernamental se debilitaba. Para impedir que así sucediera, era preciso gobernar Rusia con mano de hierro. No les preocupaban las acusaciones de comportamiento arbitrario; lo que sus adversarios calificaban de «arbitrariedad» (*proizvol*) ellos lo veían como la técnica correcta para manejar un país tan vasto e indisciplinado como Rusia. Para ellos, la ley era un instrumento de la administración y no un principio superior

que vinculara a gobernantes y gobernados; así pensaba el jefe de policía de Nicolás I, quien, al oír quejas sobre la manera ilegal en que actuaban sus agentes, había replicado: «¡Las leyes se redactan para los súbditos, no para el gobierno!».[45] A juicio de estas personas, todas las críticas que la «sociedad» hacía a la burocracia eran un camuflaje para disimular las ambiciones políticas de los críticos.

El Estado policial, tal como lo concebían, era un mecanismo del siglo XVIII manejado por profesionales, que brindaba una mínima oportunidad al libre juego de las fuerzas políticas, sociales y económicas. Quienes lo propiciaban planteaban objeciones a cualquier institución o procedimiento que perturbara la unidad administrativa y el funcionamiento fluido de la cadena burocrática de mando, como el poder judicial independiente y los órganos de autogobierno local. Si dichas instituciones tenían derecho a existir, era preciso que estuvieran subordinadas a la burocracia. Los partidarios del Estado policial se oponían a la *glasnost* basándose en la idea de que las revelaciones de disentimientos en el seno del gobierno o la admisión de un fracaso socavarían su capital más valioso, el prestigio. A su juicio, la administración burocrática centralizada era inevitable hasta que «el nivel general de la población se [hubiera] elevado, hasta que [hubiese] en las provincias auténticos servidores públicos, hasta que la sociedad [hubiera desarrollado] actitudes inteligentes ante los problemas de la nación».[46] Los funcionarios de esta escuela pedían tiempo sin explicar cómo, bajo su estricta tutela, la población podría desarrollar alguna vez «actitudes inteligentes ante los problemas de la nación». Querían preservar el sistema existente de castas sociales, en el que el papel protagonista se asignaba a la nobleza terrateniente y se mantenía aislado al campesinado. Su cuartel general estaba en el Ministerio del

Interior.

Los conservadores burocráticos y sus partidarios de la extrema derecha de la opinión pública se apoyaban mucho en el antisemitismo como un instrumento político. Aunque el antisemitismo moderno se originó en Francia y Alemania, fue en Rusia donde se incorporó por primera vez a la ideología oficial. Para los conservadores, los judíos representaban la peor amenaza para la estabilidad social y política que ellos consideraban el principal interés de las políticas estatales. Dos de sus condiciones servían a los judíos para desestabilizar Rusia: la de revolucionarios y la de capitalistas. Las autoridades policiales estaban convencidas de que constituían el principal elemento de los partidos revolucionarios; Nicolás II no hacía más que reflejar esta opinión cuando afirmaba que nueve de cada diez revolucionarios y socialistas rusos eran judíos.[47] Pero los judíos también trastocaban el equilibrio socioeconómico del país al introducir el libre mercado. La contradicción evidente de que los miembros de un mismo grupo religioso fueran a la vez beneficiarios y enemigos mortales del capitalismo se resolvió en los *Protocolos de los sabios de Sión*, una grosera falsificación urdida a finales del siglo XIX por la policía zarista, que sostenía que en la búsqueda de su presunta misión histórica —la destrucción del cristianismo y la dominación mundial— los judíos recurrían a todos los medios imaginables, hasta el extremo de organizar incluso pogromos contra sí mismos. Los monárquicos, «por carecer de un monarca que pudiera encarnar el principio autocrático con vigor y convicción contagiosa […], solo tenían el antisemitismo y la idea del mal universal, cuyos portadores eran los judíos, para comprender un mundo que escapaba a su control y su capacidad intelectual».[48] El infame caso Beilis, juzgado en los tribunales en 1913 y en el cual un oscuro judío de Kiev fue acusado del «asesinato ritual» de un

joven ucraniano, fue la culminación de esta búsqueda desesperada de un chivo expiatorio.[38*] Aunque el gobierno imperial (con algunas excepciones menores) no alentó y menos aún instigó los pogromos antijudíos, su política explícita de discriminación de los judíos y tolerancia de la propaganda antisemita transmitía a la población la impresión de que los aprobaba.

Los burócratas liberal-conservadores rechazaban este sistema por considerarlo irremediablemente anticuado. A su juicio, un país tan complejo y dinámico como la Rusia moderna no podía ser gobernado según el capricho burocrático, despreciando la ley y sin participación popular. Esta tendencia de la burocracia surgió en la década de 1860, la época de las grandes reformas; y se vio fortalecida con la emancipación de los siervos de 1861, que privó a la monarquía de los servicios de 100.000 terratenientes propietarios de siervos que con anterioridad habían desempeñado en su nombre, gratuitamente, una serie de funciones administrativas en el campo. A la sazón, Piotr A. Valúiev opinaba que

> ya hoy, en la dirección de la administración, el soberano es autócrata solo nominalmente; es decir, la autocracia solo se manifiesta en estallidos y destellos. Pero, dada la creciente complejidad del mecanismo administrativo, las cuestiones más importantes de gobierno escapan, y deben por fuerza escapar, a la atención inmediata del soberano.[49]

Lo cual era una manera de decir que el enorme volumen de tareas administrativas exigía una distribución más amplia de la autoridad.

Los liberal-conservadores admitían que el zar debía seguir siendo el origen exclusivo de las leyes, pero insistían en que estas, una vez promulgadas, eran vinculantes para todos los funcionarios sin excepción. Este era el rasgo distintivo del *Rechtsstaat*. También tenían una mejor opinión de la

capacidad de autogobierno de Rusia y querían que los sectores instruidos de la población participaran con carácter consultivo. No les gustaba el sistema de los estamentos por ser un anacronismo y preferían que el país diera pasos hacia una ciudadanía común e igualitaria. Adjudicaban una particular importancia a la eliminación gradual del estatus especial y del aislamiento del campesinado. Los liberal-conservadores tenían sus bastiones en el Consejo de Estado (que formulaba las leyes), el Senado (el máximo tribunal de apelaciones) y los ministerios de Justicia y Finanzas.[50]

Los acontecimientos históricos favorecieron a la burocracia liberal. Por sí solo, el rápido crecimiento de la economía rusa en la segunda mitad del siglo XIX ya planteó dudas acerca de la posibilidad de administrar el país de manera patrimonial. Estaba muy bien que Konstantin Pobedonóstsev, el principal ideólogo del conservadurismo patrimonialista, sostuviera que en Rusia «no pueden existir autoridades [*vlasti*] separadas, independientes de la autoridad [*vlast*] estatal central»,[51] principio que tal vez podía imponerse en una sociedad agraria y estática. Pero en una economía capitalista como la que se desarrolló en Rusia a finales del siglo XIX con el estímulo activo del gobierno, todas las empresas, todos los empresarios, todos los bancos comerciales tomaban por cuenta propia decisiones que afectaban al Estado y la sociedad; actuaban como «autoridades independientes» aun bajo el régimen autocrático. Los conservadores entendieron instintivamente esta situación y se resistieron al desarrollo económico, pero libraban a la sazón una batalla perdida, ya que la posición internacional y la estabilidad fiscal de Rusia dependían cada vez más del crecimiento de la industria, el transporte y la actividad bancaria.

Tal vez la monarquía habría realizado avances decisivos en

la dirección propiciada por sus servidores más liberales de no haber sido por el movimiento revolucionario. La oleada de terror que sacudió a Rusia en 1879-1881 y volvió a castigarla después de 1902 no tenía parangón en el mundo de entonces ni lo tendría después. Cada ataque terrorista beneficiaba a quienes propiciaban la represión. En agosto de 1881, Alejandro III promulgó un conjunto de disposiciones de emergencia en virtud de las cuales los funcionarios que trabajaban en zonas conflictivas podían imponer la ley marcial y gobernar como lo harían en territorio enemigo. Estas leyes, mantenidas en los códigos legislativos hasta el derrumbe de la monarquía, anunciaban algunos de los rasgos distintivos del Estado policial moderno.[52] Aumentaban enormemente el poder arbitrario de los burócratas derechistas, y compensaban con ello los avances de los liberales gracias a los progresos económicos y educativos.

Las presiones antagónicas a las que estaba sometido el gobierno tardoimperial pueden ilustrarse con el ejemplo de las instituciones jurídicas. En 1864, Alejandro II dio a Rusia su primer sistema judicial independiente, con jurados y jueces irrevocables. Se trató de una reforma que los conservadores juzgaron particularmente exasperante porque creaba un enclave formal de toma de decisiones independiente del monarca y sus funcionarios. Pobedonóstsev acusaba a los nuevos tribunales de violar el principio de unidad de la autoridad; en Rusia, los jueces irrevocables eran una «anomalía».[53] Desde la óptica de los principios autocráticos tenía razón, sin lugar a dudas. Los conservadores lograron el cambio de jurisdicción de los delitos políticos, que pasaron de los tribunales civiles a los administrativos, pero no pudieron deshacer la reforma judicial porque ya estaba demasiado arraigada en la vida rusa y, de todos modos, carecían de una alternativa realista.

La disputa entre los dos campos burocráticos se vio reflejada en la rivalidad entre los ministerios del Interior y de Finanzas.

El Ministerio del Interior era una institución *sui generis*, prácticamente un Estado dentro del Estado, menos parecido a un órgano del ejecutivo que a un sistema autónomo en la maquinaria gubernamental.[54] Mientras que los otros ministerios habían definido con claridad y por tanto limitado las funciones, el del Interior tenía la misión general de administrar el país. En 1802, año de su creación, se le había asignado la responsabilidad de promover el desarrollo económico y supervisar el transporte y las comunicaciones. Su esfera de competencia se amplió enormemente en la década de 1860, en parte como resultado de la emancipación de los siervos, que despojó a los terratenientes de la autoridad administrativa, y en parte en respuesta a la agitación revolucionaria. Hacia 1900, el ministro del Interior era una suerte de gerente general imperial. Las ambiciones de quienes ocupaban el puesto no conocían límites. En 1881, a raíz de una campaña de terror que culminó con el asesinato de Alejandro II, el ministro del Interior, Nikolái P. Ignátiev, propuso que, para erradicar el disenso no solo en la sociedad sino también en el gobierno —lleno de subversivos, a su juicio —, se autorizara a su cartera a instaurar, en sustancia, lo que un historiador ha descrito como la «supervisión administrativo-policial […] de todos los demás organismos gubernamentales».[55] Veinte años después, Viacheslav Pleve, desde el mismo cargo, propuso algo de la misma índole en nombre de los gobernadores.[56] Las dos propuestas fueron rechazadas, pero el hecho de que ambos se atrevieran a hacerlas es un indicio de la autoridad del ministerio. A partir de 1905, cuando se creó el cargo equivalente de primer ministro, fue lógico que quien lo desempeñaba también

tuviera la cartera de Interior.

El ministro del Interior era el jefe de la administración nacional en virtud de su autoridad para designar y supervisar a los principales funcionarios administrativos del país, los gobernadores. Estos solían ser elegidos entre los burócratas menos instruidos y más conservadores; en 1900, la mitad carecía de estudios superiores. Los gobernadores presidían los consejos provinciales (*gubernskiye pravlenia*) y varios comités, los más importantes de los cuales eran las oficinas (*prisutstvia*) encargadas de supervisar los asuntos industriales, militares y agrícolas de la provincia. También eran responsables de los campesinos: designaban, entre los miembros dignos de confianza de la nobleza terrateniente local, a capitanes de la tierra (*zemskiye nachalniki*), que ejercían como custodios de la administración del *volost* y disfrutaban de una amplia autoridad sobre el campesinado. Los gobernadores también supervisaban los *zemstvos*. En caso de agitación podían solicitar al ministro del Interior que declarara su provincia bajo «protección reforzada» o «protección extraordinaria», durante cuya vigencia quedaban suspendidos todos los derechos civiles y se gobernaba por decreto. Con la excepción de los tribunales y los organismos de control fiscal, los gobernadores tropezaban con pocos obstáculos a su voluntad. A través de ellos, el ministro del Interior manejaba el imperio.[39*]

Entre las competencias del ministro del Interior estaban también la supervisión de los súbditos no ortodoxos, incluidos los judíos, y de los sectores disidentes de la fe ortodoxa, así como la censura y la administración de las cárceles y los campos de trabajos forzados.

Pero la mayor fuente de poder del ministro del Interior procedía del hecho de que a partir de 1880 tuvo a su cargo las

fuerzas policiales (el Departamento de Policía y el Cuerpo de Gendarmería), así como las fuerzas del orden regulares. En palabras de Witte, «el del Interior es el ministro de Policía de un imperio que es un Estado policial por excelencia».[40*] El Departamento de Policía era único; solo Rusia tenía dos tipos de policías, una para proteger los intereses del Estado y otra para mantener el orden público entre los ciudadanos. El Departamento de Policía tenía como responsabilidad exclusiva combatir los delitos contra el Estado. Constituía, por decirlo de algún modo, un servicio de seguridad personal del soberano patrimonial, cuyos intereses, al parecer, se consideraba que diferían de los de sus súbditos.

Los cuerpos de policía regulares estaban presentes, sobre todo, en los centros urbanos. «Fuera de las ciudades, las autoridades centrales se apoyaban esencialmente en tan solo unos 1.582 agentes y 6.874 sargentos para controlar una población rural de noventa millones».[57] Cada distrito (*uezd*) tenía, como representante del Ministerio del Interior, un jefe de policía llamado *ispravnik*. Estos funcionarios disfrutaban de amplias facultades, incluida la de emitir pasaportes internos, sin los cuales los miembros de las clases bajas no podían alejarse a más de treinta kilómetros de su lugar de residencia. Pero, como se desprende con claridad de su número, difícilmente puede decirse que ejercían funciones policiales en el campo.

Tal como fue constituida en 1880, la policía de seguridad estaba compuesta por tres elementos, todos ellos subordinados al ministro del Interior: el Departamento de Policía de San Petersburgo, la Ojrana (policía de seguridad), con delegaciones en algunas ciudades, y el Cuerpo de Gendarmería, cuyo personal estaba repartido por todas las zonas metropolitanas. Gran parte de la administración rusa se

regía por circulares secretas enviadas por la oficina del ministro a los funcionarios a cargo de la seguridad.

Había cierta duplicación entre los tres servicios, dado que todos tenían la misión de impedir las actividades antigubernamentales, entre las cuales se contaban las huelgas industriales y las asambleas no autorizadas. La Ojrana, en un primer momento asentada solo en San Petersburgo, Moscú y Varsovia y ampliada luego a otras ciudades, se dedicaba en especial a la contrainteligencia, mientras que la gendarmería estaba más involucrada en la investigación formal de los individuos detenidos por actividades ilegales. Los gendarmes tenían una fuerza paramilitar para controlar los ferrocarriles y sofocar los desórdenes urbanos. En todo el imperio había entre 10.000 y 15.000 de ellos. Cada ciudad tenía un funcionario gendarme, vestido con el conocido uniforme celeste, cuya responsabilidad era recabar información sobre todas las cuestiones que afectaran a la seguridad interna. La distribución de la fuerza era bastante rala. Por eso, en las épocas de agitación de masas el gobierno tenía que recurrir al ejército regular, la fuerza de último recurso; y cuando el ejército libraba una guerra, como ocurrió en 1904-1905 y en 1917, el régimen era incapaz de hacer frente a la situación.

Con el paso del tiempo, los servicios de seguridad se transformaron en una contrainteligencia política muy eficaz, que se valía de una serie de técnicas para combatir a los revolucionarios, entre ellas una red de informantes, agentes que seguían como la sombra a los sospechosos y agentes provocadores que se infiltraban en las organizaciones subversivas. La policía interceptaba y leía los correos privados. Utilizaba como informantes a los vigilantes de las residencias. Tenía delegaciones en el exterior (una de ellas era una oficina permanente en París) y colaboraba con las policías de otros países para seguirles la pista a los

revolucionarios rusos. En los años previos al estallido de la Primera Guerra Mundial, gracias a las detenciones y la infiltración, consiguió prácticamente eliminar a los partidos revolucionarios como una amenaza para el régimen; basta con decir que tanto el líder de la organización terrorista socialista revolucionaria como el principal delegado de Lenin en Rusia eran agentes de la policía. La policía de seguridad era el organismo mejor informado y políticamente más sofisticado del gobierno imperial; en los años inmediatamente anteriores a la revolución, presentó análisis de una notable clarividencia sobre las condiciones y perspectivas internas del país.

De todas las secciones de la burocracia rusa, la policía era la menos constreñida por la ley. Todas sus operaciones, que afectaban la vida de millones de personas, se realizaban al margen de cualquier control externo, salvo los del ministro del Interior y el director del Departamento de Policía. Conforme a los reglamentos establecidos en 1881, los órganos policiales no tenían facultades judiciales. Sin embargo, en las zonas sometidas a las disposiciones de agosto de 1881 sobre la «protección», los altos funcionarios del Cuerpo de Gendarmería tenían derecho a detener a sospechosos durante dos semanas, prorrogables a otras dos con autorización del gobernador. Al cabo de un mes, el detenido era puesto en libertad o entregado al Ministerio del Interior para profundizar en la investigación. Una vez completada esta, si las pruebas lo justificaban, el sospechoso debía comparecer en juicio ante un tribunal (a veces el Senado) o ante consejos administrativos de aquel ministerio compuestos por dos representantes de este y dos del Ministerio de Justicia; era un cuerpo burocrático que actuaba con carácter judicial.[58] En estos procesos, los rusos podían ser condenados como máximo a cinco años de destierro administrativo. La

población no tenía posibilidad de recurrir contra los órganos de seguridad, y menos aún en las zonas puestas bajo «protección», donde la policía podía actuar con absoluta impunidad.

La autoridad del ministro del Interior aumentaba aún más debido a que su policía y su gendarmería eran los únicos vehículos para imponer las directrices de los demás ministerios. Si el Ministerio de Finanzas se las veía con una rebelión de los contribuyentes o Guerra tenía problemas en materia de reclutamiento, debían pedir ayuda a Interior. En palabras de una fuente contemporánea,

> la destacada posición del Ministerio del Interior está determinada no solo por la cantidad, la variedad y la importancia de sus funciones, sino también, y sobre todo, por el hecho de que administra la fuerza policial y de que la puesta en vigor de todos los decretos gubernamentales, sea cual sea la órbita ministerial a la que corresponden, queda por regla general a cargo de la policía.[59]

En las décadas finales del siglo, los ministros del Interior respaldaron y pusieron en práctica varias «contrarreformas» concebidas para desbaratar las reformas liberales de la década de 1860. Entre ellas se contaban las restricciones a los *zemstvos*, el nombramiento de capitanes de la tierra, la expulsión de los judíos de las zonas donde la ley les prohibía residir y la represión de las revueltas estudiantiles. De haberse cumplido su deseo, Rusia habría quedado congelada no solo en el plano político, sino también en el económico y social.

La incapacidad de los ministros del Interior para ejecutar sus programas es reveladora acerca de las limitaciones que la vida imponía a las prácticas de la autocracia patrimonial. Sobre la base de consideraciones relacionadas con la seguridad estatal, sus proponentes eran contrarios a casi todas las medidas concebidas para modernizar la economía rusa. Combatían la reforma monetaria y la adopción del patrón oro; les disgustaban los ferrocarriles; se oponían a recibir

préstamos extranjeros, y, sobre todo, se resistían a la industrialización con el argumento de que perjudicaba las industrias artesanales domésticas, sin las cuales los campesinos no podían ganarse la vida, provocaba peligrosas concentraciones de la mano de obra industrial y permitía a los extranjeros, en especial a los judíos, penetrar en Rusia y corromperla.

Había razones de Estado de peso para ignorar dicha resistencia. La única alternativa de Rusia era industrializarse. Witte, ministro de Finanzas y principal adalid de la industrialización, defendía su postura en términos principalmente políticos y militares, porque sabía que estos le gustarían a Nicolás II. En febrero de 1900, en un memorándum al zar, sostuvo —haciéndose consciente o inconscientemente eco de Friedrich List, un economista político alemán del siglo XIX— que «sin una industria propia [Rusia] no podrá alcanzar una auténtica independencia económica. Y la experiencia de todas las naciones indica de manera palpable que solo las que disfrutan de independencia económica tienen también la capacidad de desplegar en toda su plenitud su poderío político».[41*] Para probar su planteamiento, Witte apuntaba a China, la India, Turquía y América Latina.

Por convincente que fuera este argumento, las exigencias fiscales lo eran aún más: Rusia necesitaba con urgencia capitales para equilibrar su presupuesto, ampliar las fuentes de ingresos del Tesoro y aliviar la carga impositiva del campesinado. La alternativa era la bancarrota estatal y, posiblemente, una amplia revuelta agraria. Así, las consideraciones fiscales se imponían a los intereses de la seguridad interna e impulsaban al gobierno imperial a tomar el camino «capitalista», con todas sus consecuencias sociales y

políticas.

Rusia sufría un déficit presupuestario crónico desde mediados del siglo XIX. Había tenido que soportar el enorme coste de la emancipación de los siervos, cuyas disposiciones comprometían al gobierno a adelantar a los terratenientes el 80 por ciento del valor de la tierra otorgada a sus ex siervos; supuestamente, los campesinos devolverían el dinero en cuarenta y nueve años, pero no tardaron en atrasarse en los pagos. También debía considerarse el coste de la guerra ruso-turca de 1877-1878, que provocó la pérdida del 60 por ciento del valor del rublo en las bolsas extranjeras. Asimismo, el gobierno también incurrió en grandes gastos debido a su participación en la construcción de la red ferroviaria.[42*]

El país carecía del capital necesario para soportar esos desembolsos. Sus ingresos procedían de una base muy limitada. En 1900, los impuestos directos solo representaban el 7,9 por ciento de los ingresos del Estado, una fracción de lo que los países industriales avanzados obtenían de dicha fuente. El grueso provenía de los impuestos al consumo: el impuesto a las ventas y los aranceles aduaneros (27,2 por ciento), los ingresos derivados del monopolio sobre las bebidas alcohólicas (26 por ciento) y las operaciones ferroviarias (24 por ciento). Con esto se cubrían los gastos ordinarios pero no los dispendios militares ni los costes de la construcción de ferrocarriles. En parte, Rusia rebajaba el déficit con ventas de cereal al extranjero; entre 1891 y 1895 exportó por término medio 7 millones de toneladas al año, y en 1902 llegó a los 9,3 millones.[60] Directa e indirectamente, la mayor parte de los ingresos procedían de los campesinos, que pagaban un impuesto sobre la tierra y otros que gravaban los artículos de primera necesidad (sal, cerillas, queroseno) y el vodka. En las décadas de 1870 y 1880, los ministros de

Finanzas rusos obtuvieron el dinero necesario para tratar de equilibrar el presupuesto mediante el aumento, sobre todo, de los impuestos a los artículos de consumo, cuyo efecto era forzar a los campesinos a vender el cereal que el gobierno luego exportaba. La hambruna de 1891-1892 mostró con claridad los límites de dichas prácticas; se advirtió entonces que la capacidad de pago de los campesinos se había agotado, y surgieron los temores de que la continuidad de la política de exprimir al campesinado generara hambrunas crónicas.

Al hacerse cargo del Ministerio de Finanzas en 1892, Witte adoptó una política diferente: en vez de exprimir el campo, solicitó préstamos en el exterior y procuró incrementar la riqueza del país por medio de la industrialización. Estaba convencido de que el desarrollo de las capacidades productivas mejoraría los niveles de vida y, al mismo tiempo, incrementaría los ingresos del Estado.[61] Al principio creía que Rusia podía reunir internamente los capitales necesarios para su industrialización, pero pronto se dio cuenta de que los recursos financieros internos eran insuficientes,[62] no solo porque había una escasa oferta de capitales, sino también porque los rusos ricos preferían invertir en hipotecas y bonos del Estado. La necesidad de préstamos extranjeros se volvió especialmente acuciante tras los fracasos de las cosechas de 1891 y 1892, que obligaron a decretar una suspensión temporal de las exportaciones de cereales y ocasionaron una crisis fiscal.[43*] Los préstamos extranjeros, que hasta 1891 habían sido pequeños, comenzaban ahora a incrementarse seriamente.

Para generar una impresión de solvencia fiscal, de vez en cuando el gobierno imperial falseaba las cifras presupuestarias, pero su principal recurso con este fin era una práctica singular: la división del presupuesto estatal. Los

gastos correspondientes al presupuesto «ordinario» se cubrían con creces mediante los ingresos internos, y los destinados al mantenimiento de las fuerzas armadas y a la guerra, así como a la construcción de ferrocarriles, se clasificaban como «no recurrentes» y se calificaban de «extraordinarios». Esta parte del presupuesto se cubría con préstamos del extranjero.

Para atraer el crédito exterior, Rusia necesitaba una moneda convertible.

Gracias al mantenimiento a lo largo de la década de 1880 de un superávit comercial, sobre todo gracias a las exportaciones de cereal y la extracción intensiva de oro, el país logró acumular lingotes suficientes para adoptar en 1897 el patrón oro. Esta medida, llevada a cabo por Witte en medio de una fuerte oposición, habilitó la convertibilidad del rublo en oro, algo que atrajo inversiones extranjeras masivas en obligaciones y títulos del Estado. Las estrictas normativas para la emisión monetaria y un excelente historial en el servicio de la deuda le valieron a Rusia una alta calificación crediticia, que le permitió recibir préstamos a un tipo de interés apenas superior al pagado por Alemania (por lo común del 4 o 4,5 por ciento). El grueso del dinero extranjero —en sus cuatro quintas partes invertido en bonos del Estado— procedía de Francia; el resto, de inversores británicos, alemanes y belgas. En 1914, la deuda total del Estado ruso ascendía a 8.800 millones de rublos, el 48 por ciento de los cuales, o sea, 4.200 millones (2.100 millones de dólares o el equivalente a 3.360 toneladas de oro), se adeudaba a extranjeros; por entonces Rusia era el país con un mayor endeudamiento exterior del mundo.[63] Además, en 1914 los extranjeros tenían títulos garantizados por el Estado por un valor de 870 millones de rublos y bonos municipales por un valor de 422 millones.

Las necesidades fiscales también animaron al gobierno a estimular la expansión industrial como un medio de ampliar su base impositiva. También en este caso, los capitales llegaron enseguida, porque los inversores europeos creían que Rusia, con su enorme población y sus inagotables recursos, solo necesitaba capital y *know-how* técnico para convertirse en otro Estados Unidos.[64] Entre 1892 y 1914, los extranjeros invirtieron en empresas rusas un monto estimado en 2.200 millones de rublos (1.100 millones de dólares), que representaba alrededor de la mitad del capital total invertido en ellas durante el período en cuestión.[65] La mayor parte (cerca de un tercio) de estas inversiones se destinaron a la minería, en especial el petróleo y el carbón, y también se beneficiaron las industrias metalúrgica, eléctrica y química, así como el mercado inmobiliario. Los capitales franceses representaban el 32,6 por ciento de ese dinero; los ingleses, el 22,6 por ciento; los alemanes, el 19,7 por ciento, y los belgas, el 14,3 por ciento.[66] En 1900, Witte estimaba que aproximadamente la mitad de todo el capital industrial y comercial ruso era de origen extranjero.[44*]

Esta participación extranjera tan grande en la economía llevó a los adversarios de Witte, tanto conservadores como radicales, a afirmar que había transformado a Rusia en una «colonia de Europa». La acusación tenía escasos fundamentos. Como a Witte le gustaba señalar, los capitales extranjeros ingresaban con finalidades exclusivamente productivas,[45*] esto es, mejorar la capacidad de producción del país y, por lo tanto, incrementar su riqueza. En gran medida gracias al crecimiento de los sectores no agrarios de la economía, posible gracias a la entrada de capitales extranjeros, los ingresos del Tesoro aumentaron más del doble entre 1892 y 1903 (de 970 a 2.000 millones).[67] También

se ha indicado que los inversores extranjeros no se limitaban a «ordeñar» la economía rusa y repatriar sus ganancias, sino que las reinvertían, con un efecto acumulativo beneficioso.[46*] En este sentido, a menudo se ignora que el desarrollo económico de Estados Unidos también se benefició mucho de las inversiones exteriores. Se calcula que a mediados de 1914 las inversiones europeas en este país ascendían a 6.700 millones de dólares,[47*] el doble de lo invertido por los europeos en Rusia. «En una medida considerable —escribe un historiador económico—, los fondos para la expansión y el desarrollo nacionales [de Estados Unidos] se habían obtenido del extranjero».[68] Pese a ello, el papel de los capitales extranjeros se menciona contadas veces en la historiografía norteamericana y nunca dio pie a la acusación de que habían convertido al país en una «colonia» de Europa.

La fase inicial de la revolución industrial en Rusia tuvo lugar alrededor de 1890 con una rápida aceleración de la producción industrial. Algunos economistas de Europa occidental han calculado que durante la última década del siglo XIX la productividad industrial rusa se incrementó en un 126 por ciento, el doble que la alemana y el triple que la estadounidense.[69] Aun cuando se admita que Rusia partió de una base mucho más baja, el aumento fue impresionante, tal como indican las siguientes cifras:[70]

CRECIMIENTO DE LA PRODUCCIÓN INDUSTRIAL RUSA

Industria	*1890*	*1900*	*Crecimiento (%)*
Arrabio (toneladas)	927.100	2.933.700	216
Petróleo (toneladas) (1885)	1.883.700	10.335.800	449
Ferrocarriles (km)	30.596	53.234	71

Entre 1890 y 1900, el valor de la producción industrial rusa creció más del doble (de 1.500 a 3.400 millones de rublos).[48*]

En 1900, la Rusia imperial era el mayor extractor mundial

de petróleo, con una producción anual que superaba la de todos los demás países juntos. En general, los historiadores económicos coinciden en señalar que en vísperas de la Primera Guerra Mundial, momento en el que el valor de su producción industrial había aumentado a 5.700 millones de rublos, Rusia era la quinta economía del mundo, un logro impresionante aun cuando, en proporción a su población, su productividad industrial y sus ingresos seguían siendo bajos. Así, en 1910 el consumo per cápita de carbón ascendía al 4 por ciento del consumo estadounidense y el de hierro al 6,25 por ciento.[49*]

Como temían los conservadores, la dependencia de Rusia del capital extranjero tenía consecuencias políticas, ya que intensificaba las presiones para que el gobierno imperial se aviniera con su propia sociedad, es decir, se liberalizara. Los inversores, sean de donde sean, toleran mal la inestabilidad política y la agitación cívica, y cuando estas constituyen una amenaza, o bien retiran los capitales, o bien exigen una prima de riesgo. Todas las crisis internas, en especial si iban acompañadas de disturbios populares, provocaban la caída del precio de las obligaciones estatales rusas y forzaban al gobierno a pagar un interés más alto. Como consecuencia de la Revolución de 1905, los bonos rusos emitidos en Europa los dos años siguientes sufrieron un importante descuento. Los inversores extranjeros preferían que el gobierno imperial actuara de acuerdo con la ley y con un apoyo público institucionalizado en un Parlamento. Así, al acudir a las democracias parlamentarias en busca de capitales, Rusia quedó expuesta a las influencias que promovían el parlamentarismo como forma de gobierno. No es extraño, pues, que el Ministerio de Finanzas, el principal agente en estas operaciones fiscales, se convirtiera en un portavoz de los ideales liberales. No llegó al punto de proclamar las consignas

del constitucionalismo y el parlamentarismo, pero sí que presionó para reducir la arbitrariedad burocrática y policial, respetar la ley y extender la igualdad a las minorías étnicas, sobre todo los judíos, que eran una fuerza decisiva en la banca internacional.

Así, las necesidades del Tesoro empujaron al gobierno ruso en la dirección opuesta a la demandada por su ideología de patrimonialismo autocrático, que los burócratas conservadores lo exhortaban a aplicar. El gobierno cuya filosofía y prácticas estaban bajo el hechizo del absolutismo patrimonial no tuvo otra alternativa que llevar adelante políticas económicas que debilitaban dicho absolutismo.

El ejército ruso era, ante todo, el garante del estatus de gran potencia del país. Witte tenía algo que decir al respecto:

> En verdad, ¿qué es, en esencia, lo que ha mantenido la categoría de Estado de Rusia? El ejército, no solo primordial, sino exclusivamente. ¿Quién ha creado el Imperio ruso, transformando el zarato moscovita semiasiático en la potencia europea más influyente, dominante e imponente? Solo el poder de las bayonetas del ejército. El mundo no se ha inclinado ante nuestra cultura, nuestra Iglesia burocratizada, nuestra riqueza y nuestra prosperidad. Lo ha hecho ante nuestro poderío militar.[71]

Los efectivos militares constituían, incluso en mayor medida que la burocracia, un servicio personal del autócrata, aunque solo fuera porque los zares tenían un interés muy íntimo en las fuerzas armadas y las favorecían en detrimento de aquella, cuya interferencia y presiones solían fastidiar a la corte.[72] Todo el boato y los símbolos militares, empezando por el juramento de los oficiales y soldados, estaban imbuidos del espíritu patrimonial:

> En el juramento militar, que tenía que renovarse tras la muerte de cada soberano, toda vez que se dirigía a la persona [del gobernante], el emperador aparece exclusivamente como el Autócrata, sin que haya mención a la Patria. La misión de los militares era custodiar «los intereses de Su Majestad Imperial» y «todos los derechos y privilegios correspondientes a la Suprema Autocracia, el Poder y la Autoridad de Su Majestad Imperial». El juramentado se comprometía a defender esas prerrogativas, ya existieran o

> estuvieran todavía por adquirirse e incluso reclamarse, esto es, las «presentes y futuras». [En el juramento] se trataba al Estado simplemente como la jurisdicción [*Machtbereich*] del emperador; era mencionado solo una vez junto con este, en un contexto, además, que suponía la identidad de los intereses de ambos.[73]

Con un ejército permanente de 2,6 millones de hombres, Rusia tenía las fuerzas armadas más grandes del mundo, casi iguales a la suma de los ejércitos en servicio activo de Alemania y el Imperio austrohúngaro (1,9 millones y 1,1 millones, respectivamente). Dos factores pueden explicar sus enormes dimensiones.

Uno era la lentitud de la movilización. Las grandes distancias, agravadas por una deficiente red ferroviaria, hacían que, en caso de guerra, Rusia necesitase mucho más tiempo que sus enemigos potenciales, Alemania y el Imperio austrohúngaro, para poner sus fuerzas en plena disposición de combate; en los primeros años del siglo se estimó que la movilización de Rusia tardaría siete veces más que la de Alemania.[50*]

La otra consideración, no menos trascendental, tenía que ver con la seguridad interna. Desde comienzos del siglo XVIII, el ejército ruso solía ser utilizado para sofocar desórdenes populares. Los oficiales profesionales mostraban una gran aversión a esta tarea por considerarla degradante, pero en esta materia el régimen no tenía otra alternativa, ya que la policía y la gendarmería eran inadecuadas para la tarea. En los períodos de disturbios civiles muy extendidos, el ejército intervenía regularmente con dicho fin; en 1903, una tercera parte de la infantería y dos terceras partes de la caballería estacionadas en la Rusia europea participaron en acciones represivas.[51*] Además, el gobierno solía designar a oficiales como gobernadores generales en zonas propensas a la violencia y acogía a los que se retiraban en el seno de la

administración, ofreciéndoles un *chin* equivalente y precedencia sobre los burócratas profesionales. Si bien la policía de seguridad se concentraba en impedir la sedición, los militares eran el principal instrumento de represión de la monarquía.

Para asegurarse la lealtad de las fuerzas armadas, las autoridades repartían a los conscriptos no eslavos de tal manera que al menos el 75 por ciento de las tropas de cada unidad fueran «rusas», es decir, gran-rusos, ucranianos o bielorrusos. En el cuerpo de oficiales, el porcentaje de eslavos orientales se mantuvo en un 80-85 por ciento.[74]

La oficialidad, compuesta por 42.000 hombres en 1900, era un cuerpo profesional aislado en muchos aspectos de la sociedad en general.[75] No quiero decir con esto que fuera «feudal» o aristocrático, como muchas veces ha sido descrito. Las reformas militares llevadas a cabo después de la guerra de Crimea tenían como uno de sus objetivos abrir las filas de este cuerpo a los plebeyos; con este fin, en los ascensos se daba la misma importancia a la educación que al origen social. A finales del siglo XIX, solo la mitad de los oficiales en activo eran nobles hereditarios,[76] y entre ellos una elevada proporción eran hijos de otros oficiales o de burócratas. Aun así, persistía cierta distinción entre los oficiales de alta posición social, que a menudo servían en unidades de élite como los Regimientos de la Guardia, y el resto. Esta distinción iba a desempeñar un papel nada desdeñable en la revolución y la guerra civil.

Para convertirse en oficial era preciso hacer un curso de formación en una escuela militar. Estas eran de dos tipos. Las academias militares (*voyennye uchilishcha*), más prestigiosas, matriculaban a graduados de escuelas secundarias, por lo común de cadetes, que planeaban ser oficiales profesionales.

Las materias las impartían profesores civiles conforme al modelo de los llamados *Realgimnazia*, que tenían un programa de estudios basado en las humanidades. Tras terminar sus estudios, los licenciados recibían el despacho de oficial. Las academias de *iunkers* (*iunkerskiye uchilishcha*) no tenían nada en común con los júnkers prusianos; recibían en su mayor parte a estudiantes de origen plebeyo que, por regla general, no habían terminado la enseñanza secundaria, ya fuera por falta de dinero o porque no podían hacer frente a las exigencias de los liceos rusos en materia de lenguas clásicas. Admitían a alumnos de todos los estamentos sociales y denominaciones religiosas, salvo los judíos.[52*] En estas instituciones, el programa de estudios era más breve (dos años) y sus licenciados tenían que ejercer durante un período como suboficiales para estar en condiciones de optar al rango de oficial. La mayoría de los oficiales en activo en 1900 —dos tercios según una estimación y tres cuartas partes según otra — procedían de las academias de *iunkers*; en octubre de 1917 demostrarían ser los más tenaces defensores de la democracia. Los rangos superiores, con todo, se reservaban para los ex alumnos de las academias militares.

El uniforme militar gozaba de poco prestigio en Rusia. Los salarios eran demasiado bajos para permitir a los oficiales sin otros recursos aspirar a una vida de caballero; con un salario mensual de 41,25 rublos, un teniente segundo de infantería no ganaba mucho más que un obrero cualificado. Los oficiales de rango medio apenas podían ganarse la vida o, al menos, alimentarse como era debido.[77] Los observadores extranjeros se asombraban ante la falta de un sentido del «honor» entre los oficiales rusos, así como frente a su disposición a aceptar abusos de sus superiores.

El servicio más prestigioso era el de los Regimientos de la

Guardia, y para acceder a él se requerían tanto una buena posición social como ingresos independientes.[78] Casi todos los oficiales que servían en dichos regimientos eran nobles de cuna; su sistema de nombramiento mantenía alejados a los indeseables. Los oficiales de la Guardia alojados en cuarteles confortables de San Petersburgo, Moscú y Varsovia disfrutaban de ciertos privilegios, entre ellos ascensos rápidos. Estos, sin embargo, se redujeron gradualmente hasta ser abolidos al estallar la Primera Guerra Mundial.

El sector más destacado de la élite del ejército tardoimperial estaba compuesto por ex alumnos de las academias militares, en particular del programa de estudios de dos años y medio dictado en la Academia Nicolás del Estado Mayor, que preparaba especialistas para puestos en el alto mando. Podían ingresar los oficiales con tres años de servicio activo que aprobaran con honores el examen correspondiente; solo uno de cada treinta postulantes era admitido. El origen social no importaba; allí «prestaba servicio el hijo de un siervo emancipado […] junto con miembros de la familia imperial».[53*] Los 1.232 graduados de la Escuela del Estado Mayor (Genshtabisti) que estaban en activo en 1904 estaban imbuidos de un fuerte espíritu de cuerpo; se ayudaban unos a otros y tenían una actitud resueltamente corporativa. Los más destacados eran destinados al Estado Mayor, que era el responsable de elaborar las políticas estratégicas. El resto ocupaba puestos de mando. Su preponderancia entre los oficiales del generalato era sorprendente; aunque constituían entre el 5 y el 10 por ciento de los oficiales en activo, en 1912 tenían bajo su mando el 62 por ciento de los cuerpos del ejército, el 68 por ciento de las divisiones de infantería, el 77 por ciento de las divisiones de caballería y el 25 por ciento de los regimientos. Los últimos siete ministros de la Guerra habían sido alumnos de la

Academia del Estado Mayor.[79]

El general Anton Denikin, el líder del Ejército Voluntario antibolchevique en 1918-1919, afirmaba que en el Ejército Imperial las relaciones entre los oficiales y los reclutas eran tan buenas e incluso mejores que las relaciones similares en los ejércitos alemán y austrohúngaro, y que el trato dispensado a las tropas era menos brutal.[80] Sin embargo, las pruebas recogidas en la época no respaldan esta afirmación. Las autoridades rusas insistían en observar distinciones muy estrictas entre los rangos, y los soldados eran objeto de un trato que a algunos observadores les recordaba a los tiempos de la servidumbre. Los oficiales tuteaban a sus hombres, que recibían una asignación de tres o cuatro rublos al año (una centésima parte de la paga del oficial más subalterno), y en algunos distritos militares estaban sujetos a diversas situaciones indignas, como tener que caminar por el lado de sombra de la calle o viajar en la plataforma de los tranvías.[81] Los rencores alimentados por estas reglas discriminatorias fueron una causa importante del motín de la guarnición de Petrogrado en febrero de 1917.

Para el historiador de la revolución, el aspecto más importante del ejército tardoimperial es la visión política que atesoraba. Los estudiosos del tema coinciden en señalar que la clase de los oficiales rusos era apolítica en su mayor parte; no solo no participaba en política, sino que no mostraba interés en ella.[54*] En los clubes de oficiales se consideraba de mal gusto hablar de estas cuestiones. Los oficiales miraban con desdén a los civiles, a quienes apodaban *shpaki*, y muy en particular a los políticos. Por otra parte, pensaban que no podrían cumplir con su juramento al zar si se enredaban en asuntos políticos. Educados para ver como una virtud suprema la lealtad a los poderes establecidos, estaban muy

mal preparados para hacer frente a los conflictos que estallaron en 1917. Mientras el resultado de la lucha por el poder fue dudoso, se mantuvieron al margen. Una vez victoriosos los bolcheviques, muchos se pusieron a su servicio, dado que habían pasado a ser «la autoridad» (*vlast*), a la que, por su formación, debían obedecer. El espectro del bonapartismo, que tanto atemorizaba a los revolucionarios rusos, era una ficción alentada por la imaginación de intelectuales educados en la historia de la Revolución francesa.

A partir de 1905 surgió entre los militares un grupo de oficiales patrióticos cuya lealtad iba más allá del trono. Como los burócratas liberales, estos oficiales consideraban que servían a la nación más que a la Corona, y eran vistos con gran recelo.

El cuarto instrumento de la autoridad zarista, la nobleza de servicio o *dvorianstvo*, iba de capa caída.[55*]

Como la burocracia, la nobleza rusa descendía de una clase de servicio medieval que había cumplido una gran variedad de tareas para los príncipes, en especial las militares.[82] Su servicio era vitalicio y se recompensaba sobre todo con los ingresos de feudos trabajados por siervos, que técnicamente seguían siendo propiedad de la Corona. No eran una nobleza en el auténtico sentido de la palabra porque no tenían derechos corporativos; los beneficios de que disfrutaban eran una gratificación por su servicio. Los *dvorianye* alcanzaron una posición privilegiada a finales del siglo XVIII, cuando la monarquía, deseosa de apartarlos de la política, los admitió en calidad de socios. A cambio de la concesión al zar de un completo control sobre la esfera de la alta política, se les declaró titulares de sus fincas, además de otorgárseles la propiedad de hecho de los siervos (por entonces alrededor de

la mitad de la población) y una carta de derechos corporativos, que entre otras cosas los liberaba de la obligación de prestar servicios al Estado. Entre 1730 y 1825, los *dvorianye* vivieron su edad de oro. Aun entonces, la inmensa mayoría estaba reducida a la pobreza; solo un tercio tenía haciendas con siervos, y de estos apenas una minoría poseía tierras y siervos suficientes para vivir con cierto desahogo.[83] En muchos casos costaba distinguir a los miembros de la nobleza rural de sus campesinos.[img 14]

Su decadencia comenzó en 1825, como consecuencia de la revuelta decembrista, en la cual jóvenes miembros de las familias nobles más distinguidas tomaron las armas contra la monarquía en nombre de ideales constitucionales y republicanos. Aguijoneado por esta «traición», Nicolás I se apoyó cada vez más en la burocracia profesional. La sentencia de muerte económica de los *dvorianye* llegó en 1861, cuando la monarquía, con la oposición de la nobleza rural, emancipó a los siervos. En efecto, aunque la cantidad de miembros de la nobleza rural que poseían siervos no era muy grande y la mayoría de quienes tenían contaban con demasiado pocos para vivir de su trabajo, el monopolio de su propiedad era la ventaja más importante de la que esta clase había disfrutado. A partir de 1861, la nobleza rural conservó algunos beneficios valiosos (por ejemplo, el ingreso asegurado a los servicios civil y militar), pero aun así comenzó a perder estatus como estamento social privilegiado.

La mayoría de los conservadores rusos juzgaron muy deplorable esta tendencia, porque para ellos la supervivencia de Rusia dependía de una monarquía fuerte y del respaldo de una nobleza terrateniente privilegiada y próspera. En las tres últimas décadas del siglo XIX se escribió mucho sobre el tema; esta literatura representó el último suspiro del

conservadurismo de la nobleza rural, un esfuerzo infructuoso por resucitar la época de Catalina la Grande.[84] El argumento esgrimido era que la nobleza terrateniente constituía la principal portadora de la cultura en el campo. La burocracia no podía reemplazarla porque carecía de raíces en la tierra y no hacía sino «vivaquear» en ella; en rigor, la propia burocracia se radicalizaba debido a la preferencia del gobierno por funcionarios con estudios superiores en detrimento de quienes tenían las credenciales sociales apropiadas. La decadencia de la nobleza rural allanó inevitablemente el camino al triunfo de la *intelligentsia* radical, cuyos miembros, que ejercían como maestros rurales y profesionales de los *zemstvos*, incitaban al campesinado en lugar de ilustrarlo. Los conservadores criticaban las grandes reformas de Alejandro II por diluir las distinciones sociales. Aspiraban a una vuelta a la tradicional vinculación entre la Corona y la nobleza rural.

Esta argumentación surtió cierto efecto, sobre todo porque recibió el respaldo político de grupos terratenientes organizados y cercanos a la corte.[85] Estos últimos lograron eludir las leyes sociales perjudiciales para sus intereses; pero también en este caso la vida se movía en la dirección opuesta, y sería erróneo atribuir a la nobleza rural conservadora una gran influencia sobre el régimen de Nicolás II. Los conservadores fantaseaban con restablecer la asociación entre la Corona y la nobleza del campo, pero Rusia, aunque con vacilaciones, se movía hacia el igualitarismo social y la ciudadanía común.

Para empezar, una cantidad creciente de miembros de la nobleza rural daba la espalda a la ideología conservadora para hacer suyos ideales constitucionales y hasta democráticos. El movimiento de los *zemstvos*, que dio un gran impulso a la

Revolución de 1905, tenía en sus filas un elevado porcentaje de *dvorianye*, vástagos de las familias más antiguas y distinguidas de Rusia. Según Witte, en el cambio de siglo al menos la mitad de los *zemstvos* provinciales, en los que los nobles desempeñaban un papel central, pedían tener voz en la redacción de las leyes.[86] Ignorando estas realidades, la monarquía siguió tratando a la nobleza rural como un sólido pilar del absolutismo. En 1904-1905, cuando la necesidad de otorgar al país algún tipo de institución representativa ya no podía ignorarse, algunos consejeros abogaron por dar a esta nobleza una cantidad preponderante de escaños. Fue un viejo gran duque quien tuvo que recordarle a Nicolás que los nobles estaban a la vanguardia de los disturbios de esos días.[87]

No menos importante era el hecho de que la nobleza rural estaba perdiendo terreno en la administración y en la propiedad de la tierra.

En efecto, la necesidad de contar con personal administrativo técnicamente competente favorecía cada vez más la formación por encima del abolengo. Como consecuencia, el porcentaje de *dvorianye* en la burocracia se reducía sin pausa.[88]

La nobleza rural también se alejaba del campo; en 1914, apenas entre el 20 y el 40 por ciento de los *dvorianye* rusos vivían aún en sus tierras, y el resto se había mudado a las ciudades.[89] De acuerdo con las disposiciones del edicto de emancipación de 1861, esta nobleza había conservado alrededor de la mitad de sus tierras; por la otra mitad, que se había visto obligada a ceder a los siervos liberados, recibió una generosa compensación. Pero no sabía cómo manejar sus asuntos; algunos expertos estimaban, en cualquier caso, que en la Gran Rusia era imposible obtener beneficios de la agricultura con el uso de mano de obra contratada (y no

servil). Fuera cual fuese la razón, la nobleza del campo dejaba sus fincas en manos de los campesinos y otros en una proporción de alrededor del 1 por ciento al año. A comienzos del siglo, solo conservaba el 60 por ciento de las propiedades que eran suyas en 1861. Entre 1875 y 1900, el porcentaje de tierras privadas (esto es, no comunales) en manos de la nobleza rural se redujo del 73,6 al 53,1 por ciento.[90] En enero de 1915, esta nobleza (incluidos oficiales y funcionarios) tenía en la Rusia europea 39 millones de *desiatinas*[56*] de tierras económicamente útiles (terrenos cultivables, áreas boscosas y pastos) de un total de 98 millones; apenas un poco más que la superficie en manos de campesinos bajo el régimen de la propiedad privada.[91] La nobleza terrateniente era una estirpe en vías de extinción, expulsada del campo por una doble fuerza: la presión económica y la hostilidad campesina.

Entre las diversas instituciones al servicio de la monarquía rusa, la Iglesia ortodoxa era la que disfrutaba de mayor apoyo popular; representaba el principal vínculo cultural con los ochenta millones de gran-rusos, ucranianos y bielorrusos que profesaban la fe. La gran importancia que le atribuía la monarquía se advertía en el hecho de que le hubiera conferido el estatus de Iglesia oficial y otorgado privilegios sin parangón en otras iglesias cristianas reconocidas.

La religiosidad de los gran-rusos es una cuestión sometida aún a debate; algunos observadores argumentan que el campesino era profundamente cristiano, y otros lo ven como un agnóstico supersticioso que observaba los rituales cristianos por la sola razón de que le inquietaba el tema de la vida después de la muerte. Un tercer grupo sostiene que la población gran-rusa era «birreligiosa»; en su fe se mezclaban elementos cristianos y precristianos. No hace falta detenerse en la cuestión. Es indiscutible que las masas de la población

ortodoxa —la gran mayoría de los rusos, ucranianos y bielorrusos— observaban fielmente los rituales de su iglesia. La Rusia anterior a la revolución estaba visual y auditivamente llena de símbolos cristianos: iglesias, monasterios, iconos y procesiones religiosas, el sonido de la música litúrgica y el tañido de las campanas de las iglesias.

El vínculo entre el Estado y la religión derivaba de la creencia de que la ortodoxia (*Pravoslaviye*) era la fe nacional de Rusia y de que solo sus practicantes eran verdaderos rusos. A ojos tanto de las autoridades como de la población ortodoxa, un polaco o un judío, por muy asimilados que estuvieran y muy patriotas que fueran, seguían siendo foráneos. La pertenencia a la Iglesia ortodoxa era un lazo vitalicio del que no había escapatoria:

> Todo el mundo es libre de mantenerse fiel a la religión de sus padres, pero tiene prohibido hacer nuevos prosélitos. Ese privilegio es patrimonio exclusivo de la Iglesia ortodoxa, y se enuncia de manera explícita en el texto de la ley. Todos pueden entrar en esa Iglesia; nadie puede abandonarla. La ortodoxia rusa tiene puertas que se abren solo hacia un lado. Las leyes confesionales llenan varios capítulos de los tomos 10, 14 y 15 de la voluminosa colección conocida como «el Código». Todos los hijos nacidos de padres ortodoxos son por fuerza ortodoxos, y ocurre lo mismo con los hijos de matrimonios mixtos. En rigor, un matrimonio de ese tipo solo es posible con esta condición. […] Un artículo del Código prohíbe a los rusos ortodoxos cambiar de religión, y otro enumera las penas en que incurre quien comete esa infracción. En un primer momento, la oveja descarriada es paternalmente amonestada por su cura párroco; luego se la hace comparecer ante el consistorio y por último ante el Sínodo. Puede ser sancionada con un período de penitencia en un convento. El apóstata pierde todos los derechos civiles; legalmente no puede poseer ni legar nada. Sus parientes pueden apoderarse de sus bienes o de su herencia. […] Es un delito aconsejar a otra persona que abandone la religión ortodoxa, y lo es también persuadirla de que no se una a ella.[92]

El gobierno imperial no se inmiscuía en las observancias religiosas de los demás credos, pero, como para destacar el vínculo indisoluble entre la ortodoxia y la rusidad, clasificaba todas las otras religiones como «confesiones extranjeras».

El régimen ruso no era «cesaropapista», en el sentido de combinar la autoridad secular y la autoridad espiritual, porque el zar no tenía voz en los asuntos del dogma o el ritual; su poder se limitaba a la administración de la Iglesia. No obstante, es cierto que desde la época de Pedro el Grande la Iglesia ortodoxa rusa dependía en extremo del Estado. Al abolir el patriarcado y confiscar los bienes eclesiásticos (una empresa completada por Catalina II), Pedro hizo que la Iglesia quedara en deuda con la monarquía tanto en lo administrativo como en lo económico. El organismo más elevado que regulaba sus asuntos, el Santo Sínodo, fue presidido desde la época de Pedro por un seglar, con frecuencia un general retirado, que actuaba como un ministro de Religión *de facto*. La estructura administrativa de la Iglesia reproducía la de la administración civil, toda vez que los límites de las diócesis coincidían con los de las provincias (*guberni*). Tal como sucedía en la burocracia, los clérigos podían ser ascendidos, en este caso de obispos a arzobispos y luego a metropolitanos, sin importar las responsabilidades que se les confiaban; el título clerical se trataba como un *chin*, es decir, como una distinción personal y no como un atributo del cargo.[93] El clero tenía el deber de poner en conocimiento de la policía cualquier información sobre conspiraciones contra el emperador o el gobierno, incluso las obtenidas en confesión. También tenían que denunciar la aparición de extraños sospechosos en sus parroquias.

La Iglesia ortodoxa era económicamente dependiente del gobierno en materia de salarios y subsidios, pero obtenía por cuenta propia la mayor parte de sus ingresos.[94] Todos los obispos y dignatarios eclesiásticos de mayor rango recibían salarios generosos, así como dietas, que complementaban con ingresos de la Iglesia y las propiedades monásticas. También los curas párrocos estaban a sueldo del Estado. En 1900, las

asignaciones estatales a la Iglesia ascendieron a 23 millones de rublos. Esta suma representaba alrededor de la quinta parte de los ingresos eclesiásticos; un monto respetable, pero que difícilmente puede aducirse para explicar por qué el clero permaneció junto a la monarquía en la Revolución de 1905.[95]

La principal responsabilidad política de la Iglesia era el adoctrinamiento. El gobierno imperial evitaba en las escuelas y entre los militares todo lo que pudiera asemejarse a propaganda nacional o ideológica, por temor a que los argumentos utilizados para justificar el *statu quo* dieran lugar a contraargumentos. El hecho de que el país fuera un imperio multinacional también inhibía los llamamientos al nacionalismo. El gobierno prefería actuar como si el ordenamiento político y social existente fuera un hecho dado para siempre. Solo se permitía el adoctrinamiento religioso, y este era trabajo del clero ortodoxo, especialmente en las aulas.

La Iglesia ortodoxa comenzó a participar intensamente en la educación popular en la década de 1880, tras un decenio de agitación revolucionaria. Para contrarrestar la influencia de los propagandistas radicales y los maestros laicos sobre la población rural, el gobierno puso en manos de la Iglesia una red de escuelas de enseñanza primaria. En el cambio de siglo, algo más de la mitad de este tipo de escuelas, con aproximadamente un tercio de los alumnos, estaban bajo supervisión eclesiástica.[96] En ellas se hacía mucho hincapié en la formación tanto ética como idiomática (eslavo eclesiástico y ruso). Sus maestros, sin embargo, recibían una paga tan miserable en comparación con los que trabajaban en escuelas laicas que tenían dificultades para competir y no dejaban de perder alumnos en beneficio de sus rivales.

Los estudiantes de fe ortodoxa de todas las escuelas de primaria y secundaria debían tomar lecciones de religión, por

lo común dictadas por miembros del clero. (Los alumnos de otros credos tenían la opción de que sus propios maestros les enseñaran religión.) Junto con preceptos morales, la instrucción hacía hincapié en la lealtad y el respeto al zar. Estos débiles esfuerzos eran lo máximo que el gobierno imperial podía ofrecer en materia de adoctrinamiento político.

En tiempos de agitación interna, la Iglesia cumplía su papel en apoyo del orden público por medio de sermones y publicaciones. Presentaba al zar como el vicario de Dios y condenaba como un pecado los actos de desobediencia. En relación con ello, la Iglesia ortodoxa recurría a menudo al antisemitismo. Era la más antisemita de las iglesias cristianas y había desempeñado un importante papel en la exclusión de los judíos de Rusia con anterioridad a las particiones de Polonia en el siglo XVIII y, con posterioridad, en su confinamiento en las provincias de lo que había sido ese país (la «Zona de Reasentamiento»). El clero culpaba a los judíos de la crucifixión de Jesús y, aunque no aprobaba los pogromos, tampoco los condenaba. En 1914, el Sínodo autorizó la construcción de una iglesia para conmemorar a la víctima del presunto «asesinato ritual» de Beilis.[97] En 1905 y posteriormente, las publicaciones ortodoxas atribuyeron a los judíos la responsabilidad del fermento revolucionario, acusándolos de conspirar para destruir la cristiandad y apoderarse del mundo.

En la última década del régimen imperial, la Iglesia vivió sucesos que, desde el punto de vista del gobierno, eran un mal augurio.

El monopolio formal de la Iglesia oficial sobre los dogmas y rituales de la religión ortodoxa había sido impugnado durante mucho tiempo por dos herejías, la de los viejos creyentes y la

de quienes eran conocidos en conjunto como «disidentes» o «sectarios». Los viejos creyentes (*starubriadtsi*, tal como se llamaban a sí mismos, o *raskolniki*, «escisionistas», según la denominación que les daba la Iglesia oficial) descendían de los rusos que en el siglo XVII habían rechazado los cambios en el ritual impuestos por el patriarca Nikon. Aunque perseguidos y discriminados, persistieron en su idea e incluso se las arreglaron, de manera subrepticia, para hacer conversos. Forjaron un vigoroso espíritu de cohesión y, como suele suceder con las minorías perseguidas, no les fue ajeno el éxito en los negocios. Los sectarios se dividían en numerosas facciones, algunas de las cuales se asemejaban a las sectas protestantes, mientras que otras optaron por prácticas precristianas, acompañadas de toda clase de excesos sexuales. Los censos oficiales fijaban la cantidad de viejos creyentes y sectarios en 2 millones (1897), aproximadamente la mitad de los cuales pertenecían a los primeros, pero su verdadero número era sin duda mucho más alto, ya que el gobierno, al tratar como apóstatas a los miembros de estos grupos, no vacilaba en falsear las estadísticas. Algunas estimaciones llegan incluso a los 20 millones. De ser correctas, significaría que en el cambio de siglo alrededor de uno de cada cuatro gran-rusos, bielorrusos y ucranianos estaba al margen de la Iglesia oficial. No es de sorprender que la Iglesia ocupara una posición de vanguardia entre quienes exhortaban a perseguir a los viejos creyentes y los sectarios, que hacían serios progresos entre sus miembros.

En el seno de la Iglesia, y sobre todo entre los curas párrocos, también se desarrollaron peligrosas tendencias opositoras. El clero ilustrado impulsaba reformas en el estatus de la Iglesia; preocupados por una identificación demasiado estrecha con la monarquía, pedían una mayor independencia. A partir de 1905, el gobierno se inquietó al ver que algunos

clérigos elegidos a la Duma ocupaban escaños junto a los diputados liberales e incluso radicales y coincidían con ellos en las críticas contra el régimen.

Pero la jerarquía eclesiástica mantuvo con firmeza su postura conservadora, como resultaba evidente cada vez que los cristianos querían que la Iglesia prestara menos atención al ritual que a las buenas obras. En 1901, el Sínodo excomulgó a León Tolstói, el escritor religioso más influyente de Rusia, con el argumento de que incitaba a la población contra las distinciones sociales y el patriotismo.

La estrecha identificación de la Iglesia ortodoxa con el Estado demostró ser un arma de doble filo. Si bien dio a la cúpula eclesiástica toda clase de beneficios, vinculó su destino de manera demasiado rígida al de la monarquía. En 1916-1917, cuando la Corona quedó bajo fuego enemigo, la Iglesia pudo hacer muy poco para ayudarla, y cuando la monarquía se hundió, se fue a pique con ella.

A ojos de los observadores extranjeros, la Rusia de 1900 era una mezcla de contradicciones. Un comentarista francés la comparó con «uno de esos castillos construidos en diferentes épocas y donde, uno al lado de otro, pueden verse los estilos más discordantes, o bien con esas casas, levantadas por partes y a intervalos, que nunca tienen ni la unidad ni la conveniencia de las moradas edificadas conforme a un solo plan y de una sola vez».[98] La Revolución de 1905 fue un estallido de dichas contradicciones. El interrogante fundamental al que se enfrentó Rusia después del Manifiesto de Octubre fue si el acuerdo propuesto por la Corona iba a ser suficiente para calmar las pasiones y resolver los conflictos sociales y políticos. Para entender por qué las perspectivas de esta solución de compromiso eran escasas, es necesario conocer las características y la mentalidad de los dos

principales protagonistas, el campesinado y la *intelligentsia*.

3

La Rusia rural

En los primeros años del siglo XX, la inmensa mayoría de los habitantes de Rusia vivían en el campo. El campesinado constituía las cuatro quintas partes de la población si atendemos a su estatus jurídico y las tres cuartas partes desde el punto de vista ocupacional; la misma proporción que en Francia en vísperas de su revolución. La agricultura era con mucho la mayor fuente de riqueza nacional. Las exportaciones rusas consistían primordialmente en alimentos. La pequeña clase obrera industrial procedía directamente de las aldeas y mantenía estrechos lazos con ellas. En virtud de su estructura social y económica, por lo tanto, la Rusia imperial se asemejaba más a un país asiático como China que a Europa occidental, aunque era considerada parte del continente, en cuya política participaba activamente como una de sus grandes potencias.

En una medida inimaginable tanto en Occidente como en los países no occidentalizados, la población rural rusa era un mundo en sí misma. Su relación con el funcionariado y las clases cultas era en todos los aspectos, salvo el racial, como la que mantenían los nativos de África o Asia con sus gobernantes coloniales. La occidentalización, que había transformado en europeos a los miembros de la élite rusa, apenas había afectado al campesinado, que en el plano cultural se mantenía leal a la Rusia moscovita. Los

campesinos rusos hablaban su propio dialecto, seguían su propia lógica, perseguían sus propios intereses y veían a sus señores como personas ajenas a las que debían pagar impuestos y entregar reclutas, pero con las cuales no tenían nada en común. El campesino ruso de 1900 solo debía lealtad a su aldea y su cantón; a lo sumo, era consciente de un vago deber de fidelidad a su provincia. Su sentido de la identidad nacional se limitaba al respeto al zar y el recelo ante los extranjeros.

Sometida a los ataques de la *intelligentsia* occidentalizada, la monarquía llegó a ver al campesino como la encarnación de la «auténtica» esencia rusa y no escatimó esfuerzos para protegerlo de la influencia corruptora de la ciudad. Institucionalizó el aislamiento cultural del campesinado al atarlo a la comuna aldeana y someterlo a leyes e impuestos especiales. Asimismo, brindaba a los campesinos escasas oportunidades educativas y prefería confiar al clero la poca escolarización que les proporcionaba. Ponía obstáculos a la entrada de extraños en las aldeas y prohibía a los judíos instalarse en ellas. En el cambio de siglo, el *establishment* conservador vio la alianza de la Corona y la aldea como la piedra angular de la estabilidad del país. Tal como se encargarían de demostrar los acontecimientos, la idea era profundamente errónea. El *mujik* era en efecto muy conservador, pero su visión del mundo, sus valores y sus intereses lo volvían extremadamente volátil. Muy poco propenso a poner en marcha una revolución, era indudable que respondería a los desórdenes urbanos con una revolución propia.

La vida del campesinado ruso giraba alrededor de tres instituciones: la casa (*dvor*), la aldea (*derevnia* o *selo*) y la comuna (*mir* u *obshchina*). Las tres se caracterizaban por un bajo grado de continuidad, fluidez estructural, jerarquías

poco desarrolladas y la preponderancia de las relaciones personales en detrimento de las relaciones funcionales. En estos aspectos, las condiciones rurales rusas exhibían una marcada divergencia con las existentes en las sociedades occidentales y algunas orientales (sobre todo la japonesa), un hecho que iba a tener profundas consecuencias para el desarrollo político del país.

La casa campesina era la unidad básica de la Rusia rural. En 1900, su número ascendía a 22 millones en todo el imperio, 12 millones de ellas en la zona europea. El típico *dvor* gran-ruso estaba conformado por una familia extensa, en la que los padres vivían bajo el mismo techo con sus hijos varones, casados y solteros, y sus respectivas familias, además de las hijas solteras. Este tipo de estructura familiar estaba bien adaptada a las condiciones climáticas de Rusia, ya que la brevedad de la temporada agrícola (entre cuatro y seis meses) exigía un trabajo estacional coordinado por parte de muchos labriegos, con breves ráfagas de un esfuerzo intenso. Las pruebas estadísticas indican que, cuanto más grande era la casa, más eficiente era su funcionamiento y mayores las probabilidades de que disfrutara de una posición acomodada; un gran *dvor* cultivaba más tierras, poseía más ganado y ganaba más dinero per cápita. Las casas pequeñas, con uno o dos adultos, o bien se fusionaban con otras, o bien desaparecían.[1] Entre finales del siglo XIX y comienzos del XX, la mayoría de las casas rurales rusas (el 40,2 por ciento) tenían entre seis y diez miembros.[2] A pesar de sus manifiestas ventajas económicas, la proporción de casas grandes no dejaba de caer; para escapar a las riñas comunes en las familias extensas, muchas parejas campesinas preferían marcharse e instalarse por su cuenta. La desintegración de las grandes casas de familias extensas se aceleraría en el siglo XX por razones económicas que se describirán en su debido

momento.

Aunque la casa típica se basaba en relaciones de parentesco y sus miembros solían estar vinculados por lazos de sangre o matrimoniales, el criterio decisivo era económico, a saber, el trabajo. El *dvor* debía su cohesión al hecho de que se dedicaba a un trabajo disciplinado en el campo bajo la dirección de un jefe. Un hijo que se marchaba de la aldea para ganarse la vida en otra parte dejaba de ser miembro de la casa y perdía los derechos a la propiedad. A la inversa, los foráneos (por ejemplo, yernos, hijastros e hijos adoptivos) admitidos en la casa como trabajadores regulares adquirían los derechos de los integrantes de la familia.[3] De vez en cuando se formaban casas sobre una base íntegramente voluntaria, cuando se juntaban campesinos que no estaban emparentados ni por la sangre ni por el matrimonio. [img 15]

La casa campesina rusa estaba organizada conforme a un modelo autoritario sencillo, bajo el cual se otorgaba a una persona, conocida como *bolshak* o *joziain*, plena autoridad sobre sus miembros y sus pertenencias. Este patriarca familiar era por regla general el padre, pero el cargo podía atribuirse, de común acuerdo, a otro varón adulto. Las funciones del «mayor» eran muchas: asignaba las tareas agrícolas y domésticas, disponía de los bienes, resolvía las disputas familiares y representaba a la casa en sus tratos con el mundo exterior. El derecho consuetudinario campesino lo revestía de una autoridad indiscutida sobre su *dvor*; en muchos aspectos era el heredero de la autoridad del propietario de siervos. Desde el Edicto de Emancipación de 1861, el gobierno también lo autorizaba a entregar miembros de su casa a los órganos administrativos para que recibieran castigo. El *bolshak* era el paterfamilias en el sentido más arcaico de la palabra, una réplica en miniatura del zar.

Las actitudes políticas y económicas de los campesinos rusos se habían forjado en los primeros quinientos años del segundo milenio, cuando ningún gobierno ponía trabas a sus desplazamientos a través de la llanura euroasiática y había un acceso ilimitado a la tierra. La memoria colectiva de esa era anidaba en la raíz del anarquismo primitivo del campesinado, y también determinaba las prácticas hereditarias seguidas por los campesinos rusos hasta los tiempos modernos. Se ha señalado que en las regiones del mundo donde hay escasez de tierras, los dueños de estas, tanto nobles como campesinos, son propensos a inclinarse por la primogenitura, en virtud de la cual el grueso de los bienes se dejan al hijo varón mayor. Donde aquella es abundante se tiende a adoptar la herencia «divisible», por la cual la tierra y otros bienes se dividen a partes iguales entre los herederos varones.[57*] Aun después de que las tierras agrícolas comenzaran a escasear, los rusos siguieron aferrados a las viejas prácticas. Hasta 1917-1918, cuando la herencia fue declarada ilegal, los terratenientes y campesinos rusos dividían sus bienes a partes iguales entre los descendientes varones. La costumbre estaba tan arraigada que hizo fracasar todos los intentos de la monarquía, iniciados con Pedro I, de conseguir que la clase alta legara sus fincas a un único heredero a fin de conservarlas intactas.

El *mujik* poseía la mayor parte de su tierra en calidad de parcela comunal (*nadel*), sin título alguno; cuando la casa desaparecía o sus miembros se mudaban, la parcela volvía a la comuna. Pero el derecho consuetudinario permitía a los herederos del campesino repartirse cualquier parcela que este poseyera en régimen de propiedad privada fuera de la comuna, así como sus bienes muebles (dinero, herramientas, ganado, semillas, etcétera).

La práctica de la herencia divisible tuvo profundos efectos

sobre las condiciones rurales rusas y, a decir verdad, sobre muchos otros aspectos aparentemente no relacionados de la vida de Rusia. Se ha puntualizado, así pues, que la «transmisión *mortis causa* [por defunción] es no solo el instrumento mediante el cual se lleva a cabo la reproducción del sistema social […], sino también la manera en que se estructuran las relaciones interpersonales».[4]

Tras el fallecimiento del cabeza de familia, las pertenencias de esta se dividían, tras lo cual la casa se disolvía y los hermanos se separaban para fundar cada uno la suya. Como resultado, el *dvor* solo duraba lo que lo hacía la vida de su cabeza, razón por la cual esta institución básica del campo ruso era sumamente transitoria. En cada generación —es decir, tres o cuatro veces en un siglo—, las casas de toda Rusia se deshacían y subdividían, a la manera de las amebas u otros organismos biológicos rudimentarios. La vida rural se perpetuaba a través de un proceso incesante de fisión, que inhibía el desarrollo de formas superiores y más complejas de organización social y económica. Un *dvor* engendraba otros *dvori*, que, llegado el momento, se multiplicaban del mismo modo; lo igual producía lo igual y no había oportunidad alguna de que surgiera nada nuevo y diferente.

Las consecuencias de esta costumbre saltan a la vista cuando se coteja con sociedades donde el campesinado practicaba la indivisibilidad de la propiedad. La primogenitura da pie a un alto grado de estabilidad rural y proporciona al Estado una sólida base de apoyo en las instituciones del campo. Un sociólogo japonés ha comparado la situación en las aldeas chinas e indias, donde la primogenitura era desconocida, con la de su propio país, donde era preponderante:

> Debido a la vigencia en Japón del principio de sucesión por primogenitura, el estrato dirigente de las aldeas tendía a ser

> comparativamente estable a lo largo de las generaciones. Esa estabilidad era inexistente en China y la India. […] La norma china de división [de la herencia] en partes iguales impide el mantenimiento del estatus familiar, que cambia de generación en generación. Como consecuencia de ello, el centro del poder aldeano se desplaza, la autoridad de los líderes mengua y no se desarrolla ninguna dominación o subordinación de estatus que se extienda a la totalidad de la aldea. […] En Japón, el familismo linealmente determinado impregna toda la estructura aldeana; la casa principal, o parental, puede perpetuarse con facilidad a través del sistema de herencia familiar y adquirir de ese modo una autoridad tradicional. La familia, el clan y la aldea actúan de consuno y promueven la unidad. Así, en la sociedad rural japonesa la relación entre la familia principal y las secundarias, entre padres e hijos o entre amos y criados, influye en alguna medida sobre todos los aspectos de la vida social aldeana.[5]

Las observaciones reproducidas aquí acerca de China son válidas para Rusia; en ambos casos, las instituciones rurales estaban subdesarrolladas y eran efímeras.

Es necesario destacar varios rasgos del *dvor* campesino. Primero, la casa no daba cabida a la individualidad; era un colectivo que absorbía al individuo en el grupo. Segundo, como la voluntad del *bolshak* era absoluta y sus órdenes eran ineludibles, la vida en el *dvor* acostumbraba al campesino a la autoridad y a la ausencia de normas (leyes) que regularan las relaciones personales. Tercero, la casa no daba lugar a la propiedad privada; todas las pertenencias se poseían en común. Los miembros varones solo adquirían la propiedad completa de los bienes muebles de la casa tras la disolución de esta, momento en el cual dichos bienes se convertían una vez más en propiedad colectiva de la nueva casa. Cuarto y último, no había continuidad entre las casas y, por consiguiente, tampoco orgullo por los antepasados ni estatus familiar en la aldea, como los que caracterizaban a las sociedades rurales de Europa occidental y Japón. En suma, el campesino gran-ruso, al vivir en su entorno natural, no tenía la oportunidad de desarrollar un sentimiento de identidad individual, el respeto por la ley y la propiedad o un estatus social en la aldea,

cualidades indispensables para la evolución de formas más avanzadas de organización política y económica. Los estadistas ilustrados rusos cobraron una dolorosa conciencia de esta realidad en los primeros años del siglo XX y trataron de hacer algo para integrar al campesino en la sociedad en general, pero ya era tarde.

Los campesinos rusos vivían en aldeas llamadas *derevni*, palabra derivada de *derevo*, «madera», utilizada para construirlas. Las aldeas grandes se conocían como *selá*. Las granjas individuales (*jutora*) ubicadas en sus tierras eran prácticamente desconocidas en la Rusia central; había sobre todo en las provincias del oeste y el sur del imperio, que habían estado bajo dominación polaca hasta el siglo XVIII. La cantidad de casas por aldea variaba mucho de una región a otra y dependía de las condiciones naturales, entre las cuales la disponibilidad de agua era la más importante. En el norte, donde esta era abundante, las aldeas solían ser pequeñas; su tamaño aumentaba a medida que se avanzaba hacia el sur. En las regiones industriales centrales de la Rusia europea, las aldeas tenían por término medio 34,8 casas, y en la región de tierras negras del centro, 103,5.[6] Mientras que en el caso de las casas individuales el tamaño implicaba prosperidad, en el de las aldeas sucedía lo contrario; lo habitual era que las más pequeñas disfrutaran de una situación más acomodada. La explicación radica en la práctica del cultivo en franjas. Por razones que se detallarán más adelante, las comunas rusas dividían la tierra en franjas angostas, desperdigadas a diferentes distancias de la aldea. En una aldea grande, los campesinos tenían que dedicar mucho tiempo a desplazarse con sus equipos de una franja a otra, separadas a menudo por varios kilómetros. Este hecho planteaba dificultades especiales en el momento de la cosecha. Cuando las aldeas crecían en demasía para cultivar la tierra de manera eficaz, sus

habitantes o bien se apartaban para establecer otras, o bien abandonaban la agricultura y optaban por las ocupaciones industriales.[img 16]

En el cambio de siglo había en la Rusia central decenas de miles de estas aldeas, por lo común a una distancia de cinco o diez kilómetros unas de otras.

En comparación con los asentamientos rurales de otros lugares del mundo, la aldea rusa tenía una estructura difusa y fluida, con escasas instituciones que proporcionaran una continuidad. Más que la aldea, el elemento fundamental de la sociedad rural rusa era la casa. El principal funcionario aldeano, el *starosta*, era elegido, con frecuencia contra su voluntad, a instancias de la burocracia, que quería contar con un representante de la aldea con quien tratar. Como los mismos burócratas podían destituirlo, el *starosta* representaba más bien al gobierno antes que a la población.[7]

La asamblea aldeana o *selski sjod*, exclusivamente masculina, estaba más vinculada a la comuna que a la aldea, instituciones que, como se puntualizará más adelante, no eran idénticas. Integrada por los jefes de las casas, la asamblea se reunía periódicamente para decidir acerca de cuestiones de interés común y luego se disolvía; no tenía otras responsabilidades ni una organización permanente. La ausencia de formas institucionales en la aldea merece destacarse porque explica la extrema pobreza de la experiencia política en la vida de los campesinos rusos. La aldea rusa podía mostrar una gran cohesión cuando se sentía amenazada desde fuera, pero dentro de sus límites jamás creó órganos de autogobierno capaces de dar a los campesinos una práctica política, esto es, de enseñarles a traducir en relaciones sociales más formales los hábitos adquiridos en las relaciones personales entre las cuatro paredes de la casa.

El factor crucial en el subdesarrollo de una estructura aldeana duradera y funcional, la razón de la inestabilidad de la aldea, era, como en el caso del *dvor*, la falta de tradiciones de primogenitura. En comparación con una aldea inglesa o japonesa, la rusa se parecía a un campamento nómada; la cabaña de troncos (*izba*, o isba) del campesino, construida en unos pocos días y frecuentemente destruida por el fuego, no era mucho más duradera que una tienda.

La tercera institución campesina, la comuna (*obshchina*), se superponía de ordinario a la aldea pero no era idéntica a esta. Mientras que esta última era una entidad material —cabañas muy cerca unas de otras—, la primera era una institución jurídica, un pacto colectivo para la distribución entre sus miembros de las tierras y los impuestos. El hecho de residir en una aldea determinada no confería automáticamente la condición de miembro de la comuna; los campesinos sin parcelas, así como los no campesinos (por ejemplo, el sacerdote o el maestro), no pertenecían a ella y no podían tomar parte en las decisiones comunales. Por otra parte, si bien la gran mayoría de las comunas rusas eran del tipo «individual», que comprendía una sola aldea, esta práctica no era universal. En el norte, donde las aldeas eran pequeñas, a veces se combinaban varias de ellas para formar una comuna, mientras que en las regiones centrales, y con mayor frecuencia en el sur, las aldeas grandes podían dividirse en dos o más comunas.

La comuna era una asociación de campesinos poseedores de parcelas de tierra comunal. Esta tierra, dividida en franjas, se redistribuía periódicamente entre sus miembros. Las redistribuciones (*peredeli*), efectuadas a intervalos regulares —diez, doce o quince años, según la costumbre local—, se llevaban a cabo para tener en cuenta los cambios de tamaño de las casas provocados por las defunciones, los nacimientos y

las mudanzas. Constituían una de las principales funciones de la comuna y su característica distintiva. La comuna dividía sus tierras en franjas para asegurar a todos los miembros parcelas de igual calidad y a la misma distancia de la aldea. Hacia 1900, alrededor de una tercera parte de las comunas, sobre todo en las zonas fronterizas occidentales y meridionales, habían abandonado la práctica del reparto, aun cuando formalmente todavía eran tratadas como «comunas de reparto». En las provincias gran-rusas, la práctica del reparto era prácticamente universal.

Por medio de la asamblea aldeana, la comuna resolvía problemas de interés para sus miembros, entre ellos el calendario de trabajo en el campo, la distribución de los impuestos y otras obligaciones fiscales (que los comuneros tenían la responsabilidad colectiva de cumplir), y las disputas entre las casas. Podía expulsar a los miembros revoltosos y hacer que los enviaran al destierro en Siberia; tenía la facultad de autorizar pasaportes, sin los cuales los campesinos no podían irse de la aldea, e incluso de forzar a toda una comunidad a abandonar su adhesión a la Iglesia oficial para ingresar en una de las sectas. La asamblea aprobaba sus decisiones por aclamación; no toleraba el disenso respecto de la voluntad de la mayoría y lo consideraba un comportamiento antisocial.[58*]

En gran medida, la presencia de las comunas estaba limitada a la Rusia central. En la periferia del imperio —lo que habían sido la Mancomunidad Polaco-Lituana, Ucrania y las regiones cosacas—, la mayoría de los campesinos cultivaban individualmente, por casas, conforme a un sistema conocido como *podvornoye zemlevladeniye*. En este caso, cada casa tenía, ya fuera en propiedad o arrendada, una parcela de tierra que cultivaba a su gusto. En el norte y el centro de

Rusia, en cambio, los campesinos tenían el grueso de sus tierras divididas en franjas y las cultivaban bajo la disciplina comunal. No eran propietarios de la tierra; el título de esta estaba en manos de la comuna. A comienzos del siglo XX, el 77,2 por ciento de las casas rurales de las cincuenta provincias de la Rusia europea cultivaban la tierra de manera comunal; en la treintena de provincias gran-rusas la propiedad comunal era prácticamente universal (entre el 97 por ciento y el 100 por ciento).[8] La pertenencia a una comuna y el acceso a las parcelas comunales no impedían a los campesinos comprar tierras a los terratenientes u otros propietarios para destinarlas a un uso privado. En las regiones más prósperas no era inusual que cultivaran las parcelas comunales y sus propias tierras. En 1910, los campesinos de la Rusia europea poseían en régimen comunal 151 millones de hectáreas, mientras que 14 millones eran de su propiedad directa.[59*]

Los orígenes de la comuna rusa no están claros y son objeto de controversia. Algunos ven en ella la expresión espontánea de un presunto sentido ruso de la justicia social, mientras que otros la consideran un producto de las presiones estatales para asegurarse la responsabilidad colectiva en el cumplimiento de las obligaciones para con la Corona y los terratenientes. Estudios recientes indican que la comuna de reparto apareció hacia finales del siglo XV, llegó a ser común en el XVI y alcanzó su apogeo en el XVII. Cumplía una serie de funciones, tan útiles para los funcionarios y terratenientes como para los campesinos. Gracias a la institución de la responsabilidad colectiva, garantizaba a los primeros el pago de los impuestos y el suministro de reclutas, y permitía a los segundos presentar un frente unido en sus tratos con la autoridad externa.[9] El principio de la redistribución periódica de las tierras aseguraba (en teoría al menos) que todos los campesinos tuvieran lo suficiente para mantener a

su familia y, al mismo tiempo, cumplir sus obligaciones con el terrateniente y el Estado. En la época de la emancipación, estas consideraciones impulsaron al gobierno imperial a conservar la comuna y extenderla a algunas zonas donde era desconocida. Se esperaba que, una vez que las aldeas hubieran recuperado sus tierras reembolsando al Estado el dinero que este había adelantado en su nombre a los terratenientes, las comunas se disolvieran y los campesinos se hicieran con los títulos de sus parcelas. Sin embargo, durante el conservador reinado de Alejandro III se aprobaron leyes que impedían prácticamente a los campesinos retirarse. Inspiraban estas medidas la idea de que la comuna era una fuerza estabilizadora que fortalecía la autoridad del *bolshak*, refrenaba el anarquismo campesino e inhibía la formación de un volátil proletariado sin tierras.[img 17]

Hacia 1900, muchos rusos se sentían desencantados con la comuna. Funcionarios gubernamentales y liberales advertían que no solo no impedía el surgimiento de un proletariado sin tierras, sino que ataba de pies y manos al campesino emprendedor. Los socialdemócratas la consideraban condenada a desintegrarse bajo la presión de una «diferenciación en clases» cada vez más acusada entre campesinos pobres, medios y ricos. Un congreso sobre los problemas rurales celebrado en 1902, a raíz de recientes disturbios campesinos, llegó a la conclusión de que la comuna era la principal causa del atraso de los métodos agrícolas de los campesinos rusos.[60*]

Pero el campesinado se aferraba a las formas comunales de agricultura porque prometían el acceso a una porción justa y adecuada de tierra cultivable y contribuían a mantener la cohesión de la casa. Si bien las parcelas se habían reducido considerablemente hacia 1900, el campesino podía consolarse

con la esperanza de que, tarde o temprano, todas las tierras privadas del país serían confiscadas y transferidas a las comunas para su reparto.

Las tres instituciones rurales —la casa, la aldea y la comuna — constituían el entorno que daba forma a los hábitos sociales de los *mujiks*. Estaban bien adaptadas a las duras condiciones geográficas y climáticas en las que tenía que practicarse la agricultura en Rusia. Pero casi todo lo que el campesino aprendía en su entorno familiar demostraba ser inútil y a veces decididamente nocivo cuando se aplicaba en otros lugares. Al vivir en una pequeña comunidad, el campesino ruso no estaba preparado para la transición a una sociedad compleja, compuesta más de individuos que de casas y regulada por relaciones impersonales, a la que lo arrojarían las convulsiones del siglo XX.

Existe la difundida impresión de que antes de 1917 Rusia era un país «feudal» donde la corte imperial, la Iglesia y una pequeña minoría de nobles adinerados eran dueños del grueso de las tierras, mientras que los campesinos, o bien cultivaban terrenos minúsculos, o bien trabajaban como aparceros. Y se cree que esta situación fue una de las causas primordiales de la revolución. En realidad, nada podría distar más de la verdad; la imagen procede de las condiciones existentes en Francia antes de 1789, donde, en efecto, la inmensa mayoría de los campesinos cultivaban la tierra de otros. Era en países occidentales como Inglaterra, Irlanda, España e Italia (todos los cuales, casualmente, evitaron la revolución) donde la propiedad de las tierras agrícolas estaba concentrada en las manos de los ricos, a veces en un grado extremo. (En Inglaterra, por ejemplo, las cuatro quintas partes de la superficie eran en 1873 propiedad de menos de 7.000 personas; en 1895, solo el 14 por ciento de la tierra cultivada de Gran Bretaña, con la excepción de Irlanda, era

trabajada por sus dueños, mientras que la restante estaba arrendada.) Rusia, en cambio, era la clásica tierra de pequeños campesinos. En ella los latifundios existían sobre todo en las zonas fronterizas, en regiones conquistadas a Polonia y Suecia. Al producirse su emancipación, los ex siervos recibieron aproximadamente la mitad de las tierras que antes habían trabajado. En las décadas siguientes, con la ayuda del Banco Agrario, que les ofrecía créditos baratos, compraron más propiedades, sobre todo a los terratenientes. Hacia 1905, los campesinos tenían, ya fuera en régimen comunal o privado, el 61,8 por ciento de las tierras rusas en manos privadas.[10] Como veremos, después de la Revolución de 1905 se aceleró el éxodo del campo de los terratenientes no campesinos, y en 1916, en vísperas de la revolución, los campesinos eran dueños en la Rusia europea de nueve décimas partes de las tierras cultivables.

Pese a sus intenciones, hacia 1900 las comunas de Rusia ya no podían asegurar a sus miembros un reparto equitativo de parcelas; con el paso del tiempo, casas más grandes y más fuertes se las habían ingeniado para acumular más terrenos, así como para adquirir la mayor parte de las tierras compradas por los campesinos para uso privado. En 1893, el 7,3 por ciento de las casas comunales no tenían tierras.[11] Estas personas sin tierras, llamadas *batraki*, constituían una de las cuatro categorías identificables de campesinos. Las otras las componían los campesinos cuyas parcelas eran íntegramente comunales (la gran mayoría); los que tenían tierras en la comuna y fuera de ella, y los que cultivaban las suyas propias (muy pocos).[61*] A veces, los campesinos de estas dos últimas categorías recibían el nombre de «kulaks» («puños»). Este término, adorado por los intelectuales radicales, no tenía un significado económico preciso para los campesinos mismos, ya que se aplicaba a veces a los ricos, a

quienes contrataban mano de obra, comerciaban y prestaban dinero, y otras veces a los industriosos, frugales y sobrios.[12]

La distribución física de las tierras en las aldeas era sumamente compleja, en parte a causa de las prácticas comunales y en parte debido al legado de la servidumbre. La finca rusa anterior a 1861 no era una plantación. La costumbre era que el propietario dividiera la superficie cultivable en dos partes; una la trabajaba la casa de los siervos para él y la otra para sí mismos. Por regla general, las mitades estaban mezcladas. Bajo el régimen de servidumbre, la aldea rusa típica, sobre todo en las provincias del norte y el oeste, consistía en un mosaico de franjas largas y estrechas; las que los siervos cultivaban para el señor y las que cultivaban para sí mismos estaban unas al lado de las otras. Este ordenamiento, conocido como *cherespolositsa*, continuó tras la emancipación. Con frecuencia, la tierra que el señor había conservado a raíz del Edicto de Emancipación y que ahora explotaba con la ayuda de mano de obra contratada, se situaba como una cuña entre las posesiones comunales. Las tierras que los terratenientes vendieron *a posteriori* a los campesinos, por lo tanto, siguieron cultivándose junto a las parcelas comunales, para gran fastidio de los campesinos de las comunas, que odiaban estos terrenos privados —los llamaban «babilonias» (*vaviloni*)— y que querían destinar al reparto comunal.[13]

La servidumbre dejó otro legado desolador. Si bien asignó a los siervos emancipados cantidades generosas de tierras cultivables (unas cinco hectáreas por varón adulto), el Edicto de Emancipación dejó las pasturas y las tierras boscosas en poder de los terratenientes. En la época de la servidumbre, el campesino había disfrutado del derecho de hacer pastar a su ganado y recoger leña y madera. Pero lo perdió cuando se

trazaron los límites de las propiedades. Algunos terratenientes comenzaron a poner precio por el uso de las pasturas, y otros cobraban peaje para dejar que el ganado de los campesinos atravesara sus terrenos. A finales del siglo XIX y comienzos del XX, una de las principales quejas de los campesinos tenía que ver con la escasez de tierras de pastoreo. El campesino debía tener acceso a pasturas adecuadas, idealmente en una proporción de una hectárea de pasturas por dos de tierra cultivable, pero como mínimo de una cada cinco, por debajo de lo cual no podía alimentar a su ganado y sus caballos de tiro.[14] También causó mucho descontento la pérdida del acceso a los bosques. En 1905, los actos de violencia rural consistieron predominantemente en la tala de árboles.

Una extendida opinión sostenía que Rusia padecía una aguda escasez de tierras agrícolas. A primera vista, tal vez parezca sorprendente que un país tan grande sufriera dicha escasez (o una superpoblación rural, que es lo mismo). Y, en efecto, Rusia tenía mucho camino que recorrer antes de alcanzar las densidades demográficas de Europa occidental. Con 130 millones de habitantes y 22 millones de kilómetros cuadrados, el imperio tenía en 1900 una densidad media de 6 habitantes por kilómetro cuadrado. Incluso un país tan joven como Estados Unidos tenía en la misma época una densidad demográfica más elevada (8 habitantes por kilómetro cuadrado). Y, pese a ello, mientras que Estados Unidos padecía una escasez endémica de mano de obra, a la que respondía con la apertura de sus fronteras a millones de inmigrantes europeos, Rusia se asfixiaba a causa de la superpoblación de sus zonas rurales.

La explicación de esta aparente paradoja reside en el hecho de que en los países agrícolas la densidad demográfica solo

cobra sentido si se relaciona la cifra de habitantes con la parte del territorio que es adecuada para la agricultura. Desde este punto de vista, Rusia distaba de ser un país de extensiones ilimitadas. De los 15 millones de kilómetros cuadrados de la Rusia europea y Siberia, solo 2 millones podían cultivarse y 1 millón era apto para el pastoreo. En otras palabras, en la patria de los gran-rusos apenas uno de cada cinco kilómetros cuadrados podía destinarse a la agricultura. Una vez que se toma en consideración este hecho, las cifras de la densidad demográfica rusa cambian por completo. En Siberia, la densidad media era en 1900 de 0,5 habitantes por kilómetro cuadrado, una cifra desdeñable. En las cincuenta provincias de la Rusia europea se elevaba a 23,7 por kilómetro cuadrado, cifra que estaba un poco por encima de la que los geógrafos económicos estimaban óptima para la región.[62*] Pero hasta esta cifra es engañosa, porque incluye las provincias escasamente pobladas del norte de Rusia. Las regiones realmente importantes, porque en ellas vivían las grandes masas de campesinos, eran las provincias centrales, y en estas la densidad de población oscilaba entre 50 y 80 habitantes por kilómetro cuadrado. Esta cifra coincide con la de Francia en la misma época y supera las de Irlanda y Escocia. En otras palabras, si San Petersburgo hubiera abandonado Siberia y las provincias septentrionales, su densidad demográfica habría igualado la de Europa occidental.

Semejantes densidades podrían haber demostrado ser tolerables de no haber sido por el extraordinario crecimiento poblacional de la Rusia prerrevolucionaria. Con un exceso anual de los nacimientos sobre las muertes del orden del 15 por mil, el país tenía la tasa de crecimiento vegetativo más alta de Europa.[63*] Las consecuencias para la agricultura de un crecimiento demográfico tan acelerado pueden demostrarse estadísticamente. En el imperio de 1900, tres cuartas partes de

la población trabajaban en la tierra. Con un aumento anual del 15 por mil y una población de 130 millones, cada año había 1.950.000 nuevos habitantes, de los cuales 1.500.000 nacían en el campo. Si tenemos en cuenta la elevadísima tasa de mortalidad infantil, nos quedan alrededor de un millón de bocas más que el campo tenía que alimentar cada año. Como una casa gran-rusa tenía por término medio cinco miembros y cultivaba diez hectáreas, estas cifras implican que Rusia necesitaba sumar anualmente 2 millones de hectáreas de tierras cultivables.[64*]

En Europa occidental, las presiones generadas por un crecimiento demográfico ligeramente menor, pero aun así rápido desde mediados del siglo XVIII, se resolvieron en parte con la migración a ultramar y en parte con la industrialización. Durante el siglo XIX y los primeros años del XX, los países agrícolas de Europa (por ejemplo, Italia, Irlanda y el Imperio austrohúngaro) enviaron gran parte de su población rural excedente a las Américas. La salida neta de migrantes de Europa occidental a los países de ultramar entre 1870 y 1914 se cifra en veinticinco millones, lo que representa aproximadamente la mitad de la población rural sobrante del continente. Gran parte del resto encontró empleo en la industria. La industrialización permite niveles sin precedentes de densidad demográfica. Alemania, por ejemplo, que en la primera mitad del siglo XIX había tenido un flujo importante de emigración ultramarina, en la segunda mitad, y como consecuencia del desarrollo industrial, no solo dejó de enviar gente al extranjero, sino que tuvo que importar mano de obra. Algunos países industriales alcanzaron una densidad demográfica pasmosa; Inglaterra y los Países Bajos alcanzaron entre 250 y 270 habitantes por kilómetro cuadrado, una cifra que superaba varias veces la de las zonas más populosas de la Rusia central, sin sufrir una superpoblación. Apenas cabe

duda de que la capacidad de los países occidentales, por medio de la emigración y la industrialización, para aliviar las presiones demográficas fue un factor crucial que les facilitó evitar la revolución social.

Rusia no tenía ninguna de estas dos válvulas de escape. Sus súbditos no emigraban al extranjero; preferían colonizar su propio país. Los únicos grupos importantes que se marcharon fueron los no rusos de las provincias occidentales; de los 3.026.000 súbditos del zar que emigraron entre 1897 y 1916, más del 70 por ciento eran judíos y polacos.[15] Pero como los judíos no se dedicaban a la agricultura y los polacos lo hacían en su propia patria, su partida no contribuyó en nada a mitigar las presiones que sufría la aldea rusa. Dista de estar claro por qué los rusos no emigraban, pero nos vienen a la mente varias explicaciones. Tal vez la causa más importante fuera la práctica de la agricultura por familias extensas y en comunas. Los campesinos rusos no estaban acostumbrados a levantar campamento y marcharse hacia lo desconocido, salvo en grupo. Si bien siempre estaban a la caza de nuevas tierras, nunca se movían en familia, como era común en el Oeste norteamericano, sino con otros campesinos en número suficiente para establecer una nueva comuna, de ordinario constituida por aldeas o partes de aldeas.[16] En segundo lugar, al vivir en una economía esencialmente autosuficiente, carecían de dinero para pagar los pasajes. En tercer lugar, estaban convencidos de que al cabo de no demasiado tiempo se produciría en Rusia un reparto general de tierras no ocupadas por campesinos y no querían quedar al margen de él. Por último, como vivían en un universo autónomo de eslavos ortodoxos, en una tierra consagrada como la Santa Rus, y estaban poco expuestos a culturas foráneas, para los campesinos rusos era difícil concebir la vida entre infieles.[img 18]

La industria rusa tampoco podía absorber una cantidad significativa de campesinos excedentarios. En la década de 1880, y más aún en la de 1890, el rápido crecimiento industrial provocó un aumento del empleo en este sector; en 1860, Rusia tenía 565.000 personas empleadas en la industria, que pasaron a ser 2,2 millones en 1900 (de estas, alrededor de la mitad eran obreros fabriles).[17] Si nos servimos de las cifras de casas antes mencionadas, esto significa que durante las cuatro últimas décadas del siglo XIX la cantidad de rusos liberados de la dependencia de la agricultura creció de 3 a quizá 12 millones. Pero con un incremento anual de un millón de habitantes rurales, esto también significaba que la industria absorbía, a lo sumo, un tercio de la nueva población del campo.[65*]

El crecimiento demográfico sin una expansión proporcional de las tierras cultivables o la emigración hacía que la cantidad de tierras disponibles para su reparto en las comunas se redujera a paso firme; la parcela media por «alma» masculina, que en 1861 había sido de 5,24 hectáreas, disminuyó en 1880 a 3,83 y en 1900 a 2,84.[66*] Para compensar esta reducción, los campesinos arrendaban tierras. Alrededor de 1900, más de un tercio de las poseídas por los terratenientes estaban arrendadas por ellos.[18] Aun así, muchos no tenían acceso a la tierra ni a un empleo fijo.

Muchos de los campesinos sin tierra o con poca encontraban empleo como peones; por lo común pasaban el invierno en la aldea, y en la época de siembra y cosecha trabajaban para campesinos más ricos o terratenientes, a menudo lejos de sus casas. Estos trabajadores representaban el grueso de la mano de obra en fincas particulares y tierras campesinas de propiedad privada. Otros realizaban trabajos ocasionales en la industria, sin romper sus vínculos rurales.

En las aldeas, los campesinos sin tierra carecían de estatus. Excluidos de la comuna, no participaban de la vida organizada.

Numerosos campesinos que no tenían lugar en la comuna iban a las ciudades con permisos temporales en busca de trabajo. Se calcula que a comienzos del siglo XX unos 300.000 campesinos, en su mayoría varones, se trasladaban anualmente a las ciudades de Rusia, donde buscaban algún trabajo eventual, vendían puerta por puerta productos de las industrias artesanales o simplemente deambulaban a falta de algo mejor que hacer. Su presencia modificó de manera significativa las características de las ciudades. El censo de 1897 reveló que el 38,8 por ciento de los habitantes urbanos del imperio eran campesinos y que representaban el elemento de mayor crecimiento de la población de las ciudades.[19] En las grandes urbes, su porcentaje era aún más alto. Así, en el cambio de siglo, en San Petersburgo y Moscú el 63,3 y el 67,2 por ciento respectivamente de los residentes (reales, no los legalmente registrados) eran campesinos.[20] En las ciudades más pequeñas, estos huéspedes inoportunos eran conocidos como *inogorodniye* o «forasteros». Les atraían especialmente los pueblos de las regiones agrarias prósperas donde la agricultura no era una actividad comunal, sino de las casas, como los asentamientos cosacos a orillas de los ríos Don y Terek y en el sudoeste de Siberia.[21] En estos lugares se congregaban multitudes de *batraki*, que miraban con ojos ávidos las grandes y prósperas granjas, a la espera de la señal anunciadora del inicio del gran reparto.

En marcado contraste con Europa occidental, las ciudades rusas no urbanizaban a los recién llegados del campo; se ha dicho que la única diferencia discernible entre el campesino de la aldea y sus camaradas de la ciudad era que el primero

llevaba la camisa por fuera de los pantalones y los segundos, por dentro.[22] Los campesinos que inundaban las ciudades, desprovistos de todo vínculo institucional, sin un empleo fijo y por lo común separados de sus familias, representaban un elemento inasimilable y potencialmente disruptivo.

Esta era la esencia del «problema agrario» que inquietaba sobremanera a los rusos tanto en el gobierno como fuera de él; existía la extendida sensación de que si no se hacía algo drástico, y pronto, el campo estallaría. Entre los campesinos, así como entre los intelectuales socialistas y liberales, era un axioma que el *quid* del problema radicaba en la escasez de tierras y que esta dificultad solo podía resolverse mediante la expropiación de todas las tierras (no comunales) en manos privadas. Los liberales querían que se entregara una compensación por las grandes propiedades expropiadas. Los socialistas preferían, o bien la «socialización» de la tierra, que pondría los terrenos cultivables a disposición de los agricultores, o bien su «nacionalización» en beneficio del Estado.

Sin embargo, los historiadores y los especialistas en el mundo agrario han puesto en duda las pruebas de una grave crisis del campo y los remedios propuestos para solucionarla.

Uno de los principales argumentos esgrimidos por quienes sostienen que la aldea rusa sufría una crisis profunda y en vías de empeorar es que estaba constantemente atrasada con los pagos de amortización (la deuda hipotecaria contraída con el gobierno por su ayuda en la entrega de tierra a los campesinos según lo dispuesto en el Edicto de Emancipación de 1861). Hace poco se ha planteado si dichos atrasos prueban realmente el empobrecimiento de la aldea.[23] En vez de pagar las cuotas correspondientes, los campesinos incrementaban incesantemente las compras de bienes de consumo, como

muestra el aumento de los ingresos fiscales por los impuestos a las ventas, que crecieron más del doble en la década de 1890-1900. Basándose en este dato, un historiador estadounidense llega a la siguiente conclusión:

> Si los campesinos eran la fuente principal de los ingresos por impuestos indirectos, debían de ser los mayores consumidores de los bienes gravados, es decir, azúcar, cerillas, etcétera. En consecuencia, como *podían* comprar bienes no agrícolas, no parece adecuado hablar de un sector rural asolado por un despiadado sistema impositivo. […] Los atrasos campesinos en los pagos de amortización aumentaron no debido a una incapacidad para pagar, sino a la renuencia a hacerlo.[24]

Las pruebas sobre un aumento de los ahorros campesinos y de los jornales agrícolas refuerzan este argumento y ponen en duda que la aldea rusa padeciera un grave problema de desnutrición, como afirmaban los políticos liberales y socialistas.[67*]

Los contemporáneos bien informados, si bien admitían que el país afrontaba serios problemas agrarios, se preguntaban si la causa de estos era la escasez de tierras y si la transferencia a manos campesinas de tierras no campesinas de propiedad privada daría lugar a una mejora significativa de la situación. Uno de estos observadores, Alexéi S. Yermólov, en otro tiempo ministro de Agricultura, planteó un convincente contraargumento a la visión convencional, cuya solidez confirmarían ampliamente los acontecimientos posteriores.[25] Yermólov sostenía que era inapropiado reducir todas las dificultades agrarias de Rusia a la inadecuación de las parcelas campesinas; el problema era mucho más complejo y tenía que ver, sobre todo, con la manera en que los campesinos trabajaban dichas parcelas. Estos últimos se engañaban, y los intelectuales los inducían a hacerlo, cuando creían que la confiscación de las propiedades de los terratenientes mejoraría mucho su situación económica. En realidad, no había suficientes tierras privadas para todos; aun cuando se

distribuyera entre los campesinos toda la tierra cultivable de propiedad privada, el aumento resultante, que Yermólov cifraba en 0,8 hectáreas por campesino varón, no representaría una gran diferencia. En segundo lugar, aunque pudieran encontrarse reservas de tierras adecuadas, su distribución sería contraproducente porque solo serviría para perpetuar modos vetustos e ineficientes de cultivo. El problema de la agricultura rusa no era la escasez de tierras, sino la manera anticuada de cultivarlas, un legado de los tiempos en los que las había en cantidades ilimitadas. «En la enorme mayoría de los casos, el problema no está en la escasez absoluta de tierras, sino en la inadecuación de estas para la aplicación de las formas tradicionales de agricultura extensiva». El campesino tenía que abandonar el hábito del cultivo superficial y adoptar formas más intensivas; si pudiera incrementar el rendimiento de los cereales en apenas un grano por grano sembrado, Rusia rebosaría de pan.[68*] Para probar su argumento, Yermólov señalaba la paradoja de que en Rusia la prosperidad de los campesinos estaba en proporción inversa a la calidad y el tamaño de sus parcelas, un hecho que atribuía a la necesidad de quienes tenían tierras pobres de dedicarse a formas más intensivas de agricultura. Fuera como fuese, en el centro de Rusia no veía una correlación entre las dimensiones de las parcelas comunales y el bienestar de los campesinos. Por otra parte, la eliminación de las fincas de los terratenientes privaría al campesinado de los jornales obtenidos con el trabajo agrícola, una fuente importante de ingresos adicionales. Yermólov concluía que la «nacionalización» o la «socialización» de la tierra, al alentar al campesino a seguir con sus modos tradicionales de cultivo, sería un desastre y obligaría a Rusia a importar cereales. El autor sugería unas cuantas medidas, similares a las que adoptaría Piotr Stolipin entre 1906 y 1911.

Sin embargo, los intelectuales hacían caso omiso de estas voces de la experiencia y preferían soluciones simplistas en consonancia con las ideas preconcebidas del *mujik*.

En el cambio de siglo, los obreros industriales rusos eran, con escasas excepciones, un sector del campesinado más que un grupo social diferenciado. Debido a los largos inviernos durante los cuales no se trabajaba en los campos, muchos campesinos rusos se dedicaban a actividades no agrarias conocidas como *promisli*. Estas industrias artesanales producían aperos, utensilios de cocina y textiles. La costumbre de combinar la agricultura con la manufactura desdibujaba la distinción entre ambas ocupaciones. Los campesinos dedicados a los *promisli* constituían una reserva de mano de obra semicualificada para la industria rusa. La disponibilidad de mano de obra barata en el campo, que, en caso de no ser necesaria, podía volver a los trabajos agrícolas, explica por qué la mayoría (el 70 por ciento) de los trabajadores rusos estaban en empresas industriales situadas en zonas rurales.[26] También explica por qué no lograron desarrollar hasta muy tarde la mentalidad profesional de sus homólogos occidentales, muchos de los cuales eran descendientes de artesanos urbanos.

Los primeros trabajadores industriales rusos a tiempo completo eran siervos destinados por Pedro I a manufacturas y minas de propiedad estatal. A este grupo, conocido como «campesinos posesionales» (*possessionniye krestianye*), se sumaron *a posteriori* toda clase de personas que no podían tener cabida en el sistema de estamentos, como las mujeres y los hijos de los reclutas del ejército, los convictos, los prisioneros de guerra y las prostitutas.

El economista alemán Schulze-Gävernitz dividió en cuatro subgrupos a los 2,4 millones de empleados industriales a

tiempo completo que había en Rusia a finales del siglo XIX:[27]

1. Campesinos empleados de modo estacional en industrias locales, por regla general en los períodos en los que no se trabajaba en el campo; dormían al aire libre en verano y en los talleres, cerca de las máquinas, en invierno.
2. Trabajadores agrupados en cooperativas (*arteli*) que se empleaban temporalmente y repartían sus ingresos entre los miembros de estas. Alojados en barracones suministrados por los patronos, estaban por lo común separados de sus familias. Como no llevaban una vida familiar normal, los trabajadores de este grupo consideraban transitoria su condición y solían volver a la aldea para ayudar en la cosecha. El sector industrial más grande de Rusia, las manufacturas textiles, dependía en gran medida de esta mano de obra.

Estos dos primeros grupos constituían la mayor parte de los rusos clasificados por el censo de 1897 como trabajadores industriales. La mayoría eran campesinos. Las dos categorías siguientes habían cortado los lazos con la aldea.

3. Trabajadores que vivían con sus familias. Como los salarios eran bajos, sus esposas también solían buscar un empleo a tiempo completo. A menudo vivían en alojamientos comunales proporcionados por los patronos, cuyos espacios residenciales estaban separados por cortinas, mientras que las cocinas eran comunitarias. Con frecuencia, los patronos también construían tiendas y escuelas fabriles para ellos. El gobierno soviético adoptaría este tipo de organización durante su campaña de industrialización en la década

de 1930.

4. Trabajadores cualificados que ya solo dependían de sus patronos en lo concerniente al salario. Buscaban alojamiento por su cuenta, compraban provisiones en los mercados abiertos y, de ser despedidos, ya no tenían una aldea a la que volver. Solo en esta categoría se ponía fin a la dependencia del trabajador respecto de su patrón, una reminiscencia de las condiciones serviles. Quienes la integraban trabajaban sobre todo en las industrias técnicamente avanzadas, como las de fabricación de máquinas, concentradas en San Petersburgo.

Tal como indica esta clasificación, el empleo industrial no conducía de por sí a la urbanización. La mayoría de los rusos empleados en la industria seguían viviendo en el campo, donde se localizaba la mayor parte de las fábricas, y mantenían estrechos vínculos con sus aldeas. No debe sorprender, en consecuencia, que también conservaran una visión rural de las cosas; Schulze-Gävernitz concluía que la principal diferencia entre los trabajadores industriales rusos y los de Europa occidental radicaba en el hecho de que los primeros todavía no habían roto los lazos con la tierra.[28] La única desviación significativa de esta pauta podía encontrarse entre los trabajadores cualificados (el cuarto grupo), que ya en la década de 1880 comenzaron a exhibir actitudes «proletarias». Se interesaban en las asociaciones de socorro mutuo y los sindicatos, de cuya existencia habían tenido noticia por fuentes extranjeras, así como en la educación. El Círculo Central del Trabajo, una organización ilegal constituida en 1889 por un grupo de trabajadores cualificados de San Petersburgo, fue, aunque rudimentario, el primer sindicato de Rusia. Las huelgas de los trabajadores textiles de

esta misma ciudad en 1896-1897, en protesta por las condiciones laborales, fueron las primeras manifestaciones abiertas de este nuevo estado de ánimo.[29]

A pesar de los orígenes y puntos de vista rurales de la mayoría de los trabajadores industriales, el gobierno los miraba con recelo, temeroso de que su concentración y su proximidad a las ciudades los volviera vulnerables a influencias corruptoras. Y, a decir verdad, había motivos para preocuparse. En los primeros años del siglo XX, entre el 80 y el 90 por ciento de los trabajadores industriales de San Petersburgo y Moscú sabían leer y escribir, lo cual los convertía en un blanco atractivo de la propaganda y la agitación de los radicales, a las que la población rural era bastante inmune.

El aspecto más difícil de entender de la Rusia rural es la mentalidad campesina, un tema sobre el cual la literatura académica es de muy poca ayuda. Hay muchas obras sobre las condiciones económicas del campesinado prerrevolucionario, su folclore y sus costumbres, pero no existe prácticamente ningún estudio académico que explique en qué creía el *mujik* y cómo razonaba.[30] Es como si los intelectuales rusos consideraran la mente campesina como un espécimen inmaduro de la mente progresista (la suya propia) y, por ende, no merecedor de una atención seria. Para entender la mentalidad campesina es preciso dejar a un lado las fuentes académicas y recurrir a otras, en especial las *belles lettres*.[31] Estas pueden complementarse con informaciones recogidas por estudiosos del derecho consuetudinario campesino, que ofrecen una percepción lateral de la mente del campesino tal como la revelaba su manera de afrontar los problemas de la vida diaria, sobre todo los conflictos relacionados con los bienes.[32] El conocimiento de este material deja pocas dudas

de que la cultura del campesino ruso, como la del campesinado de otros países, no representaba un estado inferior y menos desarrollado de la civilización, sino una civilización por derecho propio.

Como se ha señalado, el mundo del campesino ruso era en gran medida autónomo y autosuficiente. No es casual que en ruso se use la misma palabra, *mir*, para referirse a la comuna campesina, el mundo y la paz. Las experiencias y preocupaciones del campesino no iban más allá de su aldea y las aldeas vecinas. Una investigación sociológica sobre las actitudes campesinas realizada en la década de 1920 indicaba que, aun después de una década de guerra mundial, guerra civil y revolución, que habían arrastrado al campesinado ruso al torbellino de los asuntos nacionales e internacionales, el *mujik* no se interesaba en nada que superara los límites de su cantón. Estaba dispuesto a permitir que el mundo siguiera su camino con tal de que lo dejara a él en paz.[33] Fuentes literarias prerrevolucionarias destacan asimismo la ausencia, en el campesinado, de un sentido de pertenencia al Estado o la nación. Lo presentan aislado de las influencias ajenas a la aldea y sin una conciencia de la identidad nacional. Tolstói negaba categóricamente al campesino un sentimiento de patriotismo:

> Jamás he oído expresión alguna de sentimientos patrióticos en el pueblo; al contrario, con frecuencia he visto a los hombres más serios y respetables entre la multitud afirmar su más absoluta indiferencia y hasta su desdén por toda clase de manifestaciones de patriotismo.[34]

La verdad de esta observación se demostró durante la Primera Guerra Mundial, cuando el soldado campesino ruso, aunque luchara con valentía en condiciones difíciles (escasez de armas y municiones), no entendía por qué combatía, ya que el enemigo no amenazaba su provincia natal. Si combatía, era por el hábito de obedecer. «Nos ordenan ir, y vamos».[35]

Era inevitable entonces que, tan pronto como se debilitaba la voz de la autoridad, desobedeciera y desertara. Equiparable al soldado occidental en coraje físico, carecía de su sentido de la ciudadanía, de pertenencia a una comunidad más amplia. El general Denikin, que observaba de cerca este comportamiento, lo atribuía a la absoluta falta de adoctrinamiento nacionalista en las fuerzas armadas.[36] Pero cabe dudar de que el adoctrinamiento, por sí solo, hubiera supuesto una gran diferencia. A juzgar por la experiencia occidental, para sacar al campesino de su aislamiento era necesario desarrollar instituciones capaces de incorporarlo a la vida política, económica y cultural del país; en otras palabras, hacer de él un ciudadano.

La mayoría de los ciudadanos franceses y alemanes de comienzos del siglo XX también eran, o bien campesinos, o bien residentes urbanos a quienes separaban del campesinado apenas una o dos generaciones. Hasta muy poco antes, el campesino de Europa occidental no había sido culturalmente superior al *mujik* ruso. Respecto de la Francia decimonónica, Eugen Weber traza un cuadro similar al del estudioso de Rusia: grandes partes del país pobladas por «salvajes» que vivían en chozas, aislados del resto de la nación, embrutecidos y xenófobos.[69*] La situación no era mucho mejor en otras zonas rurales de Europa occidental. Si hacia 1900 el campesino europeo se había convertido en otra cosa, era porque en el transcurso del siglo XIX se habían creado instituciones que lo habían sacado del aislamiento rural.

Con Noruega como modelo, podemos identificar varias de estas instituciones: la Iglesia, la escuela, el partido político, el mercado y la casa solariega.[70*] Debemos agregar a ellas la propiedad privada, que los estudiosos occidentales dan hasta tal punto por sentada que ignoran su inmenso papel

socializador. Todas estas instituciones tenían un débil desarrollo en la Rusia tardoimperial.

Los observadores de la Rusia prerrevolucionaria coinciden en afirmar que la Iglesia ortodoxa, representada en la aldea por el sacerdote (*pop*), ejercía escasa influencia cultural en la grey. La función primaria del sacerdote era de carácter ritualista y mágico, y su principal obligación, garantizar el paso seguro del rebaño al otro mundo. Al discutir con Nicolás II la agitación revolucionaria, Alexéi Yermólov lo desengañó de la idea de que el gobierno podía confiar en que los sacerdotes mantuvieran disciplinadas las aldeas. «En Rusia, el clero no tiene influencia sobre la población».[37] El papel cultural de la Iglesia en los distritos rurales se limitaba a una escolarización elemental, que enseñaba a los niños a leer y escribir, con fragmentos de didacticismo religioso entremezclados con ella. Los valores superiores —la teología, la ética, la filosofía— constituían el coto cerrado del clero monástico o «negro», el único que tenía acceso a la carrera eclesiástica pero no participaba directamente en la vida parroquial. Como el sacerdote aldeano, a diferencia de sus homólogos occidentales, recibía poca —si es que alguna en absoluto— ayuda económica de la Iglesia y no tenía esperanzas de hacer carrera en la jerarquía eclesiástica —reservada a los sacerdotes monásticos solteros—, la vocación no atraía a los mejores elementos. Según se decía, el campesino no trataba a los sacerdotes «como guías y consejeros, sino como una especie de mercaderes, que traficaban al por mayor y al por menor con sacramentos».[38]

Antes de 1917, Rusia no tenía un sistema de enseñanza obligatoria ni siquiera de índole primaria, como el que Francia había establecido en 1833 y la mayor parte de Europa occidental había adoptado hacia la década de 1870. La

necesidad de este sistema era a menudo objeto de discusiones en los círculos gubernamentales, pero nunca fue implantado, en parte debido a la falta de dinero y en parte por temor a la influencia que los maestros laicos, en su mayoría intelectuales con ideas políticas de centroizquierda, tendrían sobre los jóvenes campesinos. (Los conservadores se quejaban de que las escuelas enseñaban a faltarles el respeto a los padres y los ancianos y hacían soñar a los alumnos con «ríos lejanos de leche y miel».)[39] En 1901, Rusia tenía 84.544 escuelas de primaria con 4,5 millones de alumnos, cuya administración se dividía entre el Ministerio de Educación (47,5 por ciento) y el Santo Sínodo (42,5 por ciento). En cantidad de alumnos matriculados, el ministerio gozaba de una clara ventaja (el 63 por ciento frente al 35,1 por ciento).[40] Esto distaba de ser adecuado para un país con 23 millones de niños en edad escolar (de siete a catorce años). El alfabetismo, promovido por los *zemstvos* y organizaciones de voluntarios, hizo rápidos progresos, sobre todo entre los varones, en gran medida porque los reclutas que contaban con un certificado escolar cumplían un servicio militar más breve (cuatro años en vez de seis); en 1913, casi el 68 por ciento de ellos decían saber leer y escribir, pero es probable que muchos no pudieran hacer más que firmar. Aproximadamente, uno de cada cinco de estos reclutas contaba con un certificado escolar que lo cualificaba para un servicio más breve.[41] Ni las escuelas ni las asociaciones privadas dedicadas a la difusión del alfabetismo inculcaban valores nacionales, porque, a juicio del gobierno, el nacionalismo, una doctrina que considera la «nación» o el «pueblo» como el soberano último, era una amenaza para la autocracia.[42]

Hasta 1905, Rusia no tuvo instituciones políticas legales al margen de la cadena burocrática de mando. Los partidos políticos estaban prohibidos. Los campesinos podían votar en

las elecciones a los *zemstvos*, pero aun en este caso los burócratas y funcionarios designados por el gobierno imponían grandes limitaciones a sus opciones. De todos modos, estos órganos de autogobierno se ocupaban de cuestiones locales y no nacionales. Los campesinos ni siquiera podían aspirar a una carrera en la administración imperial, dado que a todos los efectos prácticos sus filas estaban cerradas a ellos. En otras palabras, los campesinos estaban aún más excluidos de la vida política del país que los miembros de los otros estamentos no nobiliarios.

Los campesinos rusos no estaban del todo aislados de los mercados comerciales, pero estos desempeñaban un papel marginal en sus vidas. Por un lado, no les interesaba comer alimentos que no hubieran cultivado ellos mismos.[43] Compraban poco, sobre todo aperos y utensilios domésticos, en su mayor parte a otros campesinos. Y por otro lado, tampoco tenían mucho para vender; casi todo el cereal que llegaba al mercado procedía de las haciendas de los terratenientes o de grandes propiedades de comerciantes. Los altibajos de los mercados nacionales e internacionales de materias primas, que afectaban directamente al bienestar de los productores agrícolas norteamericanos, argentinos o ingleses, tenían escasa influencia en la situación del *mujik*.

La casa solariega era vista por los conservadores rusos como el puesto de avanzada de la cultura en el campo, y algunos especialistas agrarios bienintencionados se oponían a la expropiación de las propiedades de los terratenientes para repartirlas entre los campesinos por temor a las consecuencias culturales. Este temor quizá estuviera justificado en el sentido económico de la palabra «cultura», toda vez que las fincas de los terratenientes eran gestionadas, en efecto, de manera más eficaz y, por consiguiente, obtenían

mejores cosechas; según las estadísticas oficiales, entre un 12 y un 18 por ciento más, pero es posible que, en los hechos, el porcentaje llegara al 50 por ciento.[71*] Sin embargo, en el sentido espiritual e intelectual de la palabra, la influencia de la casa solariega en el campo era insignificante. Para empezar, la presencia de la nobleza rural era insuficiente; como hemos visto, siete de cada diez *dvorianye* residían en las ciudades. En segundo lugar, un abismo psicológico insalvable separaba a las dos clases; el campesino insistía en tratar al terrateniente como un intruso y pensaba que no tenía nada que aprender de él. «La mañana de un terrateniente» («Utro pomeshchika»), de Tolstói, y los cuentos rurales de Chéjov muestran que la casa solariega y la choza se hablaban sin entenderse, sin un lenguaje común para comunicarse; y, al faltar dicho lenguaje, no puede haber transmisión de ideas o valores. Un francés que visitó Rusia en la década de 1880 vio al terrateniente «aislado en medio de quienes eran antaño sus siervos, fuera de la comuna, fuera incluso del *volost* donde suele residir; rotas las cadenas de la servidumbre, ya nada lo ata a sus súbditos de otros tiempos».[44]

La propiedad privada es posiblemente la institución más importante de la integración social y política. La posesión de bienes crea un compromiso con el orden político y jurídico, dado que este garantiza los derechos de propiedad; transforma al ciudadano, por así decirlo, en un cosoberano. Como tal, la propiedad es el principal vehículo para inculcar en la masa de la población el respeto por la ley y un interés en la preservación del *statu quo*. Las pruebas históricas indican que las sociedades con una amplia distribución de la propiedad, sobre todo de las tierras y viviendas residenciales, son más conservadoras y estables y, por ende, más robustas y dúctiles ante todo tipo de turbulencias. Así, el campesino francés, que en el siglo XVIII era una fuente de inestabilidad, se

convirtió en el siglo XIX, como resultado de los logros de la Revolución francesa, en un pilar del conservadurismo.

Desde este punto de vista, la experiencia de Rusia dejaba mucho que desear. Bajo la servidumbre, el campesino no tenía, en el plano jurídico, derechos de propiedad; la tierra era del terrateniente, y ni siquiera sus bienes muebles, aunque custodiados por la costumbre, disfrutaban de protección legal. La Ley de Emancipación puso su parcela en manos de la comuna, y aunque a partir de 1861 el campesino acumuló ávidamente bienes raíces, no lograba distinguirlos con claridad de su parcela comunal, que solo poseía por un tiempo. A su juicio, la propiedad de la tierra, la principal forma de riqueza, estaba indisolublemente ligada al cultivo personal, y él no sentía respeto por los derechos de propiedad de quienes no eran campesinos, ya que el hecho de que tuvieran un pedazo de papel que se los confería no significaba nada. A diferencia del campesinado de Europa occidental, el *mujik* carecía de una idea desarrollada de la propiedad y la ley, lo cual hacía de él un elemento endeble para la construcción de la ciudadanía.

Había, pues, pocos puentes que conectaran la aldea rusa con el mundo externo. Los funcionarios, la nobleza rural, las clases medias y la *intelligentsia* vivían su vida, y el campesino, la suya; la proximidad física no contribuía a la circulación de ideas. La publicación en 1910 de *Una aldea*, novela de Iván Bunin, con su devastador retrato del campesinado, impresionó al público como algo venido de lo más oscuro de la Edad Media. El libro, escribió un crítico de la época, «tuvo un efecto demoledor»:

> La literatura rusa conoce muchas descripciones sin adornos de la aldea del país, pero el público lector de Rusia nunca se había visto antes frente a un lienzo tan vasto, que con tanta verdad inmisericorde revelara las entrañas mismas de la existencia campesina y rústica en toda su fealdad e impotencia *espirituales*. Lo que pasmó al lector ruso en este libro no fue la descripción

de la pobreza material, cultural, jurídica —ya lo habían acostumbrado a esta los escritos de talentosos populistas—, sino la conciencia, precisamente, del empobrecimiento *espiritual* de la realidad campesina rusa, y, más aún, la conciencia de que no había manera de escapar de ella. En vez de la imagen del campesino casi santo del que deberíamos aprender la sabiduría de la vida, en las páginas de *Una aldea* el lector se enfrentaba a una criatura deplorable y salvaje, incapaz de superar su salvajismo por medio de la prosperidad material […] o la educación. […] Lo máximo que el campesino ruso, tal como lo describe Bunin, era capaz de lograr, aun en la persona de aquellos que se elevaban por encima del nivel «normal» del salvajismo de los suyos, era la conciencia de su embrutecimiento sin esperanzas, de su condena inapelable.[45]

El campesino, que sabía cómo sobrevivir en las más penosas circunstancias en su comarca natal, quedaba completamente desorientado cuando se alejaba de esta. Estaba perdido tan pronto como se marchaba de la aldea, su *mir* o mundo, regido por la costumbre y dominado por la naturaleza, en busca de la ciudad, regida por los hombres y sus leyes aparentemente arbitrarias. El escritor populista Gleb Uspenski, que idealizaba un tanto la Rusia rural, describió así los efectos del desarraigo en el *mujik*:

[L]a inmensa mayoría del pueblo ruso es paciente y noble para soportar los infortunios, joven de espíritu, viril en su fortaleza e infantilmente simple […] siempre que esté sujeto al *poder de la tierra*, siempre que en la raíz de su existencia esté la *imposibilidad* de alardear de sus órdenes, siempre que estas dominen su mente [y su] conciencia y colmen su ser. […] Nuestro pueblo *seguirá* siendo lo que es mientras […] esté impregnado e iluminado […] por el calor y el resplandor de la cruda madre tierra. […] Apartad al campesino de la tierra, de las angustias que le ocasiona, de los intereses con que lo agita, hacedle olvidar su «campesinidad», y ya no tendréis el mismo pueblo, el mismo *ethos*, el mismo calor que emana de él. No quedará nada sino el vacuo aparato del vacuo organismo humano. El resultado es un vacío espiritual: «libertad irrestricta», es decir, distancia ilimitada y vacía, anchura ilimitada y vacía, la horrible sensación de «ir a donde tus piernas te lleven».[46]

Las cualidades sobresalientes de la mente del campesino, en especial del que habitaba un medio tan duro como el de Rusia, derivaban del hecho de que vivía a merced de la naturaleza. Esta, para él, no era la abstracción racional de

filósofos y científicos, sino una fuerza caprichosa que adoptaba la forma de inundaciones y sequías, extremos de frío y calor e insectos destructivos. Al ser tornadiza, estaba más allá de toda comprensión y, desde luego, de todo control. Esta perspectiva alimentaba en el campesino un ánimo de aquiescencia y fatalismo; su religión consistía en encantamientos mágicos destinados a apaciguar a los elementos. Para él, la idea de un orden supremo que impregnara por igual los reinos de la naturaleza y la ley no tenía sentido. Pensaba más bien en los términos arcaicos de las epopeyas homéricas, en las cuales los antojos de los dioses deciden el destino humano.

Aunque no tenía nada parecido al concepto de «derecho natural», el *mujik* tenía un sentido de la legalidad con raíces en la costumbre. Algunos estudiosos del tema creían que la aldea rusa tenía un sistema de prácticas jurídicas que igualaba plenamente al encarnado en la jurisprudencia formal.[47] Otros negaban que las costumbres campesinas rusas tuvieran las características necesarias de un auténtico sistema jurídico, como la cohesión y la aplicabilidad universal.[48] Este último punto de vista parece el más convincente. Los campesinos rusos conocían la ley (*lex*) pero no la justicia (*ius*); situación que no es de sorprender. Las comunidades autónomas y muy aisladas no necesitan discernir entre la costumbre y la ley. La distinción surgió inicialmente en el siglo III a.C. como resultado de los problemas prácticos planteados por las conquistas macedonias, que por primera vez pusieron bajo un solo cetro a comunidades dispersas con las más diversas costumbres jurídicas. En respuesta a esta situación, los filósofos estoicos formularon el concepto de ley de la naturaleza como un conjunto universal de valores que ligaban a la humanidad. Habida cuenta de que las comunidades rurales rusas seguían llevando una existencia aislada, no

tenían necesidad de un sistema general de normas jurídicas y se conformaban con una mezcla de sentido común y precedente para resolver informalmente sus desacuerdos, de manera muy parecida a como lo hacen las familias.

Este aspecto se aprecia en el hecho de que los tribunales rurales a cargo de campesinos y para campesinos podían mostrar en sus veredictos oscilaciones erráticas sin patrones reveladores. Un estudioso del tema concluyó que los campesinos veían la ley más «subjetivamente» que objetivamente, lo que en realidad significaba que no conocían ley alguna.[49] Otros dieron a entender la misma idea al afirmar que el *mujik* solo reconocía la «ley viva» (*zhivoye pravo*) y juzgaba cada caso según sus propios méritos y la «conciencia» como factor decisivo.[50] Ya esté o no justificado estimar que esta práctica entra dentro de la definición de la ley, no cabe duda de que el campesino ruso trataba los ucases (*ukazi*) emitidos por el gobierno no como leyes, sino como ordenanzas vigentes una única vez, lo que obligaba a las autoridades a dictar reiteradamente las mismas órdenes, ya que de lo contrario los campesinos no les hacían caso.

> Sin una nueva ordenanza, ninguno [campesino] aplicará [una directiva previa]; todos piensan que esa directiva se ha dado «solo por esta vez». Se emite una orden por la cual se prohíbe la tala de abedules para la construcción de cabañas de mayo. Donde se recibía la orden, ese año no se talaban abedules. El año siguiente no llegaba ninguna orden y en todas partes la gente procedía a construir cabañas de mayo. Se emite una instrucción «estricta» de plantar abedules a lo largo de las calles. Se cumple. Los abedules se secan. El año siguiente no hay directivas y, por lo tanto, nadie los replanta; los propios funcionarios del distrito se olvidan por completo del asunto. El funcionario de distrito […] juzga como los campesinos que la directiva solo era válida para esa ocasión precisa. […] Es el momento de pagar los impuestos. Cabría esperar que todo el mundo supiera por experiencia que hay que pagarlos cuando corresponde y que no se pasarán por alto. Y, aun así, sin una directiva especial —severa, además— nadie, ningún campesino rico pagará. Tal vez, [piensan las autoridades] se las arreglarán sin impuestos…[51]

Esta actitud con respecto a la ley, vista como una sucesión de directivas emitidas sin una razón discernible y por lo tanto solo vinculantes si eran impuestas por la fuerza, impedía al campesino desarrollar uno de los atributos básicos de la ciudadanía.

La idea, propuesta por escritores eslavófilos y populistas, de que el *mujik* tenía un sistema jurídico y, más aún, uno basado en principios morales superiores, fue cuestionada por juristas y abogados. Hay sobre el tema observaciones interesantes hechas por un abogado con una dilatada experiencia profesional, antes de la revolución, en materia de prácticas jurídicas campesinas.

> Las mentalidades liberales rusas estaban contagiadas de romanticismo y veían en el derecho consuetudinario una suerte de peculiaridad de la vida rusa que, al parecer, distinguía favorablemente a Rusia de otros países. […] Muchas personas reunieron materiales sobre el derecho consuetudinario. Se hicieron intentos de analizarlo y se emprendieron iniciativas —bastante débiles— para determinar sus normas.
>
> Todos esos intentos terminaron en nada por una sencilla razón: en Rusia no había derecho consuetudinario, como no había en general ley para los campesinos. En este punto debe afirmarse que […] cada *volost* y su tribunal tenían su propio derecho consuetudinario. […] Como propietario de una finca tuve […] la oportunidad de establecer un estrecho contacto con la población rural, que acudía a mí, en mi calidad de especialista, con solicitudes para resolver toda clase de disputas y malentendidos en el ámbito de la propiedad de la tierra y los derechos de propiedad en general. Por lo común me convocaban por asuntos que implicaban la división de la propiedad familiar. Tuve en mis manos muchas decisiones de los tribunales de los *volost* y, no obstante la costumbre de hacer generalizaciones jurídicas, nunca fui capaz de detectar la existencia de ningún tipo de fórmula general que al menos el tribunal del *volost* en cuestión aplicara a cuestiones concretas y de aparición recurrente. Todo se basaba en la arbitrariedad y, además, no en la arbitrariedad de los miembros del tribunal, compuesto por campesinos, sino en la del empleado del *volost*, que emitía veredictos a su antojo aun cuando los integrantes del tribunal los suscribieran con su firma. La gente no confiaba en el tribunal. El veredicto de un tribunal del *volost* era visto invariablemente como el resultado de presiones de una de las partes o de la hospitalidad bajo la forma de una o dos botellas de vodka. […] Y cuando el caso llegaba a una instancia superior, es decir, la asamblea [del *volost*], y ulteriormente a la oficina de la *gubernia* […], el exiguo

> conocimiento jurídico que los miembros de esas instancias superiores tenían a su disposición era impotente para vérselas con la arbitrariedad, toda vez que la referencia al derecho consuetudinario santificaba cualquier acto ilegal. Si especialistas con formación profesional no podían examinar ese derecho consuetudinario y determinar que de su práctica —esto es, de los fallos de los tribunales del *volost*— se deducían normas generales, puede uno imaginarse entonces cuál era la ignorancia de las leyes y obligaciones que prevalecía entre la población misma acerca de todos los asuntos relacionados con la propiedad y los conflictos que tenían que aparecer —y aparecían efectivamente— a todas horas del día.
>
> Nuestros cien millones de campesinos vivían, en su vida cotidiana, sin ley. [52]

Una de las consecuencias del escaso desarrollo del sentido de la legalidad era la ausencia del concepto de «derechos humanos». No hay indicio alguno de que el campesino considerara la servidumbre, que tanto horrorizaba a los intelectuales, como una injusticia intolerable; en rigor, la tantas veces citada máxima que le decía al amo —«Somos tuyos, pero la tierra es nuestra»— sugiere lo contrario. Para el campesino, la «libertad» no tenía importancia. Bajo la servidumbre, los campesinos siervos no solo no se sentían inferiores a los hombres libres, sino que se identificaban con sus amos y estaban orgullosos de ellos. El eslavófilo Yuri Samarin señaló que los siervos trataban a los campesinos libres con desdén, como criaturas sin ataduras ni protección. Para algunos de ellos, la emancipación era la expresión de un rechazo por parte de sus amos.[53]

Como tenía una percepción poco desarrollada de los derechos en general, el *mujik* carecía de la noción de los derechos de propiedad en el sentido romano de un dominio absoluto sobre las cosas. Según una autoridad, los campesinos rusos ni siquiera tenían una palabra para designar los bienes raíces (*zemelnaya sobstvennost*); en rigor, solo hablaban de posesión (*vladeniye*), que, a su entender, estaba indisolublemente vinculada al trabajo físico. A decir verdad, el *mujik* ni siquiera podía distinguir con claridad la tierra de

la que era legalmente titular en virtud de una compra de su parcela comunal y de la tierra que arrendaba, a todas las cuales llamaba «nuestra tierra»:

> En boca del campesino, la expresión «nuestra tierra» incluye sin distinción todas las tierras que ocupa por el momento, la tierra que es su propiedad privada […], la poseída en común por la aldea (que por consiguiente solo está en posesión temporal de cada casa) y también la arrendada por esa misma aldea a los terratenientes de la vecindad.[54]

Toda la actitud del *mujik* respecto de los bienes raíces derivaba de una memoria colectiva de siglos de agricultura nómada, cuando la tierra era tan abundante como el agua del mar y estaba al alcance de todos. En Rusia, el método de «tala y quema» para el cultivo de bosques vírgenes había caído en desuso hacia finales de la Edad Media, pero el recuerdo de los tiempos en los que los campesinos deambulaban por el bosque talando árboles y cultivando los claros cubiertos de cenizas seguía muy vivo. El trabajo, y solo el trabajo, transformaba la *res nullius* en posesión; como los suelos vírgenes no habían sido trabajados nunca, no podían ser propiedad de nadie. Para la mentalidad del campesino, apropiarse de madera aserrada era un delito porque esta era el producto del trabajo, mientras que la tala de árboles no lo era. De manera similar, los campesinos creían que «quien derriba un árbol que tiene un panal de abejas es un ladrón, porque se apropia de trabajo humano; quien tala un bosque que nadie ha plantado se beneficia de un don de Dios, que es tan gratuito como el agua y el aire».[55] Un punto de vista como este no tenía nada en común, por supuesto, con los derechos de propiedad tal como eran defendidos en los tribunales rusos. No debe sorprendernos que una elevada proporción de los delitos penales por los cuales se condenaba a campesinos tuvieran que ver con la tala ilegal de árboles. Esta actitud no estaba motivada por un antagonismo de clase; era válida en igual medida para la tierra y los bosques en poder de otros

campesinos. La creencia de que solo el trabajo manual justificaba la riqueza era un artículo de fe fundamental del campesinado ruso, y por esta razón menospreciaba a los terratenientes, los burócratas, los obreros industriales, los sacerdotes y los intelectuales por «perezosos».[56] Los intelectuales radicales aprovechaban esta actitud para denigrar a hombres de negocios y funcionarios.

Dicha forma de pensar servía de base a la creencia universal del campesinado ruso, después de la emancipación, en el inevitable advenimiento de un reparto nacional de las tierras en manos privadas. En 1861, los siervos liberados no entendieron por qué alrededor de la mitad de las tierras que antes habían trabajado ellos mismos fueron entregadas a los terratenientes. En un primer momento se negaron a creer en la autenticidad de una ley tan absurda. Más adelante, tras avenirse a aceptarla, se convencieron de que era un arreglo temporal que pronto sería anulado por una nueva ley en virtud de la cual se les otorgarían, para su distribución comunal, todas las tierras privadas, incluidas las de otros campesinos. Uno de los temas recurrentes de las leyendas que circulaban en las aldeas era la predicción de la aparición inminente de un «Salvador» que convertiría toda Rusia en una tierra de comunas.[57] «Los campesinos creen», dice Alexánder Engelgardt, que vivió muchos años entre ellos y escribió el que es posiblemente el mejor libro sobre sus hábitos y su mentalidad,

> que al cabo de algún tiempo, con ocasión de un censo, tendrá lugar una *distribución equitativa general de todas las tierras* a lo largo y ancho de Rusia, así como en nuestros días se procede en todas las comunas, cada cierto tiempo, a un reparto de la tierra entre sus miembros, cada uno de los cuales recibe tanto como puede cultivar. Esta concepción tan característica deriva directamente del conjunto de las relaciones agrarias campesinas. En las comunas, después de un tiempo, tiene lugar una redistribución de la tierra, una *igualación* entre sus miembros. Cuando se produzca el reparto general [previsto] se distribuirán todas las tierras y las comunas quedarán en

pie de igualdad. La cuestión aquí no es simplemente la confiscación de las tierras de los terratenientes, como la presentarían los periodistas, sino la distribución igual de *todas las tierras*, incluidas las pertenecientes a los campesinos. Los campesinos que han comprado tierras en régimen de propiedad, o, como ellos dicen, «para toda la eternidad», afirman exactamente lo mismo que los demás, y no tienen absolutamente ninguna duda de que las «tierras de las que son legalmente titulares» pueden ser sustraídas a sus legítimos poseedores y entregadas a otros.[58]

La validez de esta intuición se demostraría en 1917-1918.

Los campesinos esperaban que el reparto nacional de las tierras se produjera en cualquier momento y redundara en un gran crecimiento para ellos: cinco, diez, veinte y hasta cuarenta hectáreas por casa. Esta creencia mantenía a las aldeas del centro de Rusia en un estado de tensión permanente:

> En 1879 [tras la guerra con Turquía], todos esperaban la firma de un «nuevo decreto» en relación con la tierra. En la época, cualquier suceso, por trivial que fuera, daba origen a rumores acerca de ese «nuevo decreto». Si un funcionario aldeano local […] entregaba al terrateniente una nota en la que se le solicitaba alguna información estadística sobre la tierra, el ganado, los edificios, etcétera, la aldea convocaba de inmediato una reunión en la que se diría que el terrateniente había recibido unos documentos sobre la tierra, que pronto se emitiría un «nuevo decreto», que en la primavera llegarían los agrimensores a dividir las tierras. Si la policía prohibía al propietario de una finca hipotecada cortar madera para venderla, se decía que la prohibición tenía por causa el hecho de que el Tesoro no tardaría en apoderarse del bosque, que luego sería accesible para todos; paga un rublo y tala lo que quieras. Si alguien solicitaba un préstamo con su finca como garantía, se decía que los terratenientes habían percibido en el aire que las tierras serían distribuidas de manera equitativa y, por ende, se apresuraban a traspasar sus bienes al Tesoro a cambio de efectivo.[59]

Como consecuencia de esta manera de pensar, la aldea rusa estaba dispuesta en todo momento a atacar las propiedades privadas (no comunales); solo el miedo la mantenía a raya. Con ello se generaba una situación en extremo perjudicial. El potencial revolucionario era una realidad siempre presente, a pesar de los sentimientos antirrevolucionarios y promonárquicos de los campesinos. Pero el radicalismo de

estos no tenía como fuente de inspiración una animosidad política y ni siquiera de clase. (Cuando se les preguntaba qué debía hacerse con los terratenientes que fueran desalojados de sus tierras como consecuencia de la «Repartición Negra», algunos campesinos sugerían que el gobierno les otorgara un salario.)[60] Tolstói apuntó con claridad al *quid* del problema cuando, poco después de la emancipación, escribió: «La revolución rusa no será contra el zar y el despotismo, sino contra la propiedad terrateniente. Dirá: de mí, del ser humano, toma lo que quieras, pero déjanos toda la tierra».[61]

A finales del siglo XIX, el campesino suponía que el zar ordenaría el reparto a escala nacional; en las leyendas campesinas de la época el «Salvador», el «Gran Igualador», era invariablemente el «verdadero zar». La creencia fortalecía el monarquismo instintivo del campesinado. Acostumbrado a la autoridad del *bolshak* en la casa, veía por analogía al zar como el *bolshak* o el amo (*joziain*) del país. El campesino «veía en el zar al dueño y padre real de Rusia, que manejaba sin mediación su inmensa casa»;[62] una versión primitiva del principio patrimonial subyacente a la cultura política rusa. La razón por la cual el campesino se sentía tan confiado en que, tarde o temprano, el zar ordenaría un reparto general de la tierra era que, tal como él veía la situación, el monarca estaba interesado en que todas las tierras estuvieran distribuidas de manera justa y se cultivaran como corresponde.[63]

Estas actitudes eran el telón de fondo de la filosofía política del campesino, que, pese a sus aparentes contradicciones, tenía cierta lógica. Para el campesino, el gobierno era un poder que forzaba a la obediencia; su principal atributo era la capacidad de obligar a la gente a hacer cosas que, si por ella fuera, jamás haría, como pagar impuestos, servir en el ejército y respetar la propiedad privada de la tierra. Conforme a esta

definición, no había gobierno si el gobierno era débil. El epíteto *Groznyi* aplicado a un Iván IV mentalmente desequilibrado y sádico, que suele traducirse como «Terrible», significaba en realidad «Sobrecogedor» y no tenía matices despectivos. Las personas que tenían *vlast* («autoridad») y que no la ejercían de una manera que suscitara «sobrecogimiento» podían ser ignoradas. La observancia de las leyes representaba invariablemente para el campesino el sometimiento a una fuerza mayor, la voluntad de alguien más fuerte, no el reconocimiento de un principio o un interés compartidos. «Hoy, como en los días de la servidumbre —escribía el autor eslavófilo Yuri Samarin—, el campesino no conoce otra garantía inequívoca de la autenticidad de las órdenes imperiales que el despliegue de la fuerza armada; una salva de mosquetería aún es para él la única confirmación genuina de esas órdenes».[64] En esta concepción, el juicio moral de los gobiernos o sus actos era tan irrelevante como la aprobación o la condena de los caprichos de la naturaleza. No había «buenos» o «malos» gobiernos, sino solo gobiernos fuertes o débiles, y los fuertes siempre eran preferibles a los débiles. (De manera análoga, los siervos preferían a los amos crueles pero eficientes a los bondadosos pero ineficaces.)[65] Los gobernantes débiles posibilitaban el retorno a la libertad primitiva o *volia*, entendida como la licencia para hacer todo lo que uno quisiera, sin los obstáculos puestos por la ley de los hombres. Los gobiernos rusos tomaban nota de estas actitudes y no escatimaban esfuerzos para inculcar al país la imagen de un poder sin límites. En buena parte, los burócratas experimentados se oponían a la libertad de prensa y el gobierno parlamentario porque temían que los campesinos interpretaran la existencia de una oposición abierta y legitimada como una señal de debilidad y un llamamiento a la rebelión.

El efecto conjunto de estas actitudes campesinas fue muy deletéreo para la evolución política de Rusia. Se alentó con ellas la inclinación conservadora de la monarquía y se inhibió la democratización que el desarrollo económico y cultural del país exigía. Al mismo tiempo, dichas actitudes permitieron a los demagogos jugar con los rencores y las expectativas poco realistas del campesinado para incitar una revolución rural.

Entre los últimos años del siglo XIX y los primeros del XX, los observadores percibieron cambios sutiles en las actitudes del campesinado, sobre todo en la generación más joven. Estos observaban menos los preceptos de la religión, respetaban menos la tradición y la autoridad, y se mostraban inquietos, en cierto modo disgustados no solo en relación con la tierra, sino con la vida en general.

Las autoridades estaban especialmente preocupadas por el comportamiento de quienes se trasladaban a las ciudades y los centros industriales. Estos campesinos ya no se sentían intimidados ante los representantes uniformados de la autoridad y se les atribuía una actitud «insolente». Cuando volvían a la aldea, de manera permanente o para ayudar en las labores agrícolas, difundían el virus del descontento. El Ministerio del Interior, al tanto de esta transformación, ponía reparos, por motivos de seguridad, al crecimiento de la industrialización y la excesiva movilidad rural, pero, por las razones antes expuestas, lo hacía con escaso éxito.

Una de las causas de los cambios experimentados por el ánimo del campesinado parece que fue la difusión del alfabetismo, activamente promovida por las autoridades. El censo de 1897 reveló un nivel muy bajo de alfabetización en el Imperio ruso tomado como un todo; solo uno de cada cinco habitantes (el 21 por ciento) sabía leer y escribir. Pero, desglosadas, las estadísticas parecían considerablemente

mejores. Como resultado de los esfuerzos combinados de las escuelas rurales y las asociaciones privadas, el alfabetismo mostraba un espectacular crecimiento entre los jóvenes, sobre todo los varones; según los registros, en 1897 el 45 por ciento de los hombres del imperio de entre diez y veintiún años sabían leer y escribir.[72*] A ese ritmo, cabía esperar que la población alcanzara una alfabetización universal hacia 1925.

Los campesinos y obreros alfabetizados leían principalmente libros religiosos (los Evangelios y vidas de santos), seguidos de literatura escapista barata, el equivalente ruso de los *penny dreadfuls*;[73*] [66] una situación en absoluto diferente de la observada en Inglaterra medio siglo antes. Para satisfacer la demanda de palabra impresa hizo su aparición el periodismo amarillo. El acceso a las publicaciones, con todo, no puso al lector de masas en contacto más estrecho con la cultura urbana. «La gran mayoría de los lectores de clase baja del campo y las ciudades […] se mantuvieron a distancia, tanto en su sensibilidad cultural como en su vida diaria, de los círculos de la *intelligentsia* y el mundo intelectual de la creatividad modernista».[67]

La creciente alfabetización, que no se vio acompañada de un incremento proporcional de las oportunidades de aplicar el conocimiento adquirido gracias a la lectura, contribuyó probablemente a la agitación de las clases bajas. Se ha observado en otras regiones del mundo que la escolarización y la difusión del alfabetismo producen a menudo efectos perturbadores. Se ha advertido que, en comparación con sus homólogos legos, los nativos africanos educados en escuelas misioneras desarrollaban una mentalidad diferente, caracterizada por la falta de disposición a realizar trabajos monótonos y por niveles más bajos de honestidad y veracidad.[68] Tendencias similares se registraban entre los

campesinos rusos jóvenes expuestos a la cultura urbana, que también parecían menos dispuestos a aceptar la rutina del trabajo rural y vivían en un estado de expectación vigorosa aunque indefinida, que debían al conocimiento, gracias a la lectura, de mundos ignorados.[69]

Todo esto daba a los rusos más dados a la reflexión buenos motivos para angustiarse. Serguéi Witte, tras familiarizarse con las condiciones rurales como presidente de una comisión especial encargada de estudiar las necesidades campesinas, sentía una profunda inquietud respecto del futuro. Rusia, escribía en 1905,

> constituye en un aspecto concreto una excepción en comparación con el resto de los países del mundo. […] La excepción consiste en que, a lo largo de dos generaciones, se ha omitido sistemáticamente inculcar al pueblo un sentido de la propiedad y la legalidad. […] Vacilo hoy en decir qué consecuencias históricas resultarán de ello, pero mi impresión es que serán muy graves. […] La erudición dice que la tierra comunal pertenece a la comuna aldeana como persona jurídica, pero a ojos de los campesinos […] pertenece al Estado, que se la entrega a ellos para su uso temporal. […] [Las relaciones jurídicas entre los campesinos] no están reguladas por leyes precisas y escritas, sino por la costumbre, que a menudo «nadie conoce». […] En esas condiciones, veo un gigantesco interrogante: ¿qué es un imperio con cien millones de campesinos que no han sido educados ni en el concepto de la propiedad de la tierra ni en el de la solidez de la ley en general?[70]

4

La «intelligentsia»

Nada presenta menos obstáculos que el perfeccionamiento de lo imaginario.

HIPPOLYTE TAINE,

Que los conflictos y resentimientos existentes en toda sociedad se resuelvan pacíficamente o estallen en una revolución depende en gran medida de dos factores: la existencia de instituciones democráticas capaces de reparar los agravios por medios legislativos y la aptitud de los intelectuales para avivar las llamas del descontento social con el fin de obtener poder. Son los intelectuales, en efecto, quienes transmutan agravios específicos y por lo tanto remediables en un rechazo general del *statu quo*. Las rebeliones suceden; las revoluciones se hacen.

> Al estallar, una rebelión carece de pensamiento; es visceral, inmediata. Una revolución implica una doctrina, un proyecto, un programa. […] Bajo uno u otro aspecto, una revolución tiene líneas intelectuales de fuerza que faltan en las rebeliones. Por otra parte, una revolución procura institucionalizarse. […] Lo que caracteriza a la transformación de una rebelión en una revolución es el esfuerzo por poner en marcha una nueva organización (¡a falta de sociedad!), y esto […] entraña la existencia […] de «gestores» de la revolución.[1]

En palabras de Joseph Schumpeter, el descontento social no basta para desencadenar una revolución:

> Ni la oportunidad de lanzar un ataque ni los agravios reales o imaginarios son en sí mismos suficientes para producir, por mucho que puedan favorecerlo, el surgimiento de una hostilidad activa contra un orden social. Para que se cree un clima de esas características es necesario que haya

grupos interesados en azuzar y organizar el resentimiento, alimentarlo, pregonarlo y dirigirlo.[2]

Dichos grupos, los «gestores», son la *intelligentsia*, que puede definirse como el conjunto de intelectuales que ansían por el poder político.

En la Rusia de comienzos del siglo XX, nada empujaba inexorablemente al país hacia la revolución, excepto la presencia de un grupo desusadamente grande y fanático de revolucionarios profesionales. Fueron estos quienes, con sus bien organizadas campañas de agitación, transformaron en 1917 un incendio local, el motín de la guarnición militar de Petrogrado, en una conflagración de alcance nacional. Esta clase en permanente oposición, hostil a todas las reformas y acuerdos, convencida de que para cambiar algo había que cambiarlo todo, fue el agente catalizador que precipitó la Revolución rusa.

Para que surja una *intelligentsia* deben cumplirse dos condiciones:

1. Una ideología basada en la convicción de que el hombre no es una criatura única dotada de un alma inmortal, sino un compuesto material íntegramente moldeado por el medio que lo rodea; premisa de la cual se sigue que, si el medio social, económico y político del hombre se reordena de acuerdo con preceptos «racionales», es posible producir una nueva raza de seres humanos perfectamente racionales. Esta creencia eleva a los intelectuales, como portadores de la racionalidad, al estatus de ingenieros sociales y justifica su ambición de desplazar a la élite dominante.
2. Oportunidades para que los intelectuales conquisten un estatus social y laboral a fin de promover sus intereses de

grupo, esto es, la disolución de los estamentos y las castas y el surgimiento de profesiones libres que los independicen del *establishment*: derecho, periodismo, instituciones laicas de enseñanza superior, una economía industrial necesitada de expertos, un público lector culto. Estas oportunidades, acompañadas de la libertad de palabra y de asociación, posibilitan a los intelectuales tener autoridad sobre la opinión pública.

La palabra *intelligentsia* entró en el vocabulario inglés en la década de 1920, procedente del ruso. Los rusos, a su vez, la habían tomado de Francia y Alemania, donde *intelligence* e *Intelligenz* habían ganado aceptación en las décadas de 1830 y 1840 para designar a los ciudadanos cultos y «progresistas». [74*] El término no tardó en dejar de estar de moda en Occidente, pero en Rusia alcanzó una gran popularidad en la segunda mitad del siglo XIX para referirse no tanto a la élite culta como a quienes hablaban y actuaban en representación de la mayoría silenciosa del país; la contrapartida, pues, del *establishment* patrimonial (la burocracia, la policía, los militares, la nobleza de servicio y el clero). En un país donde la «sociedad» no tenía salidas políticas, la aparición de un grupo como este era inevitable. El término nunca fue definido con precisión, y la literatura prerrevolucionaria está repleta de discusiones sobre lo que significaba y a quiénes se aplicaba. Aunque en los hechos la mayoría de los considerados *intelligenti* tenían estudios superiores, la educación en sí misma no era un criterio; así, un hombre de negocios o un burócrata con título universitario no entraban en la categoría de miembros de la *intelligentsia*, el primero porque trabajaba en beneficio propio y el segundo porque lo hacía en beneficio del zar. Solo entraban quienes se comprometían con el bien público, aun cuando fueran trabajadores o campesinos

semialfabetizados. En la práctica, esto significaba hombres de letras —periodistas, académicos, escritores— y revolucionarios profesionales. Para pertenecer a la *intelligentsia* también había que comulgar con ciertos supuestos filosóficos sobre el hombre y la sociedad derivados de las doctrinas del materialismo, el utilitarismo y el positivismo. La popularidad de la palabra se debía a que permitía distinguir a los «activistas» sociales de los «intelectuales» pasivos. Sin embargo, por mi parte usaré ambos términos de manera indistinta, dado que en las lenguas occidentales la distinción no se ha consolidado.

Como portavoz autodesignada de todos los que no integraban el *establishment* —es decir, más de las nueve décimas partes de la población—, la *intelligentsia* rusa se veía y era vista por sus rivales como la principal amenaza al *statu quo*. En las últimas décadas del imperio, las líneas de batalla se trazaron entre la Rusia oficial y la *intelligentsia*, y era clarísimo que la victoria de esta daría lugar a la destrucción de aquella. El conflicto se volvió tan encarnizado que cualquiera que abogara por la conciliación y el compromiso corría el serio riesgo de verse atrapado en medio de un fuego cruzado mortal. Mientras que el *establishment* contaba sobre todo con su aparato represivo para mantener a raya a la *intelligentsia*, esta utilizaba como palanca el descontento popular y lo agravaba con todos los medios a su disposición, en especial el persistente descrédito que endilgaba al zarismo y sus partidarios.

Si bien las circunstancias provocaron que la *intelligentsia* tuviera una particular importancia en Rusia, no era desde luego privativa de dicho país. Tönnies, en su seminal distinción entre «comunidades» y «sociedades», reconoció que, además de las comunidades vinculadas por la proximidad territorial y los lazos de sangre, existían

«comunidades de espíritu» cuyo nexo eran las ideas,[3] y Pareto identificó una «élite no gobernante» que se parece mucho a la *intelligentsia* rusa.[4] Como estos grupos son internacionales, es necesario hacer aquí una digresión que nos apartará de la historia rusa; ni el surgimiento de su *intelligentsia* ni el impacto de la Revolución rusa en el resto del mundo pueden apreciarse como corresponde sin entender los puntales intelectuales del radicalismo moderno.

Los intelectuales aparecieron por primera vez en Europa como un grupo distintivo en el siglo XVI, al mismo tiempo que se producían el surgimiento de la sociedad secular y los avances concomitantes de la ciencia. Eran pensadores legos, a menudo hombres de fortuna, que abordaban las cuestiones tradicionales de la filosofía fuera del marco de la teología y las altas esferas del clero, que con anterioridad habían tenido el monopolio de esa especulación. Montaigne era el clásico representante de lo que a comienzos del siglo XVII llegó a conocerse como «intelectualista». En sus reflexiones sobre la vida y la naturaleza humana, Montaigne no daba cabida a la posibilidad de que una u otra pudieran cambiarse. Para los humanistas como él, el hombre y el mundo en el que vivía eran un dato indiscutible. La misión de la filosofía era ayudar al hombre a avenirse a esa realidad inmodificable para conquistar la sabiduría. La sabiduría suprema consistía en ser fiel a la propia naturaleza y, así, limitar los deseos hasta llegar a ser inmune a la adversidad, en especial a la inevitable perspectiva de la muerte; en palabras de Séneca, «tener las debilidades de un hombre y la serenidad de un dios» («habere imbecillitatem hominis, securitatem dei»). La misión de la filosofía, tal como era enunciada en el título del libro de Boecio, un escritor del siglo VI, era la «consolación». En sus formas más extremas, por ejemplo el taoísmo chino, la filosofía aconsejaba una completa inactividad: «No hagas

nada y todo se hará». Hasta el siglo XVII, la inmutabilidad del «ser» fue un postulado indiscutido de todo el pensamiento filosófico, tanto en Occidente como en Oriente. Creer lo contrario se consideraba una señal de locura.

A comienzos del siglo XVII apareció en el pensamiento europeo una tendencia opuesta, estimulada por los espectaculares descubrimientos de la astronomía y las otras ciencias. La constatación de que era posible revelar los secretos de la naturaleza y utilizar ese conocimiento para ponerla al servicio del hombre afectó inevitablemente a la visión que este tenía de sí mismo. La revolución copernicana desplazó al hombre y su mundo del centro del universo. Por un lado, representó un golpe a la autoestima humana, pero, por otro, la exaltó enormemente. Al poner al descubierto las leyes que rigen los movimientos de los cuerpos celestes, la ciencia elevó al hombre a la jerarquía de una criatura capaz de desentrañar los misterios más profundos de la naturaleza; el mismo conocimiento científico que lo desalojaba del centro del universo le daba el poder de erigirse en amo de la naturaleza. Francis Bacon fue el primer intelectual en comprender estas implicaciones del método científico y tratar el conocimiento —un conocimiento adquirido por medio de la observación y la inducción científicas— como un medio no solo de entender el mundo, sino de actuar sobre él. En su *Novum organum* afirmó que los principios de la ciencia física eran aplicables a los asuntos humanos. Mediante el establecimiento de los métodos a través de los cuales se adquiría el verdadero conocimiento —esto es, mediante el rechazo de los modelos clásico y escolástico en favor de la metodología empírica e inductiva utilizada en las ciencias naturales—, Bacon creía estar sentando las bases del dominio del hombre tanto sobre la naturaleza como sobre sí mismo; se dice que «personificó la ambición ilimitada de dominar y

explotar los recursos de la naturaleza puestos por Dios a disposición del hombre».[5] Es indudable que era consciente de las consecuencias de la teoría que proponía, tal como indica el subtítulo de su tratado sobre la metodología científica: *De regno hominis* («Del reino del hombre»).

Si bien dicha metodología terminó poco a poco por dominar el pensamiento occidental, el hombre tardó algún tiempo en verse como un objeto de la indagación de la ciencia. El pensamiento del siglo XVII mantenía la visión heredada de la Antigüedad y la Edad Media, en virtud de la cual el hombre es integrado por dos partes diferenciadas, el cuerpo (*soma*) y el alma (*psique*), la primera material y perecedera, la segunda metafísica e inmortal y, por ende, más allá del alcance de la investigación empírica. Esta concepción, expresada por Sócrates en el *Fedón* de Platón para explicar su ecuanimidad frente a la muerte inminente, entró en la corriente dominante del pensamiento occidental con los escritos de san Agustín. En relación con ella había una teoría del conocimiento basada en el concepto de «ideas innatas», es decir, ideas que, según se creía, habían sido implantadas en el alma en el momento de nacer, entre ellas las nociones de «Dios», «bien» y «mal», el sentido del tiempo y el espacio, y los principios de la lógica. La teoría de las ideas innatas dominó el pensamiento europeo de los siglos XVI y XVII.[6] Las implicaciones políticas de esta teoría eran característicamente conservadoras; la inmutabilidad de la naturaleza humana postulaba la inmutabilidad del comportamiento del hombre y la permanencia de sus instituciones políticas y sociales.

Bacon ya había expresado dudas acerca de las ideas innatas, ya que no eran compatibles con su metodología empírica, e insinuado que el conocimiento tenía su origen en los sentidos. Pero el principal ataque contra la teoría de las ideas

innatas fue el lanzado por John Locke en 1690 con su *Ensayo sobre el entendimiento humano*. Locke desechaba el concepto en su integridad y sostenía que todas las ideas, sin excepción, derivaban de la experiencia sensorial. La mente humana sería como una «cámara oscura» en la cual los únicos rayos de luz provienen de las sensaciones de la vista, el olfato, el tacto y el oído. Al reflexionar sobre estas sensaciones, la mente se formaba ideas. A juicio de Locke, el pensamiento es un proceso enteramente involuntario; así como un espejo no puede «rehusar, alterar ni anular las imágenes o ideas que producen en él los objetos que se le ponen delante», el hombre no puede rechazar ni cambiar las ideas que los sentidos generan en su mente. La negación del libre albedrío, que se deducía de la teoría lockeana de la cognición, iba a ser uno de los motivos más grandes de su popularidad, dado que solo si se eliminaba podía hacerse del hombre el objeto de la indagación científica.

Durante varias décadas tras su publicación, la influencia del *Ensayo* de Locke quedó circunscrita a los círculos académicos. Fue el *philosophe* francés Claude-Adrien Helvétius quien, en un libro publicado de forma anónima, *De l'esprit* (1758), dedujo por primera vez las consecuencias de la teoría del conocimiento de aquel, con resultados que nunca disfrutaron de un reconocimiento adecuado.

Se sabe que Helvétius estudió a fondo los escritos filosóficos de Locke y que estos le influyeron profundamente. [7] Aceptó como probado su argumento de que todas las ideas son el producto de las sensaciones y todos los conocimientos, el resultado de la capacidad del hombre, por medio de la reflexión sobre los datos sensoriales, de aprehender las diferencias y similitudes que constituyen la base del pensamiento. Negó de manera tan categórica como Locke la

capacidad del hombre de dirigir el pensamiento o los actos que resultan de él; para Helvétius, afirma su biógrafo, «un tratado filosófico sobre la libertad [era] un tratado sobre los efectos sin una causa».[8] Las nociones morales derivarían tan solo de la experiencia del hombre con las sensaciones de dolor y placer. Así, las personas no serían ni «buenas» ni «malas», sino que no harían más que actuar, involuntaria y mecánicamente, en su propio interés, conminándolas a evitar el dolor e intensificar el placer.

Hasta aquí Helvétius no decía nada que no hubieran dicho antes el propio Locke y sus seguidores franceses. Pero daba luego un asombroso salto de la filosofía a la política. De la premisa de que todo el conocimiento y todos los valores son productos secundarios de la experiencia sensorial infería que, si se controlan los datos con que los sentidos alimentan la mente —esto es, si se moldea de manera apropiada el ambiente humano—, es posible determinar qué piensa y cómo se comporta el hombre. Habida cuenta de que, según Locke, la formulación de ideas es completamente involuntaria y solo le dan forma las sensaciones físicas, cabía deducir que, de someter al hombre a impresiones que contribuyeran a la virtud, podía convertírselo en virtuoso sin acto alguno emanado de su voluntad.[9]

Esta idea representa la clave para la creación de seres humanos perfectamente virtuosos; solo se requieren las influencias externas pertinentes. Helvétius llamaba «educación» al proceso de moldear al hombre, y con ello se refería a mucho más que la escolarización formal. Cuando escribía «l'éducation peut tout» («la educación puede hacerlo todo»), con esa palabra aludía a todo lo que rodea al hombre y afecta a su manera de pensar, todo lo que proporciona a su mente sensaciones y genera ideas. En primerísimo lugar, la

legislación: «Solo mediante buenas leyes podemos formar hombres virtuosos».[10] De ello se seguía que la moral y la legislación son «una misma ciencia».[11] En el capítulo final de *De l'esprit*, Helvétius hablaba de la conveniencia de reformar la sociedad por medio de la legislación con la finalidad de crear hombres «virtuosos».[75*]

Se trata de una de las ideas más revolucionarias en la historia del pensamiento político; por la extrapolación a partir de una teoría esotérica del conocimiento, nace una nueva teoría política con las implicaciones prácticas más trascendentales. Su tesis central sostiene que el propósito de la política es hacer «virtuoso» al hombre y que el medio para dicho fin es la manipulación del ambiente social y político humano, que debe efectuarse sobre todo a través de la legislación, es decir, del Estado. Helvétius eleva al legislador al estatus de moralista supremo. Debía de ser consciente de las implicaciones de su teoría, porque decía que el «arte de formar al hombre» estaba íntimamente asociado con la «forma de gobierno». El hombre ya no es una creación de Dios, sino un producto de sí mismo. También la sociedad es un «producto» y no un hecho dado o un «dato».[12] El buen gobierno no solo asegura «la mayor felicidad del mayor número» (una fórmula que al parecer acuñó el propio Helvétius), sino que literalmente rehace al hombre. La lógica de las ideas de Helvétius lleva de manera inexorable a la conclusión de que, en el transcurso de su aprendizaje sobre la naturaleza humana, el hombre «adquiere un poder ilimitado de transformación y remodelación del ser humano».[13] Esta proposición sin precedentes constituye la premisa de las ideologías tanto liberales como radicales de los tiempos modernos. Propone la justificación teórica del uso de la política para crear un «nuevo orden».

Semejantes ideas, ya sea en su versión pura o diluida, ejercen una irresistible atracción sobre los intelectuales. En efecto, si la existencia humana en todas sus manifestaciones obedece a leyes mecánicas que la razón puede poner al descubierto y encauzar hacia canales deseables, se deduce que los intelectuales, como custodios del conocimiento racional, son los dirigentes naturales del hombre. El progreso consiste en la subordinación instantánea o gradual de la vida a la «razón» o, tal como solía decirse en Rusia, la sustitución de la «espontaneidad» por la «conciencia». De acuerdo con esta concepción, la existencia «espontánea», según le dieron forma milenios de experiencia y tal como la encarnan la tradición, la costumbre y las instituciones históricas, es «irracional».

Una vida regida por la «razón» es una vida regida por intelectuales; no es sorprendente, por lo tanto, que los intelectuales quieran cambiar el mundo conforme a las exigencias de la «racionalidad».[76*] Una economía de mercado, con su derrochadora competencia y sus oscilaciones entre la sobreproducción y la escasez, no es «racional» y, en consecuencia, no cuenta con el favor de los intelectuales. Estos prefieren el socialismo, que es otra manera de llamar a la racionalización de la actividad económica. La democracia es imperativa, claro está, pero interpretada, a ser posible, como la voluntad «racional» y no real del pueblo: la «voluntad general» de Rousseau en vez de la que sale a la luz a través de las elecciones o los referéndums.

Las teorías de Locke y Helvétius permiten a los intelectuales reivindicar su carácter de «educadores» de la humanidad en el sentido más amplio de la palabra. Son el repositorio de la razón, que a su entender siempre es superior a la experiencia. Mientras la humanidad anda a tientas en la oscuridad, ellos, los *illuminati*, conocen el camino a la virtud

y, a través de esta, a la felicidad. Toda esta concepción los pone en desacuerdo con el resto de la humanidad. Las personas comunes y corrientes, en busca de un medio de vida, adquieren conocimientos específicos relevantes para su ocupación particular bajo las condiciones también específicas en las que tienen que desempeñarla. Su inteligencia (su razonamiento) se expresa en la capacidad para sobrellevar problemas como los que les toca personalmente afrontar; en palabras de William James, la capacidad de llegar a «alguna conclusión específica o […] satisfacer alguna curiosidad especial […] que el razonador tiene un interés temporal en alcanzar». El agricultor entiende las necesidades que, en materia climática y otras, tienen sus cultivos; un conocimiento que puede ser de escaso provecho en otro lugar e inútil en otra actividad. El agente inmobiliario conoce el valor de las propiedades de su zona. El político tiene una percepción de las aspiraciones y preocupaciones de sus electores. Las sociedades funcionan gracias a la inmensa variedad de tipos concretos de conocimiento acumulado sobre la base de la experiencia por los individuos y grupos que las constituyen.

Los intelectuales, y solo ellos, afirman conocer las cosas «en general». Al crear «ciencias» de los asuntos humanos —la ciencia económica, la ciencia política, la sociología— establecen principios convalidados, dicen, por la «naturaleza» misma de las cosas. Dicha afirmación los autoriza a exigir el abandono de las prácticas existentes y la destrucción de las instituciones existentes. El genio de Burke consistió en discernir las premisas y consecuencias de esta manera de pensar, tal como se expresaba en las consignas y los actos de la Revolución francesa, e insistir, en respuesta a esta experiencia, en que, cuando se trata de asuntos humanos, las cosas nunca existen en «general», sino únicamente en

particular («Nada es bueno sino en proporción, y con referencia»),[14] y en que el pensamiento abstracto es la peor guía posible de la conducta.

La teoría de Helvétius puede aplicarse de dos maneras. Podemos interpretar que significa que el cambio del ambiente social y político del hombre debe llevarse a cabo pacífica y gradualmente, de un modo ilustrado y por medio de la reforma de las instituciones. De ella también podemos inferir la conclusión de que la mejor forma de alcanzar ese fin es a través de la destrucción violenta del orden existente.

Que prevalezca uno u otro enfoque —el evolutivo o el revolucionario— parece depender en gran medida del sistema político del país en cuestión y las oportunidades que ofrece a los intelectuales de participar en la vida pública.

En las sociedades que posibilitan ejercer una influencia sobre las políticas a través de las instituciones democráticas y la libertad de palabra, es probable que los intelectuales opten por la alternativa más moderada. En Inglaterra y Estados Unidos, durante los siglos XVIII y XIX los intelectuales estaban profundamente involucrados en la vida política. Los hombres que dieron forma a la república estadounidense y los que llevaron a la Inglaterra victoriana por el camino de la reforma eran hombres de negocios con profundos intereses intelectuales; de algunos de ellos sería difícil decir si eran filósofos comprometidos en el arte de gobernar un Estado o estadistas cuya verdadera vocación era la filosofía. Incluso los pragmáticos tenían la mente abierta a las ideas de la época. Esta interacción de las ideas y la política daba a la vida política de los países anglosajones su conocido espíritu de compromiso. En ellos, los intelectuales no necesitaban retirarse y constituir una casta aislada. Actuaban sobre la opinión pública, que, a través de las instituciones

democráticas, tarde o temprano afectaba a la legislación.

En Inglaterra y, a través de ella, en Estados Unidos, las ideas de Helvétius fueron cada vez más populares gracias principalmente a los escritos de Jeremy Bentham y los utilitaristas. Bentham era deudor de las ideas de aquel según las cuales la moral y la legislación son «una misma ciencia», de que el hombre solo puede alcanzar la virtud por medio de «buenas leyes» y de que, por consiguiente, la legislación tiene una función «pedagógica».[15] Sobre esta base Bentham elaboró su teoría del radicalismo filosófico, que influyó profundamente en el movimiento de la reforma parlamentaria y la economía liberal. La preocupación de los países anglosajones modernos por la legislación como un instrumento para la mejora del ser humano puede remontarse directamente a Bentham y, a través de este, a Helvétius. En las especulaciones del primero y de los liberales ingleses, la violencia no tenía cabida; la transformación del hombre y la sociedad debía realizarse íntegramente por medio de las leyes y la ilustración. Pero, incluso en el marco de esta teoría de índole reformista, está presente la premisa tácita de que se puede y se debe rehacer al hombre. Dicha premisa vincula el liberalismo con el radicalismo y contribuye a explicar por qué, pese a su rechazo de los métodos violentos utilizados por los revolucionarios, cuando se ven obligados a escoger entre estos y sus adversarios conservadores, puede darse por hecho que los liberales preferirán compartir su suerte con los primeros. En efecto, lo que separa a los liberales de la extrema izquierda es la discrepancia sobre los medios utilizados, mientras que difieren con la derecha en la percepción fundamental de lo que es el hombre y debería ser la sociedad.

En los países que los excluían de la participación en la vida pública —y cuyos principales ejemplos son la Francia del

antiguo régimen y Rusia—, los intelectuales eran propensos a formar castas adeptas a ideologías extremas. Tocqueville advirtió el hecho:

> Mientras que en Inglaterra quienes escribían sobre el gobierno y quienes gobernaban se entremezclaban —los primeros introducían las nuevas ideas en la práctica y los últimos rectificaban y circunscribían las teorías con la ayuda de los hechos—, en Francia el mundo político parecía mantenerse dividido en dos provincias separadas y sin comercio entre sí. En la primera se administraba; en la segunda se establecían los principios abstractos sobre los cuales habría debido fundarse toda administración. Aquí se tomaban medidas particulares indicadas por la rutina, allá se proclamaban leyes generales sin pensar jamás en la manera de aplicarlas; a unos, la conducción de los asuntos, a otros, la dirección de las inteligencias.
>
> Así, por encima de la sociedad real, cuya Constitución era todavía tradicional, confusa e irregular, donde las leyes eran diversas y contradictorias, los rangos estaban bien diferenciados, las condiciones eran fijas y las cargas, desiguales, se construía poco a poco una sociedad imaginaria en la cual todo parecía sencillo y coordinado, uniforme, equitativo y conforme a la razón.[16]

Siempre es peligroso buscar en analogías históricas las explicaciones de acontecimientos históricos; el modelo de la Revolución francesa utilizado por los radicales rusos no puso fin a sus pesadumbres y las de muchos otros. Sin embargo, en al menos un aspecto el ejemplo de la Francia del siglo XVIII es aplicable a la Rusia del siglo XX, a saber, el del reino de las ideas, a las que las circunstancias históricas concretas afectan menos que a las condiciones políticas y sociales. El clima intelectual de la Rusia tardoimperial se asemejaba mucho al del *Ancien Régime* francés en vísperas de la revolución, y los círculos de los *philosophes* anticipaban los de la *intelligentsia* rusa. La analogía destaca hasta qué punto las tendencias intelectuales pueden generarse a sí mismas; refuerza la impresión de que el comportamiento de la *intelligentsia* rusa estaba menos influenciado por la realidad de su país que por ideas preconcebidas.

Un brillante aunque poco conocido historiador francés,

Augustin Cochin, fue el primero en poner de relieve el clima intelectual singularmente destructivo que había prevalecido en Francia en las décadas previas a la revolución. Cochin comenzó sus investigaciones con un estudio del jacobinismo. [77*] En busca de sus antecedentes, llegó a los círculos sociales y culturales formados en Francia en las décadas de 1760 y 1770 para promover ideas «avanzadas». Esos círculos, que él denominó *sociétés de pensée*, estaban compuestos por asociaciones literarias, logias masónicas y academias, así como varios clubes «patrióticos» y culturales. Según Cochin, las *sociétés de pensée* se abrieron paso en una sociedad donde los estamentos tradicionales estaban en vías de desintegración. La persona que quería incorporarse a ellas debía romper los vínculos con su grupo social y disolver su identidad de clase (estamental) en una comunidad exclusivamente unida por un compromiso con ideas comunes. El jacobinismo fue un producto natural de este fenómeno; en Francia, a diferencia de Inglaterra, el movimiento favorable al cambio no surgió de las instituciones parlamentarias, sino de los clubes literarios y filosóficos.

Estos círculos, en los que el historiador especialista en Rusia reconoce muchos de los rasgos de la *intelligentsia* rusa de un siglo después, tenían como misión principal la creación de consenso: se cohesionaban no a través de intereses compartidos, sino de ideas compartidas, implacablemente impuestas a sus miembros y acompañadas de crueles ataques contra quienes pensaban de otra manera. «Antes del Terror sangriento del año 93 hubo en la república de las letras, entre 1765 y 1780, un terror seco cuyo Comité de Salvación Pública fue la *Enciclopedia* y D'Alembert, su Robespierre. Ese terror segaba reputaciones como el otro segaría cabezas; su guillotina era la difamación». [17]

Para los intelectuales de esta índole, el criterio de verdad no era la vida; creaban su propia realidad, o, mejor, surrealidad, solo sujeta a verificación con referencia a las opiniones que ellos aprobaban. Se ignoraban las pruebas en sentido contrario, y se marginaba despiadadamente a cualquiera que se inclinara a prestarles atención.

Esta forma de pensar conducía a un distanciamiento gradual de la vida. La descripción que hace Cochin del clima en las *sociétés de pensée* francesas de finales del siglo XVIII coincide a la perfección con el prevaleciente en los círculos de la *intelligentsia* rusa un siglo después:

> Mientras que en el mundo real el juez de todo pensamiento es la prueba y su meta, el efecto, en este mundo el juez es la opinión de los otros y la meta, su confesión. […] Cualquier pensamiento, cualquier esfuerzo intelectual, solo tiene existencia aquí por el asentimiento. Es la opinión la que hace el ser. Es real lo que los otros ven, verdadero lo que dicen, bueno lo que aprueban. Así queda invertido el orden natural; la opinión es aquí causa y no, como en la vida real, efecto. El parecer hace las veces del ser, el decir, del hacer. […]
>
> Y el término […] de ese trabajo pasivo es una destrucción. Consiste, en suma, en eliminar, reducir. El pensamiento que se somete a él pierde al comienzo la preocupación, luego y poco a poco el sentido, la noción de lo real, y debe justamente a esa pérdida el hecho de ser libre. Solo gana en libertad, en orden, en claridad, lo que pierde de su contenido real, de su asidero en el ser.[18]

Solo con la ayuda de esta intuición podremos entender las aparentes paradojas de la mentalidad del género *intelligentsia* y sobre todo de su especie más extrema, la *intelligentsia* rusa. Las teorías y los programas, a los que los intelectuales rusos dedicaban todas sus horas de vigilia, se evaluaban, en efecto, en relación no con la vida, sino con otras teorías y programas; el criterio de su validez eran la congruencia y la conformidad. La realidad viva se trataba como una perversión o una caricatura de la «auténtica» realidad, al acecho, invisible, detrás de las apariencias y a la espera de que la revolución la liberara. Esta actitud permitiría a la *intelligentsia* aceptar

como verdaderas proposiciones que divergían por completo de los hechos demostrables y del sentido común, por ejemplo, que en el siglo XIX el nivel de vida de los obreros europeos sufría una caída constante; que en 1900 el campesino ruso estaba al borde de la muerte por inanición; que era legítimo, en nombre de la democracia, disolver una Asamblea Constituyente democráticamente elegida, o que, en términos más generales, la libertad implicaba inclinarse ante la necesidad. Para entender el comportamiento de la *intelligentsia* es imprescindible tener presente en todo momento su apartamiento deliberado de la realidad; en efecto, si bien los revolucionarios pueden ser despiadadamente pragmáticos al explotar, con fines tácticos, las demandas del pueblo, su idea de lo que este quiere es el producto de una completa abstracción. No es de sorprender que, al llegar al poder, los intelectuales revolucionarios tomen de inmediato el control de los medios de información y establezcan una rigurosa censura, ya que solo mediante la supresión de la libertad de palabra pueden imponer su «surrealidad» a las personas comunes y corrientes atascadas en la ciénaga de los hechos.[78*]

El hábito exige la creación de un lenguaje especial mediante el cual los iniciados del movimiento puedan comunicarse entre sí y, al llegar al poder, imponer su fantasía a la población en general. Este lenguaje, con su propio vocabulario, fraseología y hasta sintaxis, que alcanzó su apogeo en la jerga anquilosada de la era estalinista, «no describe la realidad, sino una concepción ideal de esta». Está sometido a rigurosos rituales y rodeado de tabúes léxicos.[19] Ya mucho antes de 1917, las polémicas de los revolucionarios rusos se expresaban a través de este medio.

En ningún otro aspecto es esta propensión a crear una

realidad propia más evidente —y perniciosa— que en la concepción que la *intelligentsia* se hace del «pueblo». Los radicales insisten en hablar por el «pueblo» (a veces descrito como «las masas populares») y actuar en su nombre contra la élite presuntamente egoísta que controla el Estado y la riqueza de la nación. Desde su punto de vista, la instauración de una sociedad justa y libre exige la destrucción del *statu quo*. Pero el contacto con las personas de carne y hueso no tarda en revelar que pocas de ellas, si las hay, quieren la destrucción de su mundo conocido; lo que desean es que se dé solución a agravios específicos, es decir, una reforma parcial en la que todo lo demás quede como está. Se ha hecho notar que las rebeliones espontáneas son más conservadoras que revolucionarias, por cuanto suelen implicar un clamor por la restitución de derechos de los que la gente se siente injustamente despojada; miran hacia atrás.[20] Para promover su ideal de un cambio integral, la *intelligentsia* debe, en consecuencia, crear una abstracción llamada «pueblo» a la que pueda atribuir sus propios deseos. Según Cochin, la esencia del jacobinismo no está en el terror, sino en el empeño de la élite intelectual en establecer un poder dictatorial sobre el pueblo en nombre del pueblo. La justificación de esta manera de proceder se encontraba en el concepto rousseauniano de «voluntad general», conforme al cual la voluntad del pueblo era la que la «opinión» ilustrada decía que era:

> Para los doctrinarios del régimen [revolucionario francés], *philosophes* y políticos, de Rousseau y Mably a Brissot y Robespierre, el verdadero pueblo es un ser ideal. La voluntad general, la voluntad ciudadana, supera la voluntad real, tal y como es, de la mayoría, así como la gracia domina y supera a la naturaleza en la vida cristiana. Rousseau lo dijo: la voluntad general no es la voluntad del número y tiene razón contra ella; la libertad del ciudadano no es la independencia del hombre y la suprime. En 1789, el verdadero pueblo solo existe virtualmente, en la conciencia o la imaginación de los «hombres libres», los «patriotas», como se decía entonces […], vale

> decir una pequeña cantidad de iniciados, reclutados de jóvenes, adiestrados sin descanso, formados a lo largo de toda su vida en las sociedades filosóficas […], en la disciplina de la libertad.[21]

Solo reduciendo a las personas de carne y hueso a una mera idea se puede ignorar la voluntad de la mayoría en nombre de la democracia e instaurar una dictadura en nombre de la libertad.

Toda esta ideología y el comportamiento al que dio origen —una mezcla de las ideas planteadas por Helvétius y Rousseau— eran históricamente nuevos, una creación de la Revolución francesa, y legitimaron los experimentos sociales más salvajes. Aunque por razones personales Robespierre despreciaba a Helvétius (lo creía culpable de haber perseguido a su ídolo, Rousseau), todo su pensamiento estaba profundamente influenciado por él. Para Robespierre, la misión de la política era el «reino de la virtud». La sociedad se dividía en «buenos» y «malos» ciudadanos, y de esa premisa aquel llegaba a la conclusión de que «todos los que no piensan como nosotros deben ser eliminados de la ciudad».[22]

Tocqueville quedó perplejo con todo este fenómeno cuando, en una etapa postrera de su vida, consagró su atención a la historia de la Revolución francesa. Un año antes de morir, le confió a un amigo:

> Existe, además, en aquella enfermedad que es la Revolución francesa algo particular que yo siento pero que no puedo describir ni analizar sus causas. Es un *virus* de una especie nueva y desconocida. Han existido revoluciones violentas en el mundo, pero el carácter desmesurado, violento, radical, desesperado, audaz, casi loco y, sin embargo, poderoso y eficaz de estos revolucionarios no tiene precedentes, me parece, en las grandes agitaciones sociales de los siglos pasados. ¿De dónde procede esta nueva raza? ¿Quién la ha producido? ¿Quién la ha hecho tan eficaz? ¿Quién la perpetúa? Estamos, pues, siempre frente a los mismos hombres, aunque las circunstancias sean diferentes, y estos hombres han tenido herederos en todo el mundo civilizado. Mi espíritu se agota en la tarea de concebir una noción clara de ese objeto y de buscar los medios para describirlo correctamente. Con independencia de todo aquello que tiene una explicación en la Revolución

> francesa, hay algo en su espíritu y en sus actos que permanece inexplicado. Siento dónde está el objeto desconocido, pero me esfuerzo en vano y no puedo levantar el velo que lo cubre. Lo sondeo como a través de un cuerpo extraño que me impide tocarlo o verlo.[23]

Si Tocqueville hubiera vivido en el siglo XX tal vez le habría resultado más fácil identificar el «virus», porque su mezcla peculiar de ideas e intereses grupales ya es hoy un lugar común.

Los intelectuales solo pueden ganar influencia en una sociedad igualitaria y abierta, donde las barreras estamentales ya no existen y la opinión da forma a la política. En una sociedad de estas características asumen el papel de formadores de la opinión, para lo cual se valen de la palabra impresa y otros medios, así como de las instituciones educativas. Aunque la *intelligentsia* se complace en imaginarse abnegadamente dedicada al bien público, y cree por lo tanto ser más una fuerza moral que un grupo social, el hecho de que sus miembros compartan valores y metas comunes implica de manera inevitable que también tengan intereses comunes, que bien pueden chocar con los ideales que profesan; es algo que le cuesta admitir. Su profunda aversión al autoanálisis sociológico —en marcado contraste con su inclinación a analizar a todos los demás grupos y clases sociales, y en especial a su principal obstáculo en el camino hacia el poder, la «burguesía»— ha dado como resultado una llamativa escasez de obras sobre el tema. La exigua literatura sobre la *intelligentsia* como fenómeno social e histórico es completamente desproporcionada en relación con la importancia de este grupo.[24]

Aunque los intelectuales solo pueden prosperar en sociedades libres de los privilegios estamentales y con una ciudadanía igualitaria, como las surgidas en Occidente en los tiempos modernos, dichas sociedades los colocan en una

posición ambivalente. Si bien disfrutan de una enorme influencia sobre la opinión pública, en el plano social constituyen un elemento marginal, dado que no controlan ni la riqueza ni el poder político. Una buena parte de ellos conforman un proletariado intelectual que solo a duras penas se las arregla para ganarse la vida; aun los representantes más afortunados de este grupo son económica y políticamente insignificantes, y a menudo se ven forzados a actuar como los portavoces a sueldo de la élite de la nación. Es doloroso encontrarse en una posición así, sobre todo para quienes se consideran mucho más merecedores de las prerrogativas del poder que aquellos que efectivamente lo ostentan en virtud del nacimiento o de la explotación económica.

El capitalismo beneficia a la *intelligentsia* al incrementar la demanda de sus servicios y ofrecer a sus miembros la oportunidad de ejercer la profesión de formadores de la opinión.

> El libro más barato, el diario o el folleto baratos, junto con la ampliación del público que fue en parte su producto pero en parte un fenómeno independiente debido al acceso a la riqueza y la influencia alcanzado por la burguesía industrial, y al aumento concomitante de la importancia política de una opinión pública anónima: todos estos beneficios, al igual que la creciente libertad respecto de la coacción, son productos secundarios del motor capitalista.[25]

«Todas las sociedades», escribe Raymond Aron,

> han tenido sus escribas […], sus letrados o artistas […], sus expertos. […] Ninguna de estas tres especies pertenece exclusivamente a la civilización moderna. [Pero] esta no deja de presentar rasgos singulares que afectan al número y la condición de los intelectuales. El reparto de la mano de obra entre los diferentes oficios se modifica en la medida del desarrollo económico; el porcentaje de mano de obra empleada en la industria aumenta, el de la mano de obra empleada en la agricultura disminuye, mientras se abulta el llamado «sector terciario», que engloba profesiones múltiples, de desigual prestigio, desde la del chupatintas de oficina hasta la del investigador en su laboratorio. Las sociedades industriales incluyen a trabajadores no manuales en mayor cantidad, absoluta y relativa, que todas las sociedades conocidas. […] Las tres especies de trabajadores no manuales

—escribas, expertos, letrados— progresan simultáneamente, si no al mismo ritmo. Las burocracias ofrecen salida a los escribas de baja cualificación; el encuadramiento de los trabajadores y la organización de la industria exigen expertos numerosos y de creciente especialización; las escuelas, las universidades, los medios de esparcimiento o de comunicación (cine, radio) contratan letrados, artistas o técnicos de la palabra o de la escritura, simples divulgadores. […] La multiplicación de los puestos de trabajo sigue siendo un hecho crucial, que nadie ignora, pero cuyo alcance no siempre se advierte.[26]

Al engrosar las filas del «sector terciario» de la economía moderna, los intelectuales se convierten en un grupo social con sus propios intereses, el más importante de los cuales demanda el crecimiento en la cantidad y el prestigio de los empleos administrativos, un objetivo que la centralización y la burocratización promueven mejor que cualquier otra medida. Sus intereses requieren, además, una libertad de palabra irrestricta, y los intelectuales, aun cuando contribuyan al ascenso al poder de regímenes que suprimen las libertades, se oponen siempre y en todas partes a las trabas a la libre expresión, siendo a menudo las primeras víctimas de sus propios triunfos.

Paradójicamente, pues, el capitalismo y la democracia, al mismo tiempo que realzan el papel de los intelectuales, también acentúan su descontento. Su estatus en una sociedad capitalista está muy por debajo del que tienen los políticos y empresarios, a quienes ellos menosprecian como aficionados en el arte de la administración social. Pero envidian su riqueza, su autoridad y su prestigio. En algunos aspectos, para los intelectuales era más fácil adaptarse a la sociedad premoderna, donde el estatus lo fijaban la tradición y la ley, que al fluctuante mundo del capitalismo y la democracia, donde se sienten humillados por la falta de dinero y estatus; Ludwig von Mises creía que sienten apego por las filosofías anticapitalistas «para hacer inaudible la voz interior que les dice que son enteramente responsables de su propio fracaso».

[27]

Como antes se ha señalado, los intelectuales pueden evitar estas humillaciones y llegar a la cima solo con una condición: que la sociedad se «racionalice» —esto es, se intelectualice— y la «razón» reemplace el libre juego de las fuerzas económicas y políticas. Esto significa el socialismo. El principal enemigo de los socialistas, en su vertiente tanto pacífica («utópica») como violenta (revolucionaria), ha sido siempre el «espontaneísmo», término con el cual aluden al *laissez-faire* en sus manifestaciones tanto económicas como políticas. El llamamiento a la abolición de la propiedad privada de los medios de producción en nombre de la «sociedad», común a todos los programas socialistas, permite en teoría racionalizar la producción de bienes y volver equitativa su distribución. Y da la casualidad de que también pone a quienes afirman saber qué es «racional» —los intelectuales— en una posición dirigente. Como en el caso de otros movimientos de clase, el interés y la ideología coinciden; así como las demandas de la burguesía para que se eliminaran las restricciones a las actividades manufactureras y el comercio en nombre del bienestar público eran instrumentales para sus propios intereses, el llamamiento de los intelectuales radicales a la nacionalización de las primeras y el segundo, hecho en nombre de las masas, funciona casualmente en su propio beneficio.

Mijaíl Bakunin, el líder anarquista contemporáneo de Marx, fue el primero en advertir esta coincidencia y sostener que detrás del anhelo de socialismo de los intelectuales hay intereses de clase comunes y corrientes. Bakunin se oponía a la concepción marxista del Estado socialista con el argumento de que daría lugar a la dominación comunista de las masas.

> Según el señor Marx, el pueblo debería no solo no abolir [el Estado], sino, al contrario, fortalecerlo y consolidarlo y, de este modo, ponerlo a plena

> disposición de sus benefactores, custodios y maestros, los jefes del Partido Comunista; en otras palabras, del señor Marx y sus amigos, que luego procederán a libertar a su manera. Centralizarán las riendas del gobierno en un puño de hierro, porque el pueblo ignorante necesita una fuerte tutela. Crearán un banco central estatal que concentrará en sus manos toda la producción comercial e industrial, agrícola y hasta científica. Dividirán a las masas del pueblo en dos ejércitos, el industrial y el agrícola, bajo el mando directo de ingenieros del Estado, que constituirán la nueva clase político-científica privilegiada.[28]

Otro anarquista, el polaco Jan Machajski, describía el socialismo como una ideología formulada en interés de la *intelligentsia*, «una clase privilegiada emergente», cuyo capital consistía en una educación superior. En un Estado socialista, sus miembros reemplazarían a la antigua clase de los capitalistas y llegarían a una posición dominante como administradores y expertos. El «socialismo científico» promete a «los esclavos de la sociedad burguesa la felicidad después de la muerte, y garantiza el paraíso socialista a sus descendientes».[79*]

No era probable que este mensaje atrajera a los intelectuales, de modo que no es casual que Marx derrotara a Bakunin y lograra su expulsión de la Primera Internacional, y que en el mundo moderno el anarquismo no sea más que una vaga sombra del socialismo. La experiencia histórica indica que cualquier movimiento que cuestione la ideología y los intereses de los intelectuales está destinado a fracasar, y que cualquier intelectual que desafíe a su clase se condena a la oscuridad.

El socialismo suele concebirse como una teoría que aspira a una distribución más equitativa de la riqueza con el objetivo último de crear una sociedad libre y justa. Este es sin lugar a dudas el programa explícito de los socialistas. Pero detrás de él acecha una meta aún más ambiciosa, la creación de un nuevo tipo de ser humano. La premisa subyacente es la idea de Helvétius de que, al generar un ambiente que haga del

comportamiento social un instinto natural, el socialismo permitirá al hombre realizar su potencial en toda su plenitud. A su vez, esto posibilitará en última instancia prescindir del Estado y la coacción que es al parecer su principal atributo. Todas las doctrinas socialistas, desde la más moderada hasta la más extrema, suponen que los seres humanos son infinitamente maleables porque su personalidad es el producto del entorno económico; en consecuencia, un cambio en este debe modificarlos y modificar su comportamiento.

Marx cursó estudios filosóficos principalmente en su juventud. A los veintiséis años, cuando era un *émigré* en París, se sumergió en la filosofía y comprendió de inmediato las implicaciones políticas de las ideas de Helvétius y sus contemporáneos franceses. En *La sagrada familia* (1844-1845), el libro que marcó su ruptura y la de Engels con el radicalismo idealista, tomó directamente de Locke y Helvétius sus premisas filosóficas y psicológicas. «Todo el desarrollo del hombre —escribió— depende de la educación y las circunstancias».

> Si el hombre obtiene del mundo sensible y de la experiencia sobre el mundo sensible todo conocimiento, sensación, etcétera, conviene entonces organizar el mundo empírico de tal manera que el hombre asimile cuanto encuentre en él de verdaderamente humano. […] Si el hombre es formado por las circunstancias, es preciso que las circunstancias se formen humanamente.[29]

Esto, el *locus classicus* de la filosofía marxista, justifica un cambio total en la organización de la sociedad, es decir, una revolución. Según esta manera de pensar —que, a decir verdad, se desprende inexorablemente de las premisas filosóficas formuladas por Locke y Helvétius—, el hombre y la sociedad no llegan a la existencia por obra de un proceso natural, sino que son «construidos». Este «conductismo radical», tal como se ha denominado, llevó a Marx a acuñar

en 1845 el que es probablemente su más célebre aforismo: «Los filósofos han interpretado el mundo de diversas maneras; ahora se trata de transformarlo».[30] Por supuesto, tan pronto como un pensador empieza a plantearse que su misión no consiste «solo» en observar el mundo y adaptarse a él, sino cambiarlo, deja de ser un filósofo y se convierte en un político con sus propias motivaciones e intereses políticos.

Ahora bien, cabe concebir la idea de cambiar el mundo «gradualmente», por medio de la educación y las leyes. Y ese cambio gradual es, en efecto, lo que todos los intelectuales propiciarían si su preocupación exclusiva fuera la mejora de la condición humana, dado que la evolución da cabida al ensayo y el error, el único camino probado al progreso. Pero muchos de los que quieren cambiar el mundo consideran que el descontento humano es algo que no hay que remediar, sino explotar. La explotación del resentimiento, no su solución, ha estado en el centro de la política socialista desde la década de 1840; es lo que distinguía a los autodesignados socialistas «científicos» de sus predecesores «utópicos». Esta actitud ha llevado al surgimiento de lo que Anatole Leroy-Beaulieu, en un libro notablemente presciente, llamó en 1902 «política del odio». El socialismo, señalaba, eleva «el odio a la elevada categoría de principio» y comparte con sus enemigos mortales, el nacionalismo y el antisemitismo, la necesidad de aislar y destruir «quirúrgicamente» al presunto enemigo.[31] Los radicales comprometidos temen la reforma porque los priva de influencia y refuerza el poder de la élite gobernante; prefieren la más salvaje represión. La consigna de los revolucionarios rusos, «Chem juzhe, tem luchshe» («Cuanto peor, mejor»), expresaba esta manera de pensar.

Hay desde luego muchos tipos de socialistas, desde los más democráticos y humanitarios hasta los más despóticos y

crueles, pero la diferencia radica en los medios, no en los fines. Cuando se analice la actitud de los socialistas rusos y extranjeros frente a los brutales experimentos de los bolcheviques, tendremos la oportunidad de comprobar sus incoherencias: repugnancia ante sus atrocidades combinada con una admiración por su inflexible compromiso con la causa común y una predisposición a ayudarlos cada vez que se veían amenazados. Como veremos, los bolcheviques no podrían haber tomado el poder ni haberlo conservado de no ser por el apoyo, activo y pasivo, que les dieron los socialistas democráticos y no violentos.

Sabemos por la palabra autorizada de León Trotski que la mirada de los arquitectos del golpe de Estado de octubre de 1917 iba mucho más allá de la corrección de las inequidades del capitalismo. En su descripción del futuro a comienzos de la década de 1920, Trotski predecía: «La vida comunista no se formará a ciegas, como los arrecifes de coral; será construida conscientemente, el pensamiento crítico la someterá a prueba, será dirigida y corregida. Al dejar de ser espontánea, la vida dejará de estar estancada». Tras desestimar toda la historia humana hasta octubre de 1917 como una era de «estancamiento», Trotski procedía a describir el ser humano que el nuevo régimen crearía:

> El hombre comenzará, por fin, a entrar de veras en armonía consigo mismo. […] Querrá dominar en primer lugar los procesos semiconscientes y luego también los procesos inconscientes de su organismo: la respiración, la circulación de la sangre, la digestión, la reproducción y, dentro de ineludibles límites, los subordinará al control de la razón y la voluntad. Aun la vida puramente fisiológica será objeto de una experimentación colectiva. La especie humana, el indolente *Homo sapiens*, volverá a sufrir una reconstrucción radical y, en sus propias manos, se convertirá en objeto de los métodos más complejos de selección artificial y adiestramiento psicofísico. […] El hombre se fijará la meta de dominar sus emociones, elevar sus instintos a la altura de la conciencia, hacerlos transparentes […], crear un tipo sociobiológico superior, un superhombre, si se quiere. […] Será incomparablemente más fuerte, más sabio, más sutil. Su cuerpo será

> más armonioso; sus movimientos, más rítmicos, y su voz, más melodiosa. Las formas de vida adquirirán una teatralidad dramática. El tipo humano medio se elevará a las alturas de un Aristóteles, un Goethe, un Marx. Y más allá de esa cordillera aparecerán otras cumbres.[32]

Estas reflexiones, no de un adolescente soñador sino del organizador de las victorias bolcheviques de octubre de 1917 y de la guerra civil, nos permiten penetrar en la psique de quienes hicieron la revolución más grande de los tiempos modernos. Ellos y quienes los emularían aspiraban nada menos que a reproducir el sexto día de la Creación y perfeccionar su defectuoso producto; el hombre iba a rehacerse «con sus propias manos». Podemos entender ahora lo que Nikolái Chernishevski, un destacado radical ruso de la década de 1860 que influyó mucho en Lenin, tenía en mente al decir que su «principio antropomórfico» significaba «Homo homini deus» («El hombre es el dios del hombre»).

La *intelligentsia* rusa hizo su aparición en esa misma década de 1860, a raíz de las grandes reformas de Alejandro II. Tras la humillante derrota sufrida en la guerra de Crimea, el gobierno zarista decidió que tenía que activar a la sociedad rusa e implicarla más en la vida pública. Pero la sociedad demostró ser difícil de movilizar. «El país, pacientemente formado en la inercia, perdió toda capacidad de iniciativa, y cuando […] tuvo conocimiento de que se esperaba que actuara por sí mismo y se encargara de la resolución de los asuntos locales, apenas supo cómo responder a la invitación, ya que había perdido el hábito de la acción y el interés en la vida pública, sobre todo en las provincias».[33] Esta inercia ofreció a los intelectuales rusos la ocasión de presentarse como los portavoces de la sociedad, que de todos modos no tenía la oportunidad de expresarse a través de elecciones.

Varias políticas que el gobierno puso en marcha en esta época generaron condiciones favorables para el crecimiento

de la *intelligentsia*, entre ellas la suavización de la censura. Durante el reinado anterior de Nicolás I, esta había alcanzado niveles de dureza insensatos, que volvían cada vez más difícil la comunicación por medio de la palabra impresa. Bajo el nuevo monarca, se abolió la censura previa y las normas que regían las publicaciones se atenuaron lo suficiente para permitir la difusión de las ideas más radicales por medio de un lenguaje codificado («esópico»). La prensa periódica se convirtió en el principal vehículo a través del cual los formadores de opinión de Moscú y San Petersburgo ejercían su influencia sobre la manera de pensar en las provincias. En la segunda mitad del siglo XIX, la prensa rusa disfrutaba de una sorprendente libertad para criticar a las autoridades; hacia 1900, la mayor parte de los diarios y revistas mensuales expresaban puntos de vista opositores.

En 1863 se concedió autonomía a las universidades, y a partir de entonces sus cuerpos docentes pudieron autogobernarse. El ingreso en las instituciones de enseñanza superior se abrió a los plebeyos, que durante el reinado de Nicolás I habían estado prácticamente excluidos de ellas. Pronto, estas instituciones se convirtieron en centros de agitación política. Un elevado porcentaje de la *intelligentsia* rusa se radicalizó durante sus años estudiantiles.

La introducción entre 1864 y 1870 de órganos de autogobierno —los *zemstvos* y los consejos municipales— ofreció a los intelectuales la oportunidad de un empleo público profesional. Junto con los maestros rurales, los agrónomos, los médicos, los estadísticos y otros expertos contratados por los *zemstvos* y conocidos en conjunto como el «tercer elemento», conformaron un cuerpo activo con inclinaciones radicales, si no revolucionarias, que fueron motivo de mucha inquietud para la burocracia zarista.[34] Los

revolucionarios profesionales desdeñaban este tipo de trabajo con el argumento de que contribuía a consolidar el régimen existente. Los diputados elegidos para integrar los *zemstvos*, por su parte, eran de tendencia liberal o liberal-conservadora.

Por último, el crecimiento de la economía rusa generó una demanda de especialistas profesionales de todo tipo: abogados, ingenieros, científicos, gerentes, etcétera. Con independencia del gobierno, estos expertos formaron asociaciones o «uniones» (*soiuzi*) profesionales, imbuidas en distinta medida de un espíritu antiautocrático y prooccidental. Como hemos visto, entre 1900 y 1905 dichas asociaciones desempeñaron un papel importante en el desencadenamiento de la agitación revolucionaria.

Así, entre 1860 y 1900 se cumplió una de las condiciones previas para el surgimiento de una *intelligentsia*: aparecieron oportunidades de independizarse económicamente del Estado junto con los instrumentos para la difusión de ideas no convencionales. Estas condiciones favorables hicieron que no tardara en formarse una ideología capaz de unir a la *intelligentsia* en un grupo bien cohesionado.

La *intelligentsia* rusa era propensa a los más alocados excesos intelectuales, a las pendencias y las sofisterías teóricas, pero estas disputas no deben oscurecer el hecho de que sus miembros compartían un corpus de ideas filosóficas. Dichas ideas no tenían nada de originales; en casi todos los casos procedían de la Ilustración y se habían actualizado a la luz de la ciencia moderna. De los materialistas franceses del siglo XVIII y sus seguidores alemanes decimonónicos, los intelectuales rusos adoptaron la concepción «monista» del hombre como una criatura constituida únicamente por sustancias materiales en las cuales no había lugar para un «alma». Las ideas que no se ajustaban a los criterios

materialistas, empezando por la de Dios, se consideraban ficciones de la imaginación. Conforme al principio utilitario, corolario habitual del materialismo, los intelectuales rechazaban las costumbres e instituciones que no satisfacían el criterio de aportar «la mayor felicidad al mayor número». Los primeros exponentes de esta ideología en Rusia recibieron el calificativo de «nihilistas», un término con frecuencia malinterpretado al atribuírseles no creer en nada; en realidad, los nihilistas tenían creencias muy firmes, pero para ellos no había nada sagrado e insistían en la validez universal del materialismo y el utilitarismo.

El positivismo, la doctrina de Auguste Comte, ejerció una doble influencia sobre los intelectuales rusos. Como metodología para el estudio de la sociedad humana (para la cual Comte acuñó la palabra «sociología»), fortalecía el materialismo y el utilitarismo por cuanto enseñaba que el comportamiento humano seguía leyes que, si eran estudiadas de forma científica, lo convertirían en algo completamente predecible. Es posible manejar científicamente a la humanidad con la ayuda de la ciencia de la sociedad o sociología, que es a la sociedad lo que la física es a la materia inerte y la energía y la biología, a los organismos vivos. A partir de la década de 1860, esta proposición alcanzó la categoría de axioma en los círculos de la *intelligentsia* rusa. El positivismo también ejerció una influencia más efímera con su teoría del progreso como avance de la ilustración, revelado en el desplazamiento gradual de los modos de pensamiento «teológico» y «metafísico» y su reemplazo por el modo científico o «positivista».

El materialismo, el utilitarismo y el positivismo se convirtieron en la ideología de la *intelligentsia* rusa y en la prueba que determinaba si uno estaba cualificado para pertenecer a ella. Nadie que creyera en Dios y la inmortalidad

del alma, por muy «ilustrado» y «progresista» que fuera en otros aspectos, podía albergar la pretensión de ser un *intelligent*. Tampoco había lugar en la *intelligentsia* para quienes asignaban a lo accidental un papel en los asuntos humanos o creían ya fuera en la inmutabilidad de la «naturaleza humana» o en valores morales trascendentales. La historia intelectual rusa está repleta de ejemplos de *intelligenti* que, tras plantear dudas sobre uno o más aspectos de esta ideología, sufrían la expulsión de sus filas. El «terror seco» que Cochin constataba en la Francia prerrevolucionaria era muy visible en la Rusia prerrevolucionaria; también allí la difamación de los desviados y marginales servía para preservar la cohesión del grupo. Como la supervivencia de la *intelligentsia* dependía de que sus miembros se adhirieran a un consenso ideológico, este se imponía implacablemente. Así pues, la *intelligentsia* era incapaz de adaptarse a una realidad cambiante, lo que llevó a Piotr Struve a describirla como «la estirpe de seres humanos tal vez más conservadora del mundo».[35]

La *intelligentsia* mantenía tenues relaciones con los creadores de la cultura rusa, los novelistas, poetas y artistas. A estos les disgustaban enormemente los intentos de los activistas políticos de imponer restricciones a su trabajo. A su manera, dichas restricciones eran mucho más onerosas que la censura oficial del gobierno; en efecto, mientras que este ejercía una censura negativa, prohibiendo ciertos temas, la *intelligentsia* ejercía su variante positiva, al exigir que el arte y la literatura sirvieran a la causa del progreso social, tal como ella la definía. Las relaciones entre ambos grupos empeoraron aún más en la década de 1890, cuando Rusia cayó bajo la influencia del arte y la literatura modernistas, imbuidos de su concepción del «arte por el arte». El control que los intelectuales radicales procuraban ejercer sobre la cultura,

para ponerla al servicio de objetivos utilitarios y ya no estéticos, tenía escaso efecto sobre el talento genuino; ningún escritor o artista ruso distinguido se sometía a este tipo de tiranía. Su principal consecuencia fue apartar a la *intelligentsia* de las fuentes más vitales de la cultura de la época. De tanto en cuando, el conflicto latente se volvía explícito, como cuando Chéjov le confesó a un amigo en medio de un estallido de ira, muy poco común en él: «No creo en nuestra *intelligentsia*; es hipócrita, falsa, histérica, inculta, perezosa. No creo en ella cuando sufre y se queja, porque sus opresores se alojan en su fuero más íntimo».[80*]

Las universidades fueron el lugar donde el disenso alcanzó por primera vez un carácter abierto y endémico en Rusia. Aunque los estatutos de 1863 les concedían una considerable autonomía, su principal beneficiario era el cuerpo docente; los estudiantes siguieron recibiendo el trato reservado a los menores, sometidos a una disciplina estricta. Esta situación les irritaba y de vez en cuando organizaban protestas para dar rienda suelta a su frustración. Los pretextos eran a menudo de poca monta y no solían ser de naturaleza política. Bajo un régimen más tolerante se habría dejado que se disiparan. Pero las autoridades rusas conocían una sola manera de ocuparse de la «insubordinación»: la represión. Los estudiantes culpables de cosas no demasiado graves como altercados o incumplimiento de las normativas eran detenidos y expulsados, a veces para siempre. Semejante dureza provocó la radicalización del alumnado y contribuyó a transformar las instituciones de enseñanza superior en centros opositores.

En los últimos años de la década de 1860, los estudiantes formaron círculos para discutir cuestiones públicas y su papel en la sociedad. En un principio, dichos círculos no mostraron inclinaciones políticas, y mucho menos revolucionarias.

Influidos por el positivismo francés, identificaban el progreso con la ciencia y la ilustración y consideraban que su misión era difundir el evangelio del materialismo y el utilitarismo. En esta época, miles de jóvenes rusos que no tenían interés en la ciencia ni talento para dedicarse a ella se matricularon en las facultades científicas, con la idea de que, al escudriñar a través de microscopios o diseccionar ranas, promovían la causa de la felicidad humana.

Este cientificismo ingenuo siguió pronto su curso natural hasta extinguirse; era solo el principal de los entusiasmos que un visitante francés consideró característicos de los intelectuales rusos, que se dejaban fascinar rápidamente por las nuevas ideas y con la misma rapidez se aburrían de ellas.[36] Las ideas novedosas que penetraron en las universidades a comienzos de la década de 1870 ya tenían implicaciones en materia de activismo y, en el contexto ruso de la época, también revolucionarias. La emancipación de los siervos, pieza central de las grandes reformas, había transformado a veinte millones de rusos de esclavos en súbditos. Los estudiantes interpretaron que este hecho les asignaba una misión: llevar el mensaje del positivismo y el materialismo a las masas rurales. En la primavera de 1874, cientos de ellos dejaron las aulas y se dispersaron por el campo. La mayoría eran «propagandistas», seguidores de Piotr Lávrov, y hacían suya la tarea de ilustrar a los campesinos acerca de las injusticias del régimen, con la esperanza de que dicho conocimiento los impulsara a la acción. Un grupo más pequeño de «agitadores», los partidarios de Bakunin, creía que los campesinos eran rebeldes por instinto y recurrirían a la violencia una vez que se les dijera que eran muchos los que estaban con ellos. En su mayor parte, los jóvenes «socialistas revolucionarios» que participaban en esta primera cruzada de «ida hacia el pueblo» estaban aún comprometidos con la idea

de un cambio por obra de la instrucción y la enseñanza. Pero la persecución a la que los sometieron las autoridades, alarmadas ante la agitación campesina, convirtió a muchos en revolucionarios hechos y derechos. Hacia 1877, cuando se produjo el segundo movimiento de «ida hacia el pueblo», había en Rusia varios centenares de experimentados activistas radicales. Y miles de simpatizantes en las universidades y la sociedad en general los apoyaban.

Los contactos cara a cara con el «pueblo» se revelaron como una experiencia desconcertante para los jóvenes radicales. El *mujik* resultó ser una criatura muy diferente de la que habían imaginado, un «noble salvaje» inmerso en la vida comunal, un igualitario y un anarquista nato que solo necesitaba aliento para levantarse contra el zar, los terratenientes y los capitalistas. El siguiente extracto de las memorias de un «propagandista» de la década de 1870 refleja dicho desconcierto. Habla un campesino: «En cuanto a la tierra, tenemos poca. No hay lugar ni para una gallina. Pero el zar nos la dará. Sin duda. Sin tierra no hay nada que hacer. ¿Quién va a pagar los impuestos? ¿Cómo van a llenar las arcas del tesoro? Y sin el tesoro, ¿cómo se puede gobernar? ¡Conseguiremos la tierra! ¡Sin du-da al-gu-na! Ya verá».

El autor señalaba consternado los efectos de la propaganda radical en los campesinos:

> ¡Qué curiosa la manera en que la mente campesina interpretaba nuestros discursos y conceptos! […] sus conclusiones y comparaciones me dejaban completamente perplejo. «Nos va mejor bajo el zar». Sentía un golpe en la cabeza, como si me hubieran clavado un clavo. […] ¡Ahí están, me dije, los frutos de la propaganda! No destruimos las ilusiones, las fortalecemos. Fortalecemos la vieja fe del pueblo en el zar.[37]

La desilusión con el pueblo empujó al terrorismo a los radicales más decididos. Mientras que muchos de los socialistas revolucionarios decepcionados abandonaron el movimiento y un puñado adoptó las doctrinas de la

socialdemocracia alemana, una minoría comprometida decidió seguir adelante por otros medios. En el otoño de 1879, dicha minoría creó una organización secreta llamada Voluntad del Pueblo (Naródnaya Volia). La misión de sus treinta miembros con dedicación plena, agrupados en un Comité Ejecutivo, era combatir el régimen zarista mediante el terror sistemático; nada más fundarse, el grupo dictó una «sentencia» de muerte contra Alejandro II. Era la primera organización política terrorista de la historia, y sería el modelo de todas las organizaciones de este tipo que la seguirían en Rusia y otros lugares. El recurso al terror significaba reconocer su aislamiento; como admitiría más adelante uno de los líderes de Voluntad del Pueblo, el terror

> no necesita ni el apoyo ni la simpatía del país. Basta con tener convicciones, sentirse desesperado, estar resuelto a morir. Cuanto menos quiere un país una revolución, con mayor naturalidad recurrirán al terror los que, sin parar mientes, quieren seguir siendo revolucionarios, aferrarse a su culto de la destrucción revolucionaria.[38]

La misión explícita de Voluntad del Pueblo era asesinar a funcionarios gubernamentales, con el doble objetivo de desmoralizar al gobierno y acabar con el temor reverencial que las masas sentían hacia el zar. En palabras del Comité Ejecutivo de la organización:

> La actividad terrorista […] tiene por meta debilitar la fascinación por el poderío gubernamental, ofreciendo una demostración sin pausa de la posibilidad de luchar contra el gobierno, para exaltar así el espíritu revolucionario del pueblo y su fe en el éxito de la causa y, por último, organizar las fuerzas capaces de librar el combate.[39]

El objetivo político último de Voluntad del Pueblo era convocar una Asamblea Nacional por medio de la cual la nación expresara sus deseos. Esta organización era sumamente centralizada y las decisiones del Comité Ejecutivo eran de cumplimiento obligatorio para todos sus seguidores, conocidos como «vasallos». Se esperaba que los miembros se dedicaran por completo a la causa revolucionaria y, de serles

requerido, sacrificaran por ella sus bienes y hasta su vida.

El surgimiento de Voluntad del Pueblo marcó un antes y un después en la historia de la Revolución rusa. Para empezar, convirtió la violencia en un instrumento legítimo de la política; la pedagogía y la persuasión eran rechazadas como fútiles y hasta contraproducentes. Pero aún más importante era que la *intelligentsia* revolucionaria se arrogaba el derecho de decidir qué era bueno para el pueblo; el nombre de Voluntad del Pueblo era engañoso, dado que el «pueblo» no solo no autorizaba a una organización de treinta intelectuales a actuar en su representación, sino que había aclarado sin ambages que no tendría ningún trato con la ideología antizarista. Cuando los terroristas definían como una de sus tareas «exaltar el espíritu revolucionario del pueblo», eran bien conscientes de que el pueblo real, las personas que cultivaban los campos y trabajaban en las fábricas, no tenía ningún espíritu revolucionario que pudiera exaltarse. Esta actitud tuvo consecuencias decisivas para el futuro. En adelante, todos los revolucionarios rusos, ya fueran partidarios del terrorismo o se opusieran a él, y ya comulgaran con el Partido Socialista Revolucionario o con el Partido Socialdemócrata, se arrogaron la autoridad de hablar en nombre del «pueblo», una abstracción sin equivalente en el mundo real.

La campaña terrorista lanzada por Voluntad del Pueblo contra un gobierno absolutamente inerme frente a ella —el Tercer Departamento, a cargo de la seguridad estatal, tenía más o menos el mismo número de personal que el Comité Ejecutivo de dicha organización— logró su objetivo inmediato; el 1 de marzo de 1881, Alejandro II cayó víctima de una bomba terrorista. Los beneficios políticos de esta atrocidad fueron nulos. El público reaccionó con horror y la causa radical perdió gran parte de su respaldo popular. El

gobierno respondió con varias medidas represivas y operaciones de contrainteligencia que dificultaron cada vez más la acción de los revolucionarios. Y el «pueblo» no se movilizó, inconmovible en la creencia de que el próximo zar le entregaría la tierra que deseaba.

A esto siguió una década de inactividad revolucionaria. Los rusos que querían trabajar por el bien común adoptaron entonces la doctrina de los «pequeños hechos», es decir, actividades pragmáticas y nada espectaculares para elevar el nivel cultural y material de la población por medio de los *zemstvos* y organizaciones filantrópicas privadas.

El radicalismo volvió a hacer acto de presencia a principios de la década de 1890, motivado por la aceleración de la industrialización rusa y una grave hambruna. Los socialistas revolucionarios de dos décadas antes habían creído que Rusia seguiría un camino de desarrollo económico diferente al de Occidente porque no tenía los mercados internos y externos que requería el capitalismo. El campesinado ruso, al ser pobre y depender en gran medida de los ingresos de las industrias artesanales (que, según los cálculos, representaba un tercio de sus ingresos totales), quedaría arruinado por la competencia de las fábricas mecanizadas y perdería el escaso poder adquisitivo que aún tenía. En cuanto a los mercados exteriores, los países occidentales avanzados se habían anticipado a dominarlos.[81*] Rusia tenía que combinar la agricultura comunal con la industria rural (doméstica). Sobre la base de estas premisas, los teóricos socialistas revolucionarios elaboraron la doctrina del «camino propio», en virtud de la cual Rusia pasaría directamente del «feudalismo» al «socialismo» sin atravesar por una fase capitalista.

Esta tesis fue presentada reforzándola con argumentos

tomados de los escritos de Marx y Engels. Al principio, estos desautorizaron esta interpretación de su doctrina, pero a la larga cambiaron de opinión y admitieron que podía haber más de un modelo de desarrollo económico. En 1877, en un intercambio epistolar con un ruso, Marx rechazó la idea de que todos los países debían repetir la experiencia económica de Europa occidental. De entrar Rusia en la senda del desarrollo capitalista, escribía, nada podría entonces salvarla de sus «leyes de hierro», pero esto no significaba que el país no pudiera evitar ese camino y las desventuras que traía aparejadas.[40] Algunos años después, Marx afirmó que la «inevitabilidad histórica» del capitalismo se limitaba a Europa occidental y que, como Rusia se las había ingeniado para preservar la comuna campesina ya bien entrada la era capitalista, dicha comuna bien podría llegar a ser el «punto de apoyo del rejuvenecimiento social» del país.[82*] Marx y Engels admiraban a los terroristas de Voluntad del Pueblo y, como una excepción a su teoría general, el segundo admitía la posibilidad de que en Rusia «un puñado de personas» hicieran la revolución.[41]

Así, antes de que en Rusia apareciera un movimiento «marxista» o socialdemócrata formal, cuando se trataba de aplicar a un régimen autocrático de un país agrario las teorías de sus fundadores, estos aprobaban la interpretación según la cual era posible que no fueran las inevitables consecuencias del capitalismo maduro, sino el terror y el golpe de Estado los que provocaran una revolución.

Algunos rusos, liderados por Gueorgui Plejánov, disentían de esta versión del marxismo, por lo cual rompieron con Voluntad del Pueblo, se trasladaron a Suiza y se sumergieron en la literatura socialdemócrata alemana. De esta sacaron la conclusión de que Rusia no tenía otra alternativa que

atravesar por la fase de un capitalismo plenamente desarrollado. Rechazaban el terrorismo y el golpe de Estado con el argumento de que, aun en el improbable caso de que esa violencia lograra derrocar al régimen zarista, el resultado no sería el socialismo, cuyas condiciones económicas y culturales previas no existían en Rusia, sino un «zarismo resucitado sobre una base comunista».

De las premisas adoptadas por los socialdemócratas rusos se deducían ciertas consecuencias políticas. El desarrollo capitalista implicaba el ascenso de una burguesía comprometida, por egoísmo económico, con la liberalización, así como el crecimiento del «proletariado» industrial, que se encaminaría hacia el socialismo debido al deterioro de su situación económica y proporcionaría de tal modo al movimiento socialista sus cuadros revolucionarios. Sin embargo, el hecho de que el capitalismo ruso se desarrollara en un país con un sistema político precapitalista exigía una estrategia revolucionaria específica. El socialismo no podía prosperar en un país atrapado en el puño de hierro de un régimen burocrático policial; necesitaba libertad de expresión para propagar sus ideas y libertad de asociación para organizar a sus seguidores. En otras palabras, a diferencia de la socialdemocracia alemana, que desde 1890 podía actuar a la luz del día y participar en las elecciones nacionales, los socialdemócratas rusos se enfrentaban a la tarea previa de derrocar a la autocracia. [img 19]

La teoría de las dos etapas de la revolución, tal como la formuló Pável Axelrod, colaborador de Plejánov, establecía que el «proletariado» (léase los intelectuales socialistas) debía trabajar junto con la burguesía en pro del objetivo común de instaurar una «democracia burguesa» en Rusia. Tan pronto como se alcanzara dicho objetivo, los socialistas se unirían a la

clase obrera para acometer la segunda fase de la revolución, esta vez de carácter socialista. Desde el punto de vista de esta estrategia, todo lo que promovía en Rusia el crecimiento del capitalismo y los intereses de la burguesía era —hasta cierto punto— progresista y favorable a la causa del socialismo.

La década de 1890 fue testigo de intensos debates entre los dos campos radicales en relación con el futuro económico y, por extensión, político de Rusia. Un grupo, que en 1902 fundaría el Partido Socialista Revolucionario, se adhería a las tradiciones del «camino propio» y la lucha «directa», esto es, el terrorismo.[83*] Sus rivales socialdemócratas creían en la inevitabilidad del capitalismo y la liberalización política de Rusia. Los dos grupos tenían muchos desacuerdos estratégicos y tácticos, que describiremos más adelante, pero compartían un mismo compromiso con la revolución. A comienzos del siglo XX, cada uno de ellos contaba con varios millares de miembros, casi todos intelectuales y en su mayoría estudiantes universitarios y personas que habían abandonado los estudios; en ese conjunto, una minoría formaba una estructura de revolucionarios profesionales, personas cuya única ocupación en la vida era promover la revolución. Se dedicaban con diligencia a estudiar las condiciones sociales y económicas que favorecían u obstaculizaban su objetivo y se embarcaban en continuas polémicas desde sus residencias en el extranjero e incluso desde la prisión y el exilio. La descripción del revolucionario profesional que hace Jacques Ellul, un especialista francés en asuntos políticos, se ajusta bien al exponente ruso de la especie. Según Ellul, las personas de este tipo

> dedican la vida entera al estudio, a la elaboración de la teoría de la revolución y, contingentemente, a la agitación. Viven de la revolución en lo intelectual, pero también en lo material. […] Marx fue un ejemplo típico de esos revolucionarios profesionales, perfectos ociosos y verdaderos rentistas de la revolución. Pasan la mayor parte de su vida en bibliotecas y clubes. No

> preparan directamente la revolución. Analizan la desintegración de la sociedad, clasifican las condiciones favorables para ello. Pero cuando estalla la revolución, su preparación les permite desempeñar un papel crucial en ella; se convierten en sus gestores, sus organizadores. No son hombres que causen trastornos, sino hombres de orden; una vez terminados los disturbios, reorganizan las estructuras. Están intelectualmente preparados para esto y, en particular, el público conoce sus nombres como especialistas de la revolución. Así pues, alcanzan con toda naturalidad el poder.[84*]

Los partidos políticos de Rusia comenzaron a cobrar forma durante el cambio de siglo.

El Partido Socialista Revolucionario, fundado en 1902, fue, de palabra y de obra, el más radical, con una inclinación por el anarquismo y el sindicalismo y un compromiso constante con el terrorismo.[42] Los socialdemócratas fundaron su partido en un congreso clandestino celebrado en Minsk en 1898. La policía, sin embargo, olfateó en el aire la reunión y arrestó a los participantes. El Partido Obrero Socialdemócrata Ruso (Rossiskaya Sotsial-Demokraticheskaya Rabochaya Partia, o RSDRP) nació cinco años después en su segundo congreso, celebrado en Bélgica e Inglaterra.

Los liberales formaron su propio Partido Democrático Constitucional (también conocido como Partido de la Libertad Popular) en octubre de 1905.

Todos estos partidos eran liderados por *intelligenti*, y aunque los socialistas se referían a los liberales como «burgueses» y los bolcheviques tachaban de «pequeñoburgueses» a sus adversarios socialistas, no había una diferencia discernible en la procedencia social de los dirigentes de los tres principales partidos de oposición. Estos competían en gran parte por el mismo electorado, y aun cuando los liberales querían evitar la revolución promovida por los socialistas, en su táctica y su estrategia no se mostraban renuentes al uso de métodos revolucionarios y a obtener beneficios del terrorismo.

El liberalismo ruso estaba dominado por intelectuales de pronunciada orientación izquierdista; su naturaleza era radical-liberal. Los demócratas constitucionales o kadetes,[85*] como se les conocía popularmente, profesaban los valores liberales tradicionales: derecho democrático al voto, régimen parlamentario, libertad e igualdad de todos los ciudadanos, respeto de la ley. Pero al actuar en un país donde la abrumadora mayoría de la población entendía bien poco estas ideas importadas y los socialistas se afanaban en incitar a la revolución, adoptaron una postura más radical.

El Partido Socialista Revolucionario era el más antiguo de las dos principales agrupaciones socialistas, dado que sus orígenes se remontaban a Voluntad del Pueblo. En su plataforma destacaban tres puntos: el anticapitalismo, el terrorismo y la socialización de la tierra. Tras los pasos dados en las décadas de 1870 y 1880, los socialistas revolucionarios apoyaban la teoría del «camino propio». No podían ignorar por completo el crecimiento espectacular del capitalismo ruso, en sus formas industrial y financiera, a partir de 1890, pero sostenían que se trataba de un fenómeno artificial y transitorio, socavado por su propio éxito, y que devastaba la economía rural, su principal mercado. Reconocían algún papel a la «burguesía» en el proceso revolucionario, pero en líneas generales la consideraban leal a la autocracia. Rusia sería liberada por la acción armada de las masas en ciudades y aldeas.

Como no creían que la burguesía rusa dirigiera la lucha política ni que participara siquiera en ella, la tarea incumbía a la *intelligentsia*. La mejor manera en que esta podía cumplir la misión era por medio de actos de terrorismo político cuyo objetivo era el mismo que había planteado Voluntad del Pueblo, es decir, menoscabar el prestigio del gobierno a ojos

de la población e instar a esta a la rebelión. El terror era el punto central del programa del partido. Para los socialistas revolucionarios no se trataba solo de una táctica política, sino de un acto espiritual, un ritual casi religioso, en el que el terrorista segaba vidas pero pagaba con la suya propia. La literatura socialista revolucionaria contenía loas curiosamente bárbaras a la «santa causa», el «éxtasis creativo» y la «cima más alta del espíritu humano», que encontraban expresión, se decía, en el derramamiento de sangre.[43] La dirección de las operaciones terroristas estaba a cargo de un órgano conspirativo, la Organización de Combate (Boievaya Organizatsia), que «condenaba» a funcionarios gubernamentales a morir «ejecutados». Pero las células socialistas revolucionarias locales y sus miembros también cometían asesinatos por propia iniciativa. El primer acto de terror político dirigido por los socialistas revolucionarios fue el asesinato, en 1902, del ministro del Interior Dmitri S. Sipiaguin. Posteriormente, hasta su aplastamiento en 1908-1909, la Organización de Combate perpetró cientos de asesinatos políticos.

Sus osadas iniciativas terroristas, que a menudo terminaban con la muerte del perpetrador, granjearon a los socialistas revolucionarios mucha admiración en los círculos opositores, incluidos los formalmente contrarios al terrorismo. Los socialdemócratas, que rechazaban esta táctica, sufrieron graves defecciones en beneficio de sus rivales, a los que se reputaba de ser los «verdaderos» revolucionarios.[44]

El programa social de los socialistas revolucionarios se centraba en la «socialización» de la tierra, que exigía la abolición de la propiedad privada y la transferencia de la administración de las tierras a órganos de autogobierno locales; estos debían garantizar que todo ciudadano apto para

cultivar la tierra y dispuesto a hacerlo recibiese una parcela adecuada. Los socialistas revolucionarios adoptaron la consigna campesina de la «Repartición Negra», esto es, la expropiación y distribución entre las comunas de todas las tierras en manos privadas. Este programa, que reflejaba los deseos de la población rural de la Rusia ortodoxa, les concedió el respaldo de casi todo el campesinado. Las demandas mucho más modestas en nombre de los campesinos que se planteaban en el programa socialdemócrata, y el desprecio general que los afiliados de este partido sentían por el *mujik*, impidieron que conquistaran adeptos en el campo.

Aunque tenían su principal base de apoyo en las aldeas, los socialistas revolucionarios no ignoraban a los obreros industriales; en su programa describían al proletariado como un elemento esencial en la revolución y admitían la posibilidad de un período transitorio de «dictadura revolucionaria proletaria».[45] A diferencia de los socialdemócratas, los socialistas revolucionarios no trataban a los campesinos y los obreros industriales como clases diferentes y hostiles entre sí. Sus teóricos, el más destacado de los cuales era Víctor Chernov, no definían las clases por su relación con los medios de producción sino por su fuente de ingresos. Según este criterio, las sociedades tenían solo dos clases, los explotados o «trabajadores» y los explotadores, los que se ganaban la vida y los que vivían del trabajo de otros. En esta última categoría, los socialistas revolucionarios incluían a los terratenientes, los capitalistas, los funcionarios y el clero; en la primera estaban los campesinos, los obreros y ellos mismos, la *intelligentsia*. Un campesino que trabajaba por cuenta propia era para ellos un «trabajador» y un aliado natural del obrero industrial. Sin embargo, no decían con claridad qué había que hacer con las empresas industriales en

una sociedad posrevolucionaria y tenían dificultades para captar obreros.

Aunque era extremista, el Partido Socialista Revolucionario tenía un ala aún más extrema conocida como «maximalista». Esta minoría quería complementar el terror político con el «terror económico», con el cual se referían al asesinato de terratenientes y propietarios de fábricas. En la práctica, su estrategia se reducía a cometer atentados indiscriminados con bombas, como ilustra el ataque a la residencia del primer ministro Stolipin en 1911, en el que perdieron la vida decenas de transeúntes. Para financiar sus operaciones, los maximalistas apelaban a lo que a modo de eufemismo llamaban «expropiaciones», asaltos a bancos que les reportaban cientos de miles de rublos. (Como ya veremos, a veces colaboraban con los bolcheviques en dichas operaciones.) El movimiento tenía un carácter fanático, como se advierte con claridad en las ideas del maximalista Iván Pávlov. En un panfleto publicado legalmente en Moscú en 1907, *Ochistka chelovechestva* («La purificación de la humanidad»), Pávlov sostenía que los «explotadores» eran no solo una clase social, sino también una «raza degenerada», que heredaba y desarrollaba más allá de todo lo conocido en el mundo animal las características más viles del gorila y el orangután. Como legaban estos rasgos viciosos a su descendencia, era preciso exterminar a todos los representantes de dicha «raza», incluidos las mujeres y los niños.[46] El Partido Socialista Revolucionario repudió formalmente a los maximalistas y a la Unión de Socialistas Revolucionarios Maximalistas, creada en octubre de 1906, pero en la práctica se las ingenió para amoldarse a sus atrocidades.

Los socialistas revolucionarios estaban poco organizados,

en buena medida porque la policía, para la cual la evitación de actos terroristas era de la máxima prioridad, no dejaba de infiltrarse en sus filas y diezmarlas. (Según Grigori A. Gershuni, fundador del aparato terrorista del partido, la Ojrana pagaba 1.000 rublos de recompensa por la denuncia de un miembro de la Organización de Combate; por un intelectual socialista revolucionario, 100, y por un trabajador afiliado, 25, pero por un socialdemócrata a lo sumo 3.)[47] Las células del partido estaban colmadas de estudiantes; se decía que en Moscú estos constituían al menos el 75 por ciento de los activistas socialistas revolucionarios.[48] En el campo, los partidarios más leales eran los maestros. La propaganda y la agitación entre el campesinado, consistente principalmente en el reparto de panfletos y volantes, tenían al parecer poco éxito directo en lo que a estimular los desórdenes antigubernamentales se refiere, dado que al menos hasta 1905 los campesinos se mantuvieron aferrados a la idea de que el zar les proporcionaría las tierras que anhelaban.

En otro lugar nos ocuparemos por extenso del Partido Socialdemócrata. Aquí bastará con señalar algunas características de este partido que iban a tener consecuencias políticas en los primeros años del siglo. A diferencia de los socialistas revolucionarios, que dividían la sociedad en «explotadores» y «explotados», los socialdemócratas definían las clases en relación con los medios de producción y consideraban a la clase obrera industrial (el «proletariado») como la única verdaderamente revolucionaria. Los campesinos, con la posible excepción de quienes carecían de acceso a las tierras comunales, eran para ellos «pequeñoburgueses» y, como tales, reaccionarios. Por otro lado, para los socialdemócratas la «burguesía» era un aliado temporal en la lucha común contra la autocracia, y el capitalismo era a la vez inevitable y progresista. El partido

denigraba el terror con el argumento de que desviaba la atención de la principal tarea inmediata de los socialistas, la organización de los trabajadores, aunque se beneficiaban considerablemente de él.

La procedencia social tanto de los dirigentes como de las bases de los dos partidos socialistas no mostraba diferencias significativas.[49] Los miembros de su cúpula dirigente procedían de la alta burguesía y la clase media, es decir, el mismo medio social que en el partido liberal. Los socialistas revolucionarios tenían entre sus máximos dirigentes una cantidad sorprendente de hijos de millonarios, entre ellos Vladímir M. Zenzínov, Abraham Gots e I. I. Fundaminski.[50] Pese a su dedicación al campesinado, el partido no admitía campesinos en sus órganos directivos, y la socialdemocracia, el autoproclamado partido de la clase obrera, daba cabida a muy pocos trabajadores manuales en sus máximos niveles.[51] En tiempos de agitación (1905-1906 y 1917), ambos partidos se apoyaron mucho en los inmigrantes rurales a las ciudades, campesinos desarraigados que solo habían adquirido las características más superficiales de los residentes urbanos. Psicológica y económicamente inseguros, algunos de estos campesinos acudían en tropel a los socialistas, mientras que otros se unían a las bandas de las Centurias Negras que aterrorizaban a estudiantes y judíos. Según el socialdemócrata Piotr P. Maslov:

> En esencia, la actividad de los grupos socialistas revolucionarios locales difería poco de la de los socialdemócratas. Las organizaciones de ambos partidos solían estar compuestas por pequeños grupos de *intelligenti*, reunidos en comités, que mantenían escaso contacto con las masas y las veían principalmente como un elemento para la agitación política.[52]

Los liberales rusos pertenecían solo en parte a las filas de la *intelligentsia*. No compartían la premisa filosófica fundamental de los radicales, a saber, la creencia en la

perfectibilidad del hombre y la sociedad. Sus objetivos explícitos no eran diferentes de los que defendían los liberales occidentales. En cuanto a estrategia y táctica, sin embargo, estaban muy cerca de los radicales; como le gustaba jactarse a Pável Miliukov, su líder, su programa político «era el más izquierdista de todos los propuestos por grupos análogos en Europa occidental».[53] Iván Petrunkevich, otro destacado kadete, creía que «los liberales, los radicales y los revolucionarios» rusos no se distinguían por los objetivos políticos, sino por el temperamento.[54]

Dos consideraciones dictaban esta tendencia izquierdista. Los liberales, en su apelación al electorado de masas, tenían que competir con los partidos radicales, que también estaban a la izquierda de sus homólogos de Europa occidental y hacían las promesas más extremas y utópicas a los votantes. Este era un desafío que había que afrontar. Para robar protagonismo a los socialistas, los liberales adoptaron entonces un programa social radical, que incluía la expropiación de las grandes fincas (con una compensación a precio «justo» y no de mercado), así como de las propiedades de la Iglesia y el Estado, para su distribución entre los campesinos.[86*] Su plataforma también señalaba la necesidad de un programa amplio de seguridad social. Los liberales hacían oídos sordos a los consejos de moderación, temerosos de «doblegarse» a ojos de las masas y perder posiciones en beneficio de los socialistas.

Aún más apremiantes eran las razones tácticas. Para arrancar a la autocracia una Constitución y un Parlamento legislativo y luego una democracia parlamentaria, los liberales necesitaban tener influencia, y esta la encontraron en la amenaza revolucionaria. En 1905-1907, y de nuevo en 1915-1917, instaron al monarca a hacerles concesiones políticas

como una manera de evitar una suerte mucho peor. El partido mantuvo un discreto silencio acerca del terror socialista revolucionario, aunque por sus principios liberales debería haberlo condenado rotundamente.

La práctica política de los kadetes hacía gala por tanto de una perturbadora ambivalencia —pavor a la revolución y explotación de la misma—, la cual demostró ser un craso error de cálculo; el juego con la amenaza revolucionaria contribuyó en no menor medida a promover justamente aquello que los liberales más querían evitar. Pero solo lo comprenderían *a posteriori*, cuando ya era demasiado tarde.

Aunque más moderados que los socialistas, los liberales representaban una mayor molestia para el régimen imperial, porque tenían en sus filas a individuos socialmente prominentes que podían consagrarse a la política bajo el disfraz de una actividad profesional legítima. Los estudiantes socialistas eran un blanco justificado para la policía, pero ¿quién se atrevería a ponerle la mano encima a un príncipe Shajovskoi o un príncipe Dolgorúkov aunque estos se afanaran en organizar un partido liberal subversivo? ¿Y cómo entrometerse en las reuniones de médicos o juristas, aunque era cosa sabida que los participantes debatían sobre temas prohibidos? Esta diferencia de estatus social explica por qué los órganos de dirección de los liberales podían actuar dentro de Rusia, prácticamente libres de la interferencia policial, mientras que los socialistas revolucionarios y socialdemócratas tenían que operar desde el extranjero. También explica por qué tanto en 1905 como en 1917 los liberales fueron los primeros en aparecer en escena y encargarse de la situación, semanas antes de que sus rivales socialistas dieran señales de vida.

El movimiento liberal ruso tenía dos bases principales de

apoyo, los *zemstvos* y la *intelligentsia*.

Los integrantes de los *zemstvos* eran elegidos en votaciones que garantizaban una sólida representación de la nobleza rural, que la monarquía consideraba por entonces una de sus devotas partidarias. Actuaban en los distritos y las provincias, pero el gobierno no les permitía constituir una organización nacional por temor a que se arrogaran funciones casi parlamentarias. Los diputados electos solían ser liberales constitucionalistas o conservadores eslavófilos, unos y otros hostiles a la autocracia y el régimen burocráticos, pero opuestos a la revolución. El personal asalariado al servicio de los *zemstvos* (agrónomos, médicos, maestros, etc.), conocido como el «tercer elemento», era más radical pero tampoco propugnaba la revolución.

De haber recibido un trato apropiado, los *zemstvos* podrían haber ayudado a estabilizar la monarquía. Sin embargo, para los burócratas conservadores, en especial los del Ministerio del Interior, dichos órganos eran un fastidio intolerable, intrusos que se entrometían en cuestiones que no eran asunto suyo y entorpecían la administración eficiente de las provincias. Bajo su influencia, Alejandro III limitó en 1890 la autoridad de los *zemstvos* y dio a los gobernadores manga ancha para interferir en su personal y sus actividades.

Acosados por las autoridades, en la década de 1890 los dirigentes de los *zemstvos* celebraron consultas nacionales informales, a menudo bajo la apariencia de reuniones profesionales y científicas. En 1899 fueron más allá y organizaron en Moscú un grupo de discusión llamado Beseda («Simposio»). Sus miembros disfrutaban de la distinción social y profesional suficiente para que la policía hiciera la vista gorda; después de todo, sus reuniones tenían lugar en la mansión moscovita de los príncipes Piotr y Pável

Dolgorúkov.[55]

En junio de 1900, el gobierno volvió a limitar la competencia de los *zemstvos*, esta vez en el ámbito impositivo, y ordenó asimismo la destitución de los diputados que se mostraban especialmente activos en la promoción de causas constitucionales. En respuesta, el Simposio, que hasta entonces había limitado sus deliberaciones a asuntos relacionados con los *zemstvos*, trasladó su atención a las cuestiones políticas. Para muchos *zemtsi*, la persecución gubernamental planteaba un interrogante fundamental: ¿tenía sentido proseguir con un trabajo apolítico «constructivo» bajo un régimen dominado por una burocracia y una policía inclinadas a reprimir cualquier manifestación de iniciativa pública? Estas dudas se intensificaron en 1901, cuando se publicó en Alemania un memorándum confidencial de Witte que instaba a la abolición total de los *zemstvos* como instituciones incompatibles con la autocracia.

Las filas de los constitucionalistas de estos órganos se ampliaron el mismo año con la incorporación de un pequeño pero influyente grupo de intelectuales, desertores de la socialdemocracia que consideraban intolerables la parcialidad y el dogmatismo de esta. El más prominente de ellos era Piotr Struve, autor del manifiesto fundacional del Partido Socialdemócrata y uno de sus teóricos más destacados. Struve y sus amigos propusieron la formación de un frente nacional que abarcara partidos y grupos desde la extrema izquierda hasta la derecha moderada, bajo la consigna «Abajo la autocracia». Struve emigró a Alemania y, con dinero suministrado por amigos de los *zemstvos*, en 1902 fundó allí la revista *Osvobozhdeniye* («Liberación»), que reproducía informaciones prohibidas en las publicaciones censuradas,

incluidos documentos gubernamentales secretos proporcionados por simpatizantes que trabajaban en la burocracia. Los ejemplares introducidos clandestinamente en Rusia ayudaron a crear una comunidad de «liberacionistas» (*osvobozhdentsi*) en cuyo seno, tiempo después, surgiría el Partido Democrático Constitucional. En enero de 1904, sus partidarios fundaron en San Petersburgo la Unión de Liberación (Soiuz Osvobozhdenia) para promover el constitucionalismo y los derechos civiles. Sus delegaciones en muchas ciudades atrajeron a elementos moderados y también a socialistas, sobre todo socialistas revolucionarios. (Los socialdemócratas, que seguían insistiendo en su papel «hegemónico» en la lucha contra el régimen, se negaron a colaborar.) Estos círculos, que actuaban en una semilegalidad, hicieron mucho para estimular el descontento ante las condiciones existentes.[56]

Las bases del movimiento liberal se caracterizaban por su gran diversidad. El Partido Democrático Constitucional, que en 1906 tenía 100.000 miembros —varias veces más que la suma de los partidos socialistas—, se apoyaba en una base social más amplia que sus rivales de la izquierda, y atraía a muchos artesanos, funcionarios subalternos, vendedores y comerciantes. La *intelligentsia* liberal la integraban principalmente profesionales, entre ellos profesores, abogados, médicos y editores, y no los estudiantes que colmaban las filas socialistas.[57]

A comienzos del siglo XX había en Rusia miles de hombres y mujeres comprometidos con un profundo cambio. Buena parte de ellos eran «revolucionarios profesionales», una nueva estirpe que consagraba su vida a planear actos violentos de índole política. Ellos y sus partidarios quizá debatían entre sí sobre la táctica y la estrategia —si inclinarse por el terror, si

«socializar» o «nacionalizar» la tierra, si tratar al campesino como un aliado o un enemigo del obrero—, pero tenían una postura unánime en cuanto al problema central: que no iba a haber ningún acuerdo, ningún compromiso, con el régimen social, económico y político existente, y que era preciso destruirlo y extirparlo de cuajo, no solo en Rusia, sino en todo el mundo. Tan fuerte era la influencia de estos extremistas que hasta los liberales rusos quedaron bajo su hechizo. Sin lugar a dudas, las limitadas concesiones políticas expuestas en el Manifiesto de Octubre no satisfacían a ninguno de ellos.

La existencia de una *intelligentsia* como esta generaba, de por sí, un alto riesgo de revolución permanente. En efecto, así como los abogados contribuyen a los litigios y los burócratas al papeleo, los revolucionarios contribuyen a la revolución. En cada caso aparece una profesión interesada en promover situaciones que exijan su conocimiento específico. El hecho de que la *intelligentsia* rechazara toda conciliación con la Rusia oficial, exacerbara el descontento y se opusiera a la reforma, volvía improbable la resolución pacífica de los problemas del país.

5

El experimento constitucional

El Manifiesto de Octubre proporcionó un marco dentro del cual el Estado y la sociedad rusa deberían haber encontrado la posibilidad de reducir la tensión que los dividía. Sin embargo, no fue así. Un régimen constitucional solo puede funcionar como corresponde si el gobierno y la oposición aceptan las reglas del juego, y en Rusia ni la monarquía ni la *intelligentsia* estaban dispuestas a hacerlo. Una y otra consideraban el nuevo orden como un obstáculo, una desviación respecto del verdadero sistema del país, que para la monarquía era la autocracia y para la *intelligentsia*, una república democrática. Como consecuencia de ello, el interludio constitucional, si bien alcanzó algunos logros, fue en buena medida desaprovechado; fue una oportunidad perdida que no volvería a presentarse.

Al estampar su firma en el manifiesto, Nicolás comprendía vagamente que este significaba «Constitución», pero ni él ni sus asesores estaban intelectual o psicológicamente dispuestos a reconocer que una Constitución implicaba el final de la autocracia. Si bien el manifiesto prometía que en lo sucesivo ninguna ley entraría en vigor sin la aprobación de un Parlamento constituido por elección popular, la corte no parecía advertir que dicha promesa entrañaba una carta constitucional. Según Witte, solo dos meses después Trépov sacó a colación la necesidad de dicho documento,[1] y cuando

en abril de 1906 se promulgó una carta constitucional, sus redactores evitaron cuidadosamente la palabra «Constitución» y le dieron en cambio el nombre de «Leyes Fundamentales» (*Osnovniye zakoni*), utilizado tradicionalmente para el primer volumen del Código de Leyes.

Nicolás consideraba que ni el Manifiesto de Octubre ni las nuevas Leyes Fundamentales afectaban a sus prerrogativas autocráticas. A su juicio, la Duma era un cuerpo consultivo, no legislativo («Yo creé la Duma, no para que me dirija, sino para que me aconseje», le dijo al ministro de la Guerra).[2] Pensaba, además, que al haber «otorgado» la Duma y las Leyes Fundamentales por voluntad propia, estas no lo limitaban, y como no había jurado lealtad al nuevo orden, también podía dejarlo sin efecto cuando quisiera.[3] La contradicción evidente entre la realidad de un régimen constitucional y la insistencia de la corte en que nada había cambiado tuvo consecuencias desconcertantes. Así, incluso Piotr Stolipin, lo más parecido que Rusia tenía a un auténtico primer ministro parlamentario, sostenía en conversaciones privadas que el país no tenía una Constitución porque un documento de dichas características debía ser el fruto de un acuerdo entre los gobernantes y los súbditos, mientras que las Leyes Fundamentales de 1906 habían sido promulgadas por el zar. Según él, el gobierno de Rusia no era «constitucional», sino «representativo», y las únicas limitaciones a la autoridad imperial serían las que el zar estimara adecuado imponerse a sí mismo.[4] ¿Y qué decir de Vladímir Kokóvtsov, sucesor de Stolipin, quien, al dirigirse a la Duma, exclamó: «¡Gracias a Dios todavía no tenemos un Parlamento!»?[5] Maurice Baring, un estudioso inglés de la realidad rusa, concluyó a partir de sus observaciones personales en 1905-1906 que para la burocracia rusa lo ideal era tener «instituciones

parlamentarias y un gobierno autocrático». En un sentido similar, los rusos decían en broma que «el zar está dispuesto a otorgar una Constitución siempre que la autocracia quede intacta».[6] En la medida en que estas actitudes contradictorias se prestan a una explicación racional, cabe buscarla en la tradición de los cuerpos consultivos moscovitas llamados Asambleas de la Tierra (Zemskiye Sobori), convocados de vez en cuando para dar a los zares una opinión no vinculante. Pero, por supuesto, según lo establecido en el Manifiesto de Octubre y las Leyes Fundamentales de 1906, la Duma era un órgano legislativo y no consultivo, de modo que la analogía con el pasado carecía de pertinencia salvo, quizá, en el plano psicológico.

El comportamiento de la Corona bajo el régimen constitucional no puede entenderse sin prestar atención a los diversos grupos monárquicos que veían el Manifiesto de Octubre como una mala pasada jugada al zar por el taimado Witte y sus presuntos partidarios judíos. También ellos opinaban que ni el manifiesto ni las Leyes Fundamentales eran inviolables; lo que el zar había dado, el zar podía quitarlo. Estos grupos, compuestos en su mayor parte por terratenientes (muchos de las provincias occidentales), publicistas de derecha y miembros del clero ortodoxo, apoyados por sectores de clase media baja, profesaban una ideología muy simple consistente en defender la autocracia y la consigna «Rusia para los rusos». Su perspectiva se reducía cada vez más a un antisemitismo furibundo que veía en los judíos, una raza enemiga del cristianismo e inclinada a buscar la dominación mundial, la fuente de todos los males de Rusia. El más influyente de estos grupos era la Unión del Pueblo Ruso, que organizaba manifestaciones patrióticas, publicaba literatura virulentamente antisemita y de tanto en cuando realizaba pogromos en los que participaban bandas de

matones urbanos llamados Centurias Negras (Chiorniye Sotni). Era muy improbable que en unas elecciones democráticas estos grupos de extrema derecha, que en muchos aspectos eran un antecedente de los nacionalsocialistas alemanes de la década de 1920, obtuvieran un solo escaño en la Duma, pero tenían una desproporcionada influencia gracias a la semejanza de sus puntos de vista e intereses con los de la Corona y sus funcionarios más reaccionarios. Fueron ellos los que alentaron a Nicolás y su esposa a creer que el país mantenía su incondicional lealtad a la dinastía Romanov y los ideales de la autocracia.[7]

Los burócratas más liberales no eran contrarios a conceder poderes limitados a un cuerpo representativo; según un alto funcionario, la idea de una institución representativa con la cual repartir la responsabilidad (si no la autoridad) de gobernar Rusia «crecía como la hierba» en los círculos gubernamentales.[8] El káiser Guillermo II ponía de relieve el fundamento de estas simpatías en una carta de agosto de 1905 al zar, en relación con el anuncio de la llamada «Duma de Buliguin»:

> El manifiesto por el cual ordenas la formación de la «Duma» ha causado una impresión excelente en Europa […], tienes una excelente percepción de la mentalidad de tu pueblo y le haces asumir una parte de la responsabilidad por el futuro, que tal vez a él le habría gustado endosarte exclusivamente a ti, y de ese modo logras que sean imposibles una «crítica» y una insatisfacción generales ante cosas que hubieras hecho *tú solo*.[9]

Pero, a ojos de la burocracia, dichos beneficios solo podían cosecharse si el Parlamento se limitaba a desempeñar funciones básicamente ceremoniales. Vasili Maklákov describió así la actitud de Iván Goremikin, el ministro favorito del zar, en vísperas de la sesión de apertura de la Primera Duma:

> En lo tocante a la Duma, para él era exclusivamente un factor que

> complicaba los procedimientos legislativos. En el fondo, esta complicación le parecía innecesaria; pero, por lamentable que fuera, una vez creada era menester reducirla al mínimo. No era algo difícil. El plan del gobierno para la Duma era sencillo. Para empezar, a los diputados les bastaría con el honor de ser recibidos en audiencia por el emperador; luego se verificarían sus mandatos y se establecerían reglas. Vendría después un receso, dispuesto lo más rápidamente posible, de modo que las sesiones se postergarían hasta el otoño. A continuación, se debatiría el presupuesto. Las exigencias prácticas de la vida se impondrían por sí solas, el guirigay se calmaría, el orden quedaría restablecido y todo sería como antes.[10]

No todos los ministros de la Corona pensaban así; Stolipin, en particular, procuraría hacer de la Duma un auténtico socio. Pero Goremikin reflejaba con mayor fidelidad las actitudes predominantes en la corte y entre sus partidarios conservadores; unas actitudes que impedían el funcionamiento eficaz de un gobierno parlamentario en un momento en el que el gobierno autocrático había dejado de ser viable. Como si quisiera demostrar los sentimientos que le suscitaba la Duma, Nicolás se negó a cruzar su umbral y prefirió recibir a los diputados en el Palacio de Invierno.[87*]

Más adelante, después de la revolución, algunos funcionarios del régimen zarista justificaron la renuencia de la monarquía a compartir el poder con la Duma con el pretexto de que la «sociedad» rusa, tal como la representaba la *intelligentsia*, habría sido incapaz de administrar el país; la instauración del gobierno parlamentario en 1906 hubiera servido meramente para desencadenar la anarquía de 1917 mucho antes de esta fecha.[11] Pero estos argumentos, manifestados en la emigración, contaban con la ventaja de la visión retrospectiva; una coalición parlamentaria entre conservadores y liberales que cooperara con la monarquía y su funcionariado se habría mostrado sin duda más eficaz de lo que resultó ser esa misma coalición en marzo de 1917, tras la abdicación del monarca y cuando no tenía otra alternativa que buscar el respaldo de la *intelligentsia* revolucionaria.[img 20]

Si la *intelligentsia* rusa hubiera sido políticamente más madura —más paciente, es decir, más proclive a comprender la mentalidad del *establishment* monárquico—, Rusia quizá habría logrado efectuar una transición ordenada de un régimen semiconstitucional a otro genuinamente constitucional. Pero las clases instruidas carecían en gran medida de dichas cualidades. Desde el primer día de vigencia de la Constitución, aprovecharon todas las oportunidades para librar una guerra contra la monarquía. Los intelectuales radicales rechazaban los principios mismos de la monarquía constitucional y el gobierno parlamentario. Al principio boicotearon las elecciones a la Duma; más adelante, tras llegar a la conclusión de que el boicot era un error, participaron en ellas pero con el único fin de alterar los procedimientos parlamentarios e incitar a la población a la rebelión. En este aspecto, el papel del Partido Democrático Constitucional apenas fue más constructivo. Si bien los liberales aceptaban el principio de la monarquía constitucional, consideraban que las Leyes Fundamentales de 1906 eran una pantomima e hicieron todo lo posible para privar a la monarquía de una autoridad concreta.[88*]

De resultas de ello, dado que ahora tenía un ámbito formal donde exteriorizarse, el tradicional conflicto entre las autoridades y la *intelligentsia* se intensificó en vez de lo contrario. Struve, que observaba esta lucha con una sensación de alarma porque creía que terminaría inevitablemente en una catástrofe, escribió que «en cierto modo la revolución y la reacción rusas se clavan las garras una a otra, y de cada nueva herida, de cada gota de sangre que extraen, manan la falsedad y el odio vengativos de la vida rusa».[12]

Los expertos a quienes el gobierno encargó la redacción de las nuevas Leyes Fundamentales recibieron el encargo de

elaborar un documento que cumpliera con las promesas del Manifiesto de Octubre y, aun así, preservara la mayor parte de las prerrogativas tradicionales de la monarquía rusa.[13] Entre diciembre de 1905 y abril de 1906, cuando se completó la tarea, confeccionaron varios borradores que se discutieron y revisaron en reuniones de gabinete a veces presididas por el zar. El producto final fue una constitución conservadora, desde el punto de vista tanto del derecho al voto como de las facultades reservadas a la Corona.

La ley electoral fue elaborada en reuniones de funcionarios y representantes públicos. La cuestión principal era si establecer un voto equitativo y directo o un voto organizado por estamentos e indirecto, a través de colegios electorales.[14] De acuerdo con la recomendación de la burocracia, se decidió adoptar un sistema de votación indirecta por estamentos a fin de reducir el peso de los sectores de votantes más inclinados, se presumía, a elegir diputados radicales. Iba a haber cuatro curias electorales: para la nobleza rural (*dvorianye*), para los residentes de las ciudades (*meshchanye*), para los campesinos y para los obreros; este último grupo recibió el derecho a voto que el proyecto de Buliguin le había negado. El sufragio era tan artificioso que el voto de un miembro de la nobleza rural equivalía a los de tres ciudadanos, quince campesinos y cuarenta y cinco obreros.[15] Salvo en las grandes ciudades, los votantes elegían a electores que a su vez seleccionaban, o bien a otros electores, o bien a los diputados mismos. Estas disposiciones electorales rechazaban el derecho democrático al voto promovido por los partidos liberales y socialistas rusos, que exigían un sufragio con cuatro características: universal, directo, equitativo y secreto. El gobierno, por su parte, esperaba que la reducción del voto urbano le permitiera asegurarse una Duma manejable.

Mientras los expertos trabajaban en la redacción de la Constitución, el gobierno promulgó leyes que ponían en práctica las promesas del Manifiesto de Octubre en materia de derechos civiles.[16] El 24 de noviembre de 1905 se eliminó la censura previa de las publicaciones periódicas; en lo sucesivo, los diarios y revistas que publicaran materiales que las autoridades consideraran sediciosos o difamatorios solo podrían ser procesados por la justicia ordinaria. Aunque durante la Primera Guerra Mundial se restableció en parte la censura previa, a partir de 1905 los rusos disfrutaron de plena libertad de prensa, lo cual hacía posible criticar sin restricciones a las autoridades. Las leyes promulgadas el 4 de marzo de 1906 garantizaron los derechos de reunión y asociación. Ahora los ciudadanos estaban autorizados a celebrar reuniones lícitas con tal de que lo notificaran al jefe de policía local con setenta y dos horas de antelación y respetaran ciertas normas en las concentraciones al aire libre. La constitución de asociaciones también requería la notificación previa a las autoridades; si al cabo de dos semanas no se planteaban objeciones, los organizadores eran libres de proceder. Esta ley permitió la creación de sindicatos y partidos políticos, aunque, en la práctica, en ambos casos el permiso gubernamental se retrasaba con cualquier pretexto. [89*]

Estos derechos y libertades no tenían precedentes en la historia rusa. No obstante, la burocracia encontró la manera de eludirlos recurriendo a las disposiciones de la ley del 14 de agosto de 1881, que autorizaba a los gobernadores a poner las provincias bajo «protección», medida que se mantuvo en los códigos de leyes hasta 1917. A lo largo de todo el período constitucional se declararían sujetas a este estatus vastas extensiones del Imperio ruso, lo cual significaba para sus habitantes la suspensión de los derechos civiles, incluidos los

de reunión y asociación.[17]

Las nuevas Leyes Fundamentales, dadas a conocer el 26 de abril, mientras se celebraban las elecciones a la Duma, eran un documento curioso. En su redacción se procuró que se apartaran lo menos posible de las Leyes Fundamentales tradicionales, por lo cual hacían especial hincapié, como antes de 1905, en los poderes y prerrogativas de la Corona. Los correspondientes al poder legislativo aparecían casi como una idea de último momento un tanto embarazosa. Para agravar aún más la confusión entre el nuevo y el viejo orden, se definía al monarca como un «autócrata», mediante una fórmula que databa del reinado de Pedro el Grande: «Artículo 4: Pertenece al Emperador de Todas las Rusias el Supremo Poder Autocrático. Dios Mismo ordena que se le obedezca, no solo por temor a la ira divina, sino también por razones de conciencia».[18] Tradicionalmente, el artículo correspondiente había descrito los poderes del zar como «ilimitados» y «autocráticos». Ahora se omitía el primero de estos términos, pero la omisión tenía escasa importancia porque en el ruso moderno el adjetivo «autocrático», que en tiempos de Pedro significaba «soberano» —esto es, independiente de otros poderes—, había adquirido también el sentido de una autoridad no sujeta a limitación alguna.

Se daba a Rusia un Parlamento bicameral. La cámara baja, la Duma Estatal (Gosudarstvennaya Duma), estaba compuesta en su totalidad por representantes surgidos de una elección popular y escogidos conforme al sistema antes indicado. La cámara alta, el Consejo de Estado (Gosudarstvennaya Soviet), era la institución que con el mismo nombre había existido desde 1802 con la función de traducir en leyes las órdenes imperiales. La conformaban funcionarios designados, a los que se sumaban representantes

de los cuerpos públicos (la Iglesia, los *zemstvos*, las Asambleas de Nobles y las universidades). Su objetivo era servir de freno a la Duma. Como el Manifiesto de Octubre no la mencionaba, los liberales vieron en su creación la ruptura de una promesa.

Todos los proyectos de ley, aparte de requerir la aprobación de la Corona, necesitaban el consentimiento de ambas cámaras; el Consejo del Estado, junto con el zar, podía vetar las propuestas legislativas emanadas de la cámara baja. Además, las dos cámaras debían emitir anualmente un dictamen sobre el presupuesto estatal, una poderosa prerrogativa que en las democracias occidentales servía para controlar al poder ejecutivo. Sin embargo, en el caso de Rusia las facultades presupuestarias del Parlamento quedaban diluidas debido a una disposición que eximía de su análisis los pagos de deudas del Estado, los gastos de la casa imperial y los «créditos extraordinarios».

El Parlamento disfrutaba del derecho de «interpelación», es decir, de someter a los ministros a un interrogatorio formal. Si los diputados planteaban dudas sobre la legalidad de algún acto de gobierno, entonces —y solo entonces— el ministro o los ministros correspondientes tenían que comparecer en la Duma para responder a sus preguntas. Aunque la legislatura no tenía autoridad para interrogarlos sobre la conducción general de las políticas, dado que este derecho le habría permitido aprobar una moción de censura, la interpelación era un procedimiento importante para mantener a raya a la Corona y a sus funcionarios.

En algunos aspectos, la prerrogativa tal vez más importante del nuevo Parlamento era el derecho de sus miembros a la libertad de expresión y la inmunidad parlamentaria. Desde abril de 1906 hasta febrero de 1917, la Duma fue un foro para lanzar críticas irrestrictas y a menudo destempladas contra el

régimen. Es probable que ello contribuyera más a socavar el prestigio del gobierno ruso a ojos de la población que todas las atrocidades revolucionarias, porque despojaba a las altas esferas del aura de omnisciencia y omnipotencia que estas se esforzaban tanto por mantener.

Para decepción de la oposición, la Corona conservó la facultad de designar a los ministros. Esta cláusula generó gran fastidio entre los liberales, que querían un gabinete parlamentario integrado por su propia gente; la cuestión sería la más conflictiva en las relaciones entre el gobierno y la oposición durante la década final de la monarquía. Los liberales se negaban a transigir en este tema; en 1915-1916, no se pronunciaron sobre el deseo del gobierno de adoptar calladamente el sistema estadounidense de designación de ministros para el Parlamento. Nicolás, por su parte, se negaba en redondo a otorgar a la Duma dicha facultad, porque estaba seguro de que los ministros designados por ella cometerían errores graves y luego se desentenderían y renunciarían.

La Corona conservó el derecho a declarar la guerra y hacer la paz.

Por último, pero no por ello menos importante, la monarquía no cumplió la promesa del Manifiesto de Octubre de garantizar a los diputados elegidos por la nación «una oportunidad concreta de supervisar la legalidad de los actos» del gobierno. Al margen del derecho de interpelación, que podía utilizarse para poner en apuros al gobierno pero no para influir en sus políticas, el Parlamento no controlaba a la burocracia. A todos los efectos prácticos, los integrantes de las altas esferas burocráticas, incluida la policía, mantuvieron su inmunidad y no podían ser enjuiciados. El cuerpo administrativo de la Rusia imperial siguió siendo, como antes, un organismo al margen de la supervisión parlamentaria y

por encima de la ley; un cuerpo «metajurídico», por decirlo de algún modo.

Otras dos disposiciones de las Leyes Fundamentales de 1906 exigen una breve explicación. En efecto, aunque también se encontraban en otras constituciones europeas, en Rusia se abusaría particularmente de ellas. Como en Gran Bretaña, la Duma tenía un mandato normal de cinco años, pero el monarca podía disolverla antes, a su placer. En los tiempos modernos, la Corona inglesa no habría soñado con disolver el Parlamento y convocar elecciones salvo que así lo aconsejara el líder de la mayoría parlamentaria. En Rusia era diferente: la Primera Duma duró apenas 72 días y la segunda, 105, ambas disueltas porque la Corona no estaba satisfecha con su conducta. Solo a partir de junio de 1907, cuando modificó de manera unilateral y anticonstitucional la ley electoral para tener una Duma más dócil, permitió la Corona que el mandato de la cámara baja se prolongara durante los cinco años previstos.

Aún más pernicioso fue el recurso del gobierno al artículo 87 de las Leyes Fundamentales, que lo autorizaba a aprobar leyes de emergencia cuando el Parlamento no celebraba sesiones. Según lo dispuesto por este artículo, dichas leyes caducaban a menos que el Parlamento las aprobara dentro de los primeros sesenta días del nuevo período de sesiones. Las autoridades utilizaron a su antojo esta cláusula, no tanto para afrontar situaciones de emergencia como para soslayar los procedimientos legislativos normales, ya fuera porque los consideraban demasiado farragosos o porque había escasas probabilidades de que el Parlamento actuara en su beneficio; de vez en cuando, se posponía deliberadamente la convocatoria de la Duma para permitir al gobierno legislar por decreto. Tales prácticas se mofaban de las facultades legislativas del Parlamento y menoscababan el respeto por la

Constitución.

La existencia de una legislatura hizo que resultara ya imposible manejar los asuntos ministeriales a la manera tradicional. El Consejo de Ministros (Soviet Ministrov), antes un cuerpo sin autoridad, se convirtió en un gabinete con un presidente que era en la práctica, aunque no nominalmente, un primer ministro. Bajo su nueva forma, constituía una ruptura respecto de la costumbre tradicional en virtud de la cual los ministros informaban por separado al zar. Según el nuevo ordenamiento, las decisiones tomadas por el consejo eran vinculantes para todos los ministros.[90*]

Que consideremos las Leyes Fundamentales de 1906 un gran progreso en el desarrollo político de Rusia o una medida engañosa que se quedaba a medio camino —una «pseudo-Constitución» (*Scheinkonstitution*), como la calificó Max Weber—, dependerá de nuestros criterios. Juzgada según las pautas imperantes en las democracias industriales avanzadas, la Constitución rusa dejaba sin duda mucho que desear. Pero en relación con el pasado de Rusia, de quinientos años de autocracia, la carta magna de 1906 representaba un gigantesco paso hacia un orden democrático. El gobierno permitía por primera vez que representantes electos de la nación presentaran y vetaran medidas legislativas, examinaran el presupuesto, criticaran a la monarquía e interrogaran a sus ministros. Si el experimento constitucional no logró en última instancia asociar al Estado y la sociedad, la culpa no fue tanto de las deficiencias de la Constitución como de la renuencia de la Corona y el Parlamento a aceptar el nuevo ordenamiento y actuar responsablemente en el marco de sus disposiciones.

Una vez dotado el país de un Parlamento, existía la certeza prácticamente absoluta de que los liberales lo controlarían. La

Revolución de 1905, cuyo principal fruto había sido el Manifiesto de Octubre, había tenido dos etapas bien diferenciadas, la primera exitosa y la segunda no. La primera había sido puesta en marcha y liderada por la Unión de Liberación, y había llegado a su punto culminante con el Manifiesto de Octubre. La segunda, iniciada al día siguiente de la firma de dicho documento, degeneró en pogromos brutales instigados tanto por los partidos revolucionarios como por los partidos reaccionarios, y finalmente las fuerzas del orden la aplastaron. Como organizadores de la primera y exitosa etapa de la revolución, los liberales fueron sus principales beneficiarios. Su intención era explotar esa ventaja para convertir a Rusia en una democracia parlamentaria en toda regla. La decisión de los dos partidos socialistas más importantes, los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, de boicotear las elecciones a la Duma aseguró su victoria.

Los demócratas constitucionales adoptaron una estrategia parlamentaria extremadamente agresiva porque vieron en el boicot socialista una oportunidad única de atraer a sus votantes. Insistieron en considerar ilegítimas las nuevas Leyes Fundamentales; solo la nación soberana, a través de sus representantes democráticamente elegidos, tenía derecho a redactar una Constitución. El conservador liberal Vasili Maklákov estimaba que la cúpula de su partido, hechizada por la visión de 1789, no aceptaría nada que no fuera una Asamblea Constituyente:

> Recuerdo la indignación del Congreso [del Partido Kadete] por la promulgación de una Constitución en vísperas de la convocatoria de la Duma. La volvía especialmente peligrosa el hecho de no ser fingida. Los liberales deberían haber entendido que si el emperador hubiera convocado un cuerpo representativo nacional sin fijarle límites jurídicos, habría abierto la puerta a una *revolución*. Ahora lo entendían y la perspectiva no los alarmaba. Al contrario: se rebelaban contra la idea de que la Duma tuviera que trabajar dentro del *marco* de los derechos establecidos por la

> *Constitución*, lo cual equivale a probar que no se la tomaban en serio. Según su parecer, la «representación nacional» era soberana y tenía derecho a demoler los muros que la Constitución había levantado en torno a ella. Era posible advertir el origen de esa mentalidad. Su espíritu se inflamaba con los recuerdos de la Gran Revolución. La Duma era para ellos como los Estados Generales, y, como estos, tenía que convertirse en una Asamblea Nacional y dar al país una verdadera Constitución en lugar de la que la vigilante Monarquía había otorgado de manera subrepticia.[19]

Para los kadetes, la Duma era un campo de batalla; con los llamamientos a las «masas» pretendían forzar a la Corona a ceder todo el poder. Las dudas que los liberales de mentalidad moderada pudieran haber albergado respecto a lo acertado de una estrategia de confrontación quedaron silenciadas por la espectacular victoria de los kadetes en las elecciones a la Duma. Al ser el partido más radical en las urnas, atrajeron gran parte de los votos que, de lo contrario, habrían obtenido los socialistas revolucionarios y los socialdemócratas, algo que suscitó la ilusión de que se habían convertido en el principal partido nacional de la oposición. Con 179 de un total de 478 diputados, se convirtieron en el grupo más fuerte de la cámara baja, y gracias a los votos obreros conquistaron todos los escaños por Moscú y San Petersburgo. Aun así, solo controlaban el 37,4 por ciento del total; al carecer de una mayoría absoluta, necesitaban aliados. Podrían haberlos buscado en la derecha, entre los liberales conservadores. Pero, decididos a mantener su influencia sobre el electorado campesino y obrero, viraron a la izquierda en busca de los socialistas agrarios que habían sido elegidos individualmente, y a quienes llegaría a conocerse con el nombre de «laboristas» (*trudoviki*).

Embriagados por el éxito y creyéndose en vísperas de una segunda y decisiva revolución, los kadetes se lanzaron a la ofensiva. Bajo la dirección de Miliukov, dijeron estar dispuestos a formar parte del gabinete, pero con una condición: que el zar convocara una Asamblea Constituyente.

Como se ha señalado, las negociaciones de Witte con los conservadores liberales (Shípov, Guchkov y otros) tampoco habían llegado a buen puerto.[20] La Corona realizaría varios intentos más de incorporar a los liberales y los liberal-conservadores al gabinete, pero una y otra vez fracasaría. Así pues, el escenario estaba preparado para una confrontación parlamentaria no sobre políticas, sino sobre la naturaleza misma del régimen constitucional ruso.

La Corona afrontaba la inminente inauguración de la Duma con inquietud pero sin un programa. Lo que aconteció una vez iniciadas las sesiones superó sus peores temores.

Los burócratas liberales le habían asegurado a Nicolás que las elecciones no eran una amenaza para él porque las cláusulas que garantizaban la preponderancia de los campesinos redundarían en una Duma con afán de cooperación; era el mismo error cometido por la monarquía francesa en 1789, cuando duplicó la representación del Tercer Estado en los Estados Generales. No todos compartían este optimismo: Durnovó, el ex ministro del Interior y uno de los políticos más astutos de Rusia, había advertido de que la mayoría de los diputados provendrían de la «semi-*intelligentsia*» radical rural, ávidos por consolidar su influencia sobre el campesinado.[21] En efecto, casi la mitad de los diputados de la Primera Duma eran campesinos, muchos de ellos del tipo recién descrito. Y resultaron ser muy diferentes de los respetuosos *mujiks* que, en la imaginación de los conservadores eslavófilos, poblaban Rusia. Krizhanovski describe así la repugnancia que embargó a los círculos oficiales al ver las hordas de representantes campesinos llegados a San Petersburgo en la primavera de 1906:

> Bastaba con echar un vistazo a la variopinta multitud de «diputados» —y fue mi suerte pasar días enteros entre ellos en los pasillos y el jardín del Palacio de Táuride— para sentir horror en vista del primer cuerpo

representativo de Rusia. Era una concentración de salvajes. Parecía como si la tierra rusa hubiera enviado a San Petersburgo todo lo que había de bárbaro en ella, todo lo que estaba colmado de envidia y malicia. De haber supuesto que estos individuos representaban realmente al pueblo y sus «aspiraciones más íntimas», nos habríamos visto obligados a admitir que Rusia podría sobrevivir al menos un siglo más solo por la fuerza de la coacción externa, no por la de la cohesión interna, y que el absolutismo ilustrado era para ella la única forma saludable de gobierno. El intento de fundamentar el sistema político en la voluntad del pueblo estaba sin lugar a dudas condenado al fracaso, porque en esa masa cualquier conciencia del Estado —por no hablar de un Estado compartido— estaba completamente sumergida en la hostilidad social y la envidia de clase; para ser más preciso, dicha conciencia estaba del todo ausente. Era igualmente fútil depositar las esperanzas en la *intelligentsia* y su influencia cultural. En la Duma, la *intelligentsia* tenía una representación relativamente escasa y era evidente que cedía a la furibunda energía de las masas oscuras. Creía en el poder de las buenas palabras, defendía ideales que eran por completo ajenos a las masas e innecesarios para ellas, y su único papel consistía en actuar como un trampolín hacia la revolución. No podía actuar creativamente. […]

La actitud de los delegados campesinos en la Duma respecto de sus responsabilidades era curiosa en extremo. Traían peticiones sobre diversos asuntos que ponían en los escaños [de los diputados], de los cuales el personal de la Duma las sacaba sin demasiados remilgos. En una oportunidad, la policía detuvo en una calle adyacente al Palacio de Táuride a dos campesinos que vendían billetes para entrar en él; resultaron ser diputados de la Duma, cuyo presidente fue debidamente informado del incidente.

Algunos diputados comenzaron de inmediato a difundir propaganda revolucionaria en las fábricas, a organizar manifestaciones callejeras, a incitar al populacho contra la policía, etcétera. Durante una de esas manifestaciones en Ligovka, el instigador de una multitud pendenciera, un tal Mijailichenko, un diputado que representaba a los mineros de los Urales, fue apaleado. Se presentó al día siguiente en la Duma y participó en la discusión sobre ese incidente con la cara tan vendada que solo los ojos y la nariz eran visibles. Los diputados campesinos se emborrachaban en las tabernas y participaban en riñas; cuando se intentaba detenerlos alegaban tener inmunidad parlamentaria. Al principio, la policía se mostró muy confundida, sin saber bien qué podía hacer o no en tales casos. En uno de esos incidentes, quien disipó las dudas fue una anciana, la dueña de la taberna, cuando, en respuesta a la pretensión de inviolabilidad de un diputado borracho, le dio una paliza mientras le gritaba: «Para mí eres muy violable, reverendo hijo de…», tras lo cual lo arrojó a la calle. […] Grandes ceremonias rodearon el entierro de un diputado de la Duma, cuyo nombre se me escapa, que había muerto de *delirium tremens*; en uno de los discursos

fúnebres se aludió a él como un «combatiente caído en el campo del honor».

> Tras la llegada [a San Petersburgo] de algunos diputados, los tribunales del *volost* y de otras jurisdicciones los condenaron por hurto y otros timos: a uno por haber robado un cerdo, a otro por carterista, etcétera. De acuerdo con informaciones recogidas por el Ministerio del Interior, el número de diputados de la Primera Duma —en su mayor parte campesinos— que, debido a la descuidada confección de las listas de votantes y electores, tenían antecedentes penales por delitos pecuniarios que los descalificaban para participar en las elecciones, ya fuera antes de incorporarse a la Duma o dentro del año posterior a su disolución, superaba en total las cuarenta personas, es decir, el 8 por ciento de sus integrantes.[22]

El día de apertura de las sesiones de la Duma, el zar recibió a los diputados en una reunión solemne en el Palacio de Invierno y pronunció un discurso en el cual prometió respetar el nuevo orden. Por medio de una moción presentada por los kadetes, la Duma respondió con un desafío revolucionario, aprobado por todos los diputados con excepción de cinco. Se exigía la abolición de la cámara alta, la facultad de designar y destituir a los ministros, expropiaciones forzosas de algunas propiedades de terratenientes y la amnistía para los presos políticos, incluidos los condenados por crímenes terroristas. Cuando la corte, tras conocer la respuesta de la Duma, se negó a recibir a la delegación de esta enviada para presentarla, la cámara aprobó de manera casi unánime una moción de censura contra el gabinete, junto con la exigencia de que dejara su lugar a un ministerio escogido por el propio órgano parlamentario.[23]

Este comportamiento sembró el desconcierto en el gobierno, acostumbrado a llevar los asuntos con el mayor recato. Los servicios de seguridad estaban especialmente alarmados, ya que temían el efecto incendiario de la retórica de la Duma en el campo. Según un funcionario policial, la existencia misma de un régimen constitucional confundía a los campesinos. Estos, incapaces de imaginar por qué las autoridades permitían a los diputados de la Duma exigir

cambios en el sistema de gobierno, a la vez que castigaban a particulares por plantear demandas similares, llegaban a la conclusión de que «la propaganda revolucionaria [de la Duma] se realizaba con la aprobación y hasta el aliento del gobierno».[24] Habida cuenta de que, de todas formas, el prestigio de este último entre los campesinos había caído a raíz de la derrota en la guerra con Japón y su incapacidad para acabar con el terror socialista revolucionario, el temor de la policía a perder el control de las aldeas estaba justificado.

En estas circunstancias, la corte decidió la disolución de la Duma. Tan pronto como tuvieron noticia de la decisión, los kadetes y otros diputados de centroizquierda quisieron hacer una sentada de protesta, pero tuvieron que renunciar a este plan porque el gobierno mandó tropas para rodear la Duma. La orden de disolución tal vez fuera una violación del espíritu de las Leyes Fundamentales, pero era indudablemente legítima. No obstante, los kadetes y algunos de sus socios vieron en ella la oportunidad de lanzar el guante revolucionario. Tras instalarse en la cercana Víborg, una ciudad finlandesa fuera de la jurisdicción de la policía rusa, lanzaron un llamamiento a los ciudadanos de Rusia para que se negaran a pagar los impuestos y suministrar reclutas. La protesta era a la vez inconstitucional y fútil. El país ignoró el manifiesto de Víborg y su única consecuencia fue impedir a los signatarios, entre quienes se contaban muchos de los liberales más importantes, presentarse a futuras elecciones.

Así pues, los liberales, demasiado confiados en sí mismos, perdieron la escaramuza inicial de la guerra que habían declarado a la monarquía constitucional.

El Manifiesto de Octubre había aplacado a la oposición moderada liberal-conservadora, pero no a los políticos liberales radicales y los socialistas. Estos últimos lo

consideraron una mera concesión preliminar; la revolución debía continuar hasta la victoria total. Incitada por los intelectuales de centroizquierda, la violencia no menguaba, provocando la respuesta contraterrorista de la derecha bajo la forma de pogromos contra estudiantes y judíos.

La agitación agraria de 1905-1906 tuvo dos consecuencias. Terminó para siempre con los tradicionales sentimientos promonárquicos del campesinado. En lo sucesivo, el *mujik* ya no contó con que el zar le diera la tierra que codiciaba, y puso sus esperanzas en la Duma y los partidos liberales y radicales. Además, los campesinos de la Rusia central lograron que se «esfumaran» muchos terratenientes que, asustados por los ataques a sus bienes, se deshacían de sus fincas y se marchaban. Estos hechos aceleraron la liquidación de la agricultura terrateniente que había comenzado con el Edicto de Emancipación y que se completaría en 1917. A partir de 1905, el campesinado fue el mayor comprador (37-40 por ciento) en el mercado de tierras. Los terratenientes, que entre 1863 y 1872 habían adquirido el 51,6 por ciento de las tierras, entre 1906 y 1909 apenas constituyeron el 15,2 por ciento de los compradores.

La *jacquerie* campesina se exacerbó debido a la campaña de terror político de los socialistas revolucionarios.[25] El mundo nunca había visto nada parecido, una oleada de asesinatos que pronto sumió en una psicosis colectiva a cientos, si no miles, de hombres y mujeres jóvenes (el asesinato como fin en sí mismo, dado que su supuesto objetivo hacía ya mucho que se había perdido de vista). Aunque los blancos declarados eran los funcionarios gubernamentales, sobre todo policías, en la práctica el terror podía ser muy indiscriminado. Como de costumbre, los límites que lo separaban de la delincuencia común terminaron por desvanecerse cuando algunos

terroristas comenzaron a practicar la extorsión con fines económicos y a intimidar a testigos judiciales. La mayoría de los terroristas eran jóvenes —las dos terceras partes tenían veintidós años o menos— para quienes las acciones, osadas y con frecuencia suicidas, constituían una suerte de rito de paso a la edad adulta. Sus miembros más furibundos, los maximalistas, mataban por matar, a fin de acelerar el derrumbe del orden social. Los efectos del terror socialista revolucionario se extendían más allá de las vidas que destruían y las contramedidas represivas que provocaban. Disminuyeron aún más el nivel ya bajo de la vida política en Rusia, lo cual desmoralizaba a quienes participaban activamente en ella y hacían del recurso a la violencia una manera normal de encarar los problemas difíciles.

Los socialistas revolucionarios decidieron lanzar una campaña de terror masiva en enero de 1906, es decir, después de que el país recibiera la promesa de una Constitución. Su magnitud fue asombrosa. En junio de ese mismo año, Stolipin dijo en la Duma que en los ocho meses anteriores había habido 827 intentos de asesinato de funcionarios del Ministerio del Interior (entre los que se incluían la policía y la gendarmería), con el resultado de 288 personas muertas y 383 heridas.[26] Un año después, el director del Departamento de Policía informó a la Duma de que en las provincias bálticas de Livonia y Curlandia se habían producido 1.148 actos terroristas con un balance de 324 muertes; la mayoría de las víctimas eran policías y soldados.[27] Se ha calculado que a lo largo de 1906 y 1907 los terroristas mataron o mutilaron en el Imperio ruso a 4.500 funcionarios.[28] Si a ello se suman los particulares, el número total de víctimas del terror izquierdista entre 1905 y 1907 asciende a más de 9.000.[29]

La esperanza del gobierno de que la Duma lo ayudara a

hacer frente a estas atrocidades no se cumplió. Hasta los demócratas constitucionales se negaron a condenarlas, basándose en la idea de que el terror revolucionario era una reacción natural al terror gubernamental. Cuando un diputado de la Duma se aventuró a afirmar que en un régimen constitucional no había lugar para el terror, sus colegas lo atacaron por «provocador» y la resolución presentada por él solo obtuvo treinta votos.[30]

En estas difíciles circunstancias —un Parlamento rebelde, violencia rural y terror de alcance nacional—, la monarquía apeló a un «hombre fuerte», el gobernador de Sarátov, Piotr Arkádievich Stolipin.

Stolipin, que ejercería como primer ministro desde julio de 1906 hasta su muerte en septiembre de 1911, era posiblemente el estadista más sobresaliente de la Rusia imperial. Pese a sus notables dotes, sus únicos posibles rivales —Speranski y Witte— no reunían, al contrario que él, la visión de un estadista y las aptitudes de un político. Sin ser un pensador original —la mayoría de sus medidas habían sido previstas por otros—, impresionaba tanto a rusos como extranjeros por su fortaleza de carácter y su integridad; sir Arthur Nicolson, el embajador británico en Rusia, creía lisa y llanamente que se trataba de la «figura más notable de Europa».[31] Las ideas de la burocracia liberal guiaban sus actos, y creía que si bien Rusia necesitaba una autoridad firme, en las condiciones de la época esta no podía ejercerse sin apoyo popular. En su opinión, el *dvorianstvo* era una clase en extinción; la monarquía debía apoyarse en los pequeños propietarios rurales independientes, cuya creación era uno de sus principales objetivos. A su juicio, el Parlamento era indispensable —Stolipin fue prácticamente el único primer ministro ruso que se dirigió a los representantes de la nación

como sus iguales y socios—, pero, al mismo tiempo, no creía que pudiese administrar el país. Como Bismarck, a quien emulaba en muchos aspectos, lo imaginaba como una institución auxiliar.[91*] El hecho de que fracasara en sus empeños demuestra lo irreconciliables que eran las posturas en Rusia y las escasas probabilidades que había de que el país escapara a un derrumbe violento.

Nacido en 1862 en Alemania, Stolipin descendía de una familia *dvorianstvo* que había servido a los zares desde el siglo XVI; Struve lo describió como un típico «servidor en el sentido medieval, leal por instinto al soberano imperial».[32] Su padre era un general de artillería que se había distinguido en la guerra de Crimea, y su madre estaba emparentada con Alexánder Gorchakov, ministro de Asuntos Exteriores durante el reinado de Alejandro II. Stolipin habría seguido probablemente la carrera militar de no haber sufrido una discapacidad física desde la infancia. Tras cursar la enseñanza secundaria en Vilna, se matriculó en la Facultad de Física y Matemáticas de la Universidad de San Petersburgo, donde se graduó en 1885 con los máximos honores y un título de «candidato» (el equivalente ruso del doctorado estadounidense) por su tesis sobre agricultura. Muy culto (se decía que hablaba tres lenguas extranjeras), le gustaba verse como un intelectual más que como un burócrata, un sentimiento correspondido por el funcionariado de San Petersburgo, que lo trató como alguien ajeno aun después de que llegara al peldaño más alto del escalafón burocrático.[33]

Después de terminar sus estudios, Stolipin ingresó en el Ministerio del Interior. En 1889, lo destinaron a Kovno, en lo que había sido territorio polaco-lituano, y donde su esposa, la socialmente distinguida Olga B. Neidgardt, tenía propiedades. Allí pasó trece años (1889-1902) como mariscal de la nobleza

(un cargo de esa zona, que se obtenía por nombramiento), dedicado en su tiempo libre a hacer mejoras en la finca de su mujer y a estudiar agronomía.

Los años transcurridos en Kovno iban a ejercer una influencia decisiva en el pensamiento de Stolipin. En las provincias occidentales no existía la propiedad comunal de la tierra, que poseía directamente cada hogar campesino. Al ver que en esa región la condición de la población rural era superior a la de la Rusia central, Stolipin terminó por coincidir con quienes consideraban la comuna campesina como el principal impedimento al progreso rural; y, como estimaba que la prosperidad rural era una condición previa de la estabilidad nacional, llegó a la conclusión de que la preservación del orden público exigía en Rusia la eliminación gradual de la comuna. Esta inhibía en varios aspectos la mejora de la situación económica del campesino. El reparto periódico de parcelas lo privaba de incentivos para mejorar el suelo, dado que este no era suyo; al mismo tiempo, le aseguraba lo mínimo necesario para vivir. También alentaba al campesino emprendedor e industrioso a dedicarse a la usura. Stolipin creía que Rusia necesitaba una gran clase de campesinos independientes y dueños de sus tierras que reemplazara al decadente *dvorianstvo* y fuera un modelo para el resto de la población rural.[34] [img 21]

En mayo de 1902, impresionado con su desempeño como mariscal de la nobleza, el Ministerio del Interior designó a Stolipin gobernador de Grodno; a los cuarenta años, era el titular más joven de ese cargo en todo el imperio. Al cabo de menos de un año, lo trasladaron a Sarátov, una de las provincias imperiales más problemáticas, con antecedentes de disturbios agrarios y una fuerte presencia socialista revolucionaria. Se dice que este nombramiento se debió a

Pleve, deseoso de apaciguar a la opinión pública con la elección de funcionarios de reputación liberal.[35] La experiencia en Sarátov acentuó la hostilidad de Stolipin hacia la comuna, pero también lo llevó a reconocer la fuerte influencia que esta ejercía sobre el *mujik*, a quien le gustaba su efecto «igualador». Sin embargo, a juicio de aquel, la comuna solo permitía «igualar hacia abajo». Para lograr que las energías de los campesinos se «igualaran hacia arriba», tuvo la idea de hacer que el gobierno repartiera tierras de la Corona y el Estado entre granjeros independientes para que, junto al comunal, surgiera un importante sector campesino privado.[36]

Sarátov era una ciudad muy turbulenta en 1905. Stolipin demostró inteligencia y coraje para enfrentarse a la agitación rural. A diferencia de muchos gobernadores que, como reacción a la violencia campesina, se encerraban en sus oficinas y dejaban el trabajo de pacificación a los gendarmes y soldados, visitó las zonas donde se producían disturbios, habló con los campesinos rebeldes y debatió con los agitadores radicales. Persistió en esta actitud a pesar de varios intentos de acabar con su vida, en uno de los cuales resultó herido. Estas iniciativas le permitieron sofocar los desórdenes agrarios con un mínimo uso de la fuerza. En los círculos derechistas, esto le granjeó una reputación de «blandura» y «liberalismo» que no lo ayudaría en el resto de su carrera.

San Petersburgo, no obstante, tomó nota. Las probadas aptitudes administrativas de Stolipin, su coraje y su conocida devoción a la dinastía hacían de él el candidato ideal a un cargo ministerial. El 26 de abril de 1906, tras la renuncia de Witte, se le ofreció la cartera de Interior en el gabinete de Goremikin. Tras algunas vacilaciones, aceptó el cargo y se mudó a la capital. Aunque favorecido por la corte debido a su

servil devoción, Goremikin, de sesenta y siete años, había demostrado ser completamente incapaz de manejar la Duma o sofocar los desórdenes públicos. Arquetipo del burócrata mayordomo, apodado «Su Ilustre Indiferencia» (*Ego Visokoye Bezrazlichiye*), fue liberado de sus responsabilidades el día de la disolución de la Primera Duma (8 de julio de 1906). Stolipin asumió entonces la presidencia del Consejo de Ministros sin dejar la cartera de Interior.

Al hacerse cargo de sus nuevas responsabilidades, Stolipin se basó en la premisa de que el Manifiesto de Octubre había marcado un punto de inflexión en la historia rusa; como le dijo a Struve, «no había posibilidad alguna de restablecer el absolutismo».[37] Este punto de vista lo enfrentaba a la corte y sus partidarios conservadores. Desde el principio comprobó que las políticas que procuraba poner en práctica no disfrutaban de las simpatías ni de la corte ni de muchos de sus propios subordinados en el Ministerio del Interior (estos últimos preferían las tradicionales medidas represivas). Stolipin, si bien con gran pesar, aceptó recurrir a la represión para sofocar los desórdenes, pero la consideraba fútil a menos que estuviera acompañada de una reforma. Tenía en mente un ambicioso programa centrado en la descentralización administrativa como un instrumento para elevar el nivel cultural de la población.[38]

En marzo de 1907 bosquejó un programa de reformas de gran envergadura que abogaba por la ampliación de las libertades civiles (libertad religiosa, inviolabilidad personal, igualdad civil), mejoras en la agricultura, un seguro estatal para los trabajadores industriales, la ampliación de las facultades de los órganos de autogobierno local, la reforma de la policía y el establecimiento de un impuesto de la renta progresivo.[39]

Resuelto a llevar adelante sus obligaciones con la cooperación de la sociedad, entabló contacto con los dirigentes de todos los partidos políticos, salvo los comprometidos con la revolución. También trató de formar en el Parlamento una coalición de partidarios, sobre la base del ejemplo de los «Amigos del Rey» de Jorge III y los *Reichsfreunde* de Bismarck. Estaba dispuesto a no escatimar esfuerzos con este fin, incluidas las componendas legislativas y el recurso al soborno. Sus discursos en la Duma eran ejemplos sobresalientes de oratoria parlamentaria, en virtud no solo de la fuerza de los argumentos, sino también de su tono; Stolipin hablaba a sus compatriotas como un patriota ruso y no como un mayordomo real que comunicara los deseos del amo. Tanto en sus actos como en sus declaraciones públicas daba por sentado que los intereses de Rusia tenían prioridad sobre los intereses privados y partidistas.

Este empeño tuvo escasa respuesta en un país donde el sentido de la nación y el Estado todavía estaba poco desarrollado. Para la oposición, Stolipin era un lacayo de la despreciada monarquía, y para la monarquía era un político ambicioso y egoísta. Las altas esferas de la burocracia nunca lo aceptaron, porque no había recorrido el escalafón ministerial petersburgués.

La tarea más urgente que afrontaba Stolipin era el restablecimiento del orden público. La encaró por medio de duras medidas que le granjearon el encono de la *intelligentsia*.

La justificación inmediata para lanzar una campaña antiterrorista fue un atentado que casi terminó con su vida.

Después de instalarse en San Petersburgo, Stolipin mantuvo la costumbre de sus años de gobernador de abrir su casa los domingos a los peticionarios, e insistía en hacerlo pese a las advertencias de la policía. La tarde del 12 de agosto

de 1906, tres maximalistas, dos de ellos disfrazados de gendarmes, pidieron entrar en su villa de la isla de Aptekarski. Cuando un guardia receloso trató de detenerlos, arrojaron contra el edificio maletas cargadas con explosivos.[40] El resultado fue una matanza espantosa; veintisiete peticionarios y guardias, así como los propios terroristas, quedaron despedazados por la explosión, y treinta y dos personas sufrieron heridas. Milagrosamente, Stolipin escapó indemne, pero dos de sus hijos resultaron heridos. Con su frialdad característica, él mismo dirigió el traslado de las víctimas.

El ataque contra Stolipin fue solo la acción más sensacional de un terrorismo que seguía apretando al país en su puño sangriento. El comandante de la flota del mar Negro y los gobernadores de Varsovia y Sarátov se contaron entre sus víctimas. Casi no había día en que un funcionario policial no perdiera la vida. Para empeorar aún más las cosas, los monárquicos, emulando las tácticas revolucionarias, apelaron al contraterror y el 18 de julio asesinaron al diputado judío Michael Gertsenshtein, que había presentado en la Duma el programa kadete sobre la tierra, incluidas las expropiaciones forzosas previstas en él.[92*] Ningún gobierno del mundo podría haberse mantenido pasivo frente a tales actos violentos. Como todavía no se había elegido una nueva Duma, Stolipin recurrió al artículo 87. Posteriormente se valió con frecuencia de esta cláusula; durante los seis meses transcurridos entre la disolución de la Primera Duma y la convocatoria de la Segunda, Rusia fue gobernada en esencia por decreto. Como creía en el imperio de la ley, Stolipin lamentó tener que tomar ese camino, pero no veía otra alternativa; esos procedimientos eran «una lamentable necesidad», justificada con el argumento de que a veces los intereses del Estado tienen preferencia.[41]

Desde 1905, una buena parte de Rusia había estado bajo la ley marcial; en agosto de 1906, ochenta y dos de las ochenta y siete provincias del imperio se encontraban bajo «protección reforzada».[42] Estas medidas se revelaron insuficientes y Stolipin, ante la intensa presión de la corte, tuvo que apelar a la justicia sumaria. El 19 de agosto —una semana después del atentado fallido contra su vida— estableció, al amparo del artículo 87, consejos de guerra para civiles.[43] La ley disponía que, en los territorios puestos bajo la ley marcial o la protección extraordinaria, los gobernadores y comandantes de los distritos militares podían trasladar a la jurisdicción de tribunales militares a personas cuya culpabilidad fuera tan evidente que no fuera preciso ampliar la investigación. El personal de dichos tribunales debía ser designado por los comandantes locales y estar compuesto por cinco oficiales. Las audiencias tenían lugar a puerta cerrada; no se permitía al acusado contar con un abogado, pero sí podía presentar testigos. Los consejos de guerra debían convocarse en el transcurso de las veinticuatro horas siguientes al delito y llegar a un veredicto en cuarenta y ocho horas. Las sentencias eran inapelables y debían cumplirse en un plazo de veinticuatro horas.

Esta ley estuvo en vigor ocho meses, hasta abril de 1907. Se estima que los consejos de guerra de Stolipin decretaron hasta 1.000 condenas de muerte.[44] *A posteriori*, los terroristas y otras personas acusadas de delitos políticos violentos quedaron bajo la jurisdicción de tribunales ordinarios. Una fuente de la época calcula que en 1908 y 1909 los tribunales condenaron por delitos políticos y ataques armados a 16.440 personas, 3.682 de ellas a muerte y 4.517 a trabajos forzados.[45]

Las medidas represivas de Stolipin suscitaron gritos de indignación en los círculos públicos que exhibían una

considerable tolerancia hacia el terror revolucionario. Los kadetes, que pasaban por alto los asesinatos socialistas revolucionarios, no ahorraron palabras de condena al aludir a los procedimientos casi jurídicos utilizados por Stolipin para impedirlos; uno de sus portavoces, Fiódor Ródichev, se refirió a las horcas usadas por los consejos de guerra como «corbatas de Stolipin», una expresión que persistió. En julio de 1908, Tolstói escribió «Ne mogu molchat!» («¡No puedo callar!»), un artículo en el cual sostenía que la violencia gubernamental era cien veces peor que la violencia criminal y terrorista porque se perpetraba a sangre fría. Su receta para terminar con el terrorismo revolucionario consistía en abolir la propiedad privada de la tierra. El problema generaba tantas divisiones que la defensa de Guchkov de los consejos de guerra de Stolipin como una «cruel necesidad»[46] provocó la escisión del Partido Octubrista y llevó a la renuncia de Shípov, una de sus figuras más respetadas.

Pero a la larga el orden público fue restablecido, lo que permitió a Stolipin lanzar su programa de reformas económicas y políticas.

Sin esperar la convocatoria de la Segunda Duma, Stolipin promulgó, otra vez al amparo del artículo 87, una serie de reformas agrarias que a su juicio eran la clave de la estabilidad de Rusia a largo plazo.

Un paso inicial en dicha dirección fue una ley del 5 de octubre de 1906 que otorgaba al campesino ruso, por primera vez en la historia, igualdad civil respecto de los otros estamentos.[47] Eliminaba todas las restricciones a su movimiento y privaba a las comunas de la facultad de negar a sus miembros el permiso de marcharse. Los comandantes de la tierra ya no podían castigar a los campesinos. Desaparecían así los últimos vestigios de la servidumbre.

Al mismo tiempo, Stolipin se ocupó del problema de la escasez de tierras y dispuso aumentar la reserva de tierras agrícolas que los campesinos podían comprar, además de facilitar el acceso a las hipotecas. El Banco Campesino de Tierras, fundado en la década de 1880, ya había recibido en 1905 amplios poderes para otorgar a los campesinos créditos baratos a fin de ayudarlos a adquirir tierras. Stolipin, tras persuadir a la corte de que se vendieran a los campesinos tierras de la Corona y el Estado, logró destinar a este fin una superficie mucho más grande. La medida se formalizó en dos leyes del 12 y el 27 de agosto de 1906.[48] Las tierras de la Corona (*udelniye*) utilizadas con este objeto ascendían a 1,8 millones de *desiatinas* (2 millones de hectáreas) de tierra cultivable, y las del Estado, a 3,6 millones (4 millones de hectáreas). Aproximadamente, la misma superficie de bosques fue puesta en venta por 11 millones de *desiatinas* (12 millones de hectáreas).[49] Estos bienes, sumados a las tierras que los terratenientes vendieron tras los disturbios rurales de 1905-1906, incrementaron considerablemente las posesiones en manos de los campesinos.

Para permitir el acceso a dichas tierras, era necesario organizar y financiar un programa de reasentamiento a gran escala a fin de que los campesinos se marcharan de las superpobladas provincias de la Rusia central. El gobierno había puesto en marcha este programa ya en marzo de 1906, antes de que Stolipin asumiera su cargo, en lo que representaba la revocación de la política anterior de desaliento de los movimientos campesinos. Con el ministro ya en el puesto, el programa de reasentamiento auspiciado por el Estado adquirió grandes proporciones y llegó a su punto culminante en 1908 y 1909. Entre 1906 y 1916, 3 millones de campesinos se trasladaron a Siberia y las estepas de Asia central, para instalarse en tierras que el gobierno

había puesto a su disposición (más adelante, 547.000 de ellos regresaron).[50]

Los liberales y los socialistas rusos consideraban incontrovertible la idea de que la «cuestión agraria» solo podía resolverse mediante la expropiación de propiedades pertenecientes al Estado, la Corona, la Iglesia y terratenientes particulares. Como Yermólov, Stolipin pensaba que dicha creencia se basaba en una ilusión; simplemente, no había en el imperio suficientes tierras no campesinas para satisfacer a quienes las necesitaban, así como a quienes se sumaban cada año a la población rural a raíz del crecimiento vegetativo. En un discurso magistralmente razonado que pronunció en la Duma el 10 de mayo de 1907, sostuvo que el programa socialdemócrata de nacionalización de la tierra carecía de mérito:

> Supongamos solo como una hipótesis que el gobierno acepta [la nacionalización de la tierra] como algo conveniente; que elude el problema de llevar a la ruina a toda […] una clase numerosa e instruida de terratenientes, y que se aviene a la destrucción de los escasos centros de cultura en el campo. ¿Cuál sería el resultado? ¿Resolvería esto, al menos, el aspecto material de la cuestión agraria? ¿Haría o no posible satisfacer a los campesinos en las localidades donde residen?
>
> Estas preguntas pueden responderse con cifras, y las cifras, caballeros, dicen lo siguiente: si se transfirieran al campesinado todas las tierras en manos privadas, sin excepción, aun las situadas cerca de las ciudades, en la provincia de Vólogda la tierra comunal hoy existente, junto con la que se sumara, representaría 147 *desiatinas* por casa; en Olonetsk, 185 *desiatinas*, y en Arcángel hasta 1.309 *desiatinas*. Al mismo tiempo, en otras catorce provincias no habría tierra suficiente para entregar a cada casa 15 *desiatinas*, mientras que en Poltava solo habría 9 y en Podolia menos de 8. Esto se debe a la distribución sumamente despareja en las diversas provincias no solo de las tierras del Estado y la Corona, sino también de otras bajo propiedad privada. La cuarta parte de las tierras en manos privadas están situadas, casualmente, en las doce provincias que tienen parcelas comunales de más de 15 *desiatinas* por casa, mientras que solo una séptima parte se encuentra en las diez provincias con las parcelas más pequeñas, de 7 *desiatinas* por casa. Debe señalarse que estas cifras incluyen todas las tierras de todos los propietarios, es decir, no solo las de los 107.000 *dvorianye* sino también las de los 490.000 campesinos que las han comprado por su cuenta, así como las

pertenecientes a 85.000 residentes en pueblos; estas dos últimas categorías representan unos 17 millones de *desiatinas*. De ello se deduce que la división per cápita de todas las tierras difícilmente podría remediar la escasez local. Será necesario apelar a la medida propuesta por el gobierno, a saber, el reasentamiento. Habrá que renunciar a la idea de garantizar la tierra a toda la población trabajadora y [, en cambio,] destinar cierta proporción a otras ocupaciones.

Esto también lo confirman otras cifras que indican el crecimiento demográfico en un período de diez años en las cincuenta provincias de la Rusia europea. Rusia, caballeros, no está desapareciendo. Su aumento poblacional supera el de todos los demás países del mundo y asciende a una tasa anual del 15,1 por mil. Así, en las cincuenta provincias de la Rusia europea, el crecimiento demográfico vegetativo suma cada año 1.625.000 personas; si suponemos cinco personas por familia, esto significa 341.000 familias. Si destinamos 10 *desiatinas* a cada casa, necesitaremos al año 3,5 millones para suministrar tierras solo a esa población que se incorpora cada año.

Está claro, caballeros, que la cuestión de la tierra no puede resolverse mediante el expediente de la expropiación y el reparto de tierras privadas. Este [método] es lo mismo que poner un parche en una herida infectada. [93*]

A continuación, Stolipin se ocupaba de su tema favorito, la necesidad de privatizar la agricultura para mejorar la productividad:

Pero, al margen de los resultados materiales antes mencionados, ¿qué generará este método en el país, qué producirá desde el punto de vista moral? El cuadro que hoy observamos en nuestras comunidades rurales —la necesidad de todos de subordinarse a un único método de practicar la agricultura, la exigencia de repartos constantes, la imposibilidad de que un agricultor con iniciativa aplique a la tierra temporalmente a su disposición su inclinación por una rama específica de la economía— se extenderá a toda Rusia. Todos serán iguales y la tierra llegará a ser tan común como el agua y el aire. Pero ni el agua ni el aire se benefician con la aplicación de las manos humanas, ninguno de los dos mejora por el trabajo y, si lo hicieran, ya mejorados acarrearían un precio, quedarían sujetos al derecho de propiedad. A mi entender, la tierra que se distribuya entre los ciudadanos, enajenada a algunos y ofrecida a los burós socialdemócratas locales, no tardaría en adquirir las mismas cualidades que el agua y el aire. Se la explotaría, pero nadie la mejoraría, nadie le aplicaría su trabajo para que otro se beneficiara con ello. […] Como consecuencia de ello, el nivel cultural del país descenderá. Un buen agricultor, un agricultor con inventiva, quedará privado por la fuerza misma de las cosas de la oportunidad de aplicar su conocimiento a la tierra. Nos vemos en la necesidad de concluir que esas

> condiciones llevarían a un nuevo levantamiento y que el hombre talentoso, fuerte y enérgico reinstauraría su derecho a la propiedad, al fruto de su labor. Después de todo, caballeros, la propiedad siempre ha tenido como base la fuerza, tras la cual también se yergue la ley moral.[51]

Stolipin comprendía con claridad la influencia que la comuna ejercía sobre el campesino gran-ruso y no se hacía ilusiones de disolverla mediante un decreto gubernamental. Antes bien, quería hacerlo a través del ejemplo, estableciendo junto a las comunas un sistema paralelo de granjas en manos privadas. Todas las tierras transferidas por la Corona y el Estado al Banco Campesino de Tierras se utilizarían con esta finalidad; para aumentar su número, Stolipin no veía con malos ojos una expropiación limitada de grandes fincas privadas. Para él, el problema crucial era que la tierra entregada a los campesinos no cayera en manos de las comunas; si esto se evitaba, podrían crearse enclaves de granjas prósperas e independientes que, con el paso del tiempo —esa era su esperanza—, ejercieran una atracción irresistible sobre los campesinos y los alentaran a abandonar la propiedad comunal. Con este mismo fin, también promovía la sanción de leyes que facilitaran a los campesinos retirarse de las comunas y reclamar el título de propiedad de sus parcelas.

Este programa era para Stolipin una condición previa de la mejora económica, que a su vez sentaría las bases de la estabilidad y la grandeza de la nación. («Ellos —terminaba su discurso de mayo de 1907 en alusión a los partidos revolucionarios— necesitan grandes levantamientos. ¡Nosotros necesitamos una Gran Rusia!») Pero la disolución de la comuna también era para él un instrumento esencial para elevar el nivel de la ciudadanía en Rusia. Compartía plenamente la consternación de Witte por el bajo nivel cultural del campesinado.[52] En su opinión, lo que más

necesitaba Rusia era educación cívica, lo cual implicaba, en primerísimo lugar, inculcar en la población rural un sentido de la ley y el respeto por la propiedad privada. En última instancia, sus reformas agrarias pretendían ser instrumentales para un objetivo político, a saber, crear una escuela de ciudadanía.

Los principios de la reforma agraria de Stolipin no eran en modo alguno originales, ya que habían sido objeto de frecuentes discusiones en los círculos gubernamentales desde finales del siglo XIX.[53] En febrero de 1906, el gobierno imperial discutió propuestas que permitieran a los campesinos dejar la comuna y consolidar sus posesiones. Algunos días antes de dejar su cargo en abril de 1906, Witte había presentado un plan similar.[54] La idea de disolver la comuna y promover el reasentamiento en Siberia disfrutaba ahora del favor, incluso, de algunos de los terratenientes más conservadores, que veían en esta medida una forma de evitar las expropiaciones. La Unión de Terratenientes de toda Rusia y la Nobleza Unida habían propiciado dicha política antes de que Stolipin apareciera en escena. Krizhanovski, la mano derecha de este último, afirma que estas reformas se habían vuelto tan urgentes que, de no encararlas Stolipin, serían otros ministros quienes las aplicaran, incluso el archiconservador Durnovó.[55] No obstante, como fue Stolipin quien llevó a la práctica dichas ideas, estas están indisolublemente ligadas a su nombre.

La piedra angular de sus reformas fue la ley del 9 de noviembre de 1906; su importancia resulta evidente cuando se tiene en cuenta que las comunas a las cuales se aplicó abarcaban el 77,2 por ciento de las casas rurales de la Rusia europea.[56] La ley liberaba a los campesinos comunales de la obligación de permanecer en la comuna. Su cláusula decisiva

disponía que «cualquier cabeza de familia que tenga una parcela de tierra en virtud del derecho comunal podrá pedir cuando lo estime apropiado que se la escriture a su nombre como propiedad privada», a ser posible en un solo lote cercado. Para marcharse de la comuna, los campesinos ya no necesitaban el consentimiento de la mayoría de sus miembros; la decisión era suya. Una vez cumplimentadas las formalidades exigidas, una casa campesina tenía la opción de reclamar el título de propiedad de su parcela y permanecer en la aldea o venderla y mudarse. En las comunas que no habían hecho repartos desde 1861, las parcelas se convertían automáticamente en propiedad de los agricultores. Como el gobierno cancelaba al mismo tiempo todos los atrasos restantes en los pagos de amortización (a partir del 1 de enero de 1907) y en esa época una *desiatina* de tierra cultivable se vendía a bastante más de 100 rublos, la casa típica de diez *desiatinas* podía reclamar una parcela de más de 1.000 rublos de valor. El 15 de noviembre de 1906, el Banco Campesino de Tierras recibió la indicación de abrir una línea de préstamos para ayudar a los campesinos que quisieran dejar la comuna.[57]

La ley hizo posible, por primera vez en la historia moderna, el surgimiento en la Rusia central de un campesinado independiente de tipo occidental.[94*] Pero también tenía una significación más profunda y revolucionaria, por cuanto ponía en entredicho la convicción fuertemente arraigada de los campesinos de que la tierra no pertenecía a nadie; introducía la idea de la «supremacía del hecho de la propiedad sobre el hecho jurídico del uso».[58] Era típico de la Rusia tardoimperial que una transformación tan radical de las condiciones agrarias del país se dispusiera al amparo del artículo 87, esto es, como una medida de emergencia; la Duma solo la aprobó el 14 de junio de 1910, tres años y medio

después de que entrara en vigor.

¿Hasta qué punto tuvieron éxito las reformas agrarias de Stolipin? El tema es objeto de considerables controversias. Una escuela historiográfica afirma que provocaron rápidos cambios en la aldea, los cuales habrían impedido la revolución de no haber sido por la muerte de Stolipin y el factor disruptivo de la Primera Guerra Mundial. Otra las desestima como reformas impuestas a campesinos reacios y revocadas por estos inmediatamente después del derrumbe del régimen imperial.[59]

Los datos al respecto son los siguientes.[60] En 1905, las cincuenta provincias de la Rusia europea tenían 12,3 millones de casas campesinas que cultivaban 125 millones de *desiatinas*; el 77,2 por ciento de estas casas y el 83,4 por ciento de estas tierras se encontraban bajo un régimen comunal. En las provincias gran-rusas, las posesiones comunales abarcaban entre el 97 por ciento y el 100 por ciento de las casas y las tierras. Al contrario de lo que indican las afirmaciones de los adversarios de la comuna en el sentido de que el reparto estaba cayendo en desuso, en la Rusia central era una práctica universal.

Entre 1906 y 1916, 2,5 millones (el 22 por ciento) de las casas comunales, con un 14,5 por ciento de la superficie, presentaron solicitudes de escrituración de sus parcelas. Como indican estas cifras, quienes se amparaban en la nueva legislación eran los campesinos más pobres, por lo común con familias pequeñas, que tenían dificultades para «llegar a fin de mes»; mientras que la parcela familiar media era de alrededor de diez *desiatinas* en la Rusia europea, las casas que se retiraban de las comunas apenas tenían una superficie media de tres *desiatinas*.[61]

En definitiva, algo más de una casa comunal de cada cinco

aprovechó la ley del 9 de noviembre. Pero esta estadística ignora un hecho importante y, al hacerlo, da pie a que la reforma parezca aún más exitosa de lo que realmente fue. El inconveniente económico de la comuna radica no solo en la práctica del reparto, sino también en la del cultivo en franjas o *cherespolositsa*, que era un corolario esencial de la organización comunal. Los economistas criticaban dicha práctica con el argumento de que obligaba al campesino a perder mucho tiempo moviéndose con sus aperos de franja en franja, además de excluir el cultivo intensivo. Stolipin, plenamente consciente de las desventajas de la *cherespolositsa*, ansiaba deshacerse de ella, y con este fin incorporó a la ley una cláusula por la cual se autorizaba a los campesinos que quisieran retirarse de la comuna a solicitar que sus posesiones se consolidaran (se cercaran). Las comunas, sin embargo, hicieron caso omiso de esta disposición; las pruebas indican que tres cuartas partes de las casas que lograron escriturar sus parcelas conforme a aquella ley tuvieron que aceptarlas en franjas discontinuas.[62] Estas propiedades eran conocidas como *otruba*; las *jutora*, granjas independientes con tierras cercadas que Stolipin quería promover, se hallaban principalmente en las zonas fronterizas. Así, la nefasta práctica del cultivo en franjas se vio poco afectada por las leyes de Stolipin. En vísperas de la Revolución de 1917, una década después de la entrada en vigor de las reformas, solo el 10 por ciento de las casas campesinas rusas funcionaban como las *jutora*; el 90 por ciento restante seguían practicando, como antes, la agricultura en franjas.[63]

En resumidas cuentas, los resultados de las reformas de Stolipin deben juzgarse por lo tanto como sumamente modestos. No hubo ninguna «revolución agraria» y no surgió ninguna clase de pequeños propietarios rurales. Cuando se les preguntaba por qué reclamaban el título de propiedad de sus

parcelas, la mitad de los interrogados decían que lo hacían para venderlas e irse de la aldea; solo el 18,7 por ciento querían el título para practicar una agricultura más eficiente. En efecto, la reforma alentó el éxodo de los elementos comunales más pobres; los campesinos más acomodados permanecieron en la comuna, a menudo con parcelas más grandes, y casi todos, comunales o no, persistieron en la práctica del cultivo por franjas.

En su inmensa mayoría, los campesinos rusos rechazaban la premisa de las reformas agrarias de Stolipin. Estudios realizados tras la puesta en vigor de dichas reformas muestran que se sentían molestos con los vecinos que se alejaban de la comuna para crear granjas privadas. Los campesinos comunales se mantenían inquebrantables en la creencia de que la única solución a sus dificultades económicas estaba en la apropiación comunal de todas las tierras en manos privadas. Se oponían a las leyes de Stolipin porque temían que las partidas empeoraran la escasez de tierras comunales y en algunos casos se negaron a permitirlas, contraviniendo así la ley.[64] A ojos de sus vecinos, quienes se avenían a la reforma dejaban de ser campesinos; y, a decir verdad, conforme a lo estipulado en la ley electoral del 3 de junio de 1907, los campesinos que fueran poseedores de 2,5 o más *desiatinas* eran calificados de «terratenientes». Vivían, por tanto, de prestado. En 1917, una vez hundido el antiguo régimen, las *otruba* y *jutora* serían los primeros blancos del ataque campesino; desaparecieron en un abrir y cerrar de ojos, disueltas como castillos de arena en el mar comunal.

Aun así, hubo cambios significativos en la agricultura durante y después del paso de Stolipin por el ministerio, aunque no como consecuencia de su legislación.

La nobleza rural, tras perder el «gusto por la tierra», siguió

abandonando el campo. Entre 1905 y 1914, la superficie en manos suyas se redujo un 12,6 por ciento, de 47,9 a 41,8 millones de *desiatinas*. La mayoría de las tierras vendidas por los terratenientes las compraron campesinos, ya fuera en forma comunal o privada. De resultas de ello, en vísperas de la revolución Rusia era más que nunca un país de pequeños agricultores autosuficientes. Durante este período los rendimientos agrícolas mejoraron: [65]

RENDIMIENTOS DE LOS CEREALES EN 47 PROVINCIAS DE LA RUSIA EUROPEA (KILOS POR DESIATINA)

	Centeno	*Trigo*
1891-1895	701	662
1896-1900	760	596
1901-1905	794	727
1906-1910	733	672
1911-1915	868	726

Los rendimientos rusos eran, de todos modos, los más bajos de Europa, una tercera parte o menos de las cosechas obtenidas en Holanda, Gran Bretaña y Alemania, como resultado de condiciones naturales desfavorables, la práctica ausencia de fertilizantes químicos y el sistema comunal. Aun así, la mejora de los rendimientos permitió incrementar la exportación de alimentos; en 1911, Rusia vendió al exterior 13,5 millones de toneladas de cereales, una cifra récord.[66]

La visión de Stolipin de una «Gran Rusia» exigía, además del restablecimiento del orden público y cambios en las prácticas agrícolas, reformas políticas y sociales. Como en el caso de las medidas agrarias, sus reformas políticas se basaron en proyectos elaborados por el Ministerio del Interior antes de su entrada en escena; una buena parte figuraba en las propuestas de Witte a Nicolás II.[67] Stolipin adoptó y amplió esas ideas, cuyo propósito era modernizar y occidentalizar Rusia. Muy poco de ese programa se hizo realidad; Stolipin

afirmó que necesitaba veinte años para cambiar Rusia y apenas le daban cinco. Aun así, sus disposiciones son de interés porque indican cuáles eran las necesidades más apremiantes del país según la burocracia liberal, que estaba mucho mejor informada que la corte y la *intelligentsia*. Conforme a lo expuesto en alocuciones públicas, sobre todo su discurso a la Duma del 6 de marzo de 1907, y el programa que dictó privadamente en mayo de 1911,[95*] Stolipin pretendía lo siguiente:

Derechos civiles: protección de los ciudadanos de la detención arbitraria; abolición del destierro administrativo; procesamiento de los funcionarios culpables de abuso de autoridad punible.

Policía: abolición del Cuerpo de Gendarmería como institución separada y fusión del mismo con la policía regular; eliminación de la facultad de los gendarmes de realizar investigaciones políticas; cese de la práctica de utilizar agentes provocadores para infiltrarse en los movimientos revolucionarios.

Administración: creación de un Ministerio de Autogobierno; sustitución del *volost* campesino por una unidad autogobernada de todos los estamentos, cuyos funcionarios combinaran funciones administrativas y policiales; gran reforma de los *zemstvos* para dotarlos de poderes comparables a los de los gobiernos estatales estadounidenses; elecciones a los *zemstvos* sobre la base de un derecho democrático al voto; limitación de la autoridad de la burocracia sobre los *zemstvos* a la tarea de garantizar la legalidad de sus actos; introducción de los *zemstvos* en las provincias occidentales del imperio.

Minorías étnicas: creación de un Ministerio de las Nacionalidades; plena igualdad para todos los ciudadanos,

con independencia de la nacionalidad y la religión; descentralización administrativa en las zonas principalmente pobladas por no rusos, para otorgarles más voz en el manejo de sus asuntos; eliminación de la Zona de Reasentamiento y abrogación de otras leyes discriminatorias contra los judíos.

Legislación social: creación de los ministerios de Seguridad Social, Salud y Trabajo; obligatoriedad de la enseñanza primaria; seguro estatal para los ancianos y los discapacitados; un programa nacional de salud; legalización plena de los sindicatos.

Para poner en práctica este programa, Stolipin requería los poderes de un Pedro el Grande o, de no contar con ellos, al menos un pródigo respaldo de la Corona. No logró ni una ni otra cosa y, por ende, solo una pequeña parte de su agenda de reforma vio la luz.

Tenemos un ejemplo de las dificultades que afrontó en sus infructuosos esfuerzos por mejorar el estatus de los judíos de Rusia. Los altos círculos burocráticos reconocían desde hacía años que había que hacer algo con la legislación medieval por la que se regían los súbditos de dicha fe. Inspiraban esta idea consideraciones más políticas que humanitarias. La policía de seguridad estaba desde hacía algún tiempo al corriente de la cantidad desproporcionada de jóvenes judíos que participaban en el movimiento revolucionario, y aunque muchos de sus miembros creían que los judíos eran una raza siniestra empeñada en subvertir y destruir la sociedad cristiana, otros funcionarios policiales, más inteligentes, atribuían el radicalismo de aquellos jóvenes a los obstáculos que las leyes rusas ponían a sus oportunidades profesionales. Había también poderosas razones financieras para abolir los impedimentos sufridos por los judíos. El director del Banc de Paris et des Pays-Bas expresaba un punto de vista

predominante entre los financieros extranjeros cuando aconsejaba a Kokóvtsov, el ministro de Finanzas, otorgar la igualdad civil a sus súbditos judíos, porque la medida mejoraría la posición internacional de Rusia.[68] El trato que el país dispensaba a los judíos envenenaba las relaciones con Estados Unidos, que criticó repetidas veces la negativa de las autoridades rusas a otorgar visados de entrada a ciudadanos norteamericanos de dicha fe. Por recomendación del presidente Taft, en diciembre de 1911 el Senado estadounidense se valdría de este argumento para denunciar por unanimidad el tratado de 1832 entre Estados Unidos y Rusia.[96*]

Stolipin planteó la cuestión judía en el Consejo de Ministros y obtuvo una sólida mayoría a favor de eliminar muchas restricciones a los derechos residenciales y profesionales de los judíos. Envió una propuesta en este sentido al zar, pero Nicolás la rechazó por razones de «conciencia».[69] Ello puso fin a la posibilidad de que la Rusia imperial se deshiciera de su anacrónica legislación judía y aseguró la animosidad de los judíos tanto del país como del extranjero.

El primer ministro estaba decidido a no repetir el error de su predecesor, Goremikin, que no tenía un programa gubernamental con el que atraer a los votantes. Tras anunciar su programa de reforma, involucró al gobierno en la campaña electoral pagando subvenciones a periódicos afines y organizando espectáculos para potenciales partidarios de los candidatos progubernamentales. Destinó a esta finalidad sumas modestas, como los 10.000 rublos que se gastarían en propaganda electoral en Kiev, «subsidios» a votantes necesitados y la representación de *Una vida por el zar*, la ópera de Glinka, para una audiencia de votantes campesinos.

Pronto cobró dolorosa conciencia de la escasez de medios a disposición del gobierno para conseguir el apoyo público. Más adelante recurriría al soborno para que los diputados votaran los proyectos de ley gubernamentales.[70]

Stolipin trató, sin éxito, de incorporar al gabinete a representantes de la sociedad.

Al asumir el cargo entabló negociaciones con Alexánder Guchkov y Nikolái Lvov, a quienes ofreció, respectivamente, las carteras de Comercio e Industria y de Agricultura. Ambos condicionaron su aceptación a la inclusión de otros representantes de la sociedad en el gabinete. El siguiente paso de Stolipin fue ponerse en contacto con Dmitri Shípov y el príncipe Gueorgui Lvov, futuro presidente del Gobierno Provisional, que plantearon rigurosas exigencias: el compromiso del gobierno de expropiar parte de las propiedades de los terratenientes, la abolición de la pena capital y el fin de la ley marcial. Estas condiciones tal vez fueran aceptables, pero no había forma de que el gobierno admitiera otra de las exigencias, a saber, que la mayoría de las carteras ministeriales, incluida la de Interior, fueran puestas en manos de personas no pertenecientes a la burocracia.[71] Con Krizhanovski actuando de intermediario, Stolipin también se acercó a los kadetes para integrarlos en el gabinete, pero tampoco esta iniciativa surtió efecto.[72] En enero de 1907 intentó una vez más llegar a un acuerdo con ellos, con la esperanza de alejarlos de los partidos radicales. Por entonces, los kadetes no eran todavía una asociación legalmente reconocida. Stolipin les ofreció otorgarles dicho reconocimiento si condenaban el terrorismo. Iván Petrunkevich, uno de los patriarcas del movimiento liberal y miembro del Comité Central kadete, respondió que prefería dejar que el partido pereciera antes que aceptar esta exigencia

y padecer una «destrucción moral». Con esta respuesta se terminaron las discusiones.[73]

Para consternación del gobierno, la Segunda Duma, que se inauguró el 20 de febrero de 1907, era aún más radical que la Primera, porque los socialistas revolucionarios y los socialdemócratas habían abandonado el boicot. Los socialistas tenían 222 diputados (de ellos, 65 socialdemócratas, 37 socialistas revolucionarios, 16 socialistas populares y 104 *trudoviki*, aliados de los socialistas revolucionarios); superaban a los diputados derechistas en una proporción de dos a uno. Los kadetes, más comedidos tras el fracaso de su táctica previa, estaban preparados para comportarse con mayor responsabilidad, pero habían perdido casi la mitad de los escaños (de 179 a 98) y en la oposición dominaban los socialistas, que no tenían intención alguna de consagrarse al trabajo legislativo. En noviembre de 1906, los socialistas revolucionarios habían decidido participar en las elecciones a fin de «utilizar la Duma Estatal para organizar y revolucionar a las masas».[74] Los socialdemócratas, en su Cuarto Congreso, celebrado en abril de 1907 en Estocolmo, acordaron dedicarse a «explotar de forma sistemática todos los conflictos entre el gobierno y la Duma, así como los que surjan en esta última, con la finalidad de ampliar y profundizar el movimiento revolucionario». El congreso encomendó a la facción socialdemócrata crear un movimiento de masas que, al «desenmascarar a todos los partidos burgueses», mostrar a las masas la futilidad de la Duma e insistir en la convocatoria de una Asamblea Constituyente, derrocara el orden existente.[75] Así, los socialistas fueron a la Duma con el propósito explícito de sabotear la labor legislativa y difundir propaganda revolucionaria al amparo de la inmunidad parlamentaria.

Para empeorar aún más las cosas desde el punto de vista

del gobierno, los sacerdotes ortodoxos elegidos a la Duma, habitualmente por campesinos, rehuyeron a los partidos conservadores y prefirieron instalarse en el centro; e incluso varios se unieron a los socialistas.

La Segunda Duma apenas había comenzado a deliberar cuando en las altas esferas ya se rumoreaba que era incapaz de un trabajo constructivo y había que abolirla o al menos someterla a una renovación exhaustiva. Fiódor Golovin, presidente de la cámara, recordó que Nicolás le había dicho cosas similares en marzo o abril de 1907.[76] Sin embargo, la simple eliminación de la Duma demostró ser poco factible por razones tanto políticas como económicas.

El argumento político a favor de mantener un cuerpo parlamentario ya se ha mencionado: la necesidad de la burocracia de que existiera un órgano representativo con el que compartir la culpa por los males del país.

El argumento económico tenía que ver con la banca internacional. Un prominente financiero francés informó a Kokóvtsov de que la disolución de la Primera Duma había estremecido como un «rayo» los mercados financieros de Francia.[77] Más adelante, en 1917, Kokóvtsov explicó la estrecha relación que durante el zarismo había existido entre el gobierno parlamentario y la posición de Rusia en los mercados internacionales de crédito. El precio de mercado del préstamo estatal ruso de 1906 se hundió con rapidez tras la disolución de la Primera Duma. Cuando circularon rumores de que la Segunda sufriría un destino similar, las obligaciones rusas con un valor nominal de 100 cayeron de 88 a 69, un 21 por ciento.[78] Así pues, la experiencia sugería claramente que la disolución de la Duma tendría un efecto desastroso sobre la capacidad de Rusia de obtener préstamos del exterior a tipos de interés aceptables.

Stolipin estaba dispuesto a seguir disolviendo Dumas y convocar nuevas elecciones durante el tiempo que fuera necesario; le confesó a un amigo que emularía a la Corona prusiana, que había disuelto siete veces seguidas el Parlamento para obtener sus fines.[79] Pero este procedimiento era inaceptable para la corte, que, renunciando a regañadientes a su preferencia por la abolición directa de la cámara baja, ordenó una revisión de la ley electoral para asegurarse una Duma más conservadora.

Sabemos por las memorias de Krizhanovski que, mientras la primera Duma todavía celebraba sesiones, Goremikin presentó al zar un memorándum en el que se quejaba del «fracaso» de las elecciones y criticaba las revisiones del derecho a voto originalmente ideadas para la Duma de Buliguin, que habían terminado por dar el sufragio a los obreros y aumentar en gran medida la representación campesina. Nicolás compartía este punto de vista. A principios de mayo de 1906, sin duda con la autorización del zar, Goremikin pidió a Krizhanovski que redactara una nueva ley electoral que, sin despojar del derecho a voto a ningún grupo ni modificar las funciones constitucionales básicas de la Duma, hiciera de esta un cuerpo más inclinado a colaborar. Redactada a toda prisa, la propuesta de Krizhanovski fue presentada al zar ese mismo mes pero sin resultados, posiblemente porque la perspectiva de que Stolipin asumiera el cargo como primer ministro alimentaba las esperanzas de que supiera cómo lidiar con la Segunda Duma.[80]

Ahora, frustradas las esperanzas, Stolipin le pidió a Krizhanovski que ideara un cambio en la ley electoral que incrementara la representación de los elementos «más ricos» y «más cultos».

Aunque a ojos de muchos contemporáneos e historiadores

el cambio unilateral del derecho a voto anunciado el 3 de junio de 1907 equivalía nada menos que a un golpe de Estado, a juicio del gobierno representaba una solución de compromiso, una alternativa a la abolición de la Duma. Utilizando el borrador que había preparado para Goremikin, Krizhanovski redactó tres propuestas que modificaban de manera sustancial el derecho a voto, así como algunas disposiciones de las Leyes Fundamentales, con el objeto de garantizar a la Corona una mayor autoridad legislativa.

El pretexto formal para disolver la Segunda Duma fue la acusación de que algunos de los diputados socialdemócratas habían planeado alentar un motín en la guarnición de San Petersburgo. Entonces, y hasta la fecha, se acusó a Stolipin de provocar el incidente, pero en realidad la conspiración había sido descubierta por agentes policiales que habían sorprendido a los socialdemócratas reunidos en secreto en la casa de uno de sus diputados con representantes de unidades militares y navales pertenecientes a los círculos revolucionarios.[81] Con esta prueba en sus manos, Stolipin se presentó en la Duma y solicitó el levantamiento de la inmunidad parlamentaria de todos los diputados socialdemócratas, para que se pudiera hacer comparecer a los acusados ante un tribunal. La Duma solo aceptó suspender la inmunidad de los diputados contra quienes había pruebas concretas de sedición. Stolipin habría preferido disolverla y convocar nuevas elecciones, pero la corte ejerció sobre él una presión irresistible para que se revisaran los procedimientos electorales del órgano.[97*] La Segunda Duma se disolvió el 2 de junio de 1907.

La nueva ley electoral, publicada al día siguiente, violaba sin lugar a dudas la Constitución, que prohibía ampararse en el artículo 87 para «hacer cambios […] en las disposiciones

para las elecciones al Consejo [de Estado] o la Duma». Incluso Krizhanovski admitió que así era.[82] Para eludir esta limitación, la modificación del derecho de voto se sancionó mediante un manifiesto imperial, una ley relativa a asuntos de importancia urgente para el Estado. Este procedimiento se justificó con el argumento de que, como el zar no había jurado observar las nuevas Leyes Fundamentales, tenía la libertad de revisarlas a voluntad.[83] La nueva ley favorecía a las clases propietarias al utilizar los bienes y no el estatus jurídico como criterio del derecho al sufragio. La representación de los obreros industriales y las minorías nacionales se redujo drásticamente. Decepcionado con el comportamiento de los campesinos comunales en las primeras dos Dumas, el gobierno también rebajó su cuota de escaños. Como consecuencia de estos cambios, la representación de los terratenientes (una categoría que incluía a muchos propietarios campesinos) se incrementó un 50 por ciento, mientras que la de los campesinos comunales y los obreros se redujo en igual proporción. El resultado fue una Duma más conservadora y, desde el punto de vista étnico, con una mayor participación de los gran-rusos.

La expresión «golpe de Estado», a menudo aplicada en la literatura polémica e histórica al cambio de la ley electoral del 3 de junio de 1907, dista de estar justificada. La Duma, después de todo, siguió funcionando y mantuvo las facultades legislativas y presupuestarias que le otorgaban las Leyes Fundamentales; el manifiesto del 3 de junio volvía a confirmar de manera explícita sus prerrogativas. En los años siguientes, la Duma daría muchos quebraderos de cabeza al gobierno. Solo la simple abolición de la cámara baja o la derogación de sus facultades legislativas habrían podido calificarse de «golpe». Es más pertinente ver la ley del 3 de junio como una violación de la Constitución. La integración

de todas las instituciones políticas independientes en el sistema estatal era un aspecto inherente a la tradición rusa.

La Tercera Duma, reunida el 1 de noviembre de 1907, fue la única que pudo cumplir el período establecido de cinco años. Como se había previsto, la nueva cámara era mucho más conservadora que sus predecesoras; de los 422 diputados, 154 pertenecían al Partido del 17 de Octubre y 147 a agrupaciones derechistas y nacionalistas, una representación que aseguraba a los conservadores una mayoría de dos tercios. Los kadetes quedaron reducidos a 54 escaños, a los que cabía sumar los 28 de sus aliados progresistas, y los socialistas tenían 32 diputados (19 socialdemócratas y 13 *trudoviki*). Aunque el gobierno podía sentirse mucho más cómodo con una asamblea legislativa en la cual los conservadores tenían semejante preponderancia, no contaba con mayorías automáticas; Stolipin tuvo que realizar muchas maniobras políticas para conseguir la aprobación de algunos de sus proyectos de ley. Los ministros eran convocados con frecuencia a rendir cuentas y el gobierno no siempre lograba salirse con la suya.

Los octubristas, que dominaban la Tercera Duma como los kadetes habían hecho lo propio con la Primera y los socialistas con la Segunda, estaban comprometidos con el ordenamiento constitucional existente y definían su tarea de la siguiente manera: «Crear en la Duma un centro constitucional, sin el objetivo de tomar el poder gubernamental, pero al mismo tiempo resuelto a defender los derechos de la asamblea representativa del pueblo dentro de los límites establecidos en las Leyes Fundamentales».[84]

Su filosofía rectora era un Estado basado en la ley, una ley que obligara de igual modo a la administración y la sociedad. Alexánder Guchkov, el líder del partido, descendía de una

prominente familia de comerciantes de Moscú fundada por un siervo, y se había educado en Europa occidental. Según Alexánder Kérenski, que lo describió como «una especie de solitario arisco con un aire de misterio», se había opuesto al Movimiento de Liberación.[85] Tenía una pobre opinión de las masas rusas y no se sentía cómodo con los políticos. Patriota devoto, en temperamento y opiniones se parecía a Stolipin, a quien ayudó a dividir a la derecha en la Tercera Duma, para separarla de los elementos más moderados; estos, organizados como facción nacionalista, conformaban junto con los octubristas una mayoría absoluta y ayudaron a Stolipin a impulsar muchos de sus proyectos de ley.[86] Gran parte de las bases del Partido Octubrista tenía sus raíces en el movimiento de los *zemstvos* y mantenía estrechos vínculos con él.

Para obtener apoyo para sus programas legislativos, Stolipin destinaba anualmente 650.000 rublos de fondos secretos a subvencionar periódicos y sobornar a diputados derechistas influyentes.[87]

La Tercera Duma fue un cuerpo legislativo activo; votó 2.571 proyectos de ley presentados por el gobierno y 205 surgidos de su propia iniciativa, y sometió a los ministros a 157 interrogatorios o «interpelaciones».[88] Sus comisiones se ocuparon de los problemas agrarios, la legislación social y muchas otras cuestiones. Durante 1908, y en especial en 1909, se vivieron períodos de cosechas abundantes, un descenso de la violencia y un renovado desarrollo industrial. Stolipin se encontraba en la cúspide de su carrera.

Sin embargo, justo entonces aparecieron los primeros nubarrones en el horizonte. Como ya se ha señalado, la Constitución había sido concedida en una situación de urgencia extrema como la única alternativa al derrumbe. La corte y sus partidarios derechistas no la veían como un

cambio fundamental y permanente en el sistema ruso de gobierno, sino como una medida de emergencia para llevarlo a buen puerto en un momento de agitación civil. La negativa a admitir siquiera que Rusia tenía una Constitución y la insistencia en sostener que el hecho de que el zar no hubiera jurado las nuevas Leyes Fundamentales lo liberaba de la obligación de observar sus disposiciones no eran débiles excusas, sino convicciones profundamente arraigadas. Así, al mejorar el estado del país y atenuarse la emergencia, la corte comenzó a replantearse la situación; una vez restablecidos el orden público y la prosperidad rural, ¿eran realmente necesarios un régimen parlamentario y un primer ministro que jugaba a la política en el Parlamento? Stolipin, que había afirmado ser «ante todo un súbdito leal del soberano y el ejecutor de sus planes y sus órdenes», aparecía ahora como «un revolucionario muy peligroso».[89] La principal objeción que se le hacía era que, en vez de actuar en el Parlamento exclusivamente como un agente de la Corona, había constituido en él su propio grupo de apoyo político. Stolipin creía estar forjando un partido de «Amigos del Rey», no en beneficio propio, sino en favor del monarca. Los monárquicos, empero, solo veían que sus prácticas políticas conducían a una disminución de la autoridad imperial o, al menos, de la autoridad que Nicolás, junto con su entorno, creían detentar:

> Stolipin habría sido el último en admitir que sus políticas tendían a debilitar el poder independiente del emperador; en efecto, consideraba que la fuente de su propia autoridad residía en el hecho de que el monarca autocrático se la había confiado. Sin embargo, esa era la consecuencia inevitable de sus políticas, dado que él comprendía que en las circunstancias modernas el Estado solo podía fortalecerse ante la revolución si, a través del Parlamento, aumentaba en él la influencia de las clases terratenientes, profesionales e instruidas. Y eso solo podía suceder a expensas del poder independiente del emperador. Era este hecho innegable el que daba a los argumentos de los reaccionarios tanta fuerza a ojos del zar.[90]

Este era el punto crucial de las dificultades de Stolipin con la corte, la causa de su menguante respaldo y de su desgracia final. Tras su muerte, la zarina advertiría a su sucesor, Vladímir Kokóvtsov, en alusión a aquel, de que «no buscara apoyo en los partidos políticos».[91] En general, cuanto más éxitos cosechaban las políticas de Stolipin, menos se requerían sus servicios y más crecía el antagonismo de la corte hacia él. Esta era la paradoja de la política rusa.

Sus reformas y proyectos de reforma también le granjearon la enemistad de intereses poderosos. Las reformas agrarias, concebidas para dar a Rusia una clase de terratenientes campesinos, amenazaban al sector de la nobleza rural que se veía como un *Kulturträger* irreemplazable. Sus esfuerzos por descentralizar la administración y hacer que los burócratas fueran responsables desde el punto de vista jurídico despertaron la hostilidad del funcionariado, mientras que sus planes para doblegar a la policía no le ganaron amigos por ese lado. Asimismo, sus infructuosas iniciativas en favor de los judíos enfurecieron a la extrema derecha.

Tampoco ganó en respaldo público lo que perdió en la corte. Los liberales nunca le perdonaron las «corbatas de Stolipin» ni su manera de abusar del artículo 87 para soslayar las facultades legislativas de la Duma. Para la extrema derecha era un intruso aupado al poder para sofocar una conflagración revolucionaria que, en la práctica, abusaba de su posición para acumular un poder independiente. Quienes, en palabras de Struve, consideraban la Constitución una «rebelión camuflada» (*zamaskirovannyi bunt*)[92] lo despreciaban por tomársela en serio en vez de trabajar por el restablecimiento de la autocracia. En el clima militante de la política rusa, donde un conjunto de principios «puristas» se enfrentaban con otros igualmente inflexibles, no había lugar

para el idealismo pragmático de Stolipin. Atacado por todos los flancos, comenzó a flaquear y a cometer errores políticos garrafales.

El primer conflicto de Stolipin con la Tercera Duma se produjo a raíz del presupuesto naval de 1909.[93] A comienzos de 1908, el gobierno propuso la construcción de cuatro acorazados de la clase Dreadnought para proteger las costas rusas del Báltico. En la Duma, los kadetes y los octubristas aunaron fuerzas para oponerse a este proyecto de ley. Guchkov sostuvo que Rusia no podía permitirse una marina grande y costosa, y Miliukov lo respaldó; el país, dijo, ya estaba gastando proporcionalmente más que Alemania en su armada, a pesar de que su comercio marítimo era escaso y no tenía colonias en ultramar. Ambos partidos preferían que los fondos previstos para los acorazados se destinaran al ejército.[94] En 1908, la Duma rechazó las solicitudes de asignaciones navales y volvió a hacerlo en 1909. Aunque la aprobación del presupuesto por el Consejo de Estado bastaba para poner en marcha el programa naval, la negativa de la Duma obligó a Stolipin a buscar respaldo en partidos situados a la derecha de los octubristas, un cambio que lo llevó a plantear una política más nacionalista.

Su crisis parlamentaria más fatídica fue una consecuencia indirecta de este cambio, y tuvo que ver con el proyecto de ley para llevar los *zemstvos* a las provincias occidentales del imperio. El proyecto tropezó con una fuerte oposición en la cámara alta, donde los *zemstvos* no gozaban de popularidad. Resuelto a hacer de esta cuestión una prueba de su aptitud para administrar, Stolipin decidió imponerlo fuera cual fuese su coste.

En 1864, el año de su creación, no se habían establecido *zemstvos* en nueve de las provincias arrebatadas a Polonia a

raíz de las Particiones. Los resultados de las elecciones a estos órganos mostraban una fuerte primacía de la nobleza terrateniente, que en las provincias occidentales estaba conformada en gran parte por polacos católicos; el gobierno temía, en consecuencia, que estos explotaran los *zemstvos* en beneficio de sus objetivos nacionalistas. (Por entonces acababa de aplastarse la rebelión polaca de 1863.) Los más inteligentes entre los burócratas, sin embargo, terminaron a la larga por comprender que, dado el bajo nivel cultural de los rusos que residían en los territorios fronterizos, era necesario dar voz a los no rusos en el gobierno local.[95] Stolipin ya había sugerido crear *zemstvos* en las provincias occidentales en agosto de 1906, pero su primer proyecto legislativo en este sentido data de 1909. Si bien tenía una apariencia liberal, por cuanto daba por primera vez a las minorías étnicas de la zona la posibilidad de participar en los órganos de autogobierno, el proyecto estaba destinado ante todo a complacer a la derecha, de la que Stolipin dependía cada vez más; según Krizhanovski, los diputados de la nobleza rural terrateniente de las provincias occidentales lo urgían con insistencia a aplicar la medida.[96] [img 22]

En su proyecto de ley, Stolipin procuraba asegurar una voz preponderante en los *zemstvos* occidentales a la nobleza terrateniente y los propietarios campesinos rusos. Como en Vilna, Kovno y Grodno casi no había terratenientes o campesinos rusos que poseyeran tierras, estas provincias quedaban excluidas del proyecto, que solo incluía seis provincias occidentales (Vítebsk, Volinia, Kiev, Minsk, Moguilev y Podolia). En estas últimas, la preponderancia rusa iba a garantizarse por medio de un complejo procedimiento de votación con colegios electorales. Los ciudadanos judíos quedarían completamente privados del derecho a voto.[97]

La Duma inició la discusión sobre el proyecto de ley de los *zemstvos* occidentales el 7 de mayo de 1910. En un discurso en el que instaba a su aprobación, Stolipin afirmó que su principal finalidad era asegurar que las provincias occidentales fueran «rusas para siempre», para lo cual era necesario proteger a la minoría rusa de la mayoría católica polaca. El proyecto, apoyado por los nacionalistas y otros diputados de derecha, se aprobó el 29 de mayo por un estrecho margen, y con enmiendas, tras un acalorado debate.

En enero de 1911, el proyecto revisado llegó a la cámara alta. Habida cuenta de su talante nacionalista, la aprobación parecía darse por descontada. Stolipin estaba tan confiado que ni siquiera se molestó en asistir a las discusiones en el Consejo de Estado, ya que una comisión de dicho órgano había aprobado el proyecto.[98]

Sin que él lo supiera, no obstante, entre bambalinas se urdía una intriga. Varios integrantes del Consejo de Estado, encabezados por Vladímir Trépov, organizaron con la ayuda de Durnovó la oposición a Stolipin. Los detractores del proyecto de ley sostenían que, al ofrecer a los polacos un cuerpo legislativo por separado, el primer ministro institucionalizaba el particularismo étnico y violaba con ello el carácter «imperial» tradicional de la legislación rusa. Witte, uno de los opositores más vehementes del proyecto, argumentó que «bajo la bandera del patriotismo se empeñan en crear en las tierras occidentales una oligarquía local en lugar de reforzar la autoridad zarista».[99] Pero el verdadero propósito de la camarilla era derribar a Stolipin.

Trépov y Durnovó solicitaron audiencias privadas con el zar. Tras exponerle sus objeciones, Nicolás aceptó liberar a los diputados derechistas del Consejo de Estado de la obligación de seguir la recomendación del gobierno; podrían votar

conforme a los dictados de su conciencia.[100] El zar les dio esta libertad sin haber pedido el consejo de su primer ministro ni haberle informado de su decisión. Stolipin, por lo tanto, no tenía motivos para sentirse preocupado cuando asistió al Consejo de Estado el 4 de marzo para presenciar la votación final sobre su proyecto de ley. Muchos de los diputados que hubieran votado a su favor si el zar así lo hubiese indicado se sentían ahora con libertad para inclinarse por la negativa. Como consecuencia de ello, la principal cláusula del proyecto, con la polémica propuesta de dos cuerpos legislativos, uno para los rusos y otro para los polacos y otros grupos étnicos, fue rechazada por 92 votos frente a 68. Estupefacto, Stolipin se marchó de la sala lleno de indignación.

No podía hacerse ilusión alguna; el incidente constituía una moción de censura contra él, en apariencia planteada por la cámara alta, pero en realidad maquinada por la corte imperial. Furioso, decidió forzar al zar a revelar sus cartas. Al día siguiente presentó la renuncia. Nicolás la rechazó y lo instó a reconsiderar la cuestión. Por qué no volver a someter el proyecto de ley a la Duma y el Consejo de Estado, sugirió, dando a entender que en esa segunda oportunidad él pediría que lo apoyaran. Stolipin se negó. Cuando el zar le preguntó qué le gustaría que él, Nicolás, hiciera, Stolipin le solicitó la suspensión de ambas cámaras el tiempo suficiente para permitir que el proyecto de ley fuera promulgado al amparo del artículo 87.[98*] Pidió, además, que se desterrara de San Petersburgo a Trépov y Durnovó.

Nicolás sopesó durante cuatro días lo demandado por Stolipin y luego se lo concedió. El 12 de marzo se suspendieron las sesiones de ambas cámaras hasta el 15 del mismo mes. Tras conocer dicha decisión, el Consejo de Estado se apresuró a votar la totalidad del proyecto, que fue

rechazado por una abrumadora mayoría, 134 votos frente a 23.[101] El 14 de marzo, el proyecto de ley de los *zemstvos* fue promulgado de acuerdo con lo estipulado por el artículo 87. Durnovó y Trépov tuvieron que marcharse de la capital hasta finales del mismo año.[99*]

La precipitación de Stolipin tuvo consecuencias desastrosas que le granjearon la animosidad de todos los partidos políticos.[102] Cuando hizo acto de presencia en la Duma para justificar sus actos, no encontró prácticamente a nadie que lo apoyara. La prensa lo condenó, y lo mismo hizo la sociedad. En señal de protesta, Guchkov renunció como líder del Partido Octubrista; llegaba así a su fin la colaboración entre este y Stolipin, que tan constructiva había demostrado ser en los dos primeros años de la Tercera Duma. Por último, pero no por ello menos importante, Stolipin se ganó la enemistad del zar, que nunca perdonaba a nadie que lo humillara; y que Stolipin lo había humillado era evidente para la opinión pública, que advertía con total claridad que, al suspender la Duma y desterrar a Durnovó y Trépov, el zar había actuado bajo presión.[103] En los círculos oficiales se dijo entonces que Nicolás había tomado la decisión de deshacerse de Stolipin y que los días de este como primer ministro estaban contados.[104] Aislado y despreciado, Stolipin parecía, según las palabras de Kokóvtsov, «un hombre completamente transformado»,[105] taciturno e irritado cuando antes había mostrado magnanimidad y gran confianza en sí mismo.

La emperatriz viuda María, la madre de Nicolás II, que siempre lo había instado a entenderse con la sociedad y se inclinaba por los funcionarios liberales, le transmitió a Kokóvtsov su sensación de desesperación frente a estos acontecimientos:

> Mi pobre hijo, qué poca suerte tiene con la gente. Aparece alguien a quien aquí nadie conoce, pero que demuestra ser inteligente y enérgico y que se las

> ingenia para restablecer el orden después de los horrores que vivimos hace casi seis años. Y ahora empujan a este hombre al abismo. ¿Quiénes? Los que afirman amar al zar y a Rusia, y que en realidad están destruyendo tanto la patria como a él. […] ¡Qué horrible![106]

Stolipin había caído prácticamente en desgracia cuando a finales de agosto de 1911 partió hacia Kiev para asistir a las celebraciones relacionadas con la inauguración de un monumento a Alejandro II. Desde hacía tiempo tenía premoniciones acerca de una muerte violenta; en su testamento, redactado en 1906, solicitaba que lo enterraran cerca del lugar de su asesinato.[107] Antes de partir, le dijo a Krizhanovski que temía no regresar y le confió una caja fuerte con documentos secretos que debían destruirse si le pasaba algo.[100*] Pese a ello, no tomó precauciones y partió sin sus guardaespaldas ni su chaleco antibalas.

En Kiev la pareja imperial y los altos dignatarios lo ignoraron; la humillación era inequívoca.

El Teatro Municipal de la ciudad había programado para la noche del 1 de septiembre una representación de *El cuento del zar Saltán*, la ópera de Rimski-Kórsakov. Nicolás, acompañado por sus hijas, se instaló en el palco del gobernador, a la altura de la orquesta. Stolipin estaba sentado cerca, en la primera fila del patio de butacas. Durante el segundo intermedio, a eso de las diez de la noche, mientras conversaba frente al foso de la orquesta con los condes Potocki y Fredericks, se acercó un joven vestido de etiqueta. Extrajo una Browning de debajo del programa que la ocultaba y disparó dos veces contra el primer ministro. Ambas balas dieron en el blanco, una en la mano y otra en el pecho; la primera rebotó e hirió a un músico, y la otra, tras impactar en el pecho del político, fue desviada por una medalla y se alojó en el hígado. Según un testigo presencial, en un primer momento Stolipin pareció no advertir lo que había pasado:

> Bajó la cabeza y se miró la guerrera blanca, que en el lado derecho, debajo del pecho, empezaba a estar manchada de sangre. Con movimientos lentos y seguros depositó el sombrero y los guantes de servicio sobre la barrera, se desabotonó la guerrera y al ver el chaleco lleno de sangre hizo un gesto como diciendo: «Todo ha terminado». Luego se desplomó en una silla y con voz clara y distinta, audible para todos los que estaban cerca, dijo: «Me alegra morir por el zar». Al ver al zar entrar en el palco y quedarse de pie frente a él, levantó las manos para hacerle señas de que se apartara. Pero el zar no se movió, por lo cual Piotr Arkádievich, a la vista de todos, lo bendijo con una amplia señal de la cruz.[108]

Lo trasladaron a toda prisa a un hospital. Parecía estar recuperándose cuando sufrió una infección y murió la noche del 5 de septiembre.[101*] Al día siguiente, la terminal ferroviaria del centro de Kiev rebosaba de judíos presas del pánico. Sin embargo, gracias a la firme actitud de las autoridades no se produjeron actos violentos contra ellos.

El asesino, que había sido apresado y apaleado cuando trataba de escapar de la escena del crimen, resultó ser un abogado de veinticuatro años, Dmitri Grigórievich Bogrov, hijo de un acaudalada familia judía de Kiev.[109] En su patria y sus frecuentes viajes al extranjero había entrado y salido de los círculos socialistas revolucionarios y anarquistas. Aunque mantenido generosamente por unos padres que lo adoraban, a menudo se quedaba sin dinero debido a su pasión por el juego, y existen sólidos indicios de que fue la necesidad económica la que lo llevó a convertirse en un agente de la policía. Según su testimonio, desde mediados de 1907 hasta finales de 1910 había ejercido como informante de la Ojrana de Kiev, aportando informaciones que permitían la detención de terroristas socialistas revolucionarios y anarquistas.

Los revolucionarios recelaban de él. En un principio lo acusaron de malversar fondos del partido, pero a la larga llegaron a la conclusión de que tenía que ser un agente de la policía. El 16 de agosto de 1911, lo visitó un revolucionario para comunicarle que su papel como informante policial

había quedado establecido más allá de toda duda y que iban a «ejecutarlo»; solo podría salvarse si cometía un acto terrorista, a ser posible contra el coronel Nikolái N. Kuliabko, el jefe de la Ojrana de Kiev. El atentado debía llevarse a cabo el 5 de septiembre. Bogrov fue a ver a Kuliabko, pero este lo recibió de una manera tan calurosa que no pudo cumplir su misión. Sopesó entonces la posibilidad de asesinar al zar, a quien se esperaba en Kiev pocos días después, pero desestimó el plan por miedo a provocar pogromos antijudíos. Finalmente se decidió por Stolipin, como el «principal responsable de la reacción que se había producido en Rusia».[102*]

Para desviar la atención de sí mismo y sus planes, Bogrov urdió un complot imaginario contra Stolipin y Lev A. Kasso, el ministro de Educación, a cargo de dos terroristas ficticios. El 26 de agosto, le dijo al coronel Kuliabko que ambos llegarían a Kiev durante las celebraciones y que usarían su piso como base de operaciones. Kuliabko, de quien se ha dicho que tenía una actitud «blanda» y «confiada»,[110] no tenía motivos para no creerle, dado que Bogrov había demostrado ser un informante de fiar en el pasado. Ordenó entonces que grupos de agentes rodearan su casa al tiempo que le daba carta blanca en la ciudad. El 29 de agosto, Bogrov acechó a Stolipin en un parque y el 1 de septiembre, a la luz del día, se acercó a él mientras lo fotografiaban en el hipódromo, pero en ninguna de las dos oportunidades logró aproximarse lo suficiente para disparar.

La Ojrana, en posesión de la información proporcionada por Bogrov, recomendó al primer ministro no aparecer solo en público, pero Stolipin desoyó la advertencia. Se comportaba como un hombre reconciliado con su destino, un hombre al que ya no le quedaba motivo alguno para vivir y que tal vez acariciara incluso la idea del martirio.

El tiempo se acababa para Bogrov; su última oportunidad bien podría ser el 1 de septiembre por la tarde, durante la función en el Teatro Municipal. Las entradas eran difíciles de conseguir debido a las rigurosas medidas de seguridad y la demanda del público. Bogrov le dijo a la policía que temía por su seguridad si los terroristas a quienes había identificado eran apresados y él no podía aducir una coartada convincente. Tenía que conseguir una entrada para el teatro, y la recibió apenas una hora antes del comienzo de la función.

El 9 de septiembre, tras una semana de interrogatorios, Bogrov fue puesto en manos del Tribunal Militar de Kiev, que lo condenó a muerte. Lo ahorcaron en la noche del 10 al 11 de septiembre, en presencia de testigos que, dado que por entonces sus vínculos con la policía eran de dominio público, querían asegurarse de que no lo sustituyeran por un convicto común y corriente.

Tan pronto como se supo que Bogrov había entrado en el teatro con un pase policial, comenzaron a circular rumores de que había actuado por indicación del gobierno. Todavía en la actualidad, estos rumores no se han disipado. El principal sospechoso fue y sigue siendo el general Pável G. Kurlov, el jefe del Cuerpo de Gendarmería, encargado de la seguridad de Kiev durante la visita imperial y conocido por mantener diferencias burocráticas con el primer ministro.[111] Esta teoría, sin embargo, se apoya en pruebas muy endebles. Al parecer, la incapacidad de la policía para impedir el asesinato fue más bien el resultado de un fracaso nada inusual en el uso de agentes dobles; después de todo, el más grande de todos ellos, Yevno Azef, también tenía que traicionar de vez en cuando a sus superiores a fin de mantener su credibilidad entre los terroristas, y llegó al extremo de organizar el asesinato de su propio jefe, Pleve. En cuanto al hecho de que

la policía entregó a Bogrov una entrada para el teatro, también parece lógico si se tiene en cuenta el escenario que él había logrado «venderles». En sus memorias, Kurlov recordaba que cinco años antes, en circunstancias similares, la Ojrana de Kiev había hecho entrar a un agente doble en el Teatro Municipal para frustrar un atentado terrorista contra el gobernador general.[112] Cuando se analizan con mayor detenimiento, las teorías conspirativas sobre la muerte de Stolipin no se sostienen. Como existía la creencia generalizada de que pronto lo destituirían, sus enemigos no necesitaban recurrir al asesinato para liberarse de él, tanto más cuanto que el principal sospechoso del crimen, la gendarmería, no tenía la seguridad de que Bogrov, a modo de autodefensa, no confesara su participación. El hecho de que pudiera sospecharse que las autoridades zaristas habían instigado el asesinato del primer ministro dice más acerca del envenenado clima político de la Rusia tardoimperial que de las circunstancias del caso.

Una valoración sobre Stolipin debe distinguir al hombre de sus logros. El primer ministro estuvo por encima de los estadistas rusos de su época; para apreciar su talla no hace falta más que compararlo con sus sucesores, en su mayor parte nulidades, a veces incompetentes, elegidos según el criterio de la lealtad personal a la Corona y dedicados a velar por los intereses de esta, no por los de la nación. Stolipin dio a Rusia, traumatizada por la Revolución de 1905, la percepción de que había una finalidad y una esperanza para ella, y elevó la política por encima tanto del partidismo como del utopismo.

Admitir su grandeza personal, sin embargo, no equivale a sugerir que, de haber vivido, habría impedido una revolución. Para guiar al país hacia la estabilidad requería un respaldo

incesante de la Corona y al menos algo de apoyo de los partidos liberales y conservadores. No tuvo ni una cosa ni otra. Su grandioso proyecto de reforma política y social quedó en su mayor parte sobre el papel y su principal logro, la reforma agraria, fue barrido en 1917 por la acción espontánea de los campesinos comunales. Cuando murió, ya estaba políticamente acabado; como afirmó Guchkov, Stolipin «estaba muerto para la política mucho antes de su muerte física».[113]

Nada ilustra mejor el carácter desesperado de sus iniciativas que la indiferencia con que la pareja imperial reaccionó ante su muerte. Diez días después del atentado contra el primer ministro, Nicolás describió en una carta a su madre la visita a Kiev. La muerte de Stolipin aparecía en la descripción como un mero episodio en la serie de recepciones, desfiles y otras diversiones. Cuando comunicó lo sucedido a su esposa, escribía, esta «se tomó la noticia con bastante calma».[114] De hecho, cuando no mucho después Alejandra habló del suceso con Kokóvtsov, el sucesor de Stolipin, lo reprendió porque la muerte de este le había afectado demasiado:

> Al parecer usted tiene en demasiada estima la memoria [de Stolipin] y atribuye demasiada importancia a su actividad y su persona. […] No debemos sentir pena por quienes han partido. […] Todo el mundo cumple su papel y su misión, y cuando alguien ya no está entre nosotros es porque ha llevado a cabo su tarea y es preciso olvidarse de él porque ya no tiene nada que hacer. […] Estoy convencida de que Stolipin murió para que usted asumiera su cargo, y de que ha sido por el bien de Rusia.[115]

Aunque perdió la vida por obra de un revolucionario, Stolipin ya había sido políticamente destruido por las mismas personas a las que trataba de salvar.

Los tres años que separan la muerte de Stolipin del estallido de la Primera Guerra Mundial son difíciles de describir porque están colmados de tendencias contradictorias, algunas

de las cuales apuntaban a la estabilización y otras, a la ruptura.

A primera vista, la situación de Rusia parecía prometedora, una impresión confirmada por el renovado flujo de inversiones extranjeras. La represión de Stolipin, acompañada de la prosperidad económica, había logrado restablecer el orden. Conservadores y radicales coincidían, con estados de ánimo diferentes, en que Rusia había capeado el temporal de la Revolución de 1905. En los círculos liberales y revolucionarios, el humor preponderante era de pesadumbre; la monarquía había conseguido de nuevo ser más lista que sus adversarios, al hacer concesiones en momentos turbulentos y anularlas tan pronto como su posición se consolidaba. Aunque el terrorismo no había desaparecido por completo, nunca se recuperó de las revelaciones de 1908, en virtud de las cuales se supo que el líder de la Organización de Combate socialista revolucionario, Azef, era un agente de la policía.

La economía estaba en auge. Los rendimientos agrícolas en el centro de Rusia se incrementaban perceptiblemente. En 1913, la producción de hierro creció un 57,8 por ciento en relación con la de 1900, mientras que la de carbón aumentó más del doble. En el mismo período, las exportaciones e importaciones rusas también se incrementaron más del doble.[116] Gracias a un estricto control de la emisión monetaria, el rublo era una de las divisas más estables del mundo. Un economista francés pronosticó en 1912 que si Rusia mantenía hasta 1950 el ritmo de crecimiento económico que había tenido desde 1900, hacia mediados del siglo XX dominaría Europa política, económica y financieramente.[117] El crecimiento económico permitía al Tesoro depender menos que antes de los préstamos extranjeros e incluso disminuir la deuda; hacia 1914, tras décadas de crecimiento continuo, el

endeudamiento estatal exhibía por fin una tendencia decreciente.[118] El presupuesto también mostraba un rumbo positivo; entre 1910 y 1913 se registró un superávit en tres de los cuatro años, aun si se tenían en cuenta los gastos considerados «extraordinarios».[119]

La experiencia había enseñado a Stolipin que una aldea próspera era una aldea tranquila. Y, en efecto, en los años inmediatamente anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial el campo, al beneficiarse de los mayores rendimientos, dio pocos problemas a las autoridades. Pero la prosperidad tuvo un efecto diferente sobre los centros industriales situados en las zonas rurales. La incorporación masiva de nuevos trabajadores, en su mayor parte campesinos sin tierras o con tierras poco productivas, inyectó en la fuerza laboral un elemento volátil. Entre enero de 1910 y julio de 1914, el número de obreros creció un tercio (de 1,8 a 2,4 millones) en Rusia; a mediados de 1914, más de la mitad de los obreros de San Petersburgo eran recién llegados. Estos trabajadores consideraban demasiado moderados incluso a los mencheviques y los socialistas revolucionarios, y preferían las consignas más sencillas y emotivas de los anarquistas y bolcheviques.[120] Su agitación y su sensación de extrañamiento contribuyeron al crecimiento de los conflictos industriales en vísperas de la guerra, sobre todo en la primera mitad de 1914.

Dicho esto, no hay razones para sostener que Rusia era en 1914 menos «estable» que nunca desde 1900, salvo entre 1905 y 1906, y que se dirigía hacia la revolución.[121] Este argumento, obligatorio en la historiografía comunista, se apoya sobre todo en la prueba de un crecimiento de la actividad huelguística a partir de 1910. Sin embargo, es poco convincente por varios motivos.

Las huelgas industriales no significan necesariamente inestabilidad social; las más de las veces acompañan el progreso del movimiento obrero hacia un estatus económico y social más alto. Los trabajadores mal pagados, no cualificados y desorganizados rara vez hacen huelga. Hay una correlación demostrada entre la formación de sindicatos y la actividad huelguística.[103*] Al legitimar los sindicatos, el gobierno imperial también legitimó las huelgas, antes ilegales. Visto desde esta perspectiva, el incremento de los paros laborales (más de la mitad de los cuales se prolongaban, de todos modos, solo uno o dos días) puede interpretarse correctamente como sintomático de una maduración del movimiento obrero ruso que, a juzgar por la experiencia occidental, con el paso del tiempo llevaría probablemente a una mayor estabilidad social.

En muchos países industriales occidentales, el período inmediatamente anterior al estallido de la Primera Guerra Mundial también fue testigo de un ascenso de la agitación laboral. En Estados Unidos, por ejemplo, entre 1910 y 1914 la cifra de trabajadores en huelga fue el doble que la registrada en el lustro anterior; en 1912 y 1913 hubo más trabajadores en huelga que nunca antes en los treinta años previos.[122] En Gran Bretaña, la actividad huelguística también experimentó una aceleración espectacular en 1912, desde el punto de vista tanto del número de trabajadores involucrados como de los días de trabajo perdidos.[123] Y, pese a ello, ninguno de los dos países cayó en la inestabilidad ni vivió una revolución.

En última instancia, la estabilidad social de Rusia dependía del campesino; los intelectuales radicales admitían que en el país no era posible ninguna revolución mientras la aldea se mantuviera en calma. Y es un hecho demostrable que la aldea rusa no se movilizó ni inmediatamente antes de la guerra ni

en los primeros dos años de esta. El medio millón de obreros que fueron a la huelga en 1912 eran una minoría insignificante en comparación con los cien millones de campesinos que se dedicaban pacíficamente a su actividad.

Tampoco puede inferirse demasiado de los ejemplos de agitación política en el movimiento liberal, tal como la simboliza la excéntrica oferta de Alexánder I. Konoválov, el industrial textil millonario, de conceder ayudas económicas a Lenin.[124] Esta táctica nada atípica de los liberales rusos, consistente en presionar a las autoridades mediante la invocación del espectro de la revolución con el fin de obtener concesiones políticas, no puede interpretarse como una radicalización de la opinión liberal. A decir verdad, en vísperas de la guerra podía advertirse en Rusia la tendencia opuesta, a saber, una inclinación al conservadurismo. Hay muchas pruebas que indican un crecimiento del sentimiento patriótico entre los rusos instruidos, incluida la juventud universitaria.

Un desplazamiento similar hacia la derecha era perceptible en el pensamiento y la cultura rusos. La preocupación por las cuestiones cívicas y la politización de la vida que se habían registrado a partir de mediados del siglo XIX mostraron señales de declive aun antes de que este llegara a su fin. Con el surgimiento de la escuela simbolista en poesía y el triunfo de los criterios estéticos en la crítica, la literatura y el arte se volcaron a medios y temas diferentes; la poesía reemplazó a la novela como principal vehículo de la literatura creativa, mientras que la pintura se alejaba del realismo en favor de la fantasía y la abstracción. El desafío planteado a artistas y compositores por Serguéi Diáguilev, el más destacado empresario teatral ruso —«¡Asombradme!»—, era una afrenta a los preceptos didácticos defendidos por los jueces del gusto

ruso en la generación anterior. Otras manifestaciones de este cambio eran el interés de los novelistas por el sexo y la violencia, y la popularidad del espiritismo y la teosofía entre los miembros de la alta sociedad. El idealismo, la metafísica y la religión reemplazaban al positivismo y el materialismo. Nietzsche causaba furor.[125]

La *intelligentsia* quedó aturdida ante el ataque lanzado contra ella por el compendio *Veji* («Hitos»), publicado en 1909 por un grupo de liberales y ex marxistas. *Succès de scandale* único en la historia intelectual rusa, el libro era una embestida en toda regla contra la *intelligentsia* rusa, a la que acusaba de estrechez de miras, fanatismo, falta de verdadera cultura y una multitud de pecados más. Y la convocaba a iniciar la ardua tarea del cultivo de sí misma. La *intelligentsia* tradicional, agrupada en torno a los partidos socialistas y liberales, rechazó este llamamiento, como había hecho con las tendencias dominantes de la cultura modernista. Persistió en sus viejas maneras, como custodio de la cultura anquilosada de mediados del siglo XIX. Maxim Gorki fue uno de los pocos escritores creativos destacados que se asociarían a esta tendencia anticuada. Otros escritores talentosos adoptaron el «modernismo» y una posición política cada vez más patriótica.

Y, aun así, a pesar de la paz social, el progreso económico y la exuberancia cultural, en vísperas de la Primera Guerra Mundial Rusia era un país perturbado y angustiado. Ni la violencia de 1905 ni las reformas de Stolipin habían resuelto nada; para los socialistas, la Revolución de 1905 bien podría no haber sucedido —tan pobres eran sus resultados—, mientras que para los liberales era un asunto inconcluso y para los conservadores su único legado era la confusión. Como no parecía haber manera alguna de conciliar

pacíficamente los intereses divergentes de los 150 millones de habitantes de Rusia, otra revolución era una posibilidad diáfana. Y el recuerdo nítido de las «masas» en marcha, barriendo en su furia destructiva todo lo que se les ponía por delante, era suficiente para sembrar el terror en el corazón de todos, salvo en una pequeña minoría.

La impresión más sorprendente —y ominosa— para el historiador de este período es la preponderancia y la intensidad del odio, ideológico, étnico y social. Los monárquicos despreciaban a los liberales y los socialistas. Los radicales odiaban a la «burguesía». Los campesinos detestaban a quienes se habían marchado de las comunas para crear granjas privadas. Los ucranianos odiaban a los judíos, los musulmanes a los armenios, los nómadas kazajos odiaban y querían expulsar a los rusos que se habían instalado entre ellos durante el mandato de Stolipin. Los letones estaban listos para abalanzarse sobre sus terratenientes alemanes. Todas estas pasiones las mantenía a raya solo la acción de las fuerzas del orden —el ejército, la gendarmería, la policía—, que a su vez sufrían el ataque constante de la izquierda. Como las instituciones y los procesos políticos capaces de resolver pacíficamente estos conflictos no habían emergido, todo apuntaba a la posibilidad de que tarde o temprano se volviera a recurrir a la violencia, al exterminio físico de quienes se interponían por azar en el camino de cada uno de los grupos contendientes.

En esos días era común decir que Rusia vivía sobre un «volcán». En 1908, el poeta Alexánder Blok prefirió utilizar otra metáfora y hablar de una «bomba» a punto de estallar en el corazón de Rusia. Algunos trataban de ignorarla; otros, de escapar de ella y unos terceros, de desactivarla. Pero en vano: «[…] ya recordemos u olvidemos, en todos se incuban sensaciones de malestar, miedo, catástrofe, estallido. […]

Todavía no sabemos con precisión qué sucesos nos esperan, *pero en nuestro corazón la aguja del sismógrafo ya se ha movido*».[126]

6

Rusia en guerra

A juzgar por el resultado de la guerra con Japón, una derrota seguida de una revolución, apenas puede discutirse que para los hombres que en 1914 gobernaban Rusia la prudencia dictaba la neutralidad. La causa inmediata de la Revolución de 1917 sería el derrumbe de la frágil estructura política y económica del país bajo las presiones de la guerra. Puede aducirse, desde luego, que la menguante aptitud del zarismo para gobernar y la presencia de una *intelligentsia* militante hacían probable la revolución, con guerra o sin ella. Pero, aun cuando se dé cabida a esta observación, una revolución en tiempos de paz, sin el motín de millones de conscriptos, habría sido probablemente menos violenta y ofrecido a los elementos moderados una mejor oportunidad de coger las riendas del poder. Como se mostrará seguidamente, algunos de los hombres de Estado más perspicaces de Rusia lo comprendieron y trataron desesperadamente de mantener a su país fuera de la guerra.

¿Por qué, entonces, intervino Rusia? En la época y también posteriormente, la opinión rusa fue propensa a buscar la respuesta en influencias externas, a saber, los compromisos económicos y morales del país con sus aliados. Los autores socialistas atribuyen la participación del zarismo a las presiones de las democracias occidentales, a las que Rusia debía sumas enormes de dinero. Para los conservadores

rusos, el país se involucró debido a una devoción abnegada a la alianza; para cumplir sus promesas con Francia e Inglaterra y salvarlas de la derrota, se arriesgó a su propia destrucción. Se dice, sin embargo, que este sacrificio no le granjeó el agradecimiento de los Aliados, porque *a posteriori*, cuando el país fue objeto de duras presiones de los alemanes y cayó presa de los extremistas apoyados y financiados por estos, esos mismos Aliados no acudieron en su ayuda.

Estas explicaciones son poco convincentes. Si la Rusia imperial concertó alianzas defensivas y honró sus compromisos, no fue ni en respuesta a las presiones aliadas ni por motivos altruistas, sino por un interés propio claramente percibido. Mucho antes de 1914, los estadistas rusos tenían ya una idea bastante formada de los designios que Alemania abrigaba con respecto a su país. Entre ellos se contaban el desmembramiento del imperio y el dominio económico alemán sobre Rusia y sus zonas fronterizas. Las investigaciones realizadas en los archivos tras la Segunda Guerra Mundial han confirmado que los círculos políticos, militares y empresariales alemanes consideraban que la fragmentación de Rusia y el control de sus recursos eran esenciales para las aspiraciones de Alemania. Berlín atribuía una elevada prioridad a la neutralización de la amenaza militar rusa y a la perspectiva, asociada a ella, de una guerra en dos frentes, así como al acceso a la riqueza humana y material del país, gracias a la cual le sería posible rivalizar con la de Francia y Gran Bretaña.[1]

Habida cuenta de la *Russlandpolitik* de Alemania después de la dimisión de Bismarck, la disyuntiva a la que se enfrentaban los gobernantes rusos no era entre el aislamiento o la política de gran potencia, con todos los riesgos que ello entrañaba; al respecto, Alemania ya había decidido por ellos.

La disyuntiva era entre enfrentarse sola a Alemania o actuar de consuno con Francia y posiblemente con Inglaterra. Planteada así, la cuestión se respondía por sí sola. A menos que Rusia estuviese dispuesta a renunciar a su imperio, reducir su territorio a las dimensiones de la Moscovia del siglo XVII y aceptar el estatus de colonia alemana, tenía que coordinar sus planes militares con las democracias occidentales. La alternativa era mantenerse de brazos cruzados mientras Alemania aplastaba a Francia, como sin duda haría en caso de tener asegurado su flanco oriental, para trasladar luego sus ejércitos al este y barrer a Rusia. En este último país, la situación ya se comprendía con claridad mucho antes del estallido de la guerra. En 1892, mientras los dos países avanzaban en la concertación de una alianza, Alejandro III había señalado: «Debemos en verdad llegar a un acuerdo con los franceses y, en caso de una guerra entre Francia y Alemania, atacar de inmediato a los alemanes para no darles tiempo a golpear primero a Francia y luego volverse contra nosotros».[2] Un historiador ruso ha sintetizado así la posición de su país antes de 1914:

> No debe olvidarse que la Rusia zarista se preparaba para la guerra contra Alemania y el Imperio austrohúngaro en alianza con Francia, que, se suponía, cargaría en el período inicial del conflicto con la tarea más difícil, la de rechazar la presión de casi todo el ejército alemán. Francia dependía hasta cierto punto de la conducta de Rusia en lo tocante a su esfuerzo en el combate contra Alemania [y] la distribución de sus fuerzas. El gobierno zarista, por su parte, no estaba menos interesado que Francia en que sus ejércitos sobrevivieran a las primeras tribulaciones. Por esa razón, el alto mando ruso prestaba tanta atención a las operaciones en el frente alemán. Tampoco debe pasarse por alto que Rusia se esforzaba por aprovechar el envío de las principales fuerzas del ejército alemán al oeste para infligir a Alemania una derrota decisiva en los primeros meses de la guerra. […] Por eso, para describir las relaciones entre Rusia y Francia al comienzo de la guerra es más correcto hablar de la dependencia mutua de los Aliados.[3]

Después de la aplastante derrota que sus fuerzas habían infligido a Francia en 1870, Berlín tenía todas las razones para

esperar que, tarde o temprano, los franceses intentaran recuperar su tradicional hegemonía sobre el continente. En sí misma, esta perspectiva no planteaba una amenaza mortal, dado que el potencial bélico de Francia a finales del siglo XIX llegaba apenas a la mitad del de Alemania. Pero las cosas se veían de otra manera si Francia tenía de su lado a Rusia, que en virtud de su situación geográfica y la dimensión de su ejército permanente estaba en la posición ideal para contrarrestar el poderío alemán. Inmediatamente después de la finalización de la guerra franco-prusiana, cuando Rusia y Alemania mantenían todavía unas relaciones amistosas, Helmuth von Moltke, el jefe del Estado Mayor alemán, advirtió a su gobierno sobre la perspectiva de una guerra en dos frentes.[4] Este peligro se convirtió casi en una realidad en 1894, cuando Francia y Rusia firmaron un pacto de defensa que comprometía a ambos países a ayudarse mutuamente en caso de un ataque de Alemania o de alguno de sus aliados. A partir de esa fecha, los estados mayores de los tres países se concentraron en idear estrategias para sacar partido a esta perspectiva de los dos frentes.

Alemania afrontaba, con mucho, el problema más serio, dado que una guerra continental general la obligaría a combatir simultáneamente en el este y el oeste. Para obtener la victoria en un conflicto de este tipo tendría que «desincronizar», por decirlo así, las previsibles ofensivas enemigas y ocuparse de ellas de una en una. De lograr Francia y Rusia (e Inglaterra a partir de 1907) coordinar sus estrategias, Alemania se enfrentaría a una perspectiva lúgubre, porque ni siquiera su formidable ejército sería capaz de salir adelante frente a las fuerzas combinadas de los otros dos grandes ejércitos terrestres y la principal potencia naval del mundo. Esta consideración era el fundamento del Plan Schlieffen, en el cual los militares alemanes habían

comenzado a trabajar en 1895 y que, desde entonces, perfeccionaron aun en sus más mínimos detalles hasta el estallido de la Primera Guerra Mundial. Dicho plan requería que Alemania aplastara a Francia antes de que Rusia se movilizara por completo, para trasladar luego rápidamente el grueso de sus ejércitos hacia el este. Su rasgo esencial, su condición *sine qua non*, era la velocidad: la velocidad de la movilización, la velocidad de las operaciones ofensivas y la velocidad del transporte de tropas. El plan daba por sentado un ritmo lento de la movilización rusa, que supuestamente se prolongaría entre 105 y 110 días, en comparación con los 15 días estimados para la de los ejércitos alemán y austríaco.[5] Esta disparidad —en teoría, de hasta tres meses— brindaba la oportunidad de derrotar a Francia antes de que los rusos estuvieran en condiciones de acudir en su auxilio.

El Plan Schlieffen disponía que hasta nueve décimas partes de los efectivos alemanes se destinaran al frente occidental. Desbordando por el flanco la frontera francoalemana, corta, muy fortificada y de difícil topografía, el ala derecha iba a ejecutar un movimiento envolvente a través de Bélgica, rodear y capturar París e incomunicar a las principales fuerzas francesas. Mientras esta campaña decisiva estuviera en marcha, la mayoría de las fuerzas austrohúngaras, reforzadas por una octava o una novena parte del ejército alemán, desplegado a lo largo de la frontera nordeste y en Prusia Oriental, mantendrían a raya a los rusos. Conforme a lo previsto por el Plan Schlieffen, la campaña francesa debía terminar en los cuarenta días posteriores a la movilización, momento en el cual el ejército ruso levantaría en armas a menos de la mitad de sus efectivos. La movilización era el factor crucial; tan pronto como los rusos comenzaran a movilizarse, los alemanes tendrían que hacer lo mismo o correr el riesgo de que se derrumbara todo su plan de guerra.

Los estados mayores aliados conocían en líneas generales las intenciones de los alemanes.[6] Después de varias salidas en falso, el Estado Mayor francés adoptó lo que llegaría a conocerse como Plan XVII, que se decantaba por una postura defensiva ante la prevista penetración alemana a través de Bélgica, acompañada de un vigoroso asalto contra el eje de su operación envolvente en el centro. Dicho ataque debía penetrar en territorio alemán y, al amenazar con cortar el ala derecha del enemigo, detener su ofensiva.

El éxito del Plan XVII dependía de la asistencia rusa. La idea era que los rusos amenazaran Berlín tan pronto como se completara la movilización alemana, es decir, hacia el decimoquinto día de la guerra. El ataque ruso debía forzar a los alemanes a retirar las tropas del frente occidental antes de que en este se hubiera llegado a un desenlace y provocar el derrumbe de Alemania.

El tratado de defensa franco-ruso de 1894 no mencionaba pormenorizadamente los planes operativos en caso de una guerra. Estos fueron elaborados a partir de 1911 en conversaciones entre los estados mayores de ambos países. De inmediato aparecieron profundas divergencias de opinión. El plan estratégico ruso, formulado originalmente en la década de 1880, requería el despliegue de grandes fuerzas en el centro de Polonia, desde donde estas, protegidas por fortalezas, debían lanzar ofensivas simultáneas contra Viena y Berlín. Entre 1909 y 1910, el plan fue objeto de cambios sustanciales. La nueva versión disponía que Rusia asumiera una postura defensiva ante los alemanes y lanzara sus principales fuerzas contra los austrohúngaros, a quienes se juzgaba inferiores y de cuyas filas se esperaba la deserción masiva de reclutas eslavos.[104*] El general Mijaíl V. Alexéiev, comúnmente considerado el estratega más capaz de Rusia, creía que,

después de derrotar a los austríacos y penetrar en Silesia, los rusos podrían amenazar el corazón mismo de Alemania.

Los franceses estimaban que los rusos prestaban demasiada atención a los austríacos; contribuirían más a la causa común aliada si comprometían el grueso de sus fuerzas contra los alemanes, porque, una vez derrotados estos, sus aliados pedirían la paz. Querían que los rusos se concentraran en los alemanes y los atacaran aun antes de estar plenamente movilizados.

En conferencias interaliadas celebradas en 1912 y 1913 se acordó un plan de compromiso. Los rusos prometieron que hacia el decimoquinto día de la orden de movilización, con solo un tercio de sus fuerzas levantadas en armas, lanzarían un ataque contra los ejércitos alemanes ya fuera en Prusia Oriental o en los accesos a Berlín, según dónde estuvieran más masivamente concentrados. Se destinarían a esta misión dos ejércitos con un total de 800.000 hombres. Los franceses calculaban que hacia el trigésimo quinto día de la guerra, este ataque penetraría tan profundamente en territorio germano que los alemanes no tendrían más alternativa que transferir al este considerables contingentes de tropas para detener la «apisonadora» rusa, lo que significaría abortar el Plan Schlieffen. Una vez que ocurriera esto, el resultado ya no podría ponerse en duda, porque los recursos humanos y materiales de los Aliados, muy superiores, harían inevitable la victoria.

Aunque los rusos, bajo presión francesa (endulzada con promesas de asistencia en la modernización de sus ejércitos y sus transportes militares), aceptaron modificar su plan estratégico, no lo abandonaron por completo. Si bien destinarían dos ejércitos a combatir contra los alemanes, desplegarían cuatro contra los austríacos. Algunos

historiadores militares creen que esta solución tenía defectos irremediables, dado que los rusos carecían de las fuerzas necesarias para llevar a cabo operaciones ofensivas en un frente tan amplio. En consecuencia, no lograrían alcanzar sus objetivos contra ninguno de sus dos enemigos.[7] Hay motivos para creer que el plan de 1909-1910 les habría permitido infligir tales pérdidas a los austríacos que los alemanes habrían tenido que acudir a toda prisa en su ayuda con refuerzos masivos procedentes del frente occidental, como en efecto hicieron, si bien a una escala más modesta, en el otoño de 1914 y el verano de 1916. La decisión de desplegar las fuerzas rusas en un frente demasiado amplio y con el respaldo de reservas inadecuadas, y empujarlas a un ataque prematuro y mal planeado en Prusia Oriental, bien pudo ser uno de los errores aliados más costosos de la guerra.

A fin de aumentar las posibilidades de éxito de los rusos, los franceses acordaron financiar mejoras en la infraestructura militar del país. Aportaron dinero para modernizar las líneas férreas que llevaban al frente, así como caminos y puentes estratégicos, lo que generó inquietud en el Alto Mando alemán.

Berlín se alarmó aún más ante el anuncio, hecho en San Petersburgo en 1912, del llamado Gran Programa Militar (Bolshaya Voyennaya Programma). Previsto para ser completado en 1917, exigía grandes mejoras en materia de artillería, transporte y procedimientos de movilización. Puesta en marcha en 1914, esta iniciativa, si bien quedó en gran medida sobre el papel, preveía una movilización completa de los rusos en 18 días, con el resultado de que estos «estarían en Berlín antes que los alemanes en París».[8] Esta perspectiva perturbó tanto a algunos generales y dirigentes civiles alemanes que consideraron la posibilidad de una

guerra preventiva.[9] Durante la crisis diplomática que siguió al asesinato del archiduque Francisco Fernando en julio de 1914, se les oyó argumentar que este era un pretexto tan bueno como el que más para combatir. El coronel Alfred Knox, agregado militar británico en Rusia, creía que los planes de modernización militar de este país fueron tal vez la consideración decisiva que empujó a los alemanes a declarar la guerra a Rusia y Francia en agosto de 1914.[10]

Como existe abundante literatura sobre el tema, no hace falta detenerse en los antecedentes diplomáticos de la Primera Guerra Mundial.[11] Puede decirse, a grandes rasgos, que la causa inmediata de la guerra fue la decisión de Alemania de apoyar a Austria en su lucha con Rusia en los Balcanes. Aunque venía de lejos, este conflicto se agravó en 1871 con la creación del Imperio alemán, que privó a Austria de cauces septentrionales a sus ambiciones políticas, por lo cual ese país las trasladó al sur, hacia el Imperio otomano. Rusia, que tenía sus propios planes en los Balcanes, se adjudicó el papel de protectora de los cristianos ortodoxos bajo dominación turca. Ambas potencias chocaron en relación con Serbia, que se interponía en el camino de Austria hacia Turquía. En varios enfrentamientos previos en los Balcanes, Rusia había cedido, para indignación de los nacionalistas conservadores. Volver a hacerlo en la crisis que estalló en julio de 1914 tras el ultimátum austríaco a Serbia, redactado con deliberada insolencia y respaldado por Alemania, podría haber significado el fin de la influencia rusa en la península Balcánica y posiblemente problemas internos. San Petersburgo, por lo tanto, decidió, con el consentimiento de Francia, apoyar a Serbia.

Los movimientos cruciales de los rusos siguieron a la declaración de guerra de Austria a Serbia, el 15/28 de julio de

1914. El curso exacto de los acontecimientos que llevaron a la movilización general de las fuerzas armadas rusas —acontecimientos que *a posteriori* los alemanes señalaron como causantes del estallido de la Primera Guerra Mundial— sigue siendo confuso hasta el día de hoy. El ministro ruso de Asuntos Exteriores, Serguéi Sazónov, pensaba que su país tenía que hacer algún tipo de gesto militar para dar credibilidad a sus esfuerzos diplomáticos en respaldo de Serbia. Bajo su influencia, y contra lo aconsejado por los militares, que temían un caos en los planes de movilización general, Nicolás ordenó en un primer momento, el 15/28 de julio, una movilización parcial en cuatro de los trece distritos militares.[105*] La medida pretendía ser una advertencia, pero, como era inevitable, dio lugar a una movilización total. Si se ha de dar crédito al ministro de la Guerra, Vladímir Sujomlínov, el zar vaciló, ya que había recibido advertencias en las que el káiser lo exhortaba a no actuar con precipitación. Al parecer, su decisión de seguir adelante con la movilización total, tomada el 17/30 de julio sin el visto bueno ni aun el conocimiento del ministro de la Guerra, fue debido al consejo del gran duque Nicolás Nikoláievich (a quien pronto se designaría comandante en jefe) y su protegido, el general y jefe del Estado Mayor Nikolái N. Yanushkévich.[12] El 18/31 de julio, los alemanes enviaron a Rusia un ultimátum en el que exigían que dejara de concentrar numerosas fuerzas en su frontera. No obtuvieron respuesta. Ese mismo día, Francia y Alemania comenzaron a movilizarse, y el 19 de julio/1 de agosto Alemania declaró la guerra a Rusia. Esta respondió con la misma moneda al día siguiente, y la fatal cadena de acontecimientos se puso en marcha.

¿Hasta qué punto estaba Rusia preparada para la guerra? La respuesta depende del tipo de conflagración que se tenga en mente: una breve, medida en meses, o una larga, medida en

años.

Los estados mayores de todos los principales beligerantes se prepararon para el tipo de guerra rápida que Alemania había librado con un éxito tan impresionante en 1866 contra los austríacos y en 1870-1871 contra Francia. La primera campaña había durado siete semanas, y si bien la guerra con Francia se prolongó durante medio año debido a la resistencia de la asediada capital francesa, se decidió en seis semanas. Ambos conflictos habían terminado en una gran batalla. Antes de 1914, la expectativa era que una guerra general también se resolvería en cuestión de meses, si no semanas, aunque solo fuera porque las economías de las potencias industriales, muy interdependientes, eran incapaces, se creía, de resistir un conflicto de mayor duración. Se suponía que en la guerra venidera el factor decisivo sería el tamaño y la calidad de las fuerzas armadas, tanto en servicio activo como las que se mantenían en reserva. En realidad, sin embargo, y para sorpresa de todos, la Primera Guerra Mundial terminó por asemejarse a la guerra de Secesión estadounidense, convertida en una larga guerra de desgaste en cuyo transcurso los factores determinantes demostraron ser la capacidad de la retaguardia de abastecer al frente de los recursos humanos y materiales necesarios para reemplazar las pavorosas pérdidas, y la de mantener la moral frente a las bajas y las privaciones. Al difuminar las líneas entre el frente y la retaguardia, la guerra exigía la movilización de la vida nacional y la estrecha cooperación entre los sectores militar, político y económico de los países beligerantes. En este sentido, representaba la prueba suprema de la vitalidad y la cohesión de una nación. La Primera Guerra Mundial duró tanto y fue tan destructiva precisamente porque las grandes naciones industriales pasaron la prueba con todos los honores.

Rusia estaba razonablemente bien preparada para la guerra

breve que todo el mundo esperaba. Su ejército permanente de 1.400.000 hombres era el más grande del mundo y superaba en número a las fuerzas combinadas en tiempos de paz de Alemania y el Imperio austrohúngaro. En una movilización total podía desplegar más de 5 millones de soldados, y detrás de estos había muchos otros millones de hombres aptos que, de ser necesario, podían recibir una rápida instrucción y ser enviados al campo de batalla. Los soldados rusos disfrutaban de una buena reputación por su coraje y resistencia, que hacían de ellos combatientes formidables cuando tenían un buen mando. La guerra con Japón había humillado al ejército ruso, pero también lo había beneficiado, al ser el único, entre las potencias europeas, que contaba con oficiales y suboficiales con experiencia de combate reciente. Las cosas parecían menos prometedoras en lo concerniente a las armas y otros pertrechos. Los rusos tenían muy poca artillería, sobre todo en comparación con los alemanes, y el transporte era deficiente. La marina, reconstruida tras el desastre de Tsushima, era la tercera del mundo en cuanto a tonelaje, pero su calidad era mediocre y, además, estaba muy mal desplegada, ya que el grueso de los buques se concentraban en el Báltico para defender la capital, donde los alemanes, sin lugar a dudas, podían bloquearlos. Aun así, y pese a todas sus deficiencias, algunas de las cuales procuraban corregir los franceses, la Rusia imperial, desde el punto de vista del aprestamiento para el combate, era una potencia que había que tener en cuenta, y el Estado Mayor francés tenía buenas razones para contar con su apoyo.

El poderío militar ruso, de todas formas, aparecía bajo una luz muy diferente cuando era evaluado en función de la posibilidad de un conflicto prolongado. Desde este punto de vista, sus perspectivas parecían poco prometedoras, debido a la debilidad tanto de su sistema político como de su

economía. Cuanto más durara la guerra, más inevitable sería que dichas debilidades se hiciesen sentir.

La ventaja más grande de Rusia, sus efectivos aparentemente inagotables, crecía en importancia a ojos de sus aliados, que fantaseaban con hordas de *mujiks* descalzos avanzando sobre Berlín como una «apisonadora» compacta e imparable. Rusia, en efecto, tenía la población más numerosa de Europa y el índice más alto de crecimiento vegetativo. Pero las implicaciones de estos datos demográficos se malinterpretaban. Justamente por tener una tasa de natalidad tan elevada, una proporción excepcionalmente grande de su población estaba por debajo de la edad de reclutamiento; el censo de 1897 mostraba que el 47 por ciento de los varones tenían veinte años o menos.[13] En segundo lugar, varios grupos étnicos estaban exentos del servicio militar: los habitantes de Finlandia, los musulmanes de Asia central y el Cáucaso y, a todos los efectos prácticos, los súbditos de fe judía.[106*]

Aun así, Rusia tenía una impresionante reserva de efectivos. Con todo, si durante la guerra sufrió alguna escasez al respecto, la causa radicó en las deficiencias del sistema de reservas militares. Estas deficiencias afectaron adversamente no solo al rendimiento del ejército en el campo de batalla, sino también a la situación política, porque los campesinos incorporados a toda prisa al servicio en 1915-1916 fueron el elemento ingobernable que desencadenaría la Revolución de Febrero.

Como las otras potencias continentales, Rusia había adoptado en la década de 1870 el sistema alemán de reservistas, conforme al cual los jóvenes, tras el servicio activo, quedaban en situación de reserva, sujetos a convocatoria en caso de guerra. El sistema ruso, sin embargo,

dejaba mucho que desear. Los oficiales profesionales, que desdeñaban a los civiles, asignaban una baja prioridad a su instrucción militar. Aún mayor peso tenían las consideraciones fiscales. La instrucción para el combate de los hombres aptos y su posterior convocatoria periódica eran una operación costosa que desviaba fondos del ejército regular. Como resultado de ello, el gobierno favorecía a los cuadros profesionales y era generoso con las exenciones al servicio militar; entre quienes se beneficiaban de ellas estaban los hijos únicos y los estudiantes universitarios. Esta práctica explica por qué, durante la guerra, un porcentaje tan grande de los posibles efectivos no estuvo disponible cuando se les necesitó; la cifra de reservistas entrenados era baja en comparación con su número potencial.

Los procedimientos adoptados por la infantería requerían tres años de servicio activo a partir de los veintiuno, seguidos de siete con estatus de reservista en la llamada «primera leva» y ocho más en la segunda. Transcurrido este tiempo, el reservista, ahora cercano a los cuarenta años, pasaba otros cinco en la Milicia Nacional (Opolcheniye), tras lo cual cesaban todas sus obligaciones militares. Pero como los cursos de actualización de los reservistas se impartían en el mejor de los casos de manera aleatoria, a efectos prácticos los únicos con los que el ejército podía contar eran los de la primera leva; el resto, hombres treintañeros y de algo más de cuarenta, alejados desde mucho tiempo atrás de la vida castrense, no eran más útiles que los civiles sin ninguna instrucción militar. En los primeros seis meses de la guerra, Rusia desplegaría 6,5 millones de hombres (1,4 millones en servicio activo, 4,4 millones de reservistas entrenados de la primera leva y 700.000 nuevos reclutas). Entre enero y septiembre de 1915, el ejército reclutaría 1,4 millones de reservistas más de la primera leva.[14] Una vez agotado este

flujo de personal entrenado —y ello sucedería un año después del estallido de la guerra—, Rusia solo tendría a su disposición (al margen de 350.000 reservistas de la primera leva) la segunda leva, la Milicia y reclutas recién incorporados y sin instrucción; un ejército impresionante en número, pero que ni en motivación ni en capacidad de combate era rival para los alemanes.

Así, sometida a un examen más detenido, la «apisonadora» rusa parecía bastante deslucida. En el transcurso de la guerra, Rusia logró movilizar para el servicio militar activo un porcentaje de su población considerablemente más bajo que Francia o Alemania, un 5 por ciento, en comparación con el 12 por ciento de esta última y el 16 por ciento de aquella.[15] Para sorpresa de todos, en 1916 se quedó sin efectivos para sus fuerzas armadas.[16]

El ejército que marchó al combate en agosto de 1914 era un cuerpo sumamente profesional, en algunos aspectos no muy diferente de la Fuerza Expedicionaria británica, con un gran énfasis en el espíritu de cuerpo de los regimientos. Su actitud, sin embargo, era preindustrial e incluso militantemente antiindustrial. El alto mando, dominado por el ministro de la Guerra, Vladímir Sujomlínov, y los designados por él, tenía como modelo al general más exitoso de Rusia, el mariscal del siglo XVIII Alexánder Suvórov, y hacía hincapié en las operaciones ofensivas y el combate cuerpo a cuerpo. Le interesaba muy poco la dimensión tecnológica y científica de la guerra moderna. Su arma preferida era la bayoneta y su táctica favorita, tomar por asalto las posiciones enemigas sin tener en cuenta las bajas.[17] El mayor valor se asociaba al coraje bajo el fuego, una cualidad que en el combate mecanizado y despersonalizado de la Primera Guerra Mundial, después de las batallas iniciales, tendría pocas

oportunidades de ser exhibida. El Alto Mando ruso creía que una dependencia demasiado grande de la tecnología y un cálculo demasiado científico del equilibrio de fuerzas eran perjudiciales para la moral de las tropas. A los generales rusos les disgustaban las maniobras de guerra; una programada en 1910 fue cancelada perentoriamente una hora antes de empezar por orden del gran duque Nicolás Nikoláievich.[18]

El cómputo final de los soldados rusos de los que en última instancia todo dependía era una incógnita. La mayoría eran campesinos. La experiencia en la aldea, reforzada por la disciplina del ejército, les había enseñado a obedecer órdenes; mientras estas se impartieran de una manera que no admitiera oposición y conllevara la amenaza de un castigo, obedecían con entusiasmo. Encaraban la muerte con fatalismo, pero carecían de motivación interna. Como se ha señalado antes, el sentimiento de patriotismo les era prácticamente ajeno. La incapacidad del gobierno imperial para desarrollar un sistema educativo de masas hizo que gran parte de la ciudadanía no tuviera conciencia de una herencia y un destino comunes, que es su principal componente. El *mujik* tenía poco sentido de la «rusidad». Se veía no como un *russki* sino como un *viatski* o un *tulski*, es decir, un nativo de las provincias de Viatka o de Tula, y mientras el enemigo no amenazara su territorio natal, no tenía nada contra él.[19] Algunos campesinos rusos, al leer el manifiesto imperial de declaración de guerra a las Potencias Centrales, no estaban seguros de si concernía a su aldea. Esta falta de compromiso explica la extraordinaria cantidad de rusos que durante la guerra se rendirían o desertarían. La ausencia de un sentido de identidad nacional se agravaba, desde luego, en el caso de los soldados no rusos, como los ucranianos. Si se considera, además, que el *mujik* estaba muy pendiente de la llegada del «Gran Igualador» que repartiría la tierra, está claro que solo

era un buen soldado en la medida en que el régimen imperial se mantuviera unido e impusiera la disciplina. Cualquier debilitamiento de la disciplina militar, cualquier indicio de que la aldea se agitaba, tendían a transformar a los hombres uniformados en una turba.

El coronel Knox, el agregado militar británico que pasó la guerra en el frente oriental y llegó a conocer a los soldados rusos probablemente mejor que ningún otro extranjero, tenía una pobre opinión de ellos:

> Los hombres tenían los defectos de su raza. Eran perezosos y negligentes; no terminaban nada de lo que hacían a menos que estuvieran motivados. Al principio, la mayoría fueron con buena disposición a la guerra, sobre todo porque apenas sabían lo que esta significaba. Carecían del conocimiento inteligente de los objetivos por los que combatían y del patriotismo racional necesarios para lograr que su *moral* no se viera afectada por las consecuencias de las cuantiosas bajas; y estas últimas eran el resultado de una dirección poco inteligente y de la falta de equipamiento adecuado.[20]

La «dirección poco inteligente» y la «falta de equipamiento adecuado» eran, en efecto, el talón de Aquiles del esfuerzo bélico ruso.

En 1909, el Ministerio de la Guerra quedó a cargo del general Sujomlínov, que había tenido su única experiencia de combate en la guerra contra Turquía de 1877-1878, donde, al parecer, había exhibido una valentía impresionante. Al llegar a la cumbre de su carrera se había convertido en un cortesano, un servidor del antiguo tipo patrimonial, leal no al país, sino a la dinastía. Bueno en la tarea de entretener al zar con anécdotas, gozaba de popularidad en la corte por su devoción y bonhomía. Como ministro de la Guerra no fue en modo alguno tan incompetente como se dijo más adelante, cuando se le convirtió en el chivo expiatorio de las derrotas de Rusia; y, sin lugar a dudas, no fue culpable de traición. Pero sí que vivió muy por encima de sus medios y se sabe que complementaba sus modestos ingresos con sobornos; tras su

detención en 1916 se comprobó que en su cuenta bancaria tenía cientos de miles de rublos más de lo que correspondía por su salario.[21] Su peor pecado, de todos modos, fue tal vez la negativa a tomar en consideración las exigencias de la guerra moderna. Por un lado, Sujomlínov rechazaba la «interferencia» de los ciudadanos particulares en el esfuerzo bélico y desdeñaba a los políticos e industriales que querían ayudar a preparar a Rusia para la guerra venidera. Por otro, en 1912 emprendió una destructiva purga de oficiales, popularmente conocidos como los «Jóvenes Turcos» y versados en la guerra moderna; entre ellos se contaba su viceministro, Alexis Polivánov, que en 1915 lo reemplazaría. Al favorecer a los oficiales de la Escuela Militar Suvórov y degradar a rivales más capacitados, cargó con una pesada responsabilidad por el pobre desempeño de Rusia durante el primer año de la guerra.

Cuanto más alto era el rango de un ruso, menos probable era que tuviera las cualidades militares requeridas. Muchos de los generales eran arribistas, más duchos en el politiqueo que en el combate. Después de la Revolución de 1905, los ascensos de los oficiales se producían principalmente sobre la base de su lealtad personal a la dinastía imperial. El ascenso al puesto de comandante de una división o una unidad superior tenía que ser confirmado por una Comisión Suprema de Examen (Visshaya Attestatsionnaya Kommisia) presidida por el gran duque Nicolás Nikoláievich, que utilizaba la lealtad a la dinastía como principal criterio. Las fotografías de los generales rusos de la época muestran a caballeros corpulentos y amigables, por lo común con barba, que debían de ser mejores compañeros de comidas que líderes en el combate. Según Knox,

> el grueso de los oficiales de los regimientos del ejército ruso padecían los defectos nacionales. Si no realmente perezosos, eran propensos a descuidar

> sus obligaciones a menos que se les sometiera a una supervisión constante. Odiaban la fastidiosa obligación de la instrucción cotidiana. A diferencia de nuestros oficiales, no eran aficionados a las diversiones al aire libre y tenían una inclinación excesiva a dedicar sus vacaciones a comer bastante más y dormir mucho más.[22] [img 23]

Algunos de los mandos de más alto rango de las tropas rusas en la Primera Guerra Mundial, incluidos los jefes de Estado Mayor y los comandantes de los ejércitos, habían hecho toda su carrera en la administración y carecían por completo de experiencia en el combate.

Los oficiales de campo eran mejores, pero escasos. A causa del bajo salario y el poco prestigio de los oficiales (excepto en los Regimientos de la Guardia, un cuerpo de élite reservado en exclusiva a los hombres de la extracción social y con la riqueza pertinentes), el ejército tenía dificultades para reclutar jóvenes capaces. Había una escasez persistente de oficiales subalternos. En el caso de los suboficiales, la situación era sencillamente desastrosa. Como eran pocos los que se reenganchaban, un gran porcentaje de los que estaban en servicio activo eran soldados rasos a los que se les daban los galones tras una instrucción superficial. Las tropas no les tenían mucho respeto.

La capacidad de Rusia para librar una guerra prolongada no parecía mucho más prometedora desde el punto de vista económico.

El único sector de la economía que estaba a la altura de las exigencias de una guerra de desgaste era la agricultura. En el transcurso de la guerra, Rusia produciría vastos excedentes alimentarios, que le permitieron evitar el racionamiento. La suspensión de las exportaciones de cereales y dos cosechas extraordinarias consecutivas (1915 y 1916) proporcionaron una abundante reserva de alimentos. Esta fue una de las razones de la petulancia con que muchos rusos veían la

posibilidad de una guerra. Sin embargo, como se verá más adelante, esta ventaja quedó en buena medida invalidada por las dificultades del gobierno para sustraer cereales de los campesinos adinerados que lo retenían a la espera de precios más altos, así como por las deficiencias del transporte.

En casi todos los aspectos, las industrias y el transporte de Rusia distaban de estar a la altura de la empresa que les esperaba.

Tradicionalmente, en materia de producción de pertrechos militares el país dependía de fábricas estatales, una práctica motivada por la renuencia a confiar la seguridad nacional a los civiles.[107*] Las siguientes cifras quizá ilustren lo mal preparadas que estaban las industrias estatales rusas para hacer frente a las demandas de la guerra moderna. A finales de 1914, una vez terminada la movilización inicial, Rusia tenía levantados en armas a 6,5 millones de hombres, pero solo contaba con 4,6 millones de fusiles. Para remediar dicha escasez y compensar las pérdidas en combate, el ejército necesitaba todos los meses un mínimo de entre 100.000 y 150.000 fusiles nuevos, pero la industria rusa podía suministrarle, a lo sumo, 27.000.[23] En los primeros meses de la guerra, por consiguiente, algunos soldados rusos tenían que esperar a que sus camaradas cayeran para disponer de un arma. Se hicieron entonces propuestas serias de equipar a las tropas con hachuelas montadas en varas.[24] Aun después de la adopción, en 1915 y 1916, de medidas enérgicas para incorporar la industria civil a la producción bélica, Rusia carecía de la capacidad de fabricar todos los fusiles necesarios y tuvo que importarlos de Estados Unidos y Japón, pese a lo cual nunca fueron suficientes.[25]

Otra deficiencia grave se produjo en el caso de las municiones para la artillería, en especial los proyectiles de 76

mm, el calibre normal de la artillería de campaña rusa, que las fuerzas armadas consumirían mucho más rápido de lo previsto por el Estado Mayor General. Al comienzo de la guerra, la artillería recibió 1.000 proyectiles por cañón. El consumo real demostró ser muy superior, con el resultado de que al cabo de cuatro meses de combate los depósitos de artillería estaban casi vacíos.[26] En 1914, la cantidad máxima que los fabricantes podían producir era de alrededor de 9.000 proyectiles al mes.[27] Hubo por tanto una pronunciada escasez, cuyos efectos más perjudiciales sobre el rendimiento del ejército ruso se hicieron sentir en las campañas de 1915.

El transporte era posiblemente el eslabón más débil de la preparación rusa para la guerra; Alexánder Guchkov, que sería ministro de la Guerra en el Primer Gobierno Provisional, le dijo a Knox a principios de 1917 que la desorganización en la que se encontraba sumido el país había representado para la causa rusa un golpe más duro que cualquier derrota militar.[28] Era también el problema más difícil de corregir en condiciones bélicas, debido al tiempo que requería preparar el firme de las vías férreas, sobre todo en las frías regiones del norte. En relación con su territorio, Rusia estaba muy por detrás de los otros países beligerantes: mientras que Alemania tenía 10,6 kilómetros de vías por cada 100 kilómetros cuadrados, Francia 8,8, y el Imperio austrohúngaro 6,4, Rusia apenas contaba con 1,1.[29] Esta era una de las principales razones de la lentitud de su movilización. Según un experto alemán, en los países occidentales un soldado movilizado tenía que viajar entre 200 y 300 kilómetros desde su casa hasta el punto de incorporación al servicio; en Rusia, la distancia era de entre 900 y 1.000 kilómetros.[108*] Pero ni siquiera estas deprimentes comparaciones reflejan toda la realidad, dado que las tres

cuartas partes de los ferrocarriles rusos solo tenían una vía. Tan pronto como estalló la guerra, el ejército requisó un tercio del material rodante, con lo que quedaba demasiado poco para las necesidades industriales y de consumo; a la larga, esta situación provocó una escasez de alimentos y materias primas en zonas lejanas de sus fuentes de producción.

Nada revela con mayor claridad la falta de previsión de los dirigentes rusos que su incapacidad para crear, en tiempos de paz, vías de transporte hacia el oeste. Ya mucho antes del comienzo de las hostilidades debería haber sido evidente que, para bloquear a Rusia, los alemanes cerrarían el Báltico y los turcos, el mar Negro. Se ha comparado a Rusia en tiempos de guerra con una casa en la que solo pudiera entrarse por la chimenea.[30] Por desdicha, hasta esa chimenea estaba tapada. Al margen de Vladivostok, ciudad situada a miles de kilómetros de distancia y conectada con la Rusia central mediante el Ferrocarril Transiberiano de una sola vía, el país solo tenía dos salidas marítimas al mundo exterior. Una, Arcángel, congelada seis meses al año, estaba conectada con el centro por un ferrocarril de trocha angosta de una sola vía. Múrmansk, de lejos el puerto más importante en caso de guerra porque estaba permanentemente libre de hielo, carecía de ferrocarril en 1914; solo en 1915 comenzó a construirse, con la ayuda de ingenieros ingleses, una línea a Petrogrado terminada en enero de 1917, en vísperas de la revolución.[109*] Esta increíble situación se explica en parte por la renuencia del gobierno zarista a depender de proveedores extranjeros de pertrechos militares y, en parte, por la incompetencia del ministro de Transportes entre 1909 y 1915, Serguéi V. Rujlov, un acérrimo reaccionario antisemita. En consecuencia, el Imperio ruso, una gran potencia euroasiática, se encontró durante la guerra tan efectivamente bloqueado como

Alemania y Austria. Gran parte de las materias primas y los pertrechos enviados a Rusia por los Aliados entre 1915 y 1917 terminaron apilados en Arcángel, Múrmansk y Vladivostok por falta de transporte.[110*] Las deficiencias del transporte ferroviario también fueron en gran medida la causa de la escasez de alimentos padecida por las ciudades del norte de Rusia en 1916 y 1917. En este caso, como en tantos otros aspectos, la expectativa errónea de que la guerra sería breve explicaba las deficiencias iniciales; pero, una vez que fueron evidentes, fueron los fracasos políticos y administrativos los que impidieron que Rusia las superara.

Los yerros del mando militar, así como los errores cometidos en la relación entre las fuerzas armadas y las autoridades civiles, también serían un obstáculo en el desempeño ruso en una guerra prolongada.

Aunque Rusia tenía en teoría un comandante en jefe de todas las fuerzas armadas, en la práctica la dirección de las operaciones militares estaba descentralizada. La zona de combate se dividía en varios «frentes», cada uno con su propio comandante y su plan estratégico. Esta organización impedía la aplicación de una estrategia integral. Según una autoridad, la función de los cuarteles generales se limitaba en gran parte a tomar nota de los planes de operaciones de los comandantes de los distintos frentes.[31]

Un decreto sobre la administración militar, emitido al estallar la guerra, otorgaba al mando del ejército plena autoridad sobre los territorios de la zona de combate, así como en las instalaciones militares de la retaguardia. En dichos lugares, el mando controlaba tanto a la población civil como al personal militar, sin tener siquiera la obligación de comunicarse con las autoridades civiles. El comandante en jefe tenía la facultad de destituir a cualquier funcionario,

incluidos los gobernadores, alcaldes y presidentes de consejos de *zemstvos*. Como consecuencia de este mecanismo, concebido para una guerra corta, vastas regiones del imperio —Finlandia, Polonia, el Cáucaso, las provincias bálticas, Arcángel, Vladivostok y hasta la propia ciudad de Petrogrado — dejaron de estar bajo control civil.[32] En el plano administrativo, Rusia quedaba bajo un doble mando. El gran duque Nicolás Nikoláievich, comandante en jefe, señaló que el primer ministro Goremikin se sentía muy cómodo con este ordenamiento, ya que creía que no le correspondía inmiscuirse en las zonas del teatro de operaciones o cercanas a este.[33]

Paradójicamente, algunas de las principales figuras de Rusia veían su atraso económico como un punto fuerte. Se decía que los países industrializados avanzados dependían tanto del suministro exterior de materias primas y alimentos, la cooperación de los diversos sectores de su economía y la disponibilidad de mano de obra cualificada que no podrían soportar los rigores de la guerra. Gracias a su economía más primitiva, Rusia era menos vulnerable a la disrupción; la abundancia de alimentos y una reserva inagotable de efectivos militares le permitían combatir indefinidamente.[111*] No faltaban cuestionamientos a este optimismo. En 1909, Struve había advertido de lo siguiente:

> Digámoslo sin ambages: en comparación con Alemania y Austria, que, vistos con realismo, son nuestros enemigos potenciales, la debilidad de Rusia radica en su insuficiente poder económico, su inmadurez económica y la consiguiente dependencia financiera de otros países. En las condiciones modernas del conflicto militar, todas las ventajas imaginarias de la economía natural o seminatural de Rusia se convertirán en una fuente de debilidad militar. […] Teóricamente, ninguna idea es más perversa, y ninguna más peligrosa en la práctica, que aquella según la cual el atraso económico de Rusia puede aportarle algún tipo de ventaja militar.[34]

Estos argumentos «derrotistas» fueron ignorados. Cuando

la Comisión de Defensa de la Duma manifestó su preocupación por la falta de preparación industrial de Rusia para la guerra, la corte mostró su disgusto y la cuestión tuvo que dejarse de lado.[35] Sujomlínov se deshizo de Polivánov y los otros Jóvenes Turcos precisamente porque querían establecer relaciones de cooperación con los principales exponentes de la economía de la nación, de quienes la corte sospechaba que albergaban ambiciones políticas.

La corte y su burocracia, tanto civil como militar, estaban decididas a no permitir que la «sociedad» aprovechara la guerra para ampliar su influencia política. Esta actitud explica en buena medida lo que de otro modo sería inexplicable en el comportamiento del zarismo a la hora de prepararse para la guerra y dirigirla. El espíritu patrimonial seguía muy vivo pese a la instauración de un régimen constitucional. En lo más hondo de su corazón, Nicolás, Alejandra y su entorno seguían considerando a Rusia el dominio privado de la dinastía y tratando como una «intromisión» intolerable cualquier manifestación de inquietud patriótica de la población. Un general recordaba un incidente ilustrativo de dicha actitud. Durante una de sus conversaciones en el Cuartel General del Ejército, el zar dejó caer la frase «Yo y Rusia». El general tuvo la temeridad de corregirlo: «Rusia y vos». Nicolás lo miró y replicó en voz baja: «Tiene razón».[36] Pero la mentalidad patrimonial no desaparecería, y hubo momentos en los que el gobierno libraría una guerra en dos frentes, uno militar, contra los alemanes y austríacos, y otro político, contra la oposición interna. Solo la presión de los desastres militares llevó a la corte a hacer finalmente, y a regañadientes, concesiones a la sociedad y aceptar su participación en el manejo de la guerra.

Por desgracia para Rusia, la actitud de la sociedad, tal como

se expresaba en la Duma, era aún más inflexible. Los diputados liberales y socialistas querían sin lugar a dudas hacer todo lo posible para obtener la victoria, pero no veían con malos ojos la posibilidad de aprovechar la guerra para promover sus intereses políticos. En 1915 y 1916, la oposición se mostraría poco dispuesta a llegar a un acuerdo con la Corona, consciente de que el desconcierto del gobierno le brindaba una oportunidad única de fortalecer el Parlamento a expensas de la monarquía y la burocracia; era improbable que dicha oportunidad se volviera a presentar una vez terminada la guerra. En cierto sentido, por tanto, los liberales y socialistas forjaron una alianza tácita con los alemanes, cuyas victorias en el frente aprovechaban para obtener una ventaja política interna.

Así, en definitiva, el derrumbe de Rusia en 1917 y su retirada de la guerra se debieron ante todo a causas políticas, a saber, la falta de disposición del gobierno y la oposición a obviar sus diferencias frente a un enemigo extranjero. Nunca se había puesto más penosamente de manifiesto la falta de un sentido predominante de unidad nacional.

El gobierno zarista entró en la guerra confiado en su capacidad de mantener a raya a la sociedad. Contaba con un rápido triunfo y un estallido de patriotismo para silenciar a la oposición; su fórmula era «Nada de política hasta la victoria». Al principio, estas expectativas se cumplieron. Movido por un impulso xenófobo jamás visto desde 1812, cuando los extranjeros habían hollado por última vez el suelo gran-ruso, el país se unió y se puso a las órdenes del gobierno. Pero ese estado de ánimo demostró ser efímero. Con los primeros grandes reveses, en la primavera de 1915, mientras los alemanes penetraban cada vez más en territorio polaco, Rusia explotó de furia —no tanto contra el invasor como contra su propio gobierno— con una vehemencia que ninguna otra

potencia beligerante experimentaría ante la derrota. Ese era el precio que el zarismo tenía que pagar por el sistema semipatrimonial de gobierno bajo el cual la burocracia, designada por el zar y responsable ante él, debía rendir cuentas por cualquier cosa que saliera mal. Esto permitió a la Duma acusar a la Corona de una incompetencia irremediable y, aún peor, de traición. Las derrotas militares, en vez de acercar al gobierno y la ciudadanía, los alejaban más que nunca.

Semejante rivalidad en tiempos de guerra entre el poder y la sociedad solo existió en Rusia, y tuvo un efecto desastroso en la movilización del frente interno. La insalvable aversión que los dirigentes políticos y empresariales del país y la burocracia sentían unos por otros impedía una cooperación eficaz. Los burócratas consideraban indudable —y no estaban del todo errados— que los políticos pretendían aprovechar la guerra para hacerse con todo el aparato político. Por su parte, los políticos opositores creían —también con cierta justificación— que, en su avidez por conservar el poder, los burócratas se arriesgarían a la derrota militar y, en caso de una victoria, liquidarían el régimen constitucional y restablecerían una autocracia en estado puro.

Esta rivalidad queda ilustrada en un incidente ocurrido en el verano de 1915, el momento culminante de la crisis causada por el desastre de Polonia. Como se detallará más adelante, en respuesta a las derrotas, que se creían causadas por la escasez de proyectiles de artillería y otros materiales, la comunidad empresarial lanzó, con la aprobación del gobierno, una iniciativa para consagrar la industria privada a la producción bélica. La cabeza visible de dicha iniciativa era Guchkov. Si bien no ajeno a las ambiciones políticas, probó más de una vez ser un patriota devoto. En agosto de 1915 recibió una invitación —tal como resultaron las cosas, la primera y última

— a reunirse con el gabinete para debatir sobre el papel de la empresa privada en la guerra. Un participante describió así la escena resultante:

> Todo el mundo se sentía tenso e incómodo. En vista de su semblante, Guchkov parecía haber entrado en la guarida de una banda de ladrones y estar en peligro de sufrir algún castigo espantoso. […] Como consecuencia de ello, la discusión fue breve, ya que todos parecían tener prisa por poner punto final a esa reunión no muy agradable.[37]

A la vanguardia de las fuerzas resueltas a oponerse a los intentos de la Duma y la comunidad empresarial de participar en el esfuerzo bélico estaban la corte, dominada por la emperatriz, y sus servidores más devotos, encabezados por el primer ministro Goremikin y el general Sujomlínov. En abril de 1915, al comienzo de la ofensiva alemana, cuando Guchkov, acompañado por algunos diputados de la Duma, se personó en el Cuartel General del Ejército en Moguilev para ponerse al corriente de la situación en el frente, Sujomlínov anotó en su diario:

> A. I. Guchkov está metiendo realmente las zarpas en el ejército. En el cuartel general tienen que saberlo, y aun así no hacen nada; al parecer, no atribuyen importancia a la visita de Guchkov y algunos miembros de la Duma Estatal. En mi opinión, esto puede generar una situación muy difícil para nuestro actual sistema estatal.[38]

Algunos burócratas intransigentes llegaron al extremo de considerar al «enemigo en el frente interno» —es decir, los políticos de la oposición— como una amenaza más grave que el enemigo con el que Rusia se batía en el campo de batalla. Esta «guerra en dos frentes» era más de lo que el país podía soportar.

Pocos intelectuales comprendían la ineptitud política de Rusia para una guerra que la mayoría de ellos apoyaron con entusiasmo. Cuando estalló, los círculos literarios rusos se dejaron embargar por el frenesí patriótico; casi todos sus miembros respaldaron el esfuerzo bélico y exhortaron a la

nación a alzarse con la victoria.[39] Solo algunos de los burócratas más experimentados parecían ser conscientes de los inmensos peligros planteados por la guerra debido a la fragilidad de la estructura política del país, su vulnerabilidad a las humillaciones externas y la necesidad de que un ejército fuerte preservara el orden interno. Uno de ellos fue Serguéi Witte, en cuya opinión Rusia no podía permitirse correr el riesgo de una derrota porque el ejército era el pilar del régimen, de modo que buscó con tanto afán un acuerdo ruso-alemán aun después de dejar su cargo oficial que su lealtad quedó bajo sospecha.[40] También Stolipin instó a tomar un rumbo aislacionista a fin de que Rusia tuviera tiempo para llevar a cabo un programa de reformas, y otro tanto hizo Kokóvtsov.[41]

Nadie expresó con mayor elocuencia los presentimientos del alto funcionariado que el otrora ministro del Interior y director del Departamento de Policía, Piotr Durnovó. En febrero de 1914, le entregó a Nicolás II un memorándum sobre los peligros de la guerra para Rusia. Dicho documento, descubierto y publicado después de la revolución, presagiaba con tanta exactitud el curso de los acontecimientos que, si sus credenciales no fueran impecables, bien podría sospecharse que se trataba de una falsificación posterior a 1917. Según los cálculos de Durnovó, si la guerra terminaba mal «una revolución social en su forma más extrema será inevitable en Rusia». Comenzaría, predecía, cuando todos los estratos de la sociedad culpasen de los reveses al gobierno. Los políticos de la Duma aprovecharían los apuros de este para incitar a las masas. La lealtad del ejército se debilitaría tras la pérdida en combate de sus oficiales de carrera, y sus sustitutos, civiles recién nombrados, no tendrían ni la autoridad ni la voluntad de combatir el anhelo de los campesinos en uniforme de volver a casa para participar en las confiscaciones de tierras.

En la confusión resultante, los partidos de la oposición —que según Durnovó no disfrutaban de un apoyo masivo— serían incapaces de consolidarse en el poder y Rusia «caerá en una completa anarquía, cuyas consecuencias ni siquiera pueden preverse».[42]

Desde el primer día de las hostilidades, los franceses bombardearon a los rusos con llamamientos a movilizarse contra los alemanes. El ataque de estos últimos contra Bélgica había sido llevado a cabo en un frente más amplio y con fuerzas más numerosas de lo que habían previsto. Francia se enfrentaba a un grave peligro, tanto más cuanto que el ataque al centro alemán, la clave del Plan XVII, hacía pocos progresos.

Conforme a lo planeado, la movilización rusa se completó a principios de noviembre.[43] Nicolás quería dirigir personalmente el ejército a la batalla, pero permitió que el Consejo de Ministros lo disuadiera (por el momento) con el argumento de que las derrotas en el frente irían en desdoro de su prestigio.[44] Como era habitual que el mando supremo del ejército fuera puesto en manos de un miembro de la familia imperial, habida cuenta de los poderes casi autocráticos otorgados al comandante en jefe en la zona de combate, la tarea recayó en el tío del zar, el gran duque Nicolás Nikoláievich. Su nombramiento fue recibido con cierta sorpresa, porque, aun cuando el gran duque se había graduado en la Academia del Estado Mayor y era popular entre los militares, no había participado en la preparación de los planes estratégicos. De todas formas, era sin duda la mejor elección en las circunstancias que se vivían.[45] Nicolás Nikoláievich era uno de los pocos miembros de la dinastía reinante que disfrutaba del favor de la opinión pública, que le atribuía haber convencido al zar de firmar el Manifiesto de

Octubre. Su misma popularidad, sin embargo, le granjeaba enemigos en la corte; la emperatriz, en particular, sospechaba que ambicionaba el trono.

Tal como se había convenido con Francia, Rusia desplegó dos ejércitos en el noroeste. El Primer Ejército, comandado por el general Pável Gueorgui Karlovich von Rennenkampf, un alemán del Báltico, fue emplazado en el Distrito Militar de Vilna. El Segundo Ejército, bajo la dirección del general Alexánder Samsónov, se desplegó en las cercanías de Varsovia. Rennenkampf había participado en la guerra con Japón como general de división, pero nunca había comandado unidades más grandes, y Samsónov carecía de experiencia de combate.

Las fuentes difieren acerca de las intenciones estratégicas de Rusia en julio de 1914, pero el desarrollo de las operaciones sugiere que en un inicio se había planeado atacar simultáneamente a los alemanes y los austríacos con ofensivas sobre Berlín y Viena. Según un historiador que ha podido acceder a los archivos, los rusos cambiaron sus planes en el último momento bajo la presión de los franceses, que querían operaciones inmediatas contra las fuerzas alemanas de Prusia Oriental. La campaña de Prusia Oriental, organizada a toda prisa, pretendía desactivar la amenaza de una maniobra envolvente contra los ejércitos rusos que avanzaran hacia el oeste en Polonia y Galitzia.[46] El plan estratégico puesto ahora en vigor disponía que el Primer Ejército invadiera Prusia Oriental desde el este para acorralar al grueso de las fuerzas alemanas allí desplegadas, mientras que el Segundo Ejército debía desplazarse hacia el norte, en dirección a Allenstein, para incomunicarlas del territorio alemán propiamente dicho. Tras cumplir estas misiones, Rennenkampf y Samsónov unirían sus fuerzas para avanzar sobre Berlín. Los dos

ejércitos rusos tenían una considerable superioridad numérica (de uno y medio frente a uno), una ventaja un tanto compensada por el hecho de que el terreno donde debían operar, una región de lagos y bosques, favorecía a los defensores. Atacaron el decimocuarto día de la movilización, uno antes de lo que habían prometido a los franceses. Su actuación constituyó una bravuconada en la mejor tradición de Suvórov, que el jefe del Estado Mayor de Samsónov describió en privado como una «aventura».[47]

En un principio, los rusos hicieron grandes progresos. A decir verdad, avanzaron con tanta rapidez que las unidades de vanguardia dejaron atrás a su respaldo logístico. Sin tiempo para tender líneas telefónicas, enviaban sus informes y recibían sus órdenes, con frecuencia sin cifrar, por telegrafía inalámbrica. Los alemanes interceptaban los mensajes y obtenían gracias a ellos información de la ubicación y los movimientos rusos, que iban a utilizar con un efecto letal. Los dos ejércitos rusos actuaban independientemente uno de otro, sin coordinación, ávidos ambos de obtener los laureles de la victoria.

La invasión confundió a los alemanes. Su comandante en Prusia Oriental, el general Friedrich von Prittwitz, se dejó vencer por el pánico y exhortó a retirarse a las orillas occidentales del Vístula, lo que habría significado abandonar la región. La ciudad de Berlín, temerosa del efecto que semejante rendición tendría en la moral alemana, y ya atribulada por el espectáculo de las oleadas de refugiados procedentes del este, ignoró el consejo de Von Prittwitz. Lo destituyó del cargo y convocó para sustituirlo al ya retirado Paul von Hindenburg, de sesenta y siete años. Este llegó al frente oriental el 23 de agosto en compañía de su jefe del Estado Mayor, Erich von Ludendorff. Ambos insuflaron

nueva vida al abatido Octavo Ejército y trazaron planes para acorralar a las fuerzas de Samsónov. En su desordenado avance hacia Allenstein, este último había dispersado a sus tropas en el laberinto de los Lagos Masurianos y perdido el contacto con las unidades de Rennenkampf que operaban cerca de Königsberg. Contando con la negligencia rusa, Ludendorff decidió arriesgarse. Retiró en secreto la mayor parte de las fuerzas desplegadas frente a Rennenkampf, dejando prácticamente indefensas las cercanías de Königsberg, y ordenó que penetraran en la brecha que se había creado entre los dos ejércitos rusos, con lo que logró aislar a Samsónov. De haber comprendido Rennenkampf lo que sucedía y atacado, habría tenido una buena oportunidad de arrollar el flanco izquierdo alemán e infligir una derrota desastrosa al enemigo. Pero Ludendorff había apostado que no lo haría, y acertó. El 28 de agosto, los alemanes contraatacaron y encerraron al ejército de Samsónov en una zona de lagos y ciénagas. La operación, en algunos aspectos la más decisiva de la Primera Guerra Mundial, se completó en cuatro días; el 31 de agosto se rindió el Segundo Ejército ruso, o lo que quedaba de él. Los alemanes habían matado o dejado fuera de combate a 70.000 rusos y capturado casi 100.000 prisioneros, con un balance de 15.000 bajas en sus propias filas. Incapaz de soportar la humillación, Samsónov se suicidó. Llegó luego el turno de Rennenkampf. El 9 de septiembre, reforzado con unidades recién llegadas del frente occidental, Hindenburg se enfrentó al Primer Ejército ruso y lo obligó a abandonar Prusia Oriental. En esta operación, los rusos perdieron otros 60.000 hombres.[112*]

Una de las características sorprendentes del desastre de Prusia Oriental fue la relajada reacción de la élite rusa, una despreocupación que pasaba por *bon ton* en los estratos superiores de la aristocracia. La pérdida en dos semanas de un

ejército y casi doscientos cincuenta mil hombres no perturbó al gran duque Nicolás Nikoláievich. Cuando el representante militar francés en el cuartel general manifestó sus condolencias por las bajas rusas, aquel replicó: «Nos alegra hacer esos sacrificios por nuestros aliados». Pero Knox, que relata el incidente, creía que la actuación de los rusos no se debía tanto a su consideración por los Aliados como a una absoluta irresponsabilidad; eran «simplemente niños de gran corazón que no habían pensado en nada y, medio dormidos, habían tropezado con un nido de avispas».[48]

Muchos participantes e historiadores rusos han afirmado que la desastrosa invasión de Prusia Oriental fue un autosacrificio supremo que, al forzar a los alemanes a retirar las tropas del frente occidental en una coyuntura crítica, abortó el Plan Schlieffen y permitió al mariscal Joffre lanzar la contraofensiva del Marne que salvó a Francia. Hay que decir que esta tesis recibe algún respaldo en fuentes alemanas y francesas. Erich von Falkenhayn, el jefe del Estado Mayor alemán, creía que la retirada de las tropas del frente occidental había tenido una «influencia funesta […] [que] difícilmente pueda exagerarse».[113*] Moltke, su predecesor en el cargo, y Joffre, que encabezaba el Estado Mayor General francés, también atribuían importancia a la ofensiva rusa de agosto como un factor que había contribuido al fracaso del Plan Schlieffen.[49] Pero también se ha sostenido, posiblemente de manera más justificada, que dicho fracaso se debió menos a la transferencia de divisiones al este que a factores como el agotamiento de las tropas alemanas que atravesaban Bélgica, la sobrecarga de los medios de transporte y la aparición inesperada de la Fuerza Expedicionaria británica. Se ha dicho que el Plan Schlieffen era poco realista porque ignoraba estas posibilidades. El general Alexander von Kluck, el comandante del Primer Ejército alemán en el flanco

extremo derecho de la campaña belga, cuya misión era envolver París, no tenía otra alternativa que hacer oscilar sus fuerzas sobre un eje más corto, lo cual las llevó al norte en vez de al sur de la capital francesa. Esta maniobra, que no tenía nada que ver con las batallas que en esos momentos se libraban en Prusia Oriental, salvó París y posibilitó la contraofensiva del Marne.[114*]

La victoria en Prusia Oriental levantó en gran medida la moral de los alemanes; en efecto, estos no solo habían infligido graves pérdidas a los rusos y salvado a su patria de la invasión, sino que, con unas fuerzas numéricamente inferiores y una cantidad de bajas relativamente pequeña, habían logrado detener en seco a las hordas rusas. En un gesto simbólico, cuya intención era vengar la derrota, cinco siglos atrás, de los Caballeros Teutónicos a manos de los polacos y los lituanos cerca de la aldea de Tannenberg, dieron a su victoria el nombre de «batalla de Tannenberg».

Estos desastres no tuvieron el efecto recíproco de debilitar la moral de los rusos porque, en cierta medida, las victorias sobre los austríacos actuaron como un bálsamo. A mediados de agosto, los ejércitos rusos rompieron el frente enemigo en Galitzia y obligaron así a los austríacos a retirarse en medio del desorden. A finales de mes, justo en el momento en el que las tropas de Samsónov emprendían una fuga precipitada, los rusos se acercaron a la capital de Galitzia, Lemberg (Lwów, o Leópolis), que capturaron el 3 de septiembre. Cien mil prisioneros de guerra y cuatrocientas piezas de artillería cayeron en sus manos; habían dejado fuera de combate a una tercera parte del ejército austrohúngaro. No mucho después, unidades de vanguardia de la caballería rusa, tras cruzar los montes Cárpatos, inspeccionaron la llanura húngara, mientras la fuerza principal se aproximaba a Cracovia y

amenazaba Silesia.

Los éxitos rusos frente a los austríacos ensombrecieron el júbilo alemán debido al peligro que suponían para la retaguardia de Alemania. A principios de septiembre, en respuesta a las súplicas austríacas, el Alto Mando alemán formó apresuradamente un nuevo ejército, el Noveno, que, bajo el mando de Hindenburg, iba a atacar Varsovia y amenazar desde el norte a las fuerzas rusas emplazadas en Galitzia.

Los siguientes siete meses transcurrieron en el frente oriental en medio de combates intensos pero no decisivos, ya que ninguno de los contendientes tenía el poder suficiente para obtener una victoria definitiva. La valentía rusa y la vacilación austríaca frenaron el avance de Hindenburg sobre Varsovia. Los rusos, por su parte, fueron incapaces de penetrar en Silesia a causa de la amenaza que desde el norte se cernía sobre sus flancos, mientras que los alemanes carecían de las fuerzas necesarias para obligarlos a retirarse de Galitzia. A punto de finalizar el invierno de 1914-1915, el frente oriental quedó bastante estabilizado. [img 24]

Fue entonces cuando los rusos comenzaron a experimentar por primera vez la escasez de pertrechos militares. Ya hacia finales de 1914, la mitad de los reemplazos que llegaban al frente no tenían fusiles.[50] En un importante enfrentamiento cerca de la ciudad polaca de Przasnysz en febrero de 1915, las tropas rusas cargaron contra los alemanes prácticamente con las manos vacías:

> La batalla se libró en condiciones que difícilmente tengan parangón en la historia de la guerra moderna. Rusia, en graves aprietos para conseguir municiones y armas, había sido incapaz de equipar a multitud de hombres entrenados que ya tenía a su disposición, y la costumbre era situar a las tropas desarmadas en la retaguardia de la acción y utilizarlas para llenar brechas y tomar las armas de los muertos. En Przasnysz se lanzó a los hombres a la línea de fuego sin fusiles, apenas armados con una bayoneta en

> una mano y una bomba en otra. Eso implicaba una lucha —una lucha desesperada— cuerpo a cuerpo. Los rusos tenían que situarse a toda costa a la distancia apropiada para lanzar sus bombas y luego cargar con el frío acero. Era una guerra desquiciada, un desafío a todas las reglas modernas, un retorno a las condiciones del combate primitivo.[51]

Los rusos ganaron este enfrentamiento en particular, lo que contribuyó a detener el avance alemán sobre Varsovia. Pero sus bajas en los primeros cinco meses del conflicto eran pasmosas; hacia diciembre de 1914 habían perdido, entre muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros de guerra (sobre todo estos últimos), 1,2 millones de hombres, entre ellos un elevado porcentaje de los oficiales subalternos y suboficiales, para los cuales no había reemplazos listos. En octubre de 1914 y de nuevo en febrero de 1915, el ejército llamó a filas a 700.000 nuevos reclutas, hombres de poco más de veinte años, a los que se instruyó a lo largo de cuatro semanas para enviarlos luego al frente. Por el momento no se hacía uso de los reservistas de más edad.[52]

El ejército ruso seguía acumulando reservas en la retaguardia. Con este fin, adoptó un proceder que era conveniente y poco costoso, pero que tendría las consecuencias políticas más calamitosas. Si bien algunos de los reservistas incorporados eran alojados y entrenados cerca del frente, la mayoría —las tres cuartas partes— lo hacían en cuarteles de las grandes ciudades, ocupados en tiempos de paz por regimientos, y de allí partían al combate, al que se les destinaba como reemplazos. Este procedimiento no causó problemas mientras el régimen se mantuvo firme, pero más adelante, a comienzos de 1917, las guarniciones urbanas de reserva, llenas de hoscos conscriptos de la Milicia Nacional, serían el principal caldo de cultivo del descontento revolucionario.

Tras varios meses de salvajes combates, Rusia quiso asegurarse de que recibiría una compensación por sus

sacrificios; quería, sobre todo, Constantinopla y los estrechos, grandes objetivos de su política exterior desde el siglo XVIII. Un acicate para solicitar este premio fue la acción británica contra los turcos en Gallípoli, cuya finalidad era abrir un paso naval a Rusia. En vez de recibir con beneplácito esta operación, que podría librarlos del bloqueo, y participar en ella, como habían prometido, los rusos se inquietaron por los designios británicos en la zona. El 4 de marzo de 1915 (NE), el ministro de Asuntos Exteriores, Sazónov, envió una nota a los gobiernos francés y británico en la que reclamaba para su país Constantinopla y los estrechos como botín de guerra. Los Aliados accedieron a regañadientes a la exigencia, por temor a que Rusia firmara una paz por separado con Alemania y limitara sus operaciones militares a los turcos. Un año después, en el secreto Acuerdo Sykes-Picot entre Francia e Inglaterra, que disponía la división del Imperio otomano, se asignaron a Rusia, además, generosos territorios en el este y el nordeste de Anatolia.

En un análisis de la situación después de tres meses de combates, el Alto Mando alemán se veía ante una perspectiva desoladora. El gran designio estratégico de Schlieffen había fracasado; el frente occidental se había consolidado y ninguno de los dos bandos podía efectuar avances significativos. Por ese lado, no había una rápida victoria a la vista. Alemania se enfrentaba ahora a la posibilidad de una prolongada guerra en dos frentes, que sus generales habían procurado evitar con tanta insistencia. Von Moltke el Joven, jefe del Estado Mayor al estallar el conflicto, concluía ya a principios de septiembre de 1914 que la guerra bien podía haberse perdido.[53]

La única esperanza de victoria que quedaba consistía en asestar a Rusia un golpe que la sacara de la guerra. Moltke manifestó una opinión que cobraría preponderancia hacia

finales de 1914: la victoria decisiva debía alcanzarse en el frente oriental porque los franceses no pedirían la paz mientras los rusos se sostuvieran en pie, pero sí que lo harían tan pronto como su aliado cayera derrotado. «Nuestra situación militar general es hoy tan crítica —le dijo al káiser en enero de 1915— que solo un éxito total y absoluto en el este puede salvarla».[54] Un argumento adicional en favor del lanzamiento de una gran ofensiva en el este era el de evitar que los desmoralizados austríacos abandonaran la guerra y dejaran la frontera sudeste de Alemania expuesta a la invasión rusa. A finales de 1914, y sobre la base de estas consideraciones, el Alto Mando alemán decidió, a instancias de Hindenburg y Ludendorff pero contra la opinión de Falkenhayn, lanzar a comienzos de la primavera una ofensiva total contra los rusos con el fin de aniquilar sus fuerzas y obligarlos a pedir la paz. Se ordenó el atrincheramiento de las tropas alemanas en el oeste; comenzó así la guerra estática de trincheras que iba a dominar las operaciones allí durante los tres años siguientes. Al mismo tiempo, y en el más riguroso secreto, los alemanes comenzaron a trasladar al este divisiones ya existentes y otras recién creadas. Con la llegada de la primavera, ya tenían al sur de Cracovia, sin que el enemigo lo supiera, un Undécimo Ejército al mando del general August von Mackensen, compuesto por diez divisiones de infantería y una de caballería. Este cuerpo recibió refuerzos en los siguientes meses hasta que, alrededor de septiembre de 1915, más de dos tercios de las divisiones de combate alemanas (sesenta y cinco de un total de noventa) quedaron desplegadas en el frente oriental. En abril, los alemanes disfrutaban de una considerable ventaja sobre los rusos en cuanto a efectivos, y su superioridad era abrumadora en artillería pesada, cuarenta cañones por cada uno del enemigo. El plan estratégico requería un gigantesco doble

envolvimiento; Mackensen, asistido por el Cuarto Ejército austríaco, debía empujar a los rusos en dirección nordeste, para permitir que el Duodécimo Ejército alemán avanzara hacia el sudeste desde Pomerania. El encuentro de las dos fuerzas podía conllevar la captura de hasta cuatro ejércitos rusos, así como el aislamiento de Varsovia.[55]

Los rusos estaban en malas condiciones para afrontar el desafío. Sus tropas estaban exhaustas. Carecían de artillería pesada y solo tenían dos proyectiles por cada cañón de campaña. Faltaban fusiles y zapatos. Apenas preparadas para lo que estaba por suceder, las tropas se guarecían en refugios de escasa profundidad que les brindaban poca protección frente a los cañones pesados del enemigo.

La ofensiva alemana se inició de manera completamente sorpresiva el 15/28 de abril con una devastadora cortina de fuego de artillería de varios días de duración; era el primer bombardeo de saturación de la guerra, que se repetiría el año siguiente a una escala aún mayor en Verdún y el Somme. En palabras de Bernard Pares, «el metal abrasó» a las tropas rusas, que salieron despedidas de sus improvisadas trincheras. Cuando los cañones enmudecieron, la infantería alemana, con la ayuda de la austríaca, cayó sobre ellas y las hizo huir a la carrera hacia el este. Por entonces, y a lo largo de toda la campaña de 1915, los rusos insistían en transmitir mensajes telegráficos no cifrados, lo cual dio a la guerra en el este, según el discreto veredicto de Falkenhayn, «un carácter mucho más sencillo que en el oeste».[56] El 9/22 de junio, el enemigo recuperó Lemberg y se aproximó a Varsovia. Eran interminables los relatos de desastres que, desde Polonia y Galitzia, llegaban a oídos del atónito público ruso, que había esperado que 1915 trajera operaciones ofensivas decisivas de los ejércitos aliados.

Se avecinaban cosas aún peores. Los servicios de inteligencia hicieron saber que en Pomerania y Prusia Oriental se concentraban fuerzas alemanas, listas para atacar. En efecto, el 30 de junio/12 de julio el Duodécimo Ejército alemán entró en acción y se dirigió hacia las tropas de Mackensen, que se encontraban en pleno avance. Un doble envolvimiento estaba en marcha; si se cerraba, el Primero, el Segundo y el Cuarto ejércitos rusos quedarían atrapados. Aunque conscientes de este peligro, Nicolás Nikoláievich y su Estado Mayor vacilaban. Desde un punto de vista estratégico, no había otra alternativa que evacuar el centro de Polonia. Políticamente, sin embargo, dicha opción era inaceptable e incluso peligrosa, dado el inevitable efecto que tendría sobre la opinión rusa. A la postre prevalecieron las consideraciones estratégicas. El 9/22 de julio, los rusos iniciaron una retirada general y abandonaron Polonia central, pero escaparon a la trampa que les habían tendido. Las fortalezas polacas, que tanto había costado construir y donde estaba emplazada la mayor parte de la artillería pesada rusa, se rindieron, algunas sin presentar combate. Los alemanes siguieron con su avance hacia el este, en el que encontraban cada vez menos resistencia. Solo suspendieron las operaciones ofensivas a finales de septiembre, cuando ya habían establecido un frente norte-sur casi recto que se extendía desde el golfo de Riga hasta la frontera rumana. Toda Polonia, al igual que Lituania y gran parte de Letonia, estaban en su poder. La amenaza rusa a la patria alemana había sido eliminada hasta el final de la guerra. [img 25]

Para los rusos, el año 1915 significó un desastre absoluto, tan doloroso desde el punto de vista político y psicológico como desde el militar. Habían perdido ricas tierras que habían estado bajo su dominación durante un siglo o más, así como Galitzia, que habían conquistado poco tiempo atrás.

Veintitrés millones de súbditos del zar —el 13 por ciento de la población del imperio— quedaron bajo ocupación enemiga. Las derrotas asestaron un duro golpe a la moral de las tropas rusas. Soldados que habían luchado gallardamente contra los alemanes durante el otoño e invierno anteriores, ahora consideraban invencible al enemigo; la mera visión de un casco alemán sembraba el pánico en las filas rusas. Los alemanes, se decía, «podían hacer cualquier cosa».[57] Uno de los efectos de este sentimiento de irremediable inferioridad que se difundió en los ejércitos rusos en 1915 fue la pronta disposición a rendirse. Ese año, los alemanes y austríacos capturaron a más de un millón de rusos, a quienes enviaron a trabajar en los campos. Las tropas rusas comenzaban a mostrar señales de desmoralización. Para apaciguarlas, el general Yanushkévich instó sin éxito al gobierno a prometer que tras la victoria cada veterano de guerra recibiría diez hectáreas de tierra. Los oficiales se quejaban de que Francia y Gran Bretaña no habían ayudado a su país con ataques de distracción, como Rusia había hecho en su beneficio el año anterior.

El viejo ejército ruso ya no existía. Hacia el otoño de 1915, las fuerzas del frente quedaron reducidas a un tercio de lo que habían sido al comenzar las hostilidades, 870.000 hombres a lo sumo. Casi todos los cuadros del ejército ruso de 1914, incluida la mayor parte de sus oficiales de campo, habían desaparecido, y otro tanto sucedía con una buena parte de las reservas entrenadas. Ahora era necesario incorporar reservistas de la segunda leva y la Milicia Nacional, integradas por hombres mayores, muchos de ellos sin instrucción previa.

Aun así, cabe sostener que la espléndida victoria alemana de 1915 llevó a la derrota alemana de 1918. La ofensiva de 1915 en el frente oriental había tenido un doble objetivo,

destruir los ejércitos del enemigo en Polonia y obligar a Rusia a firmar la paz. No logró ninguno de los dos. Los rusos consiguieron sacar a sus fuerzas de Polonia y no pidieron la paz. Al recapitular las lecciones de la campaña de 1915, el Alto Mando alemán concluyó que, dada la disposición de los rusos a sacrificar vidas y territorios sin límite, no se les podía infligir una derrota decisiva.[58] Esta conclusión llevó a Alemania a tantear el terreno de la paz en Petrogrado.[59] En segundo lugar, las campañas de 1915 dieron a los británicos el respiro que necesitaban para formar un ejército ciudadano y poner en pie de guerra a sus industrias. Cuando, a principios de 1916, los alemanes reanudaron las operaciones en el oeste, encontraron bien preparados a sus adversarios. Pese a sus brillantes éxitos en el campo de batalla, por tanto, la campaña alemana de 1915 debe juzgarse en última instancia como una derrota estratégica, porque no logró alcanzar su objetivo militar y porque perdió un tiempo precioso. La debacle de 1915 bien pudo ser la contribución más grande, aunque involuntaria, de Rusia a la victoria aliada.

Los civiles, de todas formas, rara vez piensan en términos estratégicos. La población rusa solo sabía que sus ejércitos habían sufrido una humillante derrota, una de las peores, si no la peor, de su historia moderna. La prensa la alimentaba a base de incesantes artículos que hablaban de un desastre. Desde el momento en el que los alemanes lanzaron su ofensiva de abril hasta que suspendieron las operaciones seis meses después, el país vivió una situación de indignación creciente. En un principio, el sentimiento de indignación encontró sus válvulas de escape en la búsqueda de chivos expiatorios, pero cuando se conoció la magnitud de la debacle se levantó un clamor a favor de un cambio en las altas esferas políticas del país. Hacia junio de 1915, el espíritu de propósito común que había unido a gobierno y oposición en los

primeros meses de la guerra ya no existía; ocupaban su lugar las recriminaciones y una hostilidad aún más intensa que el estado de ánimo de 1904-1905, cuando los rusos se tambaleaban a causa de los golpes asestados por los japoneses.

Los historiadores militares han señalado que en la guerra la desmoralización y el pánico no suelen cundir en el frente, sino en la retaguardia, entre los civiles, que son propensos a exagerar tanto las derrotas como las victorias.[60] Así sucedió en Rusia. Se tomaron medidas para evacuar Riga y Kiev, y el gobierno discutió la posible evacuación de la propia ciudad de Petrogrado.[61] En mayo de 1915, una turba moscovita perpetró un cruel pogromo antialemán, destruyendo tiendas y empresas que tenían nombres germanos. Cualquier persona a la que se oyera hablar en alemán corría el riesgo de ser linchada.

El público clamaba que rodaran cabezas. El principal blanco de la ira popular y el chivo expiatorio era Sujomlínov, a quien se culpaba de la escasez de armas y municiones que los militares aducían para justificar sus reveses. Estudios históricos recientes han indicado que el ministro no era culpable de dicha escasez[62] y que la falta de proyectiles de artillería se había exagerado más allá de toda medida para encubrir deficiencias más arraigadas de las altas esferas militares de Rusia.[63] La pareja imperial sentía mucho afecto por el ministro de la Guerra, pero las exigencias de destitución se volvieron irresistibles y el 11 de junio fue cesado con una calurosa carta de agradecimiento.[64] Un año después fue encarcelado, acusado de traición y desfalco. Liberado en octubre de 1916, el Gobierno Provisional volvió a arrestarlo y fue condenado a trabajos forzados perpetuos. Sujomlínov logró escapar a París, donde falleció en 1926.[65]

El hombre que lo reemplazó, el general Alexis Polivánov,

estaba cortado por un patrón distinto; era un miembro dirigente de los Jóvenes Turcos y antes de la guerra había exhortado a adoptar un enfoque más moderno de la guerra, con mayor énfasis en la tecnología militar y la movilización de recursos internos.[66] Viceministro de Sujomlínov, este lo había mantenido a distancia, ya que sospechaba que conspiraba con el gran duque Nicolás Nikoláievich y Guchkov contra la corte y contra él. La designación de Polivánov sugería que el gobierno había interiorizado por fin el concepto de una «nación en armas» y que Rusia, como las otras potencias beligerantes, iba a acometer en serio la movilización del frente interno. Pero esta perspectiva, como es obvio, suscitó automáticamente la hostilidad de la emperatriz, que no podía tolerar la «politiquería» en los funcionarios imperiales y juzgaba que los esfuerzos por unir a la nación estaban dirigidos contra la Corona. Rasputín tampoco lo aprobaba y se afanaba en la búsqueda de su sucesor.[67] El 24 de junio, tras reunirse con el nuevo ministro, Alejandra escribió: «[…] ayer vi a *Polivánov*; para ser franca, jamás sentí afecto por el hombre, hay algo molesto en él, no puedo explicar qué. Prefería a *Sujomlínov*, aunque este es más inteligente, pero dudo que sea tan devoto».[68]

Para apaciguar aún más a la opinión pública, Nicolás se deshizo de otros ministros impopulares. En junio cesó a Nikolái Maklákov, el ministro del Interior, y luego a Vladímir Sabler, el procurador del Santo Sínodo, e Iván Shcheglovítov, el ministro de Justicia, a quienes la opinión pública consideraba reaccionarios incorregibles. Sus sucesores eran, en su mayor parte, más aceptables. Así pues, la corte, sin ceder a las demandas de que dejara los nombramientos ministeriales en manos de la Duma, designó a funcionarios capaces de contar con el favor de esta. Y, para aplacar un poco más a la oposición, se convenció a Rasputín de que se retirase

a su aldea de Siberia hasta que las relaciones con la Duma, cuya nueva convocatoria estaba prevista para julio, se hubieran «resuelto».[69]

Estas medidas no calmaron a la opinión pública. Muchos rusos estaban llegando a la conclusión de que sus derrotas no se debían tanto a figuras concretas como a defectos fundamentales del «sistema». Era necesario, pues, proceder a una exhaustiva reestructuración del sistema si se aspiraba a que Rusia sobreviviera.[img 26]

Una vez que la Primera Guerra Mundial superó la duración prevista sin que al parecer fuera a producirse ningún desenlace rápido, todos los principales beligerantes tomaron medidas para movilizar la retaguardia. Alemania fue la primera en hacerlo, seguida de Gran Bretaña. Se estableció entonces una suerte de relación simbiótica entre los sectores público y privado para satisfacer todas las necesidades de las fuerzas armadas. Algo parecido sucedió también en Rusia a partir del verano de 1915, pero los recelos mutuos obstaculizaron como en ningún otro lado la relación entre ambos sectores. Como consecuencia de ello, la movilización de la retaguardia fue parcial e imperfecta. Una vez admitido esto, debe destacarse que en general no se aprecia hasta qué punto el gobierno imperial, durante la guerra, permitió a la sociedad tener voz en los asuntos del Estado y cuánto modificaron sus concesiones el sistema político de Rusia.

Hacia comienzos del verano, los liberales y los liberal-conservadores concluyeron que la burocracia era demasiado incompetente para manejar el esfuerzo bélico. Querían mejorar de manera fundamental el rendimiento militar de Rusia, pero, como el gobierno, nunca perdían de vista las consecuencias, en la posguerra, de las acciones durante la guerra. El desastre de 1915 brindaba una oportunidad de

completar la Revolución de 1905, esto es, transformar Rusia en una auténtica democracia parlamentaria. En la Duma, la oposición quería que las concesiones arrancadas a la monarquía en pos de la victoria se afianzaran hasta tal punto en las instituciones del país que siguieran vigentes después de obtenida la victoria y restablecida la paz. Su principal objetivo era obtener para la Duma la autoridad de designar a los ministros, con lo cual toda la burocracia rusa quedaría subordinada a ella.

El resultado fue un tira y afloja. El gobierno quería la ayuda de la sociedad, pero no cederle las prerrogativas que había conseguido rescatar de la Revolución de 1905, mientras que los dirigentes de la sociedad querían aprovechar la guerra para concretar la promesa incumplida de dicha revolución. En el conflicto resultante fue el gobierno el que se mostró más dispuesto a hacer concesiones. Sin embargo, no encontró respuesta, dado que cada concesión se interpretaba como una debilidad y alentaba demandas aún más grandes.

La Duma funcionó hasta el 9 de enero de 1915, cuando se suspendieron sus sesiones, en parte para evitar una crítica «incendiaria» de la conducción de la guerra y, en parte, para permitir al gobierno legislar al amparo del artículo 87. En esos momentos se dijo que la cámara no tardaría en volver a celebrar sesiones si la situación militar lo requería. Esto era lo que sucedía entonces. Los líderes de la oposición exigieron la reanudación de las sesiones. La emperatriz se oponía a ellos e instó a su marido a mantenerse firme. «Cariño», le escribió el 25 de junio,

> me he enterado de que el repelente *Rodzianko* y otros fueron a ver a *Goremikin* para rogarle que la *Duma* vuelva a convocarse de inmediato. Ah, por favor, no, no es asunto suyo, quieren discutir cosas que no les incumben y provocar más descontento; hay que mantenerlos lejos. Te aseguro que solo harán daño, hablan demasiado.
>
> Rusia, gracias a Dios, no es un país constitucional [!], aunque esas

> criaturas tratan de desempeñar algún papel e inmiscuirse en los asuntos, no se atreven. No dejes que te presionen, es un espanto ceder, y se les subirán los humos a la cabeza.[70]

Pero las presiones fueron demasiado fuertes para resistirse a ellas y Nicolás autorizó a Mijaíl Rodzianko, presidente de la Duma, a volver a convocarla por un período de seis semanas.[71] Las sesiones iban a empezar el 19 de julio, primer aniversario del comienzo de la guerra según el calendario ruso.

El mes y medio que tenían por delante ofreció a los diputados de la Duma la oportunidad de juntarse a deliberar. La iniciativa de celebrar estas reuniones informales provino del pequeño Partido Progresista, que representaba a la burguesía industrial acaudalada y liberal. Sus líderes esperaban repetir el logro de la Unión de Liberación y forjar un amplio frente patriótico de todos los partidos con excepción de la extrema derecha y la extrema izquierda. Los reveses militares habían llevado a la oposición a elementos conservadores que en tiempos de paz nunca habrían integrado una camarilla contra la Corona. Además de los progresistas, los otros participantes eran los kadetes, los octubristas y los nacionalistas de izquierda. Este fue el origen del Bloque Progresista, que pronto conquistaría la mayoría en la Duma y en 1916 ejercería una influencia decisiva sobre los acontecimientos que culminaron en la revolución.[115*]

El principal tema que dominaba estas discusiones, conocidas por los historiadores principalmente gracias a los relatos de los informantes de la policía, era la necesidad de que en su hora trágica Rusia tuviera una autoridad firme, que la desprestigiada burocracia, empero, ya no podía ofrecer; solo podía provenir de un mandato popular, como el representado por la Duma. Si bien coincidían en este principio, los participantes tenían dificultades para elaborar

un programa concreto. El ala más radical, encabezada por Pável P. Riabushinski, destacado empresario y portavoz de la comunidad empresarial de Moscú, quería forzar la situación y obligar al gobierno a capitular. Un grupo más moderado, encabezado por el kadete Mijaíl V. Chelnokov, líder de la Unión de Ciudades, prefería llegar a algún tipo de solución de compromiso.[72]

El clima explosivo en medio del cual la Duma celebró sus sesiones en julio y agosto de 1915 no puede apreciarse sin hacer referencia a los desastres militares que lo acompañaron. En el momento de la reapertura de las sesiones, los ejércitos rusos ya habían abandonado Polonia y el enemigo estaba a las puertas de Riga. En el cuartel general de Moguilev, el estado de ánimo era de absoluta pesadumbre. El general Gueorgui N. Danílov, jefe de intendencia y uno de los estrategas más influyentes de Rusia, le había dicho a un amigo algunas semanas antes que bien podía renunciarse a toda idea de estrategia porque los rusos carecían de competencia para emprender operaciones activas; su única esperanza estaba en el «agotamiento de las fuerzas alemanas, la buena suerte y la protección de san Nicolás el Obrador de Milagros».[73] En la reunión del gabinete del 16 de julio, Polivánov prologó sus observaciones con una sucinta aseveración: «El país está en peligro».[74] Alexánder Krivoshein, al frente de Agricultura, les contó a algunos amigos que el gobierno se parecía a un «asilo».[75]

La Duma inauguró el período de sesiones mientras las tropas rusas evacuaban Varsovia. El senil Goremikin, objeto de un menosprecio generalizado, se dirigió a la asamblea en un tono conciliador que le era inhabitual y admitió que el gobierno tenía la «obligación moral» de colaborar con ella. Una vez terminado su discurso, diputados representantes de

todo el espectro político, salvo de la extrema derecha, atacaron uno tras otro al gobierno por su incompetencia.[76]

Se destacó por su virulencia el líder del grupo *trudoviki*, Alexánder Fiódorovich Kérenski, que estaba destinado a desempeñar un papel protagonista en la revolución. De apenas treinta y tres años al estallar la guerra, Kérenski era un abogado ambicioso y una estrella en ascenso en la política socialista rusa.[77] Había comenzado a cobrar fama por su papel como abogado defensor en varios juicios de carácter político que disfrutaron de mucha publicidad. Orador diestro, ejercía una influencia hipnótica sobre las multitudes, pero carecía de sentido estratégico y facultades analíticas. En la Cuarta Duma, no tardó en mostrarse como el orador más inflamado de la izquierda. Tras el arresto en noviembre de 1914 de los diputados bolcheviques (a quienes defendió en los tribunales) se convirtió en el principal portavoz de las facciones socialistas, ensombreciendo con facilidad al líder de la bancada menchevique, el georgiano Nikolái Chjeidze. En 1917, gracias a la publicación de los legajos policiales dedicados a Kérenski, se supo que, no bien iniciada la guerra, había congregado a intelectuales socialistas contra el gobierno e intentado organizar un sóviet de obreros.[78] Después de la derrota de los ejércitos rusos en Polonia trabajó para derrocar al régimen zarista y sabotear el esfuerzo bélico. En el otoño del mismo año se movilizó contra la participación obrera en las comisiones conjuntas creadas para mejorar la producción para la defensa (véase más adelante) y se solidarizó con la resolución Zimmerwald de los socialistas contrarios a la guerra, en cuya redacción Lenin había desempeñado un papel importante. A decir verdad, por entonces eran pocas las cosas que distinguían a Kérenski de Lenin, y a ojos de la policía el primero era «el principal cabecilla del actual movimiento revolucionario».[79] Su biógrafo cree que en el verano de 1915

Kérenski, junto con su amigo y camarada masón Nikolái V. Nekrásov y Chjeidze, «estuvo cerca de precipitar una revolución de las masas bajo un liderazgo "burgués"».[80]

En agosto de 1915, Nicolás tomó dos decisiones que muchos contemporáneos vieron como una sentencia de muerte de la dinastía. Una fue prescindir de Nicolás Nikoláievich y asumir el mando personal de las fuerzas armadas rusas. La otra fue suspender las sesiones de la Duma.

Es difícil discernir qué fue lo que llevó a Nicolás a hacerse cargo del mando militar, porque tomó la decisión en privado y la mantuvo, sin dar explicaciones, frente a la firme oposición de la mayor parte de su familia y de prácticamente todo el gabinete. Un año antes se había dejado convencer de no tomar este camino; ahora se mostraba intransigente. Un factor indudable era la preocupación por su adorado ejército. Es probable que también quisiera inspirar al país en la hora de su prueba más dura y dar un ejemplo al compartir la vida sencilla del soldado. Tal vez pensaba asimismo que su acto calmaría el torbellino político y pondría fin a los rumores acerca de una paz por separado. Recibió el vigoroso apoyo de su esposa, detrás de la cual asomaba la siniestra figura de Rasputín. Alejandra, a pesar de su amor y devoción por Nicolás, lo juzgaba demasiado débil y blando para plantar cara a los políticos; con él lejos, en el frente, ella podría ejercer una mayor influencia política y defender así las prerrogativas de la monarquía.

Rasputín la secundaba en esta iniciativa. El a veces llamado «monje loco» no era ni monje ni loco. Campesino oriundo de Siberia occidental y probablemente perteneciente a una secta ilegal, la de los *jlisti*, Nicolás Nikoláievich lo presentó a la familia imperial en 1905. Rasputín conquistó con rapidez la confianza de esta con su don, en el que probablemente

intervenía la hipnosis, para detener las hemorragias del hemofílico zarévich. También se presentaba, con cierto éxito, como un «hombre del pueblo», una voz indocta pero genuina de las masas rusas, que la pareja imperial quería creer inquebrantablemente monárquicas. Aunque sus relaciones en la corte le permitían comportarse con creciente descaro, hasta el otoño de 1915 no tuvo influencia política. Rumores sobre su altanería, su afición a la bebida y sus correrías sexuales llegaron a la corte, pero tanto Nicolás como Alejandra los desestimaron como cotilleos maliciosos de sus enemigos.

Para Rasputín era de sumo interés apartar del camino a Nicolás. Al alentarlo a ir al frente, pensaba en la influencia y el dinero que quedarían entonces a su alcance. Sabía que Nicolás lo toleraba por razones familiares, pero ni le agradaba ni confiaba en él. Con el zar fuera de la vista, Rasputín podría manipular a la emperatriz y convertirse en la eminencia gris del régimen. Para propiciar la partida del emperador, difundió el rumor de que Nicolás Nikoláievich, a quien contaba entre sus enemigos, aspiraba al trono.[81] Más adelante se jactaría de haber «hundido» al gran duque.[82] Tras volver a Petrogrado de su exilio, vio al zar el 31 de julio y el 4 de agosto y lo instó a asumir el mando supremo, e insistió en este consejo por medio de telegramas.[83] Así, una combinación de patriotismo e intrigas políticas fue al parecer la razón más probable de la fatídica decisión de Nicolás.

Aunque no podemos tener una certeza absoluta acerca de lo que llevó al zar a asumir el mando del ejército, sí sabemos por qué sus asesores se oponían a que lo hiciera. El Consejo de Ministros temía que pusiera en riesgo su prestigio al hacerse cargo del ejército cuando la suerte de este estaba en su punto más bajo. Si nuevos infortunios afectaban a las tropas, como era probable, la culpa recaería personalmente en el zar.

[84] En segundo lugar, Nicolás tenía fama de «desafortunado»; había nacido en la onomástica de Job, su coronación se había visto arruinada por la tragedia de Jodinka, era padre de un único varón que padecía una enfermedad incurable, había perdido la guerra con Japón y era el primer zar en renunciar a la autoridad autocrática. ¿Quién podía confiar en que un hombre con semejante historial condujera a Rusia a la victoria? Por último, pero no por eso menos importante, existía el temor de que, una vez instalado Nicolás en el frente, el poder pasara a manos de la emperatriz «alemana» y su desdoroso confidente.

Estas consideraciones impulsaron a todos los que velaban por los intereses del zar, excepto Alejandra y Goremikin, a implorarle que reconsiderara sus planes. Entre ellos estaban la emperatriz viuda, Polivánov y Rodzianko, quien calificaba la medida como «el peor error» de su reinado.[85] El 21 de agosto, el Consejo de Ministros envió a Nicolás una carta colectiva en la que le rogaba no seguir adelante con su decisión. Firmada por la mayoría de los ministros, salvo Goremikin, advertía de que ese paso «amenaza[ba] […] con tener graves consecuencias para Rusia, vuestra persona y vuestra dinastía». Los ocho signatarios llegaban a la conclusión de que no podían seguir trabajando con Goremikin y estaban perdiendo «la confianza en la posibilidad de ser útiles [al zar y] la Patria».[86]

Dos días antes de su partida hacia el frente, Nicolás se reunió con el gabinete. Los ministros le suplicaron una vez más que cambiara de idea. El zar, aferrado a un icono y transpirando profusamente, prestó atención y luego se puso de pie y dijo: «He escuchado lo que queríais decir, pero persisto en mi decisión».[87] Por el momento mantuvo a los ministros rebeldes en sus puestos, a pesar de su deseo de ser

relevados, pero lo hizo solo para deshacerse más adelante de quienes se habían mostrado especialmente elocuentes en esa ocasión.

El 22 de agosto, Nicolás partió hacia Moguilev, donde iba a permanecer, salvo por breves visitas a la familia, hasta finales de diciembre del año siguiente. Llevó allí una vida discreta y modesta que se ajustaba mejor a su personalidad que la formalidad de la corte. Asistía a reuniones informativas diarias, pero no interfería en las decisiones militares, asunto que dejaba en manos del jefe del Estado Mayor, el general Alexéiev, el verdadero comandante en jefe.[116*]

Con su partida, Nicolás escapaba a la tormenta política que arreciaba en la capital. A lo largo de agosto, la prensa metropolitana llevó adelante una implacable campaña contra Goremikin, exigiendo que lo reemplazara un primer ministro elegido por la Duma. Algunos diarios incluían listas de un supuesto gabinete «nacional», similar al que asumiría efectivamente el poder en febrero de 1917.[88]

La crisis política llegó a su punto culminante el 25 de agosto, cuando el Bloque Progresista, que ahora reunía a 300 de los 420 diputados de la Duma, hizo público un programa de nueve puntos.[89] Por deferencia a los nacionalistas, el programa era más moderado de lo que a muchos de sus firmantes les habría gustado, pero aun así se trataba de un documento audaz. Su primera y más importante demanda era la constitución de un ministerio que gozara de «la confianza de la nación» y acordara rápidamente con el cuerpo legislativo un «programa definitivo»; no se llegaba a pedir un ministerio elegido por la Duma y responsable ante ella. A continuación se proponían una serie de medidas para someter a la burocracia a restricciones jurídicas, eliminar la división de la autoridad entre las administraciones militar y civil en los

asuntos no directamente relacionados con las operaciones militares, liberar a los presos políticos y religiosos, abolir los impedimentos a las minorías religiosas —incluidos los judíos —, otorgar la autonomía a Polonia y hacer concesiones políticas a finlandeses y ucranianos, restablecer los sindicatos y revisar muchas de las leyes en vigor.[90] Era en gran medida el programa que el Gobierno Provisional adoptaría al llegar al poder en marzo de 1917. Así, cabe decir que desde el punto de vista tanto de las personas como del programa, el primer gobierno revolucionario fue concebido ya en agosto de 1915, cuando el zarismo aún estaba en el poder y la revolución parecía una perspectiva remota.

El programa del Bloque Progresista tuvo fuertes repercusiones.[91] El Consejo de Ministros se pronunció a favor de celebrar negociaciones con el bloque para determinar la factibilidad de un compromiso. La mayoría de los ministros estaban dispuestos a hacerse a un lado y ceder su lugar a un nuevo gabinete.[92] El consejo actuaba desafiando a Goremikin, que mantenía consultas regulares con la emperatriz y coincidía con ella en que lo mejor sería solicitar al zar que suspendiera las sesiones de la Duma.

Así pues, en los últimos días de agosto de 1915 se produjo una situación extraordinaria: diputados liberales y conservadores, en representación de casi las tres cuartas partes de una Duma elegida conforme a un derecho de voto muy conservador, hacían causa común con los más altos funcionarios designados por el zar para solicitar la instauración de una democracia parlamentaria. No es de extrañar que la euforia embargara a las clases instruidas.[93]

Nicolás, sin embargo, se negó a ceder la facultad de nombrar a los ministros, y lo hizo por dos razones, una práctica y otra teórica o moral. No creía que los intelectuales

que probablemente ocuparían los cargos ministeriales en un gabinete parlamentario supieran administrar el país, y también estaba convencido (o tal vez lo había convencido su esposa) de que el día de su coronación en 1896 había jurado mantener la autocracia. En realidad, no había hecho nada de eso. La ceremonia de coronación solo exigía de él una plegaria en la cual no se aludía al modo de gobierno y la palabra «autocracia» (*samoderzhaviye*) ni siquiera se mencionaba.[94] Pero Nicolás creía otra cosa y dijo muchas veces que la cesión de la autoridad de nombrar al gabinete habría violado su juramento.

Estaba furioso con los políticos porque se ocupaban de sus asuntos mientras las tropas se desangraban. Resuelto a no repetir el error que creía haber cometido en octubre de 1905, se mantuvo en sus trece. El 28 de agosto, Goremikin viajó a Moguilev. Era prácticamente el último miembro del gabinete que se resistía a satisfacer las demandas de reforma política. Días atrás, al quejarse Rodzianko de que el gabinete no actuaba con la decisión suficiente para disuadir al zar de ir al frente, Goremikin le había restado importancia con el argumento de que el presidente de la Duma asumía un papel que «no le correspondía».[95] Lo alarmaban los discursos antigubernamentales pronunciados en la Duma, que la prensa difundía en toda la nación. Para privar a la oposición de una plataforma y calmar los ánimos en el país, propuso a Nicolás suspender temporalmente el Parlamento tan pronto como se cumpliera el período de sesiones de seis semanas. Nicolás asintió y le indicó que clausurara las sesiones el 3 de septiembre, a más tardar; entretanto, todos los ministros —incluido el propio Goremikin— permanecerían en sus puestos.[96] Esta decisión, tomada por ambos sin consultar a la Duma y contra los deseos de casi todo el gabinete, fue vista como una bofetada en la cara de la sociedad rusa. Sazónov, el

ministro de Asuntos Exteriores, dio expresión a un extendido sentimiento cuando dijo que Goremikin debía de haber perdido el juicio para hacer semejante recomendación al zar.[97] De resultas de la decisión, Nicolás quedó prácticamente aislado de todos los círculos políticos y sociales del país, con la excepción de los cortesanos obsecuentes y los políticos de la derecha más extrema.

No obstante, con el paso de los días la crisis menguó debido a la interrupción, en septiembre, de la ofensiva alemana, con la consiguiente reducción de la amenaza al territorio ruso. Los diarios favorables al Bloque Progresista comenzaron entonces a sostener que se había hecho todo lo posible y que ya no tenía sentido seguir presionando al gobierno. A finales de septiembre, el Comité Central del Partido Democrático Constitucional, el núcleo del Bloque Progresista, decidió posponer hasta el final de la guerra las demandas de reforma política.[98] Vasili Maklákov, un kadete de tendencia conservadora, escribió un artículo muy citado que explicaba la lógica de este proceder. En él se comparaba a Rusia con un automóvil conducido por un chófer incompetente a lo largo de un camino angosto y empinado. En este vehículo viaja nuestra madre (léase Rusia). El más mínimo error del conductor hará que el automóvil caiga por el precipicio y mueran todos los pasajeros. Entre estos hay conductores diestros, pero el chófer se niega a cederles el volante, confiado en que no se lo arrebatarán por la fuerza por temor a sufrir un accidente mortal. En estas circunstancias, aseguraba Maklákov a sus lectores, uno «postergará el ajuste de cuentas con el conductor […] hasta llegar a terreno llano».[99]

Como era su costumbre, una vez superada la crisis Nicolás castigó a quienes se habían atrevido a llevarle la contraria. A

finales de septiembre destituyó a los ministros que se habían opuesto con especial énfasis a su asunción del mando militar: Alexánder Samarin, el procurador del Santo Sínodo, que había redactado la carta del Consejo de Ministros del 21 de agosto; Nikolái Shcherbátov, el ministro del Interior, y Krivoshein. El sucesor de Shcherbátov, Alexánder N. Jvostov, designado en noviembre, era en opinión de muchos un candidato de Rasputín, el primero de varios.[100] De modo que Nicolás se las había ingeniado otra vez —sería la última— para capear el temporal y repeler un desafío a sus prerrogativas. Pero era una victoria pírrica que le aislaba tanto a él como a sus designados de la mayor parte de la sociedad. En una reunión del gabinete posterior a estos sucesos, Sazónov (que pronto perdería también su puesto) dijo que el gobierno estaba suspendido en el aire «sin sostén ni de arriba ni de abajo», mientras que Rodzianko estimaba que el país era un «polvorín». Nicolás, Alejandra y Goremikin habían conseguido unir en su contra a casi todos los círculos políticos de Rusia, cumpliendo la hazaña aparentemente imposible de forjar un consenso entre el revolucionario Kérenski y el monárquico Rodzianko.

Las decisiones tomadas por Nicolás en agosto de 1915 hicieron prácticamente inevitable el estallido de una revolución. Rusia solo podría haber evitado un levantamiento revolucionario con una condición: que la burocracia, impopular pero experimentada, con su aparato administrativo y policial, hiciera causa común con la *intelligentsia* liberal y liberal-conservadora, popular pero inexperta. A finales de 1915, ninguno de estos dos grupos era capaz de gobernar Rusia por sí solo. Al frustrar esta alianza cuando todavía era posible, Nicolás garantizó que tarde o temprano ambos fueran barridos, y él con ellos, y que Rusia se hundiera en la anarquía.

Para compensar su negativa a conceder una democracia parlamentaria, la monarquía dio pasos para otorgar a los representantes de la sociedad mayor voz en la administración. La inspiración de estas medidas radicaba principalmente en la comprensión de que la escasez de pertrechos bélicos no podía corregirse sin la ayuda del sector privado. Pero también existía la esperanza de que estas concesiones bloquearan las demandas de reforma política.

En una reunión celebrada en el cuartel general en julio de 1915, el general Alexéiev enumeró por orden de importancia descendente las carencias responsables de los reveses rusos: 1) proyectiles de artillería; 2) reemplazos de tropas; 3) artillería pesada; 4) fusiles y sus municiones, y 5) oficiales. Las deficiencias en materia de efectivos eran responsabilidad de las fuerzas armadas. Pero la escasez de armas y municiones exigía ampliar la base de la producción bélica para involucrar a la industria privada, y esto, a su vez, requería la cooperación de la comunidad empresarial. La implicación de los representantes parlamentarios en la producción para la defensa, si no esencial, se consideraba políticamente prudente.

La idea de crear comisiones conjuntas de funcionarios gubernamentales, empresarios privados y diputados de la Duma para ocuparse de las carencias militares surgió en reuniones informales entre empresarios y figuras políticas en Moscú y Petrogrado a comienzos de mayo. Rodzianko, uno de sus defensores más entusiastas, se trasladó al Cuartel General del Ejército para discutir la idea con el gran duque Nicolás Nikoláievich. Este la aceptó al instante y la transmitió al zar, que también estuvo de acuerdo.[101] Este fue el origen del Consejo Especial de Coordinación de Medidas para Garantizar el Suministro de Artillería al Ejército en Activo.

Sujomlínov, por entonces aún ministro de la Guerra, veía con recelo la intromisión de personas no pertenecientes al funcionariado en asuntos en los que, a su juicio, no tenían nada que hacer, pero, sin otra alternativa, asumió la presidencia del consejo. Gracias a esta organización, la producción de proyectiles de artillería aumentó de manera espectacular en 1915. Su éxito llevó a la creación, ese mismo año, de otros consejos especiales.

En julio, el gabinete aceptó formar una junta mixta estatal y privada, que tendría como modelo el recientemente creado Ministerio de Municiones británico, para involucrar a la economía industrial de la nación en el esfuerzo de guerra; el organismo se llamaría Consejo Especial de Defensa del País (Osoboye Sovieshchaniye po Oboroniye Strani). Nicolás aprobó esta resolución y en agosto fue sometida a las dos cámaras parlamentarias. La mayoría de la Duma la recibió con entusiasmo, si bien los portavoces socialistas, Kérenski y Chjeidze, la criticaron por no ir tan lejos como debía.[102] El Consejo Especial prometía mejorar la producción bélica, pero también, y no menos importante, ofrecía a la Duma la oportunidad de intervenir en el proceso político. Para reforzar aún más su papel, la Duma recomendó que se crearan otros tres organismos de este tipo, que se ocuparan del transporte, los alimentos y el combustible.[103] Como en cada uno de ellos debía haber representación de las dos cámaras legislativas, más consejos significaban más diputados involucrados en el esfuerzo bélico. Los cuatro consejos especiales comenzaron a funcionar a finales de agosto.

De ellos, el más importante era con mucho el Consejo de Defensa. Como sucedía con el resto, lo presidía un ministro, en este caso el de Guerra, Polivánov. Estaba compuesto de entre 36 y 40 miembros, en su mayor parte civiles, incluidos

diez diputados de la Duma y otros diez del Consejo de Estado, cuatro representantes del Comité Central Militar Industrial (véase más abajo) y dos de los *zemstvos* y los consejos municipales.[104] Rodzianko tenía prácticamente carta blanca para seleccionar a los representantes no gubernamentales.[105] El Consejo de Defensa disfrutaba de una amplia autoridad. Entre sus atribuciones se contaban las de confiscar empresas privadas que no rindieran de manera satisfactoria, contratar y despedir gerentes y determinar los salarios. Celebró su primera reunión el 26 de agosto de 1915, en presencia de Nicolás y Alejandra, y ulteriormente se reuniría dos veces por semana.

Para contribuir a llevar a efecto las decisiones del Consejo de Defensa, el gobierno autorizó la creación de un Comité Central Militar Industrial (Tsentralnyi Voyenno-Promishlennyi Komitet). Con sede en Moscú y presidido por Guchkov, su misión era incorporar fábricas medianas y pequeñas a la producción bélica. El comité creó alrededor de 250 delegaciones en todo el país y por medio de ellas hizo pedidos de proyectiles de artillería, granadas de mano, cartuchos y otros pertrechos. Como resultado de sus esfuerzos, unos 1.300 establecimientos pequeños y medianos empezaron a participar en la producción bélica.[106] Así como el gobierno sentía la necesidad de invitar a participar a la empresa privada, esta consideró conveniente asegurarse la colaboración de los obreros industriales. Con este fin, el Comité Militar Industrial tomó la inusual medida de invitar a las fábricas que trabajaban para las fuerzas armadas y empleaban a 500 o más personas a enviar representantes obreros. Los agitadores bolcheviques se opusieron a esta propuesta y por un tiempo desalentaron la participación de los trabajadores,[107] pero los mencheviques, que tenían entre estos más partidarios, lograron superar el boicot. En

noviembre de 1915 se creó el Grupo Central de Trabajadores (Tsentralnaya Rabochaya Gruppa), presidido por el obrero menchevique Kosma A. Gvózdev, que ayudaría al Comité Central Militar Industrial a mantener la disciplina laboral, impedir huelgas y resolver las demandas obreras.[108] La participación de los trabajadores en la gestión industrial y, de manera indirecta, en la de la economía de guerra carecía de precedentes en Rusia, y es un indicio más de los cambios sociales y políticos que las presiones de la guerra habían contribuido a provocar.

Los dirigentes de los comités militares industriales tendían a exagerar su aportación al esfuerzo bélico; estudios recientes indican que solo representaban entre el 2 y el 3 por ciento de las adquisiciones en materia de defensa.[109] Aun así, fueron importantes porque eliminaron las dificultades en ciertos sectores de la economía de guerra, y es injusto describirlos como «innecesarios» y más aún como un «estorbo».[110]

Lo conseguido por el Consejo de Defensa y el Comité Militar Industrial puede ilustrarse con el ejemplo de la munición para la artillería. Mientras que en 1914 las industrias rusas solo estaban en condiciones de producir entre 100.000 y 150.000 proyectiles al año, en 1915 fabricaron 950.000 y en 1916, 1.850.000. A esas alturas, la escasez de proyectiles era cosa del pasado. En vísperas de la Revolución de Febrero, el ejército ruso tenía municiones de artillería más que suficientes para cubrir sus necesidades, estimadas en 3.000 proyectiles por cada cañón ligero y 3.500 por cada cañón pesado.[117*] Para acelerar la producción, a comienzos de 1916 el Consejo de Defensa nacionalizó dos de las empresas más grandes en el sector, las plantas Putílov y Obújov de Petrogrado, que se habían visto muy afectadas por las huelgas y la mala gestión.

De los otros tres consejos especiales —Transporte, Suministro de Alimentos y Suministro de Combustible—, el primero era el más importante. Entre sus logros se contaba la mejora de la línea férrea de Arcángel a Vólogda, convertida de trocha angosta en trocha normal, lo cual triplicaba la carga que podía transportar desde la primera de esas ciudades, puerto de entrada de los suministros aliados.[111] El consejo también inició la construcción del ferrocarril a Múrmansk.

Si bien la importancia inmediata de los consejos especiales radica en su contribución al esfuerzo bélico, también tuvieron una gran significación política. En palabras del historiador Maxim Kovalievski, constituyeron una «innovación absoluta»;[112] fueron las primeras instituciones rusas donde personas particulares actuaban codo con codo y en pie de igualdad con funcionarios gubernamentales. Esta situación contribuyó en gran medida a la disolución de uno de los últimos vestigios del patrimonialismo todavía arraigados en la estructura estatal rusa, en virtud del cual la administración del reino era dominio exclusivo de funcionarios designados por el zar y poseedores de un «rango». Se trató tal vez de un hecho menos espectacular de lo que habría sido otorgar al Parlamento el derecho a elegir a los ministros, pero apenas menos importante en la evolución constitucional del país.

Una tercera organización creada en esos momentos para asistir al gobierno en la gestión del esfuerzo bélico fue la Unión Rusa de Consejos de Zemstvos y Consejos Municipales, conocida como Zemgor. El gobierno, que en el pasado había prohibido las asociaciones nacionales de órganos de autogobierno, por fin cedía, y en agosto de 1915 permitió que los *zemstvos* y los consejos municipales formaran sus propias uniones nacionales para contribuir al cuidado de inválidos y refugiados. Como para destacar su

misión humanitaria, la Unión de Zemstvos (Zemski Soyuz) adoptó la cruz roja como emblema. Su presidencia quedó a cargo del príncipe Gueorgui Yevguénievich Lvov, una prominente figura de los *zemstvos* que había dirigido una iniciativa similar durante la guerra con Japón. La misma autorización se dio simultáneamente a los consejos municipales. En noviembre de 1915, los dos grupos se reunieron en el Zemgor, que, con la ayuda de muchos miles de voluntarios y de empleados asalariados, se consagró a asistir a la población civil para sobrellevar las penurias de la guerra. Cuando masas de refugiados (entre ellos judíos desalojados a la fuerza por sospecharse de ellos que eran simpatizantes de los alemanes) huyeron de la zona de combate hacia el interior de Rusia, el Zemgor se hizo cargo de ellos. Burócratas y oficiales del ejército hacían caso omiso de estos civiles entrometidos a quienes calificaban de «húsares de los *zemstvos*». No obstante, como en tantos otros ámbitos, las autoridades no tenían más opción que depender de órganos privados debido a la falta de recursos propios adecuados.[113]

Además de estos órganos privados casi públicos, en esa época surgieron en Rusia toda clase de organizaciones de voluntarios, en particular cooperativas de productores y consumidores.[114]

Así pues, en medio de la guerra, una nueva Rusia cobraba calladamente forma dentro de la estructura formal de lo que en vísperas del conflicto había sido un Estado semipatrimonial y semiconstitucional; su desarrollo se asemejaba al vigoroso crecimiento de retoños a la sombra de un viejo bosque en descomposición. La colaboración entre ciudadanos sin rango y poseedores de este en las instituciones gubernamentales, así como la incorporación de representantes de los trabajadores a la dirección de las

industrias, eran síntomas de una revolución silenciosa, tanto más eficaz cuanto que se llevaba a cabo para satisfacer necesidades concretas y no para poner en práctica ideales utópicos. Los burócratas conservadores estaban conmocionados por el surgimiento de este «segundo» gobierno o gobierno fantasma.[115] Por esta misma razón, la oposición rebosaba de confianza. Los dirigentes kadetes se jactaban de que las organizaciones mixtas y cívicas creadas durante la guerra demostrarían de manera tan convincente su superioridad sobre la burocracia que, una vez restablecida la paz, nada podría impedirles hacerse cargo del país.[116]

7

Hacia la catástrofe

> Todo el objetivo del Bloque Progresista consistía en impedir la revolución para permitir al gobierno terminar la guerra.
>
> VASILI V. SHULGUÍN [1]

En el segundo año de la guerra, Rusia logró resolver sus problemas militares más apremiantes. Las carencias en materia de proyectiles de artillería y fusiles se compensaron en gran medida gracias a los esfuerzos del Consejo de Defensa y a las importaciones. El frente que a finales del verano de 1915 había parecido derrumbarse se estabilizó una vez que el Alto Mando alemán decidió suspender las operaciones ofensivas en el este. Hacia el verano de 1916, el ejército ruso se había recuperado lo suficiente para lanzar una gran ofensiva. Pero, mientras el frente se inmovilizaba, la retaguardia mostraba alarmantes síntomas de malestar. A diferencia de lo ocurrido en 1915, cuando había quedado limitada en gran medida a la élite instruida, ahora la desafección se extendía entre el grueso de la población urbana. Sus causas eran primordialmente económicas, a saber, una creciente escasez de bienes de consumo, sobre todo alimentos, y la inflación. El gobierno, que consideraba que estos problemas eran transitorios y se corregirían por sí solos, no hacía prácticamente nada para solucionarlos.

Sin haber experimentado antes penurias y precios

crecientes, los habitantes de las ciudades rusas tenían dificultades para comprender sus causas. El instinto los empujaba a criticar al gobierno, una actitud alentada por la *intelligentsia* liberal y radical. Hacia octubre de 1916, el descontento alcanzó tal intensidad en las ciudades que el Departamento de Policía, en informes confidenciales, comparaba la situación con la de 1905 y advertía de que otra revolución podía estar en camino.

Con la esperanza de evitar un estallido, la Duma reanudó las presiones para que el gobierno le otorgara la facultad de nombrar a los ministros, algo que se había convertido en una *idée fixe* entre buena parte de sus miembros. Esta demanda, a la que Nicolás y Alejandra se resistían con empecinamiento, inflamó aún más las pasiones populares y, de resultas de ello, el descontento económico cobró una dimensión política. El repentino contacto entre las inquietas masas urbanas, incluidas las guarniciones militares amotinadas, y los políticos frustrados que tuvo lugar en el invierno de 1916-1917 provocó el cortocircuito que haría arder al régimen imperial.

Aunque en comparación con las grandes potencias industriales Rusia era pobre, antes de la guerra su moneda era considerada una de las más sólidas del mundo. El Tesoro ruso seguía reglas estrictas para la emisión de papel moneda. Los primeros 600 millones de rublos en billetes tenían que estar respaldados en un 50 por ciento por reservas en oro, y el respaldo de las emisiones por encima de esta suma debía ser del 100 por ciento. En febrero de 1905, el Tesoro almacenaba en sus cámaras acorazadas lingotes por un valor de 1.067 millones de rublos; al haber en circulación 1.250 millones, el rublo tenía un respaldo en oro del 85 por ciento.[2] En vísperas de la Primera Guerra Mundial, dicho respaldo ascendía al 98 por ciento. Por entonces, Rusia tenía la reserva de oro más

grande de Europa.[3]

El estallido de la guerra produjo en las finanzas rusas un desbarajuste del que estas nunca se recuperaron.

La acentuada inflación vivida en las últimas etapas de la guerra puede atribuirse en parte a la pobreza nacional y en parte a una mala gestión fiscal. A diferencia de los países beligerantes ricos, Rusia no podía conseguir gran parte del dinero necesario para financiar el esfuerzo bélico ni de los ingresos corrientes ni de préstamos internos. Se ha calculado que, mientras que la renta nacional per cápita de Inglaterra en 1913 era de 243 dólares, la de Francia era de 185 y la de Alemania, de 146, la de Rusia apenas llegaba a los 44 dólares. Y, pese a ello, sus costes bélicos serían los mismos que los de Inglaterra y solo inferiores a los de Alemania.[4] Aun así, el gobierno podría haber hecho más para financiar la guerra con sus propios ingresos en caso de haber creado impuestos directos, realizado un mayor esfuerzo para vender bonos de guerra y mantenido los ingresos del Estado en el nivel previo a la conflagración mundial. Tal como resultaron las cosas, buena parte del déficit generado por la guerra tuvo que cubrirse mediante emisiones de papel moneda y préstamos del exterior.

Una de las causas de la caída de los ingresos estatales fue el establecimiento, al estallar la guerra, de la prohibición de producir y vender bebidas alcohólicas. Rusia tomó esta medida —era el primer país importante del mundo en hacerlo — en un esfuerzo por reducir el alcoholismo, al que se creía responsable de la degeneración moral y física de sus habitantes. La prohibición, sin embargo, tuvo escaso efecto sobre el consumo, dado que el cierre de los puntos de venta de propiedad estatal provocó el crecimiento inmediato de la destilación ilegal. Durante la guerra, además del vodka casero,

una bebida popular era la *janzha*, elaborada con pan fermentado fortalecido con líquidos de limpieza comerciales. Pero si bien el alcoholismo no retrocedió, sí que lo hicieron los ingresos del Tesoro provenientes de los impuestos al alcohol, que antes representaban una cuarta parte del total. Estas y otras pérdidas para el erario, como la caída de los derechos aduaneros, causaron un pronunciado descenso de los ingresos.

Durante la guerra, los ingresos «ordinarios» del Tesoro ruso cubrían con holgura la parte «ordinaria» del presupuesto, pero en ella no se incluían los costes bélicos. En 1915, los ingresos «ordinarios» fueron de 3.000 millones de rublos y los gastos «ordinarios», de 2.200 millones; en 1916 ascendieron a 4.300 y 2.800 millones respectivamente.[5] Pero, como es obvio, el grueso de los desembolsos correspondían a la guerra, y en esta partida los ingresos «ordinarios» eran de escasa ayuda. Se calcula que el déficit total de Rusia a lo largo del conflicto ascendió a 30.000 millones de rublos; la mitad se cubrió con préstamos internos y externos y el resto, mediante la emisión de papel moneda.

El 27 de julio de 1914, el gobierno suspendió para el resto de la guerra (la medida, sin embargo, terminó por ser permanente) la convertibilidad del rublo en oro, así como los requisitos de reservas en este metal para la emisión de billetes. Se otorgó al Tesoro la facultad de emitir papel moneda tras recibir la autorización para hacerlo, sin tener en cuenta la cantidad de oro existente en sus cámaras acorazadas. El efecto inmediato de esta resolución fue el hundimiento de la circulación de metálico. Al estallar la guerra, el Tesoro emitió 1.500 millones de rublos en billetes, con lo cual se duplicó la cantidad de papel moneda. Esta medida sería adoptada varias veces a lo largo del conflicto. Hacia enero de 1917, la cantidad

de billetes en circulación se había cuadruplicado, según algunas fuentes, o quintuplicado y hasta sextuplicado, según otras.[118*] El respaldo en oro de la moneda cayó de manera proporcional, del 98 por ciento (julio de 1914) al 51,4 por ciento (enero de 1915), el 28,7 por ciento (enero de 1916) y el 16,2 por ciento (enero de 1917).[6] Este hecho contribuyó a la caída del tipo de cambio de la moneda rusa en el extranjero; entre julio de 1914 y enero de 1916, el rublo cayó un 44 por ciento en Estocolmo, y se mantuvo en ese nivel hasta el verano de 1917.[119*]

Así, en dos años y medio la cantidad de circulante se incrementó en Rusia un 600 por ciento. Compárese esta cifra con el 100 por ciento de aumento registrado en Francia, el 200 por ciento de Alemania y el incremento nulo de Gran Bretaña durante los cuatro años en los que estos países estuvieron en guerra.[7] Rusia imprimió más dinero que ninguna otra potencia beligerante y, en consecuencia, sufrió una mayor inflación.

En teoría, la venta de bonos internos cubrió un poco más de la cuarta parte del déficit ruso en tiempos de guerra. Sin embargo, esta suma, estimada (hasta octubre de 1916) en 8.000 millones de rublos,[8] era en cierta medida ficticia, porque ni la población ni los bancos mostraron mucho entusiasmo por estos bonos. El gobierno engatusó a los bancos para que los compraran, pero, aun así, resultó difícil venderlos. Un experto alemán ha calculado que la emisión de bonos de octubre de 1916, de 3.000 millones de rublos, apenas aportó 150 millones.[9] Así pues, el déficit debió de ser más elevado de lo que indicaban las estadísticas oficiales.

La inmensa mayoría de los préstamos extranjeros solicitados durante la guerra, por un total de entre 6.000 y 8.000 millones de rublos, procedían de Inglaterra, que ayudó

a financiar las compras rusas de material bélico de ese mismo país y de Estados Unidos y Japón.

Rusia no sufrió de inmediato la inflación porque la suspensión de las exportaciones al comienzo de la guerra hizo que durante un tiempo la cantidad de bienes en el mercado igualara e incluso superara la demanda. Aquella solo se hizo sentir hacia finales de 1915 y tuvo un crecimiento espectacular al año siguiente. Se alimentaba a sí misma debido a que los propietarios de mercancías, en especial alimentos, evitaban ponerlas a la venta a la espera de precios aún más altos. El cuadro siguiente presenta la relación entre la emisión de papel moneda y el movimiento de los precios en Rusia durante el conflicto:[120*]

Período	*Total de dinero en circulación (en millones de rublos)*	*Crecimiento de la oferta de dinero; junio de 1914 = 100*	*Alza de los precios*	*Relación entre los precios y el dinero*
1914: primera mitad	2.370	100	100	0,00
1914: segunda mitad	2.520	106	101	– 1,05
1915: primera mitad	3.472	146	115	– 1,27
1915: segunda mitad	4.725	199	141	– 1,41
1916: primera mitad	6.157	259	238	– 1,08
1916: segunda mitad	7.972	336	398	+ 1,18

La inflación no solo tenía consecuencias negativas; también beneficiaba claramente a la población rural, porque los campesinos eran dueños de la mercancía más valiosa de todas, los alimentos. Las descripciones del campo en 1915-1916 coinciden en señalar que las aldeas disfrutaban de una prosperidad inusitada. El reclutamiento militar había llamado a filas a millones de hombres, aliviando las presiones sobre la tierra y elevando al mismo tiempo los salarios de los peones agrícolas. Los millones de conscriptos estaban ahora en nómina del Estado. Bien es verdad que la conscripción causaba una falta estacional de mano de obra, que la

utilización de prisioneros de guerra y refugiados de las zonas de combate solo mitigaba en parte. Pero el *mujik* se las ingeniaba para afrontar estas dificultades, reduciendo, por ejemplo, la superficie cultivada. Nadaba en dinero. Este le llegaba de varias fuentes: los precios más altos alcanzados por los productos agrícolas, los pagos del gobierno por el ganado y los caballos requisados, y las prestaciones otorgadas a las familias de los soldados. El cierre de las tabernas también dejó grandes sumas a disposición de los campesinos. Para ahorrar parte de este «dinero loco», como llegó a ser conocido, el campesino lo depositaba en cajas de ahorro del Estado o lo guardaba en casa. Y se gastaba el resto en lujos como *kakava* («cacao»), *shchokolat* («chocolate») y fonógrafos. Los más laboriosos utilizaban el efectivo sobrante para comprar tierra y ganado; las estadísticas reunidas en 1916 indican que los campesinos eran propietarios del 89,2 por ciento de la tierra cultivada o cultivable en la Rusia europea.[10] Los observadores contemporáneos se sorprendían ante la prosperidad de la aldea rusa en el segundo año de la guerra; se decía que esta había puesto fin a su inmovilidad «a la china».[11] La que era tal vez la autoridad más cualificada, el Departamento de Policía, si bien se mostraba cada vez más alarmado ante la situación en las ciudades, informaba en el otoño de 1916 de que la aldea estaba «satisfecha y en calma».[12] Los actos violentos esporádicos que de vez en cuando estallaban en el campo no se dirigían ni contra el gobierno ni contra los terratenientes, sino contra los dueños de las detestadas *otruba* y *jutora*, otros campesinos que habían aprovechado la legislación de Stolipin para abandonar la comuna.[13]

La inflación y la escasez se abatían exclusivamente sobre la población urbana, que se había ampliado de forma considerable debido a la llegada de obreros industriales y refugiados de guerra y el acantonamiento de tropas. Se calcula

que entre 1914 y 1916 los residentes urbanos pasaron de 22 a 28 millones.[14] Los 6 millones de recién llegados de las zonas rurales engrosaban las filas de los campesinos que se habían mudado a las ciudades antes de la guerra. Como ellos, no eran urbanitas en ningún sentido significativo, sino más bien campesinos que residían en las ciudades por los azares de la vida: campesinos de uniforme a la espera de que los trasladaran al frente, campesinos empleados en las industrias bélicas para reemplazar a los obreros incorporados a las fuerzas armadas y vendedores ambulantes. Sus raíces seguían estando en la aldea, a la cual estaban prestos a volver sin la menor demora, como, en efecto, sucedería en el caso de la mayoría de ellos tras el golpe bolchevique.

Los habitantes urbanos de Rusia sufrieron por primera vez los efectos de la inflación y la escasez de alimentos en el otoño de 1915. Esta última empeoró en 1916 y llegó a su punto crítico en el otoño de ese mismo año. Todo el mundo se vio afectado: los trabajadores industriales y los empleados administrativos y, con el paso del tiempo, los escalafones más bajos de la burocracia e incluso el personal policial. Aunque es imposible precisarlo con exactitud matemática, fuentes de la época coinciden en señalar que durante 1916 el alza de los precios superó por un amplio margen la de los salarios. Los propios trabajadores creían que, si bien sus salarios se habían duplicado, los precios se habían cuadruplicado. En octubre de 1916, el Departamento de Policía estimó que en los dos años anteriores los salarios habían aumentado por término medio un 100 por ciento, mientras que el alza de los precios de los bienes de primera necesidad llegaba al 300 por ciento.[15] A causa de la inflación, muchos habitantes de las ciudades no podían permitirse comprar ni siquiera las mercancías todavía accesibles. Y estas lo fueron cada vez menos a medida que la guerra se prolongaba, sobre todo debido al deterioro del

transporte. Las principales zonas de cultivo de alimentos de Rusia, así como los yacimientos de combustibles fósiles (carbón y petróleo), se encontraban en las regiones del sur, el sudeste y el este, a cierta distancia de las zonas urbanas e industriales del norte. Antes de la guerra era más económico abastecer a San Petersburgo con carbón de Inglaterra que de la cuenca del Donets. Cuando las rutas marítimas a Inglaterra a través del Báltico quedaron cerradas para los Aliados al estallar la guerra, la capital rusa sufrió de inmediato una escasez de combustible. El suministro de alimentos se veía afectado por otros dos factores: la renuencia de los campesinos a vender y la escasez de jornaleros que cultivaran las fincas privadas, que en tiempos de paz habían sido importantes proveedoras de cereal al mercado. Hacia 1916, mientras las regiones cerealícolas rebosaban de alimentos, las ciudades del norte sufrían escaseces; ya en febrero de 1916 era común ver en ellas «largas filas de pobres frente a las panaderías, esperando horas bajo el frío hasta que llegara su turno».[16]

Alexánder Jvostov, a quien pronto se nombraría ministro del Interior, advertía ya en octubre de 1915 de la inminente escasez de combustible y alimentos en las regiones del centro y el noroeste. A su juicio, Petrogrado era especialmente vulnerable; en vez de los 405 vagones ferroviarios requeridos diariamente para satisfacer las necesidades de la capital, ese mes habían llegado una media de apenas 116.[17] A lo largo de 1916, la situación del transporte empeoró aún más debido a las averías de los equipos a causa de un uso excesivo y un mantenimiento inadecuado. El material rodante encargado a Estados Unidos se acumulaba en Arcángel y Vladivostok por la falta de servicios para trasladarlo al interior.

La gente protestaba sin rebelarse todavía; aguantaba

pacientemente las privaciones. La amenaza del gobierno de incorporar a los agitadores a las fuerzas armadas también tenía un efecto disuasorio.

La recuperación del ejército en 1916 sorprendió a todo el mundo, incluidos los aliados de Rusia, que hasta cierto punto lo habían dado por perdido. En buena medida, dicha mejoría se debió a la capacidad de Polivánov y sus colaboradores para obtener la cooperación de la Duma y la comunidad empresarial. El mando militar contaba ahora con oficiales idóneos que habían aprendido las lecciones de las campañas de 1914 y 1915. La llegada de pertrechos bélicos de Occidente que se había iniciado a mediados de 1915 marcó una gran diferencia; en el verano de 1915-1916, los aliados de Rusia enviaron un millón de fusiles, una cantidad equivalente a la producción anual de las industrias del país.[18] También estaba garantizado el suministro adecuado de proyectiles de artillería. Una vez instalado Polivánov en el Ministerio de la Guerra, Rusia comenzó a comprarlos en el extranjero; en 1915-1916 recibió de Occidente más de 9 millones de proyectiles de 76 mm, así como 1,7 millones de mediano calibre; en comparación, la producción nacional era de 28,5 millones y 5,1 millones, respectivamente. De las 26.000 ametralladoras entregadas a las fuerzas armadas en 1915-1916, casi 11.000 procedían del extranjero, principalmente de Estados Unidos.[19]

A comienzos de 1916, los Aliados se prepararon para la ofensiva del Somme, cuyo inicio estaba previsto para el 25 de junio. Se acordó con el Estado Mayor ruso que diez días antes —es decir, el 2/15 de junio— los rusos atacarían Galitzia, una operación con la que se esperaba liquidar a los austríacos. El mando de los cuatro ejércitos asignados a la operación se confió al general Alexéi Brusílov.

Los preparativos ordenados por el Estado Mayor de Brusílov eran de una

> minuciosidad jamás vista hasta entonces en el frente oriental. Las trincheras del frente se adelantaron hasta llegar en algunos lugares a unos cincuenta pasos de las líneas enemigas, y eso más o menos en todo el frente. Se construyeron enormes búnkeres para las tropas de reserva, a menudo con terraplenes lo bastante altos para impedir a los artilleros enemigos ver lo que sucedía en la retaguardia rusa. Se construyeron maquetas precisas de las trincheras austríacas y se utilizaron para adiestrar a las tropas; la fotografía aérea tuvo su momento de esplendor y gracias a ella fue posible señalar la posición de cada batería austríaca.[20]

En respuesta a las súplicas de los italianos, que sufrían una fuerte presión austríaca en el Trentino, la operación rusa se adelantó al 22 de mayo/4 de junio. Comenzó con un intenso bombardeo de un día de duración, tras lo cual los rusos se lanzaron contra las trincheras austríacas al norte de Lemberg. En su despliegue, la ofensiva abarcó un frente de 300 kilómetros de ancho, desde Pinsk hasta la frontera rumana. Los austríacos dormían la siesta; convencidos de que los rusos eran incapaces de realizar nuevas operaciones ofensivas, habían diezmado el frente para destinar tropas a sus movimientos contra los italianos. Los rusos capturaron 300.000 prisioneros y mataron e hirieron posiblemente al doble. El Imperio austrohúngaro quedó al borde del derrumbe, del que lo salvaron, una vez más, los alemanes, que transfirieron en su ayuda quince divisiones del oeste.

El avance ruso prosiguió durante diez semanas, tras las cuales perdió ímpetu. No permitió conquistar mucho territorio ni modificó de manera significativa la situación estratégica en el frente oriental, pero la moral del ejército austrohúngaro sufrió un daño irreparable; durante el resto de la guerra fue necesario reforzarlo con unidades alemanas. La ofensiva de 1916 marcó el surgimiento de un nuevo estado de ánimo en el ejército ruso, a medida que oficiales con perspicacia estratégica y conocimientos técnicos comenzaban a reemplazar a los que debían sus puestos a la antigüedad y el patrocinio político.

Al partir hacia el frente, Nicolás perdió contacto directo con la situación política en la capital. Gran parte de su información sobre las condiciones reinantes en ella provenían de Alejandra, que, para empezar, no entendía mucho de política y estaba personalmente interesada en persuadirlo de que todo estaba bajo control. El zar desconocía el descontento en las ciudades y los crecientes problemas económicos. No obstante, se sentía nervioso e incómodo. La serenidad exterior que nunca lo abandonaba era engañosa; el embajador francés tuvo conocimiento en noviembre de 1916 de que Nicolás padecía insomnio, depresión y angustia, y para combatirlos Alejandra le proporcionaba sedantes preparados por un amigo de Rasputín, el sanador tibetano Piotr A. Badmáiev, y que al parecer contenían hachís.[21]

La ausencia del zar dejó una gran parte del poder en manos de Alejandra, que se creía mucho más capaz de manejar a la alborotadora oposición. Nicolás recibía de ella cartas tranquilizadoras.

> No temas por lo que has dejado atrás, hay que cortar por lo sano y terminar con todo de una vez. Amorcito, estoy aquí, no te rías de tu vieja y tonta mujercita, pero tiene puestos los «pantalones» aunque no se vean, y puedo hacer que el viejo venga y darle energía para evitar que se duerma; cada vez que pueda ser de la más mínima utilidad, dime qué hacer, úsame y entonces Dios me dará fuerzas para ayudarte, porque nuestras almas combaten por el bien contra el mal. Todo es mucho más profundo de lo que parece, y nosotros, que hemos aprendido a observarlo todo desde otro lado, vemos qué es y qué significa realmente la lucha aquí, tú mostrando tu dominio, probándote a ti mismo que eres el Autócrata sin el q[ue] Rusia no puede existir. Si ya te hubieses rendido en todas estas cuestiones, te habrían arrancado aún más cosas. Ser firme es lo único salvador, sé cuánto te cuesta y tengo que sufrir y sufro horriblemente por ti, perdóname, te lo ruego, ángel mío, por no haberte dado paz y haberte preocupado tanto, pero ahora yo también conozco tu temperamento maravillosamente amable y esta vez tienes que deshacerte de él y luchar solo contra todo. La historia de estas semanas y estos días será una página gloriosa en tu reino y en la historia rusa, y Dios, que es justo y está cerca de ti, salvará a nuestro país y el trono gracias a tu firmeza.[121*]

En el último año y medio de la monarquía, Alejandra tuvo mucho que decir acerca de quién debía o no ser ministro y cómo abordar las políticas internas. Se la oía jactarse de ser la primera mujer en Rusia, desde Catalina II, que recibía a ministros, una idea que tal vez le había inculcado Rasputín, a quien le gustaba compararla con esa emperatriz.[22] Solo entonces comenzó el monje a influir en los asuntos políticos. Se comunicaba a diario con Alejandra por teléfono, le hacía visitas ocasionales y mantenía un contacto indirecto con ella a través de su única amiga íntima, Anna Vírubova. Con su negativa a reconocer las realidades políticas y económicas y su insistencia ciega en el principio de la autocracia, Rasputín y Alejandra conducían Rusia al desastre.

Debido a su falta de conocimiento de la política y la economía, la zarina se concentraba en las personalidades. A su entender, la concesión de puestos de autoridad a individuos de lealtad probada a la dinastía era la manera más segura de preservar el país y la Corona, entre los cuales no hacía una distinción muy clara. Alentado por ella, Nicolás llevó a cabo purgas de altos funcionarios, a quienes solía reemplazar por incompetentes cuyo principal mérito era la devoción que profesaban por él y su esposa. Esta «píldola ministerial», como llegó a conocerse, no solo desplazaba a funcionarios idóneos y patrióticos, sino que desorganizaba toda la burocracia al impedir a los ministros mantenerse en el cargo el tiempo suficiente para atender sus responsabilidades.

Ya se ha mencionado el cese, en septiembre de 1915, de tres ministros que se habían opuesto a la partida del zar hacia el frente. En enero de 1916 sería el turno de Goremikin. La medida no se tomó en respuesta al clamor casi universal de la burocracia y el Parlamento, sino por temor a que aquel fuera incapaz de enfrentarse a la Duma, que estaba convocada para

celebrar una breve sesión en febrero. No solo tenía setenta y siete años, sino que, a juzgar por el testimonio que prestó al año siguiente ante una comisión de investigación, también se encontraba en un avanzado estado de senilidad. Preocupado por la Duma, Nicolás quería como jefe del gabinete a una personalidad más competente y enérgica. Goremikin deseaba limitar los debates parlamentarios a asuntos meramente presupuestarios, algo que el zar consideraba poco realista.[23] Su sustituto fue Borís Stürmer (Shtiúrmer), un burócrata de sesenta y ocho años que había ejercido como gobernador e integrante del Consejo de Estado. Aunque Nicolás creía que Stürmer se llevaría bien con la Duma, no sucedería así. El nuevo primer ministro era un monárquico acérrimo que antaño había estado cerca de Pleve y a quien se recordaba principalmente por el maltrato infligido a los integrantes del *zemstvo* de Tver. También tenía fama de servil y corrupto. La designación para el cargo administrativo más alto de un hombre de apellido germano en un momento en el que arreciaban los sentimientos antialemanes indicaba a las claras la insensibilidad de la corte. Pero Stürmer era leal y cercano a Rasputín. [img 27]

Pocos lamentaron la partida de Goremikin, pero las destituciones que la siguieron fueron mal recibidas. El 13 de marzo de 1916 fue cesado Polivánov. Su espléndido trabajo en la recuperación de la capacidad de combate de los ejércitos rusos no lo salvó; era del todo inaceptable desde un punto de vista político. En la carta en la que le informaba de su destitución, Nicolás aducía como motivo el «control» insuficiente que el ministro ejercía sobre los comités militares industriales.[24] Era una manera cortés de expresar su desagrado por la cercanía de Polivánov con Guchkov, presidente de dichos comités y, por medio de él, con la comunidad empresarial. Las autoridades estaban

especialmente disgustadas porque Guchkov había invitado a los trabajadores a enviar representantes al Comité Central Militar Industrial; Alexánder Protopópov, el ministro del Interior, le dijo a Knox que el comité era una «peligrosa sociedad sindicalista».[25] Esta fue la recompensa que recibió un hombre a quien una autoridad como Hindenburg, nada menos, atribuía la salvación del ejército ruso.[122*] Por recomendación nuevamente de Rasputín, su sustituto fue el general Dmitri Shuváiev, decente pero poco cualificado. Especialista en logística militar y conocedor en especial de todo lo relacionado con el calzado, no tenía experiencia ni en el combate ni en el mando. («De él decían —señala un contemporáneo— que, hablara de lo que hablase, terminaba invariablemente por referirse a las botas».)[26] Tenía la ventaja de no estar manchado por ninguna conexión política. También era irreflexivamente devoto de la pareja imperial y era su «amigo»; una vez le dijo al coronel Knox, con lágrimas en los ojos, que si el zar le ordenase arrojarse por la ventana lo haría con todo gusto.[27] Como arrojarse por la ventana no formaba parte de sus obligaciones, el pobre hombre se vio abrumado por responsabilidades muy por encima de su capacidad de atenderlas. No se hacía ilusiones acerca de sus méritos. Cuando el público comenzó a quejarse de una «traición en las altas esferas», se dice que Shuváiev exclamó indignado: «¡Tal vez sea un estúpido, pero no un traidor!» («Ia bit mozhet durak, no ia nie izmennik»), ocurrencia que sería el tema retórico del discurso de Miliukov ante la Duma el 1 de noviembre de 1916.

El siguiente en marcharse fue el ministro de Asuntos Exteriores. La razón aparente del cese de Sazónov fue su defensa de la autonomía polaca; la real, su contacto con círculos de la oposición. Su partida fue mal recibida en Londres y París, donde se le conocía como un amigo de fiar

de la alianza. Stürmer sumó la cartera de Sazónov a sus otras responsabilidades, como primer ministro y ministro del Interior; una pesada carga, en verdad.

El Consejo de Ministros, considerablemente debilitado tras la muerte de Stolipin por la ausencia de un presidente fuerte, volvió a su modelo de antes de 1905, es decir, una conjunción de individuos que ya no actuaban como un cuerpo. Sus reuniones eran cada vez menos frecuentes, ya que cada vez tenía menos que hacer.[28]

La desorganización de la maquinaria administrativa no se limitaba a los ministerios. También se había convertido en una práctica habitual el cambio constante de gobernadores, la principal autoridad estatal en las provincias. En 1914 se habían designado doce; en 1915, la cifra aumentó a treinta y tres, y en los primeros nueve meses de 1916 se realizaron cuarenta y tres nombramientos, lo que significaba que en menos de un año la mayoría de las provincias de Rusia habían cambiado de gobernador.[29]

La situación evocó la ocurrencia del ministro de Justicia, Iván Shcheglovítov, que en 1915 había hablado de «los paralíticos del gobierno […] [que] luchan de manera débil e irresoluta, como si carecieran de voluntad, contra los epilépticos de la revolución».[30]

El aroma de la revolución, en efecto, flotaba en el aire. Y había adoptado dos formas: el resentimiento con el gobierno por su incapacidad para afrontar las dificultades económicas y algo nuevo, la animosidad de la población urbana contra el campesinado. La guerra generaba una tensión entre la ciudad y el campo que Rusia no había experimentado antes. La ciudad acusaba a la aldea de acaparamiento y especulación; ya en junio de 1916, Knox advirtió de que la «población urbana puede causar problemas en invierno».[31]

Durante el verano y el otoño de 1916, el Departamento de Policía recibió de sus delegaciones provinciales un flujo constante de informes inquietantes, los cuales indicaban de manera casi unánime que en las ciudades del imperio la inflación y la escasez suscitaban insatisfacción y rumores descabellados. Los obreros industriales, tras largas jornadas en la fábrica, iban a hacer la compra y solo encontraban estantes vacíos. Las huelgas, que se producían con una frecuencia creciente en esos momentos, eran en su mayor parte paros de un día para permitir a los trabajadores aprovisionarse. La policía negaba que detrás de la agitación económica hubiera motivos políticos; tenía la certeza de que su origen era espontáneo y de que los revolucionarios profesionales, la mayoría de los cuales estaban encarcelados, en el destierro siberiano o en el extranjero, carecían de influencia sobre las masas. Pero advertía de que la agitación económica podría adoptar con facilidad formas políticas. Un informe policial de octubre de 1916 remitido al Ministerio del Interior resumía la situación de la siguiente manera:

> Es esencial admitir como un hecho rotundo e incontrovertible que, en la actualidad, la estructura interna de la vida política de Rusia se enfrenta a la muy seria y firme amenaza de grandes e inminentes turbulencias, provocadas y explicables exclusivamente por factores económicos: el hambre, la distribución desigual de alimentos y artículos de primera necesidad, y la monstruosa alza de los precios. Para las capas más amplias de la población del vasto imperio, el problema de la comida es el terrible y motivador impulso que lleva a las masas a asociarse poco a poco al creciente movimiento de descontento y hostilidad. Hay en este caso datos concretos y precisos que permiten afirmar de manera categórica que hasta la fecha todo ese movimiento ha tenido una base puramente económica y carece, en los hechos, de toda vinculación con programas estrictamente políticos. Pero solo necesita adquirir una forma concreta y encontrar expresión en algún acto específico (un pogromo, una huelga de grandes dimensiones, un choque de gran envergadura entre los estratos más bajos de la población y la policía, etc.) para adoptar de inmediato, y por completo, un aspecto puramente político.[32]

En el otoño de 1916, el jefe del Cuerpo de Gendarmería de

Petrogrado informaba:

> La gravedad excepcional del período por el que el país está atravesando y los innumerables desastres de proporciones catastróficas con los que los posibles e inminentes actos de rebelión de las clases bajas del imperio, airadas por las dificultades de la existencia diaria, pueden amenazar a todas las estructuras vitales del Estado, plantean con urgencia, en opinión de los elementos leales, la extrema necesidad de tomar medidas rápidas y exhaustivas para eliminar el desorden existente y suavizar el clima excesivamente cargado de desafección social. Como ha demostrado la experiencia reciente, en las condiciones existentes las decisiones a medias y algunas medidas paliativas y fortuitas son completamente inapropiadas.[33]

Para los órganos de seguridad eran especialmente perturbadores los indicios de que el descontento popular empezaba a focalizarse en la monarquía. El jefe de la policía de Petrogrado informó hacia finales de septiembre de 1916 de que en la capital el sentimiento de oposición había alcanzado entre las masas una intensidad que no se registraba desde 1905-1906. Otro funcionario policial de alto rango señalaba que, según su experiencia, la ira popular se dirigía por primera vez no contra los ministros, sino contra el propio zar.[34]

En suma, a juicio de los observadores mejor informados y más leales Rusia se encontraba, en octubre de 1916, en una situación que el léxico radical caracterizaba como «revolucionaria». Es menester tener presentes estas aseveraciones al evaluar las alegaciones de políticos e historiadores favorables a la monarquía en el sentido de que la Revolución de Febrero, que estalló unos meses después, fue instigada por políticos liberales y potencias extranjeras. Las pruebas de la época indican que, en lo fundamental, fue obra de sí misma.

Si bien la retaguardia comenzaba a entrar en ebullición, la moral de las tropas en el frente era razonablemente satisfactoria, al menos en apariencia. El ejército se mantenía unido. Este es el veredicto de dos observadores extranjeros

muy familiarizados con el tema a raíz de su presencia en el lugar de los hechos. Knox afirma que aún en enero-febrero de 1917 el «ejército, en el fondo, se mantenía firme», y Bernard Pares coincide: «El frente estaba limpio; la retaguardia estaba en descomposición».[35] Pero incluso entre las tropas actuaban en silencio fuerzas destructivas. Las deserciones adquirían proporciones masivas; el gran duque Sergio, inspector general de artillería, estimaba a comienzos de enero de 1917 que alrededor de un millón de soldados se habían despojado del uniforme y habían regresado a sus casas.[36] Había problemas con la disciplina militar. Hacia 1916, la mayoría de los oficiales profesionales habían caído en combate o habían sido dados de baja a raíz de sus heridas; las bajas eran especialmente numerosas entre el personal subalterno que vivía en estrecho contacto con las tropas. Sus sustitutos eran oficiales recién nombrados, muchos de ellos de clase media baja, que tenían fama de «darse aires» y a los que las tropas, en especial los combatientes veteranos, miraban con desdén. Había casos de oficiales que se negaban a conducir las tropas al combate por temor a que estas los mataran.[37] Los conscriptos llamados a filas en 1916 pertenecían en gran parte a las categorías de reservistas de más edad de la Milicia Nacional, que se habían creído exentos del reclutamiento y combatían de muy mala gana.

Otro factor perturbador eran los rumores que circulaban por las trincheras y las guarniciones de la retaguardia. En las cartas que los soldados enviaban a sus casas y recibían de estas a finales de 1916, los censores militares encontraban mucho cotilleo malicioso acerca del zar y su esposa. La policía informaba de los rumores más descabellados que circulaban en el frente: que las mujeres de los soldados eran desalojadas y quedaban en la calle, que los alemanes daban a los ministros sobornos por valor de mil millones de rublos, etcétera.[38]

Estas tendencias inquietantes afectaban a los 8 millones de efectivos desplegados en el frente, pero eran especialmente problemáticas entre los 2 o 3 millones de reservistas y reclutas acantonados en la retaguardia. Alojados en barracones superpoblados y en contacto con una población civil cada vez más desafecta, constituían un elemento sumamente volátil. Solo en Petrogrado y los alrededores sumaban 340.000, y estaban disgustados, nerviosos y armados.

Las autoridades comprendían los peligros sociales de la escasez y la inflación, pero carecían de soluciones; se hablaba mucho y muchos se lamentaban, pero nadie hacía nada.

Como se ha señalado, los terratenientes, debido a la falta de mano de obra agrícola, no podían desempeñar su papel tradicional de proveedores de alimentos para las ciudades. Los campesinos tenían excedentes, pero no querían deshacerse de ellos dado que ya tenían más dinero que el que podían gastar, habida cuenta de que los bienes manufacturados eran prácticamente imposibles de conseguir. En 1916 circularon rumores de que los precios de los cereales no tardarían en subirse por las nubes; de los dos rublos y medio por *pud* (16,38 kilos) que se cobraban por entonces a veinticinco rublos o más. Como es natural, preferían acaparar.

El gobierno estudiaba la posibilidad de imponer precios fijos al grano, hacer requisas forzosas e incluso nacionalizar su producción y los sectores conexos de la agricultura y el transporte.[39] En septiembre, el nuevo ministro interino del Interior, Alexánder Protopópov, tomó medidas para transferir la gestión del suministro de alimentos a su cartera, con el argumento de que la cuestión estaba adquiriendo una dimensión política y afectaba a la seguridad interna. También se planeó garantizar una provisión adecuada de comida a los

obreros industriales, en particular los dedicados a la producción bélica. Pero estas buenas intenciones quedaron en agua de borrajas. Protopópov, un empresario y partidario del *laissez-faire*, a quien le disgustaban las requisas y otras formas de regulación, prefería dejar que las cosas siguieran su curso. En vez de organizar el abastecimiento de productos alimentarios a las ciudades, convenció al ministro de Agricultura, Alexéi A. Bóbrinski, de la necesidad de evitar que sus agentes provinciales mostraran un celo excesivo al hacerse con el cereal de los campesinos.

Existía la posibilidad de que organizaciones privadas recolectaran y distribuyeran alimentos. En varias ocasiones, los consejos municipales se ofrecieron a responsabilizarse de la cuestión, pero siempre se rechazó su propuesta. Aun cuando carecía de la capacidad para encargarse de la tarea, el gobierno temía dejarla en manos de órganos electivos.[40]

Como consecuencia de todo ello, a finales de 1916 la situación en materia de alimentos y combustible se volvió crítica en las grandes ciudades. Por entonces, Petrogrado y Moscú solo cubrían un tercio de sus necesidades alimentarias y se enfrentaban a una hambruna; las reservas alcanzaban en el mejor de los casos para unos pocos días de consumo.[41] La escasez de combustible agravaba las dificultades; Petrogrado solo podía obtener la mitad del que necesitaba, lo cual significaba que, aun cuando las panaderías tuvieran harina, no podían hacer pan. El Consejo Municipal de la ciudad solicitó al gobierno que lo autorizara a organizar la distribución de alimentos, pero se enfrentó una vez más a una negativa.[42] Para impedir un estallido de furia popular, Stürmer elaboró planes para evacuar de Petrogrado a entre 60.000 y 80.000 soldados, así como a 20.000 refugiados, pero, como en el caso de todas las demás buenas intenciones del

gobierno imperial en sus últimos días, esta propuesta quedó truncada.

Petrogrado, que a causa de su lejanía de las zonas de producción de alimentos era la ciudad que más sufría, entró en el invierno de 1916-1917 inmersa en graves aprietos. Las fábricas tenían que cerrar una y otra vez por falta de combustible o para permitir que sus trabajadores recorrieran el campo en busca de comida.

Estos sucesos alarmaron también a los círculos liberales y conservadores, porque amenazaban con desencadenar una revolución que ansiaban desesperadamente evitar. Culpaban a Nicolás y Alejandra, en especial a esta. Por primera vez, los liberales y monárquicos hacían causa común en contra de la Corona. A finales de 1916, el talante opositor caló también entre los generales, los niveles superiores de la burocracia y hasta algunos grandes duques que cambiaron de bando para, se decía, «salvar del monarca a la monarquía». Rusia nunca había conocido una unidad semejante, ni la Corona tamaño aislamiento. La Revolución de 1917 se volvió inevitable una vez que los estratos más altos de la sociedad rusa, que eran los que más tenían que perder, comenzaron a actuar de manera revolucionaria.

Los inspiraban diversos motivos. Los conservadores, incluidos los políticos de derecha, los grandes duques y los generales, se unían contra la Corona temerosos de que esta arrastrara a Rusia, o bien a la derrota, o bien a una ignominiosa paz por separado. A los liberales les inquietaban los disturbios, que permitían a los socialistas movilizar a las masas. El Bloque Progresista, que había reaparecido en el otoño de 1916, seguía ampliándose a derecha e izquierda hasta abarcar casi todo el espectro político, incluido gran parte del *establishment* oficial. A principios de febrero de

1917, en un memorándum preparado para una delegación inglesa que estaba de visita, Struve escribió: «La vieja consigna de "Lucha contra la burocracia" ha perdido sentido. En el conflicto actual, los mejores elementos de la burocracia están del lado del pueblo».[43]

Los rumores persistentes de que la monarquía negociaba en secreto una paz por separado agravaban el descontento de las capas superiores de la sociedad. No eran del todo infundados, ya que alemanes y austríacos, en efecto, tanteaban el terreno en Petrogrado. Una de las insinuaciones en este sentido se hizo por mediación del hermano de Alejandra, el príncipe Ernesto Luis de Hesse.[44] Un empresario alemán se puso en contacto con Protopópov mientras este estaba de viaje en Suecia. Estos acercamientos y otros similares no tuvieron respuesta del lado ruso. Las investigaciones en archivos rusos y occidentales después de la revolución no han logrado sacar a la luz ninguna prueba de que el gobierno imperial deseara o al menos sopesara una paz por separado.[45] Nicolás y Alejandra estaban decididos a librar la guerra hasta el final, fueran cuales fuesen las consecuencias internas. Pero los rumores causaron a la monarquía un perjuicio incalculable, al enajenar a sus partidarios naturales entre los conservadores y nacionalistas que eran ferozmente antialemanes.

Aún más dañinos fueron los cotilleos sobre las presuntas actividades antirrusas de la emperatriz y Rasputín, algo que también carecía de todo fundamento. Cualesquiera que fuesen los pecados que Alejandra cargaba en su conciencia, sentía un profundo afecto por su patria adoptiva, como lo demostraría más adelante, después de la revolución, cuando su vida estaba en juego. Pero era alemana y, por ende, se la consideraba una extranjera enemiga. Su reputación se vio aún

más mancillada debido a los contactos de Rasputín con individuos sospechosos de los bajos fondos de Petrogrado, de algunos de los cuales se rumoreaba que tenían vínculos con los alemanes. La raíz del problema era que, aun cuando Alejandra y Rasputín no cometieran ninguna traición comprobable, a ojos de muchos patriotas rusos no habrían podido trabajar con mayor eficacia para el enemigo de haber sido agentes alemanes con todas las de la ley.

La oposición liberal se enfrentaba a un problema con el que no sabía muy bien qué hacer. Los kadetes conocían tan bien como la policía el descontento popular; temían que, de no actuar de inmediato y de manera resuelta para encauzar la situación, las cosas se salieran de control. También eran conscientes de que las masas, como informaba la policía, estaban perdiendo la confianza en la Duma porque no actuaba con la energía suficiente.[46] Esta evaluación los llevaba a concluir que, a menos que cuestionaran al gobierno, su prestigio se desvanecería y saldrían perdiendo frente a los radicales. A algunos kadetes les preocupaba que, aunque Rusia se las apañara de algún modo para salir de la guerra sin una revolución, sin duda estallaría una en cuanto concluyera el conflicto, porque la paz acarrearía consigo un paro masivo y tomas de tierras por parte de los campesinos.[47] Parecía esencial, por lo tanto, actuar de manera audaz y hasta revolucionaria. Sin embargo, una presión excesiva sobre el gobierno desorganizaría aún más lo poco que quedaba del aparato administrativo y alimentaría la anarquía que los liberales querían impedir. Había que apremiar a las autoridades con la dureza suficiente para granjearse el apoyo de las masas y obligar al gobierno a ceder el poder, sin llegar a derrumbar la estructura estatal; la empresa era muy delicada.

De manera inesperada, la monarquía pareció facilitar esta

tarea con el nombramiento, a mediados de septiembre, de Alexánder Protopópov como ministro del Interior,[123*] una medida que despertó las esperanzas más exageradas. Lo más extraordinario de la designación de Protopópov radicaba en que se ponía en sus manos el segundo cargo en importancia de la administración imperial aunque él no tenía ni experiencia ni rango burocráticos. No era el primer ciudadano particular en ocupar un cargo ministerial —lo había precedido en julio de 1916 el ministro de Agricultura, Bóbrinski—, pero no había antecedente alguno de alguien sin *chin* que fuera puesto al mando de la maquinaria administrativa del país. La iniciativa era el esfuerzo supremo de la Corona por alcanzar una solución de compromiso, una medida para satisfacer la demanda de la Duma de controlar el gabinete, porque Protopópov, un terrateniente y empresario textil de posición acomodada, octubrista e integrante del Bloque Progresista, no solo era miembro del Parlamento, sino también su vicepresidente. Rodzianko y Guchkov tenían una buena opinión de él, al igual que otros diputados.[48] En vista de estos antecedentes, su designación podría haber sido interpretada razonablemente como un sometimiento al Bloque Progresista; el primero de una serie de nombramientos ministeriales que darían como resultado un gabinete que disfrutara de la confianza de la Duma. Así vio la jugada del zar Alexánder I. Konoválov, un destacado kadete y miembro del Bloque Progresista. A comienzos de octubre, en una reunión privada de kadetes y aliados, describió el nombramiento de Protopópov como una completa «capitulación» del régimen:

> Al capitular ante la sociedad, las autoridades han dado un salto gigantesco e inesperado. Lo máximo que cabría haber esperado era la designación de algún burócrata de mentalidad liberal. Y, de improviso, el designado es el octubrista Protopópov, un hombre esencialmente ajeno al mundo burocrático. Para las autoridades, esta capitulación equivale casi al acto del

17 de octubre. Después de un ministro octubrista, un ministro kadete ya no despertará tanto pavor. Tal vez dentro de algunos meses tengamos un ministerio de Miliukov y Shingáriev.[124*] Todo depende de nosotros. Todo está en nuestras manos.[49]

Gran parte de la prensa compartía este análisis. La Bolsa de Petrogrado, de carácter extraoficial, vivió una pronunciada alza cuando Protopópov asumió el cargo.

Estas expectativas, tan optimistas, no tardaron en verse frustradas. El nombramiento de Protopópov no era una capitulación del monarca, sino una inteligente maniobra política. La corte había convocado la Duma para el 1 de noviembre porque la Constitución requería que aprobara el presupuesto. Se esperaba que la oposición aprovechara esta oportunidad para reanudar el ataque contra el gobierno. Para la corte, Protopópov parecía el hombre ideal para manejar el cuerpo legislativo. Su pertenencia al Partido Octubrista y el Bloque Progresista le daba credibilidad a ojos de la oposición; al mismo tiempo, la corte lo conocía como lo que realmente era, un monárquico devoto. El fuerte respaldo que le daba Rasputín servía como garantía de su lealtad. Era un hombre sumamente vanidoso, abrumado por el honor que la pareja imperial le había conferido y poco propenso a hacer causa común con la oposición. Alejandra entendía bien cómo y por qué sería útil a los intereses de la monarquía. «Por favor, nombra a *Protopópov* ministro del Interior —le urgía a Nicolás el 9 de septiembre—, como es de la Duma causará un gran efecto entre ellos y les tapará la boca».[50] En palabras de Pares, la zarina quería utilizar a «un hombre de la Duma para doblegar a la Duma».[51] He aquí un ministro ideal, respaldado por Rasputín y aun así aceptable para Rodzianko y Guchkov. También había suscitado una excelente impresión en el rey Jorge V y los franceses el verano anterior, cuando encabezó una misión diplomática enviada a Occidente. Nicolás le dio

carta blanca para administrar el país. «Haga lo necesario, salve la situación», le pidió.[52] Apoyado por el zar, que apreciaba sus modales corteses y su encanto, y por Alejandra, de quien se decía que quería administrar Rusia como si fuera «su granja»,[53] y rebosante de un optimismo sin límites en un clima de pesadumbre generalizada, Protopópov se convirtió en un virtual dictador. [img 28]

Demostró ser una elección desastrosa. La única cualificación que tenía para un alto cargo era el «talento de adaptarse a personas de diferentes opiniones políticas», una relativa rareza en Rusia.[54] Esta cualidad le valió muchos partidarios. Pero la fuerza que lo impulsaba era la vanidad. Halagado por el nombramiento, disfrutó hasta el límite de sus beneficios: acceso a la corte, la oportunidad de tratar con condescendencia a sus antiguos colegas de la Duma, el poder de concebir ambiciosos proyectos de reforma. Lo que valoraba más profundamente eran las gratificaciones psíquicas del poder. Más adelante, cuando las cosas se echaron a perder, le dijo indignado a un amigo que lo instaba a dimitir: «¿Cómo puedes pedirme que renuncie? ¡Toda mi vida soñé con ser vicegobernador, y ahora soy un ministro!».[55]

Protopópov carecía de talento para la administración; se las había ingeniado incluso para llevar su empresa textil al borde de la quiebra.[56] Pasaba poco tiempo en el despacho e ignoraba los análisis notablemente clarividentes de la situación interna del país elaborados por el Departamento de Policía. Su mayor logro como el funcionario público más importante del imperio en una coyuntura crítica de su historia se limitó a forjarse una imagen y a las relaciones públicas; el testimonio que dio después de la revolución revelaba a un hombre completamente confundido.[57] Su comportamiento errático suscitó la sospecha de que no estaba

en sus cabales como consecuencia de una enfermedad venérea.

Al asumir el cargo, Protopópov elaboró un programa de reforma liberal, centrado en la abolición de la Zona de Reasentamiento y otros impedimentos para los judíos,[58] una medida pendiente desde mucho tiempo atrás pero que no se contaba entre las preocupaciones esenciales de Rusia, tanto más cuanto que las expulsiones masivas de judíos de la zona del frente habían provocado en la práctica la anulación de dicha restricción.[125*] Esta propuesta, destinada a satisfacer una de las demandas del Bloque Progresista, se hizo a instancias de Rasputín, partidario de la igualdad de los judíos. Protopópov también sopesó la idea de crear un ministerio responsable —responsable, empero, de sus actos tanto ilegales como «inconvenientes» (*nietsielesubrazniye*)—, no ante la Duma, sino ante el Senado, un cuerpo judicial íntegramente constituido por personas designadas.[59] Pero no desarrolló ni siguió adelante con ninguno de estos dos planes. Algunas semanas después de asumir el cargo se reunió con la oposición con la esperanza de acordar un curso de acción conjunto, pero tampoco esta iniciativa dio fruto alguno.

La desilusión con el nuevo ministro del Interior no tardó en manifestarse, y la esperanza dio paso al odio. La obsequiosidad de Protopópov con Nicolás y Alejandra asqueaba a los políticos de la Duma, y lo mismo sucedía con la falta de tacto de sus medidas, como la excarcelación del general Sujomlínov y su puesta bajo arresto domiciliario (según lo solicitado por Rasputín) o su aparición en la Duma con uniforme de gendarme.[60] En vísperas de la convocatoria de esta última, este era percibido mayoritariamente como un renegado. En vez de actuar como puente entre la administración y el Parlamento, provocó prácticamente la

ruptura entre ambos, porque ninguna figura política respetable se dignaba siquiera a hablar con él.

El tiempo se acababa. Las informaciones que recibían los dirigentes políticos de Moscú y Petrogrado (y corroboradas confidencialmente, como hoy sabemos, por la policía) indicaban que las penurias económicas de la población urbana podían provocar en cualquier momento un estallido de agitación masiva. Si se pretendía evitarlo, la Duma tenía que tomar el poder, y hacerlo cuanto antes. No había un momento que perder; si los disturbios estallaban antes de que aquella se hiciera cargo de la situación, también corría el riesgo de ser barrida de la escena. Este imperativo —la necesidad percibida de actuar antes de que explotara la furia popular— explica la conducta irresponsable y, a decir verdad, deshonrosa de los líderes de la oposición a finales de 1916. Estos sentían que corrían contrarreloj; la duda ya no era si se produciría una revolución, sino cuándo y de qué forma, desde arriba, como un golpe de Estado dirigido por ellos mismos, o desde abajo, como una revuelta de masas espontánea e incontrolable.[61]

En septiembre y octubre, los principales partidos opositores, reunidos en un primer momento por separado y luego en la misma sala, bajo la enseña del Bloque Progresista, celebraron asambleas secretas con el fin de idear una estrategia para la próxima apertura de sesiones de la Duma. Su estado de ánimo era inflexible: el gobierno tenía que ceder el poder. Esta vez no habría demoras ni soluciones de compromiso.

La fuerza que impulsaba este desafío revolucionario era el Partido Democrático Constitucional. En la reunión realizada por su Comité Central entre el 30 de septiembre y el 1 de octubre se oyeron quejas de que el partido había perdido el

contacto con el país porque ya no actuaba como una oposición. Los kadetes de izquierda querían lanzar una «guerra sin cuartel» contra el gobierno, aun a riesgo de provocar la disolución de la Duma.[62] El Partido Kadete adoptó formalmente la estrategia de confrontación en una reunión celebrada entre el 22 y el 24 de octubre. Gracias a la información suministrada por agentes policiales,[63] estamos bien informados de las actas de dicha reunión, tal vez la más trascendental de la historia del partido. Miliukov recibió ataques por ser demasiado cauteloso y mostrarse demasiado deseoso de mantener la legitimidad del partido a ojos de las autoridades. El país se escoraba rápidamente a la izquierda y, de no seguir ese rumbo, los kadetes perderían influencia. Algunos de los delegados provinciales, que eran más radicales que los diputados del partido en la Duma, creían incluso que era un error malgastar el tiempo en debates parlamentarios; preferían que el partido apelara directamente a las «masas», esto es, que se lanzara a la agitación revolucionaria como habían hecho la Unión de Liberación y la Unión de Uniones en 1904-1905. El príncipe Pável D. Dolgorúkov pensaba que el moderado Miliukov aún estaba al frente del partido únicamente porque todavía había esperanzas de que el gobierno destituyera a Stürmer; de negarse a hacerlo y disolver la Duma con cajas destempladas, Miliukov estaría acabado. Era la última oportunidad de enfrentarse al gobierno en el Parlamento.[64] El coronel Alexánder P. Martínov, un destacado jefe de la Ojrana de Moscú, transmitió a sus superiores las informaciones recogidas por agentes en la conferencia kadete, junto con sus comentarios personales. En su opinión, el eje de la estrategia de los kadetes estaba en la resolución que hablaba de la necesidad de «mantener contacto con las grandes masas de la población y organizar a los elementos democráticos del país para neutralizar el peligro

compartido por todos». Martínov agregaba que los kadetes se sentían aterrados ante la posibilidad de una revolución que estallara en esos momentos o después de la guerra, cuando el país se enfrentaría a problemas que el gobierno no podría solucionar.[65]

Para forzar la capitulación del gobierno, los kadetes tomaron el camino más arriesgado que pudiera imaginarse; fue tan inusitado para un partido que se enorgullecía de respetar la ley y la justicia que solo cabe explicarlo por un estado de pánico. Resolvieron acusar públicamente de alta traición al primer ministro. No había la más mínima prueba en respaldo de esta acusación, y los kadetes sabían muy bien que así era. Stürmer era un burócrata reaccionario, inepto para encabezar el gobierno ruso, pero no había caído en nada ni remotamente parecido a la deslealtad. Sin embargo, los rumores sobre todo tipo de traiciones eran tan abundantes en la retaguardia y el frente que el partido decidió explotarlos en beneficio propio, valiéndose para ello del apellido alemán del primer ministro.[126*]

Los kadetes coordinaron su plan con los otros partidos del Bloque Progresista. El 25 de octubre, este acordó un programa común: exigir la remoción de Stürmer, solicitar la derogación de las leyes sancionadas al amparo del artículo 87 y «hacer hincapié en los rumores de que la derecha se esforzaba por concertar una paz por separado».[66]

Así pues, los líderes de la oposición adoptaban un rumbo de colisión del que no habría marcha atrás: se enfrentarían a la Corona con un desafío revolucionario.

Stürmer, a quien la policía mantenía informado de estos hechos, se sintió comprensiblemente indignado. Informó a Nicolás de que, en la reapertura de las sesiones de la Duma, la oposición lanzaría un ataque en toda regla, acusando de alta

traición a los ministros.[67] Semejante comportamiento, en tiempos de guerra, era lisa y llanamente criminal, e inconcebible en cualquier otro país beligerante. Como primer paso, Stürmer recomendaba retener la paga de los diputados y amenazar con el reclutamiento a quienes estuvieran en edad militar. Solicitaba, además, la potestad, si la situación así lo exigía, de disolver ambas cámaras y convocar nuevas elecciones. Nicolás se mostró ambiguo. De ser posible, quería evitar una confrontación. Stürmer podía disolver la Duma, dijo, solo en un «caso extremo».[68] El poder se le escapaba de las manos. Sentía cansancio por la falta de sueño y estaba completamente descorazonado. Ni siquiera podía soportar la visión de la prensa diaria; el único periódico que leía era *Russki Invalid*, un diario patriótico publicado por el Ministerio de la Guerra.[69]

Aunque no había logrado obtener carta blanca, Stürmer se sentía con la autoridad suficiente para informar en privado a los líderes parlamentarios de que, si se atrevían a acusar al gobierno de traición, las sesiones se suspenderían de inmediato y posiblemente se disolvería la Duma.[70]

Estas advertencias sembraron la confusión en las filas del Bloque Progresista y dividieron a su ala radical, representada por los kadetes de izquierda y los progresistas, del sector más conciliador de los kadetes centristas, los octubristas y algunos conservadores. Obligados por las resoluciones de la reciente conferencia, los kadetes advirtieron a su facción conservadora de que, si no los apoyaba, presentarían una resolución aún más contundente.[71] Vasili V. Shulguín y otros nacionalistas expresaron su descontento por la propuesta kadete y afirmaron que las acusaciones públicas de traición podían tener consecuencias desastrosas. Deseosos de contar con el apoyo conservador, los kadetes aceptaron una resolución del

bloque de la que se había suprimido la palabra «traición».[72] El Partido Progresista, insatisfecho con este acuerdo, se retiró del bloque. Los kadetes de izquierda también amenazaron con desertar, pero Miliukov consiguió disuadirlos con la promesa de pronunciar un discurso «virulento» en la Duma.[73]

La Duma inició su actividad a las dos y media de la tarde del 1 de noviembre, en un clima de tensión sin precedentes. Rodzianko, el presidente, abrió la sesión con un breve discurso patriótico. No bien lo terminó, todos los ministros, encabezados por Stürmer y Protopópov, se levantaron y abandonaron la cámara, seguidos de los embajadores extranjeros.[127*] Los diputados socialistas respondieron con silbidos y abucheos.

Serguéi I. Shidlovski, líder de los octubristas y portavoz del Bloque Progresista, pronunció el primer discurso importante. En él criticó al gobierno por haber suspendido las sesiones de la Duma para legislar mediante el artículo 87, descuidar el suministro de alimentos y utilizar la censura militar para proteger su «inexistente prestigio». Advirtió de que Rusia se enfrentaba a graves peligros. El país debía tener un gobierno de confianza pública; para luchar por ese objetivo, el Bloque Progresista se valdría «de todos los medios permitidos por la ley».[74]

Kérenski pronunció un discurso histérico plagado de vituperaciones, superando todo lo oído anteriormente en los salones de la Duma.[75] Acusó a las «clases dominantes» de Europa de haber llevado la «democracia» a una guerra intolerable, y al gobierno ruso de practicar un «terror blanco» y llenar de trabajadores sus prisiones. Detrás de todos estos actos estaba «Grisha Rasputín». Arrebatado por el sonido de sus propias palabras, se preguntó retóricamente:

> ¡Caballeros! ¿No nos impulsará todo lo que estamos viviendo a afirmar

> con una sola voz: el peor y principal enemigo de nuestro país no está en el frente sino aquí, entre nosotros? No habrá salvación para nuestro país hasta que, con un esfuerzo unánime y concertado, forcemos la destitución de quienes lo arruinan, lo humillan y lo insultan.

Comparando a los ministros con «sicarios» y señalando sus asientos vacíos, exigió saber adónde habían ido «esos hombres sospechosos de traición, esos fratricidas y cobardes».

Aunque reprendido por el presidente, Kérenski siguió con su diatriba y advirtió de que Rusia estaba al borde de sus «más grandes tribulaciones, sin precedentes en su historia», que amenazaban con sembrar la anarquía y la destrucción. Los verdaderos enemigos de Rusia eran quienes ponían sus intereses privados por encima de los del país. «Debéis aplastar la autoridad de quienes no reconocen su deber: esos [volvió a señalar los escaños ministeriales vacíos] tienen que irse. Han traicionado los intereses del país». En ese momento, el presidente le pidió que bajara del estrado.

Aunque aclamado por la izquierda, Kérenski no era muy respetado por la mayoría de la Duma, dado que sus excesos retóricos eran bien conocidos. Las cosas cambiaron cuando Miliukov subió al estrado, porque se le consideraba un estadista responsable y ponderado. Su discurso, apenas un poco menos vituperioso que el de Kérenski, tuvo por lo tanto un impacto mucho más grande. Debe tenerse presente que esa alocución era el resultado de un compromiso entre las facciones de izquierda y de derecha del Bloque Progresista; por respeto a la primera, que incluía un sector considerable de su propio partido, Miliukov acusó al gobierno de traición, y para aplacar a la segunda, suavizó la acusación al presentarla bajo la forma de una pregunta.

Comenzó por recordar los cambios que se habían producido en Rusia en 1915 como consecuencia de las derrotas militares, así como las esperanzas que habían

despertado. Pero, transcurridos ya veintisiete meses de guerra, el ánimo del país era diferente. «Hemos perdido la fe en que el gobierno pueda llevarnos a la victoria», señaló. Todos los estados aliados habían formado gobiernos de unidad nacional que involucraban en la gestión del esfuerzo bélico a los ciudadanos más cualificados, sin consideraciones partidistas. ¿Y en Rusia? Todos los ministros capaces de conseguir el apoyo parlamentario habían sido echados de sus cargos. ¿Por qué? Para responder a esta pregunta, Miliukov insinuó la existencia de una traición sobre la base de informaciones que afirmó haber recabado en un viaje reciente a Europa occidental:

> El Libro Amarillo francés ha publicado un documento alemán donde se resumen los principios para desorganizar un país enemigo y fomentar en él la agitación y los desórdenes. Caballeros, ya quisiera nuestro gobierno llevar deliberadamente a cabo esa misión, o pretendieran los alemanes utilizar con ese fin sus propios recursos, por ejemplo la influencia y el soborno, no podrían haberlo hecho mejor que las autoridades rusas. [El diputado kadete Fiódor I. Ródichev, desde su escaño: «¡Por desgracia es así!»][76]

El comportamiento del gobierno hacía que los rumores de traición en las altas esferas se difundieran por todo el país. Y entonces Miliukov lanzó la bomba: basándose en una cita del *Berliner Tagwacht* del 16 de octubre, informó de que antes de la guerra la embajada alemana se había valido de los servicios del secretario privado de Stürmer, Iván Manasiévich-Manuilov, un periodista de pasado turbio, para sobornar al diario conservador *Novoye Vremia*. ¿Por qué había sido arrestado y luego liberado ese individuo? Porque, explicó Miliukov, como el mismo Manasiévich-Manuilov había admitido ante el fiscal, había entregado parte de ese dinero alemán al primer ministro Stürmer. A continuación, Miliukov citó, tomadas de diarios alemanes y austríacos, expresiones de satisfacción por la destitución de Sazónov como ministro de Asuntos Exteriores y su sustitución por

Stürmer. La impresión que transmitían esas citas era que este último estaba en contacto secreto con el enemigo y trabajaba para concertar una paz por separado.

En ese momento, la derecha interrumpió a Miliukov con gritos y acusaciones de difamación. Una vez restablecido el orden, el orador hizo algunas insinuaciones vagas pero inquietantes acerca de señoras proalemanas activas en Petrogrado y el extranjero. ¿Qué se infería de estas informaciones fragmentarias? Que había algo que andaba muy mal: «Necesitamos una investigación judicial como la que se hizo con Sujomlínov. Después de todo, cuando lo acusamos no contábamos con los hechos que la investigación revelaría. Teníamos lo que tenemos ahora: la voz instintiva de todo el país y su certeza subjetiva».

En su visita a París y Londres, prosiguió Miliukov, le habían dicho que las Potencias Centrales tenían acceso a los secretos de Estado más confidenciales de Rusia, algo que no había sucedido cuando Sazónov estaba a cargo de la política exterior. A continuación, Miliukov mencionó una reunión entre Protopópov y un empresario alemán en Estocolmo, celebrada la primavera anterior (que no era un secreto y sobre la cual Protopópov había informado al zar), para inducir una vez más a su audiencia a pensar en la traición y la búsqueda de una paz por separado. Respecto al hecho de que ese mismo día Stürmer se hubiera marchado de la Duma, Miliukov exclamó: «Oyó los gritos con que saludasteis su partida. ¡Confiemos en que nunca vuelva a poner un pie por aquí!».

Volviendo al tema de sus observaciones iniciales, señaló que en algún momento había existido la posibilidad de que la Duma y el gobierno cooperaran, pero que ya no era así. Tras citar la frase de Shuváiev, «¡Tal vez sea un estúpido, pero no un traidor!», concluyó su discurso con una floritura retórica,

varias veces repetida. ¿«Es una estupidez o una traición» el hecho de que Rusia no estuviera preparada para realizar operaciones en los Balcanes tras la entrada de Rumanía en la guerra de su lado? ¿El hecho de que hubiera postergado la concesión de la autonomía a Polonia hasta que los alemanes la habían obligado a hacerlo? ¿El hecho de que el gobierno tratara como una sedición los esfuerzos de la Duma por organizar el frente interno? ¿El hecho de que el Departamento de Policía instigara las huelgas fabriles y se dedicara a otras «provocaciones» a fin de que hubiera una excusa para iniciar las negociaciones de paz? A cada una de estas preguntas, la audiencia respondió entusiásticamente: «¡Estupidez!», «¡Traición!», «¡Ambas!». Pero en realidad, se respondió Miliukov, no importaba, dado que el efecto era el mismo. En sus palabras finales exigió la dimisión del gabinete.

En la práctica, la «certeza subjetiva» que Miliukov afirmaba tener acerca de los actos de connivencia de altos funcionarios con el enemigo carecía de fundamento; para decirlo sin rodeos, era una sarta de mentiras. Aun en el momento mismo de pronunciar su discurso, Miliukov sabía que ni Stürmer ni los demás ministros habían cometido traición, y que, fueran cuales fuesen sus defectos, el primer ministro era leal a Rusia. Lo admitiría más adelante en sus memorias.[77] No obstante, se sentía moralmente justificado al difamar a un hombre inocente y sembrar las más dañinas sospechas respecto del gobierno, porque creía esencial que los kadetes se hicieran cargo del país antes de que este se desmoronara.[78]

En realidad, Miliukov contribuyó en igual medida que el gobierno —con sus acciones u omisiones— a inflamar las pasiones revolucionarias. El efecto de su discurso, que atrajo una inmensa atención al haberlo pronunciado en nombre del partido político más importante de Rusia, se vio realzado por

su reputación de académico prominente; parecía inconcebible que un hombre de su talla hiciera acusaciones tan graves sin tener pruebas incontrovertibles. Algunos rusos creían incluso que recibía de fuentes aliadas más pruebas incriminatorias, que no revelaba por razones de seguridad. El gobierno prohibió a la prensa publicar su discurso o comentarlo. La censura solo sirvió para suscitar más interés. Reproducido en copias dactilografiadas o mimeografiadas e impreso en pliegos sueltos, se dice que se difundieron millones de ejemplares en el frente y la retaguardia.[79] Su impacto fue enorme. «Simplificando el discurso, el pueblo y las tropas llegaban a esta conclusión: Miliukov, el diputado de la Duma, ha probado que la emperatriz y Stürmer están vendiendo el país al káiser Guillermo».[80] Las pasiones desatadas por este discurso desempeñaron un papel crucial en el estallido de la Revolución de Febrero,[81] en cuyos inicios la ira a causa de la presunta traición gubernamental fue el motivo más importante.

Las siguientes sesiones de la Duma fueron de poco consuelo para las autoridades. Shulguín, el líder de los nacionalistas progresistas, dijo que el país que durante dos años había combatido con valentía al enemigo «había terminado por temer mortalmente a su propio gobierno […] los hombres que habían sostenido con intrepidez la mirada de Hindenburg perdían el coraje al enfrentarse a Stürmer».[82] Y la izquierda aplaudió al monárquico y antisemita. El único orador que defendió a las autoridades fue Nikolái Y. Markov (conocido como Markov II), un notorio reaccionario y judeófobo patológico que más adelante, en la emigración, apoyaría a los nazis; en esa época, casualmente, recibía subsidios regulares de Protopópov.

Las sesiones de la Duma celebradas entre el 1 y el 5 de

noviembre de 1916 marcaron el comienzo de una psicosis revolucionaria, un deseo irracional e intenso de derribar todo el edificio de la Rusia monárquica. Esta psicosis, preponderante desde hacía mucho entre los intelectuales radicales, se estaba apoderando del centro liberal e incluso filtrando en las filas conservadoras. El general Vladímir N. Voiéikov, que observaba este fenómeno desde el cuartel general de Moguilev, habló de una «extendida convicción de que algo se había roto y desgarrado, una convicción que atormentaba a la gente y no la dejaba en paz».[83] Otro contemporáneo escribió en diciembre de 1916 que «el asedio a la autoridad se ha convertido en un deporte».[84]

La ubicuidad que llegó a tener esta actitud la ilustra, por ejemplo, el comportamiento de la familia inmediata del zar, los grandes duques, que ahora se alineaban con el Bloque Progresista. A finales de octubre, antes de la reapertura de la Duma, Nicolás pasó algunos días en Kiev con su madre y varios parientes, que lo alertaron contra la influencia de su esposa y Rasputín.[85] El 1 de noviembre recibió en el cuartel general al gran duque Nicolás Mijáilovich, quien, además de ser un conocido historiador aficionado, se enorgullecía de su reputación como el más radical de los Romanov, el Felipe Igualdad ruso. En una carta que entregó al zar, el gran duque le imploraba que se deshiciera de Rasputín. Pero iba más allá, con alusiones a la mala influencia de la emperatriz; una cuestión, como es obvio, de la mayor delicadeza:

> Confías en Alejandra Fiódorovna, lo cual es muy natural. Sin embargo, no te cuenta la verdad; no hace sino repetir lo que se le ha insinuado astutamente. Si no puedes eliminar esa influencia que se ejerce sobre ella, al menos protégete de las constantes y sistemáticas maniobras realizadas por mediación de la esposa que amas. […] Cuando llegue la hora —y ya está cerca—, desde la cúspide del trono podrías hacer que los ministros fueran responsables ante ti mismo y las instituciones legislativas, y hacerlo de manera sencilla y natural, sin presiones externas y de diferente manera que en la memorable ley del 17 de octubre de 1905. […] Te encuentras en

vísperas de una era de nuevas perturbaciones, una era de atentados [*attentats*]. Créeme, si insisto tanto en que te liberes de las cadenas que se han forjado, solo lo hago […] con la esperanza de salvarte y salvar de lo irreparable el trono de nuestro querido país.[86]

Sin molestarse en leerla, Nicolás envió la carta a Alejandra, en quien su lectura provocó un ataque de furia; pidió que Nicolás Mijáilovich fuera desterrado de Petrogrado.[87]

El 7 de noviembre, el zar recibió al gran duque Nicolás Nikoláievich, ahora al mando del frente del Cáucaso, quien lo instó a dejar que la Duma escogiese el gabinete.[88] Aunque parezca increíble, incluso la Nobleza Unida, el pilar más firme de la monarquía, aprobó en Moscú y Petrogrado resoluciones en apoyo del programa del Bloque Progresista.[89] De hecho, sería difícil encontrar algún individuo o grupo prominentes, incluidos los situados en el extremo más conservador y nacionalista del espectro político, que no participara en el clamor por cambios fundamentales en la estructura y la composición del gobierno.

Stürmer creyó justificado, no solo en el terreno personal sino también por razones de seguridad del Estado, solicitar la disolución de la Duma y el arresto de Miliukov.[90] Pero no encontró el respaldo que había esperado; el miedo paralizaba al zar y el gabinete. En el Consejo de Ministros solo Protopópov se puso de su lado. Los demás querían evitar cualquier temeridad. Nicolás no quería romper con la Duma y procuró apaciguarla sin ceder en la cuestión crucial de la responsabilidad ministerial. El 4 de noviembre envió a los ministros de la Guerra y la Marina a la cámara para pronunciar discursos conciliadores.[91] Alejandra lo urgía a mantenerse firme, pero el zar ya no tenía la voluntad de hacerlo. En consecuencia, en vez de defender a su primer ministro frente a las acusaciones difamatorias —cuyo verdadero blanco era la Corona—, decidió sacrificarlo y

poner en su lugar a alguien más aceptable para la Duma. El 8 de noviembre, Stürmer fue cesado; nunca entendió lo que le había pasado, por qué lo acusaban de una traición que no había cometido y por qué el zar no lo defendía de los falsos cargos. Poco después, el embajador francés lo vio en la calle, arrastrando los pies y absorto en sus pensamientos.[92] Murió, destrozado, al año siguiente.

La Duma se regocijó con la destitución de Stürmer, que interpretó como una prueba de que ningún ministro podía permanecer en su cargo sin su anuencia.[93] Y vio confirmada su impresión con la designación, como sucesor, del ministro de Transportes Alexánder F. Trépov. El nuevo primer ministro, relativamente joven (cincuenta y dos años) según los criterios del gobierno tardoimperial —que veía en la ancianidad una garantía de lealtad—, descendía de una vieja familia de servidores. Su ambición era emular a Stolipin, dado que, como él, estaba convencido de que ya no era posible gobernar Rusia de manera adecuada sin la cooperación del Parlamento. Para obtenerla, estaba dispuesto a hacer concesiones de magnitud: constituir un gabinete aceptable para la Duma, dejar de legislar al amparo del artículo 87 y mejorar la condición de los trabajadores, los judíos y los finlandeses.[94] En reuniones privadas con dirigentes de la Duma durante el receso (6-17 de noviembre), recibió promesas de apoyo, con la condición de deshacerse de Protopópov.

A todos los efectos prácticos, en la primera mitad de noviembre de 1916 Nicolás cedió a las demandas revolucionarias; su entorno lo veía apático e indiferente.[95] Si los políticos liberales de Rusia hubieran podido considerar la situación racionalmente, habrían comprendido que en sustancia, si no en la forma, sus principales exigencias se

habían cumplido. Al echar a Stürmer sin una buena razón y reemplazarlo por un primer ministro bien dispuesto ante el programa del Bloque Progresista, y mantener activa la Duma revolucionaria en vez de disolverla, el zar se había rendido a la oposición. Pero esta, al oler sangre, quería más.

Pese a sus buenas intenciones, por consiguiente, Trépov tuvo escaso éxito. El 19 de noviembre, con la Duma celebrando nuevamente sesiones, pronunció en ella un discurso programático. La izquierda, dirigida por Kérenski y Chjeidze, lo recibió con alaridos insultantes que se prolongaron durante cuarenta minutos, sin que él pudiera decir en ese lapso una sola palabra.[128*] Cuando finalmente se restableció el orden, Trépov emitió un discurso conciliador que recordaba mucho, tanto en el tono como en el contenido, a los pronunciados por Stolipin en el mismo lugar. Prometió poner fin a la ilegalidad y pidió ayuda: «Olvidemos nuestras rencillas, pospongamos nuestras contiendas. […] En nombre del gobierno, afirmo directa y abiertamente que este desea consagrar sus energías a un trabajo constructivo y pragmático en colaboración con la Duma».[96] El deber de los patriotas no era destruir al gobierno, sino fortalecerlo. Trépov aprovechó la oportunidad para revelar que los Aliados habían prometido Constantinopla y los Dardanelos a Rusia.

No sirvió de nada. Abucheado e interrumpido constantemente, Trépov se enfrentaba a una audiencia que desdeñaba la conciliación; sacrificado ya Stürmer, ahora quería la cabeza de Protopópov. Cuando terminó su discurso, Vladímir Purishkévich pidió la palabra. Vitoreado por los socialistas, este monárquico extremista exigió que el gobierno dejara de «venderse a los alemanes» y se deshiciera de Rasputín y el «rasputinismo».

Las siguientes sesiones no mostraron señales de que las

pasiones se enfriaran. Ahora, los diputados radicales dejaban de lado las inhibiciones que los habían refrenado en el pasado e incitaban abiertamente al país a la rebelión. Los mencheviques y el resto de los socialistas abandonaron el Parlamento el 2 de diciembre, después de que el Bloque Progresista apoyara de forma unánime el rechazo gubernamental de las propuestas alemanas de negociar una paz por separado. Dos semanas después, Kérenski exhortó a la población a desobedecer al gobierno.[97]

Trépov tampoco logró un apoyo de la corte que le sirviera de contrapeso. Alejandra intrigaba contra él por temor a perder influencia. En sus cartas a Nicolás lo tachaba de mentiroso merecedor de la horca.[98] Por una vez, el zar ignoró el consejo de su esposa y coincidió con Trépov en que Protopópov tenía que irse. El 11 de noviembre informó a Alejandra de que el ministro del Interior no estaba bien de salud y sería reemplazado; le pidió que no involucrara a Rasputín en la cuestión porque la responsabilidad de la decisión era íntegramente suya. Alarmada, la zarina le rogó por telegrama que no actuara hasta que tuvieran la oportunidad de hablar, y al día siguiente partió con sus hijos hacia Moguilev. Cara a cara, no tardó en hacer cambiar de idea a su marido. Cuando Trépov llegó a Moguilev para que el zar aprobara al sucesor de Protopópov, Nicolás le informó secamente de que este, después de todo, permanecería en el cargo. Ni siquiera la amenaza de renuncia de Trépov lo haría transigir. Alexánder I. Spiridóvich cita este incidente como el más claro ejemplo de la influencia de Rasputín.[99]

Mientras 1916 se acercaba a su final, todas las agrupaciones y partidos políticos se unieron en la oposición a la monarquía. Sus coincidencias no iban mucho más allá. La extrema izquierda solo estaría satisfecha con una transformación

radical del sistema político, social y económico de Rusia, mientras que los liberales y liberal-conservadores se habrían conformado con una democracia parlamentaria. A pesar de sus diferencias, ambos sectores pensaban en términos de instituciones. En cambio, la extrema derecha, que a esas alturas también se había unido a la oposición, hacía hincapié en las personalidades. A su entender, la crisis de Rusia no era consecuencia del sistema, sino de los individuos que lo manejaban, en especial la emperatriz «alemana» y Rasputín. Una vez apartados ambos, todo iría bien. No era posible llegar directamente a la emperatriz, dado que para eso haría falta un golpe palaciego, pero algunos monárquicos creían poder alcanzar el mismo fin si la aislaban de Rasputín. El conocido apego emocional de Alejandra al *starets* sugería que su apartamiento de él le provocaría una crisis nerviosa. Liberado de la perniciosa influencia de su esposa, Nicolás recuperaría el juicio y cedería el poder a la Duma. De no hacerlo, podría ser reemplazado por alguno de los grandes duques, muy probablemente Nicolás Nikoláievich, en calidad de regente. En noviembre y diciembre de 1916 era común hablar de esto en los círculos sociales más exclusivos de la capital: el Club Náutico, frecuentado por los grandes duques, los salones de la Duma y el Consejo de Estado entre los diputados monárquicos, los salones aristocráticos e incluso en el cuartel general de Moguilev. Se repetía la situación de febrero de 1801, cuando el complot contra Pablo I, que terminó en su asesinato, era la comidilla de la sociedad de San Petersburgo.

Rasputín era un blanco natural de las críticas derechistas debido a su influencia sobre la pareja imperial y, por medio de él, sobre los nombramientos ministeriales. Stürmer, Protopópov y Shuváiev, titulares de los cargos más importantes de la administración, le debían su posición. Es cierto que su protegido Stürmer había sido sustituido por un

enemigo, Trépov, pero aun así la creencia general era que cruzarse en el camino de Rasputín significaba perder todo lo conquistado. Se sospechaba incluso que el monje se inmiscuía en las operaciones militares. A decir verdad, en noviembre de 1915 había dado, por mediación de la emperatriz, consejos estratégicos al cuartel general. «Antes de que me olvide —le escribía Alejandra a Nicolás el 15 de ese mes—, debo darte un mensaje de nuestro Amigo, motivado por lo que vio anoche. Te ruega que *ordenes* un *avance hacia Riga*, dice que es necesario, de lo contrario los alemanes se instalarán tan sólidamente durante todo el invierno que expulsarlos costará un gran derramamiento de sangre y problemas incesantes».[100] Ni Nicolás ni sus generales prestaron atención al consejo. Rasputín tenía estrictamente prohibido acercarse al cuartel general. Aun así, el hecho de que este campesino semialfabetizado se sintiera con libertad para impartir consejos en asuntos militares enfurecía a los conservadores.

En Tsárkoie Seló, lo que decía iba a misa. Rasputín profetizaba a menudo que, de sufrir él algún daño, Rusia atravesaría otro Período Tumultuoso. Tenía visiones de ríos de sangre, fuego y humo, un presagio misterioso e inexplicable desde un punto de vista racional de lo que pronto ocurriría efectivamente.[101] Sus predicciones alarmaban a la emperatriz y hacían que ansiara más que nunca protegerlo de sus enemigos, quienes, a sus ojos, también eran los enemigos de la dinastía y de Rusia.

Rasputín se regodeaba en su poder. Sus borracheras, su jactancia y su insolencia resultaban más escandalosas día tras día. Las señoras de la alta sociedad estaban fascinadas con el bruto de ojos hipnóticos y don profético. Rasputín pertenecía a la secta de los *jlisti*, que predicaban que pecar reducía la cantidad de pecado en el mundo. En su residencia privada,

con los siempre presentes gitanos, el alcohol circulaba libremente. Es más que discutible que Rasputín tuviera la potencia sexual que se le ha atribuido. Un médico llamado Roman R. Vreden que lo examinó en 1914 después de que una amante celosa lo acuchillara, comprobó que sus genitales estaban encogidos como los de un anciano, lo que le llevó a preguntarse si era capaz de practicar el acto sexual; a su juicio, el problema se debía a los efectos del alcohol y la sífilis.[129*]

Si Rasputín se comportaba de manera tan escandalosa era porque se sentía por encima de la ley. En marzo de 1915, el jefe del Cuerpo de Gendarmería, Vladímir F. Dzhunkovski, tuvo el arrojo de informar al zar de que sus agentes habían oído al *starets* jactarse, en una cena en el restaurante Praga de Moscú, de que «podía hacer todo lo que quisiera» con la emperatriz. Como recompensa, fue destituido y enviado al frente. Tras este incidente, la policía consideró prudente no dar a conocer ninguna información adversa sobre el monje. Aduladores y aspirantes a cargos lo adulaban; los patriotas honestos se arriesgaban a caer en desgracia si se atrevían a ganarse su aversión. Guchkov y Polivánov, que habían hecho todo lo posible por revitalizar el esfuerzo bélico de Rusia después del desastre de 1915, eran mantenidos a distancia, y el segundo tuvo que dimitir a causa de la enemistad de Rasputín. Lo que más ofendía a los monárquicos era que semejante charlatán controlara a voluntad la monarquía.

Nicolás tenía una actitud ambivalente hacia él. Le dijo a Protopópov que, si bien en un principio no sentía afecto por Rasputín, con el tiempo se había «acostumbrado a él».[102] Sin embargo, veía contadas veces al *starets* y dejaba esta tarea en manos de Alejandra, que siempre recibía a Rasputín acompañada, de ordinario por Vírubova. En 1912, el zar le dijo a Kokóvtsov que «personalmente apenas conocía a "ese

campesino" [*mujichek*], ya que lo había visto, de pasada, no más de dos o tres veces y, además, con grandes intervalos entre una y otra».[103] Aun así, no quería oír crítica alguna contra Rasputín, que para él era estrictamente un «asunto familiar», como le señaló a Stolipin, a quien le pidió que nunca más aludiera a esa cuestión.[104] Rasputín era un «asunto familiar» en el sentido de que tenía el don único de detener las hemorragias del zarévich, cuya enfermedad estaba siempre presente en los pensamientos de la familia. Los hijos de la pareja imperial adoraban al viejo. Pero Nicolás insistía en que Rasputín se mantuviera al margen de la política.[105]

Hacia finales de 1916, Nicolás y Alejandra habían llegado a la conclusión de que la oposición, resuelta a derrocarlos, atacaba por una cuestión de principio a sus funcionarios designados y sus amigos; era inevitable que cualquier elección de la monarquía, fueran cuales fuesen sus méritos, se convirtiera en el blanco de todas las críticas. El verdadero objetivo de estos ataques era la dinastía. La pareja llegó a esta conclusión al reparar en el ejemplo de Protopópov, nombrado para aplacar a la oposición, pero que, apenas instalado en su cargo, se convirtió en el blanco de sus agravios. Alejandra le escribió a su marido: «Recuerda que la cuestión no es Protop[ópov] ni X, Y o Z. La cuestión es *la monarquía y tu prestigio*. […] No creas que terminará con esto. Sacarán uno tras otro a todos los que son *devotos de ti* y, después, a nosotros mismos».[106]

Cuando Rodzianko le aseguró a Nicolás que Protopópov estaba loco, el zar respondió, sonriente: «Probablemente desde el momento en que lo nombré ministro».[107] Lo mismo valía para Rasputín. Alejandra, y hasta cierto punto su esposo, llegaron a creer que los enemigos agraviaban a su «Amigo» solo para atacarlos a ellos.

La influencia de Rasputín llegó a su apogeo a finales de 1916, tras un intento infructuoso de sobornarlo. Los líderes de la Duma le dijeron a Trépov que el precio de su colaboración era el desplazamiento de Protopópov. Aquel, por consiguiente, informó a este de su decisión de trasladarlo del Ministerio del Interior al de Comercio. Tan pronto como se enteró de este suceso, Rasputín concluyó que estaba en marcha una intriga entre Trépov y Rodzianko e intercedió con la emperatriz en defensa de Protopópov,[108] que se mantuvo en el cargo. El incidente convenció a Trépov de que, de no quitar de en medio a Rasputín, no podría cumplir con sus obligaciones. Se sabía que este último aceptaba sobornos a diestro y siniestro; Protopópov, por ejemplo, le pagaba un subsidio mensual de 1.000 rublos tomados de los fondos del Departamento de Policía.[109] Conocedor de estos hechos, Trépov decidió tentar al monje con un soborno que pusiera fin a todos los demás. Utilizando como intermediario a su cuñado, el general Alexánder A. Mosólov, que era casualmente compañero de copas del *starets*, le ofreció hasta 200.000 rublos en efectivo, así como una asignación mensual, si volvía a Siberia y se mantenía al margen de la política. Rasputín prometió considerar la oferta, pero, al percibir que tenía la oportunidad de hundir a Trépov y fortalecer su reputación en la corte, informó a la emperatriz. Esto marcó el principio del fin para Trépov.[110] El prestigio de Rasputín en la corte creció de manera inconmensurable, porque ahora había probado que era en verdad un «incorruptible hombre del pueblo». [img 29]

El fracaso de la maniobra de Trépov convenció a los enemigos derechistas de Rasputín de que no había otra opción que matarlo. En Petrogrado, a comienzos de noviembre, antes de la funesta operación de Trépov, se había estado incubando una conspiración que fue puesta en marcha

en diciembre. Estaban implicadas en ella personas de los estratos más altos de la sociedad petersburguesa, incluidos un gran duque y el marido de una gran duquesa. La figura central era el príncipe Félix Yusúpov, de veintinueve años. Educado en Oxford, atractivo de una manera afeminada y admirador de Oscar Wilde, se le conocía como un cobarde supersticioso. Al principio supuso que podría influir en Rasputín para modificar su manera de ser y con este fin entabló amistad con él, pero cuando fracasó en el intento, decidió tomar una medida drástica, ya que se había convencido de que aquel drogaba al zar y mantenía contacto con agentes enemigos. Su madre, Zinaida Yusúpov-Elston, la mujer más rica de Rusia (sus ingresos familiares de 1914 se cifraban en 1,3 millones de rublos, equivalentes a casi una tonelada de oro), había mantenido antaño una relación amistosa con la emperatriz, pero ambas habían reñido a causa de Rasputín. Se ha sugerido que fue ella quien persuadió a su hijo, apolítico, de organizar el complot.[111] Pero es más probable que la principal influencia sobre Yusúpov fuera el gran duque Dmitri Pávlovich, de veinticinco años, uno de los sobrinos favoritos del zar y uno de los mayores pretendientes de la gran duquesa Olga, que le llenó la cabeza con historias acerca de la presunta traición de Rasputín.

Una vez decidido a asesinar al monje, Yusúpov buscó cómplices.[130*] Al oír a Vasili Maklákov atacar a Rasputín en la Duma, lo invitó a unirse a la conspiración y le aseguró que, no más de dos semanas después de su muerte, la emperatriz quedaría confinada en una institución psiquiátrica. «Su equilibrio espiritual depende por completo de Rasputín; tan pronto como este desaparezca, se desintegrará. Y una vez que el emperador se haya liberado de la influencia de Rasputín y su esposa, todo cambiará; se convertirá en un buen monarca constitucional».[112]

Yusúpov le dijo a Maklákov que pretendía contratar a terroristas revolucionarios o a asesinos profesionales, pero su interlocutor lo disuadió; si había que acabar con su vida —y él no discutía que así fuera—, eran Yusúpov y sus cómplices quienes tenían que hacerlo. Maklákov se ofreció a prestar asesoramiento y ayuda jurídica, pero lamentaba no poder tomar parte personalmente en el asesinato de Rasputín, porque la noche en la que iba a cometerse (el 16 de diciembre) tenía que dar una conferencia en Moscú. «Por si acaso», entregó a Yusúpov una porra de goma con punta de plomo.

A continuación, Yusúpov se puso en contacto con Purishkévich, que en conversaciones con militares había llegado al convencimiento de que el gobierno llevaba al país al desastre. A principios de noviembre, Purishkévich utilizó sus trenes privados de la Cruz Roja para repartir el discurso de Miliukov entre las tropas del frente. El 3 de noviembre cenó con Nicolás en el cuartel general y le rogó que se deshiciera del nuevo Falso Pretendiente, como llamaba a Rasputín.[113] El 19 de noviembre, al pronunciar en la Duma un discurso contra este, concitó una atención nacional solo superada por la que había suscitado el discurso de Miliukov. Yusúpov lo escuchó desde la galería y dos días más tarde fue a verlo. Purishkévich aceptó participar sin la menor vacilación.[114] Otras dos personas se incorporaron al complot, un joven teniente y un médico llamado Lazavert, que trabajaba en el tren de Purishkévich. El gran duque Dmitri, quinto integrante del grupo, suponía una ayuda incalculable porque su condición de miembro de la familia imperial daba a los conspiradores inmunidad contra los allanamientos policiales. Los conjurados distaban de ser reservados. Unas cuantas personas ajenas al plan, entre ellas un diplomático británico que estaba de visita, Samuel Hoare, tuvieron noticia con

bastante antelación de lo que iba a suceder.[115] Purishkévich se jactó ante más de un conocido de que el 16 de diciembre asesinaría a Rasputín.[116]

El plan era cometer el asesinato de tal manera que diera la impresión de que Rasputín no estaba muerto, sino desaparecido. Yusúpov, que gozaba de la confianza de la víctima, debía atraerlo a su residencia palaciega junto al río Moika, envenenarlo y, con la ayuda de sus socios, hacer desaparecer el cuerpo sin dejar huellas. A finales de noviembre se hicieron minuciosos preparativos. Los conspiradores se comprometieron a no divulgar jamás lo que iban a hacer, pero tanto Purishkévich como Yusúpov romperían esta promesa.

El asesinato se fijó para la noche del 16-17 de diciembre, víspera de la sesión de clausura de la Duma.

Rasputín había recibido muchas advertencias de un complot contra su vida y no era fácil tentarlo a salir de su piso en Gorojovaya 64, donde vivía bajo la protección de la policía y sus propios guardaespaldas. No obstante, el 13 de noviembre aceptó visitar a Yusúpov para conocer a su esposa, Irina, sobrina del zar. El día de autos, Rasputín recibió advertencias explícitas de Protopópov, Vírubova y personas anónimas. Al parecer había tenido premoniciones, porque se dice que durante esos días destruyó su correspondencia, depositó dinero en las cuentas bancarias de sus hijas y dedicó mucho tiempo a la oración.[117]

Se había dispuesto que Yusúpov llegara a la casa de Rasputín en automóvil a la medianoche, una vez retirada la custodia policial, y entrara por la escalera trasera. Para la ocasión, Rasputín había elegido su ropa más seductora: pantalones anchos de terciopelo negro, botas de cuero nuevas, una camisa blanca de seda bordada en azul y una pretina de

satén con adornos de oro, regalo de la emperatriz.[118] Yusúpov recordaría que desprendía un fuerte olor a jabón barato y parecía más limpio que nunca.

Poco después de la medianoche, Yusúpov llegó a Gorojovaya 64 en el automóvil de Purishkévich, conducido por el doctor Lazavert disfrazado de chófer. Rasputín se puso un sombrero de piel de castor y botas de goma, y partieron hacia la residencia de Yusúpov. Los conspiradores habían preparado cuidadosamente la escena del crimen. Yusúpov condujo a su huésped a una habitación de la planta baja que habitualmente estaba vacía, pero que había sido amueblada como un salón; tazas de té y vasos de vino dispersos daban la impresión de que poco antes había habido allí una fiesta. Yusúpov dijo que su esposa estaba arriba, pero que no tardaría en bajar para reunirse con ellos (en realidad estaba en Crimea, a unos mil seiscientos kilómetros de distancia). Los demás conspiradores aguardaban en la habitación situada directamente encima del salón, que funcionaba como estudio y se comunicaba con la planta baja por medio de una angosta escalera. De ella provenía la melodía de «Yankee Doodle», repetida una y otra vez en un gramófono. Mientras simulaba esperar a su esposa, Yusúpov ofreció a Rasputín tentempiés de una mesa cercana, sobre la cual había una bandeja con pastas de almendra y chocolate; el doctor Lazavert había introducido en estas últimas potentes dosis de cianuro de potasio en polvo. También había una botella del madeira favorito de Rasputín, y junto a ella vasos con el mismo veneno en forma líquida. Molesto por la espera, el *starets* se negó a beber y comer, pero finalmente Yusúpov lo indujo a tomar las pastas y el vino. Esperó ansiosamente que el veneno hiciese efecto (según el médico, debía suceder al cabo de unos quince minutos) y a petición de Rasputín comenzó a cantar acompañado de una guitarra. El monje parecía no sentirse

bien, pero no se derrumbó. El alarmado Yusúpov se disculpó y fue arriba. Ya habían pasado dos horas desde la llegada a la casa.

En el comedor de la segunda planta tuvo lugar una deliberación. El gran duque Dmitri consideró que lo mejor era dejar ir a Rasputín y volver a intentarlo en otro momento. Pero los demás se negaron en redondo; el monje no saldría vivo de la casa. Yusúpov se ofreció a dispararle. Cogió el revólver de Dmitri y volvió a la planta baja con el arma oculta en la espalda. Rasputín parecía estar muy mal y respiraba pesadamente, pero un sorbo de madeira lo revivió y sugirió una visita a los gitanos, «con Dios en la mente pero la humanidad en la carne».[119] Como muchos asesinos, Yusúpov temía mirar a su víctima a los ojos; al ser supersticioso, también tenía miedo de que Rasputín fuera tan inmune a las balas como al veneno. Para conjurar a los malos espíritus, lo invitó a examinar con detenimiento un elaborado crucifijo italiano de cristal de roca y plata del siglo XVII que había sobre un armario. Cuando Rasputín se inclinó y, mientras se persignaba, Yusúpov le disparó en un costado. El monje se derrumbó profiriendo un grito salvaje.

No bien oyeron el disparo, los conspiradores se apresuraron a bajar. Vieron a Yusúpov inclinado sobre el cuerpo. En sus memorias, Yusúpov dice que Rasputín estaba muerto, pero Purishkévich recuerda que todavía respiraba y se retorcía de dolor. Dmitri, el doctor Lazavert y el teniente partieron en el automóvil de Purishkévich hacia la estación ferroviaria de Varsovia para quemar el abrigo y las botas de goma de Rasputín en el fogón de su tren de la Cruz Roja. A la espera de que volvieran, Purishkévich y Yusúpov se relajaron en el estudio.

Según sus memorias, Yusúpov sintió de improviso la

necesidad de ver el cuerpo de Rasputín. Este yacía inmóvil y, según todos los indicios, muerto. Pero al examinar el rostro de la víctima desde más cerca, Yusúpov notó un temblor en el ojo izquierdo, que se abrió, y tras él el derecho; Rasputín lo miraba fijamente con una expresión de odio sin límites. Incrédulo y paralizado por el miedo, Yusúpov vio al *starets* levantarse con mucho esfuerzo y aferrarle la garganta, mientras gritaba, echando espuma por la boca: «¡Félix, Félix!». El príncipe logró apartarse y subió corriendo a la segunda planta, donde Purishkévich disfrutaba de un cigarro. Este último recordaba así la escena: «Yusúpov carecía literalmente de expresión; sus grandes y encantadores ojos azules eran aún más grandes y saltones. Consciente a medias, a duras penas reparando en mi presencia y en apariencia fuera de sí, se abalanzó sobre la puerta que conducía al salón principal y corrió hacia los aposentos de sus padres».[120] Purishkévich cogió el arma y bajó a toda prisa. Rasputín había desaparecido. Lo encontró en el jardín, tambaleándose en medio de la nieve mientras procuraba llegar al portal y vociferaba: «¡Félix, Félix, voy a contárselo todo a la emperatriz!». Le disparó, pero erró el blanco. Volvió a disparar y volvió a fallar. El *starets* estaba cerca del portal que llevaba a la calle. Purishkévich empuñó el arma con más firmeza y disparó la tercera bala, que derribó a Rasputín. Tras dispararle una vez más, se inclinó sobre el cuerpo exánime y le dio un puntapié en la sien.

Poco después se presentó un policía que hacía la ronda por el barrio y dijo que había oído disparos. Yusúpov le explicó que acababa de terminar una fiesta y algunos juerguistas habían disparado al aire. Pero quiso la mala suerte que oficiales de una comisaría cercana, en Moika 61, también hubieran oído los disparos, y pronto aparecieron más policías. Purishkévich, incapaz como siempre de mantener la boca

cerrada, confesó: «Hemos matado a Rasputín».

La vista del cuerpo sin vida del monje en la nieve puso histérico a Yusúpov, que corrió a su estudio y sacó del cajón del escritorio la porra que le había dado Maklákov. Golpeó con ella el cuerpo como un poseso, al tiempo que gritaba «¡Félix, Félix!». Luego se desmayó y se desplomó. Al recuperar la conciencia ordenó a un criado que matara de un tiro a uno de los perros para tener una coartada.

Con la ayuda de los sirvientes, ataron el cuerpo y lo lastraron con cadenas de hierro. Cargado en el automóvil de Dmitri, lo llevaron a un lugar remoto y escasamente poblado, el puente que unía las islas de Krestinski y Petrovski, y lo arrojaron al canal de Malaya Moika junto con su chaqueta, que era demasiado grande para quemarla en el fogón del tren de Purishkévich. Al advertir que las botas de goma de la víctima estaban en el coche, el doctor Lazavert las cogió y las arrojó al canal, pero con tan mala puntería que una de ellas cayó sobre el puente; su descubrimiento llevaría a la policía a encontrar el cadáver de Rasputín.

La noticia de su muerte se difundió con rapidez; el embajador francés afirmó haberla conocido antes de que terminara el día. La emperatriz recibió de Protopópov un informe bastante preciso de lo sucedido, pero como todavía no se había hallado el cuerpo, siguió creyendo que Rasputín estaba oculto. El 17 de diciembre escribió a Nicolás: «No quiero creerlo y no voy a creer que lo han matado. Que Dios se apiade». La animó un tanto la carta en que Yusúpov negaba terminantemente conocer el paradero de Rasputín y rechazaba indignado las acusaciones de complicidad en su asesinato.[121] En la ciudad, sin embargo, la muerte del monje se daba por descontada y se celebraba con alegría. Dmitri, que asistió al teatro la noche del 17 de diciembre, tuvo que irse

porque el público estaba punto de ovacionarlo.[122] Un contemporáneo afirmó que en Petrogrado el clima era similar al de la Pascua, ya que los ricos brindaban con champán y los pobres, con cualquier bebida que pudieran encontrar.[123] «Sobakiye sobachaya smert» («Para un perro, la muerte de un perro»), oyó decir el enviado francés.[131*]

El 19 de diciembre se recuperó el entumecido cuerpo de Rasputín, cubierto de hielo. La autopsia reveló que, al caer al canal, la víctima ya estaba muerta a causa de tres heridas de bala, pero esto no impidió la difusión de leyendas según las cuales tenía los pulmones llenos de agua. No se hallaron rastros de veneno.[132*] Conforme a los deseos de Alejandra, Rasputín fue enterrado en Tsárkoie Seló, fuera de los terrenos del palacio, en una parcela perteneciente a Vírubova, y sobre sus restos se construyó una capilla, aunque la información oficial hablaba de su entierro en Siberia. Inmediatamente después del estallido de la Revolución de Febrero se exhumó el cuerpo, fue incinerado y se dispersaron sus cenizas.[124]

Correspondió al general Voiéikov, edecán del zar, comunicar a este la noticia de la muerte de Rasputín. En sus memorias describió así la reacción de Nicolás: «Desde el primer informe, sobre la misteriosa desaparición de Rasputín, hasta el último, sobre la colocación de su cuerpo en la capilla […], no observé ni una sola vez muestras de pesar en Su Majestad; antes bien, tuve la impresión de que experimentaba una sensación de alivio».[125]

Yusúpov afirma haberse enterado, por personas que viajaron con Nicolás a Tsárkoie Seló el 18-19 de diciembre, de que el zar exhibía un «buen humor como nunca había mostrado desde el estallido de la guerra».[126] De hecho, en la entrada del 17 al 19 de diciembre de su diario, Nicolás no aludió a Rasputín y señaló que en la noche del 18 al 19 había

«dormido profundamente».[127]

También sucedía que, antes de la muerte de Rasputín, Nicolás había planeado volver a casa para estar con su familia en Navidad. Ahora la Ojrana lo alentaba a hacerlo, por temor a que el *starets* fuera la primera víctima de una campaña terrorista.[128] En efecto, como se verá más adelante, había varias conspiraciones en marcha contra Nicolás.

El resultado de la muerte de Rasputín fue el opuesto al que habían esperado los asesinos. Estos pretendían separar a Nicolás de Alejandra y volverlo más receptivo a las presiones de la Duma, pero el asesinato lo acercó más a su esposa y confirmó la exactitud de la creencia de esta de que no podía llegarse a acuerdos con la oposición. La participación de su sobrino Dmitri en una intriga homicida le revolvía el estómago, y las cobardes mentiras de Yusúpov le asqueaban. «Me avergüenza ante Rusia —dijo el zar— que mis parientes tengan las manos manchadas con la sangre de ese campesino».[129] Una vez conocida la implicación de Dmitri, Nicolás le ordenó incorporarse a los ejércitos rusos desplegados en Persia. Le consternó la reacción de la alta sociedad ante este castigo. Cuando dieciséis grandes duques y duquesas le rogaron que dejara a Dmitri permanecer en Rusia, respondió: «Nadie tiene derecho a mezclarse en un asesinato».[130] A su juicio, la petición comprometía a muchos de los grandes duques y lo llevó a cortar sus relaciones con ellos. Se solicitó a algunos, entre ellos Nicolás Mijáilovich, que abandonaran Petrogrado. Para congraciarse con Nicolás y Alejandra, Protopópov les mostró mensajes de felicitación enviados por figuras prominentes a Purishkévich y Yusúpov e interceptados por la policía; entre ellos había uno de la esposa de Rodzianko.[131] Estas pruebas amargaron a Nicolás e intensificaron su sensación de aislamiento.[133*]

Trépov fue cesado a finales de diciembre y reemplazado por el príncipe Nikolái D. Golitsin, que sería el último primer ministro del antiguo régimen. Consciente de su completa ineptitud para el cargo, Golitsin rogó que no se lo tuvieran en cuenta con el argumento de su precaria salud, su vejez y su inexperiencia, pero el zar no quiso saber nada. De todos modos, por entonces, a todos los efectos prácticos, el gabinete había dejado de funcionar, de modo que el primer ministro desempeñaba en esencia un papel ceremonial.

Tras instalarse en el Palacio de Alejandro en Tsárkoie Seló, más íntimo, la familia imperial llevó una vida tranquila tras el regreso de Nicolás. Interrumpieron el contacto con la mayoría de sus parientes; en la Navidad de 1916 no hubo intercambio de regalos. Protopópov acudía una o dos veces por semana con sus informes, que estaban en sutil sintonía con el estado de ánimo de la pareja imperial, según se lo hacía saber Vírubova.[132] El ministro se mostraba invariablemente tranquilizador; los rumores de complots contra la familia imperial carecían de fundamento, el país estaba en calma y el gobierno disponía de la fuerza suficiente para sofocar cualquier desorden. Para que dichas aseveraciones fueran más convincentes, Protopópov organizaba el envío de cartas en las que personas comunes y corrientes manifestaban a la corte su amor y lealtad y la oposición a los cambios políticos; Alejandra las mostraba orgullosa a los visitantes.[133] Estos mensajes ayudaban a la pareja imperial a reforzar su convicción de que todos los agitadores vivían en la capital. La práctica paralización del tráfico ferroviario en algunas partes del país a causa de un invierno inusualmente riguroso, que agravaba la escasez de combustible y alimentos en las ciudades, se les mantenía oculta. Otro tanto sucedía con el hecho de que los trabajadores de Petrogrado, al borde de la desesperación debido a la escasez, los altos precios y el cierre

patronal de las fábricas, deambulaban por las calles. También se silenciaban las informaciones obtenidas por el Departamento de Policía acerca de las conspiraciones que se incubaban para arrestar a Nicolás y obligarlo a abdicar. Todo estaba bajo control, aseguraba a la pareja imperial el afable ministro del Interior.

La vida en Tsárkoie Seló seguía una tranquila y monótona rutina. La emperatriz pasaba mucho tiempo en la cama, asistida por Vírubova, quien, para su propia protección, se había mudado al Palacio de Alejandro. Nicolás estaba sumido en una depresión, de la que daban testimonio el ceño fruncido y la mirada sin expresión. Por la mañana y por la tarde recibía maquinalmente a funcionarios y diplomáticos extranjeros, ocasiones en las que Alejandra escuchaba a escondidas desde un cuarto trasero al que se accedía por un pasaje secreto.[134] Al caer la tarde, el zar daba caminatas y a veces paseaba con sus hijos en un trineo provisto de motor construido por uno de los chóferes. Al anochecer leía en voz alta a los clásicos rusos, jugaba al dominó, armaba puzles y de vez en cuando veía películas; la última de ellas, a comienzos de febrero, fue *Madame Du Barry*.[135] Algunos visitantes trataban de advertir a la pareja imperial acerca de un estallido inminente. Alejandra reaccionaba con ira y a veces ordenaba a los portadores de la desagradable noticia que se marcharan. Nicolás escuchaba cortésmente, jugueteando con un cigarrillo en las manos o estudiándose las uñas, sin mostrar gran interés. Hacía oídos sordos a las advertencias del gran duque Alejandro Mijáilovich, su cuñado y padre de Irina Yusúpova, uno de los pocos de ese rango a quien todavía le dirigía la palabra.[136] Cuando algún extranjero le daba consejos, lo cortaba en seco. El embajador británico, sir George Buchanan, lo instó el 31 de diciembre a nombrar como primer ministro a alguien que disfrutara de la confianza de la

nación, a lo cual el zar respondió: «¿Quiere decir que *yo* tengo que recuperar la confianza de mi pueblo o que ellos tienen que recuperar *mi* confianza?».[134*]

En su caso, el poder, más que corromper, aislaba.

Un visitante frecuente de Tsárkoie Seló durante esas últimas semanas apuntó que el clima era allí el de una casa en pleno duelo.[137] Los diarios del zar, que este llevaba con regularidad, no dan indicios de su estado anímico o psicológico; solo el 31 de diciembre, el día que había visto al embajador británico y desestimado los rumores de peligro, escribió que Alejandra y él habían rogado fervientemente al Señor que «tuviera piedad de Rusia».[138] El 5 de enero de 1917, Golitsin le informó de que Moscú hablaba abiertamente del «próximo zar», a lo cual Nicolás respondió: «La emperatriz y yo sabemos que todo está en manos de Dios; se cumplirá su voluntad».[139]

Nicolás, que siempre mostraba una absoluta compostura, perdió una sola vez los nervios para revelar bajo su máscara habitualmente gélida a un ser humano profundamente perturbado. Esto sucedió el 7 de enero de 1917, durante una visita de Rodzianko. El zar escuchó con cortesía las advertencias ya conocidas e hizo algunas preguntas, pero cuando su interlocutor le suplicó «no obligar al pueblo a elegir entre vos y el bien del país», se «asió la cabeza entre las manos» y dijo: «¿Es posible que durante veintidós años haya tratado de trabajar con la mejor de las intenciones, y que durante veintidós años todo haya sido un error?».[140]

Una vez fracasado su intento de modificar el rumbo político mediante la eliminación de Rasputín, los conservadores llegaron a la conclusión de que «la única manera de salvar la monarquía era deponer al monarca».[141] Se habían identificado dos conspiraciones con este fin, pero

debía de haber otras. El organizador de una de ellas era Guchkov. Según dice en sus memorias, llegó a la conclusión de que la incipiente Revolución rusa no seguiría el modelo francés de 1848, cuando los trabajadores derrocaron la monarquía y dejaron que «los mejores» se hicieran cargo. En Rusia, pensaba que el poder pasaría a manos de revolucionarios que en un santiamén llevarían el país a la ruina. Por consiguiente, era preciso tomar todas las precauciones para que hubiera una transferencia legítima de la autoridad imperial de Nicolás a su hijo menor de edad, Alexis, en la cual el hermano del zar, el gran duque Miguel, actuara como regente. Guchkov involucró en su complot a Nikolái Nekrásov, el vicepresidente de la Duma y miembro del Bloque Progresista; a Mijaíl I. Teréschenko, un acaudalado hombre de negocios, y al príncipe D. L. Viaziemski. Los conspiradores planeaban tomar el tren imperial en su camino del cuartel general a Tsárkoie Seló y obligar a Nicolás a abdicar en favor de su hijo.[142] El complot no hizo muchos progresos porque no logró crear una amplia base de apoyo, especialmente entre los oficiales de alta graduación.

Más avanzado estaba un segundo plan, dirigido por el príncipe Gueorgui Lvov, presidente del Zemgor y futuro primer ministro del Primer Gobierno Provisional, con la asistencia del jefe del Estado Mayor, el general Alexéiev.[143] Este grupo planeaba forzar a Alejandra a retirarse en Crimea y hacer que Nicolás entregara la autoridad efectiva al gran duque Nicolás Nikolaiévich. Los conspiradores se pusieron en contacto con este, que por entonces era comandante en el frente del Cáucaso, por medio de A. I. Jatisov, alcalde de Tbilisi. Nicolás Nikoláievich pidió un día para considerar la propuesta y luego la rechazó, con el argumento de que ni los campesinos ni los soldados entenderían semejante cambio.

Jatisov envió a Lvov un cable con el código convenido para una respuesta negativa: «El hospital no puede abrirse». El hecho de que Nicolás Nikoláievich no estimara conveniente informar a su soberano del complot en su contra es un buen indicio del estado de ánimo existente en esos momentos.

Había toda clase de rumores acerca de conspiraciones «decembristas» entre los oficiales de la Guardia y un complot terrorista contra la pareja imperial,[144] pero, al parecer, ninguno de ellos superó nunca la etapa de las conversaciones.

Protopópov, que disfrutaba de su momento de gloria como primer ministro *de facto* del Imperio ruso, rebosaba confianza, hecho que indujo a muchos contemporáneos a poner en duda su cordura. No le preocupaban los complots contra la familia imperial denunciados por la policía; con buenas razones, consideraba a los conspiradores unos charlatanes ociosos. Las zonas rurales estaban en calma. La amenaza que lo perturbaba era otra, aunque se sentía confiado en poder hacerle frente. La Duma debía reabrirse el 14 de febrero para un período de sesiones de doce días. La policía le informó de que la «sociedad» no hablaba de otra cosa y de que la reanudación de las sesiones podía dar pie a masivas manifestaciones antigubernamentales; su postergación, sin embargo, podía generar una oleada de protestas populares. La policía creía esencial impedir las manifestaciones callejeras, por el riesgo de que hubiera choques con las fuerzas del orden y se desencadenara una revuelta. El 26 de enero, Konstantin I. Globachev, el oficial de policía de mayor rango de Petrogrado, informó a Protopópov de que los líderes de la oposición, entre quienes incluía a Guchkov, Konoválov y Lvov, ya se veían como el gobierno legítimo y se estaban repartiendo las carteras ministeriales.[145] Protopópov quería disponer de autoridad para arrestar a

Guchkov, Konoválov y los otros opositores políticos, junto con el Grupo Central de Trabajadores, que pretendían utilizar para organizar manifestaciones masivas.[146] Al ministro le habría gustado muchísimo detener a Guchkov y trescientos «agitadores» a quienes veía como el alma de la incipiente rebelión, pero no se atrevió. Se decantó entonces por algo un poco menos audaz y ordenó el arresto de los integrantes del Grupo de Trabajadores, que a esas alturas (finales de enero) se había convertido en una organización abiertamente revolucionaria. Bajo el liderazgo de Gvózdev, este grupo practicaba una doble política, típica de los mencheviques y, más adelante, del resucitado Sóviet de Petrogrado, del cual era en ciertos aspectos un precursor directo. Por un lado, apoyaba el esfuerzo bélico y ayudaba al Comité Central Militar Industrial a mantener la disciplina laboral en las industrias para la defensa. Por otro, emitía manifiestos incendiarios en los que llamaba a la abolición inmediata de la monarquía y su sustitución por un Gobierno Provisional democrático, es decir, una revolución política en medio de la guerra con la que querían proseguir.[147] Una de sus proclamas, dada a conocer el 26 de enero, afirmaba que el gobierno estaba aprovechando la guerra para esclavizar a la clase obrera. Sin embargo, poner fin al conflicto bélico no mejoraría la situación de esta última «si no lo hacía el pueblo mismo sino la autoridad autocrática». La paz alcanzada por la monarquía acarrearía «cadenas aún más terribles»: «La clase obrera y la democracia ya no pueden esperar más. Cada día que se deja pasar trae más peligros; la supresión tajante del régimen autocrático y la completa democratización del país son cometidos que deben resolverse sin demora».

La proclama terminaba con un llamamiento a los obreros fabriles a prepararse para una manifestación «general organizada» frente al Palacio de Táuride, sede de la Duma, a

fin de exigir la instauración de un Gobierno Provisional.[148]

El llamamiento no llegaba a ser una convocatoria al derrocamiento violento del gobierno; pero era sedicioso desde cualquier punto de vista. Se sabe que el Grupo de Trabajadores planeaba, en efecto, a buen seguro alentado por Guchkov y otros miembros del Bloque Progresista, lanzar a las calles de Petrogrado cientos de miles de trabajadores el día de la sesión de reapertura de la Duma, con consignas por un cambio radical y paros obreros masivos.[149] Protopópov estaba resuelto a impedirlo.

El 27 de enero, un día después de la proclama del Grupo de Trabajadores, toda su dirección fue arrestada y encarcelada en la fortaleza de Pedro y Pablo. Protopópov ignoró las expresiones de indignación de la comunidad empresarial, convencido de que había cortado de raíz un golpe revolucionario planeado para el 14 de febrero. Un mes después, cuando las multitudes liberaron de la cárcel a los líderes de aquel grupo, estos irían directamente al Palacio de Táuride para contribuir a la creación del Sóviet de Petrogrado.

Tras el arresto del Grupo de Trabajadores, Nicolás pidió al antaño ministro de Justicia Nikolái Maklákov que redactara un manifiesto de disolución de la Duma. Las elecciones a la nueva Duma —la Quinta— se celebrarían en diciembre de 1917, casi un año después.[150] La noticia de esta medida llegó al Parlamento, donde causó gran nerviosismo.[151]

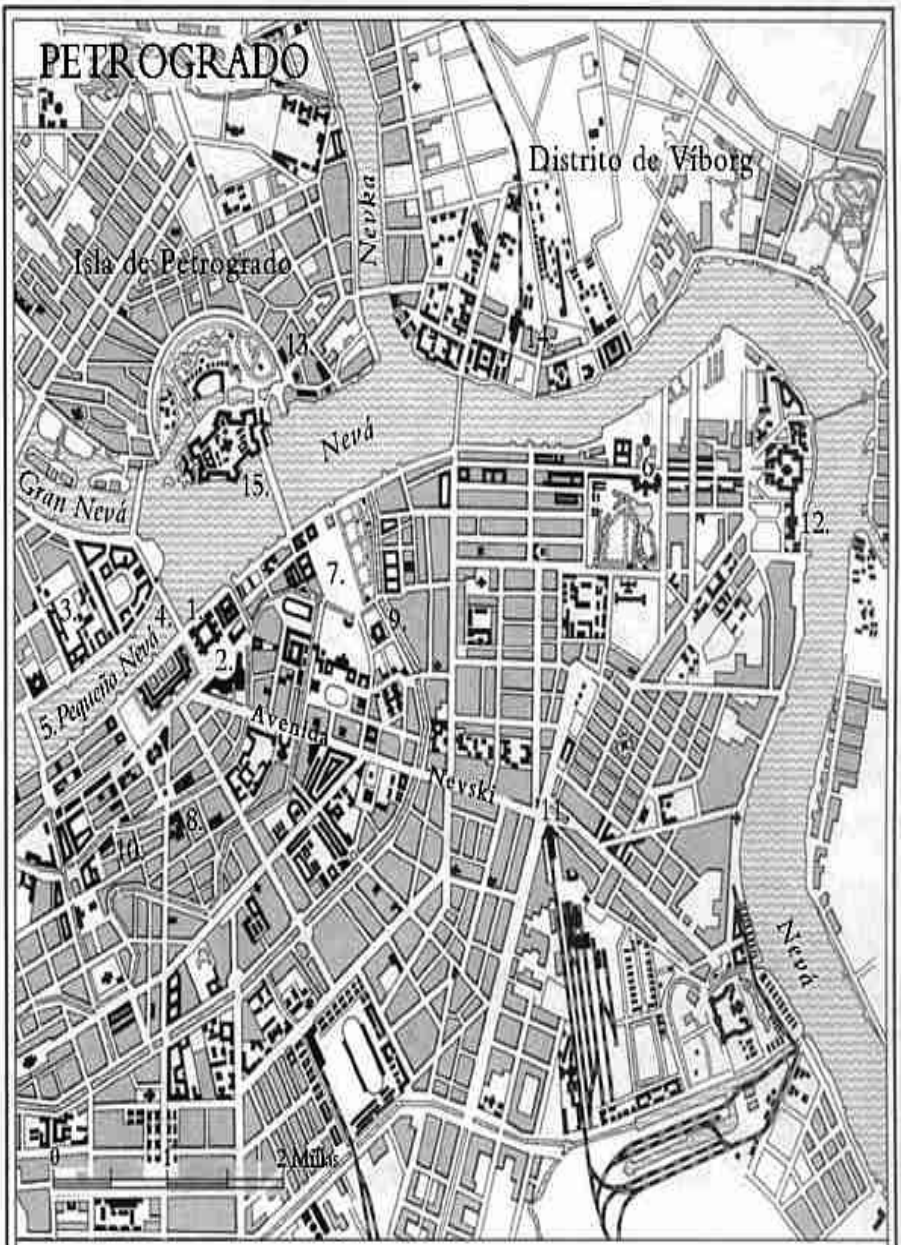
Para blindar Petrogrado contra los disturbios relacionados con la reapertura de la Duma, Protopópov despojó del control militar de la capital al frente norte, a cuyo comandante, el general Nikolái V. Ruzski, se le consideraba simpatizante de la oposición. La ciudad quedó bajo un mando separado encabezado por el general Serguéi S. Jabálov, un atamán de

los cosacos de los Urales.[152]

Las medidas surtieron el efecto deseado. El arresto del Grupo de Trabajadores y las duras advertencias de Jabálov hicieron que se suspendiera la manifestación del 14 de febrero a favor de la Duma. Aun así, 90.000 trabajadores de Petrogrado se declararon ese día en huelga y marcharon pacíficamente por el centro de la ciudad.[153]

Entretanto, la administración del país se acercaba a la parálisis. El Consejo de Ministros dejó prácticamente de funcionar, dado que sus miembros se ausentaban con cualquier pretexto y ni siquiera Protopópov podía asistir.[154] En esos momentos, los más peligrosos para la monarquía, el Departamento de Policía quedó sin jefatura: el general Pável G. Kurlov, amigo personal de Protopópov, a quien el ministro había invitado a asumir el cargo de director, tropezó con una enérgica oposición de la Duma y, después de ejercer durante breve tiempo como director interino, renunció y nadie lo reemplazó.[155] Iván P. Vasiliev, el jefe de la Sección Especial (Osobyi Otdiel) del Departamento de Policía, encargado de la contrainteligencia, escribió más adelante que con Protopópov como ministro su oficina no había recibido ninguna misión específica.[156] La oposición hacía caso omiso de la prohibición gubernamental de organizar mítines y asambleas. La censura militar dejó de funcionar en enero de 1917, dado que los directores de diarios y periódicos ya no se molestaban en presentar previamente sus artículos en la oficina del censor.[157]

Nada de todo esto perturbaba en demasía a Protopópov, que estaba en contacto regular con el espíritu de Rasputín.[158]



1. Palacio de Invierno
2. Plaza del Palacio
3. Universidad
4. Puente del Palacio
5. Puente Nikoláiev
6. Palacio de Táuride
7. Campo de Marte
8. Palacio Marinski
9. Palacio Mijailovski (Ingeniería)
10. Palacio Yusúpov
11. Plaza Znamenski
12. Instituto Smolni
13. Mansión Kshesinskaya
14. Estación de Finlandia
15. Fortaleza de Pedro y Pablo

8

La Revolución de Febrero

Tras dos inviernos moderados, el de 1916-1917 resultó ser más frío que de costumbre; en Petrogrado, la temperatura en los primeros tres meses de 1917 promedió –12,1 ºC, en comparación con los 4,4 ºC del año anterior en la misma época. En febrero, la media cayó a –14,5 ºC. En Moscú fue aún más baja, –16,7 ºC.[1] Hacía tanto frío que las campesinas se negaban a acarrear alimentos a las ciudades. Las ventiscas amontonaban montículos de nieve en las vías férreas, donde quedaban intactos por falta de peones que los retiraran. Las locomotoras no funcionaban en el gélido clima y a veces tenían que quedar detenidas durante horas antes de generar suficiente vapor. Estas condiciones climáticas agravaron aún más las serias dificultades en materia de transportes. En los treinta meses de guerra, el material rodante había disminuido debido al desgaste y un mantenimiento inadecuado. Hacia mediados de febrero de 1917, Rusia tenía en funcionamiento solo las tres cuartas partes de su equipamiento ferroviario en tiempos de paz, y gran parte de este estaba inmovilizado por el clima. Durante el invierno de 1916-1917, 60.000 vagones cargados con alimentos, forraje y combustible no pudieron moverse a causa de la nieve; representaban alrededor de una octava parte de todos los vagones de mercancías disponibles.[2]

La paralización de los suministros tuvo un efecto

devastador en la situación alimentaria y las reservas de combustible de las ciudades del norte, en especial Petrogrado. La capital parecía estar bien provista de harina; según el general Serguéi S. Jabálov, comandante militar de la ciudad, el 25 de febrero había en los almacenes 9.000 toneladas, más que suficientes para varios días.[3] Pero la escasez de combustible había dejado ociosas a muchas panaderías. Alrededor del 20 de febrero empezó a circular el rumor de que el gobierno estaba a punto de racionar el pan y limitar su compra a menos de medio kilo por adulto. A raíz del pánico que se desató, los estantes de las panaderías quedaron completamente vacíos.[4] Se formaban largas filas; algunas personas arrostraban toda la noche el gélido clima para ser las primeras cuando las panaderías abrieran. Las multitudes se mostraban irritables y los altercados no eran infrecuentes. Hasta los agentes de policía se quejaban de que no podían alimentar a sus familias.[5] La falta de combustible también obligó a cerrar fábricas; el 21 de febrero fue el turno de Putílov. Decenas de miles de obreros despedidos temporalmente deambulaban por las calles.

Nada ilustra mejor la magnitud de la pérdida de contacto del gobierno con la realidad que la decisión del zar, en ese momento tenso y difícil, de viajar a Moguilev. Su intención era permanecer allí una semana en consultas con Alexéiev, que acababa de regresar de un período de convalecencia en Crimea. Protopópov no puso reparos. El 21 de febrero, a última hora de la tarde, le aseguró al zar que no tenía nada de que preocuparse y que podía viajar seguro de que la retaguardia estaba en buenas manos.[6] Nicolás partió al día siguiente por la tarde. Volvería dos semanas después como «Nicolás Romanov», un ciudadano particular bajo arresto domiciliario. La seguridad de la capital se confió a personas muy poco cualificadas: el ministro de la Guerra, el general

Mijaíl A. Beliáiev, que había hecho toda su carrera en la burocracia militar y a quien sus colegas tildaban de «pelmazo» (*mertvaya golova*), y el comandante militar de la ciudad, el general Jabálov, que había pasado su vida profesional en oficinas y academias militares. [img 30]

De improviso, la temperatura en Petrogrado subió hasta los 8 ºC y se mantuvo así hasta final de mes.[7] Las personas que habían permanecido varios meses encerradas en sus casas por el tiempo gélido salieron en tropel a las calles a disfrutar del sol. Las fotografías de la Revolución de Febrero muestran a alegres multitudes bajo un cielo brillante. El fenómeno climático desempeñó un papel nada desdeñable en los acontecimientos históricos de la época.

Al día siguiente de la partida de Nicolás estallaron desórdenes en Petrogrado, que no se aquietarían hasta el derrocamiento de la monarquía.

El jueves 23 de febrero/8 de marzo era el Día Internacional de la Mujer. Un desfile organizado por los socialistas avanzó por la avenida Nevski hacia el Consejo Municipal, con la consigna de la igualdad para las mujeres y gritos ocasionales en demanda de pan. Lo rodeaban cosacos a caballo; aquí y allá la policía dispersaba grupos de espectadores. Al mismo tiempo, una multitud de trabajadores, cuyo número oscilaba según las estimaciones entre 78.000 y 128.000, se declaró en huelga en protesta por la escasez de alimentos.[8] Pero el día transcurrió con una tranquilidad razonable, y hacia las diez de la noche las calles volvieron a la normalidad. Las autoridades, aunque no estaban preparadas para una manifestación de esta magnitud, habían logrado contenerla sin recurrir a la fuerza. El gobernador de Petrogrado, Alexánder P. Balk, y Jabálov habían hecho todo lo posible para evitar choques con la población, temerosos de politizar

una protesta que era estrictamente económica. Sin embargo, en sus informes sobre los acontecimientos del 23 de febrero y el día siguiente, la Ojrana señaló que los cosacos se habían mostrado reacios a enfrentarse a la multitud. Balk hizo una observación similar.[9]

El clima se agravó con los ataques contra el gobierno lanzados desde el Palacio de Táuride, donde la Duma celebraba sesiones desde el 14 de febrero. La Revolución de Febrero tuvo lugar con un redoble constante de la retórica antigubernamental como telón de fondo. El elenco de siempre —Miliukov, Kérenski, Chjeidze y Purishkévich— hacía lo de siempre: acusar, exigir, amenazar. A su manera, estos dirigentes se comportaban tan irresponsablemente como Protopópov y los funcionarios que veían en los disturbios una provocación instigada por un puñado de agitadores.

El 24 de febrero, la situación en Petrogrado se deterioró. Por entonces, entre 160.000 y 200.000 trabajadores llenaban las calles, algunos en huelga y otros en paro forzoso por el cierre patronal de las fábricas. Enteradas del estado de ánimo reinante en los barrios industriales del otro lado del Nevá, las autoridades instalaron barreras en los puentes que los unían con los centros residenciales y comerciales de la ciudad, pero los obreros, para sortearlas, atravesaron a pie el río congelado. Los agentes catalizadores eran intelectuales radicales, principalmente los llamados *mezhraiontsi*, socialdemócratas favorables a la reunificación de los bolcheviques y los mencheviques, cuyo programa llamaba a poner fin de inmediato a la guerra y hacer la revolución.[10] Su líder, León Trotski, estaba por entonces en Nueva York. A lo largo del día se produjeron escaramuzas entre los amotinados y la policía. Hubo casos de tiendas de comestibles saqueadas por la

multitud, y también algunos otros desmanes.[11] El aire estaba impregnado de ese peculiar sello ruso de violencia generalizada y sin un objetivo concreto —el impulso de golpear y destruir— para la cual su lengua ha acuñado las palabras *pogrom* y *razgrom*. En Nevski, las muchedumbres se agolpaban y marchaban al grito de «¡Abajo la autocracia!» y «¡Abajo el zar!». Los cosacos volvían a mostrar su renuencia a obedecer las órdenes.

Conscientes de la gravedad de la situación alimentaria, las autoridades celebraron una reunión de alto nivel sobre el tema durante la tarde del 24 de febrero. Estaban presentes la mayor parte de los miembros de la Duma Municipal y los ministros, con la excepción de Golitsin, que no había sido informado, y Protopópov, de quien se dijo que había asistido a una sesión de espiritismo.[12] En la reunión se accedió por fin a la solicitud del Consejo Municipal de Petrogrado de hacerse cargo de la distribución de alimentos.

Al día siguiente, las multitudes, envalentonadas por la ausencia de medidas represivas vigorosas, se tornaron aún más agresivas. Las manifestaciones de ese día estaban sin duda organizadas, ya que adquirieron un pronunciado tinte político. Aparecieron banderas rojas con consignas revolucionarias, algunas de las cuales rezaban «¡Abajo la alemana! [la zarina]». A esas alturas, casi todas las plantas industriales de la ciudad estaban cerradas y entre 200.000 y 300.000 obreros ociosos llenaban las calles. Una multitud de estudiantes y trabajadores se reunió en la plaza Kazán, en medio de la avenida Nevski, donde lanzaron consignas a voz en cuello y entonaron *La Marsellesa*. No lejos de allí, en el centro comercial conocido como Gostinyi Dvor, fueron asesinados tres civiles. En otro lugar se arrojó una granada contra un grupo de gendarmes. Una turba apartó a un oficial

de policía de sus hombres y lo mató a golpes. Los ataques contra policías fueron especialmente frecuentes en el distrito de Víborg, algunos de cuyos sectores habían sido declarados «liberados» por los radicales.[13]

Alejandra relataba así los sucesos del día: «Este es un movimiento de *gamberros*, jóvenes que corren y gritan que no hay pan, simplemente para excitar a la gente, junto con obreros que impiden trabajar a otros. Si hiciera mucho frío, probablemente se habrían quedado todos en sus casas. Pero todo esto pasará y volverá la calma tan solo con que la Duma se comporte como debe».[14]

Los intelectuales socialistas sentían que había una revolución en marcha. El 25 de febrero, los diputados mencheviques de la Duma discutieron la convocatoria de un sóviet de «trabajadores».[15] Aun así, podría argumentarse que los primeros desórdenes en Petrogrado —todavía no los había habido en ninguna otra ciudad— eran en esencia un *golodnyi bunt*, un «motín por hambre», y que la significación política que los intelectuales mencheviques y *mezhraiontsi* trataban de darles reflejaba principalmente sus propias aspiraciones. Esa era, en todo caso, la opinión del líder de los bolcheviques de Petrogrado, Alexánder Shliápnikov. Al contársele que había una revolución en marcha, se burló: «¿Qué revolución? Dadles a los trabajadores medio kilo de pan y el movimiento se extinguirá».[16]

Cualesquiera que hubieran sido las posibilidades de contener los disturbios, se desvanecieron con la llegada, a última hora de la tarde del 25 de febrero, de un telegrama en el que Nicolás ordenaba a Jabálov utilizar la fuerza militar para sofocarlos. Para entender la decisión del zar es preciso tener presente que, en Moguilev, ni los generales ni él comprendían la gravedad de la situación en la capital, porque

Protopópov había indicado a la policía que «suavizara» los informes enviados al cuartel general.[17] Los despachos de Jabálov a Moguilev del 25 y 26 de febrero describían como manejables los tumultos.[18] Por consiguiente, el día 26 nadie conocía aún en Moguilev la verdadera gravedad de la situación.[19]

Sobre la base de las informaciones que el cuartel general tenía a su disposición, no era descabellado suponer que una demostración de fuerza bastaría para restablecer el orden. En su telegrama, Nicolás decía que en tiempos de guerra, mientras los soldados se congelaban en las trincheras y estaban a punto de arriesgar la vida en la ofensiva de la primavera, no podía tolerarse la agitación en la retaguardia. «Le ordeno poner fin mañana mismo a los desórdenes en la capital, que son inaceptables en esta difícil coyuntura de guerra con Alemania y Austria».[20] Más adelante, Jabálov dijo que se había sentido consternado ante las instrucciones del zar exigiendo un enfrentamiento militar con los amotinados, [21] algo que hasta entonces había logrado evitar. Acatando las órdenes, dio a conocer dos proclamas. Una declaraba ilegales las concentraciones callejeras y advertía de que las tropas dispararían contra la multitud. La segunda ordenaba a los huelguistas volver al trabajo el 28 de febrero; a quienes no obedecieran se les cancelaría la prórroga militar y podrían ser incorporados de inmediato a filas y enviados al frente.[22] Muchos de los carteles que contenían las proclamas fueron destrozados al poco de ser instalados.[23] En uno de los tres mensajes que envió a su marido el 25 de febrero, Alejandra desaconsejaba disparar contra los manifestantes. Le sorprendía que no se hubiese dispuesto un racionamiento y no se hubieran militarizado las fábricas. «Esta cuestión del abastecimiento basta para sacarla a una de quicio».[24] [img 31]

Durante la noche del 25 al 26 de febrero, las autoridades perdieron el control de los barrios obreros, sobre todo en el distrito de Víborg, donde las turbas saquearon e incendiaron comisarías.

La mañana del domingo 26, unidades militares con uniforme de combate ocuparon Petrogrado. Se impuso un toque de queda absoluto y se levantaron los puentes sobre el Nevá. Durante la mañana, todo se mantuvo en calma, pero al mediodía miles de obreros cruzaron el río y se instalaron en el centro de la ciudad, deambulando a la espera de que algo sucediera. Esa tarde las tropas dispararon contra la multitud en varios distritos. El incidente más sangriento se produjo en la plaza Znamenski, en cuyo centro se levantaba la famosa estatua ecuestre de Alejandro III, obra de Trubetskoi, que era uno de los lugares favoritos de concentración de los agitadores políticos. Cuando la multitud se negó a dispersarse, una compañía del regimiento Volinski de la Guardia abrió fuego, matando a cuarenta personas e hiriendo a otras tantas.[135*]

El recurso a la fuerza produjo el resultado deseado; hacia el anochecer, la capital estaba en calma. Nikolái Sujánov, autor del mejor relato sobre lo acontecido en 1917 en Petrogrado escrito por un testigo presencial, creía que el gobierno había logrado recuperar el control del centro de la ciudad.[25] Esa noche, la princesa Radziwill celebró su velada, que había sido la comidilla de la sociedad de la capital durante varias semanas. Para el embajador francés, la visión de su palacio brillantemente iluminado en Fontanka traía a la memoria escenas similares de la ciudad de París de 1789.[26]

Para eliminar la principal causa de oposición política, Nicolás ordenó suspender la Duma hasta abril. Golitsin transmitió la noticia a Rodzianko a última hora de la noche

del 26 de febrero.

Al caer la noche, en apariencia todo parecía en orden. Pero se produjo entonces una sucesión de acontecimientos que a día de hoy aún asombran por su carácter repentino y su trascendencia: un motín de la guarnición de Petrogrado que en veinticuatro horas transformó a la mitad de las tropas en amotinados y hacia el 1 de marzo hizo que el contingente entero, 160.000 hombres uniformados, estuviera en abierta rebelión.

Para entender estos hechos debe tenerse en cuenta tanto la composición como las condiciones de vida de la guarnición de Petrogrado. Esta estaba integrada por reclutas recién incorporados y reservistas de más edad asignados a los batallones de reserva de los Regimientos de la Guardia habitualmente acantonados en Petrogrado, pero ahora en el frente. Estaba previsto que estos efectivos permanecieran varias semanas en la ciudad para recibir una instrucción básica y partir luego hacia el frente. Organizados en unidades de adiestramiento, la dotación estaba excesivamente nutrida; algunas compañías de reserva tenían más de 1.000 soldados y había batallones con entre 12.000 y 15.000 hombres; 160.000 soldados se amontonaban en barracones con capacidad para 20.000.[27] Los reservistas procedentes de la Milicia Nacional, muchos de ellos treintañeros o de poco más de cuarenta años, consideraban injusta su incorporación. En Petrogrado, se les sometía a las indignidades que solían infligirse a los soldados rusos, como la formalidad con la que se dirigían a ellos los oficiales o la prohibición de viajar en el interior de los tranvías.[28] Aunque vestidos de uniforme, nada significativo los diferenciaba de los trabajadores y campesinos que atestaban las calles de la capital y contra los cuales debían ahora abrir fuego. Rodzianko, que los observaba de cerca, dijo

una semana después de los sucesos:

> De manera inesperada para todos, estalló un motín de soldados como yo jamás había visto. No eran soldados, desde luego, sino *mujiks* directamente procedentes del arado, que ahora consideraban útil dar a conocer sus demandas de *mujiks*. Todo cuanto podía oírse en medio de la multitud era «Tierra y libertad», «Abajo la dinastía», «Abajo los Romanov», «Abajo los oficiales». En muchas unidades apalearon a los oficiales. Cuando también intervinieron los trabajadores, la anarquía llegó a su apogeo.[29]

En vista de que la Revolución de Febrero suele describirse como una revuelta obrera, es importante destacar que fue, antes que nada, un motín de soldados campesinos a quienes, para ahorrar dinero, las autoridades habían alojado en instalaciones superpobladas de la capital del imperio; en palabras de un testigo presencial, como «yesca junto a un barril de pólvora».

La supervivencia del régimen zarista dependía en última instancia de la lealtad del ejército, dado que las fuerzas del orden regulares —la policía y los cosacos— no tenían efectivos suficientes para hacer frente a miles de insurrectos. En febrero de 1917, estas fuerzas estaban compuestas por 3.500 policías, armados con anticuados fusiles japoneses, y destacamentos de cosacos que, por una razón inexplicable, habían sido despojados de los *nagaiki*, sus temidos látigos.[30] Nicolás demostró ser consciente de su dependencia de las tropas cuando le aseguró al embajador británico que el ejército lo salvaría. Pero la lealtad de las tropas vaciló ante la orden de disparar contra multitudes desarmadas. Al ejército ruso jamás le había gustado que lo utilizaran contra civiles, y ahora este papel le disgustaba más que nunca porque sus inmaduros reclutas compartían las aflicciones de la muchedumbre. Al observar a los cosacos y las tropas durante esos días cruciales, Sujánov tuvo la impresión de que no hacían sino buscar un pretexto para unirse a los manifestantes.[31] Uno de los últimos informes elaborados por

la Ojrana el 26 de febrero, justo antes de que los amotinados le pusieran fin, compartía esta evaluación:

> El movimiento se desató de manera espontánea, sin preparación y exclusivamente basado en la crisis de suministros. Habida cuenta de que las unidades militares no ponían freno a la multitud y en algunos casos incluso tomaban medidas para paralizar la actuación de la policía, creció entre las masas la confianza en que podían actuar con impunidad. Ahora, al cabo de dos días de libertad de movimiento en las calles, cuando los círculos revolucionarios han enarbolado las consignas «Abajo la guerra» y «Abajo el gobierno», el pueblo está convencido de que ha comenzado la revolución; de que las masas están ganando; de que las autoridades son impotentes para reprimir el movimiento porque las unidades militares no están de su lado; de que la victoria decisiva está cerca porque hoy o mañana los militares se pondrán abiertamente del lado de las fuerzas revolucionarias, y de que el movimiento que se ha puesto en marcha no se extinguirá, sino que, por el contrario, crecerá de manera incesante hasta la victoria final y el derrocamiento del gobierno.[32]

En su excelente descripción del papel del ejército en la Revolución de Febrero, Yevgueni I. Martínov, un general zarista que en octubre se pasaría a las filas bolcheviques, comentaba críticamente la pasividad de las autoridades imperiales ante la confraternización de la guarnición de Petrogrado con los sediciosos, y comparaba esta actitud con las enérgicas medidas del presidente francés, Adolphe Thiers, en marzo de 1871. Tan pronto como se advirtió que las tropas confraternizaban con las turbas parisinas, Thiers ordenó desplazarlas a Versalles, desde donde luego contraatacaron y reconquistaron la capital.[33] Beliáiev y Jabálov, en cambio, observaron impotentes la creciente tormenta.

La primera ruptura en la disciplina de la guarnición ocurrió en la tarde del 26 de febrero, como reacción al tiroteo de la plaza Znamenski. Inmediatamente después, un grupo de encolerizados trabajadores fue al Campo de Marte, donde estaba acantonado el regimiento Pavlovski. Los trabajadores contaron a los hombres de la Cuarta Compañía del Batallón de Reservistas que sus camaradas del regimiento Volinski

habían disparado contra una muchedumbre desarmada. Enfurecidos, los efectivos del Pavlovski irrumpieron en el arsenal, cogieron treinta fusiles y se lanzaron a la calle. En número de cien, se encaminaron hacia la avenida Nevski con la intención de persuadir u obligar a los efectivos del Volinksi que estaban en la plaza a dejar de abrir fuego. En su camino se toparon con un destacamento de la policía montada, con el que intercambiaron disparos. El líder de los amotinados, un joven teniente, sufrió una herida que lo dejó fuera de combate. La pérdida de su jefe sembró la confusión en las filas del grupo, que no recibió apoyo alguno de las otras unidades de la guarnición. A última hora de la tarde, cuando los efectivos del Pavlovski regresaron a sus barracones, diecinueve de sus cabecillas fueron puestos a buen recaudo.[34] En cables enviados esa noche a Moguilev, Jabálov y Beliáiev aludían al motín de algunas unidades, pero aseguraban al zar que lo sofocarían.[35] [img 32]

Si hay que fijar la fecha en la que dio inicio la Revolución de Febrero, tendría que ser el 27 de febrero/12 de marzo de 1917, cuando «las manifestaciones obreras se convirtieron en un motín de la soldadesca»[36] y las autoridades zaristas perdieron el control de la capital. La revuelta, la más formidable de que se tenga memoria en la historia militar, comenzó con el regimiento Pavlovski. Sus tropas celebraron reuniones durante toda la noche en protesta por la matanza de la plaza Znamenski y, finalmente, decidieron por votación desobedecer cualquier orden de abrir fuego contra los civiles. Se despacharon mensajeros a los regimientos Preobrazhenski y Litovski de la Guardia, acantonados en las cercanías, y estos acordaron imitarlos. A la mañana siguiente, los tres regimientos salieron a las calles. Efectivos del Pavlovski mataron a uno de sus oficiales. Los amotinados atacaron y demolieron los barracones de los gendarmes. Tras apartar de

su camino a los piquetes progubernamentales, se dirigieron hacia el distrito de Víborg, donde se les unieron grupos de obreros insurrectos. Los soldados amotinados recorrieron las calles cubiertas de nieve en automóviles blindados requisados, blandiendo sus armas y gritando. Quien se interpusiera en su camino corría el riesgo de ser linchado. Otros soldados irrumpieron en la fortaleza de Pedro y Pablo y liberaron a los presos. Una turba saqueó el Ministerio del Interior. La bandera roja ondeó en el Palacio de Invierno. Policías sorprendidos en uniforme fueron apaleados y asesinados. A última hora de la tarde, una multitud asaltó el cuartel general de la Ojrana, donde revolvieron y quemaron expedientes; en el incidente se observó a informantes del organismo que mostraban un particular celo en dichos menesteres. Los insurrectos irrumpieron en arsenales y se apoderaron de miles de armas. Hubo numerosos saqueos de tiendas, restaurantes y residencias particulares.

Por la noche, Petrogrado estaba en manos de campesinos uniformados. De los 160.000 hombres de la guarnición, la mitad participaban plenamente en el motín, mientras que el resto habían adoptado una postura «neutral». Jabálov podía contar con apenas 1.000 o 2.000 efectivos leales, en su mayor parte del regimiento Izmáilovski.[37] Solo media docena de edificios públicos diseminados por la ciudad permanecían aún en manos del gobierno.

La rapidez con que el motín se propagó el 27 de febrero desde la guarnición de Petrogrado no puede explicarse por demandas específicas, aunque sin duda las había. Su desarrollo sugiere que nada podría haberse hecho para detenerlo. En realidad, no era un motín militar como los que estallaron durante la guerra en otros ejércitos, incluidos el francés y el alemán, sino un típico *bunt* ruso, con vigorosos

tintes anarquistas.[136*] Los soldados rebeldes eran en su mayoría campesinos nacidos en la década de 1880. Llevaban sobre sus espaldas trescientos años de servidumbre. Solo obedecían en la medida en que la desobediencia acarreara un castigo obligatorio; tan pronto como sentían que podían hacer con impunidad lo que quisiesen, dejaban de obedecer. La cronología del motín indica que se originó en el regimiento Pavlovski, sublevado durante la noche del 26 al 27 de febrero tras la rebelión abortada de una compañía. Beliáiev quería someter a los participantes a la justicia marcial y ejecutar a los que fueran declarados culpables, pero Jabálov desestimó esta opción y ordenó en cambio el arresto de los cabecillas.[38] Le faltó temple, y eso fue fatal. Trotski, que en situaciones semejantes actuaría con resuelta brutalidad, describió de la siguiente manera la psicología del ruso al borde de la rebelión militar:

> La hora crítica del contacto entre la masa que empuja y los soldados que le cierran el paso tiene su minuto crucial. Es el minuto en el que la barrera gris aún no ha cedido, aún se mantiene firme hombro con hombro, pero ya vacila, y el oficial, jugándose la última carta, da la orden: «¡Fuego!». Los gritos de la multitud, el aullido de terror y las amenazas ahogan la voz de mando, pero no del todo. Los fusiles tiemblan. La masa empuja. El oficial, entonces, encañona con su revólver al soldado más sospechoso. Estamos ahora en el segundo decisivo del momento decisivo. La muerte del soldado más valeroso, en quien los otros han fijado involuntariamente la mirada en busca de una guía, un cabo que dispara contra la multitud con el fusil del muerto, y la barrera se cierra, las armas se disparan solas y la masa se dispersa por callejones y patios traseros.[39]

El 26 de febrero, la mano de la autoridad imperial vaciló; tan pronto como se negó a disparar contra «los soldados más sospechosos», la disciplina se derrumbó y el motín se propagó como el fuego en un pastizal.

Nicolás seguía sin tener idea de la gravedad de la situación. Por tanto, se sintió comprensiblemente molesto cuando, el 26 de febrero por la noche, le entregaron un cable de Rodzianko

que contradecía los mensajes tranquilizadores enviados por Jabálov y Beliáiev:

> Situación grave. Anarquía en la capital. Gobierno paralizado. Transporte de alimentos y combustible completamente desorganizado. Crece desafección pública. En las calles caos y tiroteos. Unidades del ejército disparan unas contra otras. Es esencial encargar de inmediato la formación de nuevo gobierno a una persona que goce de la confianza del país. No debe haber demoras. Toda demora será funesta. Ruego a Dios que en esta hora la responsabilidad no recaiga en el soberano.[40] [img 33]

El zar decidió ignorar esta advertencia, convencido de que Rodzianko hacía sonar las alarmas para arrancar concesiones en favor de la Duma. A la mañana siguiente llegó otro cable del presidente de esta última: «Situación se deteriora. Imperativo tomar medidas inmediatas porque mañana será tarde. Ha sonado la última hora, decisiva como el destino de la Patria y la dinastía».[41] Nicolás echó un vistazo al mensaje y se dirigió a su edecán, el conde Fredericks: «El torpe de Rodzianko ha vuelto a escribirme toda clase de sinsentidos que ni siquiera me molestaré en contestar».[42]

Sin embargo, en el transcurso del día se puso seriamente a prueba la ecuanimidad de Nicolás, ya que las valoraciones alarmistas de Rodzianko fueron confirmadas por fuentes en las que aquel depositaba mayor confianza. Llegó un cable de Jabálov, quien decía no poder impedir las asambleas no autorizadas porque las tropas estaban amotinadas y se negaban a disparar contra las multitudes.[43] Hubo varios mensajes de la emperatriz, en uno de los cuales esta urgía lacónicamente: «Concesiones necesarias».[44] El gran duque Miguel aconsejó la disolución del gabinete y su sustitución por otro presidido por el príncipe Lvov y responsable ante la Duma. Él mismo se ofreció como regente.[137*] En representación de todos los ministros, Golitsin informó al zar, a las dos de la tarde, de que las turbas estaban fuera de control y de que el gabinete deseaba renunciar en favor de un

ministerio de la Duma, preferentemente presidido por Lvov o Rodzianko. Recomendó, además, imponer la ley marcial y nombrar a un general popular, con experiencia de combate, como responsable de la seguridad de la capital.[45] Nicolás solicitó a Voiéikov que se pusiera en contacto con Beliáiev, el ministro de la Guerra, para evaluar la situación. Beliáiev confirmó que Petrogrado estaba fuera de control.[46] La comunicación decisiva provino del conde Pável Benckendorff, gran mariscal de la corte, que preguntó si el zar quería que su esposa y sus hijos se reunieran con él. Pero los niños tenían sarampión y, como no quería que viajaran, Nicolás decidió volver a Tsárkoie; dispuso que prepararan su tren para partir esa noche (27-28 de febrero).[47] [img 34]

En esta coyuntura, Nicolás sabía que había graves disturbios en la capital, pero todavía no se hacía una idea cabal de su profundidad e intensidad; como Luis XVI el 14 de julio de 1789, suponía estar enfrentándose a una rebelión, no a una revolución, y creía que los desórdenes podían sofocarse por la fuerza. Dos decisiones dan fe de ello. Rechazando la solicitud del primer ministro para que permitiera que él y sus colegas entregaran las riendas de la administración a un gabinete de la Duma, ordenó que todos se mantuvieran en sus puestos.[48] Aceptó, no obstante, la recomendación de Golitsin de designar a un dictador militar como responsable de la seguridad de Petrogrado, y escogió para este papel a Nikolái Y. Ivánov, un general de sesenta y seis años que se había distinguido en la campaña de Galitzia de 1914 y que atesoraba una amplia experiencia en el Cuerpo de Gendarmería. Esa noche, durante la cena, Nicolás, con el semblante pálido, triste y preocupado,[49] lo llevó aparte para mantener una larga charla con él. Ivánov tenía que dirigirse a Tsárkoie Seló al frente de tropas leales para garantizar la seguridad de la

familia imperial y luego, como jefe recién designado del distrito militar de Petrogrado, asumiría el mando de los regimientos traídos desde el frente para ayudarlo. Todo el gabinete quedaría subordinado a él.[50] A las nueve de la noche, Alexéiev envió un cable al general Danílov, jefe del Estado Mayor del frente norte en Pskov, para concertar el envío de dos regimientos de caballería y otros dos de infantería integrados por las tropas «más estables [y] de fiar» y liderados por oficiales «valerosos», con el fin de ponerse a las órdenes de Ivánov.[51] Se enviaron órdenes similares al cuartel general del frente occidental.[52] Las dimensiones del contingente —ocho regimientos de combate complementados con unidades de ametralladores— indicaba que Nicolás y sus generales tenían prevista una gran operación para reprimir el motín.

Ivánov alertó al batallón de los Caballeros de San Jorge, compuesto por veteranos heridos condecorados con la Cruz de San Jorge por su valentía en el combate y destinados en Moguilev como custodia del cuartel general. En una conversación mantenida con amigos, pareció dudar bastante de la fiabilidad de sus hombres y el éxito de su misión.[53] El contingente de ochocientos efectivos partió de Moguilev en tren alrededor de las once de la mañana, con destino a Tsárkoie por la ruta más directa, a través de Vítebsk y Dno. El propio Ivánov lo siguió dos horas después. [img 35]

Nunca se sabrá si, de haber actuado Nicolás de manera resuelta en los días siguientes, Ivánov habría tenido éxito, porque su misión fue abortada. Pero sus perspectivas no parecían ser tan desesperadas como en apariencia creían los políticos y, bajo la influencia de estos, también los generales. El 27 de febrero, la rebelión se concentraba exclusivamente en Petrogrado; salvo por algunas huelgas de solidaridad en

Moscú, el resto del país estaba tranquilo. Una acción decidida por parte de tropas disciplinadas del frente podría haber sofocado una revuelta que todavía era, en sus principales aspectos, un motín de la soldadesca. Pero se abandonó el plan porque los políticos habían llegado al convencimiento —erróneamente, como demostrarían los acontecimientos— de que solo la Duma era capaz de restablecer el orden. Y a su vez convencieron a los generales, que ejercieron una presión irresistible para que Nicolás entregara el poder. De hecho, cuando finalmente se hicieron, las concesiones políticas tuvieron el efecto contrario al previsto y transformaron el motín de la guarnición de Petrogrado en una revolución nacional.

Dicha guarnición se había convertido en una turba incapaz de ofrecer resistencia, tal como lo ilustra un incidente ocurrido en la sesión de apertura del recién formado sóviet, el 28 de febrero. Según recordaba Shliápnikov, después de que Chjeidze diera por inaugurada la reunión y el Comité Ejecutivo diera parte de su actividad,

> se oyeron comentarios sobre el informe, en buena medida irrelevantes. Hablaron soldados, representantes de los regimientos, con saludos y felicitaciones por la «victoria del pueblo». A raíz de esos discursos la sesión del sóviet se transformó rápidamente de una reunión formal en un mitin. […] Cerca del Palacio de Táuride retumbó el fuego de ametralladoras. El sonido del tiroteo penetró en el salón donde se celebraba la sesión y llegó a los finos oídos de los soldados. De inmediato estalló el pánico. La gente se atropelló para llegar a las puertas, inundando como una ola la sala de Catalina. En ese vasto espacio, los soldados también intentaron buscar distintas salidas. Algunos rompieron las ventanas para saltar al jardín a través de los cristales rotos.[54]

El tren imperial —azul con adornos dorados— partió de Moguilev a las cinco de la mañana del 28 de febrero, por delante de Ivánov y sus tropas y precedido por un tren de escolta con oficiales y guardias militares. No tomó la línea más directa a Tsárkoie para no interferir en la misión de

Ivánov,[55] sino que siguió en cambio una ruta más larga y tortuosa, inicialmente en dirección al este, hacia Moscú, hasta llegar a Viazma, donde viró hacia el noroeste, en dirección a Bologoye. Esta desviación tendría graves consecuencias. Ivánov llegó a Tsárkoie el 1 de marzo, según lo previsto. Si el tren imperial hubiese seguido la misma ruta, Nicolás habría estado con su esposa el 2 del mismo mes, cuando se intensificaron las presiones para que abdicara. La emperatriz estaba convencida de que, de haber estado ella a su lado, el zar habría resistido las demandas de ceder el trono.

El entorno imperial viajó todo el 28 de febrero sin incidentes. Pero a eso de la una de la noche, mientras el tren escolta llegaba a Malaya Vishera, a 170 kilómetros al sudeste de la capital, un oficial lo abordó para informar de que más adelante había tropas «hostiles» que controlaban las vías. Un poco más tarde, cuando el tren imperial llegó a aquella localidad, se despertó al zar. Tras una breve consulta se decidió regresar a Bologoye y de allí ir a Pskov, sede del cuartel general del frente norte, bajo el mando del general Nikolái V. Ruzski, y punto más cercano donde había un telégrafo de Hughes. Voiéikov, testigo de este episodio, afirma que Nicolás mantuvo en todo momento una perfecta compostura.[56] El tren imperial llegó a Pskov a las 19.05 del 1 de marzo.

A su llegada, Nicolás recibió la bienvenida del gobernador, pero para sorpresa y consternación de todos Ruzski no estaba en el lugar. Apareció algunos minutos después, «encorvado, canoso y viejo, con botas de goma […], el rostro pálido y enfermizo y un brillo poco amistoso en los ojos detrás de las gafas».[57] Ruzski, que iba a desempeñar un papel crucial —solo superado por el de Alexéiev— en los acontecimientos posteriores, era probablemente el más politizado de los

generales al mando. Con frecuencia se las había tenido con Protopópov en relación con la gestión del suministro de alimentos por parte de este, así como respecto de su decisión de quitarle el mando del Distrito Militar de Petrogrado. Simpatizaba plenamente con la oposición de la Duma. Le disgustaba Nicolás y consideraba anacrónica la institución del zarismo. «Así pues, Nicolás [pasaría] los dos días más cruciales de su vida bajo la influencia del comandante militar que estaba de manera más resuelta en su contra».[58] Desde el momento de la llegada del zar, Ruzski procuró influir sobre él para que realizara concesiones a la Duma y, luego, para que abdicara.[138*]

A Rodzianko se le esperaba en Pskov esa noche con un informe detallado de la situación en la capital, pero el sóviet le impidió partir. A las 20.41 se informó a Pskov del hecho.[59]

Nicolás no era consciente de que su papel ya era irrelevante, dado que en la capital los acontecimientos se producían movidos por su propia inercia. Sus funcionarios civiles y militares habían perdido el control de la situación. El 1 de marzo, el conflicto ya no enfrentó al zar con la Duma, sino a esta con el nuevo aspirante al poder, el Sóviet de Petrogrado.

Después de que los amotinados hicieran su trabajo, el centro de la atención se trasladó al Táuride. Los líderes de la Duma se habían enterado la noche anterior de que el zar había ordenado la suspensión de las sesiones. Bajo la presión de diputados radicales, Rodzianko programó a regañadientes para la mañana siguiente una sesión del Bloque Progresista y el Consejo de Ancianos (Senoren Konvent), compuesto por representantes de los partidos de la Duma.[60] Esta tenía ahora la oportunidad de mostrar su temple, desafiando la orden del zar y volviendo a reunirse como asamblea revolucionaria.

Había estado durante tanto tiempo a la vanguardia de la oposición al zarismo que, mientras el caos se extendía por la ciudad, los ojos de la gente se volvían instintivamente hacia ella en busca de una guía. Se esperaba que procediera de inmediato a formar un gabinete y hacerse cargo de la administración del país.

Pero ahora que había llegado por fin la oportunidad de hacerlo, la Duma se refugió en las legalidades. Nicolás aún era el soberano; después de ordenar la suspensión de las sesiones de la Duma, esta ya no existía en el plano legal. Algunos diputados, tanto de la izquierda como de la derecha, exhortaron a hacer caso omiso de los deseos del zar, pero Rodzianko se negó y, en cambio, envió un cable a Nicolás pidiéndole autorización para que el Parlamento formara un gabinete. A comienzos de la tarde aceptó que el Consejo de Ancianos decidiera el curso de acción. Los hombres de Estado más veteranos de la Duma estaban muy nerviosos. No querían inflamar las pasiones populares y contribuir a la anarquía con su desafío al zar, y al mismo tiempo les parecía imposible no hacer nada, ya que las turbas convergían en el edificio parlamentario exigiendo acción. El 27 de febrero, una multitud formada por 25.000 personas llenó el espacio frente al Palacio de Táuride, y algunos de los manifestantes entraron en él.

Enfrentados a esta apremiante situación, los ancianos se inclinaron por una débil solución de compromiso. Como una concesión a los deseos del zar, pidieron a los diputados que se congregaran a las dos y media de la tarde en otra estancia del Táuride —el llamado «salón semicircular»— en calidad de «órgano privado». Asistieron a la reunión la mayoría de los miembros del Bloque Progresista y a ellos se sumaron los socialistas, pero no los conservadores. Así describe Shulguín la escena:

> En la sala apenas había lugar para todos; la Duma entera estaba allí. Rodzianko y los ancianos se sentaron a una mesa. A su alrededor, sentados y de pie, apiñados, los demás formaban una masa compacta. Asustados, excitados, en cierta forma espiritualmente aferrados unos a otros. Incluso los enemigos de larga data sentían de improviso que había algo igualmente peligroso, amenazante, repulsivo para todos ellos. Era la calle, la turba callejera. […] Uno podía sentir su intenso aliento. […] Con la calle se acercaba Ella, en quien muy pocos pensaban por entonces pero que, sin duda, muchos percibían inconscientemente. Por eso estaban pálidos y con el corazón secretamente oprimido. Rodeada por una multitud de muchos miles, en la calle acechaba la Muerte.[61] [img 36]

Tras una discusión caótica, en la cual quienes proponían que el Consejo de Ancianos asumiera de inmediato el poder chocaron con los más cautelosos partidarios de la legitimidad, se decidió constituir un ejecutivo de doce miembros de la Duma, aún de naturaleza «privada», que se conocería como «Comité Provisional de los Miembros de la Duma para el Restablecimiento del Orden en la Capital y el Establecimiento de Relaciones con Individuos e Instituciones». Presidido por Rodzianko, lo integraron en un principio representantes del Bloque Progresista más dos socialistas (Kérenski y Chjeidze); era una coalición que se extendía desde los nacionalistas moderados hasta los mencheviques. El nombre ridículamente torpe dado al comité reflejaba la timidez de sus organizadores. El levantamiento revolucionario que habían augurado durante tanto tiempo los había pillado desprevenidos; expertos en el duelo con los ministros, no tenían idea de cómo manejar turbas furiosas. Ni siquiera sabían cómo reivindicar el poder para sí. La escritora Zinaida Gippius, al observar la timidez de los líderes de la Duma y contrastarla con el comportamiento resuelto de la *intelligentsia* radical en el sóviet, comentó en su diario la inhibición psicológica que los retenía:

> Solo podían pedir una «autoridad legítima». La Revolución ha abolido esa autoridad sin su participación. Ellos no la derrocaron, sino que solo se mantuvieron mecánicamente en la superficie, por encima; pasivamente, sin

un acuerdo previo. Pero son *naturalmente* impotentes porque no pueden *tomar* el poder; es preciso dárselo, y dárselo desde arriba. Mientras no se sientan *investidos* del poder, no podrán ejercerlo.[62]

Se ha sostenido[63] que la incapacidad de la Duma para proclamar de inmediato y de manera inequívoca su asunción del poder tuvo consecuencias desastrosas, porque privó de su legitimidad al Gobierno Provisional que saldría de ella. Sin embargo, la importancia que pueda atribuirse a este hecho deriva menos de los aspectos jurídicos de la soberanía, que no interesaban a la población en general, que de la mentalidad revelada por él, a saber, el sentimiento de pavor frente a la responsabilidad. Un testigo presencial ha señalado que el grupo de la Duma decidió constituir su Comité Provisional en una atmósfera que no era muy diferente de la que, en tiempos normales, habría existido a la hora de designar una comisión de pesca.[64] Alexánder V. Gerásimov, ex jefe de la Ojrana de Petrogrado, creía que al aferrarse a la ficción de que no tomaban el poder sino que formaban un órgano privado para ocuparse de los desórdenes, los líderes de la Duma también querían protegerse de una persecución penal en caso de que la Corona lograra sofocar la rebelión, puesto que en el transcurso del día tuvieron conocimiento de que se acercaba la expedición punitiva del general Ivánov.[65]

Según un proverbio polaco, donde no hay pescado buenos son cangrejos de río. A ojos de las masas de Petrogrado, la Duma era el gobierno, y entre el 27 de febrero y el 1 de marzo numerosas delegaciones se personaron en el Táuride para prometer apoyo y lealtad. En ellas no solo había obreros, soldados e intelectuales, sino también miles de oficiales, las unidades militares que custodiaban los palacios imperiales y, lo más extraño de ver, un destacamento del Cuerpo de Gendarmería que marchó hacia el palacio al compás de *La Marsellesa* y con banderas rojas.[66] El 1 de marzo, el gran

duque Cirilo Vladimírovich, jefe de la Guardia Palaciega en Tsárkoie Seló y primo de Nicolás, anunció que sus hombres y él reconocían la autoridad del Gobierno Provisional.[139*][67]

El repentino cambio de parecer por parte de los elementos más ultramontanos de la sociedad de Petrogrado —oficiales derechistas, gendarmes, policías— que apenas unos días antes eran pilares de la monarquía solo puede explicarse por un factor: el miedo. Shulguín, que se encontraba en medio de los acontecimientos, no tenía dudas de que los oficiales, en particular, estaban paralizados por el miedo y buscaban la protección de la Duma para salvar su vida de los ataques de las tropas amotinadas.[68]

El Comité Provisional envió cables a los comandantes de las fuerzas armadas informándoles de que, para poner fin a la crisis de autoridad, había asumido el poder del viejo gabinete. El orden no tardaría en ser restablecido.[69]

A última hora de la tarde, Rodzianko visitó al primer ministro Golitsin para preguntarle si el zar aceptaría la formación de un ministerio de la Duma. Golitsin lo puso al corriente de la respuesta negativa de Nicolás. Cuando a las diez de la noche Rodzianko volvió con esta información al Táuride, se entabló en el Comité Provisional una larga discusión que llevó a la inexorable conclusión de que no había otra opción que asumir la autoridad gubernamental *de facto*. La alternativa era, o bien el desmoronamiento completo del orden, o bien la asunción del poder por un órgano rival y radical, el Sóviet de Petrogrado, que había sido creado ese mismo día.[70] [img 37] [img 38]

Los mencheviques fueron los primeros en proponer, el 25 de febrero, la reinstauración del Sóviet de Petrogrado, pero la iniciativa provino de dos miembros del Grupo Central de Trabajadores que, encarcelados en enero por orden de

Protopópov, fueron liberados por la muchedumbre insurrecta en la mañana del 27 de febrero: Kosma A. Gvózdev, su presidente, y B. O. Bogdánov, su secretario, ambos mencheviques. Se emitió un llamamiento a los soldados, trabajadores y otros habitantes de Petrogrado a elegir representantes para una reunión organizadora del sóviet esa noche en el Táuride. Lo firmaba el «Comité Ejecutivo Provisional del Sóviet de Diputados Obreros».[71] No había casi tiempo para las elecciones, y cuando esa noche se inició la reunión eran pocos los representantes elegidos disponibles. Aunque según algunos relatos se presentaron unas 250 personas, la mayoría eran espectadores; solo a entre cuarenta y cincuenta se las consideró en condiciones de votar.[72] Los reunidos eligieron un Comité Ejecutivo Provisional, o Ispolkom, de ocho o nueve personas, sobre todo mencheviques; Chjeidze asumió como presidente, con Kérenski y Matvéi I. Skóbelev como vicepresidentes. Como no se levantó acta, no puede establecerse con exactitud lo acontecido. Hablaron algunos soldados, por lo que se decidió admitirlos en calidad de tales como miembros del sóviet en una sección aparte. Hubo luego discusiones sobre el problema de los alimentos y la necesidad de crear una milicia para mantener el orden. Se resolvió publicar *Izvestia* como órgano oficial del sóviet y solicitar al Comité Provisional que se hiciera cargo del Banco del Estado y otras instituciones fiscales para retener los fondos de las autoridades imperiales.[73]

El 28 de febrero, las fábricas y unidades militares eligieron representantes al sóviet. En su inmensa mayoría, los elegidos eran socialistas moderados; los partidos extremistas (bolcheviques, socialistas revolucionarios maximalistas y *mezhraiontsi*) obtuvieron en total menos del 10 por ciento de los votos.[74] Los procedimientos de votación eran caóticos;

seguían las prácticas tradicionales de las asambleas populares rusas, que se esforzaban por obtener no una representación matemáticamente exacta de las opiniones personales, sino una idea de la voluntad colectiva. Pequeños talleres enviaron tantos representantes como grandes fábricas y las unidades del ejército, desde los regimientos hasta las compañías, hicieron otro tanto, con el resultado de que el sóviet se constituyó con una aplastante mayoría de delegados de pequeñas empresas y la guarnición. En su segunda semana de existencia, de los 3.000 diputados más de 2.000 eran soldados, [75] en una ciudad donde los obreros industriales eran dos o tres veces más numerosos que ellos. En las fotografías del sóviet predominan los uniformes militares.

Las sesiones plenarias del órgano, la primera de las cuales se celebró el 28 de febrero, se asemejaban a una gigantesca asamblea aldeana; era como si las fábricas y los cuarteles hubieran enviado sus *bolshaki*. Carecían de orden del día, así como de procedimientos para la toma de decisiones; la práctica era la discusión abierta, en la cual todos los que querían hablar tenían voz, para llegar a un veredicto unánime. Como una asamblea aldeana, en esta etapa el sóviet se parecía a un cardumen de peces capaz de cambiar al instante de dirección en respuesta a una orden invisible. Sujánov describe así estas primeras reuniones:

> «¿Y qué está pasando en el sóviet?», recuerdo haberle preguntado a alguien que había venido a la reunión. Mi interlocutor hizo un gesto desesperanzado con la mano: «¡Un jaleo! Cualquiera se levanta y dice lo que se le ocurra». […]
>
> Tuve varias oportunidades de atravesar el salón de reuniones. Al principio parecía igual a la noche anterior: diputados sentados en sillas y bancos, a la mesa dentro de la estancia y a lo largo de las paredes; entre los que estaban en los asientos y los pasillos, y en cada extremo de la sala, había gente de todo pelaje, que creaba confusión y desorganizaba la reunión. Luego la multitud de pie se volvió tan densa que era difícil atravesarla, y llenó el lugar hasta tal punto que los que tenían sillas también las dejaron y

> todo el salón, salvo las primeras filas, se convirtió en una masa informe de personas de pie que estiraban el cuello. […] Unas horas después, las sillas habían desaparecido por completo del salón, para no ocupar espacio, y la gente, bañada en sudor, seguía apiñada y sin poder moverse. El «presídium» mismo estaba sobre una mesa, mientras una multitud de personas avispadas que habían trepado a ella se asomaban por encima de los hombros del presidente y le impedían conducir la reunión. Uno o dos días después, también habían desaparecido las mesas excepto la del presidente, y la asamblea terminó por parecerse a un mitin de masas en una escuela de equitación.[140*][76]

Como una multitud semejante no podía cumplir otra finalidad que la de ser un foro de debate y como, además, los intelectuales creían saber qué era lo mejor para las «masas», la autoridad con poder de decisión del sóviet se transfirió rápidamente al Ispolkom. Este cuerpo, sin embargo, no era representativo de los obreros y soldados, porque sus miembros no eran elegidos por el sóviet, sino designados por los partidos socialistas, como en 1905. Los integrantes del Ispolkom no representaban a los obreros y soldados, sino a sus respectivas organizaciones políticas, y otros miembros de estas podían reemplazarlos en cualquier momento. Esta forma de organización respondía a una política deliberada de los intelectuales radicales, como lo ilustra el siguiente incidente. El 19 de marzo, la sección de soldados votó la ampliación del Ispolkom, al que debían sumarse nueve soldados y nueve obreros. El cuerpo rechazó esta propuesta con el argumento de que la ampliación se realizaría en la Consulta Panrusa de los Sóviets, programada para finales de mes.[77] Los intelectuales que manejaban el Ispolkom procuraron incluso que su composición fuera secreta. Solo dieron a conocer los nombres de sus integrantes a finales de marzo, después de que en las calles de Petrogrado aparecieran volantes en los que se exigía hacer públicas sus identidades. [141*] [img 39]

En consecuencia, en vez de funcionar como el órgano

ejecutivo del sóviet, el Ispolkom era un cuerpo de coordinación de los partidos socialistas, que se superponía a aquel y hablaba en su nombre. La primera cooptación del Ispolkom se produjo el 6 de marzo, cuando invitó al Partido de los Socialistas Populares a enviar un portavoz. Dos días después se agregó a un socialista revolucionario en representación de un grupo autodenominado Oficiales Republicanos; el 11 de marzo, los Partidos Socialdemócratas de Polonia y Lituania y el de Letonia recibieron un puesto cada uno, y el día 15 se sumó un delegado bolchevique. Esta manera de incorporar miembros al Ispolkom se formalizó el 18 de marzo con la adopción del principio de que cada partido socialista tenía derecho a tres puestos, dos de su Comité Central y uno de sus organizaciones locales.[142*] [img 40]

El principio tuvo tres consecuencias. Amplió de manera artificial la representación del Partido Bolchevique, que tenía un pequeño número de seguidores entre los obreros y prácticamente ninguno entre los soldados, y fortaleció también la de los socialistas moderados, a raíz de lo cual el Ispolkom adquirió un talante político que con el tiempo lo pondría en contradicción con el estado de ánimo cada vez más radical del país. Y, lo más importante, burocratizó el Ispolkom; si bien este decía ser el órgano ejecutivo de las «masas de obreros y soldados», la presencia casi nula de unos y otros en su seno lo convirtió, en esencia, en un comité de intelectuales radicales, dedicados a llevar a la práctica sus propias concepciones y ambiciones:

> La desposesión burocrática en beneficio de las organizaciones avanzó de manera irreversible. La representación se establecía en virtud de la adhesión a una organización, no de elecciones, que solo existían como una fachada. Aun así, nada indica que estos demócratas pretendieran conscientemente violar o parodiar los procedimientos burocráticos. Ninguna protesta ni discusión alguna enturbiaban la atmósfera de unanimidad, excepto cuando se trataba de la cantidad de representantes que debían admitirse y la elección de las organizaciones definidas como «representativas». Con respecto a esta

cuestión se desplegaba una verdadera lucha política. La propuesta bolchevique aspiraba a duplicar la cantidad de sus representantes y asegurarles un excedente de votos mediante la incorporación de los bolcheviques letones. Los representantes de las otras organizaciones no plantearon objeciones; a fin de cuentas, este procedimiento garantizaba en igual medida a los no bolcheviques un excedente aún más amplio entre las personas elegidas. De esa manera, cada tendencia y cada subtendencia de la socialdemocracia o de los socialistas revolucionarios tenían derecho a dos representantes en el buró, aunque detrás de ellos no hubiera más que un puñado de activistas. A la inversa, los miles de soldados y obreros que eran los verdaderos artífices de Febrero desaparecieron para siempre de la escena. En lo sucesivo, los «representantes» [hablarían] en su nombre.[78] [img 41]

Por sorprendente que parezca, las reuniones del Ispolkom, aunque en ellas participaban una pequeña cantidad de personas con educación política, no eran mucho más ordenadas que las del sóviet en general; así fue, al menos, en sus primeras semanas de existencia. Tal como las describe el representante de los *trudoviki*, Vladas B. Stankevich, también eran un manicomio:

En esa época, el Ispolkom tenía un peso y una importancia extraordinarios. Formalmente representaba solo a Petrogrado, pero en los hechos era el órgano revolucionario de toda Rusia, la más alta institución con autoridad, escuchada en todas partes con enorme atención como guía y conductora del pueblo insurgente. Pero esto era una completa ilusión. No había liderazgo alguno y no podía haber habido ninguno. […]

Las reuniones se celebraban todos los días a la una de la tarde, a veces más temprano, y se prolongaban hasta bien entrada la noche, excepto cuando el sóviet celebraba alguna sesión y el Ispolkom se incorporaba a él, de ordinario colectivamente. Por lo común, el orden del día lo fijaba la «comuna» [*mir*], pero era muy raro que se resolviera siquiera uno solo de los asuntos incluidos en él, ya que durante las sesiones siempre surgían cuestiones no pertinentes de las que había que ocuparse al margen de ese orden. […] Los problemas debían resolverse bajo la presión de una extraordinaria multitud de delegados y peticionarios de la guarnición de Petrogrado, del frente, de las zonas remotas de Rusia. Todos estos delegados exigían, como fuera, que se les escuchase en la sesión plenaria del Ispolkom, porque no estaban dispuestos a vérselas con individuos o comisiones. Cuando el sóviet al completo o la sección de soldados se reunían, no había tema que no se disgregara catastróficamente. […]

Con frecuencia, las decisiones más importantes las tomaban mayorías totalmente accidentales. No había tiempo para pensar bien las cosas, porque

> todo se hacía deprisa, tras muchas noches sin dormir, en medio de la confusión. Todo el mundo estaba físicamente exhausto. Noches sin dormir. Reuniones interminables. La falta de alimentos adecuados; la gente vivía a base de pan y té y solo de vez en cuando conseguía una comida de soldado, servida sin cuchillo ni tenedor.[79]

Según Stankevich, en este período inicial «uno siempre podía salirse con la suya en el Ispolkom si insistía con la suficiente obstinación». En estas condiciones, la retórica sustituía al análisis y las buenas intenciones, a la realidad. Más adelante, hacia finales de marzo, cuando Irakli Tsereteli, un destacado menchevique georgiano, regresó del destierro siberiano y asumió la presidencia, las sesiones del Ispolkom adoptaron una apariencia un tanto más ordenada, en buena medida porque las decisiones se tomaban de antemano en asambleas de los partidos socialistas.

Así, el Sóviet de Petrogrado adoptó en un santiamén una personalidad dividida; en la cima, un cuerpo de intelectuales socialistas organizados como Comité Ejecutivo, que hablaban en nombre del sóviet, y abajo, una indócil asamblea aldeana. Salvo por los portavoces de la *intelligentsia*, el sóviet era un órgano rural metido como una cuña en la ciudad más cosmopolita del imperio. Y no era de sorprender: Petrogrado había sido una ciudad predominantemente campesina aun antes de la guerra, cuando los campesinos constituían el 70 por ciento de su población. Durante la contienda, a esta masa rural se sumaron 200.000 trabajadores traídos del campo para emplearlos en las industrias bélicas y 160.000 reclutas y reservistas, en su mayor parte del mismo origen.

De manera congruente con la tradicional concepción menchevique y socialista revolucionaria de los sóviets como órganos de control «democrático» sobre la «burguesía», el 1 de marzo el Ispolkom decidió, por 13 votos a 8, no incorporarse al gobierno que la Duma estaba formando.[143*] Mediante esta decisión la *intelligentsia* socialista se reservaba

el derecho de manejar y criticar al gobierno sin tener que cargar con responsabilidades gubernamentales; una posición muy parecida a la que había mantenido la oposición parlamentaria respecto del zarismo. Como en el caso de las vacilaciones de la cúpula política de la Duma a la hora de reclamar el poder, la *intelligentsia* radical no solo se inspiraba en consideraciones teóricas, sino también personales. Los acontecimientos del 26 y 27 de febrero de 1917 tal vez parezcan marcar, a ojos de la posteridad, una ruptura irreversible con el pasado, pero no era esa la idea que se hacían los contemporáneos. Por entonces, solo Petrogrado se había rebelado; ninguna otra ciudad había seguido su ejemplo. Las expediciones punitivas procedentes del frente podían llegar en cualquier momento. Un contemporáneo de esos acontecimientos, y su historiador, Serguéi Melgunov, señala que en ese momento varios miles de hombres bien comandados y armados podrían haber recuperado con facilidad el control de la capital, tras lo cual la vida de los intelectuales habría estado en serio peligro.[80] Parecía más prudente, por lo tanto, dejar que la Duma «burguesa» se hiciera cargo y manipularla entre bastidores.

Así pues, el 27 de febrero de 1917 surgió en Rusia un peculiar sistema de gobierno llamado *dvoyevlastiye*, o diarquía, que perduró hasta el 25-26 de octubre, cuando dejó paso a la dictadura bolchevique. En teoría, el Comité Provisional de la Duma —pronto rebautizado «Gobierno Provisional»— cargaba con toda la responsabilidad administrativa, y el sóviet se limitaba a funciones de control, a la manera en que podría hacerlo un Parlamento en relación con el poder ejecutivo. La realidad, sin embargo, era muy diferente. El sóviet, o más precisamente su Ispolkom, administraba y legislaba por su cuenta sin informar siquiera al gobierno. En segundo lugar, los socios en este tándem eran

incapaces de una cooperación concreta, porque los objetivos que perseguían eran muy diferentes. Los líderes de la Duma querían poner freno a la revolución, mientras que los líderes del sóviet querían profundizarla. Los primeros se habrían sentido satisfechos con detener la marea de acontecimientos en el punto alcanzado el 27 de febrero al anochecer; para los segundos, esa fecha era un mero trampolín hacia la «verdadera» revolución, es decir, la socialista.

Tras decidir que su única opción era formar un gabinete en contra de los deseos del zar, los líderes de la Duma aún se sentían inhibidos por dos consideraciones, la falta de legitimidad y la falta de medios para controlar a las turbas indóciles. Los miembros más conservadores del Comité Provisional, entre ellos Shulguín y Guchkov, estimaban que debía hacerse otro intento de convencer a Nicolás de dejar en manos de la Duma la designación del gabinete. Pero la mayoría lo consideraba innecesario y prefería buscar su legitimidad en el Sóviet de Petrogrado, o, para ser más precisos, en la *intelligentsia* socialista que integraba el Ispolkom.

La decisión era curiosa en extremo. El sóviet, después de todo, era un cuerpo privado, constituido irregularmente y dirigido por representantes de los partidos socialistas a quienes nadie había elegido. Lo máximo que podía decirse en su favor era que representaba a los obreros y soldados de la ciudad de Petrogrado y sus alrededores, a lo sumo 1 millón de ciudadanos en una nación de 170 millones de habitantes. Desde el punto de vista de la legitimidad, la Cuarta Duma —aun a pesar del derecho restringido al voto mediante el cual se había elegido a sus miembros— tenía mejores fundamentos para hablar en nombre del país en general. Pero sus líderes creían que la seguridad estaba en los números; la cooperación con los partidos socialistas les permitiría refrenar mejor a las

multitudes, así como hacer frente a una potencial contrarrevolución. En esos momentos, el Ispolkom estaba firmemente en manos de los mencheviques, inclinados a aceptar que la Duma asumiera la autoridad gubernamental formal. En consecuencia, la decisión de buscar la legitimidad en el sóviet, representado por el Ispolkom, era psicológicamente entendible. Pero distaba de proporcionar al nuevo gobierno la legitimidad que necesitaba. El 2 de marzo, cuando Miliukov, el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, estaba pronunciando un discurso, alguien del público lo interpeló: «¿Y a vosotros quién os ha elegido?». El ministro solo pudo responder: «Nos ha elegido la Revolución rusa»,[81] una afirmación que cualquier otro aspirante al poder podía hacer con el mismo derecho.[144*]

Los intelectuales socialistas del Ispolkom no tenían la intención de dar carta blanca al nuevo gobierno. Solo estaban dispuestos a respaldarlo con la condición de que aceptara y aplicara un programa de acción que fuera de su agrado; la fórmula rusa era *postolku-poskolku* («en la medida en que»). Con este fin, el 1 de marzo elaboraron un programa de nueve puntos[82] que sirviera de base a la cooperación con el nuevo gobierno. Representantes de ambos cuerpos se reunieron la medianoche del 1-2 de marzo. Miliukov negoció en representación del comité de la Duma; el Ispolkom estaba representado por una delegación pluripartidista encabezada por Chjeidze. De manera bastante inesperada, el comité de la Duma no puso reparos a casi ninguna de las condiciones planteadas por el Ispolkom, en buena medida debido a que estas soslayaban los dos problemas más polémicos que dividían a los liberales de los socialistas, a saber, la conducción de la guerra y la reforma agraria. En el transcurso de las negociaciones, que se extendieron hasta bien entrada la noche, Miliukov convenció a los socialistas de abandonar la

exigencia de instaurar de inmediato una «república democrática», dejando abierta la posibilidad de mantener la monarquía, algo que deseaba ardientemente.[83] Las dos partes llegaron a un acuerdo en lo que se había convertido en un programa de ocho puntos, que debía darse a conocer en nombre del recién formado Consejo Provisional de Ministros con la aprobación del Ispolkom, pero sin su firma. El programa debía ser la base de la actividad gubernamental durante el breve período que había por delante antes de la convocatoria de la Asamblea Constituyente. Los ocho puntos pedían:

1. Amnistía inmediata para todos los presos políticos, incluidos los terroristas.
2. Instauración inmediata de la libertad de expresión, asociación y reunión y del derecho de huelga, tal como lo prometiera el gobierno zarista en 1906, sin llevarlo nunca del todo a la práctica.
3. Abolición inmediata de las restricciones y privilegios relacionados con la nacionalidad, la religión o el origen social.
4. Preparativos inmediatos para la convocatoria de una Asamblea Constituyente, que debía elegirse mediante sufragio universal, secreto, directo y equitativo.
5. Disolución de todos los órganos policiales y sustitución de estos por una milicia con oficiales electos, puesta bajo la supervisión del gobierno local.
6. Nuevas elecciones a los órganos de autogobierno local sobre la base del sufragio universal, directo, equitativo y secreto.
7. Las unidades militares que habían participado en la revolución debían conservar sus armas y tener la

garantía de que no serían enviadas al frente.
8. La disciplina en las fuerzas armadas debía mantenerse, pero siempre que los soldados fuera de servicio disfrutaran de los mismos derechos que los civiles.[84]

Este documento, redactado por políticos exhaustos en mitad de la noche, iba a tener las más nefastas consecuencias. Los puntos más perniciosos eran el 5 y el 6, que abolían de un plumazo la burocracia provincial y la policía, que tradicionalmente habían mantenido intacto el Estado ruso. Los órganos de autogobierno —es decir, los *zemstvos* y los consejos municipales— que iban a reemplazarlas nunca habían tenido responsabilidades administrativas y no estaban preparados para asumirlas. El resultado fue una anarquía instantánea en todo el país; una anarquía de la que el nuevo gobierno se complacía en culpar al antiguo régimen pero que, en los hechos, era en gran medida obra suya. Ninguna revolución en ninguna parte, ni antes ni después de 1917, causó tantos estragos administrativos.

Los puntos 1 y 7 eran apenas un poco menos calamitosos. Era imposible, desde luego, que un gobierno democrático mantuviera en prisión o en el destierro a activistas políticos encerrados por sus opiniones. Pero la amnistía general, que incluía a los terroristas, provocó que los radicales más redomados regresaran de Siberia y el extranjero e inundaran Petrogrado. Viajaban a cargo del gobierno, impacientes por subvertirlo. Cuando los británicos detuvieron a León Trotski en Canadá en su viaje de regreso de Nueva York a su país, Miliukov intercedió y obtuvo su liberación. El Gobierno Provisional emitiría visados de entrada para Lenin y sus camaradas al regresar de Suiza, cuando la intención de estos de trabajar por su derrocamiento no era ningún secreto. De este modo, las autoridades dejaron libres a enemigos de la

democracia, algunos de ellos en contacto con el enemigo y financiados por este; actos difíciles de imaginar en un gobierno más experimentado. Y, para terminar, al permitir que la guarnición de Petrogrado conservara sus armas y comprometerse a no enviarla al frente, el gobierno no solo renunciaba a gran parte de su autoridad sobre 160.000 hombres uniformados, sino que acomodaba en la capital a un campesinado insatisfecho y armado que sus enemigos podían volver contra él.

El 2 de marzo, Yuri Steklov, un *mezhraionets*, sometió en nombre del Ispolkom el acuerdo de ocho puntos a la aprobación del sóviet. Se decidió que este designaría un «comité de supervisión» (*nabliudatelnyi komitet*) para vigilar al gobierno. Una vez renegociados los cambios, el Comité Provisional anunció que asumía el poder.[145*] A petición de Miliukov, el Ispolkom llamó a la nación a apoyar al nuevo gobierno. La declaración pecaba de tibieza y ponía condiciones: la democracia debía respaldar a la nueva autoridad «en la medida en que» esta cumpliera con sus obligaciones y librara una lucha decidida contra el antiguo régimen.[85]

Así, desde el momento de su creación el gobierno democrático de Rusia debió su legitimidad a un órgano de intelectuales radicales que, al tomar el control del ejecutivo del sóviet, se habían arrogado el derecho a hablar en nombre de la «democracia» y daban a entender que aquel solo funcionaba porque ellos lo toleraban. Aunque dicha dependencia estaba condicionada en alguna medida por la necesidad de obtener la ayuda del sóviet para apaciguar a las masas insurgentes, los liberales y conservadores que integraban el primer Gobierno Provisional no veían nada malo en todo ello. Fueron ellos, después de todo, quienes

solicitaron una declaración de apoyo del Ispolkom al gobierno. También tenían pocas objeciones a las condiciones sobre cuya base el cuerpo había aceptado respaldarlos. Según Miliukov, al margen de los dos puntos que se habían dejado de lado o revisado, y del punto 7, la declaración redactada por el Ispolkom no solo era plenamente aceptable para el comité de la Duma —o permitía al menos una interpretación aceptable—, sino que «se deducía directamente de las concepciones personales que el gobierno recién formado se hacía de sus tareas».[86] En efecto, los kadetes ya habían presentado en 1906 a Stolipin las demandas que el borrador del Ispolkom formulaba en los puntos 1, 5 y 6.[87]

Miliukov escogió en persona a los miembros del nuevo gabinete. Su composición, acordada en la noche del 2 de marzo, era la siguiente:

Presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior:	Príncipe G. E. Lvov
Ministro de Asuntos Exteriores:	P. N. Miliukov
Ministro de Justicia:	A. F. Kérenski
Ministro de Transportes:	N. V. Nekrásov
Ministro de Comercio:	A. I. Konoválov
Ministro de Instrucción Pública:	A. A. Manuilov

Ministro de la Guerra:	A. I. Guchkov
Ministro de Agricultura:	A. I. Shingarev
Ministro de Finanzas:	M. I. Teréschenko
Interventor de las Cuentas del Estado:	I. V. Godnev
Procurador del Santo Sínodo:	V. N. Lvov

Todos estos nombramientos habían sido enunciados desde bastante tiempo atrás y los nombres habían aparecido en la prensa en 1915 y 1916. Los representantes de la Duma mostraron la lista del gabinete propuesto al Ispolkom y pidieron su aprobación, pero este prefirió dejar el asunto en manos de la «burguesía».[88]

Lvov, de cincuenta y seis años, era un terrateniente de posición acomodada con una larga experiencia en el movimiento de los *zemstvos*. Durante la guerra había presidido la Unión Rusa de Consejos de Zemstvos y Consejos Municipales (Zemgor). Según Miliukov, se le había elegido para encabezar el gabinete porque como presidente del Zemgor había estado muy cerca de desempeñar el papel de «dirigente» de la sociedad, pero se sospechaba que era una suerte de testaferro, una figura oportuna para ocultar las aspiraciones de aquel a liderar el gobierno.[89] Sería difícil imaginar a alguien menos apto para dirigir los asuntos rusos en medio de esa época turbulenta. Lvov no solo no tenía experiencia en la administración pública, sino que profesaba

una forma radical de populismo, enraizada en una fe sin límites en la sagacidad y la buena voluntad del «pueblo». A su juicio, el gobierno central era un mal sin paliativos. Al asumir el cargo declaró: «El proceso de la Gran Revolución aún no ha terminado, pero cada día que vivimos fortalece nuestra fe en las inagotables facultades creativas del pueblo ruso, su sabiduría política, la grandeza de su alma».[90] Llevaba sus convicciones democráticas y populistas al extremo del anarquismo. Cuando, durante las semanas y los meses que siguieron, llegaban delegaciones provinciales a Petrogrado en busca de instrucciones, Lvov las recibía con invariable atención y respeto, pero se negaba terminantemente a darles directivas. Al solicitársele que nombrara nuevos gobernadores en sustitución de los cesados por el gobierno, respondió: «Esa petición es un reflejo de la vieja psicología. El Gobierno Provisional ha destituido a los viejos gobernadores y no designará ninguno. Que los elijan localmente. Esas cuestiones no debe resolverlas el centro, sino la población misma».[91] Llevó este principio al paroxismo: creía que en una democracia auténtica las personas interesadas toman todas las decisiones,[92] mientras que la función del gobierno se limita al parecer a llevar un registro de lo acordado. Vladímir D. Nabókov, secretario del gabinete, escribió: «No recuerdo una sola ocasión en que [Lvov] utilizara un tono que denotara autoridad o se expresara de manera resuelta y terminante […], era la personificación misma de la pasividad».[93] Desprovisto de imaginación, no era consciente de la magnitud de los acontecimientos en medio de los cuales se encontraba. Pero, a fin de cuentas, ¿qué podía esperarse de un hombre a quien, en una visita a las cataratas del Niágara, no se le ocurrió nada mejor que decir: «Ahora bien, en realidad, ¿qué hay de maravilloso en esto? Un río que fluye y cae, eso es todo»?[94] Arrastraba consigo su solemne tedio a donde fuera.

Lvov fue un completo desastre como primer ministro, y su fracaso se acentuó debido a que también era ministro del Interior. Tras renunciar a su cargo en julio, desapareció sin dejar rastro y murió olvidado en París en 1926. [img 42]

Debido a su ineficacia y su blandura, quedó eclipsado por las dos personalidades más fuertes del gabinete, Pável Miliukov y Alexánder Kérenski, los políticos más conocidos de Rusia y rivales encarnizados.

Nacido en 1859, Miliukov pertenecía a una generación anterior a la de Kérenski. Su mayor fortaleza era una energía inagotable; podía trabajar veinticuatro horas al día, presidiendo reuniones políticas y negociando, y aun así encontrar tiempo para escribir libros, dirigir periódicos y dictar conferencias. Tenía un vasto caudal de conocimientos; sus estudios académicos le granjearon una sólida reputación como uno de los máximos historiadores de Rusia. También era un parlamentario experimentado, desprovisto de vanidad y sentimentalismos. Sin embargo, carecía por completo de intuición política, y este defecto haría naufragar su carrera. Struve decía de él que practicaba la política como si fuera un ajedrecista, y de haberlo sido Miliukov habría alcanzado el título de gran maestro. Una y otra vez llegaba a una posición política mediante un proceso de deducción y no cejaba hasta mucho después de que para todos los demás resultara evidente que estaba condenada al fracaso. Como ministro de Asuntos Exteriores, su insistencia, primero, en mantener la monarquía, y en reclamar luego para Rusia Constantinopla y los Dardanelos, reflejó este defecto.

Kérenski era lo opuesto a Miliukov; si su rival era todo teoría y lógica, él era todo impulso y emoción. Gracias a su capacidad para intuir el estado de ánimo popular, apareció tempranamente como un ídolo de la revolución; gracias a su

emotividad, se demostró incapaz de hacer frente a las responsabilidades que había asumido.

Con apenas treinta y seis años en febrero de 1917, se había preparado durante mucho tiempo para dirigir la revolución venidera. Durante su juventud, no había mostrado una ideología definida; su biografía deja ver a un hombre de una inmensa ambición en busca de una causa. A la larga se unió a los socialistas revolucionarios. Atrajo la atención nacional por primera vez como abogado defensor en célebres juicios de carácter político (por ejemplo, el caso Beilis y el de los trabajadores del río Lena). En la Cuarta Duma asumió el liderazgo de la amorfa facción *trudovik* y, gracias a sus dotes retóricas, llegó a ser el portavoz de toda la izquierda. Informes policiales hechos públicos después de la Revolución de Febrero revelaron que en 1915 y 1916 había llevado una doble vida. Valiéndose de su inmunidad parlamentaria, había viajado por toda Rusia para discutir con revolucionarios, a los que procuraba organizar con finalidades subversivas.[95] Mucho antes de la revolución se le consideraba una estrella en ascenso, y él mismo se veía de ese modo. Consciente de su parecido físico con el emperador francés, le gustaba afectar poses napoleónicas. Tenía grandes dotes teatrales y recurría a gestos y otras estratagemas que cabezas más frías desestimaban como melodramáticos, pero que las multitudes adoraban. Podía excitar y persuadir a las masas como nadie, pero el efecto de su retórica era efímero. Los contemporáneos creían que le faltaba talento para juzgar a la gente, un defecto que, sumado a una personalidad impetuosa, terminó por destruirlo políticamente.

Para forjar su carrera en la Rusia revolucionaria, Kérenski quería establecer un vínculo singular entre los dos elementos de la diarquía, la «burguesía» y la «democracia», y en esta

ambición tuvo algún éxito. Al bosquejar el gabinete de la Duma, Miliukov reservó dos carteras para los diputados socialistas del Ispolkom, con la esperanza de que fueran un puente entre el gabinete y el sóviet. Se ofreció a Chjeidze el cargo de ministro del Trabajo, creado *ad hoc*. Fiel a la resolución del Ispolkom de mantenerse al margen del gabinete «burgués», declinó el ofrecimiento. Kérenski, por su parte, ansiaba desesperadamente acceder al Ministerio de Justicia; un cargo ministerial, combinado con la pertenencia al Ispolkom, lo pondría (tras la negativa de Chjeidze) en una posición sin igual como intermediario entre las dos instituciones centrales del nuevo régimen. Pidió al Ispolkom autorización para formar parte del gabinete. Cuando se la denegaron, pasó por encima del comité para apelar a las «masas». En un apasionado discurso en el sóviet prometió que, como ministro, nunca traicionaría los ideales democráticos. «No puedo vivir sin el pueblo —exclamó con el patetismo que era su sello de identidad—, y tan pronto como dudéis de mí, ¡matadme!» Tras pronunciar estas palabras amagó con desmayarse. Era puro melodrama, pero funcionó. Los obreros y soldados le brindaron una entusiasta ovación y lo llevaron al salón donde se reunía el Comité Provisional de la Duma. Incapaz de enfrentarse a esta muestra de aprobación masiva, el Ispolkom autorizó a Kérenski a aceptar la cartera de Justicia, pero nunca le perdonó el chantaje.[96] El futuro ministro renunció entonces a la vicepresidencia del sóviet, pero mantuvo su escaño en el Ispolkom. En los meses que siguieron, mientras la autoridad del Gobierno Provisional declinaba, Kérenski llegó inexorablemente a la cima en virtud de su posición dual. [img 43]

Una de las responsabilidades apremiantes del Gobierno Provisional era ocuparse de los antiguos funcionarios zaristas, tanto los que habían sido puestos a buen recaudo por grupos

de «justicieros» como los que habían acudido a la Duma en busca de protección. El 28 de febrero y el 1 de marzo, cientos de esos individuos atestaron los salones y las salas del Táuride. Este fue uno de los momentos de mayor lucimiento de Kérenski como ministro de Justicia. No permitiría actos violentos; lanzó la consigna «La Duma no derrama sangre» y logró hacerla valer frente a terribles turbas dispuestas a linchar a personas que, apenas unas semanas antes, él mismo había denunciado como traidores. Al ordenar su detención, salvó a altos funcionarios zaristas de una muerte segura. En algunos casos, los arrancó personalmente de las manos de turbas empeñadas en asesinarlos; así sucedió con Protopópov y Sujomlínov. Ordenó el traslado de estos al Pabellón Ministerial, situado junto al Táuride y comunicado con este por un pasadizo protegido. Los funcionarios permanecieron allí, muy custodiados, con órdenes estrictas de no conversar. Durante la noche del 1-2 de marzo, con una demostración de fuerza para impresionar a la muchedumbre, se les trasladó a la fortaleza de Pedro y Pablo; el diminuto Protopópov pareció encogerse aún más debido al terror mientras lo llevaban con el arma de un guardia apoyada en la cabeza. Cuando en la fortaleza ya no hubo más lugar, se llevó al resto de los funcionarios al picadero Mijailovski. Se calcula que en los primeros días de la revolución fueron arrestadas o puestas bajo custodia preventiva 4.000 personas. Muchas de ellas morirían durante el «Terror Rojo» bolchevique.

La Revolución de Febrero fue relativamente incruenta. El número total de muertos y heridos se ha cifrado en entre 1.300 y 1.450, 169 de ellos víctimas mortales. La mayoría de las defunciones se produjeron en las bases navales de Kronstadt y Helsinki, donde marineros anarquistas lincharon a oficiales, a menudo por sospechas de «espionaje» debido a que sus apellidos sonaban a alemán.[146*]

El gobierno se hallaba en una posición nada envidiable. Tenía que compartir el poder con el sóviet, controlado por radicales decididos a promover la revolución y preparados, en nombre de ideales sociales, para sabotear la guerra misma que querían proseguir. Tampoco tenía una idea clara de su función. En apariencia era un simple gobierno interino, instaurado para mantener unido el país hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente. «Creen que la autoridad se le ha escapado de las manos al gobierno legal —escribió Zinaida Gippius el 2 de marzo en su diario—, la han recogido, la protegerán y la entregarán a la nueva autoridad legal, que no tendrá semejanza alguna con la vieja».[97] Pero esta actitud se reveló completamente imposible de llevar a la práctica, porque el gobierno se vio desde el comienzo asediado por una multitud de problemas que no podían esperar. En otras palabras, padecía no solo por tener que compartir el poder con otro órgano sino también por no saber cómo usar el poder que le era lícito reclamar.

Aunque el Gobierno Provisional había comunicado la identidad de sus miembros y su programa al Ispolkom, este no se sintió en la obligación de hacer otro tanto y desde el comienzo legisló por su cuenta. El ejemplo más llamativo de esta independencia es la tristemente célebre Orden número 1, emitida el 1 de marzo sin consultar a la Duma a pesar de que incumbía a la institución más vital del país en tiempos de guerra, las fuerzas armadas.

Uno de los mitos de la Revolución rusa es que la Orden número 1 fue dictada por una multitud de soldados mugrientos. Sujánov ha dejado un gráfico retrato del abogado socialdemócrata Nikolái D. Sokólov sentado a una mesa en el Palacio de Táuride y dedicado a poner por escrito las exigencias de las tropas. Existe incluso una fotografía que

parece dar credibilidad a esta versión de los orígenes de la orden.[147*] Sin embargo, un examen más detallado revela que el documento tuvo un origen menos espontáneo. En un inicio, lo redactaron no soldados rasos, sino civiles y delegados de la guarnición escogidos por el Ispolkom; algunos de ellos eran oficiales y la mayoría estaban afiliados a los partidos socialistas. Shliápnikov resalta que las principales cláusulas de la Orden número 1 fueron obra de intelectuales socialistas, ávidos de ejercer una influencia dominante sobre la guarnición.[98] Aunque la orden reflejaba algunas quejas auténticas de los soldados, era en primerísimo lugar un manifiesto político. Sus autores estaban bien versados en la historia de las revoluciones y al corriente de que la principal amenaza contrarrevolucionaria provenía de las fuerzas armadas. Resueltos a no permitir que esto sucediera en Rusia, querían reducir la autoridad de los oficiales sobre las tropas y mantener las armas lejos de su alcance. Martínov señala que desde el primer día de la revolución el Gobierno Provisional y el Ispolkom se enzarzaron en un tira y afloja en relación con el ejército: «El Gobierno Provisional se apoyaba en los mandos y los oficiales, mientras que el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados lo hacía en los escalafones inferiores. La célebre Orden número 1 era, por así decirlo, una cuña insertada en el cuerpo del ejército, tras lo cual este se escindió y comenzó a disgregarse rápidamente».[99] [img 44]

El Ispolkom explotó las quejas de los soldados acerca del maltrato que les infligían los oficiales como un medio de subvertir la autoridad de la oficialidad, que no era lo que pedían las tropas. Basta decir que, de los siete artículos de la Orden número 1, solo los dos últimos abordaban las condiciones de los uniformados; el resto se ocupaba del papel de las fuerzas armadas bajo el nuevo régimen y tenía el propósito de privar al gobierno «burgués» de la oportunidad

de utilizarlas como lo habían hecho Cavaignac en 1848 y Thiers en 1871. Algunos soldados y marineros rasos lo entendían sin dificultades. Un marinero, convenientemente llamado Pugachov,[148*] que se dejó caer por el Merezhkovski tras participar en la votación de la orden, contó: «La gente instruida la leerá de otra manera. Pero nosotros la entendimos bien: desarmad a los oficiales».[100]

La orden iba dirigida a la «Guarnición del Distrito Militar de Petrogrado», pero de inmediato se entendió que era aplicable a todas las fuerzas armadas, tanto en el frente como en la retaguardia.[101] El artículo 1 convocaba elecciones en todas las unidades militares, desde las compañías hasta los regimientos, así como en la marina, de «comités» que tenían como modelo los sóviets. El artículo 2 disponía que cada compañía eligiera un representante ante el Sóviet de Petrogrado. El artículo 3 enunciaba que, en lo concerniente a todas las acciones políticas, los miembros de las fuerzas armadas estaban subordinados al Sóviet de Petrogrado y sus comités. El artículo 4 otorgaba al Sóviet de Petrogrado la autoridad de revocar órdenes del Gobierno Provisional relacionadas con asuntos militares. El artículo 5 estipulaba que el control sobre todos los pertrechos militares (fusiles, ametralladoras, vehículos blindados, etc.) quedaría a cargo de los comités de compañía y batallón; no debía ponerse en manos de los oficiales bajo ninguna circunstancia. El artículo 6 garantizaba a los soldados fuera de servicio los mismos derechos que a los civiles y los liberaba de la obligación de saludar y ponerse en posición de firmes. El artículo 7 abolía la práctica de utilizar los títulos honoríficos para dirigirse a los oficiales y prohibía a estos dirigirse a los soldados de manera grosera o informal.

Cuesta creer que cuando el Ispolkom aprobó la Orden

número 1 y la difundió entre los miembros de las fuerzas armadas no fuera consciente de las consecuencias. Cuesta asimismo creer que al aprobar este extraordinario documento creyera no hacer otra cosa que responder a las quejas de los soldados. El efecto inevitable de la orden consistió en subvertir la autoridad del gobierno y el cuerpo de oficiales sobre las fuerzas armadas. Tan pronto como tuvieron conocimiento de ella, las tropas formaron en todas partes, en el frente y la retaguardia, «comités» militares: comités de ejército, comités de cuerpo, comités de división, así como comités de regimiento, batallón y compañía, una prodigiosa variedad de grupos superpuestos. De ordinario, los que funcionaban en los niveles inferiores (compañía, batallón y regimiento) estaban compuestos por soldados rasos y se asemejaban, en su estructura y sus procedimientos, a los sóviets urbanos. Pero los correspondientes a los escalones superiores cayeron de inmediato bajo el control de intelectuales mencheviques, bolcheviques y socialistas revolucionarios, con frecuencia estudiantes universitarios recientemente designados suboficiales, que los utilizaron para promover sus designios políticos; eran un equivalente militar del Comité Ejecutivo del Sóviet de Petrogrado. Ahora, en todos los niveles militares se celebraban incesantemente reuniones con discusiones interminables, seguidas de una oleada de «resoluciones» de obligado cumplimiento. Los oficiales superiores terminaron por ser tratados como enemigos de clase; a medida que su autoridad disminuía, la cadena de mando se rompía. [img 45]

No menos pernicioso era el artículo 4, que rezaba: «Las órdenes de la Comisión Militar de la Duma del Estado solo deben cumplirse en los casos en que no contradigan las órdenes y resoluciones del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados». Esta cláusula afectaba al núcleo mismo de la

responsabilidad del gobierno en la conducción de la guerra. El Ispolkom se imaginaba a cargo de las fuerzas armadas y veía al ministro de la Guerra como su empleado; en una oportunidad (el 6 de marzo) llegó incluso a quejarse de que el ministro se mostraba «poco inclinado a subordinarse» a las decisiones del sóviet.[102]

Guchkov, que solo supo de la Orden número 1 después de su publicación, procuró en vano que el sóviet la retirara. Lo máximo que logró fue hacer que el Ispolkom emitiera la Orden número 2, que no hacía sino agravar los perjuicios. Guchkov quería que el sóviet declarara inequívocamente que la Orden número 1 solo tenía validez para las tropas de la retaguardia. Pero la Orden número 2, emitida el 5 de marzo, no decía eso. Se ocupaba principalmente de la cuestión de si los soldados debían elegir a sus oficiales y transmitía la impresión de que el Ispolkom aprobaba dicha medida. En ningún lugar disponía que la Orden número 1 no era aplicable a las tropas en el frente.[103]

El 9 de marzo, menos de dos semanas después de la formación del nuevo gobierno, Guchkov envió un cable al general Alexéiev:

> El Gobierno Provisional carece de todo tipo de poder real y sus órdenes solo se cumplen en la medida en que lo permite el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados, que controla los aspectos más esenciales del poder concreto, toda vez que las tropas, los ferrocarriles [y] los servicios postales y telegráficos están en sus manos. Cabe afirmar tajantemente que el Gobierno Provisional solo existirá mientras así lo permita el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados. En la órbita militar, en particular, hoy solo es posible emitir órdenes que, en lo fundamental, no contradigan las decisiones de dicho sóviet.[104]

La monarquía no desempeñó papel alguno en estos acontecimientos cruciales. La última orden de alguna trascendencia impartida por Nicolás fue su instrucción del 25 de febrero en la que exigía sofocar los desórdenes callejeros.

Una vez que se comprobó que dicha orden era inaplicable, la monarquía dejó de importar. En adelante no solo perdió el control de los acontecimientos, sino que pasó a un segundo plano, dado que el conflicto comenzó a girar en torno a la relación entre la Duma y el sóviet.

Sin embargo, tras la formación del Gobierno Provisional la cuestión del futuro de la monarquía cobró gran urgencia. Algunos ministros querían mantenerla sobre una base constitucional estrictamente limitada. Los partidarios de esta posición, sobre todo Miliukov y Guchkov, opinaban que algún tipo de presencia monárquica era esencial, en parte porque para las masas rusas la Corona simbolizaba el «Estado» y, en parte, porque en un imperio plurinacional era la principal institución unificadora y supranacional. Sus detractores sostenían que las pasiones antimonárquicas de las multitudes habían vuelto irreal toda esperanza de que la monarquía sobreviviera con independencia de la forma que adoptara.

Su prestigio en Rusia había llegado al punto más bajo en el invierno de 1916-1917, cuando incluso monárquicos comprometidos se volvieron contra ella. Guchkov, a pesar de sus sentimientos monárquicos, tuvo que admitir que en los primeros días de la revolución «había un completo vacío alrededor del trono». Y el 27 de febrero, Shulguín señalaba: «En toda esta inmensa ciudad no es posible encontrar siquiera algunos centenares de hombres que simpaticen con el gobierno».[105] La importancia de este hecho es difícil de subestimar; ejerció una influencia crucial no solo en el estallido de la revolución, sino en todo su curso ulterior. Siglos de experiencia histórica habían inculcado en los rusos —es decir, la masa de campesinos, trabajadores y soldados— el hábito de ver al zar como el *joziain* o amo del país. Esta idea

les impedía concebir la soberanía como algo distinto de la persona del soberano. A su juicio, una Rusia sin un verdadero —esto es, «terrible» o «imponente»— zar, o, peor, sin ningún zar, era una contradicción en sus propios términos; para ellos era la persona del zar la que definía y daba realidad al Estado, no a la inversa. La merma del prestigio del zarato que se había producido tras el cambio de siglo, como resultado de la incapacidad de la monarquía para erradicar la oposición y su abandono final de la autoridad autocrática, también menoscababa en opinión de la gente el prestigio del Estado y su gobierno. Sin su *joziain*, el país, tal como lo entendía el pueblo, se deshacía y dejaba de existir, así como una casa campesina se deshacía y dejaba de existir tras la muerte de su *bolshak*. Cuando esto sucedió, Rusia volvió a su Constitución «cosaca» universal de *volia* o libertad universal, interpretada en el sentido de una licencia sin freno, en la cual la voluntad de la comuna era la única autoridad reconocida.

En vista de esta tradición, cabría haber esperado que las masas propugnaran el mantenimiento de la monarquía. Pero en esta coyuntura histórica específica dos factores impedían una actitud de esta naturaleza.

El campesinado seguía siendo monárquico. No obstante, a comienzos de 1917 no veía con malos ojos un interludio de anarquía, pues creía que por fin habría una oportunidad de llevar a cabo una «Repartición Negra» nacional. En efecto, entre la primavera de 1917 y la de 1918 el campesinado comunal se apoderaría y repartiría entre sus miembros casi todas las tierras en manos privadas. Una vez completado este proceso, sus sentimientos monárquicos tradicionales volverían a afirmarse, pero entonces sería demasiado tarde.

La otra consideración tenía que ver con el miedo al castigo que sentía la población de Petrogrado, y en especial las tropas.

Los acontecimientos de febrero podían verse de diferentes maneras, como una gloriosa revolución o como un sórdido motín militar. Si la monarquía sobrevivía, aun con restricciones constitucionales, era probable que viera como un motín las acciones de la guarnición de Petrogrado. «La repugnancia semiconsciente hacia la monarquía entre las masas [de Petrogrado] parecía motivada por una sensación de inquietud ante lo que se había hecho […], una revolución que terminara con la reinstauración de la vieja dinastía se convertiría esencialmente en una rebelión, y la participación en ella […] comportaba el riesgo de recibir un castigo».[106]

Cuando llegó a Pskov el 1 de marzo, Nicolás no tenía previsto abdicar. Por el contrario, estaba decidido a reafirmar su autoridad por la fuerza; la entrada de su diario del día anterior decía que había enviado al general Ivánov a Petrogrado «para poner [*vodvorit*] orden». Pero en Pskov el zar cayó bajo la influencia de opiniones que apelaban a su faceta más sensible: el patriotismo y el amor al ejército. En una conversación con el general Ruzski poco después de su llegada, y a lo largo de las siguientes veinticuatro horas, todo el mundo le dijo que mientras él continuara siendo zar, Rusia no podría ganar la guerra. Nicolás hacía caso omiso de la opinión de los políticos porque la consideraba interesada, pero prestaba atención a los generales. Cuando el telégrafo de Hughes instalado en el cuartel general del frente norte recibió un telegrama tras otro de los comandantes militares exhortándolo, por el bien del país y de sus fuerzas armadas, primero a permitir que la Duma formara el gabinete y después a abdicar, su resolución se debilitó. Alejandra previó las consecuencias de dichas presiones sobre él y el 2 de marzo lo instó a no firmar una «Constitución» ni ningún «horror» (*uzhas*) de ese tipo. Y agregó: «Si te obligan a hacer concesiones, no estás obligado *bajo ninguna circunstancia* a

cumplirlas, porque te las han arrancado de manera indigna». [107]

El general Alexéiev, que en ausencia del zar asumía en Moguilev las funciones de comandante en jefe, tenía sólidas razones prácticas para preocuparse por las noticias de Petrogrado; la continuación de las huelgas y los motines en la capital amenazaban con desorganizar el servicio ferroviario e interrumpir el envío de suministros al frente.[108] A más largo plazo existía el peligro de que el motín se extendiera a las tropas del frente. En la mañana del 28 de febrero llegó a la conclusión de que no había esperanzas de sofocar por la fuerza el motín de Petrogrado, porque Jabálov, en un cable, le había hecho saber que solo le quedaban 1.100 efectivos leales y, para colmo, estaban agotándose las municiones.[109] En estas circunstancias no veía otra manera de evitar el derrumbe del frente que hacer las concesiones políticas imploradas por Rodzianko. Tras conocer que los desórdenes ya habían llegado a Moscú, el 1 de marzo envió un cable al zar:

> Una revolución en Rusia —y esta es inevitable cuando hay desórdenes en la retaguardia— significará un deshonroso punto final a la guerra, con todas sus consecuencias ineluctables, tan funestas para el país. El ejército está vinculado de la manera más íntima con la vida de la retaguardia. Puede decirse con toda certeza que los desórdenes en esta producirán el mismo resultado en las fuerzas armadas. Es imposible pedirle al ejército que libre con calma la guerra mientras hay una revolución en marcha en la retaguardia. La composición juvenil del ejército actual y de su cuerpo de oficiales, entre los cuales un elevadísimo porcentaje son reservistas y estudiantes universitarios con el rango de suboficiales, no brinda argumentos para suponer que el ejército no reaccionará ante los acontecimientos que se producen en Rusia.

Dado que la Duma trataba de restablecer el orden en la retaguardia, proseguía Alexéiev, debía ofrecérsele la oportunidad de formar un gabinete de confianza nacional.[110] Adjuntaba a este cable el borrador de un manifiesto preparado, a petición suya, por Nikolái A. Bazili, el jefe de la oficina diplomática en el cuartel general.[111] En él, Nicolás

otorgaba a la Duma la facultad de constituir un gabinete. La recomendación de Alexéiev contaba con el respaldo del gran duque Sergio Mijáilovich, inspector de Artillería y primo segundo del zar.

Alrededor de las diez de la noche, mientras los mensajes estaban en camino, Nicolás recibió al general Ruzski. En respuesta a la solicitud del zar de que expresara con libertad sus opiniones, Ruzski manifestó su respaldo a un gabinete de la Duma. Tras escucharlo, Nicolás explicó por qué estaba en desacuerdo. Según contó más adelante su interlocutor:

> La idea básica del soberano era que no deseaba nada para sí mismo, en su propio interés, y que no se aferraba a nada; sin embargo, pensaba que no tenía derecho a trasladar toda la tarea de administrar Rusia a personas que, de estar hoy en el poder, podían infligir un doloroso perjuicio a la patria, para lavarse mañana las manos y «presentar su renuncia». «Soy responsable ante Dios y Rusia de todo lo que ha pasado y pasará —dijo el soberano—. No importa que los ministros sean responsables ante la Duma y el Consejo de Estado. Si veo que no actúan por el bien de Rusia, nunca podré estar de acuerdo con ellos y consolarme con la idea de que la tarea no está en mis manos y no es mi responsabilidad».

Cuando Ruzski lo instó a hacer suya la fórmula «El soberano reina y el gobierno gobierna», Nicolás dijo que

> esta fórmula le resultaba incomprensible, que tendrían que haberlo educado de otra manera, que tendría que volver a nacer. […] Con notable lucidez, el zar repasó las opiniones de todos los que, en un futuro cercano, podían administrar Rusia en calidad de ministros responsables ante las cámaras [legislativas], y manifestó la convicción de que los activistas cívicos que sin lugar a dudas formarían el primer gabinete carecían de experiencia administrativa y, puesto en sus manos el peso de la autoridad, se revelarían incapaces de estar a la altura de su misión.[112]

La conversación con Ruzski terminó alrededor de las once y media de la noche, momento en el cual Nicolás recibió el cable de Alexéiev con el borrador de manifiesto de Bazili. Los documentos del oficial de mayor rango de las fuerzas armadas le causaron una profunda impresión. Tras retirarse algunos minutos, volvió a convocar a Ruzski y le dijo que había tomado dos decisiones. Su interlocutor iba a informar a

Rodzianko y Alexéiev de que el zar cedería y autorizaría a la Duma a formar un gabinete. La segunda orden concernía a Ivánov. Debía enviársele el siguiente mensaje: «Por favor, hasta mi llegada y la recepción de su informe, no emprenda acción alguna».[149*]

Con estas instrucciones, Nicolás renunciaba a la idea de reprimir los desórdenes de Petrogrado y tomaba el camino de la conciliación política. Esperaba que, con el paso del tiempo, sus concesiones tuvieran sobre el país el mismo efecto tranquilizador que el manifiesto del 17 de octubre de 1905.[150*]

Era la una de la noche del 2 de marzo. Nicolás se retiró a su coche cama, pero permaneció despierto toda la noche, atormentado por las dudas sobre el resultado de sus concesiones y las preocupaciones por su familia. «Mis pensamientos y sentimientos están constantemente allí —escribió en su diario—, qué difícil debe de ser para la pobre Alix pasar sola por todo esto». A las 5.15 todavía estaba despierto.[113] Ruzski se había puesto en contacto con Rodzianko a las 3.30. Su conversación, que se prolongó durante cuatro horas, iba a tener una influencia crucial sobre la decisión de Nicolás de abdicar, porque Ruzski, y a través de él los demás generales al mando, iban a enterarse por ella de lo desesperada que se había vuelto la situación en Petrogrado y a comprender que el manifiesto por el que se otorgaba a la Duma la facultad de formar un gabinete había llegado demasiado tarde.[114] Ellos, a su vez, presionarían a Nicolás para que abdicara.

Ruzski anunció a Rodzianko que el zar había aceptado la formación de un gabinete designado por el cuerpo legislativo y responsable ante él. Rodzianko respondió lo siguiente:

> Es obvio que ni Su Majestad ni usted comprenden lo que está sucediendo aquí. Ha estallado una de las revoluciones más terribles y no será fácil

> sofocarla. […] Las tropas están completamente desmoralizadas, no solo desobedecen, sino que matan a sus oficiales. El odio a Su Majestad ha llegado a límites inauditos. […] Debo informarle de que su propuesta ya no es adecuada y de que la cuestión dinástica se ha planteado sin rodeos.

Cuando Ruzski le pidió que aclarara lo que quería decir, Rodzianko respondió que «las tropas se suman por doquier a la Duma y el pueblo, y hay una exigencia definida y terrible de que [el zar] abdique en favor del hijo bajo una regencia de Miguel Alexándrovich».[151*] Y recomendó poner fin al envío de tropas del frente a Petrogrado, «dado que no actuarán contra el pueblo».

Mientras Ruzski conversaba con Rodzianko, las cintas del diálogo se pasaban a los telegrafistas para que las transmitieran a Alexéiev. Al leerlas, este quedó pasmado. A las nueve de la mañana del 2 de marzo, pidió por cable a Pskov que despertaran de inmediato a Nicolás («Es preciso dejar de lado toda etiqueta») y le mostraran las cintas de la conversación; estaba en juego el destino no solo del zar, sino también de la dinastía y de la propia Rusia.[115] En el otro extremo del telégrafo de Hughes, un general respondió que el zar acababa de dormirse y que Ruzski debía presentarse ante él al cabo de una hora.

Alexéiev y sus pares del cuartel general decidieron entonces que no había alternativa. Nicolás tendría que seguir el consejo de Rodzianko y abdicar.[116] Pero el general Alexéiev conocía al zar lo suficiente para comprender que solo lo haría bajo la presión del mando militar. De modo que se encomendó comunicar el texto de la conversación entre Ruzski y Rodzianko a los comandantes del frente y de las flotas. Lo acompañó de la recomendación personal de que Nicolás dimitiera en favor de Alexis y Miguel, a fin de salvar a las fuerzas armadas, hacer posible la prosecución de la guerra y salvaguardar tanto la integridad nacional de Rusia como la

dinastía. Solicitó a los receptores que comunicaran sus opiniones directamente a Pskov, con copia a él mismo.[117]

Ruzski se presentó ante Nicolás a las 10.45 de la mañana con las cintas de su conversación con Rodzianko. El zar las leyó en silencio. Al terminar se acercó a la ventanilla del vagón y miró hacia fuera, inmóvil. Cuando se dio la vuelta dijo que consideraría la recomendación de Rodzianko. Agregó que, a su juicio, el pueblo no entendería un acto semejante y que los viejos creyentes no lo perdonarían por traicionar su juramento al ser coronado y los cosacos, por abandonar el frente.[118] Indicó «su fuerte convicción de haber nacido con mala suerte y de que ocasionaría un gran infortunio a Rusia. Dijo que la noche anterior había comprendido con claridad que ningún manifiesto [sobre las atribuciones de la Duma] serviría de nada. […] "Si por el bien de Rusia es necesario que me haga a un lado, estoy dispuesto a hacerlo"».[119] En ese momento Ruzski recibió el cable en el que Alexéiev solicitaba su opinión acerca de la recomendación de que el zar abdicara, y lo leyó en voz alta para que este lo oyera.[120]

Alrededor de las dos de la tarde, ya habían llegado a Pskov las respuestas de los comandantes del ejército al cable de Alexéiev. Todos estaban de acuerdo con este. El gran duque Nicolás Nikoláievich rogaba «de rodillas» al zar que dejara la corona para salvar a Rusia y la dinastía. El general Alexéi Y. Evert, que comandaba el frente occidental, y el general Alexéi A. Brusílov, a cargo del frente sudoccidental, coincidían. El general Vladímir V. Sajárov, del frente rumano, creía que el Gobierno Provisional estaba formado por «una pandilla de bandoleros», pero tampoco él veía la manera de evitar la abdicación.[152*]

Entre las dos y las tres de la tarde, Ruzski volvió a visitar a

Nicolás, acompañado de los generales Yuri N. Danílov y Serguéi S. Savvich y provisto de los cables de Nicolás Nikoláievich y los otros comandantes de los frentes.[121] Tras leerlos detenidamente, el zar les pidió a los tres generales que expresaran con franqueza su opinión. Muy emocionados, los tres respondieron que, a su juicio, no tenía otra alternativa que renunciar. Al cabo de un momento de silencio, Nicolás se persignó y dijo que estaba dispuesto a hacerlo. Los generales también se hicieron la señal de la cruz. El zar se retiró, para reaparecer un cuarto de hora después (a las 15.05) con dos mensajes que había escrito a mano en formularios telegráficos en blanco, uno dirigido a Rodzianko y otro a Alexéiev. El primero rezaba:

> No hay sacrificio que no esté pronto a hacer por el verdadero bienestar y la salvación de nuestra Madre Rusia. Por esa razón, estoy dispuesto a renunciar al trono en favor de Mi Hijo, con la condición de que permanezca conmigo hasta llegar a la madurez y de que Mi Hermano, Miguel Alexándrovich, ejerza como regente.[122]

El cable a Alexéiev decía esencialmente lo mismo, salvo por la ausencia de la mención a la regencia.[123]

Nicolás solicitó al cuartel general que redactara un manifiesto de abdicación. Alexéiev encargó la tarea a Bazili. Sobre la base del Código de Leyes, este preparó el texto, que a las 19.40 fue enviado por cable a Pskov para que el zar lo firmara.[124]

Todas las pruebas indican que Nicolás abdicó por motivos patrióticos: el deseo de ahorrarle a Rusia una derrota humillante y salvar de la desintegración a sus fuerzas armadas. El argumento que lo persuadió fue la opinión unánime de los comandantes de los distintos frentes, y en especial el cable de Nicolás Nikoláievich.[153*] No menos significativo es el hecho de que Nicolás mantuviera las conversaciones sobre su abdicación no con la Duma y su

Gobierno Provisional, sino con el general Alexéiev, como si quisiera destacar que abdicaba ante las fuerzas armadas y a petición suya. Si su mayor preocupación hubiera sido preservar el trono, habría firmado rápidamente la paz con Alemania y utilizado las tropas del frente para aplastar la rebelión en Petrogrado y Moscú. Prefirió, en cambio, ceder la corona para salvar el frente.

Aunque no se mostró emocionado en el transcurso de toda esa dura prueba, la abdicación fue para él un inmenso sacrificio; no porque ansiara la esencia del poder o su boato —vivía aquel como una pesada carga y este último como una tediosa imposición—, sino porque sentía que con ese acto traicionaba su juramento ante Dios y el país.[125]

Pero sus tribulaciones aún no habían terminado. En el momento mismo en el que firmaba el compromiso de abdicar, en Petrogrado dos delegados del Comité Provisional, Shulguín y Guchkov, abordaban un tren especial con destino a Pskov. Llevaban su propio borrador de un manifiesto de abdicación, con la esperanza de arrancarle a Nicolás lo que este, sin que ellos lo supieran, ya había concedido. Los enviaba el Comité Provisional, que la noche anterior había decidido que necesitaba la abdicación del zar para empezar a funcionar. La esperanza del gobierno era actuar con rapidez para poder presentar al país un nuevo zar, el niño Alexis, antes de que el sóviet proclamara una república.

Al bajar del tren imperial, Ruzski fue informado de que Shulguín y Guchkov estaban en camino. Comunicó la noticia a Nicolás y se le pidió que contestara los cables de Rodzianko y Alexéiev. Creía que los dos diputados, conocidos monárquicos, podían traer un mensaje de la Duma que permitiera a Nicolás conservar el trono.[126]

Mientras esperaba su llegada, el zar mandó a buscar al

profesor Serguéi P. Fiódorov, el médico de la corte, para hablar con él sobre las perspectivas de recuperación de Alexis. Le contó la predicción de Rasputín, según la cual al cumplir trece años —es decir, en 1917— el zarévich estaría completamente curado. ¿Era así? El médico respondió que esa recuperación sería un milagro, porque la medicina no tenía una cura para la hemofilia. Aun así, Alexis podría vivir muchos años. Fiódorov señaló también, como opinión personal, que sería inconcebible que, después de abdicar, se permitiera a Nicolás tener a su lado a su hijo, instalado ahora en el trono, porque casi con seguridad se le impondría un exilio en el extranjero.[127] Al oírlo, Nicolás cambió de opinión. No se apartaría del niño, así que, en vez de abdicar en favor de Alexis, entregaría la corona a Miguel.

Esta decisión impulsiva fue el último suspiro del espíritu patrimonial, un reflejo que mostraba cuán arraigada estaba aún esta mentalidad en la monarquía rusa. El orden de sucesión estaba claramente establecido; según el derecho constitucional ruso, la corona correspondía automáticamente al primogénito del zar reinante, aun cuando fuera menor de edad e incapaz de gobernar.[128] Nicolás no tenía autoridad para abdicar en nombre de su hijo y designar sucesor a Miguel. «El trono ruso no [era] propiedad privada del emperador ni su patrimonio [*votchina*] para poder disponer de él conforme a su libre albedrío».[129] La elección de Miguel era doblemente irregular dado que este, de un modo u otro, al haber tomado por esposa a una plebeya casada dos veces y divorciada una, se había apartado de la sucesión.

Shulguín y Guchkov llegaron a Pskov a las 21.45 y se trasladaron de inmediato al tren imperial. Ambos estaban sin afeitar y tenían la ropa arrugada; según se dijo, Shulguín parecía un convicto.[130] En presencia de Ruzski, el conde

Fredericks y el general Narishkin, encargado de tomar notas, Guchkov hizo un sombrío relato de la situación en la capital. Evitando la mirada de Nicolás y con la suya fijada en la mesa que tenía ante sí, destacó el peligro de que la agitación se extendiera a las tropas del frente y la futilidad de despachar expediciones punitivas. Insistió en que el motín era espontáneo; a tenor de lo que le había dicho el asistente de Jabálov, las tropas se habían unido de inmediato a los rebeldes. Según Ruzski, el zar se sintió devastado al enterarse de que su propia unidad de la Guardia participaba en el motín; tras ello, apenas prestó atención a Guchkov.[131] Este siguió diciendo que las multitudes de Petrogrado eran apasionadamente antimonárquicas y culpaban a la Corona de los infortunios recientes de Rusia, algo que exigía un giro drástico en la manera de gobernar. El Comité Provisional había sido constituido para restablecer el orden, sobre todo en las fuerzas armadas, pero esta medida debía acompañarse de otros cambios. La dificultad de mantener a Nicolás en el trono radicaba no solo en la animosidad del pueblo hacia él y su esposa, sino también en su miedo al castigo. «Todos los obreros y soldados que han participado en los desórdenes —dijo Guchkov— están convencidos de que el mantenimiento [*vodvoreniye*] de la vieja dinastía implica un castigo, razón por la cual es necesario un cambio total».[132] Y concluyó que la mejor solución sería que Nicolás abdicara en favor de su hijo y designara como regente a Miguel; esa era la opinión del Comité Provisional. De adoptarse con rapidez, esta medida salvaría a Rusia y la dinastía.

Shulguín, que mantuvo fija la mirada en Nicolás mientras su colega hablaba, dijo que el zar no dio muestras de emoción. Cuando Guchkov terminó, respondió —«con calma, como si se hubiese tratado de un asunto cotidiano»— que ese mismo día había tomado la decisión de transferir la

corona a su hijo, «pero ahora, después de pensármelo mejor, he decidido que, en vista de [la enfermedad de mi hijo], debo abdicar simultáneamente por Alexis, porque no puedo estar separado de él».[133] La corona pasaría a Miguel. Esta noticia dejó sin habla a Guchkov y Shulguín. Cuando se recuperaron de la conmoción, plantearon el interrogante jurídico: ¿era legítimo ese procedimiento? Como no había abogados presentes, la respuesta quedó en suspenso. Ambos opinaban que, al margen de la legalidad de la cuestión, la asunción del trono por el joven Alexis tendría mucho mejor efecto sobre la opinión pública. «Alrededor de este niño inocente y puro podría haberse creado un hermoso mito —pensó Guchkov—, y su encanto habría contribuido a calmar la ira de las masas».[134]

Pero Nicolás no estaba dispuesto a ceder. Se retiró a su vagón privado, donde permaneció veinte minutos, durante los cuales revisó el manifiesto de abdicación para designar a Miguel como su sucesor. A petición de Guchkov y Shulguín, insertó una frase en la que le pedía a su hermano que jurara trabajar en «unión» con la Duma. Eran las 23.50, pero Nicolás dispuso que en el documento figurara las 15.05, cuando había tomado la decisión original, para no dar la impresión de que entregaba el trono bajo la presión del órgano legislativo.

> CUARTEL GENERAL
>
> Copias a todos los comandantes
>
> Al jefe del Estado Mayor
>
> En los días de la gran lucha contra el enemigo externo, que ha procurado durante casi tres años esclavizar nuestro suelo natal, Dios Nuestro Señor ha querido someter a Rusia a otra pesada prueba. Los disturbios populares que han estallado amenazan tener un efecto calamitoso sobre la conducción futura de esta reñida guerra. El destino de Rusia, el honor de nuestro heroico ejército, el bienestar del pueblo y el futuro todo de nuestra amada Patria exigen que, sean cuales fueren los costes, la guerra se lleve a una victoriosa conclusión. El cruel enemigo hace sus últimos esfuerzos y está cerca la hora en que nuestro gallardo ejército, junto con nuestros gloriosos aliados, ha de infligirle una decisiva derrota. En estos días cruciales en la vida de Rusia,

HEMOS considerado en conciencia que nuestro deber con NUESTRA nación es acercar y unir a todas las fuerzas nacionales, para la más rápida conquista de la victoria. De acuerdo con la Duma Estatal, HEMOS juzgado conveniente renunciar al trono del Estado ruso y deponer la autoridad suprema. No deseosos de separarnos de NUESTRO amado HIJO, entregamos NUESTRA sucesión a NUESTRO hermano, el gran duque MIGUEL ALEXÁNDROVICH, y le damos NUESTRA BENDICIÓN para subir al trono del Estado ruso. Ordenamos a NUESTRO hermano ocuparse de los asuntos de Estado en completa e íntegra unión con los representantes de la nación en las instituciones legislativas, sobre la base de los principios que ellos establezcan, y rendir al respecto un juramento inviolable. En nombre de NUESTRO suelo natal profundamente amado, convocamos a todos los verdaderos hijos de la Patria a cumplir su sagrado deber para con ella, obedeciendo al zar en el difícil trance de las tribulaciones nacionales y ayudándolo a conducir, junto con los representantes del pueblo, el Estado ruso a la victoria, la prosperidad y la gloria. Quiera Dios Nuestro Señor ayudar a Rusia.

Pskov, 2 de marzo de 1917

15 horas 5 minutos

NICOLÁS

[Corregir]

El ministro de la Casa Imperial

Vladímir Borísovich, conde Fredericks[135]

Dos características de este documento histórico, que puso fin a los trescientos años de reinado de los Romanov, exigen una breve explicación. La primera es que el instrumento de la abdicación estaba dirigido no a la Duma y su Comité Provisional, por entonces gobierno *de facto* de Rusia, sino al jefe del Estado Mayor de las fuerzas armadas, el general Alexéiev. En apariencia, a ojos de Nicolás el mando del ejército era el único depositario de la soberanía que quedaba. La segunda característica, que se reiteraría en el discurso de despedida de Nicolás a las fuerzas armadas el 7 de marzo era su admisión de que Rusia era ahora una monarquía constitucional en el pleno sentido de la palabra; el instrumento de abdicación disponía que la Duma determinase el nuevo orden constitucional y el papel de la Corona dentro de él.

Mientras se preparaba una copia del manifiesto de abdicación para que los diputados la llevaran a Petrogrado, a petición de estos Nicolás escribió a mano dos instrucciones para el Senado. En una designaba al príncipe Lvov presidente del Consejo de Ministros, con lo cual se legitimaba al Comité Provisional. Según Guchkov, tras aceptar el nombramiento de Lvov, Nicolás preguntó qué rango de servicio tenía. Cuando Guchkov respondió que no lo sabía, el zar sonrió;[136] le resultaba difícil imaginar que un particular, sin estatus en la Tabla de Rangos, pudiera presidir el gabinete. En la otra instrucción designaba al gran duque Nicolás Nikoláievich su sucesor como comandante en jefe.[137] Si bien esto sucedió a la medianoche, ambos documentos se dataron a las dos de la tarde para que parecieran anteriores a la abdicación.

A continuación, Nicolás le dijo a Shulguín que pensaba pasar varios días en el cuartel general, visitar luego a su madre en Kiev y, por último, reunirse con su familia en Tsárkoie Seló, donde se quedaría hasta que los niños se recuperaran del sarampión.[154*] Los tres documentos fueron enviados con un mensajero a Moguilev para su inmediata publicación. Después, el tren imperial partió hacia el mismo destino. En su diario, Nicolás escribió: «Salgo de Pskov a la una de la noche con sensaciones opresivas acerca de los acontecimientos. Alrededor, traición, cobardía y engaño». Al día siguiente, de camino al cuartel general, leyó «mucho sobre Julio César».

La noticia de la abdicación de Nicolás se difundió con rapidez, y llegó a Tsárkoie Seló el día siguiente por la tarde. En un principio, Alejandra se negó a darle crédito; dijo que no podía imaginar a su marido actuando con tanta precipitación. A última hora de la tarde, cuando los rumores se confirmaron, explicó que «el emperador prefirió renunciar a la corona antes que romper el juramento que había hecho

en su coronación, el de mantener y transferir a su heredero la autocracia tal como él la había heredado de su padre». Luego rompió a llorar.[138]

En el contexto de la situación política del momento, la abdicación de Nicolás fue un anticlímax, dado que las masas de Petrogrado lo habían depuesto en efecto algunos días antes. Pero en el contexto más general de la vida política rusa era un acto de la mayor significación. Para empezar, los funcionarios y militares rusos juraban lealtad a la persona del zar. Al abdicar, Nicolás los relevaba del juramento y de sus obligaciones, de modo que, hasta que Miguel ascendiera al trono —y si lo hacía—, los burócratas y oficiales rusos tendrían que ingeniárselas solos, sin una autoridad soberana a la cual obedecer. En segundo lugar, como las masas rusas estaban acostumbradas a identificar la persona del monarca con el Estado y el gobierno, para ellas la retirada del zar significaba la disolución del imperio.

Shulguín y Guchkov partieron hacia Petrogrado a las tres de la noche. Antes de irse enviaron por cable al gobierno el contenido de los tres documentos imperiales. El manifiesto de abdicación sumió en la confusión al gabinete; nadie había esperado que Nicolás abdicase en favor de su hermano. El Comité Provisional, temeroso de que la publicación del manifiesto tal como lo había firmado Nicolás desencadenara disturbios aún más violentos, decidió posponer su difusión.

El comité dedicó lo que quedaba de la noche a discutir acaloradamente qué hacer a continuación. Los principales protagonistas del debate fueron Miliukov y Kérenski. El primero sostuvo los argumentos que había expuesto con frecuencia, a saber, que era esencial mantener de un modo u otro la monarquía. Kérenski discrepó: fueran cuales fuesen los méritos históricos y constitucionales del argumento de

Miliukov, en vista del estado de ánimo de la población ese curso de acción era inviable. El gabinete se puso de su lado. Se acordó concertar lo antes posible una reunión con Miguel para convencerlo de que renunciara a la corona. Rodzianko transmitió la noticia a Alexéiev y Ruzski, y les pidió no revelar por el momento el manifiesto de abdicación de Nicolás.[139]

En otras circunstancias, Miguel habría sido quizá un candidato idóneo para el papel de zar constitucional. Nacido en 1878, entre 1899 y 1904 había sido el aparente heredero, pero en 1912 se autodescalificó para desempeñar cualquier papel de esa índole al casarse en Viena, sin el permiso del zar, con una divorciada. Por ese acto se pusieron bajo tutela su persona y sus bienes; se le prohibió volver a Rusia y fue expulsado del ejército. Más adelante, Nicolás transigió, lo dejó regresar y permitió que su mujer, Natalia S. Wulfert, adoptara el título de condesa Brásova. Durante la guerra, Miguel prestó servicio en el Cáucaso como comandante de la División Salvaje y el Segundo Cuerpo Caucásico. Era un hombre amable y modesto, no demasiado interesado en la política, tan débil e irresoluto como su hermano mayor. Aunque se encontraba en Petrogrado durante la Revolución de Febrero, no resultó de mucha utilidad para los dirigentes de la Duma, que buscaron su ayuda para restablecer el orden.

A las seis de la mañana, el Comité Provisional telefoneó a Miguel a la residencia de su amigo el príncipe Putianin, donde casualmente se alojaba. Le informaron de la decisión de Nicolás de cederle el trono y le solicitaron una reunión con el gabinete. Miguel se sintió a la vez sorprendido y molesto con su hermano por haberle asignado tamañas responsabilidades sin consultárselo. Su encuentro con el gabinete se postergó unas horas, al parecer porque los ministros querían escuchar de labios de Shulguín y Guchkov

el informe de su misión en Pskov. Sin embargo, estos se retrasaron y llegaron a la residencia de Putianin cuando la reunión estaba a punto de comenzar.[140] [img 46]

En nombre de la mayoría del gabinete, Rodzianko le dijo a Miguel que si aceptaba la corona estallaría en cuestión de horas una violenta revuelta y, tras ella, una guerra civil. El gobierno, sin tropas de fiar a su disposición, no podía prometer nada. Lo mejor era, por lo tanto, dejar que la cuestión de la monarquía la resolviera la Asamblea Constituyente. Kérenski se pronunció en términos parecidos, y Miliukov expuso la opinión contraria, que solo Guchkov apoyaba. La negativa a aceptar la corona significaría la ruina de Rusia, dijo con la voz ronca por días y días de incesante oratoria, y prosiguió:

> La fuerte autoridad necesaria para restablecer el orden exige el respaldo de un símbolo de autoridad al que las masas estén acostumbradas. Sin un monarca, el Gobierno Provisional es por sí solo un barco incapaz de navegar [*utlaya ladia*], propenso a hundirse en el océano de la agitación de masas. En esas condiciones, el país corre el riesgo de olvidar por completo la noción de lo que significa el Estado.[141]

Kérenski lo interrumpió: «Miliukov está equivocado. ¡Al aceptar el trono usted no salvará a Rusia! Todo lo contrario. Conozco el estado de ánimo de las masas […], hoy existe un fuerte resentimiento contra la monarquía. […] La cuestión causará una sangrienta discordia. Le ruego, en nombre de Rusia, que haga ese sacrificio».[142]

En un intento de reconciliar a las partes enfrentadas y salvar algo del principio monárquico, Guchkov propuso que Miguel asumiera con el título de regente.[143]

Alrededor de la una de la tarde, Miguel, que había presenciado estos desacuerdos con creciente impaciencia, dijo que quería mantener una conversación en privado con Rodzianko. Todos asintieron, pero Kérenski quería tener la

seguridad de que el gran duque no iba a comunicarse con su esposa, que tenía fama de intrigante política. Con una sonrisa, Miguel le aseguró que la condesa estaba en su residencia de Gátchina. Según Rodzianko, la principal pregunta que el gran duque le planteó en su encuentro a solas fue si la Duma podía garantizar su seguridad personal; la respuesta negativa de su interlocutor zanjó la cuestión.[144]

Al volver, Miguel les dijo a los ministros que había tomado la decisión inapelable de acatar la voluntad de la mayoría gubernamental y rechazar la corona a menos que la Asamblea Constituyente se la ofreciera. Luego prorrumpió en sollozos. Kérenski exclamó: «¡Su Alteza, es usted el más noble de los hombres! ¡Desde ahora, lo diré en todas partes!».[145]

Se encargó entonces a dos juristas, Vladímir D. Nabókov y Borís Nolde, la redacción del manifiesto de renuncia de Miguel a la corona. Ambos pasaron toda la tarde dedicados a la tarea, con la asistencia ocasional del gran duque, que insistía en que destacaran su deseo de acatar la voluntad de la Asamblea Constituyente. A las seis de la tarde se le entregó el documento manuscrito para que lo firmara:

> Una pesada carga me ha impuesto la voluntad de Mi Hermano, que deja en mis manos el Trono Imperial en un momento de guerra y disturbios populares sin precedentes.
>
> Inspirado en la misma idea de que está imbuida la nación, a saber, que el bienestar de nuestra Patria es el supremo bien, he tomado la firme decisión de aceptar la Autoridad Soberana solo en el caso de que ese sea el deseo de nuestra gran nación, que, por medio de un referéndum nacional, a través de sus representantes en la Asamblea Constituyente, tendrá que determinar la forma de gobierno y la nueva Constitución del Estado ruso.
>
> Por esta razón, y pidiendo al Señor que nos dé su bendición, solicito a todos los ciudadanos rusos que se sometan al Gobierno Provisional, creado a iniciativa de la Duma Estatal y dotado de plena autoridad hasta el momento en que la Asamblea Constituyente, convocada con la mayor rapidez posible sobre la base de un sufragio universal, directo, equitativo y secreto, dé expresión, con su decisión acerca de la forma de gobierno, a la voluntad del pueblo.[146]

Miguel firmó el documento y se lo entregó a Rodzianko, que lo abrazó y lo llamó el «más noble de los hombres».

Al día siguiente, 4 de marzo, los dos manifiestos de abdicación —el de Nicolás en su nombre y el de su hijo, y el de Miguel— se publicaron en un mismo pliego. Según varios testigos, la población los recibió con alborozo.[147]

¿Tenía razón Miliukov? ¿Podría Miguel haber salvado al país de un baño de sangre y de la anarquía si hubiera seguido su consejo y no el de la mayoría? Es dudoso. El argumento de que las masas rusas solo entendían la idea de Estado asociada a la persona del zar era indudablemente válido. Pero esta consideración teórica había sido temporalmente eclipsada por el estado de ánimo de las masas, su sensación de haber sido traicionadas por la monarquía, a la cual nadie había contribuido más que el propio Miliukov con el discurso del 1 de noviembre de 1916 en la Duma. Rusia volvería a estar lista para la monarquía solo después de un año de anarquía y terror bolchevique.

Como el resto de la familia imperial, Miguel se retiró entonces a la esfera privada.

Los intelectuales que formaron el gobierno de Rusia se habían preparado durante muchos años para esta misión. Es muy desacertado decir, por lo tanto, como lo hace Kérenski en una versión de sus memorias, que el Gobierno Provisional se vio «inesperadamente» al timón;[148] sus miembros habían pedido y, a decir verdad, exigido la facultad de formar un gabinete desde 1905. Casi todos pertenecían al Bloque Progresista y sus nombres habían aparecido en diversas listas ministeriales extraoficiales publicadas por los diarios rusos a lo largo de los años. El público instruido los conocía como los principales adversarios del régimen zarista, y cuando asumieron el poder lo hicieron casi como si fuera un derecho

natural.

Pero, como Nicolás había señalado, ninguno tenía experiencia administrativa. La destreza política con que contaban la habían adquirido en la Duma; para ellos, la política significaba batallar con la burocracia imperial dentro y fuera de los salones del Palacio de Táuride, debatir propuestas legislativas y, en momentos de crisis, apelar a las masas. Académicos, abogados y empresarios, estaban cualificados para abordar problemas generales de política pública, y en una democracia parlamentaria estable podrían haber salido bien librados. Pero un gobierno, claro está, no se limita a legislar; antes que nada, administra: «Administrer, c'est gouverner —se decía que había dicho Mirabeau—, gouverner, c'est régner; tout se réduit là». Acostumbrados durante toda su vida a dejar la gestión corriente y cotidiana del país en manos de la despreciada burocracia, no entendían nada de este principio. En efecto, en su celo por realizar todo de otra manera, hacían resueltamente lo opuesto; así como el zarismo procuraba reducir la política a la administración, ellos querían eliminar la administración de la política. La atención del Primer Gobierno Provisional se centró en rectificar los abusos del antiguo régimen, sobre todo mediante iniciativas legislativas, ya libres del veto del zar y la cámara alta. A lo largo de su vigencia mostró mucho más celo en la destrucción del legado del pasado que en la construcción de algo que lo reemplazara. Nunca creó un conjunto de nuevas instituciones en sustitución de las que se habían derrumbado, ya fuera por su propio peso o bajo el asalto del nuevo gobierno.

Los nuevos dirigentes racionalizaban esta falta de interés en administrar y aplicar las leyes que salían a raudales de sus oficinas con profesiones de fe en la sabiduría del «pueblo». El conocimiento de la política adquirido en gran medida en

fuentes literarias habituó a la *intelligentsia* rusa a pensar en la democracia no como un ideal, alcanzado a través de un esfuerzo paciente, sino como una realidad que solo el legado del zarismo impedía que se afirmara. Estaban convencidos —o quizá necesitaban convencerse— de que para dar una oportunidad a la democracia era esencial *no* gobernar. En un país que a lo largo de su historia se había acostumbrado al gobierno centralizado y la obediencia a las directivas impartidas desde arriba, el gobierno revolucionario adoptó una forma extrema de *laissez-faire* político, y lo hizo en medio de una guerra, una inflación y una agitación agraria sin precedentes, además de muchos otros problemas acuciantes.

Sin embargo, aun en estas circunstancias habría sido factible darle al país algún tipo de orden rudimentario si el Gobierno Provisional no hubiera promovido la anarquía al disolver la burocracia provincial y la policía. Kérenski resulta muy engañoso cuando, para justificarse, dice que la destrucción del aparato administrativo de Rusia había sido obra del régimen imperial.[149] De hecho, fue principalmente la consecuencia de los puntos 5 y 6 del programa de ocho puntos adoptado por el Comité Provisional entre el 1 y el 2 de marzo en su acuerdo con el Ispolkom.[150] El 5 de marzo se destituyó a todos los gobernadores y vicegobernadores, y su autoridad fue transferida a los presidentes de los consejos provinciales de los *zemstvos* (*gubernskiye zemskiye upravi*). Esta medida era absolutamente desconcertante. Aunque algunos de los funcionarios habían renunciado por iniciativa propia al enterarse de la abdicación del zar y otros fueron arrestados por ciudadanos, en muchas provincias los gobernadores recibieron con beneplácito al nuevo gobierno y participaron en ceremonias en su honor.[151] El gobierno actuó como lo hizo convencido de que no podía confiarse en la lealtad de los hombres del anterior régimen al nuevo orden, al

que sabotearían a la primera oportunidad.[152] Este supuesto era de dudosa validez, porque el Gobierno Provisional no tardó en adquirir un aura de legitimidad a ojos de los burócratas zaristas, acostumbrados a obedecer a la autoridad central. Si el gobierno quería cerciorarse de su lealtad, no tenía más que dar a conocer el discurso de despedida de Nicolás a las fuerzas armadas, en el cual, como ya veremos, el zar instaba a los rusos a obedecer al Gobierno Provisional; sin embargo, este decidió no difundir dicho documento entre el público. La destitución de los gobernadores, pilares tradicionales de la administración rusa, dejó un vacío en las provincias. Puede entenderse por qué habría querido el gobierno revolucionario poner a sus propios hombres en estos cargos, pero cuesta ver por qué no podía mantenerse a los anteriores gobernadores en sus puestos durante el breve tiempo necesario para encontrarles sustitutos. Esta medida se asemejaba a la tomada por la Asamblea Nacional francesa en 1789, cuando abolió el cargo de *intendant*, el principal agente del absolutismo real, con el efecto inmediato de privar a París de casi todo control sobre el campo.[153] Es posible que los rusos la tomaran como modelo, pero Francia tenía instituciones sociales mucho más fuertes que Rusia, así como un sentido de la cohesión nacional del que esta carecía. En consecuencia, el efecto de estas medidas en Francia fue mucho menos drástico; a diferencia de la Rusia revolucionaria, el país nunca se desmoronó.

La disolución de la vieja burocracia provincial se reveló enormemente popular entre la *intelligentsia*, cuya retórica sobre las «masas» y la «democracia» camuflaba vigorosos impulsos arribistas. En una ciudad tras otra, por lo común bajo los auspicios del sóviet local, los miembros de aquella comenzaron a instalar sus despachos, con asistentes y secretarios, teléfonos, material de oficina, sellos de goma y

demás. Sin embargo, al carecer de la experiencia de las personas a quienes reemplazaban, no hacían sino remedarlas.

Más comprensible, aunque a largo plazo no menos desestabilizadora, fue la disolución de la policía y la gendarmería, símbolos de la autoridad estatal para el grueso de la población del país. Esta decisión era la puesta en práctica del quinto punto del acuerdo de ocho. El Departamento de Policía fue disuelto el 4 de marzo; el acto era una mera formalidad, dado que había dejado de funcionar el 27 de febrero, cuando una turba saqueó sus oficinas centrales. El mismo día, el gobierno ordenó la disolución de la Ojrana y el Cuerpo de Gendarmería. Un día después envió a las autoridades locales instrucciones sobre la formación de milicias de ciudadanos al mando de oficiales de confianza y puestas bajo la autoridad de los *zemstvos* y los consejos municipales. Estas milicias, donde se constituyeron, no tenían ninguna autoridad; Nabókov señala incluso que en algunas zonas se convirtieron en el instrumento de bandas de delincuentes.[154] Dos semanas después de la revolución, Rusia no tenía fuerza policial, ni política ni civil. Cuando en abril de 1917 el gobierno se vio ante el desafío de turbas encabezadas por los bolcheviques, no tuvo ninguna fuerza en la cual apoyarse.

Así, una empresa que ya era inmensamente difícil —gobernar un país en guerra y sumido en la euforia revolucionaria— se tornó imposible debido a medidas temerarias dictadas por una concepción doctrinaria de la democracia, la creencia en la sabiduría del pueblo y la aversión a la burocracia profesional y la policía. Bien puede decirse que en la primavera de 1917 Rusia representaba el caso único de un gobierno nacido de una revolución que disolvía la maquinaria administrativa antes de tener la

oportunidad de reemplazarla por otra de su creación.

En un inicio, sin embargo, esta situación no fue evidente. En las primeras semanas tras su asunción del poder, el Gobierno Provisional disfrutó de un respaldo abrumador. Todo el país, incluidos los grandes duques, los generales y los miles de oficiales subalternos, le juró obediencia. Hasta los ultras de la Nobleza Unida, presididos por el archirreaccionario Alexánder Samarin, votaron a su favor.[155] Las potencias extranjeras se apresuraron a otorgarle reconocimiento diplomático, empezando por Estados Unidos (9 de marzo) y siguiendo por Gran Bretaña, Francia, Italia y los otros Aliados. Pero esta muestra de respaldo de la población y las potencias extranjeras era engañosa, ya que fomentaba en el nuevo gabinete la ilusión de que lo tenía todo firmemente controlado, cuando en realidad flotaba en el aire. En sus memorias sobre el Gobierno Provisional, Vladímir D. Nabókov escribió: «Recuerdo en particular una atmósfera en la cual todo lo que se experimentaba parecía irreal».[156]

Una de las dificultades para entender el rumbo de la Revolución de Febrero radica en la naturaleza ambivalente del *dvoyevlastiye*, o poder dual (diarquía).

En teoría, bajo este, el gabinete funcionaba como un ejecutivo y un legislativo combinados, y en calidad tanto de uno como de otro estaba sujeto al veto del sóviet, representado por el Ispolkom. Pero en la práctica el sóviet no solo controlaba el Gobierno Provisional sino que legislaba por cuenta propia. Con la Orden número 1 asumió el control efectivo de las fuerzas armadas, y, como veremos, también dictó los objetivos bélicos de Rusia. Así pues, el gobierno no podía ejercer su autoridad ni siquiera en el ámbito de las políticas militar y exterior. En asuntos más cotidianos, como el suministro de alimentos y las relaciones laborales, el

transporte y las comunicaciones, el Ispolkom actuaba como la autoridad final sin molestarse por coordinar sus medidas con el gobierno.

Los dirigentes del sóviet no ocultaban que el Gobierno Provisional solo existía porque ellos lo toleraban. En la Consulta Panrusa de los Sóviets, celebrada el 29 de marzo, Tsereteli, el presidente menchevique del Ispolkom, dijo que el Gobierno Provisional debía su existencia a un acuerdo que el Sóviet de Petrogrado había concertado con «los elementos burgueses privilegiados [*tsenzoviye*] de la sociedad».[157] Otro miembro del Ispolkom, el *trudovik* Vladas B. Stankevich, se jactaba de que el sóviet tenía el poder de destituir al Gobierno Provisional en quince minutos con tan solo dar las órdenes correspondientes por teléfono.[158] Los apologistas del sistema de «doble poder» afirmaron más adelante que los dirigentes del sóviet habían hecho todo lo posible para apuntalar al gobierno; lejos de subvertirlo, habían representado su principal fuente de apoyo.[159] Sin embargo, la evidencia histórica no corrobora esta aseveración. Indica que, aun cuando interviniera para ayudar a sofocar los desórdenes, el Ispolkom socavó de manera incesante la autoridad y el prestigio gubernamentales.

Sus líderes pronunciaban discursos en los que humillaban al gobierno y menoscababan su estatus a ojos de una población acostumbrada al trato respetuoso dado a la autoridad. Un buen ejemplo de ello es el discurso pronunciado por Chjeidze el 24 de marzo ante una delegación de estudiantes que habían llegado al sóviet con una pancarta de aclamación al Gobierno Provisional. Sus palabras fueron estas:

> Veo en vuestra pancarta la consigna «Saludos al Gobierno Provisional», pero para vosotros no puede ser un secreto que muchos de sus miembros, en vísperas de la Revolución, temblaban y no tenían fe en ella. Vosotros lo

> saludáis. Parecéis creer que alzará muy alto el nuevo estandarte. Si es así, seguid creyéndolo. En cuanto a nosotros, lo apoyaremos mientras haga realidad los principios democráticos. Sabemos, empero, que nuestro gobierno no es democrático, sino burgués. Seguid cuidadosamente su actividad. Respaldaremos todas sus medidas que tiendan al bien común, pero desenmascararemos todas las demás, porque lo que está en juego es el destino de Rusia.[160]

Observaciones de esta índole, hechas por la segunda figura política más influyente del sóviet y uno de los principales candidatos a la presidencia de la República rusa, desmienten lo sostenido por los apologistas de aquel en el sentido de que apoyaba lealmente al gobierno. Al tratarlo como una institución intrínsecamente contrarrevolucionaria, que solo era honesta porque el sóviet la controlaba, favorecían sin rodeos el juego de sus enemigos de la izquierda, que argumentarían que, de ser esto cierto, había que suprimir el gobierno y hacer que el sóviet asumiera toda la autoridad.

Si el Ispolkom no se atrevía a sacar la conclusión lógica de su premisa, era porque carecía del coraje de sus convicciones. Los socialistas que lo controlaban querían que el Gobierno Provisional funcionara como un pararrayos del descontento popular, mientras manipulaban entre bastidores; querían gobernar sin reinar. Como se jactaría más adelante Trotski, esto brindó a los bolcheviques la oportunidad de tomar el poder al exigir que el sóviet fuera *de iure* lo que ya era *de facto*.

La relación entre los dos órganos de la autoridad la simbolizaban sus respectivas sedes. El sóviet y su ejecutivo se habían instalado por iniciativa propia en el Palacio de Táuride, sede de la Duma y centro de la oposición durante el zarismo. El Gobierno Provisional ocupó en un principio el Palacio Marinski, sede del Consejo Imperial de Ministros, y en julio se mudó al Palacio de Invierno, la residencia de los zares.[155*]

El Ispolkom legislaba en todos los ámbitos. Ante la presión de los obreros, decretó la jornada laboral de ocho horas en todas las empresas, incluidas las dedicadas a la defensa. El 3 de marzo ordenó el arresto de miembros de la dinastía imperial, sin exceptuar a Nicolás Nikoláievich, el recién nombrado comandante en jefe.[161] La lógica de su papel autoatribuido como órgano del «control democrático» sobre la «burguesía» lo llevó rápidamente a adoptar medidas represivas que hacían recordar los peores días del zarismo. Así, el 3 de marzo «autorizó» el funcionamiento de los servicios postal y telegráfico, pero sujetos a la «vigilancia» de órganos del sóviet.[162] Llegó luego la censura de prensa. El 5 de marzo, el Ispolkom ordenó el cierre de todas las publicaciones alineadas con la orientación de las Centurias Negras, incluido el diario de derecha *Novoye Vremia*, que había cometido la temeridad de salir a la calle sin procurarse un permiso.[163] Dos días después, este mismo órgano aconsejó a diarios y revistas no aparecer sin la autorización expresa del sóviet, es decir, de sí mismo.[164] Este intento de restablecer la censura anterior a 1905 provocó tantas protestas que fue preciso echarse para atrás.[165] Pero fue una muestra de la rapidez con que la *intelligentsia* socialista, a la vez que profesaba los ideales democráticos más elevados, violaba un principio cardinal de la democracia, a saber, la libertad de opinión.

El Ispolkom siguió burocratizándose. Ya el 3 de marzo creó una red de «comisiones» que debían ocuparse de los problemas apremiantes, como la provisión de alimentos, los ferrocarriles, el correo y los telégrafos y las finanzas; un gobierno en la sombra en toda regla que duplicaba y, gracias a esta duplicación, controlaba las operaciones del gobierno. La principal institución destinada a esta finalidad era la

Comisión de Contacto, compuesta por cinco intelectuales socialistas (Nikolái S. Chjeidze, Matréi I. Skóbelev, Yuri M. Steklov, Nikolái N. Sujánov y V. N. Filippovski) y creada el 7 de marzo. Su tarea era «informar al sóviet de las intenciones y los actos del Gobierno Provisional, y a este de las demandas del pueblo revolucionario, presionar al gobierno para satisfacer dichas demandas y ejercer un control ininterrumpido sobre su puesta en práctica».[166] Así, mediante una prestidigitación verbal, los deseos de un órgano de intelectuales designados por los partidos socialistas se convertían en los deseos del «pueblo revolucionario». Según Miliukov, al principio el gobierno satisfizo todas las demandas de la Comisión de Contacto. Tsereteli coincidía; a finales de marzo declaró que «en ningún caso, tratándose de asuntos de importancia, el Gobierno Provisional eludió el acuerdo» con esta comisión.[167] Para asegurarse de que las cosas siguieran así, el 21 de abril el Ispolkom pidió al Gobierno Provisional que no tomara ninguna medida «importante» sin informarle de antemano.[168]

Por las razones ya señaladas, el Ispolkom prestó particular atención a las fuerzas armadas. «Para facilitar el contacto», el 19 de marzo designó y envió comisarios al Ministerio de la Guerra, el cuartel general del ejército y los de los distintos frentes y flotas. Los comisarios debían seguir las instrucciones que les impartía el Ispolkom. En la zona del frente, ninguna orden emitida por los militares podía entrar en vigor sin la aprobación previa de dicho órgano y sus comisarios. Estos últimos contribuían a resolver las disputas que surgían en el seno de las fuerzas armadas y entre el mando militar y la población civil en la zona de combate o sus cercanías. El ministro de la Guerra dio a los comandantes militares la instrucción de ayudar a los comisarios en el cumplimiento de sus obligaciones.[169]

La expansión del Ispolkom no se detuvo. El 8 de abril, nueve representantes (todos socialistas revolucionarios y mencheviques) de la sección de soldados se sumaron a los diez que ya integraban este órgano; eran sus primeros miembros electos. Los diez nombrados con anterioridad fueron reelegidos; ningún bolchevique obtuvo un puesto. Los partidos menchevique, bolchevique y socialista revolucionario seleccionaron cuidadosamente a los representantes de la sección de obreros.[170]

Durante su primer mes de existencia, el Sóviet de Petrogrado solo tuvo jurisdicción sobre la capital, pero luego extendió su autoridad a todo el país. La Consulta Panrusa de los Sóviets, convocada en Petrogrado a finales de marzo, resolvió que el Ispolkom admitiera entre sus miembros a representantes de los sóviets de las ciudades provinciales y las unidades del ejército del frente, con lo cual el Sóviet de Petrogrado se transformó en el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia.[171] Dieciséis delegados de otras partes del país se sumaron a lo que pasó a ser el Comité Ejecutivo Central de Todas las Rusias (VTsIK o CEC). A esas alturas, sus miembros ya eran setenta y dos, entre ellos veintitrés mencheviques, veintidós socialistas revolucionarios y doce bolcheviques.

Para dirigir y sistematizar su trabajo, el 14 de marzo el Ispolkom creó otro cuerpo burocrático, un buró. A mediados de abril contaba con veinticuatro miembros (once mencheviques, seis socialistas revolucionarios, tres *trudoviki* y cuatro socialdemócratas «sin facción»). En un principio, los bolcheviques se negaron a participar con el argumento de que se les ofrecían pocos puestos.[172]

El Ispolkom y su buró suplantaron al incorregiblemente indisciplinado plenario del sóviet, que se reunía cada vez con

menor frecuencia; cuando lo hacía, era para aprobar por aclamación las decisiones del ejecutivo. En sus primeros cuatro días de existencia (28 de febrero a 3 de marzo), dicho plenario se reunió a diario, mientras que durante el resto de marzo lo hizo cuatro veces y seis en abril. Nadie prestaba demasiada atención a sus ruidosas sesiones. Por su parte, las deliberaciones de las secciones de obreros y soldados eran algo más frecuentes.

Aunque el Ispolkom, con su buró, y el sóviet, que seguía las órdenes de estos, se presentaban como la auténtica voz de las masas del país, entre sus miembros no había representantes de las organizaciones campesinas. El campesinado, que era el 80 por ciento de la población, contaba con la Unión de Campesinos, que se mantenía distante del sóviet. De modo que el Sóviet de Todas las Rusias solo hablaba en nombre de una pequeña fracción de los habitantes del país, un 10 o un 15 por ciento, si se tiene en cuenta que ni el campesinado ni la «burguesía» estaban representados en él.

Al verse en la necesidad de actuar en condiciones tan difíciles, el Gobierno Provisional decidió concentrarse en la legislación «democrática», que era fácil de aprobar y contaría sin duda con el visto bueno del sóviet. Las reuniones de gabinete empezaban a última hora de la tarde y a veces se prolongaban hasta bien entrada la noche. Los ministros llegaban exhaustos y no era insólito verlos cabecear.

En las semanas que siguieron a la asunción del poder, el gobierno aprobó numerosas leyes, algunas destinadas a rectificar los abusos del anterior régimen y otras, a poner en práctica el programa de ocho puntos. Se otorgaron plenos derechos civiles a los soldados, y los que prestaban servicio en la retaguardia ya no estaban expuestos a la justicia marcial. Se eliminaron todas las restricciones civiles relacionadas con la

identidad religiosa o étnica. Se abolió la pena de muerte. Se garantizó el derecho de asociación y reunión. Se prometió la independencia a Polonia después de la guerra (aunque con la condición de que siguiera «unida a Rusia en una libre unión militar») y se garantizó el restablecimiento de los derechos constitucionales de Finlandia. Esta industria legislativa fue el sector más productivo de la economía rusa.[173] El problema era que, así como las leyes que aumentaban la libertad se llevaban con celeridad a la práctica, nadie prestaba atención a las que imponían nuevas obligaciones.

En las tres cuestiones que más importaban —la reforma agraria, la Asamblea Constituyente y la paz—, el gobierno actuó de manera dilatoria.

Salvo en las zonas adyacentes a las grandes ciudades, la noticia de la abdicación del zar se difundió a paso de tortuga en los distritos rurales, atrapados en las garras de un crudo invierno. La mayoría de las aldeas tuvieron noticia de la revolución entre cuatro y seis semanas después de su estallido, es decir, en la primera mitad de abril, con el comienzo del deshielo primaveral.[174] Para los campesinos, la noticia significaba que tenían la libertad de reanudar los ataques contra la propiedad privada de la tierra, interrumpidos diez años antes por Stolipin. La Repartición Negra se puso una vez más en marcha cuando los campesinos comunales, al principio con cautela y luego con creciente audacia, comenzaron a incursionar en las haciendas, ante todo en las pertenecientes a otros campesinos que habían abandonado la comuna y adquirido tierras privadas. Los primeros informes de disturbios agrarios llegaron a Petrogrado a mediados de marzo,[175] pero los desórdenes alcanzaron proporciones masivas en abril. A menudo, los instigadores eran desertores del ejército y delincuentes

liberados de la cárcel en febrero; a veces comunas enteras caían bajo su influencia. En esta fase inicial de la revolución agraria, los campesinos atacaban sobre todo casas y fincas aisladas, donde talaban árboles, robaban semillas reservadas para el cultivo y expulsaban a los prisioneros de guerra empleados como peones agrícolas.[176] Como en 1905, la violencia física era infrecuente. El 8 de abril, el gobierno los exhortó a desistir de las ocupaciones ilegales. También designó una comisión presidida por Andréi I. Shingarev, el ministro de Agricultura, que debía redactar un programa de reforma agraria y presentarlo a la Asamblea Constituyente.[177]

En sus afanosos intentos de organizar al campesinado, los socialistas revolucionarios reconstruyeron la Unión de Campesinos, liquidada después de 1905. Esta organización era favorable al Gobierno Provisional y sus mensajes a los campesinos los exhortaban a la paciencia y la moderación.[178] Sus llamamientos y los del gobierno tuvieron un efecto tranquilizador; muchos campesinos llegaron a la conclusión de que su derecho a la tierra sería más sólido si lo obtenían legalmente y no por la fuerza. Pero los desórdenes agrarios solo menguaron en junio, tras el ingreso de los socialistas en el Gobierno Provisional y la asunción de Víctor Chernov, el líder socialista revolucionario, como ministro de Agricultura. Aun así, no cabía suponer que los campesinos esperaran eternamente; incapaz de promulgar una reforma de las tierras, el gobierno no tardó en malgastar su popularidad entre el campesinado de las comunas.

Para asegurar el suministro de alimentos a las ciudades, el 25 de marzo Petrogrado estableció el monopolio estatal del comercio de cereales. De acuerdo con sus disposiciones, los campesinos debían entregar sus excedentes, a precios fijos, a agentes gubernamentales. Pero no había manera de imponer

dicha ley, por lo cual los campesinos la ignoraron y siguieron vendiéndolos en el libre mercado.

Los primeros disturbios agrarios tuvieron un efecto pernicioso sobre las fuerzas armadas. En el frente, las noticias de una inminente Repartición Negra alentaron las primeras deserciones masivas de soldados que se apresuraban a volver a sus terruños por temor a quedar al margen.[179]

Para estabilizar la situación, nada era más urgente que una rápida convocatoria de la Asamblea Constituyente. Solo un cuerpo elegido sobre la base de un sufragio democrático disfrutaría de una legitimidad indiscutible y, como tal, sería capaz de rechazar las acometidas de la extrema derecha y la extrema izquierda. Las complejidades electorales eran en verdad desalentadoras. Aun así, el asunto era tan acuciante que cualquier político experimentado habría comprendido que era mejor convocar de inmediato una asamblea imperfecta que una perfecta más adelante. Cuando en 1848 se derrocó en Francia a la monarquía de Julio, al cabo de dos meses se reunió una Asamblea Constituyente para elegir el nuevo gobierno. En Alemania, a finales de 1918, tras la derrota en la guerra y en medio de levantamientos sociales, las autoridades se las arreglarían para convocar una Asamblea Nacional en menos de cuatro meses. El Gobierno Provisional ruso no pudo hacerlo en los ocho meses que estuvo en funciones.

El 25 de marzo, el gobierno designó una comisión de setenta juristas para elaborar los procedimientos electorales. Sus miembros quedaron de inmediato empantanados en tecnicismos; transcurrieron varias semanas sin ningún resultado concreto. Nabókov dice, probablemente con razón, que siempre surgían asuntos más urgentes que tratar.[180] Al postergar las elecciones, el gobierno no solo violaba una

disposición del programa de ocho puntos, sino que quedaba expuesto a la acusación de que dejaba pasar el tiempo hasta que las pasiones revolucionarias se extinguieran.[181] Sus dilaciones contribuyeron en buena medida a su derrocamiento final; como veremos, uno de los principales pretextos usados por los bolcheviques cuando tomaron el poder en nombre de los sóviets fue que solo un gobierno formado por ellos podía asegurar la convocatoria de una Asamblea Constituyente.

Estaba, además, la cuestión de la guerra y la paz. En teoría, los partidos más importantes representados en el gobierno y el sóviet, a excepción de los bolcheviques, propiciaban la continuación de la guerra hasta la victoria. Esta postura reflejaba el estado de ánimo de la población. En contra de una difundida creencia según la cual la Revolución de Febrero había sido una consecuencia del hastío suscitado por la guerra, el sentimiento antialemán alcanzaba altas cotas. El derrocamiento del régimen zarista lo había inspirado ante todo la idea de que era demasiado incompetente para conducir el país a la victoria, buscaba una paz por separado e incluso revelaba secretos al enemigo. «En las primeras semanas [de la Revolución de Febrero] —comenta Sujánov—, la mayor parte de los soldados de Petrogrado no solo no querían oír hablar de paz, sino que no permitían siquiera que se la mencionara, prestos a pasar a bayoneta a cualquier "traidor" imprudente y a quien "abriera el frente al enemigo"».[182] En marzo y abril era común ver a soldados con pancartas que proclamaban la «¡Guerra hasta el fin!».[183] Un historiador francés que tuvo la oportunidad de leer los mensajes enviados al Gobierno Provisional y el sóviet en los primeros dos meses del nuevo régimen, confirma la impresión de Sujánov. Las demandas obreras ponían en primer lugar entre sus reivindicaciones la jornada laboral de

ocho horas; solo un 3 por ciento pedían una paz sin anexiones ni compensaciones. El 23 por ciento de las peticiones de los campesinos querían una «paz rápida y justa», pero aun entre ellos esta era una cuestión secundaria. En cuanto a los soldados, sus demandas indicaban que «se inclinaban a tratar a los partidarios de la paz inmediata como seguidores del káiser».[184] El problema era tan espinoso que los bolcheviques, los únicos que propiciaban la paz, eran muy cautos en sus declaraciones públicas. Un hecho indicativo de la animosidad de la guarnición de Petrogrado hacia ellos debido a su postura en relación con la guerra es que, en las elecciones al Ispolkom en la sección de soldados del sóviet, celebradas el 8 de abril, ni un solo bolchevique conquistó un escaño.[185] Gran parte de la violencia perpetrada en febrero y marzo se dirigió contra individuos que tenían apellido alemán, razón por la cual eran sospechosos de traición. El almirante Kolchak, comandante de la Flota del mar Negro, informó de que los principales disturbios entre las fuerzas bajo su mando eran los suscitados contra oficiales con apellidos de dicho origen.[186] Lo mismo ocurría en la base naval de Kronstadt. Cuando el 27 de febrero una turba incendió en Petrogrado la residencia del conde Fredericks, edecán del zar (cuyos antepasados, en realidad, eran suecos), la razón fue que su apellido despertaba sospechas de simpatías proalemanas.[187] [img 47]

A pesar del odio a los alemanes y el respaldo general a la guerra contra ellos, la cuestión bélica cobró una gran importancia en la mente del pueblo debido a la agitación socialista. Una de las características de los intelectuales socialistas era abogar por políticas contradictorias unidas a intenciones piadosas. Querían la guerra hasta la victoria, pero decían que el conflicto era «imperialista» y aprobaron leyes (por ejemplo, la Orden número 1 y la jornada laboral de ocho horas) que hacían casi imposible su prosecución. Querían la

victoria nacional, pero en sus declaraciones sostenían que las masas de todos los países beligerantes tenían el interés común de derrocar a las «clases dominantes». En un «Llamamiento a los pueblos del mundo» emitido el 15 de marzo, el Ispolkom convocaba a estos a levantarse y hacer la revolución:

> Dirigiéndonos a todas las naciones, desangradas y arruinadas por la monstruosa guerra, declaramos que ha llegado la hora de lanzar la lucha decisiva contra los rapaces afanes de los gobiernos de todos los países. Ha llegado la hora de tomar en nuestras manos la decisión sobre la guerra y la paz.
>
> Consciente de su poderío revolucionario, la democracia rusa declara que resistirá por todos los medios la política rapaz de sus clases dominantes, y llama a las naciones de Europa a emprender de consuno acciones decisivas en nombre de la paz. […]
>
> Defenderemos firmemente nuestra libertad ante todas las agresiones internas y externas. La Revolución rusa no cederá a las bayonetas de los conquistadores ni se dejará aplastar por el poderío militar extranjero.[188]

Esta retórica debía de parecerles razonable a los intelectuales que redactaron el llamamiento, pero, como el concepto de «poder dual», dejaba sumido en la perplejidad al hombre común y corriente. Si las «clases dominantes» de Rusia llevaban efectivamente adelante una «política rapaz», ¿por qué mantenerlas en el poder y «desangrarse» en su «monstruosa guerra»?

Miliukov, que estaba a cargo de la política exterior, seguía un camino propio. No compartía el optimismo de los socialistas acerca del movimiento por la paz en Alemania, y creía que su llamamiento no tendría respuesta. Por las revelaciones de Trépov en diciembre del año anterior, se sabía que los Aliados habían prometido a Rusia Constantinopla y los Dardanelos. Miliukov no quería renunciar a estas reivindicaciones por dos motivos: la renuncia suscitaría dudas en Occidente acerca del compromiso ruso de proseguir con la guerra y abriría las compuertas a la propaganda de paz alemana. Su insistencia en que Rusia persistiera en sus

reclamaciones territoriales produjo el primer choque entre el gobierno y el sóviet.

El 22 de marzo, en una rueda de prensa, Miliukov bosquejó los objetivos bélicos del gobierno. Entre ellos se incluían la «liberación» de los pueblos eslavos del Imperio austrohúngaro, la «fusión» con Rusia de los territorios ucranianos en poder de los austrohúngaros (es decir, Galitzia) y la incorporación de Constantinopla y los Dardanelos.[189] Para los intelectuales socialistas, las ideas de Miliukov constituían un reto a su «llamamiento», que exigía la renuncia a las conquistas «rapaces». Presionado por el sóviet, y ante la insistencia de varios integrantes del gabinete, sobre todo Kérenski, el gobierno aceptó emitir una declaración oficial acerca de los objetivos de guerra más acorde con la posición del Ispolkom. Aprobado por este con algunas enmiendas, el documento se dio a conocer el 27 de marzo.[190] Afirmaba que Rusia no tenía deseos de «imponerse despóticamente a otras naciones, despojarlas de sus bienes nacionales, tomar por la fuerza territorios que no le pertenecen»; su objetivo era una «paz duradera sobre la base de la autodeterminación nacional». Esta fórmula representaba una capitulación ante los socialistas, aunque Miliukov aduciría más adelante que podría haber sido interpretada como una afirmación del derecho de Rusia a reclamar territorios enemigos.[191] Un mes después, la controversia sobre los objetivos de guerra se reavivaría, convirtiéndose en la causante de una gran crisis política.

Desde el 23 hasta el 28 de febrero, la revolución se limitó a Petrogrado. El país siguió dedicado a sus asuntos, como si ignorara que había ocurrido algo desusado. La crónica de esos días[192] indica que la primera ciudad en reaccionar fue Moscú, donde hubo huelgas y manifestaciones el 28 y al día siguiente

se eligió un sóviet de trabajadores. El 1 de marzo se celebraron mítines en varias ciudades de provincia, entre ellas Tver, Nizhni Nóvgorod, Samara y Sarátov. El día 2, las siguieron otras. No hubo violencia; cuando el cronista comunista dice que los habitantes de varias ciudades «se unieron a la revolución», quiere decir que las multitudes llevaron a cabo celebraciones pacíficas en respaldo del Gobierno Provisional. El lento ritmo de expansión de la revolución indica hasta qué punto sus orígenes estaban relacionados con las condiciones específicas en la capital, a saber, una escasez excepcionalmente grave de alimentos y combustible y demandas de la guarnición militar. Esto contribuye a explicar por qué el 2 de marzo los generales y políticos aún podían creer que la abdicación del zar mantendría la revolución confinada en Petrogrado. Tal como resultaron las cosas, sin embargo, fue la noticia de la abdicación de Nicolás, publicada el 3 de marzo, la que llevó a la nación a comprender que había habido una revolución; la consecuencia fue un rápido desmoronamiento de la autoridad.

En el transcurso de marzo surgieron en todas las ciudades sóviets que tomaban como modelo el de Petrogrado, y cuyo brazo ejecutivo estaba a cargo de intelectuales socialistas. A comienzos de abril, los sóviets provinciales enviaron representantes a la capital, donde ingresaron en el Ispolkom para constituir el Ispolkom de Todas las Rusias (VTsIK o CEC).

La revolución se difundió pacíficamente por todo el país; según la frase de William Henry Chamberlin, se «hizo por telégrafo».[193] El cambio de régimen se aceptó en todas partes como un hecho consumado; no tropezó con ninguna resistencia y, por lo tanto, no hubo uso de la fuerza. Por el

momento no surgían hostilidades de clase o étnicas que pudieran perturbar el alivio casi unánime producido por el final del antiguo régimen. En algunas localidades, oficiales del ejército y antiguos funcionarios zaristas participaron en las celebraciones en honor del Gobierno Provisional.

Uno de los efectos imprevistos de la revolución y el ideal de democracia que promovía fue la aparición de movimientos nacionalistas en zonas donde la población no era rusa. Los dirigía la *intelligentsia* autóctona, que, además de las habituales demandas de carácter socialista o liberal, reclamaba algún grado de autonomía para sus regiones. Los primeros en hacerse escuchar fueron los ucranianos, que el 2 de marzo formaron en Kiev un sóviet llamado Rada; sus peticiones iniciales al gobierno fueron de naturaleza cultural, pero pronto exigió atribuciones políticas. Otras nacionalidades siguieron su ejemplo, entre ellas los musulmanes diseminados de Rusia, que en mayo celebraron un Congreso de Todas las Rusias.[194]

Vasili Rozanov dijo, en referencia a la abdicación de Nicolás, que el zar había hecho saber que «renegaba de un pueblo tan vil».[195]

Según su diario, Nicolás durmió profundamente la noche que siguió a la firma del manifiesto de abdicación. Llegó a Moguilev el 3 de marzo al anochecer y allí tuvo noticia, por Alexéiev, de que su hermano había renunciado a la corona y dejado el destino de la monarquía en manos de la Asamblea Constituyente. «Sabrá Dios quién lo convenció de firmar tamaña tontería», anotó. Redactó entonces otro manifiesto de abdicación en el que cedía la corona a su hijo. Alexéiev decidió no informar al gobierno del último cambio de opinión de Nicolás. *A posteriori* confió el documento al general Denikin, para que lo mantuviera a buen recaudo.[196]

Al día siguiente, Nicolás envió al primer ministro Lvov una lista de peticiones. Solicitaba que se le autorizara a seguir camino a Tsárkoie con su comitiva y permanecer allí hasta que los niños se recuperaran, tras lo cual deseaba residir en Puerto Romanov, en la costa de Múrmansk. Una vez terminada la guerra, quería retirarse al centro de veraneo de Livadia, en Crimea. En un mensaje cifrado al cuartel general, el Gobierno Provisional aceptó las peticiones.[197]

Como el derrocado zar amenazaba convertirse en un importante motivo de disputa entre el gobierno y el sóviet, el gabinete no tardó en decidir que sería más conveniente, desde un punto de vista político, que Nicolás y su familia se fueran del país. En la primera semana de marzo se sondeó a los gobiernos británico, danés y suizo acerca de la posibilidad de que dieran asilo a la familia imperial. El 8/21 de marzo, Miliukov le dijo al embajador británico que «ansiaba fervientemente que el emperador se marchase de Rusia de inmediato» y que agradecería que Gran Bretaña le ofreciera asilo, con la condición de que Nicolás «no tuviera permitido dejar Inglaterra hasta el final de la guerra».[198] En un principio, las autoridades británicas vacilaron, pero el 9/22 de marzo el ministro de Asuntos Exteriores, Arthur Balfour, cablegrafió lo siguiente a la embajada británica en Petrogrado:

> Tras considerarlo más detenidamente, se ha decidido que sería mejor que el emperador, mientras dure la guerra, resida en Inglaterra y no en un país contiguo a Alemania. Existe el temor de que, de lo contrario, y debido a la influencia de la emperatriz, la residencia del emperador en Dinamarca o Suiza se convierta en un foco de intrigas, y de que en manos de generales rusos desafectos aquel pueda llegar a ser la cabeza visible de una contrarrevolución. Esto significaría caer en el juego de Alemania, un riesgo que debe evitarse a toda costa.[199]

El ofrecimiento, formalmente transmitido al Gobierno Provisional el 13 de marzo, fue confirmado por un mensaje personal del rey Jorge V a Nicolás, en el que le daba garantías

acerca de su amistad eterna y le extendía la invitación a instalarse en Inglaterra.[156*]

Los planes del gobierno en lo concerniente a la familia imperial omitían tomar en consideración los sentimientos de los intelectuales socialistas, que temían que, una vez en el extranjero, el derrocado zar se convirtiera en el centro de complots contrarrevolucionarios. Por esta razón, preferían que permaneciera en Rusia y bajo su control. Como se ha señalado, el 3 de marzo el Ispolkom decidió por votación arrestar a Nicolás y su familia. El gobierno cedió de inmediato a esta demanda. El 7 de marzo anunció que la familia imperial sería puesta bajo arresto en Tsárkoie y envió cuatro diputados a Moguilev para escoltar a Nicolás hacia ese destino. El día 8, tras conocer las negociaciones con Gran Bretaña, el Ispolkom volvió a votar a favor de la detención de Nicolás y su familia, la confiscación de sus bienes y la privación de su ciudadanía. Para impedir su partida a Inglaterra, resolvió enviar a su propia gente a Tsárkoie con el fin de asegurarse de que la familia imperial estaba bien vigilada.[200]

Mientras se producían estos hechos, Nicolás estaba en Moguilev despidiéndose del ejército. El 8 de marzo escribió una carta de despedida a las fuerzas armadas, en la cual las exhortaba a luchar hasta la victoria y «obedecer al Gobierno Provisional».[201] Alexéiev envió este documento a Petrogrado, pero Guchkov, según instrucciones del gabinete, que probablemente temía suscitar la hostilidad del Ispolkom, ordenó que no fuera dado a conocer.[202] Esa misma mañana, Nicolás se despidió de los oficiales, a quienes abrazó uno por uno. Casi todos lloraban. Cuando la tensión se volvió demasiado grande, el emperador hizo una reverencia y se retiró. «Mi corazón estuvo a punto de estallar», escribió en su diario.[203] A las 16.45 se subió al tren sin sus dos inseparables

compañeros, Voiéikov y Fredericks, a quienes había cesado a petición de Alexéiev. Antes de partir, este le informó de que se encontraba bajo arresto.[204]

Ese mismo día, 8 de marzo, el general Lavr Kornílov, el nuevo comandante del Distrito Militar de Petrogrado (Nicolás lo había designado a instancias de Rodzianko poco antes de la abdicación), visitó Tsárkoie. Informó a la emperatriz de que quedaba bajo custodia y emplazó guardias en el palacio y sus aledaños. La medida se tomaba en respuesta a las exigencias del Ispolkom, pero su efecto también consistió en garantizar la seguridad de la familia imperial, dado que la guarnición de Tsárkoie Seló había empezado a actuar de manera insolente y amenazante. Según Benckendorff, Kornílov también informó a Alejandra de que, tan pronto como fuera factible, trasladarían la familia a Múrmansk para que embarcara en un crucero británico con destino a Inglaterra.[205]

El tren de Nicolás llegó a Tsárkoie la mañana del 9 de marzo. Anunciado a la escolta como «coronel Romanov», le sorprendió ver guardias y patrullas emplazados por doquier y constatar que sus movimientos y los de su familia, aun dentro de los terrenos del palacio, estaban muy restringidos. No podía dejar sus aposentos a menos que lo acompañara un soldado armado.

Cuando se conoció la noticia de que Nicolás había salido de Moguilev, la *intelligentsia* socialista comenzó a inquietarse ante la posibilidad de que se fugara al extranjero; recordaban bien la huida de Luis XVI a Varennes. El 9 de marzo, el Ispolkom se reunió en un clima de gran agitación. Chjeidze lanzó una alarma general porque el derrocado zar, que en realidad acababa de llegar a Tsárkoie, había huido y era imperioso detenerlo.[206] El sóviet resolvió prohibir su salida

de Rusia «aun cuando con ello se corra el peligro de una ruptura con el Gobierno Provisional»; había que encerrarlo en la fortaleza de Pedro y Pablo.[207] Una delegación del Ispolkom, encabezada por Chjeidze, se reunió ese día con el gobierno y recibió la promesa de que no se permitiría salir del país a Nicolás sin el permiso de ese órgano.[208]

Para cerciorarse de que el destituido monarca estaba efectivamente en Tsárkoie, tal como ahora se le informaba, el Ispolkom envió ese mismo día (9 de marzo) un destacamento de trescientos soldados de infantería y una compañía de ametralladores a Tsárkoie bajo el mando de Serguéi D. Mstislavski, un oficial socialista revolucionario. Al llegar, este exigió que el derrocado zar «se presentara de inmediato ante él». Y pensó para sus adentros: «Que comparezca ante mí, un simple emisario de los obreros y soldados revolucionarios, él, el emperador de Todas las Rusias, Grande, Pequeña y Blanca, el autócrata, como un interno en una inspección en lo que antes eran sus prisiones».

> Mstislavski llevaba un viejo abrigo de piel de oveja con las charreteras de oficial, un gorro de piel en la cabeza, un sable al costado y una Browning cuya empuñadura asomaba de un bolsillo. El destituido zar no tardó en aparecer en el pasillo. Se acercó al grupo, deseoso en apariencia de hablar con ellos. Pero Mstislavski no hizo el saludo militar, no se sacó el gorro y ni siquiera pronunció una palabra de saludo. El emperador se detuvo un segundo, lo miró directamente a los ojos y luego se dio la vuelta y regresó por donde había venido.[157*]

Según las reglas establecidas por el general Kornílov,[209] la familia imperial quedó apartada del mundo exterior; nadie podía entrar sin permiso en Tsárkoie y todas las cartas, telegramas y llamadas telefónicas estaban sujetos a vigilancia.

El 21 de marzo, Kérenski se presentó inesperadamente en el palacio. Era su primera oportunidad de estar cara a cara frente al objeto de algunos de sus más virulentos discursos en la Duma. Su descripción del encuentro, y la impresión que le

causó Nicolás, revisten considerable interés:

Toda la familia estaba de pie en la habitación contigua, muy junta en una masa confusa alrededor de una pequeña mesa cerca de una ventana. Un hombrecito de uniforme se separó del grupo y se encaminó a reunirse conmigo, vacilante y con una débil sonrisa. Era el emperador. Se detuvo en el umbral de la habitación donde yo lo esperaba, como si no supiera muy bien qué hacer a continuación. Ignoraba cuál sería mi actitud. ¿Tenía que recibirme como un huésped o aguardar hasta que yo le hablara? ¿Debía extender la mano o esperar mi saludo? Percibí de inmediato su turbación, así como la confusión de toda la familia, a la que habían dejado sola con un terrible revolucionario. Me levanté rápidamente, fui hacia Nicolás II, le tendí la mano con una sonrisa y dije de manera brusca: «Kérenski», como solía presentarme. Me estrechó la mano con firmeza, sonrió, al parecer animado, y me condujo de inmediato hacia donde estaba su familia. Su hijo y sus hijas estaban evidentemente consumidos por la curiosidad y me miraban con fijeza. Alejandra Fiódorovna, tiesa, orgullosa y altiva, extendió la mano de mala gana, como si la obligaran a hacerlo. Tampoco yo estaba especialmente deseoso de saludarla, y nuestras palmas apenas se tocaron. Esto era típico de la diferencia de carácter y temperamento entre el esposo y la esposa. Sentí enseguida que Alejandra Fiódorovna, aunque frágil y enojada, era una mujer inteligente y de fuerte voluntad. En esos pocos segundos entendí la psicología de toda la tragedia que había sucedido durante muchos años tras los muros del palacio. Mis ulteriores conversaciones con el emperador, que fueron muy pocas, no hicieron sino confirmar mi primera impresión. […]

No creo para empezar que fuera el paria, el monstruo inhumano, el asesino deliberado que me imaginaba. Comencé a comprender que había en él un lado humano. Me resultó claro que había aceptado todo el despiadado sistema sin que lo moviera ninguna mala voluntad y sin entender siquiera que era malo. Su mentalidad y sus circunstancias lo mantenían completamente al margen del contacto con la gente. Solo se enteraba de la sangre y el llanto de miles y miles a través de los documentos oficiales, en los cuales se les representaba como «medidas» tomadas por las autoridades «en interés de la paz y la seguridad del Estado». Esos informes no le transmitían el dolor y el sufrimiento de las víctimas, sino únicamente el «heroísmo» de los soldados «fieles en el cumplimiento de su deber para con el zar y la Patria». Había sido educado desde su juventud para creer que su bienestar y el de Rusia eran una sola cosa, de modo que los trabajadores, campesinos y estudiantes «desleales» a quienes se mataba, ejecutaba o desterraba le parecían meros monstruos y parias de la humanidad a los que había que destruir por el bien del país y de los propios «fieles súbditos». […]

En mis ocasionales y breves conversaciones con Nicolás II en Tsárkoie Seló traté de desentrañar su carácter y, en líneas generales, creo haberlo logrado. Era un hombre sumamente reservado, que desconfiaba de la humanidad y la despreciaba por completo. No era muy instruido, pero tenía

> cierto conocimiento de la naturaleza humana. No le interesaba nada ni nadie excepto su hijo, y tal vez sus hijas. Esta terrible indiferencia a las cosas externas hacía que pareciera una suerte de autómata antinatural. Al estudiar su rostro me parecía ver, detrás de la sonrisa y los encantadores ojos, una máscara tiesa y congelada de absoluta soledad y desolación. Tal vez hubiera sido un místico, en búsqueda paciente y apasionada de una comunión con el Paraíso y cansado de todas las cosas terrenales. Es probable que una muy fácil satisfacción de todos sus deseos le hubiera vuelto insignificante y desagradable todo lo existente sobre la Tierra. Cuando empecé a conocer esa máscara viviente entendí por qué había sido tan sencillo desalojarlo del poder. No deseaba luchar por él y se le fue simplemente de las manos. Menospreciaba la autoridad como todo lo demás. Estaba absolutamente cansado de ella. Se deshizo de la autoridad como antes podría haberse deshecho de un uniforme de gala para ponerse uno más sencillo. Encontrarse en la situación de un mero ciudadano, sin las obligaciones o el ropaje del Estado, era una nueva experiencia para él. Y retirarse a la vida privada no le resultó una tragedia. La anciana madame Narishkina, la dama de honor, me contó lo que él le había dicho: «¡Qué contento estoy de no tener que asistir ya a esas tediosas conversaciones ni firmar documentos eternos! Voy a leer, caminar y pasar el tiempo con los niños». Y, agregó Narishkina, no era una pose por su parte. En efecto, todos los que lo vieron en cautiverio fueron unánimes en señalar que Nicolás II parecía en general estar de buen humor y disfrutar de su nuevo modo de vida. Cortaba leña y ordenaba los troncos en pilas en el parque. Hacía algo de jardinería, remaba y jugaba con los niños. Era como si se hubiera sacado de encima un gran peso, y sentía un enorme alivio.[210] [img 48]

Dados los sentimientos preponderantes en su seno, el Ispolkom jamás hubiera aprobado los planes del gobierno de permitir la partida de Nicolás hacia Inglaterra. No obstante, se produjo algo parecido a una conmoción cuando a finales de marzo (VE) Gran Bretaña informó al Gobierno Provisional de que retiraba su invitación al destituido zar. Se creyó entonces, y siguió creyéndose durante mucho tiempo, que había sido el primer ministro David Lloyd George quien había disuadido a Jorge V de hacer caso a sus generosos impulsos. El propio Lloyd George tuvo interés en perpetuar dicha impresión.[211] Pero hoy se sabe que lo hizo para proteger al rey, que había vetado la decisión anterior por temor a que pusiera en una situación embarazosa a la Corona

e irritara a los parlamentarios laboristas, que «manifestaban opiniones adversas a la propuesta».[212] El papel del rey en este deshonroso acto se mantuvo en secreto; se dieron instrucciones para «evitar que en las actas del gabinete de guerra se incluya nada susceptible de herir los sentimientos del rey».[213] Posteriormente se oficializó la política británica de no recibir a ningún integrante de la familia real rusa mientras siguiera la guerra, con la excepción de la emperatriz viuda María, hermana danesa de la viuda de Eduardo VII, Alejandra.[158*]

Según Kérenski, Nicolás se sintió destrozado al conocer la negativa británica,[214] no porque quisiera marcharse de Rusia, sino porque era una prueba más de «la traición, la cobardía y el engaño» de los que se creía rodeado. Pasó los siguientes cuatro meses en un estado de ocio forzado: leyendo, jugando, dando caminatas y trabajando en el jardín.

La Revolución de Febrero tuvo muchas características sorprendentes que la distinguen de otros levantamientos revolucionarios. Pero lo más asombroso fue la notable rapidez con que se derrumbó el Estado ruso. Fue como si el imperio más grande del mundo, extendido sobre una sexta parte de la superficie de la Tierra, fuera una construcción artificial, sin unidad orgánica, sostenida por cables que convergían en la persona del monarca. Tan pronto como este se retiró, los cables se rompieron y toda la estructura cayó hecha pedazos. Kérenski dice que hubo momentos en los que le parecía que «la palabra "revolución" [era] harto inapropiada para explicar lo que había pasado en Rusia [entre el 27 de febrero y el 3 de marzo]. Todo un mundo de relaciones nacionales y políticas se fue a pique, y al mismo tiempo todos los programas políticos y tácticos existentes, por muy audaces que fueran y bien concebidos que estuvieran, parecieron quedar flotando

sin objeto ni uso en el espacio».[215]

Rozanov describió el fenómeno en su estilo mordaz:

> Rusia se marchitó en dos días. Como mucho, en tres. Ni siquiera *Novoye Vremia* podría haber sido clausurado tan rápidamente. Es asombroso lo repentino de su derrumbe, hasta quedar reducida a pedazos y partículas. A decir verdad, nunca había habido un levantamiento como ese, sin excluir «las grandes migraciones de los pueblos». […] Ya no había Imperio, Iglesia, ejército, clase obrera. ¿Y qué quedaba? Por extraño que parezca, literalmente nada. Un pueblo vil, solo eso.[216]

Hacia finales de abril, ocho semanas después del estallido de la revolución, Rusia zozobraba. El 26 de ese mes, el Gobierno Provisional emitió un llamamiento patético en el que se reconocía incapaz de gobernar el país. Kérenski lamentaba no haber muerto cuando la revolución todavía era joven y la colmaba la esperanza de que la nación pudiera lograr gobernarse «sin látigos ni garrotes».[217]

Liberados del zarismo, al que culpaban de todos sus males, los rusos estaban perplejos en medio de su recién conquistada libertad. No eran muy diferentes de la dama del cuento de Balzac que había estado enferma tanto tiempo que, cuando finalmente se curó, creyó verse afectada por una nueva enfermedad.

Segunda parte

Los bolcheviques conquistan Rusia

Los bolcheviques han conquistado Rusia

LENIN, marzo de 1918

[El partido Bolchevique] se asignó la misión de trastornar el mundo.

TROTSKI, *La revolución traicionada*

9

Lenin y los orígenes del bolchevismo

Llegará lejos porque cree en todo lo que dice

MIRABEAU, sobre Robespierre

No es necesario creer que la historia la hacen los «grandes hombres» para reconocer la inmensa importancia que tuvo Lenin para la Revolución rusa y el régimen que surgió de ella. Lo cierto no solo es que el poder que acumuló le permitió ejercer una influencia decisiva sobre el curso de los acontecimientos, sino también que el régimen que estableció en octubre de 1917 fue, por decirlo así, una institucionalización de su personalidad. El Partido Bolchevique fue una creación de Lenin; como su fundador, lo concibió a su propia imagen y, superando todas las oposiciones de dentro y de fuera, lo mantuvo en el rumbo que había previsto. Ese mismo partido, al tomar el poder en octubre de 1917, no tardó en eliminar a todos los partidos y organizaciones rivales para convertirse en la única fuente de autoridad política en Rusia. Así pues, la Rusia comunista fue desde el comienzo, y de un modo poco habitual, un reflejo de la mente y el espíritu de un hombre; la biografía de este y la historia de aquella están excepcionalmente vinculadas.

Aunque hay pocas figuras históricas sobre las que se haya escrito tanto como sobre él, la información auténtica sobre Lenin es escasa. Estaba tan poco dispuesto a distinguirse de su

causa e incluso a admitir que tenía una existencia separada de esta que apenas dejó datos autobiográficos; tal como él la concebía, su vida era una sola cosa con la vida del partido. A sus ojos, y a los de sus camaradas, él solo poseía una personalidad pública. Los rasgos individuales que se le atribuyen en la literatura comunista son las virtudes convencionales de la hagiografía: devoción abnegada a la causa, modestia, autodisciplina, generosidad.

Menos conocido es el período formativo de Lenin. El corpus entero de escritos de sus primeros veintitrés años de vida consiste en apenas unos veinte textos, casi todos peticiones, certificados y otros documentos oficiales.[1] No disponemos de cartas, diarios ni artículos, como cabría esperar de un joven intelectual. O bien estos materiales no existen o, lo que es más probable, están escondidos en los archivos soviéticos porque su publicación revelaría a un Lenin muy diferente del que se presenta en la literatura oficial.[1*] En cualquiera de los dos casos, el biógrafo cuenta con muy poco material para intentar reconstruir su desarrollo intelectual y psíquico durante el período (entre 1887 y 1893, aproximadamente) en el que pasó de ser un joven normal sin compromisos e incluso sin intereses políticos a convertirse en un revolucionario fanático. Las pruebas que tenemos son en gran medida circunstanciales, y muchas se basan en un conocimiento negativo, es decir, lo que Lenin podría haber hecho pero no hizo en función de sus oportunidades. Reconstruir la imagen del joven Lenin supone un concienzudo esfuerzo para eliminar capas y capas de un barniz que han ido deformando su imagen a lo largo de muchos años de culto institucionalizado.[2*]

Lenin nació con el nombre de Vladímir Ilich Uliánov en abril de 1870 en Simbirsk, en el seno de una familia

burocrática convencional y acomodada. Su padre, inspector escolar, tenía en el momento de su muerte en 1886 el rango de consejero de Estado, posición que le proporcionaba un estatus igual al de un general y al de la nobleza hereditaria. Era un hombre de pensamiento conservador liberal, que simpatizaba con las reformas de Alejandro II y creía que la clave del progreso de Rusia estaba en la educación. Trabajaba con sumo afán y, según se decía, en sus dieciséis años como inspector había fundado varios centenares de escuelas. La madre de Lenin, de soltera Blank, era hija de un médico de ascendencia alemana; en sus fotografías parece salida de un retrato de Whistler. La familia, unida y feliz, observaba fielmente los rituales y las festividades de la Iglesia ortodoxa.

La tragedia golpeó a los Uliánov en 1887, cuando el hermano mayor de Lenin, Alexánder, fue arrestado en San Petersburgo mientras llevaba una bomba con la cual, en un complot tramado con algunos amigos, pretendía asesinar al zar. Científico apasionado, Alexánder no había mostrado interés por la política en los primeros tres años que pasó en la Universidad de San Petersburgo. Allí se familiarizó con los escritos de Plejánov y Marx y adoptó una ideología política ecléctica que pretendía introducir en el programa de Voluntad del Pueblo (Naródnaya Volia) ciertos elementos de la socialdemocracia. Alexánder, que asignaba a los obreros industriales un papel predominante en la revolución, aceptaba el terror político como medio y la transición inmediata al socialismo como objetivo. Esta singular amalgama de marxismo y Naródnaya Volia anticipaba el programa que Lenin elaboraría por su cuenta algunos años después. Arrestado el 1 de marzo de 1887, sexto aniversario del asesinato de Alejandro II, Alexánder Uliánov fue sometido a un juicio público y ejecutado junto con sus camaradas de conspiración. Durante todo el proceso se

condujo con una dignidad ejemplar.

La ejecución, que se produjo poco después de la muerte del padre, tuvo un profundo impacto en la familia, que no sabía nada de la actividad revolucionaria de Alexánder. Pero no hay pruebas de que este acontecimiento modificara de alguna manera el comportamiento de Vladímir. Muchos años después, su hermana menor, María, afirmó que este, al enterarse del destino de su hermano, exclamó: «No, no tomaremos ese camino. No debemos tomar ese camino».[2] Al margen de que María tenía apenas nueve años cuando presuntamente se hizo dicha observación, esta no puede ser cierta porque en la época de la ejecución de su hermano Lenin ignoraba por completo la política. La finalidad de esta invención es sugerir que ya a los diecisiete años, cuando cursaba sus estudios de secundaria, Lenin se inclinaba hacia el marxismo, lo cual está en discrepancia con las pruebas disponibles. Por otra parte, sabemos por los recuerdos familiares que los dos hermanos no tenían una relación estrecha y que Alexánder criticaba duramente los modales groseros y la expresión habitual de desdén de Vladímir.

Lo sorprendente de la juventud de Lenin es que este, a diferencia de la mayoría de sus contemporáneos, no mostró interés en los asuntos públicos.[3] El retrato que hace de él una de sus hermanas, publicado antes de que el puño de hierro de la censura deshumanizara al personaje, nos muestra a un muchacho sumamente diligente, pulcro y puntilloso, un tipo que la psicología moderna clasificaría como compulsivo.[4] Era un estudiante modélico, con notas excelentes en casi todas las materias e incluso en su comportamiento, por las que recibió medallas de oro año tras año. Se graduó como el mejor alumno de su promoción. Las escasas pruebas a nuestra disposición no muestran indicios de rebeldía ni contra su

familia ni contra el régimen. Fiódor Kérenski, padre del futuro rival de Lenin, Alexánder, que era casualmente director de la escuela de Simbirsk a la que Vladímir asistía, lo recomendó a la Universidad de Kazán como un joven «reticente» y «poco sociable» que «ni en la escuela ni fuera de ella dio a sus superiores o profesores causa alguna, ni en palabra ni en acto, para formarse de él una opinión desfavorable».[5] En la época en la que completó su educación secundaria, en 1887, no tenía opiniones políticas «definidas».[6] En la biografía de su juventud, nada apunta a un futuro revolucionario; más bien, todo parecía indicar que Lenin seguiría los pasos de su padre y desarrollaría una distinguida carrera burocrática. Debido a estas características fue admitido en la Facultad de Derecho de la Universidad de Kazán, a la que, de no ser por estas cualidades, no habría podido a causa del historial policial de su familia.

Al ingresar en la universidad, sus compañeros de estudio lo reconocieron como el hermano de un célebre terrorista y lo arrastraron al grupo clandestino de Voluntad del Pueblo. Esta organización, liderada por Lázar Bogoraz, había establecido contacto con estudiantes de ideas similares de otras ciudades, entre ellas San Petersburgo, al parecer con la intención de llevar a cabo el acto que había conducido a la ejecución de Alexánder y sus camaradas. No es posible saber con certeza en qué medida progresaron estos planes y hasta qué punto Lenin estuvo involucrado en ellos. El grupo fue detenido en diciembre de 1887 tras una manifestación en contra de las regulaciones universitarias. Lenin, a quien se le había visto correr, gritar y agitar los brazos, fue detenido por poco tiempo. Al volver a casa escribió una carta a la universidad para anunciar que abandonaba los estudios, pero el intento de impedir la expulsión fracasó. Fue arrestado y expulsado junto con otros treinta y nueve estudiantes. Castigos contundentes

como este, típicos de los métodos utilizados por el régimen de Alejandro III para sofocar las expresiones de independencia o «insubordinación», no hacían sino proporcionar más y más reclutas al movimiento revolucionario.

Con el tiempo, las autoridades tal vez habrían perdonado a Lenin y le hubieran permitido volver a matricularse, de no ser porque durante la investigación de lo sucedido la policía descubrió sus conexiones con el círculo de Bogoraz y averiguó la actividad terrorista de su hermano. Una vez conocidos estos hechos, fue incluido en la lista de personas «sospechosas» y se le puso bajo vigilancia policial. Sus solicitudes y las de su madre para que se le permitiera retomar los estudios fueron rechazadas una tras otra. Sin futuro a la vista, Lenin pasó los siguientes cuatro años en una ociosidad forzada, mantenido por la pensión de su madre. Se hallaba en un estado de desesperación y, según una de las solicitudes presentadas por la madre, estaba al borde del suicidio. Los relatos que tenemos de esta época muestran a Lenin como un joven insolente, sarcástico y sin amigos. Sin embargo, la familia Uliánov, que lo idolatraba, lo veía como un genio en ciernes y tenía sus opiniones por palabra del evangelio.[7]

Durante este período, Lenin leyó mucho. Devoró los diarios y libros «progresistas» de las décadas de 1860 y 1870 y en especial los escritos de Nikolái Chernishevski, que, según su propio testimonio, tuvieron una influencia decisiva sobre él.[8][3*] A lo largo de esta difícil etapa, la sociedad de Simbirsk condenó a los Uliánov al ostracismo; la gente evitaba relacionarse con parientes de un terrorista ejecutado, por temor a suscitar la atención de la policía. Esta amarga experiencia parece haber tenido un papel nada desdeñable en la radicalización de Lenin. Hacia el otoño de 1888, cuando se mudó con su madre a Kazán, era ya un radical hecho y

derecho, embargado por un odio sin límites contra quienes habían interrumpido su prometedora carrera y rechazado a su familia: el *establishment* zarista y la «burguesía». En contraste con los típicos revolucionarios rusos, como su difunto hermano, movidos por el idealismo, el impulso político dominante de Lenin nunca dejaría de ser el odio. Asentado sobre esta base emocional, su socialismo fue desde el principio fundamentalmente una doctrina de destrucción. Estaba tan consagrado, tanto emocional como intelectualmente, a hacer pedazos el mundo del presente que pensaba poco en el mundo del futuro. Era esta destructividad obsesiva lo que a la vez fascinaba y repelía, inspiraba y aterrorizaba a los intelectuales rusos, ya de por sí propensos a oscilar entre la indecisión hamletiana y la locura quijotesca. Struve, que tuvo un trato frecuente con Lenin en la década de 1890, decía que su

> principal *Einstellung* [fijación] —para usar el nuevo y popular término psicológico alemán— era el *odio*. Lenin adoptó la doctrina de Marx sobre todo porque respondía a esa *Einstellung* primordial de su mente. La doctrina de la lucha de clases, implacable y generalizada, con el objetivo final de la destrucción y el exterminio del enemigo, demostró ser afín a su actitud emocional respecto a la realidad circundante. Lenin odiaba no solo la autocracia vigente (el zar) y la burocracia, no solo la ilegalidad y la autoridad arbitraria de la policía, sino también a sus antípodas, los «liberales» y la «burguesía». Había en ese odio algo repulsivo y terrible; aunque arraigado en emociones y repulsiones concretas —debería decir incluso animales—, era al mismo tiempo abstracto y frío, como todo el ser de Lenin.[9]

La *vita* oficial de Lenin, tal como se formalizó en la década de 1920, tiene como modelo, en sus rasgos esenciales, la vida de Jesucristo. Al igual que la cristología, describe a su protagonista como inalterado e inalterable, predestinado desde el día de su nacimiento. Los biógrafos oficiales de Lenin se niegan a admitir que hubiera cambiado jamás sus ideas. Se le presenta como un marxista ortodoxo y comprometido desde el momento en el que comenzó a actuar en política. Es

fácil demostrar lo erróneo de esta tesis.

Para empezar, el término «marxista» tenía en la juventud de Lenin no uno, sino al menos dos significados distintos. La doctrina marxista clásica se aplicaba a países con una economía capitalista madura. La aspiración de Marx era proporcionar a estos una teoría científica del desarrollo, cuyo resultado inevitable eran el derrumbe y la revolución. Esta doctrina era inmensamente atractiva para los intelectuales radicales rusos, tanto por sus aspiraciones de objetividad científica como por la inevitabilidad de su predicción. Marx fue popular en Rusia antes de que existiera en el país un movimiento socialdemócrata; en 1880 se jactó de que *Das Kapital* tenía allí más lectores y admiradores que en ningún otro lado.[10] Pero como en la época Rusia apenas tenía un capitalismo, por muy liberalmente que el término se defina, los primeros seguidores rusos de Marx reinterpretaron sus teorías para adecuarlas a las condiciones locales. En la década de 1870 formularon la doctrina del «camino propio», conforme a la cual Rusia, al desarrollar su propia forma socialista basada en la comuna rural, daría un salto directo al socialismo sin pasar por la etapa capitalista.[11] El hermano de Lenin adoptó este tipo de ideología, común en los círculos radicales rusos durante la década de 1880, en el programa para su organización, Voluntad del Pueblo.

El conocimiento del entorno intelectual donde creció Lenin arroja luz sobre la evolución de su ideología. Entre 1887 y 1891, no fue y no podía haber sido marxista en el sentido socialdemócrata del término, porque esta variante del marxismo todavía era desconocida en Rusia. Las pruebas sugieren que desde 1887 hasta alrededor de 1891 fue un partidario típico de Voluntad del Pueblo. Mantuvo un estrecho vínculo con los miembros de esta organización,

primero en Kazán y luego en Samara. Se dedicó a buscar y conocer a los veteranos del grupo, muchos de los cuales se habían asentado en la región del Volga una vez liberados de la prisión y el exilio, para aprender sobre la historia del movimiento y sobre todo acerca de sus prácticas organizativas. Asimiló profundamente este conocimiento: aun después de convertirse en una de las principales figuras del Partido Socialdemócrata ruso, se diferenciaba de sus camaradas por su creencia en un partido revolucionario rigurosamente disciplinado, conspirativo y profesional y su impaciencia frente a los programas que hablaban de un prolongado interludio capitalista. Como Naródnaya Volia, despreciaba el capitalismo y la «burguesía», en los que no veía aliados del socialismo, sino sus enemigos acérrimos. Cabe señalar que a finales de la década de 1880 no logró incorporarse a los círculos que había activos en su región, que empezaban a abordar a Marx y Engels en una vena «alemana», es decir, socialdemócrata.[12]

En junio de 1890, por fin, las autoridades cedieron y permitieron a Lenin hacer los exámenes para ingresar en el Colegio de Abogados como estudiante por libre. Aprobados en noviembre de 1891, a continuación Lenin se dedicó, no a la práctica de la abogacía, sino al estudio de la literatura económica, en particular las investigaciones estadísticas sobre la agricultura publicadas por los *zemstvos*. Su objetivo, en palabras de su hermana Anna, era determinar la «viabilidad de la socialdemocracia en Rusia».[13]

El momento era propicio. En Alemania, el Partido Socialdemócrata, legalizado en 1890, cosechaba asombrosos éxitos en las elecciones. Su magnífica organización y su aptitud para combinar la apelación a los trabajadores con un amplio programa liberal le permitían aumentar sus escaños

en el Parlamento elección tras elección. De pronto cabía la posibilidad de que el socialismo pudiera triunfar en el país más industrializado de Europa por medios democráticos y no a través de la violencia. Engels estaba tan impresionado con tales sucesos que en 1895, poco antes de su muerte, admitió que los levantamientos revolucionarios que Marx y él habían pronosticado en 1848 tal vez nunca ocurrieran y que el socialismo bien podía triunfar más en las urnas que en las barricadas.[14] El ejemplo del Partido Socialdemócrata alemán ejerció una fuerte influencia sobre los socialistas rusos, desacreditando las anteriores teorías del «camino propio» y el golpe de Estado revolucionario.

Simultáneamente con la difusión de estas ideas, Rusia experimentó una espectacular escalada en su desarrollo industrial, que entre 1890 y 1900 duplicó la cantidad de obreros fabriles y resultó en una tasa de crecimiento económico sin igual en los demás países. Todo indicaba, en consecuencia, que Rusia había perdido la oportunidad de eludir el capitalismo, que aun Marx había admitido como una posibilidad, y estaba destinada a repetir la experiencia occidental.

Con estos aires de cambio, las teorías de la socialdemocracia ganaron seguidores en Rusia. Según lo planteaban Gueorgui Plejánov y Pável Axelrod en Ginebra y Piotr Struve en San Petersburgo, el país llegaría al socialismo en dos etapas. En un principio tendría que atravesar un capitalismo avanzado, que ampliaría en gran medida las filas del proletariado y, al mismo tiempo, aportaría los beneficios de las libertades «burguesas», incluido un sistema parlamentario en virtud del cual los socialistas rusos, como los alemanes, podrían conquistar influencia política. Una vez que la «burguesía» hubiera sacado del paso a la autocracia y

sus cimientos económicos «feudales», el escenario quedaría preparado para la etapa siguiente de desarrollo histórico, el progreso hacia el socialismo. A mediados de la década de 1890, estas ideas capturaron la imaginación de gran parte de la *intelligentsia* y prácticamente hicieron olvidar la ideología anterior del «camino propio», para la que Struve acuñó entonces un término peyorativo: «populismo».[15]

Lenin no hizo la transición con rapidez, en parte porque, al vivir en una provincia, no tenía acceso a la literatura socialdemócrata, y en parte porque la filosofía procapitalista y proburguesa de aquellas ideas chocaba con lo que Struve llamó «la principal *Einstellung*» o fijación de su mente. En 1892-1893, tras leer a Plejánov, pareció llegar a una posición a mitad de camino entre la ideología de Voluntad del Pueblo y la de la socialdemocracia, no muy diferente a la que su hermano había adoptado cinco años antes. Abandonó el concepto del «camino propio» y reconoció la realidad que saltaba a la vista de todos: Rusia estaba destinada a recorrer el sendero trazado en *Das Kapital*, que había leído en 1889. Pero se mostraba reacio a admitir que, antes de estar lista para la revolución, Rusia tuviera que atravesar, durante un tiempo indeterminado, una etapa de desarrollo capitalista a lo largo de la cual la «burguesía» se enseñoreara sobre el país.

Su solución al problema consistió en declarar que Rusia ya era capitalista. Esta opinión excéntrica, que ningún otro estudioso de la economía rusa parece haber compartido, se basaba en una peculiar interpretación de los datos estadísticos de la agricultura. Lenin se convenció de que la aldea rusa se encontraba en medio de un proceso de «diferenciación de clases» que transformaba a una minoría de los campesinos en «pequeña burguesía» y a la mayoría en un proletariado rural sin tierras. Estas estimaciones, derivadas de las que Engels

había hecho con respecto al campesinado alemán, tenían poco que ver con las circunstancias del caso, pero para Lenin servían de garantía de que Rusia no tendría que postergar la revolución *ad infinitum*, a la espera de que su capitalismo madurara del todo. Con el argumento de que un buen 20 por ciento de la población rural del país podía considerarse «burguesa» en algunas provincias, y habida cuenta del auge industrial por entonces en marcha, se sentía autorizado a sostener, en 1893-1894, que «en la actualidad el capitalismo ya constituye la base fundamental de la vida económica de Rusia» y que, «en esencia, nuestro orden no difiere del de Europa occidental».[16]

Al declarar «capitalista» un país cuya población estaba compuesta en sus cuatro quintas partes de campesinos, en su mayoría pequeños agricultores comunales autosuficientes, Lenin podía proclamarlo maduro para la revolución. Por lo demás, como la «burguesía» ya estaba en el poder, no representaba un aliado, sino un enemigo de clase. En el verano de 1894, Lenin escribió una frase que sintetizaba la filosofía política a la cual, salvo por un breve interludio (1895-1900), se mantendría fiel durante el resto de su vida: «El *obrero* ruso, a la cabeza de todos los elementos democráticos, derrocará al absolutismo y conducirá al *proletariado ruso* (junto con el proletariado de *todos los países*) *por la vía directa de la lucha política abierta hacia la Revolución Comunista victoriosa*».[17]

Aunque el vocabulario era marxista, el sentimiento subyacente en este pasaje era afín a Voluntad del Pueblo; en efecto, como Lenin confiaría muchos años después a Karl Radek, había procurado conciliar a Marx con Naródnaya Volia.[18] El obrero ruso, a quien Voluntad del Pueblo también había atribuido el papel de vanguardia revolucionaria, iba a

lanzar un ataque «directo» contra la autocracia, la derrocaría y sobre sus ruinas levantaría una sociedad comunista. No se decía nada de la misión del capitalismo y la burguesía en la destrucción de los fundamentos económicos y políticos del antiguo régimen. se trataba de una ideología anacrónica, porque en el momento en el que Lenin la formulaba, Rusia contaba con un pujante movimiento socialdemócrata que rechazaba una adaptación tan anticuada de las teorías de Marx.

A su llegada a San Petersburgo —la ciudad que un día llevaría su nombre—, Lenin, de veintitrés años, era ya una personalidad plenamente formada. La primera impresión que suscitaba en quienes lo veían por primera vez, entonces y más adelante, era desfavorable. Su silueta baja y fornida, la calvicie prematura (antes de los treinta años quedó casi completamente calvo), los ojos rasgados, los pómulos altos y la manera brusca de hablar, a menudo acompañada de una risa sarcástica, disgustaban a la mayoría. Sus contemporáneos prácticamente coinciden al definir su apariencia como poco atractiva y «provinciana». Al conocerlo, Alexánder N. Potrésov vio a «un típico comerciante de mediana edad de alguna provincia del norte parecida a Yaroslavl». El diplomático británico Bruce Lockhart creía que Lenin se asemejaba a un «tendero provinciano». Para Angélica Balabánova, que lo admiraba, parecía un «maestro de provincia».[19]

Pero en este hombre carente de atractivo brillaba una fuerza interior que llevaba a la gente a olvidar rápidamente sus primeras impresiones. Su fuerza de voluntad, la disciplina indomable, la energía, el ascetismo y la fe inconmovible en la causa tenían un efecto que solo puede describirse con un término del que suele abusarse: «carisma». Según Potrésov,

este individuo «poco atrayente y tosco», sin encanto alguno, ejercía un «impacto hipnótico»:

> A Plejánov lo respetaban, a Mártov lo adoraban, pero solo seguían sin hacer preguntas a Lenin, el único líder indiscutible. Puesto que él, y nadie más, era la encarnación del fenómeno, poco habitual en todas partes pero sobre todo en Rusia, de un hombre de voluntad de hierro, energía inagotable y la combinación de una fe fanática en el movimiento y en la causa con una igual confianza en sí mismo.[20]

Un motivo fundamental de la fortaleza y el magnetismo personal de Lenin era la cualidad mencionada por Potrésov, a saber, la identificación de su persona con la causa; en él era imposible distinguir una de otra. Este fenómeno no era desconocido en los círculos socialistas. En su estudio de los partidos políticos, Robert Michels incluye un capítulo titulado «Le Parti, c'est moi» en el cual describe actitudes similares en los líderes socialdemócratas y sindicales alemanes, entre ellos Bebel, Marx y Lassalle. Y cita a un admirador de Bebel, para quien este «siempre se considera el custodio de los intereses del partido y ve a sus adversarios personales como enemigos del partido».[21] Potrésov hizo una observación parecida acerca del futuro líder del bolchevismo:

> Dentro del marco de la socialdemocracia o fuera de él, en las filas del movimiento público general dirigido contra la autocracia, Lenin solo conocía dos categorías de personas y fenómenos, los suyos y los que no eran suyos. Los suyos, aquellos que de una manera u otra quedaban dentro de la esfera de influencia de su organización, y los otros, los que no, y a quienes en virtud de ese mero hecho veía como enemigos. Entre estas dos oposiciones polares —el camarada-amigo y el disidente-enemigo— no había para Lenin ningún espectro intermedio de relaciones humanas sociales y personales.[22]

Trotski dejó un ejemplo interesante de esta mentalidad. Al relatar su viaje con él a Londres dice que, cuando le mostraba las vistas, Lenin se refería invariablemente a estas como «las de ellos», con lo cual, en opinión de Trotski, no aludía a Inglaterra, sino al «enemigo»: «Este matiz siempre estaba presente cuando Lenin hablaba de cualquier tipo de valores culturales o nuevos logros […] *ellos* entienden, *ellos* tienen,

ellos han conseguido, ellos han logrado, pero ¡como enemigos!».[23]

La dicotomía normal «yo/nosotros-vosotros/ellos», traducida al riguroso dualismo «amigo-enemigo», que en el caso de Lenin llegaba a extremos inflexibles, tuvo dos importantes consecuencias históricas.

Al pensar de este modo, Lenin, inevitablemente, trataba la política como una guerra. No necesitaba la sociología de Marx para militarizar la política y considerar que las discrepancias podían resolverse de una única manera: mediante la aniquilación física del disidente. Aunque leyó tardíamente a Clausewitz, había sido clausewitziano desde mucho antes, de manera intuitiva, en virtud de toda su constitución psíquica. Como el estratega alemán, concebía la guerra no como la antítesis de la paz, sino como su corolario dialéctico; como él, solo le interesaba obtener la victoria, no los usos que podían dársele. Su perspectiva de la vida era una mezcla de Clausewitz y darwinismo social; cuando, en un raro momento de sinceridad, definió la paz como un «respiro de la guerra», permitió sin advertirlo echar una mirada a lo más recóndito de su mente.[24] Este modo de pensar lo hacía constitucionalmente incapaz de compromisos, excepto con finalidades tácticas. Una vez que Lenin y sus seguidores llegaron al poder en Rusia, esta actitud se trasladó automáticamente al nuevo régimen.

La otra consecuencia de su constitución psicológica fue su incapacidad para tolerar cualquier disidencia, fuera en la forma de una oposición organizada o incluso de una mera crítica. Dado que Lenin percibía *ipso facto* como enemigo a cualquier grupo o individuo que no fueran miembros de su partido ni estuviesen bajo su influencia personal, lo que había que hacer con ellos era eliminarlos y silenciarlos. Trotski

advirtió ya en 1904 que estos actos estaban implícitos en la mentalidad de Lenin. Comparándolo con Robespierre, le atribuyó la máxima jacobina: «Solo conozco dos partidos, el de los buenos y el de los malos ciudadanos». «Este aforismo político —concluía Trotski— está grabado en el corazón de Maximiliano Lenin».[25] Allí estaba el germen del gobierno por el terror y de la aspiración totalitaria a un completo control de la vida y la opinión públicas.

Un aspecto atractivo de esta cualidad era la lealtad y generosidad de Lenin hacia los «buenos ciudadanos», un concepto reservado a sus acólitos; era el reverso de la hostilidad que mostraba hacia todos los disidentes. Por mucho que personalizara las discrepancias con los de afuera, dentro de sus propias filas exhibía una sorprendente tolerancia frente a la discrepancia. No eliminaba a los disidentes, sino que trataba de persuadirlos, y como último recurso usaba la amenaza de la dimisión.

Otro de los aspectos atractivos de la identificación total de Lenin con la causa revolucionaria tal como la representaba su partido era una forma peculiar de modestia personal. Aunque sus sucesores construyeron un culto casi religioso alrededor de su persona, lo hicieron en su propio beneficio, ya que sin él no había nada que sostuviera la unidad del movimiento. Lenin nunca alentó un culto semejante, pues consideraba inaceptable que su existencia estuviera separada de la del «proletariado»; como Robespierre, creía literalmente que él era el «pueblo».[4*] Su «aversión a que lo singularizaran como una personalidad aparte del movimiento»[26] era una modestia arraigada en una idea de arrogancia muy por encima de la vanidad común. De ahí su rechazo a las memorias; ningún líder de la Revolución rusa dejó tan poco material autobiográfico.[5*]

Ajeno a los escrúpulos morales, se asemejaba al Papa de quien Ranke escribió que tenía «tan completa confianza en sí mismo que la duda o el temor en cuanto a las consecuencias de sus actos eran un padecimiento desconocido en su experiencia». Esta cualidad hacía a Lenin muy atractivo para cierto tipo de pseudointelectuales rusos que más adelante acudirían en tropel al Partido Bolchevique porque era una fuente de certeza en un mundo desconcertante. Este partido atraía en especial a los campesinos jóvenes semialfabetizados que abandonaban la aldea en busca de un empleo en la industria, y se veían a la deriva en un mundo extraño y frío donde las relaciones personales a las que se habían acostumbrado eran reemplazadas por lazos económicos y sociales impersonales. El partido de Lenin les daba un sentido de pertenencia; les agradaban su cohesión y sus consignas simples.

Lenin tenía un marcado rasgo de crueldad. Es un hecho demostrable que abogaba por el terror como principio, que emitió decretos de condena a muerte de innumerables personas inocentes de todo delito y que no mostraba remordimiento por las pérdidas de vidas de las que era responsable. Al mismo tiempo, es importante señalar que su crueldad no era el sadismo que se complace en el sufrimiento de otros. Procedía, antes bien, de la completa indiferencia frente a dicho sufrimiento. En conversaciones con él, Maxim Gorki recogió la impresión de que para Lenin el ser humano como individuo no tenía «casi ningún interés; él solo pensaba en partidos, masas, estados». En otra ocasión, el mismo Gorki dijo que para Lenin la clase obrera era lo que «el mineral es para el obrero metalúrgico»;[27] en otras palabras, materia prima para los experimentos sociales. Este rasgo se había manifestado ya en 1891-1892, cuando la región del Volga donde Lenin vivía fue golpeada por el hambre. Se formaron

entonces comités para alimentar a los campesinos hambrientos. Según un amigo de los Uliánov, solo él (con la adhesión, como siempre, de su familia) se opuso a dicha ayuda con el argumento de que, al forzar a los campesinos a dejar sus tierras y trasladarse a las ciudades, donde constituían una reserva «proletaria», el hambre era un fenómeno «progresista».[28] Al tratar a los seres humanos como «mineral» para construir una nueva sociedad, enviaba a personas a la muerte frente a un pelotón de fusilamiento con la misma falta de emoción con que un general ordena a sus tropas avanzar hacia el fuego enemigo. Gorki cita a un francés para quien Lenin era una «guillotina pensante». Sin negar la acusación, admite que era un misántropo: «En general, quería a la gente; la quería con abnegación. Su amor miraba mucho más adelante, a través de la niebla del odio».[29] Después de 1917, en las ocasiones en las que Gorki le rogó que perdonara la vida a tal o cual persona condenada a muerte, la reacción de Lenin parecía indicar que en efecto no sabía por qué lo molestaba con cosas tan triviales.

Como suele suceder (también había sido el caso de Robespierre), la otra cara de la crueldad de Lenin era la cobardía. Este aspecto de su personalidad rara vez se aborda en la literatura, aunque existen muchos elementos que lo prueban. Lenin mostró una característica falta de coraje cuando, aún adolescente, trató de abandonar la universidad para eludir el castigo por participar en disturbios estudiantiles. Como señalaremos más adelante, omitiría tiempo después admitir la autoría de un manuscrito, cosa que le valió a uno de sus camaradas dos años más de exilio. Su reacción invariable ante el peligro físico era la huida: tenía una misteriosa habilidad para esfumarse cada vez que había una amenaza de arresto o tiroteo, aun cuando esto significara abandonar a sus tropas. Tatiana Alexinski, esposa del jefe de

la facción bolchevique en la Segunda Duma, lo vio huir del peligro:

> Conocí a Lenin en el verano de 1906. Preferiría no recordar ese encuentro. Él, admirado por todos los socialdemócratas de izquierdas, me había parecido un héroe legendario. […] Como no lo habíamos visto nunca de cerca, dado que había vivido en el extranjero hasta la Revolución de 1905, lo imaginábamos como un revolucionario sin miedo y sin tacha. […] Qué inmensa fue entonces mi desilusión al verlo [en 1906] en una reunión en los suburbios de San Petersburgo. No solo fue su apariencia la que me provocó una impresión desagradable: era calvo, tenía una barba rojiza, pómulos mongoles y una expresión antipática. Fue también su comportamiento durante la manifestación que siguió a la reunión. Cuando alguien, al ver que la caballería cargaba contra la multitud, gritó «¡Los cosacos!», Lenin fue el primero en huir. Al saltar por encima de una barrera perdió el bombín y se le vio entonces el cráneo desnudo, sudoroso y reluciente bajo el sol. Se cayó, se levantó y siguió corriendo. […] Tuve una sensación extraña. Entendía que uno tenía que hacer lo posible por salvarse. Y aun así…[30]

Estos rasgos personales nada atractivos eran conocidos por sus camaradas, que los ignoraban conscientemente debido a las inigualables aptitudes de Lenin: una extraordinaria capacidad para el trabajo disciplinado y un compromiso total con la causa revolucionaria. En palabras de Bertram Wolfe, «era el único hombre de elevada capacidad teórica entre los que produjo el movimiento marxista ruso que poseía al mismo tiempo la aptitud y la voluntad de consagrarse a un minucioso trabajo de organización».[31] Plejánov, que al conocerlo en 1895 lo había desestimado como un intelecto de segundo orden, lo valoraba, no obstante, y pasaba por alto sus defectos porque, según dice Potrésov, «veía la importancia de este nuevo hombre no en sus ideas, sino en su iniciativa y su talento como organizador del partido».[32] Struve, a quien repugnaban «la frialdad, el desdén y la crueldad» de Lenin, admite haber «ahuyentado» dichos sentimientos negativos en favor de relaciones que consideraba «moralmente obligatorias para mí y políticamente indispensables para nuestra causa».[33]

Lenin era antes que nada un internacionalista, un

revolucionario mundial, para quien las fronteras estatales eran reliquias de otra época y el nacionalismo, una distracción con respecto a la lucha de clases. Habría estado dispuesto a liderar la revolución en cualquier país donde se le presentara la ocasión de hacerlo, y sin lugar a dudas más en Alemania que en su Rusia natal. Pasó casi la mitad de su vida adulta en el extranjero (de 1900 a 1917, con excepción de dos años entre 1905 y 1907) y nunca tuvo la oportunidad de informarse demasiado sobre su país: «Conozco mal Rusia: Simbirsk, Kazán, San Petersburgo, el exilio, eso es todo».[34] Tenía poca estima por los rusos, a quienes consideraba perezosos, blandos y no demasiado listos. «Cuando encuentras a un ruso inteligente —le dijo a Gorki— casi siempre es judío o tiene sangre judía en las venas».[35] Aunque no era ajeno al sentimiento de nostalgia por su patria, Rusia era para él un centro accidental del primer levantamiento revolucionario, un trampolín hacia la verdadera revolución, cuyo epicentro debía estar en Europa occidental. En mayo de 1918, en su defensa de las concesiones territoriales que había hecho a los alemanes en Brest-Litovsk, afirmó: «Insistimos en que los intereses del socialismo, del socialismo mundial, son superiores a los intereses nacionales, a los intereses del Estado».[36]

Su acervo cultural era sumamente modesto para un intelectual ruso de su generación. Sus escritos muestran apenas una familiaridad superficial con los clásicos literarios de Rusia (con la excepción de Turguénev), adquirida en su mayor parte, al parecer, en la escuela secundaria. Tatiana Alexinski, que trabajó en estrecha colaboración con Lenin y su esposa, señaló que nunca iban a conciertos ni al teatro.[37] Al margen de las revoluciones, el conocimiento que él tenía de la historia también era superficial. Le gustaba la música, pero prefería reprimir esta inclinación de conformidad con el

ascetismo que tanto impresionó y alarmó a sus contemporáneos. Al respecto, dijo a Gorki:

> No puedo escuchar demasiada música, me excita los nervios. Me dan ganas de decir tonterías y halagar a las personas que, pese a vivir en la mugre de semejante infierno, pueden crear esa belleza. Porque hoy no debes halagar a nadie; si lo haces te morderán la mano. Es preciso cortar cabezas, cortar sin piedad cabezas, aun cuando, en un plano ideal, nos opongamos a todas las violencias.[38]

Potrésov comprobó que con Lenin, que por entonces tenía veinticinco años, solo se podía conversar de un tema: el «movimiento». No le interesaba otra cosa y no tenía nada interesante que decir sobre nada más.[6*] No era, en suma, lo que se dice un hombre polifacético.

Esta pobreza cultural era un motivo más de su fuerza como dirigente revolucionario porque, a diferencia de intelectuales más instruidos, no tenía en la cabeza un exceso de datos e ideas que pudieran actuar como un freno sobre su resolución. Al igual que su mentor, Chernishevski, desestimaba como «necedades» todas las opiniones discrepantes y se negaba incluso a tomarlas en consideración, como no fuera para ridiculizarlas. Ignoraba los hechos inconvenientes o los reinterpretaba para adaptarlos a sus objetivos. Si su adversario estaba equivocado en algo, lo estaba en todo; Lenin jamás concedía mérito alguno a la parte opuesta. Su manera de debatir era combativa en extremo; había asimilado por completo la máxima de Marx en el sentido de que la crítica «no es un bisturí, sino un arma. Su objeto es el enemigo, [a quien] no quiere refutar, sino destruir».[39] Con esta actitud, utilizaba las palabras como municiones para aniquilar a sus adversarios, a menudo por medio de los más crudos ataques *ad hominem* contra su integridad y sus motivaciones. En una ocasión admitió que no veía nada de malo en valerse de la calumnia y confundir a los trabajadores si ello favorecía sus objetivos políticos. Cuando en 1907, tras acusar a los

mencheviques de traición a la clase obrera, tuvo que comparecer ante un tribunal socialista, admitió con toda desvergüenza y desfachatez la acusación de difamación:

> [M]i formulación parece haber sido calculada para provocar odio en el lector, repugnancia y desprecio por la gente que comete tales actos. Mi formulación no está destinada a persuadir, sino a romper las filas del adversario, no a corregir el error del adversario, sino a aniquilarlo, a borrar de la faz de la Tierra su organización. Mi formulación tiene en efecto tal carácter que provoca las peores ideas, las peores sospechas respecto del adversario y, a diferencia de una formulación que corrige y persuade, por cierto «ha provocado confusión en las filas del proletariado». […] Lo que es inadmisible entre miembros de un partido unido es admisible y necesario entre las partes de un partido dividido.[40]

Así, Lenin se embarcaba constantemente en lo que un historiador de la Revolución francesa, Augustin Cochin, llamó «terror seco»: y del «terror seco» al «terror sangriento» no había, desde luego, más que un paso. Cuando uno de sus camaradas socialistas le advirtió que sus ataques desmedidos contra un adversario (Struve) podían inducir a algún trabajador a matar al objeto de su ira, Lenin respondió con calma: «Habría que matarlo».[41]

El Lenin maduro era un hombre de una sola pieza, y su personalidad destacaba con fuerza. Después de haber formulado la doctrina y la práctica del bolchevismo, cosa que hizo en los primeros años de la treintena, se rodeó de un muro protector invisible que las ideas ajenas no podían atravesar. Desde entonces, nada pudo hacerle cambiar de opinión. Pertenecía a esa categoría de hombres de quienes el marqués de Custine había dicho que saben todo excepto lo que uno les dice. Uno tenía que estar de acuerdo con él o combatirlo; y la discrepancia con Lenin siempre despertaba en él un odio destructivo, el impulso de «borrar» a sus oponentes «de la faz de la tierra». Esta era su fortaleza como revolucionario y su debilidad como estadista: invencible en el combate, carecía de las cualidades humanas necesarias para

entender y guiar a la humanidad. En definitiva, este defecto invalidaría su esfuerzo por crear una nueva sociedad, porque Lenin era sencillamente incapaz de comprender cómo podían los hombres vivir unos junto a otros en paz.

En el otoño de 1893, Lenin se mudó a San Petersburgo, en apariencia para ejercer la abogacía, pero en realidad para establecer contactos con círculos radicales y poner en marcha su carrera revolucionaria.[42] Los socialdemócratas con quienes se puso en contacto al llegar lo consideraron «demasiado rojo», esto es, que poseía demasiadas de las características propias de un seguidor de Voluntad del Pueblo. Pronto amplió su círculo de conocidos al incorporarse a un grupo de brillantes intelectuales socialdemócratas cuya guía era un joven de veintitrés años, Piotr Struve, hijo como él de un alto funcionario, pero, a diferencia de él, un cosmopolita que había estado en Occidente y adquirido un abanico extraordinariamente amplio de conocimientos. Ambos tuvieron muchas discusiones. Sus discrepancias giraban sobre todo alrededor de la idea simplista que Lenin tenía del capitalismo y su actitud hacia la «burguesía». Struve le explicaba que, lejos de haber establecido una economía capitalista de tipo occidental, Rusia apenas había dado el primer paso en el camino del desarrollo capitalista, como él se convencería cuando viera Occidente con sus propios ojos. También le explicaba que la socialdemocracia solo podía prosperar en Rusia si la clase media, incitada por los obreros industriales, introducía libertades como la de prensa y el derecho a formar partidos políticos. Pero nada de esto convencía a Lenin.

En el verano de 1895 viajó al extranjero y se reunió con Plejánov y los demás veteranos del movimiento socialdemócrata. Se le dijo que era un profundo error

rechazar a la «burguesía»: «Nosotros nos volvemos hacia los liberales —dijo Plejánov—, mientras que usted les da la espalda».[43] Axelrod sostuvo que en una acción conjunta con la «burguesía liberal» los socialdemócratas no perderían el control porque mantendrían la «hegemonía» en la lucha común, guiando y manipulando a sus aliados temporales en la dirección más conveniente para sus propios intereses.

Lenin, que veneraba a Plejánov, se sintió impresionado. No puede decirse con certeza hasta qué punto se convenció, pero es un hecho demostrable que al volver a San Petersburgo en el otoño de 1895 se estrenó como un socialdemócrata ortodoxo, comprometido a organizar a los obreros en la lucha contra la autocracia en un frente común con la «burguesía liberal». El cambio era sorprendente. En el verano de 1894 había escrito que el socialismo y la democracia eran incompatibles, y ahora sostenía que eran inseparables.[44] A su entender, Rusia ya no era un país capitalista, sino semifeudal, y el principal enemigo del proletariado no era la burguesía aliada a la autocracia, sino esta última. La burguesía —o, en todo caso, su elemento progresista— era un aliado de la clase obrera:

> El Partido Socialdemócrata declara que apoyará a todos los sectores de la burguesía comprometidos en la lucha contra el gobierno autocrático. […] La lucha democrática es inseparable de la lucha socialista; [es] imposible librar un combate exitoso por la causa del movimiento obrero sin conquistar la plena libertad y la democratización del régimen político y social de Rusia.[45]

Ahora descartaba la conspiración y el golpe de Estado por considerarlos inviables. Es importante tener presente, sin embargo, que su cambio de opinión acerca del papel de la «burguesía liberal» estaba firmemente fundado en la premisa, enunciada por Axelrod, de que en la campaña contra la autocracia los socialistas revolucionarios irían a la cabeza y la burguesía los seguiría.

Tras su regreso del extranjero, Lenin estableció un contacto

informal con círculos obreros que llevaban una vida precaria en la capital. Aunque impartió algunas lecciones sobre la teoría marxista, no se preocupó mucho por la labor educativa y renunció a ella después de que un obrero a quien iniciaba en *Das Kapital* se marchara llevándose su abrigo.[46] Se inclinaba más por organizar a los trabajadores para la acción. En la época funcionaba en San Petersburgo un círculo de intelectuales socialdemócratas que mantenía contacto individual con los obreros, así como el Círculo Central de Trabajadores, formado por estos mismos con fines de ayuda mutua y superación personal. Lenin se incorporó al círculo socialdemócrata, pero solo comenzó a participar en sus actividades a finales de 1895, cuando adoptó la técnica de la «agitación» creada por socialistas judíos de Lituania. Para superar la aversión de los obreros a la política, la técnica «agitativa» requería promover huelgas industriales basadas en las demandas económicas (es decir, no políticas) de los trabajadores. Se creía que estos, una vez que vieran al gobierno y las fuerzas del orden ponerse invariablemente del lado de los propietarios y las empresas afectadas, comprenderían la imposibilidad de satisfacer aquellas demandas sin un cambio de régimen político. Esta comprensión politizaría al movimiento obrero. Lenin, que había aprendido de Mártov esta técnica, comenzó a participar en la distribución entre los obreros de San Petersburgo de material de agitación donde se les explicaban sus derechos conforme a la ley y se les mostraba que los empresarios no hacían más que transgredirlos. El resultado fue pobre, y el efecto sobre los trabajadores dudoso, pero cuando en mayo de 1896 30.000 obreros textiles de la capital se lanzaron a una huelga espontánea, los socialdemócratas tuvieron motivos para alegrarse.

Por entonces, Lenin y sus camaradas estaban en la cárcel,

ya que los habían arrestado en el invierno de 1895-1896 por incitación a la huelga. Con todo, Lenin sentía que el método «agitativo» de lucha estaba reivindicado: «La lucha de los obreros contra los propietarios fabriles por sus necesidades cotidianas —escribió a raíz de la huelga textil— *hace por sí sola y de forma inevitable* que tropiecen con *los problemas del Estado y la política*».[47] Y definía de la siguiente manera la tarea del partido:

> El Partido Socialdemócrata de Rusia declara que su tarea es ayudar en esta lucha de la clase obrera rusa desarrollando la conciencia de clase de los obreros, contribuyendo a su organización y señalando los deberes y los objetivos de la lucha. […] La tarea del partido consiste, no en inventar procedimientos novedosos para ayudar a los obreros, sino en *adherirse* a su movimiento y aportar ideas esclarecedoras, en *ayudar* a los obreros en la lucha *que han iniciado*.[48]

Durante la investigación que siguió a su arresto, Lenin negó la autoría de un manuscrito suyo que la policía había atribuido erróneamente a uno de sus camaradas, un tal Piotr K. Zaporozhets. Como consecuencia, este fue sancionado con dos años más de prisión y exilio. Lenin pasó sus tres años de exilio siberiano (1897-1900) con relativa comodidad y en comunicación constante con sus camaradas. Leía, escribía, traducía y se dedicaba a una vigorosa actividad física.[7*]

Ya cerca del final de su exilio, Lenin recibió noticias perturbadoras: el movimiento, que en el momento de su encarcelamiento encadenaba un éxito tras otro, se encontraba en medio de una crisis no muy diferente a la vivida por los revolucionarios de la década de 1870. La técnica agitativa, que en opinión de Lenin iba a radicalizar a los trabajadores, se había convertido en algo muy distinto; las exigencias económicas que se habían ideado como un medio de estimular su conciencia política se habían convertido en un fin en sí mismo. Los trabajadores luchaban por beneficios económicos sin involucrarse en la política, y los intelectuales

que participaban en la «agitación» se veían inmersos en un incipiente movimiento sindical. En el verano de 1899, Lenin recibió de Rusia un documento escrito por Yekaterina Kuskova llamado «Credo», que urgía a los socialistas a dejar la lucha contra la autocracia en manos de la burguesía y concentrarse antes bien en ayudar al movimiento obrero ruso a mejorar su condición económica y social. Kuskova no era una socialdemócrata con todas las de la ley, pero su artículo reflejaba una tendencia que comenzaba a surgir en la socialdemocracia. Lenin dio a esta incipiente herejía el nombre de economicismo. Nada estaba más alejado de sus intenciones que transformar el movimiento socialista en un criado de los sindicatos, que por su naturaleza misma perseguían una adaptación al «capitalismo». La información que le llegaba de Rusia indicaba que el movimiento obrero maduraba con independencia de la *intelligentsia* socialdemócrata y se distanciaba de la lucha política, esto es, de la revolución.

La angustia de Lenin se agravó con el surgimiento de otra herejía en el movimiento: el revisionismo. A principios de 1899, algunos de los más destacados socialdemócratas rusos llamaron, tras los pasos de Eduard Bernstein, a una revisión de la teoría social de Marx a la luz de los acontecimientos recientes. El mismo año, Struve publicó un análisis de la teoría social marxista en el que la tachaba de inconsistente; las premisas mismas de Marx indicaban que el socialismo solo podría producirse como un resultado de la evolución, no de la revolución.[49] Tras ello, Struve se embarcaba en una crítica sistemática del concepto central de la doctrina económica y social de Marx, la teoría del valor, que lo llevaba a la conclusión de que dicho «valor» no era un concepto científico, sino metafísico.[50] El revisionismo no perturbó tanto a Lenin como el economicismo, porque no tenía las

mismas implicaciones prácticas, pero hizo aumentar su temor de que las cosas estuvieran tomando una dirección totalmente equivocada. Según Krúpskaya, en el verano de 1899 se mostró desconsolado, bajó peso y sufrió insomnio. Ahora dedicaba sus energías a analizar las causas de la crisis de la socialdemocracia rusa e idear los medios de superarla.

Su solución práctica inmediata consistió en lanzar, con los camaradas que se habían mantenido fieles al marxismo ortodoxo, una publicación que tenía como modelo la *Sozialdemokrat* alemana, para combatir las desviaciones en el movimiento, en especial el economicismo. Este fue el origen de *Iskra*. Pero sus pensamientos iban más allá, por lo cual comenzó a preguntarse si la socialdemocracia no debía reorganizarse como una férrea élite conspirativa a la manera de Voluntad del Pueblo.[51] Estas especulaciones marcaron el inicio de una crisis espiritual que solo se resolvería un año después con la decisión de formar un partido de su propia cosecha.

Una vez liberado del exilio a comienzos de 1900, Lenin pasó un breve tiempo en San Petersburgo, en negociaciones tanto con camaradas como con Struve, quien, si bien aún era nominalmente socialdemócrata, estaba inclinándose hacia el bando liberal. Struve colaboraría en *Iskra* y se ocuparía en buena medida de financiar su publicación. Ese mismo año, más adelante, Lenin se mudó a Munich, donde, junto con Potrésov y Julius Mártov, fundó *Iskra* como un órgano del marxismo «ortodoxo», es decir, antieconomicista y antirrevisionista.

Cuanto más observaba el comportamiento de los trabajadores dentro y fuera de Rusia, más convincente le resultaba la conclusión, totalmente contraria a la premisa fundamental del marxismo, de que la clase obrera (el

«proletariado») no era en absoluto una clase revolucionaria; librada a sí misma, se inclinaría por obtener una parte más grande de las ganancias de los capitalistas y no por derrocar el capitalismo. Esta misma premisa llevó a Zubátov, en esos mismos momentos, a concebir la idea de un sindicalismo policial.[8*] En un artículo fundacional publicado a finales de 1900, Lenin enunció lo impensable: «Desligado de la socialdemocracia […], el movimiento obrero se torna inevitablemente burgués».[52] Lo que daba a entender esta asombrosa declaración era que, si los obreros no eran dirigidos por un partido socialista externo e independiente de ellos, traicionarían sus intereses de clase. Solo los no trabajadores —es decir, la *intelligentsia*— sabían cuáles eran dichos intereses. En el espíritu de Mosca y Pareto, cuyas teorías de las élites políticas estaban entonces en boga, Lenin afirmaba que, por su propio bien, el proletariado tenía que ser dirigido por una minoría de elegidos:

> Ninguna clase ha logrado en la historia instaurar su dominio sin promover a sus propios jefes políticos, a sus representantes de vanguardia, capaces de organizar el movimiento y dirigirlo. […] Hay que preparar a hombres que no consagren a la revolución sus tardes libres, sino su vida íntegra.[9*]

Ahora bien, habida cuenta de que tienen que ganarse la vida, los trabajadores no pueden dedicar «su vida íntegra» al movimiento revolucionario, por lo cual de la premisa de Lenin se deduce que la conducción de su causa tiene que recaer sobre los hombros de la *intelligentsia* socialista. Esta idea transgrede el principio mismo de la democracia: la voluntad del pueblo no es lo que las personas de carne y hueso quieren, sino sus presuntos «verdaderos» intereses, definidos por sus superiores.

Apartado de la socialdemocracia en la cuestión del movimiento obrero, Lenin no necesitaba un gran esfuerzo

para romper con ella respecto de la cuestión de la «burguesía». Al observar el surgimiento de un movimiento liberal vigoroso e independiente, que pronto se fusionaría en la Unión de Liberación, perdió la fe en la aptitud de los socialistas, más pobres y menos influyentes, para ejercer la «hegemonía» sobre sus aliados «burgueses». En diciembre de 1900, después de tormentosas reuniones con Struve para discutir sobre las condiciones de la colaboración liberal con *Iskra*, Lenin concluyó que era inútil esperar que los liberales concedieran a los socialistas el liderazgo en la lucha contra la autocracia; combatirían por su cuenta y por sus propios objetivos no revolucionarios, y con este fin explotarían a los revolucionarios.[53] La «burguesía liberal» libraba una guerra espuria contra la monarquía y, por lo tanto, constituía una clase «contrarrevolucionaria».[54] Su rechazo del papel progresista de la «burguesía» significaba un retorno a su posición anterior cercana a Voluntad del Pueblo y completó su ruptura con la socialdemocracia.

Tras llegar a la conclusión de que el movimiento obrero industrial era intrínsecamente no revolucionario y hasta «burgués», y la burguesía, «contrarrevolucionaria», dos alternativas se abrían ante Lenin. Una era renunciar a la idea de revolución, cosa que, sin embargo, no podía hacer por las razones psicológicas antes mencionadas; la revolución no era para él el medio para un fin sino, el fin en sí mismo. La otra opción era llevar a cabo una revolución desde arriba, mediante una conspiración y un golpe de Estado, sin tener en cuenta los deseos de las masas. Este fue el rumbo que escogió. En julio de 1917 escribiría:

> [E]n tiempos de revolución no basta con conocer la «voluntad de la mayoría»; no, es preciso *ser más fuerte* en el momento y el lugar decisivos y *vencer*. Desde la «guerra campesina» medieval en Alemania […] hasta 1905 vemos incontables ejemplos en los que una minoría mejor organizada, más consciente y mejor armada impuso su voluntad a la mayoría y la conquistó.

[55]

Lenin tomó directamente de Voluntad del Pueblo el modelo de la organización del partido que iba a llevar a cabo esta empresa. Los *narodovoltsi* habían sido muy reservados acerca de la estructura y el funcionamiento de su partido, y hasta el día de hoy poco se sabe sobre este tema.[56] Lenin, sin embargo, se las había arreglado para disponer de un conocimiento de primera mano gracias a sus conversaciones con antiguos militantes de la organización mientras vivía en Kazán y Samara. Voluntad del Pueblo tenía una estructura jerárquica y funcionaba de manera casi militar. A diferencia de Tierra y Libertad, su organización matriz, rechazaba el principio de igualdad de los miembros y lo reemplazaba por una estructura de mando, a cuya cabeza estaba el todopoderoso Comité Ejecutivo. Para poder formar parte de él no solo era preciso adherirse sin discusión alguna a su programa, sino también consagrarse a su causa en cuerpo y alma. «Todos los miembros —rezaban los estatutos del comité— deben poner incondicionalmente todos sus talentos, recursos, conexiones, simpatías y antipatías, y hasta su vida, a disposición de la organización».[57] Las decisiones del Comité Ejecutivo, tomadas por mayoría de votos, eran vinculantes para todos los miembros. Estos se elegían por cooptación. Bajo las órdenes del comité había órganos especializados, incluida una Organización Militar, y delegaciones regionales o «vasallas»; estas últimas tenían que cumplir sus instrucciones sin objeción alguna. Como los integrantes del Comité Ejecutivo eran revolucionarios a tiempo completo, en su mayoría vivían del dinero que el partido obtenía de los simpatizantes.

Estos principios y prácticas organizacionales fueron adoptados por Lenin como un todo. La disciplina, el profesionalismo y la organización jerárquica eran un legado

de Voluntad del Pueblo que él procuró inyectar en el Partido Socialdemócrata y, cuando el esfuerzo fracasó, los impuso a su propia facción bolchevique. En 1904 afirmó que «el principio organizativo de la socialdemocracia revolucionaria exige proceder de arriba abajo» y requiere que las secciones o delegaciones se subordinen al órgano central del partido,[58] en un lenguaje que bien podía ser el de los estatutos de Voluntad del Pueblo.

Sin embargo, Lenin se apartó de las prácticas de esta última organización en dos aspectos importantes. Aunque jerárquicamente organizada, Naródnaya Volia no admitía un liderazgo personal; su Comité Ejecutivo funcionaba por consenso. Esta era también la base teórica del Comité Central bolchevique (que carecía de una presidencia formal), pero en la práctica Lenin dominaba por completo las sesiones y rara vez se tomaban decisiones de importancia sin su aprobación. En segundo lugar, Voluntad del Pueblo no pretendía llegar a ser el gobierno de una Rusia liberada del zarismo; su misión terminaría con la convocatoria de una Asamblea Constituyente.[59] Para Lenin, en cambio, el derrocamiento de la autocracia solo era el preludio a la «dictadura del proletariado» que habría de ejercer su partido.

Lenin popularizó sus concepciones en *¿Qué hacer?*, publicado en marzo de 1902. El libro actualizaba y vestía con un vocabulario socialdemócrata las ideas de Voluntad del Pueblo. En él su autor llamaba a la creación de un partido disciplinado y centralizado compuesto de revolucionarios profesionales a tiempo completo, consagrados al derrocamiento del régimen zarista. Desechaba la noción de «democracia» de partidos, así como la creencia de que el movimiento obrero, en el transcurso de su desarrollo natural, realizaría una revolución popular; por sí mismo, dicho

movimiento solo era capaz de hacer sindicalismo. El socialismo y el celo revolucionario debían inyectarse en él desde el exterior; la «conciencia» tenía que prevalecer sobre la «espontaneidad». Como la clase obrera era una minoría en Rusia, los socialdemócratas de este país tenían que hacer participar a las otras clases en la lucha como aliadas temporarias. En nombre del marxismo ortodoxo, *¿Qué hacer?* invalidaba los principios básicos de la doctrina marxista y rechazaba el elemento democrático de la socialdemocracia. No obstante, produjo una enorme impresión en los intelectuales socialistas rusos, que mantenían vivas las viejas tradiciones de Voluntad del Pueblo y estaban cada vez más impacientes con las tácticas dilatorias propiciadas por Plejánov, Axelrod y Mártov. Tanto entonces como bastante después, en 1917, gran parte del poder de atracción de Lenin se debía al hecho de que expresaba en un lenguaje simple y traducía en programas de acción las ideas que sus rivales socialistas, carentes del coraje de hacer realidad sus convicciones, encerraban dentro de innumerables limitaciones.

Las tesis nada ortodoxas de Lenin se convirtieron en objeto de intensas controversias en 1902 y 1903, cuando los socialdemócratas hacían los preparativos para la celebración del Segundo Congreso del Partido, un congreso que, pese a su nombre, iba a ser su encuentro fundador. Estallaron entonces disputas en las cuales las diferencias ideológicas se fusionaban con luchas personales por el liderazgo, y a menudo las enmascaraban. Lenin, apoyado por Plejánov, proponía una organización más centralizada en la que las bases estuvieran subordinadas al centro, en tanto que Mártov, futuro líder de los mencheviques, quería una estructura menos rígida, donde se permitiera ingresar a cualquiera que ofreciera «al partido una colaboración personal regular, bajo la dirección de una

de las organizaciones del partido».[60]

El Segundo Congreso se reunió en Bruselas en julio de 1903; asistieron a él cuarenta y tres delegados, autorizados a emitir cincuenta y un votos.[10*] Con excepción de cuatro de los participantes, de los que se decía que eran obreros, todos los demás pertenecían a la *intelligentsia*. Mártov, el cabeza de la oposición a Lenin, obtuvo el voto mayoritario en casi todos los asuntos, pero cuando se unió a su rival para negar al Bund judío un estatus autónomo dentro del partido y los cinco bundistas se marcharon, seguidos por los dos delegados economicistas, perdió temporalmente la mayoría. Lenin aprovechó con rapidez la oportunidad para tomar el control del Comité Central y tener una voz dominante en su órgano, *Iskra*. Las intrigas y los métodos despiadados de los que se valió en esta ocasión generaron muchos resentimientos entre él y los demás dirigentes del partido. Aunque tanto entonces como *a posteriori* se hicieron todos los esfuerzos posibles para preservar una fachada de unidad, a efectos prácticos la escisión fue irreparable, no tanto a causa de diferencias ideológicas, que podrían haberse negociado, sino debido a las enemistades personales. Lenin aprovechó la ocasión para reivindicar para su facción el nombre de «bolchevique», que significaba «mayoría», y conservó el apelativo aun después de verse en minoría, tal como ocurrió poco después del Segundo Congreso. La denominación le daba la ventaja de mostrarse como el líder del sector más popular del partido. Siempre se hizo pasar por el único marxista «ortodoxo», lo cual suscitaba considerable atracción en un país cuya tradición religiosa juzgaba que la ortodoxia era la virtud suprema y veía la disidencia como una herejía.

Los dos años siguientes de la historia del partido (de mediados de 1903 a 1905) estuvieron llenos de feroces

artimañas que son de escaso interés, salvo porque arrojan luz sobre las personalidades involucradas. Lenin estaba resuelto a subordinar el partido a su voluntad; de no lograrlo, estaba dispuesto a crear, bajo la cobertura del partido, una organización paralela sometida a su control personal. Hacia finales de 1904, ya tenía de hecho su propio partido con su correspondiente «Comité Central» remanente, llamado «Buró de los Comités de la Mayoría de Partidos». Este acto le granjeó la expulsión del Comité Central legítimo.[61] Lenin trataría de adherirse en 1917 y 1918 a otros centros de poder, sobre todo los sóviets, para emplear la técnica de subvertir instituciones legítimas en las que estaba en minoría mediante la formación de organizaciones paralelas no autorizadas y con idéntico nombre, que llenaba con sus seguidores.

Cuando estalló la Revolución de 1905, la organización bolchevique ya estaba establecida: «Una orden disciplinada de profesionales de comité, agrupados en torno a una facción de conspiradores vinculados en su totalidad por lazos de obediencia personal a su líder, Lenin, y dispuestos a seguir a este en cualquier aventura mientras su liderazgo se mostrara lo bastante radical y extremo».[62]

Los opositores de Lenin lo acusaban de jacobinismo. Trotski señaló que, como los jacobinos, los leninistas temían la «espontaneidad» de las masas».[63] Sin molestarse por tales acusaciones, Lenin hacía suyo con orgullo el título de jacobino.[64] Axelrod estimaba que el leninismo ni siquiera era un jacobinismo, sino «una copia o caricatura muy simple del sistema burocrático-autocrático de nuestro Ministerio del Interior».[65]

Ni los bolcheviques ni los mencheviques tuvieron mucha influencia sobre el rumbo de la Revolución de 1905, al menos hasta su última fase. La violencia de 1905 tomó por sorpresa a

los socialdemócratas, que durante la mayor parte del año tuvieron que limitarse a emitir proclamas y fomentar la agitación que arreciaba más allá de su control. Solo en octubre, con la formación del Sóviet de Diputados Obreros de Petrogrado, pudieron los mencheviques asumir un papel más activo en una revolución dominada hasta entonces por personalidades y programas liberales.

Lenin no tuvo participación directa en estos acontecimientos, porque a diferencia de Trotski y Parvus prefirió observarlos desde la seguridad de Suiza; solo juzgó prudente regresar a Rusia a comienzos de noviembre, tras la proclamación de la amnistía política. A su juicio, enero de 1905 había marcado el inicio de una revolución general en Rusia. Si bien el impulso inicial se debía a la «burguesía» liberal, esta clase capitularía sin lugar a dudas en algún punto del camino y llegaría a un acuerdo con el zarismo. Para los socialdemócratas, en consecuencia, era obligatorio intervenir y conducir a los trabajadores a una victoria total.

Aunque Lenin siempre había tenido predilección por lo que Mártov calificaba de «anarcoblanquismo»,[66] necesitaba una justificación teórica para su programa de acción. La encontró en un artículo fundacional de Parvus, escrito en enero de 1905 bajo el impacto inmediato del Domingo Sangriento. La teoría de Parvus de la revolución «ininterrumpida» (o «permanente») representaba una afortunada solución de compromiso entre la doctrina ortodoxa de la socialdemocracia rusa acerca de una revolución en dos etapas, en la que una fase distintiva de gobierno «burgués» precedía al socialismo, y la teoría anarquista del «asalto directo», que Lenin prefería por ser más afín a su temperamento, aunque no logró conciliarla con el marxismo. Parvus admitía que debía haber una etapa

«burguesa», pero insistía en que no había intervalo alguno que la separara de la etapa socialista, que se pondría en marcha al mismo tiempo.[11*] Conforme a este plan, una vez que estallara la revolución contra la autocracia el «proletariado» (léase el Partido Socialdemócrata) procedería de inmediato a tomar el poder. La justificación de esta teoría era que Rusia carecía de una clase media baja radicalizada, que en Europa occidental había apoyado y alentado a la burguesía. En una posición tan expuesta, la burguesía rusa nunca permitiría que la revolución diera sus frutos, y la detendría «a medio camino». Los socialistas tenían que preparar y organizar a las masas para la guerra civil que seguiría a la caída del zarismo. Uno de los prerrequisitos del éxito radicaba en que el partido mantuviera una identidad que lo distinguiera de sus aliados: «Golpear juntos, pero marchar separados». La concepción de Parvus tuvo gran influencia en los socialdemócratas rusos, en especial en Lenin y Trotski: «Por primera vez en la historia del movimiento ruso se proponía la tesis de que el proletariado debía tomar de una vez el poder político y […] constituir un Gobierno Provisional».[67]

En un principio, Lenin rechazó la teoría de Parvus, como tenía la costumbre de hacer cada vez que alguien desafiaba, mediante una nueva idea o una nueva táctica, su primacía en el movimiento. Pero pronto cambió de opinión. En septiembre de 1905 se hacía eco de Parvus: «Inmediatamente después de la revolución democrática comenzaremos a avanzar, en la medida en que lo permitan nuestras fuerzas […], hacia la revolución socialista. Somos partidarios de una revolución ininterrumpida [*neprerivnaya*]. No nos detendremos a mitad de camino».[12*]

La revolución socialista, desde el punto de vista de Lenin,

solo podía adoptar una forma: la insurrección armada. Para conocer la estrategia y la táctica de la guerra de guerrillas urbana, se consagró al estudio diligente de su historia; entre sus autoridades se contaban las memorias de Gustave Cluseret, el comandante militar de la Comuna de París. Lo que aprendía, lo transmitía a sus seguidores en Rusia. En octubre de 1905, les aconsejó formar «destacamentos del Ejército Revolucionario», cuyos miembros debían equiparse con

> fusil, revólver, bombas, cuchillos, puños de hierro, garrotes, trapos empapados en queroseno para provocar incendios, sogas o escaleras de cuerdas, palas para construir barricadas, planchas de nitrocelulosa, alambres de espino, clavos (contra la caballería), etcétera […] Aun sin armas los destacamentos pueden desempeñar un importante papel: 1) dirigir a la muchedumbre; 2) atacar a un cosaco separado de su unidad (como ha ocurrido en Moscú) y desarmarlo; 3) rescatar a los detenidos o heridos si hay poca policía, y 4) subir a los techos y los pisos altos de las casas, etcétera, y arrojar piedras a las tropas, derramar agua hirviendo sobre ellas, etcétera. […] Matar a espías, policías, gendarmes, hacer volar las comisarías de policía.[68]

Uno de los aspectos de la lucha armada era el terrorismo. Aunque los bolcheviques coincidían de palabra con la ideología de la plataforma socialdemócrata, que lo rechazaba, en la práctica cometían actos terroristas por su cuenta y en colaboración con los socialistas revolucionarios, incluida su facción maximalista. Por regla general, estos operativos se organizaban en secreto, pero en ocasiones los bolcheviques exhortaban abiertamente a sus seguidores al terrorismo. Así, en agosto de 1906, y sobre la base del ejemplo del Partido Socialista polaco, que había acribillado a balazos a policías en Varsovia, instaban a atacar a «espías, partidarios activos de las Centurias Negras, oficiales de la policía, el ejército y la marina y similares».[13*]

Lenin contempló con escepticismo el surgimiento de los sóviets porque eran concebidos como organizaciones obreras

«imparciales» que, como tales, estaban al margen del control de los partidos políticos. Habida cuenta de su creencia en la deriva acomodaticia de la clase obrera, ni él ni sus seguidores los consideraban confiables.[69] En el momento de su formación, algunos bolcheviques de Petrogrado instaron a los trabajadores a boicotear el sóviet con el argumento de que el otorgamiento a una organización obrera de la primacía sobre el Partido Socialdemócrata implicaría «subordinar la conciencia al espontaneísmo»;[70] en otras palabras, elevar a los trabajadores por encima de la *intelligentsia*. El propio Lenin era más flexible, aunque nunca pudo avenirse del todo a la función y la utilidad de los sóviets. A la larga, después de 1906, decidió que solo podían ser útiles como asistentes del «ejército revolucionario». Eran esenciales para la revolución («insurrección»), pero carecían de utilidad por sí mismos.[71] También los rechazaba como órganos de autogobierno; su función era actuar como «instrumentos» de una insurrección llevada a cabo por disciplinados destacamentos armados.

Con el estallido de la Revolución de 1905, Lenin decidió que había llegado la hora de distanciarse del órgano principal del partido y formar abiertamente su propia organización. En abril de ese año convocó en Londres un «Tercer Congreso» no autorizado del Partido Socialdemócrata; todos los delegados (treinta y ocho) eran miembros de su facción. Según Krúpskaya: «En el Tercer Congreso no hubo obreros; en todo caso, no había uno solo que se pareciera remotamente a un obrero. Pero sí había muchos "hombres de comité". Quien ignore esa conformación del congreso no entenderá mucho de sus actas».[72]

En una reunión tan amigable, Lenin no tuvo dificultades para obtener la aprobación de todas sus resoluciones, que el Partido Obrero Socialdemócrata legítimo habría rechazado,

como demostró al año siguiente en Estocolmo. El «Tercer Congreso» marcó el comienzo de la escisión formal en la socialdemocracia, que se consumaría en 1912.

De regreso en Rusia a comienzos de noviembre de 1905, Lenin alentó el levantamiento moscovita del mes siguiente, pero en cuanto empezaron los disparos se esfumó. Un día después de que se construyeran las barricadas en Moscú (10 de diciembre de 1905), Krúpskaya y él buscaron refugio en Finlandia. No volvieron hasta el 17 de diciembre, cuando la revuelta había sido sofocada.

En abril de 1906, las dos facciones de la socialdemocracia rusa hicieron un intento poco entusiasta de reunificación en un congreso celebrado en Estocolmo. Lenin trató allí de obtener una mayoría en el Comité Central, pero fracasó. También fue derrotado en una serie de cuestiones prácticas: el congreso condenó la creación de destacamentos armados y la idea de una insurrección armada y rechazó su programa agrario. Sin intimidarse, Lenin formó a espaldas de los mencheviques un «Comité Central» ilegal y clandestino (sucesor del «Buró») bajo su dirección personal. Aparentemente compuesto al principio de tres miembros, en 1907 se amplió a quince.[73]

Durante el año revolucionario de 1905 e inmediatamente después, las filas de la socialdemocracia crecieron varias veces con la afiliación de decenas de miles de nuevos seguidores, entre ellos una elevada proporción de intelectuales. A esas alturas, las dos facciones tenían ya una fisonomía que las distinguía.[74] Se calcula que en 1905 los bolcheviques tenían 8.400 seguidores, más o menos la misma cantidad que los mencheviques y los bundistas. Al parecer, en el congreso de Estocolmo del Partido Socialdemócrata estaban representados 31.000 afiliados, 18.000 de ellos mencheviques y 13.000

bolcheviques. En 1907 tenía ya 84.300 miembros —aproximadamente lo mismo que el Partido Democrático Constitucional—, de los cuales 46.100 eran bolcheviques y 38.200 mencheviques; había 25.700 afiliados socialdemócratas polacos, 25.500 bundistas y 13.000 socialdemócratas letones. Esa fue la cresta de la ola: en 1908 comenzaron las deserciones y en 1910, según la estimación de Trotski, los afiliados del Partido Socialdemócrata ruso habían caído a 10.000 o menos.[75]

Las facciones menchevique y bolchevique tenían una composición social y étnica diferente. Ambas atraían una cantidad desproporcionada de *dvorianiye* o nobleza de servicio: un 20 por ciento, en comparación con el 1,7 por ciento que este sector constituía en la población en general (los bolcheviques un poco por encima del promedio, un 22 por ciento y los mencheviques, un 19 por ciento). Los bolcheviques tenían en sus filas una proporción considerablemente más alta de campesinos; el 38 por ciento de sus afiliados procedían de este grupo, frente a un 26 por ciento en los mencheviques.[76] No se trataba de campesinos agricultores, que seguían a los socialistas revolucionarios, sino de desarraigados y desclasados que se habían mudado a la ciudad en busca de trabajo. Este elemento de transición social iba a suministrar muchos cuadros al Partido Bolchevique y ejercería gran influencia sobre su mentalidad. Los mencheviques atraían a más residentes urbanos de clase baja (*meschaniye*) y trabajadores cualificados (por ejemplo, tipógrafos y empleados ferroviarios), así como intelectuales y profesionales.

En lo referente a la composición étnica de las dos facciones, los bolcheviques eran predominantemente rusos, mientras que los mencheviques atraían sobre todo a no rusos, en especial georgianos y judíos. En el Segundo Congreso de la

socialdemocracia, el apoyo a Lenin procedía en particular de los delegados de las provincias centrales, es decir, de la Gran Rusia. En el Quinto Congreso (1907), casi las cuatro quintas partes (78,3 por ciento) de los bolcheviques eran rusos, en comparación con el tercio (34 por ciento) de los mencheviques. Alrededor del 10 por ciento de los bolcheviques eran judíos, mientras que en las filas mencheviques este porcentaje se duplicaba.[14*][77]

Así, en sus años de formación el Partido Bolchevique puede caracterizarse de la siguiente manera: 1) de composición mayoritariamente rural, con una base compuesta «en medida considerable por hombres nacidos en el campo y que todavía tenían conexiones con este», y 2) «casi unánimemente ruso» y establecido en regiones habitadas por rusos.[78] En otras palabras, tenía sus raíces sociales y culturales en grupos y zonas donde las tradiciones serviles eran más antiguas.

Pero las dos facciones también compartían algunos rasgos, el más importante de los cuales era su débil relación con los obreros industriales, el grupo social al que afirmaban representar. Desde el nacimiento de la socialdemocracia en Rusia en la década de 1880, los trabajadores trataron de manera ambivalente a la *intelligentsia* socialista. Los obreros no cualificados y semicualificados la rehuían por completo, porque veían a los intelectuales como caballeros («manos blancas») que los utilizaban para arreglar cuentas privadas con el zar. Eran inmunes a la influencia del Partido Socialdemócrata. Los obreros más instruidos, más cualificados y con conciencia política a menudo consideraban que los socialdemócratas eran sus amigos y estaban de su lado, pero no querían dejarse dirigir por ellos; por regla general, preferían el sindicalismo a la política de partidos.[79] Como consecuencia, la cantidad de trabajadores afiliados a las

organizaciones socialdemócratas siguió siendo minúscula. Mártov estima que en la primera mitad de 1905, cuando la revolución ya estaba en marcha, los mencheviques tenían en Petrogrado entre 1.200 y 1.500 partidarios que eran obreros activos, mientras que los bolcheviques, apenas «varios centenares», y eso en la ciudad más industrializada del imperio, con más de 200.000 trabajadores industriales.[80] A finales de 1905, las dos facciones sumaban un total de 3.000 miembros en San Petersburgo.[81] A efectos prácticos, pues, tanto los mencheviques como los bolcheviques eran organizaciones de intelectuales. Las observaciones de Mártov sobre el tema, publicadas en 1914, anticipan la situación que se presentaría después de la Revolución de Febrero:

> En ciudades como San Petersburgo, donde durante 1905 había sido efectivamente posible consagrarse a un trabajo activo en un vasto ámbito […], solo quedaban en la organización del partido «profesionales» trabajadores, que desempeñaban funciones organizativas centrales, y jóvenes obreros, que se incorporaban a los círculos del partido para su desarrollo personal. El elemento obrero políticamente más maduro seguía estando en lo formal al margen de la organización o solo se le contaba como perteneciente a ella, lo cual tenía el efecto más perjudicial sobre las relaciones entre esta y sus centros administrativos y las masas. Al mismo tiempo, la afluencia masiva de la *intelligentsia* al partido, dada la mayor conveniencia de sus formas organizativas para sus condiciones de vida (más tiempo libre y la posibilidad de dedicar muchas horas a «conspirar», y la residencia en los barrios del centro de la ciudad, más favorables para escapar a la vigilancia), hacía que las células superiores de la organización [socialdemócrata] […] estuvieran llenas de miembros de este sector, lo que a su vez provocaba el aislamiento psicológico de estos del movimiento de masas. De ahí los conflictos y la fricción incesantes entre los «centros» y la «periferia» y el creciente antagonismo entre los trabajadores y la *intelligentsia*.[82]

En realidad, aun cuando a los mencheviques les gustaba identificarse con el movimiento obrero, ambas facciones preferían dirigirlo sin la interferencia de los trabajadores; los bolcheviques por principio y los mencheviques, en respuesta a la realidad de las cosas.[83] Mártov señalaba con acierto este

fenómeno, pero no extraía de él la conclusión evidente de que en Rusia un movimiento socialista democrático, no solo dirigido a los trabajadores sino también administrado por ellos, no era factible.

Dadas estas similitudes, habría sido de esperar que los mencheviques y los bolcheviques unieran sus fuerzas. Pero no fue así. Pese a expresiones de amistad, se distanciaron unos de otros, enfrentándose con la pasión de sectarios de una misma fe. Lenin no perdía oportunidad alguna de apartarse de los mencheviques, a quienes denigraba como traidores a la causa del socialismo y los intereses de la clase obrera.

Esta enemistad irreconciliable se debía más a razones personales que a diferencias ideológicas. Hacia 1906, a raíz del derrumbe de la revolución, los mencheviques aceptaron adoptar el programa de Lenin que requería la construcción de un partido centralizado, disciplinado y conspirativo. Ni siquiera sus puntos de vista tácticos diferían en gran medida. Ambas facciones, por ejemplo, respaldaron el abortado levantamiento moscovita de diciembre de 1905. En 1906 fueron unánimes en la condena, como una violación de la disciplina de partido, de la idea de un Congreso de los Trabajadores, propiciada por Axelrod.[84] Si se tiene en cuenta que las diferencias que separaban a las dos facciones eran minúsculas y a menudo meramente formales, el principal obstáculo de la reunificación era la insaciable sed de poder de Lenin, que hacía imposible trabajar con él salvo en calidad de subordinado.

Durante el período transcurrido entre 1905 y 1914, Lenin elaboró un programa revolucionario que difería del adoptado por los otros socialdemócratas en relación con dos importantes cuestiones: el campesinado y las minorías étnicas. Las diferencias se debían al hecho de que, mientras

que los mencheviques pensaban en términos de soluciones, el interés exclusivo de Lenin era la táctica; deseaba identificar y explotar las fuentes de descontento de los trabajadores con el fin de promover la revolución. Como hemos señalado, aun antes de 1905 había llegado a la conclusión de que, en vistas de la insignificancia numérica de los obreros industriales en Rusia, los socialdemócratas tenían que atraer y conducir al combate a todos los grupos opuestos a la autocracia, con la excepción de la «burguesía», que él consideraba «contrarrevolucionaria»; una vez ganada la batalla, habría tiempo para arreglar cuentas con aquellos aliados temporales.

La concepción tradicional de los socialdemócratas acerca de los campesinos sostenía, en armonía con la de Marx y Engels, que, con la posible excepción del proletariado sin tierra, se trataba de una clase reaccionaria («pequeñoburguesa»).[85] Sin embargo, al observar el comportamiento de los campesinos rusos durante los disturbios agrarios de 1902 y aún más en 1905, y percatarse de la contribución que sus ataques a la propiedad terrateniente habían hecho a la capitulación del zarismo, Lenin concluyó que el *mujik* era un aliado natural, aunque transitorio, del obrero industrial. Para atraerlo, el partido tenía que ir más allá de su programa agrario oficial, que solo prometía a los campesinos complementar la llamada *otrezki*, las tierras que el Edicto de Emancipación de 1861 les había dado la opción de tomar gratuitamente, pero que constituían apenas una parte de las que necesitaban. Lenin había aprendido mucho acerca de la mentalidad del campesino ruso gracias a las prolongadas conversaciones con Gapón después de la huida de este a Europa tras el Domingo Sangriento. Según Krúpskaya, el sacerdote conocía las necesidades del campesinado y Lenin estaba tan encantado con él que trató de convertirlo al socialismo.[86]

Una serie de observaciones y charlas llevaron a Lenin a la opinión poco ortodoxa de que los socialdemócratas tenían que prometer al campesino toda la propiedad de los terratenientes, aun cuando esto significara fortalecer sus inclinaciones «pequeñoburguesas» y «contrarrevolucionarias»; el partido, de hecho, debía adoptar el programa agrario de los socialistas revolucionarios. Ahora, el campesino reemplazaba en su programa a la «burguesía» liberal como principal aliado del «proletariado».[87] En el «Tercer Congreso» de sus seguidores presentó e hizo aprobar una cláusula favorable a la confiscación campesina de la propiedad de los terratenientes. Una vez resueltos los detalles, el programa bolchevique se pronunciaba a favor de nacionalizar todas las tierras, tanto privadas como comunales, y transferirlas a los campesinos para que las cultivaran. Lenin se adhirió a este programa frente a las objeciones de Plejánov en el sentido de que la nacionalización alentaba las tradiciones «chinas» de la historia rusa, que inducían al campesino a ver la tierra como propiedad estatal. La plataforma agraria, sin embargo, demostraría ser de gran valor para los bolcheviques, al neutralizar al campesinado entre finales de 1917 y comienzos de 1918, durante la etapa crítica de la lucha por el poder.

El programa agrario de Lenin se vio en peligro a raíz de las reformas de Stolipin, que prometían (o amenazaban, depende del punto de vista que uno adopte) crear una clase de campesinos independientes y conservadores. Siempre realista, aquel escribió en 1908 que si dichas reformas tenían éxito, los bolcheviques tal vez tuvieran que abandonar su plataforma agraria:

> Caeríamos en una fraseología democrática vacía y estúpida si dijéramos que el éxito de esa política es «imposible». ¡Es posible! […] ¿Qué ocurriría si, a pesar de la lucha de las masas, la política de Stolipin sobreviviera lo suficiente para que el modelo «prusiano» triunfara? El orden agrario ruso se

> volvería completamente burgués, los campesinos más poderosos se apoderarían de casi todas las parcelas de tierra comunal, la agricultura sería capitalista y, bajo el *capitalismo*, ninguna «solución» del problema agrario —radical o no— sería posible.[88]

La declaración incurre en una curiosa contradicción: como se supone, según Marx, que el capitalismo contiene las semillas de su propia destrucción, la capitalización de la agricultura rusa, con sus crecientes masas de proletarios sin tierra, debería hacer que una «solución» del «problema agrario» fuera más fácil para los revolucionarios, y no imposible. Pero, como sabemos, de todos modos el temor de Lenin resultó ser infundado, porque las reformas de Stolipin apenas modificaron la naturaleza de la propiedad de la tierra en Rusia y no cambiaron en lo más mínimo la mentalidad del *mujik*, que siguió siendo sólidamente anticapitalista.

Con respecto a la cuestión de las nacionalidades, Lenin también adoptó un enfoque que pretendía explotarla en su favor. En los círculos socialdemócratas era un axioma sostener que el nacionalismo era una ideología reaccionaria que desviaba al obrero de la lucha de clases y promovía la fractura de los grandes estados. Pero Lenin también se daba cuenta de que la mitad de la población del Imperio ruso estaba compuesta de no rusos, algunos de ellos con una conciencia nacional muy desarrollada, y casi todos querían un mayor grado de autogobierno territorial o cultural. Con referencia a este problema, como en el caso de la cuestión campesina, el programa oficial del partido de 1903 era muy tacaño; ofrecía a las minorías igualdad cívica, educación en sus lenguas nativas y autogobierno local, acompañado por la vaga fórmula acerca del «derecho de todas las naciones a la autodeterminación», sin especificar más.[89]

En 1912-1913, Lenin concluyó que esto no era suficiente. Aunque el nacionalismo era sin lugar a dudas una fuerza

reaccionaria y probablemente anacrónica en una época de crecientes conflictos de clases, había que admitir pese a todo la posibilidad de su aparición temporal. Los socialdemócratas, en consecuencia, tenían que estar listos para sacarle partido sobre una base condicional y transitoria, exactamente igual que en el caso de las aspiraciones campesinas a las tierras privadas. «Es el apoyo a un aliado contra un enemigo *determinado*, y los socialdemócratas prestan ese apoyo a fin de acelerar la caída del enemigo común, pero no esperan *nada para sí mismos* de esos aliados temporales ni les hacen concesión alguna».[90]

En busca de una fórmula programática, Lenin rechazaba las dos soluciones populares entre los socialistas del este de Europa, el federalismo y la autonomía cultural, uno porque promovía la desintegración de los grandes estados, otra porque institucionalizaba las diferencias étnicas. Tras muchas vacilaciones, en 1913 formuló finalmente un programa bolchevique para la cuestión de las nacionalidades. El documento se apoyaba en una interpretación idiosincrásica de la fórmula «autodeterminación nacional» del programa socialdemócrata, que quería decir una sola cosa: el derecho de todo grupo étnico a escindirse y constituir un Estado soberano. Cuando sus seguidores protestaron aduciendo que esa fórmula fomentaba el particularismo, Lenin los tranquilizó. En primer lugar, las fuerzas del desarrollo capitalista, que poco a poco fundían las diversas regiones del Imperio ruso en un todo económico, impedirían la separación y en última instancia la harían imposible. En segundo lugar, el derecho «proletario» a la autodeterminación siempre tenía prioridad sobre los derechos de las naciones, lo cual significaba que si los pueblos no rusos, en contra de lo esperado, se separaban, se les reintegraría por la fuerza. Al ofrecer a las minorías una elección entre todo o nada, Lenin

ignoraba el hecho de que casi todas ellas (con la excepción de los polacos y los finlandeses) querían algo intermedio. Él depositaba todas sus esperanzas en que las minorías étnicas no se separaran y, al contrario, se asimilaran a los rusos.[91] En 1917 se valió de esta fórmula demagógica con buenos resultados.

Uno de los aspectos más secretos y aun así cruciales de la historia bolchevique con anterioridad a la Revolución de 1917 concierne a las finanzas del partido. Todas las organizaciones políticas necesitan dinero, pero la insistencia de los bolcheviques en que sus miembros dedicaran todo su tiempo al partido les imponía exigencias económicas excepcionalmente grandes, porque significaba que sus cuadros —a diferencia de los mencheviques, que se automantenían— debían depender de subsidios entregados por la tesorería del partido. Lenin también necesitaba dinero para ganarles la partida a sus rivales mencheviques, que de ordinario tenían más seguidores. Los bolcheviques obtenían dicho dinero de diversas maneras, algunas convencionales, otras muy poco convencionales.

Una de las fuentes eran los simpatizantes acaudalados, como el excéntrico industrial millonario Savva Morózov, que aportaba 2.000 rublos al mes a las finanzas bolcheviques. Tras su suicidio en la Riviera francesa, la esposa de Maxim Gorki, que figuraba como fideicomisaria en la póliza del seguro de vida de Morózov, transfirió otros 60.000 rublos de su herencia a los bolcheviques.[92] Había otros donantes, entre ellos el propio Gorki; un agrónomo llamado A. I. Yeramasov; Alexánder Tsiurupa, que administraba fincas en la provincia de Ufá (en 1918 sería comisario de abastecimientos de Lenin); Alexandra Kalmíkova, viuda de un senador y amiga íntima de Struve; la actriz Vera F. Komisarzhévskaya y varios otros,

cuya identidad se desconoce aún hoy.[93] Por esnobismo, estos patrocinadores subsidiaban una causa que era fundamentalmente contraria a sus intereses: en la época, escribe Leonid Krasin, muy allegado a Lenin, «en los círculos más o menos radicales o liberales se consideraba de buen tono aportar dinero a los partidos revolucionarios, y entre quienes pagaban regularmente cuotas de 5 a 25 rublos había no solo notables abogados, ingenieros y médicos, sino también directores de bancos y funcionarios de instituciones gubernamentales».[94] La administración de la tesorería bolchevique, que era independiente de la caja común socialdemócrata, estaba en manos de un «centro» constituido en 1905 y compuesto por tres hombres: Lenin, Krasin y Alexánder A. Bogdánov. Su existencia misma era ignorada por las bases bolcheviques.

Pero las aportaciones de «burgueses» arrepentidos resultaban insuficientes, y a comienzos de 1906 los bolcheviques recurrieron a medios menos respetables, que parecen haberles sido inspirados por Voluntad del Pueblo y los maximalistas socialistas revolucionarios. En lo sucesivo, gran parte de sus fondos procedieron de la actividad delictiva, en especial atracos, conocidos bajo el eufemismo de «expropiaciones». En osadas incursiones, robaban oficinas de correos, estaciones ferroviarias, trenes y bancos. En un célebre asalto al Banco del Estado en Tbilisi (junio de 1907) se alzaron con 250.000 rublos, una buena parte de ellos en billetes de 500 cuyos números de serie estaban registrados. La suma del botín se destinó a la tesorería bolchevique. Posteriormente, varios individuos que intentaron cambiar en Europa los billetes robados de 500 rublos fueron arrestados; todos (entre ellos el futuro ministro soviético de Asuntos Exteriores, Maxim Litvinov) eran bolcheviques.[95] El Partido Socialdemócrata expulsó de sus filas a Stalin, que había

supervisado este operativo, y a algunos otros participantes.[96] Ignorando la resolución de los congresos del partido celebrados en 1907, que condenaban esas actividades, los bolcheviques siguieron perpetrando robos, a veces en colaboración con los socialistas revolucionarios. De esta manera consiguieron acumular grandes sumas, que les dieron una considerable ventaja sobre los mencheviques, siempre cortos de efectivo.[97] Según Mártov, los ingresos obtenidos con estos delitos permitían a los bolcheviques enviar a sus organizaciones de San Petersburgo y Moscú 1.000 y 500 rublos al mes, respectivamente, en un momento en el que los ingresos mensuales legítimos de la tesorería socialdemócrata, procedentes de las cuotas pagadas por sus miembros, no superaban los 100 rublos. Tan pronto como se secó aquel flujo de fondos, cosa que ocurrió en 1910 cuando los bolcheviques tuvieron que entregar su dinero a tres socialdemócratas alemanes encargados de administrarlo, sus «comités» rusos se desvanecieron en el aire.[98]

La dirección general de estas operaciones secretas estaba en manos de Lenin, pero el principal comandante de campo y tesorero era Krasin, jefe del llamado Grupo Técnico.[99] De profesión ingeniero, llevaba una doble vida; en apariencia un respetable hombre de negocios (trabajaba para Morózov, así como para las empresas alemanas AEG y Siemens-Schuckert), en su tiempo libre dirigía la clandestinidad bolchevique.[15*] Entre sus tareas estaba la de coordinar un laboratorio secreto para fabricar bombas, una de las cuales se utilizó en el asalto de Tbilisi.[100] En Berlín también dirigió una operación de falsificación de billetes de tres rublos. Se involucró en el tráfico de armas, a veces por motivos meramente económicos, a fin de obtener dinero para la tesorería bolchevique. En ocasiones, el Grupo Técnico hacía tratos con delincuentes

comunes, por ejemplo, con la mal afamada banda Lbov que actuaba en los Urales, a la que vendió armas por valor de varios cientos de miles de dólares.[101] Inevitablemente, estas actividades atrajeron a las filas bolcheviques a elementos turbios que utilizaban la «causa» como pretexto para llevar una vida delictiva.

El llamado caso Schmit muestra hasta dónde estaba Lenin dispuesto a llegar a fin de conseguir dinero para su organización.[102] Nikolái P. Schmit (Shmit), un rico fabricante de muebles relacionado con Morózov, murió en 1906 —al parecer se suicidó— mientras esperaba ser juzgado por haber financiado la compra de armas utilizadas en el levantamiento moscovita de diciembre del año anterior. No dejó testamento, pero había dicho a Gorki y otros amigos que quería que su fortuna, de alrededor de 500.000 rublos, se entregara a los socialdemócratas. Esta disposición no era válida para la ley porque el partido, al ser ilegal, no podía ser beneficiario de un legado. El dinero, por lo tanto, le correspondía al pariente más cercano, un hermano menor de edad. Resueltos a impedir que el patrimonio de Schmit fuera despilfarrado por sus herederos o terminara en la tesorería socialdemócrata, los bolcheviques decidieron, en reuniones lideradas por Lenin, apoderarse de él por cualquier medio. No tardó en convencerse al hermano adolescente de que renunciara a su parte de la herencia en favor de sus dos hermanas. Se trazaron planes para que dos bolcheviques cortejaran a las herederas y se casaran con ellas. La más joven, también menor de edad, se casó con un matón bolchevique llamado Víctor Taratuta, pero para engañar a la policía se concertó un segundo matrimonio, ficticio, con un ciudadano respetable. Los 190.000 rublos que la muchacha recibió a raíz de la unión se transfirieron a los fondos bolcheviques en París.[103] [img 49]

La otra parte de la herencia de Schmit, correspondiente a la hermana mayor, estaba en manos de su esposo, otro socialdemócrata con inclinaciones bolcheviques. Este, sin embargo, prefirió quedarse el dinero. La disputa se sometió a un tribunal de arbitraje socialista, que solo otorgó a los bolcheviques la mitad o un tercio de la herencia. A la larga, y bajo amenazas de violencia física, se persuadió al marido para que entregara a Lenin el legado perteneciente a su esposa. De esta manera, el líder bolchevique consiguió finalmente entre 235.000 y 315.000 rublos del patrimonio de Schmit.[104]

Revelados por Mártov, este sórdido asunto financiero y otros similares llenaron de vergüenza a los bolcheviques en los círculos socialistas de Rusia y el extranjero y obligaron a Lenin a poner los fondos del partido en manos de socialdemócratas alemanes que ejercerían de administradores. Las disputas económicas fueron una de las manzanas de la discordia entre las dos facciones durante la década previa a la Revolución de 1917. En calidad de secretaria de su marido, Krúpskaya mantuvo con agentes bolcheviques de Rusia una correspondencia constante en la que se valía de tinta invisible, códigos y otros medios para ocultarla a ojos de la policía. Según Tatiana Alexinski, que la ayudaba en estas tareas, la mayoría de las cartas de Lenin contenían peticiones de dinero.[16*][105]

En 1908, el movimiento socialdemócrata ruso vivió un período de debilidad, por un lado, debido al enfriamiento del ardor revolucionario de la *intelligentsia* y, por otro, como consecuencia de que la infiltración policial había convertido las actividades clandestinas en imposibles de materializar. Los servicios de seguridad habían penetrado de arriba abajo en la organización socialdemócrata; sin alcanzar siquiera a moverse, sus miembros quedaban desprotegidos y eran

arrestados. Los mencheviques respondieron a esta situación con una nueva estrategia que requería poner el acento en la actividad legal: publicar, organizar sindicatos, trabajar en la Duma. Algunos de ellos querían sustituir el Partido Socialdemócrata por un Partido Laborista. No era su intención abandonar por completo la actividad ilegal, pero su programa tendía hacia un sindicalismo democrático en el cual el partido no fuera la conducción de los trabajadores y se pusiera antes bien a su servicio. Para Lenin, esta actitud era execrable, por lo que calificó de «liquidadores» a los mencheviques que apoyaban esta estrategia, debido a que, argumentaba, su presunta meta era liquidar el partido y renunciar a la revolución. En el uso que daba a la palabra, «liquidadores» era sinónimo de contrarrevolucionarios.

Con todo, también él tuvo que adaptarse a las difíciles condiciones generadas por la represión policial. Y para ello decidió aprovechar en su propio beneficio a los agentes policiales que se habían infiltrado en la organización. Aunque no puede haber certeza alguna al respecto, esta parece ser la explicación más convincente del caso —enigmático, por otra parte— del agente provocador Román Malinovski, quien durante un tiempo (1912-1914) se desempeñó como delegado de Lenin en Rusia y presidente de la bancada bolchevique en la Duma. Se trata de un ejemplo de provocación policial que, en opinión de Vladímir Búrtsev, superaba en importancia incluso al más célebre caso de Yevno Azef.[106]

Lenin ordenó a sus seguidores boicotear las elecciones a la Primera Duma, en tanto que los mencheviques dejaron la decisión en manos de sus organizaciones locales, la mayoría de las cuales, con excepción de la de Georgia, también optaron por el boicot. *A posteriori*, Lenin cambió de opinión y en 1907, sin prestar atención a los deseos de la mayor parte de

sus camaradas, indicó a los bolcheviques que se presentaran. Pretendía utilizar la Duma como un foro para difundir su mensaje. Fue en estas circunstancias cuando Malinovski resultó ser de gran utilidad.

De nacionalidad polaca, obrero metalúrgico de profesión y ladrón por afición, Malinovski había cumplido tres sentencias de cárcel por robo y asalto. Movido, según su propio testimonio, por ambiciones políticas pero incapaz de satisfacerlas debido a sus antecedentes penales, y siempre necesitado de dinero, ofreció sus servicios al Departamento de Policía. Por instrucciones de este se apartó de los mencheviques y en enero de 1912 asistió a la Conferencia de Praga de los bolcheviques. Impresionó de manera muy favorable a Lenin, que lo elogió como un «tipo excelente» y un «destacado dirigente obrero»,[107] y colocó al nuevo recluta en el departamento ruso del Comité Central bolchevique, autorizándolo para admitir a nuevos integrantes a su propio juicio. A su regreso a Rusia, Malinovski se valió de esta autoridad para nombrar a Stalin.[108]

Por orden del ministro del Interior se hizo desaparecer el historial penal de Malinovski para que pudiera presentarse como candidato a la Duma. Elegido con ayuda de la policía, utilizó su inmunidad parlamentaria para pronunciar exaltados discursos contra la «burguesía» y los socialistas «oportunistas». Algunos de estos discursos habían sido redactados por los servicios de seguridad, y todos estaban autorizados por estos. Pese a las dudas proclamadas en círculos socialistas acerca de su lealtad, Lenin lo respaldaba sin reservas. Uno de los grandes servicios que Malinovski le prestó fue contribuir a fundar —con el permiso de la policía y muy probablemente con su respaldo económico— el diario bolchevique *Pravda*. En él, Malinovski ejercía de tesorero; la

dirección estaba a cargo de otro agente policial, Miron E. Chernomázov. Bajo la protección de la policía, el órgano del partido permitió a los bolcheviques disfrutar de condiciones mucho mejores que los mencheviques para popularizar sus puntos de vista dentro de Rusia. Para guardar las apariencias, las autoridades multaban de vez en cuando a *Pravda*, pero el diario seguía publicándose y presentando el texto de los discursos pronunciados por Malinovski y otros bolcheviques en la Duma, así como escritos del partido; Lenin, por ejemplo, publicó nada menos que 265 artículos entre 1912 y 1914. Con la ayuda de Malinovski, la policía también fundó en Moscú el diario bolchevique *Nash Put*.[109]

Mientras se ocupaba de estos asuntos, Malinovski revelaba habitualmente secretos del partido a la policía. Como veremos, Lenin creía que con dicho acuerdo ganaba más de lo que perdía.

La carrera de Malinovski como doble agente terminó abruptamente en mayo de 1914 por decisión del nuevo viceministro del Interior, Vladímir F. Dzhunkovski. Militar profesional sin experiencia en contrainteligencia, Dzhunkovski estaba resuelto a «limpiar» el Cuerpo de Gendarmería y poner fin a sus actividades políticas, ya que se oponía de manera inflexible a cualquier forma de provocación policial.[17*] Cuando tuvo conocimiento, al asumir el cargo, de que Malinovski era un agente policial y de que a través de él la policía se había infiltrado en la Duma, informó confidencialmente de este hecho a Rodzianko, presidente del Parlamento, ya que temía que provocara un gran escándalo político.[18*] Malinovski se vio obligado a dimitir; recibió 6.000 rublos, su salario anual, y fue enviado al extranjero.

La repentina e inexplicada desaparición del jefe

bolchevique en la Duma debería haber terminado con su carrera, pero Lenin se puso de su lado, lo defendió de los mencheviques que lo denunciaban y acusó de difamación a los «liquidadores».[19*] Es posible que en este caso su lealtad personal a un camarada valorado le impidiera ser imparcial, pero es poco probable que así fuera. Cuando se le juzgó en 1918, Malinovski dijo que había informado a Lenin de sus antecedentes penales. Dado que estaba prohibido que cualquier ruso que los tuviera pudiera presentarse como candidato a las elecciones parlamentarias, el mero hecho de que el Ministerio del Interior no utilizara la información de la que disponía para impedir su ingreso en la Duma debería haber alertado a Lenin acerca de sus conexiones políticas. Búrtsev, uno de los principales especialistas rusos en materia de provocación policial, concluyó en 1918, sobre la base de conversaciones con antiguos funcionarios de la policía zarista que testificaron en el juicio de Malinovski, que, según este, «Lenin entendía y no podía sino entender que su pasado [el de Malinovski] ocultaba no solo una actividad delictiva ordinaria, sino que estaba en manos de la gendarmería; que era un provocador».[110] El general Alexánder Spiridóvich, un alto oficial zarista de seguridad, sugiere el motivo por el cual Lenin podría haber querido mantener a un agente policial en su organización:

> La historia del movimiento revolucionario ruso conoce varios casos de líderes de organizaciones revolucionarias que permitieron a algunos de sus miembros entablar relaciones con la policía política como informantes secretos, con la esperanza de que, a cambio de proporcionar algunos datos insignificantes, estos espías del partido pudieran sacarle información mucho más útil para el partido.[111]

Cuando testificó ante una comisión del Gobierno Provisional en junio de 1917, Lenin sugirió que, en efecto, había utilizado a Malinovski de esta manera:

> En este caso no creí que se tratara de una provocación, y por la siguiente

> razón: si Malinovski era un provocador, la Ojranka [*sic*] no habría ganado con eso tanto como ganó nuestro partido con *Pravda* y todo el aparato legal. Es evidente que al poner a un provocador en la Duma, eliminar en su beneficio a los rivales de los bolcheviques, etcétera, la Ojranka se guiaba por una imagen tosca del bolchevismo, yo diría que una caricatura, según la cual los bolcheviques no organizarían un levantamiento armado. Para tener todos los hilos en la mano, desde el punto de vista de la Ojranka, era primordial contar con Malinovski en la Duma y el Comité Central [bolchevique]. Pero cuando la Ojranka consiguió ambos objetivos, resultó que Malinovski se había convertido en uno de los eslabones de la larga y sólida cadena que conectaba nuestra base ilegal con *Pravda*.[20*]

Aunque Lenin negó conocer las conexiones policiales de Malinovski, este razonamiento suena a una excusa creíble por haber utilizado a un agente de la policía para promover los objetivos del partido, esto es, aprovechar al máximo las oportunidades de hacer un trabajo legal para ganar el apoyo de las masas cuando no había ningún otro medio disponible.[21*] Cuando Malinovski fue sometido a juicio en 1918, el fiscal bolchevique presionó en efecto a testigos de la policía zarista para que testificaran que había hecho más daño a las autoridades imperiales que a los bolcheviques.[112] El hecho de que aquel regresara por voluntad propia a la Rusia soviética en noviembre de 1918, cuando el Terror Rojo estaba en su apogeo, y pidiera ver a Lenin, sugiere que sin duda esperaba ser absuelto. Pero ya no era de utilidad para Lenin, que asistió al juicio pero no testificó. Malinovski murió ejecutado.

En realidad, había prestado a Lenin muchos servicios valiosos. Ya se ha mencionado su ayuda en la creación de *Pravda* y *Nash Put*. Además, en sus discursos en la Duma leía textos escritos por el propio Lenin, Zinóviev y otros dirigentes bolcheviques; antes de pronunciarlos los daba a leer a Serguéi Visariónov, vicedirector del Departamento de Policía, que se encargaba de corregirlos.[113] De este modo, el mensaje bolchevique se difundía a toda la nación. Pero Malinovski trabajaba sobre todo con tesón para impedir la reunificación

de los seguidores de Lenin en Rusia con los mencheviques. Cuando la Cuarta Duma comenzó a reunirse, se hizo evidente que los siete diputados mencheviques y los seis bolcheviques actuaban en un espíritu más cooperativo de lo que Lenin o la policía deseaban; se comportaban, de hecho, como una única delegación socialista, como solía suceder cuando Lenin no hacía acto de presencia para sembrar discordia. Mantenerlos apartados y con ello debilitarlos era una misión a la que la policía asignaba una alta prioridad; según Beletski, «se había ordenado a Malinovski hacer todo lo posible para profundizar la división en los partidos».[114] En este caso los intereses de Lenin y la policía coincidían.[22*]

Los métodos dictatoriales de Lenin y su completa falta de escrúpulos alejaron a algunos de sus más firmes partidarios. Cansados de intrigas y pendencias, atrapados en el humor predominante del espiritualismo, algunos de los bolcheviques más inteligentes comenzaron a buscar solaz en la religión y la filosofía idealista; en 1909, la tendencia dominante en las filas bolcheviques llegó a conocerse como *Bogostroitelstvo* o construcción de Dios. Dirigido por Bogdánov, el futuro jefe de «Cultura Proletaria», y Anatoli V. Lunacharski, futuro comisario de instrucción, el movimiento era una respuesta socialista a la *Bogoiskatelstvo* o búsqueda de Dios, popular entre los intelectuales no radicales. En *Religión y socialismo*, Lunacharski describió el socialismo como un tipo de experiencia religiosa, una «religión del trabajo». En 1909, los partidarios de esta ideología fundaron una escuela en Capri. Lenin, a quien todo este fenómeno le parecía completamente repugnante, organizó dos escuelas contrarias, una en Boloña y otra en Longjumeau, cerca de París. Esta última, establecida en 1911, era una especie de universidad obrera, en la cual trabajadores enviados de Rusia recibían un adoctrinamiento sistemático en ciencias sociales y política; el cuerpo docente

incluía al propio Lenin y dos de sus seguidores más leales, Zinóviev y Kámenev. El inevitable delator, esta vez disfrazado de estudiante, reveló que en Longjumeau la instrucción consistía en «la memorización mecánica por parte de los alumnos de fragmentos de lecciones, que en su presentación adoptaban el carácter de dogmas indiscutibles y no promovían de ningún modo el análisis crítico y una asimilación racionalmente consciente».[115]

Hacia 1912, tras las revelaciones públicas de Mártov acerca de los deshonestos tratos financieros de Lenin y su uso del dinero —en gran parte obtenido de manera ilícita— con un objetivo de dominación, las dos facciones abandonaron la pretensión de ser un solo partido. Los mencheviques creían que las acciones de los bolcheviques ponían en riesgo el movimiento socialdemócrata. En la reunión de 1912 del Buró Socialista Internacional, Plejánov acusó abiertamente a Lenin de robo. Pero aunque los mencheviques manifestaron estar pasmados por el recurso de Lenin al delito y la difamación y porque había admitido que engañaba deliberadamente a los trabajadores acerca de ellos, y si bien lo censuraron por ser un «charlatán político» (Mártov), se abstuvieron de expulsarlo, en tanto que de Struve, cuyo único pecado era simpatizar con el «revisionismo» de Eduard Bernstein, se deshicieron sin demora. No es de asombrar que Lenin no los tomara en serio.

La ruptura final entre las dos facciones se produjo en la conferencia que Lenin organizó en Praga en enero de 1912, tras la cual nunca volvieron a celebrar reuniones conjuntas. Lenin se apropió del nombre «Comité Central» y designó exclusivamente a bolcheviques de línea dura para integrarlo. Aunque la ruptura en la cima era total, los mencheviques y bolcheviques de base dentro de Rusia solían trabajar juntos y seguían viéndose unos a otros como camaradas.

Lenin pasó los dos años anteriores al estallido de la Primera Guerra Mundial en Cracovia, desde donde podía mantener contacto con sus seguidores rusos. Justo antes o inmediatamente después del comienzo de la guerra entabló relación con un organismo del gobierno austríaco, la Unión para la Liberación de Ucrania, que a cambio de su apoyo a las aspiraciones nacionales ucranianas le concedió subsidios y le proporcionó ayuda en sus actividades revolucionarias.[116] La Unión recibía fondos de Viena y Berlín y actuaba bajo la supervisión del Ministerio de Asuntos Exteriores de Austria. Una de las personas que participaba en sus actividades era Parvus, que en 1917 tendría un papel crucial en la organización del viaje de Lenin a la Rusia revolucionaria a través de Alemania. Un informe de cuentas presentado por la Unión y fechado en Viena el 16 de diciembre de 1914 contiene la siguiente entrada: «La Unión ha brindado apoyo a la facción mayoritaria de la socialdemocracia en forma de dinero y ayuda para establecer comunicaciones con Rusia. El líder de esa facción, Lenin, no es hostil a las demandas ucranianas, tal como lo demuestra su conferencia mencionada en *Ukrainische Nachrichten*».[117]

Esta conexión demostró ser de mucha utilidad para Lenin cuando la policía austríaca lo arrestó junto a Grigori Zinóviev (26 de julio/8 de agosto de 1914) como extranjeros enemigos y sospechosos de espionaje. Personas influyentes de los movimientos socialistas austríaco y polaco, entre ellas Yákov Ganetski (Haniecki, y también conocido como Fürstenberg), un empleado de Parvus y muy cercano a Lenin, intervino en su defensa. Cinco días después, el virrey de Galitzia en Lwów recibió un telegrama de Viena en el que se le decía que no era conveniente detener a Lenin, a quien se identificaba como «un enemigo del zarismo».[118] El 6/19 de agosto, el procurador militar de Cracovia telegrafió al tribunal de

distrito de Nowy Targ, donde Lenin estaba preso, para ordenar su inmediata liberación.[119] El 19 de agosto/1 de septiembre, Lenin, Krúpskaya y la madre de esta, con un salvoconducto emitido por la policía de Austria, viajaron de Viena a Suiza en un tren correo militar austríaco, un medio de transporte que seguramente no debía de ponerse a disposición de los extranjeros enemigos comunes y corrientes.[120] Zinóviev y su esposa los siguieron dos semanas después. Las circunstancias de la liberación de Lenin y Zinóviev de una cárcel austríaca y el modo en que el primero se marchó de Austria indican que Viena los consideraba como valiosos recursos. [img 50]

En Suiza, Lenin se puso de inmediato a trabajar en la cuestión del fracaso de la Internacional Socialista, incapaz de respetar su plataforma antibélica.

Una de las máximas fundamentales del movimiento socialista internacional era que los intereses de la clase obrera pasaban por encima de las fronteras nacionales y que el «proletariado» no debía, bajo ninguna circunstancia, derramar sangre en la lucha capitalista por los mercados. El Congreso de Stuttgart de la Internacional Socialista, celebrado en agosto de 1907 en medio de una crisis internacional, había prestado mucha atención al militarismo y la amenaza de guerra. Dos tendencias se manifestaron en él, una encabezada por Bebel, que propiciaba oponerse a la guerra y, si esta estallaba, proponía luchar por su «rápida terminación». La otra la representaban tres delegados rusos, Lenin, Mártov y Rosa Luxemburg, quienes, sobre la base de la experiencia rusa de 1905, querían que los socialistas aprovecharan los combates para desatar una guerra civil internacional.[121] A instancias de ellos, el congreso decidió que, de haber hostilidades, el deber de los trabajadores y sus delegados

parlamentarios sería «intervenir en favor de su rápida finalización y hacer todo lo posible para utilizar la crisis económica y política causada por la guerra para despertar a los pueblos y, con ello, acelerar la abolición de la dominación de la clase capitalista».[122]

Esta cláusula era una concesión retórica hecha por la mayoría derechista a la minoría izquierdista para tapar sus diferencias. Pero esta solución de compromiso no satisfizo a Lenin. Por medio de la misma táctica divisionista que había utilizado en el movimiento socialdemócrata ruso, se propuso escindir de la mayoría más moderada de la Internacional Socialista una izquierda intransigente, comprometida a explotar una futura guerra con objetivos revolucionarios. Se oponía a las políticas pacifistas que abogaban por detener las hostilidades, y que contaban con el respaldo de la mayor parte de los socialistas europeos. A decir verdad, Lenin quería la guerra, y con desesperación, porque esta brindaría oportunidades únicas de hacer la revolución. Como dicha postura era impopular e inadmisible para un socialista, evitó manifestarla en público. Pero sí la expresó de vez en cuando, como por ejemplo en una carta a Maxim Gorki escrita en enero de 1913, durante otra crisis internacional: «Una guerra entre Austria y Rusia sería de la mayor utilidad para la revolución (en toda Europa oriental), pero no es muy probable que Francisco José y Nicolás nos den ese placer».[123]

Una vez iniciada la guerra, los parlamentarios socialistas de los Aliados y de las Potencias Centrales renegaron de sus compromisos. En el verano de 1914 habían hablado apasionadamente a favor de la paz y convocado a multitudes de manifestantes en las calles para protestar contra el rumbo hacia la guerra. Pero cuando comenzaron las hostilidades siguieron el ejemplo del resto y votaron a favor de los

presupuestos de guerra. Fue especialmente dolorosa la traición de los socialdemócratas alemanes, que tenían la organización de partido más fuerte de Europa y constituían la espina dorsal de la Segunda Internacional; el voto unánime de su delegación parlamentaria a favor de los créditos de guerra fue un golpe asombroso y, tal como resultarían las cosas, casi fatal para la Internacional Socialista.

Los socialistas rusos se tomaron los compromisos de la Internacional con mucha más seriedad que sus camaradas de Occidente, en parte porque tenían raíces más superficiales en su país natal y su orgullo patriótico era muy escaso, y en parte porque sabían que no tendrían la oportunidad de llegar al poder a menos que pudieran aprovechar «la crisis económica y política causada por la guerra», tal como lo había planteado la resolución de Stuttgart. Al margen de los patriarcas del movimiento socialdemócrata, como Plejánov y Lev G. Deich, y unos cuantos socialistas revolucionarios en quienes el choque de las armas despertó sentimientos patrióticos (Sávinkov, Búrtsev), la mayoría de las celebridades del socialismo ruso se mantuvo fiel a las resoluciones antibélicas de la Internacional. Los diputados socialdemócratas y *trudoviki* de la Cuarta Duma demostraron dicha lealtad con su negativa unánime a votar los créditos de guerra; fueron, junto con los serbios, los únicos parlamentarios europeos en hacerlo.

Al llegar a Suiza, Lenin redactó una declaración programática titulada «Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea».[124] Tras acusar de traición a los dirigentes de la socialdemocracia alemana, francesa y belga, exponía un programa intransigentemente radical. El artículo 6 del texto contenía la siguiente propuesta: «Desde el punto de vista de la clase obrera y de las masas

trabajadoras de todos los pueblos de Rusia, el mal menor [*naimenshiye zlo*] sería la derrota de la monarquía zarista y de sus ejércitos que oprimen a Polonia, a Ucrania y a varios otros pueblos de Rusia».[23*]

Ningún otro socialista europeo notorio se pronunció públicamente a favor de que su país perdiera la guerra. El inaudito llamamiento de Lenin a la derrota de Rusia suscitó, como era inevitable, acusaciones de que era un agente del gobierno alemán.[24*]

La conclusión práctica de la declaración de Lenin sobre la guerra se presentaba en el séptimo y último artículos de sus tesis, que instaban a una enérgica agitación y propaganda entre los civiles y militares de las naciones beligerantes con el objetivo de desencadenar una guerra civil contra los «gobiernos y partidos reaccionarios y burgueses de todos los países». Copias de este documento se introdujeron de contrabando en Rusia y en noviembre proporcionaron al gobierno imperial un motivo para clausurar *Pravda* y arrestar a la delegación bolchevique de la Duma. Uno de los abogados que defendió a los bolcheviques en esa ocasión fue Alexánder Kérenski. Juzgados por cargos menores que la traición, que les podrían haber costado la vida, los bolcheviques fueron condenados al exilio, con lo cual el partido quedó prácticamente al margen de los acontecimientos hasta la Revolución de Febrero.

El punto central del programa de Lenin era que los socialistas debían procurar no poner fin a los combates, sino aprovecharlos en su propio beneficio: «La consigna de la "paz" es incorrecta en este momento —escribió en octubre de 1914—. Es la consigna del cura y el filisteo. La consigna proletaria debe ser la guerra civil».[125] Se mantendría fiel a esta formulación durante toda la guerra. Era mucho más

seguro para él sostenerla en la neutral Suiza, desde luego, que para sus seguidores en la beligerante Rusia.

Conocedores del programa de guerra de Lenin, los alemanes estaban ansiosos por utilizarlo en su propio beneficio; después de todo, la llamada del líder bolchevique a la derrota de los ejércitos zaristas equivalía a respaldar una victoria alemana. Su principal intermediario era Parvus, uno de los dirigentes del Sóviet de San Petersburgo en 1905, creador de la teoría de la «revolución ininterrumpida» y, más recientemente, colaborador de la Unión para la Liberación de Ucrania. Parvus era uno de los intelectos más brillantes del movimiento revolucionario ruso, así como una de las personalidades más corruptas. Tras el fracaso de la Revolución de 1905 llegó a la conclusión de que, para triunfar, la revolución necesitaba en Rusia la ayuda de los ejércitos alemanes; solo estos eran capaces de destruir el zarismo.[25*] Se puso entonces a disposición del gobierno alemán y utilizó sus conexiones políticas para amasar una considerable fortuna. Al estallar la guerra vivía en Constantinopla, por lo que decidió ponerse en contacto con el embajador alemán y le propuso un plan para utilizar a los revolucionarios rusos en provecho de los intereses de Alemania. Su argumento era que los radicales rusos solo podrían alcanzar su objetivo con el derrocamiento del zarismo y la desintegración del imperio. Como daba la casualidad de que este objetivo también convenía a Alemania, «los intereses del gobierno alemán eran […] idénticos a los de los revolucionarios rusos». Solicitó dinero y autorización para comunicarse con los emigrados izquierdistas rusos.[126] Alentado por Berlín, en mayo de 1915 se puso en contacto con Lenin en Zurich. Familiarizado con la política de la emigración rusa, sabía que Lenin era la figura clave de la izquierda y que si lo ganaba para su causa el resto de la

izquierda antibélica rusa se pondría de su lado.[127] En esos momentos el plan fracasó, no porque Lenin se negara a tratar con los alemanes o se mostrara escrupuloso ante la posibilidad de aceptar su dinero; simplemente, no quería negociar con un traidor a la causa socialista, un renegado y «chovinista socialista». Los biógrafos de Parvus dan a entender que, además del desagrado que este suscitaba en él, Lenin quizá también temiera que, de llegar a un acuerdo, aquel «terminara a la larga por controlar las organizaciones socialistas rusas y, con sus recursos económicos y su aptitud intelectual, pudiera ganarles la partida a todos los otros dirigentes del partido».[128] Lenin nunca se refirió públicamente a este encuentro.

Si bien rechazó las propuestas de Parvus, lo cierto es que mantuvo contactos políticos y económicos con el gobierno alemán a través de un estonio, Alexánder Kesküla.[26*] Entre 1905 y 1907, este había sido un notable bolchevique en Estonia. Más adelante se convirtió en un ardiente nacionalista, resuelto a conquistar la independencia de su patria. Convencido, como Parvus, de que la destrucción de la Rusia zarista solo podía ser obra del ejército alemán, al estallar la guerra se puso a disposición del gobierno de Alemania y se incorporó a sus servicios de inteligencia. Con subsidios alemanes, operó en Suiza y Suecia para sonsacar a los emigrados rusos información sobre las condiciones internas en Rusia e introducir de contrabando en ese país literatura antibélica bolchevique. En octubre de 1914 se reunió con Lenin,[27*] en quien estaba interesado como un enemigo del régimen zarista y un potencial liberador de Estonia. Muchos años después, Kesküla afirmó que no había financiado directamente a los bolcheviques, sino que había contribuido de manera indirecta a su tesorería y subsidiado sus publicaciones. Fuera como fuese, estas eran fuentes

importantes de apoyo para el empobrecido Partido Bolchevique, pero es probable que Kesküla también entregara subsidios directos a Lenin.

En septiembre de 1915, al parecer en respuesta a la petición de Kesküla, Lenin le presentó un curioso programa de siete puntos donde se esbozaban las condiciones por las que la Rusia revolucionaria estaría dispuesta a firmar la paz con Alemania. El documento se descubrió después de la Segunda Guerra Mundial en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores de Alemania.[28*] Su existencia sugiere que Lenin veía en Kesküla no solo a un patriota estonio, sino también a un agente del gobierno alemán. Al margen de varios puntos relacionados con asuntos internos rusos (proclamación de la república, confiscación de las grandes fincas, establecimiento de la jornada laboral de ocho horas y autonomía para las minorías étnicas), Lenin afirmaba la posibilidad de una paz por separado, siempre que Alemania renunciara a todas las anexiones y compensaciones (aunque podían hacerse excepciones en el caso de los «estados colchón»). Proponía, además, la retirada rusa del territorio turco y una ofensiva contra la India. Es indudable que los alemanes tenían presentes estas propuestas cuando, un año y medio después, permitieron a Lenin atravesar su territorio de camino a Rusia.

Mediante el uso de fondos puestos a su disposición por Berlín, Kesküla gestionó la publicación en Suecia de los escritos de Lenin y Bujarin, introducidos de contrabando en Rusia mediante mensajeros. Un agente bolchevique se apropió de parte de dichos fondos.[129] Para devolverle el favor, Lenin reenvió a Kesküla informes sobre la situación interna rusa que había recibido de sus agentes. Como es obvio, los alemanes tenían un marcado interés en dichos documentos. En un comunicado con fecha de 8 de mayo de

1916, un oficial del Estado Mayor General alemán informaba al funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores a cargo de las operaciones subversivas en el este:

> En los últimos meses, Kesküla ha establecido muchas conexiones nuevas con Rusia. […] También ha mantenido su contacto extremadamente útil con Lenin y nos ha transmitido el contenido de los informes de situación enviados a este por sus agentes confidenciales en Rusia. Es preciso, por lo tanto, que en el futuro sigan proporcionándose a Kesküla los recursos necesarios. Si tenemos en cuenta el tipo de cambio excepcionalmente favorable, 20.000 marcos por mes deberían ser suficientes.[29*]

Como en el caso de Parvus, Lenin mantuvo silencio durante toda su vida acerca de las relaciones con Kesküla, y fue comprensible que lo hiciera porque con ellas había incurrido lisa y llanamente en alta traición.

En septiembre de 1915 se convocó, por iniciativa de los socialistas italianos, una conferencia secreta de la Internacional en la aldea suiza de Zimmerwald, cerca de Berna. Los rusos tuvieron en ella una fuerte representación, con la asistencia de los líderes de ambas facciones socialdemócratas y de los socialistas revolucionarios. El grupo se dividió rápidamente en dos sectores, uno más moderado, que quería mantener los vínculos con los socialistas que apoyaban la guerra, y otro izquierdista, que exigía una ruptura radical. Este último, conformado por ocho de los treinta y ocho delegados, contaba con Lenin a la cabeza. La mayoría rechazó el borrador de propuesta de este para la transformación de la guerra «imperialista» en guerra civil, porque era tan inviable como peligrosa; tal como señaló uno de los delegados, los signatarios de una proclama de estas características se enfrentarían a la muerte al regresar a sus países, mientras que Lenin disfrutaba de la seguridad de Suiza. También se desechó su demanda de romper con el Comité de la Internacional, controlado por socialistas patriotas. Aun así, Lenin no salió derrotado de Zimmerwald,

[130] porque el manifiesto oficial de la conferencia le hacía algunas concesiones verbales, al condenar a los socialistas que respaldaban el esfuerzo bélico de sus gobiernos y convocar a los trabajadores de todos los países a unirse a la «lucha de clases».[131] La izquierda de Zimmerwald emitió su propia declaración, que era más fuerte pero no llegaba a convocar a las masas europeas a la rebelión, como quería Lenin.[132] Las discrepancias entre los dos sectores se fundaban en diferentes actitudes hacia el patriotismo, que la mayoría de los europeos sentían con intensidad, al contrario de la mayoría de los rusos.

En abril de 1916 se celebró en Kiental, en el Oberland bernés, una reunión derivada de la Conferencia de Zimmerwald. La había convocado el Comité de la Internacional Socialista para tratar el tema de la guerra, a punto entonces de comenzar su tercer año. Los participantes, que representaban el ala pacifista de la Internacional, se negaron una vez más a someterse a la izquierda zimmerwaldiana, pero le hicieron bastantes más concesiones que el año anterior. En la resolución, titulada «La actitud del proletariado hacia la cuestión de la paz», la conferencia, responsabilizando al capitalismo de la guerra, aseveraba que «ni el pacifismo burgués ni el pacifismo socialista» podían resolver la tragedia a la que debía hacer frente la humanidad: «Si una sociedad capitalista no puede proporcionar las condiciones para una paz duradera, el socialismo se encargará de proporcionarlas. […] *La lucha por la paz duradera solo puede ser, en consecuencia, una lucha por la realización del socialismo*».[133]

La conclusión práctica era que el «proletariado debe hacer un llamamiento a una tregua inmediata y la apertura de las negociaciones de paz». Tampoco se hacía esta vez un

llamamiento a la rebelión y a dirigir los cañones contra la burguesía, pero la premisa de la resolución no excluía una acción en este sentido, incluso cabe decir que esta estaba implícita en sus términos.

Como había hecho en Zimmerwald, Lenin redactó para la izquierda el informe de la minoría, que concluía con este llamamiento al proletariado: «*Bajad las armas. ¡Dirigidlas contra el enemigo común*, los gobiernos capitalistas!».[30*] Entre los doce firmantes de esta declaración (de los cuarenta y cuatro presentes), Zinóviev se erigió en representante de Letonia y Karl Radek, de Holanda.

La resolución principal de Kiental, dedicada al «Buró Socialista Internacional» y basada en un borrador de Zinóviev, se acercaba bastante a las exigencias de la izquierda, ya que condenaba a esta organización por convertirse en «cómplice de la política de la llamada "defensa de la patria" y de la paz civil», y sostenía que «la Internacional solo podrá recuperarse de su derrumbe como poder político definido en la medida en que *el proletariado sea capaz de liberarse de todas las influencias imperialistas y chovinistas y volver al camino de la lucha de clases y la acción de masas*».[134]

Aun cuando la demanda de Lenin de dividir la Internacional volvió a descartarse, una vez cerradas las sesiones de la conferencia un miembro de la derecha, S. Grumbach, declaró que «Lenin y sus amigos han tenido un papel importante en Zimmerwald y un papel decisivo en Kiental».[135] En efecto, las resoluciones de Kiental sentaron las bases de la Tercera Internacional, que Lenin fundaría en 1919.

Lenin debió su relativo éxito en Zimmerwald y Kiental en 1915-1916, como lo haría luego en la Rusia de 1917, al hecho de tomarles la palabra a los socialistas y exigirles que hicieran justicia a su retórica. Esta actitud le granjeó un grupo

pequeño pero fiel de seguidores en los círculos socialistas extranjeros. Y lo que es más importante, paralizó a sus oponentes y les impidió darle batalla, porque con su postura conquistaba la autoridad moral del movimiento socialista. Los dirigentes de la Internacional lo despreciaban por sus artimañas y difamaciones, pero no podían desautorizarlo sin desautorizarse a sí mismos. Sus tácticas le permitieron impulsar con firmeza el movimiento socialista internacional hacia la izquierda y, con el tiempo, separar de él a su propia facción, exactamente como había hecho en la socialdemocracia rusa.

Dicho esto, debe señalarse que los años de la guerra fueron para Lenin y Krúpskaya una época de dificultades, pobreza y aislamiento de Rusia. Vivían en zonas que limitaban con barrios bajos, comían en compañía de delincuentes y prostitutas y sufrían el abandono de muchos amigos de antaño. Aun algunos viejos seguidores llegaron entonces a ver a Lenin como un chiflado y un «jesuita político», un hombre consumido.[136] Cuando a Krasin, que había sido uno de sus más íntimos allegados y vivía ahora con la comodidad que le permitía su trabajo como funcionario de las industrias bélicas, se le pidió una contribución para él, sacó del bolsillo un billete de cinco rublos y dijo: «Lenin no merece apoyo. Es un individuo nocivo y uno nunca sabe qué locuras van a salir de su cabeza de tártaro. ¡Que se vaya al diablo!».[137]

El único rayo de luz en el exilio de Lenin fue un romance con Inessa Armand, una francesa hija de dos artistas de music-hall y esposa de un ruso acaudalado. Influenciada por Chernishevski, se había separado de su marido para unirse a los bolcheviques. Conoció a Lenin y su mujer en París en 1910. Pronto se convirtió en la amante de Lenin, con el consentimiento de Krúpskaya, así como en una fiel seguidora.

Aunque Bertram Wolfe habla de ella como una «heroína devota y romántica», Angélica Balabánova, que tuvo muchas oportunidades de verla, la describe como «la albacea perfecta —casi pasiva— de las órdenes [de Lenin]», «el prototipo del perfecto bolchevique, de obediencia rígida e incondicional».[138] Parece haber sido el único ser humano con quien Lenin entabló relaciones personales íntimas en toda su vida.

Lenin no perdía la fe en el estallido final de una revolución europea, pero la probabilidad parecía remota. El gobierno imperial había superado la crisis militar y política de 1915 en la medida suficiente para poder lanzar una gran ofensiva en 1916. Por comunicaciones esporádicas que le enviaba su agente en Petrogrado, Alexánder Shliápnikov, conocía el deterioro de la situación económica de Rusia y el descontento popular en sus ciudades,[139] pero desestimaba la información, aparentemente convencido de la capacidad del régimen imperial de superar estas dificultades. Al dirigirse a una concentración de jóvenes socialistas en Zurich el 9/22 de enero de 1917, predijo que, si bien la revolución en Europa era inevitable, «nosotros, los de la vieja generación, tal vez no vivamos [para ver] las batallas decisivas de la revolución en ciernes».[140] Pronunciaba estas palabras ocho semanas antes del derrumbe del zarismo.

10

Los bolcheviques pujan por el poder

> Desde el punto de vista de la opinión moderna, la manera de convertir a las personas en seguidoras consiste en persuadirlas de que, al seguir nuestro plan, son activas, críticas, rebeldes e independientes; comportarse de otra manera es ser pasivo y servil. Pero el rebaño fueron quienes quedaron irremediablemente atrapados en esta serie de confusiones.
>
> KENNETH MINOGUE

Aunque es habitual hablar de dos revoluciones rusas en 1917 —una en febrero, otra en octubre—, solo la primera es merecedora de este nombre. En febrero de 1917, Rusia vivió una auténtica revolución, en cuanto los desórdenes que motivaron la caída del régimen zarista, si bien no fueron accidentales ni inesperados, estallaron espontáneamente y el Gobierno Provisional que lo sucedió obtuvo una inmediata aceptación nacional. Ni una ni otra cosa puede decirse de octubre de 1917. Los acontecimientos que condujeron a la expulsión del Gobierno Provisional no fueron espontáneos, sino planeados y ejecutados por una conspiración rigurosamente organizada. Los conspiradores necesitaron *a posteriori* tres años de guerra civil y terror indiscriminado para someter a la mayoría de la población. Octubre fue un golpe de Estado clásico, la toma del poder gubernamental por

una pequeña minoría, llevada a cabo, por deferencia a las convenciones democráticas de la época, con un espectáculo de participación masiva, pero sin un compromiso real con las masas. Este golpe introdujo en la acción revolucionaria métodos más propios de la guerra que de la política.

El golpe bolchevique atravesó dos etapas. En la primera, que se extendió de abril a julio, Lenin intentó tomar el poder en Petrogrado por medio de manifestaciones callejeras respaldadas por una fuerza armada. Su intención era que, según el modelo de los disturbios de febrero, dichas manifestaciones ganaran en intensidad hasta llegar a convertirse en una revuelta en toda regla que en un principio dejara el poder en manos de los sóviets e inmediatamente después en las de su partido. Esta estrategia fracasó; el segundo intento, en julio, estuvo a punto de provocar la destrucción del Partido Bolchevique. Hacia agosto, los bolcheviques se recuperaron lo suficiente para retomar la campaña por el poder, pero esta vez se valieron de una estrategia diferente. Trotski, que tomó el mando mientras Lenin se escondía de la policía en Finlandia, evitó las manifestaciones callejeras y, en cambio, disimuló los preparativos para un golpe bolchevique tras la fachada de un falso e ilegal Congreso de los Sóviets, al tiempo que utilizaba tropas especiales de choque para apoderarse de los centros neurálgicos del gobierno. En teoría, la toma del poder se realizó de manera provisional y en representación de los sóviets, pero en la práctica fue permanente y en beneficio del Partido Bolchevique.

El estallido de la Revolución de Febrero sorprendió a Lenin en Zurich. Apartado de su patria desde el principio de la guerra, se había involucrado en la política socialista suiza, en la que introdujo un espíritu ajeno de intolerancia y hostilidad.

[1] Sus diarios del invierno de 1916-1917 revelan un patrón de actividad frenética pero desorganizada, tan pronto dedicada a un trabajo panfletario como a las intrigas contra las desviaciones de los socialdemócratas suizos o al estudio de Marx y Engels.

Las noticias de Rusia llegaban a Suiza con un retraso de varios días. Lenin se enteró de los desórdenes en Petrogrado casi una semana después de que sucedieran por un artículo publicado en el *Neue Zürcher Zeitung* del 2/15 de marzo. El artículo, datado en Berlín e insertado en la segunda página entre boletines del teatro de la guerra, decía que en la capital rusa había estallado una revolución y que la Duma había arrestado a los ministros zaristas y asumido el poder.[2]

Lenin decidió que debía volver de inmediato a Rusia; ahora se arrepentía de no haberse «arriesgado» a mudarse a Escandinavia en 1915, cuando todavía era posible.[31*] [3] Pero ¿cómo? La única manera de entrar en Rusia era por Suecia. Y para llegar a Suecia había que atravesar territorios aliados, Francia o Inglaterra y Holanda, o cruzar Alemania. Lenin solicitó a Inessa Armand que estudiara, con la mayor discreción posible, las posibilidades de obtener un visado británico, aunque no tenía grandes esperanzas de obtenerlo, ya que los británicos, que conocían su programa derrotista, casi seguramente se lo denegarían. Concibió luego el fantasioso plan de viajar a Estocolmo con un pasaporte falso; pidió a su agente en esa ciudad, Fürstenberg-Ganetski, que encontrara a un sueco cuyos documentos pudiera utilizar, con la condición de que el hombre no solo se le pareciera físicamente, sino que, dado que él no sabía sueco, fuera sordomudo.[4] Ninguno de estos planes tenía posibilidades reales de funcionar. Lenin, en consecuencia, hizo suya una estrategia propuesta por Mártov en París el 6/19 de marzo a

un grupo de emigrados socialistas; a través de un intermediario suizo, los rusos pedirían al gobierno alemán una autorización de tránsito por su territorio para llegar a Suecia, a cambio de internados alemanes y austríacos.[5]

Mientras la furia lo consumía en Zurich como a un animal enjaulado, según las palabras de Trotski, Lenin no perdía de vista la situación política de su país. Quería que sus seguidores en Rusia adoptaran un rumbo político correcto hasta que él apareciera en escena. Le preocupaba especialmente que los bolcheviques emularan las tácticas «oportunistas» de los mencheviques y socialistas revolucionarios, consistentes en apoyar al gobierno «burgués» de la Duma. Esbozó su política en un telegrama despachado el 6/19 de marzo a Petrogrado vía Estocolmo: «Nuestra táctica: no confiar en el nuevo gobierno ni apoyarlo; desconfiamos especialmente de Kérenski; la única garantía es armar al proletariado; elecciones inmediatas a la Duma [Municipal] de Petrogrado; *ningún acercamiento a otros partidos*».[6]

Cuando Lenin telegrafiaba estas instrucciones a sus seguidores, hacía una semana que el Gobierno Provisional estaba en funciones, y apenas había tenido la oportunidad de revelar su fisonomía política. En todo caso, muy alejado del escenario y dependiendo de relatos de segunda y tercera mano de agencias de prensa occidentales, Lenin no tenía manera de conocer las intenciones y acciones del nuevo gobierno. Su insistencia en tratarlo con absoluta «desconfianza» y no apoyarlo solo tendría que haberse debido, por lo tanto, a una desaprobación de sus políticas, pero reflejaba antes bien una determinación *a priori* de destituirlo del poder. Su demanda de que los bolcheviques no colaboraran con los otros partidos indicaba que se inclinaba a llenar exclusivamente con el Partido Bolchevique el vacío de

poder resultante. Este lacónico documento deja ver que apenas cuatro días después de anunciarse la Revolución de Febrero, Lenin contemplaba un golpe de Estado bolchevique. Su orden de «armar al proletariado» sugiere que concebía el golpe como una insurrección militar.

En marzo de 1917, el Partido Bolchevique distaba de estar en condiciones de llevar a cabo un plan tan ambicioso. Los arrestos policiales que se hicieron durante la guerra, que culminaron en los del 26 de febrero de aquel año, cuando el órgano más importante del partido, el Comité de Petrogrado, fue puesto a buen resguardo,[7] habían decapitado su aparato; sus principales miembros estaban en la cárcel o en el exilio. En un informe de comienzos de diciembre de 1916 enviado a Lenin, Shliápnikov describía las actividades bolcheviques en algunas fábricas y unidades de la guarnición durante los meses previos bajo las consignas «Abajo la guerra» y «Abajo el gobierno», pero también tenía que admitir que los informantes policiales se habían infiltrado hasta tal punto en la organización que la actividad ilegal del partido se había vuelto prácticamente imposible.[8] Las posteriores pretensiones bolcheviques de haber inspirado e incluso organizado la Revolución de Febrero son, por consiguiente, completamente falsas. Al principio, los bolcheviques fueron a remolque de los manifestantes espontáneos y después siguieron a los de los mencheviques y sus sóviets. Sus seguidores en las unidades militares amotinadas eran casi inexistentes, y entre los obreros industriales contaban en esos momentos con muchos menos simpatizantes que los mencheviques o los socialistas revolucionarios. Durante los días de febrero, su función se limitó a emitir proclamas y manifiestos; a lo sumo, podrían haber participado en la confección de las pancartas revolucionarias que desplegarían trabajadores y soldados en las manifestaciones del 25 al 28 de

febrero.

Sin embargo, los bolcheviques compensaban lo que les faltaba en cifras con sus aptitudes organizativas. El 2 de marzo, el Comité de Petrogrado del partido, cuyos integrantes acababan de salir de la cárcel, creó un buró de tres personas conformado por Shliápnikov, Viacheslav M. Mólotov y P. A. Zalutski.[9] Tres días después, el buró publicó, con Mólotov como jefe de redacción, el primer número del resucitado órgano del partido, *Pravda*. El 10 de marzo estableció un Comité Militar (luego rebautizado «Organización Militar») dirigido por Nikolái I. Podvoiski y Vladímir I. Nevski, encargado de la agitación y propaganda entre las tropas de la guarnición de Petrogrado. Como cuartel general, los bolcheviques escogieron la lujosa villa Art Nouveau de la bailarina M. F. Kshesinskaya, que según los rumores había sido amante del joven Nicolás II. «Requisaron» ese edificio con la ayuda de tropas amigas, sin prestar atención a las protestas de la dueña. Allí funcionó hasta julio de 1917 el Comité Central del Partido Bolchevique, así como su Comité de Petrogrado y su Organización Militar.

En marzo de 1917, los bolcheviques de Rusia, separados de su líder, siguieron un rumbo que apenas difería del adoptado por los mencheviques y socialistas revolucionarios. Una resolución del Comité Central aprobada ese mes describía al Gobierno Provisional como un agente de la «gran burguesía» y los «terratenientes», pero no proponía ejercer la oposición contra él. El 3 de marzo, el Comité de Petrogrado, la más poderosa de las organizaciones bolcheviques, se unió a la posición menchevique y socialista revolucionaria de pedir apoyo al gobierno *postolku-poskolku*, es decir, «en la medida en que» promoviera los intereses de las «masas».[10] Tanto en la teoría como en la práctica, los principales bolcheviques de

Petrogrado seguían una línea diametralmente opuesta a la de Lenin. No podían haberse sentido complacidos, por tanto, con el consejo de este contenido en el telegrama del 6 de marzo, que recibieron una semana después; las actas publicadas de las reuniones del Comité de Petrogrado no registran la discusión que siguió a su recepción.

Esta orientación promenchevique se fortaleció con la llegada a Petrogrado, procedentes del exilio, de tres miembros del Comité Central, Lev B. Kámenev, Stalin y Matvéi K. Muránov, que, por razones de antigüedad, asumieron la dirección del partido y la jefatura de redacción de *Pravda*. En sus artículos y discursos, los tres rechazaban la posición que Lenin había adoptado en Zimmerwald y Kiental; en vez de convertir la guerra entre naciones en una guerra civil, querían que los socialistas hicieran campaña a favor de la inmediata apertura de las negociaciones de paz.[11] El 15 o 16 de marzo, los bolcheviques de Petrogrado celebraron una conferencia de partido; el hecho de que ni sus actas ni sus resoluciones se hayan publicado es un claro indicio de que muchos de los participantes abrazaron una posición antileninista en los problemas cruciales de la actitud hacia el gobierno y la guerra.[12] Se sabe, no obstante, que el 18 de marzo, en una reunión cerrada del Comité de Petrogrado, Kámenev sostuvo que si bien el Gobierno Provisional era inconfundiblemente «contrarrevolucionario» y estaba destinado a ser derrocado, eso era cosa del futuro; ahora «lo importante no es tomar el poder, es aferrarse a él».[13] Kámenev habló en el mismo sentido en la Consulta Panrusa de los Sóviets a finales de ese mismo mes.[14] En esos momentos, los bolcheviques pensaban seriamente en reunificarse con los mencheviques: el 21 de marzo, el Comité de Petrogrado declaró que era a la vez «posible y conveniente» fusionarse con los mencheviques que

aceptaran los programas de Zimmerwald y Kiental.[32*]

Dadas estas actitudes, es comprensible que los bolcheviques de Petrogrado se mostraran incrédulos y conmocionados cuando Alexandra Kolontái se presentó ante ellos con las dos primeras «Cartas desde lejos» de Lenin, donde este ampliaba lo expuesto en su telegrama del 6/19 de marzo: ningún apoyo al Gobierno Provisional, armar a los trabajadores.[15] El programa les pareció completamente fantasioso, obra de alguien que no estaba en contacto directo con la situación en Rusia. Tras varios días de vacilaciones, publicaron en *Pravda* la primera «Carta desde lejos», pero sin incluir los pasajes en los que Lenin atacaba al Gobierno Provisional.[16] Se negaron a publicar la segunda y las que la siguieron.

En la Conferencia Panrusa de los bolcheviques celebrada en Petrogrado entre el 28 de marzo y el 4 de abril, Stalin presentó una moción, que los delegados aprobaron, que instaba a «controlar» el Gobierno Provisional y cooperar con las otras «fuerzas progresistas» con la finalidad de combatir la «contrarrevolución» y «ampliar» el movimiento revolucionario.[33*] El comportamiento «no bolchevique» de los bolcheviques cuando actuaban por su cuenta y su rápido cambio tras la llegada de Lenin demuestran que su conducta no se basaba en principios que los miembros pudieran asimilar y aplicar, sino en la voluntad de su líder; lo que los unía no era lo que creían, sino la persona en quien creían.

Los alemanes tenían sus propios planes con respecto a los radicales rusos. La guerra no iba a ninguna parte y habían llegado a comprender que la única posibilidad que les quedaba de ganar era romper la alianza enemiga, preferiblemente sacando a Rusia del conflicto. En el otoño de 1916, el káiser desgranaba estas reflexiones:

> Desde el punto de vista estrictamente militar, es importante separar a alguno de los beligerantes de la Entente por medio de una paz por separado, a fin de lanzar todo nuestro poder contra el resto. […] Por consiguiente, solo podremos organizar nuestro esfuerzo bélico en la medida en que la lucha interna empuje a los rusos a concertar la paz con nosotros.[17]

Tras fracasar en 1915 en su intento de excluir a Rusia de la guerra por medios militares, los alemanes recurrían ahora a la política y se decantaban por explotar las divisiones internas de los revolucionarios rusos. El Gobierno Provisional estaba totalmente comprometido con la causa aliada, hasta tal punto que algunos alemanes creían que la Revolución de Febrero se debía a maquinaciones de los británicos.[18] Los pronunciamientos del ministro de Asuntos Exteriores, Miliukov, sobre los objetivos bélicos de Rusia daban a las Potencias Centrales pocos motivos para ser optimistas. En consecuencia, la única esperanza de apartar a ese país de la alianza consistía en apoyar a los extremistas radicales que se oponían a la guerra «imperialista» y querían transformarla en una guerra civil; en otras palabras, la izquierda de Zimmerwald y Kiental, cuyo líder indiscutible era Lenin. De regreso en Rusia, este podría ocasionar un sinfín de problemas al Gobierno Provisional si incitaba los antagonismos de clase, se valía del cansancio de la gente con la guerra y, tal vez, intentaba incluso tomar el poder.

El defensor más férreo de la «carta Lenin» era Parvus. En 1915 había insinuado la cuestión al líder bolchevique. En esa ocasión este se había negado a colaborar, pero ahora la situación era diferente. En 1917, Parvus vivía en Copenhague, donde, como tapadera de sus actividades de inteligencia, dirigía una empresa de importación. También tenía un falso instituto científico desde el que realizaba espionaje.[19] Su agente comercial en Estocolmo era Yákov Ganetski, camarada de confianza de Lenin. Familiarizado con la política de los emigrados rusos, Parvus depositaba muchas esperanzas en

extremistas como Lenin. Aseguró en este sentido al embajador alemán en Dinamarca, el conde V. Brockdorff-Rantzau, que si se daba libertad de acción a la izquierda antibélica, esta generaría tal anarquía que al cabo de dos o tres meses Rusia se vería imposibilitada para proseguir la guerra.[20] Y señaló la necesidad de prestar especial atención a Lenin, como un «hombre mucho más desvariado» que Kérenski o Chjeidze. Con misteriosa visión, pronosticó que, una vez de regreso en Rusia, Lenin derrocaría al Gobierno Provisional, tomaría el poder y no tardaría en concertar una paz por separado.[21] Comprendía con claridad la sed de poder de aquel y creía que llegaría a un acuerdo para atravesar territorio alemán con destino a Suecia. Bajo la influencia de Parvus, Brockdorff-Rantzau envió un telegrama a Berlín:

> Resulta ahora indispensable tratar de generar el mayor caos posible en Rusia. […] Debemos hacer todo lo que podamos […] para intensificar las diferencias entre los partidos moderados y extremistas, porque tenemos el mayor interés en que estos últimos se impongan, dado que en ese caso la revolución será inevitable y adoptará formas que sin duda harán pedazos la estabilidad del Estado ruso.[22]

El enviado alemán en Suiza, G. von Romberg, dio un consejo similar a raíz de la información que le proporcionaron los expertos locales en los asuntos rusos. Alertó a Berlín sobre el hecho de que los seguidores de «Lehnin» sembraban la discordia en el Sóviet de Petrogrado con sus llamamientos a negociaciones inmediatas de paz y la negativa a cooperar tanto con el Gobierno Provisional como con los otros partidos socialistas.[23]

Convencido, el canciller alemán, Theobald von Bethmann-Hollweg, instruyó a Romberg para que iniciara conversaciones con los emigrados rusos sobre el tránsito a Suecia. Dichas conversaciones se realizaron entre finales de marzo y principios de abril (NE) con la ayuda de socialistas suizos, en un principio Robert Grimm y luego Fritz Platten.

Lenin participaba en nombre de los rusos. Un dato sintomático de la miopía de los alemanes es que, al aventurarse en estas peligrosas aguas políticas, no se molestaran en informarse sobre Lenin o su programa; lo único que les importaba era que los bolcheviques y otros simpatizantes de la posición Zimmerwald-Kiental querían a Rusia fuera de la guerra. Un historiador que examinó los archivos alemanes no encontró en ellos ningún documento que indicara algún interés en los bolcheviques; cuarenta años después, dos números de la revista de Lenin, *Sbórnik Sotsial-Demokrata*, enviados a Berlín por la embajada en Berna, permanecían en los archivos con las páginas sin cortar.[24]

Al negociar el tránsito a través de Alemania, Lenin se empeñó en asegurarse de que los emigrados no quedaran expuestos a la acusación de colaborar con el enemigo. Insistió en que el tren se considerara una entidad extraterritorial: nadie podría subir a él sin el permiso de Platten y no habría control de pasaportes.[25] El hecho de que un mísero refugiado se sintiera en posición de plantear condiciones al gobierno alemán indica que tenía bien claros los servicios que podía prestar a este.

Por el lado alemán, las negociaciones corrieron a cargo de las autoridades civiles, con el respaldo activo del Ministerio de Asuntos Exteriores y en especial de su jefe, Richard von Kühlmann. Aunque más tarde llegó a creerse que el principal impulsor del retorno de Lenin a Rusia era el general Ludendorff, en realidad este tuvo un papel marginal y su aportación se limitó al suministro de transporte.[26]

El 1 de abril (NE), Platten transmitió las condiciones de Lenin a la embajada alemana. Dos días después, se le comunicó que eran aceptables. En ese momento el Tesoro alemán aprobó una solicitud del Ministerio de Asuntos

Exteriores para asignar cinco millones de marcos al «trabajo ruso».[27] Lo que los alemanes hacían con respecto a Rusia era parte de un plan de mayor alcance:

> Para cada uno de sus enemigos, Francia, Gran Bretaña, Italia y Rusia, los alemanes habían elaborado tiempo atrás un plan destinado a fomentar la traición interna. Todos los planes tenían cierta similitud; primero, discordia por medio de los partidos de extrema izquierda; a continuación, artículos pacifistas publicados por derrotistas a sueldo o directamente inspirados por los alemanes, y por último, la concertación de un entendimiento con una personalidad política prominente que en última instancia se apoderara del debilitado gobierno enemigo y solicitara la paz.[28]

En el caso de Gran Bretaña utilizaron a un irlandés, sir Roger Casement; para Francia, a Joseph Caillaux, y para Rusia, a Lenin. Casement fue fusilado, Caillaux pagó con la cárcel y solo Lenin justificó el dinero que habían invertido en él.

A las 15.20 del 27 de marzo/9 de abril, treinta y dos emigrados rusos salieron de Zurich rumbo a la frontera alemana. Si bien no hay una lista completa de los pasajeros —el acuerdo estipulaba que los alemanes no preguntarían quiénes viajaban en el tren—, se sabe que entre ellos había diecinueve bolcheviques, incluidos Lenin, Krúpskaya, Zinóviev y su esposa e hijo, Inessa Armand y Radek, así como seis miembros del Bund y tres seguidores de Trotski.[29] Tras cruzar la frontera en Gottmadingen, abordaron un tren alemán de dos vagones, uno para los rusos y otro para su escolta alemana. Contrariamente a lo que sostiene la leyenda, el tren no estaba blindado.[30] Después de pasar por Stuttgart y Frankfurt, llegaron a Berlín a primera hora de la tarde del 29 de marzo/11 de abril. Allí el tren permaneció detenido durante veinticuatro horas, rodeado por guardias alemanes. El 30 de marzo/12 de abril partieron hacia el puerto báltico de Sassnitz, donde abordaron un vapor sueco con destino a Trälleborg. Al llegar les dio la bienvenida el alcalde de

Estocolmo, tras lo cual siguieron el viaje hacia la capital sueca.[31]

Parvus se contaba entre quienes los esperaban allí. Pidió reunirse con Lenin, pero el cauto líder bolchevique se negó y dejó el asunto en manos de Radek, quien, por ser súbdito austríaco, no corría el riesgo de que lo acusaran de traición. Radek pasó buena parte del 31 de marzo/13 de abril con Parvus. No sabemos qué sucedió entre ellos. Cuando se separaron, Parvus se apresuró a viajar a Berlín. El 20 de abril (NE) se reunió en privado con el secretario de Estado alemán, Arthur Zimmermann. Tampoco hay registros de este encuentro. Volvió luego a Estocolmo.[32] Aunque no existen pruebas documentales —como suele pasar en los casos de operaciones encubiertas de alto nivel—, a la luz de los acontecimientos posteriores parece prácticamente seguro que Parvus elaboró con Radek, en nombre del gobierno alemán, las condiciones y los métodos para financiar las actividades bolcheviques en Rusia.[34*]

El consulado ruso en Estocolmo tenía visados de entrada para los recién llegados. El Gobierno Provisional pareció dudar respecto del ingreso de los activistas antibélicos, pero cambió de opinión con la esperanza de que Lenin quedara políticamente comprometido por haber viajado a través de territorio enemigo.[33] El grupo partió de Estocolmo rumbo a Finlandia el 31 de marzo/13 de abril y llegó a Petrogrado tres días después (3/16 de abril) a las 23.10.[35*]

Lenin llegó a Petrogrado el último día de la Conferencia Panrusa bolchevique. En ella participaban muchos bolcheviques procedentes de las provincias, quienes le prepararon una bienvenida que, en teatralidad, superaría todo lo visto hasta la fecha en los círculos socialistas. El Comité de Petrogrado llevó a obreros a la estación de Finlandia y

desplegó a lo largo de las vías una guardia de soldados y una banda militar de música. Cuando Lenin salió del tren, la banda empezó a tocar *La Marsellesa* y la guardia se puso en posición de firmes. Chjeidze dio la bienvenida a los recién llegados en nombre del Ispolkom y expresó la esperanza de que los socialistas cerraran filas en defensa de la «libertad revolucionaria» tanto contra la contrarrevolución interna como contra la agresión extranjera. Fuera de la estación, Lenin subió a un coche blindado y, bajo las luces de un reflector, hizo unas breves observaciones, tras lo cual se trasladó a la residencia de Kshesinskaya seguido por una multitud.[34]

Sujánov nos ha dejado su relato como testigo presencial de lo sucedido esa noche en el cuartel general bolchevique:

> Abajo, en un salón bastante grande, se congregaban muchas personas: obreros, «revolucionarios profesionales» y señoras. Escaseaban las sillas y la mitad de los presentes padecían la incomodidad de estar de pie o tumbados sobre las mesas. Se designó presidente a alguien y comenzaron los saludos en forma de informes de las localidades. En conjunto, todo esto fue monótono y con mucha palabrería. Pero de vez en cuando surgían cosas que a mi entender eran rasgos curiosos y característicos del «estilo» bolchevique, el modo específico de trabajo del Partido Bolchevique. Y se dejaba ver con absoluta claridad que todo el trabajo bolchevique estaba contenido dentro de los marcos de hierro de su centro espiritual extranjero, sin el cual los afiliados del partido se habrían sentido por completo indefensos; al mismo tiempo, estaban orgullosos de él y los mejores entre ellos se sentían sus devotos servidores, como los caballeros del Santo Grial. También Kámenev dijo algo anodino. Por último, recordaron a Zinóviev, que fue débilmente aplaudido, pero no dijo nada. Finalmente, terminaron los saludos en forma de informes. […]
>
> Y entonces el gran maestro de la orden se puso de pie para dar su «respuesta». No puedo olvidar ese discurso, como un rayo que me estremeció no solo a mí, un hereje accidentalmente sumido en el delirio, sino también a los verdaderos creyentes. Puedo asegurar que nadie esperaba nada semejante. Parecía como si todas las fuerzas elementales hubieran salido de su cubil y el espíritu de la destrucción universal, ignorante de los obstáculos, las dudas, las dificultades o los cálculos humanos, circulara por el salón de la casa de Kshesinskaya por encima de las cabezas de los hechizados discípulos.[35]

El tema central del discurso de noventa minutos de Lenin era que la transición de la revolución «democrático-burguesa» a la revolución «socialista» tenía que cumplirse en cuestión de meses.[36*] Esto significaba que apenas cuatro semanas después del derrocamiento del zarismo, Lenin sentenciaba públicamente a muerte a su sucesor. Esta propuesta era tan contraria a los sentimientos de la mayoría de sus seguidores, parecía tan irresponsable y «arriesgada», que el resto de la noche, hasta la interrupción de la reunión a las cuatro de la madrugada, transcurrió en medio de un tempestuoso debate.

Ese mismo día, más tarde, Lenin leyó ante un grupo de bolcheviques, y luego por separado en una reunión conjunta de bolcheviques y mencheviques, un documento que, en previsión de la resistencia que suscitaría, presentó como un reflejo de sus opiniones personales. Conocido *a posteriori* como las «Tesis de abril», esbozaba un programa de acción que su audiencia debió de haber considerado completamente desconectado de la realidad, si no extremadamente lunático.[36] Proponía no respaldar de ningún modo la guerra presente; una transición inmediata a la «segunda» etapa de la revolución; la negativa a apoyar al Gobierno Provisional; la transferencia de todo el poder a los sóviets; la abolición del ejército para reemplazarlo por una milicia popular; la confiscación de todas las propiedades terratenientes y la nacionalización de todas las tierras; la fusión de todas las entidades bancarias en un Banco Nacional bajo supervisión de los sóviets; el control de los sóviets sobre la producción y la distribución, y la creación de una nueva Internacional Socialista.

El consejo editorial de *Pravda* se negó a publicar las «tesis» de Lenin con el pretexto de un error mecánico en su planta

impresora.[37] Una reunión del Comité Central bolchevique aprobó el 6 de abril una resolución negativa sobre ellas. Kámenev insistió en que la analogía que había hecho Lenin entre la situación en la Rusia contemporánea y la Comuna de París era errónea, en tanto que Stalin consideraba que las «tesis» eran «esquemáticas» y carentes de datos.[38] Pero Lenin y Zinóviev, que mientras tanto se había incorporado al consejo editorial de *Pravda*, impusieron su voluntad y las «tesis» aparecieron el 7 de abril. Acompañaba el artículo un comentario editorial en el que Kámenev desvinculaba al respecto la responsabilidad del órgano del partido. Lenin, decía, «parte de la premisa de que la revolución democrático-burguesa se ha completado y apuesta por su transformación inmediata en una revolución socialista». Pero, proseguía, la opinión del Comité Central es otra y el Partido Bolchevique se guiaría por sus resoluciones.[37*] El Comité de Petrogrado se reunió el 8 de abril para discutir el documento de Lenin. Su veredicto también fue arrollador: dos votos a favor, trece en contra y una abstención.[39] En las ciudades de provincia, la reacción fue similar: las organizaciones bolcheviques de Kiev y Sarátov, por ejemplo, rechazaron el programa de Lenin, la segunda con el argumento de que el autor estaba muy alejado de la situación real en Rusia.[40]

Fuera cual fuese la opinión de los bolcheviques acerca de los pronunciamientos de su líder, los alemanes estaban encantados. El 4/17 de abril, su agente en Estocolmo envió un telegrama a Berlín: «Entrada de Lenin en Rusia exitosa. Está actuando exactamente como queríamos».[41]

Lenin era un hombre muy reservado. Si bien habló y escribió de manera muy abundante, lo suficiente para llenar cincuenta y cinco volúmenes de sus obras completas, sus discursos y escritos son, en su abrumadora mayoría, ejemplos

de agitación y propaganda, destinados a persuadir a potenciales seguidores y destruir a adversarios conocidos, y no a revelar sus pensamientos. Rara vez expresaba lo que tenía en mente, ni siquiera a sus estrechos colaboradores. Como comandante supremo en la guerra global entre clases, mantenía en secreto sus planes. En consecuencia, para reconstruir su pensamiento es necesario proceder retroactivamente, de los actos conocidos a las intenciones ocultas.

En los problemas generales —quién era el enemigo y qué había que hacer con él—, Lenin era bastante franco. Hacía público el objetivo —el «programa»—, definido en grandes líneas; lo que mantenía oculto era la táctica. Y en esto radica la dificultad de adivinar sus intenciones. En efecto, del mismo modo que Mussolini, otro experto nada despreciable en el arte del golpe de Estado, confió a Giovanni Giolitti: «Un Estado debe defenderse no contra un programa revolucionario, sino contra sus tácticas».[42]

Lenin rechazaba la doctrina menchevique y socialista revolucionaria de la revolución en dos etapas y su resultado, el *dvoyevlastiye* o diarquía. Pretendía derribar al Gobierno Provisional tan pronto como fuera factible y tomar el poder. Su instinto político notablemente agudo —el olfato del que están dotados todos los generales con éxito— le decía que era posible hacerlo. Conocía a la *intelligentsia* liberal y socialista por lo que era: «tigres herbívoros», para tomar prestada una expresión de Clemenceau, que, pese a su palabrería revolucionaria, temían mortalmente la responsabilidad política y eran incapaces de ejercerla aun cuando se la entregaran en bandeja de plata. En este aspecto, Lenin compartía la opinión de Nicolás II. Comprendía, además, que debajo de la apariencia de unidad nacional y respaldo

universal al Gobierno Provisional bullían poderosas fuerzas destructivas que, si se potenciaban y se dirigían adecuadamente, podían acabar con la tan ineficaz democracia y llevarlo al poder: la escasez de bienes en las ciudades, el malestar en el campo, las aspiraciones étnicas. Para cumplir su objetivo, los bolcheviques tenían que destacarse claramente tanto del Gobierno Provisional como de los otros partidos socialistas, como única alternativa al *statu quo*. En consonancia con este razonamiento, tras su regreso a Rusia Lenin forzó a sus seguidores a abandonar la actitud conciliadora hacia el Gobierno Provisional y cualquier idea de fusionarse con los mencheviques.

En vista de la inmensa popularidad de las consignas democráticas, no podía reclamar abiertamente el poder en nombre del Partido Bolchevique; nadie fuera de las filas de este, y muy pocos en su seno, habrían considerado aceptable esta perspectiva. Por esta razón, a lo largo de 1917, con un breve interludio, clamó por la transferencia del poder a los sóviets. Esta táctica quizá parezca desconcertante si se tiene en cuenta que hasta el otoño de 1917 los bolcheviques eran una minoría en estos órganos, de modo que, en principio, la puesta en práctica de este programa habría significado la entrega del poder a los mencheviques y socialistas revolucionarios. Pero los bolcheviques confiaban en que estos no se interpusieran en su camino. Tsereteli, que entre los dirigentes mencheviques era el que menos ilusiones se hacía en cuanto a sus rivales, escribió que los bolcheviques creían que no les sería muy difícil arrancar el poder nacional a la mayoría del sóviet.[43] Desde el punto de vista de Lenin, el Gobierno Provisional, a pesar de su incompetencia, era un enemigo más peligroso que los socialistas democráticos, porque tenía a su disposición una gran fuerza armada y disfrutaba de cierto apoyo del campesinado y la clase media;

si apelaba al nacionalismo podría reunir poderosas fuerzas contra él. Mientras el Gobierno Provisional se mantuviera en el poder, aunque fuera nominalmente, existía el riesgo de que el país diera un giro a la derecha. En cambio, si la sede de la autoridad residía en los sóviets, sería relativamente simple radicalizar el clima político y arrastrar a los irresolutos socialistas, asustándolos con el espectro de una «contrarrevolución».

La manera en que Lenin persiguió su objetivo —la toma del poder— tenía sus raíces en el estudio de la historia y la ciencia militares. La auténtica política, incluso en su forma autoritaria, entraña algún tipo de adaptación a los demás contendientes por el poder y a la población en general, lo cual permite a los gobernados algún margen de libertad para sus iniciativas. Pero el marco mental de Lenin, para quien la política siempre era una guerra de clases, era el de Clausewitz; su finalidad, como la de la estrategia militar, no era la adaptación al adversario, sino su destrucción. Esto significaba, en primerísimo lugar, desarmarlo, en dos sentidos: 1) privarlo de una fuerza armada, y 2) destruir sus instituciones. Pero también podía significar su aniquilación física, como en el campo de batalla. Los socialistas europeos hablaban por costumbre de una «lucha de clases», pero con ello se referían a una lucha librada principalmente por medios no violentos, como las huelgas industriales y las urnas, que en ciertas circunstancias podían desembocar en las barricadas. Lenin era el único que entendía la «lucha de clases» en el sentido literal de guerra civil; un combate con todas las armas disponibles con el objetivo de la destrucción estratégica y, de ser necesario, el exterminio de los rivales, que proporcionaría un dominio indiscutible del campo de batalla político por parte del vencedor. Conforme a esta perspectiva, la revolución era una guerra librada por otros medios, y la

diferencia consistía en que los combatientes no eran estados y naciones, sino clases sociales; sus líneas de batalla eran verticales y no horizontales. En esta militarización de la política reside uno de los principales motivos del éxito de Lenin, porque aquellos a los que este designaba como enemigos no podían concebir que nadie tratara seriamente la política como un combate en el que no se da ni se pide cuartel.

Esta visión de la política la tomaba Lenin de las profundidades más recónditas de su personalidad, en la cual la sed de dominación se combinaba con una cultura política patrimonial formada en la Rusia de Alejandro III bajo la cual había crecido. Pero era en los comentarios de Marx sobre la Comuna de París donde hallaban la justificación teórica de esos impulsos psicológicos y ese legado cultural. Los escritos de Marx dedicados a este tema habían suscitado una abrumadora impresión en él y se convirtieron en su guía para la acción. En su análisis del ascenso y la caída de la Comuna, Marx llegaba a la conclusión de que hasta entonces todos los revolucionarios habían cometido un error fundamental al apoderarse de las instituciones existentes en vez de destruirlas. Al dejar intactas las estructuras políticas, sociales y militares del Estado de clase y limitarse a reemplazar a las personas que las hacían funcionar, proporcionaban un terreno fértil a la contrarrevolución. Los futuros revolucionarios tendrían que proceder de otra manera: «No pasar de unas manos a otras la máquina burocrático-militar, como se ha hecho hasta ahora, sino *destrozarla*».[44] Estas palabras se grabaron profundamente en la mente de Lenin; las repetía en toda ocasión y las puso en el centro de su principal tratado político, *El Estado y la revolución*. Le servían para justificar sus instintos destructivos y aportaban un fundamento a su deseo de erigir un nuevo orden; un orden

integral en su aspiración «totalitaria».

Lenin siempre vio la revolución desde una perspectiva internacional; la Revolución rusa era para él un mero accidente, la ruptura fortuita del eslabón más débil del «imperialismo». Nunca le interesó reformar Rusia, sino tan solo subyugarla a fin de contar con un trampolín hacia la revolución en los países industriales y sus colonias. Aun como dictador de Rusia, nunca dejó de ver 1917 y sus secuelas desde un punto de vista internacional; para él jamás se trató de la «Revolución rusa», sino de la revolución mundial que, casualmente, había tenido su comienzo en Rusia. En su carta de despedida a los socialistas suizos, escrita el día anterior a su partida hacia Rusia, hizo mucho hincapié en este aspecto:

> El proletariado ruso ha tenido el gran honor de *iniciar* la serie de revoluciones engendradas con inexorabilidad objetiva por la guerra imperialista. […] No han sido sus cualidades particulares, sino las condiciones históricas particulares las que hicieron del proletariado de Rusia durante un cierto tiempo, *tal vez muy breve*, la vanguardia del proletariado revolucionario del mundo entero.
>
> Rusia es un país campesino, uno de los países más atrasados de Europa. En Rusia, el socialismo *no* puede triunfar *directa e inmediatamente*. Pero precisamente esa característica campesina del país […] *puede* […] imprimir un impulso gigantesco a la revolución democrático-burguesa y puede hacer de nuestra revolución el *prólogo* de la revolución socialista mundial, un *paso* hacia ella.[45]

El secretismo de Lenin acerca de una revolución socialista mundial se debía en parte al deseo de mantener a sus adversarios en la oscuridad en lo concerniente a sus intenciones, y en parte a que el secreto le daba la ventaja de poder evitar el estigma del fracaso si las cosas no resultaban como se habían planeado; cada vez que esto sucediera, él podría (y de hecho lo hizo) negar la existencia de plan alguno. Aun así, las directivas que impartió en la primavera y el principio del verano de 1917, cuando condujo personalmente a las fuerzas bolcheviques, nos permiten hacernos una idea

general de su plan de combate.

La experiencia de febrero parecía haberlo convencido de que las manifestaciones callejeras masivas podían derribar el Gobierno Provisional. Para empezar, el terreno tenía que prepararse, tal como se había hecho en 1915-1916, mediante una campaña implacable de desprestigio del gobierno a ojos de la población. Con este fin había que culparlo de todo lo que salía mal: los desórdenes políticos, la escasez, la inflación, los reveses militares. Había que acusarlo de conspirar con los alemanes para entregar Petrogrado mientras simulaba defenderlo, y de colaborar con el general Kornílov a la vez que lo acusaba de traición. Cuanto más descabelladas fueran las acusaciones, más propensos a creerlas serían los trabajadores y soldados, inexpertos en materia política, o ¿acaso una realidad increíble no podía tener causas increíbles?

A diferencia de febrero, sin embargo, las manifestaciones callejeras militantes debían ser objeto de un riguroso control; Lenin no confiaba en el espontaneísmo, aun cuando comprendía a la perfección la necesidad de dar a sus iniciativas, muy calculadas, una apariencia de espontaneidad. Había aprendido de Napoleón y aplicaba a la guerra civil el principio de la *tiraillerie* o escaramuza, que algunos historiadores militares consideran la mayor aportación de Bonaparte al arte de la guerra.[46] Para organizar el combate, Napoleón dividía sus fuerzas en dos: la Guardia profesional y la masa de reclutas. Al comienzo de la batalla solía hacer entrar en acción a estos últimos para atraer el fuego enemigo, y de ese modo se hacía una imagen de sus posiciones. En el momento crítico lanzaba al combate a la Guardia para romper las líneas del enemigo en su punto más débil y obligarlo a huir. Lenin aplicó esta táctica a la guerra urbana. Se llevaba a las masas a las calles con consignas sediciosas

para provocar en el gobierno una reacción que revelara sus puntos fuertes y sus puntos débiles. De lograr las multitudes arrollar a las fuerzas gubernamentales, el equivalente bolchevique de la Guardia napoleónica —los obreros y soldados armados bajo el mando de la Organización Militar— se hacía cargo de la situación. Si aquellas fracasaban, quedaba aún el recurso de argumentar que las masas querían un cambio y que, al oponerse a ellas, el gobierno demostraba ser «antidemocrático». Era preciso entonces esperar hasta la siguiente oportunidad. El principio fundamental era el napoleónico: «On s'engage et puis on voit» («Lo primero es acometer; después, ya se verá»).[47] En sus tres intentos de *putsch* (abril, junio y julio de 1917), Lenin convocó a las turbas a las calles, pero se mantuvo a buen resguardo en un segundo plano, siempre con el pretexto de seguir al «pueblo» y no de conducirlo. Tras el fracaso de cada uno de estos intentos negaría haber tenido intenciones revolucionarias e incluso quiso hacer creer que su partido había hecho todo lo posible para refrenar el ímpetu de las masas.[38*]

La técnica revolucionaria leninista exigía la manipulación de las masas. Lenin seguía, es difícil saber si por instinto o por conocimiento, las teorías del comportamiento de las multitudes formuladas por primera vez en 1895 por el sociólogo francés Gustave Le Bon en *La Psychologie des foules*. Este autor sostenía que cuando se sumaban a una multitud los hombres perdían su individualidad, al disolverla en una personalidad colectiva con su propia psicología específica. Su principal característica es una capacidad menguada para el razonamiento lógico y un crecimiento concomitante de la sensación de un «poder invencible». Al sentirse invencibles, las masas exigen acción, un deseo que las expone a la manipulación: «Las masas se hallan en un estado de atención expectante que facilita la sugestión». Son especialmente

receptivas a la exhortación a la violencia mediante asociaciones de palabras e ideas que evocan «imágenes grandiosas y vagas» acompañadas por un aire de «misterio», como «libertad», «democracia» y «socialismo». Las multitudes responden a fanáticos que las incitan con reiteradas imágenes violentas. Como en última instancia la fuerza que las motiva es, según Le Bon, la fe religiosa, «demandan ante todo un dios», un líder que las dote de cualidades sobrenaturales. El sentimiento religioso de la masa es simple: «La adoración de un ser supuestamente superior, el miedo al poder que se atribuye a este, la ciega sumisión a sus órdenes, la incapacidad de discutir sus dogmas, el deseo de difundirlos y una tendencia a considerar como enemigos a todos los que no los aceptan».[48]

Un observador más reciente del comportamiento de las multitudes ha llamado la atención sobre el funcionamiento de estas:

> [L]a masa, una vez constituida, quiere crecer con rapidez. Resulta difícil hacerse una imagen exagerada de la fuerza e imperturbabilidad con que se extiende. Mientras siente que está creciendo —por ejemplo, en situaciones revolucionarias, que comienzan con masas poco numerosas pero de alta tensión— acusa como si se tratase de una restricción todo lo que se opone a su crecimiento. […] La masa es siempre algo así como una fortaleza sitiada, pero sitiada de manera doble: tiene al enemigo extramuros y tiene al enemigo en el sótano. Durante la lucha atrae cada vez a más partidarios.[49]

En un raro momento de sinceridad, Lenin reveló a uno de sus colaboradores, Panteleimón N. Lepeshinski, que entendía con claridad los principios de la psicología de las masas:

> A finales del verano de 1906 [Lenin], en una conversación íntima, predijo con considerable seguridad la derrota de la revolución e insinuó la necesidad de prepararse para una retirada. Si pese a ese estado de ánimo pesimista se empeñó no obstante en intensificar las fuerzas revolucionarias del proletariado, se debía, al parecer, a la idea de que el espíritu revolucionario [*revoliutsionnaya aktualnost*] de las masas nunca hace daño. Si ha de haber otra oportunidad de victoria, e incluso de una victoria a medias, se deberá en gran medida a ese espíritu.[50]

En otras palabras, la acción de las masas, aunque fuera infructuosa, era un valioso recurso para mantener a las masas en un elevado nivel de tensión y preparación para el combate. [39*]

En los tres meses que siguieron a su regreso a Rusia, Lenin actuó con una impetuosidad temeraria para derribar al Gobierno Provisional mediante la acción de las multitudes. Sometió al gobierno y a los socialistas que lo apoyaban a incesantes ataques verbales como traidores a la revolución, a la vez que incitaba a la población a la desobediencia civil: al ejército a ignorar las órdenes gubernamentales, a los trabajadores a tomar el control de sus fábricas, a los campesinos de las comunas a apoderarse de las tierras privadas, a las minorías étnicas a reclamar sus derechos nacionales. No tenía una agenda, pero sí confianza en el éxito inminente, porque cada escaramuza revelaba tanto la indecisión como la impotencia de sus adversarios. De no haber vacilado en el momento decisivo durante el *putsch* de julio, bien podría haber tomado el poder entonces y no en octubre.

Paradójicamente, aunque militarizadas, las tácticas de Lenin (y luego las de Trotski) no entrañaban mucha violencia física. Esta estaba prevista para más adelante, una vez que el poder estuviera asegurado. La finalidad de las campañas de propaganda y las manifestaciones masivas, el torrente de palabras y los desórdenes callejeros, era inducir en la mente de los adversarios, así como del público en general, una sensación de inevitabilidad; el cambio estaba llegando y nada podría detenerlo. Como Mussolini y Hitler, sus alumnos y emuladores, Lenin conquistó el poder intimidando a quienes se interponían en su camino, persuadiéndoles de que estaban condenados. El triunfo bolchevique de octubre tuvo en sus nueve décimas partes un componente psicológico; las fuerzas

participantes eran desdeñables, a lo sumo algunos miles de hombres en una nación de ciento cincuenta millones, y la victoria se obtuvo casi sin un solo disparo. Toda la operación sirvió para confirmar la máxima de Napoleón de que la batalla se gana o se pierde antes de comenzar en la mente de los hombres.

Los bolcheviques pujaron por primera vez por el poder el 21 de abril, a favor de una crisis política sobre los objetivos bélicos de Rusia.

Se recordará que hacia finales de marzo de 1917 el Ispolkom forzó al Gobierno Provisional a rechazar la demanda hecha por Miliukov de territorios austríacos y turcos. Para apaciguar a los socialistas, el gobierno emitió el 27 de marzo una declaración, aprobada por el Ispolkom, en la cual, sin decir que renunciaba a las ambiciones anexionistas, sostenía que el objetivo de Rusia era una «paz duradera» basada en la «autodeterminación de las naciones».

Esta concesión zanjó la cuestión, pero solo por un tiempo. El tema volvió a ser motivo de discordia en abril con el retorno a Rusia de Víctor Chernov. El líder del Partido Socialista Revolucionario había pasado los años de guerra en Occidente, sobre todo en Suiza, donde participó en las conferencias de Zimmerwald y Kiental, y publicado, presuntamente con fondos alemanes, literatura revolucionaria para prisioneros de guerra rusos en Alemania y Austria.[51] De vuelta en Petrogrado, lanzó de inmediato una campaña contra Miliukov en la que se exigía su dimisión y se pedía al gobierno que transmitiera su declaración del 27 de marzo a los gobiernos aliados como un pronunciamiento formal de los objetivos bélicos de Rusia. Miliukov puso objeciones a esta petición con el argumento de que los Aliados podían malinterpretar la renuncia formal de Rusia a

los territorios que se le habían prometido y suponer que pretendía dejar la guerra. Pero el gabinete lo desautorizó. Kérenski mostró particular celo en esta cuestión, que prometía debilitar a Miliukov, su principal rival, y fortalecer su propia posición en el sóviet.[52] Finalmente se llegó a una solución de compromiso. El gobierno aceptó entregar a los Aliados su declaración del 27 de marzo, pero con el añadido de una nota explicativa que despejara todas las dudas acerca de la intención de Rusia de permanecer en la guerra. En palabras de Kérenski, la nota redactada por Miliukov y aprobada por el gabinete «debería haber satisfecho al crítico más violento del "imperialismo"» que se adjudicaba a ese ministro.[53] En ella se reafirmaba la resolución de Rusia de combatir por los «altos ideales» comunes de la alianza y «cumplir plenamente con las obligaciones» para con esta.[54] El 18 de abril (1 de mayo en Occidente), ambos documentos se enviaron por telegrama a las embajadas rusas en el extranjero, para que los presentaran a los gobiernos aliados.

Al aparecer en los diarios rusos la mañana del 20 de abril, la nota del gobierno despertó la furia de la *intelligentsia* socialista. Su disgusto no se debía a la promesa de combatir hasta la victoria, que era el objetivo explícito de todos los partidos socialistas con la excepción de una minoría marginal, sino el lenguaje ambivalente acerca de las «anexiones y compensaciones». Ese mismo día, el Ispolkom decidió por votación que «la democracia revolucionaria no permitirá el derramamiento de sangre por […] objetivos de agresión». Rusia tenía que seguir combatiendo, pero solo hasta el momento en el que todos los beligerantes estuvieran dispuestos a firmar la paz sin anexiones.[55]

Esta disputa podría haberse resuelto con facilidad por medio de una consulta entre el gobierno y el Ispolkom, que

casi sin duda habría llevado a la capitulación del primero. Pero antes de que pudiera llegarse a un acuerdo, la ira se difundió por los barracones y los barrios de los obreros, que estaban vinculados por hilos invisibles con el Ispolkom.

Los desórdenes callejeros del 20 y 21 de abril comenzaron de manera espontánea, pero los bolcheviques no tardaron en tomar el mando. Un joven oficial socialdemócrata, el teniente Theodore Linde, que había participado en la redacción de la Orden número 1, interpretó la nota del gobierno como una traición a los ideales democráticos. Convocó entonces a representantes de su regimiento, la Guardia de Reserva finlandesa y les pidió que llevaran a sus hombres a las calles para manifestarse contra Miliukov. Recorrió, además, las otras unidades de la guarnición con un mensaje similar.[56] Linde era un patriota acérrimo que quería que Rusia permaneciera en la guerra; perdió la vida poco después, linchado por soldados del frente a quienes había exhortado a combatir, pero que decidieron, debido a su apellido de resonancias alemanas, que era un agente enemigo.[57] Como la mayoría de los socialistas rusos, sin embargo, Linde quería librar la guerra por ideales «democráticos». No pareció comprender que instar a las tropas a tomar parte en una manifestación política no autorizada equivalía a incitar un motín. Desde las tres de la tarde en adelante, varias unidades militares, encabezadas por los guardias finlandeses, marcharon con todas sus armas hacia el Palacio Marinski, sede del gobierno, donde pidieron a gritos la dimisión de Miliukov.[58]

Debido a una indisposición de Guchkov, en ese momento el gabinete no estaba reunido en el Palacio Marinski, sino en la oficina de aquel en el Ministerio de la Guerra. Allí se presentó entonces el general Kornílov, quien, como

comandante del Distrito Militar de Petrogrado, era responsable de la seguridad de la capital. Solicitó permiso para que las tropas dispersaran a los amotinados. Según Kérenski, el gabinete rechazó por unanimidad esta solicitud: «Todos confiamos en la prudencia de nuestro rumbo y tenemos la certeza de que la población no permitiría ningún acto de violencia contra el gobierno».[59] Era la primera vez —pero no sería la última— en que el Gobierno Provisional, enfrentado a un desafío abierto a su autoridad, evitaba el uso de la fuerza, hecho que ni Kornílov ni Lenin pasaron por alto.

Hasta ese momento, los bolcheviques no tenían nada que ver con los disturbios; a decir verdad, estos parecían haberlos tomado por sorpresa. Pero, sin perder tiempo, decidieron aprovecharlos.

Las actividades del alto mando bolchevique durante esos días distan de ser claras, dado que la mayoría de los documentos al respecto siguen inéditos. La versión comunista oficial de los acontecimientos sostiene que el Comité Central del partido no autorizó las manifestaciones antigubernamentales que se desarrollaron en Petrogrado durante la noche del 20 de abril y a lo largo del día siguiente. Al parecer los bolcheviques que se lanzaron a las calles con pancartas que rezaban «Abajo el Gobierno Provisional» y «Todo el poder para los sóviets» lo hicieron por instrucciones de miembros de segunda línea del partido, entre ellos un tal S. Y. Bagdáiev.[40*] Pero es casi impensable que en un partido centralizado como el de los bolcheviques, un dirigente menor, desafiando al Comité Central, hubiera asumido por su cuenta la tarea de autorizar consignas revolucionarias; la acusación es aún más descabellada si se tiene en cuenta la oposición documentada de Bagdáiev a la postura combativa de Lenin hacia el Gobierno Provisional.[60] Este relato engañoso de los

acontecimientos del 20 y 21 de abril de 1917 se urdió a fin de ocultar el hecho de que el primer intento bolchevique de *putsch* terminó en un ignominioso fracaso. Para agravar aún más la confusión, los historiadores comunistas han llegado al extremo de citar resoluciones aprobadas por el partido después de los hechos como una indicación de sus intenciones antes de que estos hubieran tenido lugar, y atribuir directivas escritas por Lenin a «fuentes no identificadas».

La tarde del 20 de abril, mientras las tropas convocadas por Linde se dirigían a la plaza Marinski, el Comité Central bolchevique, reunido en una sesión de emergencia, aprobaba una resolución redactada por Lenin unas horas antes tras leer la nota de Miliukov, y donde se exponía la razón de ser de las manifestaciones auspiciadas por el partido que tendrían lugar poco después. Las primeras ediciones de los escritos de Lenin negaron su autoría; finalmente, la resolución se reconoció como suya en la quinta edición de sus obras, publicada en 1962.[61] Lenin describía el Gobierno Provisional como «profundamente imperialista» y dominado por los capitales nacionales y anglofranceses. Por su naturaleza misma, un régimen de este tipo era incapaz de renunciar a las anexiones. Lenin criticaba el sóviet por apoyar al gobierno y lo convocaba a asumir todo el poder. Por el momento no se trataba de un llamamiento abierto a derribar el gobierno, pero no hacía falta pensar mucho para extraer esta conclusión de las palabras de Lenin. La resolución autorizaba sin lugar a dudas a los manifestantes bolcheviques a llevar pancartas con las consignas «Abajo el Gobierno Provisional» y «Todo el poder para los sóviets», de las que Lenin se desligaría más adelante.

No se sabe qué decisiones tácticas tomó el Comité Central

en esa reunión. La versión publicada de las actas del Comité de Petrogrado, que a menudo participaba en las sesiones de aquel, solo registra aspectos triviales de organización. Omite, además, todas las sesiones posteriores hasta el 3 de mayo.[62] Sin embargo, hay dos cosas que son bastante seguras. Lenin parece haber sido el principal defensor de la acción agresiva y haber tropezado con una fuerte oposición. Esto se sabe por lo sucedido después, cuando sus camaradas, en especial Kámenev, lo hicieron objeto de sus críticas. En segundo lugar, se pretendía que las manifestaciones fueran un *putsch* a gran escala, una reproducción del 26 y 27 de febrero, cuando obreros revoltosos y soldados amotinados derribaron al gobierno zarista.

Ya en la noche del 20 de abril, después de que las tropas participantes en la manifestación de la tarde hubieran regresado a sus barracones, aparecieron en las calles nuevos grupos de soldados y obreros con pancartas antigubernamentales: eran los destacamentos de vanguardia de los amotinados conducidos por los bolcheviques. No mucho después se realizó una contramanifestación con carteles donde se leía «¡Abajo Lenin!». En Nevski, los manifestantes se enfrentaron. Tras la intervención del Ispolkom se logró pacificar a la multitud.

El Comité Central bolchevique volvió a reunirse por la mañana del 21 de abril, con el fin de adoptar directivas para los operativos del día.[63] Una de esas directivas ordenaba el envío de agitadores a fábricas y barracones para informar a obreros y soldados de la manifestación programada para ese día e instarlos a participar.[64] Los agitadores se personaron a mediodía, durante la pausa del almuerzo, en muchas fábricas del distrito de Víborg, cuyos obreros eran los más radicalizados de Petrogrado. Las instancias a los trabajadores

a tomarse la tarde y participar en una protesta antigubernamental recibieron una respuesta decepcionante, muy probablemente debido a la presencia de agentes socialistas revolucionarios y mencheviques del Ispolkom que se encargaron de neutralizarlos. Solo los obreros de tres pequeñas plantas aprobaron las resoluciones bolcheviques; eran apenas un millar,[65] bastante menos del 1 por ciento de la fuerza laboral de la capital. Putílov, Obújov y las otras grandes empresas ignoraron a los bolcheviques. Que estos planeaban una acción armada lo indica el hecho de que el 21 de abril Nikolái I. Podvoiski, jefe de la Organización Militar, indicó a la base naval de Kronstadt que despachara a Petrogrado un destacamento de marineros cualificados.[66] Los marineros de Kronstadt constituían el elemento más duro y propenso a la violencia de la ciudad; muy influidos por los anarquistas, no necesitaban demasiados estímulos para apalear y robar al *burzhui*. Su presencia en la ciudad era una amenaza casi segura de pogromos. El hecho de haberlos invitado desmiente la afirmación de Lenin de que el 21 de abril los bolcheviques pretendían hacer un «reconocimiento pacífico».

A primera hora de la tarde, una columna con pancartas antigubernamentales, precedida por unidades de la «Milicia Fabril» bolchevique armada con pistolas, avanzó por Nevski hacia el centro de la ciudad. Por lamentable que fuera su actuación, en la que no tomaban parte ni soldados ni marineros, constituía el primer desafío armado al gobierno democrático. Al acercarse a la catedral de Kazán, los manifestantes toparon con una marcha que vitoreaba «¡Larga vida al Gobierno Provisional!». Se desató una refriega y hubo algunos disparos al azar, con un balance de tres muertos. Era el primer caso de violencia callejera en Petrogrado desde febrero.

Mientras sus seguidores estaban en las calles, Lenin consideró prudente quedarse en casa.[67]

Kornílov, una vez más tratando de restablecer el orden, dio instrucciones para el emplazamiento de tropas y unidades de artillería. Esta vez chocó con la resistencia del Ispolkom, desde donde insistieron en que podían calmar a la multitud por medio de la persuasión, y llamaron por teléfono al Estado Mayor militar para cancelar sus instrucciones. Kornílov se reunió entonces con representantes de este órgano, que asumieron la responsabilidad de poner fin a los desórdenes, por lo cual aquel revocó las directivas antes dadas y ordenó a las tropas permanecer en los barracones. Para asegurarse de que ni el gobierno ni los bolcheviques recurrieran a las armas, el Ispolkom emitió una proclama dirigida a la guarnición de Petrogrado.

> ¡Camaradas soldados! Durante estos días de confusión no salgáis con armas a menos que os convoque el Comité Ejecutivo [Ispolkom]. Solo el Comité Ejecutivo tiene derecho a disponer de vosotros. Toda orden concerniente a la presencia de unidades militares en la calle (excepto cuando se trate de la actividad de rutina) debe ser emitida a través del formulario del Comité Ejecutivo, llevar su sello y las firmas de al menos dos de las siguientes personas: Chjeidze, Skóbelev, Binasik, Sokólov, Goldman, Filippovski, Bogdánov. Todas las órdenes deben confirmarse llamando por teléfono al 104-06.[68]

Esta orden pasaba por encima de la autoridad del comandante militar de Petrogrado. Incapaz de cumplir con sus obligaciones, Kornílov pidió que lo relevaran y lo destinaran al frente. A comienzos de mayo asumió el mando del Octavo Ejército.

El mismo 21 de abril, más tarde, el Ispolkom decidió por votación prohibir todas las manifestaciones durante las siguientes cuarenta y ocho horas, y denunció como «traidor a la revolución» a cualquiera que llevara hombres armados a las calles.[69] En Moscú hubo ese mismo día manifestaciones

bolcheviques análogas con idénticas consignas.

En Petrogrado, los desórdenes remitieron hacia la noche del 21 de abril por falta de respaldo masivo. Los manifestantes leales al gobierno demostraron ser al menos tan militantes como quienes seguían a los bolcheviques, y considerablemente más numerosos que ellos. En Moscú, los disturbios bolcheviques se prolongaron un día más y terminaron cuando una multitud enfurecida rodeó a los alborotadores y les arrancó de las manos las pancartas antigubernamentales.

Tan pronto como resultó evidente que el *putsch* había fracasado, los bolcheviques negaron toda responsabilidad. El 22 de abril, el Comité Central aprobó una resolución que admitía que masas «pequeñoburguesas», tras algunas vacilaciones iniciales, habían salido en defensa de las fuerzas «procapitalistas», y condenaba como precipitadas las consignas antigubernamentales. Según era definida, la tarea del partido consistía en mostrar a los trabajadores cuál era la verdadera naturaleza del gobierno. No iba a haber más manifestaciones y debían obedecerse las instrucciones del sóviet. La resolución, muy probablemente presentada por Kámenev, representó una derrota para Lenin, a quien aquel acusó de «temeridad política». Lenin se defendió débilmente atribuyendo el carácter antigubernamental de la manifestación a exaltados del Comité de Petrogrado.

Pero mientras se defendía reveló, sin darse cuenta, lo que tenía en mente: «Este fue un intento de recurrir a medios violentos. No sabíamos si en ese angustioso momento las masas se habían puesto claramente de nuestro lado. […] Solo queríamos evaluar la fuerza del enemigo por medios pacíficos, no provocar enfrentamientos».[70] Lenin no explicaba cómo podía conciliar su declaración de que los

disturbios de abril eran «un intento de recurrir a medios violentos» con la afirmación de que estaban destinados a ser una «evaluación pacífica».[41*]

Por el momento, las masas seguían al Ispolkom y, a través de este, al gobierno. En este contexto puede entenderse por qué los intelectuales socialistas se oponían al uso de la fuerza. Pero las masas son volubles, y la principal lección de abril no fue lo débil que era el Partido Bolchevique, sino lo poco preparados que estaban el gobierno y los líderes del sóviet para enfrentarse a la fuerza con la fuerza. Al analizar las lecciones de abril algunos meses después, Lenin concluyó que los bolcheviques habían sido «insuficientemente revolucionarios» en sus tácticas, con lo cual solo podía querer decir que se habían equivocado al no haber intentado hacerse con el poder.[71] Aun así, esta escaramuza inicial lo alentó mucho. Según Sujánov, en abril sus esperanzas «echaron alas».[72]

Los motines de abril provocaron la primera crisis seria en el gobierno. Apenas dos meses después del derrumbe del zarismo, la *intelligentsia* veía al país desintegrarse ante sus propios ojos, y ahora ya no había ni zar ni burocracia a quienes culpar. El 26 de abril, el gobierno emitió un emotivo llamamiento a la nación donde se reconocía incapaz de administrarla, por lo que deseaba incorporar a «representantes de las fuerzas creativas del país que hasta entonces no habían tenido un papel directo e inmediato» en la administración, es decir, la *intelligentsia* socialista.[73] El Ispolkom, todavía temeroso de parecer comprometido a ojos de las «masas», rechazó el 28 de abril el sondeo gubernamental.[74]

El hecho que llevó al Ispolkom a modificar su actitud fue la dimisión de Guchkov, el 30 de abril, al cargo de ministro de la

Guerra. Este, según explica en sus memorias, había llegado por entonces a la conclusión de que Rusia era ingobernable; la única salvación consistía en invitar a las fuerzas «sanas» a integrar el gobierno, según la denominación del general Kornílov y los dirigentes de la comunidad empresarial.[75] Como esto no era posible dada la actitud de los intelectuales socialistas, Guchkov decidió dimitir. Según Tsereteli, su dimisión, acompañada por la solicitud de Miliukov de que lo relevaran de sus responsabilidades, era el síntoma de una crisis de tan grandes dimensiones que ya no podía ser tratada con medidas paliativas.[76] La «burguesía» estaba abandonando el gobierno. El 1 de mayo, el Ispolkom retomó su posición anterior y, sin consultar al plenario del sóviet, decidió por 44 votos a 19, con dos abstenciones, permitir a sus miembros aceptar puestos en el gabinete.[77] Los votos negativos correspondían a los bolcheviques y los mencheviques internacionalistas (seguidores de Mártov), que querían que el sóviet asumiera todo el poder. Tsereteli propuso una explicación del razonamiento de la mayoría. El gobierno, dijo, había admitido su incapacidad de salvar al país de la inminente catástrofe. En esas condiciones, las fuerzas «democráticas» tenían la obligación de intervenir y contribuir a salvar la revolución. El sóviet no podía tomar el poder en su propio nombre y por su cuenta, como querían Mártov y Lenin, porque de hacerlo arrojaría en brazos de los reaccionarios a los numerosos elementos del país que, aunque no comprometidos con la democracia, estaban dispuestos a cooperar con las fuerzas democráticas. Otro menchevique, V. Voitinski, expresó con claridad lo que Tsereteli insinuaba, al proponer una coalición con la «burguesía» y oponerse indirectamente a la consigna de «Todo el poder para los sóviets» con el argumento de que los campesinos estaban «a la derecha» del sóviet,[78] y era de suponer que se negarían a

reconocer como gobierno un cuerpo en el que no estuvieran representados.

Si bien aceptaba participar en un gobierno de coalición, el Ispolkom planteaba una serie de condiciones: una revisión de los acuerdos entre los Aliados, un esfuerzo para poner fin a la guerra, profundizar la «democratización» de las fuerzas armadas, una política agraria que preparara el escenario para el reparto de las tierras entre los campesinos y la rápida convocatoria a una Asamblea Constituyente. El gobierno, por su parte, requería que el Ispolkom lo reconociera como el titular exclusivo de la autoridad estatal, autorizado para recurrir a la fuerza si la situación lo exigía, así como el único cualificado para dar órdenes a las fuerzas armadas. Representantes de ambos cuerpos dedicaron los primeros días de mayo a negociar las condiciones de la coalición. Durante la noche del 4 al 5 de mayo se llegó a un acuerdo, tras lo cual asumió un nuevo gabinete. El plácido e inofensivo príncipe Lvov permanecía como primer ministro; Guchkov y Miliukov presentaron sendas dimisiones formales. La cartera de Asuntos Exteriores quedó en manos del kadete Mijaíl I. Teréschenko, una extraña elección, puesto que este joven empresario tenía poca experiencia y era un desconocido para el público. Pero se sabía que era masón, por lo que se sospechó que su nombramiento se debía a sus conexiones masónicas. Kérenski se instaló en el Ministerio de la Guerra. Tampoco él tenía antecedentes para desempeñar el cargo, pero se esperaba que su notoriedad en el sóviet y sus aptitudes retóricas inspiraran a las tropas mientras se preparaban para la ofensiva de verano. Seis socialistas ingresaron en la coalición gubernamental, entre ellos Chernov, destinado a la cartera de Agricultura, y Tsereteli, ministro de Correos y Telégrafos. El gabinete duraría dos meses.

De alguna manera, los acuerdos de mayo aliviaron las

anomalías del *dvoyevlastiye*, que había confundido a la población en cuanto a cuál era la fuente última de la autoridad. Eran la muestra no solo de una sensación creciente de desesperación, sino también de la creciente madurez de la *intelligentsia* socialista, y en este sentido representaban un hecho positivo. A primera vista, un gobierno que conjugaba la «burguesía» y la «democracia» prometía ser más eficaz que otro en el que ambos grupos se enfrentaran como antagonistas. Pero el acuerdo también planteaba nuevos problemas. Tan pronto como los líderes socialistas del sóviet pasaron a formar parte del gobierno, abandonaron el papel de la oposición. Cuando ingresaran en el gabinete compartirían automáticamente la culpa por todo lo que saliera mal. Esto permitió a los bolcheviques, que se negaron a participar, mostrarse como única alternativa al *statu quo* y guardianes de la Revolución rusa. Y como era inevitable que bajo la administración totalmente incompetente de los intelectuales liberales y socialistas las cosas fueran de mal en peor, aquellos aparecieron como los únicos salvadores imaginables de Rusia.

El Gobierno Provisional se enfrentaba ahora a la clásica situación comprometida de los revolucionarios moderados que toman las riendas del poder tras la caída de la autoridad. «Poco a poco», escribe Crane Brinton en su estudio comparativo de las revoluciones,

> los moderados van perdiendo el crédito que habían ganado como enemigos del antiguo régimen y cada vez más incurren en el descrédito que muchas gentes esperanzadas asocian de modo inocente a la calidad de herederos del viejo régimen. Obligados a tomar la defensiva, cometen un error tras otro, en parte por su poca costumbre de defenderse.

Incapaces de hacerse a la idea de quedar «rezagados en el proceso revolucionario» y romper con los rivales de la izquierda, no satisfacen a nadie y están dispuestos a ceder el paso a adversarios mejor organizados, más capacitados y más resueltos.[79]

En mayo y junio de 1917, el Partido Bolchevique todavía se situaba en un pobre tercer lugar respecto de los otros partidos socialistas. En el Primer Congreso de Sóviets de Todas las Rusias, a comienzos de junio, solo tuvo 105 delegados en comparación con los 285 socialistas revolucionarios y los 248 mencheviques.[42*] Pero la marea comenzaba a favorecerlos.

Los bolcheviques disfrutaban de muchas ventajas. Además de su posición excluyente como única alternativa al nuevo Gobierno Provisional y su liderazgo resuelto y sediento de poder, había al menos otras dos.

Los mencheviques y los socialistas revolucionarios lanzaban consignas socialistas a borbotones, pero no las llevaban a su conclusión lógica. Esto confundía a sus seguidores y beneficiaba a los bolcheviques. Insistían en que desde febrero de 1917 había en Rusia un régimen «burgués» que ellos controlaban por medio de los sóviets, pero si era así, ¿por qué no deshacerse de la «burguesía» y otorgarles a estos todo el poder? Los socialistas calificaban la guerra de «imperialista», pero si era así, ¿por qué no abandonar las armas y volver a casa? Las consignas «Todo el poder para los sóviets» y «Abajo la guerra», aunque todavía impopulares en la primavera y el verano de 1917, escondían cierta lógica inexorable: eran «sensatas» en el contexto de las ideas que los socialistas instalaban en la cabeza de la población. Como los bolcheviques tenían el valor de sacar de las premisas comunes del socialismo las conclusiones obvias, los socialistas nunca habrían podido hacerles realmente frente; una actitud semejante hubiera sido equivalente a negarse a sí mismos. Una y otra vez, en cada ocasión en la que los seguidores de Lenin desafiaban con descaro los procedimientos democráticos o apostaban al poder, los socialistas trataban de convencerlos de que no lo hicieran, pero al mismo tiempo

impedían que el gobierno reaccionase. Era difícil hacer frente a los bolcheviques si su único pecado era tratar de llegar a la misma meta por medios más audaces; en muchos aspectos, Lenin y sus seguidores eran la «verdadera conciencia de la revolución». Su irresponsabilidad intelectual, combinada con la cobardía moral de la mayoría socialista, generó un entorno psicológico e ideológico en el cual ellos, aunque minoritarios, prosperaban y crecían.

Pero la mayor ventaja con la que contaban los bolcheviques sobre sus rivales era tal vez su total falta de consideración por Rusia. Cada uno a su manera, los conservadores, los liberales y los socialistas procuraban preservar el país como una entidad nacional, en oposición a los intereses sociales y regionales específicos a los que la revolución había dado rienda suelta y que estaban haciéndolo pedazos. Llamaban a los soldados a mantener la disciplina, a los campesinos a esperar la reforma agraria, a los trabajadores a no descuidar la producción, a las minorías étnicas a postergar las demandas de autogobierno. Estas apelaciones eran impopulares porque la ausencia en el país de una fuerte conciencia de Estado y espíritu nacional alentaba las tendencias centrífugas y favorecía la promoción de los intereses particulares en detrimento del conjunto. Los bolcheviques, para quienes Rusia no era más que un trampolín hacia una revolución mundial, no tenían estas inquietudes. Les venía muy bien que fuerzas espontáneas «destrozaran» las instituciones existentes y destruyeran el país. Por esta razón, alentaban al máximo cualquier tendencia destructiva. Y como estas tendencias, una vez desatadas en febrero, eran de un modo u otro difíciles de refrenar, los bolcheviques se situaban en la cresta de una ola cada vez más caudalosa; al identificarse con lo inevitable, parecían tener los acontecimientos bajo su control. Más adelante, ya instalados en el poder, renegarían en un

santiamén de todas sus promesas y reconstruirían el Estado en una forma más centralizada y autocrática que nunca; pero hasta entonces, su indiferencia respecto al destino de Rusia demostró ser para ellos una ventaja inmensa y tal vez decisiva.

La rápida desintegración del país por la falta de un liderazgo firme provocó el debilitamiento de todas las instituciones nacionales, incluidas las manejadas por los socialistas, y este proceso brindó a los bolcheviques una oportunidad de aventajar a la dirigencia menchevique y socialista revolucionaria en el Congreso de Sóviets de Todas las Rusias y en los principales sindicatos. Marc Ferro ha señalado que después de la formación del gobierno de coalición declinó la autoridad del Congreso de Todas las Rusias en Petrogrado, al mismo tiempo que crecía la de los sóviets regionales. Un proceso similar se produjo en el movimiento obrero, donde los sindicatos nacionales perdieron autoridad frente a los «comités fabriles» locales.[80] Tanto los sóviets como estos comités estaban regidos por individuos sin experiencia política, muy vulnerables a la manipulación bolchevique.

Los bolcheviques tenían escasa influencia en los grandes sindicatos nacionales, dominados por los mencheviques. Pero con el deterioro gradual del transporte y las comunicaciones, los grandes sindicatos, con sede en Petrogrado o Moscú, perdieron contacto con sus afiliados, diseminados por todo el país. Los trabajadores tendían ahora a trasladar su lealtad de los sindicatos profesionales a las fábricas. Este proceso ocurrió a pesar del inmenso crecimiento de la sindicalización en 1917. Las organizaciones obreras que registraron un mayor crecimiento de su poder e influencia fueron los comités de fábrica, o *fabzavkomi*. Habían surgido a comienzos de febrero en las fábricas estatales dedicadas a la defensa, tras la

desaparición de sus gerentes designados por el gobierno. Desde allí se extendieron a las empresas privadas. El 10 de marzo, la asociación de industriales de Petrogrado acordó con el Ispolkom el establecimiento de comités de fábrica en todas las plantas de la capital.[81] Un mes después, el Gobierno Provisional les otorgó su reconocimiento oficial y los autorizó a actuar como representantes de los trabajadores.[82]

En un principio, los *fabzavkomi* adoptaron una postura moderada y se concentraron en aumentar la producción y arbitrar los conflictos industriales. Luego se radicalizaron. Descontentos con el agravamiento de la inflación y la escasez de combustible y materias primas que provocaba el cierre de plantas, acusaron a los empresarios de especulación, una contabilidad fraudulenta y el recurso a los cierres patronales. Aquí y allá expulsaban a los propietarios y los gerentes e intentaban gestionar las fábricas por su cuenta. En otros lugares exigían mayor voz en la dirección. Los mencheviques veían con desagrado estas instituciones anarcosindicalistas y procuraban integrar los comités de fábrica a los sindicatos nacionales. Pero la tendencia se movía en sentido contrario, dado que las preocupaciones inmediatas y cotidianas de los trabajadores los unían más a sus compañeros de trabajo bajo el mismo techo que a sus homólogos de otros lugares. Los bolcheviques encontraron en los *fabzavkomi* una herramienta ideal para neutralizar la influencia menchevique en los sindicatos.[83] Aunque desaprobaban la idea sindicalista del «control obrero» y después de tomar el poder liquidarían esta institución, en la primavera de 1917 les interesaba promoverla. Ayudaron a formar más comités de fábrica y les dieron una organización nacional. En la Primera Conferencia de Comités de Fábrica de Petrogrado, que convocaron para el 30 de mayo, los bolcheviques controlarían al menos a dos tercios de los delegados. Su moción para otorgar a los

trabajadores un voto decisivo en la dirección de las fábricas, así como el acceso a los libros de contabilidad de las empresas, se aprobó por abrumadora mayoría.[84] Los *fabzavkomi* fueron la primera institución en caer bajo su control.[43*]

En su concepción de la toma del poder como un acto violento, Lenin necesitaba sus propios destacamentos militares, independientes tanto del gobierno como del sóviet y solo responsables ante su Comité Central. La consigna de «Armar a los trabajadores» fue central en su programa para el golpe de Estado. Durante la Revolución de Febrero, las multitudes habían saqueado arsenales, y decenas de miles de armas habían desaparecido, algunas de ellas escondidas en fábricas. El Sóviet de Petrogrado organizó una «Milicia del Pueblo» en sustitución de la disuelta policía zarista, pero Lenin se negó a que los bolcheviques participaran en ella; quería una fuerza propia.[85] A fin de no ser acusado de ser el autor intelectual de un instrumento de subversión, disimuló su ejército privado, en un principio llamado «Milicia Obrera», bajo la apariencia de una guardia inofensiva para proteger las fábricas contra los saqueadores. El 28 de abril, esta milicia se incorporó a la Guardia Roja (Krasnaya Gvardia) bolchevique, que tenía la misión adicional de «defender la revolución» y «oponerse a las fuerzas reaccionarias». Los bolcheviques ignoraron las objeciones del sóviet a este ejército de su exclusiva propiedad.[86] A la larga, los Guardias Rojos resultaron más bien decepcionantes, porque se convirtieron en una policía civil común y corriente o se fusionaron con la Milicia del Pueblo, y en uno y otro caso fueron incapaces de desplegar el espíritu de militancia clasista que Lenin esperaba de ellos.[87] En octubre, cuando se les necesitó, brillaron por su ausencia.

Al prepararse para el *putsch*, los bolcheviques también se dedicaron a tareas de agitación y propaganda en la guarnición y entre las tropas del frente. Esta misión quedó bajo la responsabilidad de la Organización Militar, que, según una fuente comunista, tenía agentes y células en las tres cuartas partes de las unidades de la guarnición.[88] De ellos obtenía información sobre el estado de ánimo de las tropas que aprovechaba para realizar propaganda contra el gobierno y la guerra. Los bolcheviques ganaron muy pocos simpatizantes entre los uniformados, pero consiguieron avivar el descontento de las tropas y disminuir así la propensión de los soldados a obedecer las instancias del gobierno a actuar en su contra. Según Sujánov, aunque ni siquiera los soldados más insatisfechos de la guarnición apoyaban a los bolcheviques, prevalecían en su estado de ánimo la «neutralidad» y la «indiferencia», lo que los hacía receptivos a las campañas antigubernamentales. En esta categoría se incluía la unidad más grande de la guarnición, el Primer Regimiento de Ametralladoras.[89]

Los bolcheviques influían en las mentes principalmente por medio de la palabra impresa. Hacia junio, *Pravda* tenía una circulación de 85.000 ejemplares. También publicaban diarios provinciales, periódicos dirigidos a grupos específicos (por ejemplo, las trabajadoras y las minorías étnicas) y una multitud de panfletos. Prestaban particular atención a los uniformados. El 15 de abril lanzaron un diario destinado a los soldados, el *Soldatskaya Pravda*, con una tirada de entre 50.000 y 75.000 mil ejemplares. Lo siguieron otro para los marineros, *Golos Pravdi*, y uno más para las tropas del frente, *Okópnaya Pravda*, impresos en Kronstadt y Riga, respectivamente. En la primavera de 1917 repartieron entre las tropas alrededor de 100.000 ejemplares al día, que, habida cuenta de que Rusia tenía un ejército de 12 millones de

hombres, representaban un diario bolchevique por compañía. A comienzos de julio, las tiradas combinadas de sus órganos de prensa llegaron a los 320.000 mil ejemplares. Además, *Soldatskaya Pravda* publicó 350.000 panfletos y pliegos sueltos.[90] Era un notable logro, si se considera que en febrero de 1917 los bolcheviques no tenían prensa.

Estas publicaciones difundían el mensaje de Lenin, pero bajo un disfraz. El método utilizado era la «propaganda», que no decía a los lectores qué hacer (de eso se encargaba la «agitación»), sino que plantaba en su mente ideas sobre cuya base ellos mismos podían extraer las conclusiones políticas deseadas. En los llamamientos a las tropas, por ejemplo, las publicaciones bolcheviques no incitaban a la deserción, dado que de hacerlo podrían haber sido objeto de una acusación judicial. En el primer número de *Soldatskaya Pravda*, Zinóviev decía que el objetivo del diario era forjar un lazo indestructible entre los trabajadores y los soldados, a fin de que las tropas pudieran llegar a entender cuáles eran sus «verdaderos» intereses y no dejar que las utilizaran en «pogromos» contra los obreros. Respecto de la cuestión de la guerra, se mostraba igualmente circunspecto: «*No* estamos hoy a favor de *abandonar las armas*. No es ese el modo de terminar la guerra. La principal tarea es hoy entender y explicar a todos los soldados cuál fue el objetivo de esta guerra, *quién* la empezó, quién la necesita».[91] El «quién» era, desde luego, la «burguesía» contra la cual los soldados debían apuntar sus armas.

Estas actividades organizativas y editoriales exigían mucho dinero. Y gran parte de este, si no casi todo, procedía de Alemania.

Las actividades subversivas alemanas en Rusia durante la primavera y el verano de 1917 han dejado pocos rastros en los

documentos.[44*] Mediante el uso de intermediarios fiables, personas de confianza de Berlín entregaban dinero en efectivo a agentes bolcheviques a través de la neutral Suecia, sin que se intercambiaran pedidos ni recibos por escrito. Aunque la apertura de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán tras la Segunda Guerra Mundial hizo posible establecer con certeza la existencia de subsidios alemanes a los bolcheviques y a cuánto ascendían aproximadamente tales sumas, el uso preciso que se dio a ese dinero sigue siendo un enigma. Según el ministro de Asuntos Exteriores Richard von Kühlmann, el principal arquitecto de la política probolchevique en 1917-1918, los bolcheviques usaron los subsidios alemanes sobre todo con fines de organización y propaganda del partido. El 3 de diciembre de 1917 (NE), en un informe confidencial, Kühlmann sintetizaba así la contribución de Alemania a la causa bolchevique:

> La desorganización de la Entente y la posterior creación de combinaciones políticas de nuestro agrado constituyen el objetivo de guerra más importante de nuestra diplomacia. Rusia parecía ser el eslabón más débil de la cadena enemiga. La tarea, en consecuencia, era debilitarlo gradualmente y, cuando fuera posible, sacarlo. Esa fue la finalidad de la actividad subversiva que promovimos en Rusia tras las líneas del frente, en primer lugar el impulso de tendencias separatistas y el apoyo a los bolcheviques. Solo después de que hubieran recibido de nosotros un flujo constante de fondos a través de diversos canales y bajo distintos títulos pudieron los bolcheviques poner en pie su principal órgano, *Pravda*, para realizar una propaganda enérgica y ampliar considerablemente la base en un origen reducida de su partido.[92]

Eduard Bernstein, que tenía buenas conexiones en el gobierno alemán, calculó que el importe total asignado por los alemanes a los bolcheviques en 1917-1918 —para ayudarlos primero a tomar el poder y luego a mantenerlo— ascendía a «más de 50 millones de marcos alemanes en oro» (entre 6 y 10 millones de dólares, que en la época alcanzaban para comprar nueve toneladas de oro o más).[93][45*]

Algunos de esos fondos se canalizaron a través de agentes bolcheviques en Estocolmo, el principal de los cuales era Jacob Fürstenberg-Ganetski. La responsabilidad de mantener el contacto con ellos recayó en el experto en asuntos rusos de la embajada alemana en la capital sueca, Kurt Riezler. Según el servicio de contrainteligencia del Gobierno Provisional, dirigido por el coronel Borís Nikitin, los alemanes depositaban el dinero para Lenin en el Diskontogesellschaft de Berlín, que lo transfería al Banco Nye de Estocolmo. Ganetski hacía reintegros de esa entidad, en apariencia con una finalidad comercial, pero en realidad los depositaba en el Banco Siberiano de Petrogrado en la cuenta de una parienta suya, una tal Eugenia Sumenson, dama de los bajos fondos de la capital. Ella y uno de los lugartenientes de Lenin, el polaco Mechislav Y. Kozlovski, regentaban en Petrogrado un negocio farmacéutico falso como tapadera para las transacciones financieras con Ganetski. De ese modo, la transferencia de fondos alemanes a Lenin podía pasar por ser un asunto legal.[94] Tras su detención en julio de 1917, Sumenson confesó haber entregado el dinero que retiraba del Banco Siberiano a Kozlovski, miembro del Comité Central bolchevique.[95] Y admitió que con ese fin había retirado 750.000 rublos de su cuenta bancaria.[96] Ella y Kozlovski mantenían con Estocolmo una correspondencia comercial cifrada, interceptada en parte por el gobierno con la ayuda de la inteligencia francesa. El siguiente telegrama es un ejemplo: «Estocolmo de Petrogrado Fürstenberg Gran Hotel Estocolmo. Nestles no envía harina. Solicitar. Sumenson. Nadezhdinskaya 36».[97]

Los alemanes también se valían de otros medios para subsidiar a los bolcheviques; uno de ellos consistía en introducir en Rusia billetes falsos de diez rublos. Parte de ese dinero falso se encontró en manos de soldados y marineros

probolcheviques arrestados como consecuencia del *putsch* de julio.[98]

En dichas transacciones, Lenin se mantenía en un segundo plano y dejaba en manos de sus lugartenientes los tratos económicos con los alemanes. Aun así, en una carta a Ganetski y Radek del 12 de abril, se quejaba de que no recibía dinero. El 21 del mismo mes, le reconocía a Ganetski que Kozlovski le había dado 2.000 rublos.[99] Según Nikitin, en su correspondencia directa con Parvus, Lenin lo importunaba en demanda de «más materiales».[46*] Tres de esas comunicaciones se interceptaron en la frontera finlandesa.[100]

Kérenski afrontó sus responsabilidades como ministro de la Guerra con admirable energía, porque estaba convencido de que la supervivencia de la democracia en Rusia dependía de un ejército fuerte y disciplinado, y la baja moral de este se levantaría con una ofensiva exitosa. Los generales creían que el ejército se desintegraría si seguía inactivo más tiempo.[101] Kérenski tenía la esperanza de que se repitiese el milagro del ejército francés en 1792, que detuvo y luego hizo retroceder al invasor prusiano y unió a la nación a favor del gobierno revolucionario. Se programó una gran ofensiva para el 12 de junio, en cumplimiento de las obligaciones contraídas con los Aliados antes de la Revolución de Febrero. En un principio, había sido concebida como una operación meramente militar, pero ahora asumía, además, una dimensión política. Se contaba con que una ofensiva exitosa realzara el prestigio del gobierno y volviera a infundir sentimientos patrióticos en la población, con lo cual sería más fácil hacer frente a los rivales de la derecha y la izquierda. Teréschenko dijo a los franceses que si la ofensiva tenía buenos resultados se tomarían medidas para erradicar a los elementos alborotadores de la guarnición de Petrogrado.[102]

Como preparación para la ofensiva, Kérenski llevó a cabo reformas en el ejército. Alexéiev, probablemente el mejor estratega ruso, le dejó la impresión de ser un derrotista, razón por la cual lo sustituyó por Brusílov, el héroe de la campaña de 1916.[47*] Endureció, además, la disciplina militar, dando a los oficiales amplia discrecionalidad para combatir la insubordinación de las tropas. A la manera de los *commissaires aux armées* establecidos por el ejército francés en 1792, envió comisarios al frente para subir la moral de los soldados y actuar como mediadores entre ellos y los oficiales; se trataba de una innovación a la que los bolcheviques darían amplio uso en el Ejército Rojo. Kérenski pasó la mayor parte de mayo y junio en el frente, pronunciando discursos patrióticos conmovedores. Sus apariciones tenían un efecto galvanizador:

> «Avance triunfal» parece ser una expresión débil para describir la gira de Kérenski por el frente. En la violencia de la agitación que la acompañaba, se asemejaba al paso de un ciclón. Las multitudes esperaban horas para poder al menos entreverlo. En todas partes se esparcían flores sobre el suelo que pisaba. Los soldados corrían kilómetros detrás de su automóvil, tratando de estrecharle la mano o besar el dobladillo de su guerrera. En sus mítines en los grandes salones de Moscú el público se conmovía hasta caer en paroxismos de entusiasmo y adoración. Las plataformas desde las que hablaba se cubrían literalmente de relojes, anillos, brazaletes, medallas militares y billetes, sacrificados por sus admiradores a la causa común.[103]

Un testigo presencial que lo comparaba con «un volcán que arrojara lenguas de fuego devorador» escribió que para Kérenski

> son intolerables todos los obstáculos que se interponen entre él y la audiencia. […] Quiere estar íntegro frente a ti, de la cabeza a los pies, de modo que entre ambos solo haya aire, completamente impregnado por vuestras radiaciones mutuas de corrientes invisibles pero poderosas. Por eso no quiere saber nada de estrados, púlpitos o mesas. Desciende del estrado, trepa a la mesa, y cuando te tiende las manos —nervioso, flexible, exaltado, estremecido por el entusiasmo de la plegaria que lo embarga— sientes que te toca, te coge con ellas y te arrastra irresistiblemente hacia él.[104]

Sin embargo, el impacto de estos discursos se evaporaba

tan pronto como Kérenski abandonaba la escena; los oficiales profesionales lo bautizaron «persuasor en jefe». Como él mismo recordaría más adelante, comprobó que en vísperas de la ofensiva de junio el estado de ánimo de las tropas era ambivalente. Por el momento, la propaganda alemana y bolchevique tenía poca influencia; su efecto se limitaba a las unidades de la guarnición y las llamadas «terceras divisiones», que eran unidades de reserva formadas por nuevos reclutas. Pero Kérenski tropezaba con una extendida sensación de que, debido a la revolución, ya no tenía sentido seguir combatiendo. «Al cabo de tres años de amargo sufrimiento —escribe—, millones de soldados hastiados de la guerra se preguntaban: "¿Por qué debo morir, cuando en casa apenas comienza a surgir una vida más libre?"».[105] El sóviet, la institución en la que más confiaban, no les daba ninguna respuesta, porque su mayoría socialista había adoptado una postura característicamente ambivalente:

> Si se revisa cualquier resolución típica aprobada por la mayoría menchevique y socialista revolucionaria [del sóviet], se encuentra una caracterización totalmente negativa de la guerra como imperialista, una demanda de que se detenga lo más rápido posible y una o dos frases discretas, agregadas por petición urgente de Kérenski, en las que se sugiere, con dudosa lógica y sin ningún tipo de apelación emocional, que, a la espera de la paz general, sería conveniente que los soldados rusos siguieran combatiendo.[106]

Los bolcheviques, conscientes como el gobierno de la desafección y desmoralización de las unidades de la guarnición, decidieron a comienzos de junio aprovechar este estado de ánimo. El primer día del mes, la Organización Militar votó la realización de una manifestación armada. Como esta unidad cumplía órdenes del Comité Central, puede darse por hecho que la decisión se adoptó con la aprobación de este último, y probablemente debido a su iniciativa. El 6 de junio, el Comité Central discutió la

posibilidad de llevar a la calle a 40.000 soldados y Guardias Rojos armados que marcharan con pancartas de condena a Kérenski y la coalición gubernamental para luego, en el momento apropiado, «se lanzaran a la ofensiva».[107] Sabemos qué significaba esto por Sujánov, a quien Nevski, el presidente de la Organización Militar, puso al corriente de los planes bolcheviques: [img 51]

> El blanco de la «manifestación», fijada para el 10 de junio, iba a ser el Palacio Marinski, sede del Gobierno Provisional. Ese sería el punto de destino de los destacamentos obreros y los regimientos leales a los bolcheviques. Se designarían unos agentes que obligarían a los miembros del gabinete a salir del palacio y responder algunas preguntas. Mientras los ministros hablaran, grupos especialmente seleccionados expresarían la «insatisfacción popular» y enardecerían a las masas. Una vez llegada la temperatura al nivel adecuado, se arrestaría en el lugar mismo a los miembros del Gobierno Provisional. Se esperaba, por supuesto, que la capital reaccionara de inmediato. Y según cuál fuera la naturaleza de esa reacción, el Comité Central bolchevique, bajo uno u otro nombre, iba a proclamarse gobierno. Si en el transcurso de la «manifestación» el clima para todos esos objetivos se demostraba lo bastante favorable, y era débil la resistencia exhibida por Lvov y Tsereteli, la fuerza de los regimientos y las armas bolcheviques la sofocaría.[48*]

Una de las consignas de los manifestantes iba a ser «Todo el poder para los sóviets», pero teniendo en cuenta que el sóviet se negaba a proclamarse gobierno y, de hecho, prohibía las manifestaciones armadas, dicha consigna, según la razonable conclusión de Sujánov, solo podría haber significado que el poder pasaba a manos del Comité Central bolchevique.[108] Como la manifestación estaba programada para coincidir con el Primer Congreso de Sóviets de Todas las Rusias (cuya inauguración estaba prevista para el 3 de junio), es probable que los bolcheviques planearan presentar a este un hecho consumado o bien obligarlo, contra su voluntad, a tomar el poder o reclamarlo en nombre propio. En realidad, Lenin no ocultaba sus intenciones. Cuando Tsereteli declaró en el Congreso que en Rusia no había ningún partido

dispuesto a asumir el poder, Lenin gritó desde su banca: «¡Sí, lo hay!». El episodio se convertiría en leyenda en la hagiografía comunista.

El 6 de junio, cuatro días antes de la prevista manifestación bolchevique, el alto mando del partido se reunió para los preparativos finales. Lo sucedido en esta conferencia solo nos es conocido a través de actas fragmentarias, donde las entradas más importantes, las observaciones de Lenin, han sido objeto de abundantes cortes.[109] La idea de un *putsch* tropezó con firme resistencia. Kámenev, que en abril había criticado la «temeridad política» de Lenin, volvió a asumir el papel protagonista. La operación, dijo, sería un fracaso seguro; lo más conveniente era dejar en manos del Congreso la cuestión de la asunción del poder por parte de los sóviets. Víctor P. Noguín, miembro moscovita del Comité Central, fue aún más franco: «Lenin propone una revolución —dijo—. ¿Podemos hacerla? Somos una minoría en el país. Una ofensiva no puede prepararse en dos días». Zinóviev también se unió a la oposición, con el argumento de que la acción proyectada ponía en gran riesgo al partido. Stalin, Elena D. Stasova —secretaria del Comité Central— y Nevski apoyaron enérgicamente la propuesta leninista. Los argumentos de Lenin no se conocen, pero a juzgar por las observaciones de Noguín es obvio lo que quería.

El Sóviet de Petrogrado y el Congreso de los Sóviets, en cuyo nombre iba a realizarse la manifestación, desconocían por completo la cuestión.

El 9 de junio, agitadores bolcheviques se presentaron en los barracones y las fábricas e informaron a los soldados y obreros de la manifestación prevista para el día siguiente. El órgano de la Organización Militar, *Soldatskaya Pravda*, proporcionó instrucciones detalladas a los manifestantes. Su

editorial terminaba con estas palabras: «¡Guerra hasta la victoria contra los capitalistas!».[110]

El congreso, que estaba reunido en esos momentos, quedó tan hechizado por esta retórica que se enteró casi demasiado tarde de los preparativos de los bolcheviques. Tuvo la primera noticia sobre lo que estos urdían en la tarde del 9 de junio, al ver sus carteles. Todos los partidos presentes —con excepción, desde luego, de los bolcheviques— aprobaron de inmediato la orden de suspender la manifestación y enviaron agitadores a los barrios obreros y los barracones a difundir el mensaje. Los bolcheviques se reunieron más tarde para ocuparse de los nuevos acontecimientos. Tras unas discusiones de las que no existen registros publicados, decidieron acatar la voluntad del congreso y cancelar su manifestación. Acordaron, además, participar en una marcha pacífica (esto es, sin armas) programada por el sóviet para el 18 de junio. Al parecer, el alto mando bolchevique consideró inoportuno, por el momento, desafiar frontalmente al sóviet.

Se había impedido un golpe bolchevique, pero el sóviet obtuvo una victoria de dudoso valor, porque careció del coraje moral necesario para sacar del incidente las conclusiones pertinentes. El 11 de junio, alrededor de 100 intelectuales socialistas en representación de todos los partidos del sóviet, bolcheviques incluidos, se reunieron para discutir los sucesos de los dos días previos. El portavoz de los mencheviques, Theodore Dan, criticó a los bolcheviques y propuso que no se permitiera a ningún partido hacer manifestaciones sin la aprobación del sóviet, y que solo hubiera unidades armadas en manifestaciones auspiciadas por el sóviet. El castigo por infringir las reglas sería la expulsión. Lenin prefirió ausentarse y la defensa de la postura bolchevique quedó a cargo de Trotski, que había llegado poco

tiempo atrás a Rusia y, si bien no era todavía un miembro formal del partido, estaba muy cerca de él. En medio de la discusión, Tsereteli pidió a los presentes que se opusieran a la moción de Dan, a su juicio demasiado moderada. Pálido, con un temblor en la voz a causa de la emoción, gritó:

> Lo que ha ocurrido […] no ha sido otra cosa que una *conspiración*, *una conspiración para derrocar al gobierno* y hacer que los bolcheviques *tomaran el poder*: un poder que ellos saben que jamás conseguirán de ninguna otra manera. Tan pronto la descubrimos, la conspiración quedó reducida a nada. Pero mañana puede volver a ocurrir. Se dice que la contrarrevolución ha levantado la cabeza. No es cierto. La contrarrevolución no ha levantado la cabeza, la ha bajado. La contrarrevolución solo puede entrar por una puerta: los bolcheviques. Lo que hoy hacen los bolcheviques no es propaganda de ideas, sino conspiración. El arma de la crítica es reemplazada por la crítica de las armas. Que los bolcheviques nos perdonen, pero ahora adoptaremos métodos diferentes de lucha. Los revolucionarios *indignos* de portar armas deben ser privados de ellas. Es preciso desarmar a los bolcheviques. No deben dejarse en sus manos los medios técnicos excesivos que hasta hoy han tenido a su disposición. No debemos permitirles ni ametralladoras ni armas. No toleraremos conspiraciones.[49*]

Tsereteli recibió algún apoyo, pero la mayoría estaba en su contra. ¿Qué prueba tenía de una conspiración bolchevique? ¿Por qué desarmar a los bolcheviques que representaban un genuino movimiento de masas? ¿Quería realmente dejar sin defensa al «proletariado»?[111] Mártov lo denunció con particular vehemencia. Al día siguiente, los socialistas votaron a favor de la moción más moderada de Dan, lo cual significaba una negativa a desarmar a los bolcheviques y desmantelar su aparato subversivo. Fue un momento de flaqueza decisivo. Lenin había planteado un desafío directo al sóviet y el sóviet desviaba la mirada. La mayoría prefería simular que los bolcheviques eran un auténtico partido socialista que utilizaba tácticas cuestionables y no, como aducía Tsereteli, un partido contrarrevolucionario deseoso de tomar el poder. Los socialistas perdieron de este modo la oportunidad de deslegitimar a los bolcheviques y privarlos de

una poderosa arma política, la afirmación de que actuaban en nombre y en el interés de los sóviets contra presuntos enemigos.

Los bolcheviques no pasaron por alto esta muestra de cobardía. Un día después de la derrota de la moción de Tsereteli, *Pravda* informó al sóviet de que no tenían intenciones, ni en ese momento ni en el futuro, de someterse a sus órdenes:

> Consideramos imperativo declarar que, al incorporarnos al sóviet y luchar para que asuma todo el poder, no renunciamos ni por un instante en beneficio de ese órgano, que es en principio hostil a nosotros, al derecho de aprovechar, por separado y de manera independiente, todas las libertades para movilizar a las masas trabajadoras bajo la enseña de nuestro partido proletario. También nos negamos categóricamente de ahora en adelante a someternos a esas restricciones antidemocráticas. Aun cuando la autoridad estatal quedara por entero en manos del sóviet —cosa que propiciamos— y este tratara de poner grilletes a nuestro trabajo de agitación, no nos someteríamos pasivamente; antes bien, nos arriesgaríamos a la cárcel y otros castigos en nombre de la idea del socialismo internacional.[112]

Era una declaración de guerra al sóviet, una afirmación del derecho a actuar contra él en caso de que tomara las riendas del gobierno.

El 16 de junio, el ejército ruso, generosamente provisto de cañones y proyectiles por los Aliados, desató una cortina de fuego de artillería de dos días, tras la cual se lanzó a la carga. El grueso del ataque se abatió sobre el frente sur y su blanco era Lwów, la capital de Galitzia. El Octavo Ejército, comandado por Kornílov, exhibió un distinguido comportamiento. En los frentes central y norte se lanzaron operaciones ofensivas secundarias. Como el gobierno había esperado, la ofensiva inspiró manifestaciones patrióticas. En ese clima, los bolcheviques no se atrevieron a oponerse a la campaña; en junio, en el Congreso de los Sóviets, ni Lenin ni Trotski se opusieron a las mociones en su apoyo.[113]

La operación rusa contra los austríacos hizo buenos

progresos durante dos días y luego se detuvo cuando las tropas, sintiendo que ya habían cumplido con su deber, se negaron a obedecer las órdenes de atacar y no tardaron en emprender una huida precipitada. El 6 de julio, los alemanes, que acudían una vez más en ayuda de sus apremiados aliados austríacos, contraatacaron. Al ver los uniformes alemanes, los rusos pusieron pies en polvorosa en medio del pánico y los saqueos. La ofensiva de junio fue el último suspiro del viejo ejército ruso. [img 52]

Como dicho ejército ya no se embarcó en operaciones de importancia después de julio de 1917, tal vez sea este el lugar apropiado para hacer una estimación de las pérdidas humanas sufridas por Rusia en la Primera Guerra Mundial. Es difícil determinarlas con exactitud debido a la mala calidad de las estadísticas bélicas rusas. Según las fuentes convencionales, Rusia fue la potencia beligerante con mayor cantidad de bajas. Cruttwell, por ejemplo, calcula 1,7 millones de muertos y 4,95 millones de heridos, cifras que superarían ligeramente las pérdidas sufridas por Alemania y en mucho las de Gran Bretaña y Francia, que se mantuvieron en la guerra dieciséis meses más que Rusia. Otras estimaciones extranjeras llegan a calcular 2,5 millones de muertos.[114] Se ha demostrado que estas cifras están muy infladas. Fuentes rusas oficiales hablan de 775.400 bajas en el campo de batalla. Cálculos más recientes hechos en Rusia indican pérdidas un poco más elevadas: 900.000 muertes en el campo de batalla y 400.000 por heridas en combate, para un total de 1,3 millones, cifra igual a las bajas sufridas por los franceses y los austríacos pero una tercera parte menos que la de los alemanes.[115]

Los rusos tuvieron con mucho la mayor cantidad de prisioneros de guerra en manos enemigas. Los 3,9 millones mil rusos cautivos en campos alemanes y austríacos triplican

el número total combinado de prisioneros de guerra (de 1,3 millones) de los ejércitos de Gran Bretaña, Francia y Alemania.[116] Solo se le acerca el ejército austrohúngaro, con 2,2 millones de prisioneros. Por cada 100 rusos caídos en combate, 300 se rindieron. En el ejército británico la segunda cifra fue de 20; en el francés, 24, y en el alemán, 26.[117] En otras palabras, los rusos se rindieron entre doce y quince veces más que los soldados occidentales.

El fracaso de la ofensiva de junio fue un desastre personal para Kérenski, que había contado con ella para reunir alrededor del gobierno y su persona un país dividido. Tras haber apostado y perdido, se mostró cada vez más consternado, irascible y extremadamente receloso. Sumido en este estado de ánimo, cometió errores fundamentales que, de un líder adorado, lo convirtieron en un chivo expiatorio, despreciado en igual medida por la izquierda y la derecha.

En el clima de desmoralización y desesperación provocadas por el fracaso de la ofensiva de junio, Lenin y sus lugartenientes se aventuraron a intentar un golpe más.

No hay acontecimiento de la Revolución rusa sobre el que se haya mentido con mayor obstinación que la insurrección de julio de 1917; la razón es que se trató de la peor metedura de pata de Lenin, un error de juicio que estuvo a punto de provocar la destrucción del Partido Bolchevique; algo así como el equivalente de Hitler y su *putsch* de la cervecería en 1923. Para eludir su responsabilidad, los bolcheviques han llegado a extremos poco comunes con tal de tergiversar el *putsch* de julio y presentarlo como una manifestación espontánea que ellos pretendieron encauzar por canales pacíficos.

El hecho que precipitó la acción del 3 al 5 de julio fue la decisión del gobierno de despachar unidades de la guarnición

de Petrogrado al frente en previsión de la contraofensiva enemiga. Primordialmente inspirada por consideraciones militares, esta decisión también pretendía alejar de la capital a las unidades más contaminadas por la propaganda bolchevique. Para los bolcheviques, la medida implicaba un desastre, puesto que amenazaba privarlos de las fuerzas que pretendían utilizar en su próxima puja por el poder.[118] Respondieron entonces con una furiosa campaña de propaganda entre las tropas de la guarnición, atacando al gobierno «burgués», protestando contra la guerra «imperialista» e instando a los soldados a negarse a ir al frente. Ningún país con una tradición democrática habría tolerado semejante incitación al motín en tiempos de guerra.

La principal base de apoyo de los bolcheviques estaba en el Primer Regimiento de Ametralladoras, la unidad más grande de la guarnición, con 11.340 hombres y casi 300 oficiales, entre estos últimos numerosos intelectuales de izquierdas. Muchos de los hombres eran inadaptados expulsados de sus unidades de origen por incompetencia o insubordinación.[119] Acantonados en el distrito de Víborg, cerca de las fábricas radicalizadas, constituían una masa en ebullición. La Organización Militar bolchevique tenía allí una célula de alrededor de treinta hombres, incluidos oficiales subalternos, a quienes capacitaba regularmente en técnicas de agitación. [120] Era frecuente que tanto los bolcheviques como los anarquistas pronunciaran discursos en el regimiento.

El 20 de junio, el regimiento recibió órdenes de despachar al frente 500 ametralladoras con sus correspondientes soldados. Al día siguiente, las tropas se reunieron para aprobar una resolución —a juzgar por su contenido, de origen bolchevique— según la cual solo irían al frente a librar una «guerra revolucionaria», es decir, en defensa de un

gobierno sin «capitalistas» y en el cual el sóviet tuviera todo el poder. Si el Gobierno Provisional, proseguía la resolución, intentaba disolverlo, el regimiento opondría resistencia.[121] Se despacharon emisarios a otras unidades de la guarnición en busca de respaldo.

Los bolcheviques, que tuvieron un gran papel en este motín, temían que una acción precipitada generara una reacción patriótica. Tenían muchos enemigos, dispuestos a saltar sobre ellos ante la menor provocación; según Shliápnikov, «nuestros partidarios no podían aparecer solos en Nevski sin arriesgar la vida».[122] Sus tácticas, en consecuencia, tenían que combinar la audacia con la prudencia. Realizaban un incesante trabajo de agitación entre las tropas y los trabajadores para mantener un alto nivel de tensión, pero se oponían a acciones impulsivas que pudieran escapárseles de las manos y terminar en un pogromo antibolchevique. El 22 de junio, *Soldatskaya Pravda* instó a soldados y obreros a abstenerse de participar en manifestaciones sin instrucciones explícitas del partido: «La Organización Militar no convoca a hacer apariciones públicas. De surgir la necesidad, las convocará de conformidad con los organismos de dirección del partido, el Comité Central y el Comité de Petrogrado».[123]

No se mencionaba al sóviet. Estos llamamientos a la prudencia, posteriormente citados por los historiadores comunistas como evidencia de que el Partido Bolchevique no fue responsable de los disturbios de julio, no prueban nada semejante; se limitan a mostrar que el partido quería tener un control estricto de los acontecimientos.

La primera oleada de descontento en el regimiento se contuvo cuando los bolcheviques lo disuadieron de manifestarse y el sóviet se negó a adherir su resolución.

Resignados, sus integrantes despacharon las 500 ametralladoras al frente.[124]

En ese mismo momento, el gobierno, junto con el sóviet, también sofocaba una incipiente violencia en Kronstadt. La guarnición de esta base naval cercana a Petrogrado estaba bajo una fuerte influencia anarquista, pero su organización política se encontraba en manos de los bolcheviques encabezados por Fiódor F. Raskólnikov y Semion G. Roshal.[125] Los marineros tenían un motivo de queja, que era el desalojo forzoso de anarquistas de la villa del ex ministro Piotr Durnovó, que habían tomado después de la Revolución de Febrero para instalar en ella su cuartel general. El comportamiento de estos anarquistas había sido tan desordenado que el 19 de junio se enviaron tropas para recuperar la villa y arrestar a sus ocupantes ilegales.[126] Incitados por los anarquistas, los marineros amenazaron con marchar el 23 de junio sobre Petrogrado para liberar a los presos. También ellos se moderaron gracias a los esfuerzos conjuntos del sóviet y los bolcheviques.

Pero aun refrenados, los ametralladores fueron sometidos a una lluvia constante de propaganda incendiaria. Los bolcheviques exigían la transferencia de todo el poder al sóviet y tras ello la celebración de nuevas elecciones que dejaran en sus manos el control exclusivo de dicho órgano; solo así, prometían, habría una paz inmediata. También demandaban la «aniquilación» de la «burguesía». Los anarquistas incitaban a las tropas a realizar «pogromos en las calles de Miliukov: Nevski y Liteinyi».[127]

Según Vladímir D. Bonch-Bruevich, la noche del 29 de junio un visitante inesperado se presentó en su dacha de Neivola, cerca de la ciudad finlandesa de Víborg, a corta distancia en tren de Petrogrado. Era Lenin. Tras haber dado

varios rodeos para llegar —«por hábito conspirativo»—, explicó que estaba completamente exhausto y necesitaba descansar.[128] Era un comportamiento muy desusado, nada típico de Lenin. No tenía este la costumbre de tomar vacaciones en medio de importantes acontecimientos políticos, ni siquiera en ocasiones en las que hubiera más motivos para sentirse exhausto, como sucedería en el invierno de 1917-1918. En este caso, la explicación es doblemente sospechosa, porque dos días después iba a comenzar una conferencia de sus organizaciones de Petrogrado y cuesta concebir que Lenin hubiera querido ausentarse. Su comportamiento «conspirativo» también es desconcertante, dado que no tenía necesidad aparente de ocultar sus movimientos. La razón de su repentina desaparición de Petrogrado debe buscarse, por lo tanto, en otro lado; existe la casi certeza de que se había enterado de que el gobierno, tras conseguir pruebas suficientes de sus transacciones económicas con los alemanes, estaba a punto de detenerlo.

El 21 de junio, el capitán Pierre Laurent de la inteligencia francesa entregó a la contrainteligencia rusa catorce comunicaciones interceptadas entre los bolcheviques de Petrogrado y su gente en Estocolmo, indicativas de tratos con el enemigo; pronto desvelaría otras quince.[129] El gobierno afirmó más adelante que había postergado la detención de los bolcheviques porque quería arrestar al principal agente de Lenin en Estocolmo, Ganetski, en su siguiente viaje a Rusia con documentos inculpatorios.[130] Pero en vista del comportamiento de Kérenski después del *putsch* hay motivos para sospechar que la demora gubernamental se debía a su temor de suscitar la hostilidad del sóviet.

A finales de junio, no obstante, las autoridades contaban con pruebas suficientes para proceder y el 1 de julio

ordenaron el arresto, en no más de una semana, de veintiocho dirigentes bolcheviques.[131]

Alguien del gobierno alertó a Lenin. El sospechoso más probable es el mismo fiscal de la Cámara Judicial (Sudebnaya Palata) de Petrogrado, N. S. Karinski, que, según Bonch-Bruevich, el 4 de julio filtraría a los bolcheviques la noticia de que el ministerio estaba por difundir informaciones que incriminaban a Lenin como agente alemán.[132] Es posible que el líder bolchevique también estuviera sobre aviso a raíz de indicios de que el 29 de junio agentes de inteligencia habían comenzado a seguir a Sumenson.[133] Esto es lo único que puede explicar su súbita desaparición de Petrogrado y su huida a Finlandia, donde estaba fuera del alcance de la policía rusa.[50*]

Lenin permaneció escondido en Finlandia desde el 29 de junio hasta las primeras horas de la mañana del 4 de julio, cuando se puso en marcha el *putsch* bolchevique. Su papel en los preparativos de la aventura de julio no puede determinarse. Pero su ausencia física del escenario de la acción no significa necesariamente que no participara en ella. En el otoño de 1917 también se escondería en Finlandia y aun así tendría parte activa en las decisiones que llevaron al golpe de octubre.

La operación de julio comenzó en el Regimiento de Ametralladoras cuando estos se enteraron de que el gobierno quería disolverlo y dispersar a sus hombres en el frente.[51*] El 30 de junio, el sóviet invitó a representantes del regimiento a discutir sus problemas con las autoridades militares. Al día siguiente, «activistas» del mismo regimiento celebraron sus propias reuniones. El estado de ánimo de los hombres, tenso desde hacía algún tiempo, alcanzó un tono febril.

El 2 de julio, los bolcheviques organizaron un mitin

concierto para el regimiento en la Casa del Pueblo (Narodnyi Dom).[134] Todos los oradores externos eran de la misma tendencia, entre ellos Trotski y Lunacharski. Se esperaba también la presencia de Zinóviev y Kámenev, pero no aparecieron, probablemente porque, como Lenin, temían ser arrestados.[135] Frente a una audiencia de más de 5.000 hombres, Trotski amonestó al gobierno por la ofensiva de junio y exigió la transferencia del poder al sóviet. No llegó a decir a las tropas que se negaran a obedecer al gobierno, pero la Organización Militar hizo que la reunión aprobara una resolución en esa línea, donde se acusaba a Kérenski de seguir los pasos de «Nicolás el Sangriento» y se exigía entregar todo el poder a los sóviets.[136]

Las tropas volvieron a los barracones demasiado excitadas para dormir. Hubo discusiones durante toda la noche, en las que se alzaron voces para exigir una acción violenta; una de las consignas propuestas era «Apalear al *burzhui*».[137]

Se avecinaba un pogromo. Los bolcheviques, reunidos en la Kshesinskaya, no sabían con certeza qué actitud tomar: participar o tratar de abortarlo. Algunos sostenían que, como no era posible hacer retroceder a las tropas, había que hacerse cargo del asunto; otros creían que era demasiado pronto para movilizarse.[138] Entonces, como ocurriría también más adelante, los bolcheviques se debatían entre el deseo de llegar al poder en la cúspide de furia popular y el temor de que la violencia espontánea provocara una reacción nacionalista de la que serían las principales víctimas.

Los comités de compañía y del Regimiento de Ametralladoras celebraron otras reuniones el 3 de julio. El clima era el de una asamblea municipal en vísperas de una rebelión campesina. Los principales oradores fueron los anarquistas; el más célebre entre ellos, I. S. Bleijman, «con la

camisa abierta a la altura del pecho y el pelo rizado que ondeaba a uno y otro lado»,[139] exhortó a las tropas a lanzarse a las calles, armas en mano, y organizar un levantamiento. Los anarquistas no decían cuál era el objetivo de la acción: «La calle misma lo mostrará».[140] Los agitadores bolcheviques que los siguieron no mostraron ninguna discrepancia; se limitaron a instar al regimiento a pedir instrucciones a la Organización Militar antes de actuar.

Pero las tropas, resueltas a evitar el servicio en el frente y llevadas al frenesí por los anarquistas, no esperarían; y en una votación unánime decidieron lanzarse a las calles con todas sus armas. Se eligió un Comité Revolucionario Provisional para organizar la manifestación, bajo la presidencia de un bolchevique, el teniente A. Y. Semashko. Esto ocurrió entre las dos y las tres de la tarde.

Semashko y sus colaboradores, varios de los cuales pertenecían a la Organización Militar, despacharon patrullas para averiguar si el gobierno estaba tomando contramedidas y confiscar automóviles. También enviaron emisarios a fábricas y barracones y a Kronstadt.

Los emisarios disfrutaron de una recepción ambivalente. Algunas unidades de la guarnición acordaron participar, sobre todo elementos de los regimientos de infantería 1, 3, 176 y 180.[141] Los demás se negaron. Los regimientos Preobrazhenski, Semiónovski e Izmáilovski de la Guardia se declararon «neutrales».[142] En el propio Regimiento de Ametralladoras, pese a las amenazas de violencia física, muchas compañías votaron permanecer al margen. En definitiva, solo la mitad del regimiento, unos 5.000 hombres, participó en el *putsch*. Muchos trabajadores fabriles también se negaron a involucrarse.

La falta de documentación adecuada hace difícil

determinar la actitud de los bolcheviques frente a estos hechos. Ese mismo mes, en su informe al Sexto Congreso del Partido Bolchevique, Stalin afirmó que a las cuatro de la tarde del 3 de julio el Comité Central se había pronunciado contra una manifestación armada.[143] Trotski confirma estas afirmaciones.[144] No es inconcebible que los líderes bolcheviques, sin Lenin para alentarlos, y temerosos de que un motín bajo sus consignas pero sin su dirección terminara en desastre, se opusieran a él en un principio, pero esta conclusión sería más fidedigna si se permitiera el acceso a los protocolos del Comité Central correspondientes a ese día.

No bien se enteró de la manifestación propuesta, el Ispolkom exhortó a las tropas a desistir de su intento:[145] no quería derrocar al gobierno y asumir el poder que los bolcheviques con tanta insistencia lo empujaban a tomar en sus manos.

Esa tarde se presentaron ante el Comité Ejecutivo del Sóviet de Kronstadt dos diputados anarquistas del Regimiento de Ametralladoras, de aspecto rústico y al parecer analfabetos,[146] para comunicarle que ese cuerpo, junto con otras unidades militares y obreros fabriles, estaba lanzándose a las calles para exigir la transferencia del poder al sóviet. Necesitaban apoyo armado. El presidente del Comité Ejecutivo respondió que los marineros no participarían en ninguna manifestación que el Ispolkom de Petrogrado no hubiera autorizado. En tal caso, dijeron los emisarios, apelarían directamente a los marineros. La noticia comenzó a circular y entre 8.000 y 10.000 marineros se reunieron para escuchar un exaltado discurso sobre la persecución gubernamental contra los anarquistas.[147] Los marineros se dispusieron a embarcarse rumbo a Petrogrado; no estaba muy claro con qué fin, pero la idea de apalear al *burzhui*, con el

añadido de uno que otro saqueo, no debía de estar muy lejos de sus intenciones. Roshal y Raskólnikov se las ingeniaron para refrenarlos mientras llamaban al cuartel general bolchevique para solicitar instrucciones. Una vez recibidas, Raskólnikov dijo a los marineros que el Partido Bolchevique había decidido participar en la manifestación armada, tras lo cual la asamblea votó por unanimidad unirse a ella.[52*]

Delegados de los ametralladores se presentaron también ante los obreros de Putílov, a muchos de los cuales ganaron para su causa.[148]

Alrededor de las siete de la tarde, las unidades del Regimiento de Ametralladoras que habían votado a favor de una manifestación se reunieron en sus barracones. Algunas avanzadillas que se movilizaban en automóviles confiscados con ametralladoras montadas en ellos ya se habían dispersado por los sectores del centro de la capital. A las ocho de la noche, los soldados marcharon hacia el puente Troitski, donde se les unieron tropas amotinadas de otros regimientos. A las diez, los amotinados cruzaron el puente. Nabókov los vio en ese momento: «Tenían el mismo aire apagado, estúpido y brutal que todos recordábamos de los días de febrero».[149] Tras cruzar el río, las tropas se dividieron en dos columnas, una de las cuales se encaminó al Táuride y otra al Marinski, sedes del sóviet y el gobierno, respectivamente. Hubo algunos disparos, sobre todo al aire, y hubo saqueos aislados.

Al parecer, el alto mando bolchevique —Zinóviev, Kámenev y Trotski— decidió involucrar al partido en los disturbios hacia el mediodía del 3 de julio, esto es, mientras las tropas del Regimiento de Ametralladoras aprobaban participar en la manifestación. En esos momentos los tres se encontraban en el Táuride. Su plan era tomar el control de la

sección de obreros del sóviet, proclamar en su nombre la transferencia del poder a este y presentar al Ispolkom, así como a la sección de soldados y el plenario, un hecho consumado. El pretexto iba a ser la presión irresistible de las masas.[150]

Con este fin, los bolcheviques planearon ya más avanzado el día un minigolpe en la sección de obreros, donde, como en la sección de soldados, estaban en minoría. La facción bolchevique solicitó al Ispolkom, con muy escasa anticipación, la convocatoria a una sesión extraordinaria de la sección de obreros para las tres de la tarde. De ese modo, no había tiempo para contactar a todos los miembros socialistas revolucionarios y mencheviques de la sección; los bolcheviques, en cambio, se aseguraron de que sus miembros acudieran en bloque, lo que les permitió contar con una mayoría temporal. Zinóviev abrió la reunión con la petición de que el sóviet asumiera todo el poder gubernamental. Los diputados mencheviques y socialistas revolucionarios presentes se opusieron y solicitaron a los bolcheviques, en cambio, que los ayudaran a poner freno al Regimiento de Ametralladoras. Cuando los bolcheviques se negaron, los otros dos grupos abandonaron la asamblea, dejando a sus rivales en pleno control de esta. Los bolcheviques eligieron entonces un buró de la sección de obreros, que aprobó como correspondía una resolución presentada por Kámenev, y cuya frase inicial rezaba: «En vista de la crisis de autoridad, la Sección de Obreros estima necesario insistir en que el Congreso de Sóviets de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos de Todas las Rusias asuma el poder».[151] No había, desde luego, ningún congreso ni siquiera en los papeles. El mensaje era claro: había que derrocar al Gobierno Provisional.

Hecho esto, los bolcheviques se encaminaron a la residencia Kshesinskaya para participar en una reunión del Comité Central. A las diez de la noche, cuando la reunión estaba a punto de empezar, se acercó una columna de las tropas amotinadas. Según fuentes comunistas, Nevski y Podvoiski se dirigieron a estas desde el balcón para instarlas a regresar a sus barracones, y como respuesta recibieron abucheos.[53*] Los bolcheviques todavía vacilaban. Ansiaban movilizarse, pero les preocupaba la reacción ante un golpe de las tropas del frente, entre las cuales, a pesar de una vigorosa propaganda, solo habían logrado ganar la adhesión de unos pocos regimientos, en particular el de los Fusileros Letones. El grueso de las fuerzas de combate seguía siendo leal al Gobierno Provisional. Y ni siquiera había demasiada certeza respecto al estado de ánimo de la guarnición de Petrogrado.[152] Aun así, la intensidad de los desórdenes y la noticia de que miles de obreros de Putílov, acompañados por sus esposas e hijos, se concentraban frente al Táuride, los llevaron a dejar de lado sus vacilaciones. A las 23.40, momento en el que las tropas amotinadas ya habían vuelto a sus barracones y la ciudad había recuperado la calma, el Comité Central aprobó una resolución en la que impulsaba al derrocamiento por las armas del Gobierno Provisional:

> Tras considerar los acontecimientos que están produciéndose en Petrogrado, la reunión concluye: la presente crisis de autoridad no se resolverá en interés del pueblo si el proletariado revolucionario y la guarnición no declaran de inmediato, de manera firme e inequívoca, que favorecen la transferencia del poder al Sóviet de Diputados Obreros, Soldados y Campesinos.
>
> Con ese fin, se recomienda que los obreros y soldados se lancen de inmediato a las calles para manifestar la expresión de su voluntad.[153]

El objetivo bolchevique era inequívoco, pero su táctica, como siempre, era cautelosa y preveía la posibilidad de una retirada que los salvara del descrédito. Mijaíl Kalinin, un

participante en los acontecimientos, describe de este modo la posición del partido:

> Los trabajadores responsables del partido se hallaban frente a una cuestión delicada: «¿Qué es esto, una manifestación o algo más? ¿Acaso el comienzo de una revolución proletaria, el comienzo de una toma del poder?». Esto les parecía importante en esos momentos, y asediaban en especial [a Lenin]. Él respondía: «Veremos qué pasa; ¡por ahora no se puede decir nada!». […] Se trataba, en efecto, de una revista de las fuerzas revolucionarias, de su número, su calidad y su activismo. […] Esta revista podía transformarse en un encuentro decisivo; todo dependía de la correlación de fuerzas y de una cantidad de sucesos azarosos. Como fuera, con el fin de tener cierta garantía frente a las sorpresas desagradables, la orden del comandante era: «Ya veremos». Con ello no se descartaba en absoluto la posibilidad de lanzar los regimientos a la batalla si la correlación de fuerzas resultaba ser favorable o, en caso contrario, retirarse con la menor cantidad posible de bajas, que fue lo que en efecto sucedió el 4 de julio.[54*]

El Comité Central encargó el manejo de su operación, programada para el día siguiente, 4 de julio, a la Organización Militar, con Podvoiski a la cabeza.[154] Este y sus colaboradores pasaron la noche comunicándose con unidades militares y fábricas probolcheviques, a las que informaban de la acción inminente y daban órdenes de marcha. Kronstadt recibió una llamada del cuartel general bolchevique en la residencia Kshesinskaya, para solicitar tropas.[155] La manifestación armada debía empezar a las diez de la mañana.[156]

El 4 de julio, *Pravda* apareció con un gran espacio en blanco en su primera plana: prueba visible de la eliminación, la noche anterior, de un artículo en que Kámenev y Zinóviev instaban a la moderación.[157] El papel de Lenin en estas decisiones, si lo hubo, no puede determinarse. Los historiadores bolcheviques insisten en que disfrutaba de la paz y la tranquilidad del campo finlandés, ajeno a lo que hacían sus camaradas. Se dice que el 4 de julio, a las seis de la mañana, un mensajero lo puso al corriente de la situación, por lo cual partió de inmediato hacia la capital en compañía de Krúpskaya y Bonch-Bruevich. Esta versión parece poco

convincente, teniendo en cuenta que los seguidores de Lenin nunca emprendían ninguna acción que no contara con su aprobación personal, y mucho menos si implicaba riesgos tan enormes. También se sabe por Sujánov (véase más adelante) que durante la noche anterior a los disturbios Lenin escribió un artículo para *Pravda* sobre el tema; se trata casi con seguridad de «Todo el poder para los sóviets», que el diario publicó el 5 de julio.[158]

El Gobierno Provisional ya sabía el 2 de julio lo que tramaban los bolcheviques. El 3 se comunicó con el cuartel general del Quinto Ejército, en Dvinsk, para solicitar tropas. No llegaría ninguna, en parte al menos porque los socialistas del sóviet, cuya aprobación era esencial, dudaban sobre si autorizar el uso de la fuerza.[159] En las primeras horas del 4 de julio, el general Piotr A. Polovtsev, el nuevo comandante del Distrito Militar de Petrogrado, hizo fijar anuncios en los que se prohibían las manifestaciones armadas y se «sugería» a las tropas de la guarnición que ayudaran a preservar el orden.[160] El Estado Mayor militar evaluó cuáles eran las fuerzas disponibles para reprimir desórdenes callejeros y comprobó que prácticamente no las había: 100 hombres del regimiento Preobrazhenski de la Guardia, una compañía de la Academia Militar Vladímir, 2.000 cosacos y 50 inválidos de guerra. El resto de la guarnición no quería verse envuelto en un conflicto con las tropas amotinadas.[161]

El 4 de julio comenzó en paz; solo el silencio fantasmal de las calles desiertas sugería que algo estaba gestándose. A las once de la mañana, soldados del Regimiento de Ametralladoras, acompañados por Guardias Rojos en automóviles, ocuparon puntos estratégicos de la ciudad. Al mismo tiempo, entre 5.000 y 6.000 marineros de Kronstadt desembarcaban en Petrogrado. Su comandante, Raskólnikov,

expresó más adelante su sorpresa ante el hecho de que el gobierno no hubiera utilizado las baterías costeras para hundir una o dos embarcaciones y lograr así disuadirlos.[162] Los marineros tenían instrucciones de ir del muelle de desembarco, cerca del puente Nikoláievski, directamente al Táuride. Pero mientras se formaban, un emisario bolchevique les dijo que las órdenes habían cambiado y ahora debían ir a la residencia Kshesinskaya. Se ignoraron las protestas de los socialistas revolucionarios presentes y una integrante de ese partido, María Spiridónova, que había acudido para dirigirse a los marineros, se quedó sin público. Precedidos por una banda militar y con pancartas que rezaban «Todo el poder para los sóviets», los marineros, formados en una larga columna, cruzaron la isla Vasílievski y el puente de la Bolsa para llegar al parque Alejandro y desde allí continuaron hasta el cuartel general bolchevique, desde cuyos balcones pronunciaron discursos Yákov Sverdlov, Lunacharski, Podvoiski y Mijaíl Lashevich. Lenin, que había llegado poco antes a la Kshesinskaya, se mostró, de manera inusual, poco dispuesto a hablar. Al principio se negó a dirigirse a los marineros con el argumento de que no se encontraba bien, pero finalmente cedió e hizo algunas breves observaciones. Tras saludar a los manifestantes, les dijo que «se alegraba de ver lo que sucedía, y porque la consigna teórica lanzada dos meses antes para reclamar la transferencia de todo el poder para el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados se convertía hoy en una realidad».[163] Ni siquiera estas cautelosas palabras hacían dudar a nadie de que los bolcheviques estaban embarcados en un golpe de Estado. Sería la última aparición pública de Lenin hasta el 26 de octubre.

Los marineros se desplazaron hacia el Táuride. Sabemos por Sujánov, informado a su vez por Lunacharski, lo que sucedía dentro del cuartel general bolchevique:

> [D]urante la noche del 3 al 4 de julio, mientras enviaba a *Pravda* una declaración que instaba a hacer una «manifestación pacífica», Lenin tenía en mente un plan concreto para dar un golpe de Estado. El poder político —en realidad asumido por el Comité Central bolchevique— iba a encarnarse formalmente en un gabinete «soviético» compuesto de bolcheviques destacados y populares. Tres de los ministros ya contaban con su designación: Lenin, Trotski y Lunacharski. Este gobierno iba a emitir de inmediato decretos sobre la paz y la tierra, para ganarse así las simpatías de millones de personas en la capital y las provincias y consolidar su autoridad. Lenin, Trotski y Lunacharski llegaron a ese acuerdo después de que [los marineros de] Kronstadt se marcharan de la Kshesinskaya hacia el Palacio Táuride. […] La revolución iba a llevarse a cabo de la siguiente manera: el 176º Regimiento de Krásnoie Seló —el mismo al que Dan había confiado la protección del Táuride— arrestaría al Comité Ejecutivo Central, tras lo cual Lenin llegaría a la escena de la acción y proclamaría el nuevo gobierno.[55*]

Los marineros, conducidos por Raskólnikov, bajaron por Nevski. Mezclados entre sus filas había pequeños contingentes del ejército y de la Guardia Roja. Al frente, en los flancos y en la retaguardia se desplazaban coches blindados. Los hombres llevaban pancartas preparadas por el Comité Central bolchevique.[164] Al doblar hacia Liteini, en el corazón del Petrogrado «burgués», sonaron disparos. La columna se rompió en medio del pánico; sus integrantes comenzaron a disparar a discreción y se dispersaron en todas direcciones. Un testigo presencial fotografió la escena desde una ventana y produjo así uno de los pocos registros gráficos de la violencia en la Revolución rusa (véase la ilustración 53). Cuando el tiroteo cesó, los manifestantes se reagruparon y reanudaron la marcha hacia el Táuride, pero con las armas preparadas y sin mantener ya una formación ordenada. Llegaron al sóviet a eso de las cuatro de la tarde y fueron recibidos por los soldados del Regimiento de Ametralladoras con aplausos y ovaciones.

Los bolcheviques también llevaron al Táuride un gran contingente de obreros de Putílov. Los cálculos varían entre 11.000 y 25.000.[56*] Otras fábricas y unidades militares

incrementaron el número de gente, que terminó por reunir a varias decenas de miles de personas.[57*] Miliukov describe así la escena que se desplegó frente al Táuride, una escena que, pese a la apariencia de espontaneidad, estaba rigurosamente orquestada por agentes bolcheviques dispersos en la multitud:

> El Palacio de Táuride se convirtió en el foco de la lucha en todo el sentido de la palabra. A lo largo del día, unidades militares armadas se concentraron en torno a él exigiendo que el sóviet tomara de una vez el poder. […] [Alrededor de las cuatro de la tarde] llegaron los marineros de Kronstadt y trataron de ingresar en el edificio. Pedían que el ministro de Justicia, Perevérzev, explicara por qué habían arrestado al marinero Zhelezniakov y los anarquistas en la villa de Durnovó. Tsereteli salió y dijo a la multitud hostil que Perevérzev no estaba en el edificio, y que ya había entregado su dimisión y dejado de ser ministro; lo primero era cierto, lo segundo no. Privada de una excusa directa, durante un rato la multitud no supo qué hacer. Pero entonces empezaron a resonar gritos de que los ministros eran responsables unos de otros. Se intentó arrestar a Tsereteli pero este logró escabullirse en el interior del palacio. De este salió Chernov a calmar a la muchedumbre. De inmediato, un grupo se arrojó sobre él y lo registró en busca de armas. Chernov declaró que en esas condiciones no hablaría. La multitud hizo silencio. Chernov comenzó un largo discurso sobre las actividades de los ministros y en particular sobre las suyas propias, como ministro de Agricultura. En cuanto a los ministros kadetes, que tuvieran un buen viaje. En respuesta, la multitud gritó: «¿Por qué no lo dijo antes? ¡Declare de una vez que la tierra se entrega a los trabajadores y el poder a los sóviets!». Un obrero alto, con el puño frente a la cara del ministro, gritó enfurecido: «Tomad el poder, hijos de…, cuando ellos os lo dan!». Varios hombres de la muchedumbre tomaron a Chernov y lo arrastraron hacia un automóvil, mientras otros tiraban de él hacia el palacio. Tras desgarrar la chaqueta del ministro, los marineros de Kronstadt lo metieron a empujones en el vehículo y declararon que no lo dejarían ir hasta que el sóviet tomara el poder. Algunos trabajadores irrumpieron en el salón donde el sóviet estaba reunido, gritando: «¡Camaradas, están apaleando a Chernov!». En medio del torbellino, Chjeidze designó a Kámenev, Steklov y Mártov para que liberaran a Chernov. Pero quien lo liberó fue Trotski, que acababa de llegar a la escena. Los marineros de Kronstadt lo obedecieron y Trotski acompañó a Chernov de vuelta al salón.[58*]

Entretanto, Lenin había logrado llegar discretamente al Táuride, donde se mantuvo fuera de la vista, preparado, según cómo se desarrollaran los acontecimientos, o bien a asumir el poder o a declarar que la manifestación era un

estallido espontáneo de indignación popular y luego desaparecer. Raskólnikov juzgó que parecía complacido.[165]

La acción no se concentró exclusivamente en el Táuride. Mientras las turbas convergían en la sede del sóviet, pequeños destacamentos armados dirigidos por la Organización Militar ocuparon puntos estratégicos. Las perspectivas bolcheviques mejoraron de manera considerable cuando la guarnición de la fortaleza de Pedro y Pablo, de 8.000 efectivos, se puso de su lado. Unidades motorizadas bolcheviques tomaron las plantas de varios diarios antibolcheviques, y los anarquistas se apoderaron del más crítico de ellos, *Nóvoye Vremia*. Otros destacamentos se ocuparon de custodiar las estaciones ferroviarias de Finlandia y Nicolás y emplazaron nidos de ametralladoras en Nevski y las calles adyacentes, con el fin de impedir la llegada de los efectivos del Distrito Militar de Petrogrado al Palacio de Táuride. Una unidad armada atacó la sede del servicio de contrainteligencia donde se guardaban materiales sobre las transacciones de Lenin con los alemanes.[166] No tropezaron con resistencia. A juicio de un diario liberal, en el transcurso del día la capital pasó a manos de los bolcheviques.[167] [img 53]

Quedaba así preparado el escenario para una toma formal del poder, en teoría en nombre del sóviet, pero en realidad en representación de los bolcheviques. Al prepararse para este acontecimiento culminante los bolcheviques habían dispuesto que una delegación de «representantes» cuidadosamente seleccionados de cincuenta y cuatro fábricas se presentara en el Táuride con la petición de que el sóviet asumiera el poder. Estos hombres se abrieron paso hasta el salón ocupado por el Ispolkom. Se permitió que varios de ellos hablaran. Mártov y Spiridónova apoyaron su petición. El primero declaró que esa era la voluntad de la historia.[168] A esas alturas parecía que los

amotinados desbordarían físicamente y tomarían la sede del sóviet. Este no tenía defensa contra esa amenaza: toda su protección consistía en seis guardias.[169]

Y, aun así, los bolcheviques no lograron asestar el golpe de gracia. Es imposible decir si esto se debió a una mala organización, a la falta de decisión o a ambas cosas. Nikitin atribuyó la incapacidad bolchevique para tomar el poder a una planificación deficiente.

> El levantamiento fue improvisado; todas las acciones del enemigo indicaban que no había sido preparado. Los regimientos y las grandes unidades no sabían cuáles eran sus misiones inmediatas ni siquiera en el sector principal. Se les dijo desde el balcón de la Kshesinskaya: «Id al Palacio Táuride, tomad el poder». Fueron y mientras esperaban las órdenes adicionales prometidas se mezclaron unos con otros. En cambio, unidades de diez a quince hombres en camiones y coches blindados y pequeños destacamentos en automóviles disfrutaron de una completa libertad de acción y se adueñaron de la ciudad, pero tampoco ellos recibieron órdenes concretas de tomar las posiciones estratégicas, como las estaciones ferroviarias, las centrales telefónicas, los depósitos de provisiones, los arsenales, todos los cuales tenían las puertas abiertas de par en par. La sangre corrió por las calles, pero faltó una dirección.[59*]

Pero, al parecer, el fracaso bolchevique fue causado, en definitiva, por factores que no tenían que ver con las fuerzas inadecuadas o la mala planificación. Los contemporáneos coinciden en que no tenían más que pedirla y la ciudad sería suya. Antes bien, la causa radica en que al comandante en jefe le faltó valor en el último minuto. Lenin sencillamente no pudo decidirse. Según Zinóviev, que pasó esas horas a su lado, no dejaba de preguntarse en voz alta si ese era o no el momento de «intentarlo», y finalmente decidió que no.[170] Por alguna razón, no tuvo coraje para dar el salto; posiblemente la nube negra de revelaciones gubernamentales que se cernía sobre él en relación con las transacciones con los alemanes le hizo retroceder. Más adelante, cuando ambos estaban en prisión, Trotski le dijo a Raskólnikov algo que este consideró una crítica velada a Lenin: «Tal vez cometimos un

error. Deberíamos haber tratado de tomar el poder».[171]

Mientras tenían lugar estos acontecimientos, Kérenski estaba en el frente. Los ministros, asustados, no hicieron nada. El rugir de miles de hombres armados frente al Táuride, la vista de vehículos con soldados y marineros que corrían a destinos desconocidos y el saberse abandonados por la guarnición los sumió en la desesperación. Según Perevérzev, el gobierno estaba efectivamente cautivo:

> No arresté a los líderes del levantamiento del 4 de julio, con anterioridad a la publicación de los documentos, solo porque de hecho en ese momento ellos ya tenían bajo arresto a una parte del Gobierno Provisional en el Palacio Táuride, y podrían haber detenido al príncipe Lvov, a mí mismo y al viceministro de Kérenski sin riesgo alguno para su propia integridad, si hubiesen tenido una determinación siquiera equivalente a una décima parte de su energía criminal.[172]

En esta situación desesperada, Perevérzev decidió dar a conocer parte de la información a su disposición sobre las conexiones alemanas de Lenin, con la esperanza de que desencadenara una violenta reacción antibolchevique entre las tropas. Dos semanas antes había instado a hacer pública dicha información, pero el gabinete rechazó su demanda con el argumento (conforme a un diario menchevique) de que «era necesario mostrar cautela en un asunto concerniente al líder del Partido Bolche[vique]».[173] Aunque Kérenski acusaría más adelante a Perevérzev de haber cometido un error «imperdonable» al dar a conocer los hechos acerca de Lenin, él mismo, al enterarse el 4 de julio de los disturbios, urgió a Lvov a «acelerar la publicación de información en poder del ministro de Asuntos Exteriores».[174] Después de verificarla con el coronel Nikitin y el general Polovtsev, Perevérzev invitó a su despacho a más de ochenta representantes de unidades militares acantonadas en Petrogrado y los alrededores, así como a periodistas. Esto sucedió a eso de las cinco de la tarde, mientras los disturbios

en el Táuride llegaban a un punto de ebullición y un golpe bolchevique parecía estar a minutos de producirse.[60*] A fin de salvar los materiales más condenatorios para utilizarlos en el futuro juicio de los líderes bolcheviques, Perevérzev solo dio a conocer fragmentos de las pruebas a su disposición y, para el caso, la parte menos creíble. Se trataba de un cuestionable relato del teniente Yermólenko, que informaba de que, mientras era prisionero de guerra de los alemanes, se le había dicho que Lenin trabajaba para ellos. Este testimonio de oídas fue muy perjudicial para la alegación del gobierno, sobre todo entre los socialistas. Perevérzev también reveló parte de la información sobre las transacciones económicas bolcheviques con Berlín a través de Estocolmo. Y, con poca prudencia, pidió a Grigori A. Alexinski, un desprestigiado antiguo diputado bolchevique de la Duma, que atestiguara la veracidad de las afirmaciones de Yermólenko.[175]

Karinski, un amigo en el Ministerio de Justicia, advirtió de inmediato a los bolcheviques sobre lo que Perevérzev estaba a punto de hacer,[176] lo cual llevó a Stalin a pedir al Ispolkom que detuviera la difusión de información «difamatoria» sobre Lenin. Comedidos, Chjeidze y Tsereteli llamaron por teléfono a las oficinas de redacción de los diarios de Petrogrado para solicitar, en nombre del Ispolkom, que no publicaran el comunicado gubernamental. El príncipe Lvov hizo otro tanto, lo mismo que Teréschenko y Nekrásov.[61*] Salvo uno, todos los diarios respetaron la petición. La excepción fue *Zhivoye Slovo*, un diario de circulación masiva, que apareció al día siguiente con un titular a toda página —«Lenin, Ganetski & Cía., espías»—, seguido por el relato de Yermólenko y detalles acerca del dinero enviado por los alemanes a Kozlovski y Sumenson por medio de Ganetski.[177] Alexinski confirmó lo dicho en el artículo. Pliegos con esta información se fijaron

por toda la ciudad. [img 54]

Las revelaciones sobre Lenin y los alemanes, difundidas por emisarios de los regimientos que habían recibido instrucciones de Perevérzev, tuvieron un efecto electrizante sobre las tropas. Aunque a la mayoría de estas les interesara muy poco que Rusia fuera gobernada por el Gobierno Provisional en asociación con el sóviet o por este solo, odiaban la colaboración con el enemigo. Las sospechas que rodeaban a Lenin debido a su viaje a través de territorio enemigo le habían granjeado una gran impopularidad entre las tropas. Según Tsereteli, los hombres de uniforme lo odiaban tanto que se vio en la necesidad de pedir protección al Ispolkom.[178] Las primeras en llegar al Táuride fueron las unidades de guardias del regimiento Izmáilovski; las siguieron elementos del Preobrazhenski y el Semiónovski, estos últimos al son de los compases de una banda militar. También se presentaron unidades cosacas. Al oír y ver acercarse a las tropas, las multitudes apiñadas frente al Táuride emprendieron una caótica huida en todas direcciones, y algunos buscaron seguridad en el propio palacio.

En esos momentos, dentro del Táuride se desarrollaba una discusión entre el Ispolkom y los «representantes» fabriles bolcheviques. Los mencheviques y socialistas revolucionarios trataban de hacer tiempo, con la esperanza de que el gobierno acudiera en su rescate. Tan pronto como las tropas entraron en el palacio, ellos rechazaron la moción bolchevique.[179]

Hubo escasa violencia porque los amotinados se dispersaron por propia iniciativa. Raskólnikov ordenó a sus marineros regresar a Kronstadt, pero destinó a 400 hombres a la defensa de la residencia de Kshesinskaya. Al principio, los marineros se negaron a marcharse, pero cedieron cuando

quedaron rodeados por una fuerza superior y poco amistosa de tropas leales. Hacia la medianoche, ya no quedaban turbas frente al Táuride.

El inesperado giro de los acontecimientos sumió a los bolcheviques en una completa confusión. Lenin huyó del Táuride tan pronto como tuvo noticia por Karinski de la acción de Perevérzev, probablemente momentos antes de que los soldados llegaran al lugar. Tras su partida, los bolcheviques celebraron una sesión de consulta que terminó con la decisión de abortar el *putsch*.[180] Al mediodía se habían repartido las carteras ministeriales; seis horas después eran una presa acosada. Lenin creía que todo estaba perdido. «Ahora van a fusilarnos —le dijo a Trotski—. Es el momento más ventajoso para ellos».[181] Pasó la noche siguiente en la Kshesinskaya bajo la protección de los marineros de Raskólnikov. La mañana del 5 de julio, mientras los vendedores callejeros pregonaban el *Zhivoye Slovo*, Sverdlov y él se escabulleron para esconderse en el piso de un amigo. Durante los siguientes cinco días, Lenin llevó una existencia clandestina, cambiando de alojamiento hasta dos veces diarias. Los otros dirigentes bolcheviques, con la excepción de Zinóviev, permanecieron a la vista de todos, corriendo el riesgo de ser arrestados y en algunos casos pidiendo que así fuera.

El 6 de julio, el gobierno ordenó la detención de Lenin y sus cómplices, once en total, a quienes acusaba de «alta traición y organización de un levantamiento armado».[62*] Sumenson y Kozlovski fueron detenidos rápidamente. Durante la noche del 6 al 7 de julio, un grupo de soldados se presentó en la casa de Steklov; cuando amenazaron con destrozar sus habitaciones y apalearlo, pidió ayuda por teléfono. El Ispolkom envió a toda prisa dos automóviles

blindados para protegerlo; Kérenski también intercedió en su defensa.[182] Esa misma noche, otros soldados fueron al piso de Anna Elizárova, hermana de Lenin. Mientras registraban el lugar, Krúpskaya les gritó: «¡Gendarmes! ¡Igual que en el antiguo régimen!».[183] La cacería de dirigentes bolcheviques se prolongó durante varios días. El 9 de julio, tropas que registraban automóviles atraparon a Zinóviev; en este caso Polovtsev, comandante del Distrito Militar de Petrogrado, impidió un linchamiento y no solo liberó al dirigente bolchevique, sino que le proporcionó un coche que lo llevara a su casa.[184] En total se detuvo a unos 800 participantes en la insurrección.[63*] Que se sepa, ningún bolchevique sufrió agresiones físicas. En el caso de los bienes del partido, en cambio, el daño fue considerable. La oficina de redacción y la planta de impresión de *Pravda* fueron destruidas el 5 de julio. Tras el desarme, sin resistencia, de los marineros que custodiaban la Kshesinskaya, también se ocupó el cuartel general bolchevique. Y la fortaleza de Pedro y Pablo se rindió. [img 55]

Un día después, tropas de la guarnición y soldados recién llegados del frente ocuparon Petrogrado.

El Comité Central bolchevique emitió ese mismo día (6 de julio) un contundente rechazo de las acusaciones de traición levantadas contra Lenin y exigió una investigación.[185] Para complacerlo, el Ispolkom designó un jurado de cinco hombres. Quiso la casualidad que los cinco fueran judíos: como esto podía despertar entre los «contrarrevolucionarios» la sospecha de favoritismo del comité hacia Lenin, se disolvió sin que se designara a nadie en su lugar.

En realidad, el sóviet nunca examinó las acusaciones contra Lenin, lo cual no lo disuadió, sin embargo, de inclinarse firmemente en favor del acusado. Aunque el *putsch* de aquel

se dirigía tanto contra el sóviet como contra el gobierno, con el cual el primero había estado estrechamente vinculado desde mayo, el Ispolkom no quiso afrontar la realidad. En palabras de un diario kadete, si bien los intelectuales socialistas calificaban de «traidores» a los bolcheviques, «al mismo tiempo, como si nada hubiese sucedido, seguían considerándolos camaradas. Continuaban trabajando con ellos. Los halagaban y conversaban con ellos».[186] Ahora, como habían hecho antes y harían después, los mencheviques y socialistas revolucionarios veían a los bolcheviques como amigos descarriados, y a sus opositores, como contrarrevolucionarios. Temían que los cargos levantados contra ellos fueran un mero pretexto para atacar el sóviet y todo el movimiento socialista. El diario menchevique *Novaya Zhizn* citaba así a *Den*: «El condenado es hoy el Comité bolchevique; mañana sembrarán sospechas sobre el Sóviet de Diputados Obreros, y luego declararán una guerra santa contra la revolución».[187]

El diario rechazaba terminantemente los cargos gubernamentales contra Lenin y acusaba a su vez a la «prensa burguesa» de una «deplorable difamación» y de proferir «salvajes aullidos». Instaba a condenar a aquellos —presumiblemente, el Gobierno Provisional— que se dedicaban a «difamar conscientemente a líderes destacados de la clase obrera».[188] Entre los socialistas que saltaron en defensa de Lenin y calificaron de «difamación» los cargos contra él se contaba Mártov.[64*] Estas afirmaciones no tenían nada que ver con los hechos del caso; el Ispolkom no pedía pruebas al gobierno ni emprendía su propia investigación.

Aun así, hizo grandes esfuerzos para proteger a los bolcheviques del castigo gubernamental. Ya el 5 de julio, una delegación del Ispolkom fue a la Kshesinskaya a discutir con

ellos las condiciones de una resolución pacífica del asunto. Todos acordaron que no habría represión contra el partido y que las personas detenidas en relación con los acontecimientos de los dos días previos serían liberadas.[189] A continuación, el Ispolkom solicitó a Polovtsev que no atacara el cuartel general bolchevique, posibilidad que el comandante había contemplado por un momento.[190] También aprobó una resolución por la cual se prohibía la publicación de documentos gubernamentales que implicaran a Lenin.[191]

Este último se defendió en varios artículos breves. En una carta firmada por él, Zinóviev y Kámenev y dirigida a *Novaya Zhizn*, afirmó no haber recibido jamás «un solo kopek» de Ganetski y Kozlovski, ni para sí mismo ni para el partido. Todo era un nuevo caso Dreyfus o Beilis, maquinado por Alexinski a petición de la contrarrevolución.[192] El 7 de julio declaró que no iría a juicio porque en esas circunstancias ni él ni Zinóviev podían esperar que se hiciese justicia.[193]

Lenin siempre tendía a sobrestimar la resolución de sus adversarios. Estaba convencido de que su partido y él estaban acabados y, como la Comuna de París, destinados meramente a servir de inspiración a las futuras generaciones. Consideró la posibilidad de volver a llevar la dirección del partido al extranjero, a Finlandia e incluso a Suecia.[194] Entregó a Kámenev su testamento teórico, el manuscrito de «El marxismo y el Estado» (más adelante utilizado como base para *El Estado y la revolución*), con instrucciones de publicación en caso de que lo mataran.[195] Después de que aquel fuera atrapado y casi linchado, Lenin decidió no correr más riesgos. Durante la noche del 9 al 10 de julio, acompañado por Zinóviev, subió a un tren en una pequeña estación suburbana para escapar y esconderse en el campo.

La mayor parte de los socialistas vieron como una

deserción la huida de Lenin cuando su partido se enfrentaba a la perspectiva de la destrucción. En palabras de Sujánov:

> La desaparición de Lenin a raíz de las amenazas de arresto y juicio [fue], en sí misma, un hecho digno de destacar. En el Ispolkom, nadie había esperado que Lenin «se librara de la situación» de esa manera. Su huida produjo en nuestros círculos una enorme sensación y suscitó discusiones apasionadas en todos los aspectos imaginables. Entre los bolcheviques algunos aprobaban su actitud. Pero la mayoría de los miembros del sóviet reaccionaron con un fuerte rechazo. Los mamelucos y los dirigentes del sóviet proclamaron a gritos su justificado agravio. La oposición no se manifestó al respecto; pero esta se reducía a una condena irrestricta de Lenin desde los puntos de vista político y moral […], la huida del pastor no podía sino representar un pesado golpe para las ovejas. Después de todo, las masas movilizadas por Lenin cargaban con todo el peso de la responsabilidad por los días de julio. […] ¡Y el «verdadero culpable» abandona al ejército, a sus camaradas, para buscar su seguridad personal en la huida![196]

Sujánov añade que la huida de Lenin se consideró aún más censurable debido al hecho de que ni su vida ni su libertad personal estaban en peligro.

Kérenski, que volvió a Petrogrado al anochecer del 6 de julio, estaba furioso con Perevérzev y lo destituyó. Este, a su juicio, había «perdido para siempre la posibilidad de establecer de manera definitiva la traición de Lenin, apoyada en pruebas documentales».[197] Este argumento parece una justificación espuria de su propia incapacidad, en los días que siguieron, para emprender una acción decisiva contra Lenin y sus seguidores. Si no se hacía ningún esfuerzo por «establecer de manera definitiva la traición de Lenin», era por el deseo de apaciguar a los socialistas que habían reaccionado en defensa de este: era una «concesión a los sóviets hecha por un gobierno que ya había perdido el apoyo de los kadetes y no podía darse el lujo de enemistarse también con el sóviet».[65*] Esta consideración, en efecto, fue decisiva en la actitud que asumió Kérenski en julio y los meses siguientes. [img 56]

Kérenski sustituyó ahora a Lvov como primer ministro, sin abandonar las carteras de Guerra y Marina. Comenzó a actuar

como un dictador y, para dar expresión visible a su nuevo estatus, se mudó al Palacio de Invierno, donde dormía en la cama de Alejandro III y trabajaba en su escritorio.[198] El 10 de julio pidió a Kornílov que asumiera el mando de las fuerzas armadas. Ordenó el desarme y la disolución de las unidades que habían participado en los sucesos de julio; la guarnición debía reducirse a 100.000 hombres, y el resto tenía que destinarse al frente. *Pravda* y otras publicaciones bolcheviques fueron erradicadas de las trincheras.

Sin embargo, pese a todo este despliegue, el Gobierno Provisional no se atrevió a dar el único paso que habría significado la destrucción del Partido Bolchevique: un juicio público donde se expusieran todas las pruebas que tenía en su poder acerca de la traición. Se constituyó una comisión presidida por el nuevo ministro de Justicia, Alexánder S. Zarudnyi, para preparar el caso contra los bolcheviques. La comisión se dedicó con diligencia a reunir materiales —a comienzos de octubre, ochenta gruesos volúmenes—, pero nunca se realizaron las diligencias legales pertinentes. Dos razones explican este fracaso: el miedo a la «contrarrevolución» y el deseo de no ganarse la hostilidad del Ispolkom.

El *putsch* de julio infundió en Kérenski un miedo obsesivo a que la derecha explotara la amenaza bolchevique para organizar un golpe monárquico. Al dirigirse al Ispolkom el 13 de julio, le pidió que se distanciase de los elementos que «con sus actos inspiran a las fuerzas de la contrarrevolución» y prometió «reprimir de la manera más resuelta e implacable cualquier intento de restaurar el régimen monárquico ruso».[199] Como muchos socialistas, se decía que se había sentido más alarmado que gratificado por el celo con que las tropas leales habían sofocado los disturbios de julio.[200] A sus ojos,

los bolcheviques eran una amenaza solo en la medida en que sus consignas y comportamiento alentaran a los monárquicos. Casi con seguridad, esta misma consideración le llevó a tomar el 7 de julio la decisión de enviar a la familia imperial a Siberia. La partida se efectuó en el más completo secretismo durante la noche del 31 del mismo mes. Acompañados por una comitiva de cincuenta asistentes y criados, los Romanov salieron hacia Tobolsk, una ciudad que no tenía ferrocarril y, por lo tanto, ofrecía pocas oportunidades de huida.[201] El momento elegido para la decisión —tres días después del *putsch* bolchevique y un día después del regreso de Kérenski a Petrogrado— indica que el móvil del primer ministro era impedir a los elementos derechistas aprovecharse de la situación para reinstalar a Nicolás en el trono. Esta era la opinión del enviado británico.[202]

También había que tener en cuenta el deseo de ganarse el favor del Ispolkom, que seguía viendo a los bolcheviques como miembros respetables y tratando todos los ataques contra ellos como maquinaciones de la «contrarrevolución». Los mencheviques y los socialistas revolucionarios del sóviet hostigaron repetidas veces al gobierno por su «campaña de denigración» de Lenin y pidieron que se retiraran los cargos y se liberara a los bolcheviques detenidos.

La tolerancia con la que Kérenski trató a los bolcheviques, que habían estado a punto de derrocarlo a él y su gobierno, muestra un marcado contraste con la manera impetuosa que adoptaría un mes después para ocuparse del general Kornílov.

Como resultado de la inacción tanto del gobierno como del Ispolkom, la furia contra los bolcheviques, que la iniciativa de Perevérzev había desatado, se disipó. Ambos perdieron una oportunidad única de liquidar la auténtica «contrarrevolución» de la izquierda debido al temor

imaginario a una «contrarrevolución» de la derecha. Los bolcheviques no tardaron en recuperarse y volvieron a pujar por el poder. Trotski escribiría más adelante que, cuando en el Tercer Congreso del Comintern, en 1921, Lenin admitió que el partido había cometido errores en sus relaciones con el enemigo, «pensaba en nuestro apresurado levantamiento» de julio de 1917. «Por fortuna —agregaba el mismo Trotski—, nuestros enemigos no tenían ni la determinación ni la consistencia lógica suficientes».[203]

11

El golpe de octubre

> Es una ley de la naturaleza que los depredadores deban ser más inteligentes que los animales que son sus presas.
>
> Manual de historia natural
>
> En esa época, el único peligro real al que nos enfrentábamos procedía de este sector [la derecha].
>
> ALEXÁNDER KÉRENSKI [1]

En septiembre de 1917, con Lenin en su escondite, el mando de las fuerzas bolcheviques quedó en manos de Trotski, que se había incorporado al partido dos meses antes. Contradiciendo las presiones de Lenin a favor de una toma inmediata del poder, Trotski adoptó una estrategia más cautelosa, disimulando los designios bolcheviques como un esfuerzo por transferir el poder a los sóviets. Con un dominio supremo de la técnica del golpe de Estado moderno, posiblemente inventada por él, condujo a los bolcheviques a la victoria.

Trotski era un complemento ideal para Lenin. Más brillante y extravagante, mucho mejor orador y escritor, podía conmover a las multitudes, mientras que el carisma de Lenin se limitaba a sus seguidores. Pero Trotski era impopular en los círculos bolcheviques, en parte porque había ingresado en el partido tarde, después de años lanzándole duros ataques, y en parte porque su arrogancia era

insoportable. De todos modos, al ser judío, difícilmente podía aspirar al liderazgo nacional en un país donde, independientemente de la revolución, se veía a los judíos como extranjeros. Durante la revolución y la guerra civil fue el álter ego de Lenin, un compañero de armas indispensable; pero una vez obtenida la victoria, se convirtió en un estorbo. [img 57]

El suceso que posibilitó a los bolcheviques recuperarse del desastre de julio fue uno de los episodios más extravagantes de la Revolución rusa, conocido como el Caso Kornílov.[66*]

El general Lavr Kornílov nació en 1870 en el seno de una familia de cosacos siberianos. Su padre era campesino y soldado; su madre, ama de casa. El origen plebeyo de Kornílov contrastaba con el de Kérenski y Lenin, cuyos padres pertenecían a los estratos superiores de la nobleza de servicio. Pasó sus primeros años entre kazajos kirguises y conservó durante toda su vida el afecto suscitado entonces por Asia y los asiáticos. Tras graduarse de la escuela militar se matriculó en la Academia del Estado Mayor General, y terminó su formación allí con honores. Comenzó su servicio activo en Turquestán, desde donde encabezó expediciones a Afganistán y Persia. A Kornílov, que dominaba los dialectos túrquicos de Asia central y llegó a ser un experto en la frontera asiática de Rusia, le gustaba rodearse de una escolta de turcomanos tekes, vestidos con túnicas rojas, con quienes hablaba en su lengua materna y para los cuales era el «Ulu Boiar» o «Gran Boyardo». Participó en la guerra con Japón, tras la cual fue enviado a China como agregado militar. En abril de 1915, mientras estaba al mando de una división, sufrió graves heridas y los austríacos lo tomaron prisionero, pero escapó y logró volver a Rusia. En marzo de 1917, el Comité Provisional de la Duma solicitó a Nicolás II que lo designara comandante del Distrito Militar de Petrogrado.

Mantuvo este cargo hasta los disturbios bolcheviques de abril, cuando dimitió y marchó al frente.

A diferencia de la mayoría de los generales rusos, que eran antes que nada políticos, Kornílov era un combatiente, un oficial de campo de una valentía legendaria. Tenía reputación de obtuso; se sabe que Alexéiev decía de él que tenía «un corazón de león y un cerebro de oveja», pero la apreciación no es justa. Kornílov estaba dotado de gran inteligencia práctica y sentido común, aunque, como otros soldados de este tipo, desdeñaba la política y a los políticos. Se decía que tenía opiniones «progresistas», y no hay razón para dudar de que despreciaba el régimen zarista.[2]

Al principio de su carrera militar mostró cierta tendencia a la insubordinación, que se hizo más pronunciada después de febrero de 1917, al ser testigo de la desintegración de las fuerzas armadas rusas y de la impotencia del Gobierno Provisional. Más adelante, sus adversarios lo acusarían de acariciar ambiciones dictatoriales, una acusación que solo es cierta con algunas salvedades. Kornílov era un patriota, dispuesto a ponerse al servicio de cualquier gobierno que promoviera los intereses nacionales de Rusia, sobre todo en tiempos de guerra, y en ese sentido su aportación consistiría en mantener el orden interno y apelar a todos los medios necesarios para obtener la victoria. A finales del verano de 1917 llegó a la conclusión de que el Gobierno Provisional ya no tenía libertad para actuar, sino que más bien era cautivo de los internacionalistas socialistas y los agentes enemigos agazapados en el sóviet. Dicha creencia fue la que lo llevó a ver con buenos ojos las sugerencias de que asumiera poderes dictatoriales.

Kérenski acudió a él después del *putsch* de julio con la esperanza de que restableciera la disciplina en las fuerzas

armadas y detuviera la contraofensiva alemana. La noche del 7 al 8 de julio, lo puso a cargo del frente sudoccidental, que soportaba lo más arduo del combate, y tres días después, por consejo de su ayudante Borís Sávinkov, le ofreció el puesto de comandante en jefe. Kornílov no tenía prisa para aceptar. Le parecía inútil asumir la responsabilidad de conducir las operaciones militares mientras el gobierno no abordara con seriedad los problemas que obstaculizaban todo el esfuerzo bélico de Rusia. Dichos problemas eran de dos clases: militares en un sentido restringido y políticos y económicos en un sentido más general. Tras consultar con otros generales, comprobó que había un amplio acuerdo sobre lo que había que hacer para restablecer la capacidad de combate de las fuerzas armadas: era necesario disolver o al menos reducir en gran medida las facultades de los comités del ejército autorizados por la Orden número 1, y tomar medidas para restaurar el orden en las guarniciones de la retaguardia. Kornílov pidió el restablecimiento de la pena de muerte para el personal militar culpable de deserción y amotinamiento, tanto en el frente como en la retaguardia. Pero no se detuvo ahí. Conocía los planes de movilización de guerra de otros países beligerantes y quería algo similar para Rusia. Le parecía esencial que los trabajadores de las industrias de la defensa y el transporte —los sectores de la economía más cruciales para el esfuerzo bélico— quedaran sujetos a la disciplina militar. En la medida en que quería disfrutar de mayor autoridad que sus predecesores, emulaba al general Ludendorff, que en diciembre de 1916 había recibido poderes casi dictatoriales sobre la economía alemana; eso iba a permitir al país librar una guerra total. Este programa, que Kornílov elaboró en conjunción con el jefe del Estado Mayor, el general Alexánder S. Lukomski, se convirtió en el principal motivo de conflicto entre él, en representación del cuerpo de oficiales y la opinión

no socialista, y Kérenski, que tenía que actuar bajo el ojo avizor del sóviet. El conflicto era irreconciliable porque ponía frente a frente aspectos irreconciliables: los intereses de Rusia y los del socialismo internacional. Como dijo Sávinkov, que conocía bien a ambos hombres, Kornílov «ama la libertad. […] Pero para él Rusia está primero y la libertad viene después, en tanto que para Kérenski […] lo primero es la libertad y la revolución, y Rusia está en segundo lugar».[3]

El 19 de julio, Kornílov comunicó a Kérenski las condiciones en las que estaba dispuesto a aceptar el mando: 1) solo sería responsable ante su conciencia y la nación; 2) nadie se inmiscuiría ni en sus órdenes operativas ni en sus designaciones de mandos; 3) las medidas disciplinarias que estaba discutiendo con el gobierno, incluida la pena de muerte, se aplicarían a las tropas de la retaguardia, y 4) el gobierno aceptaría sus sugerencias previas.[4] Estas demandas irritaron tanto a Kérenski que contempló la posibilidad de retirar el ofrecimiento que le había hecho a Kornílov, pero tras pensarlo mejor decidió tratarlas como expresiones de la «ingenuidad» política del general.[5] En realidad, dependía mucho de la ayuda de este, porque sin el ejército no podía hacer nada. Sin lugar a dudas, la primera de las cuatro condiciones de Kornílov rayaba en la impertinencia; esta puede explicarse, sin embargo, por el deseo del general de liberarse de la interferencia del sóviet, que en su Orden número 1 había reclamado para sí la facultad de revocar las directivas militares. Cuando el comisario de Kérenski en el cuartel general, el socialista revolucionario M. M. Filonenko, le dijo a Kornílov que esta exigencia podía despertar «las más serias aprensiones» a menos que se refiriera a la «responsabilidad» ante el Gobierno Provisional, el general replicó que era exactamente eso lo que tenía en mente.[6] Entonces, como más tarde, hasta su ruptura final con

Kérenski, su «insubordinación» tenía como blanco el sóviet y no el gobierno.

Las condiciones que Kornílov ponía para asumir el mando de las fuerzas armadas se filtraron a la prensa; el causante de la filtración fue probablemente Vasili S. Zavoiko, su funcionario de relaciones públicas. Su publicación en *Russkoye Slovo* el 21 de julio causó sensación y le granjeó a Kornílov una popularidad inmediata en los círculos no socialistas y una hostilidad equivalente en la izquierda.[7]

Las negociaciones entre el primer ministro y el general se prolongaron dos semanas. Kornílov asumió sus nuevas funciones el 24 de julio, después de que se le garantizara el cumplimiento de sus condiciones.

En realidad, sin embargo, Kérenski no podía cumplir sus promesas, y tampoco lo haría. No podía porque no era un funcionario libre, sino el ejecutor de la voluntad del Ispolkom, que juzgaba «contrarrevolucionarias» todas las medidas para restablecer la disciplina militar, sobre todo en la retaguardia, y las vetaba. En consecuencia, para llevar a cabo las reformas, Kérenski se habría visto obligado a romper con los socialistas, sus principales respaldos políticos. Y no cumpliría sus promesas porque no tardó en ver en Kornílov a un peligroso rival. Siempre es un ejercicio arriesgado para un historiador tratar de penetrar en la mente de un individuo, pero al observar las acciones de Kérenski en julio y agosto es difícil eludir la conclusión de que provocó deliberadamente un conflicto con su jefe militar, rechazando toda oportunidad de reconciliación, porque quería derribar al único hombre que amenazaba su posición de líder de Rusia y guardián de la revolución.[67*] [img 8]

Borís Sávinkov, titular interino del Ministerio de la Guerra, el hombre ideal para desempeñar el papel de intermediario,

ya que disfrutaba de la confianza de Kérenski y Kornílov, redactó a principios de agosto un programa de cuatro puntos que planteaba la ampliación de la pena de muerte a las tropas de la retaguardia, la militarización del transporte ferroviario, la aplicación de la ley marcial a las industrias bélicas y el restablecimiento de la autoridad disciplinaria de los oficiales, con la reducción correspondiente del poder de los comités del ejército.[8] Según Sávinkov, Kérenski se comprometió a firmar el documento, pero pospuso el asunto y el 8 de agosto dijo que «nunca, bajo ninguna circunstancia, firmaría un proyecto de ley sobre la pena de muerte en la retaguardia».[9] Sintiéndose engañado, Kornílov siguió bombardeando al primer ministro con «ultimátums» tan irritantes para este que estuvo a punto de destituirlo.[10] Como el general conocía el profundo interés de Kérenski en la revitalización de las fuerzas armadas, el hecho de que no actuara lo confirmó en la sospecha de que el primer ministro no tenía libertad de acción y era en cambio una herramienta de los socialistas, algunos de los cuales, según se sabía desde el *putsch* de julio, estaban en sociedad con el enemigo.

El acoso de Kornílov puso a Kérenski en una situación difícil. Desde mayo se las había ingeniado para salvar el abismo entre el gobierno y el Ispolkom mediante la concesión a este último de la facultad de vetar leyes y sus enormes esfuerzos para evitar hostilidades entre ambos, al tiempo que participaba en la guerra enérgicamente, actitud que le propició el apoyo de los liberales e incluso de conservadores moderados. Kornílov lo obligaba a hacer algo que él quería evitar a toda costa, esto es, elegir entre la izquierda y la derecha, entre los intereses del socialismo internacional y los del Estado ruso. No podía llevarse a engaño: ceder a las demandas de Kornílov, que en su mayoría consideraba razonables, significaría romper con el sóviet. El 18 de agosto,

el plenario debatió, a raíz de una moción bolchevique, la propuesta de restablecer la pena de muerte en las fuerzas armadas. En una votación prácticamente unánime, alrededor de 850 delegados aprobaron, con la oposición de solo cuatro (Tsereteli, Dan, Mijaíl I. Liber y Chjeidze), una resolución contra la aplicación de dicho castigo a las tropas del frente, en cuanto era una «medida destinada a intimidar a las masas de soldados con el fin de convertirlos en esclavos del personal de mando».[11] Estaba claro que no había posibilidades de que el sóviet aprobara la ampliación de la pena capital a las tropas no destinadas a las zonas de combate, y menos aún la sujeción de los trabajadores de la defensa y el transporte a la disciplina militar.

En teoría, Kérenski podría haberse enfrentado al sóviet y aliarse, para bien o para mal, con los liberales y conservadores. Pero esta alternativa le estaba vedada por la muy baja estima con la que contaba en dichos círculos, sobre todo tras el fracaso de la ofensiva de junio y su reacción indecisa ante el *putsch* de julio. Cuando se presentó en la Conferencia de Estado de Moscú el 14 de agosto, solo la izquierda lo aclamó; la derecha lo recibió con frío silencio y reservó su ovación para Kornílov.[12] La prensa liberal y conservadora se refería a él con un desprecio no disimulado. Su única opción, en consecuencia, era inclinarse a la izquierda y dar cabida a los intelectuales socialistas del Ispolkom, a la vez que trataba, con convicción y éxito cada vez menores, de promover los intereses nacionales de Rusia.

Su deseo de aplacar a la izquierda fue evidente no solo en la incapacidad de llevar a cabo las reformas militares prometidas, sino también en la negativa a tomar medidas resueltas contra los bolcheviques. Aunque tenía a su disposición numerosas pruebas condenatorias, omitió

procesar a los líderes del *putsch* de julio por deferencia al Ispolkom y el sóviet, que consideraban «contrarrevolucionarias» las acusaciones contra los bolcheviques. Mostró similar inclinación en su reacción frente a una propuesta del Ministerio de la Guerra de poner bajo arresto a los «saboteadores» derechistas e izquierdistas del esfuerzo bélico de Rusia. Aprobó la lista de los elementos de derecha que había que detener, pero vaciló en lo referido a la otra, de la que finalmente tachó más de la mitad de los nombres. Cuando el documento llegó al ministro del Interior, el socialista revolucionario Nikolái D. Avkséntiev, cuya firma se requería, este volvió a confirmar la primera lista pero eliminó de la segunda todos los nombres restantes con excepción de dos (Trotski y Kolontái).[13]

Kérenski era un hombre muy ambicioso que se veía destinado a conducir la Rusia democrática. Su única oportunidad de lograr sus aspiraciones radicaba en tomar la dirección de la izquierda democrática —es decir, los mencheviques y los socialistas revolucionarios—, y para hacerlo debía ser condescendiente con el miedo obsesivo que esta sentía por la «contrarrevolución». No solo veía, sino que necesitaba ver a Kornílov como el foco de todas las fuerzas antidemocráticas. Aunque conocía bien lo que los bolcheviques habían pretendido con sus «manifestaciones» armadas de abril, junio y julio, y podría haber dilucidado con facilidad lo que Lenin y Trotski planeaban para el futuro, se persuadió de que el peligro para la democracia rusa procedía de la derecha y no de la izquierda. Como no estaba desinformado ni carecía de inteligencia, esta absurda evaluación solo se comprende si se presupone que le convenía políticamente. Tras asignar a Kornílov el papel del Bonaparte ruso, reaccionó de manera acrítica —con entusiasmo, a decir verdad— frente a los rumores acerca de una amplia

conspiración contrarrevolucionaria presuntamente urdida por los amigos y partidarios del general.[14]

Pasaron días sin que las reformas militares se llevaran a la práctica. A sabiendas de que los alemanes preveían reanudar pronto las operaciones ofensivas y con la esperanza de avivar el fuego, Kornílov solicitó permiso para reunirse con el gabinete. Llegó a la capital el 3 de agosto, y al dirigirse a los ministros comenzó por pasar revista a la situación de las fuerzas armadas. Quería discutir las reformas militares, pero Sávinkov lo interrumpió para decirle que el Ministerio de la Guerra estaba trabajando en la cuestión. Kornílov abordó entonces la situación en el frente e informó de las operaciones que preparaba contra los alemanes y los austríacos. En ese momento, Kérenski se inclinó hacia él y le susurró que tuviera cuidado;[15] momentos después, Sávinkov le hizo una advertencia similar. Este incidente tuvo un efecto destructivo sobre el general y su actitud hacia el Gobierno Provisional. Tal como interpretó —correctamente— las advertencias de Kérenski y Sávinkov, se sospechaba que uno o más ministros estaban filtrando secretos militares. Cuando volvió a Moguilev, todavía conmocionado, Kornílov le contó a Lukomski lo que había pasado y le preguntó qué tipo de gobierno creía él que estaba a la cabeza de Rusia.[16] Concluyó que el ministro sobre el que le habían advertido era Chernov, de quien se creía que transmitía información confidencial a sus camaradas del sóviet, incluidos los bolcheviques.[17] Desde ese día en adelante, Kornílov juzgó al Gobierno Provisional indigno de conducir a la nación.[68*]

No mucho después de estos sucesos (el 6 o 7 de agosto), Kornílov ordenó al general Alexánder M. Krimov, comandante del Tercer Cuerpo de Caballería, que desplazara sus tropas del sector rumano hacia el norte y, reforzadas con

otras unidades, tomara posiciones en Velíkiye Luki, una ciudad del oeste de Rusia a la misma distancia, aproximadamente, de Moscú y Petrogrado. El Tercer Cuerpo estaba compuesto de dos divisiones cosacas y la llamada División Nativa (o Salvaje) del Cáucaso, todas escasas de efectivos (la División Nativa apenas tenía 1.350 hombres) pero consideradas fiables. Perplejo ante estas instrucciones, Lukomski señaló que Velíkiye Luki estaba demasiado lejos del frente para que las fuerzas pudieron ser utilizadas contra los alemanes. Kornílov respondió que su intención era que el cuerpo estuviese en condiciones de reprimir un posible *putsch* bolchevique, ya fuera en Moscú o en Petrogrado. Aseguró a su interlocutor que no apuntaban contra el Gobierno Provisional y agregó que, si resultaba necesario, las tropas de Krimov dispersarían el sóviet, colgarían a sus dirigentes y despacharían sumariamente a los bolcheviques, con el consentimiento del gobierno o sin él.[18] Le dijo asimismo que Rusia necesitaba con urgencia una «autoridad firme» capaz de salvar el país y sus fuerzas armadas:

> No soy contrarrevolucionario. […] Desprecio el antiguo régimen, que trató vilmente a mi familia. No hay vuelta al pasado ni puede haberla. Pero necesitamos una autoridad que pueda verdaderamente salvar a Rusia, que haga posible poner un honorable fin a la guerra y conduzca al país a la Asamblea Constituyente. […] Nuestro gobierno actual tiene individuos sólidos pero también hay algunos que arruinan las cosas y arruinan a Rusia. Lo central es que Rusia carece de autoridad, y es necesario crearla. Tal vez yo tenga que ejercer esa presión sobre el gobierno. Es posible que, si estallan desórdenes en Petrogrado, una vez que se sofoquen tenga que entrar en el gobierno y participar en la formación de una nueva y fuerte autoridad.[19]

Como había oído más de una vez a Kérenski decir a Kornílov que también él propiciaba una «autoridad fuerte», Lukomski concluyó que el general y el primer ministro no debían tener dificultades para colaborar.[20]

Kornílov regresó a Petrogrado el 10 de agosto a instancias de Sávinkov, pero contra los deseos del primer ministro. Los

rumores de posibles atentados contra su vida lo impulsaron a llevar consigo a sus guardias tekes, que montaron ametralladoras fuera del despacho de Kérenski. Este rechazó la solicitud de Kornílov de reunirse con todo el gabinete y prefirió recibirlo en presencia de Nekrásov y Teréschenko, su gabinete íntimo. La urgencia del general se debía al conocimiento de que los alemanes estaban por iniciar operaciones ofensivas cerca de Riga, que amenazarían la capital. Volvió al tema de las reformas, tales como el restablecimiento de la disciplina en el frente y la retaguardia, incluida la pena de muerte para los rusos que trabajaran para potencias extranjeras, y militarización de las industrias para la defensa, así como del transporte.[21] A Kérenski le parecieron «absurdas» muchas de las cosas que solicitaba Kornílov, en especial las relacionadas con las industrias para la defensa y el transporte, pero no se negó a hacer más rigurosa la disciplina en las fuerzas armadas. El general le informó de que, según tenía entendido, su destitución era inminente y «desaconsejó» dicha medida, ya que probablemente generara desórdenes en el ejército.[22]

Cuatro días después, Kornílov hizo una espectacular aparición en la Conferencia de Estado que Kérenski había convocado en Moscú para obtener respaldo público. Al principio, Kérenski rechazó la petición del general de dirigirse a la conferencia, pero luego aceptó con la condición de que se limitara a los asuntos militares. Cuando Kornílov llegó al teatro Bolshói, la multitud lo ovacionó y lo llevó en volandas, y los delegados de la derecha le dieron una tumultuosa bienvenida. Aunque en su discurso, bastante seco, Kornílov no dijo nada que pudiera concebirse como políticamente perjudicial para el gobierno, para Kérenski este acontecimiento supuso un punto de inflexión; interpretó las muestras de simpatía hacia el general como una afrenta

personal. Según su posterior testimonio, «después de la conferencia de Moscú comprendí que el siguiente intento de golpe vendría de la derecha y no de la izquierda».[23] Una vez arraigada en su mente, esta convicción se convirtió en una idea fija, y todo lo sucedido *a posteriori* no serviría sino para reforzarla. Su certeza de que estaba en marcha un golpe derechista se vio alentada por telegramas enviados por oficiales y ciudadanos particulares que pedían que mantuviera a Kornílov en su puesto, y por advertencias confidenciales, procedentes del cuartel general del ejército, acerca de conspiraciones encabezadas por oficiales del Estado Mayor.[24] La prensa conservadora lanzó entonces una cortina de fuego contra el primer ministro y su gabinete. En este sentido fue representativo un editorial del diario derechista *Novoye Vremia* donde se sostenía que la salvación de Rusia estaba en la aceptación indiscutida de la autoridad del comandante en jefe.[25] No hay pruebas de que Kornílov promoviera esta campaña política, pero, en tanto que era el principal beneficiario, quedó bajo sospecha. [img 59]

Vistas con frialdad, las muestras de simpatía hacia el comandante general eran una expresión de insatisfacción con el liderazgo de Kérenski, no un síntoma de la «contrarrevolución». El país ansiaba una autoridad firme, pero los socialistas eran insensibles a ese estado de ánimo. Más versados en historia que en política práctica, creían firmemente en la inevitabilidad de una reacción conservadora («bonapartista»).[69*] Ya el 24 y 25 de agosto, sin que ocurriese nada que lo justificara, la prensa socialista habló de contrarrevolución; el 25, el diario menchevique *Novaya Zhizn* anunció, bajo el titular de «Conspiración», que había una revuelta en pleno auge y expresó la esperanza de que el gobierno la reprimiera al menos con el mismo entusiasmo

que había mostrado contra los bolcheviques.[26]

Así, la trama estaba escrita: solo faltaba encontrar al protagonista.

A mediados de agosto, los alemanes lanzaron el ataque previsto contra Riga. Las tropas rusas, indisciplinadas y politizadas, retrocedieron y, entre el 20 y el 21 de ese mismo mes, abandonaron la ciudad. Para Kornílov, esta fue la prueba definitiva de la urgente necesidad de reorganizar el esfuerzo bélico de Rusia; de lo contrario, Petrogrado no tardaría en compartir la suerte de Riga. Para entender la atmósfera en la cual se desplegó el caso Kornílov no debe perderse de vista el trasfondo militar: en efecto, si bien tanto los contemporáneos como los historiadores han tratado el conflicto entre Kornílov y Kérenski exclusivamente como una lucha por el poder, para el general fue ante todo un esfuerzo crucial, tal vez el último, para salvar a Rusia de la derrota en la guerra.

Fuentes fidedignas de la inteligencia francesa comunicaron a Sávinkov, a mediados de agosto, que los bolcheviques planeaban otro *putsch* para comienzos de septiembre; la información se publicó el 19 de agosto en el diario *Russkoye Slovo*.[70*] La fecha coincidía con la que sería, a juicio del cuartel general, la fase siguiente de las operaciones alemanas, un avance desde Riga hacia Petrogrado.[27] El origen de esta información de inteligencia no se conoce; parece haber sido errónea, porque en las fuentes bolcheviques no hay nada que indique preparativos para un golpe en ese momento. Sávinkov la puso en conocimiento de Kérenski. Este se mostró impasible: entonces, como más adelante, creía que el golpe bolchevique era un producto de la imaginación de sus adversarios.[28] Pero pronto comprendió la utilidad de la información sobre un presunto *putsch* bolchevique como una excusa para desarmar a Kornílov. Pidió entonces a Sávinkov

que viajara de inmediato a Moguilev para cumplir las siguientes misiones: 1) sofocar en el cuartel general la conspiración de la oficialidad denunciada por Filonenko; 2) suprimir el Departamento Político en el Cuartel General del Ejército; 3) obtener el consentimiento de Kornílov para transferir al gobierno el mando de Petrogrado y sus alrededores y poner la zona bajo la ley marcial, y 4)

> solicitar al general Kornílov un cuerpo de caballería para imponer la ley marcial en Petrogrado y defender al Gobierno Provisional de cualquier ataque y, en particular, de un ataque de los bolcheviques, que ya se han rebelado entre el 3 y el 5 de julio y, según la información de inteligencia extranjera, vuelven a preparar un alzamiento relacionado con los desembarcos alemanes y una insurrección en Finlandia.[29]

La cuarta misión merece tenerse particularmente presente porque la posterior afirmación de Kérenski de que Kornílov había enviado la caballería contra Petrogrado para derrocar al gobierno sería uno de los fundamentos para acusar de traición al general.

El objetivo de la misión de Sávinkov en Moguilev era abortar una conspiración contrarrevolucionaria que presuntamente se urdía allí con el pretexto de hacer preparativos contra un *putsch* bolchevique. Más adelante, Kérenski admitió indirectamente que había pedido que algunas unidades militares —a saber, el Tercer Cuerpo de Caballería— se pusieran bajo su mando porque quería ser «militarmente independiente del cuartel general».[30] El hecho de retirar a Kornílov el mando del Distrito Militar de Petrogrado respondía al mismo fin.

Sávinkov llegó a Moguilev el 22 de agosto y permaneció allí hasta el 24.[31] Al iniciar su primera reunión con Kornílov dijo que, a pesar de sus diferencias, era esencial que este y el primer ministro colaboraran. El general estuvo de acuerdo; si bien consideraba a Kérenski débil e inepto para desempeñar sus responsabilidades, era un elemento necesario. Añadió que

el primer ministro haría bien en ampliar la base política del gobierno con la incorporación del general Alexéiev y socialistas patrióticos como Plejánov y Andréi A. Argunov. En relación con las propuestas de reforma de Kornílov, Sávinkov le aseguró que el gobierno estaba dispuesto a actuar en consonancia con ellas, y le mostró un borrador del último proyecto sobre el tema. Kornílov no lo consideró del todo satisfactorio, porque mantenía los comités del ejército y los comisarios. ¿Se implementarían pronto las reformas? Sávinkov respondió que el gobierno no quería darlas a conocer por el momento porque temía suscitar una reacción violenta del sóviet. Comunicó entonces al general que el gobierno disponía de información acerca de nuevos disturbios en Petrogrado que los bolcheviques planeaban para finales de agosto o comienzos de septiembre; la publicación prematura del programa de reformas militares podría desencadenar un levantamiento inmediato de los bolcheviques, en el cual el sóviet, que también se oponía a dichas reformas, tal vez se aliaría con ellos.

A continuación, Sávinkov se refirió al tema de las medidas para hacer frente al previsto golpe bolchevique. El primer ministro deseaba sacar la capital y los suburbios de la jurisdicción del Distrito Militar de Petrogrado y ponerlos bajo su mando directo. Aunque esta exigencia le disgustaba, Kornílov cedió. Como no podía predecirse la reacción del sóviet ante las reformas militares propuestas, y en vista del esperado *putsch* bolchevique, prosiguió Sávinkov, era conveniente reforzar la guarnición de Petrogrado con tropas de combate sólidas. Solicitó a Kornílov que en el plazo de dos días desplazara el Tercer Cuerpo de Caballería de Velíkiye Luki a las cercanías de la capital, donde la unidad quedaría bajo el mando gubernamental; tan pronto como se hubiera cumplido el traslado, debía notificarlo a Petrogrado por

telégrafo. De ser necesario, dijo, el gobierno estaba preparado para emprender una acción «implacable» contra los bolcheviques y, si el sóviet se les unía, también contra este. Kornílov accedió enseguida a esta petición.

También aceptó pedir que la Unión de Oficiales del cuartel general se trasladara a Moscú, pero se negó a prescindir del Departamento Político. Prometió, además, eliminar cualquier complot antigubernamental del que pudiera llegar a tener conocimiento en el cuartel general.[32]

En la mañana del 24 de agosto, cuando estaba a punto de partir hacia Petrogrado, Sávinkov hizo otras dos instancias. Aunque Kérenski puso después mucho énfasis en la incapacidad de Kornílov para cumplirlas, sabemos por lo que cuenta Sávinkov que este las había hecho por iniciativa propia.[33] Una era el reemplazo del general Krimov como comandante del Tercer Cuerpo antes de que este marchara a Petrogrado: la «reputación» de Krimov, en opinión de Sávinkov, podía generar «complicaciones indeseables». La segunda era la separación de la División Nativa del Tercer Cuerpo, con el argumento de que sería embarazoso que nativos caucásicos «liberaran» la capital de Rusia.

¿Adivinó Kornílov el engaño de Kérenski? Por sus palabras y sus actos habría que concluir que se tomó las instrucciones del primer ministro al pie de la letra, ignorante de que el verdadero objeto de la aprensión de Kérenski no eran los bolcheviques, sino el propio general. En el momento de la despedida, Kornílov aseguró a Sávinkov que tenía la intención de respaldar al primer ministro porque el país lo necesitaba.[34] A pesar de sus defectos, Kérenski era un verdadero patriota y para Kornílov los socialistas patrióticos eran un valioso recurso.

Tras la partida de Sávinkov, Kornílov dio órdenes al

general Krimov, a quien mantuvo en su puesto:

> 1. En caso de recibir de mí o directamente *in situ* información de que la insurrección bolchevique ha comenzado, se movilizará sin demora con el cuerpo hacia Petrogrado, ocupará la ciudad, desarmará las unidades de la guarnición de la capital que se hayan unido al movimiento bolchevique, desarmará a la población de Petrogrado y disolverá el sóviet.
>
> 2. Una vez cumplida esta misión, el general Krimov despachará a Oranienbaum una brigada con artillería; tras su llegada al lugar, demandará a la guarnición de Kronstadt desarmar la fortaleza y trasladarse al continente.[35]

Las dos misiones eran la puesta en práctica de las instrucciones de Kérenski. La primera —despachar el Cuerpo de Caballería a Petrogrado— respondía a la solicitud verbal de Sávinkov. La segunda —desarmar Kronstadt— estaba de conformidad con las órdenes de Kérenski emitidas el 8 de agosto pero que no llegaron a cumplirse.[36] Ambas tenían la finalidad de proteger de los bolcheviques al Gobierno Provisional. Tal vez pueda decirse que Kornílov se insubordinó al mantener a Krimov como comandante del Tercer Cuerpo de Caballería; para justificarse, el general explicó a Lukomski que el gobierno temía que aquel fuera demasiado duro en su enfrentamiento con los rebeldes, pero le estaría agradecido cuando todo terminara.[37] Lukomski se preguntó si las instrucciones impartidas por Sávinkov no eran una suerte de trampa; Kornílov desechó esas dudas aduciendo que su interlocutor era «demasiado suspicaz».[38]

En ese momento se presentaron dos oficiales para decirle que tenían 2.000 hombres en Petrogrado dispuestos a ayudar a reprimir a los bolcheviques. Le solicitaban 100 oficiales para dirigirlos. Kornílov les prometió proporcionárselos, no sin antes añadir que todo debía estar listo para el 26 de agosto, la fecha más próxima del posible golpe, de modo que cuando los bolcheviques se rebelaran, los voluntarios, al acercarse la caballería de Krimov, podrían tomar el Smolni, sede del

sóviet.[39]

El 25 de agosto, Sávinkov informó a Kérenski de que se cumplirían todas sus instrucciones. [img 60]

En esos momentos se produjo un incidente que transformó la discordia entre el primer ministro y el comandante en jefe en una ruptura declarada. El catalizador fue un autodesignado «salvador» del país, una especie de sembrador de tempestades llamado Vladímir Nikoláievich Lvov. De cuarenta y cinco años, perteneciente a una rica familia terrateniente y hombre de grandes ambiciones pero sin los talentos correspondientes, Lvov había tenido una vida agitada. Tras estudiar filosofía en la Universidad de San Petersburgo se matriculó en el Seminario Teológico de Moscú, luego cursó estudios esporádicos y durante un tiempo contempló la posibilidad de hacerse monje. Finalmente eligió la política. Se incorporó a los octubristas y fue diputado en la Tercera y la Cuarta Dumas. Durante la guerra perteneció al Bloque Progresista. Debido a sus amplias relaciones sociales logró que el Primer Gobierno Provisional lo designara procurador del Santo Sínodo, cargo que mantuvo hasta julio de 1917, cuando lo despidieron. Se tomó mal el despido y guardó rencor hacia Kérenski. Se dice que tenía un encanto personal considerable, pero se le juzgaba ingenuo e «increíblemente frívolo». George Katkov pone en duda su cordura.[40]

En agosto, Lvov se unió a un grupo de intelectuales conservadores de Moscú que querían salvar a Rusia del desastre inminente. El país no había tenido un verdadero gabinete desde comienzos de julio, cuando Kérenski asumió poderes dictatoriales. Como Kornílov, Lvov y sus amigos sentían que era necesario fortalecer el Gobierno Provisional con representantes de las empresas y las fuerzas armadas. Se sugirió a Lvov que transmitiera dichas ideas a Kérenski. El

iniciador de la jugada parece haber sido A. F. Aladin, una de esas figuras misteriosas de la Revolución rusa (como Nikolái V. Nekrásov y Vasili S. Zavoiko) que ejercieron gran influencia sin salir jamás de las sombras. Socialdemócrata revolucionario en su juventud, Aladin encabezó la facción *trudovik* en la Primera Duma. Tras la disolución de esta se trasladó a Inglaterra, donde permaneció hasta febrero de 1917. Era allegado a Kornílov. Estaban asociados al grupo I. A. Dobrinski, un funcionario de la Cruz Roja, y el hermano mayor de Lvov, Nikolái, un célebre diputado de la Duma y destacada figura del Bloque Progresista.

Conforme a las memorias de Lvov (que se han calificado, a pesar de todo, de muy poco fiables), durante la semana del 17 al 22 de agosto, tras la Conferencia de Estado, él oyó rumores de conspiraciones en el cuartel general para proclamar dictador a Kornílov y designarlo a él ministro del Interior.[71*] Según afirmaba, sintió el deber de informar a Kérenski. Ambos se reunieron la mañana del 22 de agosto. Kérenski dice que recibía muchas visitas de supuestos salvadores del país y les daba poca importancia, pero el «mensaje» de Lvov implicaba una amenaza que despertó su atención.[72*] Según él, Lvov le dijo que la base de apoyo del gobierno se había reducido tanto que era necesario, para apuntalarlo, invitar a participar en él a figuras públicas que tuvieran buenas relaciones con los militares. Decía hablar en nombre de esas figuras, pero se negó a identificarlas. Más tarde, Kérenski negó haberle dado autoridad para negociar en su nombre con nadie, y agregó que, antes de poder «manifestar una opinión» sobre las observaciones de su interlocutor, tenía que conocer los nombres de sus socios. Concretamente, negó haber discutido la posibilidad de que Lvov fuera a Moguilev a consultar a Kornílov.[41] Y señaló que, una vez que Lvov se marchó de su despacho, no volvió a pensar en la

conversación. No hay razón para dudar de él, pero es probable que, conscientemente o no, suscitara en aquel la impresión de que quería saber más y utilizarlo, si no como su representante, sí como un agente de inteligencia, para dilucidar si los persistentes rumores de complots antigubernamentales en Moguilev tenían algún fundamento. [73*]

Lvov regresó de inmediato a Moscú para informar a sus amigos de la conversación con el primer ministro: había sido fructífera, les dijo, y Kérenski estaba abierto a discutir una reorganización del gabinete. Basándose en el testimonio de Lvov, Aladin redactó un memorándum:

1. Kérenski está dispuesto a negociar con el cuartel general.
2. Las negociaciones deben realizarse a través de Lvov.
3. Kérenski acepta formar un gabinete que disfrute de la confianza del país y todas las fuerzas armadas.
4. En vista de estos hechos, deben plantearse demandas específicas.
5. Es preciso elaborar un programa específico.
6. Las negociaciones deben llevarse a cabo en la mayor reserva.[74*]

Este documento sugiere que, al informar sobre la conversación con Kérenski, Lvov exageró el interés del primer ministro en su propuesta.

Acompañado por Dobrinski, Lvov fue a Moguilev. Llegó el 24 de agosto, coincidiendo con la partida de Sávinkov. Como Kornílov se dedicaba a cumplir las instrucciones de Kérenski y estaba demasiado ocupado para recibirlo, se registró en un hotel, donde afirmó haber oído rumores del complot del comandante en jefe para matar a Kérenski. Horrorizado, había decidido proteger al primer ministro simulando actuar en su nombre y negociar una recomposición del gabinete. «Si bien Kérenski no me había dado una autoridad específica para llevar adelante las negociaciones con Kornílov —contó —, sentí que podía negociar en su nombre, ya que, en general,

él veía con buenos ojos la reorganización del gobierno».[42] Vio a Kornílov ya bien entrada la noche y volvió a verlo la mañana siguiente (25 de agosto). Conforme a la declaración de Kornílov y los recuerdos de Lukomski, que estaba presente, Lvov se identificó como representante del primer ministro en una «importante misión».[43] Con una temeraria falta de cautela, Kornílov no solicitó ver sus credenciales ni pidió a Petrogrado confirmación de su autoridad para hablar en nombre del primer ministro, pero se embarcó de inmediato con él en las discusiones políticas más sensibles y potencialmente incriminatorias. Su misión, dijo Lvov, era conocer los puntos de vista de Kornílov sobre la manera de garantizar un gobierno firme en Rusia. En su opinión, había tres formas para lograrlo: 1) que Kérenski asumiera poderes dictatoriales; 2) que se creara un directorio con Kornílov como uno de sus miembros, y 3) que este último asumiera el cargo de dictador, con Kérenski y Sávinkov en carteras ministeriales.[44] Kornílov se tomó esta información al pie de la letra porque un tiempo antes se le había dicho oficialmente que el gobierno contemplaba la posibilidad de un directorio basado en el modelo del gabinete de guerra inglés para mejorar la gestión del esfuerzo bélico.[45]

Al interpretar que Lvov aludía a un ofrecimiento de Kérenski para que él, Kornílov, asumiera poderes dictatoriales, este último respondió que prefería la tercera opción. No anhelaba el poder, dijo, y se subordinaría a cualquier jefe de Estado; pero de pedírsele que se hiciera cargo de la principal responsabilidad, como sugería Lvov (y presumiblemente el primer ministro), no se negaría.[46] Señaló, además, que, en vista del peligro de un inminente golpe bolchevique en Petrogrado, sería prudente que el primer ministro y Sávinkov buscaran refugio en Moguilev e

iniciaran allí con él discusiones sobre la composición del nuevo gabinete.

Terminada la reunión, Lvov partió de inmediato hacia Petrogrado.

Lukomski, que era políticamente más astuto, expresó sus sospechas sobre la misión de Lvov. ¿Kornílov le había pedido sus credenciales? No, respondió el general, porque sabía que Lvov era un hombre honorable. ¿Por qué Sávinkov no le había pedido su opinión sobre los cambios en el gabinete? Kornílov se encogió de hombros ante la pregunta.[47]

La noche del 25 de agosto, Kornílov invitó a Rodzianko, por telegrama, a ir a Moguilev tres días después, junto con otros dirigentes públicos. Lvov envió un mensaje similar a su hermano. En la reunión se iba a tratar la composición del nuevo gabinete.[48]

A las seis de la tarde del día siguiente (26 de agosto), Lvov se reunió con Kérenski en el Palacio de Invierno.[75*] Así como en su conversación con Kornílov se había hecho pasar por representante del primer ministro, ahora asumía el papel de agente del comandante en jefe. Sin contarle a Kérenski que había pedido la opinión de Kornílov sobre tres opciones para reestructurar el gobierno, que él había elaborado con sus amigos pero presentado como obra del primer ministro, dijo que el general pedía una autoridad dictatorial. Kérenski recuerda que al oírlo estalló en carcajadas. Pero la diversión pronto dio paso a la alarma. Pidió a Lvov que pusiera por escrito las demandas de Kornílov. Su interlocutor apuntó lo siguiente:

> El general Kornílov propone:
>
> 1. Que se proclame la ley marcial en Petrogrado.
> 2. Que toda la autoridad civil y militar se ponga en manos del comandante en jefe.

3. Que todos los ministros, sin excluir al primer ministro, dimitan y la autoridad ejecutiva provisional se transfiera a viceministros hasta que el comandante en jefe forme un gabinete.

V. Lvov[49]

Kérenski dice que tan pronto como leyó esas palabras comprendió lo que sucedía:[50] estaba en marcha un golpe militar. Podría haberse preguntado por qué Kornílov tenía que valerse como intermediario del ex procurador del Santo Sínodo y no de Sávinkov, o, mejor aún, podría haber corrido hasta el telégrafo más cercano para preguntar a Kornílov o Filonenko si era verdad que el comandante en jefe había encargado a Lvov negociar en su nombre. No hizo ni una ni otra cosa. Su certeza de que Kornílov estaba a punto de tomar el poder se vio reforzada debido a la insistencia de Lvov en señalar que el general quería que él y Sávinkov partieran esa misma noche hacia Moguilev. Kérenski dedujo que la intención de Kornílov era tomarlos prisioneros.

Existen pocas dudas de que las tres «condiciones» atribuidas por Lvov a Kornílov habían sido urdidas por él y sus amigos a fin de forzar la situación; no reflejaban la respuesta de aquel a las preguntas que le hacía —eso le habían dicho— el primer ministro, pero eran exactamente lo que Kérenski necesitaba para romper con Kornílov. Para conseguir una prueba irrebatible de la conspiración de este, Kérenski decidió por el momento seguir el juego. Invitó a Lvov a reunirse con él a las ocho de la noche en el despacho del ministro de la Guerra para comunicarse con el general por telégrafo.

Lvov, que en el intervalo había estado con Miliukov, llegó tarde. A las ocho y media, tras hacer esperar media hora a Kornílov, Kérenski inició una conversación telegráfica, en la que se hizo pasar por el ausente Lvov. Con este engaño esperaba, dijo más adelante, obtener o bien una confirmación

del ultimátum de Lvov o bien una negativa «desconcertante».

Lo que sigue es el texto completo de este célebre intercambio, tal como se registró en las cintas telegráficas:

> Kérenski: Primer ministro en la línea. Esperamos al general Kornílov.
>
> Kornílov: General Kornílov en la línea.
>
> Kérenski: Cómo está, general, V. N. Lvov y Kérenski están en la línea. Le pedimos que confirme que Kérenski puede actuar de acuerdo con la información que le transmitió Vladímir Nikoláievich.
>
> Kornílov: Cómo está, Alexánder Fiódorovich. Cómo está, Vladímir Nikoláievich. Para confirmar una vez más el marco de la situación en el que creo que se encuentran el país y el ejército, un marco que le esbocé a Vladímir Nikoláievich con la solicitud de que se lo transmitiera a usted, permítame señalar otra vez que los acontecimientos de los últimos días y los que ya están a la vista hacen ineludible llegar a una decisión absolutamente definitiva en el plazo más breve posible.
>
> Kérenski [simulando ser Lvov]: Yo, Vladímir Nikoláievich, pregunto *por esa decisión definitiva que tiene que tomarse, acerca de la cual usted me pidió informar a Alexánder Fiódorovich* estrictamente en privado. Sin esa confirmación personal suya, Alexánder Fiódorovich vacila en darme completo crédito.
>
> Kornílov: Sí, confirmo haberle pedido a usted que transmitiera a Alexánder Fiódorovich mi urgente solicitud de que *viniera a Moguilev*.
>
> Kérenski: Yo, Alexánder Fiódorovich, considero que su respuesta confirma las palabras que me transmitió Vladímir Nikoláievich. Me resulta imposible hacerlo y partir hoy, pero espero poder ir mañana. ¿Será necesaria la presencia de Sávinkov?
>
> Kornílov: Pido encarecidamente que Borís Viktorovich venga con usted. Lo que le dije a Vladímir Nikoláievich es igualmente aplicable a Borís Viktorovich. Le ruego con toda franqueza que no postergue su partida más allá de mañana. […]
>
> Kérenski: ¿Debemos ir solo si hay manifestaciones, acerca de las cuales están circulando rumores, o en cualquier caso?
>
> Kornílov: En cualquier caso.
>
> Kérenski: Adiós. Nos veremos pronto.
>
> Kornílov: Adiós.[51]

Este breve diálogo fue una comedia de errores con las más trágicas consecuencias. Más adelante, Kérenski sostuvo —y

persistió en esa versión hasta el fin de sus días— que Kornílov había «afirmado no solo la autoridad de Lvov para hablar en su nombre, sino también confirmado la exactitud de las palabras que Lvov le había atribuido», a saber, que demandaba poderes dictatoriales.[52] Pero sabemos por testigos presenciales situados en el otro extremo del aparato Hughes que, una vez terminada la conversación, Kornílov suspiró aliviado; el acuerdo de Kérenski para ir a Moguilev significaba a su entender que el primer ministro estaba dispuesto a trabajar conjuntamente para constituir un nuevo gobierno, un gobierno «fuerte». Esa misma noche discutió con Lukomski la composición del gabinete, en el que tanto Kérenski como Sávinkov tendrían cargos ministeriales. También envió telegramas a los principales hombres de Estado, invitándolos a reunirse con él y el primer ministro en Moguilev.[53]

Gracias a la existencia de las cintas puede establecerse que los dos hombres entablaron un diálogo de sordos. En lo que respecta a Kornílov, todo lo que le confirmó al supuesto Lvov (en realidad, Kérenski) era que, en efecto, había invitado al primer ministro y a Sávinkov a Moguilev. Kérenski interpretó —sin justificación alguna, salvo la proporcionada por su febril imaginación— que esa confirmación significaba que Kornílov pretendía tomarlo prisionero y proclamarse dictador. Cometía una omisión de monumentales proporciones al no preguntar sin rodeos, o siquiera indirectamente, si Kornílov le había dado a Lvov, en efecto, un ultimátum de tres puntos para que lo transmitiera. En la conversación con el primer ministro, el general no dijo nada acerca de la dimisión del gabinete y la puesta en sus manos de todo el poder militar y civil. De sus palabras —«Sí, confirmo haberle pedido a usted [esto es, a Lvov] que transmitiera a Alexánder Fiódorovich mi urgente solicitud de que viniera a Moguilev»—, Kérenski

decidió inferir que las tres condiciones políticas que le presentara Lvov también eran auténticas. Cuando Filonenko vio las cintas, señaló que «Kérenski nunca dijo qué era lo que preguntaba y Kornílov nunca supo a qué respondía».[76*] Kérenski creía que al hacerse pasar por Lvov se comunicaba con Kornílov en un código comprensible, pero en realidad lo que decía era un galimatías. Lo máximo que puede aducirse en defensa de su comportamiento es que estaba sobreexcitado. Pero queda la sospecha de si no escuchaba exactamente lo que quería escuchar.

Sobre la base de pruebas tan endebles, Kérenski decidió romper abiertamente con Kornílov. Cuando por fin apareció Lvov, lo hizo poner bajo arresto.[77*] Ignorando el ruego de Sávinkov, que le pedía que, antes de hacer algo precipitado, volviera a comunicarse con Kornílov para aclarar lo que a su juicio era un evidente malentendido, Kérenski convocó una reunión del gabinete para la medianoche. Contó a los ministros lo que había sucedido y solicitó «plena autoridad» —es decir, poderes dictatoriales— para poder hacer frente al golpe de Estado militar. Los ministros coincidieron en la necesidad de hacer frente al «general conspirador » y en que Kérenski debía contar con plenos poderes para ocuparse de la emergencia. Por consiguiente, le ofrecieron sus dimisiones, hecho que según el parecer de Nekrásov significaba en realidad que el Gobierno Provisional había dejado de existir. [54] Kérenski salió de la reunión como dictador nominal. Tras la finalización de la reunión del gabinete a las cuatro de la madrugada del 27 de agosto, no hubo más reuniones regulares de ese tipo; a partir de ese momento y hasta el 26 de octubre, las decisiones las tomaría Kérenski por sí solo o en consulta con Nekrásov y Teréschenko. En las primeras horas de la mañana, ya fuera con la aprobación de los ministros o sin ella —muy probablemente sobre la base de su autoridad

personal—, Kérenski envió a Kornílov un telegrama en el que lo destituía y le ordenaba que se presentara de inmediato en Petrogrado. Hasta que se designara a su sustituto, el general Lukomski ejercería de comandante en jefe.[78*] Al romper con Kornílov, el primer ministro podía proclamarse adalid de la revolución. Según Nekrásov, durante la reunión nocturna del gabinete, Kérenski dijo «No les daré la revolución»,[55] como si fuera cosa suya darla o no darla.

Mientras se producían estos acontecimientos, Kornílov, ignorante de la interpretación que Kérenski había hecho de su breve intercambio, siguió adelante con los preparativos para ayudar al gobierno a reprimir la prevista insurrección bolchevique. A las 2.40 envió un telegrama a Sávinkov: «El cuerpo estará reuniéndose en los alrededores de Petrogrado hacia anochecer 28 de agosto. Solicito que Petrogrado quede bajo ley marcial 29 de agosto».[56]

Si se necesitara alguna prueba más de que Kornílov no se embarcaba en un *putsch* militar, este telegrama debería proporcionarla, puesto que, de haber ordenado al Tercer Cuerpo marchar a Petrogrado para desalojar al gobierno, no se le habría ocurrido avisar a este por telégrafo. Es aún menos creíble que hubiera puesto su presunto golpe en manos de un subordinado. Zinaida Gippius, al reflexionar sobre el misterio del Caso Kornílov unos días después de estallar, se hacía una pregunta obvia: «¿Cómo puede ser que Kornílov haya enviado sus tropas mientras esperaba tranquilamente sentado en el cuartel general?».[57] En efecto, si el general hubiera realmente planeado derrocar al gobierno y proclamarse dictador, un hombre de su temperamento y presencia militar habría, sin lugar a dudas, dirigido en persona la operación.

A las siete de la mañana del 27 de agosto, la recepción en el cuartel general del telegrama de Kérenski informando de la

destitución de Kornílov sumió a los generales en una absoluta confusión. Su reacción inicial fue suponer que se trataba de una falsificación, no solo porque su contenido no tenía sentido en vista de la conversación mantenida por ambos diez horas antes, sino también porque su formato no era el adecuado, por faltar el habitual número de serie y estar firmado únicamente por «Kérenski», sin el título. Tampoco tenía fuerza legal, dado que por ley solo el gabinete estaba autorizado para destituir al comandante en jefe. (El cuartel general no sabía, claro está, que la noche anterior el gabinete había dimitido y Kérenski había asumido poderes dictatoriales.) Tras pensarlo mejor, los generales concluyeron que el mensaje tal vez fuera auténtico, pero que Kérenski lo había enviado bajo presión, posiblemente como prisionero de los bolcheviques. Basado en tales consideraciones, Kornílov se negó a dimitir y Lukomski a hacerse cargo de sus responsabilidades «hasta que las circunstancias se hubieran aclarado plenamente».[58] Convencido de que los bolcheviques ya tenían Petrogrado bajo su control, Kornílov, ignorando las instrucciones de Kérenski, ordenó a Krimov acelerar el avance de sus tropas.[59]

Para disipar cualquier confusión que pudiera haberse generado en Petrogrado en relación con la respuesta de Kornílov a las preguntas de Lvov, de quien por el momento nadie sospechaba que fuera un impostor, Lukomski envió al gobierno un telegrama firmado por él mismo, en el que reafirmaba la necesidad de una autoridad fuerte para impedir el derrumbe de las fuerzas armadas.[60]

Esa tarde, Sávinkov, que todavía desconocía las maquinaciones de Lvov pero sospechaba que se había cometido un error monumental, se puso en contacto con Kornílov. Vasili Maklákov, que se hallaba cerca, participó

hacia el final de la conversación.[61] Con referencia al último telegrama de Lukomski, Sávinkov sostuvo en tono de protesta que en su visita a Moguilev no había planteado en ningún momento cuestiones políticas. En respuesta, Kornílov mencionó por primera vez a Vladímir Lvov y aludió a las tres opciones que este le había presentado. Dijo a continuación que el Tercer Cuerpo de Caballería se movilizaba hacia Petrogrado en cumplimiento de instrucciones del gobierno, tal como las había transmitido Sávinkov. Actuaba con toda lealtad y no hacía sino llevar a la práctica las órdenes gubernamentales. «Del todo convencido de que la decisión [de destituirlo], absolutamente inesperada para mí, se había tomado bajo presión del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados […], declaro con firmeza […] que no dejaré mi puesto». Kornílov añadió que le gustaría reunirse con el primer ministro y Sávinkov en su cuartel general, confiando en que «el malentendido pudiera aclararse mediante explicaciones personales».

En ese momento, la ruptura aún era remediable. Si Kérenski hubiera mostrado al tratar las acusaciones contra Kornílov la misma circunspección con que se había ocupado un mes antes del caso de Lenin, y hubiese esperado las «pruebas documentales» que probaran «de manera definitiva [su] traición», todo lo que sucedió se habría evitado. Pero así como temía reprimir a Lenin, no tenía interés en reconciliarse con el general. Cuando Miliukov, tras ser informado del curso de los acontecimientos, ofreció sus servicios como mediador, Kérenski respondió que no podía haber conciliación con Kornílov.[62] Rechazó, además, una oferta similar de los embajadores aliados.[63] Quienes lo vieron durante esos días observaron que estaba sumido en un estado de completa histeria.[64]

Todo lo que se necesitaba para impedir una ruptura total entre el Gobierno Provisional y los generales era que Kérenski o su representante preguntaran sin ambages a Kornílov si había autorizado a Lvov a exigir poderes dictatoriales. Sávinkov lo urgió a hacerlo, pero Kérenski se negó.[65] Su incapacidad para dar ese paso evidente solo puede explicarse de dos maneras: o bien estaba en un estado mental que le impedía actuar con juicio o bien había decidido deliberadamente romper con Kornílov a fin de aparecer como el salvador de la revolución y, así, neutralizar el desafío de la izquierda.

Habiéndose enterado por Kornílov de los actos de Lvov, Sávinkov se apresuró a volver al despacho del primer ministro. Tropezó entonces con Nekrásov, quien le dijo que era demasiado tarde para buscar un acercamiento con Kornílov porque ya se había enviado a los diarios de la tarde la declaración donde Kérenski acusaba de traición al comandante en jefe.[66] Esto se había hecho pese a la promesa de Kérenski a Sávinkov de demorar la publicación del documento hasta poder comunicarse con Kornílov.[67] Algunas horas después, la prensa publicó en ediciones especiales un explosivo comunicado con la firma de Kérenski, que según se decía había redactado Nekrásov.[68] Golovin cree que este último lo dio a conocer de manera deliberada antes de que Sávinkov tuviera la oportunidad de informar de su conversación con Kornílov.[79*] El comunicado rezaba:

> El 26 de agosto, el general Kornílov envió a verme al diputado de la Duma Vladímir Nikoláievich Lvov, para demandar que el Gobierno Provisional le transfiriera toda la autoridad civil y militar, con la aclaración de que él mismo, y conforme a su propio criterio, designaría un nuevo gabinete para administrar el país. Posteriormente, el general Kornílov me confirmó, en una conversación directa por telegrama, la autoridad del diputado de la Duma Lvov para hacer dicha propuesta.[69]

Para defender el país de los intentos de «ciertos círculos de

la sociedad rusa» de aprovechar sus dificultades con el fin de «establecer […] un sistema político adverso a las conquistas de la revolución», proseguía la declaración, el gabinete había autorizado al primer ministro a destituir al general Kornílov y poner Petrogrado bajo la ley marcial.

La acusación de Kérenski suscitó un furor incontrolable en Kornílov porque tocaba su fibra más sensible, el patriotismo. Tras leerla, ya no pensó en aquel como un cautivo de los bolcheviques, sino como el autor de una despreciable provocación destinada a desacreditarlo tanto a él como a las fuerzas armadas. Respondió mediante el envío a los comandantes de todos los frentes de una réplica redactada por Zavoiko:[80*]

> En su primera parte el telegrama del primer ministro […] es una mentira absoluta. No envié al diputado de la Duma Vladímir Lvov al Gobierno Provisional; vino a mí como mensajero del primer ministro […]. De tal modo, se ha producido una gran provocación que pone en riesgo el destino de la patria.
>
> Pueblo ruso, ¡nuestra tierra natal agoniza!
>
> ¡El momento de la muerte está cerca!
>
> Forzado a hablar públicamente, yo, el general Kornílov, declaro que el Gobierno Provisional, bajo presión de la mayoría bolchevique del sóviet, actúa en pleno acuerdo con los planes del Estado Mayor General alemán y, simultáneamente con los inminentes desembarcos de fuerzas enemigas en la costa de Riga, destruye al ejército y provoca una conmoción interna. […]
>
> Yo, el general Kornílov, hijo de un campesino cosaco, declaro ante todos y cada uno que en lo personal no deseo otra cosa que la salvación de la Gran Rusia. Juro conducir al pueblo a la victoria sobre el enemigo para llegar a la Asamblea Constituyente, donde él decidirá su propio destino y escogerá su nuevo sistema político.[70]

Esto era, finalmente, un motín. Kornílov admitió más adelante que se había decidido por una ruptura abierta con el gobierno porque este lo había acusado de rebelión declarada, es decir, traición. Golovin cree que Kérenski, con sus actos, incitó al general a rebelarse,[71] un análisis que es correcto en el sentido de que Kornílov solo se rebeló después de que fuera

acusado de rebelión. [img 61]

Que Kérenski quería ahondar la brecha más que repararla resultó evidente en los varios comunicados que dio a conocer el 28 de agosto. En uno de ellos mandaba a todos los comandantes militares ignorar las órdenes de Kornílov, a quien acusaba de haber «traicionado a la patria».[72] En otro mentía a la opinión pública en relación con las razones del avance del cuerpo de Krimov sobre Petrogrado:

> El general Kornílov, ex comandante en jefe, tras rebelarse contra la autoridad del Gobierno Provisional y a pesar de profesar en sus telegramas patriotismo y lealtad al pueblo, ha demostrado ahora con hechos su traición. Ha retirado regimientos del frente, debilitando su resistencia al despiadado enemigo, el alemán, y los ha enviado contra Petrogrado. Ha hablado de salvar a la patria, pero instiga conscientemente una guerra fratricida. Dice estar a favor de la libertad y envía divisiones nativas contra Petrogrado.[73]

¿Había olvidado Kérenski, como iba a sostener más adelante, que apenas una semana antes había ordenado que el Tercer Cuerpo de caballería se trasladara a Petrogrado para quedar bajo su mando?[74] Considerar plausible una explicación semejante sería de una credulidad extrema.

Durante los tres días siguientes, Kornílov trató sin éxito de unir a la nación «para sacar a nuestra patria de las manos de los mercenarios bolcheviques que sojuzgan Petrogrado».[75] Apeló tanto a las fuerzas armadas regulares como a los cosacos y ordenó a Krimov ocupar la capital. Muchos generales le brindaron su apoyo moral y enviaron telegramas a Kérenski para quejarse del trato que aplicaba al comandante en jefe.[76] Pero ni ellos ni los políticos conservadores lo acompañaron, confundidos por la desinformación propagada por Kérenski, que, al distorsionar de manera flagrante el trasfondo de los acontecimientos, convertía a Kornílov en un amotinado y un contrarrevolucionario. El hecho de que los generales de mayor jerarquía se negaran a seguirlo aporta una prueba más de que no habían estado conspirando contra él.

El 29 de agosto, Kérenski despachó el siguiente telegrama a Krimov:

> Calma absoluta en Petrogrado. No se esperan disturbios [*vistuplenia*]. Sus tropas no serán necesarias. El Gobierno Provisional le ordena, bajo su responsabilidad personal, detener el avance sobre Petrogrado, ordenado por el destituido comandante en jefe, y dirigir las tropas no hacia la capital, sino hacia su destino operativo en Narva.[77]

El mensaje solo tenía sentido si Kérenski suponía que Krimov se movilizaba hacia Petrogrado para sofocar los disturbios bolcheviques. Aunque confundido, Krimov obedeció. La División Cosaca del Ussuri se detuvo en Krásnoie Seló, cerca de la capital, y el 30 de agosto juró lealtad al Gobierno Provisional. La División Nativa, aparentemente por orden de Krimov, también interrumpió su avance. Las acciones de la División Cosaca del Don no pueden determinarse. Sea como fuere, las fuentes disponibles indican que el papel habitualmente atribuido a agitadores enviados por el sóviet para disuadir al Tercer Cuerpo de avanzar sobre Petrogrado se ha exagerado de manera considerable. Si las fuerzas de Krimov no ocuparon la capital fue principalmente porque sus oficiales al mando advirtieron que, a pesar de lo que se les había dicho, la ciudad no estaba en manos de los bolcheviques y sus servicios no eran necesarios.[81*]

Krimov llegó a Petrogrado el 31 de agosto invitado por Kérenski y con una promesa de seguridad personal. Vio al primer ministro ese mismo día. Le explicó que había desplazado sus soldados a la capital en su ayuda y la del gobierno. No bien supo de la existencia de un malentendido entre el gobierno y el cuartel general, ordenó a sus hombres que se detuvieran. Nunca había tenido intenciones de rebelarse. Sin entrar en explicaciones ni querer siquiera estrecharle la mano, Kérenski lo despidió con la orden de presentarse ante la Administración de la Corte Naval Militar. Krimov se fue en cambio al piso de un amigo y se disparó en

el corazón.[82*] [img 62]

Como los dos generales a quienes había pedido que asumieran las responsabilidades de Kornílov —Lukomski y luego Vladislav N. Klembovski— se habían negado a hacerlo, Kérenski se hallaba en la incómoda situación de tener que dejar el mando militar en manos de un hombre a quien había acusado públicamente de traición. Después de haber indicado a los comandantes militares que ignoraran las órdenes de Kornílov, ahora volvía sobre sus pasos y los autorizaba, por el momento, a obedecerlo en cuanto fuera de carácter estrictamente militar. Kornílov juzgó extraordinaria la situación: «Ha ocurrido un episodio que es único en la historia del mundo —escribió—, el comandante en jefe, acusado de traición […], ha recibido la orden de seguir al mando de sus ejércitos porque no hay ningún otro a quien pueda designarse».[78]

Tras la ruptura con Kérenski, Kornílov se hundió en el abatimiento, convencido de que el primer ministro y Sávinkov le habían tendido deliberadamente una trampa. Temerosa de que se suicidara, su esposa le pidió que dejase su revólver.[79] Alexéiev llegó a Moguilev el 1 de septiembre para asumir el mando. Kérenski había tardado tres días en lograr que aceptara la misión. Kornílov cedió sin resistirse; solo pidió que el gobierno estableciera una sólida autoridad y dejara de maltratarlo.[80] En un principio, se le puso bajo arresto en un hotel de Moguilev y luego se le trasladó a la fortaleza de Bíjov, donde Kérenski encarceló a otros treinta oficiales sospechosos de participar en la «conspiración». En ambos lugares, el general contó con la custodia de los fieles turcomanos tekes. Kornílov escapó de Bíjov poco después del golpe bolchevique y llegó al Don, donde fundaría con Alexéiev el Ejército Voluntario.

¿Hubo un «complot Kornílov»? Casi con seguridad no. Antes bien, todas las pruebas disponibles apuntan a un «complot Kérenski» urdido para desacreditar al general como cabecilla de una contrarrevolución imaginaria pero largamente anticipada, cuya represión elevaría al primer ministro a una posición de popularidad y poder sin igual, lo cual le permitiría hacer frente a la creciente amenaza representada por los bolcheviques. No puede ser una coincidencia que ninguno de los elementos presentes en un auténtico golpe de Estado saliera jamás a la luz: listas de conspiradores, esquemas organizativos, señales en código, programas. Hechos sospechosos como la comunicación con oficiales de Petrogrado y las órdenes a las unidades militares son en todos los casos perfectamente explicables en el contexto del *putsch* previsto de los bolcheviques. De haberse tramado un complot de oficiales, algunos generales, sin duda, se habrían hecho eco de las instancias de Kornílov a participar en su motín. Pero ninguno de ellos lo hizo. Ni Kérenski ni los bolcheviques pudieron nunca identificar a una sola persona que admitiera haber sido cómplice de Kornílov, o de la que pudiera demostrarse que lo había sido; y hablar de una conspiración de una sola persona es un evidente disparate. Una comisión designada en octubre de 1917 terminó en junio de 1918 (es decir, ya bajo la dominación bolchevique) la investigación del Caso Kornílov. Su conclusión fue que las acusaciones levantadas contra el general eran infundadas: sus movimientos militares no habían tenido por objeto derrocar al Gobierno Provisional, sino defenderlo de los bolcheviques. La comisión absolvió a Kornílov de toda culpa, y acusó a Kérenski de «distorsionar deliberadamente la verdad en la cuestión […] por carecer de valor para admitir su responsabilidad en el gigantesco error» que había cometido. [83*][81]

Kornílov no era una persona particularmente complicada y su comportamiento en julio y agosto de 1917 puede explicarse sin recurrir a teorías conspirativas. Rusia y la guerra eran su primera y más fundamental preocupación. Le alarmaban las vacilantes políticas del Gobierno Provisional y su dependencia del sóviet, que con su intromisión en los asuntos militares había hecho prácticamente imposible la conducción de operaciones en ese terreno. Tenía motivos para creer que había agentes enemigos infiltrados en el gobierno. Pero aun cuando no considerara a Kérenski apto para el cargo, no sentía animosidad personal contra él y lo juzgaba indispensable en el gobierno. La conducta de Kérenski en agosto lo hizo dudar de que el primer ministro fuera dueño de sí mismo. Su incapacidad para llevar a cabo unas reformas militares que creía convenientes, como Kornílov sabía, convencieron a este de que Kérenski era un prisionero del sóviet y de los agentes alemanes que actuaban en él. Cuando Sávinkov le habló del inminente *putsch* bolchevique y pidió asistencia militar para sofocarlo, Kornílov vio una oportunidad de ayudar al gobierno a liberarse del sóviet. Tenía muy buenas razones para esperar que, después de la liquidación del *putsch*, se pusiera fin a la «dualidad de poder» y se estableciera en Rusia un régimen nuevo y eficaz. Quería formar parte de este. El general Lukomski, que estuvo a su lado a lo largo de esos críticos días, propone lo que parece una explicación razonable del modo de pensar de Kornílov durante el breve intervalo entre la visita de Sávinkov a Moguilev y su ruptura con Kérenski:

> Supongo que el general Kornílov, por estar convencido del ataque bolchevique en Petrogrado y de la necesidad de reprimirlo de la manera más implacable, suponía que esto desembocaría naturalmente en una crisis gubernamental y la instauración de un nuevo gobierno, una nueva autoridad. Decidió participar en la formación de esa autoridad junto con algunos miembros del Gobierno Provisional vigente e importantes figuras públicas y políticas en cuyo pleno apoyo tenía, al parecer, razones para

> confiar. Por sus palabras sé que el general Kornílov había discutido la formación del nuevo gobierno, al que se incorporaría en carácter de comandante en jefe, con Alexánder F. Kérenski, Sávinkov y Filonenko.[82]

Cuesta justificar la definición de «traición» con que se caracterizaron los esfuerzos del comandante en jefe por revitalizar las fuerzas armadas y contribuir a restablecer un gobierno eficaz. Como hemos visto, Kornílov solo se rebeló después de que lo acusaran, sin causa, de ser un traidor. Fue víctima de la ambición ilimitada de Kérenski y fue sacrificado al fútil intento del primer ministro de apuntalar su desgastada base política. Un periodista inglés que observó de primera mano los acontecimientos hace una síntesis justa de lo que Kornílov quería y no logró conseguir:

> Quería fortalecer el gobierno, no debilitarlo. No quería usurpar su autoridad, sino impedir que otros lo hicieran. Quería obligarlo a ser lo que siempre había profesado ser pero nunca [había] sido realmente: el depositario único e incuestionable del poder administrativo. Quería emanciparlo de la influencia ilícita y paralizante de los sóviets. A la larga, esa influencia destruyó Rusia, y el desafío planteado por Kornílov al gobierno fue un último y desesperado esfuerzo por detener el proceso de su destrucción.[83]

Si es correcto decir que Kérenski provocó la ruptura con Kornílov para realzar su autoridad, no solo no lo consiguió, sino que hizo exactamente lo contrario. El choque puso mortalmente en riesgo sus relaciones con los círculos conservadores y liberales sin consolidar su base socialista. Los principales beneficiarios del Caso Kornílov fueron los bolcheviques; después del 27 de agosto, la adhesión socialista revolucionaria y menchevique de la que Kérenski dependía se desvaneció. En esos momentos, el Gobierno Provisional dejó de funcionar, aun en el limitado sentido en que cabe decir que lo había hecho hasta entonces. En septiembre y octubre, Rusia fue a la deriva sin timón. Quedaba así preparado el escenario para una contrarrevolución de la izquierda. De tal modo, al escribir más adelante que «solo fue el 27 de agosto el que hizo

posible [el golpe bolchevique d]el 27 de octubre», Kérenski tenía razón, pero no en el sentido que él pretendía.[84]

Como se ha señalado, Kérenski nunca aplicó ninguna medida punitiva seria contra los bolcheviques por el *putsch* de julio. Según su jefe de contrainteligencia, el coronel Nikitin, entre el 10 y el 11 de julio incluso despojó al Estado Mayor militar de la autoridad de arrestar a los bolcheviques y le prohibió confiscar las armas halladas en su poder.[85] A finales de julio miró para otro lado mientras los bolcheviques celebraban el Sexto Congreso del Partido en Petrogrado.

Esta pasividad se debía en gran medida a su deseo de calmar al Ispolkom, que se inclinaba a favor de los bolcheviques. Como hemos visto, el 4 de agosto este órgano aprobó una resolución, propuesta por Tsereteli, para detener la «persecución» de las personas involucradas en lo que se llamaba, con delicadeza, los «sucesos del 3 al 5 de julio». En la sesión del 18 de agosto, el sóviet votó «protestar enérgicamente contra las detenciones y los excesos ilegales» cometidos contra los representantes de las «corrientes extremas de los partidos socialistas».[86] En respuesta, el gobierno comenzó a liberar uno por uno a los bolcheviques más célebres, a veces bajo fianza, otras con el aval de amigos. El primero en ser liberado (y absuelto de todos los cargos) fue Kámenev, que recuperó la libertad el 4 de agosto. Lunacharski, Vladímir Antónov-Ovséienko y Alexandra Kolontái quedaron libres poco después. Otros los siguieron.

Entretanto, los bolcheviques se consolidaban como fuerza política. Se beneficiaron de la polarización política producida durante el verano, cuando los liberales y conservadores gravitaron hacia Kornílov y los radicales viraron hacia la extrema izquierda. Obreros, soldados y marineros, indignados con las vacilaciones de los mencheviques y

socialistas revolucionarios, los abandonaron en tropel para inclinarse por la única alternativa, los bolcheviques. Pero también había cansancio político. Los rusos que en la primavera habían acudido en gran número a los colegios electorales se cansaron de las elecciones que no hacían nada para mejorar su condición. Esto es lo que sucedió especialmente en el caso de los elementos conservadores que sentían no tener oportunidad alguna contra los radicales, pero puede decirse otro tanto de los electorados liberal y socialista moderado. Esta tendencia puede demostrarse con los resultados de las elecciones municipales en Petrogrado y Moscú. En los comicios para el Consejo Municipal de la capital, celebrados el 20 de agosto, una semana antes del incidente Kornílov, los bolcheviques pasaron del 20,4 por ciento obtenido en mayo de 1917 al 33,3 por ciento, o sea, un crecimiento de más de una vez y media. En números absolutos, sin embargo, sus votos solo aumentaron un 17 por ciento debido a la caída de la concurrencia a las urnas. Mientras que en las elecciones de la primavera había votado un 70 por ciento de los habilitados, en agosto la proporción cayó al 50 por ciento; en algunos distritos de la capital, la mitad de los que antes habían votado se abstuvieron.[84*][87] En Moscú, en las elecciones municipales de septiembre la caída de la participación de los votantes fue aún más espectacular. El número de votos fue de 380.000, en comparación con los 640.000 de junio. Más de la mitad fueron a los bolcheviques, que cosecharon 120.000 votos, en tanto que los socialistas (socialistas revolucionarios, mencheviques y asociados) perdieron 375.000 votantes; es de presumir que la mayoría de estos últimos habían decidido quedarse en casa.[88]

Elecciones municipales de Moscú (en porcentaje de escaños)

Partido	*Junio de 1917*	*Septiembre de 1917*	*Variación*
Socialistas revolucionarios	58,9	14,7	– 44,2
Mencheviques	12,2	4,2	– 8,0
Bolcheviques	11,7	49,5	+ 37,8
Kadetes	17,2	31,5	+ 14,3

Un efecto de esta polarización fue la erosión de la base política con la que Kérenski había contado en su puja por un poder sin rivales. El pobre desempeño de los partidos socialistas en las elecciones municipales de Petrogrado a mediados de agosto tal vez fue un factor importante en su comportamiento posterior ese mismo mes. En efecto, si su base política se desintegraba, ¿qué mejor manera de realzar su popularidad e influencia en la izquierda que presentarse como el vencedor de la «contrarrevolución», aun cuando esta solo fuera imaginaria?

El Caso Kornílov elevó la suerte de los bolcheviques a alturas sin precedentes. Para neutralizar el *putsch* fantasma de Kornílov e impedir que las tropas de Krimov ocuparan Petrogrado, Kérenski pidió ayuda al Ispolkom. En una sesión celebrada en la noche del 27 al 28 de agosto, este aprobó, por moción de los mencheviques, la creación de un «Comité de Lucha contra la Contrarrevolución». Pero como la Organización Militar bolchevique era la única fuerza que el Ispolkom podía invocar, el efecto de la medida fue poner a los bolcheviques a cargo del contingente militar del sóviet;[89] de este modo, los incendiarios de ayer se convertían en los bomberos de hoy. Kérenski también apeló directamente a ellos para que lo ayudaran contra Kornílov usando su influencia entre los soldados, que había crecido de manera apreciable en los últimos tiempos.[90] Un agente suyo pidió a los marineros del crucero *Aurora*, conocido por sus tendencias anarquistas y bolcheviques, que se encargaran de

la protección del Palacio de Invierno, residencia de Kérenski y sede del Gobierno Provisional.[91] Moiséi S. Uritski afirmaría más adelante que esas acciones de Kérenski «rehabilitaron» a los bolcheviques. Kérenski también hizo posible que estos últimos se armaran al entregar 40.000 armas a los trabajadores, una buena parte de las cuales cayó en manos de aquellos, que las conservaron una vez pasada la crisis.[92] El progreso de la rehabilitación del Partido Bolchevique puede medirse si se tiene en cuenta la decisión del gobierno, el 30 de agosto, de liberar a todos sus miembros aún detenidos, con la excepción de los pocos contra los cuales se había iniciado un proceso.[93] Trotski fue uno de los beneficiarios de esta amnistía: liberado de la prisión de Kresti el 3 de septiembre gracias a una fianza de 3.000 rublos, se hizo cargo de la facción bolchevique en el sóviet. Hacia el 10 de octubre, casi todos los bolcheviques (salvo veintisiete) estaban en libertad[94] y se preparaban para el próximo golpe, mientras que Kornílov y otros generales languidecían en la fortaleza de Bíjov. El 12 de septiembre, el Ispolkom había solicitado al gobierno que diera garantías de seguridad personal y un juicio justo a Lenin y Zinóviev.[95]

Una consecuencia no menos importante del Caso Kornílov fue la ruptura entre Kérenski y los militares. En efecto, si bien el cuerpo de oficiales, confundido con las cuestiones suscitadas y no dispuesto a desafiar abiertamente al gobierno, se negó a unirse al motín del general, despreció al primer ministro por el trato infligido a su comandante, el arresto de muchos generales notorios y su indulgencia con la izquierda. Cuando a finales de octubre Kérenski pidió ayuda militar para salvar a su gobierno del ataque bolchevique, los oficiales hicieron oídos sordos a sus ruegos.

El 1 de septiembre, Kérenski proclamó la «república» en

Rusia. Una semana después (8 de septiembre) suprimió el Departamento de Contrainteligencia Política y se privó así de la principal fuente de información sobre los planes bolcheviques.[96]

Ahora, era solo cuestión de tiempo que alguien capaz de proponer un liderazgo firme le arrebatase el poder. La persona en cuestión tenía que proceder de la izquierda. Fueran cuales fuesen las diferencias que los dividían, los partidos izquierdistas cerraban filas cuando se enfrentaban al espectro de la «contrarrevolución», término que según su definición incluía cualquier intento de volver a instaurar en Rusia un gobierno eficaz y una fuerza militar viable. Pero como el país tenía que contar con uno y otra, la iniciativa para restablecer el orden debía surgir de sus propias filas; la «contrarrevolución» aparecería bajo el disfraz de la «verdadera» revolución.

Mientras tanto, en su escondite, Lenin se dedicaba a rediseñar el mundo.

Acompañado por Zinóviev y un obrero llamado Nikolái A. Yemelianov, llegó la noche del 9 de julio a Razliv, un enlace ferroviario en una región de dachas campestres. Lenin se hizo afeitar la barba y tras ello, disfrazados de peones rurales, los dos bolcheviques se dirigieron a una choza de las cercanías, que sería su hogar durante el mes siguiente.

Lenin, que aborrecía las memorias, no dejó testimonio escrito de este período de su vida, pero hay un breve testimonio de Zinóviev.[97] Si bien ambos estaban escondidos, mantenían contacto con la capital a través de mensajeros. Los ataques a él y su partido irritaban tanto a Lenin que durante un tiempo se negó a leer los periódicos. Los acontecimientos del 4 de julio lo tenían preocupado; a menudo se preguntaba en voz alta si los bolcheviques no podrían haber tomado el

poder, y siempre llegaba a una conclusión negativa. Cuando las lluvias de finales de verano inundaron su choza, llegó el momento de mudarse. Zinóviev volvió a Petrogrado, en tanto que Lenin iba a Helsinki. Para entrar en Finlandia se valió de documentos falsos que lo identificaban como un obrero; a juzgar por la fotografía del pasaporte, que lo muestra pulcramente afeitado y con peluca, el disfraz le daba una apariencia un tanto atildada.

Apartado de la actividad cotidiana de su partido y tal vez resignado a que quizá nunca más tendría la oportunidad de tomar el poder, Lenin dedicó su atención a los objetivos a largo plazo del movimiento comunista. Volvió a trabajar en su ensayo sobre Marx y el Estado, que publicaría un año después con el título *El Estado y la revolución*. Este sería su legado a las generaciones venideras, un plan de acción para la estrategia revolucionaria tras el derrocamiento del orden capitalista.

El Estado y la revolución es una obra nihilista que defiende que la revolución debe destruir de raíz todas las instituciones «burguesas». Lenin comienza con citas de Engels acerca de que el Estado, siempre y en todas partes, ha representado los intereses de la clase explotadora y reflejado los conflictos entre clases. El líder bolchevique da por demostrada esta proposición y profundiza en ella exclusivamente con referencia a Marx y Engels, sin mencionar la historia ni de las instituciones ni de las prácticas políticas.

El mensaje central de la obra procede de las lecciones que Marx había extraído de la Comuna de París y que formuló en *El 18 brumario de Luis Bonaparte*: «La república parlamentaria, en su lucha contra la revolución, viose obligada a fortalecer, junto con las medidas represivas, los medios y la centralización del poder del gobierno. Todas las

revoluciones perfeccionaban esta máquina, en vez de destrozarla».[85*] En una carta a un amigo, Marx reformuló su argumentación: «Si miras el último capítulo de mi *18 de brumario*, verás que presento como próximo intento de la Revolución francesa no transferir de unas manos a otras la máquina burocrática militar, como se ha hecho hasta ahora, sino *destrozarla*».[98]

Nada de lo que Marx escribiera sobre la estrategia y la táctica de la revolución se grabó más profundamente en la mente de Lenin, que citaba con frecuencia este pasaje, que constituía su guía para la acción después de la toma del poder. La furia destructiva con que acometía contra el Estado y la sociedad rusos y todas sus instituciones hallaba su justificación teórica en esta máxima de Marx. Este aportó a Lenin una solución al problema más complicado al que se enfrentaban los revolucionarios modernos: cómo impedir que una reacción contrarrevolucionaria echara a perder los éxitos de la revolución. Dicha solución consistía en liquidar la «máquina burocrática militar» del antiguo régimen a fin de privar a la contrarrevolución de un terreno donde crecer.

¿Con qué se reemplazaría el viejo orden? Con referencia nuevamente a los escritos de Marx sobre la Comuna de París, Lenin apuntaba a instituciones en las que participaran las masas, como las comunas y las milicias del pueblo, que no brindaban refugio a los cuadros de funcionarios públicos y oficiales reaccionarios. En este aspecto, predecía la desaparición final de la burocracia profesional: «Bajo el socialismo *todos* intervendrán por turno en el gobierno y pronto se acostumbrarán a que nadie gobierne».[99] Más tarde, cuando la burocracia comunista alcanzó proporciones inauditas, se le reprocharía este pasaje. Es indiscutible que para Lenin fue una sorpresa muy desagradable y motivo de

preocupación el surgimiento en la Rusia soviética de una burocracia mastodóntica; esta fue quizá su principal inquietud en su último año de vida. Sin embargo, nunca tuvo la esperanza de que la burocracia se desvanecería con la caída del «capitalismo». Comprendía que, tras la revolución, la «dictadura del proletariado» tendría que asumir durante largo tiempo la forma de un Estado, con todo lo que esto implicaba: «En la *"transición"* del capitalismo hacia el comunismo, la represión *aún* es necesaria, pero ya es la represión de la minoría de los explotadores por la mayoría de los explotados. *Todavía* es necesario un aparato especial, una máquina especial de represión, el "Estado"».[100]

Mientras trabajaba en *El Estado y la revolución*, Lenin también abordó la cuestión de las políticas económicas de un futuro régimen comunista. Lo hizo en dos ensayos escritos en septiembre, después del caso Kornílov, cuando las perspectivas bolcheviques mejoraron de manera inesperada.[101] La tesis de estos trabajos es muy diferente de la de sus escritos políticos. Si bien resuelto a «destrozar» el viejo Estado y sus fuerzas armadas, Lenin estaba a favor de conservar la economía «capitalista» y aprovecharla al servicio del Estado revolucionario. Analizaremos este tema en el capítulo dedicado al «comunismo de guerra». Baste decir aquí que las ideas económicas de Lenin provenían de la lectura de algunos escritores alemanes contemporáneos, en particular Rudolf Hilferding, quien sostenía que el capitalismo avanzado o «financiero» había llegado a un nivel de concentración tal que era relativamente fácil instaurar el socialismo mediante el sencillo recurso de nacionalizar los bancos y las corporaciones.

Así, si bien pretendía extirpar de raíz todo el aparato político y militar del viejo régimen, el régimen «capitalista»,

Lenin quería mantener y utilizar su aparato económico. Sin embargo, a la larga, destruiría los tres.

Pero eso era cosa del futuro. Los problemas inmediatos se relacionaban con la táctica revolucionaria, y en este punto Lenin discrepaba con sus camaradas.

A pesar de la disposición de los socialistas del sóviet a perdonar y olvidar el *putsch* de julio, y de su defensa de los bolcheviques contra el hostigamiento del gobierno, Lenin decidió que había pasado la hora de enmascarar su puja por el poder bajo consignas soviéticas; en lo sucesivo, los bolcheviques tendrían que luchar por el poder directa y abiertamente por medio de una insurrección armada. En «La situación política», un artículo escrito el 10 de julio, un día antes de llegar a su escondite rural, sostenía:

> Todas las esperanzas de una evolución pacífica de la Revolución rusa han desaparecido sin dejar huella. La situación objetiva: o bien el triunfo definitivo de la dictadura militar o el triunfo de la *lucha decisiva de los obreros*. […]
>
> La consigna del traspaso de todo el poder a los sóviets era la consigna de la evolución pacífica de la revolución, que fue posible en abril, mayo, junio y hasta el 5-9 de julio, es decir, antes de que el poder real pasara a manos de la dictadura militar. Hoy esa consigna ya no es válida, porque no tiene en cuenta el traspaso completo [del poder] y la traición total, en los hechos, de los socialistas revolucionarios y los mencheviques a la revolución.[102]

En la versión original del manuscrito, Lenin había escrito «insurrección armada», que luego modificó por «lucha decisiva de los obreros».[103] La novedad de estas observaciones no estaba en que el poder debía tomarse por la fuerza —los obreros, soldados y marineros bolcheviques armados que habían tomado las calles de Petrogrado en abril y julio distaban de haber organizado un festival de danzas y canciones—, sino en que ahora los bolcheviques tenían que actuar por sí mismos, sin simular actuar en nombre de los sóviets.

El Sexto Congreso bolchevique celebrado a finales de julio aprobó este programa. Su resolución afirmaba que Rusia era ahora gobernada por una «dictadura de la burguesía imperialista contrarrevolucionaria», bajo la cual la consigna de «todo el poder para los sóviets» había perdido validez. La nueva consigna instaba a la «liquidación» de la «dictadura» de Kérenski. Esa era la tarea del Partido Bolchevique, que arrastraría consigo a todos los grupos opuestos a la contrarrevolución, encabezados por el proletariado y apoyados por los campesinos pobres.[104] Si se analizan con frialdad, las premisas de esta resolución eran absurdas y sus conclusiones, engañosas, pero su significado en cuestiones prácticas era inconfundible: en adelante los bolcheviques librarían una guerra tanto contra el Gobierno Provisional como contra el sóviet.

Muchos bolcheviques no estaban felices con la nueva táctica y el abandono de las consignas favorables al sóviet. Ese mismo mes de julio, en otra ocasión, Stalin intentó tranquilizarlos asegurándoles que «el partido está sin lugar a dudas a favor de los sóviets donde tenemos una mayoría».[105]

Pero no pasó mucho tiempo antes de que los bolcheviques, al advertir un enfriamiento general del interés en los sóviets, volvieran a cambiar otra vez de opinión; esta creciente indiferencia, en efecto, les brindaba la oportunidad de infiltrarse en su organización y manipularlos en beneficio de sus propios fines. *Izvestia*, el órgano soviético oficial, decía a principios de septiembre que «en tiempos recientes puede observarse indiferencia hacia el trabajo en los sóviets. […] A decir verdad, de los más de 1.000 delegados [del Sóviet de Petrogrado] solo 400 o 500 asisten a sus reuniones, y quienes no hacen acto de presencia son justamente representantes de partidos que hasta ahora habían constituido una mayoría del

sóviet»,[106] es decir, mencheviques y socialistas revolucionarios. La misma queja podía leerse en *Izvestia* un mes después en un editorial titulado «Crisis en la organización del sóviet». Su autor recordaba que en el momento de mayor popularidad de los sóviets, el departamento «interurbano» (*inogorodnyi*) del Ispolkom registraba hasta 800 de esos órganos en el país. En octubre, muchos de ellos ya no existían o solo existían sobre el papel. Los informes de las provincias indicaban que los sóviets estaban perdiendo prestigio e influencia. El editorial se quejaba de la incapacidad de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados para unirse con las organizaciones campesinas, razón por la cual el campesinado se mantenía «completamente al margen» de la estructura soviética. Pero aun en localidades donde los sóviets seguían funcionando, como ocurría en Petrogrado y Moscú, ya no representaban toda la «democracia», porque muchos intelectuales y obreros se habían alejado de ellos: «Los sóviets eran una maravillosa organización para luchar contra el antiguo régimen, pero son por completo incapaces de asumir la tarea de crear uno nuevo. […] Cuando cayó la autocracia, y junto con ella el orden burocrático, construimos los sóviets de diputados como refugios temporales de toda la democracia». Ahora, concluía *Izvestia*, los sóviets se dejaban de lado en beneficio de «estructuras de piedra» permanentes como los consejos municipales, elegidos conforme a un derecho al voto más representativo.[107]

El creciente desencanto con los sóviets y el ausentismo de sus rivales socialistas permitieron a los bolcheviques conquistar en ellos una influencia desproporcionada respecto de la adhesión nacional con que contaban. Al aumentar su papel en estos órganos, volvieron a la vieja consigna: «Todo el poder para los sóviets».

Los bolcheviques superaron un importante hito en su puja hacia el poder el 25 de septiembre, cuando ganaron la mayoría en la sección obrera del Sóviet de Petrogrado. (Habían conquistado la misma mayoría en Moscú el 19 de septiembre.) Trotski, que asumió la presidencia del sóviet de la capital, procedió de inmediato a convertirlo en un instrumento para conseguir el control de los sóviets urbanos del resto del país. En palabras de *Izvestia*, tan pronto como alcanzaron la mayoría en la sección obrera del Sóviet de Petrogrado, los bolcheviques la «transformaron en una organización de su partido y, respaldándose en ella, se embarcaron en una lucha partidista para apoderarse de todos los sóviets de la nación».[108] Hicieron caso omiso del Ispolkom elegido por el Congreso de Sóviets de Todas las Rusias, que permanecía bajo el control de socialistas revolucionarios y mencheviques, y procedieron a crear una organización soviética pseudonacional paralela que solo representaba a los órganos donde ellos eran mayoritarios.

En el marco político más favorable generado por el caso Kornílov y sus propios éxitos en los sóviets, los bolcheviques reavivaron la cuestión de un golpe de Estado. La opinión estaba dividida. Aún vivo en la mente el desastre de julio, Kámenev y Zinóviev se opusieron a una nueva muestra de «temeridad política». Pese a su creciente fortaleza en los sóviets, argumentaban, los bolcheviques seguían siendo un partido minoritario, de modo que, aun cuando lograran tomar el poder, pronto lo perderían a manos de las fuerzas combinadas de la «contrarrevolución burguesa» y el campesinado. En el otro extremo se situaba Lenin, el principal partidario de una acción inmediata y resuelta. El incidente de Kornílov lo había convencido de que las oportunidades de dar un golpe exitoso eran mejores que nunca y tal vez irrepetibles. El 12 y 14 de septiembre escribió

desde Finlandia dos cartas al Comité Central, tituladas «Los bolcheviques deben tomar el poder» y «El marxismo y la insurrección».[109] «Con mayoría en los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados en ambas ciudades —escribía en la primera—, los bolcheviques pueden y *deben* tomar el poder». En contra de lo que sostenían Kámenev y Zinóviev, podían no solo tomar el poder, sino conservarlo; mediante la propuesta de una paz inmediata y la entrega de tierras a los campesinos, «los bolcheviques pueden establecer un gobierno que *nadie* derrocará». Era esencial, sin embargo, moverse con rapidez, porque el Gobierno Provisional podría llegar a entregar Petrogrado a los alemanes o terminar la guerra de algún otro modo. La «orden del día» era la «*insurrección armada* en Petrogrado y Moscú (más sus regiones), la conquista del poder, el derrocamiento del gobierno. Debemos considerar *cómo* podemos agitar por estos objetivos, sin expresarnos así en la prensa».

Una vez tomado el poder en Petrogrado y Moscú, el problema quedaría resuelto. Lenin desestimaba por «ingenuo» el consejo de Kámenev y Zinóviev de que el partido debía esperar la convocatoria del Segundo Congreso de los Sóviets con la esperanza de obtener una mayoría: «Ninguna revolución espera algo así».

En la segunda carta se ocupaba de la acusación de que la toma del poder mediante la fuerza armada no era «marxismo», sino «blanquismo» y desechaba las analogías con julio; en septiembre la situación «objetiva» era totalmente diferente. Tenía la seguridad (posiblemente debido a informaciones proporcionadas por sus contactos alemanes) de que Berlín propondría un armisticio al gobierno bolchevique. «Y conseguir un armisticio significa conquistar el mundo *entero*».[110]

El Comité Central discutió las cartas de Lenin el 15 de septiembre. Las actas de esta reunión, lacónicas y casi con certeza muy censuradas,[86*] indican que si bien sus camaradas vacilaban en rechazar formalmente su consejo (como Kámenev instaba a hacerlo), tampoco estaban dispuestos a seguirlo. Según Trotski, en septiembre nadie coincidía con Lenin en la conveniencia de una insurrección inmediata.[111] Por moción de Stalin, el contenido de las cartas se difundió entre las grandes organizaciones regionales del partido, como una manera de dilatar el paso a la acción. El asunto no fue más allá; en ninguna de las siguientes seis sesiones (del 20 de septiembre al 5 de octubre) se hizo referencia a la propuesta de Lenin.[87*]

Esta pasividad enfureció a Lenin, que temía que el momento favorable para una insurrección se diluyera. El 24 o 25 de septiembre se trasladó de Helsinki a Víborg (todavía en territorio finlandés) para estar más cerca del escenario de la acción. Desde allí envió el 29 una tercera carta al Comité Central, con el título de «La crisis ha madurado». Sus principales recomendaciones operativas estaban en la sexta parte de la carta, hecha pública por primera vez en 1925. Había que admitir con franqueza, escribía Lenin, que algunos miembros del partido querían postergar la toma del poder hasta el próximo Congreso de los Sóviets. Él rechazaba totalmente esta actitud: «Dejar pasar este momento y "esperar" hasta el Congreso de los Sóviets es una *completa idiotez* o una *completa traición*»:

> Los bolcheviques tienen hoy *garantizado* el éxito de la insurrección: 1) podemos (si no «esperamos» hasta el Congreso de los Sóviets) atacar *de improviso* desde tres puntos: San Petersburgo, Moscú y la flota del Báltico; […] 5) tenemos la posibilidad técnica de tomar el poder en Moscú (que podría incluso empezar por derrotar por sorpresa al enemigo); 6) tenemos *miles* de obreros y soldados armados que pueden tomar *a la vez* el Palacio de Invierno y el Estado Mayor General, la central telefónica y todas las grandes

> plantas impresoras […]. Si atacamos simultáneamente y de improviso desde tres puntos —San Petersburgo, Moscú y la flota del Báltico—, tendremos un 99 por ciento de posibilidades de vencer con menos bajas que las sufridas entre el 3 y el 5 de julio, porque las *tropas no se movilizarán* contra un gobierno de paz.[88*]

En vista del hecho de que el Comité Central no respondía a sus «súplicas» y hasta censuraba sus artículos, Lenin presentó su dimisión. Era un bluf, por supuesto. Para discutir sus diferencias, el Comité Central le solicitó que volviera a Petrogrado.[112]

Los camaradas de Lenin rechazaron su demanda de una insurrección armada inmediata, ya que preferían tomar un rumbo más lento y seguro. Trotski, que consideraba demasiado «impetuosas» las propuestas de Lenin, fue el encargado de exponer la táctica de la mayoría. Quería que la insurrección armada se disimulara como la toma de poder por un Congreso de Sóviets de Todas las Rusias; pero no un congreso convocado como correspondía, que sin duda se negaría a hacerlo, sino el que convocaran los bolcheviques por iniciativa propia en contra de los procedimientos establecidos, colmado por sus seguidores; un congreso de sóviets probolcheviques camuflado de congreso nacional. Visto en retrospectiva, este era sin duda el rumbo adecuado, porque el país no habría tolerado que asumiera el poder un solo partido, como proponía Lenin. Para tener éxito más allá de los primeros días, el golpe debía tener algún tipo de legitimidad «soviética», aun cuando fuera espuria.

En gran parte, la sensación de urgencia de Lenin la inspiraba el temor a que la Asamblea Constituyente se le anticipara. El 9 de agosto, el Gobierno Provisional anunció por fin un calendario para este cuerpo: elecciones el 12 de noviembre y sesión de apertura el 28. Aunque algunos días los bolcheviques se ilusionaban con obtener la mayoría de los escaños, en el fondo sabían que no tenían ninguna

posibilidad, dado que los campesinos sin duda votarían masivamente por los socialistas revolucionarios. Como la fuerza bolchevique estaba en las ciudades y el ejército, y solo estos tenían organizaciones soviéticas, su única esperanza de conseguir un mandato nacional radicaba en los sóviets. De lo contrario, todo estaría perdido. Una vez que el país diera a conocer su voluntad a través de una elección democrática, los bolcheviques ya no podrían afirmar que hablaban por el «pueblo» y que el nuevo gobierno era «capitalista». En consecuencia, si querían tomar el poder tenían que hacerlo antes de las elecciones a la Asamblea. Una vez que tuvieran el control de la situación, los resultados adversos de los comicios podrían neutralizarse; como se señalaba en una publicación bolchevique, la composición de la Asamblea «dependerá en gran medida de quién la convoque».[113] Lenin coincidía con esta opinión: el «éxito» de las elecciones a la Asamblea estaría más garantizado *después* del golpe.[114] Tal como demostrarían los acontecimientos, esto significaba que los bolcheviques o bien manipularían los resultados electorales o disolverían la Asamblea. Esta era para Lenin una razón de peso para urgir a sus camaradas, al extremo de amenazar con su dimisión.

Los bolcheviques no tenían la esperanza de manipular la Asamblea Constituyente a fin de que les otorgara el poder, pero era concebible que utilizaran con dicho objetivo a los sóviets, unas instituciones elegidas de manera irregular, de estructura débil y sin representación campesina. Con esta idea, comenzaron a presionar para que se convocara cuanto antes un Segundo Congreso de los Sóviets. Tenían argumentos para hacerlo. Desde el Primer Congreso, celebrado en junio, la situación en Rusia había cambiado, y lo mismo había sucedido con la conformación de los sóviets urbanos. Los socialistas revolucionarios y los mencheviques no mostraban demasiado entusiasmo ante la idea de otro

congreso, en parte porque temían que los bolcheviques tuvieran en él un considerable contingente y porque, además, se superpondría a la Asamblea Constituyente. La opinión de los sóviets regionales y las fuerzas armadas también era negativa. A finales de septiembre, el Ispolkom envió cuestionarios a 169 sóviets y comités del ejército, para que manifestaran su opinión acerca de la convocatoria de un Segundo Congreso: de los 63 sóviets que respondieron, solo ocho estaban a favor de la idea.[115] Entre las tropas, el sentimiento era aún más negativo. El 1 de octubre, la sección de soldados del Sóviet de Petrogrado votó contra la celebración de un Congreso de Sóviets nacional, y un informe presentado a ella a mediados del mismo mes indicaba que los representantes de los comités del ejército habían acordado por unanimidad que el congreso sería «prematuro» y trastocaría la Asamblea Constituyente.[116]

Pero los bolcheviques, debido a su preponderancia en el Sóviet de Petrogrado, mantuvieron la presión, y el 26 de septiembre el Buró del Ispolkom aceptó la convocatoria a un Segundo Congreso de los Sóviets para el 20 de octubre.[117] El orden del día del cuerpo se limitaría estrictamente a la redacción de propuestas legislativas para presentar a la Asamblea Constituyente. Se instruyó al departamento interurbano del sóviet para que invitara a los sóviets regionales a enviar representantes.

Los bolcheviques obtuvieron así una victoria, pero solo era el primer paso. Aunque su posición en los sóviets del país era mucho más fuerte que en junio, no existían demasiadas probabilidades de que conquistaran la mayoría absoluta en el Segundo Congreso.[118] Solo lo lograrían si tomaban la convocatoria en sus manos e invitaban únicamente a los sóviets —en su mayor parte situados en el centro y el norte de

Rusia— y los comités del ejército donde tenían una mayoría asegurada. Y eso fue lo que procedieron a hacer.

El 10 de septiembre se inauguró en Helsinki el Tercer Congreso Regional de Sóviets de Obreros y Soldados de Finlandia. En él los bolcheviques tenían una sólida mayoría.[119] El congreso estableció un Comité Regional que ordenó al personal civil y militar finlandés obedecer únicamente las leyes del Gobierno Provisional que contaran con su consentimiento.[120] Con esta medida se pretendía deslegitimar al Gobierno Provisional a través de un centro pseudogubernamental, gestionado por los bolcheviques.

Su éxito en Finlandia persuadió a estos últimos de que podían valerse del mismo recurso para convocar un Congreso de Sóviets de Todas las Rusias igualmente sumiso. El 29 de septiembre, su Comité Central debatió la celebración en Petrogrado de un Congreso Regional de Sóviets del Norte, y el 5 de octubre este quedó aprobado.[121] Se enviaron invitaciones en nombre de un efímero frente bolchevique que se autodenominaba Comité Regional del Ejército, la Marina y los Trabajadores de Finlandia. El Buró del Ispolkom se opuso a la convocatoria por su carácter irregular.[122] El Comité Regional ignoró la objeción y procedió a invitar a unos treinta sóviets en los cuales los bolcheviques tenían mayoría; entre ellos estaban los de la provincia de Moscú, que ni siquiera pertenecía a la región norteña.[123] Hay claros indicios de que algunos líderes bolcheviques, entre ellos Lenin, consideraron la posibilidad de que el Congreso Regional proclamara la transferencia del poder a los sóviets,[124] pero el plan se abandonó.

El Congreso de Sóviets de la Región Norteña se inauguró en Petrogrado el 11 de octubre. Lo dominaban por completo los bolcheviques y sus aliados, los socialistas revolucionarios

de izquierdas, un grupo escindido del Partido Socialista Revolucionario. En este «congreso» amañado se escucharon toda clase de discursos incendiarios, entre ellos uno de Trotski, que dio por terminado el «tiempo de las palabras».[125]

El Partido Bolchevique, como es obvio, no tenía más autoridad que ningún otro grupo para convocar congresos de sóviets, ya fueran regionales o nacionales, y el Ispolkom declaró que la reunión era un «encuentro privado» de algunos sóviets, carente de estatus oficial.[126] Los bolcheviques hicieron caso omiso de esta declaración. Consideraban que este cuerpo era el precursor inmediato del Segundo Congreso de los Sóviets, que ellos estaban resueltos a convocar el 20 de octubre; según Trotski, de ser posible por medios legales y, si no, por medios «revolucionarios».[127] El resultado más importante del Congreso Regional fue la creación de un «Comité Regional del Norte», compuesto por once bolcheviques y seis socialistas revolucionarios de izquierdas, cuya tarea era «garantizar» la convocatoria de un Segundo Congreso de Sóviets de Todas las Rusias.[128] El 16 de octubre, el órgano envió telegramas a los sóviets, así como a los comités militares de regimiento, división y cuerpo, para informarles de que el Segundo Congreso se reuniría en Petrogrado el 20 de ese mes y solicitarles que mandaran delegados. El congreso iba a conseguir un armisticio, entregar tierras a los campesinos y garantizar que la Asamblea Constituyente se reuniera según lo previsto. Los telegramas ordenaban a todos los sóviets y comités del ejército opuestos a la convocatoria del Segundo Congreso —que eran, según se supo por una encuesta del Ispolkom, una gran mayoría— que celebraran de inmediato «nuevas elecciones». Y cuando los bolcheviques hablaban de «nuevas elecciones», querían decir «disolución».[129]

Esta acción bolchevique constituyó un verdadero golpe de Estado contra la organización nacional de los sóviets: era la fase inicial de la toma del poder. Con estas medidas el Comité Central bolchevique se apropiaba de la autoridad que el Primer Congreso de los Sóviets había confiado al Ispolkom. También se anticipaba al Gobierno Provisional, porque el orden del día que los bolcheviques fijaron para el llamado Segundo Congreso iba a estar en el centro de las actividades gubernamentales hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente.[130]

Los mencheviques y socialistas revolucionarios, muy conscientes de lo que tramaban los bolcheviques, se negaron a reconocer la legitimidad del Segundo Congreso. El 19 de octubre, *Izvestia* publicó una declaración donde el Ispolkom reafirmaba que solo su buró tenía autoridad para convocar un Congreso Nacional de Sóviets:

> Ningún otro comité tiene la autoridad ni el derecho de hacer suya la iniciativa de convocar este congreso. Y menos aún tiene ese derecho el Congreso Regional del Norte, reunido en contra de todas las normas establecidas para los sóviets regionales y con representación de sóviets elegidos de manera arbitraria y al azar.

El buró decía, además, que la invitación bolchevique a comités de regimiento, división y cuerpo infringía los procedimientos fijados para la representación militar, según los cuales la elección de los delegados debía estar a cargo de asambleas del ejército y, cuando estas no pudieran convocarse, de comités militares, sobre la base de un delegado por cada 25.000 soldados.[131] Los organizadores bolcheviques, como es obvio, soslayaron los comités del ejército debido a su conocida oposición al Segundo Congreso.[132] Tres días después, *Izvestia* puntualizó que los bolcheviques no solo convocaban un congreso ilegal, sino que violaban flagrantemente normas de representación aceptadas. En tanto que las normas electorales disponían que los sóviets que

representaran a menos de 25.000 personas no enviaran delegados al Congreso de Todas las Rusias, y los que representaran entre 25.000 y 50.000 enviaran dos, los bolcheviques invitaron a un sóviet de 500 miembros a enviar dos delegados y a otro de 1.500 a elegir cinco, que era más de lo asignado a Kiev.[133]

Todo esto era muy cierto. Pero aun cuando los socialistas revolucionarios y mencheviques habían declarado ilegal y no representativo el Segundo Congreso, permitieron que siguiera adelante. El 17 de octubre, el Buró del Ispolkom aprobó la convocatoria del congreso con dos condiciones: que se postergara cinco días, hasta el 25 de octubre, para posibilitar a los delegados provinciales llegar a tiempo a Petrogrado, y que limitara su orden del día a la discusión de la situación interna en el país, los preparativos para la Asamblea Constituyente y la nueva elección del Ispolkom.[134] Era una capitulación sorprendente e inexplicable. Aunque consciente de lo que los bolcheviques tenían en mente, el Ispolkom les dio lo que querían: un cuerpo elegido a dedo, repleto de partidarios y aliados, que sin lugar a dudas iban a legitimar su toma del poder.

La reunión de los sóviets probolcheviques, bajo la apariencia del Segundo Congreso de los Sóviets, iba a legitimar el golpe bolchevique. Sin embargo, por insistencia de Lenin, este se realizaría antes de la celebración del congreso, mediante el uso de tropas de asalto bajo el mando de la Organización Militar. Estas tropas debían tomar puntos estratégicos de la capital y declarar derrocado al gobierno, lo que se presentaría al congreso como un hecho consumado e irreversible. Esta acción no podía llevarse a cabo en nombre del Partido Bolchevique. El instrumento utilizado por este para dicho fin era el Comité Militar Revolucionario, creado

por el Sóviet de Petrogrado en un momento de pánico a comienzos de octubre para defender la ciudad contra un previsto ataque alemán.

Precipitaron esta decisión las operaciones militares alemanas en el golfo de Riga. Después de que las tropas rusas evacuaran Riga, los alemanes despacharon unidades de reconocimiento en dirección a Revel (Tallin). Dichas operaciones suscitaron mucha preocupación en el Estado Mayor General ruso porque representaban una amenaza para Petrogrado, a solo 300 kilómetros de distancia y con unas defensas poco fiables.

La amenaza alemana a la capital se volvió más perturbadora a mediados de octubre. El 6/19 de septiembre, el Alto Mando alemán ordenó la captura de las islas de Moon, Osel y Dago en el golfo de Riga. Una flotilla que zarpó el 28 de septiembre/11 de octubre no tardó en despejar las minas rusas y tras superar una resistencia inesperadamente dura completó, el 8/21 de octubre, la ocupación de las tres islas.[135] El enemigo estaba ahora en condiciones de desembarcar detrás de las fuerzas rusas.

El Estado Mayor General ruso consideró que con esta operación naval se preparaba un ataque contra Petrogrado. El 3/16 de octubre ordenó la evacuación de Tallin, el último bastión que se interponía entre los alemanes y la capital. Al día siguiente, Kérenski participó en discusiones sobre el modo de afrontar el peligro. Se sugirió que, como Petrogrado podría quedar pronto dentro de la zona de combate, el gobierno y la Asamblea Constituyente se trasladaran a Moscú. La idea disfrutó del favor general y solo hubo discrepancias en cuanto al momento del traslado, que Kérenski quería emprender de inmediato, mientras que otros preferían demorarlo. Se decidió evacuar después de obtener la

aprobación del pre-Parlamento, una reunión de dirigentes políticos que el gobierno había programado para el 7 de octubre como un foro para recabar un amplio apoyo público. Surgió a continuación la cuestión de qué hacer con el Ispolkom. El consenso fue que, por tratarse de un órgano no oficial, debía encargarse de su propia evacuación.[89*] El 5 de octubre, los expertos del gobierno advirtieron que la evacuación de las oficinas ejecutivas a Moscú llevaría dos semanas. También se hicieron planes para la reubicación de las industrias de Petrogrado en el interior.[136]

Estas precauciones eran sensatas desde el punto de vista militar y político: era lo que habían hecho los franceses en septiembre de 1914 al acercarse los alemanes a París, y lo que harían los bolcheviques en marzo de 1918 en circunstancias similares. Pero la *intelligentsia* socialista solo vio en ellas un ardid de la «burguesía» para entregar al enemigo «Petrogrado la Roja», el principal baluarte de la «democracia revolucionaria». Tan pronto como la prensa dio a conocer los planes gubernamentales de evacuación (6 de octubre), el Buró del Ispolkom anunció que no se haría nada sin su aprobación. Trotski se dirigió a la sección de soldados del sóviet y la persuadió de emitir una resolución de condena al gobierno por querer abandonar la «capital de la revolución»; si era incapaz de defender Petrogrado, decía su documento, debía hacer la paz o dejar que otros gobernaran.[137] El Gobierno Provisional capituló en un santiamén. Ese mismo día declaró que, en vista de las objeciones, aplazaría la evacuación un mes. A la larga abandonaría por completo la idea.[138]

El 9 de octubre, el gobierno ordenó despachar unidades adicionales de la guarnición al frente para ayudar a contener el previsto ataque alemán. Como cabía esperar por la experiencia en el pasado, la guarnición se resistió.[139] La

disputa se trasladó al Ispolkom para que la zanjara.

En la reunión de este órgano, realizada ese mismo día, Mark Broido, un trabajador asociado al menchevismo, presentó una propuesta de resolución por la cual se convocaba a la guarnición de Petrogrado a preparar la defensa de la ciudad y al sóviet a crear (o, mejor, reconstruir) un «Comité de Defensa Revolucionaria» para «elaborar un plan» con dicho fin.[140] Tomados por sorpresa, los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas se opusieron a la moción de Broido con el argumento de que fortalecería al Gobierno Provisional. La resolución, no obstante, se aprobó por el más estrecho de los márgenes (13 a 12). Tras la votación, los bolcheviques comprendieron que habían cometido un error. Tenían una Organización Militar a la que estaban preparando para la insurrección armada: estaba subordinada al Comité Central bolchevique y era independiente del sóviet. Esta condición era un arma de doble filo; en efecto, si bien podía contarse con que dicha organización cumpliera fielmente las órdenes del alto mando bolchevique, como órgano de un partido político no podía actuar en representación del sóviet, en cuyo nombre los bolcheviques pretendían llevar a cabo la toma del poder. Algunos años después; Trotski recordaría que los bolcheviques, conscientes de esta desventaja, ya habían decidido en septiembre de 1917 valerse de cualquier oportunidad para crear lo que él llamaría un «órgano "soviético" externo al partido para liderar la insurrección».[141] Confirma esta información Konstantin A. Mejonoshin, un integrante de la Organización Militar, quien dice que los bolcheviques creyeron necesario «transferir de la Organización Militar del partido al sóviet el centro que [los] ligaba a unidades de la guarnición, para poder, en el momento de la acción, dar un paso al frente en nombre del

sóviet».[142] La organización propuesta por los mencheviques era ideal para dicha finalidad.

Esa noche (9 de octubre), cuando la propuesta menchevique se presentó a votación en el plenario del sóviet, los diputados bolcheviques modificaron su postura; ahora aceptaban que ese cuerpo creara una organización para defender Petrogrado contra los alemanes, siempre que defendiera también la ciudad contra el enemigo «interno». Se referían con ello al Gobierno Provisional, que, en palabras de un orador bolchevique, conspiraba para entregar el «principal bastión de la revolución al káiser», quien, a su vez, según la resolución bolchevique, contaba en su avance sobre Petrogrado «con el apoyo de los imperialistas aliados».[143] Por esta razón, los bolcheviques propusieron que el Comité de Defensa Militar se hiciera completo cargo de la seguridad de la ciudad contra las amenazas tanto de los «imperialistas» alemanes como de los «contrarrevolucionarios» rusos.

Sorprendidos por el modo en que los bolcheviques reformulaban la propuesta de Broido, y conocedores de la causa por la que lo hacían, los mencheviques se opusieron resueltamente a la modificación. La defensa de la ciudad era responsabilidad del gobierno y su Estado Mayor militar. Pero el plenario prefirió la versión bolchevique y decidió por votación la creación de un «Comité Revolucionario de Defensa»

> para reunir en sus manos todas las fuerzas que participan en la defensa de Petrogrado y sus inmediaciones, [así como] para tomar todas las medidas pertinentes con el fin de armar a los trabajadores y garantizar de esta manera tanto la defensa revolucionaria de la capital como la seguridad del pueblo contra el ataque preparado sin disimulo por los kornilovistas militares y civiles.[144]

Esta extraordinaria resolución combinaba con destreza la responsabilidad del comité recién formado para hacer frente a la amenaza real planteada por los ejércitos enemigos con la

amenaza imaginaria de los partidarios de Kornílov, a quienes no se veía por ninguna parte. Los mencheviques y socialistas revolucionarios recogían ahora los frutos de su demagogia, su insistencia en el carácter «burgués» del Gobierno Provisional y su preocupación obsesiva con la contrarrevolución.

La votación tuvo una importancia decisiva. Trotski afirmó más adelante que había sellado el destino del Gobierno Provisional; representaba, según sus palabras, una revolución «silenciosa» o «seca» que aportó a los bolcheviques «las tres cuartas, si no las nueve décimas partes» de la victoria consumada el 25 y 26 de octubre.[145]

Sin embargo, la cuestión aún no estaba resuelta del todo, porque la decisión del plenario requería la aprobación del Ispolkom y la totalidad del sóviet. En una sesión cerrada del comité, el 12 de octubre, los dos representantes mencheviques atacaron la resolución bolchevique, pero sufrieron una nueva derrota, ya que el cuerpo, con excepción de sus dos votos, respaldó por unanimidad la decisión del plenario. El Ispolkom rebautizó la nueva organización como Comité Militar Revolucionario (Voyenno-Revoliutsionnyi Komitet, o Milrevcom) y le otorgó la facultad de encargarse de las defensas de la ciudad.[146]

La cuestión quedó formalmente ratificada en la reunión del sóviet del 16 de octubre. Para desviar la atención de sí mismos, los bolcheviques designaron como redactor de la resolución que creaba el Milrevcom a un desconocido joven paramédico, el socialista revolucionario de izquierdas Pável Y. Lazimir. Los socialistas revolucionarios, que se daban cuenta tarde de la maniobra bolchevique, procuraron sin éxito posponer la votación, probablemente para convocar a sus delegados ausentes; cuando esta moción fracasó, se abstuvieron. Broido advirtió una vez más que el Milrevcom

era un engaño, ya que su verdadera misión no era defender Petrogrado, sino hacerse con el poder. Para desviar la atención del sóviet, Trotski citó pasajes de una entrevista periodística con Rodzianko, que según su interpretación significaba que el otrora presidente de la Duma (quien de todos modos no tenía cargo alguno en el gobierno) vería con buenos ojos una ocupación alemana de Petrogrado.[147] Los bolcheviques propusieron a Lazimir como presidente del Milrevcom y a Podvoiski como vicepresidente (en vísperas del golpe de octubre este último asumiría formalmente la conducción de la organización).[90*] Es difícil aseverar quiénes eran los restantes miembros del comité; pero al parecer eran exclusivamente bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas.[91*] Pero no importaba mucho quiénes lo integraban, dado que el Milrevcom no era más que una conveniente tapadera para ocultar a la verdadera organizadora del golpe, la Organización Militar bolchevique.

En ese momento, Trotski lanzó una guerra de desgaste. Cuando Dan pidió a los bolcheviques que dijeran claramente en el sóviet si estaban o no preparando una insurrección, como se rumoreaba, aquel preguntó con malicia si quería esa información para transmitirla a Kérenski y su contrainteligencia. «Se dice que estamos organizando un estado mayor para la toma del poder. No hacemos ningún secreto de ello».[148] Dos días después, sin embargo, afirmó que, de producirse una insurrección, sería el Sóviet de Petrogrado el encargado de decidirla: «Aún no hemos tomado ninguna decisión en cuanto a una insurrección».[149]

Pese a la ambivalencia deliberada de estas declaraciones, el sóviet ya había sido informado. O bien los socialistas no querían oír lo que decía Trotski, o bien se resignaban a la inevitabilidad de una «aventura» bolchevique. Temían las

acciones de estos mucho menos que las posibles respuestas de la derecha, que barrerían no solo a los seguidores de Lenin, sino también a ellos mismos. En vísperas del golpe bolchevique (19 de octubre), la Organización Militar del Partido Socialista Revolucionario de Petrogrado adoptó una posición «neutral» en lo tocante al levantamiento previsto. Una circular enviada a sus miembros y simpatizantes de la guarnición los instaba a mantenerse al margen de las manifestaciones y estar «totalmente preparados para reprimir sin piedad […] posibles ataques de las Centurias Negras, pogromistas y contrarrevolucionarios».[150] La declaración no dejaba lugar a dudas sobre cuál era para los dirigentes socialistas revolucionarios la principal amenaza a la democracia.

Con sus promesas, advertencias, amenazas, lisonjas y acicates, Trotski mantuvo a Petrogrado en un estado de tensión constante. Sujánov describe una escena típica de la que fue testigo durante esos días:

> El estado de ánimo de las más de tres mil personas que llenaban el salón era decididamente de excitación; su silencio indicaba que estaban expectantes. El público, claro está, estaba principalmente compuesto de obreros y soldados, aunque había también no pocos pequeñoburgueses, varones y mujeres.
>
> La ovación brindada a Trotski pareció interrumpirse por la curiosidad y la impaciencia: ¿qué iba a decir? Trotski comenzó de inmediato a caldear el ambiente con su destreza y brillantez. Recuerdo que reprodujo largamente y con una fuerza extraordinaria la ardua […] imagen del sufrimiento en las trincheras. Me sobrevenían pensamientos sobre las contradicciones inevitables entre las partes que componían su discurso. Pero Trotski sabía lo que hacía. Lo esencial era el *estado de ánimo*. Las conclusiones políticas ya se conocían desde bastante tiempo atrás. […]
>
> El poder soviético [dijo Trotski] estaba destinado no solo a poner fin al sufrimiento en las trincheras. Repartiría tierras y eliminaría el desorden interno. Volvieron a resonar las viejas recetas contra el hambre: los soldados, los marineros y las chicas de la calle requisarían el pan a los propietarios y lo enviarían gratis al frente. […] Pero en este decisivo «Día del Sóviet de Petrogrado» [22 de octubre] Trotski fue más allá: «El gobierno soviético

dará todo lo que tiene el país a los pobres y a los soldados en el frente. Tú, burgués, ¿tienes dos abrigos? Entrega uno al soldado que se congela en las trincheras. ¿Tienes botas abrigadas? Quédate en casa. Un obrero las necesita». […]

A mi alrededor el estado de ánimo rayaba en el éxtasis. Parecía que en cualquier momento la multitud, espontáneamente y sin que se lo pidieran, se lanzaría a cantar algún tipo de himno religioso. Trotski formuló una breve conclusión general o proclamó alguna fórmula genérica, algo así como «defenderemos la causa de los trabajadores y campesinos hasta la última gota de sangre».

¿Quién está a favor? Los miles de personas de la multitud alzaron las manos al unísono. Vi las manos levantadas y los ojos ardientes de hombres, mujeres, adolescentes, obreros, soldados, campesinos y pequeñoburgueses […].

Estaban de acuerdo. Hacían promesas. […] Yo contemplaba este espectáculo verdaderamente grandioso con un *peso* inusual en el corazón. [151]

Hacia el 16 de octubre, los bolcheviques tenían a su disposición dos organizaciones, ambas en teoría subordinadas al sóviet: el Comité Militar Revolucionario para llevar a cabo el golpe y el próximo Segundo Congreso de los Sóviets para legitimarlo. A esas alturas habían pasado en realidad por encima de la autoridad del Gobierno Provisional en el Estado Mayor militar y la del Ispolkom en los sóviets. El Milrevcom y el Congreso de los Sóviets iban a llevar a la práctica la decisión bolchevique, tomada en el mayor de los secretos el 10 de octubre, de tomar el poder.

En algún momento entre el 3 y el 10 de ese mismo mes, Lenin volvió furtivamente a Petrogrado; y lo hizo de manera tan subrepticia que hasta el día de hoy los historiadores comunistas han sido incapaces de determinar el momento de su regreso. Vivió oculto hasta el 24 de octubre en el distrito de Víborg y solo reapareció una vez que el golpe bolchevique estaba en marcha. [img 63]

El 10 de octubre —un día después de que el Ispolkom y el plenario del sóviet votaran crear un Comité de Defensa y muy probablemente en relación con este hecho—, doce miembros

del Comité Central bolchevique se reunieron para decidir la cuestión de la insurrección armada. La reunión se hizo de noche, rodeada de precauciones extremas, en el piso de Sujánov. Lenin se presentó disfrazado, bien afeitado, con peluca y gafas. Nuestro conocimiento de lo que sucedió en esa ocasión es limitado, porque de las dos actas tomadas solo una se ha publicado, y para colmo es una versión adulterada.[152] El relato más completo se halla en las memorias de Trotski.[153]

Lenin llegó resuelto a obtener un compromiso inequívoco para lanzar el golpe antes del 25 de octubre. Cuando Trotski replicó: «Estamos convocando un Congreso de los Sóviets en el que tenemos asegurada de antemano la mayoría», le respondió que

> la cuestión del Segundo Congreso de los Sóviets […] no le interesaba en absoluto: ¿qué importancia podía tener? ¿Llegaría siquiera a tener lugar? Era necesario arrancar de cuajo [*virvat*] el poder. No había que enredarse con el Congreso de los Sóviets, era necio y absurdo alertar al enemigo sobre el día de la insurrección. A lo sumo, la fecha del 25 de octubre podía servir de tapadera, pero la insurrección debía llevarse a cabo antes e independientemente del Congreso de los Sóviets. El partido tenía que tomar el poder con las armas en la mano, y luego hablaríamos de ese congreso.[154]

Trotski pensaba que Lenin no solo daba demasiado crédito al «enemigo», sino que también subestimaba el valor de los sóviets como tapadera: el partido no podía tomar el poder como él quería, con independencia de los sóviets, porque los obreros y soldados se enteraban de todo, incluido lo que sabían del Partido Bolchevique, a través de ellos. Tomar el poder al margen de la estructura soviética no haría sino sembrar la confusión.

Las diferencias entre Lenin y Trotski se centraban en el momento y la justificación del golpe. Pero algunos integrantes del Comité Central cuestionaban el hecho mismo de que el partido intentara tomar el poder. Uritski sostenía que, desde un punto de vista técnico, los bolcheviques no

estaban preparados para la insurrección y que las 40.000 armas a su disposición eran insuficientes. Las objeciones más enérgicas provenían de Kámenev y Zinóviev, que explicaron su posición en una carta confidencial a las organizaciones bolcheviques.[155] Todavía no era el momento para lanzar el golpe: «Estamos profundamente convencidos de que sublevarse significa hoy arriesgar no solo el destino de nuestro partido, sino el de la Revolución rusa, así como el de la revolución internacional». El partido podía esperar un buen resultado en las elecciones a la Asamblea Constituyente y obtener como mínimo una tercera parte de los escaños, con lo cual realzaría la autoridad de los sóviets, donde su influencia era creciente. «La Asamblea Constituyente más los sóviets: ese es el tipo de instituciones gubernamentales combinadas por el cual nos esforzamos». Rechazaban la afirmación de Lenin de que la mayoría de los rusos y el movimiento obrero internacional respaldaban a los bolcheviques. Su evaluación pesimista los inducía a recomendar una paciente estrategia defensiva en vez de una acción armada. [img 64]

La respuesta de Lenin a este argumento fue que sería «insensato esperar a la Asamblea Constituyente, que no se pondrá de nuestro lado, porque de ese modo nuestra tarea será más complicada». En este aspecto contaba con el respaldo de la mayoría.

Ya cerca del final de las discusiones, el Comité Central se dividió en tres facciones: 1) una de un solo miembro, Lenin, el único que propiciaba la toma inmediata del poder, sin tener en cuenta el Congreso de los Sóviets ni la Asamblea Constituyente; 2) la de Zinóviev y Kámenev, apoyados por Noguín, Vladímir Miliutin y Alexéi Ríkov, que por el momento se oponían a un golpe de Estado, y 3) el resto de los

miembros, seis en total, que aprobaban el golpe pero seguían a Trotski al preferir que se realizara conjuntamente con el Congreso de los Sóviets y bajo su auspicio formal, es decir, dos semanas después. Una mayoría de diez votó a favor de una insurrección armada en cuanto era «inevitable y completamente oportuna».[156] El momento preciso era una cuestión abierta. A juzgar por los acontecimientos posteriores, tenía que preceder en uno o más días al Segundo Congreso de los Sóviets. Lenin tuvo que aceptar esta solución de compromiso, ya que se le reconocía lo que más le interesaba, a saber, que el congreso no hiciera sino ratificar el golpe.

La creación del Comité Militar Revolucionario y la convocatoria del Congreso de Sóviets del Norte que, a su vez, puso en marcha el Segundo Congreso de los Sóviets, tal como antes se ha descrito, llevaron a la práctica la decisión del Comité Central del 10 de octubre.

Para Kámenev, dicha decisión era inaceptable. Renunció al Comité Central y una semana después explicó su posición en una entrevista publicada en *Novaya Zhizn*. Decía en ella que Zinóviev y él habían enviado una circular a las organizaciones del partido en la que «se oponían con firmeza a que el partido, en el futuro cercano, asumiera la iniciativa en una insurrección armada». Aunque el partido no había decidido ninguna insurrección de este tipo, decía falsamente, él, Zinóviev y algunos otros creían que «tomar el poder por las armas» en vísperas del Congreso de los Sóviets y con independencia de este tendría consecuencias letales para la revolución. La insurrección era inevitable, pero a su debido tiempo.[157]

El Comité Central celebró otras tres reuniones antes del golpe: el 20, el 21 y el 24 de octubre.[158] La primera incluía en

su orden del día el tratamiento de la presunta infracción a la disciplina partidaria cometida por Kámenev y Zinóviev al hacer pública su oposición a una insurrección armada.[92*] Lenin escribió al comité dos cartas furibundas en las que exigía la expulsión de los «rompehuelgas»: «No podemos decir a los capitalistas la verdad, esto es, que hemos *decidido* [ir a] la huelga [léase: lanzar una insurrección] y *ocultarles* qué *momento hemos elegido*».[159] El comité no trató esta exigencia. [img 65]

Las actas de estas tres reuniones son tan fragmentarias que prácticamente no sirven de nada; si las tomáramos al pie de la letra, tendríamos que concluir que el golpe, por entonces ya en marcha, ni siquiera estaba en el orden del día.

La táctica del Comité Central consistía en inducir al gobierno a tomar represalias que hicieran posible lanzar el golpe disfrazado como defensa de la revolución. Esta táctica no era un secreto. Tal como la sintetizó el órgano de los socialistas revolucionarios, *Dielo Naroda*, semanas antes, el Gobierno Provisional sería acusado de conspirar con Kornílov para aniquilar la revolución y con el káiser para entregar Petrogrado al enemigo, así como de preparar la disolución tanto del Congreso de los Sóviets como de la Asamblea Constituyente.[160] Después del golpe, Trotski y Stalin confirmaron que este había sido el plan del partido. En palabras del primero: «En esencia, nuestra estrategia era la de la ofensiva. Preparábamos un asalto al gobierno, pero nuestra agitación se basaba en afirmar que, como el enemigo se preparaba para disolver el Congreso de los Sóviets, era necesario darle una respuesta implacable».[161] Y según Stalin: «La revolución [léase: el Partido Bolchevique] disimuló su ofensiva detrás de una cortina de humo de defensas a fin de que le resultara más fácil atraer a su órbita a los elementos

inseguros y vacilantes».[162]

Curzio Malaparte describe la perplejidad del novelista inglés Israel Zangwill, que por casualidad se hallaba en Italia en el momento en el que los fascistas tomaron el poder. Sorprendido por la ausencia de «barricadas, combates callejeros y cadáveres en las aceras», Zangwill se negó a creer que estaba frente a una revolución.[163] Pero, según Malaparte, el rasgo característico de las revoluciones modernas es precisamente la toma incruenta y casi silenciosa de puntos estratégicos por destacamentos de tropas de asalto bien entrenadas. El ataque se lleva a cabo con tanta precisión quirúrgica que la población en general no tiene idea de lo que está sucediendo.

Esta descripción se ajusta al golpe de octubre en Rusia (que Malaparte había estudiado y utilizado como uno de sus modelos). En octubre, los bolcheviques renunciaron a las manifestaciones armadas masivas y a las escaramuzas callejeras, que, a instancias de Lenin, habían usado en abril y julio, porque las multitudes se habían revelado difíciles de controlar y habían suscitado una reacción negativa. Se apoyaron, en cambio, en pequeñas unidades disciplinadas de soldados y obreros bajo el mando de su Organización Militar, bajo la apariencia del Comité Militar Revolucionario, para ocupar los principales centros de comunicación y transporte, los servicios públicos y las plantas impresoras de Petrogrado; los centros neurálgicos de las metrópolis modernas. Les bastó con cortar las líneas telefónicas que conectaban al gobierno con su Estado Mayor militar para hacer imposible la organización de un contraataque. Toda la operación se llevó a cabo de manera tan fluida y eficiente que incluso cuando ya estaba en marcha los cafés y restaurantes, junto con la ópera, los teatros y los cines, seguían abiertos y repletos de

multitudes en busca de diversión.

El Milrevcom, cuyo secretario, el bolchevique Antónov-Ovséienko, describió más adelante como una «tenue cobertura formal del trabajo militar del partido»,[164] celebró solo dos reuniones, las suficientes para permitir a la Organización Militar bolchevique reclamar para sí la etiqueta «soviética».[165] Antónov-Ovséienko admite que el cuerpo funcionaba bajo el control directo del Comité Central bolchevique y era «en los hechos su órgano», a tal punto que se consideró brevemente la posibilidad de transformarlo en una sección de la Organización Militar.[166] Según lo describe aquel, su cuartel general, instalado en las habitaciones 10 y 17 del Smolni, estaba todo el día lleno de hombres jóvenes que iban y venían, creando una situación que impedía todo trabajo serio, aun cuando este hubiese sido el objetivo previsto.

En los testimonios comunistas se atribuye al Milrevcom la movilización de toda o casi toda la guarnición de Petrogrado para la insurrección armada; así, Trotski afirma que en octubre «la abrumadora mayoría de la guarnición estaba abiertamente del lado de los trabajadores».[167] Las pruebas contemporáneas, sin embargo, indican que la influencia bolchevique sobre la guarnición era mucho más modesta. El estado de ánimo de esta distaba de ser revolucionario. En su gran mayoría, los 160.000 hombres acantonados en la ciudad y los 85.000 desplegados en los alrededores[168] se declaraban neutrales en el conflicto inminente. Un cálculo de las unidades de la guarnición que se inclinaban a favor de los bolcheviques en vísperas de octubre muestra que constituían una pequeña minoría. Sujánov estima que, a lo sumo, una décima parte de sus efectivos participó en el golpe de octubre, y «muy probablemente muchos menos».[169] Los cálculos del

propio autor indican que el elemento activamente probolchevique de la guarnición (sin tener en cuenta la base naval de Kronstadt) ascendía tal vez a unos 10.000 hombres, o sea, un 4 por ciento. Los integrantes pesimistas del Comité Central se oponían a una insurrección armada precisamente con el argumento de que aun con su propuesta de un armisticio inmediato, con la cual Lenin esperaba ganarse a las tropas, los bolcheviques no disfrutaban del apoyo de la guarnición.

Pero los optimistas demostraron tener razón, porque los bolcheviques no necesitaban tanto conseguir ese apoyo como lograr que no lo tuviera el gobierno; si ellos apenas tenían el 4 por ciento de su lado, el gobierno tenía aún menos. La principal inquietud de aquellos era impedir que el gobierno convocara a las tropas a actuar en su contra, como había podido hacerlo en julio. Con este fin, les era preciso deslegitimar al Estado Mayor militar. Lo hicieron entre el 21 y el 22 de octubre, cuando, con la pretensión de actuar en nombre del sóviet y su sección de soldados, consiguieron que el Milrevcom reivindicara su autoridad exclusiva sobre la guarnición.

Para empezar, el Milrevcom despachó 200 «comisarios» a las unidades militares de Petrogrado y las cercanías; en su mayor parte eran oficiales subalternos de la Organización Militar bolchevique que habían participado en el *putsch* de julio y poco tiempo atrás habían salido de la cárcel en libertad condicional.[170] A continuación, el 21 de octubre, el Milrevcom convocó una reunión de comités de regimiento en el Smolni. Al dirigirse a las tropas, Trotski hizo hincapié en el peligro de una «contrarrevolución» y urgió a la guarnición a congregarse en torno del sóviet y su órgano, el Comité Militar Revolucionario. Presentó entonces una moción de redacción

tan vaga que fue aprobada con rapidez: «Celebrando la formación del Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado, la guarnición de la capital se compromete a brindar pleno apoyo al comité en sus esfuerzos por aunar el frente y la retaguardia en interés de la revolución».[171]

¿Quién podía estar en contra de aunar el frente y la retaguardia en interés de la Revolución de Febrero? Pero la intención de los bolcheviques era que la resolución se leyese como una autorización para que el Milrevcom asumiera las funciones del Estado Mayor del Distrito Militar de Petrogrado. Según Podvoiski, que dirigía la Organización Militar, estas medidas marcaron el inicio de la insurrección armada.[172]

La noche siguiente (del 21 al 22 de octubre), una delegación del Milrevcom se presentó en el cuartel general del Estado Mayor militar. Su portavoz, el teniente bolchevique Dashkevich, informó al comandante del Distrito Militar de Petrogrado, el coronel Gueorgui P. Polkóvnikov, que por decisión de la asamblea de la guarnición, en lo sucesivo las órdenes del Estado Mayor a esta última solo tendrían validez si llevaban la firma del Milrevcom. Las tropas, desde luego, no habían tomado ninguna decisión semejante y, aunque lo hubieran hecho, no habría tenido validez: en realidad, la delegación actuaba en representación del Comité Central bolchevique. Polkóvnikov replicó que su Estado Mayor no reconocía a la delegación. Después de que amenazara con hacerlos detener, los delegados bolcheviques dejaron el cuartel general para volver al Smolni.[173]

Oído el informe de la delegación, el Milrevcom convocó una segunda reunión de delegados de la guarnición. No puede determinarse quiénes acudieron ni a quiénes

representaban. Pero no importaba, porque a esas alturas, cualquier grupo casualmente reunido podía afirmar representar a la «revolución». Por moción del Milrevcom, la asamblea aprobó una declaración fraudulenta según la cual, aunque el 21 de octubre la guarnición había designado como su «órgano» a este comité, el Estado Mayor se negaba a reconocerlo y colaborar con él. No se mencionaba el hecho de que la delegación no había pedido ni «reconocimiento» ni «colaboración», sino autoridad para revocar las órdenes del Estado Mayor. La resolución proseguía:

> De esta manera, el Estado Mayor ha roto con la guarnición revolucionaria y el Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado. Y al haber roto con la guarnición organizada de la capital, el Estado Mayor se ha convertido en un arma directa de las fuerzas contrarrevolucionarias. […] ¡Soldados de Petrogrado! 1) La defensa del orden revolucionario contra los intentos contrarrevolucionarios os corresponde, bajo la dirección del Comité Militar Revolucionario. 2) Todas las órdenes concernientes a la guarnición que no tengan la firma del Comité Militar Revolucionario no tienen validez.[174]

Esta resolución cumplía tres objetivos: caracterizaba de «contrarrevolucionario» al Gobierno Provisional, presuntamente en nombre del sóviet; lo despojaba de su autoridad sobre la guarnición, y daba al Milrevcom una excusa para disfrazar de defensa de la revolución su puja por el poder. Era una declaración de guerra.

El 22 de octubre, informado del intento del Milrevcom de hacerse con el control de la guarnición, el Estado Mayor militar dio un ultimátum al sóviet: si no revocaba sus órdenes, se enfrentaría a «medidas decisivas».[175] Creyendo prudente ganar tiempo, los bolcheviques aceptaron «en principio» el ultimátum y se ofrecieron a negociar, a pesar de que seguían adelante con el golpe.[176] Más avanzado el día, el Estado Mayor y el Milrevcom llegaron a un acuerdo sobre la creación de un «cuerpo consultivo» de representantes del sóviet que se reunirían con el primero. El 23 de octubre se envió al Estado

Mayor una delegación del comité, en apariencia para iniciar conversaciones, pero en realidad para efectuar un «reconocimiento».[177] Estas medidas produjeron el efecto deseado, impedir al gobierno arrestar a los miembros del Milrevcom. Durante la noche del 23 al 24 de octubre, el gabinete (que parecía tener una suerte de existencia espectral desde los días de Kornílov) ordenó el cierre de los dos principales diarios bolcheviques y, para equilibrar las cosas, igual cantidad de periódicos derechistas, incluido *Zhivoye Slovo*, que en julio había publicado información sobre los contactos de Lenin con los alemanes. Se despacharon tropas a proteger puntos estratégicos, entre ellos el Palacio de Invierno. Pero cuando Kérenski solicitó autorización para detener al Milrevcom, se le disuadió con el argumento de que el Estado Mayor estaba negociando sus diferencias con el comité.[178]

Kérenski subestimaba enormemente la amenaza planteada por los bolcheviques: no solo no temía un golpe de estos, sino que en realidad lo esperaba, confiando en que esto le permitiría aplastarlos y liberarse de ellos de una vez por todas. A mediados de octubre, los comandantes militares le enviaron un informe tras otro sobre los inconfundibles preparativos bolcheviques para una insurrección armada. Al mismo tiempo, le aseguraban que, en vista de la «abrumadora» oposición de la guarnición de Petrogrado a un golpe, la insurrección sería prontamente sofocada.[179] Sobre la base de estas evaluaciones, que malinterpretaban la oposición a los planes bolcheviques y suponían que significaba un apoyo al gobierno, Kérenski dio garantías a colegas y embajadores extranjeros. Nabókov recuerda que estaba dispuesto a «dedicar plegarias para que se produjera esta insurrección», porque tenía grandes fuerzas para aplastarla.[180] A George Buchanan le dijo más de una vez: «Solo deseo que [los

bolcheviques] salgan, y cuando lo hagan los liquidaré».[181]

Pero la seguridad mostrada por Kérenski frente a un peligro evidente y presente no se debía únicamente a un exceso de confianza; en este caso, como durante el resto de 1917, el miedo a la «contrarrevolución» ofrece una clave para entender su comportamiento y el de toda la izquierda no bolchevique. Después de que acusara a Kornílov y otros generales de traición y pedido ayuda al sóviet contra ellos, para los oficiales profesionales Kérenski dejó de distinguirse de los bolcheviques. En consecuencia, después del 27 de agosto cualquier acción militar contra estos últimos resultaría sin lugar a dudas en su caída. Consciente de ello, Kérenski vaciló demasiado en recabar el apoyo de los militares. El general Alexánder I. Verjovski, ministro de la Guerra, dijo *a posteriori* al embajador británico que «Kérenski no había querido que los cosacos reprimieran la insurrección [de octubre] por sí solos, porque eso habría significado el fin de la revolución».[182] Sobre la base de temores compartidos, se forjó así un lazo fatal entre dos enemigos mortales, «febrero» y «octubre». La única esperanza que Kérenski y sus colaboradores todavía abrigaban era que en el último momento los bolcheviques carecieran del aplomo necesario y se echaran atrás, como habían hecho en julio. P. I. Palchinski, que dirigió la defensa del Palacio de Invierno entre el 24 y el 26 de octubre, anotó durante el sitio de este o inmediatamente después de su caída su impresión acerca de la actitud del gobierno: «Impotencia de Polkóvnikov y falta de cualquier plan. Esperanza de que la medida insensata no se tomará. Ignorancia respecto de qué hacer si, a pesar de todo, se toma».[183]

No se hizo ningún preparativo militar serio para prevenir un golpe que todo el mundo sabía inminente. Kérenski

afirmó más adelante que el 24 de octubre había pedido refuerzos a los comandantes del frente, pero las investigaciones históricas han revelado que solo emitió dichas órdenes por la noche (del 24 al 25 de octubre), cuando ya era demasiado tarde, puesto que para entonces el golpe estaba en su fase final.[184] El general Alexéiev estimó que en Petrogrado había 15.000 oficiales, una tercera parte de ellos dispuestos a combatir a los bolcheviques; su ofrecimiento de organizarlos fue ignorado y, como consecuencia, mientras la ciudad caía se quedaron de brazos cruzados o se entregaron al alcohol.[185] Lo más asombroso fue que el centro neurálgico de la defensa del gobierno, el Estado Mayor militar, instalado en el Palacio de Ingenieros (Mijailovski), quedó sin custodia: cualquier transeúnte podía entrar sin que le pidieran una identificación.[186]

La fase final del golpe bolchevique se puso en marcha la mañana del martes 24 de octubre, después de que el Estado Mayor militar hubiera tomado las tímidas medidas ordenadas por el gobierno la noche anterior.

En las primeras horas del 24, los *iunkers* tomaron a su cargo la custodia de puntos estratégicos. Dos o tres destacamentos se enviaron a proteger el Palacio de Invierno, donde se les unió el llamado Batallón Femenino de la Muerte, compuesto por 140 voluntarias, algunos cosacos, una unidad de bicicletas, 40 inválidos de guerra liderados por un oficial con piernas ortopédicas y varias piezas de artillería. Curiosamente, no se desplegaron ametralladoras. Los *iunkers* cerraron las plantas impresoras de *Rabochi Put* (el antiguo *Pravda*) y *Soldat*. Se desconectaron las líneas telefónicas que comunicaban con el Smolni. Se emitieron órdenes de levantar los puentes sobre el Nevá para impedir que obreros y soldados probolcheviques accedieran al centro de la ciudad. El Estado Mayor prohibió que la guarnición cumpliera

instrucciones del Milrevcom y también ordenó, sin éxito, el arresto de los comisarios de este órgano.[187]

Estos preparativos generaron un clima de crisis. Ese día, la mayoría de las oficinas cerraron a las dos y media de la tarde y las calles se vaciaron, ya que la gente se apresuraba a volver a sus casas.

Esta fue la señal «contrarrevolucionaria» que los bolcheviques habían estado esperando. Lo primero que hicieron fue reabrir sus dos diarios a las once de la mañana. A continuación, el Milrevcom despachó destacamentos para apoderarse de la Oficina Central de Telégrafos y la Agencia Telegráfica rusa. Se volvieron a conectar las líneas telefónicas del Smolni. Así, los primeros objetivos del golpe fueron los centros de información y las líneas de comunicaciones.

El único episodio de violencia del día se produjo por la tarde, cuando unidades del Milrevcom bajaron a la fuerza los puentes sobre el Nevá.

Si bien la insurrección estaba ya en su fase final y decisiva, la noche del 24 de octubre el Milrevcom emitió una declaración para aclarar que, pese a los rumores, no preparaba un levantamiento, sino que actuaba exclusivamente para proteger de la «contrarrevolución» los «intereses de la guarnición de Petrogrado y la democracia».[188]

Posiblemente por causa de esta desinformación, Lenin, que debía de haber perdido todo contacto, escribió una nota desesperada en la que urgía a sus camaradas a hacer lo que efectivamente estaban haciendo:

> Escribo estas líneas la tarde del 24 [de octubre]. La situación es crítica en extremo. Está claro como el agua que, hoy, aplazar la insurrección significa verdaderamente la muerte.
>
> Quiero convencer con todas mis fuerzas a mis camaradas de que hoy todo pende de un hilo, de que nos enfrentamos a cuestiones que no podrán resolverse por medio de consultas ni de congresos (ni siquiera congresos de

los sóviets), sino únicamente por el pueblo, por las masas, por la lucha de las masas armadas.

La presión burguesa de los kornilovistas y la destitución de Verjovski indican que no podemos esperar. Es necesario, como sea, esta tarde, esta noche, detener al gobierno, desarmar a los *iunkers* (derrotarlos, si oponen resistencia), etcétera. […]

¿Quién debe tomar el poder?

En este instante eso carece de importancia; que lo tome el Comité Militar Revolucionario o «alguna otra institución» […].

La toma del poder es tarea de la insurrección; su meta política resultará clara una vez que se haya tomado el poder.

Sería una perdición o un formalismo esperar la incierta votación del 25 de octubre. El pueblo tiene el derecho y el deber de resolver estas cuestiones no por medio de votaciones, sino por la fuerza.[93*]

Esa misma noche, Lenin se trasladó al Smolni; disfrazado concienzudamente, se dijo de él que, con la cara vendada, parecía un paciente en la consulta de un dentista. En el camino estuvo a punto de ser arrestado por una patrulla gubernamental, pero se salvó al simular estar borracho. En el Smolni no se dejó ver, encerrado en una de las habitaciones traseras y solo accesible a los camaradas más cercanos. Trotski recuerda que se puso nervioso cuando se enteró de las negociaciones en curso con el Estado Mayor militar, pero no bien tuvo la seguridad de que dichas conversaciones eran una finta se mostró radiante: «"Ah, eso es buenooo", respondió Lenin alegremente y con voz cantarina, y empezó a recorrer a grandes pasos la habitación, mientras se frotaba las manos entusiasmado. "Eso es muyyy bueno." Le gustaban los ardides militares: engañar al enemigo, ponerlo en ridículo; ¿podía haber algo más placentero?».[189]

Lenin pasó la noche tratando de relajarse tendido en el suelo, mientras Podvoiski, Antónov-Ovséienko y Grigori I. Chudnovski, un amigo de Trotski, dirigían el operativo bajo el mando general de este último.

Esa noche (del 24 al 25 de octubre), los bolcheviques

tomaron de forma sistemática todos los objetivos de importancia estratégica mediante el sencillo recurso de instalar piquetes; era un golpe de Estado moderno en toda regla, tal como los describe Malaparte. Se dijo a los guardias *iunkers* que se fueran a sus casas: o bien se retiraban voluntariamente o se les desarmaba. Así, al amparo de la oscuridad, estaciones ferroviarias, oficinas de correos, centrales telefónicas, bancos y puentes cayeron, uno detrás de otro, en manos de los bolcheviques. No hubo resistencia ni disparos. Los bolcheviques tomaron el Palacio de los Ingenieros de la manera más fácil posible: «Entraron y se sentaron, y quienes estaban sentados se levantaron y se fueron; así se tomó el Estado Mayor».[190]

En la Central Telefónica desconectaron las líneas del Palacio de Invierno, pero se les pasaron por alto dos que no estaban registradas. Por medio de ellas, los ministros, reunidos en el Salón de Malaquita, mantuvieron contacto con el exterior. Aunque en sus pronunciamientos públicos rezumaba confianza, Kérenski, según un testigo presencial, parecía viejo y cansado; miraba fijamente al vacío, sin ver a nadie y con los ojos entornados que ocultaban su «sufrimiento y un miedo controlado».[191] A las nueve de la noche se presentó una delegación del sóviet, encabezada por Fiódor Dan y Abraham Gots, para comunicar a los ministros que, bajo la influencia del Estado Mayor militar «reaccionario», sobrestimaban en extremo la amenaza bolchevique. Kérenski les mostró la salida.[192] Esa noche, Kérenski se comunicó por fin con los comandantes del frente y les pidió ayuda. En vano: no había ninguno disponible. A las nueve de la mañana del 25 de octubre salió furtivamente del Palacio de Invierno disfrazado de oficial serbio y utilizó un automóvil prestado por un funcionario de la embajada de Estados Unidos, con la bandera norteamericana, para viajar al

frente en busca de ayuda.

Por entonces, el Palacio de Invierno era el único edificio todavía en manos gubernamentales. Lenin insistió en que antes de que el Segundo Congreso de los Sóviets iniciara sus sesiones y proclamara la deposición del Gobierno Provisional, era preciso arrestar a los ministros. Pero las fuerzas bolcheviques resultaron no estar a la altura de la misión. Pese a todo lo que afirmaban, no tenían hombres dispuestos a afrontar el fuego: sus presuntos 45.000 Guardias Rojos y sus decenas de miles de partidarios en la guarnición no aparecían por ningún lado. Al amanecer se lanzó un ataque poco entusiasta contra el palacio, pero al sonar los primeros disparos los atacantes se batieron en retirada.

Exasperado por la impaciencia y temiendo la intervención de las tropas del frente, Lenin decidió no esperar más. Entre las ocho y las nueve de la mañana fue al centro de operaciones bolchevique. En un principio, nadie lo reconoció. Bonch-Bruevich estalló de alegría cuando comprendió quién era: «Vladímir Ilich, padre nuestro —exclamó mientras lo abrazaba—, «¡no lo he reconocido, querido mío!».[193] Lenin se sentó y escribió, en nombre del Ispolkom, una declaración en la que se anunciaba la deposición del Gobierno Provisional. Comunicada a la prensa a las diez de la mañana del 25 de octubre, decía lo siguiente: [img 66]

¡A LOS CIUDADANOS DE RUSIA!

El Gobierno Provisional ha sido derrocado. La autoridad gubernamental ha pasado a manos del Comité Militar Revolucionario, órgano del Sóviet de Diputados Obreros y Soldados de Petrogrado que está a la cabeza del proletariado y la guarnición petrogradenses.

Los objetivos por los que ha luchado el pueblo —la propuesta inmediata de una paz democrática, la abolición de la propiedad agraria de los terratenientes, el control obrero de la producción, la constitución de un gobierno soviético— están asegurados.

¡Viva la revolución de los obreros, soldados y campesinos!

El Comité Militar Revolucionario del Sóviet de Diputados Obreros y

Soldados de Petrogrado.[94*]

Este documento, que ocupa un lugar privilegiado en el corpus de los decretos bolcheviques, declaraba que el poder soberano sobre Rusia había sido asumido por un órgano al que nadie, al margen del Comité Central bolchevique, había dado autoridad para hacerlo. El Sóviet de Petrogrado había creado el Milrevcom para defender la ciudad, no para derrocar al gobierno. El Segundo Congreso de los Sóviets, que iba a legitimar el golpe, ni siquiera se había inaugurado cuando los bolcheviques ya actuaban en su nombre. Este proceder, sin embargo, era congruente con la idea de Lenin de que no interesaba en nombre de quién se tomaba formalmente el poder: «En este instante eso carece de importancia; que lo tome el Comité Militar Revolucionario o "alguna otra institución"», había escrito la noche anterior. Como el golpe se estaba llevando a cabo sin autorización de nadie y con tanto silencio, la población de Petrogrado no tenía motivos para tomar en serio la declaración. Según testigos presenciales, el 25 de octubre la vida en la capital volvió a la normalidad y las oficinas y tiendas reabrieron sus puertas, los obreros fabriles fueron a trabajar y los lugares de ocio se llenaron de nuevo. Nadie, excepto unos cuantos dirigentes, sabía lo que había pasado: que la ciudad estaba atrapada en el puño de hierro de bolcheviques armados y que nada volvería a ser igual. Lenin diría más adelante que iniciar la revolución mundial en Rusia había sido tan fácil como «levantar una pluma».[194]

Entretanto, Kérenski viajaba a toda velocidad a Pskov, el cuartel general del frente norte. Por una exquisita ironía de la historia, las únicas tropas disponibles para movilizar contra los bolcheviques eran los cosacos del mismo Tercer Cuerpo de Caballería a los que dos meses antes Kérenski había acusado de participar en la «traición» de Kornílov. Las tropas

despreciaban tanto al primer ministro por haber difamado a Kornílov y empujado al suicidio a su comandante, el general Krimov, que se negaron a escuchar sus ruegos. Finalmente, Kérenski logró persuadir a algunos de avanzar sobre la capital por Luga. Bajo el mando del atamán Piotr N. Krasnov, dispersaron a las tropas enviadas por los bolcheviques y ocuparon Gátchina. Esa noche llegaron a Tsárskoie Seló, a dos horas de la capital. Sin embargo, decepcionados porque ninguna otra unidad se les unía, desensillaron y se negaron a ir más allá.

En Petrogrado, la situación parecía sacada de una comedia. Después de que los bolcheviques declararan que habían sido depuestos, los ministros permanecieron en el Salón de Malaquita, en el lado del Palacio de Invierno que da al Nevá, a la espera de la llegada de Kérenski a la cabeza de tropas de auxilio. Debido a ello, fue preciso postergar de hora en hora el Segundo Congreso de los Sóviets, reunido en el Smolni. A las dos de la tarde llegaron 5.000 marineros de Kronstadt, pero estos, «el orgullo y la belleza de la revolución», tan proclives a apalear a civiles desarmados, no tenían valor para el combate. Cuando su intento de asaltar el palacio fue respondido con disparos, también ellos desistieron.

Lenin no se atrevía a mostrarse en público hasta que el gabinete (presuntamente con Kérenski incluido, de cuya huida no tenía noticia) cayera en manos bolcheviques. Pasó la mayor parte del 25 de octubre vendado, con peluca y gafas. Después de que Dan y Skóbelev, lo reconocieran de pasada bajo su disfraz,[195] se retiró a su refugio, donde dio una cabezada en el suelo, mientras Trotski entraba y salía para comunicar las últimas noticias.

Reacio a inaugurar el Congreso de los Sóviets mientras el Palacio de Invierno resistiera, pero temeroso de perder a los

delegados, Trotski convocó a las 14.35 una sesión extraordinaria del Sóviet de Petrogrado. No puede establecerse quiénes participaron en estas deliberaciones, como los socialistas revolucionarios y los mencheviques se habían marchado del Smolni el día anterior y había cientos de delegados bolcheviques y probolcheviques de las provincias en el edificio, puede suponerse con certeza que la sesión fue casi patrimonio exclusivo de bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas.

Para dar comienzo a la reunión (con Lenin todavía ausente), Trotski anunció: «En nombre del Comité Militar Revolucionario, declaro que el Gobierno Provisional ha dejado de existir». Cuando un delegado, en respuesta a uno de sus anuncios, gritó desde abajo: «¡Usted se anticipa a la voluntad del Congreso de Sóviets de Todas las Rusias!», Trotski replicó: «La voluntad del Congreso de Sóviets de Todas las Rusias ha sido establecida [*predreshena*] por la enorme proeza de la insurrección de los obreros y soldados de Petrogrado, que tuvo lugar anoche. Ahora solo tenemos que expandir nuestra victoria».[196] ¿Qué «insurrección» de obreros y soldados?, cabría haber preguntado. Pero la intención de dichas palabras radicaba en hacer saber al congreso que su única opción era aceptar las decisiones que el Comité Central bolchevique había «establecido» en su nombre.

Lenin hizo entonces una breve aparición para dar la bienvenida a los delegados y saludar «la revolución socialista mundial»,[197] tras lo cual volvió a desaparecer. Trotski recuerda que aquel le dijo: «La transición de la clandestinidad y la experiencia de Perevérzev [*pereverzevschina*] al poder es demasiado brusca». Y agregó en alemán, con un movimiento circular: «Es schwindelt» («La cabeza me da vueltas»).[198]

A las seis y media de la tarde, el Comité Militar Revolucionario presentó un ultimátum al Gobierno Provisional: o se rendía o tendría que soportar el fuego de cañón del crucero *Aurora* y la fortaleza de Pedro y Pablo. Los ministros, que esperaban la llegada de ayuda de un momento a otro, no respondieron: circulaban entonces rumores de que Kérenski se acercaba a la cabeza de tropas leales.[199] Conversaban con desgana, hablaban por teléfono con amigos y descansaban, tendidos en canapés.

A las nueve de la noche, el *Aurora* abrió fuego. Como no tenía munición de combate a bordo, disparó una sola salva y quedó en silencio; eso bastó para asegurarle un lugar destacado en las leyendas de octubre. Dos horas después, la fortaleza de Pedro y Pablo inició un cañoneo, esta vez con proyectiles reales, pero con tan poca puntería que de las treinta a treinta y cinco descargas hechas solo dos alcanzaron el palacio, donde produjeron daños menores.[200] Al cabo de meses de trabajo organizativo en las fábricas y guarniciones, resultaba que los bolcheviques no tenían fuerzas dispuestas a morir por su causa. La sede del Gobierno Provisional, apenas defendida, se erguía desafiante, como si se burlara de quienes habían hablado de derrocamiento. Durante las pausas entre las descargas, destacamentos de Guardias Rojos irrumpieron en el palacio por una de sus varias entradas; sin embargo, ya en su interior, al enfrentarse a *iunkers* armados, se rindieron de inmediato.

Al caer la noche, los defensores del palacio, desanimados por la falta del apoyo prometido, comenzaron a retirarse. Los primeros en marcharse fueron los cosacos; los siguieron los *iunkers* encargados de la artillería. El Batallón Femenino de la Muerte se quedó. Hacia la medianoche, la defensa se había reducido a ellas y un puñado de cadetes adolescentes que

custodiaban el Salón de Malaquita. Cuando ya no hubo más disparos desde el palacio, los Guardias Rojos y los marineros se acercaron con cautela. Los primeros en entrar fueron marineros y soldados del regimiento Pavlovski, que treparon por las ventanas abiertas del lado del Hermitage.[201] Otros se abrieron paso por puertas sin cerrojo. El Palacio de Invierno no fue tomado por asalto: la imagen de una columna de impetuosos obreros, soldados y marineros, tal como la muestra Eisenstein en su película *Octubre*, es una pura invención, un intento de dar a Rusia su propia toma de la Bastilla. En realidad, las turbas invadieron el palacio una vez que este dejó de defenderse. Las bajas totales fueron cinco muertos y varios heridos, en su mayor parte víctimas de balas perdidas.

Después de medianoche, el palacio se llenó de una multitud que saqueó y destrozó sus lujosos interiores. Se dice que algunas de las mujeres defensoras fueron violadas. P. N. Maliantovich, el ministro de Justicia, dejó un testimonio gráfico de los últimos minutos del Gobierno Provisional: [img 67]

> De repente se dejó oír un ruido en alguna parte, que creció de inmediato en intensidad y alcance y comenzó a acercarse. En sus sonidos —distintos pero fusionados en una sola onda— resonaba a la vez algo especial, algo diferente de los ruidos anteriores: algo definitivo. […] Al instante resultó claro que el fin estaba cerca. […]
>
> Quienes estaban tumbados o sentados se pusieron de pie de un salto y buscaron sus abrigos […].
>
> Y el ruido aumentaba todo el tiempo, se intensificaba y rápidamente, como una vasta ola, se precipitaba sobre nosotros. […] Al penetrar nos embargó un miedo insoportable, como una irrupción de aire envenenado. […]
>
> Todo esto en apenas unos minutos. […]
>
> En la puerta de la antesala de la habitación donde montábamos guardia podían oírse los gritos agudos y excitados de una multitud de voces, algunos disparos aislados, el golpeteo de pasos, ruido de peleas, movimientos, el caos confuso, creciente y unificado de sonidos y el miedo cada vez más grande.
>
> Era evidente: estábamos bajo ataque, nos tomaban por asalto. […] La

defensa era inútil, las víctimas se sacrificarían en vano. […]

La puerta se abrió de improviso […]. Por ella se precipitó un *iunker*. Saludó en posición de firmes y, con muestras de excitación en la cara, pero resuelto, preguntó:

—¿Cuál es la orden del Gobierno Provisional? ¿Mantener la defensa hasta el último hombre? Estamos listos, si el Gobierno Provisional así lo ordena.

—¡No hace falta! ¡Sería inútil, eso está claro! ¡Ningún derramamiento de sangre! ¡Rendirse! —gritamos todos a una sin ningún acuerdo previo— solo nos mirábamos unos a otros para leer en los ojos de todos los mismos sentimientos y la misma resolución.

Kishkin dio un paso adelante:

—Si están aquí, quiere decir que ya han tomado el palacio.[95*]

—Sí, han tomado todas las entradas. Todo el mundo se ha rendido. Solo este sector está todavía bajo protección. ¿Cuál es la orden del Gobierno Provisional?

—Diga que no queremos un baño de sangre, que cedemos ante la fuerza, que nos rendimos —dijo Kishkin.

Y allí, junto a la puerta, el miedo crecía sin tregua y la angustia nos embargaba: ¿no correría sangre, no sería ya demasiado tarde para impedirlo? […] Y gritamos ansiosamente:

—¡Deprisa! ¡Vaya y dígales! ¡No queremos sangre! ¡Nos rendimos!

El *iunker* salió […]. Toda la escena, creo, se desarrolló en apenas un minuto.[202]

Arrestados por Antónov-Ovséienko a las 2.10, los ministros quedaron bajo custodia en la fortaleza de Pedro y Pablo. De camino escaparon por poco del linchamiento.

Tres horas y media antes, frente a la imposibilidad de seguir dilatando las cosas, los bolcheviques habían dado inicio a su congreso en el Smolni, en el gran salón de actos con columnatas que antes de 1917 se utilizaba para funciones teatrales y bailes. Aprovechando astutamente la vanidad de Fiódor Dan, invitaron al dirigente menchevique del sóviet a abrir la sesión, lo que les confería un aura de legitimidad soviética. Se eligió un nuevo presídium, compuesto por catorce bolcheviques, siete socialistas revolucionarios de izquierdas y tres mencheviques. Kámenev ocupó la presidencia. Aunque el Ispolkom legítimo había impuesto al

congreso un orden del día muy limitado (la situación del momento, la Asamblea Constituyente, las nuevas elecciones al mismo Ispolkom), Kámenev lo modificó para hacer de él algo completamente diferente: la autoridad gubernamental, la guerra y la paz y la Asamblea Constituyente.

La composición del congreso no reflejaba la composición política del país. Las organizaciones campesinas se habían negado a participar, declarando que el congreso no estaba autorizado y animando a los sóviets de la nación a boicotearlo.[203] Con los mismos argumentos, los comités del ejército se negaron a enviar delegados.[204] Trotski podría haber hecho algo mejor que describirlo como «el más democrático de todos los parlamentos en la historia del mundo».[205] Se trataba, en realidad, de una reunión de sóviets urbanos dominados por los bolcheviques y consejos militares especialmente creados con dicho fin. En una declaración dada a conocer el 25 de octubre, el Ispolkom decía:

> El Comité Ejecutivo Central [Ispolkom] considera que el Segundo Congreso no ha tenido lugar y estima que se trata de una reunión privada de delegados bolcheviques. El Comité Ejecutivo Central declara que las resoluciones de este congreso, carentes de legitimidad, no son de cumplimiento obligatorio para los sóviets locales ni para los comités del ejército. El Comité Ejecutivo Central convoca a los sóviets y las organizaciones del ejército a agruparse a su alrededor para defender la revolución. El Comité Ejecutivo Central convocará un nuevo Congreso de los Sóviets tan pronto como las condiciones posibiliten hacerlo de la manera pertinente.[206] [img 68]

La cantidad exacta de participantes en este congreso amañado no puede establecerse; los recuentos más fiables hablan de 650 delegados, entre ellos 338 bolcheviques y 98 socialistas revolucionarios de izquierdas. Así, los dos partidos aliados controlaban las dos terceras partes de los escaños, una representación que era más del doble de la que tenían derecho a tener, a juzgar por las elecciones a la Asamblea Constituyente celebradas tres semanas después.[207] Sin dejar

nada al azar, dado que no podían estar del todo seguros respecto de los socialistas revolucionarios de izquierdas, los bolcheviques se autoasignaron el 54 por ciento de los escaños. El carácter sesgado de la representación queda ilustrado por el hecho de que, conforme a una información a la que se tuvo acceso setenta años después, los letones, entre quienes había un fuerte movimiento bolchevique, constituían más del 10 por ciento de los delegados.[208] [img 69]

Las primeras horas transcurrieron en medio de acalorados debates. Mientras esperaban la noticia del arresto de los ministros, los bolcheviques cedieron el terreno a sus adversarios socialistas. Entre abucheos e interrupciones, los mencheviques y los socialistas revolucionarios presentaron declaraciones similares en las que se denunciaba el golpe bolchevique y se exigían negociaciones inmediatas con el Gobierno Provisional. La declaración menchevique sostenía que

> la conspiración militar fue organizada y llevada a cabo por el Partido Bolchevique en nombre de los sóviets y a espaldas de todos los demás partidos y facciones representados en estos […], la toma del poder por el Sóviet de Petrogrado en vísperas del Congreso de los Sóviets constituye una perturbación y una alteración de toda la organización soviética.[209]

Trotski describió a los adversarios como «seres lamentables» (*edinitsi*) y «despojos» cuyo lugar apropiado eran los «montones de basura de la historia», a lo que Mártov reaccionó diciendo que se marchaba.[210]

Esto sucedió a eso de la una de la madrugada del 26 de octubre. A las 3.10 Kámenev anunció que el Palacio de Invierno había caído y los ministros se encontraban bajo arresto. A las seis de la mañana anunció que el congreso se suspendía hasta la noche.

Lenin fue entonces al apartamento de Bonch-Bruevich para redactar decretos fundamentales que el congreso debía

ratificar. Los dos principales, relacionados con la paz y la tierra y con los que esperaba conquistar el apoyo de los soldados y campesinos al golpe, se presentaron ese mismo día a una asamblea de delegados bolcheviques, que los aprobaron sin debate.

La sesión del congreso se reanudó a las 22.40. Lenin, recibido con tumultuosos aplausos, presentó los decretos sobre la paz y la tierra, que se aprobaron sin dificultad alguna por aclamación.

El Decreto de Paz[211] tenía una denominación errónea dado que no era un acto legislativo, sino un llamamiento a todas las potencias beligerantes a poner en marcha negociaciones inmediatas por una paz «democrática» sin anexiones ni compensaciones, que garantizara a todas las naciones «el derecho a la autodeterminación». Se aboliría la diplomacia secreta y se harían públicos los tratados confidenciales. A la espera del inicio de las negociaciones de paz, Rusia proponía un armisticio de tres meses.

El Decreto de Tierras[212] se había tomado en su totalidad del programa del Partido Socialista Revolucionario con el añadido de 242 mandatos de las comunidades campesinas, publicados dos meses antes en *Izvestia Vserossiskogo Sovieta Krestianskijj Deputatov*.[213] En vez de ordenar la nacionalización de todas las tierras —es decir, la transferencia de la propiedad al Estado—, como lo establecía el programa bolchevique, requería su «socialización», esto es, el apartamiento de los circuitos comerciales y la entrega a las comunas campesinas para su uso. Todas las propiedades agrarias de terratenientes, el Estado, la Iglesia y otros no dedicados a la agricultura se confiscarían sin indemnización y se entregarían a los comités de tierras cantonales hasta que la Asamblea Constituyente decidiera su destino final. Quedaban

exceptuadas, sin embargo, las propiedades privadas de los campesinos. Se hacía con ello una descarada concesión a los deseos de estos, que tenía poco en común con el programa agrario bolchevique y pretendía ganar el apoyo del campesinado en las elecciones a la Asamblea Constituyente.

El tercer y último decreto presentado a los delegados establecía un nuevo gobierno llamado Consejo de Comisarios del Pueblo (Soviet Narodnij Komissarov, o Sovnarkom). Solo estaría en funciones hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, programada para el mes siguiente, razón por la cual era denominado, al igual que su predecesor, «Gobierno Provisional».[214] En un principio, Lenin ofreció su presidencia a Trotski, pero este la rechazó. Aquel no tenía ninguna prisa por incorporarse al gabinete, ya que prefería trabajar entre bastidores. «Al principio, Lenin no quiso participar en el gobierno —recordaría Lunacharski—. "Trabajaré en el Comité Central del partido", dijo. Pero le respondimos que no. No lo aceptaríamos. Le hicimos asumir la principal responsabilidad. Todo el mundo prefiere criticar y nada más».[215] De modo que Lenin ocupó la presidencia del Sovnarkom, a la vez que actuaba, si bien no de manera oficial sí a efectos prácticos, como presidente del Comité Central bolchevique. El nuevo gabinete tenía la misma estructura que el anterior, con el añadido de un nuevo cargo, el de presidente (y no comisario) de Nacionalidades. Todos los comisarios eran miembros del Partido Bolchevique y estaban sujetos a su disciplina; los socialistas revolucionarios de izquierdas fueron invitados a participar pero se negaron, ya que su propuesta era la formación de un gabinete representativo de «todas las fuerzas de la democracia revolucionaria», incluidos los mencheviques y los socialistas revolucionarios.[216] La composición del Sovnarkom fue la siguiente:[96*]

Presidente	Vladímir Uliánov (Lenin)
Asuntos Internos	A. I. Ríkov
Agricultura	V. P. Miliutin
Trabajo	A. G. Shliápnikov
Guerra y Marina	V. A. Ovséienko (Antónov) N. V. Krilenko P. E. Dibenko
Comercio e Industria	V. P. Noguín
Instrucción pública	A. V. Lunacharski
Finanzas	I. I. Skvortsov (Stepánov)
Asuntos Exteriores	L. D. Bronstein (Trotski)
Justicia	G. I. Oppókov (Lómov)
Abastecimiento	I. A. Teodoróvich
Correos y Telégrafos	N. P. Avílov (Glebov)
Presidente de Nacionalidades	I. V. Dzhugashvili (Stalin)

Se disolvió el Ispolkom vigente y fue sustituido por otro compuesto de 101 miembros, entre los cuales había 62 bolcheviques y 29 socialistas revolucionarios de izquierdas. La presidencia quedó a cargo de Kámenev. Según el decreto de creación del Sovnarkom, redactado por Lenin, este órgano debía rendir cuentas al Ispolkom, que con ello se convertía en algo parecido a un Parlamento con la facultad de vetar leyes y designaciones ministeriales.

El alto mando bolchevique, muy preocupado en esos

tiempos inciertos por no parecer apropiarse del poder de forma exclusiva, insistió en que los decretos sancionados por el congreso se promulgaran de manera provisional, sujetos a aprobación, enmienda o rechazo por parte de la Asamblea Constituyente. En palabras de un historiador comunista: «En los días de octubre no se negaba la soberanía de la Asamblea Constituyente. […] en todas sus resoluciones [el Segundo Congreso de los Sóviets] tuvo en cuenta a la Asamblea Constituyente y adoptó sus decisiones fundamentales "hasta su convocatoria"».[217]

Si bien el Decreto de Paz no hacía mención a la Asamblea Constituyente, en su informe sobre él al Segundo Congreso Lenin prometió: «Someteremos todas las propuestas de paz a la decisión de la Asamblea Constituyente».[218] Las cláusulas del Decreto de Tierras también eran provisionales: «Solo la Asamblea Constituyente nacional puede resolver la cuestión de la tierra en todas sus dimensiones».[219] En lo referente al nuevo gabinete, el Sovnarkom, una resolución redactada por Lenin y aprobada por el congreso declaraba: «Crear, para administrar el país hasta la convocatoria de la Asamblea Constituyente, un Gobierno Provisional Obrero y Campesino que se denominará Consejo de Comisarios del Pueblo».[220] Por ende, era lógico que el nuevo gobierno, en su primer día en funciones (27 de octubre), afirmara que las elecciones a la asamblea se celebrarían el 12 de noviembre, conforme a lo previsto.[221] Y por tanto, de nuevo, al disolver la Asamblea en su primer día, antes de que tuviera siquiera oportunidad de legislar, los bolcheviques se deslegitimaron a sí mismos, incluso según sus propios criterios.

Los bolcheviques hicieron sus concesiones iniciales a la legalidad solo porque no podían saber qué les depararía el futuro. Tenían que admitir la posibilidad de que Kérenski

llegara en algún momento a Petrogrado con tropas, en cuyo caso ellos necesitarían el apoyo de todo el sóviet. Solo se aventuraron a violar abiertamente las normas legales alrededor de una semana después, cuando ya era evidente que no aparecería ninguna expedición punitiva.

El único choque armado entre tropas probolcheviques y progubernamentales por el control de la capital se produjo el 30 de octubre en Púlkovo, un suburbio de relieve pronunciado. Tras desperdiciar tres valiosos días en Tsárskoie Seló, los cosacos de Krasnov, desalentados por la falta de apoyo y confundidos por agitadores bolcheviques, se decidieron finalmente a avanzar. Iniciaron las operaciones junto al río Slavianka, donde 600 cosacos hicieron frente a una fuerza al menos diez veces mayor, compuesta de Guardias Rojos, marineros y soldados.[222] Los Guardias Rojos y los soldados no tardaron en huir, pero los 3.000 marineros se mantuvieron firmes y salieron victoriosos. Habiendo perdido a su comandante de campaña, los cosacos se retiraron a Gátchina, poniendo fin a toda posibilidad de intervención militar posterior en nombre del Gobierno Provisional.

En Moscú, las cosas fueron mal para los bolcheviques desde el principio, y podrían haber terminado en desastre si los representantes del gobierno hubieran mostrado una mayor determinación.

Los bolcheviques moscovitas no se habían preparado para tomar el poder porque apoyaban más a Kámenev y Zinóviev que a Lenin y Trotski; sin ir más lejos, el 20 de octubre, Uritski dijo al Comité Central que la mayoría de los delegados de Moscú se oponían a una insurrección.[223]

Al conocer los acontecimientos del 25 de octubre en Petrogrado, los bolcheviques hicieron que el sóviet aprobara

una resolución por la cual se establecía un Comité Revolucionario. Pero en tanto que en la capital la organización equivalente estaba bajo control bolchevique, en Moscú se concebía el comité como un auténtico órgano soviético interpartidario en el que se invitó a participar a mencheviques, socialistas revolucionarios y otros socialistas. Los socialistas revolucionarios declinaron la invitación, pero los mencheviques la aceptaron, aunque con condiciones; como estas fueron rechazadas, decidieron retirarse.[224] Al igual que el Milrevcom de Petrogrado, el Comité Revolucionario de Moscú emitió a las diez de la noche un llamamiento a la guarnición de la ciudad a prepararse para la acción y obedecer solo las órdenes emitidas o refrendadas por él.[225]

El Comité Revolucionario de Moscú hizo su primer movimiento la mañana del 26 de octubre, cuando envió a dos comisarios al Kremlin a tomar la antigua fortaleza y repartir las armas de su arsenal entre los Guardias Rojos probolcheviques. Las tropas del 56º Regimiento, que custodiaban el lugar, obedecieron, confundidas al ver que uno de los comisarios era su propio oficial. Aun así, los bolcheviques no pudieron sacar las armas porque el Kremlin no tardó en quedar rodeado por *iunkers*, que les dieron un ultimátum de rendición. Cuando este fue rechazado, los *iunkers* atacaron; algunas horas después (las seis de la mañana del 28 de octubre), la fortaleza había caído en sus manos.

Su captura dio a las fuerzas progubernamentales el control del centro de la ciudad. En ese momento, los funcionarios investidos de la autoridad militar y civil podrían haber sofocado la insurrección bolchevique. Pero vacilaron, en parte debido a un exceso de confianza, y en parte por el deseo de evitar un mayor derramamiento de sangre. El miedo a la

«contrarrevolución» también pesaba en su ánimo. El Comité de Seguridad Pública, encabezado por el alcalde de la ciudad, Vadim V. Rúdnev, y el comando militar, a cargo del coronel Konstantin I. Riabtsev, en vez de arrestar a los miembros del Comité Revolucionario, entraron en negociaciones con ellos. Dichas negociaciones, que se prolongaron durante tres días (del 28 al 30 de octubre), dieron a los bolcheviques tiempo para recuperarse y conseguir refuerzos de los suburbios industriales y los pueblos de las cercanías. El Comité Revolucionario, que durante la noche del 28 al 29 de octubre había considerado «crítica» su situación,[226] se sintió dos días después lo bastante seguro para asumir una ofensiva. En última instancia, los únicos habitantes de Moscú dispuestos a defender la democracia resultaron ser jóvenes y adolescentes de las academias militares, las universidades y las escuelas de secundaria, que arriesgaron la vida sin la dirección ni el apoyo de sus mayores.

Las negociaciones entre el Comité de Seguridad Pública y el Comité Revolucionario para una resolución pacífica del conflicto se rompieron en la medianoche del 30 al 31 de octubre, cuando el segundo puso fin de manera unilateral al armisticio y ordenó a sus unidades atacar.[227] Al parecer, las fuerzas de ambos bandos eran más o menos iguales, compuestas de unos 15.000 hombres cada una. Durante la noche siguiente, Moscú se convirtió en el escenario de violentos combates puerta a puerta. Resueltos a recuperar el Kremlin, los bolcheviques atacaron con fuego de artillería, provocando daños en sus viejas murallas. Aunque los *iunkers* se defendieron bien, poco a poco las fuerzas bolcheviques que convergían de los suburbios los presionaron y aislaron. La mañana del 2 de noviembre, el Comité de Seguridad Pública ordenó a sus fuerzas el cese de la resistencia. Esa noche firmó con el Comité Revolucionario un acta de rendición en virtud

de la cual quedó disuelto y sus fuerzas entregaron las armas. [228] [img 70]

En otros lugares de Rusia, las situaciones fueron de una variedad desconcertante: en cada ciudad, el curso y el resultado del conflicto dependió de la fuerza y la determinación de los contendientes. Aunque los ideólogos comunistas han descrito el período inmediatamente posterior al golpe de octubre en Petrogrado como «la marcha triunfal del poder soviético», para el historiador las cosas son diferentes: lo que se propagaba no era el poder «soviético», sino el poder bolchevique, a menudo contra los deseos de los sóviets, y no «marchaba triunfalmente», sino que conquistaba valiéndose de su fuerza militar. [img 71]

Como no siguieron ningún patrón discernible, es casi imposible describir las conquistas bolcheviques fuera de las dos ciudades capitales.[229] En algunas zonas, los bolcheviques proclamaron, aunando fuerzas con los socialistas revolucionarios y mencheviques, el gobierno «soviético»; en otras expulsaron a sus rivales y tomaron el poder por sí solos. Aquí y allá, fuerzas progubernamentales ofrecieron resistencia, pero en muchas localidades se declararon «neutrales». En la mayoría de las ciudades de provincias, los bolcheviques locales tuvieron que actuar por cuenta propia, sin directivas de Petrogrado. Hacia principios de noviembre controlaban el corazón del imperio, la Gran Rusia, o al menos las ciudades de la región, que transformaron en bastiones en medio de una población rural hostil o indiferente, como los normandos lo habían hecho en la misma Rusia mil años antes. El campo se mantuvo casi totalmente fuera de su alcance y otro tanto ocurrió con las zonas fronterizas, que se separaron para constituir repúblicas soberanas. Los bolcheviques, como veremos, tuvieron que reconquistarlas

mediante campañas militares.

En aquellos momentos, la enorme mayoría de los habitantes de Rusia no entendieron nada de lo que había sucedido. En teoría, los sóviets, que desde febrero habían actuado como corregentes, asumieron todo el poder. Costaba ver en ello un acontecimiento revolucionario; más bien era una extensión lógica del principio de «dualidad de poder» planteado durante los primeros días de la Revolución de Febrero. El engaño de Trotski, que disfrazó la toma del poder de los bolcheviques como una transferencia del poder a los sóviets, tuvo un éxito rotundo: al echar una mirada retrospectiva a los sucesos de octubre, aquel se enorgullecía justificadamente de la diestra explotación en beneficio de los bolcheviques de prácticas que los socialistas democráticos habían introducido en febrero y marzo. El resultado del engaño fue que la ruptura total en el gobierno pasó casi inadvertida, como la mera resolución «legal» de una crisis gubernamental más:

> Calificamos la insurrección de «legal» en el sentido de que fue el resultado de las condiciones «normales» de la dualidad de poder. Cuando los conciliadores [socialistas revolucionarios y mencheviques] estaban al frente del Sóviet de Petrogrado, más de una vez este controló y corrigió las decisiones del gobierno. Esta [práctica] formaba parte, por decirlo así, de la constitución del régimen conocido por la historia como «kerenskismo». Nosotros, los bolcheviques, tras tomar el poder en el Sóviet de Petrogrado, no hicimos más que expandir y profundizar los métodos de la dualidad de poder. Nos hicimos cargo de controlar el orden en lo concerniente al despacho de la guarnición [al frente]. De esta manera, ocultamos detrás de las tradiciones y prácticas de la dualidad de poder lo que era en los hechos una insurrección de la guarnición de Petrogrado. Por otra parte, al ajustar formalmente en nuestra agitación la cuestión del poder para que coincidiera con la convocatoria del Segundo Congreso de los Sóviets, desarrollamos y profundizamos las tradiciones establecidas de la dualidad de poder, preparando el marco de la legalidad soviética para la insurrección bolchevique a escala de toda Rusia.[230]

Parte del engaño consistió en mantener oculto el objetivo socialista del golpe de octubre: ningún documento oficial

emitido en la primera semana del nuevo régimen, cuando este se sentía muy inseguro de sí mismo, utilizaba la palabra «socialismo». Que esta era una práctica deliberada y no una omisión puede advertirse en el hecho de que en la redacción original del anuncio del 25 de octubre, por el que se declaraba la deposición del Gobierno Provisional, Lenin había escrito la consigna «¡Viva el socialismo!», pero después de pensarlo mejor la tachó.[231] La primera utilización oficial del término «socialismo» fue en un documento escrito por el propio Lenin y fechado el 2 de noviembre en el que afirmaba que «el Comité Central tiene plena confianza en el triunfo de la revolución socialista».[232]

El efecto de todo esto consistió en amortiguar la sensación de que había sucedido algo drástico, y de esa manera aliviar el temor público y evitar la resistencia activa. La reacción de la Bolsa de Petrogrado es un buen ejemplo de lo extendida que era la ignorancia en cuanto al significado real del golpe de octubre. Según la prensa de esos días, el cambio de régimen «no impresionó en absoluto» a la institución bursátil, y ni siquiera lo hizo el anuncio posterior de que Rusia había vivido una revolución socialista. Aunque en los días inmediatamente posteriores al golpe hubo pocas transacciones bursátiles, los precios se mantuvieron firmes. La única muestra de nerviosismo fue la pronunciada caída del rublo: entre el 23 de octubre y el 4 de noviembre se devaluó más del cien por cien, ya que la cotización del dólar pasó de 6,20 a 12-14 rublos.[233]

La caída del Gobierno Provisional no fue muy lamentada: testigos presenciales informan de que la población reaccionó con una completa indiferencia. Fue así incluso en Moscú, donde los bolcheviques tuvieron que hacer frente a una dura oposición; se dice que en esa ciudad el derrumbe del gobierno

pasó inadvertido. El ciudadano común parecía creer que era indiferente quién gobernara, ya que no había manera de que las cosas empeoraran aún más.[234]

12

La construcción del Estado de partido único

El 26 de octubre de 1917, los bolcheviques, más que tomar el poder de Rusia, simplemente se apropiaron de él. Ese día, sirviéndose de un supuesto Congreso de los Sóviets que ellos mismos habían convocado de forma ilegal, llenándolo de sus propios afiliados, consiguieron una autoridad limitada y transitoria: la autoridad de formar un nuevo Gobierno Provisional, el que sería responsable ante el Comité Ejecutivo Central del Sóviet y cesaría al cabo de un mes, cuando se convocó la Asamblea Constituyente. Les llevó tres años de guerra civil convertir en realidad esa pretensión y, a pesar de su posición tan precaria, procedieron casi de inmediato a sentar las bases de un tipo de régimen desconocido hasta entonces en la historia, una dictadura de partido único.

El 26 de octubre tenían ante sí tres opciones. Podrían haber declarado que su partido era el gobierno. Podrían haber disuelto el partido en el gobierno. Y podrían haber mantenido partido y gobierno como instituciones separadas, y en tal caso, haber dirigido el Estado desde fuera o haberse fusionado con él a nivel ejecutivo, a través del funcionariado de enlace[1] Por razones que se explicarán en detalle, Lenin rechazó las dos primeras alternativas, y dudó brevemente entre las dos opciones que planteaba la última. Inicialmente, se inclinó por

la primera de dichas opciones: en vez de encabezar el Estado, prefería gobernar a la cabeza del partido, que percibía como el gobierno incipiente del proletariado mundial. Pero, como hemos visto, sus asociados pensaban que solo estaba intentando eludir responsabilidades por el golpe de octubre, al que muchos de ellos se habían opuesto, y lo obligaron a dejar también de lado esta primera opción.[2] Como resultado de ello, en el sistema político que surgió a pocas horas del golpe de Estado, el partido y el Estado conservaron identidades diferenciadas, fundiéndose en los niveles ejecutivos no por razones institucionales, sino personales, ante todo en el gabinete (el Consejo de Comisarios del Pueblo o Sovnarkom), en el que los líderes del partido se hicieron con todos los cargos ministeriales. Mediante este trato, los bolcheviques tomaban decisiones políticas como funcionarios del partido, y las ponían en práctica como encargados de las varias reparticiones estatales, valiéndose con este fin de la burocracia y los servicios de seguridad policiales.

Fue el origen de un tipo de gobierno que habría de engendrar una prole numerosa, con dictaduras de partido único tanto de izquierdas como de derechas en Europa y el resto del mundo, y emerger como el principal enemigo de la democracia parlamentaria y también como su principal alternativa. Su rasgo distintivo era el de concentrar en manos de una agrupación de carácter privado, el «partido gobernante», los poderes ejecutivo y legislativo, al igual que el poder de efectuar en su totalidad los nombramientos en las instancias legislativas, ejecutivas y judiciales. Dado que los bolcheviques se apresuraron a prohibir la existencia de todos los partidos restantes, la denominación de «partido» apenas si resultaba aplicable a su organización. Un «partido» —el término deriva del latín *pars* o «parte»— no puede ser, por definición, exclusivo, puesto que una parte no puede

constituir nunca el todo: un «Estado de partido único» es, por ende, una contradicción en sus propios términos.[3] El término que mejor encaja en este caso es el de un «Estado dual», acuñado más tarde para describir un régimen similar al establecido en Alemania por Hitler.[4]

Era una clase de gobierno con un único precedente, imperfecto y conseguido solo a medias, que le sirvió en cierta medida de modelo: el régimen jacobino de la Francia revolucionaria. Los centenares de clubes jacobinos diseminados en toda Francia no conformaban, en sentido estricto, un partido, pero adquirieron de hecho muchas de sus características, incluso antes de que los jacobinos llegaran al poder; la pertenencia a ellos estaba estrictamente controlada, exigiendo la adhesión a un programa y el deber de votar en bloque, y el Club Jacobino de París operaba como su núcleo a escala nacional. Desde el otoño de 1793 hasta el golpe en Termidor un año después, los clubes jacobinos tomaron las riendas del gobierno sin fusionarse formalmente con la administración, monopolizando todos los cargos ejecutivos y asignándose ellos mismos el poder de veto a las políticas gubernamentales.[5] De haber permanecido los jacobinos más tiempo en el poder, podrían haber engendrado un verdadero Estado de partido único. Tal y como sucedieron los acontecimientos, proporcionaron un paradigma que los bolcheviques, apoyándose en las tradiciones autocráticas de Rusia, llevaron a un grado cercano a la perfección.

Los bolcheviques no habían reflexionado nunca demasiado acerca del Estado que habría de ver la luz después de la revolución, dando por hecho que su revolución suscitaría un estallido instantáneo en todo el mundo y acabaría con los gobiernos nacionales. El Estado de partido único fue algo que improvisaron sobre la marcha y, aunque nunca llegaron a

darle una fundamentación teórica, resultó ser uno de sus logros más duraderos e influyentes.

Aunque nunca dudó de que alguna vez llegaría a ejercer un poder ilimitado, Lenin tuvo que asumir inicialmente el hecho de que había llegado al poder en representación de la «democracia soviética». Cabe recordar que los bolcheviques habían realizado el golpe de Estado no en nombre propio —el nombre de su partido no aparecía en ninguna de las proclamas del Comité Militar Revolucionario—, sino en el de los sóviets. Su consigna había sido «Todo el poder para los sóviets»; su autoridad era, pues, condicional y provisional, y les fue preciso mantener la ficción durante un tiempo, dado que el país no hubiese tolerado que ningún partido se apropiara entonces del monopolio del poder.

Ni siquiera los delegados del Segundo Congreso de los Sóviets, puestos que los bolcheviques habían ocupado con sus afiliados y simpatizantes, hicieron amago de revestir de prerrogativas dictatoriales la cúpula del partido. Los delegados ante la reunión que los bolcheviques habían proclamado siempre como la fuente de la legitimidad, al ser encuestados respecto a cómo querían los sóviets —de los que ellos mismos eran representantes— que se reconstruyera la autoridad política, respondieron de la siguiente forma:[6]

Todo el poder para los sóviets	505	(75%)
Todo el poder para la democracia	86	(13%)
Todo el poder para la democracia, pero sin los kadetes	21	(3%)
Una coalición de gobierno	58	(8,6%)
No responde	3	(0,4%)

Todas las respuestas decían más o menos lo mismo: que, si bien los sóviets probolcheviques no sabían exactamente qué clase de gobierno deseaban, ninguno de ellos imaginaba a ningún partido en particular que pudiera terminar

ostentando el monopolio político. De hecho, muchos de los asociados más próximos a Lenin se oponían a excluir a otros partidos socialistas del gobierno soviético y habrían de dimitir en señal de protesta, porque el mismo Lenin y muchos de sus acólitos más devotos (Trotski, Stalin, Félix Dzerzhinski) insistían en tomar dicho curso de acción. Esta era la realidad política a la que se enfrentaba Lenin, una realidad que lo obligaba a seguir ocultándose tras la fachada del «poder soviético», aun cuando estuviera instalando de hecho una dictadura de partido único. El sentimiento abrumadoramente democrático y socialista de la población, articulado de manera imprecisa pero muy intenso, lo obligaba a mantener intacta la estructura del Estado con el disfraz de su nuevo «soberano» nominal, los sóviets, a la vez que acumulaba todos los hilos del poder en sus manos.

Pero hay buenas razones para suponer que, aun cuando no se hubiese visto en la necesidad de perpetuar el engaño por el ánimo general del país, el líder hubiese preferido igual gobernar valiéndose del Estado y manteniendo a distancia al Estado del partido. Un factor era la escasez de personal bolchevique. La administración de Rusia en circunstancias normales requería de miles de funcionarios públicos y del sector privado. Administrar un país en el que todas las formas de autogobierno iban a ser eliminadas y la economía nacionalizada, precisaba de una cifra bastante más elevada. Entre 1917 y 1918, el Partido Bolchevique era demasiado reducido para lidiar solo con esta tarea y, en todo caso, muy pocos de sus afiliados, la mayoría de ellos revolucionarios profesionales de toda la vida, tenían nociones de administración. En consecuencia, los bolcheviques no tenían más alternativa que la de descansar en el viejo aparato burocrático y en otros «especialistas burgueses» y, más que administrar las instituciones directamente, controlar a los

administradores. Emulando a los jacobinos, introdujeron al personal bolchevique en los puestos directivos de todas las instituciones y organizaciones sin excepción; un personal que debía lealtad y obediencia no al Estado, sino al partido. La necesidad de personal partidista confiable era tan acuciante que el partido tuvo que ampliarse más rápidamente de lo que sus líderes anhelaban, absorbiendo a sujetos ambiciosos que solo deseaban hacer carrera en él.

La tercera consideración a favor de mantener una distinción entre el partido y el Estado era que dicho procedimiento lo protegía de las críticas a nivel local e internacional. Puesto que los bolcheviques no tenían la menor intención de ceder el poder, ni siquiera aunque la población los rechazara de manera abrumadora, requerían de un chivo expiatorio eventual. Este habría de ser la burocracia estatal, a la que se podía culpar de los fracasos, mientras que el partido conservaba su pretensión de ser infalible. Y al realizar actividades subversivas en países extranjeros, sus miembros despacharían las protestas foráneas que pudieran surgir alegando que todo ello era obra del Partido Comunista ruso, una «organización privada» de la que no cabía responsabilizar al gobierno soviético.

El establecimiento en Rusia de un Estado de partido único requería de una serie de medidas tanto destructivas como constructivas. El proceso quedó concluido en lo sustancial (en Rusia central, que era cuanto controlaban los bolcheviques en aquel momento) en el otoño de 1918. A continuación, trasladaron estas instituciones y prácticas a los territorios fronterizos.

En primer lugar, y sobre todo, debían arrancar de raíz todos los vestigios del antiguo régimen, tanto del zarista como del «burgués» (democrático): los órganos de autogobierno,

los partidos políticos y sus órganos de prensa, las fuerzas armadas, el sistema judicial y la institución de la propiedad privada. Esta fase puramente destructiva de la revolución, llevada a cabo en cumplimiento del mandato de Marx, formulado en 1871, de no tomar las riendas del antiguo régimen sino «aplastarlo», fue formalizada a través de decretos, pero lograda fundamentalmente con el anarquismo espontáneo que la Revolución de Febrero había desencadenado y que los bolcheviques habían buscado encender empecinadamente. Sus contemporáneos veían en esta labor destructiva solo un nihilismo inconsciente, pero para los nuevos gobernantes suponía simplemente despejar el terreno antes de emprender la construcción del nuevo orden político y social.

La construcción era la parte difícil porque exigía que los bolcheviques refrenaran los impulsos anarquistas del pueblo e impusieran una disciplina de la que ese mismo pueblo creía que la revolución iba a liberarlo de una vez para siempre. Esto requería estructurar el nuevo esquema de poder (*vlast*) de modo que tuviera la apariencia de una democracia idiosincrática, «soviética», pero que en realidad acabara restaurando el absolutismo moscovita con todos los refinamientos que la ideología y tecnología modernas hacían posibles. Los gobernantes bolcheviques veían que su tarea más urgente e inmediata era la de librarse de su responsabilidad ante los sóviets, su soberano nominal. Enseguida debían librarse de la Asamblea Constituyente, a cuya convocatoria se habían comprometido ellos mismos pero que acabaría, ciertamente, destituyéndolos del poder. Y, finalmente, debían transformar los sóviets en herramientas obedientes al partido.

Que el Partido Bolchevique tenía que ser, *de facto* y *de iure*, el motor principal que hiciera funcionar al gobierno soviético

era algo que ningún bolchevique ponía en duda. Lenin se limitó a enunciar una perogrullada cuando dijo en el Décimo Congreso del Partido, celebrado en 1921: «Nuestro partido es el partido gobernante y la resolución que el Congreso del Partido adopte será vinculante para toda la república».[7] Unos pocos años después, Stalin definió aún más explícitamente la primacía constitucional del partido cuando afirmó que «en nuestro país las organizaciones soviéticas y de masas no deciden ninguna cuestión política u organizativa relevante sin las directrices procedentes del partido».[8]

Con todo, pese a su reconocida autoridad pública, el Partido Bolchevique seguía siendo después de 1917 lo que había sido antes: una entidad privada. Ni la Constitución soviética de 1918 ni la de 1924 hacían referencia alguna a él. La primera vez que se mencionó el partido en un documento de rango constitucional fue en la así llamada Constitución de Stalin, de 1936, en cuyo artículo 126 era descrito como «la vanguardia de los trabajadores en su lucha por el fortalecimiento y desarrollo del orden socialista» y «el núcleo directivo de todas las organizaciones de trabajadores, sociales a la vez que gubernamentales». Ignorar en la legislación el elemento más esencial de todos encajaba perfectamente con la tradición rusa; a fin de cuentas, el absolutismo zarista fundó su primera, y más bien casual, definición de sí mismo en el «Reglamento Militar» de Pedro el Grande, más de dos siglos después de que esta se hubiese transformado en la realidad política fundamental del país; en cuanto a la servidumbre, su realidad social de base, esta nunca fue reconocida legalmente. Hasta 1936, el partido se representaba a sí mismo como una fuerza trascendental que guiaba al país mediante el ejemplo y la inspiración. Así, el programa que adoptó en marzo de 1919 definía su función como la de «organizar» y «liderar» al proletariado, y «explicarle» la naturaleza de la lucha de clases,

sin aludir ni una sola vez al hecho de que también «regía» al «proletariado», como todo lo demás. Quienquiera que busque información de la Rusia soviética exclusivamente en la documentación oficial de la época, no hallará el menor indicio de la implicación que el partido tenía en el día a día del país, aunque eso fuera lo que diferenciaba a la Unión Soviética de cualquier otro país del mundo.[97*]

De este modo, tras la toma del poder, el Partido Bolchevique conservó su carácter privado, pese a que en el ínterin se había transformado en el amo absoluto del Estado y la sociedad. Como resultado de ello, sus estatutos, procedimientos, decisiones y personal estaban sometidos a supervisión externa. Sus miembros, cuya cifra oscilaba entre 600.000 y 700.000 y, al decir de Kámenev en 1920, «gobernaban» una Rusia compuesta abrumadoramente por no bolcheviques,[9] se parecían más a una cohorte de élite que a un partido político.[98*] Mientras que nada escapaba al control del partido, este no reconocía control alguno sobre él: era una entidad autónoma y responsable solo ante sí misma. Esto generaba una situación anómala que los teóricos comunistas nunca han sido capaces de explicar satisfactoriamente, puesto que solo se puede hacer —si es que se puede hacer— haciendo referencia a conceptos metafísicos como la «voluntad general» de Rousseau, noción que expresaba, según él, la voluntad de cada cual y era de todas formas algo distinto a la «voluntad de todos».

Las oscilaciones del partido aumentaron exponencialmente en los tres años durante los cuales los bolcheviques conquistaron Rusia y situaron a sus operadores en todas las instituciones existentes. En febrero de 1917, la entidad partidista contaba con 23.600 miembros; en 1919, con 250.000; en marzo de 1921, con 730.000 (incluidos los

candidatos a miembros).[10] La mayoría de los recién afiliados se unieron cuando pareció que los bolcheviques estaban ganando la guerra civil, para poder obtener los beneficios tradicionalmente asociados, en Rusia, a la administración pública. Durante esos años de privación extrema, la posesión de una tarjeta del partido garantizaba los recursos mínimos de vivienda, comida y combustible, así como inmunidad ante la policía política, excepto para los delitos más graves. A los miembros del partido se les permitía llevar armas. Lenin se daba cuenta, por supuesto, de que la mayoría de los recién incorporados eran oportunistas ambiciosos y que sus prácticas de aceptar sobornos, robar y comportarse como matones no hacían sino menoscabar el prestigio del partido, solo que sus aspiraciones al poder total no le dejaron otra opción que aceptar a cualquiera que tuviera las credenciales sociales apropiadas y la voluntad de cumplir órdenes sin cuestionarlas ni obstaculizarlas. Al mismo tiempo se aseguró de que las posiciones clave del partido y el gobierno quedaran garantizadas para la «vieja guardia», los veteranos en la clandestinidad; hasta fecha tan tardía como 1930, el 69 por ciento de los secretarios de comités centrales en las repúblicas nacionales y en los comités regionales (*oblast* y *krai*) se habían unido al partido antes de la revolución.[11]

Hasta mediados de 1919, el partido conservó la estructura informal de los años de clandestinidad, pero a medida que sus filas se fueron engrosando, comenzaron a institucionalizarse prácticas no democráticas. El Comité Central siguió siendo el núcleo fuerte del poder, pero en la práctica, dado que sus miembros solían viajar precipitadamente a cualquier lugar del país a cumplir misiones especiales, las decisiones eran tomadas habitualmente por los pocos miembros que estaban disponibles por casualidad. Lenin, que por su temor extremo a ser asesinado no viajaba casi nunca, actuaba como director

permanente. Y aunque, siendo el dictador del país, se beneficiaba en gran medida de la coacción y el terror, dentro de su propio partido prefería la persuasión. Nunca forzaba a nadie a irse del partido a causa de algún desacuerdo; si fracasaba en obtener una mayoría en cualquier tema importante, le bastaba con insinuar la amenaza de su dimisión para lograr que sus acólitos volvieran al redil. Una o dos veces estuvo al borde de una derrota humillante, de la que únicamente la intervención de Trotski logró salvarlo. Incluso en algunas ocasiones tuvo que acceder a políticas que él mismo desaprobaba. A finales de 1918, sin embargo, su autoridad había aumentado hasta el grado de que ya nadie se le oponía. Kámenev, que había discrepado a menudo con él en el pasado, habló en nombre de muchos bolcheviques cuando dijo a Sujánov en el otoño de 1918:

> Cada vez me convenzo más de que Lenin nunca se equivoca. Al final, siempre está en lo correcto. Cuántas veces pareció que había metido la pata en su pronóstico o su línea política… y siempre, al final, tanto su pronóstico como su línea política resultaron ser correctos.[12]

El líder bolchevique tenía escasa paciencia ante los debates, aun los que discurrían en el círculo de sus colaboradores más próximos; normalmente, durante las sesiones de gabinete, solía hojear algún libro y luego unirse de nuevo al debate para trazar la política a seguir. Desde octubre de 1917 hasta la primavera de 1919, tomó muchas decisiones para el partido y a la vez para el gobierno, en colaboración con Yákov Sverdlov, su indispensable asistente. Dotado de una mente enciclopédica, Sverdlov proveía a Lenin de nombres, hechos y cualquier otra información cuando la requería. Después de que el asesor enfermara y muriese en marzo de 1919, el Comité Central tuvo que ser reestructurado; en ese momento se creó un Politburó para guiar la actividad política, un Orgburó para hacerse cargo de la administración y un

Secretariado para dirigir al personal del partido.

El gabinete, o Sovnarkom, estaba formado por altos funcionarios del partido que cumplían una doble función. Así, Lenin, que dirigía el Comité Central, ejercía a la vez como director del Sovnarkom, siendo el equivalente a un primer ministro. Como regla general, las decisiones importantes eran primero tomadas en el Comité Central o Politburó y luego sometidas al gabinete para su discusión e implementación, a menudo con la participación de expertos no bolcheviques.

En un país de más de cien millones de habitantes, era desde luego imposible confiar exclusivamente en la afiliación al partido para «aplastar» a fondo un orden social, económico y político forjado durante siglos. Había que aprovechar el impulso de las «masas», pero visto que la gran mayoría de los obreros y campesinos no sabía nada del socialismo o la dictadura del proletariado, tenía que ser impelida a la acción con mensajes más específicos a favor de sus propios intereses.

En el *Satiricón* de Petronio, ese retrato único de la vida cotidiana en la antigua Roma, encontramos un pasaje muy útil a la hora de describir la política que los bolcheviques perseguían en sus meses iniciales en el poder:

> ¿Cómo podrían sobrevivir un hombre de confianza o un ladrón si no dejaran caer, en medio de la multitud, alguna bolsita llena de algo tintineante para así enganchar a sus víctimas? A los lerdos animales se les hace caer en la trampa con el alimento; a los hombres, no se les puede atrapar a menos que estén mordisqueando algo.

Era un principio que Lenin entendía de manera instintiva. Al asumir su cargo, entregó a Rusia al populacho para repartir su riqueza bajo el eslogan de «Grabi nagrablenoye» («Hacerse con el botín»). Y mientras el pueblo estaba ocupado «mordisqueando» algo, él se ocupaba de despachar a sus rivales políticos.

El idioma ruso incluye un término, *duvan*, originario del turco e incorporado a través del dialecto cosaco, que equivale a repartirse los despojos, como hacían las bandas de cosacos en el sur de Rusia tras las incursiones contra asentamientos turcos y persas. En el otoño e invierno de 1917-1918, toda Rusia se convirtió en objeto de *duvan*. La principal mercancía para ser repartida era la tierra agrícola, que el Decreto de Tierras del 26 de octubre había transferido a los campesinos comunales. La distribución del botín entre los hogares, según los criterios que cada comuna había establecido, mantuvo ocupados a los campesinos hasta bien avanzada la primavera de 1918 y, durante este período, perdieron el poco interés que tenían en la política.[img 72]

En la industria y las fuerzas armadas tuvieron lugar procesos similares. Inicialmente, los bolcheviques traspasaron la gestión de las fábricas a comités de fábrica cuyos trabajadores y personal administrativo de rango inferior estaban bajo la égida del sindicalismo. Estos comités expulsaron a los dueños y directivos y asumieron la gestión, pero aprovecharon a su vez la oportunidad para apropiarse de los activos de las fábricas. Según un contemporáneo de la época, la «labor administrativa» se redujo en la práctica a la «repartición de los productos de una industria determinada entre sus trabajadores».[13] Antes de volver a sus casas, los soldados del frente irrumpían en los arsenales y depósitos militares, llevándose cuanto podían, y el resto lo vendían a los civiles de la localidad. Un diario bolchevique brindaba una descripción de este tipo de *duvan* militar. Según el reportero, un debate realizado el 1 de febrero de 1918 (NE) por la Sección de Soldados del Sóviet de Petrogrado reveló que, en muchas unidades, las tropas exigían los haberes de los almacenes del regimiento: era habitual para ellas llevarse a casa los uniformes y armas conseguidos de este modo.[14]

Así, la noción de propiedad estatal desapareció junto con la de propiedad privada a instancias del nuevo gobierno. Fue como si Lenin hubiese estudiado la historia de la rebelión campesina bajo Yemelián Pugachov en la década de 1770, que había tenido éxito al apropiarse de vastas regiones de Rusia oriental apelando a los instintos anarquistas y contrarios a la propiedad del campesinado. Pugachov había instado a los campesinos a exterminar a los propietarios de la tierra y agenciarse sus tierras, así como las de la Corona. Les prometió no incurrir en más impuestos ni reclutamiento militar y distribuyó entre ellos el dinero y el grano arrebatados a sus propietarios. Además, prometió abolir el gobierno y reemplazarlo por las «libertades» cosacas; esto es, por la anarquía comunal. Pugachov bien pudo haber derribado al Estado ruso de no haberlo vencido antes los ejércitos de Catalina.[15]

En el invierno de 1917-1918, la población de lo que había sido hasta entonces el Imperio ruso se repartió no solo bienes materiales, sino que despedazó al Estado ruso, aquel Estado fruto de seiscientos años de desarrollo histórico: la propia soberanía se transformó en objeto de *duvan*. Hacia la primavera de 1918, el mayor Estado del mundo se desintegró en innumerables entidades superpuestas, grandes y pequeñas, cada una de las cuales reclamaba la autoridad sobre su territorio, sin vincularse a las demás mediante lazos institucionales o por que tuviesen la sensación de compartir un destino común. En pocos meses, Rusia volvió a su situación política de la Alta Edad Media, esa época en la que solo era un conjunto de principados que se autogobernaban.

Los primeros que se escindieron del tronco fueron los pueblos no rusos de los territorios fronterizos. Tras el golpe bolchevique, una minoría étnica detrás de otra declararon su

independencia de Rusia, en parte para cumplir sus aspiraciones nacionales, en parte para escapar del bolchevismo y la guerra civil en ciernes. Para justificarlo, se remitían a la Declaración de Derechos de las Naciones de Rusia, que los bolcheviques habían aprobado el 2 de noviembre de 1917, firmada por Lenin y Stalin. Hecha pública sin la aprobación previa de ninguna institución soviética, garantizaba a los pueblos de Rusia «la libre autodeterminación, incluidos el derecho a separarse y a formar un Estado independiente». Finlandia fue la primera en declararse independiente (6 de diciembre de 1917, NE); a ella le siguieron Lituania (11 de diciembre), Letonia (12 de enero de 1918), Ucrania (22 de enero), Estonia (24 de febrero), Transcaucasia (22 de abril) y Polonia (3 de noviembre) (todas las fechas son correspondientes al calendario gregoriano). Estas secesiones redujeron el ámbito del dominio comunista a quienes vivían en los territorios de la Gran Rusia, esto es, la Rusia de mediados del siglo XVII.

El proceso de desmembramiento no se vio restringido a los territorios fronterizos; dentro de la Gran Rusia aparecieron también fuerzas centrífugas, a medida que una provincia detrás de otra adoptaban su propio camino, proclamando su independencia del poder central. Un proceso que se vio facilitado por la consigna oficial de «Todo el poder para los sóviets», la que permitió a los sóviets regionales de distinto nivel —región (*oblast*), provincia (*gubernia*), distrito (*uezd*) y hasta *volost* y *selo*— reclamar su soberanía. El resultado de todo ello fue el caos:

> Había sóviets de ciudad, sóviets de pueblo, sóviets del *selo* y sóviets suburbanos. Esas entidades no reconocían a nadie más que a sí mismas y, si llegaban a reconocer a alguien, era solo «hasta el grado» de que pudiera serles casualmente ventajoso. Cada sóviet vivía y luchaba según lo que le permitían las condiciones circundantes, como podía y quería hacerlo. No tenían, o prácticamente no tenían […] estructuras burocráticas soviéticas.

[16]

En su intento de imponer un poco de orden, el gobierno bolchevique creó en la primavera de 1918 unas entidades territoriales llamadas *oblasti*, de las cuales había seis, cada una constituida por varias provincias y que gozaban de un estatus casi soberano:[99*] Moscú con nueve provincias adjuntas; los Urales, con su centro en Ekaterimburgo; la «Comuna de los Trabajadores del Norte», que abarcaba siete provincias, con su capital en Petrogrado; la del Noroeste, con centro en Smolensk; la de Siberia Occidental, con centro en Omsk; y la de Siberia Central, con base en Irkutsk. Cada una tenía su propia administración, abastecida por la *intelligentsia* socialista, y todas podían convocar al Congreso de los Sóviets. Algunas hasta tenían sus propios consejos de comisarios del pueblo. Una conferencia de los sóviets de la Región de Siberia Central, celebrada en Irkutsk en febrero de 1918, rechazó el tratado de paz con Alemania que el gobierno soviético estaba a un paso de firmar y, para demostrar su independencia, nombró su propio Comisario de Asuntos Exteriores.[17]

Aquí y allá, las *guberni* se proclamaban a sí mismas «repúblicas», lo que sucedió en Kazán, Kaluga, Riazán, Ufá y Oremburgo. Algunos de los pueblos no rusos que vivían en medio de los rusos, como los bashkires y los tártaros del Volga, también formaron repúblicas nacionales. Un somero recuento indica que en el territorio del difunto Imperio ruso había, en junio de 1918, al menos treinta y tres «gobiernos» distintos,[18] y para lograr que sus decretos y leyes fuesen implementados, el gobierno central debió requerir a menudo la ayuda de estas entidades ciertamente efímeras.

Las regiones y provincias se fragmentaron, a su vez, en subunidades, de las que el *volost* fue la más importante. La vitalidad del *volost* provenía del hecho de que, para el campesinado, era la mayor entidad dentro de la cual

distribuirse la tierra apropiada. Como regla, los campesinos de un *volost* se oponían a compartir con los de los *volosti* vecinos las propiedades saqueadas, con la consecuencia de que cientos de estos pequeños territorios se volvieron, de hecho, enclaves autogobernados. Como observara Mártov:

> Siempre hemos señalado que la popularidad de la consigna «Todo el poder para los sóviets» entre los campesinos y el segmento retrógrado de la clase obrera puede explicarse, en buena medida, por el hecho de que esos sectores revistieron dicha consigna de la idea primitiva de la supremacía de los trabajadores locales o los campesinos locales sobre un territorio determinado, de la misma forma que identifican la consigna del control obrero con la idea de apropiarse de una industria determinada y el de la revolución agraria con la idea de que un pueblo determinado se apropie de una hacienda determinada.[19]

Los bolcheviques hicieron algunas incursiones militares frustradas a los territorios fronterizos escindidos para traerlos de vuelta al redil, pero en términos generales no interfirieron en un principio con las fuerzas centrífugas dentro de la Gran Rusia, porque esto retrasaba su objetivo inmediato, que era la destrucción total del viejo sistema político y económico. Fueron tales fuerzas las que evitaron, a la vez, la irrupción de un aparato de Estado fuerte y capaz de encarar al Partido Comunista antes de que este tuviera tiempo de consolidar su poder.

En marzo de 1918, el gobierno aprobó una Constitución de la República Socialista Soviética Federada (RSSF). Lenin confió el borrador del documento a una comisión de expertos jurídicos presidida por Sverdlov; sus integrantes más activos fueron los socialistas revolucionarios de izquierdas, quienes aspiraban a sustituir al Estado centralizado por una federación de sóviets, siguiendo el modelo de la comuna francesa de 1871. Lenin los dejó que hicieran su labor sin interferir, pese a que la intención del grupo iba en dirección absolutamente opuesta a su propio objetivo de crear un Estado centralizado. Él, que prestaba tan escrupulosa atención

a los más mínimos detalles de la administración, al punto de decidir por sí mismo qué soldados vigilaban su despacho en el Smolni, se mantuvo ajeno a las deliberaciones de la comisión constituyente, limitándose a escudriñar los frutos de su trabajo. Era una actitud indicativa de su desdén por la constitución escrita, consecuente con sus intenciones de otorgar a la estructura estatal una fachada flexible, casi anárquica, que disimulara el acero oculto del control en manos del partido.[20]

La Constitución de 1918 cumplía con los criterios de Napoleón: una buena Constitución, decía él, era breve y confusa. El artículo inicial proclamaba a Rusia como «una república de sóviets constituidos por delegados de los trabajadores, soldados y campesinos»; «todo el poder en el centro y las distintas localidades» pertenecía a los sóviets.[21] Estas propuestas planteaban más interrogantes de los que respondían, porque los artículos subsiguientes no contribuían a clarificar la división de poderes entre el centro y las distintas localidades o entre los mismos sóviets. Según el artículo 56, «dentro de los límites de su jurisdicción, el congreso de los sóviets (de la región, la provincia, el distrito y el *volost*) es la autoridad más alta». Considerando, así y todo, que cada región abarcaba varias provincias, y cada provincia numerosos distritos y *volosti*, este principio no tenía sentido. Para complicar aún más las cosas, el artículo 61 contradecía el principio de que los congresos de sóviets eran la «autoridad más alta» en sus territorios, al exigirles a los sóviets locales que se atuvieran a los asuntos locales y ejecutaran las órdenes de «los órganos supremos del gobierno soviético».

El fracaso de la Constitución de 1918 a la hora de especificar el alcance de las competencias de las autoridades soviéticas en sus diversos niveles territoriales solo contribuyó

a poner de manifiesto que los bolcheviques no percibían el asunto como un freno grave a sus pretensiones. Es más, fortalecía la tendencia centrífuga al sancionarla a nivel constitucional.[100*]

Para gozar de total libertad de acción, Lenin debió librarse rápidamente de tener que responder ante el Comité Ejecutivo Central (CEC).

A iniciativa de los bolcheviques, el Segundo Congreso de los Sóviets destituyó al antiguo Ispolkom y eligió uno nuevo, en el que ellos tenían el 58 por ciento de los escaños. Esta disponibilidad garantizaba que los bolcheviques, que siempre votaban en bloque, pudieran aprobar o rechazar cualquier moción, pero aún debían enfrentarse a una minoría vociferante de socialistas revolucionarios de izquierdas, de socialistas revolucionarios y mencheviques. Los socialistas revolucionarios y mencheviques se negaban a reconocer la legitimidad del golpe de octubre y negaban a los bolcheviques el derecho a formar gobierno. Los socialistas revolucionarios de izquierdas aceptaban el golpe de octubre, pero conservaban toda clase de ilusiones democráticas, una de las cuales era un gobierno de coalición constituido por todos los partidos representados en los sóviets.

La minoría no bolchevique se tomaba en serio el principio, al que los bolcheviques por su parte se atenían solo de boquilla, de que el CEC era un Parlamento socialista que tenía la última palabra en la composición del gabinete y sus actividades. Unas facultades de las que disfrutaba en virtud de una resolución del Segundo Congreso de los Sóviets que el mismo Lenin había redactado:

> El Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias, que aglutina a los Delegados de los Trabajadores, Soldados y Campesinos, resuelve: conformar para la administración del país, antes de ser convocada la Asamblea Constituyente, un Gobierno Provisional de los Trabajadores y Campesinos

> conocido como Consejo de Comisarios del Pueblo. […] El control de la actividad desarrollada por los Comisarios del Pueblo y el derecho a reemplazarlos reside en el Congreso de Todas las Rusias de los Delegados de los Trabajadores, Soldados y Campesinos y en su Comité Ejecutivo Central. [22]

No se podía ser más claro. Aun así, Lenin estaba firmemente decidido a arrojar en algún momento este principio por la borda y hacer a su gabinete independiente del CEC o de cualquier otro cuerpo externo. Lo cual consiguió diez días después de convertirse en líder del Estado.

La confrontación histórica entre los bolcheviques y el CEC se dio por la insistencia de este último en que los bolcheviques ampliaran la base del Sovnarkom para incluir a representantes de los otros partidos socialistas. Todos los partidos se oponían a que los bolcheviques monopolizaran los cargos ministeriales; después de todo, habían sido elegidos por el Congreso de los Sóviets para representar a los propios sóviets, no a sí mismos. Esta oposición afloró a la superficie y adoptó algunas formas peligrosas a los tres días del golpe bolchevique, cuando el Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios, el mayor sindicato de Rusia, presentó un ultimátum exigiendo un gobierno de coalición socialista. Cualquier individuo cuyos recuerdos se remontaran a octubre de 1905 habría evocado en ese momento el papel decisivo que la huelga de ferroviarios había desempeñado en la capitulación del zarismo.

El sindicato, con cientos de miles de afiliados en todo el país, tenía la capacidad de paralizar el transporte. En agosto de 1917 había apoyado a Kérenski contra Kornílov. En octubre propició inicialmente la consigna de «Todo el poder para los sóviets», pero, tan pronto como sus dirigentes se dieron cuenta del uso que los bolcheviques hacían del eslogan, se volvieron contra él, insistiendo en que el Sovnarkom diera paso a un gabinete de coalición.[23] El 29 de

octubre, el sindicato declaró que, a menos que el gobierno ampliara enseguida su composición para incluir a otros partidos socialistas, llamaría a sus afiliados a la huelga. Era una amenaza muy seria, pues los bolcheviques, preparándose para la contraofensiva de Kérenski, necesitaban de los trenes para desplazar las tropas al frente.

Los bolcheviques convocaron al Comité Central. Lenin y Trotski, ocupados en organizar la defensa contra Kérenski, no pudieron asistir. En su ausencia, el Comité Central, en aparente estado de pánico, se doblegó a las demandas del sindicato, cediendo en la necesidad de «ampliar las bases del gobierno mediante la inclusión de otros partidos socialistas». A la vez, ratificó que el Sovnarkom era una creación del CEC y respondía ante él. El comité delegó en Kámenev y G. Y. Sokólnikov la facultad de negociar con el sindicato y los otros partidos la formación de un nuevo Gobierno Provisional soviético.[24] Esta resolución implicaba, básicamente, una claudicación a los poderes alcanzados con el golpe de octubre.

Más tarde, ese mismo día (29 de octubre), Kámenev y Sokólnikov asistieron a una reunión convocada por el Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios en la que participaron ocho partidos y varias organizaciones intrapartidarias. Ciñéndose a la resolución del Comité Central bolchevique, acordaron permitir que los socialistas revolucionarios y mencheviques ingresaran en el Sovnarkom con la condición de que aceptaran las resoluciones del Segundo Congreso de los Sóviets. En la reunión, se designó un comité para elaborar los términos de reestructuración del Sovnarkom. Satisfecho su ultimátum, a última hora de la tarde el sindicato ordenó a sus filiales que desconvocaran la huelga pero permanecieran alerta.[25]

Cualquier sensación de alivio que los bolcheviques

pudieran haber sentido con este acuerdo se desvaneció al día siguiente, cuando se enteraron de que el sindicato, apoyado por los partidos socialistas, había aumentado sus demandas y ahora exigía que los bolcheviques salieran en su totalidad del gobierno. El Comité Central bolchevique, aun sin Lenin y Trotski, pasó el día entero debatiendo esta demanda. Lo hizo en una atmósfera ciertamente de tensión, pues se esperaba que las fuerzas favorables a Kérenski, conducidas por el atamán Krasnov, irrumpieran en la ciudad en cualquier momento. Con la intención de que al menos quedara algo en pie, Kámenev propuso una solución de compromiso: Lenin renunciaría a la presidencia del Sovnarkom a favor del líder socialista revolucionario Víctor Chernov y los bolcheviques aceptarían carteras secundarias en una coalición de gobierno dominada por los socialistas revolucionarios y mencheviques. [26]

Es difícil saber qué hubiera resultado de estas concesiones, de no ser porque a última hora de la tarde llegaron noticias de que las fuerzas de Krasnov habían sido rechazadas.

Superada la amenaza militar, Lenin y Trotski dirigieron ahora su atención a la catastrófica situación política generada por la actitud «capitulacionista» del Comité Central y, cuando este fue convocado de nuevo la noche del 1 de noviembre, Lenin tuvo un estallido incontrolado de ira.[27] «La política de Kámenev —exigió—, debe cesar de inmediato». El comité debía haber llevado a cabo las negociaciones con el sindicato solo como «una mascarada diplomática para una acción militar»; es decir, presumiblemente, no de buena fe, sino solo para asegurar su ayuda contra las tropas de Kérenski. La mayoría del Comité Central permaneció intacta. Ríkov aventuró la opinión de que los bolcheviques no serían capaces de mantener el poder. Se llamó a votación: diez miembros votaron a favor de proseguir las conversaciones con el resto

de los partidos socialistas para formar un gobierno de coalición, y solo tres apoyaron a Lenin (Trotski, Sokólnikov y probablemente Dzerzhinski). Incluso Sverdlov se opuso al líder bolchevique.

Lenin se enfrentaba a una derrota humillante: sus camaradas estaban dispuestos a echar a perder los frutos del triunfo de octubre y, en lugar de establecer una «dictadura del proletariado», a compartir el poder como socios menores con los partidos «pequeñoburgueses». En ese momento fue salvado por la intervención de Trotski, que hizo una diatriba contra las concesiones:

> Se nos dice que somos incapaces de desempeñar una labor constructiva. Pero, si ese fuera el caso, deberíamos entonces, simple y llanamente, devolver el poder a quienes habían estado en lo correcto al combatirnos. De hecho, hemos logrado ya mucho. No es posible, se nos dice, sentarse en las bayonetas. Pero sin bayonetas tampoco se puede administrar nada. […] Toda esta escoria pequeñoburguesa que es ahora incapaz de tomar partido por este o aquel lado, una vez aprenda que nuestra autoridad es fuerte, vendrá a buscarnos, [con el sindicato] incluido. […] La masa pequeñoburguesa anda en busca de una fuerza a la cual someterse.[28]

Como Alejandra gustaba de recordárselo a Nicolás: «A Rusia le encanta sentir el látigo sobre sus espaldas».

Trotski propuso una fórmula para ganar tiempo: las negociaciones en torno a un gabinete de coalición deberían continuar con los socialistas revolucionarios de izquierdas, el único partido que aceptaba el golpe de octubre, pero debían dejar de lado a los demás partidos socialistas si no se llegaba a un acuerdo después de intentarlo una vez más. Parecía una forma razonable de salir del *impasse* y la propuesta fue aceptada.

Lenin, resuelto a poner fin al derrotismo que abundaba entre sus filas, volvió a la refriega al día siguiente, con la exigencia de que el Comité Central condenara a la «oposición». Era una exigencia extraña, dado que era él quien

se oponía a la voluntad de la mayoría. En los debates que siguieron se las ingenió para dividir a sus rivales. Una resolución que los condenaba ganó por 10 votos a 5. En consecuencia, los cinco que estuvieron contra Lenin al final —Kámenev, Zinóviev, Ríkov, Miliutin y Noguín— dimitieron. El 4 de noviembre, *Izvestia* incluyó una carta en la que estos explicaban las razones de su dimisión:

> El 1 de noviembre, el Comité Central […] adoptó una resolución que, en efecto, rechazaba el acuerdo con [otros] partidos dentro del sóviet, con miras a formar un gobierno soviético de inspiración socialista. […] Consideramos esencial la formación del gobierno para evitar un ulterior derramamiento de sangre. […] El grupo dominante en el Comité Central ha tomado cierto número de medidas claramente ilustrativas de su firme determinación de no permitir la formación de un gobierno constituido por partidos soviéticos e insistiendo en un gobierno puramente bolchevique, sin importar cuáles sean las consecuencias y cuántas nuevas víctimas hayan de sacrificar los trabajadores y soldados. No podemos asumir la responsabilidad por esta fatal política del Comité Central, buscada contra la voluntad de la mayor parte del proletariado y las tropas. […] Por estas razones, renunciamos al Comité Central, para conservar nuestro derecho a defender abiertamente nuestro punto de vista ante la gran masa de trabajadores y soldados y apelar a ellos para que apoyen nuestra consigna: «¡Viva el gobierno de los partidos soviéticos!».[29]

Dos días después, Kámenev renunció como presidente del CEC; cuatro comisarios del pueblo (de un total de once) hicieron otro tanto: Noguín (Comercio e Industria), Ríkov (Interior), Miliutin (Agricultura) y Teodoróvich (Abastecimientos). Shliápnikov, el comisario del Trabajo, firmaba la carta pero permaneció en su cargo. Varios comisarios bolcheviques de bajo rango también dimitieron. La carta de los comisarios decía que:

> Nosotros adoptamos la postura requerida para formar un gobierno socialista de todos los partidos soviéticos. Creemos que solo la formación de dicho gobierno haría posible consolidar los frutos de la heroica lucha de la clase trabajadora y el ejército revolucionario en los días de octubre-noviembre. Creemos que solo hay una alternativa a esto: la preservación de un gobierno exclusivamente bolchevique por medio del terror. Es el derrotero que ha tomado el Consejo de Comisarios del Pueblo. No podemos ni deseamos seguir este camino. Vemos que esto conduce a la retirada de las

> organizaciones de masas del proletariado de la gestión de la vida política, al establecimiento de un régimen irresponsable y a la destrucción de la revolución y la nación. No podemos asumir la responsabilidad por esta política y, por tanto, presentamos nuestra renuncia al CEC como comisarios del pueblo.[30]

Estas protestas y renuncias no le quitaban el sueño a Lenin, confiado en que las ovejas extraviadas volverían pronto al redil, como de hecho lo hicieron. ¿Dónde más podían ir? Los partidos socialistas los sumieron en el ostracismo; los liberales, en caso de tener poder para ello, los encarcelarían; los políticos de derechas los hubieran colgado. Su sola supervivencia dependía del éxito de Lenin.

Las decisiones adoptadas por el Comité Central bolchevique implicaban que estos compartirían el poder solo con los partidos que estuviesen dispuestos a aceptar un papel de socio secundario y poner su firma en las resoluciones de los propios bolcheviques. Exceptuando cuatro meses (de diciembre de 1917 a marzo de 1918) en los que los bolcheviques permitieron la presencia de socialistas revolucionarios de izquierdas en su gabinete, el así llamado gobierno soviético no reflejó nunca la composición de los sóviets; era y continuó siendo un gobierno bolchevique bajo el disfraz de soviético.

Lenin consiguió, esta vez, neutralizar las demandas a cambio de una modesta cuota de poder otorgada a los partidos socialistas rivales, pero aún debía lidiar con la insistencia del CEC en que la entidad ante la cual debían responder sus comisarios era el Parlamento soviético.

El CEC que los bolcheviques habían escogido a dedo en octubre se concebía a sí mismo como una Duma socialista autorizada para controlar los actos del gobierno, nombrar el gabinete y legislar.[101*] El día después del golpe procedió a elaborar sus estatutos, generando una compleja estructura de

asambleas plenarias, presidia y comisiones de toda índole. Lenin consideraba ridículas estas pretensiones parlamentarias. Desde el primer día ignoró al CEC, ya fuese al nombrar funcionarios o emitir decretos. Esto puede ejemplificarse por la forma casual en que escogió al nuevo presidente del organismo. Había decidido que Sverdlov sería el mejor para sustituir a Kámenev. No tenía razones para dudar de que el CEC aprobaría su elección, pero ya que no podía estar absolutamente seguro, prefirió prescindir de dicha aprobación. Al convocar a Sverdlov, le dijo: «Yákov Mijáilovich, quisiera que se convirtiera usted en presidente del CEC, ¿qué me dice?». Según parece, Sverdlov dijo que sí, pues Lenin le prometió que, una vez que el Comité Central hubiera aprobado la elección, sería «puntualmente» votado por la mayoría bolchevique del CEC. Lenin lo instruyó para que contabilizara las cabezas disponibles y se asegurara de que la facción bolchevique en su totalidad acudiera a votar.[31] Todo salió según lo planeado y el 8 de noviembre Sverdlov fue «elegido» por 19 votos a 14.[102*] En dicho cargo, que mantuvo hasta su muerte en marzo de 1919, se aseguró de que el CEC ratificara todas las decisiones del partido después de unos breves y superficiales debates.

Lenin ignoró de manera similar al CEC al escoger sustitutos de los comisarios que habían renunciado al gabinete; a estos los escogió a dedo entre el 8 y el 11 de noviembre tras consultarlo de pasada con sus socios, sin pedir la aprobación del CEC.

Con todo, aún se enfrentaba a la cuestión crítica de la autoridad legislativa del CEC, su derecho a aprobar o vetar los decretos gubernamentales.

En las primeras dos semanas del nuevo régimen, el presidente Kámenev se las había arreglado para mantener

aislado al Sovnarkom del CEC al convocar a este último con muy poca antelación y no elaborando de antemano ningún orden del día. Durante este breve intervalo, el Sovnarkom legisló sin molestarse en conseguir la aprobación del CEC. De hecho, los procedimientos gubernamentales de la época eran tan laxos que algunos bolcheviques que no eran siquiera miembros del gabinete emitían decretos por propia iniciativa, sin informar al Sovnarkom, y no digamos ya al ejecutivo soviético. Dos de esos decretos suscitaron una crisis constitucional. El primero fue el Decreto de Prensa, emitido el 27 de octubre, el día inaugural del nuevo gobierno. El decreto llevaba la firma de Lenin, aunque había sido redactado por Lunacharski, con toda probabilidad con el apoyo y la aprobación de Lenin.[103*] Este documento notable afirmaba que la «prensa contrarrevolucionaria» —un término que el propio documento no definía, pero que obviamente se aplicaba a todos los diarios que no reconocían la legitimidad del golpe de octubre— estaba provocando daño, razón por la cual «debían tomarse medidas temporales y de emergencia para frenar el torrente de inmundicia y calumnias». Los periódicos que instigaran a la agitación contra las nuevas autoridades debían ser clausurados. «Tan pronto como el nuevo orden haya sido firmemente establecido —proseguía el decreto—, serán levantadas todas las medidas que afecten a la prensa [y] se garantizará plena libertad a esta última».

El país se había acostumbrado cada vez más, desde febrero de 1917, a la violencia ejercida contra los periódicos y las plantas impresoras donde estos se imprimían. Primero se atacó y clausuró la prensa «reaccionaria»; más tarde, en el mes de julio, los órganos bolcheviques sufrieron el mismo destino. Una vez en el poder, los bolcheviques ampliaron y formalizaron estas prácticas. El 26 de octubre, el Comité Militar Revolucionario llevó a cabo pogromos contra la

prensa opositora. Cerró sin concesiones *Nashe Obscheie Deyeo*, que era de tendencia bolchevique, y arrestó a Vladímir Búrtsev, su editor. También suprimió *Den*, de los mencheviques, *Rech* de los kadetes, el derechista *Novoye Vremia* y el centroderechista *Birzhevie Vedomosti*. Fueron confiscadas las plantas impresoras de *Den* y *Rech* y entregadas a periodistas bolcheviques.[32] La mayoría de los diarios clausurados reaparecían al cabo de poco tiempo con otro nombre.

El Decreto de Prensa iba mucho más lejos: de haberse aplicado, hubiera eliminado en Rusia la prensa independiente cuyos orígenes se remontaban al reinado de Catalina II. El furor suscitado fue universal. En Moscú, el Comité Militar Revolucionario, controlado por los bolcheviques, llegó incluso a desautorizarlo, declarando el 21 de noviembre que la emergencia había pasado y la prensa podía disfrutar nuevamente de plena libertad de expresión.[33] En el CEC, el bolchevique Yuri Larin denunció el decreto y llamó a su revocación.[34] El 26 de noviembre de 1917, la Unión de Escritores lanzó un periódico de un solo número, la *Gazeta-Protest*, en el que algunos de los más eminentes escritores rusos manifestaban su enfado por este atentado sin precedentes que buscaba sofocar la libertad de expresión. Vladímir Korolenko escribió que, al leer el ucase de Lenin, «se puso rojo de vergüenza e indignación»:

> ¿Quién, con qué derecho, me ha privado como lector y miembro de la comunidad [*poltava*] de la oportunidad de saber lo que está pasando en la capital del país en estos trágicos momentos? ¿Y quién pretende quitarme, como escritor, la oportunidad de expresar libremente ante mis conciudadanos mis puntos de vista acerca de estos acontecimientos, sin el *imprimatur* del censor?[35]

Anticipando que esta y otras medidas similares, en especial las concernientes a la economía, provocarían una fuerte oposición en el Congreso de los Sóviets y el CEC, los

bolcheviques impulsaron otra ley alusiva al tema de las relaciones entre el gobierno y los sóviets. Con el título de «Acerca del procedimiento de ratificación y promulgación de leyes», el decreto proclamaba el derecho del Sovnarkom a asumir facultades legislativas: el poder del CEC quedaba limitado a ratificar o anular decretos después de que estos hubieran entrado en vigor. El documento, que subvertía por completo las condiciones con que el Congreso de los Sóviets había autorizado solo días antes a los bolcheviques para que formaran gobierno, llevaba la firma de Lenin. Pero Yuri Larin, un menchevique que en septiembre se había presentado ante Lenin y se había convertido en su asesor económico más influyente, dice en sus memorias que fue él quien lo redactó y publicó bajo su propia responsabilidad, sin el conocimiento del líder; se dice que Lenin tuvo noticia de esta ley solo cuando la leyó en la *Gaceta* oficial.[36]

El decreto Larin-Lenin anunciaba que su validez sería solo hasta que fuera convocada la Asamblea Constituyente. Declaraba que, hasta entonces, las leyes serían elaboradas y promulgadas por el Gobierno Provisional de Trabajadores y Campesinos (Sovnarkom). El Comité Ejecutivo Central conservaba el derecho a «suspender, cambiar o anular» dichas leyes retroactivamente.[104*] Con este decreto, los bolcheviques reclamaban para sí el derecho a legislar mediante el equivalente del artículo 87 de las Leyes Fundamentales de 1906.

Este procedimiento simplificado, que liberaba al gobierno del «obstruccionismo» parlamentario, habría conmovido a Goremikin y cualquier otro burócrata conservador del antiguo régimen, pero no era lo que los socialistas hubieran esperado del gobierno «soviético». El CEC seguía estos desarrollos con creciente alarma y protestó ante el abuso de

su propia autoridad en el que el Sovnarkom incurría a través del «dirigismo» (*joziaistvovaniye*) incontrolado y la promulgación de decretos en nombre del CEC, pero sin su aprobación.[37] El asunto llegó a un punto crítico en una reunión celebrada el 4 de noviembre, que vino a decidir el destino de la «democracia soviética». Lenin y Trostki fueron invitados a explicarse, de forma muy parecida a cómo antes de la revolución los ministros imperiales habían sido sometidos a «interpelaciones» de la Duma para determinar la legalidad de sus actos. Los socialistas revolucionarios de izquierdas querían saber la razón por la que el gobierno estaba violando sistemáticamente la voluntad del Segundo Congreso de los Sóviets, que había establecido que el gobierno rendía cuentas ante el Comité Ejecutivo Central, e insistieron en que el gobierno dejara de gobernar por decreto.[38]

Lenin consideraba todo esto una muestra de «formalismo burgués» y creía desde hacía tiempo que el régimen comunista debía fusionar el poder legislativo y el ejecutivo.[39] Como era costumbre en él cuando se le confrontaba con preguntas que no podía o no quería responder, adoptó de inmediato una actitud ofensiva, llenando la sala de contraargumentos acusatorios. El gobierno soviético no podía quedar limitado por «formalidades». La pasividad de Kérenski había demostrado ser fatal. Quienes cuestionaban sus actos eran «apologistas del obstruccionismo parlamentario». El poder bolchevique descansaba en la «confianza de las grandes masas».[40] Nada de esto explicaba, sin embargo, por qué estaba infringiendo los términos bajo los cuales había asumido el cargo apenas una semana antes. Trotski dio una respuesta ligeramente más sustancial. El Parlamento soviético (aludiendo al Congreso de los Sóviets y su Comité Ejecutivo Central), a diferencia del «burgués», no

se componía de clases antagónicas y, por lo tanto, no requería de la «maquinaria parlamentaria convencional». Las implicaciones de la argumentación eran que, allí donde no había diferencias de clase, no podía haber diferencias de opinión; de donde se seguía que las diferencias de opinión eran *ipso facto* equivalentes a «contrarrevolución». El gobierno y las «masas», continuó Trotski, estaban vinculados no por instituciones y procedimientos formales, sino por un «nexo vital y directo». Anticipándose a Mussolini, que se valdría de un argumento análogo para justificar las prácticas fascistas, señaló: «Puede ser que nuestros decretos no sean muy fluidos […], pero el derecho a la creatividad vital trasciende a la perfección formal».[41]

Las consideraciones irrelevantes e insustanciales de Lenin y Trotski no lograron persuadir a la mayoría del CEC e incluso algunos bolcheviques se sintieron incómodos ante ellas. Los socialistas revolucionarios de izquierdas replicaron con agudeza. Vladímir A. Karelin declaró:

> Protesto por el abuso del término «burgués». La necesidad de responder ante alguien y el orden son preceptivos no solo para un gobierno burgués. Dejemos los juegos de palabras y de encubrir nuestros errores y meteduras de pata con una palabra única y odiosa. El gobierno proletario, que es en su esencia un gobierno popular, tiene que permitir a su vez controles sobre sus acciones. Después de todo, que los trabajadores asuman el control de una empresa no conduce a la abolición de los archivos y libros de contabilidad. Esta preparación apresurada de decretos, que a menudo abundan no solo en omisiones jurídicas sino en muestras de analfabetismo, conduce a una confusión aún mayor dentro de la situación, especialmente en provincias, donde están habituados a aceptar una ley tal y como venga desde arriba.[42]

Otro miembro de los socialistas revolucionarios de izquierdas, Prosh P. Proshián, describió el Decreto de Prensa bolchevique como una «expresión clara y resuelta de un sistema de terror político e incitación a la guerra civil».[43]

Los bolcheviques ganaron fácilmente la votación relativa al Decreto de Prensa; la moción de derogar el decreto,

presentada por Larin, fue desechada por 34 votos contra 24, con una abstención.[105*] Pese a este apoyo, los bolcheviques fueron incapaces de silenciar a la prensa hasta agosto de 1918, cuando eliminaron de un plumazo todos los diarios y periódicos independientes. Hasta entonces, la Rusia soviética gozó de una sorprendente variedad de diarios y semanarios, incluyendo los de orientación liberal y hasta conservadora, que, a pesar de ser duramente multados y acosados de otras muchas formas, se las habían ingeniado para sobrevivir.

Aún quedaba pendiente el tema crítico de la responsabilidad que el Sovnarkom tenía ante el CEC. En esta materia, el gobierno bolchevique, por primera y única vez, se sometió a una moción de confianza. Esta fue una propuesta de V. B. Spiro, miembro de los socialistas revolucionarios de izquierdas: «El Comité Ejecutivo Central, habiendo escuchado las explicaciones ofrecidas por el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, las considera insatisfactorias». El bolchevique Moiséi S. Uritski respondió con una moción en contra que ponía de manifiesto la confianza en el gobierno de Lenin:

> Respecto a la interpelación, el Comité Ejecutivo Central determina:
>
> 1. El Parlamento soviético de las masas trabajadoras no puede tener nada en común en sus procedimientos con el Parlamento burgués, en el cual se hallan representadas las distintas clases sociales con sus intereses antagónicos y donde los representantes de la clase dominante transforman las reglas y órdenes en armas de obstrucción legislativa;
> 2. El Parlamento soviético no puede negar al Consejo de Comisarios del Pueblo el derecho a emitir, sin discusión previa en el Comité Ejecutivo Central, decretos urgentes dentro del marco del programa general del Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias;
> 3. El Comité Ejecutivo Central ejerce el control general de la actividad del Consejo de Comisarios del Pueblo y es libre de cambiar al gobierno o a sus miembros individuales.[44]

La moción de censura de Spiro fue rechazada por 25 votos a 20; la baja votación se debió a la dimisión de los nueve bolcheviques, algunos de ellos comisarios, quienes habían anunciado su renuncia en esta reunión. La victoria pasiva no fue suficiente para Lenin; él quería una confirmación formal e inequívoca, mediante la votación de la moción presentada por Uritski, de que su gobierno tenía facultades legislativas. Pero el panorama se presentaba dudoso, visto que las filas bolcheviques habían disminuido sorpresivamente; un recuento preliminar puso de manifiesto que una votación de la moción de Uritski redundaría en un empate (23-23). Para evitarlo, Lenin y Trotski anunciaron que tomarían parte en la votación; un gesto equivalente a que los ministros de gobierno se sumaran al Parlamento a la hora de votar una ley que ellos mismos hubieran sometido a su aprobación. Si los «parlamentarios» de Rusia hubiesen tenido más experiencia en estas lides, se habrían negado a participar en la farsa; en lugar de ello, se quedaron allí y votaron. La moción de Uritski se aprobó por 25 a 23, siendo los dos votos decisivos los emitidos por Lenin y Trotski. Por este simple procedimiento, los dos líderes bolcheviques se apropiaron de la autoridad legislativa, transformando al CEC y el Congreso de los Sóviets —al que el primero representaba— en entidades meramente consultivas y no en cuerpos legislativos. Fue un punto de inflexión en la historia de la Constitución soviética.

Más tarde, ese mismo día, el Sovnarkom anunció que sus decretos adquirían fuerza de ley cuando aparecían en las páginas de la *Gaceta del Gobierno Provisional de Trabajadores y Campesinos* (*Gazeta Vremennogo Rabochego i Krestianskogo Pravitelstva*).

El Sovnarkom se transformó ahora, en teoría, en lo que había sido empíricamente desde su nacimiento: un órgano que mezclaba la autoridad ejecutiva y legislativa. Al CEC se le

permitió durante algún tiempo disfrutar aún del derecho a debatir los actos del gobierno, un derecho que, aun cuando no tuviera ninguna consecuencia política, al menos ofrecía oportunidades para la discrepancia. Después de junio-julio de 1918, cuando los no bolcheviques fueron expulsados de él, el CEC se convirtió en una simple caja de resonancia en la que los diputados bolcheviques «ratificaban» de manera rutinaria las decisiones del Sovnarkom bolchevique, el cual a su vez ponía en práctica las decisiones del Comité Central bolchevique.[106*]

El repentino y absoluto derrumbe de las fuerzas democráticas y su consiguiente incapacidad para exigir facultades constitucionales recuerda el fracaso del Supremo Consejo Privado para imponer, en 1730, restricciones constitucionales a la monarquía rusa; entonces, como ahora, bastó con un firme «no» del autócrata de turno.

Desde esta fecha en adelante, Rusia fue gobernada por decreto. Lenin asumió las prerrogativas de las que habían gozado los zares hasta octubre de 1905: su voluntad era la ley. En palabras de Trotski: «Desde el momento en el que el Gobierno Provisional fue depuesto, Lenin actuó en los grandes y pequeños asuntos como el gobierno».[107*] Los «decretos» que el Sovnarkom emitía, aunque llevaban un nombre prestado de la Francia revolucionaria y eran previamente desconocidos para el derecho constitucional ruso, se correspondían plenamente con los ucases imperiales en el sentido de que, al igual que ellos, lidiaban indiscriminadamente con los asuntos más fundamentales y a la vez los más triviales, y entraban en vigor tan pronto como el autócrata estampaba en ellos su firma. (Según Isaac Steinberg, «Lenin era de la opinión habitual de que su firma debía bastar para cualquier acto de gobierno».)[45] Bonch-

Bruevich, su secretario ejecutivo, escribe que los decretos adquirían fuerza de ley solo tras la firma de Lenin, aun cuando fuesen promulgados por iniciativa de uno de los comisarios.[46][108*] Tales prácticas hubieran resultado perfectamente comprensibles para Nicolás I o Alejandro III. El sistema de gobierno que los bolcheviques pusieron en práctica dos semanas después del golpe de octubre marcó una vuelta al régimen autocrático que había regido en Rusia hasta antes de 1905; sencillamente borraron los doce años de constitucionalismo que mediaban entre ambas fechas.

La *intelligentsia* era el único grupo que no participaba en el *duvan* a escala nacional y que no se dejaba distraer con «bolsitas tintineantes». Había recibido con un entusiasmo ilimitado la Revolución de Febrero, pero rechazaba el golpe de octubre. Incluso algunos historiadores comunistas han llegado a reconocer que los estudiantes, profesores, escritores, artistas y otros sectores que habían liderado la oposición al zarismo se opusieron de manera aplastante a la toma del poder bolchevique; uno de ellos afirma que la *intelligentsia* se involucró «casi a una» en el «sabotaje».[47] A los bolcheviques les llevó varios meses de coacción y ardides vencer esta resistencia. La *intelligentsia* comenzó a cooperar con los bolcheviques solo después de haber concluido que el régimen estaba allí para durar y que boicotearlo solo hubiera empeorado las cosas.

La manifestación más espectacular de la negativa que mostraban los sectores cultivados de Rusia a la hora de aceptar el golpe de octubre fue la huelga general del personal administrativo (*sluzhashchie*). Aunque los bolcheviques descalificaron a partir de entonces esta acción tildándola de «sabotaje», en realidad fue un impresionante acto de protesta no violenta de los funcionarios públicos y empleados del

sector privado de la nación contra la destrucción de la democracia.[48] La huelga, cuya intención era demostrar a los bolcheviques su impopularidad a la vez que imposibilitar su acción de gobierno, estalló de manera espontánea y rápidamente adquirió una estructura organizativa, primero en la forma de comités de huelga en los ministerios, bancos y otras instituciones públicas y luego en un cuerpo coordinador llamado el Comité de Salvación de la Madre Patria y la Revolución (Komitet Spasenia Rodini i Revoliutsi). El comité se componía originalmente de los funcionarios de la Duma Municipal, los miembros del Comité Ejecutivo Central de los Sóviets disuelto por los bolcheviques, y los representantes del Congreso de Sóviets Campesinos de Todas las Rusias, incluido el de los trabajadores postales. Gradualmente, los representantes de los partidos socialistas rusos, exceptuando los socialistas revolucionarios de izquierdas, también se unieron a él. El comité apelaba a la nación para que no cooperara con los usurpadores y luchase por la restauración de la democracia.[49] El 28 de octubre llamó a los bolcheviques a renunciar al poder.[50]

El 29 de octubre, la Unión de Sindicatos de Empleados Públicos de Petrogrado, en alianza con el comité (aparentemente, el financiador de la huelga), solicitó a sus miembros que pararan de trabajar:

> El comité a la cabeza de la Unión de Sindicatos de Empleados Públicos de Petrogrado, tras analizar con los delegados de los comités centrales de la Unión de Empleados Públicos de Todas las Rusias el asunto de la usurpación del poder por la facción bolchevique, dentro del Sóviet de Petrogrado, todo ello a un mes de ser convocada la Asamblea Constituyente, y considerando que este acto criminal amenaza con la destrucción de Rusia y de todas las conquistas hechas por la revolución, de acuerdo con el Comité de Salvación de la Madre Patria y la Revolución de Todas las Rusias […], resuelve que:
>
> 1. La labor de todos los departamentos administrativos del gobierno debe cesar de inmediato;

2. Los temas del suministro alimentario del ejército y la población, y la actividad de instituciones relacionadas con la preservación del orden público, serán decididos por el Comité de Salvación [de la Madre Patria y la Revolución] en alianza con los comités de la Unión de Uniones;
3. Se aprueba la decisión de los departamentos administrativos que ya han parado de trabajar.[51]

La convocatoria tuvo una amplia acogida; muy pronto, la labor en los ministerios de Petrogrado quedó paralizada. Salvo por los conserjes y algún personal de oficina, los empleados o bien no iban al trabajo o iban y se sentaban sin hacer nada. Los comisarios bolcheviques recién designados, no teniendo adónde ir, pululaban alrededor del cuartel general de Lenin en el Smolni, dando órdenes a las que nadie prestaba atención. El acceso a los ministerios estaba vedado para ellos:

> Cuando, después de los primeros días de octubre, los comisarios del pueblo iban a trabajar a los antiguos ministerios, se encontraban con montañas de papeles y archivos, y con tan solo los mensajeros, el personal de limpieza y los conserjes. Todos los funcionarios, desde los directores y administrativos hasta las mecanógrafas y copistas, consideraron su deber negarse a reconocer a los comisarios y mantenerse alejados del trabajo.[52]

Trotski vivió una experiencia embarazosa cuando el 9 de noviembre —dos semanas después de ser nombrado en el cargo— se aventuró a visitar el Ministerio de Asuntos Exteriores:

> Ayer, el nuevo «ministro» Trotski vino al Ministerio de Asuntos Exteriores. Después de convocar a todos los funcionarios, dijo: «Soy el nuevo ministro de Asuntos Exteriores, Trotski». Fue recibido con una carcajada irónica, a la que él mismo no prestó atención, y les señaló que volvieran a sus quehaceres. Los funcionarios se fueron […] pero a sus casas, con la intención de no volver a su [lugar de] trabajo mientras Trotski siguiera a la cabeza del ministerio.[53]

Shliápnikov, el comisario del Trabajo, vivió una acogida similar cuando intentó asumir su cargo en su ministerio.[54] El gobierno bolchevique se encontró así, a las pocas semanas de

haber asumido el poder, en la imposibilidad absurda de convencer a los funcionarios públicos de todo el país de que trabajaran para él. Difícilmente se podía afirmar, entonces, que hubiera funcionado hasta la fecha como gobierno.

La huelga se extendió a las instituciones no gubernamentales. La banca privada había cerrado sus puertas en fecha tan temprana como el 26 y 27 de octubre. El 1 de noviembre, el Sindicato de Empleados Postales y de Telégrafos de Todas las Rusias anunció que, a menos que el gobierno bolchevique diera paso a un gabinete de coalición, ordenaría a sus miembros que interrumpieran la actividad.[55] Pronto, los trabajadores del telégrafo y el teléfono abandonaron sus empleos en Petrogrado, Moscú y algunas ciudades provinciales. El 2 de noviembre, los farmacéuticos de Petrogrado fueron a la huelga; el 7 de noviembre, los trabajadores del transporte de aguas les siguieron los pasos y a ellos los profesores. El 8 de noviembre, el Sindicato de Impresores de Petrogrado anunció que, si los bolcheviques imponían su Decreto de Prensa, ellos también irían a la huelga.

Para los bolcheviques, lo más difícil fueron las huelgas en las instituciones fiscales y de gobierno, el Banco del Estado y el Tesoro. De momento, podían arreglárselas sin los ministerios de Asuntos Exteriores o de Trabajo, pero necesitaban dinero. La banca y el Tesoro se negaron a cumplir con las exigencias de fondos que imponía el Sovnarkom, sobre la base de que no era un gobierno legítimo; así, los mensajeros enviados por el Smolni con letras de cambio firmadas por los comisarios del pueblo volvían con las manos vacías. El personal de la banca y el Tesoro reconocía solo al viejo Gobierno Provisional y únicamente pagó a sus representantes; a la vez, cumplió con solicitudes de

autoridades públicas legítimas y con el ejército. El 4 de noviembre, en respuesta a las acusaciones bolcheviques de que sus actos estaban ocasionando penurias a la población, el Banco del Estado declaró que durante la semana recién concluida había pagado 610 millones de rublos para cubrir las necesidades de la población y las fuerzas armadas; 40 millones de esa suma fueron a manos de los representantes del viejo Gobierno Provisional.[56]

El 30 de octubre, el Sovnarkom ordenó a todos los bancos estatales y privados que debían abrir al día siguiente. Advertía que la negativa a pagar cheques y letras de cambio de las instituciones fiscales conduciría al arresto de los directores.[57] Ante esta amenaza, algunos bancos privados reabrieron sus puertas, pero ninguno de ellos volvió a pagar cheques emitidos por el Sovnarkom.

Desesperados por obtener dinero, los bolcheviques apelaron a medidas más drásticas. El 7 de noviembre, Viacheslav R. Menzhinski, el nuevo comisario de Finanzas, se presentó en el Banco del Estado con un piquete de marineros armados y un destacamento militar. Exigió 10 millones de rublos, pero el banco se negó a dárselos. Volvió a los cuatro días con más tropas y les presentó un ultimátum: a menos que el dinero estuviera disponible en veinte minutos, no solo la totalidad del personal del Banco del Estado perdería sus empleos y jubilaciones, sino que los que tuvieran edad para ello serían reclutados. El banco se mantuvo firme. El Sovnarkom despidió a algunos funcionarios del banco, pero aun así no obtuvo el dinero, habiendo transcurrido más de dos semanas desde que asumiera las responsabilidades de gobierno.

El 14 de noviembre, el personal de oficina de los bancos de Petrogrado se reunió para decidir lo que haría a continuación.

Los empleados del Banco del Estado votaron por abrumadora mayoría a favor de negar el reconocimiento al Sovnarkom y proseguir la huelga. Los administrativos de la banca privada llegaron a la misma conclusión. El personal del Tesoro público votó 142 a 14 en contra del acceso de los bolcheviques a los fondos públicos, y rechazó el requerimiento del Sovnarkom de que se le diera un «avance a corto plazo» de 25 millones de rublos.[58]

Ante esta resistencia generalizada, los bolcheviques tuvieron que recurrir a la fuerza. El 17 de noviembre, Mezhinski reapareció en el Banco del Estado: lo encontró desierto, salvo por algunos mensajeros y guardias. Los directivos del banco fueron conducidos hasta allí bajo vigilancia armada. Cuando se negaron a entregar el dinero, los guardias los forzaron a abrir la caja fuerte, de la que Mezhinski extrajo 5 millones de rublos y los llevó al Smolni en una bolsa de terciopelo, depositándola con aire triunfal en el escritorio de Lenin.[59] Toda la operación parecía, ciertamente, un atraco a un banco.

Ahora, los bolcheviques tenían al fin acceso a los fondos del Tesoro, pero las huelgas del personal bancario proseguían, pese a los arrestos efectuados; casi la totalidad de los bancos permanecía cerrada. El Banco del Estado, ocupado por tropas bolcheviques, permanecía inactivo. Para vencer precisamente la resistencia del personal del sector financiero, Lenin creó inicialmente, en diciembre de 1917, su propia policía de seguridad, la Checa.

Una encuesta de la época reveló que, a mediados de diciembre, la actividad en los ministerios (ahora rebautizados como comisariados) de Asuntos Exteriores, Educación, Justicia y Abastecimiento estaba paralizada, mientras que el Banco del Estado era un caos total.[60] Las huelgas del personal

de oficina irrumpieron a la vez en las ciudades provinciales; a mediados de noviembre los trabajadores municipales de Moscú fueron a la huelga; sus colegas de Petrogrado siguieron el ejemplo el 3 de diciembre. Esta suspensión de la actividad tenía un propósito común: buscaban forzar al gobierno a desechar sus pretensiones autocráticas inspirándose en el modelo de la huelga general de octubre de 1905. Fue esta poderosa demostración colectiva la que persuadió a Kámenev, Zinóviev, Ríkov y otros cercanos a Lenin de que era hora de compartir el poder con otros partidos socialistas, o, de lo contrario, el gobierno sería incapaz de funcionar.

Lenin se mantuvo, con todo, firme y a mediados de noviembre ordenó una contraofensiva. Esta vez, los bolcheviques ocuparon físicamente, una a una, cada institución pública de Petrogrado y forzaron a sus empleados, bajo amenaza de severos castigos, a que trabajaran para ellos. Un periodista de la época da testimonio del siguiente incidente, repetido en innumerables lugares:

> El 28 de diciembre (VE), los bolcheviques ocuparon el Departamento de Aduanas. A la cabeza de la ocupación estaba un funcionario apellidado Fádenev. La víspera de las vacaciones navideñas, tras una reunión general de los empleados del departamento, Fádenev había ordenado a todos que volvieran al trabajo el 28 de diciembre: los que no aparecieran, los amenazó Fádenev, perderían sus trabajos y serían procesados. El 28 de diciembre, el edificio donde estaba el departamento fue ocupado por inspectores. Los bolcheviques solo permitieron entrar en el edificio a aquellos empleados que firmaran una declaración de absoluta subordinación al «Consejo de Comisarios del Pueblo».[61]

Los directores del Departamento de Aduanas fueron consiguientemente despedidos y sustituidos por personal de oficina de rangos inferiores. Este patrón se repitió a medida que los bolcheviques conquistaban, en el sentido literal del término, el aparato del gobierno central, a menudo con apoyo de personal subalterno y más joven, al que se ganaban con promesas de un rápido ascenso. Solo en enero de 1918

lograron romper la huelga de los empleados administrativos, tras disolver la Asamblea Constituyente, terminando así con cualquier esperanza de que abandonaran, o incluso compartieran, voluntariamente el poder.[img 73]

Durante sus tres semanas iniciales, el Sovnarkom solo existió sobre el papel, ya que no disponía ni de personal que ejecutara sus órdenes ni de dinero para pagar a su propia gente. Los comisarios bolcheviques, expulsados de sus despachos, operaban desde la habitación 67 del Smolni, donde Lenin tenía su cuartel general. Lenin, siempre temeroso de los atentados contra su vida, ordenó que a nadie salvo a los comisarios del pueblo les fuese permitido entrar en su oficina; rara vez abandonaba el Smolni, donde vivía y ejercía el cargo íntimamente custodiado por letones.[109*][62] Como secretario del Sovnarkom escogió a Nikolái P. Gorbúnov, un muchacho de veinticinco años. El nuevo secretario, que no tenía experiencia administrativa, confiscó una máquina de escribir y una mesa y procedió a teclear decretos con los dos dedos índices.[63] Vladímir Bonch-Bruevich, un devoto bolchevique y estudioso de los disidentes religiosos, fue designado como asistente privado de Lenin. Los dos individuos contrataron al personal de oficina. A finales de año, el Sovnarkom contaba con cuarenta y ocho empleados administrativos; en los dos meses siguientes incorporó a otros diecisiete. A juzgar por una fotografía de grupo hecha en octubre de 1918, una elevada proporción de ellos eran jóvenes y bien parecidas damas burguesas.

Antes del 15 de noviembre de 1917, el Sovnarkom no celebraba sesiones regulares. Según Gorbúnov, el 3 de noviembre tuvo lugar una de ellas, pero su único tema dentro del orden del día fue escuchar un informe de Noguín sobre la refriega en Moscú. Durante este período, los decretos y

ordenanzas que veían la luz fueron obra de funcionarios bolcheviques, quienes actuaban por su cuenta, a menudo sin consultar a Lenin. Según Larin, solo dos de los primeros quince decretos emitidos por el gobierno soviético fueron debatidos en el Sovnarkom: el Decreto de Prensa, redactado por Lunacharski, y el Decreto de Elecciones a la Asamblea Constituyente, preparado por él. Gorbúnov dice que Lenin lo autorizó a telegrafiar por su cuenta las directrices a las provincias, no sin antes enseñarle uno de cada diez telegramas enviados.[64]

La primera reunión del Sovnarkom tuvo lugar el 15 de noviembre, para discutir una agenda de veinte puntos. Se acordó que los comisarios saldrían del Smolni tan expeditivamente como fuera posible para asumir sus respectivos comisariados, lo cual hicieron en las semanas sucesivas, con apoyo de destacamentos armados. A partir de ese día, el Sovnarkom se reunió casi a diario en la tercera planta del Smolni, habitualmente al atardecer, razón por la cual las reuniones se prolongaban a veces toda la noche. La asistencia no era demasiado restringida y solía convocarse a muchos funcionarios de rango inferior y expertos técnicos bolcheviques, a medida que iba surgiendo la necesidad de ellos. Los comisarios, revolucionarios de toda la vida, se sentían allí incómodos. Simón Liberman, un menchevique experto en el tema de la madera que asistía ocasionalmente a las sesiones del Sovnarkom, recuerda las reuniones en los siguientes términos:

> Había una atmósfera peculiar en las reuniones de los más altos consejeros administrativos de la Rusia soviética, presididas por Lenin. Pese a los enormes esfuerzos de una secretaria de oficio por dar a cada sesión el carácter solemne de una reunión del gabinete, no podíamos evitar la sensación de estar ¡en alguna otra reunión de un comité revolucionario en la clandestinidad! Durante años, habíamos pertenecido a múltiples organizaciones clandestinas. Todo parecía tan familiar. Muchos de los comisarios se dejaban el abrigo o el gabán puestos; muchos llevaban las

prohibidas chaquetas de cuero. En invierno, algunos calzaban botas de fieltro y gruesos jerséis. Y permanecían así ataviados a lo largo de reuniones enteras.

Uno de los comisarios, Alexánder Tsuriupa, estaba casi siempre enfermo y permanecía en las sesiones en una postura medio inclinado, con los pies estirados y sobre una silla próxima. Algunos de los asesores de Lenin no se sentaban a la mesa alargada, sino que desplegaban desordenadamente sus sillas en todo el espacio disponible. Únicamente Lenin ocupaba invariablemente su silla en la mesa, como encargado de presidir cada ocasión. Lo hacía en forma elegante, casi con decoro. Fotieva, que era su secretaria personal, se sentaba junto a él.[65] [img 74]

Lenin, molesto por la impuntualidad y verbosidad de sus colegas, estableció unas reglas estrictas. Para evitar el parloteo, insistió en que todo el mundo se ciñera de forma estricta a la agenda.[110*] Para asegurarse de que sus comisarios estuvieran allí a la hora, estableció multas para los que llegaran con retraso: cinco rublos por menos de media hora, diez por retrasos mayores.[66]

Según Liberman, en las reuniones del Sovnarkom a las que él asistió jamás se decidía nada sobre la política a seguir, sino que se trataba la forma de aplicar tales políticas:

Nunca escuché argumentos relativos a principios; la discusión giraba siempre en torno al problema de encontrar el mejor método posible de llevar a cabo una determinada medida. Las cuestiones de principios se decidían en otra instancia: en el Buró Político del Partido Comunista. […] Los dos organismos más altos de gobierno que yo conocí —el Consejo de Comisarios del Pueblo y el Consejo de Trabajo y Defensa— debatían sobre medidas prácticas para llevar a cabo medidas ya decididas por el santuario del partido: su Buró Político.[111*] [img 75]

Con el fin de aliviar al Sovnarkom de los muchos asuntos triviales que amenazaban con desbordar su agenda, el 8 de diciembre de 1917 se creó un «pequeño Sovnarkom». Las decisiones gubernamentales se transformaban en ley cuando eran firmadas por Lenin y habitualmente firmadas a la par por alguno de los comisarios, y luego eran publicadas en la *Gaceta* oficial, cuya primera edición apareció el 28 de octubre. Entonces adquirían el estatus de un «decreto» (*dekret*). A las

ordenanzas emitidas por iniciativa propia de los comisarios se las denominaba «resoluciones» (*postanovlenia*). La teoría no siempre era respetada en la práctica. En ciertas ocasiones —esto ocurría sobre todo con leyes cuya impopularidad estaba asegurada—, Lenin prefería que los decretos fuesen emitidos por el CEC y firmados por su presidente, Sverdlov; este proceder tenía el efecto de trasladar la responsabilidad de los bolcheviques a los sóviets. Algunas leyes importantes no fueron jamás publicadas, como la que creó la Checa. Otras medidas —por ejemplo, una inserción relativa a la práctica de tomar rehenes (septiembre de 1918)— fueron difundidas en nombre del comisario de Asuntos Internos; esta en particular fue publicada en *Izvestia*, pero no está incluida en el corpus de leyes y decretos soviéticos. Tempranamente, los bolcheviques retomaron la práctica zarista de legislar mediante circulares secretas, que no fueron publicadas en la época y siguen sin ser publicadas hasta hoy; como sucedía bajo el antiguo régimen, el gobierno recurría a tales prácticas en asuntos relativos a la seguridad del Estado.

En los primeros meses de gobierno bolchevique, los decretos eran emitidos no tanto por sus efectos prácticos, sino con fines propagandísticos.[67] Sin medios disponibles para imponer sus leyes, y con la incertidumbre de cuánto tiempo lograría sobrevivir su régimen, Lenin los concebía como un modelo para que futuras generaciones aprendieran cómo se hace una revolución. Dado que no se esperaba que fuesen ejecutados, los primeros decretos tenían un tono exhortativo y una forma bastante descuidada. Lenin no comenzó a prestarles atención seriamente hasta tres meses después de haber asumido el poder. El 30 de enero de 1918 ordenó que los borradores legislativos le fueran remitidos para su revisión al Comisariado de Justicia, que había formado a múltiples juristas.[68] Las leyes emitidas a partir de la primavera de 1918

se volvieron tan embrolladas que se hizo patente que estas eran no solo revisadas, sino redactadas, por burócratas experimentados del antiguo régimen, los que ahora ingresaron al servicio del Sóviet en gran número.

Cabe recordar que, para remitir las críticas al Comité Central, Lenin y Trotski estuvieron de acuerdo en seguir negociando la eventual incorporación al gobierno de socialistas revolucionarios de izquierdas, y en hacer un esfuerzo más para avenirse con los mencheviques y socialistas revolucionarios. Este último objetivo jamás lo contemplaron seriamente; Lenin no tenía el menor interés en admitir a sus rivales socialistas en una asociación común, aunque sí quería incorporar a los socialistas revolucionarios de izquierdas, cuya naturaleza conocía bien: un grupo de exaltados revolucionarios sin una verdadera cohesión, charlatanes, incapaces de llevar a cabo ninguna acción organizada a causa de su fe en la «espontaneidad» de las masas. No eran una amenaza, pero sí podían resultar muy útiles. Su presencia en el gabinete desarticularía la acusación de que los bolcheviques monopolizaban el gobierno; sería la prueba de que cualquier partido dispuesto a «aceptar octubre» —el golpe bolchevique — era bienvenido. Aún más valiosa era la capacidad de los socialistas revolucionarios de izquierdas de ofrecer a los bolcheviques acceso al campesinado, con cuyas organizaciones ellos mismos no tenían contacto. Dado que era absurdo aspirar a la condición de un gobierno de «los trabajadores y campesinos» sin tener a representantes campesinos en su seno, el acceso de los socialistas revolucionarios de izquierdas al campesinado representaba una ventaja considerable. Lenin tenía grandes esperanzas (poco realistas, como demostrarían los acontecimientos) de que los socialistas revolucionarios de izquierdas contribuyeran a dividir el voto campesino para la Asamblea

Constituyente y posiblemente dieran a los bolcheviques y sus aliados la mayoría.

Ambos partidos negociaron en secreto. El 18 de noviembre, *Izvestia* anunció —tal y como se desarrollaron los acontecimientos, de manera prematura— que se había llegado a un acuerdo con los socialistas revolucionarios de izquierdas respecto a su ingreso en el Sovnarkom, aunque las conversaciones prosiguieron durante otras tres semanas, en el curso de las cuales ambas agrupaciones establecieron una relación de trabajo muy cercana. De este modo, los socialistas revolucionarios de izquierdas terminaron uniendo fuerzas con los bolcheviques y ayudándolos a destruir el movimiento campesino independiente, dominado por los socialistas revolucionarios.

El Congreso de Delegados Campesinos, que representaba cuatro quintas partes de la población total de Rusia, rechazó el golpe de octubre. No envió delegados al Segundo Congreso de los Sóviets, uniéndose en cambio al Comité de Salvación de la Madre Patria y la Revolución. Esta forma de oposición resultaba inquietante para los bolcheviques, quienes debían atraer de algún modo al Congreso Campesino o, en su defecto, sustituirlo por otra entidad afín a ellos. Su estrategia, que replicaron subsecuentemente en la Asamblea Constituyente y otros cuerpos representativos democráticos pero antibolcheviques, implicó siempre tres pasos. En primer lugar, buscaban lograr el control de alguna comisión mandataria de la entidad respectiva, la cual determinaba quiénes asistirían a ella; esto los autorizaba para incorporar más delegados bolcheviques y probolcheviques que los que hubieran obtenido en elecciones libres. Si este nuevo cuerpo lleno de seguidores suyos fracasaba de todas formas en aprobar resoluciones bolcheviques, irrumpían en su seno con estruendo y amenazas violentas. Y si este método también

fallaba, declaraban la reunión ilegal, la abandonaban y convocaban a una reunión rival con los suyos.

Como habrían de demostrar las elecciones a la Asamblea Constituyente, celebradas durante la segunda mitad de noviembre, los bolcheviques no contaban con el apoyo de las áreas rurales. Esto era un mal augurio para sus perspectivas en el Congreso de Delegados Campesinos, programado para finales de noviembre, donde los socialistas revolucionarios estaban seguros de poder aprobar resoluciones que acabarían denunciando la dictadura bolchevique. Para evitarlo, los bolcheviques, con la ayuda de los socialistas revolucionarios de izquierdas, intentaron manipular la comisión mandataria exigiendo que los delegados del congreso, habitualmente elegidos por los sóviets provinciales y de distrito, fueran incrementados con representantes de las unidades militares. Esta exigencia no tenía justificación alguna, pues el ejército estaba ya representado en la Sección de Soldados del Sóviet. Pero los socialistas revolucionarios de la comisión mandataria, deseosos de aplacar a los bolcheviques, estuvieron de acuerdo con ello; en consecuencia, en vez de dominar por completo el Congreso Campesino, tuvieron que conformarse ahora con una escasa mayoría. El recuento final de delegados del Congreso Campesino dio un total de 789 delegados, de los cuales 489 eran representantes campesinos de buena fe, elegidos por los sóviets rurales, y otros 294 los uniformados escogidos a dedo por los bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas en las guarniciones de Petrogrado y localidades vecinas. La afiliación política daba 307 socialistas revolucionarios y 91 bolcheviques; la afiliación de los 391 delegados restantes no quedó establecida, pero, a juzgar por los resultados de las siguientes votaciones, un elevado porcentaje de ellos eran socialistas revolucionarios de izquierdas.[112*]

En otro gesto conciliador, la dirección socialista revolucionaria acordó conceder la presidencia del congreso a María Spiridónova, la líder de los socialistas revolucionarios de izquierdas. Aun cuando los campesinos la idolatraban por sus hazañas terroristas antes de la revolución, fue una concesión irreflexiva, ya que la impulsiva Spiridónova estaba absolutamente manipulada por los bolcheviques.

El Segundo Congreso de Delegados Campesinos fue inaugurado en Petrogrado el 26 de noviembre, en el Salón Alejandro de la Duma Municipal. Desde un principio, los delegados bolcheviques, alentados por los socialistas revolucionarios de izquierdas, emprendieron tácticas desestabilizadoras, abucheos, silbidos y gritos para hacer callar a los portavoces de los partidos rivales; en cierto momento ocuparon incluso la tribuna unos minutos. El desorden obligó en varias ocasiones a Spiridónova a declarar un receso.

La sesión crítica tuvo lugar el 2 de diciembre. Ese día, varios portavoces socialistas revolucionarios protestaron por el arresto y acoso de delegados de la Asamblea Constituyente, algunos de los cuales habían sido elegidos a su vez para el Congreso Campesino. Durante uno de esos discursos, apareció Lenin. Un socialista revolucionario, apuntándolo directamente a él, exclamó: «Vas a conducir a Rusia a un punto en el que Nicolás será sustituido por Lenin. No necesitamos una autoridad autocrática. ¡Necesitamos el gobierno de los sóviets!». Lenin pidió hablar en calidad de jefe de Estado, pero se le dijo que, puesto que nadie lo había elegido, solo podía ocupar la tarima como líder del Partido Bolchevique. En su discurso denigró a la Asamblea Constituyente y desestimó las quejas de un asedio bolchevique a sus delegados. En todo caso, prometió que la Asamblea se reuniría cuando un cuórum de 400 delegados

hubiese llegado a Petrogrado.

Al marcharse, Chernov sometió a votación una resolución que rechazaba el alegato bolchevique de que reconocer la autoridad atribuible a la Asamblea Constituyente equivalía a renegar de los sóviets:

> El congreso cree que los sóviets de los delegados de los trabajadores, soldados y campesinos, puesto que son los guías ideológicos de las masas, debieran ser los factores combatientes de mayor fuerza dentro de la revolución a la hora de resguardar las conquistas de campesinos y trabajadores. Con su creatividad legislativa, la Asamblea Constituyente debe dar vida a las aspiraciones de las masas, tal y como queden manifestadas en los sóviets. En consecuencia, el congreso protesta contra los intentos de grupos individuales de oponer entre sí a los sóviets y la Asamblea Constituyente.[113*]

Los bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas presentaron una contrarresolución que llamaba al congreso a aprobar medidas bolcheviques contra los kadetes y algunos otros delegados a la Asamblea Constituyente, sobre la base de que la Asamblea no gozaba de inmunidad parlamentaria.[69] La resolución de Chernov fue aprobada por 360 votos contra 321. Los bolcheviques persuadieron a Spiridónova de que desestimara esta votación y, al día siguiente la dirigente declaró que no había sido una votación vinculante, sino únicamente la «base» para una. Antes de que este asunto pudiera aclararse, Trotski hizo su aparición y solicitó la tribuna para informar cómo iban las negociaciones de paz en Brest-Litovsk. La maniobra distractora fue acogida con abucheos, después de lo cual el líder se marchó seguido de los delegados bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas. Al día siguiente, el 4 de diciembre, los bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas volvieron al Salón Alejandro y renovaron las tácticas desestabilizadoras. En el alboroto resultante, no fue posible escuchar a ningún portavoz, tras lo cual los socialistas revolucionarios y sus seguidores abandonaron el lugar al son

de *La Marsellesa*. Luego retomaron las deliberaciones en el Museo de la Agricultura, en la Fontanka, donde estaba afincado el Comité Ejecutivo Central del Congreso de Delegados Campesinos. A partir de entonces, las alas «derechista» e «izquierdista» del congreso se reunieron por separado y los intentos para reunificarlas fracasaron por el rechazo bolchevique a reconocer la validez de la votación del 2 de diciembre sobre la Asamblea Constituyente. El 6 de diciembre, los bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas declararon que sus sesiones en la Duma Municipal eran la única voz legítima de los sóviets campesinos, aunque de hecho no había presente allí ningún representante de los sóviets campesinos. Con ello negaron toda autoridad al Comité Ejecutivo Central del Congreso Campesino, lo despojaron de su estructura y personal técnicos y dejaron de pagar las dietas que los delegados de los campesinos recibían del gobierno. Finalmente, el 8 de diciembre, el Congreso de Delegados Campesinos, amañado por los bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas, se fusionó con el Comité Ejecutivo Central de Todas las Rusias, controlado por los bolcheviques.

Así fue como los bolcheviques se adueñaron del Congreso Campesino, primero al introducir en él a delegados que ellos mismos, y no los campesinos, habían escogido, y luego al declarar a tales delegados los únicos representantes legítimos del campesinado; algo que no hubieran conseguido sin la ayuda de los socialistas revolucionarios de izquierdas. Como recompensa por este servicio, y anticipando futuras colaboraciones, los bolcheviques hicieron algunas concesiones importantes a los socialistas revolucionarios de izquierdas para incorporarlos al gobierno como socios menores.

Los dos partidos llegaron a un acuerdo la noche del 9-10 de

diciembre, inmediatamente después de haber liquidado juntos el Congreso Campesino.[70] Los términos de este acuerdo nunca se han publicado y tuvieron que ser reconstruidos a partir de los hechos que siguieron. Los socialistas revolucionarios de izquierdas pusieron, por su parte, varias condiciones: suspensión del Decreto de Prensa, inclusión de otros partidos socialistas en el gobierno, abolición de la Checa y una pronta convocatoria a la Asamblea Constituyente. Los bolcheviques cedieron de hecho en la primera demanda, permitiendo que volvieran a aparecer todo tipo de periódicos opositores, aunque no derogaron formalmente el Decreto de Prensa. En la segunda demanda, Lenin se mostró conciliador; simplemente pidió que el resto de los partidos socialistas siguieran el ejemplo de los socialistas revolucionarios de izquierdas y reconocieran la Revolución de Octubre. Puesto que ningún partido estaba dispuesto a ello, esta concesión en particular terminó no costándole nada. Respecto a la Checa, los bolcheviques se mostraron firmes: ni la eliminarían, ni circunscribirían formalmente su autoridad —la contrarrevolución no les permitía ese lujo—, pero los socialistas revolucionarios de izquierdas podrían tener representantes en el directorio de la entidad para verificar ellos mismos que no había ningún terror innecesario. En lo concerniente a la Asamblea Constituyente, los bolcheviques garantizaron con reticencias la demanda de sus socios socialistas revolucionarios de izquierdas. Es prácticamente un hecho reconocido que fue por la insistencia de estos que los bolcheviques desecharon la idea de anular las elecciones y permitieron a la Asamblea reunirse, aunque fuera brevemente. Trotski recuerda a Lenin comentando: «Por supuesto que debemos disolver la Asamblea Constituyente, pero ¿qué vamos a hacer con los socialistas revolucionarios de izquierdas?»[71]

Sobre la base de estos compromisos, los socialistas revolucionarios de izquierdas se unieron al Sovnarkom, donde les fueron adjudicadas cinco carteras: Agricultura, Justicia, Correos y Telégrafos, Interior y Autogobierno Local. Fueron a su vez admitidos en puestos subordinados en otras instituciones estatales, incluida la Checa, donde el socialista revolucionario de izquierdas Piotr Alexándrovich Dimitrievski (Alexándrovich) asumió el cargo de delegado de Dzerzhinski. Este acuerdo les pareció satisfactorio a los socialistas revolucionarios de izquierdas, que simpatizaban con los bolcheviques y aprobaban sus objetivos, aun cuando los consideraban un poco extremistas. El socialista revolucionario de izquierdas Vladímir A. Karelin definía a su partido como «un regulador que modera el celo excesivo de los bolcheviques».[72]

La interrupción del Segundo Congreso Campesino, por la acción conjunta de bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas, marcó el final de las organizaciones campesinas independientes en Rusia. A mediados de enero de 1918, el Comité Ejecutivo de los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas, dentro del supuesto Congreso Campesino, convocó a un Tercer Congreso de Delegados Campesinos, absolutamente bajo su control. Fue programado para reunirse al mismo tiempo que el Tercer Congreso de los Sóviets de los Delegados de Trabajadores y Soldados; en esta ocasión, las dos instituciones hasta entonces separadas se «fusionaron» y el Congreso de los Sóviets de los Delegados de Trabajadores y Soldados añadió a su denominación a los «Delegados Campesinos». Este hecho, según un historiador bolchevique, «completó el proceso de crear un único órgano supremo de la autoridad soviética» y «puso fin a la política del socialismo revolucionario de derechas de administrar el Congreso Campesino de manera separada del Congreso de

los Delegados de Trabajadores y Soldados».[73] Sería, con todo, más exacto decir que este matrimonio forzado puso punto final al autogobierno del campesinado y completó el proceso de privarlo de sus derechos.

Para liberarse por completo del control democrático, los bolcheviques tenían que sortear aún un obstáculo adicional: el de la Asamblea Constituyente, que según el testimonio de un contemporáneo subsistía «como una espina clavada» en su garganta.[74]

A comienzos de diciembre habían tenido éxito en (1) apartar a un lado al Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias y destronar a su Comité Ejecutivo, (2) privar al órgano ejecutivo de los sóviets del control sobre la legislación y los nombramientos fundamentales, y (3) dividir al legítimo Congreso Campesino y sustituirlo por un cuerpo elegido a dedo de soldados y marineros. De hecho, lograron salirse con la suya en tales procedimientos subversivos manipulando instituciones localizadas en la remota ciudad de Petrogrado, una manipulación que el país en su totalidad no podía seguir ni entender con facilidad. Pero la Asamblea Constituyente era otro asunto. Este organismo elegido por la nación entera había de ser la primera instancia auténticamente representativa en la historia de Rusia. Evitar que se reuniera o disolverla sería el golpe de Estado más audaz de todos, un desafío directo a la voluntad de la nación, la privación de derechos impuesta a varias decenas de millones de ciudadanos. Y, aun así, hasta que esto no se hiciera, y a menos que se hiciera, los bolcheviques no se sentirían seguros, pues su legitimidad, fundada en las resoluciones del Segundo Congreso de los Sóviets, estaba supeditada a la aprobación de la Asamblea, una aprobación que muy probablemente le sería denegada.

Para empeorar aún más las cosas, los bolcheviques se habían comprometido en numerosas ocasiones a convocar la Asamblea. Históricamente, se solía identificar la Asamblea Constituyente con el Partido Socialista Revolucionario, que la había convertido en la pieza central de su programa político, confiando en que su arraigo en el campesinado le daría una abrumadora mayoría en el seno de la institución; los socialistas revolucionarios aspiraban a aprovechar este hecho para transformar Rusia en una república de «trabajadores». De haber sido más astutos políticamente, los socialistas revolucionarios hubieran presionado al Gobierno Provisional para que convocara elecciones lo antes posible. Pero, como le ocurrió a todo el mundo, lo fueron dejando pasar, lo cual dio a los bolcheviques la oportunidad de aparecer como los paladines de la Asamblea. Desde finales del verano de 1917, estos acusaron al Gobierno Provisional de posponer deliberadamente las elecciones con la esperanza de que el tiempo enfriara el ardor revolucionario del pueblo. Al lanzar la consigna de «Todo el poder para los sóviets», argumentaban que solo los sóviets podían garantizar la Asamblea Constituyente. En septiembre y octubre de 1917, la propaganda bolchevique gritaba alto y claro que solo la transferencia de poder a los sóviets podía salvar la Asamblea Constituyente.[75] Mientras se preparaban para el asalto al poder, a veces parecía que su principal objetivo hubiera sido defender la Asamblea de los planes de la «burguesía» y otros «contrarrevolucionarios». No fue hasta el 27 de octubre cuando *Pravda* advertía a sus lectores que «la nueva autoridad revolucionaria no toleraría vacilaciones; en circunstancias de una hegemonía social de los intereses de las grandes masas populares, solo ella puede ser el factor capaz de conducir al país a una Asamblea Constituyente».[76]

No podía, así, haber dudas de que Lenin y su partido

estaban comprometidos a convocar elecciones, atenerse a los resultados y someterse a la voluntad de la Asamblea. Pero, a sabiendas que dicha Asamblea acabaría casi con seguridad arrebatándoles el poder, se enfrentaban a un dilema. Al final, apostaron y ganaron; y solo después de su victoria, sobre los despojos de la Asamblea Constituyente, pudieron sentirse seguros de que nunca más serían desafiados por las fuerzas democráticas.

En su asalto a la Asamblea Constituyente hallaron una justificación en la teoría socialdemócrata. El programa socialdemócrata adoptado en 1903 proclamaba de hecho la convocatoria de una Asamblea Legislativa elegida por el pueblo mediante sufragio directo, universal y equitativo; pero ni los bolcheviques ni los mencheviques hacían de las elecciones libres una obsesión. Mucho antes de la revolución estaban dispuestos a defender que las urnas no eran necesariamente el mejor indicador de los «verdaderos» intereses del pueblo. El fundador de la socialdemocracia rusa, Plejánov, hizo en el Segundo Congreso del Partido, en 1903, algunas acotaciones sobre el tema que los bolcheviques utilizarían después para burlarse de sus oponentes:

> Todo principio democrático debe ser examinado no en abstracto, por sus propios méritos, sino en relación con el principio que podemos denominar principio básico de la democracia: s*alus populi suprema lex*. Traducido al lenguaje de un revolucionario, esto significa que el éxito de la revolución es ley suprema. Y si, por el bien de la revolución, se hiciera necesario restringir transitoriamente la aplicación de uno u otro principio democrático, sería un delito no hacerlo. En mi opinión personal, se ha de considerar incluso el principio del voto universal desde la perspectiva del antes mencionado principio fundamental de la democracia. Cabe, así, imaginar que bien pudiera haber alguna situación en la que, al menos en términos hipotéticos, los socialdemócratas podríamos llegar a oponernos al voto universal. […] Si, por ejemplo, en un arrebato de entusiasmo revolucionario, el pueblo eligiera un Parlamento muy, muy bueno […], entonces deberíamos esforzarnos por transformarlo en un Parlamento largo; y si las elecciones resultaran desfavorables, entonces deberíamos esforzarnos por disolverlo, no en dos años, sino, a ser posible, en dos semanas.[114*] [img 76]

Lenin compartía estos sentimientos y en 1918 los citaría con evidente entusiasmo.[77]

El Gobierno Provisional había programado elecciones el 12 de noviembre de 1917, pero para esa fecha llevaba dos semanas depuesto. Los bolcheviques dudaron al principio si ceñirse a esta fecha, pero al final decidieron hacerlo y emitieron un decreto a tal efecto.[78] Pero ¿cuál era el siguiente paso? Mientras debatían el asunto entre ellos, interferían con la habilidad de sus adversarios para hacer campaña. Esta era, quizá, la intención primordial del Decreto de Prensa y de una ordenanza emitida el 1 de noviembre por el Comité Militar Revolucionario, que declaraba el estado de sitio en Petrogrado y que en una de sus disposiciones prohibía las reuniones al aire libre.[79] [img 77]

En Petrogrado, la votación para la Asamblea comenzó el 12 de noviembre y prosiguió durante tres días. Moscú votó entre el 19 y 21 de noviembre; el resto del país, la segunda mitad de noviembre. Tenían derecho al voto, según los criterios fijados por el Gobierno Provisional, los ciudadanos varones y damas que tuviesen veinte años o más. La votación tuvo lugar en todo el territorio de lo que antes había sido el Imperio ruso, exceptuando las áreas bajo ocupación enemiga; esto es, Polonia y las provincias de las fronteras occidental y noroccidental de Rusia. En Asia central, los resultados no fueron computados; lo mismo ocurrió en algunas regiones aisladas. Los votantes se volcaron a las urnas en cifras impresionantes; en Petrogrado y Moscú, un 70 por ciento de los ciudadanos con derecho a voto acudió a votar, y en ciertas áreas rurales la convocatoria resultó de un 100 por ciento, con los campesinos votando a menudo como un solo bloque a una única lista, habitualmente la socialista revolucionaria. Según los recuentos más fiables, hubo 44,4 millones de votos

emitidos. Aquí y allá, observadores externos advirtieron irregularidades menores: las tropas de las guarniciones militares, que estaban a favor de los bolcheviques por sus promesas de una paz inmediata, intimidaban a veces a los candidatos de otros partidos. Pero, en términos generales, en especial si se consideran las difíciles condiciones en las que tuvieron lugar, las elecciones justificaron las expectativas suscitadas. Lenin, que no tenía interés alguno en elogiarlas, afirmó el 17 de diciembre: «Si uno considera la Asamblea Constituyente aparte de las condiciones implícitas en la lucha de clases, al borde de la guerra civil, entonces no conocemos otra institución más perfecta para expresar la voluntad del pueblo».[80]

Votar era muy complicado, dado que muchos partidos disidentes presentaron a sus candidatos en bloque con otros partidos; la configuración política difería de una región a otra, tornándose especialmente compleja en las áreas fronterizas como Ucrania, donde, junto a los partidos rusos, había partidos representantes de las minorías locales.

De los socialistas, solo los bolcheviques hicieron campaña sin una plataforma formal. Al parecer, contaban con obtener votos haciendo grandes llamamientos a los trabajadores, soldados y campesinos, centrándose en la consigna de «Todo el poder para los sóviets», y haciendo promesas de una paz inmediata y la confiscación de las grandes propiedades rurales. Con consignas electoralistas, buscaban ampliar la base social y de clase de su electorado, tomando prestado de los socialistas revolucionarios el término no marxista de «las masas trabajadoras». Al evaluar los resultados electorales, debe tenerse en cuenta, por tanto, que muchos de quienes dieron su voto a los bolcheviques, si no la mayoría de ellos, no manifestaban su aprobación a la plataforma bolchevique, de

la que no sabían nada porque ni siquiera existió, por no hablar de la agenda secreta bolchevique de una dictadura de partido único, nunca mencionada en sus pronunciamientos, sino al gobierno de los sóviets, el fin de la guerra y la abolición de la propiedad privada rural a favor de la redistribución comunitaria, nada de lo cual figuraba en los objetivos últimos de los bolcheviques.

Aferrado a la esperanza, Lenin se engañó por un tiempo a sí mismo pensando que los socialistas revolucionarios de izquierdas contribuirían a fragmentar el Partido Socialista Revolucionario hasta tal punto que ello otorgaría la victoria a los bolcheviques.[81] Los buenos resultados que obtuvieron los socialistas revolucionarios de izquierdas en la Conferencia de Petrogrado en noviembre daban cierto asidero a dicha esperanza,[82] pero al final esta resultó ser infundada; aunque los bolcheviques obtuvieron a su vez buenos resultados en las ciudades y en el ejército, ocuparon la segunda posición en los cómputos, por detrás de los socialistas revolucionarios. Este resultado selló el destino de la Asamblea.

No es posible determinar con precisión los resultados de las elecciones, porque en muchas localidades los partidos y sus filiales formaban coaliciones, a veces de naturaleza muy compleja; tan solo en la ciudad de Petrogrado, diecinueve partidos compitieron entre sí. El problema se vio exacerbado por la práctica de las autoridades comunistas, que controlaban los datos sin procesar, de englobar juntos, bajo las categorías de «burgueses» y «pequeñoburgueses», a partidos y agrupaciones que se presentaban en listas separadas. La estimación más fiel de los resultados finales (en miles de votos) es la siguiente:[83]

Partidos socialistas rusos: 68,9%		
Socialistas Revolucionarios (Eseritas)	17.943	(40,4%)
Bolcheviques	10.661	(24,0%)
Mencheviques	1.144	(2,6%)
Socialistas revolucionarios de izquierdas	451	(1,0%)
Otros	401	(0,9%)
Partidos liberales y otros partidos no socialistas: 7,5%		
Demócratas Constitucionales	2.088	(4,7%)
Otros	1.261	(2,8%)
Partidos de las minorías nacionales: 13,4%		
Socialistas revolucionarios ucranianos	3.433	(7,7%)
Mencheviques georgianos	662	(1,5%)
Musavat (Azerbaiyán)	616	(1,4%)
Dashnaktsutiún (Armenia)	560	(1,3%)
Alash Orda (Kazajistán)	407	(0,9%)
No computados	4.543	(10,2%)

Los resultados, aunque no fueran del todo inesperados, decepcionaron a Lenin. Los campesinos, a quienes había tenido la esperanza de atraer al adoptar el programa de la tierra de los socialistas revolucionarios, no solo no votaron a los bolcheviques, sino que ni siquiera votaron a los socialistas revolucionarios de izquierdas. Uno de los argumentos que los bolcheviques esgrimieron más tarde para cuestionar la validez de las elecciones fue que la división del Partido Socialista Revolucionario (Eserita) había ocurrido demasiado tarde para que los socialistas revolucionarios de izquierdas pudieran presentarse en una lista separada, pero las cifras demostraban que esta argumentación carecía de fundamento. En varios distritos electorales (Vorónezh, Viatka y Tobolsk), los socialistas revolucionarios de izquierdas y la corriente principal de los socialistas revolucionarios se presentaron de hecho en listas separadas, y en ninguno de ellos los socialistas revolucionarios de izquierdas obtuvieron un respaldo

significativo; el cómputo dio 1.839.000 votos emitidos para el Partido Socialista Revolucionario y tan solo 26.000 votos para los socialistas revolucionarios de izquierdas.[84] Los bolcheviques obtuvieron 175 escaños de un total de 715 de la Asamblea; junto a los delegados socialistas revolucionarios que se identificaban a sí mismos como «de izquierdas», obtuvieron el 30 por ciento del total de los delegados.[115*]

Los bolcheviques quedaron también descontentos con los buenos resultados de los kadetes, el partido de la oposición al que más temían. Pese a que estos habían obtenido menos del 5 por ciento de la votación nacional, los bolcheviques los percibían como su rival más poderoso; contaban con el mayor número de seguidores activos y la mayoría de los diarios; estaban mucho mejor organizados que los socialistas revolucionarios; y, a diferencia de los rivales socialistas de los bolcheviques, los kadetes no se sentían constreñidos por ningún tipo de camaradería, ninguna devoción a un mismo ideal social o el miedo a la «contrarrevolución». Siendo el único gran partido no socialista que aún operaba a finales de 1917, los kadetes tenían probabilidades de atraer hacia ellos a la totalidad del electorado de centroderecha, incluidos los monárquicos. Si uno considera el resultado global de las elecciones advierte, ciertamente, que los kadetes «más que una paliza, su resultado era un verdadero desastre»,[85] pero esta sería una conclusión superficial. Las cifras de todo el país encubrían el hecho político relevante de que los kadetes se habían desenvuelto muy bien en los centros urbanos que los bolcheviques debían controlar para compensar su debilidad en las áreas rurales y que percibían además como el campo de batalla decisivo en la guerra civil en ciernes. En Petrogrado y Moscú, los kadetes ocuparon una sólida segunda posición detrás de los bolcheviques, obteniendo el 26,2 por ciento de los votos en Petrogrado y un 34,2 por ciento en Moscú. Si uno

restaba al total bolchevique en Moscú la votación de la guarnición militar, que estaba en fase de desaparecer, los kadetes tenían un 36,4 por ciento de los votos frente al 45,3 por ciento de los bolcheviques.[86] Además, los kadetes superaban a los bolcheviques en once de las treinta y ocho capitales provinciales y en muchas otras ocupaban el segundo lugar. Representaban, así, una fuerza política bastante más temible de lo que cabía suponer con solo mirar los resultados electorales indiferenciados.

Pese a estas decepciones, el resultado supuso algún consuelo para los bolcheviques. Lenin, que analizó las cifras con el desapego de un comandante examinando los planes de batalla —incluso aludía a los varios bloques electorales como «ejércitos»[87]—, se sintió satisfecho al comprobar que su partido había obtenido sus mejores resultados en el centro del país: en las grandes ciudades, las áreas industriales y las guarniciones militares.[88] Los victoriosos socialistas revolucionarios extraían su fuerza de las tierras negras y de Siberia. Como el propio Lenin habría de observar más adelante, esta distribución geográfica de la votación vaticinó las líneas del frente en la guerra civil que se libraría entre el Ejército Rojo y el Blanco,[89] en la que los bolcheviques habrían de controlar el corazón de Rusia, y sus adversarios, la periferia.

Otra fuente de satisfacción para los bolcheviques fue el apoyo de los soldados y marineros, especialmente de las unidades apostadas en las ciudades. Las tropas tenían un único anhelo: volver a casa, y cuanto antes mejor, para participar en el reparto de la tierra. Puesto que, de todos los partidos, los bolcheviques eran los únicos que prometían iniciar de inmediato las negociaciones de paz, estos sectores mostraron una marcada preferencia por ellos. Las

guarniciones de Petrogrado y Moscú emitieron, respectivamente, el 71,3 por ciento y el 74,3 por ciento del total de los votos bolcheviques. Las tropas en el frente noroccidental, cercanas a Petrogrado, les otorgaron también la mayoría. Los resultados no fueron tan buenos para los bolcheviques en los frentes más alejados, donde su propaganda antibélica se hizo menos eco, pero, aun así, entre los cuatro ejércitos de operaciones de los que hay registros, obtuvieron un 56 por ciento de los votos.[90] Lenin no se hacía ilusiones respecto a la solidez de este apoyo, que estaba destinado a evaporarse tan pronto como las tropas emprendieran el regreso a casa. Pero, de momento, el respaldo del ejército era decisivo; las tropas que estaban a favor de los bolcheviques constituían un poder que, aun en cifras reducidas, podía intimidar a la oposición democrática. Al analizar los resultados electorales, Lenin advirtió con satisfacción que los bolcheviques tenían en las fuerzas armadas «una fuerza política impactante que les garantizaba una preponderancia abrumadora de fuerzas en el lugar y el momento decisivos».[91]

El 20 de noviembre, el Sovnarkom debatió el tema de la Asamblea Constituyente. En esta reunión se tomaron decisiones importantes,[92] como posponer indefinidamente la apertura de la misma. La razón aparente era la dificultad de reunir un cuórum suficiente para el 28 de noviembre;[93] la verdadera, darles algo de tiempo a los bolcheviques. Fueron impartidas instrucciones a todos los sóviets provinciales para que informaran de cualquier «abuso» electoral, lo cual habría de servir de pretexto para unas «reelecciones».[94] Pável E. Dibenko, el comisario de la Marina, recibió órdenes de reunir en Petrogrado entre 10.000 y 12.000 marineros armados.[95] Y, tal vez de manera más significativa, se decidió convocar el

Tercer Congreso de los Sóviets para el 8 de enero; constituido mayoritariamente por sus partidarios y socialistas revolucionarios de izquierdas, habría de convertirse en un sucedáneo de la Asamblea. Estas medidas dejaban entrever las intenciones bolcheviques de suspender, de un modo u otro, la Asamblea Constituyente.

El anuncio gubernamental de posponer indefinidamente la Asamblea suscitó fuertes protestas por parte de los partidos y delegados socialistas al Congreso Campesino. El 22-23 de noviembre surgió una Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente, integrada por representantes del Sóviet de Petrogrado, los sindicatos de la ciudad y todos los partidos socialistas, exceptuando a los bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas.[96]

Los bolcheviques iniciaron su asalto a la Asamblea mediante el asedio a su Comisión Electoral (Vsevibor). Por orden del Sovnarkom, el 23 de noviembre, Stalin y Grigori Petrovski ordenaron a la comisión que hiciera entrega de sus archivos; cuando esta se negó, la Checa detuvo a su personal. Moiséi S. Uritski, que luego habría de encabezar la Checa de Petrogrado, fue nombrado jefe de la Comisión Electoral para la Asamblea, lo cual le concedió amplia discreción para determinar quién asistiría a esta.[97]

En respuesta a esto, la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente decidió inaugurarla en la fecha programada, desoyendo los dictámenes bolcheviques.[98] El 28 de noviembre, los integrantes de la Comisión Electoral, recién liberados de prisión, iniciaron sus deliberaciones en el Palacio de Táuride. Uritski se personó allí para informarles de que solo se podían reunir en presencia suya, pero lo ignoraron. Los partidarios de la Asamblea se reunieron para manifestarse frente al Táuride: estudiantes, trabajadores, soldados y

funcionarios públicos en huelga, portando estandartes con la consigna «Todo el poder para la Asamblea Constituyente». Un periódico estimó la convocatoria en unas 200.000 personas, pero la cifra parece considerablemente abultada; las fuentes comunistas hablan de 10.000.[99] A las órdenes de Uritski, los Fusileros Letones, las tropas favorables a los bolcheviques más dignas de confianza en Petrogrado, rodearon el Táuride pero no interfirieron en la reunión; algunos decían a los manifestantes que habían ido allí a proteger la Asamblea Constituyente. En el interior, cuarenta y cinco delegados, la mayoría de Petrogrado y las localidades vecinas, eligieron un presídium.

Al día siguiente, las tropas armadas formaron un cerco alrededor del Táuride; los Fusileros Letones habían vuelto, acompañados de soldados del Regimiento de la Reserva de Letonia, algunos destacamentos de marineros y una compañía de ametralladoras. Mantuvieron a la multitud a una distancia razonable y solo permitían entrar en el edificio a los delegados y periodistas acreditados. Al atardecer, los marineros ordenaron a los delegados que abandonaran el palacio. Al día siguiente, las tropas prohibieron la entrada a todo el mundo. Estos hechos fueron un ensayo para la verdadera prueba de fuerza, que tendría lugar el 5/18 de enero.

Intensificando su ofensiva, los bolcheviques proscribieron al Partido Demócrata Constitucional. Ya el día que dieron comienzo las elecciones en Petrogrado, habían enviado a matones armados para que arrasaran las oficinas donde se editaba el *Rech* de los kadetes, que volvió a reaparecer dos semanas después con el título *Nash Vek*. El 28 de noviembre, Lenin redactó una ordenanza con el título típicamente propagandístico de «Decreto concerniente al arresto de los

líderes de la guerra civil contra la revolución».[100] En él se declaraba a los líderes de los kadetes «enemigos del pueblo» y se ordenaba que fueran arrestados. Esa noche y al día siguiente, destacamentos bolcheviques detuvieron a todo kadete destacado al que pudieron echarle el guante, entre ellos, a varios delegados de la Asamblea (Andréi I. Shingarev, Pável D. Dolgorúkov, Fiódor F. Kokoshkin. Sofía V. Panina, Fiódor I. Ródichev y otros). Todos fueron luego liberados (Panina tras un juicio breve y más bien cómico), salvo Shingarev y Kokoshkin, a quienes los marineros bolcheviques asesinaron en el hospital de la prisión. Como «enemigos del pueblo», los kadetes no podrían participar en la Asamblea Constituyente. Fueron el primer partido político prohibido por el gobierno bolchevique, pero ni mencheviques ni socialistas revolucionarios parecieron lamentar demasiado dicha acción.

El acoso y la intimidación no resolvían para los bolcheviques el problema persistente de qué hacer con la Asamblea. Algunos querían emplear la fuerza; una semana antes de las elecciones, V. Volodarski, miembro del Comité Central, señaló que «las masas nunca sufren de cretinismo parlamentario», en Rusia menos que en ningún otro lado, y sugirió que la Asamblea Constituyente podía ser disuelta.[101] Nikolái Bujarin pensó que su idea era mejor; el 29 de noviembre propuso al Comité Central que los kadetes fueran expulsados de la Asamblea y que entonces los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas proclamasen una Convención Revolucionaria; una referencia a la Convención francesa de 1792, que ocupó el lugar de la Asamblea Constituyente. «Si los otros lo organizan [un cuerpo rival] los arrestaremos», explicó Bujarin. Stalin prestó poca atención a esta propuesta debido a su naturaleza impracticable.[102]

Lenin tenía otra solución: apaciguar a los socialistas revolucionarios de izquierdas dejando que la Asamblea fuera convocada y entonces manipular su composición para así obtener un organismo más complaciente. Esto se haría recurriendo a la «destitución», «una condición esencial de la auténtica democracia».[103] Mediante este recurso, los votantes de distritos que hubiesen elegido a delegados indeseables podían ser convencidos de solicitar su destitución y pedir que se les reemplazara por bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas. Pero este era, en el mejor de los casos, un procedimiento lento y, mientras se llevaba a cabo, la Asamblea podía aprobar todo tipo de resoluciones hostiles.

El 12 de diciembre, Lenin tomó una decisión al respecto, inmediatamente después de haber llegado a un acuerdo con los socialistas revolucionarios de izquierdas; su decisión se hizo pública al día siguiente en *Pravda*, con el encabezado de «Tesis sobre la Asamblea Constituyente».[104] Fue, de hecho, una sentencia de muerte para la Asamblea. La estocada final en su argumentación era que los cambios en las alineaciones del partido, y de manera notoria la división del Partido Socialista Revolucionario, los cambios en las estructuras de clase y la irrupción de la «contrarrevolución», ocurridos todos ellos presuntamente a raíz del 25-26 de octubre, había restado validez a las elecciones como indicador de la voluntad popular:

> El curso de los acontecimientos y el desarrollo de la lucha de clases en la revolución han provocado una situación en la que la consigna «Todo el poder para la Asamblea Constituyente» […] se ha convertido, de hecho, en la consigna de los kadetes, los seguidores de Kaledín y sus cómplices. Y comienza a quedar claro para todo el pueblo que esta consigna implica, de hecho, una batalla para eliminar a la autoridad soviética y que la Asamblea Constituyente, si está separada de la autoridad soviética, quedaría inevitablemente condenada a perecer. […] Cualquier intento directo o indirecto de considerar esta cuestión de la Asamblea Constituyente desde un punto de vista jurídico formal […] supone una traición a la causa del

proletariado y una transición a la ideología de la burguesía.

No había nada en esta argumentación que tuviera sentido. Las elecciones a la Asamblea no habían sido antes del 26 de octubre, sino durante la segunda mitad de noviembre; esto es, solo diecisiete días antes. Mientras tanto, no había ocurrido nada que invalidara el veredicto del propio Lenin, emitido el 1 de diciembre, de que estas eran el «perfecto» reflejo de la voluntad popular. Los paladines fundamentales de la Asamblea no eran los kadetes y ciertamente no lo eran los seguidores del general cosaco Alexéi Kaledín, que buscaba derrocar al régimen bolchevique por la fuerza, sino los socialistas revolucionarios. Al acudir en gran número a los colegios electorales, la «totalidad del pueblo», en cuyo nombre decía hablar Lenin, había demostrado que no consideraba la Asamblea como antisoviética, sino que depositaban en ella grandes esperanzas y expectativas. Y en cuanto al alegato de que la Asamblea se oponía al gobierno de los sóviets, solo la gente de memoria muy frágil podía haber olvidado que tan solo siete semanas atrás, cuando aspiraban al poder, los mismos bolcheviques habían insistido en que únicamente el gobierno bolchevique garantizaba la convocatoria de la Asamblea. Pero aquí, como siempre, los argumentos de Lenin no pretendían persuadir a nadie: la frase clave se hallaba hacia el final del artículo y decía que seguir apoyando a la Asamblea equivalía a una traición.

Luego proseguía señalando que la Asamblea solo podría reunirse si los delegados estaban sujetos a «destitución» —esto es, si esta consentía en que el gobierno modificara arbitrariamente su composición— y si reconocía además, sin calificativos de ninguna índole, la «autoridad soviética» —esto es, la dictadura bolchevique:

> Sin estas condiciones, la crisis relacionada con la Asamblea Constituyente solo puede resolverse de un modo revolucionario, mediante las medidas más

> enérgicas, rápidas, firmes y decisivas por parte de la autoridad soviética. […] Cualquier intento de atarle las manos a la autoridad soviética en esta lucha significaría la complicidad con la contrarrevolución.

En estos términos, los bolcheviques estuvieron de acuerdo en que la Asamblea se reuniera el 5/18 de enero de 1918, siempre que al menos 400 delegados se presentaran. Al mismo tiempo, dieron instrucciones para la convocatoria, tres días después, del Tercer Congreso de los Sóviets.

En esta ocasión, los bolcheviques lanzaron una estruendosa campaña propagandística, cuyo tema fue fijado por Zinóviev en un discurso ante el CEC el 22 de diciembre: «Sabemos muy bien que con el pretexto de la convocatoria a la Asamblea Constituyente, con la famosa consigna de "Todo el poder para la Asamblea Constituyente", subyace de manera encubierta el atesorado eslogan de "Abajo los sóviets"».[105] Los bolcheviques oficializaron esta propuesta al hacer que el CEC la adoptara el 3 de enero de 1918.[106]

Los protagonistas de la Asamblea replegaron sus fuerzas; habían sido puestos sobre aviso. Solo que en su esfuerzo por contrarrestar la amenaza bolchevique contaban con una seria, si no fatal, desventaja. A sus ojos, los bolcheviques habían subvertido la democracia y perdido el derecho a gobernar, pero su destitución debía lograrse por las presiones de la opinión pública, nunca por la fuerza, porque el único beneficiario de un conflicto de aniquilación mutua entre los partidos socialistas sería la «contrarrevolución». En diciembre se supo en Petrogrado que los generales estaban concentrando tropas en el Don; su objetivo no podía ser otro que el de subvertir la revolución y arrestar, y quizá linchar, a todos los socialistas. Esto era para ellos una alternativa peor que los bolcheviques, que eran auténticos revolucionarios, si bien estaban equivocados; reconocidamente impetuosos, demasiado ávidos de poder, demasiado brutales, pero así y

todo «camaradas», embarcados en un mismo objetivo compartido. Nadie podía negar, por otra parte, su influencia sobre las masas. La izquierda democrática estaba convencida entonces, y siguió estándolo en los siguientes años, de que los bolcheviques comprenderían tarde o temprano que no podían gobernar Rusia ellos solos. Una vez que esto ocurriera y se invitara a los socialistas a compartir el poder, Rusia habría de retomar su avance hacia la democracia. Esta maduración política llevaría tiempo, pero estaba destinada a ocurrir. Por esta razón, la resistencia a los bolcheviques debía quedar limitada a la propaganda y agitación pacífica. Solo unos pocos intelectuales de izquierdas, principalmente de las generaciones mayores, se planteaban la posibilidad de que los auténticos contrarrevolucionarios fuesen los propios bolcheviques. Los líderes de los socialistas revolucionarios y mencheviques nunca dejaron de percibir a los bolcheviques como camaradas de armas desviados del propósito, y esperaban confiadamente el momento en el que recuperaran la cordura. Entretanto, siempre que los bolcheviques quedaran sometidos al asedio de fuerzas externas, se podía confiar en que correrían a ponerse de su lado.

La Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente inició entonces su propia campaña de propaganda, imprimiendo y distribuyendo cientos de miles de diarios y panfletos[107] para explicar la razón por la cual la Asamblea Constituyente no representaba una instancia antisoviética y por qué solo dicho organismo tenía derecho a proporcionar al país una Constitución. Organizó manifestaciones en la capital y las ciudades provinciales exigiendo «Todo el poder para la Asamblea Constituyente». Envió agitadores a los barracones y fábricas para conseguir las firmas de los soldados y trabajadores, incluidas las de quienes habían votado a los bolcheviques, con llamamientos a apoyar la Asamblea. Los

socialistas revolucionarios y mencheviques, que organizaban estas actividades junto a los sindicatos y funcionarios públicos en huelga, esperaban obviamente que el manifiesto apoyo masivo frenara el uso de la fuerza por los bolcheviques contra la Asamblea.

Algunos socialistas pensaban que esto no era suficiente: provenían de la clandestinidad socialista revolucionaria y sentían que únicamente los métodos empleados contra el zarismo —el terror y la violencia callejera— restaurarían la democracia. Su líder era Fiódor Mijáilovich Onipko, un delegado socialista revolucionario de Stávropol y miembro de la Comisión Militar de la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente. Ayudado por experimentados conspiradores, Onipko se introdujo en el Smolni, infiltrando allí a cuatro de sus operadores disfrazados de funcionarios y chóferes. Al seguir los movimientos de Lenin y descubrir que salía frecuentemente del Smolni para visitar a su hermana, apostaron en casa de la hermana a un agente que simulaba ser conserje. Onipko quería asesinar a Lenin y después a Trotski. La acción quedó fijada para el día de Navidad, pero el Comité Central Socialista Revolucionario, al que solicitó su aprobación, rechazó de manera terminante tales acciones; si un grupo de socialistas revolucionarios asesinaba a Lenin y Trotski, se le dijo a Onipko, todos ellos serían linchados por los trabajadores y eso solo beneficiaría a los enemigos de la revolución. Se le ordenó, pues, disolver de inmediato su grupo terrorista.[108] Onipko obedeció, pero algunos de los conspiradores (entre ellos Nekrásov, el más cercano aliado de Kérenski), no relacionados con el Partido Socialista Revolucionario, llevaron a cabo un torpe atentado contra la vida de Lenin el 1 de enero, en el que solo infligieron una herida leve al radical suizo Fritz Platten, que viajaba junto al líder bolchevique.[109] Tras este incidente, siempre que se

aventuraba fuera del Smolni, Lenin llevaba consigo un revólver.[img 78]

Onipko trató entonces de organizar la resistencia armada contra el previsto asalto bolchevique a la Asamblea Constituyente. Su plan, elaborado con la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente, llamaba a una manifestación masiva y armada frente al Táuride el 5 de enero, con miras a intimidar a las tropas favorables a los bolcheviques y garantizar que la Asamblea no fuese dispersada, iniciativa en la que se las ingenió para lograr un apoyo impresionante. En los regimientos de guardias de Preobrazhenski, Semiónovski e Izmáilovski, unos 10.000 hombres se ofrecieron voluntarios para marchar, armas en mano, y defender la Asamblea a tiros si era necesario. Posiblemente, una cifra cercana a los 2.000 trabajadores, principalmente de la planta de Obújov y la Imprenta Estatal, estuvieron de acuerdo en unirse a la marcha.

Antes de poner en marcha sus planes, la comisión militar volvió a presentarlos ante el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario para su autorización. Y el Comité Central lo rechazó de nuevo, justificando su negativa con vagas explicaciones, todas ellas inspiradas en última instancia en el miedo. Nadie había defendido al Gobierno Provisional, se argumentó. El bolchevismo era una enfermedad de las masas que requería de tiempo para ser superada, no era el momento de «aventuras» peligrosas.[110]

El Comité Central ratificó su intención de realizar una manifestación pacífica el 5 de enero; las tropas serían bienvenidas, pero debían ir sin armamento. El comité contaba con que los bolcheviques no osarían abrir fuego contra los manifestantes por temor a provocar otro Domingo Sangriento. Sin embargo, cuando Onipko y sus asesores

volvieron a los barracones con la noticia y pidieron a los soldados que fuesen sin sus armas, estos los recibieron con burlas:

> «¿Os estáis riendo de nosotros, camaradas? —les respondieron, incrédulos—. Nos pedís que vayamos a una manifestación, pero nos decís que vayamos sin armas. ¿Y los bolcheviques? ¿Son acaso niños pequeños? Ellos van a disparar, con seguridad, contra la gente desarmada. Y nosotros, ¿qué? ¿Se supone que debemos limitarnos a quedarnos boquiabiertos y dejarles nuestras cabezas como blanco? ¿O acaso vais a ordenarnos que salgamos corriendo como conejos?»[111]

Los soldados se negaron a enfrentarse a los fusiles y ametralladoras bolcheviques con las manos vacías y decidieron permanecer en sus barracones el 5 de enero.

Los bolcheviques, que supieron de oídas de estas actividades, no corrieron riesgos y se prepararon para el día decisivo como para una batalla. Lenin asumió personalmente el mando de todo.

La primera tarea fue ganarse, o al menos neutralizar, a la guarnición militar. Los agitadores bolcheviques enviados a los barracones no se atrevieron, a causa de su popularidad manifiesta, a arremeter directamente contra la Asamblea Constituyente y, en lugar de ello, sostenían que los «contrarrevolucionarios» estaban empeñados en valerse de la Asamblea para liquidar a los sóviets. Con este argumento, convencieron al Regimiento de Infantería Finlandesa de que aprobara una resolución contra la consigna de «Todo el poder para la Asamblea Constituyente» y acordara su apoyo a la Asamblea solo si esta cooperaba íntimamente con los sóviets. El regimiento de Volinski y el letón aprobaron resoluciones similares.[112] Fue el máximo éxito que alcanzaron los bolcheviques. Según parece, ninguna unidad militar, de las dimensiones que fuera, condenó la Asamblea Constituyente por «contrarrevolucionaria». En consecuencia, los bolcheviques hubieron de apoyarse para sus maniobras en

unidades organizadas a toda prisa entre los Guardias Rojos y marineros. Pero Lenin no confiaba en los rusos y dio instrucciones para que trajeran a los letones: «Los *mujiks* pueden flaquear si algo sale mal», dijo.[113] Ello definió un involucramiento aún mayor del regimiento letón con la revolución, del lado de los bolcheviques.

El 4 de enero, Lenin nombró a Nikolái I. Podvoiski —antiguo jefe de las Organizaciones Militares Bolcheviques, que había llevado a cabo el golpe de octubre en Petrogrado— para que conformara un Directorio Militar Extraordinario.[114] Podvoiski declaró una vez más la ley marcial en Petrogrado y prohibió las reuniones en la vía pública. Se hicieron proclamas al respecto en toda la ciudad. El 5 de enero, Uritski anunció en *Pravda* que las reuniones en las proximidades del Palacio de Táuride serían dispersadas por la fuerza si era preciso.

Los bolcheviques enviaron a su vez agitadores a las industrias, donde se toparon con la hostilidad e incomprensión de los trabajadores. En las fábricas más grandes —Putílov, Obújov, Báltica, el astillero Nevski y Lessner— sus trabajadores habían firmado peticiones de la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente y no entendían por qué los bolcheviques, con los que muchos de ellos simpatizaban, se habían vuelto ahora contra la Asamblea.[116*]

A medida que se aproximaba el día decisivo, la prensa bolchevique vertió advertencias y amenazas sin cesar. El 3 de enero informó a la población de que el 5 de enero los trabajadores debían permanecer en sus fábricas y los soldados en sus barracones. El mismo día, Uritski anunció que Petrogrado se enfrentaba a la amenaza de un golpe contrarrevolucionario organizado por Kérenski y Sávinkov,

quienes habían vuelto clandestinamente a la ciudad con ese fin.[117*][115] *Pravda* apareció con un encabezado que decía: «Hoy las hienas del capital y sus mercenarios quieren arrebatar el poder de manos soviéticas».

El 5 de enero, Petrogrado, en especial el área circundante al Palacio de Táuride, parecía un campamento militar. El socialista revolucionario Mark Vishniak, que se dirigió al Táuride con una comisión de delegados, describe así el panorama que vieron sus ojos:

> Comenzamos a avanzar al mediodía, una extensa columna de unas doscientas personas, marchando por el medio de la calzada. Unos cuantos periodistas, amigos y las esposas que habían obtenido el permiso para acceder al Palacio de Táuride acompañaban a los delegados. La distancia hasta el palacio no era de más de un kilómetro; cuanto más se aproximaba uno al lugar, menos transeúntes y más soldados se veían, hombres del Ejército Rojo y marineros, armados hasta los dientes: con sus fusiles al hombro, con bombas, granadas y balas por todas partes, dondequiera que pudieran adosarse o insertarse. Raras veces, al toparse con el desfile, los paseantes solitarios de las aceras lo acogían con voces de ánimo; más a menudo, lo seguían afablemente con la mirada y luego proseguían su camino. Los hombres armados se acercaban, preguntaban quiénes eran y adónde se dirigían y enseguida volvían a sus puestos y vivaques. Toda la manzana frente al Palacio de Táuride estaba desbordante de artillería, piezas de ametralladora, hornillos de campo. Las tiras de munición para las ametralladoras estaban apiladas de cualquier manera. Todos los accesos al palacio estaban cerrados, excepto una puerta pequeña en el flanco izquierdo, a través de la cual se permitía el ingreso a quienes tenían permiso. Los guardias armados estudiaban atentamente el rostro de cada uno antes de permitirle la entrada; luego lo inspeccionaban por detrás y le palpaban las nalgas. […] Después de cruzar por la puertecita a la izquierda, había nuevos controles. […] Los guardias guiaban a los delegados a través del vestíbulo y el Salón de Catalina hasta el Salón de Asambleas. Por todos lados había hombres armados, la mayoría de ellos marineros y letones. Armados, como los de la calle, con fusiles, granadas, bolsas de munición y revólveres. La cantidad de hombres armados y sus armas, y el ruido metálico que hacían, daban la impresión de un campamento preparándose para la defensa o el ataque.[116]

La delegación bolchevique, liderada por Lenin, llegó al Táuride a la una del mediodía. Lenin quería estar disponible para tomar decisiones rápidas a medida que la situación se

fuera desarrollando. Sentado en lo que, durante el período de la Duma, había sido el «palco de gobierno», dirigió los movimientos bolcheviques durante las siguientes nueve horas. Bonch-Bruevich lo recordaba «excitado y pálido como un cadáver. […] Con esa palidez extrema de su rostro y el cuello, su cabeza daba la impresión de ser más grande de lo normal, con los ojos desorbitados y flameantes, la mirada ardiente como un fuego inagotable».[117] Era, ciertamente, un momento crucial, en el que el destino de la dictadura bolchevique pendía de un hilo.

La Asamblea debía inaugurarse al mediodía, pero Lenin se negó, por mediación de Uritski, a permitir que iniciara la sesión hasta no saber qué ocurría en el exterior y en las calles de Petrogrado, donde una manifestación masiva se había estado congregando toda la mañana, desafiando las ordenanzas bolcheviques. Aunque sus organizadores hacían hincapié en que aspiraban a una manifestación «pacífica» y a evitar confrontaciones,[118] Lenin no tenía la certeza de que sus fuerzas no se replegaran a la primera señal de resistencia de las masas. Debía tener un plan alternativo en mente por si se daba el caso de que los manifestantes superaran a sus fuerzas; el socialista revolucionario Sokólov cree que, si esto llegaba a ocurrir, Lenin tenía planeado llegar a un acuerdo con la Asamblea.[119]

La Unión instruyó a los manifestantes para que se reunieran alrededor de las diez de la mañana en nueve puntos de varios sectores de la ciudad y desde allí avanzaran para sumarse a la concentración principal en el Campo de Marte. Al mediodía debían avanzar como un solo bloque, con pancartas que proclamaban «Todo el poder para la Asamblea Constituyente», por la avenida Panteleimón hasta la explanada de Liteini, desde allí doblar inmediatamente a la

derecha por la avenida Kirochnaya, luego a la izquierda hacia la calle de Potemkin y de nuevo a la derecha por Shpalernaya, que pasaba frente al Palacio de Táuride. Tras cruzar ante el palacio, la procesión debía doblar a la derecha por la avenida Táuride y avanzar hasta la Nevski, y allí dispersarse.

La multitud reunida esa mañana en Petrogrado fue impresionante (algunos contabilizaron hasta 50.000 participantes), pero no tan grande ni tan entusiasta como esperaban los organizadores; las tropas permanecieron en sus barracones y acudieron menos trabajadores de los esperados, con el resultado de que el grueso de los participantes fueron estudiantes, funcionarios y otros intelectuales, todos ellos en cierta forma desanimados. Las amenazas y el despliegue de fuerza de los bolcheviques les habían hecho mella.[120]

Podvoiski conocía la ruta que habría de seguir la marcha, puesto que los organizadores la habían anunciado ampliamente, y desplegó a sus hombres para impedirle el paso. El destacamento en vanguardia de sus tropas, con los fusiles cargados y las ametralladoras dispuestas, se desplegó por las calles y tejados cercanos al cruce de la avenida Panteleimón con la explanada de Liteini. A medida que el avance de la manifestación se aproximaba al cruce, los gritos se intensificaron —«¡Viva la Asamblea Constituyente!»— y las tropas abrieron fuego. Algunos manifestantes se desplomaron, otros corrieron a ponerse a cubierto, pero muy pronto lograron reunirse nuevamente y proseguir la marcha. Dado que había más tropas prohibiendo el paso hacia la avenida Kirochnaya, los manifestantes se dirigieron hacia Liteini, bajo una descarga de disparos hasta llegar al lugar por donde se accedía a Shpalernaya, donde se desató el caos. Los soldados bolcheviques perseguían a los manifestantes y les arrebataban las pancartas, desgarrándolas o arrojándolas al

fuego. Una marcha distinta en otro rincón de la ciudad, compuesta mayoritariamente de trabajadores, fue recibida a su vez con tiros de fusil. Igual destino corrieron varias manifestaciones más reducidas.[121]

Las tropas rusas no habían disparado contra manifestantes desarmados desde aquel día fatídico de febrero de 1917 en el que dispersaron a la multitud que protestaba contra la prohibición de reunirse en público; en aquel entonces, la violencia había desencadenado revueltas y disturbios que marcaron el inicio de la revolución. Y antes de eso había habido el Domingo Sangriento y 1905. Con este historial, los organizadores de la manifestación podían suponer razonablemente que la masacre habría de provocar, a la vez, las protestas en todo el país. Las víctimas —según algunos recuentos, ocho en total; según otros, veintiuna personas—[122] tuvieron un entierro solemne el 9 de enero, aniversario del Domingo Sangriento, y fueron inhumadas en el cementerio Preobrazhenski, cerca de las víctimas de aquella época. Delegaciones de trabajadores portaban coronas de flores, una de las cuales llevaba la inscripción: «A las víctimas de la arbitrariedad de los autócratas del Smolni».[123] Gorki escribió un editorial furibundo en el que comparaba la violencia habida esta vez con el Domingo Sangriento.[118*]

Tan pronto como le llegaron noticias de que los manifestantes habían sido dispersados y que las calles estaban bajo control bolchevique —esto ocurrió alrededor de las cuatro de la tarde—, Lenin ordenó que se iniciara la sesión. Había allí presentes 463 delegados, un poco más de la mitad del total elegido, entre ellos 259 socialistas revolucionarios, 136 bolcheviques y 40 socialistas revolucionarios de izquierdas.[119*] Desde que sonó la campana de apertura, los delegados bolcheviques y guardias armados se burlaron de los

portavoces no bolcheviques y los abuchearon. A muchos de los hombres armados que atestaban los pasillos y el balcón no fue necesario obligarlos a que se comportaran de manera estridente, pues ya se habían servido generosamente del vodka ofrecido en el aparador. Las actas de la Asamblea se abren con la siguiente escena:

> Un miembro de la Asamblea Constituyente, perteneciente a la facción socialista revolucionaria, exclama desde su escaño: «Camaradas, son ahora las cuatro, sugerimos que el miembro de más edad abra la sesión de la Asamblea Constituyente». (Ruido fuerte a la izquierda, aplausos en el centro y la derecha, silbidos desde la izquierda […] Inaudible […] Prosiguen el ruido fuerte y los silbidos a la izquierda y aplausos desde la derecha.) El miembro de más edad de la Asamblea Constituyente, Mijáilov, sube [al podio].
>
> Mijáilov hace sonar la campanilla. (Ruido a la izquierda. Voz: «¡Abajo el usurpador!». Ruido y silbidos constantes a la izquierda, aplausos a la derecha.)
>
> Mijáilov: «Declaro un receso».[124]

Los bolcheviques se valían de una estrategia muy sencilla. Se enfrentarían a la Asamblea con una resolución que tuviera el efecto de deslegitimarla; en el caso bastante probable de que esta fracasara, abandonarían el lugar y, sin haberla disuelto formalmente, harían imposible la labor futura de la Asamblea. Ateniéndose a este plan, Fiódor F. Raskólnikov, el alférez bolchevique de Kronstadt, presentó una moción. Aunque llevaba el título de «Declaración de Derechos de las Masas Trabajadoras y Explotadas», hablaba más, a diferencia de su paradigma de 1789, de deberes que de derechos: fue aquí cuando los bolcheviques introdujeron la obligación del trabajo universal. Se proclamaba Rusia una «república de sóviets» y el texto ratificaba una serie de medidas que los bolcheviques habían aprobado antes, entre ellas el Decreto de Tierras, el control obrero sobre la producción y la nacionalización de la banca. El artículo más conflictivo pedía a la Asamblea que renunciara a su prerrogativa de legislar; la

prerrogativa en virtud de la cual había sido elegida, precisamente. «La Asamblea Constituyente concede —se leía en el texto presentado— que sus tareas están circunscritas a elaborar en términos generales las bases primordiales para reorganizar la sociedad en conformidad con las directrices del socialismo». La Asamblea debía ratificar todos los decretos previamente promulgados por el Sovnarkom y luego levantar la sesión.[125]

La moción de Raskólnikov perdió por 237 votos a 136, de lo que se deduce que solo los delegados bolcheviques votaron a favor; al parecer, los socialistas revolucionarios de izquierdas se abstuvieron. En este punto, la delegación bolchevique declaró que la Asamblea estaba controlada por «contrarrevolucionarios» y abandonó la sala. Los socialistas revolucionarios de izquierdas se mantuvieron en sus escaños.

Lenin permaneció en su palco hasta las diez de la noche, hora en la que él también se marchó sin haberse dirigido a la Asamblea, para no otorgarle la menor apariencia de legitimidad. El Comité Central bolchevique se reunió en otro lugar del palacio y adoptó una resolución que disolvía la Asamblea. Por deferencia a los socialistas revolucionarios de izquierdas, Lenin instruyó a la guardia del Táuride para que no recurriera a la violencia; a cualquier delegado que deseara abandonar el edificio debía permitírsele hacerlo, pero a nadie se le permitiría volver a entrar.[126] A las dos de la madrugada, satisfecho al comprobar que la situación estaba bajo control, el líder regresó al Smolni.

Una vez que la facción bolchevique se hubo marchado, el Táuride se hizo eco de interminables discursos, interrumpidos con frecuencia por los guardias —muchos de ellos borrachos— que habían bajado desde la galería y ocupado los escaños que los bolcheviques habían dejado

vacíos. Algunos soldados se divertían apuntando sus fusiles a los portavoces. A las dos y media de la madrugada, los socialistas revolucionarios de izquierdas abandonaron el recinto, momento en el que el comisario Pável E. Dibenko, que estaba a cargo de la seguridad, ordenó al comandante de la guardia, un marinero anarquista de nombre Anatoli G. Zhelézniakov, que pusiera término a la sesión. Poco después de las cuatro de la madrugada, cuando el presidente, Víctor Chernov, proclamaba la abolición de la propiedad de la tierra, Zhelézniakov subió a la tribuna y le tocó el hombro desde atrás a Chernov.[120*] A ello siguió la siguiente escena, tal y como quedó registrada en las actas:

> Ciudadano marinero: «Se me han dado instrucciones de que le informe a todos los presentes de que deben abandonar el Salón de Asambleas porque la guardia está cansada».
>
> Presidente: «¿Qué instrucciones? ¿De quién?».
>
> Ciudadano marinero: «Soy el comandante de la guardia del Táuride. Tengo instrucciones del comisario».
>
> Presidente: «Los miembros de la Asamblea Constituyente también están cansados, pero ninguna fatiga puede interrumpir que aprobemos una ley esperada por toda Rusia».
>
> *(Ruido fuerte. Voces: «¡Basta, basta!»).*
>
> Presidente: «La Asamblea Constituyente solo puede ser disuelta si se ve amenazada por el uso de la fuerza».
>
> *(Ruidos).*
>
> Presidente: «Declárelo usted».
>
> *(Voces: «¡Abajo Chernov!»).*
>
> Ciudadano marinero: «Requiero que el Salón de Asambleas sea vaciado de inmediato».[121*]

Mientras este intercambio tenía lugar, más tropas bolcheviques se reunían en el Salón de Asambleas, con un aspecto cada vez más amenazador. Chernov se las ingenió para continuar con la reunión durante veinte minutos más y enseguida levantó la sesión hasta las cinco de ese mismo día (6 de enero), pero la Asamblea no sería convocada de nuevo; por la mañana, Sverdlov hizo que el CEC ratificara la

resolución bolchevique de disolverla.[127] *Pravda* apareció ese día con un titular destacado:

> Los mercenarios a sueldo de los banqueros, capitalistas y terratenientes, los aliados de Kaledín, Dútov, los esclavos del dólar americano, los que apuñalan al resto por la espalda —la derecha de los socialistas revolucionarios— exigen en la asamblea constituyente todo el poder para ellos y sus amos, los enemigos del pueblo.
>
> Atienden solo de palabra a las demandas populares de tierra, paz y control [obrero], pero en realidad aspiran a poner la soga al cuello de la autoridad socialista y la revolución.
>
> Pero los trabajadores, campesinos y soldados no caerán en la trampa de mentiras de los más perversos enemigos del socialismo. En nombre de la revolución socialista y la república socialista soviética, ellos acabarán con sus asesinos declarados y también con los encubiertos.[128]

Los bolcheviques ya habían asociado previamente a las fuerzas democráticas de Rusia con los «capitalistas», «terratenientes» y «contrarrevolucionarios», pero en este encabezado por primera vez se las relacionaba con el capital foráneo.[img 79]

Dos días después (el 8 de enero) inauguraron ellos mismos su contraasamblea con el emblema de Tercer Congreso de los Sóviets. Allí nadie podía ponerles obstáculos, pues habían reservado para ellos y los socialistas revolucionarios de izquierdas el 94 por ciento de los escaños,[129] triplicando la cifra a la que tenían derecho, a juzgar por los resultados de las elecciones a la Asamblea Constituyente. El pequeño saldo restante se lo otorgaron a los socialistas de la oposición; justo lo necesario para tener allí un blanco al que ridiculizar y escarnecer. El congreso aprobó puntualmente todas las medidas sometidas a él por el portavoz gubernamental, incluyendo la Declaración de Derechos. Rusia se convirtió en una Federación de Repúblicas Soviéticas, conocida luego como República Socialista Soviética Rusa, denominación conservada hasta 1924, cuando fue rebautizada como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas. El congreso reconoció al

Sovnarkom como el gobierno legítimo del país, suprimiendo de su denominación el adjetivo «provisional». También aprobó el principio de obligación al trabajo universal.

La disolución de la Asamblea fue recibida con sorprendente indiferencia; no hubo nada parecido al furor que en 1879 habían provocado los rumores de que Luis XVI pretendía disolver la Asamblea Nacional, precipitando la toma de la Bastilla. Tras un año de anarquía, Rusia estaba exhausta; todos anhelaban la paz y el orden, sin importar cómo se consiguieran. Los bolcheviques habían apostado por ese estado de ánimo y habían ganado. Después del 5 de enero, nadie podía ya creer seriamente que pudiera persuadirse a los hombres de Lenin de que abandonaran el poder. Y, dado que no existía una oposición armada efectiva en las regiones del centro de Rusia, y la *intelligentsia* socialista se negaba a valerse de la que sí había, el sentido común decía que la dictadura bolchevique había llegado para quedarse.

Una consecuencia inmediata fue el fin de la huelga del personal administrativo en los ministerios y el sector público, que volvió masivamente al trabajo después del 5 de enero, algunos movidos por necesidades personales, otros en la creencia de que estarían mejor posicionados para influir en los acontecimientos desde dentro. La moral de la oposición había sufrido un golpe fatal; era como si la brutalidad e indolencia de la nación estuviesen a punto de legitimar la dictadura bolchevique. El país entero sentía que, tras un año de caos, gozaba al fin de un gobierno «real». Esto era ciertamente válido para los campesinos y las masas trabajadoras, pero, de manera paradójica, también para los sectores pudientes y conservadores, esas «hienas del capital» y los «enemigos del pueblo» a los que aludía *Pravda*, que despreciaban a la *intelligentsia* socialista y las turbas callejeras

tanto o más que a los bolcheviques.[122*] En cierto sentido, se puede decir que los bolcheviques se convirtieron en el gobierno de Rusia no tanto en octubre de 1917 como en enero de 1918. En palabras de un contemporáneo, el «bolchevismo auténtico, genuino, el bolchevismo de las grandes masas, cristalizó solo después del 5 de enero».[130]

Desde luego, la disolución de la Asamblea Constituyente fue, en muchos sentidos, más relevante para el futuro de Rusia que el golpe de octubre, que se había desarrollado tras la cortina de humo del eslogan que proclamaba «Todo el poder para los sóviets». Si bien el objetivo de octubre pasó inadvertido para prácticamente todo el mundo, incluidos los bolcheviques de base, después del 5 de enero ya no podía haber dudas acerca de las intenciones bolcheviques, cuando estos dejaron inequívocamente claro que no tenían intención alguna de prestar oídos a la opinión del pueblo. No tenían que escuchar la voz del pueblo, porque, en el sentido literal del término, ellos eran el «pueblo».[123*] En palabras de Lenin, «la disolución de la Asamblea Constituyente por la autoridad soviética [fue] la liquidación abierta y total de la democracia formal en nombre de la dictadura revolucionaria».[131]

La reacción que el grueso de la población y la *intelligentsia* local tuvieron frente a este hecho histórico no auguraba nada bueno para el futuro del país. Rusia —los acontecimientos lo confirmaban una y otra vez— carecía de la cohesión nacional capaz de inspirar a la población para que pospusiera sus intereses inmediatos y personales en nombre del bien común. Las «masas populares» daban pruebas de entender únicamente la cuestión de los intereses particulares y regionales, los goces embriagadores del *duvan*, que eran satisfechos de momento por los sóviets y comités de fábrica. En conformidad con el proverbio ruso «El que tiene el palo

aplica el castigo», se otorgaba el poder a quien lo reclamara con la mayor osadía y fuese el más implacable al hacerlo.

Todo apunta a que los trabajadores industriales de Petrogrado, aun cuando votaran por la lista bolchevique, habían esperado que la Asamblea se reuniera y diera forma al nuevo sistema político y social del país. Esto queda ratificado por sus firmas en las varias peticiones de la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente, las quejas de *Prava* relativas al apoyo que los trabajadores le ofrecían,[132] y las arengas frenéticas, mezcladas con amenazas, que los bolcheviques lanzaban a los trabajadores la víspera de la convocatoria a la Asamblea. Y, pese a todo, al verse confrontados con la determinación inquebrantable del régimen de liquidarla, determinación respaldada en fusiles que no dudaban en disparar, los trabajadores se doblegaron. ¿Fue porque fueron traicionados por la *intelligentsia*, la cual los urgió a no resistirse? Si ese fuera el caso, entonces el papel desempeñado por los intelectuales en la revolución contra el zarismo resulta aún más relevante; al parecer, sin su acicate, los trabajadores rusos no se alzarían ahora contra el gobierno.

En cuanto a los campesinos, no podían mostrar menos interés en lo que estuviera ocurriendo en la gran ciudad. Los agitadores socialistas revolucionarios les decían que votaran, así que votaron. Si algún otro grupo de «manitas delicadas» asumía el control, ¿qué iba a cambiar para ellos? Sus preocupaciones no iban más allá de los límites de sus respectivos *volost*.

Eso solo dejaba en pie a la *intelligentsia* socialista, la cual, habiendo obtenido una sólida victoria electoral, podía actuar confiada en que el país la respaldaba. Con todo, dicho sector estaba condenado, bajo cualquier circunstancia, a no recurrir a la fuerza contra los bolcheviques. Trotski se burlaría de los

intelectuales socialistas diciendo que habían venido al Palacio de Táuride con velas, por si los bolcheviques cortaban el suministro eléctrico, y con bocadillos, por si se veían privados de alimento.[133] Lo que no llevaban, en ningún caso, eran armas. La víspera de ser convocada la Asamblea, el socialista revolucionario Pitirim Sorokin (más tarde, profesor de sociología en Harvard), al discutir la posibilidad de que esta fuese disuelta por la fuerza, predijo que «si la sesión inaugural se enfrenta al fuego de ametralladoras, haremos un llamamiento al país informándole de estos hechos y nos pondremos bajo la protección del pueblo»;[134] solo que sus representantes carecían incluso del coraje para un gesto de esta índole. Cuando, tras la disolución de la Asamblea, los soldados se aproximaron a los delegados socialistas con la oferta de reinstaurarla por la fuerza de las armas, estos, horrorizados, les suplicaron que no hicieran nada parecido. Tsereteli declaró que sería mejor para la Asamblea Constituyente morir en silencio que provocar una guerra civil.[135] Nadie iba a arriesgarse para seguir a esa clase de gente, que hablaba incesantemente de revolución y democracia, pero no defendería sus ideales más que con palabras y gestos. Este comportamiento contradictorio, esta inercia disfrazada de sumisión ante las fuerzas de la historia, esta falta de voluntad para pelear e imponerse, no son fáciles de explicar. Quizá haya que buscar su presunta racionalidad en el terreno de la psicología; concretamente, en la actitud tradicional de la vieja *intelligentsia* rusa, tan bien perfilada por Chéjov, con su temor al éxito y su creencia en que la ineficiencia era «la virtud cardinal y la derrota el único halo posible».[136]

La capitulación de la *intelligentsia* socialista el 5 de enero fue el principio del fin para ella. «La incapacidad de defender la Asamblea Constituyente marcó la crisis más profunda de la

democracia rusa —observó un individuo que había intentado organizar la resistencia armada y había fracasado en el intento —. Fue el punto de inflexión. Después del 5 de enero, no hubo lugar en la historia, en la historia rusa, para la utópica *intelligentsia* rusa. Quedó relegada al pasado».[137]

A diferencia de sus adversarios, los bolcheviques aprendieron mucho de estos sucesos. Entendieron que, en las áreas bajo su control, no debían temer a ninguna resistencia armada: sus rivales, aunque apoyados por las tres cuartas partes de la población, estaban divididos, carecían de liderazgo y, sobre todo, de voluntad de luchar. La experiencia habituó a los bolcheviques a recurrir a la violencia como norma, siempre que se topaban con alguna resistencia, a «resolver» sus problemas aniquilando físicamente a quienes los ocasionaban. La ametralladora se convirtió para ellos en el principal instrumento de persuasión política. La brutalidad sin restricciones con que gobernaron Rusia a partir de entonces surgió en buena medida del conocimiento, obtenido el 5 de enero, de que podían valerse de ella con impunidad.

Y, de hecho, tuvieron que recurrir cada vez con más frecuencia a dicha brutalidad, porque a solo unos meses de haber asumido el poder, su base de apoyo comenzó a erosionarse; de haberse sustentado de veras en el apoyo popular, hubieran seguido quizá el camino del Gobierno Provisional. El desencanto creció rápidamente entre los trabajadores industriales, que en otoño habían sido, junto con las tropas de las distintas guarniciones militares, sus defensores más resueltos. Este cambio de ánimo tuvo diversas causas, pero la principal fue el deterioro de la situación de aprovisionamiento alimentario. Tras prohibir el comercio privado de cereales y pan, el gobierno pagaba al campesino unos precios tan irrisorios que este o bien acumulaba el grano

o lo vendía en el mercado negro. Así, el gobierno apenas obtuvo el mínimo de suministros alimentarios para abastecer a la población urbana; en el invierno de 1917-1918, la ración de pan en Petrogrado fluctuaba entre los 120 y 180 gramos al día. En el mercado negro, medio kilo de pan oscilaba entre los tres y cinco rublos, lo cual lo situaba fuera del alcance de la gente común. Había, además, desempleo industrial masivo, ocasionado fundamentalmente por la escasez de combustible; en mayo de 1918, solo el 12 y el 13 por ciento de la fuerza laboral de Petrogrado conservaba aún su puesto de trabajo.[138]

Para escapar del hambre y el frío, miles de residentes urbanos huyeron al campo, donde tenían parientes y la situación de la alimentación y el combustible era mejor. Debido a este éxodo, en torno a abril de 1918, la fuerza laboral disminuyó en Petrogrado a un 57 por ciento de lo que había sido hasta la víspera de la Revolución de Febrero.[139] Entre quienes permanecieron en la ciudad, hambrientos, con frío, a menudo desempleados, reinaba el descontento, disconformes con las políticas económicas bolcheviques que habían provocado tales circunstancias, así como también descontentos con la disolución de la Asamblea Constituyente, con el tratado de paz humillante con las Potencias Centrales (firmado en marzo de 1918), con la arbitrariedad de los comisarios bolcheviques y la corrupción escandalosa de todos los funcionarios de gobierno con excepción de los rangos más altos.

Este desarrollo de los acontecimientos tenía peligrosas implicaciones para los bolcheviques, considerando todavía más que las fuerzas armadas, en las que se habían apoyado previamente, prácticamente habían desaparecido cuando llegó la primavera. Los soldados que no regresaron a sus casas conformaban bandas de saqueadores que aterrorizaban a la

población y a veces asaltaban a los propios funcionarios soviéticos.

La creciente oleada de desencanto y la sensación de que no obtendrían compensaciones por parte de las instituciones existentes, controladas con mano férrea por los bolcheviques, impulsaron a los trabajadores de Petrogrado a crear nuevas instituciones, independientes de los bolcheviques y de las entidades (sóviets, sindicatos y comités de fábrica) que ellos controlaban. El 5/18 de enero de 1918 —el día que se inauguró la Asamblea Constituyente—, los representantes o «plenipotenciarios» de las fábricas de Petrogrado se reunieron para debatir la situación. Algunos portavoces aludían a una «ruptura» en las actitudes de los trabajadores.[140] En febrero, los plenipotenciarios comenzaron a celebrar reuniones con regularidad. Algunas referencias incompletas indican que hubo una de dichas reuniones en marzo, cuatro en abril, tres en mayo y otras tres en junio. En la reunión que dichos delegados, representando a cincuenta y seis industrias, celebraron en marzo, de la cual existen registros,[141] se oyeron fuertes invectivas antibolcheviques. Hubo protestas indicando que el gobierno, que decía actuar en representación de los trabajadores y campesinos, ejercía una autoridad autocrática y se había negado a celebrar nuevas elecciones a los sóviets. Se exigió el rechazo del Tratado de Brest-Litovsk, la disolución del Sovnarkom y la inmediata convocatoria a la Asamblea Constituyente.

El 31 de marzo, los bolcheviques hicieron que la Checa allanara el cuartel general del Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios, donde confiscó la documentación. No hubo más interferencias de este tipo, probablemente ante el temor de provocar mayor desasosiego entre la masa trabajadora.

Conscientes de que los trabajadores urbanos se estaban volviendo contra ellos, los bolcheviques retrasaron la celebración de elecciones a los sóviets. Cuando algunos sóviets independientes las celebraron de todas formas, constituyendo mayorías no bolcheviques, procedieron a dispersarlos por la fuerza. La incapacidad de valerse de los sóviets exacerbó la frustración de los trabajadores. A principios de mayo, muchos concluyeron que había llegado el momento de resolver la cuestión por su cuenta.

El 8 de mayo se realizaron asambleas masivas de trabajadores en las industrias de Putílov y Obújov con miras a discutir las dos materias más urgentes: el tema de los alimentos y la situación política. En Putílov, más de 10.000 trabajadores escucharon denuncias que apuntaban al gobierno. A los portavoces bolcheviques se les dio una acogida hostil y sus resoluciones fueron rechazadas. La reunión exigió la «inmediata unificación de todas las fuerzas socialistas y democráticas», el levantamiento de las restricciones al libre comercio del pan, nuevas elecciones a la Asamblea Constituyente y reelecciones al Sóviet de Petrogrado mediante votación secreta.[142] Los obreros de Obújov aprobaron una resolución similar de forma prácticamente unánime.[143]

Al día siguiente hubo un altercado en Kolpino, un pueblo industrial al sur de Petrogrado, que avivó aún más el creciente descontento obrero. Kolpino había sido especialmente mal abastecida por los organismos del gobierno y, con solo 300 trabajadores empleados del total de 10.000 que componían la fuerza laboral de la ciudad, muy pocos tenían dinero para adquirir alimentos en el mercado negro. Una demora adicional en los abastecimientos de alimentos provocó que las mujeres llamaran a una protesta en toda la ciudad. El

comisario bolchevique perdió los estribos y ordenó a las tropas que dispararan contra los manifestantes. En el pánico que siguió, dio la impresión generalizada de que había numerosos muertos, aunque, tal y como se supo luego, solo hubo una víctima mortal y seis heridos.[144] Nada extraordinario para los parámetros de la época, pero a los trabajadores de Petrogrado a esas alturas les bastaba cualquier mínima razón para dar rienda suelta a su ira reprimida.

Habiéndose enterado, por emisarios enviados a Kolpino, de lo ocurrido allí, las principales fábricas de Petrogrado detuvieron su actividad. Los obreros de Obújov aprobaron una resolución condenando al gobierno y exigiendo el fin del «gobierno de los comisarios» (*komissaroderzhaviye*). Zinóviev, el presidente de Petrogrado (habiéndose trasladado el gobierno a Moscú en marzo), hizo una aparición en Putílov. «He oído —dijo a los trabajadores— de presuntas resoluciones aquí adoptadas que culpan al gobierno soviético de desarrollar políticas erróneas. Pero ¡uno puede cambiar el gobierno soviético en cualquier momento!» Ante estas palabras, los allí presentes prorrumpieron en un bramido colectivo de «¡Eso es mentira!». Un obrero de Putílov llamado Izmáilov acusó a los bolcheviques de pretender hablar en nombre de los trabajadores rusos, al tiempo que los humillaban ante el mundo civilizado.[145] Un mitin en el arsenal aprobó por 1.500 votos a 2, con 11 abstenciones, una moción para convocar de nuevo la Asamblea Constituyente.[146]

Los bolcheviques se mantuvieron prudentemente en un segundo plano. Pero, para evitar que estas resoluciones incendiarias se difundieran, clausuraron de manera permanente o transitoria algunos periódicos de la oposición, cuatro de ellos en Moscú. El *Nash Vek* kadete, que informaba ampliamente de estos acontecimientos, fue cerrado desde el

10 de mayo al 16 de junio.

Dado que planeaban celebrar el Quinto Congreso de los Sóviets a principios de julio (el Cuarto Congreso se había realizado en marzo para ratificar el tratado de paz con Alemania), los bolcheviques debían convocar elecciones para los sóviets. Estas tuvieron lugar en mayo y junio. Los resultados superaron sus peores temores; de haber tenido un mínimo de respeto por los deseos de la clase trabajadora, habrían tenido que renunciar al poder. Pueblo tras pueblo, los candidatos bolcheviques fueron desplazados por los mencheviques y socialistas revolucionarios: «En todas las capitales provinciales de la Rusia europea donde se realizaron elecciones y existen datos, los mencheviques y socialistas revolucionarios obtuvieron la mayoría en los sóviets urbanos en la primavera de 1918».[147] En la votación para el Sóviet de Moscú, los bolcheviques obtuvieron una pseudomayoría, solo alcanzada mediante la manipulación flagrante del sufragio y otras formas de fraude electoral. Los observadores predecían que en las elecciones inminentes al Sóviet de Petrogrado los bolcheviques obtendrían minoría[148] y Zinóviev perdería la presidencia. Los propios bolcheviques debieron haber compartido este augurio pesimista, puesto que pospusieron las elecciones al Sóviet de Petrogrado hasta el último minuto, a finales de junio.

Estos sorprendentes desarrollos significaban no tanto un respaldo a los mencheviques y los socialistas revolucionarios como un rechazo a los bolcheviques. Los votantes que deseaban desalojar del poder al partido gobernante no tenían otra alternativa que votar a los partidos socialistas, pues solo a ellos se les permitía presentar candidatos de oposición. Por supuesto, no es posible determinar cómo hubieran votado de habérseles ofrecido un espectro completo de partidos.

Los bolcheviques tenían ahora la oportunidad de poner en práctica el principio de la «sustitución», que Lenin había descrito no hacía mucho como «una condición esencial de la democracia», por la vía de retirar a sus delegados de los sóviets y sustituirlos por mencheviques y socialistas revolucionarios, pero en lugar de ello decidieron manipular los resultados valiéndose de comisiones mandatarias, con miras a declarar ilegales las elecciones.

Para distraer a los trabajadores, las autoridades habían recurrido al odio de clases, incitándolos esta vez contra la «burguesía rural». El 20 de mayo, el Sovnarkom emitió un decreto ordenando la formación de «destacamentos para el suministro alimentario» (*prodovolstvenniye otriadi*), conformados por obreros armados que debían ir a los pueblos y sustraer el alimento a los «kulaks». Con esta medida (será descrita con mayor detalle en el capítulo 16), las autoridades esperaban que la ira de los trabajadores —provocada por la escasez de alimentos— se desviara hacia los campesinos y, al mismo tiempo, aspiraban a poner un pie en el campo, aún bajo el sólido control socialista revolucionario.

Esta maniobra de distracción no surtió efecto en los trabajadores de Petrogrado. Sus plenipotenciarios rechazaron el 24 de mayo la idea de los destacamentos para el suministro de alimentos sobre la base de que iban a provocar una «brecha profunda» entre los obreros y campesinos. Algunos portavoces incluso exigieron que los obreros que se sumaran a tales destacamentos fueran «expulsados» de las filas del proletariado.[149]

El 28 de mayo, la excitación entre los trabajadores de la ciudad aumentó todavía más cuando los obreros de Putílov exigieron el fin del monopolio estatal del grano, garantías de libertad de expresión, el derecho a formar sindicatos

independientes y nuevas elecciones a los sóviets. Hubo mítines de protesta que aprobaron resoluciones similares en Moscú y muchas ciudades de provincias, incluidas Tula, Nizhni Nóvgorod, Oriol y Tver.

Zinóviev intentó aplacar la tormenta con concesiones económicas. Al parecer, logró persuadir a Moscú de que asignara a Petrogrado embarques adicionales de alimentos, pues el 30 de mayo fue capaz de anunciar que la ración diaria de pan para los trabajadores aumentaría a 240 gramos. Pero estos gestos fracasaron en su propósito. El 1 de junio, la reunión de plenipotenciarios decidió convocar una huelga de carácter político en toda la ciudad:

> Habiendo escuchado el informe de los representantes de fábricas y plantas industriales de Petrogrado, relativo al ánimo general y las demandas de las masas trabajadoras, el Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios advierte con agrado que el rechazo de la gran masa trabajadora al gobierno que falsamente se autodenomina gobierno de los trabajadores crece a pasos agigantados. El Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios da la bienvenida a esta disposición de los trabajadores a seguir su convocatoria a una huelga política. El Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios llama a los trabajadores de Petrogrado a preparar enérgicamente a las masas trabajadoras para una huelga política contra el actual régimen, el que, en nombre de la clase trabajadora, ejecuta a los trabajadores, los arroja a la cárcel, estrangula la libertad de expresión, de prensa, de sindicalización, [y] de huelga, todo lo cual ha estrangulado a su vez al órgano representativo popular. Esta huelga tendrá como consigna la transferencia de la autoridad a la Asamblea Constituyente, la restauración de los órganos de autogobierno local, y la lucha por la integridad e independencia de la República rusa.[150]

Esto era, por supuesto, lo que los mencheviques habían estado esperando: que los trabajadores desencantados con los bolcheviques fueran a la huelga por la democracia. Inicialmente, no propiciaron el movimiento plenipotenciario porque los líderes de este, muy suspicaces frente a los políticos, querían mantener la autonomía respecto a los partidos. Pero, en torno a abril, los propios mencheviques estaban ya suficientemente impresionados para volcar su

apoyo al movimiento. El 16 de mayo, el Comité Central menchevique llamó a una conferencia a escala nacional de representantes de los trabajadores.[124*][151] Los socialistas revolucionarios siguieron luego su ejemplo.

Si la situación hubiera sido a la inversa, con los socialistas en el poder y los bolcheviques en la oposición, estos últimos hubieran alentado sin la menor duda el descontento obrero y hecho todo lo que estuviera a su alcance para derrocar al gobierno, pero los mencheviques y sus aliados socialistas tenían fuertes inhibiciones contra esta clase de comportamiento. Rechazaban la dictadura bolchevique y, aun así, se sentían en deuda con ella. El *Novaya Zhizn* menchevique, aunque despiadado en sus críticas al régimen, solía plantear a sus lectores que todos tenían un interés vital en la supervivencia del bolchevismo. De hecho, había planteado esta tesis ya el día después de la toma del poder por los bolcheviques:

> Es, ante todo, esencial tener en cuenta el hecho trágico de que cualquier forma violenta de abolir el golpe bolchevique redundará al mismo tiempo, inevitablemente, en la abolición de todas las conquistas hechas por la Revolución rusa.[152]

Después de que los bolcheviques acabaran con la Asamblea Constituyente, el órgano menchevique se lamentaba en los siguientes términos:

> No estuvimos ni estamos entre los admiradores del régimen bolchevique y siempre hemos predicho la bancarrota a que conducirán su política exterior y a nivel local. Pero no hemos olvidado, ni olvidamos por un instante, que el destino de nuestra revolución está íntimamente ligado al del movimiento bolchevique. El movimiento bolchevique representa un gran logro revolucionario pervertido, degenerado, de las grandes masas populares.[153]

Dicha actitud no solo paralizó la voluntad de actuar de los mencheviques, sino que los transformó en aliados de los bolcheviques, en el sentido de que, en lugar de avivar las llamas del descontento popular, contribuyeron a apagarlas.

[125*]

Cuando el Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios volvió a reunirse el 3 de junio, la intelectualidad menchevique y socialista revolucionaria se opuso a la idea de una huelga política con el argumento conocido de que esta beneficiaría a los enemigos de clase, persuadiendo a los representantes de los trabajadores de que reconsideraran su decisión y, en lugar de ir a la huelga, enviaran una delegación a Moscú para estudiar la posibilidad de fundar allí una organización similar.

El 7 de junio, un delegado de Petrogrado habló ante una reunión de representantes de las industrias de Moscú reprochándole al gobierno bolchevique su propensión a hacer políticas contrarias a los trabajadores y contrarrevolucionarias, algo que no se oía en Rusia desde octubre. La Checa consideró el asunto muy seriamente, porque Moscú era ahora la capital del país y el descontento allí era más peligroso que en la «roja Petrogrado». Los agentes de seguridad apresaron al delegado de Petrogrado cuando terminó su intervención, pero fueron obligados a liberarlo ante la presión de sus camaradas obreros. Daba la impresión, con todo, de que el mundo laboral moscovita, aunque simpatizaba con el movimiento, no estaba aún dispuesto a formar su propio Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios. [154] Esto puede explicarse por el hecho de que la fuerza laboral de Moscú y de las áreas circundantes tenía menos habilidades específicas y tradiciones más débiles de sindicalismo que los trabajadores de Petrogrado.

Tras haber dado comienzo en Petrogrado, el proceso de ruptura de los trabajadores con los sóviets se extendió al resto del país. En muchas ciudades (Moscú se contó muy pronto entre ellas) donde se impidió a los sóviets locales la realización de elecciones o donde las elecciones fueron descalificadas, los trabajadores formaron «consejos obreros»,

«congresos obreros» o «asambleas de trabajadores plenipotenciarios», ajenas al control gubernamental y no afiliadas a ningún partido político.

Enfrentados a una creciente marea de descontento, los bolcheviques contraatacaron. En Moscú, el 13 de junio arrestaron a cincuenta y seis individuos afiliados al movimiento plenipotenciario, todos ellos —salvo seis o siete — trabajadores.[155] El 16 de junio anunciaron que dentro de dos semanas se convocaría el Quinto Congreso de los Sóviets dando instrucciones a todos los sóviets para que celebraran una vez más elecciones. Dado que estas elecciones hubieran dado nuevamente, casi con certeza, la mayoría a los mencheviques y los socialistas revolucionarios y dejado al gobierno en la posición de una minoría enquistada en el Congreso, Moscú se movilizó para descalificar a sus rivales ordenando la expulsión de los socialistas revolucionarios y mencheviques de todos los sóviets, al igual que del CEC.[156] En la junta de la facción bolchevique del CEC, L. S. Sosnovski justificó el decreto con el argumento de que los mencheviques y los socialistas revolucionarios derrocarían a los bolcheviques igual que estos habían desalojado al Gobierno Provisional.[126*] Así, la única oferta de que disponían los votantes era entre candidatos bolcheviques oficialistas, socialistas revolucionarios de izquierdas y un amplio espectro de candidatos sin afiliación política «simpatizantes bolcheviques».

Este paso marcó el fin de los partidos políticos independientes en Rusia. Los partidos monárquicos — octubristas, Unión del Pueblo Ruso, nacionalistas— se habían disuelto en el curso de 1917 y ya no existían como cuerpos organizados. Los proscritos kadetes o bien trasladaron su actividad a las áreas fronterizas, donde estaban fuera del

alcance de la Checa pero a la vez sin contacto con la población rusa, o bien pasaron a la clandestinidad, formando una coalición antibolchevique denominada Centro Nacional.[157] El decreto del 16 de junio no proscribía explícitamente a los mencheviques y socialistas revolucionarios, pero sí los hacía políticamente impotentes. Aun cuando, como premio a su apoyo contra los ejércitos blancos, los dos partidos socialistas fueron después rehabilitados y se les permitió reintegrarse a los sóviets en cantidades limitadas, esto fue una medida temporal. En esencia, Rusia se convirtió a partir de entonces en un Estado de partido único en el que se prohibió a otras organizaciones aparte del Partido Bolchevique participar en la vida política.

El 16 de junio, el día que los bolcheviques anunciaron el Quinto Congreso de los Sóviets, al que no asistirían ni los mencheviques ni los socialistas revolucionarios, el Congreso de Trabajadores Plenipotenciarios convocó a un Congreso de Trabajadores de Todas las Rusias.[158] Este organismo habría de debatir y resolver los problemas más urgentes a los que se enfrentaba la nación: el abastecimiento de alimentos, el desempleo, la violación de la ley y las organizaciones obreras.

El 20 de junio fue asesinado el encargado de la Checa de Petrogrado, V. Volodarski. En su búsqueda del asesino, la Checa detuvo a algunos trabajadores, lo que suscitó mítines de protesta en las fábricas. Los bolcheviques ocuparon el distrito obrero del Nevá con tropas e impusieron la ley marcial. Los obreros de Obújov, la fábrica más conflictiva de todas, fueron a la huelga.[159]

Fue en esta atmósfera extremadamente cargada donde se celebraron las elecciones al Sóviet de Petrogrado. Durante la campaña electoral, Zinóviev fue abucheado y se le impidió hablar en Putílov y Obújov. Fábrica tras fábrica, los

trabajadores, ignorando el decreto que prohibía a los dos partidos participar en los sóviets, dieron mayoría a los mencheviques y socialistas revolucionarios. Obújov eligió a 5 socialistas revolucionarios, 3 independientes y 1 bolchevique. En Semiánikov, los socialistas revolucionarios obtuvieron el 65 por ciento de los votos, los mencheviques el 10 por ciento y los bolcheviques junto a los socialistas revolucionarios de izquierdas el 26 por ciento. En otras industrias hubo resultados similares.[160]

Los bolcheviques se negaban a quedar limitados por estos resultados. Querían mayorías por doquier y las obtenían, habitualmente manipulando los sufragios: a algunos bolcheviques se les dio hasta cinco votos adicionales.[127*] El 2 de julio fueron anunciados los resultados de las «elecciones». De los 650 nuevos delegados elegidos al Sóviet de Petrogrado, 610 eran bolcheviques y socialistas revolucionarios de izquierdas; 40 escaños les fueron adjudicados a los mencheviques y los socialistas revolucionarios, a quienes los órganos oficiales denunciaban como personificaciones de «Judas».[128*] Este Sóviet de Petrogrado amañado votó para disolver el Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios; a un delegado del consejo que intentó dirigirse a los reunidos le impidieron hablar y lo agredieron físicamente.

El Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios se reunió a partir de entonces casi a diario. El 26 de junio votó unánimemente por convocar un día de huelga política el 2 de julio, con consignas como «Abajo la pena de muerte», «Abajo las ejecuciones y la guerra civil» o «Viva la libertad de huelga».[161] Entonces, la intelectualidad socialista revolucionaria y menchevique asomó de nuevo la cabeza para oponerse a la huelga.[162]

Las autoridades bolcheviques pusieron carteles por toda la

ciudad tildando a los organizadores de la huelga de mercenarios a sueldo de los Guardias Blancos y amenazando a todos los huelguistas con los tribunales revolucionarios.[163] Por añadidura, desplegaron puestos de ametralladoras en puntos estratégicos de la ciudad.

Periodistas afines al movimiento describían a los obreros como vacilantes: el *Nash Vek* kadete escribió el 22 de junio que eran todos antisoviéticos pero que estaban confundidos. Las dificultades internas y la situación internacional, el desabastecimiento de comida y la ausencia de soluciones claras inducían en ellos «un desequilibrio extremo, depresión e incluso perplejidad».

Los hechos del 2 de julio vinieron a corroborar esta afirmación. Ese día estalló en varios focos simultáneos la primera huelga política habida en Rusia desde la caída del zarismo. Los trabajadores, desalentados por la intelectualidad socialista, intimidados por las demostraciones de fuerza bolcheviques, inciertos respecto a su fuerza y propósitos, se descorazonaron. Los organizadores estimaron que entre 18.000 y 20.000 trabajadores acataron el llamamiento a la huelga, lo que no equivalía a más de una séptima parte de la fuerza laboral real en Petrogrado. Obújov, Maxwell y Pahl cesaron la actividad, pero la mayoría de las demás industrias no, incluida Putílov.

Este resultado selló el destino de las organizaciones sindicales independientes en Rusia. No mucho después, la Checa clausuró el Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios de Petrogrado junto a sus filiales de provincias, enviando a los líderes más visibles a prisión.

Así concluyó la autonomía de los sóviets, el derecho de los trabajadores a tener sus propios representantes y lo que quedaba del sistema multipartidista. Estas medidas,

promulgadas en junio y a principios de julio de 1918, completaron en Rusia la conformación de una dictadura de partido único.

AVANCE ALEMÁN EN RUSIA, 1917-1918
NORUEGA
SUECIA
MAR DE BARENTS
Petsamo
Múrmansk
MAR BLANCO
Arcángel
Finlandia
Golfo de Botnia
Dvina Septentrional
Lago Onega
Montes Urales
Estocolmo
Helsinki
Viborg
Lago Ladoga
Kotlas
Sujona
MAR BÁLTICO
Revel (Tallin)
Petrogrado
Tsárskoie Seló
Nóvgorod
Vólogda
Perm
Viatka
Ekaterimburgo (Sverdlovsk)
Dorpat
Riga
Livonia
Pskov
Yaroslavl
Volga
Ufá
Courland
Velikiye Luki
Nizhni Nóvgorod
Königsberg
ALEMANIA
Prusia Oriental
Vilna
Moscú
Kazán
Ufá
Vitebsk
Múrom
Simbirsk
Minsk
Smolensk
Tula
Samara
Silesia
Varsovia
Polonia
Mogilev
R U S I A
Orenburgo
Brest-Litovsk
Gómel
Oriol
Tambov
Ural
Chernigov
Gómel
Voronezh
Sarátov
Cracovia
Galitzia
Lwów (Lemberg)
Kiev
Berdichev
Járkov
Volga
AUSTRIA-HUNGRÍA
Dniester
Bug
Dniéper
Poltava
Donetsk
Don
Tsaritsin (Volgograd)
Kishinev
Odesa
Rostov
Astracán
MAR DE AZOV
Crimea
Kubán
RUMANÍA
Bucarest
Sebastopol
Stávropol
SERBIA
Sofía
BULGARIA
MAR NEGRO
Cordillera del Cáucaso
MAR CASPIO
Constantinopla
Tbilisi
Bakú
Línea del frente al inicio de las conversaciones de armisticio en Brest-Litovsk, diciembre 1917
Mayor línea de avance alemán en Rusia, agosto 1918
0 100 200 300 400 500 Millas
IMPERIO OTOMANO
PERSIA

13

Brest-Litovsk

> Los agitadores del partido deben protestar, una y otra vez, contra la repugnante calumnia, lanzada por los capitalistas, de que presuntamente nuestro partido apoya una paz por separado con Alemania.
>
> LENIN, 21 de abril de 1917[1]

La principal preocupación de los bolcheviques después del golpe de octubre era afianzar su poder y expandirlo a lo largo y ancho del país. Debían cumplir esta ardua tarea en el marco de una política exterior activa, cuyo centro quedaba dominado por las relaciones con Alemania. A juicio de Lenin, a menos que Rusia se apresurase a firmar un armisticio con Alemania, las probabilidades de que conservase el poder eran prácticamente nulas; por otro lado, dicho armisticio y la paz consiguiente equivalían a dar carta blanca a los bolcheviques para que conquistasen el mundo. En diciembre de 1917, cuando muchos de sus partidarios rechazaban las condiciones de Alemania, declaró que al partido no le quedaba otra alternativa que someterse a la voluntad de los alemanes. La cuestión era de una cruda sencillez: a menos que los bolcheviques aceptasen la paz, «el ejército campesino, incapaz de sobrellevar la extenuación de la guerra […] derrocará el gobierno de los obreros socialistas».[2] Los bolcheviques necesitaron un *peredishka*, un receso, para consolidar el

poder, organizar la administración y formar sus propias fuerzas armadas.

Partiendo de este supuesto, Lenin estaba dispuesto a llegar a un acuerdo de paz con las Potencias Centrales, fueran cuales fuesen las condiciones, siempre que le permitieran mantener una base de poder. La resistencia con la que topó entre las filas del partido se originó a partir de la creencia (que él compartía) de que el gobierno bolchevique solo sobreviviría si estallaba una revolución en Europa occidental y de la convicción (que él no compartía del todo) de que esta se produciría de un momento a otro. El acuerdo de paz con las Potencias Centrales imperialistas, sobre todo teniendo en cuenta las condiciones humillantes que proponían, suponía para sus oponentes una traición al socialismo internacional; a largo plazo, significaría el fin de la Rusia revolucionaria. A su modo de ver, la Rusia soviética no debía anteponer los intereses nacionales inmediatos a los intereses del proletariado internacional. Lenin se manifestó en contra.

> Nuestras tácticas han de apoyarse […] [sobre el fundamento] de cómo garantizar, de un modo más fiable y esperanzador para la revolución socialista, la posibilidad de consolidarse e incluso de sobrevivir «en un país» hasta que otros países se unan.[3]

A raíz de esta cuestión, el Partido Bolchevique se dividió en dos bandos en el invierno de 1917-1918.

La historia de las relaciones entre la Rusia bolchevique y las Potencias Centrales, sobre todo Alemania, durante los doce meses que siguieron al golpe de octubre resulta de un gran interés, ya que es durante este período cuando los comunistas desarrollaron tanto la teoría como la práctica de las estrategias y tácticas de su política exterior.

Los orígenes de la diplomacia occidental se remontan a las ciudades-Estado italianas del siglo XV. A partir de ese momento, las prácticas diplomáticas se extendieron por el

resto de Europa y en el siglo XVII pasaron a codificarse en las leyes internacionales. La diplomacia se ideó para regular y resolver de manera pacífica las disputas que surgieran entre los estados soberanos; si esta mediación no surtía efecto y se acababa recurriendo a las armas, dicha entidad intervenía para reducir la violencia todo lo posible y para poner fin a las hostilidades cuanto antes. El éxito de la ley internacional radica en la aceptación de determinados principios por todas las partes:

1. Se reconoce el derecho incuestionable a existir de los estados soberanos; sean cuales sean las diferencias que los separen, su existencia jamás puede verse amenazada. Este principio permitió que se firmara el Tratado de Westfalia en 1648. Fue quebrantado a finales del siglo XVIII por la Tercera Partición de Polonia, que derivó en la disolución de dicho país, si bien se trata de un caso excepcional.

2. Las relaciones internacionales se limitan al contacto entre los gobiernos; supone una violación de las convenciones diplomáticas el que un gobierno ignore a otro y apele directamente a su población. Según las prácticas del siglo XIX, por regla general los estados se comunicaban por medio de los ministerios de Asuntos Exteriores.

3. Se da por hecho que las relaciones entre las oficinas de Asuntos Exteriores se asientan sobre una base de integridad y buena voluntad, en la que se incluye el respeto por los acuerdos formales, puesto que sin ellos no existiría la confianza mutua, y sin confianza la diplomacia se convierte en un elemento inútil.

Estos principios y prácticas, que evolucionaron durante los siglos XV y XIX, presuponían la existencia de un derecho natural, así como de una comunidad supranacional de estados cristianos. El concepto estoico del derecho natural

(que los teóricos del derecho internacional, desde Hugo Grocio en adelante, aplicaron a las relaciones entre estados) estableció los fundamentos eternos y universales de la justicia. El concepto de comunidad cristiana significaba que, con independencia de lo que los separase, los países de Europa y los respectivos territorios que poseían allende los mares pertenecían a una familia. Antes del siglo XX, los preceptos del derecho internacional no estaban concebidos para ser aplicados a los pueblos que no formasen parte de la comunidad europea, actitud que justificaba las conquistas coloniales.

Obviamente, todo este entramado de ideas «burguesas» era considerado repugnante por los bolcheviques. Cuando los revolucionarios se propusieron acabar con el orden imperante, nadie imaginaba que reconocerían la santidad del sistema internacional de estados. Ignorar a los gobiernos y apelar a la población era la esencia de la estrategia revolucionaria. Y en cuanto a la honestidad y buena voluntad de las relaciones internacionales, los bolcheviques, al igual que el resto de los radicales rusos, consideraban que los estándares morales solo eran obligatorios dentro del movimiento, en las relaciones entre camaradas; las relaciones con los enemigos de clase quedaban sometidas a las reglas de la guerra. En la revolución, así como en la guerra, el único principio que importaba era el *kto kogo* o «quién se come a quién».

Durante las semanas posteriores al golpe de octubre, los bolcheviques confiaban en que su ejemplo desatase nuevas revoluciones por toda Europa. Cada noticia que llegaba del extranjero sobre una huelga de trabajadores o algún motín era considerada «el comienzo». En invierno de 1917-1918, la bolchevique *Krasnaya Gazeta* y otros órganos similares del partido anunciaban en sus titulares, un día tras otro, estallidos

revolucionarios en la Europa occidental; un día en Alemania, al siguiente en Finlandia, y después en Francia. Mientras las expectativas siguieran candentes, los bolcheviques no tendrían la necesidad de definir una política exterior; les bastaría con limitarse a seguir haciendo lo mismo de siempre, es decir, avivar las llamas de la revolución.

Sus esperanzas, no obstante, se apagaron ligeramente en la primavera de 1918. La Revolución rusa aún no tenía quién la emulase. Los motines y las huelgas que se producían en Europa occidental siempre terminaban siendo extinguidos, y las «masas» seguían matándose entre sí en lugar de alzarse contra las «clases gobernantes». Al entender esta realidad, se hizo prioritario establecer una política exterior revolucionaria. Aquí los bolcheviques carecían de pautas, dado que ni los escritos de Marx ni la experiencia de la Comuna de París les eran de mucha ayuda. La dificultad consistía en que sus intereses como gobernantes de un Estado soberano se contradecían con sus necesidades como líderes autoproclamados de una revolución mundial. En calidad de esto último, negaban el derecho a existir de otros gobiernos («no socialistas») y rechazaban la tradición de limitar las relaciones exteriores a los jefes de Estado y sus ministros. Querían desmembrar por completo la estructura de los estados nacionales y «burgueses», y para ello tenían que incitar a las «masas» del extranjero a que se rebelasen. Aun así, puesto que ahora eran ellos los que encabezaban un Estado soberano, no podían eludir las relaciones con otros gobiernos (al menos hasta que estos fueran vencidos por la revolución global), y estas relaciones los obligaban a observar las normas tradicionales del derecho internacional «burgués». Por otro lado, necesitaban la protección que les concedían estas normas para impedir que otros países intervinieran en sus asuntos internos.

Es aquí donde la doble naturaleza del Estado comunista, la separación formal del partido y el Estado, resultó ser de gran utilidad. Los bolcheviques resolvieron su problema trazando una política exterior de dos niveles: uno tradicional y otro revolucionario. A fin de lidiar con los gobiernos «burgueses», establecieron el Comisariado de Asuntos Exteriores, integrada en exclusiva por bolcheviques de confianza y sujeta a las instrucciones del Comité Central. Esta institución operaba, al menos en apariencia, conforme a las normas aceptadas de la diplomacia. Allí donde los países anfitriones lo permitían, los dirigentes de las misiones soviéticas en el extranjero, que ya no se hacían llamar «embajadores» ni «enviados», sino «representantes políticos» *(polpredi)*, ocupaban los antiguos edificios de las embajadas rusas, vestían chaqué y sombrero de copa y se comportaban de igual modo que sus colegas de las misiones «burguesas».[129*] La «diplomacia revolucionaria» (sin duda, una expresión contradictoria) se convirtió en la competencia del Partido Bolchevique, que actuaba, o bien por sí solo, o bien por medio de órganos especiales, como la Internacional Comunista. Sus agentes incitaban a la revolución y apoyaban las actividades subversivas dirigidas contra los gobiernos extranjeros con los que el Comisariado de Asuntos Exteriores mantenía relaciones correctas.

Esta separación de funciones, que reflejaba una dualidad similar dentro de la Rusia soviética entre el partido y el Estado, fue descrita por Sverdlov en el Séptimo Congreso del Partido Bolchevique durante el curso de los debates sobre el Tratado de Brest-Litovsk. En referencia a las cláusulas del tratado que prohibían que los signatarios participaran en agitaciones hostiles y difundieran propaganda, dijo:

> Se extrae inexorablemente del tratado que hemos firmado y que pronto deberemos ratificar en el Congreso [de los Sóviets] que, como gobierno, como autoridad soviética, no podremos continuar impulsando la gran agitación internacional que hemos provocado hasta hoy. Pero esto no

> significa en absoluto que debamos frenar un ápice esta agitación. Solo que de ahora en adelante habremos de provocarla casi siempre en nombre, no del Consejo de Comisarios del Pueblo, sino del Comité Central del partido. [4]

Esta táctica de tratar al partido como si fuese una organización privada, de cuyas acciones el gobierno «soviético» no se hacía responsable, era empleada por los bolcheviques con una determinación que rayaba en lo cómico. Por ejemplo, cuando en septiembre de 1918 Berlín protestó en contra de la propaganda germanófoba que apareció en la prensa rusa (que por aquel entonces se hallaba por completo bajo el control de los bolcheviques), el Comisariado de Asuntos Exteriores respondió con ingenio.

> El gobierno ruso no se opone a que la censura y la policía alemanas no sancionen a [sus] órganos de prensa por […] una agitación malintencionada contra las instituciones políticas de Rusia, es decir, contra el sistema soviético. […] Considerando perfectamente admisible la ausencia de medidas represivas por parte del gobierno alemán contra los órganos de prensa alemanes, que expresan con libertad su oposición política y social al sistema soviético, parece igualmente admisible un comportamiento similar en lo referente al sistema alemán por parte de los particulares y los periódicos extraoficiales de Rusia […] Es necesario protestar de la manera más firme cuando el consulado general alemán afirma con insistencia que el gobierno ruso, sirviéndose de diversas medidas policiales, puede orientar a la prensa revolucionaria rusa en esta o aquella dirección e inculcarle unos u otros puntos de vista por medio de su influencia burocrática.[5]

El gobierno bolchevique reaccionó de un modo muy distinto cuando las potencias extranjeras interfirieron en los asuntos internos rusos. Ya en noviembre de 1917, Trotski, el comisario de Asuntos Exteriores, protestó por la «intervención» extranjera en los asuntos de Rusia cuando los embajadores aliados, que no tenían del todo claro quién constituía el gobierno legítimo de Rusia, enviaron un comunicado diplomático al comandante en jefe, el general Nikolái N. Dujonin.[6] El Sovnarkom nunca dejaba pasar la ocasión de presentar objeciones ante las potencias extranjeras que violaban el principio de no intervención en los asuntos

internos de su país, si bien se saltaba repetidamente este mismo principio con su propia conducta.

Como se ha comentado, Lenin estaba dispuesto a aceptar las condiciones que impusieran las Potencias Centrales, pero debido a la sospecha generalizada de que era un agente alemán, hubo de proceder con cautela. En lugar de pasar de inmediato a las negociaciones con Alemania y Austria, por lo tanto, como él habría preferido, convocó a todas las potencias beligerantes para que se reunieran y acordaran la paz. En realidad, que Europa alcanzase la paz era lo último que deseaba; como hemos visto, una de las razones de su urgencia por hacerse con el poder en octubre era el miedo a esta posibilidad, que eliminaría la oportunidad de desatar una guerra civil en Europa. Al parecer, no temía pedir la paz, ya que sus anteriores solicitudes fueron ignoradas, incluyendo el ofrecimiento del presidente Wilson en diciembre de 1916, la resolución de paz del Reichstag alemán en julio de 1917 y la mediación del Papa en agosto de 1917. Una vez que los Aliados rechazasen su oferta, algo que, con razón, daba por hecho, tendría libertad para hacer sus propias gestiones.

El texto, conocido por el curioso nombre de «Decreto de Paz», bosquejado por Lenin y adoptado por el Segundo Congreso de los Sóviets, proponía un armisticio de tres meses a las potencias beligerantes. Esta propuesta se acompañaba de un llamamiento a los obreros de Inglaterra, Francia y Alemania, que se caracterizaban por su

> multifacética, decisiva, desinteresada y enérgica actividad, [para] ayudarnos a culminar la tarea de la paz y, al mismo tiempo, la tarea de librar a las masas forzadas y oprimidas de todas las formas de esclavitud y explotación.[7]

George Kennan describió este «decreto» como un acto de «diplomacia ilustrativa», concebido «no para promover acuerdos aceptados libremente y beneficiosos para todos los

gobiernos implicados, sino para avergonzar a otros gobiernos e incitar a la oposición entre sus pueblos».[130*] Los bolcheviques realizaron otras afirmaciones en la misma línea, urgiendo a los ciudadanos de las potencias beligerantes a alzarse en rebelión.[8] Como jefe de Estado, ahora Lenin podía seguir adelante con el programa de la izquierda de Zimmerwald.

Los bolcheviques transmitieron su Decreto de Paz a los enviados aliados entre el 9 y el 22 de noviembre. Los gobiernos aliados lo rechazaron sin más, tras lo cual Trotski informó a las Potencias Centrales de la disposición de Rusia a negociar un armisticio.

La política de ganarse a los bolcheviques les granjeó generosos dividendos a los alemanes. La búsqueda de Rusia de una paz por separado les recordó a algunos de ellos al «milagro» de 1763, cuando la muerte de la francófila Isabel I de Rusia y la llegada al poder del proprusiano Pedro III derivaron en la retirada de Rusia de la guerra de los Siete Años, lo cual salvó a Federico II el Grande de la derrota y a Prusia de la destrucción. La separación de Rusia de la alianza prometía dos ventajas: el envío de cientos de miles de soldados al oeste y una brecha en el bloqueo naval británico. De nuevo, el panorama invitaba a abrazar la idea de la victoria alemana. Al tener conocimiento de la toma del poder por parte de los bolcheviques en Petrogrado, Ludendorff trazó los planes para acometer una ofensiva crucial contra el frente occidental en la primavera de 1918, con el apoyo de las divisiones transferidas desde el frente oriental. El káiser respaldó la estrategia.[9] Llegados a este punto, Ludendorff aprobó con entusiasmo la política del Ministerio de Asuntos Exteriores, aplicada por el artífice de la orientación probolchevique, Richard von Kühlmann, para llegar a un

armisticio rápido con Rusia seguido de una paz dictada.

En el duelo de ingenios que mantenían los bolcheviques y las Potencias Centrales, estas últimas parecían tener todas las de ganar: se trataba de gobiernos estables y millones de combatientes disciplinados frente a un régimen de principiantes y usurpadores a los que pocos reconocían, con un ejército desorganizado al borde de la disolución. Sin embargo, en realidad el equilibrio de poderes estaba mucho más repartido. A finales de 1917, la situación económica de las Potencias Centrales se había vuelto tan desesperada que no podían permitirse seguir participando en la guerra durante mucho más tiempo. El Imperio austrohúngaro se hallaba en un estado particularmente precario; su ministro de Asuntos Exteriores, el conde Ottokar von Czernin, les dijo a los alemanes durante las negociaciones de Brest que probablemente su país no resistiría hasta la siguiente cosecha.[10] Los alemanes no gozaban de una situación mucho más desahogada; algunos políticos alemanes temían que las reservas de cereales del país se agotarían a mediados de abril de 1918.[11]

Alemania y Austria, además, tenían un problema con la moral de los ciudadanos, dado que los llamamientos a la paz de los bolcheviques suscitaron un fuerte resurgimiento de la esperanza en el pueblo. El canciller alemán avisó al káiser de que si las conversaciones con los rusos se interrumpían, cabía la posibilidad de que el Imperio austrohúngaro abandonase la guerra y de que Alemania sufriera un estallido de malestar social. El dirigente de la Mayoría Socialista Alemana (partidario de la guerra), Philipp Scheidemann, predijo que el fracaso de las negociaciones de paz con los rusos «significaría la caída del Imperio alemán».[12] Por todas estas razones (militares, económicas y psicológicas), las Potencias Centrales

necesitaban llegar a un acuerdo de paz con Rusia tanto como la Rusia bolchevique necesitaba firmar la paz con ellas. Tales hechos, de los cuales los rusos no podían tener un conocimiento pleno, indican que los bolcheviques que se oponían a la política de capitulación de Lenin a fin de darles falsas esperanzas a los alemanes y los austríacos no eran tan poco realistas como se les suele presentar. El enemigo también negociaba con una pistola apuntándole a la cabeza.

Los bolcheviques contaban, además, con la ventaja adicional de tener un conocimiento íntimo de su oponente. Después de haber pasado varios años en el oeste, estaban familiarizados con los problemas internos de Alemania, con sus figuras políticas y empresariales y con las alineaciones de sus partidos. Casi todos hablaban un idioma occidental o más. Dado que Alemania era el núcleo de la teoría y la práctica socialistas, conocían este país al menos tan bien como el suyo, si no mejor, y, de haberse presentado la ocasión, el Sovnarkom no habría dudado en asumir el poder allí. Saber esto les permitía aprovechar la discordia del terreno del rival y enfrentar a los empresarios contra los generales o a los socialistas de izquierdas contra los de derechas, así como incitar a los obreros alemanes a la revolución en un idioma que pudieran comprender. Por el contrario, los alemanes no sabían prácticamente nada sobre aquellos con los que iban a iniciar un proceso de negociación. Los bolcheviques, que empezaban a acaparar todo el protagonismo, no eran para ellos más que un hatajo de intelectuales desaseados, charlatanes y fantasiosos. Una y otra vez, los alemanes malinterpretaron los movimientos de los bolcheviques y subestimaron su astucia. Un día los consideraban revolucionarios exaltados, a los que podían manipular sin dificultad, y al siguiente veían en ellos a unos individuos de talante más realista que no creían en sus propios lemas y

estaban decididos a hacer negocios serios. Durante las relaciones que sostuvieron entre 1917 y 1918, los bolcheviques demostraron en repetidas ocasiones que eran más ingeniosos que los alemanes al cambiar de parecer según les conviniera, de manera que desorientaban y provocaban a los alemanes.

Para entender la política soviética de Alemania es preciso hablar brevemente sobre su llamada *Russlandpolitik*. Porque si bien el acuciante interés que tenía por firmar la paz con Rusia derivaba de distintas consideraciones militares, Alemania había definido, además, importantes planes geopolíticos en ese país. Los estrategas políticos alemanes siempre habían mostrado un marcado interés por Rusia; no era casualidad que antes de la Primera Guerra Mundial ningún país supiera ni de lejos tanto sobre Rusia como Alemania. A los conservadores les parecía incuestionable que la seguridad nacional necesitaba de una Rusia débil. En primer lugar, solo si los rusos eran incapaces de amenazar a Alemania con un segundo frente sus tropas lograrían imponerse a los franceses y los «anglosajones» en la lucha por la hegemonía mundial. En segundo lugar, para ser un rival serio en el combate de la *Weltpolitik*, Alemania necesitaba acceder a los recursos naturales de Rusia, incluidos los comestibles, que solo podría obtener bajo condiciones satisfactorias si Rusia pasaba a ser su cliente. Debido a lo mucho que había tardado en establecer un Estado nacional, Alemania se hallaba en desventaja en el panorama de la contienda imperial. La única posibilidad realista de igualar la capacidad económica de sus rivales consistía en expandirse hacia el este, hacia la inmensidad de Eurasia. Los banqueros y los industriales alemanes veían en Rusia una colonia en potencia, una especie de sucedáneo de África. Redactaron memorandos para el gobierno, en los que recalcaban lo

importante que era para la victoria de Alemania que pudieran importar, libres de impuestos de aduanas, mineral de hierro y manganeso rusos de primera calidad, así como explotar la agricultura y la minería rusas.[13]

Para convertir Rusia en un Estado cliente de Alemania, era necesario hacer dos cosas. En primer lugar, el Imperio ruso debía ser desmontado y reducido a un conjunto de territorios poblados por los habitantes de la Gran Rusia. Esto suponía mover las fronteras de Rusia hacia el este, mediante la anexión operada por Alemania de las provincias bálticas y la creación de un *cordon sanitaire* compuesto de protectorados que en un principio eran soberanos pero que en realidad estaban controlados por los alemanes, esto es, Polonia, Ucrania y Georgia. Este programa, apoyado antes y durante la guerra por el publicista Paul Rohrbach,[14] resultaba muy atractivo, en particular para los militares. Hindenburg escribió al káiser en enero de 1918 para decirle que los intereses de Alemania requerían que las fronteras de Rusia se desplazaran hacia Oriente, y que las provincias occidentales, ricas en población y capacidad económica, quedaran anexionadas.[15] Esto significaba, en definitiva, expulsar a Rusia de la Europa continental. En palabras de Rohrbach, la cuestión era «*si hemos de proteger nuestro futuro*, ¿se debe permitir que Rusia siga siendo la potencia europea que ha sido hasta hoy, *o no se debe permitir*?».[16]

En segundo lugar, Rusia debía concederle a Alemania todo tipo de ventajas económicas y de privilegios, exponiéndose así a la penetración alemana y, en definitiva, a su hegemonía. Durante la guerra, los empresarios alemanes no dejaron de insistirle al gobierno para que anexionase las provincias occidentales de Rusia y sometiera a este país a la explotación económica.[17]

Bajo este prisma, nada le convenía tanto a Alemania como un gobierno bolchevique en Rusia. Las comunicaciones internas que Alemania mantuvo a partir de 1918 se llenaron de discusiones sobre si habría que ayudar a los bolcheviques a permanecer en el poder, porque serían el único partido ruso dispuesto a hacer concesiones territoriales y económicas de gran calado, y porque su incompetencia e impopularidad mantendría a Rusia en un estado de crisis permanente. El secretario de Estado, el almirante Paul von Hintze, expresó el consenso cuando en otoño de 1918 se plantó ante los alemanes que preferían derrocar a los bolcheviques porque veían en ellos a unos socios poco fiables y peligrosos; eliminar a los bolcheviques «subvertiría por completo el liderazgo que hemos alcanzado en la guerra y la política que aplicamos en el este, la cual tiene como objetivo provocar la parálisis militar de Rusia».[18] Paul Rohrbach manifestó una opinión similar:

> Los bolcheviques están destrozando por completo la Gran Rusia, fuente de las amenazas que pudieran presentar los rusos. Ya han acabado con una buena parte de la ansiedad que la Gran Rusia podría habernos provocado, por lo que deberíamos hacer cuanto esté en nuestras manos para que mientras sea posible sigan desempeñando su trabajo, que tan útil nos resulta.[19]

Si bien Berlín y Viena aceptaban que les convenía llegar pronto a un acuerdo con Rusia, en Petrogrado las opiniones estaban muy divididas. Dejando los pormenores a un lado, las diferencias enfrentaban a los bolcheviques que querían firmar la paz cuanto antes, casi sin dar importancia a las condiciones, contra los que pretendían utilizar las negociaciones de paz como resorte con el que poner en marcha una revolución a escala europea.

Lenin, principal defensor de la primera opción, solía encontrarse en el bando minoritario, que en ocasiones se componía de un único miembro. Partía de una valoración pesimista de la «correlación de fuerzas» internacional.

Aunque él también contaba con las revoluciones de Occidente, reconocía mucho más que sus adversarios la capacidad de los gobiernos «burgueses» para sofocarlas. Al mismo tiempo, era menos optimista que sus colegas en cuanto a la resistencia de los bolcheviques; durante uno de los debates mantenidos en el marco de los diálogos por la paz, observó con mordacidad que, si bien aún no había ninguna guerra civil en Europa, sí que la había en Rusia. En retrospectiva, se puede culpar a Lenin de subestimar los problemas internos de las Potencias Centrales y su necesidad de resolverlos pronto; la postura de Rusia a este respecto era más firme de lo que él creía. Así y todo, la valoración que hizo de la situación interna de Rusia era perfectamente razonable. Sabía que de seguir participando en la guerra se arriesgaba a ser derribado, o bien por los rivales que tenía en su país, o bien por los alemanes. Sabía también que necesitaba urgentemente una tregua para llegar a conseguir el poder que reivindicaba. Esto exigía un esfuerzo político, económico y militar organizado, el cual solo sería posible aceptando las condiciones de paz, por muy costosas y humillantes que fuesen. Esto implicaba sacrificar, en un principio, los intereses del «proletariado» occidental, pero a su juicio, hasta que la revolución no acabase de triunfar en Rusia, los intereses del país eran prioritarios.

La postura de la mayoría que se oponía a él, encabezada por Bujarin y respaldada por Trotski, se ha resumido de la siguiente manera:

> Las Potencias Centrales no permitirían a Lenin emplear la tregua con este fin; impedirían a Rusia acceder a los cereales y el carbón de Ucrania y el petróleo del Cáucaso; pasarían a controlar a la mitad de la población de Rusia; financiarían y apoyarían los movimientos contrarrevolucionarios y estrangularían la revolución. Además, a los sóviets les sería imposible formar un nuevo ejército durante una tregua. Tendrían que reunir las tropas durante el proceso de lucha; y, aun así, les sería muy difícil. Cierto, los sóviets podrían verse obligados a evacuar Petrogrado e incluso Moscú, pero

> tendrían muchos destinos a los que retirarse y donde reorganizarse. Aun si el pueblo se mostrase tan reacio a combatir por la revolución como a luchar por el antiguo régimen (y los dirigentes de la facción combatiente se negaran a darlo por hecho), los avances alemanes, con el terror y los saqueos que se derivarían de ellos, harían que el pueblo saliera del letargo y el hastío, lo obligarían a resistir y, por último, a albergar un deseo generalizado y verdaderamente popular de iniciar una guerra revolucionaria. Impelido por este entusiasmo surgiría un nuevo y formidable ejército. La revolución, azuzada ante la perspectiva de una rendición miserable, experimentaría un renacimiento; agitaría el espíritu de las clases obreras del extranjero, y espantaría por fin la pesadilla del imperialismo.[20]

Esta división de opiniones condujo durante los primeros meses de 1918 a la peor crisis de la historia del Partido Bolchevique.

El 15/28 de noviembre de 1917, los bolcheviques volvieron a convocar a las partes beligerantes para llevar a cabo una negociación abierta. El llamamiento sostenía que debido a que las «clases dirigentes» de los países aliados no habían respondido al Decreto de Paz, Rusia estaba dispuesta a iniciar sin dilación un diálogo que permitiera alcanzar el alto el fuego con los alemanes y los austríacos, quienes habían respondido de manera satisfactoria. Los alemanes aceptaron la oferta de los bolcheviques de inmediato. El 18 de noviembre/1 de diciembre, una delegación rusa partió hacia Brest-Litovsk, donde estaba ubicado el cuartel general del Alto Mando alemán del frente oriental. Lo encabezaba Adolf A. Yoffe, antiguo menchevique y allegado de Trotski. Contaba también con Kámenev y, como gesto simbólico, con distintos representantes de las «masas trabajadoras», entre los cuales se incluían un soldado, un marinero, un obrero, un campesino y una mujer. Aunque el tren que transportaba a la delegación rusa se dirigía hacia Brest, Petrogrado incitó a las tropas alemanas al amotinamiento.

Los diálogos por el armisticio dieron comienzo el 20 de noviembre/3 de diciembre, en lo que antes era un club de

oficiales rusos. La delegación alemana estaba liderada por Kühlmann, quien se consideraba una especie de experto en la cuestión rusa y quien en 1917 desempeñaría un papel crucial al tratar con Lenin. Las partes acordaron un alto el fuego que debería comenzar el 23 de noviembre/6 de diciembre y que debería prolongarse durante once días. Antes de que venciese, no obstante, el plazo fue ampliado, de mutuo acuerdo, para que concluyese entre el 1/14 de enero de 1918. Al parecer, la finalidad de esta ampliación era darles a los Aliados una oportunidad para que lo reconsiderasen y se unieran a los diálogos. Ambas partes sabían, aun así, que no había peligro de que los Aliados aceptasen la propuesta; tal y como Kühlmann le dijo a su canciller, las condiciones que los alemanes pusieron para negociar el armisticio eran tan abusivas que no podían esperar que los Aliados las aceptasen. [21] El verdadero propósito de la ampliación era permitir que ambas partes organizasen sus posiciones de cara a las próximas negociaciones de paz. Antes de que estas comenzasen siquiera, los alemanes violaron los términos del alto el fuego al transferir seis divisiones al frente occidental. [131*]

El ansia de los bolcheviques por establecer una relación normal con Alemania queda patente en el hecho de que apenas concluyó el alto el fuego recibieron en Petrogrado a una delegación alemana encabezada por el conde Wilhelm von Mirbach. La delegación tenía el cometido de acordar un intercambio de prisioneros de guerra civiles y reanudar las relaciones económicas y culturales. Lenin recibió a Mirbach el 15/28 de diciembre. Fue esta delegación la que envió a Berlín los primeros informes de primera mano del estado en el que se encontraba la Rusia soviética.[132*] Los alemanes supieron por Mirbach que dentro de poco a los bolcheviques les sería imposible hacer frente a la deuda externa de Rusia. Al

conocer esta información, el Banco Estatal alemán redactó un memorándum en el que describía cómo se podía resolver esto produciendo el menor daño posible a los intereses de Alemania y el máximo a los de los Aliados. A tal efecto fue perfilada una propuesta por Vastlav V. Vorovski, viejo compañero de Lenin y por aquel entonces representante diplomático soviético en Estocolmo, quien proponía que el gobierno ruso anulase solo las deudas contraídas después de 1905; como el grueso de los préstamos que Alemania le había concedido a Rusia fueron gestionados antes de ese año, el peso del impago recaería principalmente sobre los Aliados.[22] [133*] [img 80]

Los diálogos de Brest se reanudaron el 9/22 de diciembre. Kühlmann volvía a encabezar la delegación alemana. La misión austríaca fue presidida por el conde Czernin, ministro de Asuntos Exteriores; estuvieron presentes también los ministros de Exteriores de Turquía y de Bulgaria. Las propuestas de paz de los alemanes solicitaban que tanto Polonia como Curlandia y Lituania, países que a la sazón se encontraban bajo ocupación militar alemana, se separasen de Rusia. Los alemanes debían de considerar razonables tales condiciones, puesto que habían viajado a Brest con un ánimo optimista y conciliador, esperando llegar a un acuerdo en principio para Navidad. No tardaron en desilusionarse. Yoffe, que tenía órdenes de alargar los diálogos, formuló contrapropuestas vagas y poco realistas (bosquejadas por Lenin) con las que solicitaba la paz «sin anexiones ni indemnizaciones» y la «autodeterminación nacional» tanto para los países europeos como para sus colonias.[23] De hecho, la delegación rusa, que se comportaba como si su país se hubiera alzado victorioso, les pidió a las Potencias Centrales que renunciasen a todas sus conquistas de guerra. Esta conducta hizo que los alemanes empezasen a dudar de sus

intenciones. [img 81]

Los diálogos por la paz se desarrollaron en un cierto clima de irrealidad.

> La escena que tuvo lugar en la Cámara del Consejo de Brest-Litovsk parecía obra de un pintor de la época. A un lado estaban sentados los afables y atentos representantes de las Potencias Centrales, unos con sus abrigos negros y otros cargados de galones y estrellas, dechados de educación. […] Entre ellos destacaban el rostro enjuto y los ojos despiertos de Kühlmann, que nunca renunciaba a la cortesía durante los debates; la atractiva presencia de Czernin, que tenía el cometido de lanzar las sondas más descabelladas, debido a su ingenua bonhomía; y el rostro mofletudo y abotagado del general Hoffmann, que se enrojecía y adquiría una expresión combativa cada vez que consideraba que debía realizar alguna declaración militar. Los teutónicos delegados contaban con el respaldo de una nutrida banda de oficiales, funcionarios y expertos de aire catedrático con gafas. Cada delegación hablaba en su propia lengua, y las conversaciones solían alargarse. Frente a las filas teutónicas estaban sentados los rusos, que, sucios y mal vestidos en su mayor parte, fumaban plácidamente sus largas pipas durante las reuniones. Apenas parecían interesados en ninguna discusión, en las que se limitaban a intervenir con monosílabos, salvo cuando alguna incursión en los valores de la política daba rienda suelta a una diatriba de metafísica confusa. La Conferencia parecía, por un lado, una asamblea de empresarios bien educados que intentasen lidiar con una delegación de obreros particularmente obtusos y, por otro, un encuentro entre unos representantes urbanos que presidieran una celebración en una escuela de pueblo.[24]

El día de Navidad, que transcurrió bajo el espíritu propio de la ocasión, el conde Czernin, para gran irritación de los alemanes, amenazó con entregar todos los territorios que Austria había conquistado durante la guerra si los Aliados se unían a las negociaciones de paz; tenía órdenes de evitar a toda costa que el armisticio fracasase y estaba dispuesto, si era necesario, a firmar un tratado aparte.[25] Los alemanes adoptaron una actitud más firme, ya que contaban con que la ofensiva de la siguiente primavera en Occidente les proporcionara la victoria. Cuando los rusos solicitaron que las Potencias Centrales les concedieran el derecho a la autodeterminación a los habitantes de Polonia y a otras

regiones de Rusia ocupadas por ellos, Kühlmann respondió con severidad que esas regiones ya habían ejercido ese derecho al separarse de Rusia.

Los diálogos, llegados a un punto muerto, quedaron suspendidos el 15/28 de diciembre, pero las negociaciones entre las comisiones de «expertos» en asuntos legales y económicos siguieron adelante en un ámbito más discreto.

En vista de los resultados, algunos alemanes empezaron a preguntarse si los rusos realmente buscaban la paz o si tan solo pretendían ganar tiempo para promover el malestar social en Europa occidental. Determinadas acciones de los rusos dieron motivos para ello a los escépticos. La inteligencia alemana interceptó una carta que Trotski le envió a un colaborador sueco en la que el comisario de Asuntos Exteriores declaraba que «una paz por separado para Rusia es inconcebible; lo importante es prolongar las negociaciones a fin de proteger la movilización de las fuerzas socialdemócratas internacionales que abogan por la paz general».[26] Como si pretendiera demostrar que esa era en efecto su intención, el 26 de diciembre, en un acto sin precedentes en las relaciones internacionales, el gobierno soviético repartió oficialmente 2 millones de rublos entre los grupos extranjeros que apoyaban la plataforma Zimmerwald-Kiental.[134*] Tampoco ayudó a que los alemanes disiparan sus sospechas el que Yoffe propusiese que el gobierno de Alemania siguiera el ejemplo de los soviéticos y publicase los registros taquigráficos de las conversaciones políticas mantenidas en Brest, que los rusos pretendían utilizar para difundir propaganda bolchevique entre los obreros alemanes.

Llegados a este punto, los militares alemanes decidieron intervenir. En una carta dirigida al káiser el 7 de enero (25 de diciembre), que habría de influir en él de forma notable,

Hindenburg se quejó de que las tácticas «endebles» y «conciliadoras» empleadas por los diplomáticos alemanes en Brest habían hecho creer a los rusos que Alemania necesitaba firmar la paz con tanta urgencia como ellos. Esto supuso un revés para la moral del ejército. Sin llegar a exponer lo que tenía en mente, Hindenburg estaba aludiendo a los alarmantes efectos que tenía la política de «fraternización» entre las tropas rusas y alemanas, promovidas por los bolcheviques entre el frente del armisticio. Había llegado el momento de actuar con contundencia; si Alemania no mostraba determinación en Oriente, ¿cómo esperaba imponer en los aliados occidentales la clase de paz que la posición que ocupaba en el mundo exigía? Alemania debería volver a trazar las fronteras del este de forma que no volvieran a producirse más guerras en el futuro.[27] [img 82]

El káiser, al que los titubeos diplomáticos de Brest también empezaban a agotarle la paciencia, accedió. Como resultado, la postura de los alemanes se endureció notablemente; el proyecto de la paz negociada quedó descartado para empezar a trabajar en una paz impuesta.

Los diálogos de Brest se retomaron el 27 de diciembre/9 de enero. Esta vez, Trotski encabezaba la delegación rusa; su intención era seguir ganando tiempo y difundiendo propaganda. Lenin aceptó esta estrategia con reticencia. Trotski hubo de prometer que si los alemanes se daban cuenta y presentaban un ultimátum, la delegación capitularía.[28]

A su llegada, Trotski se llevó una desagradable sorpresa al descubrir que, durante la suspensión de las negociaciones, los alemanes habían establecido canales de comunicación independientes con los nacionalistas ucranianos. El 19 de diciembre/1 de enero, una delegación ucraniana, compuesta por un grupo de jóvenes intelectuales, llegó a Brest invitada

por los alemanes para iniciar una serie de diálogos paralelos con ellos.[29] El propósito de los alemanes era separar Ucrania y convertirla en un protectorado. En diciembre de 1917, el Consejo ucraniano, o Rada, proclamó la independencia de Ucrania. Los bolcheviques se negaron a reconocer esta resolución y, aun violando el derecho a la «autodeterminación nacional» que ellos habían proclamado oficialmente, enviaron tropas para reconquistar la región.[30] Los alemanes calculaban que Rusia recibía un tercio de sus alimentos y un 70 por ciento de su carbón y hierro de Ucrania; la separación debilitaría considerablemente a los bolcheviques, que aumentarían todavía más su dependencia de Alemania y, al mismo tiempo, contribuiría en buena medida a cumplir las acuciantes exigencias económicas de Alemania. En su papel de diplomático tradicional, Trotski declaró que la acción de los alemanes suponía una interferencia en los asuntos internos de su país, pero no pudo hacer nada más. El 30 de diciembre/12 de enero, las Potencias Centrales reconocieron la Rada ucraniana como el gobierno legítimo de ese país. Este fue el preludio de un tratado de paz por separado con Ucrania.

Después se procedió a la presentación de las reivindicaciones territoriales de Alemania. Kühlmann le dijo a Trotski que para su país la solicitud de paz por parte de los rusos «sin anexiones ni contribuciones» era inaceptable y estaba ideada para desvincular territorios bajo ocupación alemana. En cuanto a la propuesta de Czernin sobre la renuncia a los territorios conquistados, era algo que carecía de validez, ya que dependía de que los Aliados se unieran a los diálogos por la paz, algo que no habían hecho. El 5/18 de enero, el general Max Hoffmann desplegó un mapa con el que les mostró a los incrédulos rusos la nueva frontera que separaba los dos países.[31] El gráfico ilustraba la separación de

Polonia y la anexión alemana de extensos territorios de Rusia occidental, incluidos Lituania y el sur de Letonia. Trotski respondió que su gobierno consideraba tales exigencias por completo inaceptables. El 5/18 de enero, casualmente el mismo día que los bolcheviques disolvieron la Asamblea Constituyente, tuvo el atrevimiento de decir que el gobierno soviético «respalda la opinión de que cuando está en juego el destino de una nación recién surgida, un referéndum es la mejor manera de expresar la voluntad del pueblo».[32]

Trotski le comunicó las condiciones de Alemania a Lenin, tras lo que solicitó aplazar las conversaciones políticas hasta doce días después. Partió hacia Petrogrado el mismo día, sin Yoffe. El nerviosismo que esta suspensión provocó en los alemanes quedó de manifiesto en el hecho de que al informar a Berlín, Kühlmann recalcó que la solicitud de aplazamiento de los bolcheviques no debía interpretarse como una ruptura de las negociaciones.[33] Los alemanes tenían motivos para temer que un fracaso de las negociaciones de paz desencadenaría una serie de revueltas civiles en los núcleos industriales de Alemania. El 28 de enero, una oleada de altercados políticos orquestada por el ala izquierda del movimiento socialista, y en la que participaron más de un millón de trabajadores, estalló efectivamente en distintos puntos de Alemania, entre los que se contaban Berlín, Hamburgo, Bremen, Kiel, Leipzig, Munich y Essen. Aquí y allá empezaron a surgir «consejos obreros». Los huelguistas reclamaban la paz sin anexiones ni contribuciones, así como la autodeterminación para las naciones de Europa del Este; es decir, solicitaban la aceptación de las condiciones que los rusos ponían para conseguir la paz.[34] Si bien no existen evidencias de que los bolcheviques se implicasen de una forma directa, la influencia que su propaganda ejerció en los exaltados queda fuera de toda duda. Las autoridades alemanas

reaccionaron con medidas de represión contundentes y, algunas veces, brutales; el 3 de febrero tenían la situación bajo control. Con todo, las huelgas eran la incómoda prueba de que, ocurriera lo que ocurriese en el frente, en casa tampoco podía darse nada por sentado. El pueblo ansiaba la paz y los rusos parecían tener las claves para conseguirla.

Las exigencias de los alemanes dividieron la cúpula bolchevique en tres facciones enfrentadas, que posteriormente se fundieron en dos.

La facción de Bujarin quería poner fin a los diálogos y continuar con las operaciones militares, principalmente por medio de la guerra partisana, mientras avivaba las llamas de la revolución en Alemania. Esta postura tuvo una excelente acogida entre las filas bolcheviques; los gabinetes del partido de Petrogrado y de Moscú aprobaron diversas resoluciones en esta línea.[35] El biógrafo de Bujarin cree que su política, la que más tarde se daría en llamar «comunismo de izquierdas», reflejaba los deseos de la mayoría de los bolcheviques.[36] Bujarin y sus partidarios pensaban que Europa occidental se encontraba al borde de la revolución social; dado que este tipo de levantamiento era considerado imprescindible para la supervivencia del régimen bolchevique, la paz con la Alemania «imperialista» se les antojaba no solo inmoral, sino contraproducente.

Trotski encabezaba la segunda facción, que se diferenciaba de la de los comunistas de izquierdas solo en los pormenores tácticos. Al igual que Bujarin, quería que se rechazara el ultimátum de los alemanes, aunque en favor del poco ortodoxo lema de «ni guerra ni paz». Los rusos interrumpirían los diálogos de Brest y declararían el fin de la guerra de forma unilateral. Los alemanes, en consecuencia, tendrían licencia para obrar como les placiese, y para hacer

algo que los rusos no podrían impedirles en ningún caso (anexionar vastos territorios de las fronteras oeste y sudoeste), si bien tendrían que actuar sin la complicidad de Rusia. Este procedimiento, según declaró Trotski, libraría a los bolcheviques de seguir prolongando una guerra impopular, pondría de manifiesto la brutalidad del imperialismo alemán y empujaría a los obreros alemanes a sublevarse.

Lenin, con el apoyo de Kámenev, Zinóviev y Stalin, se opuso a Bujarin y a Trotski. Su percepción de la urgencia que requería la situación y su convicción de que Rusia no se hallaba en situación de negociar se vieron respaldadas por un informe que Krilenko, el comisario de Guerra, envió al Sovnarkom el 31 de diciembre/13 de enero. Basándose en las respuestas obtenidas en los cuestionarios distribuidos entre los delegados en el Congreso Militar sobre Desmovilización, Krilenko concluyó que el ejército ruso, o lo que quedaba de él, no conservaba ninguna capacidad de combate.[37] Sin un ejército digno de este nombre, defendía Lenin, era impensable hacerle frente a un enemigo disciplinado y bien armado.

Lenin manifestó su postura el 7/20 de enero en la «Tesis sobre la cuestión del cese inmediato de la paz por separado y anexionista».[38] A este respecto, expuso los siguientes puntos:

1. Antes de su triunfo definitivo, el régimen soviético se enfrentó a un período de anarquía y guerra civil; necesitaba tiempo para la «reorganización socialista».

2. Rusia necesitaba al menos varios meses «durante los cuales el régimen debía tener carta blanca a fin de prevalecer sobre la burguesía, para empezar, en su país» y a fin de organizar sus tropas.

3. La política soviética había de ser determinada mediante consideraciones internas, ya que no se sabía con certeza si

estallaría una revolución en el extranjero o no.

4. En Alemania, el «partido militar» había comenzado a imponerse; a Rusia se le daría un ultimátum con el que se le exigiría realizar concesiones territoriales y contribuciones financieras. El gobierno había hecho cuanto estaba en sus manos para prolongar las negociaciones, pero esta táctica había resultado infructuosa.

5. Quienes se oponían a la paz inmediata bajo las condiciones de Alemania afirmaban equivocadamente que dicha paz violaría el espíritu del «internacionalismo proletario». Si el gobierno hubiera decidido continuar combatiendo con los alemanes, como estos deseaban, no le quedaría otra opción que buscar apoyo en el otro «bloque imperialista», la Entente, que lo convertiría en un agente de Francia e Inglaterra. Seguir adelante con la guerra, por tanto, no era un movimiento «antiimperialista», puesto que requería elegir entre dos bandos «imperialistas». La tarea del régimen, no obstante, no consistía en optar por un «imperialismo» u otro, sino en consolidar el poder.

6. Rusia, en efecto, debía promover la revolución en el extranjero, aunque esto no se puede hacer sin considerar la «correlación de fuerzas»; en aquel momento, a los ejércitos rusos les resultaría imposible detener un avance alemán. Además, la mayoría del ejército «campesino» ruso estaba a favor de la paz «anexionista» que Alemania exigía.

7. Si Rusia seguía negándose a aceptar las condiciones de paz alemanas, tendría que acabar aceptando otros términos aún más abusivos; pero esto no lo harían los bolcheviques, sino sus sucesores, ya que entretanto los bolcheviques habrían sido expulsados del poder.

8. Una tregua le daría al gobierno la oportunidad de organizar la economía (nacionalizando los bancos y la

industria pesada), lo cual «hará que el socialismo sea invencible en Rusia y en el mundo entero, lo que daría lugar, al mismo tiempo, a una sólida base económica sobre la que formar un poderoso Ejército Rojo de obreros y campesinos».

Lenin en realidad tenía en mente algo distinto que no podía exponer porque hubiera revelado que, a pesar de sus protestas, en el fondo deseaba que la Guerra Mundial continuase. Estaba seguro de que en cuanto la «burguesía» de las Potencias Centrales y la Entente acordasen la paz, unirían sus fuerzas y atacarían la Rusia soviética. Advirtió de este peligro durante los debates del Tratado de Brest: «Nuestra revolución nació de la guerra; si no hubiese habido guerra, habríamos sido testigos de la unificación de los capitalistas de todo el mundo, una unificación basada en un acoso dirigido contra nosotros».[39] Al manifestar su militancia política, les atribuyó demasiada astucia y capacidad de decisión a sus «enemigos»; de hecho, dicha «unificación» no llegaría a producirse tras el armisticio de noviembre de 1918. Pero, convencido del peligro, tenía que prolongar la guerra con el fin de ganar tiempo para formar unas fuerzas armadas capaces de hacer frente al asalto «capitalista» que esperaba.

El 8/21 de enero, los bolcheviques organizaron un congreso compuesto por los líderes de los partidos de tres baluartes: Petrogrado, Moscú y la región de los Urales. Lenin presentó una resolución donde pedía que se aceptase el ultimátum de Alemania; su petición solo consiguió quince votos de sesenta y tres. La resolución intermedia de Trotski a favor del «ni paz ni guerra» obtuvo dieciséis votos. La mayoría (treinta y dos delegados) votaron por la propuesta de los comunistas de izquierdas, que buscaba una inflexible «guerra revolucionaria».[135*]

A continuación, el debate se trasladó al Comité Central.

Aquí, Trotski abogó por el cese inmediato y unilateral de las hostilidades y la retirada simultánea del ejército ruso. La moción fue aprobada por una mayoría escasa de 9 a 7. Lenin respondió con un exaltado discurso a favor de la paz inmediata bajo las condiciones de Alemania,[40] pero solo consiguió un apoyo minoritario, que se redujo aún más al día siguiente cuando el Comité Central bolchevique se reunió en una sesión conjunta con el Comité Central de los socialistas revolucionarios de izquierdas, quienes se oponían de forma categórica a las propuestas de paz de Lenin. En esta ocasión, la resolución de Trotski volvió a triunfar.

Con este mandato en mano, Trotski regresó a Brest. Las negociaciones se reanudaron el 15/28 de enero. Trotski siguió ganando tiempo con intervenciones irrelevantes y discursos propagandísticos, que empezaron a irritar incluso al comedido Kühlmann.

Mientras el diálogo entre rusos y alemanes se perdía en diatribas retóricas, los alemanes y los austríacos empezaron a negociar con los ucranianos. El 9 de febrero, las Potencias Centrales firmaron un tratado de paz por separado con la República Ucraniana que la convirtió en un protectorado alemán *de facto*.[41] Las tropas alemanas y austríacas se desplazaron a Ucrania, donde restablecieron la ley y el orden hasta cierto punto. A cambio de esta ayuda necesaria, los ucranianos hicieron un envío masivo de comestibles al oeste.

El punto muerto al que habían llegado las conversaciones políticas entre rusos y alemanes tocó a su fin con la llegada de un telegrama que el káiser, por influencia de sus generales, envió a Brest el 9 de febrero. El comunicado ordenaba que se les diera un ultimátum a los rusos.

> Hoy el gobierno bolchevique se ha dirigido a mis tropas *en clair* [*klerom*] por radio para urgirles a sublevarse y desobedecer abiertamente a sus superiores militares. ¡Ni Su Excelencia el mariscal de campo Von

> Hindenburg ni yo podemos seguir aceptando y tolerando esta situación! ¡Hay que ponerle fin cuanto antes! Trotski debe firmar antes de las ocho de la mañana, día 10 [de febrero] […], sin dilación, la paz bajo nuestras condiciones. […] En el caso de que se oponga, intente demorarse o aduzca cualquier tipo de excusa, las negociaciones quedarán rotas a las ocho de la noche del día 10 [y] el armisticio se declarará terminado. Llegado este caso, los ejércitos del frente oriental avanzarán hasta las posiciones previamente asignadas.[42]

Al día siguiente, Kühlmann le comunicó a Trotski el ultimátum de su gobierno; debía firmar, sin discusión y sin más retrasos, el texto alemán del tratado de paz. Trotski se negó, argumentando que la Rusia soviética iba a abandonar la guerra y a desmovilizar sus tropas.[43] Los debates sobre asuntos económicos y legales, no obstante, que entretanto se habían trasladado a Petrogrado, podían continuar, si se deseaba. Así, Trotski subió a su tren y partió en esa dirección.

La poco ortodoxa jugada de Trotski sumió a los alemanes en una confusión absoluta. Ya nadie dudaba que los rusos estaban utilizando las conversaciones de paz como maniobra de distracción. Ahora bien, aun sabiéndolo, no estaba en absoluto claro cómo debía responder Alemania. ¿Tenía que seguir adelante con unas negociaciones inútiles? ¿Obligar a los bolcheviques, por medio de acciones militares, a aceptar su ultimátum? ¿O apartarlos del poder y sustituirlos por un régimen más aceptable?

Los diplomáticos alemanes aconsejaban ser pacientes. Kühlmann temía que los obreros alemanes no entendieran la reanudación de las hostilidades en el frente oriental y empezasen a causar problemas. También le preocupaba que el Imperio austrohúngaro se viera obligado a abandonar la guerra.[44]

Pero los militares, que en invierno de 1917-1918 dominaban la política de Alemania, pensaban de otro modo. Dado que se hallaban engrosando sus filas en el oeste de cara

a la campaña decisiva programada para mediados de marzo, debían tener la absoluta certeza de que el frente oriental estaba seguro, de lo contrario no podrían seguir desplazando tropas al frente occidental. También necesitaban acceder a los alimentos y las materias primas de Rusia. Los informes de la inteligencia militar procedentes de Rusia indicaban que los bolcheviques no podían tener peores intenciones con respecto a Alemania, pero también que se hallaban en la más precaria de las situaciones. Walther von Kaiserlingk, jefe de operaciones del Almirantazgo, que viajó a Petrogrado con la misión de Mirbach, envió unos informes alarmantes.[45] Tras haber experimentado el régimen bolchevique en persona, lo describió como «la demencia hecha poder» (*regierender Wahnsinn*). Dirigido por los judíos para los judíos, entrañaba una amenaza letal no solo para Alemania, sino para el mundo civilizado en general. Urgió a que la frontera germano-rusa fuese desplazada más hacia el este para proteger a Alemania de esa lacra. Kaiserlingk propuso, además, la penetración en Rusia por medio de la implantación de los intereses comerciales alemanes; por segunda vez en la historia (en alusión a los normandos), Rusia estaba lista para ser colonizada. Otros informes de primera mano retrataban un régimen bolchevique débil e infame. Se decía que Lenin no podía ser más impopular y que había que protegerlo de un posible asesinato con más empeño que si de un zar se tratara. Las fuentes de Kühlmann sostenían que el único apoyo de los bolcheviques era el que les prestaban los Fusileros Letones; si los sobornaban, el régimen se desplomaría.[46] Este tipo de testimonios de primera mano impresionaron al káiser en gran medida y lo llevaron a adoptar la opinión de los generales.

Al combinar la información que recibió sobre la inestabilidad del régimen bolchevique con las pruebas de su campaña sistemática para desmoralizar al ejército alemán,

Ludendorff, con el respaldo de Hindenburg, instó a romper las negociaciones de Brest, tras lo cual el ejército marcharía hacia Rusia, eliminaría a los bolcheviques e instauraría un gobierno más aceptable en Petrogrado.[47]

Las recomendaciones del Ministerio de Asuntos Exteriores y del Estado Mayor General chocaron en un congreso celebrado en Bad Homburg el 13 de febrero, presidido por el káiser.[48] Kühlmann defendió la vía conciliadora. La espada, afirmó, no servía para combatir «el origen del azote revolucionario». Aunque las tropas alemanas ocupasen Petrogrado, el problema no se solucionaría; la Revolución francesa demostró que la intervención extranjera solo servía para avivar las pasiones nacionalistas y revolucionarias. La mejor solución sería un golpe antibolchevique asestado por los rusos con el apoyo de los alemanes; sin embargo, Kühlmann no confirmó si él apoyaba esa política o no. El ministro de Asuntos Exteriores contó con el respaldo del vicecanciller, Friedrich von Payer, quien habló del deseo generalizado de paz que se respiraba entre el pueblo alemán y de la imposibilidad de derrocar a los bolcheviques mediante acciones militares.

Hindenburg no estuvo de acuerdo. A menos que en el este se diesen pasos decisivos, la guerra del frente occidental seguiría prolongándose durante mucho más tiempo. Él quería «hundir a los rusos [y] derribar su gobierno».

El káiser se posicionó del lado de los generales. Trotski no había ido a Brest para hacer las paces, dijo, sino para promover la revolución, cosa que había conseguido con el apoyo de los Aliados. El enviado británico en Rusia debía saber que los bolcheviques eran el enemigo: «Inglaterra tendría que combatir a los bolcheviques junto con Alemania. Los bolcheviques son una manada de tigres, hay que

exterminarlos sea como sea».[49] En cualquier caso, Alemania debía actuar, de lo contrario Gran Bretaña y Estados Unidos tomarían Rusia. Los bolcheviques, por lo tanto, «tenían que marcharse». «El pueblo ruso ha caído en las manos vengativas de los judíos, que están emparentados con el resto de los judíos del mundo, es decir, con los masones».[136*]

Durante la conferencia se decidió que el armisticio concluiría el 17 de febrero, fecha tras la cual los ejércitos alemanes reemprenderían las hostilidades contra Rusia. La misión no quedó definida del todo. El plan que tenían los militares para derrocar a los bolcheviques fue desechado poco después, no obstante, debido a las objeciones de las autoridades civiles.

Conforme a estas instrucciones, el Estado Mayor alemán en Brest informó a los rusos de que Alemania retomaría las operaciones militares en el frente oriental el 17 de febrero a mediodía. La misión de Mirbach en Petrogrado recibió la orden de regresar a casa.

A pesar de la bravuconería, no estaba en absoluto claro que los alemanes supieran lo que querían (si obligar a los bolcheviques a aceptar las condiciones de paz dictadas por ellos o si expulsarlos del poder). Ni entonces ni después acertaron a definir sus prioridades: si les interesaba adueñarse de más territorios rusos o si preferían imponer en Rusia un gobierno más convencional. Al final, prevalecieron sus ambiciones geográficas.

El comunicado con el que los alemanes avisaban de la inminente acción militar llegó a Petrogrado la tarde del 17 de febrero. Durante la reunión del Comité Central, que fue convocado de inmediato, Lenin insistió en su petición de regresar a Brest y capitular, pero volvió a perder por un escaso margen (6 a 5).[50] La mayoría prefería esperar y ver si

los alemanes cumplían su amenaza; si en efecto marchaban hacia Rusia y no estallaba ninguna revolución ni en Alemania ni en Austria, aún estarían a tiempo de resignarse a lo inevitable.

Los alemanes cumplieron su palabra. El 17 de febrero, las tropas germanas emprendieron el avance y ocuparon Dvinsk sin encontrar resistencia. El general Hoffmann detalló la operación de la siguiente manera:

> Esta es la guerra más cómica de cuantas he vivido, pues se libra casi exclusivamente en los trenes y automóviles. Uno aposta en el tren unas cuantas unidades de infantería armadas con ametralladoras y una pieza de artillería, parte hacia la siguiente estación de ferrocarril, la toma, arresta a los bolcheviques, coloca a otro destacamento en otro tren y sigue adelante. El procedimiento tiene, en cualquier caso, el encanto de la novedad.[51]

Para Lenin, esta fue la gota que colmó el vaso. Si bien no lo cogió del todo por sorpresa, quedó consternado ante la pasividad de las tropas rusas. Dada su reticencia a combatir, Rusia quedó expuesta al avance del enemigo. Es posible que Lenin conociera las decisiones más cruciales tomadas por el gobierno alemán, que acaso le fuesen reveladas por simpatizantes alemanes a través de agentes bolcheviques destinados en Suiza o en Suecia. Conforme a esta información, llegó a la conclusión de que los alemanes contemplaban tomar Petrogrado e incluso Moscú. La arrogancia de sus colaboradores lo puso furioso. A su juicio, nada podía impedir que los alemanes repitieran el golpe que habían dado en Ucrania, es decir, que lo reemplazaran por una marioneta de derechas y después acabasen con la revolución.

Así y todo, cuando el Comité Central volvió a reunirse el 18 de febrero, tampoco obtuvo la mayoría. Su propuesta de ceder a las exigencias de los alemanes fue recibida con seis votos frente a los siete que respaldaron la moción presentada en conjunto por Trotski y Bujarin. La cúpula había caído en

un desesperanzador punto muerto. Existía el peligro de que estas diferencias dividieran las bases del partido, lo que acabaría con la unidad disciplinada de la que en buena medida derivaba su solidez.

Dada esta coyuntura, Trotski se prestó a ayudar a Lenin; así, cambió de bando, y en lugar de defender su propia resolución, votó por la de Lenin. El biógrafo de Trotski cree que obró de este modo en parte para cumplir la promesa que le había hecho a Lenin de rendirse si los alemanes invadían Rusia, y en parte para evitar lo que podría haber supuesto una desastrosa escisión del partido.[52] Cuando se celebró una nueva votación, siete miembros apoyaron la moción de Lenin y seis se opusieron a ella.[53] Teniendo en cuenta estas mayorías por la mínima, Lenin redactó un telegrama para informar a los alemanes de que la delegación rusa viajaba de regreso a Brest.[54] El texto les fue mostrado a varios socialistas revolucionarios de izquierdas, y cuando estos lo aprobaron, fue transmitido por radio.

Y entonces se produjo la conmoción. Los alemanes y los austríacos, en lugar de suspender la ofensiva en el acto, siguieron avanzando hacia el interior de Rusia. En el norte, las unidades alemanas entraron en Livonia, mientras que en el centro llegaron, aún sin oposición, a Minsk y a Pskov. En el sur, los austríacos y los húngaros también siguieron adelante. En apariencia, estas operaciones, emprendidas después de que los rusos hubieran comunicado que estaban dispuestos a aceptar las condiciones de Alemania, solo podía significar una cosa: que Berlín estaba decidida a tomar las capitales rusas y a derrocar a los bolcheviques. Aquí fue donde Lenin dio un puñetazo en la mesa; según Isaac Steinberg, el 18 de febrero declaró que solo entraría en combate si los alemanes le exigían a su gobierno que les entregase el poder.[55]

Los días pasaron sin que los alemanes, en su avance, enviasen una respuesta. Poco a poco, cundió el pánico entre los dirigentes bolcheviques; aprobaron medidas de emergencia, una de las cuales tendría consecuencias especialmente graves. Entre el 21 y el 22 de febrero, sin noticias aún de los alemanes, Lenin escribió y firmó un decreto que llevaba por título «La patria socialista en peligro».[56] El preámbulo afirmaba que los alemanes, a juzgar por sus acciones, habían decidido suprimir el gobierno socialista de Rusia y restaurar la monarquía. Para defender la «patria socialista» era preciso tomar medidas de inmediato. Dos de ellas acarrearon consecuencias duraderas. Una pedía la creación de brigadas de mano de obra forzada compuestas por «todos los miembros sanos de la clase burguesa» con el objeto de cavar trincheras. Todo aquel que se resistiera sería fusilado. De este modo se inició la práctica de los trabajos forzados, que con el tiempo afectaría a millones de ciudadanos. Otra de las cláusulas apuntaba: «Los agentes del enemigo, los especuladores, los ladrones, los vándalos, los agitadores contrarrevolucionarios y los espías alemanes serán ejecutados en el acto». La disposición introdujo penas irrevocables que habrían de aplicarse a crímenes que ni estaban definidos ni constaban en los códigos legislativos, puesto que todas las leyes habían quedado ya derogadas.[57] Nada se dijo sobre juicios ni sobre comparecencias siquiera para los acusados que se enfrentasen a la pena capital. De hecho, el decreto le daba a la Checa licencia para matar, permiso del que no tardó en sacar el máximo provecho. Estas dos cláusulas marcaron el inicio del terror comunista.

Lenin había avisado a sus colegas de que, si los alemanes retomaban las operaciones militares, los bolcheviques tendrían que solicitarles ayuda a Francia y a Inglaterra, que era lo que ahora se proponían hacer.

Si bien los alemanes no acababan de definir sus prioridades, al menos distinguían entre sus intereses a corto plazo en Rusia, relacionados con la guerra, y la importancia geopolítica a largo plazo que Rusia tenía para ellos. A los Aliados solo les interesaba una cosa de Rusia, que era mantenerla en la guerra. La caída de Rusia y la posibilidad de una paz por separado eran para los Aliados desgracias de primer orden que podrían conducir a la victoria de Alemania, ya que si esta decidía desplazar al oeste decenas de divisiones, podría derribar a las agotadas tropas francesas y británicas antes de que los norteamericanos llegasen en gran número. Para los Aliados, por tanto, la principal prioridad en lo respectivo a Rusia era reactivar el frente oriental, con la colaboración de los bolcheviques, a ser posible, y si no, con la de otras fuerzas que estuvieran disponibles (rusos antibolcheviques, japoneses, prisioneros de guerra checos recluidos en campos rusos o, como último recurso, sus propias tropas). Quiénes fuesen los bolcheviques o qué representaran era algo que no les preocupaba; no mostraban interés ni en la política interna del régimen bolchevique ni en sus objetivos internacionales, que inquietaban cada vez más a los alemanes. Las políticas de «confraternización» de los bolcheviques, los llamamientos que hacían a los obreros para que se declararan en huelga y a los soldados para que se sublevasen no terminaban de calar en los países aliados, por lo cual no desataron ninguna alarma en ellos. La actitud de los Aliados era clara y sencilla: el régimen bolchevique se convertiría en un obstáculo si firmaba la paz con las Potencias Centrales, y en un aliado si permanecía en guerra. En palabras de Arthur Balfour, secretario de Asuntos Exteriores de Gran Bretaña, mientras los rusos siguieran combatiendo contra los alemanes, su causa era «nuestra causa».[58] El embajador de Estados Unidos en Rusia, David Francis, expresó la misma

opinión en un mensaje redactado el 2 de enero de 1918, que habría de ser transmitido al gobierno de Lenin, aunque nunca se llegó a enviar.

> Si los ejércitos rusos que en la actualidad operan al mando de los comisarios del pueblo inician y ejecutan con seriedad las hostilidades contra las tropas de Alemania y sus aliados, le recomendaré a mi gobierno que reconozca oficialmente el gobierno *de facto* de los comisarios del pueblo.[59]

Dado su escaso interés por este asunto, los Aliados apenas contaban con información veraz sobre las condiciones internas de la Rusia bolchevique. Las misiones diplomáticas allí destinadas no les aportaban datos demasiado precisos. George Buchanan, el embajador británico, era un funcionario del Servicio Exterior competente pero convencional, y Francis, un banquero de San Luis, era, en palabras de un diplomático británico, «un caballero encantador», aunque al parecer nada más que eso. Ninguno parecía ser consciente de la relevancia histórica que albergaban los acontecimientos que estaban teniendo lugar a su alrededor. El enviado francés, Joseph Noulens, ex ministro de la Guerra y socialista, estaba mejor preparado intelectualmente para su trabajo, pero la aversión que profesaba hacia los rusos, así como su carácter brusco y autoritario, mermaron su eficiencia. Para colmo de males, en marzo de 1918, las misiones aliadas perdieron el contacto directo con los líderes bolcheviques porque se negaron a seguirlos a Moscú; de Petrogrado partieron primero hacia Vólogda, y desde allí, llegado julio, a Arcángel. [137*] Esto los obligó a depender de los informes indirectos que les enviaban los agentes que tenían en Moscú.

Estos últimos eran jóvenes que se entregaron en cuerpo y alma al drama ruso. Bruce Lockhart, ex cónsul británico en Moscú, actuaba como enlace entre Londres y el Sovnarkom; Raymond Robins, director de la misión estadounidense de la Cruz Roja en Rusia, desempeñaba el mismo papel para

Washington, y el capitán Jacques Sadoul para París. Los bolcheviques no se tomaban demasiado en serio a estos intermediarios, aunque reconocían su utilidad; los trataban bien, los halagaban y los tenían como confidentes. De este modo convencieron a Lockhart, Robins y Sadoul de que si sus respectivos países ofrecían apoyo militar y económico a Rusia, los bolcheviques dejarían de tratar con los alemanes y posiblemente incluso volverían a la guerra. Ignorantes de que los estaban utilizando, los tres agentes hicieron suya esta propuesta, que defendieron con vehemencia ante sus gobiernos.

Sadoul, socialista, cuya madre participó en la Comuna de París, era el que tenía una mayor afinidad ideológica con los bolcheviques; en agosto de 1918 abandonaría a sus compatriotas para unirse a aquellos, acto por el cual sería condenado a muerte *in absentia* por deserción y traición.[138*]

Robins era un hombre retorcido, que mostraba entusiasmo por la causa en sus comunicaciones con Lenin y Trotski pero que cuando regresó a Estados Unidos fingió estar en contra del bolchevismo. Asistente social acaudalado y representante sindical con inclinaciones socialistas, el supuesto coronel, en la víspera de su partida de Rusia, le envió a Lenin una carta de despedida en la que escribió:

> Su perspicacia de profeta y su capacidad de liderazgo, propia de un genio, han permitido que el Poder Soviético se consolide en toda Rusia, y estoy seguro de que este nuevo órgano creativo de la vida democrática de la humanidad inspirará e impulsará la causa de la libertad en el mundo entero. [139*]

Prometió también, a su regreso, «seguir trabajando» en la interpretación de «la nueva democracia» para el pueblo norteamericano. No obstante, poco después, al prestar declaración ante un Comité del Senado sobre las condiciones de la Rusia soviética, Robins recomendó prestar ayuda económica a Moscú aduciendo con falsedad que era un modo

de «desestabilizar el poder bolchevique».[140*]

Lockhart era, desde el punto de vista ideológico, el menos implicado de los tres, pero también él se dejó convertir en un instrumento de la política bolchevique.[141*]

Sadoul y Robins se habían reunido algunas veces con Lenin, Trotski y los demás líderes comunistas tras el golpe de los bolcheviques. Estos contactos se multiplicaron hacia la segunda mitad de febrero de 1918, en el intervalo transcurrido entre la aceptación del ultimátum alemán por parte de los bolcheviques (17 de febrero) y la ratificación del Tratado de Brest-Litovsk (14 de marzo). Durante esas dos semanas, los bolcheviques, temiendo que los alemanes pretendieran expulsarlos del poder, hicieron llamamientos urgentes a los Aliados para que los ayudasen. Los Aliados respondieron de manera positiva. Los franceses se mostraron especialmente dispuestos a colaborar. Abandonaron ahora el Ejército de Voluntarios antibolchevique que se estaba formando en la región del Don, en cuya financiación Noulens había contribuido por su postura antialemana, ya que, por recomendación suya, el gobierno francés había contribuido anteriormente con 150 millones de rublos para el general Alexéiev, con el propósito de ayudar a organizar un nuevo ejército ruso. A principios de enero de 1918, el general Henri Niessel, el nuevo jefe de la misión militar francesa en Rusia, aconsejó dejar aislado a Alexéiev porque encabezaba «una tropa contrarrevolucionaria». La recomendación fue tenida en cuenta; se dejó de prestar auxilio a Alexéiev y se le otorgó a Niessel la autoridad necesaria para iniciar un proceso de negociación con los bolcheviques.[142*] Asimismo, Lockhart retiró su apoyo al Ejército de Voluntarios, el cual también él tachó de contrarrevolucionario en los telegramas que le envió al Ministerio de Asuntos Exteriores. A su juicio, los

bolcheviques eran la fuerza antialemana más sólida que había en Rusia.[60]

Durante los convulsos días que siguieron a la reanudación de las operaciones de la ofensiva alemana, el alto mando bolchevique decidió solicitar el auxilio de los Aliados. El 21 de febrero, Trotski se comunicó, por medio de Sadoul, con Niessel para preguntarle si Francia estaría dispuesta a colaborar con la Rusia soviética para detener el ataque de los alemanes. Niessel se puso en contacto con el embajador francés y recibió una respuesta afirmativa. Ese mismo día, Noulens le envió un telegrama a Trotski desde Vólogda: «En su resistencia a Alemania puede contar con la colaboración militar y económica de Francia».[61] Niessel orientó a Trotski sobre las medidas que la Rusia soviética debía tomar para frenar a los alemanes y le prometió enviarle a sus consejeros militares.

La respuesta de los franceses fue discutida por el Comité Central durante la tarde del 22 de febrero. Para entonces, Trotski estaba en posesión de un comunicado de Niessel en el que se definían las medidas que Francia estaba dispuesta a adoptar con tal de ayudar a los rusos.[62] El documento, del que se decía que se había extraviado, contenía propuestas concretas de ayuda económica y militar por parte de los franceses. Trotski insistió en su aprobación y presentó una resolución al efecto. Lenin, que no pudo asistir, votó *in absentia* con una nota lacónica («Ruego sumen mi voto a favor de quitarles el pan y las armas a los bandidos del imperialismo anglofrancés»).[63] La moción fue aprobada por un escaso margen, con seis votos a favor y cinco en contra, debido a la oposición de Bujarin y los demás partidarios de la «guerra revolucionaria». Tras su derrota, Bujarin se ofreció a dimitir de su cargo en el Comité Central y a abandonar la

dirección del *Pravda*, si bien después no renunció a ninguno de los puestos.

Tan pronto como el Comité Central hubo terminado de deliberar (lo que ocurrió durante la noche del 22-23 de febrero), la cuestión se llevó ante el Sovnarkom. Aquí la moción de Trotski también fue aprobada, pese a las objeciones de los socialistas revolucionarios de izquierdas.

Al día siguiente, Trotski informó a Sadoul de la disposición de su gobierno para aceptar la ayuda de Francia. Invitó a Niessel a Smolni para debatir con Podvoiski, el general Bonch-Bruevich y otros expertos militares bolcheviques acerca de las operaciones antialemanas. Niessel opinaba que la Rusia soviética debía formar una nueva fuerza militar con la colaboración de los antiguos oficiales zaristas y apelando al patriotismo.[64]

Los bolcheviques se posicionaron entonces de tal modo que pudieran cambiar de bando en el caso de que los alemanes intentaran derrocarlos. Sabían que los Aliados apenas prestaban atención a sus políticas tanto de interior como de exterior, y que les ofrecerían un gran apoyo a cambio de la reactivación del frente oriental. Hay pocas dudas de que si los alemanes hubieran puesto en práctica las recomendaciones de Ludendorff y Hindenburg, los bolcheviques, a fin de mantenerse en el poder, habrían hecho causa común con los Aliados y les habrían permitido utilizar el territorio ruso para realizar operaciones militares contra las Potencias Centrales.

Un indicio de lo lejos que había llegado la colaboración entre los rusos y los Aliados es el hecho de que a finales de febrero Lenin enviase a Kámenev a París en calidad de «representante diplomático». Kámenev viajó pasando por Londres y llegó cuando su gobierno ya había ratificado el Tratado de Brest. Se le dio una acogida gélida. Francia le

prohibió la entrada, tras lo cual regresó a casa. De camino a Rusia, le prohibieron el paso los alemanes, que lo mantuvieron arrestado durante cuatro meses.[65]

Bien porque los alemanes se habían enterado de las negociaciones entre los bolcheviques y Francia, bien por simple coincidencia, la respuesta que esperaban con tanta ansia llegó la misma mañana que el Comité Central y el Sovnarkom votaron para solicitar la ayuda de los Aliados.[66] Los peores temores de Lenin quedaron confirmados. Ahora Berlín reclamaba no solo los territorios que sus tropas habían tomado durante el transcurso de la guerra, sino también aquellos que ocuparon durante la semana que siguió a la ruptura de las negociaciones de Brest. Los rusos habían de evacuar Ucrania y Finlandia, además de retirarse; tendrían que pagar una contribución y aceptar una serie de concesiones económicas. La nota fue enviada en un ultimátum en el que se les exigía dar una respuesta a lo largo de las siguientes cuarenta y ocho horas, plazo tras el cual se concedería un máximo de setenta y dos horas para que se firmase el tratado.

La cúpula bolchevique convocó entonces una sesión que mantuvo ocupados a sus miembros durante casi dos días seguidos. Cada vez que se realizaba una votación, Lenin se encontraba en minoría. Al final consiguió imponerse, cuando amenazó con dimitir de todos los cargos que ocupaba en el partido y el gobierno.

En cuanto leyó la nota de los alemanes, Lenin convocó al Comité Central. Se presentaron quince de sus miembros.[67] Había que acatar el ultimátum de Alemania de manera incondicional, y añadió: «La política de la palabrería revolucionaria se ha terminado». La cuestión era que las exigencias de los alemanes, por humillantes que les

pareciesen, «no afectaban a la autoridad soviética», es decir, permitían que los bolcheviques permanecieran en el poder. Si sus colegas se aferraban a su postura fantasiosa, tendrían que hacerlo solos, porque él, Lenin, abandonaría tanto el gobierno como el Comité Central.

A continuación presentó tres resoluciones que formuló con ingenio: (1) que el ultimátum alemán fuese aceptado; (2) que Rusia se preparase de inmediato para desatar una guerra revolucionaria, y (3) que se realizasen encuestas a los sóviets de Moscú, Petrogrado y demás ciudades para conocer sus opiniones sobre este asunto.

La amenaza de dimisión de Lenin surtió efecto; todos entendieron que sin él no habría ni Partido Bolchevique ni Estado soviético. En cuanto a la primera y crucial resolución, no logró la mayoría, pero puesto que cuatro miembros se abstuvieron, la moción se aprobó por 7 a 4. La segunda y tercera resoluciones no supusieron ningún problema. Finalizado el recuento, Bujarin y otros tres comunistas de izquierdas se sometieron de nuevo a las mociones para apartarse de todos los «puestos de responsabilidad» del partido y el gobierno con el propósito de poder manifestarse contra el tratado dentro y fuera de los círculos del partido.

Aunque la decisión de aceptar el ultimátum alemán seguía requiriendo la aprobación del Comité Ejecutivo Central, Lenin estaba tan seguro de que obtendría un resultado satisfactorio que les ordenó a los operadores del transmisor de radio de Tsárskoie Seló que mantuvieran abierto un canal para enviarles un mensaje a los alemanes.

Aquella noche, Lenin presentó un informe sobre la situación ante el CEC.[68] Durante la votación subsiguiente obtuvo una victoria técnica por la resolución para aceptar el ultimátum de los alemanes, pero solo porque los miembros

bolcheviques que rechazaban la propuesta se habían marchado y porque una parte importante del resto de los opositores se abstuvo. El recuento final fue de 116 votos a favor de la resolución de Lenin, 85 en contra y 26 abstenciones. A la luz de este resultado poco satisfactorio pero oficialmente vinculante, Lenin redactó, durante la madrugada y en nombre del Comité Ejecutivo Central, la aceptación incondicional del ultimátum de Alemania. La decisión fue comunicada de inmediato por radio a los alemanes.

La mañana del 24 de febrero, el Comité Central se reunió para elegir una delegación que viajaría a Brest.[69] Se presentaron ahora multitud de dimisiones de los cargos del Estado y del partido. Trotski, que ya había dimitido como comisario de Asuntos Exteriores, dejó también sus otros cargos. Abogaba por estrechar las relaciones con los franceses y los británicos porque estaban deseando colaborar con la Rusia soviética y no pretendían hacerse con su territorio. Algunos comunistas de izquierdas siguieron el ejemplo de Bujarin y presentaron su dimisión. Expresaron sus motivos en una carta abierta. La capitulación ante las exigencias de los alemanes, escribieron, suponía un fuerte revés para las filas revolucionarias del extranjero y asfixiaban la Revolución rusa. Además, las concesiones que se les exigía a los rusos respecto al capitalismo alemán perjudicarían de forma catastrófica al socialismo de Rusia: «La rendición externa de la posición del proletariado allana inevitablemente el camino hacia la rendición interna». Los bolcheviques no cederían a las Potencias Centrales ni colaborarían con los Aliados, sino que «emprenderían una guerra civil a escala internacional».[70]

Lenin, que había conseguido lo que se proponía, les rogó a Trotski y a los comunistas de izquierdas que no hicieran efectiva su dimisión hasta que la delegación soviética no

regresara de Brest. Durante aquellos días de tensión hizo gala de un liderazgo brillante, engatusando a algunos de sus partidarios y persuadiendo a otros, sin perder nunca la paciencia ni la determinación. Aquella fue acaso la lucha política más dura de toda su vida.

¿Quién viajaría a Brest para firmar el vergonzante *Diktat*? Nadie quería que asociaran su nombre al tratado más humillante de la historia de Rusia. Yoffe se negó en redondo, mientras que Trotski, habiendo dimitido, optó por quitarse de en medio. G. Y. Sokólnikov, ex bolchevique y antiguo director del *Pravda*, propuso a Zinóviev, a lo que este respondió proponiéndolo a él.[71] Sokólnikov amenazó con salir del Comité Central si lo elegían a él. Al final, no obstante, dejó que lo convencieran para aceptar la presidencia de la delegación de paz rusa, la cual incluía a L. M. Petrovski, a Gueorgui V. Chicherin y a Lev M. Karaján. El grupo partió hacia Brest el 24 de febrero.

El profundo rechazo a la decisión de capitular ante los alemanes, que se observaba incluso entre las filas de Lenin, queda patente en el hecho de que el 24 de febrero la Oficina Regional del Partido Bolchevique en Moscú rechazó el Tratado de Brest y aprobó por unanimidad un voto de censura contra el Comité Central.[72]

Pese a la capitulación de Rusia, los ejércitos alemanes siguieron avanzando, hacia una línea de demarcación trazada por su mando para que sirviera como frontera permanente entre los dos países. El 24 de febrero ocuparon Dorpat (Yuriev) y Pskov, y se apostaron a unos 250 kilómetros de la capital rusa. Al día siguiente tomaron Revel y Borisov. Siguieron avanzando incluso cuando la delegación rusa ya había llegado a Brest; el 28 de febrero, los austríacos se adueñaron de Berdíchev y el 1 de marzo los alemanes

ocuparon Gómel, tras lo cual reanudaron la marcha para apoderarse de Chernígov y Moguilev. El 2 de marzo, los aviones alemanes bombardearon Petrogrado.

Lenin no se arriesgó («No cabía la menor duda» de que los alemanes pretendían ocupar Petrogrado, dijo el 7 de marzo) [73] y ordenó la evacuación del gobierno a Moscú. Según el general Niessel, el equipamiento militar fue sacado de Petrogrado con la ayuda de los especialistas que aportó la misión militar francesa.[74] Sin que se emitiera un decreto oficial a este efecto, a principios de marzo los comisariados empezaron a trasladarse a la antigua capital. Un artículo titulado «Huida», publicado en el *Novaya Zhizn* el 9 de marzo, retrataba un Petrogrado presa del pánico, cuyos ciudadanos se agolpaban en las estaciones de ferrocarril y que, si no conseguían montar en ningún tren, escapaban en carro o a pie. La ciudad no tardó en paralizarse por completo; se interrumpieron el suministro de electricidad y de combustible y los servicios médicos; las escuelas y el transporte urbano dejaron de funcionar. Los fusilamientos y los linchamientos se convirtieron en el pan de cada día.[75]

Dado lo expuesta que había quedado Petrogrado y la incertidumbre que suscitaban las intenciones de los alemanes, la decisión de trasladar la capital del estado comunista a Moscú parecía ser la decisión más lógica. Pero no puede olvidarse que cuando el Gobierno Provisional, por los mismos motivos, consideró la posibilidad de evacuar Petrogrado medio año antes, nadie lo acusó de traición con más vehemencia que los bolcheviques.

El traslado se efectuó bajo estrictas medidas de seguridad. Los oficiales del partido y del Estado de mayor rango fueron los primeros en salir, incluidos distintos miembros del Comité Central, oficiales de sindicatos bolcheviques y

directores de periódicos comunistas. En Moscú se les asignaron diversas propiedades particulares requisadas.

Lenin se escabulló de Petrogrado la noche del 10-11 de marzo, acompañado de su esposa y su secretario, Bonch-Bruevich.[76] El viaje fue organizado con el máximo secretismo. El grupo viajó en un tren especial, protegido por una escolta letona. De madrugada, al toparse con una multitud de desertores cuyas intenciones no estaban muy claras, el convoy se detuvo mientras Bonch-Bruevich ordenaba que los desarmaran. A continuación, el tren reanudó la marcha y llegó a Moscú al anochecer. No habían avisado a nadie de su viaje, de modo que el autoproclamado líder de los proletarios del mundo entró en la capital como ningún zar lo había hecho jamás, siendo recibido tan solo por una hermana.

Lenin estableció su residencia y su despacho en el Kremlin. Aquí, tras las murallas de piedra y las sólidas puertas de la fortaleza construida en el siglo XV por arquitectos italianos, se instaló la nueva sede del gobierno bolchevique. Los comisarios del pueblo y sus familias también buscaron refugio tras los muros del Kremlin. La protección de la fortaleza quedó en manos de los letones, que expulsaron de ella a multitud de residentes, incluido un grupo de monjes.

Si bien fue tomada por una cuestión de seguridad, la decisión de Lenin de trasladar la capital de Rusia a Moscú y de instalarse en el Kremlin revestía gran importancia. De alguna manera, simbolizaba el rechazo del curso prooccidental iniciado por Pedro I, en favor de las antiguas tradiciones moscovitas. Pese a su condición de «provisional» terminó siendo permanente. Reflejaba asimismo la obsesión con la que los nuevos líderes defendían su integridad. Para hacerse una idea de la relevancia de estas acciones, podríamos

imaginarnos al primer ministro del Reino Unido teniendo que abandonar Downing Street y trasladando su residencia y su despacho, así como los de sus ministros, a la Torre de Londres para gobernar desde allí bajo la protección de una escolta sij.

Los rusos llegaron a Brest el 1 de marzo y dos días más tarde, sin más dilación, firmaron el tratado alemán.

Las condiciones eran excesivamente abusivas. Nos dan una idea del tipo de tratado de paz que habrían obtenido los Aliados de haber perdido la guerra, y evidencian lo infundadas que eran las quejas de los alemanes sobre el *Diktat* de Versalles, más moderado en todos los aspectos que el tratado que ellos le habían impuesto a la indefensa Rusia.

Se le exigió a Rusia que hiciera concesiones territoriales considerables, las cuales le costaron la mayor parte de las conquistas realizadas desde mediados del siglo XVII; al oeste, al noroeste y al sudoeste, las fronteras se redujeron hasta ajustarse a las del Estado moscovita. Tuvo que renunciar a Polonia y Finlandia, a Estonia, Letonia y Lituania, así como a Transcaucasia, que o bien se convirtieron en estados soberanos bajo un protectorado alemán, o bien se integraron en Alemania. Moscú hubo de reconocer, además, a Ucrania como república independiente.[143*] Estos términos implicaban la pérdida de 750.000 kilómetros cuadrados, una superficie que casi duplicaba a la del Imperio alemán; gracias a Brest, Alemania triplicó su tamaño.[77]

Los territorios cedidos, que Rusia había conquistado a Suecia y a Polonia, comprendían sus tierras más ricas y pobladas. En ellas vivía el 26 por ciento de sus habitantes, incluido más de un tercio de la población urbana. Según los cálculos actuales,[78] dichas áreas sumaban el 37 por ciento del potencial agrícola de Rusia. En ellas estaba ubicado el 28 por

ciento de su industria, el 26 por ciento de las líneas de ferrocarril y tres cuartas partes de los depósitos de carbón y hierro.

Aun así, lo que más mortificaba a los rusos eran las cláusulas económicas que se recogían en los apéndices, las cuales otorgaban a los alemanes un estatus privilegiado en la Rusia soviética.[79] Muchos rusos creían que los alemanes pretendían aprovecharse de tales derechos no solo para disfrutar de ventajas económicas, sino también para sofocar el socialismo ruso. En teoría, los derechos tenían carácter recíproco, pero Rusia no se hallaba en condiciones de reclamar su parte.

Los ciudadanos y las corporaciones de las Potencias Centrales quedaron exentos *de facto* de los decretos de nacionalización que las autoridades bolcheviques habían aprobado desde su llegada al poder, lo que les permitió conservar los bienes muebles e inmuebles que poseían en la Rusia soviética, así como desempeñar actividades comerciales, industriales y profesionales en su territorio. Podían repatriar los bienes que poseían en la Rusia soviética sin pagar tasas punitivas. La norma tenía carácter retroactivo; los bienes inmuebles y los derechos de explotación de la tierra y las minas que las potencias signatarias habían requisado a los ciudadanos durante la guerra les serían devueltos a sus propietarios; si estaban nacionalizados, los propietarios recibirían una compensación adecuada. La misma regla se aplicaba a los poseedores de títulos de las empresas nacionalizadas. Se elaboraron diversas cláusulas para el libre tránsito de bienes comerciales de un país a otro, los cuales además reconocían mutuamente la condición de nación prioritaria. Dejando a un lado el decreto de enero de 1918, que rechazaba las deudas públicas y privadas de Rusia, el

gobierno soviético admitió la obligación de liquidar estas deudas con las Potencias Centrales y de seguir pagando intereses por ellas, bajo unas condiciones a determinar en acuerdos separados.

Estas disposiciones les conferían a las Potencias Centrales (básicamente, a Alemania) una serie de privilegios extraterritoriales sin precedentes en la Rusia soviética, de manera que quedaban exentas de su régimen económico y se les permitía emprender iniciativas privadas en la creciente economía socializada. Los alemanes, de hecho, se convirtieron en los copropietarios de Rusia; se hallaban en posición de adueñarse del sector privado, mientras que el gobierno ruso solo tenía libertad para administrar el sector nacionalizado. Conforme a las condiciones del tratado, los propietarios de compañías, bancos y títulos rusos podían venderles sus posesiones a los alemanes, lo que los libraba del control comunista. Como veremos, para cerrar las puertas a esta posibilidad, en junio de 1918 los bolcheviques nacionalizaron todas las grandes industrias soviéticas.

Por lo demás, en el tratado los rusos se comprometían a retirar su ejército y su marina (en otras palabras, a quedar indefensos); a desistir de sus actividades de agitación y propaganda contra los gobiernos, las instituciones públicas y las fuerzas armadas de los demás signatarios, y a respetar la soberanía de Afganistán y de Persia.

Cuando el gobierno soviético dio a conocer ante la ciudadanía los términos del Tratado de Brest (y tardó bastante en hacerlo, por lo mucho que le preocupaba la reacción del pueblo), una oleada de indignación sacudió todo el espectro político, desde la extrema izquierda hasta la extrema derecha. Según John Wheeler-Bennett, Lenin se convirtió en la persona más vilipendiada de Europa.[80] El

conde Mirbach, el primer embajador alemán en la Rusia soviética, envió un telegrama al Ministerio de Asuntos Exteriores en mayo para comunicarle que hasta el último ciudadano ruso se oponía al tratado, pues lo consideraban aún más infame que la dictadura bolchevique.

> Pese a que el dominio de los bolcheviques ha hecho de Rusia un infierno de hambre, crimen y ejecuciones silenciadas difícil de describir con palabras, ningún ruso estaría dispuesto a solicitarle ayuda a Alemania para detener a los bolcheviques si ello implicase firmar el Tratado de Brest.[81]

Nunca antes un gobierno ruso le había entregado tantos territorios ni le había concedido tales privilegios a otra potencia. Rusia no solo «había vendido al proletariado internacional», sino que había puesto todas las facilidades posibles para convertirse en una colonia de Alemania. Muchos esperaban (con regocijo en los círculos conservadores y con furia en los radicales) que los alemanes aprovechasen los derechos que el tratado les reconocía para restaurar el mercado libre en Rusia. Así, a mediados de marzo empezaron a circular por Petrogrado rumores de que los alemanes reclamaban que se les devolvieran a sus propietarios tres bancos nacionalizados y que pronto todos los bancos serían desnacionalizados.

La ley constitucional del nuevo Estado requería que el tratado fuese ratificado por el Congreso de los Sóviets dentro de dos semanas. El congreso que debía encargarse de ello se reuniría en Moscú el 14 de marzo.

A pesar de que había acatado todas sus condiciones, Lenin seguía sin fiarse de los alemanes. Estaba muy atento a las divisiones que experimentaba el gobierno alemán y sabía que los generales insistían en destituirlo. Le pareció sensato, por lo tanto, mantenerse en contacto con los Aliados, y prometió que realizaría un cambio radical en la política de asuntos exteriores de su gobierno que los favorecería a ellos.

Después de firmar el Tratado de Brest, pero antes de que quedase ratificado, Trotski le entregó una nota a Robins para que se la transmitiera al gobierno de Estados Unidos.

> En el caso de que (a) el Congreso de los Sóviets de Todas las Rusias se niegue a ratificar el tratado de paz con Alemania, de que (b) el gobierno alemán, infringiendo el tratado de paz, reanude la ofensiva para continuar con su expolio, o de que (c) el gobierno soviético se vea obligado por las actuaciones de Alemania a renunciar al tratado de paz (antes o después de su ratificación) y a reanudar las hostilidades.
>
> En todos estos casos es muy importante para los planes en materia política y militar de la potencia soviética que se dé una respuesta a las siguientes cuestiones:
>
> 1. ¿Puede el gobierno soviético confiar en el apoyo de los Estados Unidos de Norteamérica, Gran Bretaña y Francia en su conflicto con Alemania?
>
> 2. ¿Qué tipo de apoyo se podría proporcionar en un futuro inmediato, y bajo qué condiciones (equipamiento militar, logística, suministros básicos)?
>
> 3. ¿Qué tipo de apoyo sería prestado particular y especialmente por Estados Unidos?
>
> En el caso de que Japón (a consecuencia de un acuerdo manifiesto o tácito con Alemania o incluso sin tal acuerdo) intente apoderarse de Vladivostok y del Ferrocarril de Siberia Oriental, lo cual amenazaría con interrumpir el tránsito entre Rusia y el océano Pacífico y obstaculizaría en grado sumo el desplazamiento de las tropas soviéticas hacia el este rodeando los Urales, ¿qué pasos darían los demás Aliados, particularmente Estados Unidos, para impedir el desembarco de Japón en nuestro Lejano Oriente y para garantizar la comunicación ininterrumpida con Rusia por medio de la ruta siberiana?
>
> En opinión del gobierno de Estados Unidos, ¿hasta qué punto (dadas las circunstancias anteriormente expuestas) estaría garantizada la ayuda de Gran Bretaña a través de Múrmansk y de Arcángel? ¿Qué medidas podría tomar el gobierno de Gran Bretaña a fin de asegurar esta ayuda y, por lo tanto, de socavar los fundamentos de los rumores sobre los planes hostiles contra Rusia por parte de Gran Bretaña en un futuro inmediato?
>
> Todas estas preguntas están condicionadas por la suposición de que las políticas de asuntos interiores y exteriores del gobierno soviético continuarán aplicándose conforme a los principios del socialismo internacional y de que el gobierno soviético mantendrá intacta su independencia respecto a los gobiernos no socialistas.[82]

El último párrafo de la nota significaba que los bolcheviques se reservaban el derecho de tomar medidas para el derrocamiento de los mismos gobiernos a los que estaba

solicitando ayuda.

El día que le entregó la anterior nota a Robins, Trotski habló con Bruce Lockhart.[83] Le dijo al agente británico que existía la posibilidad de que el próximo Congreso de los Sóviets se negara a ratificar el Tratado de Brest y le declarase la guerra a Alemania. Pero para que esto ocurriera, los Aliados debían ofrecer su apoyo a la Rusia soviética. A continuación, aludiendo a las propuestas que circulaban en las capitales aliadas acerca de desembarcos masivos de tropas expedicionarias japonesas en Siberia para hacer frente a los alemanes, Trotski dijo que semejante violación de la soberanía rusa anularía cualquier posibilidad de acercamiento a los Aliados. Al informar a Londres de las declaraciones de Trotski, Lockhart señaló que esas propuestas eran la mejor oportunidad de reactivar el frente oriental. Francis, el embajador de Estados Unidos, se mostró de acuerdo; le comunicó por telegrama a Washington que si los Aliados convencían a los japoneses para que abandonasen sus planes de desembarco en Siberia, el Congreso de los Sóviets probablemente rechazaría el Tratado de Brest.[84]

No cabía, por supuesto, ni la más remota posibilidad de que el Congreso de los Sóviets, compuesto por la habitual mayoría bolchevique, se atreviera a privar a Lenin de la victoria que tanto trabajo le había costado. Los bolcheviques utilizaron el cebo para evitar algo que de verdad temían: la ocupación de Siberia por parte de los japoneses y su intervención en los asuntos de Rusia en el bando de las fuerzas antibolcheviques. Según Noulens, los bolcheviques confiaban en Lockhart hasta tal punto que le permitieron comunicarse con Londres en clave, algo que les estaba prohibido incluso a las misiones extranjeras oficiales.[85]

El primer resultado concreto del acercamiento a los

Aliados fue el desembarco de un pequeño contingente aliado en Múrmansk el 9 de marzo. Desde 1916 se habían acumulado allí casi 600.000 toneladas de equipamiento militar destinado a los ejércitos rusos, no retribuido en su mayor parte, debido a la falta de transporte con el que distribuirlo por el interior. Los Aliados temían que este material cayera en manos alemanas como consecuencia de los acontecimientos de Brest-Litovsk o de la toma de Múrmansk por parte de las tropas germano-finlandesas. Asimismo, les preocupaba que los alemanes se apoderasen de la cercana Pechenga (Pétsamo) y construyesen una base de submarinos allí.

La solicitud inicial de protección aliada llegó desde el Sóviet de Múrmansk, que el 5 de marzo comunicó por telegrama a Petrogrado de que la «Guardia Blanca finlandesa», al parecer con la colaboración de las tropas alemanas, se estaba preparando para atacar Múrmansk. El sóviet se puso en contacto con una tropa naval británica a la vez que pidió autorización a Petrogrado para solicitar la intervención de los Aliados. Trotski informó al Sóviet de Múrmansk de que tenía licencia para aceptar la asistencia militar aliada.[86] Así, la primera actuación occidental en suelo ruso tuvo lugar a petición del Sóviet de Múrmansk y con la aprobación del gobierno soviético. En el discurso que pronunció el 14 de mayo de 1918, Lenin explicó que los británicos y los franceses habían desembarcado «para defender la costa de Múrmansk».[87]

Las tropas aliadas que desembarcaron en Múrmansk se componían de 150 marineros británicos y de algunos franceses, así como de varios centenares de checos.[88] Durante las siguientes semanas, Gran Bretaña se mantuvo en contacto con Moscú de forma ininterrumpida sobre la cuestión de

Múrmansk; por desgracia, el contenido de tales comunicaciones no ha sido revelado. Ambas partes colaboraron para impedir que los alemanes y los finlandeses se hicieran con este importante puerto. Más adelante, presionado por Alemania, Moscú protestó por la presencia de los Aliados en territorio ruso, pero Sadoul, que se mantenía en estrecho contacto con Trotski, le recomendó a su gobierno que no le diera mayor importancia.

> Lenin, Trotski y Chicherin aceptan, bajo las actuales circunstancias, es decir, con la esperanza de llegar a un acuerdo con los Aliados, los desembarcos de británicos y franceses en Múrmansk y Arcángel, entendiéndose que con el propósito de no darles a los alemanes ninguna excusa para protestar por esta clara violación del tratado de paz, les dirigirán una queja meramente formal a los Aliados. Comprenden a la perfección que es necesario proteger los puertos del norte y los ferrocarriles que llevan hasta ellos de los planes trazados por los alemanes y los finlandeses.[89]

En la víspera del Cuarto Congreso de los Sóviets, los bolcheviques celebraron el Séptimo (Extraordinario) Congreso del partido (del 6 al 8 de marzo). El orden del día de esta reunión de cuarenta y seis delegados convocada con tanta prisa se centraba en Brest-Litovsk. Las discusiones del círculo íntimo de los iniciados, sobre todo la defensa de Lenin de su impopular posición, aportan una perspectiva insólita de las actitudes que tomaron los comunistas frente a la ley internacional y las relaciones con otros países.

Lenin se defendió enérgicamente de los comunistas de izquierdas.[90] Hizo un repaso de la historia reciente, recordándoles a los allí presentes lo fácil que fue hacerse con el poder en Rusia y lo difícil que resultó organizarlo. No se podían aplicar sin más los métodos que habían sido tan efectivos en la toma del poder a la ardua tarea de la administración. Admitía que no podía haber una paz duradera con los países «capitalistas» y que era de vital importancia extender la revolución a otros países. Pero había

que aceptar la realidad: no todas las revueltas obreras de Occidente implicaban una revolución. En un arrebato de sinceridad antimarxista, confesó en privado que era mucho más difícil hacer la revolución en los países democráticos y capitalistas que en la atrasada Rusia.

Esto formaba parte del discurso habitual. Pero sí suponían una novedad algunas de las sinceras reflexiones que Lenin hizo sobre la cuestión de la guerra y la paz. Quiso devolverle la confianza a aquel público temeroso de que hubiera acordado una paz irreversible con una importante potencia «imperialista». En primer lugar, el gobierno soviético estaba decidido a infringir las estipulaciones del Tratado de Brest; de hecho, ya lo había hecho «en treinta o cuarenta ocasiones» (¡en solo tres días!). Además, el hecho de haber firmado la paz con las Potencias Centrales no suponía abandonar la lucha de clases. La paz, por definición, era transitoria, una «oportunidad para recuperar las fuerzas»: «La historia nos enseña que la paz es un mero descanso de la guerra». En otras palabras, la guerra es el estado natural de las cosas y la paz, un respiro; no podía firmarse una paz duradera con los países no comunistas, sino tan solo un cese temporal de las hostilidades, una tregua. Aunque el tratado de paz, estuviera en vigor, prosiguió Lenin, el gobierno soviético (haciendo caso omiso de sus términos) organizaría una nueva y efectiva fuerza militar. De este modo, aseguró Lenin para reconfortar a sus seguidores, el tratado de paz que se les pedía que aprobasen solo consistía en dar un rodeo para llegar a la revolución mundial.

Los comunistas de izquierdas se reafirmaron en sus objeciones,[91] pero no consiguieron suficientes votos. La moción, que aceptaba el tratado, se aprobó por 28 a 9 con una abstención. A continuación, Lenin le pidió al Congreso del

Partido que aprobase una resolución secreta, no sujeta a publicación durante un período indefinido, que le otorgara al Comité Central «la autoridad para anular en cualquier momento todos los tratados de paz con gobiernos imperialistas y burgueses y, asimismo, para declararles la guerra».[92] Aprobada de inmediato y sin que se llegara a rescindir oficialmente en ningún momento, dicha resolución autorizaba a los escasos miembros del Comité Central bolchevique a romper, según su propio criterio, todos los acuerdos internacionales a los que su gobierno se había comprometido y a declararse en guerra con cualquier país del mundo.

Aún quedaba pendiente la formalidad de la ratificación. A pesar de los falsos temores que Trotski les había confesado a los representantes de los Aliados, la cuestión quedaba fuera de toda duda. El congreso no era un cuerpo elegido de forma democrática, sino una asamblea de iniciados; de los 1.100 a 1.200 delegados que se reunieron el 14 de marzo, dos tercios eran bolcheviques. Lenin expresó su habitual defensa del tratado en dos interminables y farragosos discursos, propios de un hombre extenuado, con los que pedía mantener los pies en la tierra.

Esperaba con impaciencia una respuesta a las solicitudes de ayuda económica y militar que les había formulado a los gobiernos de Estados Unidos y Gran Bretaña; sabía muy bien que, en cuanto el tratado quedase ratificado, no tendría ninguna posibilidad de conseguirlo.

Durante los primeros años del poder bolchevique, el conocimiento de Rusia y el interés por los asuntos del país eran proporcionales a la proximidad geográfica. Los alemanes, los vecinos más cercanos, despreciaban y temían a los bolcheviques aunque tratasen con ellos. A Francia e

Inglaterra no les preocupaban demasiado las acciones ni las intenciones de los bolcheviques, siempre que siguieran participando en la guerra. Estados Unidos, separado por un océano, parecía celebrar con efusividad el régimen bolchevique, y durante los meses siguientes al golpe de octubre, atraídos por la fantasía de las oportunidades comerciales a gran escala, quisieron congraciarse con sus líderes.

Woodrow Wilson parecía creer que en efecto los bolcheviques hablaban en nombre del pueblo ruso,[93] y que formaban un destacamento de ese gran ejército internacional que él imaginaba marchando hacia la democracia universal y la paz eterna. Los llamamientos que hacían a los «pueblos» del mundo, opinaba, necesitaban de una respuesta. Así lo manifestó en el discurso del 8 de enero de 1918, en el que presentó los célebres Catorce Puntos, cuando se tomó la molestia de elogiar el comportamiento de los bolcheviques en Brest.

> Hay […] una voz que llama a la definición de principios y de propósitos que es, a mi juicio, más emocionante y más persuasiva que el griterío que satura el agitado aire del mundo. Es la voz del pueblo ruso. Está postrado y prácticamente indefenso, se diría, ante la autoridad lúgubre de Alemania, que hasta ahora no se ha saciado ni apenado. El poder del pueblo ruso, según parece, se ha resquebrajado, pero aun así su alma permanece indómita. No cederán ni en sus principios ni en sus actos. Su idea de lo que es correcto, de lo que es humano y honrado que acepten, ha sido expresada con una franqueza, con una amplitud de miras, con una generosidad de espíritu y con una compasión humana natural que despierta la admiración de todo aquel que se considere amigo de los hombres; se han negado, además, a renunciar a sus ideales y a adoptar otros para vivir más seguros. Hacen un llamamiento para que les digamos qué queremos, en qué difieren nuestros propósitos y nuestro espíritu de los suyos, si es que difieren en algo; y yo creo que el pueblo de Estados Unidos desea que yo responda, con absoluta franqueza y sencillez. Lo crean o no sus actuales líderes, nuestro más ferviente deseo y nuestra esperanza es que se abra un camino por el que podamos tener el privilegio de ayudar al pueblo de Rusia a cumplir su sueño de libertad y de paz civilizada.[94]

Había un posible gran obstáculo a la cooperación entre los bolcheviques y los Aliados, y este eran las deudas de Rusia. Como se ha comentado, en enero el gobierno bolchevique dejó de cumplir con las obligaciones financieras que el país había contraído con los acreedores del interior y del exterior. [95] Los bolcheviques dieron este paso con grandes dudas; temían que semejante violación de la ley internacional, que implicaba miles de millones de dólares, desatase una «cruzada capitalista». Sin embargo, las expectativas generalizadas que suscitaba la inminencia de una revolución en Occidente acabó con los recelos y el proceso siguió adelante.

No hubo ni revolución en Occidente ni cruzada antibolchevique. Las potencias occidentales se tomaron este nuevo asalto contra la ley internacional con sorprendente calma. De hecho, los norteamericanos insistieron en asegurarles a los bolcheviques que no tenían nada que temer de ellos. Yuri Larin, el consejero de economía más próximo a Lenin, recibió una visita del cónsul estadounidense en Petrogrado, quien le dijo que, si bien «en principio» Estados Unidos no podía aceptar la anulación de los préstamos internacionales, estaban listos

> para aceptarlo *de facto*, para no exigir pagos y para establecer relaciones con Rusia como si se tratara de un país que acabase de nacer. En concreto, Estados Unidos nos ofrecía [a la Rusia soviética] un crédito comercial a gran escala, por medio del cual Rusia podría traer de Norteamérica maquinaria y materias primas de todo tipo para entregarlas en Múrmansk, Arcángel o Vladivostok.

Para garantizar el pago, sugirió el cónsul estadounidense, la Rusia soviética podría considerar la idea de depositar oro en la Suecia neutral y de conceder a Estados Unidos exenciones en Kamchatka.[96]

¿Qué pruebas más se necesitaban de que era posible hacer negocios con los «ladrones imperialistas» aun cuando se incitaba a los ciudadanos a hacer la revolución? ¿Y por qué no

enfrentar a los empresarios de un país contra los de otro? ¿O a los industriales capitalistas y los banqueros contra los militares? Las posibilidades que ofrecía la filosofía del *divide et impera* eran infinitas. Y, de hecho, los bolcheviques explotarían al máximo estas oportunidades para compensar su lamentable debilidad, lo que atraería a otros países interesados en negociar importaciones industriales a cambio de comida y materias primas que ellos no tenían, a pesar de que su población se muriera de hambre y frío.

Todos y cada uno de los mensajes que el gobierno de Estados Unidos transmitió a las autoridades bolcheviques durante los primeros meses de 1918 daban la impresión de que Washington se tomaba en sentido literal las declaraciones de los bolcheviques sobre sus intenciones democráticas y pacíficas e ignoraba su llamamiento a la revolución mundial. Lenin y Trotski, por tanto, tenían motivos para contar con una respuesta positiva a la solicitud de ayuda que habían elevado a Washington.

La tan esperada respuesta de los norteamericanos a la petición del 5 de marzo llegó el día que se iniciaba el Cuarto Congreso de los Sóviets (14 de marzo). Robins se la entregó a Lenin, quien hizo que la publicasen de inmediato en *Pravda*. Era una nota evasiva, dirigida no al gobierno soviético sino al Congreso de los Sóviets, tal vez porque suponían que esta junta era el equivalente al cuerpo legislativo de Estados Unidos. Por el momento no le prestarían ayuda a la Rusia soviética, pero le concedían al régimen algo parecido a un reconocimiento formal. El presidente estadounidense escribió:

Washington,
11 de marzo de 1918

Permítanme aprovechar la celebración del Congreso de los Sóviets para expresar la sincera compasión que el pueblo de Estados Unidos siente por

las gentes de Rusia en este momento en el que la potencia alemana ha decidido imponerse con el objeto de desbaratar la lucha por la libertad y de sustituir la voluntad del pueblo ruso por la de Alemania.

Aunque el gobierno de Estados Unidos, lamentablemente, no se encuentra en la actualidad en condiciones de ofrecer la ayuda directa y efectiva que desearía poder prestar, quiero asegurarle al pueblo de Rusia a través del congreso que hará cuanto esté en su mano para que Rusia pueda volver a actuar con completa soberanía e independencia en sus asuntos, y para que siga desempeñando su valioso papel en la vida de Europa y del mundo moderno.

El corazón del pueblo de Estados Unidos está con las gentes de Rusia en su intento de librarse para siempre de un gobierno autocrático y de convertirse en los dueños de su destino.

WOODROW WILSON[97]

El gobierno británico reaccionó de una forma similar.[98]

Esto no era lo que los bolcheviques esperaban; habían sobrevalorado su capacidad de confrontar a los bandos «imperialistas». Con la esperanza de que tal vez el mensaje de Wilson no fuese más que el primer paso, al que seguirían otros, Lenin continuó acosando a Robins para que le entregara un nuevo mensaje. Cuando quedó claro que no llegarían más comunicados, Lenin redactó una respuesta insultante dirigida al «pueblo» norteamericano (más que a su presidente) en la que prometía que la revolución no tardaría en extenderse hasta su país.

El congreso le manifiesta su agradecimiento al pueblo norteamericano, sobre todo a las clases obreras y explotadas de Estados Unidos, por la compasión que el presidente Wilson a través del Congreso de los Sóviets ha mostrado al pueblo ruso en unos días de graves convulsiones.

La República Federativa Socialista Rusa de los Sóviets aprovecha el comunicado del presidente Wilson para expresarles a todas las personas que mueren y sufren a causa de los horrores de la guerra imperialista su más caluroso apoyo y su firme convicción de que los tiempos de prosperidad dejarán de quedar lejos cuando las masas obreras de todos los países se desembaracen del yugo del capitalismo y establezcan una forma de gobierno socialista, que por definición garantizará la paz justa y permanente, así como la cultura y el bienestar de la clase obrera.[99]

Entre carcajadas, el Congreso de los Sóviets aprobó por unanimidad la resolución (con dos modificaciones menores), que Zinóviev calificó de

«sonora bofetada» en la cara del capitalismo estadounidense.[100]

El congreso, como estaba previsto, ratificó el Tratado de Brest. La moción a tal efecto recibió 724 votos, un 10 por ciento menos que el número de bolcheviques presentes, pero que conformaban una mayoría de más de dos tercios; 276 delegados, o una cuarta parte, casi todos socialistas revolucionarios de izquierdas, quizá junto con algunos comunistas de izquierdas, votaron en contra; 118 delegados se abstuvieron. Después de que se anunciaran los resultados, los socialistas revolucionarios de izquierdas anunciaron que se retirarían del Sovnarkom. Esto puso fin al espejismo del «gobierno de coalición», aunque por el momento los socialistas revolucionarios de izquierdas siguieron trabajando en instituciones soviéticas de menor relevancia, como la Checa.

En votación secreta, el congreso aprobó la resolución del Comité Central bolchevique que autorizaba al gobierno a renunciar al Tratado de Brest y a declarar la guerra a su discreción.

Muchos bolcheviques le reconocieron a Lenin el mérito de la visión profética que había demostrado al aceptar un tratado humillante con el que ganaría el tiempo que necesitaba y que después caería por su propio peso. Cuando los bolcheviques renunciaron al Tratado de Brest el 13 de noviembre de 1918, tras la capitulación de Alemania ante los Aliados occidentales, su prestigio dentro del movimiento bolchevique ascendió a cotas inauditas. Nunca antes había hecho nada que contribuyese tanto a su fama de infalibilidad; en adelante no necesitó volver a amenazar con su dimisión para que las cosas se hiciesen a su manera.

Con todo, nada indica que al presionar a sus colegas para que accedieran a las demandas de los alemanes Lenin esperase

un colapso inminente de las Potencias Centrales. Ni en los discursos ni en los escritos que elaboró entre diciembre de 1917 y marzo de 1918, ya fuesen públicos o privados, cuando utilizaba todos los argumentos imaginables para conseguir el apoyo de la oposición, afirmó que a Alemania se le estuviera agotando el tiempo ni que la Rusia soviética recuperaría pronto todo aquello a lo que tuvo que renunciar. Más bien al contrario. En la primavera y el verano de 1918, Lenin parecía tan optimista como el Alto Mando alemán por la derrota aplastante a la que estaban a punto de someter a los Aliados. Sin duda, Leonid Krasin no hablaba solo en su nombre cuando a su regreso de Alemania, a principios de septiembre de 1918, les aseguró a los lectores de *Izvestia* que, gracias a su organización y disciplina admirables, a Alemania no le supondría ningún problema seguir en guerra durante otro año más, el quinto.[101] La fe de los bolcheviques en la victoria de Alemania se pone de manifiesto en los complejos acuerdos que Moscú concluyó con Berlín en agosto de 1918, pactos que ambos países consideraban el preludio de una alianza formal.[102] Lo inimaginable que la derrota de Alemania era para Moscú se aprecia en el hecho de que el 30 de septiembre de 1918, cuando la Alemania imperial agonizaba, Lenin autorizó el traslado a Berlín de activos valorados en 312 millones y medio de marcos alemanes, como se preveía en el acuerdo del 27 de agosto, complementario al Tratado de Brest, si bien podría haber retrasado este pago con impunidad para después cancelarlo. Una semana antes de que Alemania solicitase un armisticio, el gobierno soviético reiteró que los ciudadanos alemanes podrían retirar depósitos de los bancos soviéticos y sacarlos del país.[103] La conclusión ineludible de esta evidencia es que Lenin se atuvo al *Diktat* alemán, no porque creyese que Alemania no podría seguir imponiéndolo durante mucho tiempo más, sino al contrario, porque confiaba en que

Alemania ganase, y él quería estar en el bando vencedor.

Las circunstancias que rodeaban el Tratado de Brest-Litovsk conforman el modelo clásico de lo que sería la política de exteriores soviética. Sus principios pueden resumirse de la siguiente manera:

1. La principal prioridad en todo momento es la conservación del poder político, es decir, la autoridad soberana y el control del aparato estatal en alguna parte del territorio nacional propio. Este es el mínimo exigible. Se debe garantizar cueste lo que cueste, sacrificando cuanto haga falta: vidas humanas, territorios, recursos y orgullo nacional.

2. Desde que Rusia viviese la Revolución de Octubre y se convirtiera en la cuna («el oasis») del socialismo mundial, su seguridad y sus intereses tienen prioridad sobre la seguridad y los intereses de cualquier otro país, causa o partido, incluidos los del «proletariado internacional». La Rusia soviética es la encarnación del movimiento socialista internacional y la base a partir de la cual se promueve la causa socialista.

3. A fin de obtener ventajas, es admisible acordar la paz con países «imperialistas», aunque esta paz se debe desarrollar a modo de tregua armada, con el propósito de ponerle fin una vez que la situación vuelva a ser favorable. Mientras exista el capitalismo, dijo Lenin en mayo de 1918, los acuerdos internacionales no serán más que «papel mojado».[104] Incluso durante los períodos de paz simbólica se deberá insistir en las hostilidades empleando medios poco convencionales con el objeto de socavar los gobiernos con los que hay acuerdos firmados.

4. Puesto que la política es una guerra, las decisiones relativas a los asuntos exteriores, así como a los internos, se deberán tomar siempre de forma meditada, prestando especial atención a la «correlación de fuerzas».

> Tenemos una gran experiencia revolucionaria, y de esta experiencia hemos aprendido que es necesario seguir las tácticas del avance implacable siempre que las circunstancias objetivas lo permitan. […] Pero hemos de aplicar la táctica de la dilación, la acumulación pausada de fuerzas, cuando las circunstancias objetivas no ofrecen la posibilidad de poner en práctica un avance implacable general.[105]

Otro principio fundamental de la política exterior bolchevique se revelaría tras la promulgación del Tratado de Brest: el principio de que los intereses que tenían los comunistas en el extranjero debían defenderse mediante la aplicación del *divide et impera*, o, en palabras de Lenin, mediante

> la explotación más prudente, cuidadosa, metódica y hábil de cada «brecha», incluso la más leve, que presente el enemigo, de cada conflicto de intereses que surja entre la burguesía de los distintos países, entre los distintos grupos o distintos tipos de burguesía de cada país.[106]

14

La internacionalización de la revolución

> Lograr un armisticio ahora equivale a conquistar el mundo entero.
>
> LENIN, septiembre de 1917[1]

Aunque con el tiempo la Revolución rusa tendría una influencia sobre la historia mundial aún mayor que la francesa, inicialmente atrajo mucha menos atención. Esto puede explicarse mediante dos factores: la mayor prominencia de Francia y los diferentes ritmos de ambos acontecimientos.

A finales del siglo XVIII, Francia era, tanto política como culturalmente, la más importante potencia europea: la de los Borbones era la principal dinastía del continente, la encarnación del absolutismo real, y el francés era el idioma de la sociedad cultivada. En un primer momento, las grandes potencias contemplaron con satisfacción cómo la revolución desestabilizaba Francia, pero enseguida se dieron cuenta de que también constituía un riesgo para su propia estabilidad. La detención del rey, las masacres de septiembre de 1792 y los llamamientos de los girondinos a las naciones extranjeras para que derrocasen a los tiranos no dejaron lugar a dudas de que la revolución era algo más que un mero cambio de gobierno. Le siguió un ciclo de guerras que duró casi un cuarto de siglo y se cerró con la restauración borbónica. La inquietud de los monarcas europeos ante el destino del

encarcelado rey francés es comprensible, teniendo en cuenta que su autoridad se fundamentaba en el principio de legitimidad, y una vez que este se abandonase en favor de la soberanía popular ninguno de ellos podría sentirse a salvo. Si bien era cierto que las colonias norteamericanas se habían adelantado a la hora de proclamar la democracia, no lo era menos que Estados Unidos era un territorio de ultramar, no la principal potencia continental.

Puesto que Rusia estaba situada en la periferia, con la mitad de su territorio en Asia, y era mayoritariamente agraria, Europa nunca consideró que el devenir interno ruso fuese relevante para sus propias preocupaciones. Por lo general, se interpretó que la revuelta de 1918 marcó la entrada tardía de Rusia en la Edad Moderna, y no se vio como una amenaza al orden establecido.

Esta indiferencia fue aún mayor debido al hecho de que, por haber tenido lugar en mitad de la mayor y más destructiva guerra de la historia, sus contemporáneos interpretaron la Revolución rusa como un episodio más de dicha guerra, y no como un acontecimiento en sí mismo. La ilusión que generó en Occidente se debió casi exclusivamente a su efecto potencial sobre las operaciones militares. Tanto los Aliados como las Potencias Centrales vieron con buenos ojos la Revolución de Febrero, aunque por motivos distintos: los primeros confiaban en que el derrocamiento de un zar impopular permitiría redoblar el esfuerzo bélico ruso, mientras que las segundas esperaban que apartase a Rusia de la guerra. El golpe de octubre fue, como es obvio, recibido con júbilo en Alemania. Entre los Aliados, las reacciones fueron variadas, pero desde luego no provocó alarma alguna. Lenin y su partido eran una incógnita cuyos planes y declaraciones utópicas nadie se tomaba en serio. La tendencia, especialmente tras Brest-Litovsk, era a entender el

bolchevismo como una creación de Alemania que desaparecería de la escena con el fin de las hostilidades. Todos los gobiernos europeos sin excepción subestimaron enormemente tanto la viabilidad del régimen bolchevique como la amenaza que suponía para el orden europeo.

Por estas razones, ni durante el último año de la Primera Guerra Mundial ni tras el armisticio se hizo ningún intento por expulsar a los bolcheviques de Rusia. Hasta noviembre de 1918, las grandes potencias estaban demasiado ocupadas luchando entre sí para preocuparse por los acontecimientos que se desarrollaban en la remota Rusia. Unas pocas voces aisladas se alzaron para advertir que el bolchevismo representaba una amenaza mortal para la civilización occidental, las cuales tuvieron especial repercusión en el ejército alemán, que acumulaba la experiencia más directa con la propaganda y la agitación bolcheviques. Pero incluso los alemanes terminaron por subordinar su inquietud sobre una posible amenaza a largo plazo a consideraciones de interés más inmediato. Lenin estaba plenamente convencido de que, tras sellar la paz, los ejércitos beligerantes unirían sus fuerzas y lanzarían una cruzada internacional contra su régimen. Sus temores resultaron ser infundados. Solo los británicos intervinieron activamente junto a las fuerzas antibolcheviques, y lo hicieron con poca convicción, en buena medida gracias al empuje de un solo hombre: Winston Churchill. Nunca se llevó a cabo un plan serio al respecto porque en Occidente las fuerzas a favor del acuerdo se impusieron sobre las que reclamaban la intervención, y a principios de la década de 1920 las potencias europeas se hicieron a la idea de una Rusia comunista.

Pero, aunque Occidente no estuviese demasiado interesado en el bolchevismo, los bolcheviques sí tenían un interés vital en Occidente. La Revolución rusa no se limitaría a su país de

origen; desde el momento en el que los bolcheviques se hicieron con el poder, adquirió una dimensión internacional. Su posición geopolítica garantizaba que Rusia no podría aislarse de la Guerra Mundial. Una gran parte de Rusia estaba ocupada por Alemania. Enseguida, británicos, franceses, japoneses y estadounidenses desplazarían contingentes simbólicos de tropas a suelo ruso en un vano intento por reactivar el frente oriental. Más importante aún era la convicción de los bolcheviques de que su revolución no debería confinarse, y no se confinaría, a Rusia, y que estaba abocada al fracaso a menos que se extendiese a los países occidentales industrializados. El mismo día que asumieron el mando en Petrogrado, los bolcheviques aprobaron su «Decreto de Paz», que exhortaba a los trabajadores en el extranjero a alzarse y dar apoyo al gobierno soviético para que este «concluya con éxito […] la tarea de liberar a las masas trabajadoras y explotadas de toda esclavitud y toda explotación».[2]

Aunque envuelta en el novedoso lenguaje de la lucha de clases, se trataba de una declaración de guerra a todos los demás gobiernos, una intervención en los asuntos internos de naciones soberanas que se repetiría con frecuencia, tanto en esa época como en otras posteriores. Lenin no negó que fuera esa su intención: «Hemos lanzado un desafío a los saqueadores imperialistas de todos los países».[3] Cada intento bolchevique por promover la guerra civil en el extranjero —mediante llamamientos, financiación, subversión y ayuda militar— internacionalizó la Revolución rusa.

La incitación a la rebelión de sus ciudadanos y a la guerra civil por parte de un gobierno extranjero les proporcionó a los «saqueadores imperialistas» todo el derecho de hacer lo propio. El gobierno bolchevique no podía promover la

revolución fuera de sus fronteras haciendo caso omiso del derecho internacional y al mismo tiempo apelar a ese mismo derecho internacional para evitar que las potencias extranjeras interviniesen en sus propios asuntos internos. No obstante, por las razones ya expuestas, las grandes potencias no hicieron uso de este derecho: ningún gobierno occidental, ni durante la Primera Guerra Mundial ni después de la misma, incitó al pueblo ruso a derrocar a su régimen comunista. La limitada intervención que se produjo durante el primer año del bolchevismo estuvo motivada exclusivamente por el deseo de hacer que Rusia sirviese a los intereses militares particulares de las potencias occidentales.

El 23 de marzo de 1918, los alemanes lanzaron su muy esperada ofensiva en el frente occidental. Desde el armisticio con Rusia, Ludendorff había transferido medio millón de hombres desde el este al oeste, dispuesto a sacrificar el doble de vidas si era preciso para lograr la victoria. Los alemanes emplearon una amplia variedad de innovaciones tácticas, tales como lanzar ataques sin bombardeos previos por parte de la artillería y usar «tropas de asalto» sometidas a un entrenamiento especial en los enfrentamientos críticos. Concentraron el grueso del ataque en el sector británico, al que sometieron a una enorme presión. Los pesimistas en el mando aliado, entre los que se contaba el general John J. Pershing, temieron que el frente no soportase la intensidad de la embestida.

La ofensiva alemana inquietó también a los bolcheviques. Aunque en los pronunciamientos oficiales denostaban por igual a ambos «bloques imperialistas» y exigían la suspensión inmediata de las hostilidades, en realidad querían que la guerra continuase. Mientras las grandes potencias se entretenían en luchar entre sí, los bolcheviques podrían consolidar sus conquistas y reforzar el ejército que

necesitaban para hacer frente a la cruzada imperialista prevista, así como aplastar a la oposición interna.

Incluso tras firmar un tratado de paz con las Potencias Centrales, los bolcheviques procuraron mantener buenas relaciones con los Aliados, porque no tenían la certeza de que «el partido de la guerra» no acabara imponiéndose en Berlín, lo que llevaría a los alemanes a marchar hacia Rusia y a expulsarlos del poder. La ocupación alemana de Ucrania y Crimea en marzo hizo que dichos temores aumentasen.

Ya hemos mencionado con anterioridad las peticiones de ayuda económica que Trotski dirigió a los Aliados. A mediados de marzo de 1918, los bolcheviques hicieron llamamientos urgentes de ayuda para la formación de un Ejército Rojo y para una posible intervención en Rusia con el objetivo de detener una potencial invasión alemana. Lenin confió la tarea de tratar con los Aliados a Trotski, recién nombrado comisario de Guerra, mientras él se centraba en las relaciones ruso-germanas. Evidentemente, todas las iniciativas de Trotski contaban con la aprobación del Comité Central bolchevique.

Los bolcheviques decidieron a principios de marzo redoblar los esfuerzos para la formación de unas fuerzas armadas. Pero, como todos los socialistas rusos, veían al ejército profesional como un vivero de la contrarrevolución. Crear un ejército permanente que se nutriese de oficiales del antiguo régimen suponía arriesgarse a la autodestrucción. Su solución predilecta era una «nación en armas», o una milicia popular.

Incluso después de tomar el poder, los bolcheviques continuaron desmantelando los restos del antiguo ejército y despojando a los oficiales de la poca autoridad que aún conservaban. Inicialmente ordenaron que los oficiales fuesen

elegidos, y a continuación abolieron los rangos militares y confirieron el poder de efectuar los nombramientos de los mandos a los sóviets de soldados.[4] Sometidos a la incitación de agitadores bolcheviques, soldados y marineros lincharon a muchos oficiales; en la flota del mar Negro, estos linchamientos alcanzaron la magnitud de verdaderas masacres.

Entretanto, Lenin y sus lugartenientes concentraron sus esfuerzos en la creación de sus propias fuerzas armadas. Como su primer comisario de Guerra, Lenin escogió a Nikolái V. Krilenko, un abogado bolchevique de treinta y dos años que había servido en el Ejército Imperial como teniente en la reserva. En noviembre, Krilenko acudió al Cuartel General del Ejército en Moguilev para sustituir al comandante en jefe, el general Nikolái N. Dujonin, que se había negado a negociar con los alemanes y fue brutalmente asesinado por sus tropas. Nombró como nuevo comandante en jefe al general Mijaíl D. Bonch-Bruevich, hermano del secretario de Lenin.

Lo cierto es que resultó que los oficiales profesionales estaban mucho más dispuestos a cooperar con los bolcheviques que la *intelligentsia*. Formados en una tradición de estricto apoliticismo y obediencia a quienes ocupaban el poder, la mayoría de ellos cumplió diligentemente las órdenes del nuevo gobierno.[5] Aunque las autoridades soviéticas se han resistido durante mucho tiempo a hacer públicos sus nombres, entre los que reconocieron de inmediato a la autoridad bolchevique se contaban algunos de los oficiales de mayor rango del Estado Mayor imperial: Alexánder A. Svechin, V. N. Yegórov, S. I. Odintsov, Alexánder A. Samoilo, P. P. Sitin, Dmitri P. Parski, A. E. Gutov, Alexánder A. Neznamov, A. A. Baltiski, Pável P. Lébedev, Andréi M.

Zaionchkovski y Serguéi S. Kámenev.[6] Más adelante, dos ministros zaristas de la Guerra, Alexis Polivánov y Dmitri Shuváiev, también vistieron el uniforme del Ejército Rojo. A finales de noviembre de 1917, Nikolái I. Podvoiski, consejero militar de Lenin, solicitó la opinión del Estado Mayor sobre si elementos del antiguo ejército podrían formar parte del núcleo de unas nuevas fuerzas armadas. Los generales recomendaron que las unidades sanas del antiguo ejército se utilizasen para este fin y que se redujese el número de efectivos del ejército en tiempos de paz a la cifra tradicional de 1,3 millones de hombres. Los bolcheviques rechazaron esta propuesta, más partidarios de unas fuerzas armadas revolucionarias y completamente renovadas, inspiradas en la Francia de 1791; esto es, una *levée en masse*, pero compuesta por entero de habitantes urbanos, sin campesinos.[7]

Pero los acontecimientos se precipitaron: el frente continuó derrumbándose y ahora era el frente de Lenin (como le gustaba decir, después de octubre los bolcheviques se habían convertido en «defensistas»). Se habló de crear unas fuerzas armadas de 300.000 hombres que servirían como base para el nuevo ejército bolchevique.[8] Lenin exigió que este contingente se reuniese y estuviese dispuesto para el combate en un mes y medio, para hacer frente al esperado ataque alemán. Esta orden se ratificó el 16 de enero en la denominada «Declaración de derechos», que contemplaba la creación de un Ejército Rojo para «garantizar el poder completo de las masas trabajadoras y evitar la restauración de los explotadores».[9] El nuevo Ejército Rojo de Obreros y Campesinos (Raboche-Krestianskaya Krasnaya Armiya) iba a estar compuesto exclusivamente por voluntarios, por «revolucionarios auténticos» que recibirían cincuenta rublos al mes y estarían sometidos a «garantías mutuas» (*krugovaya poruka*) en virtud de las cuales cualquier soldado sería

personalmente responsable de la lealtad de sus camaradas. Para dirigir este futuro ejército, el Sovnarkom creó el 3 de febrero una Academia del Ejército Rojo para Toda Rusia, presidido por Krilenko y Podvoiski.[10]

Los anuncios oficiales del gobierno justificaban la creación de un ejército nuevo y socialista por la necesidad que tenía la Rusia soviética de impedir el ataque de la «burguesía internacional». Pero esta era solo una de sus misiones declaradas, y no necesariamente la más importante. Como el Ejército Imperial, el Ejército Rojo cumplía una doble función: combatir a los enemigos externos y mantener la seguridad interna. En un discurso ante la sección de soldados del Tercer Congreso de los Sóviets en enero de 1918, Krilenko declaró que la tarea primordial del Ejército Rojo consistía en llevar a cabo una «guerra interna» y en garantizar «la defensa de la autoridad soviética».[11] Dicho de otro modo, su propósito principal era contribuir a una guerra civil, que Lenin tenía toda la intención de desencadenar.

Los bolcheviques también encomendaron a sus ejércitos la misión de extender las guerras civiles en el extranjero. Lenin creía que para el triunfo final del socialismo era necesaria toda una serie de grandes guerras entre países «socialistas» y «burgueses». En un momento de franqueza impropia de él, Lenin dijo:

> La existencia de la República Soviética junto a los estados imperialistas es impensable a largo plazo. En última instancia, la una o los otros se impondrán. Y, hasta que llegue ese momento final, una sucesión de terribilísimos conflictos entre la República Soviética y los gobiernos burgueses es inevitable. Esto significa que la clase dirigente, el proletariado, si tiene voluntad de dirigir y para que pueda llegar a hacerlo, debe demostrarlo también a través de su organización militar.[12]

Cuando se anunció la organización del Ejército Rojo, un editorial publicado en *Izvestia* la recibió así:

> La revolución de los trabajadores solo puede imponerse si lo hace a escala

global, y para que su triunfo sea duradero necesita que los trabajadores de los distintos países se ofrezcan ayuda mutua.

Y los socialistas del primer país en el que el poder ha pasado a manos del proletariado deben asumir la tarea de asistir, empuñando las armas, a sus hermanos en la lucha contra la burguesía más allá de la frontera.

El triunfo completo y definitivo del proletariado es inimaginable sin la conclusión victoriosa de toda una serie de guerras tanto en el frente exterior como en el interior. Por este motivo, la revolución no puede prosperar sin su propio ejército socialista.

«La guerra es la madre de todas las cosas», afirmó Heráclito. *Por la guerra transita también el camino hacia el socialismo*.[144*]

Hay muchas otras declaraciones —algunas, explícitas; otras, veladas— en el sentido de que la misión del Ejército Rojo contemplaba la intervención en el extranjero, o, en palabras del decreto del 28 de enero de 1918: «Dar apoyo a las futuras revoluciones socialistas en Europa».[13]

Todo eso aguardaba en el futuro. Por aquel entonces, los bolcheviques contaban únicamente con una fuerza militar fiable, los Fusileros Letones, de quienes hemos hablado al tratar sobre la represión de la Asamblea Constituyente y la seguridad del Kremlin. El ejército ruso creó las primeras unidades exclusivamente letonas en verano de 1915. En 1915-1916, los Fusileros Letones eran una fuerza compuesta por 8.000 hombres, todos ellos voluntarios, fuertemente nacionalistas y con un considerable contingente socialdemócrata.[14] Reforzados con letones procedentes de las unidades rusas regulares, a finales de 1916 contaban con ocho regimientos y un total de entre 30.000 y 35.000 hombres. Se parecía a la Legión Checoslovaca, formada en Rusia en esa misma época y compuesta de prisioneros de guerra, aunque sus destinos serían muy distintos.

En la primavera de 1917, las tropas letonas reaccionaron favorablemente a la propaganda bolchevique contra la guerra, pues esperaban que la paz y el principio de «autodeterminación natural» les permitirían regresar a su

país, por aquel entonces bajo ocupación alemana. Aunque aún los movía más el nacionalismo que el socialismo, establecieron estrechos vínculos con las organizaciones bolcheviques, y adoptaron sus lemas contra el Gobierno Provisional. En agosto de 1917, las unidades letonas se distinguieron en la defensa de Riga.

Los bolcheviques trataban a los letones de manera distinta que a todas las demás unidades del ejército ruso; los mantuvieron intactos y les encomendaron operaciones de seguridad cruciales. Progresivamente fueron convirtiéndose en una combinación de la Legión Extranjera francesa y las SS nazis, una fuerza para proteger al régimen de sus enemigos tanto internos como extranjeros, en parte un ejército, en parte policía política. Lenin confiaba en ellos mucho más que en los rusos.

Los planes iniciales para crear un Ejército Rojo de Obreros y Campesinos no se concretaron. Quienes se alistaron lo hicieron principalmente por la paga, que enseguida se incrementó de 50 a 150 rublos al mes, y por la posibilidad de participar en pillajes. Buena parte del ejército era chusma compuesta por soldados desmoralizados, que más tarde Trotski describiría como «vándalos» y un decreto soviético calificaría de «desorganizadores, alborotadores y oportunistas».[15] En los periódicos de la época abundaban los relatos de «expropiaciones» violentas llevadas a cabo por las primeras tropas del Ejército Rojo: hambrientas y mal pagadas, vendían uniformes y equipamiento militar, y en ocasiones luchaban entre sí. En mayo de 1918, tras ocupar Smolensk, exigieron que los judíos fuesen expulsados de las instituciones soviéticas bajo el lema «Derrotemos a los judíos y salvemos a Rusia».[16] La situación era tan grave que, en más de una ocasión, las autoridades soviéticas se vieron obligadas a pedir

a las tropas alemanas que interviniesen contra unidades rebeldes del Ejército Rojo.[17]

Las cosas no podían seguir así, y Lenin empezó a aceptar a regañadientes la idea de un ejército profesional de la que el antiguo Estado Mayor y la misión militar francesa trataban de convencerlo. En febrero y a principios de marzo de 1918 tuvieron lugar conversaciones en el seno del partido entre quienes defendían un ejército revolucionario «puro», compuesto de trabajadores y estructurado democráticamente, y aquellos que se inclinaban por una fuerza militar más convencional. El debate se produjo en paralelo con el que tuvo lugar de forma simultánea entre los defensores de que fuesen los trabajadores quienes controlasen las industrias y quienes abogaban por una gestión profesional. En ambos casos, las consideraciones de eficiencia se impusieron sobre el dogma revolucionario.

El 9 de marzo de 1918, el Sovnarkom nombró una comisión para elaborar en una semana un «plan para el establecimiento de un centro militar para la reorganización del ejército y la creación de unas poderosas fuerzas armadas basadas en una milicia socialista y en la distribución universal de armas entre obreros y campesinos».[18] Krilenko, que había liderado la oposición a unas fuerzas armadas profesionales, dimitió como comisario de Guerra y asumió el cargo de comisario de Justicia. Su sustituto fue Trotski, que carecía de experiencia militar, puesto que, como casi todos los líderes bolcheviques, había evitado el reclutamiento. Su misión consistía en hacer uso de tanta ayuda profesional como fuese necesaria, tanto extranjera como interna, para crear un ejército eficiente y listo para el combate que no supusiese ninguna amenaza para la dictadura bolchevique, ya fuese debido a deserciones al bando enemigo o a su intromisión en

asuntos políticos. Al mismo tiempo, el gobierno creó un Consejo Militar Supremo (Vysshyi Voennyi Soviet), presidido por Trotski. El personal del consejo estaba compuesto por dirigentes políticos (los comisarios de Guerra y de la Marina) y profesionales militares procedentes del Ejército Imperial.[19] Con el fin de garantizar la completa lealtad política de las fuerzas armadas, los bolcheviques incorporaron la institución de los «comisarios» para supervisar a los mandos militares.[20]

Trotski prosiguió las negociaciones militares con los Aliados. El 21 de marzo envió al general Lavergne, de la misión militar francesa, la siguiente nota:

> Tras una conversación con el capitán Sadoul, tengo el honor de solicitar, en nombre del Consejo de Comisarios del Pueblo, la colaboración técnica de la misión militar francesa en la tarea de reorganizar el ejército que el gobierno de los sóviets está asumiendo.

Estas frases iban acompañadas de una lista de treinta y tres especialistas franceses en todas las ramas del ejército, incluidas la aviación, la marina y la inteligencia, a quienes los rusos querían destacar.[21] Lavergne destinó a tres oficiales de su misión como consejeros del comisario de Guerra; Trotski les asignó espacio junto a su oficina. La colaboración se llevó a cabo con gran discreción, y no se habla mucho de ella en las historias militares soviéticas. Más adelante, según Joseph Noulens, Trotski solicitó quinientos oficiales del ejército francés y varios cientos de oficiales navales británicos, y también discutió la posibilidad de recibir ayuda militar con las misiones estadounidense e italiana.[22]

Sin embargo, organizar un Ejército Rojo desde cero fue un proceso lento. Entretanto, los alemanes avanzaban en dirección sudeste hacia Ucrania y las regiones adyacentes. En estas circunstancias, los bolcheviques decidieron averiguar si los Aliados estarían dispuestos a contribuir a detener el avance alemán con sus propias tropas. El 26 de marzo, el

nuevo comisario de Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, entregó al cónsul general francés, Fernand Grenard, una nota en la que se pedía que los Aliados aclarasen cuáles serían sus intenciones en caso de que Rusia recurriese a Japón en busca de ayuda para defenderse de la agresión alemana, o a Alemania contra Japón.[23]

Los embajadores aliados, instalados en Vólogda, reaccionaron con escepticismo ante el acercamiento de los bolcheviques, que se realizó a través de Sadoul. Dudaban de si estos realmente tenían intención de desplegar el Ejército Rojo contra los alemanes; como creía Noulens, lo más probable era que lo utilizasen como una «guardia pretoriana» para consolidar su control de Rusia. Resulta fácil imaginar lo que pensaban mientras escuchaban el apasionado llamamiento de Sadoul en nombre de Moscú:

> Los bolcheviques formarán cualquier tipo de ejército, por las buenas o por las malas, pero no pueden hacerlo efectivamente sin nuestra ayuda. E, inevitablemente, algún día este ejército tendrá que hacer frente a la Alemania imperial, el peor enemigo de la democracia rusa. Por otra parte, puesto que el nuevo ejército será disciplinado, estará compuesto por profesionales e impregnado del espíritu militar, no será un ejército pensado para una guerra civil. Si dirigimos su formación, como Trotski propone que hagamos, se convertirá en un factor de estabilidad interna y en un instrumento para la defensa nacional a disposición de los Aliados. La desbolchevización del ejército que lograríamos de esta manera tendría repercusiones en las políticas generales de Rusia. ¿Acaso no observamos ya el inicio de esta evolución? Debemos de estar cegados por los prejuicios para no ver, por entre las inevitables brutalidades, la rápida adaptación de los bolcheviques a una política realista.[24]

Esta petición debe de ser una de las primerísimas muestras de las que hay constancia de que los bolcheviques estaban «evolucionando» hacia el realismo.

A pesar de todas sus sospechas, los embajadores aliados no querían descartar definitivamente la solicitud soviética. Como fruto de las frecuentes comunicaciones que mantuvieron tanto con sus gobiernos como con Trotski, el 3 de abril

llegaron a un acuerdo entre ellos basado en los siguientes principios: (1) los Aliados (sin Estados Unidos, que se negó a participar) colaborarán en la organización del Ejército Rojo, siempre y cuando Moscú reimplante la disciplina militar, incluida la pena de muerte; (2) el gobierno soviético permitirá el establecimiento de tropas japonesas en suelo ruso; las fuerzas japonesas, integradas con unidades aliadas enviadas desde Europa, formarán una fuerza multinacional para combatir a los alemanes; (3) los contingentes aliados ocuparán Múrmansk y Arcángel; (4) los Aliados se abstendrán de intervenir en los asuntos internos de Rusia.[145*]

Mientras tenían lugar estas conversaciones, el 4 de abril los japoneses enviaron una pequeña fuerza expedicionaria a Vladivostok. Su misión declarada era la de proteger a los ciudadanos japoneses, dos de los cuales habían sido recientemente asesinados allí. Pero por lo general se creía —correctamente— que el verdadero objetivo de los japoneses era el de ocupar y anexionar las provincias marítimas rusas. Los expertos militares rusos señalaron que el colapso del transporte y la descomposición de la autoridad civil en Siberia impedían el desplazamiento de cientos de miles de tropas japonesas, con la descomunal logística que eso requería, hasta la Rusia europea. Pero los Aliados insistieron en este plan, prometiendo diluir la fuerza expedicionaria japonesa con unidades francesas, inglesas y checoslovacas.

A principios de junio, los ingleses enviaron 1.200 efectivos adicionales a Múrmansk y 100 a Arcángel.

Lenin no perdió la esperanza de lograr ayuda económica estadounidense que complementase la asistencia militar prometida por Francia. Estados Unidos continuó profesando amistad por Rusia incluso después de la ratificación del Tratado de Brest. El Departamento de Estado notificó a los

japoneses que Estados Unidos seguía viendo a Rusia y a su pueblo como «amigos y aliados contra un enemigo común», aunque no reconocía a su gobierno.[25] En otra ocasión, Washington declaró que, a pesar de «toda la infelicidad y desgracia» que la Revolución rusa había causado, sentía por ella «la mayor de las simpatías».[26] Intrigado por saber lo que estas declaraciones amistosas significaban en la práctica, el 3 de abril Lenin volvió a pedirle a Robins que sondease a su gobierno sobre la posibilidad de una «colaboración» económica.[27] A mediados de mayo, le dio una nota dirigida a Washington en la que afirmaba que Estados Unidos podría sustituir a Alemania como principal proveedor de material industrial.[28] A diferencia de los círculos empresariales alemanes, los estadounidenses mostraron escaso interés.

Es imposible saber hasta dónde podría haber llegado la colaboración de los bolcheviques con los Aliados, o incluso en qué medida existía una intención sincera de que esta se produjera. Los bolcheviques, conscientes de que los alemanes estaban al corriente de todos sus pasos, perfectamente podrían haber hecho este gesto para obligarlos a respetar las condiciones del Tratado de Brest, o de lo contrario arriesgarse a lanzar a Rusia en brazos de los Aliados. En cualquier caso, los alemanes rectificaron su postura y aseguraron a los bolcheviques que no tenían intenciones hostiles. En abril, ambos países intercambiaron delegaciones diplomáticas y prepararon el escenario para mantener conversaciones sobre un acuerdo comercial. A mediados de mayo, Berlín, abandonando la línea dura que recomendaban los generales, aseguró a Moscú que no ocuparía más territorio ruso. Lenin confirmó públicamente estas garantías, que allanaron el camino para un acercamiento germano-ruso, en una charla que dio el día 14 de ese mes.[29] «Cuando se supo, en el curso

de las relaciones germano-rusas, que Alemania no tenía intención de derrocar [a los bolcheviques], Trotski renunció» a la idea de la ayuda aliada. A partir de ese momento, las relaciones entre los bolcheviques y los Aliados se deterioraron rápidamente y Moscú entró en la órbita de la Alemania imperial, que parecía a punto de ganar la guerra.[146*] [img 83]

Tras el desaire de Moscú, la delegación aliada en Rusia se vio obligada a limitarse a esporádicas conversaciones con grupos de la oposición favorables a los Aliados. Noulens, el más activo a este respecto, veía a los rusos de manera muy similar a como lo hacía su homólogo alemán, Mirbach: como ineptos y pasivos, esperando que los extranjeros los liberasen. En su opinión, la burguesía rusa carecía por completo de iniciativa.[30]

En la segunda quincena de abril de 1918, Rusia y Alemania intercambiaron embajadores: Yoffe fue a Berlín y Mirbach a Moscú. La alemana fue la primera delegación extranjera acreditada ante la Rusia bolchevique. Para sorpresa de sus miembros, el tren en el que viajaron estaba protegido por letones. Uno de los diplomáticos alemanes escribió que la recepción que les dieron los moscovitas fue sorprendentemente acogedora; nunca ningún vencedor había sido tan bienvenido, pensó.[31]

El conde Mirbach, que encabezaba la misión, era un diplomático de carrera de cuarenta y siete años con experiencia considerable en asuntos rusos. Entre 1908 y 1911 había servido como consejero en la embajada alemana en San Petersburgo y en diciembre de 1917 lideró la delegación a Petrogrado. Provenía de una familia adinerada y aristocrática de católicos prusianos.[147*] Diplomático de la vieja escuela al que algunos de sus colegas se referían despectivamente como «conde rococó», estaba poco preparado para tratar con

revolucionarios, pero su tacto y temple le permitieron ganarse la confianza del Ministerio de Asuntos Exteriores.

Su mano derecha, Kurt Riezler, un filósofo de treinta y seis años, también tenía amplia experiencia en asuntos rusos.[148*] En 1915 colaboró en el infructuoso intento por parte de Parvus de asegurarse la colaboración de Lenin. Destinado en Estocolmo en 1917, sirvió como intermediario principal entre el gobierno alemán y los agentes de Lenin, a quienes hizo pagos con cargo al denominado «fondo Riezler» para que los hiciesen llegar a Rusia. Se dice que ayudó a los bolcheviques a llevar a cabo el golpe de octubre, aunque no está claro cuál fue su rol exactamente. Como muchos de sus compatriotas, recibió el golpe como un «milagro» susceptible de salvar a Alemania. En Brest abogó por una política conciliadora. Sin embargo, era de temperamento pesimista y pensaba que Europa estaba condenada, con independencia de quién ganase la guerra.

El tercer miembro destacado de la delegación alemana era el agregado militar, Karl von Bothmer, quien se hacía eco de las opiniones de Ludendorff y Hindenburg. Von Bothmer despreciaba a los bolcheviques y pensaba que Alemania debía deshacerse de ellos.[32]

Ninguno de los tres diplomáticos alemanes hablaba ruso, mientras que todos los líderes rusos con los que trataron hablaban alemán fluidamente.

El Ministerio de Asuntos Exteriores dio instrucciones a Mirbach para que apoyase al gobierno bolchevique y bajo ninguna circunstancia entrase en contacto con la oposición rusa. Debía informarse de la verdadera situación en la Rusia soviética y de las actividades que estaban desarrollando allí los agentes de los Aliados, así como allanar el terreno para las negociaciones comerciales entre ambos países estipuladas en

el Tratado de Brest. La delegación alemana, compuesta por veinte diplomáticos y la misma cantidad de personal administrativo, se instaló en una lujosa residencia privada en Denezhnyi Pereulok, en las proximidades de Arbat, propiedad de un magnate alemán del azúcar que quería mantenerla lejos de los comunistas.

Mirbach había estado en Petrogrado varios meses antes y debía de haber sabido lo que le esperaba, pero a pesar de ello quedó horrorizado por lo que vio. «Las calles están muy animadas», informó a Berlín a los pocos días de llegar,

> pero parecen pobladas exclusivamente por proletarios; se ven muy pocas personas mejor vestidas. Parece como si la clase dirigente anterior y la burguesía se hubiesen esfumado de la faz de la tierra. […] Los sacerdotes, que antes constituían una parte considerable de la sociedad, han desaparecido también de las calles. En las tiendas prácticamente solo se pueden encontrar restos polvorientos de esplendores pasados, que se ofrecen a precios desorbitados. La reticencia generalizada al trabajo y una holgazanería desmesurada definen a grandes rasgos la situación. Puesto que las fábricas están detenidas y el suelo sigue en buena medida sin cultivarse —o al menos esa es la impresión que me llevé de nuestro viaje—, Rusia parece abocada a una catástrofe aún mayor que la que le infligió el golpe [bolchevique].
>
> La seguridad pública deja que desear. Sin embargo, uno puede moverse libremente sin necesidad de ir acompañado durante el día. Por la noche, no obstante, ya no es aconsejable salir de casa; se oyen con frecuencia ruidos de disparos y parece haber continuos enfrentamientos de mayor o menor magnitud. […]
>
> Los bolcheviques mantienen Moscú bajo su control principalmente a través de los batallones *letones*. A esta situación contribuye también el hecho de que el gobierno ha requisado numerosos automóviles, que cruzan la ciudad continuamente a toda velocidad transportando tropas, cuando la situación lo requiere, a los lugares en peligro.
>
> Aún no es posible vislumbrar adónde conducirán estas condiciones, pero no se les puede negar, por el momento, la perspectiva de una cierta estabilidad.[33]

Riezler se sentía igualmente abatido ante la ciudad de Moscú controlada por los bolcheviques: lo que más le llamaba la atención era la corrupción generalizada de los cargos

comunistas y la laxitud de sus costumbres, en particular su insaciable demanda de mujeres.[34]

A mediados de mayo, Mirbach se reunió con Lenin, cuya confianza en sí mismo le sorprendió:

> Lenin, por lo general, cree en su buena estrella con una firmeza pétrea y profesa, una y otra vez, de manera casi insistente, un optimismo ilimitado. Al mismo tiempo, reconoce que, aunque su régimen aún permanece intacto, el número de sus enemigos ha aumentado y la situación requiere una «atención más intensa que hace un mes». Basa su confianza en sí mismo sobre todo en el hecho de que el partido dirigente es el único que dispone de un poder organizado, mientras que todos los demás solo se ponen de acuerdo en rechazar el régimen existente, pero en todos los demás asuntos tienen posturas divergentes y carecen de poder que pueda rivalizar con el de los bolcheviques.[149*][35]

Después de un mes en la capital soviética, Mirbach comenzó a albergar dudas sobre la viabilidad del régimen bolchevique y sobre la conveniencia de que su gobierno basase en él toda su política hacia Rusia. Seguía pensando que era probable que los bolcheviques sobrevivieran, de ahí que el 24 de mayo advirtiera al Ministerio de Asuntos Exteriores en contra de Bothmer y los otros militares que predecían el desplome inminente del régimen soviético.[36] Pero, consciente de las actividades en Rusia del personal diplomático y militar aliado, y de sus contactos con los grupos opositores, temía que si Lenin caía los alemanes se quedarían sin ninguna fuente de apoyo en Rusia. Así pues, abogaba por una política más flexible que combinase la dependencia respecto a los bolcheviques con un seguro político en forma de una apertura a la oposición antibolchevique.

El 20 de mayo, Mirbach envió el primer informe pesimista sobre la situación en la Rusia soviética y los peligros que acechaban allí a la política alemana. El apoyo popular al régimen, escribió, se había reducido enormemente en las últimas semanas; se decía que Trotski se había referido al Partido Bolchevique como un «cadáver viviente». Los Aliados

estaban pescando en estas aguas turbias, distribuyendo generosamente fondos entre los socialistas revolucionarios, los mencheviques internacionalistas, los prisioneros de guerra serbios y los marineros bálticos. «Nunca fue la Rusia corruptible más corrupta que ahora». Gracias a las simpatías de Trotski hacia ellos, los Aliados habían aumentado su influencia sobre los bolcheviques. Para evitar que la situación se descontrolase, exigió dinero para renovar los pagos a los bolcheviques que el gobierno alemán suspendió en enero.[37] Se necesitaban fondos para evitar tanto un giro de los bolcheviques hacia los Aliados como un hundimiento de los bolcheviques seguido de la toma del poder por parte de los socialistas revolucionarios pro-Aliados.[38]

Este informe, al que siguieron otros con tonos cada vez más sombríos, no pasó desapercibido en Berlín. A principios de junio, Kühlmann cambió de opinión y autorizó a Mirbach a entablar conversaciones con la oposición rusa.[39] También le asignó fondos discrecionales. El 3 de junio, Mirbach envió un telegrama a Berlín informando de que para mantener a los bolcheviques en el poder necesitaría 3 millones de marcos al mes, lo que el Ministerio de Asuntos Exteriores interpretó como un total de 40 millones de marcos.[40] Kühlmann, que estaba de acuerdo en que evitar que los bolcheviques se pasasen al bando de los Aliados «costaría dinero, probablemente una enorme cantidad de dinero», aprobó la transferencia de esta suma a la embajada en Moscú para llevar a cabo operaciones secretas en Rusia.[41] No se puede saber a ciencia cierta cómo se gastó este dinero. Solo alrededor de 9 millones se asignaron realmente; parece que alrededor de la mitad de esta suma se destinó al gobierno bolchevique, y el resto a sus adversarios, principalmente al Gobierno Provisional antibolchevique de Siberia, ubicado en Omsk, y al

antibolchevique favorito del káiser, al atamán de los cosacos del Don, Piotr N. Krasnov.[150*]

El obstáculo con el que se toparon los alemanes en su intento de llegar a la oposición antibolchevique fue Brest. El único grupo que aceptaba el tratado era el de los bolcheviques, e incluso estos estaban divididos al respecto. Como había observado Mirbach, por atroces que fueran las condiciones en la Rusia soviética, ningún ruso no bolchevique aceptaría la ayuda alemana contra los bolcheviques si esta conllevaba la aceptación del Tratado de Brest. Dicho de otro modo, para lograr el apoyo de los antibolcheviques, Alemania debía aceptar una revisión sustancial del tratado. En opinión de Mirbach, la oposición podría dar el visto bueno a la pérdida de Polonia, Lituania y Curlandia, pero no aceptaría la entrega de Ucrania, Estonia y, probablemente, Livonia.[42]

Mirbach encargó a Riezler la delicada tarea de tratar con los grupos de la oposición rusa delante de las narices de los agentes de la Checa y de los Aliados. Riezler trató sobre todo con el denominado Centroderecha, un pequeño grupo conservador formado a mediados de junio por figuras políticas respetadas y generales que habían llegado a la conclusión de que el bolchevismo constituía una amenaza mayor que Alemania para los intereses nacionales de Rusia, y estaban dispuestos a llegar a un acuerdo con Berlín para acabar con este. Aunque afirmaban tener sólidos contactos con círculos financieros, industriales y militares, lo cierto es que contaban con pocos seguidores, porque la abrumadora mayoría de los rusos políticamente activos veían a los bolcheviques como una creación de Alemania. La personalidad más destacada del Centroderecha era Alexánder Krivoshein, el ministro de Agricultura de Stolipin, un hombre decente y patriótico que habría podido presidir un gobierno

ruso títere de Alemania, pero que, por ser un burócrata típico del antiguo régimen, estaba más acostumbrado a recibir órdenes que a darlas. Otro de los participantes era el general Alexéi Brusílov, el héroe de la ofensiva de 1916. A través de intermediarios, Krivoshein informó a Riezler de que su grupo estaba dispuesto a derrocar a los bolcheviques y disponía de los medios militares para hacerlo, pero para actuar requería el apoyo activo de Alemania.[43] Para que esta colaboración pudiese materializarse, los alemanes debían permitir que se modificase el Tratado de Brest.

Los alemanes tenían poco respeto por la oposición rusa, incluso mientras negociaban con ella. Mirbach pensaba que los monárquicos eran «perezosos», mientras que Riezler hablaba desdeñosamente de las «quejas y lloros de la burguesía [rusa] que aspira a la ayuda y al orden alemanes».[44]

Yoffe llegó a Berlín con su delegación el 19 de abril. Los generales alemanes, anticipando correctamente que los diplomáticos rusos se dedicarían principalmente al espionaje y la subversión, querían que la embajada soviética se situase en Brest-Litovsk o en alguna otra ciudad lejos de Alemania, pero el Ministerio de Asuntos Exteriores impuso su criterio. Yoffe se hizo cargo de la antigua embajada imperial en el número 7 de Unter der Linden, que los alemanes habían conservado en perfectas condiciones durante la guerra. Sobre el edificio desplegó la bandera roja blasonada con la hoz y el martillo. Posteriormente, Moscú abrió consulados en Berlín y Hamburgo. [img 84]

Inicialmente, el personal a cargo de Yoffe constaba de 30 personas, pero no dejó de aumentar, y en noviembre, cuando los dos países rompieron relaciones, alcanzaba las 180. Además, Yoffe contrató a radicales alemanes para que tradujesen los materiales de propaganda soviéticos y llevasen

a cabo misiones subversivas. Mantenía comunicaciones constantes por telegrama con Moscú; los alemanes interceptaron y descifraron parte de esta correspondencia, pero en su mayor parte permanece inédita.[151*]

La representación diplomática soviética en Berlín no era una embajada cualquiera, sino un destacamento revolucionario en pleno territorio enemigo, cuya función principal era promover la revolución. Como diría más tarde un periodista estadounidense, Yoffe actuó en Berlín con «perfecta mala fe».[45] A juzgar por sus actividades, tenía tres misiones. La primera era neutralizar a los generales alemanes, que querían acabar con el gobierno bolchevique, cosa que consiguió apelando a los intereses de las comunidades empresarial y financiera y negociando un tratado comercial que otorgaba a Alemania excepcionales privilegios económicos en Rusia. Su segunda tarea consistía en ayudar a las fuerzas revolucionarias alemanas. Y la tercera, en recopilar información de la inteligencia sobre las condiciones internas.

Yoffe llevó a cabo actividades revolucionarias con notable descaro. Contaba con que sería tal el interés de los políticos y empresarios alemanes en el sometimiento de Rusia a su explotación económica que convencerían al gobierno para que hiciese la vista gorda ante sus violaciones de las normas diplomáticas. En la primavera y el verano de 1918 se dedicó principalmente a la propaganda, en estrecha colaboración con la Liga Espartaquista, el ala de extrema izquierda del Partido Socialdemócrata Independiente. Más tarde, cuando Alemania empezó a desintegrarse, aportó dinero y armas para avivar las llamas de la revolución social. Los socialistas independientes, convertidos en socios del Partido Comunista ruso, coordinaban sus actividades con la embajada soviética; en una ocasión, Moscú envió una delegación oficial a Alemania para

que interviniese en la convención del partido.[46] Para este trabajo, Moscú le asignó a Yoffe 14 millones de marcos alemanes, que este depositó en el banco alemán de Mendelssohn e iba retirando a medida que surgía la necesidad.[152*]

Yoffe abrió delegaciones del Gabinete de Información Soviético en Berlín en varias ciudades alemanas de provincias, así como en la neutral Holanda, desde donde se difundía propaganda a los medios aliados.[47]

En 1919, Yoffe describió con evidente orgullo sus logros como representante soviético en Berlín:

> La [embajada soviética] dirigía y financiaba más de diez periódicos de izquierda socialista. […] Como es totalmente natural, incluso en su trabajo de información, la representación plenipotenciaria no podía limitarse a las «oportunidades legales». El material de información no se reducía ni mucho menos a lo que aparecía impreso: todo aquello que los censores eliminaban, y todo lo que no se les mostraba porque se daba por hecho de antemano que no lo aceptarían, se imprimía y se distribuía de manera ilegal. Con mucha frecuencia, era necesario utilizar la tribuna parlamentaria: se hacía llegar el material a los miembros en el Reichstag de la facción independiente [del Partido Socialdemócrata], que lo utilizaban en sus discursos; de esta manera, acababa llegando igualmente a los periódicos. En este trabajo, uno no podía limitarse a materiales rusos. La [delegación soviética], que tenía excelentes contactos en todos los estratos de la sociedad alemana y agentes en varios ministerios, estaba mucho mejor informada sobre los asuntos del país que muchos de los camaradas alemanes, a quienes acababa pasando la información que recibía, lo que hizo posible que muchas maquinaciones del partido militar llegasen a su debido tiempo a conocimiento público.
>
> Evidentemente, en su actividad revolucionaria la embajada rusa no podía limitarse a la información. En Alemania existían grupos revolucionarios que, en el transcurso de la guerra, habían llevado a cabo acciones revolucionarias. Los revolucionarios rusos, que tenían más experiencia en este tipo de actividades conspiratorias, y que disponían de más oportunidades, tuvieron que trabajar, y de hecho lo hicieron, en colaboración con estos grupos. Toda Alemania estaba cubierta por una red de organizaciones revolucionarias ilegales: cientos de miles de panfletos y proclamas revolucionarias se imprimían y distribuían cada semana en el frente y en la retaguardia. El gobierno alemán acusó en una ocasión a los rusos de introducir en el país literatura de agitación y, con una energía digna de mejor uso, buscó este material de contrabando en el equipaje de los

> correos diplomáticos, pero nunca se le pasó por la cabeza que lo que la embajada rusa introducía en Alemania desde Rusia no era más que una gota en el océano comparado con lo que se imprimía con su ayuda dentro del país.

En suma, según Yoffe, la embajada rusa en Berlín «trabajó constantemente en estrecho contacto con los socialistas alemanes para preparar la revolución en Alemania».[48]

Además, servía también como canal para distribuir literatura revolucionaria y fondos subversivos a otros países europeos: a través de ella pasó un flujo constante de correos (entre 100 y 200, según los cálculos alemanes) con valijas diplomáticas para su envío a Austria, Suiza, Escandinavia y los Países Bajos. Algunos de estos «mensajeros» desaparecían tras llegar a Berlín.[49]

El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán recibía frecuentes protestas de las autoridades militares y civiles en relación con estas acciones subversivas, pero se negaba a actuar y las toleraba en aras de lo que entendía que eran intereses superiores alemanes en Rusia.[50] Cuando, cada cierto tiempo, osaba poner objeciones a algún comportamiento particularmente escandaloso por parte de la delegación soviética, Yoffe tenía una respuesta ya preparada. Así lo explica:

> El propio Tratado de Brest ofrecía la oportunidad de burlarlo. Puesto que las partes obligadas eran gobiernos, se podía entender que la prohibición de llevar a cabo acciones revolucionarias afectaba a los gobiernos y a los órganos que dependían de ellos. Así fue como se interpretó desde la parte rusa, y cada una de las acciones revolucionarias contra las que protestó Alemania se explicó de inmediato como un acto del Partido Comunista ruso y no del gobierno.[51]

Las operaciones de Yoffe en Alemania consiguieron que los tímidos intentos de Mirbach y Riezler por comunicarse con la oposición en Moscú pareciesen un coqueteo inofensivo.

Desde el punto de vista de los intereses inmediatos de Moscú, tan importante como promover la revolución en

Alemania era ganarse el apoyo de los círculos empresariales alemanes, y que estos actuasen conjuntamente para bloquear a las fuerzas antibolcheviques en el país.

Los grandes intereses empresariales en Alemania estaban impacientes por poner sus manos sobre Rusia y, como sabían que solo los bolcheviques les permitirían hacerlo, se convirtieron en los defensores más entusiastas del régimen bolchevique. En la primavera de 1918, tras firmar el tratado de paz, numerosas organizaciones pertenecientes a la Cámara de Comercio alemana solicitaron a su gobierno que restableciese las relaciones comerciales con la Rusia soviética. El 16 de mayo, Krupp albergó en Düsseldorf una conferencia de destacados líderes industriales alemanes, entre los que se encontraban August Thyssen y Hugo Stinnes, para tratar este asunto. El encuentro llegó a la conclusión de que era imperativo detener la penetración del «capital inglés y estadounidense» en Rusia y adoptar decisiones que permitiesen a los intereses alemanes establecer en aquel país una influencia dominante. Otra conferencia empresarial, organizada ese mismo mes bajo los auspicios del Ministerio de Asuntos Exteriores, incidió en lo deseable que sería que Alemania se hiciese con el control del transporte ruso, un objetivo que se vería facilitado por el hecho de que Moscú había solicitado ayuda alemana para la reorganización de sus ferrocarriles.[52] En julio, los empresarios alemanes enviaron una delegación comercial a Moscú. Cuando Yoffe llegó a Berlín, los banqueros lo trataron con gran deferencia. «El director del Deutsche Bank nos visita a menudo —alardeaba Yoffe al informar a Moscú—. Mendelssohn lleva tiempo tratando de reunirse conmigo, y Solomonssohn ya ha venido tres veces por aquí con varios pretextos».[53]

Tal entusiasmo comercial permitió a Moscú convertir a los

influyentes círculos de la industria y la economía alemanas en un grupo de presión favorable a sus intereses. Aquí, los bolcheviques cosecharon las ventajas de contar con un conocimiento superior. Conocían a la perfección los entresijos de la situación interna en Alemania, así como la mentalidad de sus élites. Los socialistas independientes les proporcionaron información confidencial mediante la cual podrían sacar provecho de los conflictos en los círculos alemanes. Los alemanes con los que trataban no sabían prácticamente nada sobre los bolcheviques y no los tomaban en serio, ni a ellos ni a su ideología. Se adaptaron a esta situación con suma habilidad, al adoptar una postura proteccionista que les proporcionó una apariencia inofensiva: un ejemplo muy sofisticado de mimetismo político. La táctica que adoptaron Yoffe y sus colaboradores consistió en mostrarse como «realistas» que proclamaban lemas revolucionarios, pero en realidad no había cosa que deseasen más que un acuerdo con Alemania. Esta táctica poseía un atractivo irresistible para los testarudos empresarios alemanes, porque confirmaba su convicción de que nadie en su sano juicio podría tomar en serio la retórica revolucionaria de los bolcheviques.

La manera en que operaba este engaño queda de manifiesto en las reuniones que Yoffe mantuvo en verano de 1918 con Gustav Stresemann, un político derechista alemán, y otras figuras públicas de orientación liberal y conservadora. Contó con la ayuda de Leonid Krasin, que antes y durante la guerra había ocupado destacados puestos ejecutivos en Siemens y Schuckert y gozaba de excelentes relaciones en Alemania. En una conversación informal mantenida el 5 de julio, los dos rusos aseguraron a los alemanes que no solo Lenin, sino también Trotski, que era favorable a los Aliados, deseaban el «respaldo» alemán. Dado el marcado sentimiento antialemán

que predominaba en Rusia, un tratado formal de alianza entre los dos países sería prematuro, pero ese sentimiento podría cambiar si Alemania adoptase las políticas adecuadas. Un avance en esta dirección sería que los alemanes compartiesen parte de los cereales que estaban enviando a Ucrania. También ayudaría que los alemanes ofreciesen a Moscú garantías de que no pretendían reanudar las operaciones militares en el frente oriental; esto permitiría a Moscú concentrar a sus fuerzas armadas en expulsar a los británicos de Múrmansk y en aplastar el levantamiento de la Legión Checoslovaca, que acababa de producirse en Siberia. Alemania estaba en disposición de obtener importantes beneficios gracias a unas buenas relaciones con Rusia, puesto que los rusos podían proveerla de todas las materias primas que necesitaba, como algodón, petróleo y manganeso. Los alemanes no tenían motivos para preocuparse por la propaganda revolucionaria de Moscú: «dadas las circunstancias existentes, el gobierno maximalista [bolchevique] estaba dispuesto a renunciar a sus objetivos utópicos y seguir una política socialista pragmática».[54]

Yoffe y Krasin ofrecieron un espectáculo deslumbrante. Si los alemanes hubiesen sido menos arrogantes y hubiesen estado mejor informados y menos fascinados por fantasías geopolíticas, habrían sido conscientes de ello. Pues los rusos estaban ofreciéndoles productos que solo se podían conseguir en zonas que escapaban a su control —Asia central, Bakú y Georgia— y restaban importancia al radicalismo de su gobierno, que, lejos de renunciar a «sus objetivos utópicos», estaba en esos precisos momentos entrando en su fase más radical. Pero el engaño funcionó. Stresemann resumió así sus impresiones:

> Me parece […] que tenemos los alicientes para establecer un acuerdo económico y político de largo alcance con el actual gobierno [de Rusia], que,

> en cualquier caso, no es imperialista y nunca podrá llegar a avenirse con la Entente, aunque solo sea porque, al incumplir el pago de los préstamos de los Aliados, erigió una barrera insuperable entre él y la Entente. Si se deja pasar esta oportunidad y cae el actual gobierno ruso, cualquiera que lo suceda podrá, en todo caso, ser más favorable a la Entente que los actuales dirigentes y el riesgo de un nuevo frente oriental […] estará mucho más próximo. […] Si nuestros adversarios ven que nos acercamos a Rusia, perderán también la esperanza de derrotarnos económicamente —ya hace tiempo que perdieron la de una victoria militar— y estaremos en condiciones de resistir cualquier ataque. Si explotamos con inteligencia este factor, también podremos elevar la moral del país hasta las alturas victoriosas del pasado. Habida cuenta de todo lo anterior, vería con muy buenos ojos que estos esfuerzos consiguiesen también el apoyo del Mando Militar Supremo.[55]

El Ministerio de Asuntos Exteriores alemán compartía esta opinión. Un memorándum interno preparado por un miembro de su personal en mayo describía a los líderes soviéticos como «empresarios judíos» con quienes Alemania debería ser capaz de llegar a acuerdos.[56]

En este clima amistoso, ambos países abrieron a principios de julio las conversaciones para un acuerdo comercial. Firmado el 27 de agosto —inmediatamente después del «día negro» de los ejércitos alemanes en el frente occidental que convenció incluso a Ludendorff de que la guerra estaba perdida—, el llamado Tratado Complementario estableció entre los dos países una relación que era poco menos que una alianza formal.

Por si la situación en Rusia no fuese lo suficientemente complicada, en primavera surgió una dificultad adicional en forma de una revuelta de antiguos prisioneros de guerra checoslovacos que privó a los bolcheviques del control de extensas regiones en los Urales y Siberia.

Durante su exitosa campaña contra los austrohúngaros en 1914, los ejércitos rusos habían capturado a cientos de miles de prisioneros, incluidos entre 50.000 y 60.000 checos y eslovacos. En diciembre de 1914, el gobierno imperial ofreció

a estos prisioneros, muchos de los cuales eran furibundamente antialemanes y antimagiares, la posibilidad de formar su propia legión y volver al frente junto a las tropas rusas. Pocos checos aceptaron la oferta; la mayoría temía que las Potencias Centrales tratarían a los miembros de esta legión (llamada Druzhina) como traidores y, en caso de captura, los ejecutaría. Thomas Masaryk, presidente del Consejo Nacional checoslovaco en París, tuvo la idea de formar a los prisioneros de guerra, así como a los civiles instalados en Rusia y en otros lugares para crear un ejército nacional regular que combatiese en el frente occidental, e inició las negociaciones con el gobierno imperial para la evacuación de los prisioneros de guerra checos a Francia, pero Petrogrado se negó a cooperar.

Envió de nuevo su propuesta al Gobierno Provisional, que reaccionó de manera favorable. La formación de unidades militares checas procedió a buen ritmo, y en la primavera de 1917 24.000 checos y eslovacos, organizados en un solo cuerpo, combatieron en el frente oriental, destacando en la ofensiva de junio de 1917. Se había decidido transportar a estas unidades y al resto de los prisioneros de guerra en campos rusos al frente occidental, pero el golpe bolchevique se interpuso en los planes.

En diciembre de 1917, los Aliados reconocieron al Cuerpo Checoslovaco en Rusia como un ejército distinto que servía bajo el Consejo Supremo de Guerra aliado. Al mes siguiente, Masaryk volvió a Rusia para negociar una vez más —en esta ocasión con los bolcheviques— la evacuación de tropas a Francia. A esas alturas, la cuestión había adquirido una urgencia considerable porque la firma de un tratado entre las Potencias Centrales y Ucrania hacía probable que los alemanes ocupasen Ucrania, donde estaban internados la mayoría de los checoslovacos. Los bolcheviques retrasaron su decisión hasta después de la firma del Tratado de Brest;

finalmente, a mediados de marzo, cuando las relaciones con los Aliados pasaban por su mejor momento, dieron su consentimiento.[57]

La intención original de Masaryk y el mando aliado había sido la de evacuar a los checoslovacos a través de Arcángel y Múrmansk, pero puesto que las líneas de ferrocarril hacia los puertos septentrionales estaban amenazadas por los partisanos finlandeses y existía el peligro adicional de los submarinos alemanes, se decidió embarcarlos en Vladivostok. Masaryk dio instrucciones a los comandantes de lo que acabaría conociéndose como Legión Checoslovaca para que adoptasen una política de «neutralidad armada»[58] y no interfiriesen, bajo ninguna circunstancia, en los asuntos internos rusos. Puesto que el territorio que los checoslovacos debían atravesar en su camino hacia Vladivostok se encontraba en estado de anarquía, Masaryk acordó con las autoridades bolcheviques que sus hombres llevarían armas suficientes para defenderse.

Los checoslovacos estaban bien organizados y deseosos de partir. En cuanto los bolcheviques les dieron permiso, formaron unidades de tamaño equivalente al de un batallón, unos 1.000 hombres, cada una de las cuales llenaría un tren especial o, como se conocía en Rusia, un *echelon*. Cuando el primer *echelon* llegó a Penza, recibió un telegrama de Stalin, fechado el 26 de marzo de 1918, que enumeraba las condiciones bajo las cuales debía discurrir la evacuación. Los checoslovacos tenían que viajar no como «unidades de combate», sino como «ciudadanos libres» que portaban las armas necesarias para protegerse de los «contrarrevolucionarios». Irían acompañados de comisarios proporcionados por el Sóviet de Penza.[59] A los checoslovacos no les gustó esta orden, tras la cual sospechaban de la

existencia de presión alemana, porque no confiaban en las fuerzas probolcheviques, radicalizadas y poco formadas, entre las cuales destacaban los fanáticos comunistas reclutados de entre los prisioneros de guerra húngaros y checos. Antes de partir de Penza, entregaron a regañadientes algunas de sus armas, se quedaron con otras tantas y escondieron el resto. Y la evacuación prosiguió.

Aunque eran marcadamente nacionalistas y, por lo tanto, estaban descontentos con los bolcheviques porque estos habían firmado un tratado de paz por separado con las Potencias Centrales, sus opiniones políticas se escoraban claramente a la izquierda; un historiador estima que tres cuartas partes de ellos eran socialistas.[60] Siguiendo las órdenes de Masaryk, ignoraron los intentos de acercamiento tanto del Ejército de Voluntarios como de los bolcheviques (estos últimos utilizaban a los comunistas checos como intermediarios).[61] Tenían en mente un único propósito: salir de Rusia. A pesar de ello, no lograron evitar por completo verse envueltos en la política rusa, porque estaban atravesando un territorio en plena guerra civil. Mientras iban dejando atrás los pueblos situados a lo largo de la línea del ferrocarril transiberiano, establecieron contacto con cooperativas locales que les proveían de alimentos y satisfacían otras necesidades. Resultó que dichas cooperativas estaban en manos de los socialistas revolucionarios, el partido dominante en Siberia. Al mismo tiempo tuvieron ocasionales altercados con los sóviets urbanos y sus unidades militares «internacionales», compuestas en su mayoría por prisioneros de guerra magiares que buscaban que los checoslovacos se sumasen a la revolución. [img 85]

La participación de la Legión Checoslovaca en los asuntos rusos a finales de mayo de 1918 no fue un giro premeditado

respecto a la política de neutralidad. Comenzó cuando los alemanes, disgustados ante la perspectiva de que decenas de miles de checoslovacos frescos y muy motivados reforzasen a las tropas aliadas en el frente occidental, pidieron a Moscú que detuviese su evacuación. Moscú emitió una orden en este sentido, pero no tenía manera de hacer que se cumpliese, y la legión prosiguió su camino.[62] A continuación, entraron en escena los Aliados. Tras el acuerdo alcanzado a principios de abril sobre la formación de una fuerza aliada en territorio ruso, llegaron a la conclusión de que no tenía sentido transportar a la Legión Checoslovaca al otro lado del mundo, hasta Francia, cuando podía permanecer en Rusia y unirse a esa fuerza, para la cual los japoneses proporcionarían gran parte de los soldados. El 2 de mayo, los Aliados, en buena medida como consecuencia de la insistencia británica, decidieron que las unidades de la legión situadas al oeste de Omsk no continuarían su camino hasta Vladivostock, sino que se dirigirían hacia el norte, a Múrmansk y Arcángel, y allí esperarían órdenes.[63] Moscú no puso objeciones, pero la decisión causó un gran descontento entre los checoslovacos.

Fue entonces cuando un acontecimiento inesperado desbarató todos los planes. El 14 de mayo, en el pueblo de Cheliábinsk, al oeste de Siberia, se produjo un altercado entre soldados checos y prisioneros de guerra húngaros que estaban siendo repatriados. Hasta donde alcanza la reconstrucción de los hechos, un húngaro lanzó una barra de hierro o algún otro objeto metálico a varios checos mientras estaban en un andén, provocando graves lesiones a uno de ellos. Estalló una pelea. Cuando el Sóviet de Cheliábinsk detuvo a algunos de los checoslovacos involucrados en el altercado, otros se apoderaron del arsenal local y exigieron la liberación inmediata de sus camaradas. Consciente del desequilibrio de fuerzas, el sóviet cedió a sus demandas.[64]

Hasta ese momento, los checoslovacos no tenían intención de tomar las armas contra el gobierno bolchevique. De hecho, la tendencia general de la política checoslovaca había sido de neutralidad amistosa. La simpatía que Masaryk sentía por los bolcheviques era tal que urgió a los Aliados a conceder al gobierno soviético un reconocimiento *de facto*. En cuanto a las tropas de la legión, el comunista Sadoul escribió que su «lealtad a la Revolución rusa era incontestable».[65]

Todo esto iba a cambiar como consecuencia de un acto irreflexivo por parte de Trotski, que quería desempeñar su papel como recién nombrado comisario de Guerra a pesar de no disponer prácticamente de tropas bajo su mando. Esta ambición transformó de la noche a la mañana a un cuerpo de checoslovacos bien predispuestos en un ejército «contrarrevolucionario» que, en verano de 1918, suponía para los bolcheviques la más seria amenaza militar desde su llegada al poder.

En cuanto Trotski tuvo noticia de lo que había sucedido en Cheliábinsk y de que los checos habían convocado un «Congreso del Ejército Revolucionario Checoslovaco», ordenó que se detuviese a los representantes del Consejo Nacional Checoslovaco en Moscú. Los atemorizados políticos checos aceptaron todas las exigencias de Trotski, incluido el desarme completo de la legión. El 21 de mayo, Trotski ordenó que cesase todo desplazamiento de la legión hacia el este: sus hombres deberían unirse al Ejército Rojo o serían trasladados a «batallones de trabajo» (esto es, entrarían a formar parte del contingente bolchevique de trabajadores forzados). Quienes desobedeciesen serían confinados en campos de concentración.[153*] El 21 de mayo, Trotski emitió una segunda orden:

> Todos los sóviets a lo largo del recorrido del ferrocarril tienen la orden, so pena de incurrir en grave responsabilidad, de desarmar a los checos.

> Cualquier checo a lo largo de dicho recorrido que sea descubierto en posesión de armas será ejecutado de inmediato. Se hará descargar todo tren militar [*echelon*] que contenga un solo checo armado y [su personal] será trasladado a un campo de prisioneros de guerra.[66]

Fue una orden particularmente torpe, no solo porque resultaba innecesariamente provocativa, sino porque Trotski no tenía manera de aplicarla, ya que la Legión Checoslovaca era con mucha diferencia la mayor fuerza militar en Siberia. En aquel momento se pensó que Trotski había actuado bajo presión de Alemania, pero posteriormente quedó demostrado que los alemanes no tuvieron ninguna responsabilidad en estas órdenes de mayo.[67] Fue el desprecio a la «correlación de fuerzas» por parte de Trotski, tan impropio de un bolchevique, lo que desencadenó la rebelión checoslovaca.

El 22 de mayo, los checoslovacos rechazaron la orden de desarme de Trotski:

> El Congreso del Ejército Revolucionario Checoslovaco, reunido en Cheliábinsk, declara […] sus sentimientos de simpatía hacia el pueblo revolucionario ruso en su difícil lucha por la consolidación de la revolución. No obstante, el Congreso, convencido de que el gobierno soviético carece del poder para garantizar a nuestras tropas el paso libre y seguro hasta Vladivostok, ha decidido por unanimidad no entregar sus armas hasta que reciba la garantía de que se permitirá al Cuerpo partir y recibir protección frente a los trenes contrarrevolucionarios.[68]

Al comunicar esta decisión a Moscú, el Congreso Checoslovaco explicó que había «decidido unánimemente no entregar las armas antes de llegar a Vladivostok, pues las considera una garantía para que el viaje sea seguro». Expresaba también su esperanza de que no se llevara a cabo ningún intento de impedir la partida de las tropas checoslovacas, puesto que «cualquier conflicto no haría más que perjudicar la posición de los órganos soviéticos locales en Siberia».[69] Las instrucciones de los Aliados para que se desviase a las unidades de la legión hacia Múrmansk y Arcángel simplemente se ignoraron. [img 86]

Cuando se conocieron las instrucciones de Trotski, 14.000 checoslovacos ya habían llegado a Vladivostok, pero 20.500 aún permanecían desperdigados a lo largo del recorrido del Transiberiano y de las líneas ferroviarias en la Rusia central.[154*] Convencidos de que los bolcheviques pretendían entregarlos a los alemanes, y amenazados por los sóviets locales, se hicieron con el control del Transiberiano. Pero, incluso al hacerlo, reafirmaron que no tratarían con nadie que combatiese contra el gobierno soviético.[70]

Una vez que las tropas checoslovacas tomaron el control de los ferrocarriles, las autoridades bolcheviques de las ciudades situadas a lo largo de su recorrido se derrumbaron, y en cuanto esto sucedió, los rivales rusos de los bolcheviques aparecieron para llenar el vacío. El 25 de mayo, los checoslovacos ocuparon las intersecciones ferroviarias en Marinsk y Novonikoláievsk, lo que tuvo como consecuencia el corte de las comunicaciones de Moscú por tren y telégrafo con buena parte de Siberia. Dos días más tarde se hicieron con el control de Cheliábinsk. El 28 de mayo tomaron Penza; el 4 de junio, Tomsk; el 7, Omsk, y el 8 de junio, Samara, que estaba defendida por los letones. Mientras el radio de sus operaciones militares se ampliaba, los checoslovacos centralizaron el mando y eligieron como jefe al autoproclamado «general» Radola Gajda, un ambicioso aventurero cuya intuición política no estaba a la altura de su talento militar. Sus hombres tenían en él una confianza ilimitada.[155*]

Aunque no estaba dirigida contra él, la rebelión checoslovaca supuso para el gobierno bolchevique el primer desafío militar serio desde el Tratado de Brest-Litovsk. A pesar de meses de conversaciones, el Ejército Rojo existía en gran medida solo sobre el papel. Los efectivos bolcheviques en

Siberia consistían en unos pocos miles de «Guardias Rojos» y un número similar de prisioneros de guerra procomunistas alemanes, austríacos y húngaros. Esta fuerza variopinta, sin un mando central, no era rival para los checoslovacos. Desesperado, el gobierno soviético pidió a finales de junio permiso a Berlín para armar a los prisioneros de guerra alemanes en Rusia para emplearlos contra ellos.[71]

Fue la rebelión checoslovaca la que finalmente obligó a los bolcheviques a afrontar seriamente la creación de un ejército. Los antiguos generales zaristas que había en el Consejo Militar Supremo llevaban mucho tiempo presionando para que se abandonase la idea de una fuerza de voluntarios compuesta exclusivamente por elementos «proletarios» y se pasase a un reclutamiento universal. Considerando la estructura de la población rusa, un ejército de leva estaría compuesto en su práctica totalidad por campesinos. A falta de otras alternativas sensatas, Lenin y Trotski superaron su aversión a un ejército regular con un cuerpo de oficiales profesionales y una masa de reclutas campesinos. El 22 de abril, el gobierno ordenó que todos los ciudadanos varones con edades comprendidas entre los dieciocho y los cuarenta años se sometieran a un curso de entrenamiento militar de ocho semanas de duración. La medida era de aplicación para trabajadores, estudiantes y campesinos que no estuviesen practicando la «explotación» (esto es, que no tuviesen empleados contratados).[72] Este fue el primer paso. El 29 de mayo, Moscú ordenó una movilización general que se llevaría a cabo en varias fases. Los primeros en ser llamados a filas serían los trabajadores de Moscú, Don y Kubán nacidos en 1896 y 1897; seguidos de los trabajadores de Petrogrado; a continuación, les llegaría el turno a los trabajadores de los ferrocarriles y los oficinistas. Tendrían que servir durante seis meses. Los campesinos por el momento no se vieron

afectados por la medida. En junio, la paga de los soldados se incrementó de 150 a 250 rublos al mes, y se hizo un primer intento de vestirlos con uniformes unificados.[73] Al mismo tiempo, el gobierno comenzó el registro voluntario de ex oficiales del Ejército Imperial y abrió una Academia de Estado Mayor.[74] Por último, el 29 de julio, Moscú emitió otros dos decretos que establecieron la base del Ejército Rojo tal y como se ha conocido desde entonces. Uno de ellos introdujo el servicio militar obligatorio para todos los varones de entre dieciocho y cuarenta años.[75] Conforme a las disposiciones de este decreto, se reclutaría a más de medio millón de hombres.[76] El segundo ordenaba el registro de todos los oficiales del antiguo ejército (nacidos entre 1892 y 1897, ambos incluidos) en determinadas zonas, so pena de castigo por los tribunales revolucionarios.[77]

Este fue el origen del Ejército Rojo. Organizado con la ayuda de oficiales profesionales, y pronto dirigido por ellos en exclusiva, su estructura y su disciplina, como no es de extrañar, se inspiraron en las del Ejército Imperial.[78] Su única innovación fue la introducción de «comisarios» políticos, puestos que se encomendaron a *apparatchiki* bolcheviques de confianza, que eran responsables de la lealtad de los mandos a todos los niveles. Al hablar ante el Comité Ejecutivo Central el 29 de julio, Trotski, haciendo alarde de la bravuconería que le hizo perder popularidad, aseguró a quienes albergaban dudas sobre la fiabilidad de los antiguos oficiales zaristas, ahora llamados «especialistas militares», que cualquiera que se plantease traicionar a la Rusia soviética sería ejecutado sin contemplaciones. «Junto a cada especialista —dijo— habrá un comisario, uno a la derecha y otro a la izquierda, revólver en mano».[79]

El Ejército Rojo se convirtió rápidamente en el niño

mimado del nuevo régimen. Ya en mayo de 1918, los soldados recibían un salario y unas raciones de pan mayores que los que recibían los trabajadores industriales, que protestaron enérgicamente.[80] Trotski reinstauró la pulcritud estética junto con la disciplina militar tradicional. El primer desfile del Ejército Rojo, que se celebró el 1 de mayo en el Campo de Jodinka de Moscú y estuvo dominado por los letones, fue un acto desangelado. Pero en 1919 y a lo largo de los años siguientes, Trotski desplegó en la plaza Roja desfiles meticulosamente organizados y cada vez más elaborados, que harían brotar las lágrimas de los ojos de los viejos generales.

La revuelta checoslovaca supuso para los bolcheviques un desafío no solo militar, sino también político. Las ciudades de la región de Volga-Ural y Siberia estaban repletas de intelectuales liberales y socialistas carentes del valor necesario para plantarles cara a los bolcheviques, pero dispuestos sin embargo a aprovechar cualquier oportunidad que otros pudieran ocasionar. Se concentraban en Samara y en la ciudad siberiana de Omsk. Tras la disolución de la Asamblea Constituyente, alrededor de setenta diputados socialistas revolucionarios viajaron a Samara para autoproclamarse como gobierno legítimo de Rusia. Omsk era el centro de operaciones de elementos más centristas, liderados por los kadetes; los políticos aquí se contentaban con aislar a Siberia del bolchevismo y la guerra civil. En cuanto la Legión Checoslovaca hubo expulsado a los bolcheviques de las principales localidades a lo largo del tramo central del curso del Volga y en Siberia, estos intelectuales empezaron a cobrar movimiento.

Después de que la legión tomase Samara (el 8 de junio), los diputados de la Asamblea Constituyente, que bajo el gobierno bolchevique habían llevado una existencia clandestina,

salieron a la luz y formaron un Comité de la Asamblea Constituyente (Komitet Uchreditelnogo Sobrania, o Komuch), encabezado por un directorio de cinco personas. Su programa reclamaba «Todo el poder para la Asamblea Constituyente» y la derogación del Tratado de Brest-Litovsk. Durante las semanas siguientes, el Komuch emitió edictos que se ceñían al programa del socialismo democrático ruso, incluida la abolición de las limitaciones a la libertad individual y la disolución de los tribunales revolucionarios. El Komuch reinstauró, como órganos de autogobierno general, los antiguos *zemstvos* y los consejos municipales, pero también mantuvo los sóviets, a los que ordenó que celebrasen nuevas elecciones. Desnacionalizó los bancos y expresó su disposición para hacer frente a las deudas estatales rusas. El Decreto de Tierras bolchevique, copiado del programa agrario de los socialistas revolucionarios, se mantuvo en vigor.[81]

Mientras el Komuch se veía a sí mismo como un sustituto del régimen bolchevique, los políticos siberianos en Omsk tenían objetivos regionales más modestos. Se organizaron en zonas que los checoslovacos habían despejado de bolcheviques, y el 1 de junio de 1918 se autoproclamaron gobierno de Siberia Occidental.

En un primer momento, los checoslovacos no mostraron ninguna simpatía por los adversarios rusos de los bolcheviques.[82] Cuando los socialistas revolucionarios acudieron a ellos en busca de ayuda, se la denegaron con el argumento de que su única misión era garantizar un tránsito rápido y seguro hasta Vladivostok. Pero, quisiesen o no, no podían evitar verse involucrados en la política rusa, porque para lograr su objetivo tenían que tratar con las autoridades locales, lo que implicaba intensificar la relación con el

Komuch y con el gobierno siberiano.[83]

Cuando los checoslovacos se rebelaron, Moscú creyó que actuaban siguiendo instrucciones de los gobiernos aliados. Los historiadores comunistas han dado por buena esta versión, aunque no existe ninguna prueba que la respalde. En el bando francés, contamos con la palabra de un historiador que había visto todos los materiales de archivo pertinentes, según el cual «nada indica que los franceses fuesen los instigadores del levantamiento».[84] Esto confirma la opinión de Sadoul, que intentó entonces, sin demasiado éxito, convencer a su amigo Trotski de que el gobierno francés no tenía ninguna responsabilidad sobre los ejércitos checoslovacos.[85] De hecho, al menos inicialmente, el alzamiento checoslovaco fue una desagradable sorpresa para los franceses, porque trastocó sus planes de llevar a la legión al frente occidental.[86] Tampoco hay pruebas de una intervención británica. Más adelante, los historiadores comunistas trataron de inculpar a Masaryk, que en realidad fue el que salió peor parado de todos, porque la intromisión checoslovaca en los asuntos rusos interfirió con su plan de formar en Francia un ejército nacional checo.[156*]

Pero, sea cual sea la verdad histórica, en el fragor de los acontecimientos resultaba natural que Moscú viese la sombra de los Aliados detrás del general Gajda, como también lo era que la Legión Checoslovaca viese una presión alemana tras las órdenes de desarme. La cuestión checoslovaca acabó con cualquier posibilidad de colaboración económica y militar de los bolcheviques con los Aliados, y empujó a Moscú —no del todo involuntariamente— a los brazos de Alemania.

Hasta junio de 1918, los generales constituían el único partido influyente en Alemania que exigía una ruptura con los bolcheviques. Se impuso la opinión de los industriales y

los banqueros que trabajaban codo con codo con el Ministerio de Asuntos Exteriores. Pero ahora los generales habían encontrado un aliado inesperado. Tras el levantamiento checoslovaco, Mirbach y Riezler perdieron toda esperanza en la viabilidad del régimen de Lenin y aumentaron la presión sobre Berlín para que buscase una base de apoyo alternativa en Rusia. Las recomendaciones de Riezler no se basaban únicamente en sus impresiones, pues sabía de primera mano que las fuerzas con las que los bolcheviques contaban para detener a los checoslovacos estaban a punto de desertar. El 25 de junio, advirtió a Berlín de que, aunque la embajada en Moscú estaba haciendo todo lo posible por ayudar a los bolcheviques contra la Legión Checoslovaca y contra sus adversarios internos, el esfuerzo parecía inútil.[87] Lo que tenía en mente solo se supo años más tarde. Para convencer al teniente coronel Mijaíl A. Muraviov, comandante del Ejército Rojo en el frente oriental en la guerra civil, de combatir a los checos, Riezler tuvo que sobornarlo.[157*] Aún más preocupante era la creciente reticencia de los letones a continuar combatiendo para los bolcheviques. Intuyendo que la suerte de sus patrones bolcheviques se estaba acabando, y temiendo quedar aislados, contemplaron la posibilidad de cambiar de bando. Hizo falta algo más que el dinero de Riezler para convencerlos de que contribuyesen a reprimir el levantamiento de Sávinkov en Yaroslavl en julio.[88]

Entretanto, los checos estaban tomando una ciudad detrás de otra. El 29 de junio se hicieron con Vladivostok, y el 6 de julio, con Ufá. En Irkutsk se toparon con resistencia bolchevique, pero la superaron, y el 11 de julio ocuparon la ciudad. Por aquel entonces, el recorrido entero del Transiberiano, junto con sus ramales en Rusia oriental, desde Penza hasta el Pacífico, estaba en sus manos.

El avance sin obstáculos de los checoslovacos y el riesgo de deserciones en las filas bolcheviques alimentaron en Mirbach y Riezler los presagios más sombríos. Su temor era que los Aliados aprovechasen la crisis para maquinar un golpe de los socialistas revolucionarios que devolvería a Rusia al redil de los Aliados. Para evitar la catástrofe, Riezler instó a Berlín a un acercamiento a los rusos liberales y conservadores, representados por el Centroderecha, el partido de los kadetes, el gobierno de Omsk y los cosacos del Don.[158*]

Los inquietantes informes de la embajada en Moscú, junto a las quejas de los militares, llevaron al gobierno alemán a poner de nuevo la «cuestión rusa» sobre la mesa. La cuestión a la que se enfrentaban se podría formular del siguiente modo: si debían mantener el apoyo a los bolcheviques contra viento y marea porque (1) habían arrasado Rusia hasta tal punto que esta había dejado de ser una amenaza y no volvería a serlo en mucho tiempo y (2) al aceptar el Tratado de Brest-Litovsk habían puesto a disposición de Alemania las regiones más ricas de Rusia; o bien abandonarlos en favor de un régimen más convencional pero también más viable que ayudaría a mantener a Rusia en la órbita alemana, incluso aunque esto significase tener que renunciar a parte de los territorios obtenidos en Brest-Litovsk. Los defensores de ambas posturas discrepaban en cuanto a los medios. Sus objetivos eran idénticos, a saber, debilitar a Rusia para que nunca pudiese ayudar de nuevo a Francia e Inglaterra a «rodear» Alemania y, al mismo tiempo, lograr su plena apertura a la penetración económica. Pero, mientras que el bando antibolchevique quería alcanzar estos objetivos dividiendo Rusia en entidades políticas dependientes, el Ministerio de Asuntos Exteriores prefería hacerlo utilizando a los bolcheviques para vaciar al país desde dentro. Zanjar este asunto en un sentido u otro era una cuestión de cierta

urgencia, a la vista de la opinión unánime de la embajada en Moscú según la cual los bolcheviques estaban a punto de caer.

En el gobierno alemán nadie deseaba que los bolcheviques permanecieran demasiado tiempo en el poder: la disputa era a corto plazo, la duración de la guerra. La dificultad de resolver la disputa era aún mayor debido a la volatilidad del káiser, que un día despotricaba contra los «judíos» bolcheviques y quería una cruzada internacional contra ellos y al día siguiente hablaba de esos mismos bolcheviques como los mejores socios de Alemania.

Ludendorff presionó para que se liquidase a los bolcheviques. Eran traicioneros: «No podemos esperar nada de este gobierno soviético, aunque está a nuestra merced». Estaba particularmente preocupado por la «infección» de soldados alemanes con propaganda bolchevique, que, tras el traslado de cientos de miles de tropas procedentes del este, podría extenderse al frente occidental. Quería debilitar a Rusia y «reclamarla [para Alemania] por la fuerza».[89]

La embajada en Moscú se puso del lado de los militares, pero recomendó revisiones del Tratado de Brest como precio a pagar para lograr el apoyo de grupos políticos rusos respetables.

El punto de vista opuesto fue el que defendía Kühlmann y el servicio exterior (excepto la embajada en Moscú), con el respaldo de muchos políticos y la mayoría de la comunidad empresarial alemana. Una circular del Ministerio de Asuntos Exteriores, redactada en mayo, formulaba el siguiente argumento para la colaboración continuada con los bolcheviques:

> La mejor manera de explicar las peticiones de ayuda que llegan a Alemania procedentes de diversas fuentes en Rusia —principalmente, desde círculos reaccionarios— es el temor de las clases adineradas a la amenaza que los bolcheviques suponen para sus bienes y posesiones. Alemania debe

> desempeñar el papel del alguacil que expulsa a los bolcheviques de la casa rusa y reinstaura a los reaccionarios, que a continuación adoptarán contra Alemania la misma política que el régimen zarista siguió durante las últimas décadas. […] En cuanto a la Gran Rusia, solo tenemos un interés primordial: promover a las fuerzas de la descomposición y mantener al país debilitado durante mucho tiempo, exactamente como hizo el príncipe Bismarck con Francia después de 1871. […]
>
> Es de nuestro interés normalizar pronto y genuinamente las relaciones con Rusia para así tomar el control de la economía. Cuanto más nos inmiscuyamos en los asuntos internos del país, más se abrirá el abismo que ya nos separa de Rusia. […] No debemos pasar por alto el hecho de que el Tratado de Brest-Litovsk solo fue ratificado por los bolcheviques, y ni siquiera por todos ellos. […] Así pues, es de nuestro interés que los bolcheviques continúen, por ahora, al mando. Para ello, harán, de momento, todo lo que puedan para mantener ante nosotros una apariencia de lealtad y para preservar la paz. Por otra parte, sus líderes, siendo empresarios judíos, no tardarán en abandonar sus teorías en favor de prácticas comerciales y de transporte rentables. Aquí debemos proceder lenta pero resueltamente. El transporte, la industria y la economía nacional de Rusia en su conjunto deben caer en nuestras manos.[90]

Con tales ideas en mente, Kühlmann abogaba por una política estrictamente no intervencionista en Rusia. En respuesta a lo que aparentemente fue una consulta por parte de los bolcheviques, quería asegurar a Moscú que ni los alemanes ni los finlandeses tenían ninguna pretensión sobre Petrogrado; tales garantías permitirían trasladar tropas letonas del oeste al este, donde se las necesitaba desesperadamente para combatir a la Legión Checoslovaca.[91]

Para quienes creen que algunos días son más «históricos» que otros, el 28 de junio de 1918 debe de ser uno de los más históricos de la época moderna, ya que en esa fecha el káiser, en una decisión impulsiva, salvó al régimen bolchevique de la sentencia de muerte que estaba en su mano imponer. La ocasión fue un informe sobre la cuestión rusa que recibió en su cuartel general. Tenía ante sí dos comunicados, uno del Ministerio de Asuntos Exteriores, firmado por el canciller Georg von Hertling, y el otro de Hindenburg. El relator, el

barón Kurt von Grünau, representaba al Ministerio de Asuntos Exteriores en el personal del káiser. Cualquiera con experiencia en estos asuntos es consciente del poder que acumula un relator en ocasiones así. Cuando le presenta al jefe del Ejecutivo las distintas políticas que exigen que este se decida por una u otra basándose en un muy imperfecto conocimiento de los hechos, aquel puede, mediante una sutil manipulación, empujar a quien ha de tomar la decisión en la dirección que prefiere. Grünau hizo buen uso de esta oportunidad para favorecer los intereses del Ministerio de Asuntos Exteriores. En gran medida, el káiser tomó su crítica decisión como resultado de la manera en que Grünau le presentó las opciones que tenía ante sí:

> Era un rasgo esencial de la naturaleza impulsiva del káiser, que se regía por estados de ánimo pasajeros y chispazos repentinos, el de identificarse con los primeros argumentos que le presentaba un consejero, en la medida en que le pareciesen concluyentes [*schlüssig*]. Y eso fue lo que sucedió también en esta ocasión. El consejero Grünau se las apañó para informar al káiser del telegrama de Hertling [con las recomendaciones de Kühlmann] justo antes de mostrarle las preferencias de Hindenburg. El káiser estuvo inmediatamente de acuerdo con el canciller y en particular declaró que los alemanes no llevarían a cabo operaciones militares en Rusia, que se informase al gobierno soviético de que podía retirar sin temor las tropas de Petrogrado y desplegarlas contra los checos y, por último, «sin descartar oportunidades futuras», que se apoyase al gobierno soviético, por ser la única parte que había aceptado el Tratado de Brest.[92]

El efecto inmediato de la decisión del káiser fue el de permitir que Trotski trasladase a los regimientos letones desde la frontera occidental hasta el frente de Volga-Ural. Puesto que eran las únicas unidades militares probolcheviques capaces de entrar en combate, esta acción salvó al régimen bolchevique en el este del hundimiento total. A finales de julio, el Quinto Regimiento Letón y elementos del Cuarto se enfrentaron a los checoslovacos cerca de Kazán, el Sexto los atacó en Ekaterimburgo, y el Séptimo reprimió un levantamiento antibolchevique de trabajadores armados en

Izhevsk-Vótkinsk. Estas operaciones hicieron que cambiasen las tornas en favor de los bolcheviques. En un telegrama a Yoffe interceptado por la inteligencia alemana, Chicherin hacía hincapié en lo conveniente que era para la Rusia soviética poder retirar las tropas del frente alemán y lanzarlas contra los checoslovacos.[93]

El efecto a largo plazo de la decisión del káiser fue permitir que los bolcheviques capeasen el período más crítico de su historia. A los alemanes no les habría supuesto ningún esfuerzo tomar Petrogrado, y solo un poco más ocupar Moscú, pues ambas ciudades estaban prácticamente indefensas. Podían haber repetido la operación ucraniana y haber colocado un gobierno títere en Rusia. Nadie dudaba de su capacidad para hacerlo. En abril, cuando los bolcheviques se hallaban en una posición más fuerte, Trotski le había dicho a Sadoul que podrían ser expulsados por alguien que contase con el respaldo de los alemanes.[94] La decisión del káiser a finales de junio acabó definitivamente con esta posibilidad; seis semanas más tarde, cuando su avance en el oeste se detuvo en seco, los alemanes ya no estaban en disposición de intervenir de forma decisiva en los asuntos internos rusos. El hecho de saber que los alemanes seguían respaldando al gobierno también desalentó a la oposición rusa. Al comunicar los deseos del káiser a Moscú, Kühlmann ordenó a la embajada a finales de junio que continuase colaborando con Lenin. El 1 de julio, Riezler rompió las conversaciones con el Centroderecha.[95]

Con la inminente llegada del verano de 1918 cundió el nerviosismo entre los socialistas revolucionarios de izquierdas. Como revolucionarios románticos, anhelaban la excitación permanente: el éxtasis de octubre, la embriaguez de febrero, cuando la nación se levantó para rechazar la invasión

alemana, días inolvidables celebrados por su poeta, Alexánder Blok, en los dos poemas más famosos de la revolución: «Los doce» y «Los escitas». Pero todo ello formaba parte del pasado, y ahora se descubrían como socios de un régimen de políticos calculadores que hacían tratos con los alemanes y los Aliados e invitaban a la «burguesía» a volver a gestionar las fábricas y a liderar las fuerzas armadas. ¿Qué había sido de la revolución? Nada de lo que los bolcheviques habían hecho desde febrero de 1918 les había gustado. Rechazaban el Tratado de Brest, que en su opinión convertía a Alemania en dueña y señora de Rusia y a Lenin, en lacayo de Mirbach; en lugar de asociarse con los alemanes, querían levantar a las masas contra estos imperialistas, con sus propias manos si era necesario, y llevar la revolución al corazón de Europa. Cuando los bolcheviques, haciendo caso omiso de sus protestas, firmaron y ratificaron Brest, los socialistas revolucionarios de izquierdas abandonaron el Sovnarkom. Se opusieron con la misma vehemencia a la política adoptada por los bolcheviques en mayo de 1918 de mandar destacamentos armados de trabajadores a los pueblos para extraer grano, puesto que generaba animosidad entre estos y los campesinos. También objetaron la reinstauración de la pena capital y salvaron muchas vidas al hacer que sus miembros vetasen todas las sentencias de muerte impuestas por el Colegio de la Checa a prisioneros políticos. Inevitablemente acabaron considerando a los bolcheviques traidores de la revolución. En palabras de su líder, María Spiridónova: «Es doloroso […] darse cuenta de que los bolcheviques, con quienes hasta ahora hemos trabajado codo con codo, junto a quienes he luchado en la misma barricada, y con quienes yo confiaba que combatiríamos hasta el final en esta gloriosa batalla, […] han adoptado las políticas del gobierno de Kérenski».[96]

En la primavera de 1928, los socialistas revolucionarios de izquierdas adoptaron hacia los bolcheviques la misma actitud que estos habían mantenido en 1917 hacia el Gobierno Provisional y los socialistas democráticos. Asumieron el papel de conciencia de la revolución, de alternativa incorruptible a un régimen de oportunistas y conciliadores. A medida que la influencia bolchevique entre los trabajadores se fue desvaneciendo, los socialistas revolucionarios de izquierdas se convirtieron en un rival peligroso, pues apelaban a los mismos instintos anárquicos y destructivos de las masas rusas que los bolcheviques habían explotado en su puja hacia el poder, pero que una vez alcanzado este hicieron todo lo posible por apaciguar. Disfrutaban de apoyos entre algunos de los elementos urbanos más alborotadores, como los trabajadores radicales de Petrogrado y los marineros de lo que habían sido las flotas del Báltico y el mar Negro. Básicamente, apelaban a los mismos grupos que habían contribuido a llevar a los bolcheviques al poder en octubre y ahora se sentían traicionados.

Entre el 17 y el 25 de abril, los socialistas revolucionarios de izquierdas celebraron un congreso en Moscú que afirmaba representar a más de 60.000 miembros. La mayoría de los delegados querían cortar por lo sano con los bolcheviques y su «*komissaroderzhaviye*» («gobierno de los comisarios»).[97] Dos meses más tarde (el 24 de junio), en una reunión secreta, el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda decidió alzar la bandera de la rebelión.[98] Debía ponerse fin al «momento de respiro» que había permitido Brest. En el Quinto Congreso de los Sóviets, previsto para el 4 de julio, presentarían una moción pidiendo la derogación del Tratado de Brest-Litovsk y una declaración de guerra contra Alemania. Si no lograban su aprobación, los socialistas revolucionarios de izquierdas iniciarían provocaciones

terroristas para abrir una brecha entre Rusia y Alemania. La resolución que se aprobó en aquella reunión dice así:

> El Comité Central del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda, habiendo analizado la situación política actual de la República, resuelve que, en interés de la revolución, tanto rusa como internacional, debe ponerse fin de inmediato al llamado momento de respiro creado por el Tratado de Brest-Litovsk.
>
> El Comité Central cree que es tanto sensato como posible organizar una serie de actos terroristas contra los principales representantes del imperialismo alemán. Para poder llevarlos a cabo, deben organizarse las fuerzas del partido y deben tomarse todas las precauciones necesarias para que el campesinado y la clase trabajadora se sumen a este movimiento y colaboren activamente con el partido. Por lo tanto, en el momento del acto terrorista todos los periódicos deben hacer pública nuestra participación en los sucesos en Ucrania, en la agitación entre los campesinos y en la explosión de arsenales. Esto debe llevarse a cabo tras una señal de Moscú. Dicha señal debe ser un acto de terrorismo, o puede tomar otra forma. Para distribuir las fuerzas del partido, se ha nombrado un comité de tres personas (Spiridónova, Maiorov y Golubovski).
>
> A la vista del hecho de que, contrariamente a los deseos del partido, esto puede implicar una colisión con los bolcheviques, el Comité Central realiza la siguiente declaración: Consideramos que nuestra política es un ataque contra la política actual del Consejo de Comisarios del Pueblo, pero desde luego no un enfrentamiento contra los bolcheviques. Puesto que es posible que los bolcheviques adopten fuertes represalias contra nuestro partido, estamos decididos, si fuese necesario, a defender nuestra postura con la fuerza de las armas. Para evitar que el partido sea explotado por elementos contrarrevolucionarios, se ha resuelto que nuestra nueva política sea expuesta de forma clara y abierta, con el fin de que pueda inaugurarse posteriormente en la Rusia soviética una política socialista revolucionaria internacional.[99]

Como indica esta resolución, los socialistas revolucionarios de izquierdas pretendían emular las acciones de los bolcheviques de octubre de 1917 en todos los aspectos menos en uno: la diferencia crucial era que no aspiraban al poder, que se dejaría en manos de los bolcheviques. Los socialistas revolucionarios de izquierdas solo querían obligar a los bolcheviques a abandonar sus políticas «oportunistas» provocando a Alemania para que atacase a la Rusia soviética en respuesta al terrorismo antialemán. El plan era totalmente

irrealizable; se basaba en la expectativa de que los alemanes renunciarían impulsivamente a los inmensos beneficios que habían logrado en Brest, e ignoraba por completo el interés común que unía a Berlín y Moscú.[img 87]

Spiridónova, la personalidad más poderosa del comité de tres personas de los socialistas revolucionarios de izquierdas, poseía el valor que en siglos pasados distinguió a los mártires religiosos, pero carecía de cualquier cosa remotamente parecida al sentido común. Los extranjeros que la observaron durante esos días manifestaron impresiones muy poco halagadoras. Para Riezler era un «cardo». Alfons Paquet, un periodista alemán, la veía como

> una histérica infatigable con quevedos, una caricatura de Atenea que, al hablar, siempre parecía buscar un arpa invisible y que, cuando el auditorio estallaba en aplausos e ira, pateaba el suelo con impaciencia levantando los tirantes caídos de su vestido.[100]

Inmediatamente después de la decisión, los socialistas revolucionarios de izquierdas se pusieron manos a la obra. Enviaron agitadores a las guarniciones militares en Moscú y sus suburbios; consiguieron arrastrar a algunas de ellas a su bando y neutralizaron al resto. Los socialistas revolucionarios de izquierdas que trabajaban en la Checa reunieron una fuerza militar dispuesta a combatir en caso de que los bolcheviques contraatacasen. Se iniciaron los preparativos para cometer un acto terrorista contra el embajador alemán; su asesinato serviría como señal para un levantamiento de alcance nacional. Emulando las tácticas bolcheviques en vísperas de octubre, los socialistas revolucionarios de izquierdas no ocultaron sus planes. El 29 de junio, su órgano *Znamia Truda* hacía un llamamiento en portada para que todos los socialistas revolucionarios de izquierdas aptos para el combate se presentasen en las oficinas regionales del partido a más tardar el 2 de julio; los comités regionales del

partido tenían instrucciones de proporcionarles entrenamiento militar.[101] Al día siguiente, Spiridónova declaró públicamente que solo un alzamiento armado podría salvar la revolución.[102] Continúa siendo un misterio inexplicable por qué Dzerzhinski y sus colaboradores letones en la Checa ignoraron estas advertencias y permitieron que los tomasen por sorpresa el 6 de julio.

Una respuesta parcial —pero solo parcial— a esta cuestión viene dada por el hecho de que varios de los conspiradores trabajaban en los órganos directivos de la Checa. Dzerzhinski había elegido como su lugarteniente a un socialista revolucionario de izquierdas, Piotr Alexándrovich Dmitrievski, conocido popularmente como Alexándrovich, en quien tenía plena confianza y a quien había dotado de una amplia autoridad. Otros socialistas revolucionarios de izquierdas empleados de la Checa e involucrados en la conspiración fueron Yákov Bliumkin, cuya responsabilidad se centraba en el contraespionaje y la penetración de la embajada alemana; el fotógrafo Nicholas Andréiev, y D. I. Popov, comandante de un destacamento de caballería de la Checa. Todos ellos gestaron una conspiración en el interior de la sede de la policía secreta. Popov reunió a varios cientos de hombres armados, en su mayoría marineros partidarios de los socialistas revolucionarios de izquierdas. Bliumkin y Andréiev asumieron la responsabilidad de asesinar a Mirbach. Ambos se familiarizaron con el edificio de la delegación alemana y tomaron fotografías de la ruta de escape que tomarían tras matar al embajador.

La *troika* que supervisaba estos preparativos planeó escenificar el levantamiento durante el segundo o el tercer día del Quinto Congreso de los Sóviets, que estaba previsto que comenzase la noche del 4 de julio. Spiridónova presentaría

una moción que incluiría un llamamiento a la derogación del Tratado de Brest-Litovsk y la declaración de guerra contra Alemania. Puesto que el Comité de Mandatos, que determinaba la representación en el congreso, les había asignado generosamente el 40 por ciento de los asientos, y se sabía que muchos bolcheviques se oponían a Brest, los líderes de los socialistas revolucionarios de izquierdas pensaban que tenían posibilidades de conseguir una mayoría. Pero, si fracasaban, alzarían la bandera de la rebelión con un acto terrorista contra el embajador alemán. El 6 de julio era un día propicio para la acción, porque coincidía con el día de San Juan (*Ivanov den*), una festividad nacional letona que los Fusileros Letones celebrarían con una excursión al Campo de Jodinka, a las afueras de Moscú, dejando tan solo una guarnición mínima para proteger el Kremlin.[159*]

Como los posteriores acontecimientos demostrarían, la situación en Moscú era tan precaria que, si los socialistas revolucionarios de izquierdas hubiesen querido tomar el poder, lo podrían haber hecho aún con mayor facilidad que los bolcheviques en octubre. Pero, categóricamente, no querían asumir la responsabilidad de gobernar. Su rebelión no era tanto un golpe de Estado como un golpe de efecto, una grandiosa manifestación política con la que pretendían impulsar a las «masas» y revivir su alicaído espíritu revolucionario. Cometieron el mismísimo error contra el que Lenin siempre advertía a sus seguidores: el de «jugar a la revolución».

En cuanto se inauguró en el teatro Bolshói el Congreso de los Sóviets, los socialistas revolucionarios de izquierdas y los bolcheviques se enfrascaron en una lucha encarnizada. Los oradores por parte de los socialistas revolucionarios de izquierdas acusaron a los bolcheviques de traicionar a la

revolución y de instigar una guerra entre el campo y la ciudad, mientras que los bolcheviques acusaron a los socialistas revolucionarios de izquierdas de intentar provocar una guerra entre Rusia y Alemania. Estos últimos presentaron una moción en la que instaban a un voto de no confianza contra el gobierno bolchevique, solicitaban la derogación del Tratado de Brest-Litovsk y la declaración de guerra contra Alemania. La mayoría bolchevique rechazó la moción, momento en el cual los socialistas revolucionarios de izquierdas abandonaron la sala.[103]

Según Bliumkin, la noche del 4 de julio Spiridónova le pidió que fuera a verla.[104] Le contó que el partido quería asesinar a Mirbach. Bliumkin pidió veinticuatro horas para hacer los preparativos necesarios, entre los cuales estaban obtener, tanto para él como para Andréiev, un documento con la firma falsificada de Dzerzhinski en el que se solicitara audiencia para ambos con el embajador alemán, dos revólveres, dos bombas y un coche perteneciente a la Checa conducido por Popov.

Entre las dos y cuarto y las dos y media de la tarde del 6 de julio, dos representantes de la Checa se presentaron ante la embajada alemana en Denezhnyi Pereulok. Uno de ellos se identificó como Yákov Bliumkin, oficial del servicio de contrainteligencia de la Checa; el otro, como Nicholas Andréiev, representante del Tribunal Revolucionario. Exhibieron sus credenciales firmadas por Dzerzhinski y un secretario de la Checa, que les autorizaban a discutir «un asunto de interés directo para el embajador».[105] El asunto en cuestión resultó ser el teniente Robert Mirbach, al que se creía pariente del embajador y a quien la Checa había detenido bajo sospecha de espionaje. Los visitantes fueron recibidos por Riezler y un intérprete, el lugarteniente L. G. Miller.

Riezler les explicó que tenía la autoridad para hablar en nombre del conde Mirbach, pero los rusos se negaron a tratar con él e insistieron en que Dzerzhinski les había ordenado que hablasen personalmente con el embajador.

La embajada alemana llevaba un tiempo recibiendo avisos de posibles atentados. Hubo cartas anónimas e incidentes sospechosos, como visitas de electricistas para revisar dispositivos de iluminación en perfecto estado de funcionamiento, o desconocidos que tomaban fotografías del edificio de la embajada. Mirbach se resistía a reunirse con los visitantes, pero, puesto que portaban credenciales firmadas por el jefe de la Checa, bajó a verlos. Los rusos dijeron que podría estar interesado en el caso del teniente Mirbach. El embajador respondió que preferiría que le proporcionasen la información por escrito. En ese momento, Bliumkin y Andréiev rebuscaron en sus maletines y sacaron los revólveres para a continuación disparar a Mirbach y Riezler. Todos sus tiros fallaron. Riezler y Miller se lanzaron al suelo. Mirbach subió y trató de escapar a través del salón principal hacia las dependencias del piso superior. Andréiev corrió tras él y le disparó en la nuca. Bliumkin lanzó una bomba en mitad de la habitación. Los dos asesinos saltaron por las ventanas abiertas. Bliumkin sufrió heridas, pero consiguió seguir a Andréiev y trepar la verja de hierro de dos metros y medio de alto que rodeaba la embajada para llegar al automóvil que esperaba fuera con el motor en marcha. Mirbach, que nunca recuperó la consciencia, murió a las tres y cuarto de la tarde.[106]

El personal de la embajada temió que el ataque perpetrado a su embajador fuese señal de un asalto general. El personal militar asumió la responsabilidad de la seguridad. Los intentos de comunicarse con las autoridades soviéticas

resultaron infructuosos porque se habían cortado las líneas telefónicas. Bothmer, el agregado militar, se desplazó con urgencia al hotel Metropole, sede del Comisariado de Asuntos Exteriores. Allí le contó a Karaján, delegado de Chicherin, lo que había sucedido. Karaján contactó con el Kremlin. Lenin recibió la noticia alrededor de las tres y media, e inmediatamente se la comunicó a Dzerzhinski y Sverdlov.[107]

Más avanzada la tarde, una procesión de notables bolcheviques visitaron la embajada alemana. El primero en llegar fue Radek, con un arma de mano que Bothmer describe como del tamaño de un pequeño cañón. Le siguieron Chicherin, Karaján y Dzerzhinski. Un escuadrón de Fusileros Letones acompañaba a estos notables. Lenin permaneció en el Kremlin, pero Riezler, que asumió la dirección de la embajada, exigió que se personase con una explicación y una disculpa. Que un diplomático extranjero hiciera una demanda así a un jefe de Estado era algo de lo más inusual, pero era tal la influencia de los alemanes por aquel entonces que Lenin tuvo que obedecer. Llegó a la embajada, acompañado por Sverdlov, alrededor de las cinco de la tarde. Según testigos alemanes, expresó un interés puramente técnico en la tragedia y pidió que le mostrasen el lugar donde se había cometido el asesinato, la disposición exacta de los muebles y el daño que había causado la bomba. Se negó a ver el cuerpo del fallecido. Su disculpa, en palabras de un alemán, «fue tan fría como el hocico de un perro» y prometió que los culpables recibirían su castigo.[108] Bothmer pensó que los rusos parecían muy asustados.

En su huida, los asesinos perdieron la documentación, incluido el documento que les había permitido acceder a la embajada. A partir de este material y de la información proporcionada por Riezler, Dzerzhinski averiguó que los

hombres armados se habían presentado como representantes de la Checa. Extremadamente preocupado, se dirigió a los Barracones de Pokrovski, en el número 1 de Bolshói Trejsviatitelski Pereulok, donde se alojaba el Destacamento de Combate de la Checa. Los barracones estaban bajo el control de Popov. Dzerzhinski pidió que le entregasen a Bliumkin y a Andréiev, bajo la amenaza de fusilar a todo el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda. En lugar de acatar la orden, los marineros de Popov arrestaron a Dzerzhinski, a quien usarían como rehén para garantizar la seguridad de Spiridónova, que había acudido al Congreso de los Sóviets para anunciar que Rusia había sido «liberada de Mirbach».[109]

Estos acontecimientos tuvieron lugar bajo una lluvia torrencial, acompañada de truenos, que enseguida envolvió a Moscú en una densa niebla.

Al volver al Kremlin, Lenin se enteró con espanto de que Dzerzhinski había caído prisionero de la Checa: según Bonch-Bruevich, cuando recibió la noticia «Lenin no palideció; se puso blanco».[110] Sospechando que la Checa lo había traicionado, Lenin, a través de Trotski, ordenó su disolución y se encomendó a Martin I. Latsis la tarea de organizar una nueva policía política.[111] Latsis corrió a la sede central de la Checa en Bolshaya Lubianka para descubrir que ese edificio también estaba controlado por Popov. Los marineros del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda que lo escoltaron hasta la sede de Popov querían ejecutar a Latsis allí mismo; se libró gracias a la intercesión del socialista revolucionario de izquierdas Alexándrovich.[112] Fue un gesto de camaradería al que Latsis no correspondería al cabo de unos pocos días cuando se invirtieron los papeles y Alexándrovich cayó en manos de la Checa.

Esa noche, los marineros y los soldados afiliados a los socialistas revolucionarios de izquierdas salieron a la calle en busca de rehenes; pararon automóviles de los que sacaron a veintisiete funcionarios bolcheviques.

Los socialistas revolucionarios de izquierdas disponían de 2.000 marineros y jinetes armados, 86 piezas de artillería, 64 ametralladoras y entre 4 y 6 vehículos blindados.[113] Era una fuerza formidable, dado que el grueso del contingente letón en Moscú estaba relajándose en los suburbios y que los soldados de las guarniciones rusas o bien estaban del lado de los rebeldes o bien declaraban neutralidad. De repente, Lenin se encontraba en la misma tesitura humillante que Kérenski había experimentado el pasado octubre: un jefe de Estado sin unas fuerzas armadas que defendiesen su gobierno. En ese momento, si los socialistas revolucionarios de izquierdas lo hubiesen deseado, nada les habría impedido tomar el poder y arrestar a todos los dirigentes bolcheviques. Ni siquiera habrían tenido que emplear la fuerza, ya que los miembros del Comité Central llevaban pases que les daban acceso al Kremlin, incluidas las oficinas y las dependencias privadas de Lenin.[114]

Pero los socialistas revolucionarios de izquierdas no tenían esa intención, y fue su aversión al poder lo que salvó a los bolcheviques. Su objetivo era provocar a los alemanes y levantar a las «masas» rusas. Como uno de los líderes de los socialistas revolucionarios de izquierdas le dijo a Dzerzhinski durante su cautiverio:

> Estáis ante un hecho consumado. El Tratado de Brest se ha anulado; la guerra con Alemania es inevitable. No queremos el poder, ni aquí ni en Ucrania. Pasaremos a la clandestinidad. Podéis quedaros con el poder, pero debéis dejar de ser lacayos de Mirbach. Dejad que Alemania ocupe Rusia hasta el Volga.[115]

De manera que, en lugar de marchar hacia el Kremlin y

derrocar al gobierno soviético, un destacamento de socialistas revolucionarios de izquierdas, encabezado por Prosh P. Proshián, fue a la Oficina Central de Correos y Telégrafos, que ocupó sin resistencia y desde donde envió llamamientos a los trabajadores, campesinos y soldados rusos, así como al «mundo entero».[160*] Estos llamamientos eran confusos y contradictorios. Los socialistas revolucionarios de izquierdas asumieron la autoría del asesinato de Mirbach y denunciaron a los bolcheviques como «agentes del imperialismo alemán». Se declararon a favor del «sistema soviético», pero rechazaron a todos los demás partidos socialistas por «contrarrevolucionarios». En un telegrama declararon que estaban «en el poder». En palabras de Vatsetis, los socialistas revolucionarios de izquierdas actuaron «con falta de resolución».[116]

Spiridónova llegó al teatro Bolshói a las siete de la tarde y pronunció un discurso largo e incoherente. Tras ella, tomaron la tribuna otros socialistas revolucionarios de izquierdas. La confusión era absoluta. A las ocho, los delegados se enteraron de que letones armados habían rodeado el edificio y bloqueado las entradas, tras lo cual los jefes bolcheviques abandonaron el lugar. Spiridónova pidió a sus seguidores que se trasladasen al segundo piso. Una vez allí, se subió a una mesa y gritó: «¡Eh, vosotros, país, escuchad! ¡Eh, vosotros, país, escuchad!».[117] Los delegados bolcheviques, reunidos en un ala del Bolshói, no conseguían decidir si ellos eran los atacantes o los atacados. Como Bujarin le contó después a Isaac Steinberg: «Estábamos en nuestra propia habitación esperando a que vinieseis y nos arrestaseis. […] Como no lo hicisteis, decidimos arrestaros nosotros a vosotros».[118]

Ya era hora de que los bolcheviques actuasen, pero las horas pasaban y no sucedía nada. El gobierno era presa del

pánico, pues carecía de una fuerza de entidad en la que apoyarse. Según sus propias estimaciones, de los 24.000 hombres armados apostados en Moscú, una tercera parte eran probolcheviques, una quinta parte eran de lealtad dudosa (es decir, antibolcheviques) y la afiliación del resto no estaba clara.[119] Pero incluso las unidades probolcheviques no podían moverse. Los líderes bolcheviques se hallaban en una situación tan desesperada que incluso se plantearon la evacuación del Kremlin.[120]

A las cinco de la tarde, Ioakim I. Vatsetis, comandante de los Fusileros Letones, fue convocado por N. I. Muralov, comandante del Distrito Militar de Moscú, a su cuartel general. Allí también le esperaba Podvoiski. Ambos pusieron a Vatsetis al corriente de la situación y le pidieron que preparase un plan de actuación. Al mismo tiempo, le contaron al sorprendido letón que otro oficial tomaría el mando de la operación. Esta falta de confianza se debía, con casi total seguridad, a que el Kremlin tenía conocimiento de los contactos de Vatsetis con la embajada alemana. Tras varios intentos fallidos de encontrar otro letón que asumiese el mando, Vatsetis ofreció sus servicios, garantizando el éxito «con su cabeza», de lo cual se informó al Kremlin.[161*]

Alrededor de las once y media de la noche, Lenin convocó en su despacho a los comisarios políticos letones destacados en el cuartel general de Vatsetis y les preguntó si podían dar fe de la lealtad del comandante.[121] Cuando respondieron afirmativamente, Lenin consintió que se pusiese a Vatsetis al frente de la operación contra los socialistas revolucionarios de izquierdas, pero como precaución adicional le asignó cuatro comisarios políticos, en lugar de los dos habituales.

A medianoche, Vatsetis recibió una llamada convocándolo a una reunión con Lenin. Así describe el encuentro:

> El Kremlin estaba vacío y a oscuras. Nos condujeron a la sala de reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo y nos pidieron que esperáramos. […] Las instalaciones relativamente espaciosas en las que me encontraba por primera vez se iluminaron con una sola bombilla eléctrica, suspendida bajo el techo en una esquina. Las cortinas de las ventanas estaban echadas. La atmósfera me recordaba al frente en el teatro de operaciones militares. […] Pocos minutos después se abrió la puerta en el otro extremo de la sala y entró el camarada Lenin. Se acercó a paso rápido y me preguntó en voz baja: «Camarada, ¿resistiremos hasta la mañana?». Tras hacer la pregunta, Lenin se quedó mirándome fijamente. Ese día me había acostumbrado a lo inesperado, pero la pregunta del camarada Lenin me desconcertó por su formulación tan seca. […] ¿Por qué era tan importante aguantar hasta la mañana? ¿No resistiríamos hasta el final? ¿Acaso nuestra situación era tan precaria que mis comisarios me habían ocultado su verdadera naturaleza?[122]

Antes de responder a la pregunta de Lenin, Vatsetis pidió tiempo para analizar la situación.[123] La ciudad había caído en manos de los rebeldes, salvo por el Kremlin, que permanecía como una fortaleza asediada. Cuando llegó a los cuarteles de la División Letona, su jefe de gabinete le contó a Vatsetis que «toda la guarnición de Moscú» se había puesto en contra de los bolcheviques. El llamado Ejército del Pueblo (Naródnaya Armia), el mayor contingente de la guarnición de Moscú, que estaba entrenándose para combatir a los alemanes junto a las tropas francesas y británicas, había decidido permanecer neutral. Otro regimiento se había declarado a favor de los socialistas revolucionarios de izquierdas. Los letones eran lo único que quedaba: un batallón del Primer Regimiento, otro del Segundo, y el Noveno Regimiento. Estaba también el Tercer Regimiento Letón, pero su lealtad estaba en duda. Vatsetis también podía contar con una batería de artillería letona y unas pocas unidades más pequeñas, incluida una compañía de prisioneros de guerra húngaros probolcheviques, comandada por Béla Kun.[img 88]

Provisto de esta información, Vatsetis decidió retrasar el contraataque hasta primera hora de la mañana, cuando las

unidades letonas ya habrían vuelto de Jodinka. Despachó dos compañías del Noveno Regimiento Letón a recuperar la Oficina Central de Correos y Telégrafos, pero o bien resultaron ser incapaces de hacerlo o bien desertaron, pues los socialistas revolucionarios de izquierdas lograron desarmarlos.

A las dos de la madrugada, Vatsetis volvió al Kremlin:

> El camarada Lenin entró por la misma puerta y se dirigió hacia mí con los mismos pasos rápidos. Di varias zancadas hacia él y le informé: «No más tarde del mediodía del 7 de julio, venceremos por completo». Lenin tomó mi mano derecha entre las suyas y, apretándola fuerte, dijo: «Gracias, camarada. Me has hecho muy feliz».[124]

Cuando lanzó su contraataque a las cinco de una madrugada húmeda y brumosa, Vatsetis tenía bajo su mando a 3.300 hombres, de los cuales menos de 500 eran rusos. Los socialistas revolucionarios de izquierdas combatieron fieramente, y los letones tardaron casi siete horas en reducir los centros de los rebeldes y liberar, ilesos, a Dzerzhinski, Latsis y los demás rehenes. Vatsetis recibió de Trotski una bonificación de 10.000 rublos por haber hecho un buen trabajo.[125]

El 7 y el 8 de julio, los bolcheviques arrestaron e interrogaron a los rebeldes, incluidos Spiridónova y otros delegados de los socialistas revolucionarios de izquierdas en el Congreso de los Sóviets. Riezler exigió que el gobierno ejecutase a todos los responsables del asesinato de su embajador, incluido el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda. El gobierno creó dos comisiones: una para investigar el levantamiento de los socialistas revolucionarios de izquierdas, y la otra para indagar en el comportamiento desleal de la guarnición. Fueron detenidos 650 socialistas revolucionarios de izquierdas en Moscú, Petrogrado y las ciudades provinciales.

Unos pocos días después, se anunció que 200 de ellos habían sido fusilados.[126] Yoffe les dijo a los alemanes en Berlín que entre los ejecutados estaba Spiridónova, lo cual les satisfizo enormemente, y la prensa alemana se hizo eco de las ejecuciones. La información era falsa, pero cuando Chicherin lo desmintió públicamente el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán usó su influencia para que no llegase a los periódicos.[127]

En realidad, los bolcheviques trataron a los socialistas revolucionarios de izquierdas con una indulgencia muy poco habitual. En lugar de ejecutar en masa a quienes se habían levantado contra ellos en armas, como harían pocos días después en Yaroslavl, interrogaron brevemente a los prisioneros y a continuación pusieron a la mayoría de ellos en libertad. Ejecutaron a doce marineros de los destacamentos de Popov, así como a Alexándrovich, a quien habían capturado en una estación de ferrocarril intentando escapar. Spiridónova y uno de sus colaboradores fueron trasladados al Kremlin y retenidos en una prisión improvisada bajo la vigilancia de guardias letones. Dos días más tarde, la trasladaron a un apartamento de dos habitaciones en el Kremlin, donde vivió relativamente cómoda hasta su juicio, en noviembre de 1918. Los bolcheviques no ilegalizaron el Partido Socialista Revolucionario de Izquierda y permitieron que publicase su periódico. *Pravda*, refiriéndose a los socialistas revolucionarios de izquierdas como «hijos pródigos», manifestó la esperanza de que pronto volvieran al redil.[128] Zinóviev cubrió de elogios a Spiridónova como una «mujer maravillosa» con un «corazón de oro» cuyo encarcelamiento le impedía conciliar el sueño por las noches.[129]

Ni antes ni después mostraron los bolcheviques tal clemencia con sus enemigos. De hecho, este insólito

comportamiento ha llevado a algunos historiadores a sospechar que el asesinato de Mirbach y el alzamiento de los socialistas revolucionarios de izquierdas habían sido escenificados por los bolcheviques, aunque cuesta encontrar un motivo para un engaño tan elaborado o una explicación para cómo podría haberse ocultado a los participantes.[130] Pero no es necesario recurrir a teorías conspirativas para explicarlo. En julio, los bolcheviques se hallaban en una situación aparentemente desesperada: estaban siendo atacados por los checos; debían hacer frente a una rebelión armada en Yaroslavl y Múrom; los trabajadores y los soldados rusos los habían abandonado y ni siquiera podían estar seguros de la lealtad de los letones. No iban a poner a los seguidores del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda en su contra. Pero, sobre todo, temían por sus vidas. Seguro que Radek no hablaba solo por sí mismo cuando le confió a un amigo alemán que los bolcheviques trataban a los socialistas revolucionarios de izquierdas con tanta indulgencia por miedo a que se vengasen.[131] Las filas de ese partido estaban sin duda llenas de fanáticos dispuestos a sacrificarse por su causa, fanáticos como la propia Spiridónova, que en una carta dirigida a los líderes bolcheviques escrita desde la prisión estuvo a punto de lamentar que no la hubiesen ejecutado, ya que su muerte les habría hecho «recapacitar».[132] El sucesor de Mirbach, Karl Helfferich, también opinaba que los bolcheviques no se atrevieron a liquidar a los socialistas revolucionarios de izquierdas.[133]

En noviembre de 1918, el Tribunal Revolucionario juzgó al Comité Central del Partido Socialista Revolucionario de Izquierda, la mayoría de cuyos miembros habían huido o habían pasado a la clandestinidad. Spiridónova y Yuri V. Sablin, que sí estaban presentes en el juicio, fueron

sentenciados a un año de prisión. Spiridónova no cumplió su sentencia, pues los socialistas revolucionarios de izquierdas la ayudaron a fugarse de la prisión del Kremlin en abril de 1919.[162*] Pasaría el resto de su vida entrando y saliendo de la cárcel. En 1937, fue condenada a veinticinco años por «actividades contrarrevolucionarias»; en 1941, cuando el ejército alemán se acercaba a Oriol, donde estaba presa, la sacaron de su celda y la fusilaron.[134] Ninguno de los asesinos de Mirbach logró alcanzar una edad avanzada. Andréiev murió de tifus en Ucrania al año siguiente. Bliumkin vivió en la clandestinidad hasta mayo de 1919, cuando se entregó. Tras su arrepentimiento, no solo fue perdonado, sino también admitido en el Partido Comunista y pasó a formar parte del gabinete de Trotski. A finales de 1930 tuvo la mala idea de llevar mensajes a sus seguidores en Rusia, donde lo arrestaron y lo ejecutaron.[135]

Tras el alzamiento de julio, los socialistas revolucionarios de izquierdas se dividieron en dos facciones: una de ellas lo defendía, mientras que la otra renegaba de él. Con el tiempo, ambas facciones se disolverían en el Partido Comunista, salvo por un grupúsculo que pasó a la clandestinidad.[136]

Dzerzhinski fue suspendido de sus funciones. Oficialmente, dimitió como presidente y miembro de la Checa para servir como testigo en el inminente juicio contra los asesinos de Mirbach,[137] pero puesto que los bolcheviques normalmente no se detenían en este tipo de formalidades legales y el juicio no llegó a celebrarse, esa no fue más que una medida para guardar las apariencias. Su suspensión se debió casi con total certeza a la sospecha por parte de Lenin de que había estado implicado en la conspiración de los socialistas revolucionarios de izquierdas. Latsis dirigió la policía secreta hasta el 22 de agosto, cuando se reincorporó Dzerzhinski.

Los socialistas revolucionarios de izquierdas fracasaron estrepitosamente, no solo porque carecían de un objetivo claro y se habían rebelado sin estar dispuestos a asumir la responsabilidad por las consecuencias políticas, sino también porque calcularon mal las reacciones de los bolcheviques y los alemanes. Para ambos, lo que había en juego era demasiado importante para permitirse caer en la provocación que constituyó el asesinato de un embajador (al que siguió el del mariscal de campo Hermann von Eichhorn a manos de los socialistas revolucionarios de izquierdas en Ucrania). El gobierno alemán prácticamente ignoró la muerte de Mirbach, y la prensa alemana, siguiendo sus instrucciones, minimizó su trascendencia. De hecho, en otoño de 1918, los dos países se acercaron más que nunca.

Los bolcheviques fueron muy afortunados al tener tales adversarios.

Por una extraordinaria coincidencia, otra rebelión antibolchevique estalló ese mismo día, la mañana del 6 de julio, en tres ciudades del nordeste: Yaroslavl, Múrom y Rýbinsk. Fue obra de Borís Sávinkov, el mejor organizado y más activo de los conspiradores antibolcheviques.

Nacido en Járkov en 1879, Sávinkov cursó su educación secundaria en Varsovia, tras lo cual se inscribió en la Universidad de San Petersburgo.[138] Allí participó en las revueltas estudiantiles, incluida la huelga en la universidad en 1899. Se unió a los socialistas revolucionarios de izquierdas y enseguida ascendió a una posición de liderazgo en su Organización de Combate, desde la que llevó a cabo importantes misiones terroristas, incluidos los asesinatos de Pleve y el gran duque Sergio Alexándrovich. En 1906, sus actividades terroristas se interrumpieron cuando el agente de policía Yevno Azef lo delató a la Ojrana. Tras ser condenado a

muerte, Sávinkov consiguió huir al extranjero, donde permaneció hasta el estallido de la Revolución de Febrero, escribiendo novelas sobre la clandestinidad revolucionaria. La guerra despertó en él impulsos patrióticos. Sirvió en el ejército francés hasta febrero de 1917, cuando regresó a Rusia. El Gobierno Provisional lo nombró comisario en el frente. Sávinkov evolucionó hacia posiciones cada vez más nacionalistas y conservadoras y, como hemos visto, en verano de 1917, mientras servía como director en funciones del Ministerio de la Guerra a las órdenes de Kérenski, trabajó con Kornílov para restaurar la disciplina en las fuerzas armadas. Rodeado de un aura de aventura romántica, dotado de facilidad de palabra y con gran capacidad de persuasión, causaba una buena impresión en todo aquel al que trataba de impresionar, incluido Winston Churchill.

En diciembre de 1917, Sávinkov llegó al Don, donde participó en la formación del Ejército de Voluntarios. A petición de Alexéiev, volvió a la Rusia bolchevique para establecer contacto con destacadas figuras públicas.[139] Su misión era reclutar a aquellos oficiales y políticos que, con independencia de su afiliación política, quisiesen continuar luchando contra los alemanes y sus secuaces bolcheviques. En virtud de su pasado radical y su historial patriótico más reciente, Sávinkov era la persona idónea para esta tarea. Habló con Plejánov, Nikolái V. Chaikovski y otras luminarias socialistas de quienes se sabía que seguían una línea «defensista», pero tuvo poco éxito reclutándolos, porque, en general, preferían esperar a que los bolcheviques se hundiesen por sí mismos en lugar de colaborar con oficiales nacionalistas. Plejánov se negó incluso a recibirlo, diciendo: «He dedicado cuarenta y siete años de mi vida al proletariado y no seré yo quien dispare a los trabajadores, incluso aunque tomen un camino equivocado».[140] Tuvo mejor suerte con los

oficiales desmovilizados, en particular con aquellos que habían servido en regimientos de élite, como la Guardia Imperial y el de Granaderos.

Su problema principal era la escasez de dinero; era demasiado pobre hasta para pagar un billete de tranvía. Para crear una fuerza militar debía pagar dietas a sus oficiales, la mayoría de los cuales estaban igualmente necesitados, ya que nadie osaba ofrecerles un empleo. Para obtener financiación, Sávinkov recurrió a los representantes de los Aliados. Sus planes secretos pasaban por asesinar a Lenin y Trotski como preámbulo a un golpe contra el régimen bolchevique, pero se dio cuenta de que a los Aliados no les importaba mucho quién gobernara Rusia, siempre que combatiese contra las Potencias Centrales. De hecho, en esa misma época (marzo y abril de 1918) los franceses estaban ayudando a Trotski a organizar el Ejército Rojo. Sávinkov, por lo tanto, ocultó a los representantes de los Aliados sus verdaderos objetivos políticos y se presentó como un patriota ruso cuya única intención era restablecer la capacidad militar de su país y reanudar la guerra contra Alemania.

El primero en ayudar fue Thomas Masaryk. Los motivos del líder checo para asistir a Sávinkov son poco claros, porque a principios de 1918 estaba negociando con los bolcheviques la evacuación de sus hombres de Rusia y no parece que tuviese interés alguno en verse involucrado en actividades antibolcheviques. En sus memorias escribe que la curiosidad hizo que accediese a reunirse con Sávinkov y quedó muy decepcionado al encontrarse con un hombre que parecía incapaz de entender la diferencia entre una «revolución» y un «acto terrorista», cuyos principios morales no iban más allá del «nivel primitivo de una venganza de sangre».[141] Pero podría bien tratarse de una interpretación *a posteriori*. Lo que

sí es seguro es que en abril de 1918 Masaryk le entregó a Sávinkov su primera suma de dinero: 200.000 rublos.[142] Una probable explicación para esta transacción es que Sávinkov, experto del disimulo, convenció a Masaryk de que el dinero se emplearía para ayudar a que el Ejército de Voluntarios de Alexéiev formase una fuerza antialemana en la Rusia central.

Sávinkov también contactó con Lockhart y Noulens. Lockhart reaccionó con escepticismo a la propuesta de Sávinkov de reunir un ejército antialemán delante de las narices de los bolcheviques, pero también él cayó hechizado por Sávinkov, y podría haberle ayudado de no haber recibido instrucciones categóricas del secretario de Asuntos Exteriores, Arthur Balfour, de «no involucrarse en absoluto en los planes de Sávinkov, así como renunciar a informarse más al respecto».[143]

Noulens, un destacado defensor de la idea de formar un ejército antialemán multinacional en territorio ruso, resultó ser más servicial. Sávinkov le causó una gran impresión:

> Tenía una curiosa expresión de impasibilidad, una mirada fija que brillaba bajo unas pestañas de mongol ligeramente entreabiertas y los labios permanentemente sellados, como si intentase ocultar todos sus pensamientos secretos. En cambio, su perfil y su complexión eran occidentales. Parecía aunar toda la energía de una raza con toda la astucia y el misterio de la otra.[144]

A principios de mayo, Noulens entregó a Sávinkov una suma de 500.000 rublos, a la que siguieron otros pagos, hasta un total de unos 2.500.000.[145] Hasta donde se puede saber, estos fondos debían destinarse a fines militares, principalmente para cubrir los gastos del Ejército de Voluntarios, pero también para pagar ciertos trabajos para la inteligencia militar aliada más allá de las líneas alemanas.[146] No existen pruebas fiables de que Noulens conspirase con Sávinkov para derrocar al régimen bolchevique, o de que

estuviese siquiera al corriente de su complot revolucionario.[163*] Noulens le arrancó a Sávinkov la promesa de que coordinaría su acción con otros partidos rusos, probablemente el Centro Nacional, proaliado, pero Sávinkov rompió esta promesa porque no confiaba en que este mantuviese en secreto sus planes. Grenard escribió en sus memorias que cuando Sávinkov alzó el estandarte de la rebelión en julio de 1918, «actuó por su cuenta y violando las promesas que había hecho de no hacer nada si no era de forma concertada con los demás partidos rusos».[147]

Gracias al dinero checo y francés, Sávinkov pudo intensificar las actividades de reclutamiento y en abril de 1918 inscribió en su organización, la Unión para la Defensa de la Madre Patria y la Libertad (Soiuz Zashchiti Rodini i Svobodi), a más de 5.000 miembros, de los cuales 2.000 fueron en Moscú y el resto en treinta y cuatro ciudades provinciales.[164*] La mayoría eran oficiales, pues Sávinkov planeaba una acción armada y le servían de poco los intelectuales y su palabrería interminable (*boltovnia*). Como su segundo eligió al teniente general A. P. Perjúrov, un oficial profesional de artillería de cuarenta y dos años graduado de la Escuela Imperial del Estado Mayor, un hombre con un distinguido historial de guerra y de valor legendario.

Sávinkov tenía un programa, o más bien varios, pero les daba poca importancia porque las discusiones políticas tendían a dividir y distraer a sus seguidores de la empresa en cuestión. Ponía el énfasis en el patriotismo. Un programa de la Unión se dividía en objetivos inmediatos y a largo plazo.[165*] El objetivo inmediato era sustituir a los bolcheviques por una autoridad nacional de confianza y crear un ejército disciplinado para combatir contra las Potencias Centrales. El objetivo a largo plazo era impreciso. Sávinkov hablaba de

convocar nuevas elecciones a la Asamblea Constituyente, supuestamente tras la guerra, para dotar a Rusia de un régimen democrático. En sus memorias, publicadas en Varsovia en 1923, hizo hincapié en que su organización incorporó representantes de todos los partidos, desde los monárquicos a los socialistas revolucionarios.[148] Sávinkov podía ser lo que cada cual quisiera que fuese, y sería inútil esperar de él un plan específico y formal para el futuro: lo único seguro es que defendía una autoridad nacional firme y la continuación de la guerra, en la línea de Kornílov. Para que a uno lo admitiesen en la Unión de Sávinkov, bastaba con que se comprometiese a luchar contra los alemanes y los bolcheviques.[img 89]

Sávinkov estructuró su organización siguiendo un modelo militar y haciendo uso de su experiencia terrorista para ocultarla de la Checa. Bajo su mando había varias docenas de escuálidos «regimientos» en Moscú y en las ciudades de provincias, compuestos por oficiales profesionales. Estas unidades estaban aisladas entre sí y solo sus superiores inmediatos conocían su existencia, para que en caso de arresto o traición la Checa no pudiese capturar a la organización entera.[149] Esta estructura pasó su prueba de fuego a mediados de mayo, cuando una mujer que había sido rechazada por uno de los miembros de la Unión denunció a la organización ante la policía. Siguiendo la pista, la Checa descubrió el cuartel general de la Unión en Moscú, disimulado como una clínica médica, y detuvo a más de 100 miembros (que fueron ejecutados en julio), pero, aunque esta revelación obligó a la Unión a suspender sus actividades durante dos semanas, la Checa fue incapaz de capturar a Sávinkov o de liquidar su organización.[150]

Perjúrov tenía a su cargo a entre 150 y 200 oficiales, que

trabajaban en una compleja estructura de mando: había departamentos responsables del reclutamiento, la inteligencia y la contrainteligencia, las relaciones con los Aliados, y los principales sectores de las fuerzas armadas (infantería, caballería, artillería e ingeniería).[151] Tiempo después, la Checa felicitó a Sávinkov y Perjúrov por dirigir su organización con la «precisión de un relojero».[152]

Sávinkov erigió una organización, pero no tenía un plan estratégico concreto. Al llegar junio, aumentó la presión para que pasara a la acción. Como los checos y los franceses habían suspendido sus pagos, se le estaba agotando el dinero, y el riesgo constante de traición estaba poniendo a prueba los nervios de sus seguidores. Según su propio testimonio, en un principio se planteó atacar Moscú, pero descartó la idea por temor a que los alemanes respondiesen ocupando la capital.[153] Ante los persistentes rumores, que los representantes franceses le confirmaron, de que los Aliados desplegarían tropas adicionales en Arcángel y Múrmansk a principios de julio, decidió organizar sus levantamientos en la región situada entre los tramos central y superior del Volga, desde donde podría establecer contacto tanto con los ejércitos checoslovacos como con las fuerzas aliadas en Múrmansk. Su plan requería cortar el acceso de los bolcheviques a los puertos del norte, así como a Kazán y las regiones del este.

En 1924, cuando fue juzgado ante un tribunal soviético, Sávinkov afirmó que había obtenido de los franceses el firme compromiso de que, si sus hombres lograban resistir durante cuatro días, los socorrería una fuerza aliada procedente de Arcángel, tras lo cual el ejército franco-anglo-ruso entraría en Moscú. Sin una promesa así, su levantamiento no tenía sentido.[154] Afirmó también que el cónsul Grenard le entregó un telegrama de Noulens informando de que los desembarcos

aliados tendrían lugar entre el 3 y el 8 de julio, y que era esencial que él actuase durante esas fechas.[155] Según el testimonio que dio en su juicio, coordinó todas las actividades con la delegación francesa.

Por desgracia, no se pueden dar nunca literalmente por ciertas las afirmaciones de Sávinkov, no solo porque, como experimentado conspirador, rara vez decía toda la verdad, sino también porque era muy capaz de mentir descaradamente. Así, en un momento dado reclamó para sí el mérito del intento de asesinato de Lenin por parte de Fanni Kaplán (véanse más adelante las páginas 876-882), con quien se sabe que no tuvo ningún contacto; asimismo, afirmó que en julio de 1918 había actuado obedeciendo órdenes del Centro Nacional de Moscú, lo cual también resultó ser falso.[156] Los bolcheviques tendían a vincular toda resistencia en su contra con conspiraciones desde el extranjero para acrecentar la xenofobia interna. Es casi seguro que, tras su arresto en la Rusia soviética en 1924, Sávinkov llegó a un acuerdo con el fiscal bolchevique para descargar la culpa de su golpe abortado de 1918 sobre los franceses, pues, ahora que los archivos de los Aliados correspondientes a ese período se han abierto a los investigadores, no ha salido a la luz ninguna prueba que sustente esta acusación. Si de hecho la delegación francesa no solo le hubiese autorizado a planear una rebelión contra los bolcheviques, sino que le hubiese obligado a hacerlo, como Sávinkov alegaba, y además le hubiese prometido ayudarle a capturar Moscú, tal operación habría dejado sin duda un rastro documental. Puesto que este no existe, debemos concluir que Sávinkov mintió, quizá esperando así poder salvar su vida. Como ya hemos mencionado, su principal vínculo con Francia, Grenard, testificó que aquel «actuó por su cuenta».[166*]

Sávinkov escogió Yaroslavl como emplazamiento principal de su rebelión, y lo hizo por dos razones: una era la ubicación estratégica de la ciudad, en la línea de ferrocarril que unía Arcángel con Moscú, lo cual facilitaba las operaciones tanto ofensivas como defensivas; y la otra tenía que ver con el hecho de que Perjúrov, a quien Sávinkov había enviado a hacer un reconocimiento del lugar, volvió de Yaroslavl con informes alentadores sobre el apoyo popular.[157]

Los planes operativos finales se elaboraron a finales de junio, coincidiendo con el momento álgido del levantamiento checo. Perjúrov, que dirigiría la operación de Yaroslavl, apenas dispuso de diez días para organizarse. Sávinkov se ocupó personalmente de dirigir un segundo alzamiento en la cercana Rýbinsk; una tercera acción estaba prevista en Múrom, situada en la línea de ferrocarril Moscú-Kazán. Según Perjúrov, Sávinkov les dijo a sus oficiales que contaba con la firme promesa de los Aliados de que recibiría ayuda desde Arcángel y que, si lograban aguantar durante cuatro días, serían socorridos.[158]

Sávinkov planificó el levantamiento de Yaroslavl para la noche del 5-6 de julio, apenas unas horas antes del momento en el que los socialistas revolucionarios de izquierdas pusieron en marcha su rebelión. A pesar de esta coincidencia, nada indica que los dos acontecimientos estuviesen coordinados. Los socialistas revolucionarios de izquierdas y Sávinkov buscaban objetivos completamente diferentes: los primeros querían dejar a los bolcheviques en el poder, mientras que Sávinkov pretendía derrocarlos. Además, es inconcebible que los socialistas revolucionarios de izquierdas tuviesen trato alguno con un representante de los generales «contrarrevolucionarios». Si Sávinkov hubiese tenido conocimiento de sus planes, probablemente habría seguido su

primer impulso y habría organizado su levantamiento en Moscú en lugar de en Yaroslavl. Esta falta de coordinación, sobre la que Lenin habló con Mirbach, era típica de la oposición antibolchevique y, en última instancia, uno de los motivos principales de su fracaso.

Para confundir al enemigo y obligarlo a dividir sus fuerzas, Sávinkov y Perjúrov programaron sus rebeliones de manera escalonada: las operaciones de Rýbinsk comenzarían la noche del 7 al 8 de julio, mientras que la de Múrom lo haría la noche siguiente.

Perjúrov, que a pesar del poco tiempo de que dispuso había preparado la rebelión de Yaroslavl con gran precisión, tomó a las autoridades bolcheviques completamente por sorpresa.[159] La acción comenzó a las dos de la madrugada del 6 de julio, cuando un destacamento de oficiales capturó varios puntos estratégicos de la ciudad: el arsenal, el cuartel de la milicia, el banco y la oficina de correos. Otro destacamento procedió a detener a los principales mandos bolcheviques y soviéticos, algunos de los cuales se dice que fueron fusilados. Los oficiales empleados como instructores en una escuela local del Ejército Rojo enseguida se pusieron de lado de los rebeldes, llevando consigo varias ametralladoras y un vehículo blindado. Perjúrov se proclamó comandante de la sección en Yaroslavl del Ejército de Voluntarios del Norte. Estas operaciones iniciales apenas encontraron resistencia, y al amanecer el centro de la ciudad estaba en manos de los rebeldes. Enseguida más gente se pasó al bando de los rebeldes, entre ellos, miembros de la milicia, estudiantes, trabajadores y campesinos. Un historiador comunista calcula que, de los 6.000 participantes en el alzamiento de Yaroslavl, solo alrededor de 1.000 eran oficiales.[160] Fue una verdadera rebelión popular contra el régimen bolchevique, en la que los

campesinos de los pueblos cercanos resultaron especialmente útiles. Los rebeldes trataron de sumar a su causa a los prisioneros de guerra alemanes que en ese momento atravesaban Yaroslavl de camino a casa, pero se encontraron con una negativa, tras la cual los internaron en el teatro de la ciudad. El 8 de julio, Perjúrov les informó de que sus fuerzas se consideraban en guerra con las Potencias Centrales.[161] [img 90]

Mientras que los levantamientos de Múrom y Rýbinsk, en cada uno de los cuales participaron entre 300 y 400 hombres, fracasaron en cuestión de horas, Perjúrov resistió durante dieciséis días. Las fuerzas probolcheviques, congregadas en los suburbios, contraatacaron la noche siguiente, pero no lograron recuperar la ciudad. A continuación, la sometieron a un intenso bombardeo de artillería, que destruyó el suministro de agua, con desastrosas consecuencias para los rebeldes porque el Ejército Rojo controlaba el acceso al Volga, la única fuente alternativa de agua. Tras aproximadamente una semana de combates de los que no salió ningún vencedor, Trotski puso al mando de la operación en Yaroslavl a Anatoli I. Gekker, un ex capitán del Ejército Imperial que se había pasado al bando de los bolcheviques en vísperas del golpe de octubre. Gekker atacó la ciudad con infantería, artillería y aviones. El intenso bombardeo devastó gran parte de la ciudad, con sus célebres iglesias y monasterios medievales.[162] Los rebeldes, tan faltos de agua que llegaron a beber de las alcantarillas, finalmente tuvieron que darse por vencidos. El 20 de julio, sus representantes se dirigieron a la Comisión Alemana para la Repatriación y declararon su intención de rendirse. Puesto que estaban en guerra con Alemania, esperaban ser tratados como prisioneros de guerra. El director de la comisión alemana aceptó sus condiciones y prometió no entregar a los rebeldes al Ejército Rojo. El 21 de

julio, estos entregaron sus armas y Yaroslavl pasó unas horas bajo la ocupación de prisioneros de guerra alemanes. Pero esa noche, ante un ultimátum de los bolcheviques, los alemanes incumplieron su promesa y les entregaron a los prisioneros. Los Guardias Rojos seleccionaron a unos trescientos cincuenta oficiales, ex oficiales, ciudadanos acaudalados y estudiantes, los sacaron del pueblo y los fusilaron.[163] Fue la primera ejecución masiva de los bolcheviques. Una consecuencia de la rebelión de Yaroslavl fue que Moscú ordenó detenciones indiscriminadas de antiguos oficiales imperiales, muchos de los cuales fueron ejecutados sin juicio mientras que otros entraron a formar parte del Ejército Rojo.

Sávinkov logró escapar de Rýbinsk. Más tarde se incorporó al ejército del almirante Alexánder Kolchak y organizó incursiones más allá de las líneas bolcheviques. Tras la derrota de Kolchak, huyó a Europa occidental, donde se mantuvo ocupado organizando movimientos antibolcheviques e introduciendo agentes en la Unión Soviética. En agosto de 1924, creyendo que podría desempeñar un rol importante en la Rusia soviética posleninista, se dejó atraer por la GPU (sucesora de la Checa) y cruzó la frontera de manera ilegal. Lo detuvieron enseguida. En un juicio público unos meses después, confesó todos sus crímenes, haciendo hincapié en la supuesta participación de los Aliados en sus actividades subversivas, y pidió clemencia. Su sentencia de muerte fue conmutada por diez años de prisión. Murió en la cárcel al año siguiente en circunstancias sospechosas; oficialmente, se dijo que se había suicidado, pero es más probable que fuese asesinado por la GPU (según algunas versiones, empujado desde una ventana).[164]

Perjúrov también se unió a las fuerzas de Kolchak, donde ascendió al rango de general y se ganó el sobrenombre de

Perjúrov-Yaroslavski. Capturado por los bolcheviques, logró ocultar su identidad y conseguir un puesto en el Ejército Rojo. Su verdadera identidad se descubrió en 1922. Tras ser juzgado por una Sala Militar del Tribunal Supremo, fue condenado a muerte; en prisión se le hizo escribir su confesión, que más tarde se hizo pública.[165] En lugar de asesinarlo en sus calabozos, la GPU lo envió a Yaroslavl, donde en el cuarto aniversario del levantamiento se le hizo desfilar por las calles, increpado por la multitud que le lanzó piedras, tras lo cual fue ejecutado.[166]

Riezler, que se hizo cargo de la embajada alemana, era descrito como una persona despistada y distraída por algunos de sus colegas.[167] Dedicaba menos tiempo a los asuntos diplomáticos rutinarios que a las negociaciones con los grupos de la oposición rusa, que Berlín le había ordenado que abortase el 1 de julio. Lo hacía movido por la inalterable convicción de que los bolcheviques no durarían y Alemania necesitaba mantener contactos con sus potenciales sucesores. Su primera reacción tras el asesinato de Mirbach fue instar a cortar relaciones con Moscú,[168] pero su consejo fue ignorado y se le ordenó que continuase colaborando con los bolcheviques. En septiembre de 1918 afirmaría, sin entrar en detalles, que los alemanes habían utilizado medios «políticos» en tres ocasiones para salvar a los bolcheviques.[169]

Mientras llevaba a cabo las instrucciones de su gobierno, Riezler bombardeaba al Ministerio de Asuntos Exteriores con telegramas en los que afirmaba que los bolcheviques estaban acabados. El 19 de julio envió el siguiente mensaje:

> Los bolcheviques están muertos. Su cadáver sigue vivo [¡sic!] porque los sepultureros no se ponen de acuerdo respecto a quién debe enterrarlo. El combate que actualmente libramos con la Entente en suelo ruso ya no gira alrededor de este cadáver, sino que se ha transformado en una lucha sobre la sucesión, sobre la orientación de la Rusia del futuro.[170]

Aunque Riezler concedía que los bolcheviques estaban haciendo que Rusia fuese inofensiva para Alemania, creía que, en la misma medida, también la estaban volviendo inútil.[171] Recomendó que Alemania tomase el control de la «contrarrevolución» y ayudase a las fuerzas burguesas en Rusia. Pensaba que deshacerse de los bolcheviques requeriría de un esfuerzo mínimo.

Actuando por su cuenta, Riezler allanó el terreno para un golpe antibolchevique. El primer paso fue apostar un batallón de alemanes uniformados en Moscú. Supuestamente, tendrían la misión de proteger la embajada de futuros actos terroristas y ayudar a los bolcheviques en caso de que se produjese otra rebelión, pero su verdadero objetivo sería ocupar puntos estratégicos de la capital si la autoridad bolchevique se derrumbaba o si Berlín decidía que había llegado el momento de apartarlos del poder.[172]

Alemania accedió a enviar un batallón a Moscú, pero solo si el gobierno soviético daba su aprobación. También autorizó a Riezler a iniciar discretas conversaciones con los Fusileros Letones para averiguar sus intenciones. Riezler, que había establecido buenos contactos con los letones, preguntó si estaban dispuestos a desertar. Le dijeron que sí. Vatsetis, el comandante letón, describe así lo que pasaba por su mente en verano de 1918:

> Por extraño que pueda parecer, por aquel entonces se pensaba que la Rusia central se transformaría en el escenario de una guerra intestina y que los bolcheviques tendrían dificultades para mantenerse en el poder, pues serían víctimas del hambre y del descontento general en el interior del país. No se podía descartar la posibilidad de que los alemanes, los cosacos del Don y los checos Blancos atacasen Moscú. Esta última versión estaba entonces especialmente difundida. Los bolcheviques no tenían a su mando ninguna fuerza militar en condiciones de combatir. Las unidades, a cuya formación M. D. Bonch-Bruevich, el director militar del Consejo Militar Supremo, se dedicó con tanta inteligencia y perspicacia, se desperdigaron en busca de comida debido al hambre en la región occidental de la Rusia

> europea, transformándose en bandas de ladrones peligrosas para las autoridades soviéticas. Estos ejércitos —si es que se les puede aplicar tan honorable término— salían huyendo solo con ver un casco alemán. En la frontera occidental, en más de una ocasión se reclamó que las fuerzas alemanas acudiesen a pacificar unidades rebeldes del Ejército Rojo. […] En relación con todas estas especulaciones y rumores, me preocupaba extraordinariamente la cuestión de qué pasaría con los regimientos letones en caso de una mayor intervención alemana y si los cosacos y los Ejércitos Blancos se presentaran en el centro de Rusia. Esa posibilidad se barajaba seriamente por aquel entonces; habría conducido a la aniquilación total de los Fusileros Letones.[173]

De sus conversaciones, Riezler sacó en claro que los letones estaban deseando volver a su tierra, ocupada por los alemanes, y que, si se les garantizaba la amnistía y la repatriación, al menos permanecerían neutrales en caso de que los alemanes interviniesen contra los bolcheviques.[174]

Riezler también reanudó las conversaciones con el Centroderecha. Su nuevo representante, el príncipe Grigori Trubetskoi, embajador en Serbia de la Rusia imperial durante la guerra, solicitó la pronta asistencia de Alemania para que Rusia pudiese deshacerse de Lenin. Puso varias condiciones para la cooperación de su grupo: los alemanes deberían permitir que los rusos organizasen su propia fuerza militar en Ucrania, para que Moscú fuese liberada por rusos, no por alemanes; el compromiso de revisar el Tratado de Brest; que no se ejerciese ninguna presión sobre el gobierno que sustituiría a los bolcheviques, y la neutralidad de Rusia en la Guerra Mundial.[175] Trubetskoi afirmó que su grupo estaba en contacto con 4.000 oficiales listos para el combate, que solo necesitaban armas. El tiempo era esencial: los bolcheviques estaban inmersos en una «cacería» de oficiales, ejecutando a decenas de ellos al día.[176]

Para cuando Karl Helfferich, el sucesor de Mirbach, llegó a Moscú (28 de julio), Riezler ya había planeado un golpe de Estado en toda regla. Una vez que el batallón alemán se hizo

con el control de Moscú (tras neutralizar previamente a los Fusileros Letones que custodiaban la ciudad con promesas de amnistía y repatriación), sería sencillo desencadenar el hundimiento del gobierno bolchevique, tras lo cual vendría el establecimiento de un gobierno ruso dependiente por completo de Alemania, siguiendo el modelo del régimen de Hetman Skoropadski en Ucrania.[177]

Los planes de Riezler no se concretaron. La decisión clave, el establecimiento de un batallón alemán en Moscú, fue vetada por Lenin, y desestimada por Berlín. Wilhelmstrasse cedió a la presión de Hindenburg y envió una nota al gobierno soviético, que Riezler entregó a Chicherin la noche del 14 de julio, en la que se aseguraba que, al proponer el envío de un destacamento uniformado a Moscú, Alemania no tenía intención de violar la soberanía soviética, sino que buscaba únicamente garantizar la seguridad de su personal diplomático. Además, proseguía la nota, en caso de otro alzamiento contra los bolcheviques, esta fuerza podría ayudar al gobierno soviético a sofocarlo.[178] Chicherin le transmitió esta información a Lenin, que estaba descansando fuera de la ciudad, y este enseguida comprendió la artimaña alemana. Lenin volvió a Moscú esa misma noche y se reunió con Chicherin. Era un asunto en el que no estaba dispuesto a ceder; les daría a los alemanes prácticamente todo lo que quisiesen siempre que no amenazasen su poder. Al día siguiente habló ante el Comité Ejecutivo Central sobre la nota alemana.[179] Esperaba, dijo, que Alemania no insistiese en esa propuesta, porque Rusia preferiría luchar antes que permitir que tropas extranjeras se estableciesen en su territorio. Prometió proporcionar todo el personal necesario para garantizar la seguridad de la embajada alemana. Además, utilizó el reclamo de la intensificación de las relaciones comerciales para inducir a los empresarios alemanes a ejercer

presión en su favor, lo cual se materializó en el Tratado Complementario que se firmó al mes siguiente. Es dudoso que Lenin hubiese podido resistirse a los alemanes si estos hubiesen estado realmente decididos; en ese momento era aún más débil que en febrero, cuando cedió a todas sus exigencias. Pero no lo pusieron a prueba, porque el Ministerio de Asuntos Exteriores, al ser informado de su reacción, enseguida desestimó la propuesta de Riezler y ordenó a este que «continuase apoyando a los bolcheviques y se limitase a [mantener] el "contacto" con los demás».[180]

Riezler no tuvo mejor suerte con su propuesta para lograr la neutralidad de los letones con promesas de amnistía y repatriación. Su plan fue abortado nada menos que por Ludendorff, que temía «contaminar» Letonia con propaganda bolchevique. El nuevo ministro de Asuntos Exteriores, el almirante Paul von Hintze, que sucedió a Kühlmann y estaba aún más comprometido con la colaboración con Lenin, no necesitó oír nada más; ordenó a la embajada en Moscú que suspendiese las conversaciones con los letones.[181]

Para estar preparado en caso del hundimiento de los bolcheviques, el Ministerio de Asuntos Exteriores elaboró sus propios planes de emergencia. Si los socialistas revolucionarios pro-Aliados tomaban el poder en Rusia, el ejército alemán atacaría desde Finlandia, tomaría Múrmansk y Arcángel, y ocuparía tanto Petrogrado como Vólogda. En otras palabras, si resultaba que los pesimistas tenían razón, en lugar de darles a los bolcheviques un golpe de gracia y reemplazarlos por otros rusos, el ejército alemán invadiría el país y supuestamente los restablecería en el poder.[182]

Helfferich llegó a Moscú decidido a implementar la política probolchevique de su gobierno, pero enseguida descubrió que todo el personal de la embajada, prácticamente sin excepción,

se oponía a ello. La información que recibió la noche de su llegada y las limitadas observaciones personales que pudo hacer le llevaron a cambiar de opinión. El 31 de julio por la tarde, en la única ocasión durante su breve estancia en Moscú en la que se atrevió a salir del fuertemente protegido complejo de la embajada, le hizo una visita a Chicherin para protestar por el asesinato en Ucrania del mariscal de campo Eichhorn a manos de los socialistas revolucionarios de izquierdas y las continuas amenazas de estos al personal de la embajada. Al mismo tiempo, le garantizó que el gobierno alemán tenía intención de mantener su apoyo. Más tarde supo que pocas horas después de su conversación con Chicherin, tuvo lugar en el Kremlin una reunión en la que Lenin les dijo a sus ayudantes que su causa estaba «temporalmente» perdida y que era necesario evacuar Moscú. Chicherin llegó en plena reunión para decir que Helfferich le acababa de garantizar el respaldo alemán.[167*]

El ambiente en el Kremlin ya era suficientemente desesperado cuando, el 1 de agosto, recibió la noticia de que una fuerza naval británica había abierto fuego sobre Arcángel. Este bombardeo marcaba el principio de una intervención aliada de gran escala en Rusia. Moscú, que disponía de información mucho menos fiable sobre las intenciones aliadas que sobre las alemanas, y estaba convencida de que los Aliados pretendían entrar en la capital, perdió por completo la cabeza y se lanzó a los brazos de Alemania.

Recuérdese que en marzo de 1918 los Aliados habían discutido con el gobierno bolchevique el desembarco de tropas en suelo ruso en el norte (Múrmansk y Arcángel) y en el Lejano Oriente (Vladivostok) para proteger estos puertos de los alemanes, así como para afianzar bases para la fuerza aliada prevista en Rusia. A cambio, organizarían y formarían

al Ejército Rojo. Sin embargo, los Aliados tardaron en actuar. Desplegaron destacamentos simbólicos en las tres ciudades portuarias y destinaron a unos pocos oficiales al Comisariado de Guerra de Trotski, pero en ese momento, en el que estaban teniendo que hacer frente al grueso de la ofensiva alemana, no disponían de grandes fuerzas sobrantes. Solo Estados Unidos tenía el personal necesario, pero Woodrow Wilson se oponía a intervenir en Rusia y, mientras eso fuese así, no se podría hacer nada.

La perspectiva de reactivar el frente oriental mejoró sustancialmente a principios de junio cuando Wilson, impresionado por el levantamiento checoslovaco, cambió de opinión. Sintiendo que Estados Unidos tenía la obligación moral de ayudar a volver a casa a los checos y los eslovacos, cedió a las súplicas británicas y aceptó proporcionar tropas para la expedición a Múrmansk-Arcángel, así como para Vladivostok. Las fuerzas estadounidenses destinadas a la operación tenían órdenes estrictas de no interferir en los asuntos internos rusos.[183]

Cuando se enteró de la decisión de Washington (el 3 de junio), el Consejo Supremo de Guerra aliado en Versalles ordenó el envío de una fuerza expedicionaria a Arcángel, bajo el mando del general británico F. C. Poole, con instrucciones de defender la ciudad portuaria, establecer contacto con la Legión Checoslovaca y, con su ayuda, hacerse con el control del ferrocarril al sur de Arcángel, así como organizar un ejército proaliado. Nadie habló de combatir a los bolcheviques; el mensaje que recibieron las tropas de Poole fue: «No nos inmiscuimos en los asuntos internos».[184]

Estas decisiones aliadas han sido criticadas posteriormente con el argumento de que no existía una amenaza alemana seria sobre los puertos rusos del norte y que, en cualquier

caso, las fuerzas alemanas en Finlandia capaces de una acción de ese estilo se retiraron a principios de agosto y se trasladaron al frente occidental. De estas críticas se deduce que la verdadera razón de las expediciones a la Rusia septentrional era derrocar al régimen bolchevique.[185] Pero esta acusación no se sostiene. Se sabe, gracias a los archivos alemanes, que el Alto Mando alemán estaba en efecto considerando llevar a cabo operaciones contra los puertos, con sus propias tropas o bien con fuerzas finlandesas o bolcheviques. Una operación así tenía mucho sentido, porque el control de Múrmansk y Arcángel habría permitido a Alemania negar a las tropas aliadas el acceso a Rusia, y habría así frustrado los planes para reactivar el frente oriental. Berlín inició negociaciones con Yoffe a tal fin a finales de mayo de 1918. Estas conversaciones acabaron fracasando, en parte debido a la incapacidad de los bolcheviques y finlandeses para acordar las condiciones de su colaboración, y en parte porque los alemanes insistieron en ocupar Petrogrado como base de operaciones, algo que los rusos no permitirían.[186] Pero los Aliados no podían haber previsto esto, como tampoco podían haber sabido en junio que dos meses más tarde los alemanes retirarían sus tropas de Finlandia. No hay pruebas que indiquen que al enviar tropas a Rusia en 1918 los Aliados pretendiesen derrocar al gobierno bolchevique. Los británicos, que tuvieron un papel decisivo en la operación, expresaron, tanto en público como en privado, un total desinterés sobre la naturaleza del gobierno que dirigiría Rusia. El primer ministro David Lloyd George lo expresó sin tapujos en la reunión del gabinete de Guerra el 22 de julio de 1918, cuando declaró que no era asunto de los británicos el tipo de gobierno que estableciesen los rusos: una república, un Estado bolchevique o una monarquía.[187] Todo parece indicar que el presidente Wilson compartía dicha opinión.

La fuerza expedicionaria aliada, compuesta inicialmente por 8.500 efectivos (de los cuales 4.800 eran estadounidenses), desembarcó en Arcángel entre el 1 y el 2 de agosto. El día 10 de ese mes, el general Poole recibió instrucciones de «colaborar en la recuperación de Rusia con el objetivo de resistir la influencia y la penetración alemanas» y de ayudar a los rusos a «ponerse en marcha codo con codo con sus aliados» para la recuperación del país.[188] También le ordenaron que estableciese comunicaciones con la Legión Checoslovaca para proteger conjuntamente los ferrocarriles que conducían al este, así como para organizar una fuerza armada que combatiese a los alemanes.[189] Aunque del lenguaje de estas instrucciones podía interpretarse que los objetivos eran más amplios y ambiciosos que los que se recogían en la directiva del 3 de junio, esto no proporciona ninguna base para afirmar que el «futuro de la expedición al norte de Rusia pasaría por combatir a los bolcheviques, no a los alemanes».[190] En ese momento, los bolcheviques parecían ser socios de los alemanes, y en gran medida lo eran: aceptaban dinero de ellos y más de una vez les dijeron que solo la opinión pública rusa del momento les impedía firmar con ellos una alianza formal. Los británicos y los franceses, a través de sus agentes en Moscú, fueron informados de cómo la embajada alemana estaba maniobrando para mantener a flote a los bolcheviques. Así pues, disociar —y no digamos ya oponer— las acciones de los Aliados en 1918 contra los bolcheviques de las que llevaron a cabo contra los alemanes equivale a malinterpretar tanto las percepciones como el ambiente que se respiraba en la época. Si la misión de Poole hubiese sido la de combatir a los bolcheviques, sin duda habría recibido órdenes inequívocas en este sentido, y habría establecido comunicación con los grupos de oposición en Moscú. Pero no hay ninguna prueba de ello. Pero sí

disponemos de una prueba que indica, por el contrario, que la tarea de la fuerza expedicionaria aliada en el norte consistía en abrir un nuevo frente contra los alemanes en colaboración con los checoslovacos, japoneses y rusos dispuestos a participar. Fue una operación militar estrechamente relacionada con los estadios finales de la Guerra Mundial.

Tras la ocupación de Arcángel, una segunda fuerza aliada, comandada por el general de división británico C. C. M. Maynard, desembarcó en Múrmansk, donde ya había un pequeño contingente británico desde junio. La fuerza de Maynard creció con el tiempo hasta los 15.000 hombres, de los cuales 11.000 eran efectivos Aliados y el resto, rusos y otros. Según Noulens, la fuerza expedicionaria de Arcángel-Múrmansk (que para entonces sumaba 23.500 hombres) casi bastó para reactivar el frente oriental, una tarea que en opinión de la delegación militar occidental requería 30.000 hombres.[191]

Por desgracia para los Aliados, para cuando por fin habían desplegado tropas suficientes en el norte, cosa que sucedió en septiembre, la Legión Checoslovaca dejó de existir como fuerza ofensiva viable.

Como hemos visto, los checoslovacos recurrieron a las armas en un primer momento para garantizar el paso sin trabas hasta Vladivostok. Sin embargo, en junio su misión cambió, porque el mando aliado pasó a verlos como la vanguardia del ejército aliado proyectado en el reactivado frente oriental.[192] En un mensaje que dirigió a las tropas checoslovacas el 7 de junio, el general Čeček definía así su misión:

> Todos nuestros hermanos han de saber que, según la decisión del Congreso del Cuerpo [Checoslovaco], de acuerdo con nuestro Consejo Nacional y en coordinación con todos los aliados, nuestro cuerpo ha sido designado como vanguardia de las fuerzas de la Entente, y que las

> instrucciones dadas por el Estado Mayor del Cuerpo del Ejército tienen como único propósito el de crear un frente antialemán en Rusia conjuntamente con la nación rusa en su conjunto y con nuestros aliados. [193]

De acuerdo con estos planes, a principios de julio los comandantes checoslovacos asignaron a sus tropas misiones para las cuales carecían tanto de capacidad como de motivación.

Para formar un frente contra los alemanes, los checoslovacos tuvieron que redistribuirse desde una línea horizontal, que iba de oeste a este, a una diagonal, de norte a sur, a lo largo del Volga y los Urales.[194] En consecuencia, las fuerzas checoslovacas que aún permanecían en Siberia, entre 10.000 y 20.000 hombres, lanzaron operaciones ofensivas al norte y al sur de Samara. El 5 de julio capturaron Ufá; el 21, Simbirsk, y el 6 de agosto, Kazán. El ataque a Kazán marcó el punto álgido de sus operaciones en Rusia. Tras obligar a retirarse al Quinto Regimiento Letón, que, compuesto por 400 hombres, defendía la ciudad gravemente mermado, los checos se hicieron con un botín de 650 millones de rublos en oro procedentes del Tesoro imperial ruso, que los bolcheviques habían trasladado allí en febrero, lo cual les permitió llevar a cabo campañas militares a gran escala sin tener que recurrir a la recaudación de impuestos o a incautaciones forzosas de comida.

Los checoslovacos combatieron con vigor y destreza. Pero debían ser únicamente la vanguardia. Los Aliados no se molestaron en ayudar, aunque fueron generosos en órdenes y consejos. Tampoco resultaron de más ayuda los rusos antibolcheviques. A instancias de los Aliados, los checoslovacos trataron de unir a las agrupaciones políticas rusas en la región del Volga y en Siberia, pero esta resultó ser una tarea inútil. El 15 de julio, los representantes del Komuch

y del gobierno de Omsk reunidos en Cheliábinsk fueron incapaces de llegar a un acuerdo. Los desacuerdos también marcaron una segunda conferencia política rusa celebrada entre el 23 y el 25 de agosto. Las disputas entre los rusos exasperaban a los checos.

El Komuch trató de formar un ejército para que combatiese junto a los checoslovacos y los demás Aliados, pero solo disponía de recursos limitados. El 8 de julio anunció la formación de un Ejército del Pueblo (Naródnaya Armia), formado por voluntarios, cuyo mando supremo correspondería al general Čeček. Pero, como también descubrieron los bolcheviques, no se podía crear un ejército ruso a base de voluntarios. Fue especialmente mortificante la experiencia del Komuch con los campesinos, quienes, aunque virulentamente anticomunistas, se negaron a alistarse aduciendo que la revolución los había liberado de toda obligación para con el Estado. Tras incorporar a 3.000 voluntarios, el Komuch se pasó al reclutamiento obligatorio y a lo largo de agosto alistó a entre 50.000 y 60.000 hombres, de los cuales solo 30.000 tenían armas y únicamente 10.000 habían recibido formación para el combate.[195] El historiador militar Nikolái N. Golovin estima que a principios de septiembre el contingente proaliado en Siberia Occidental estaba compuesto por 20.000 checoslovacos, 15.000 cosacos de los Urales y Oremburgo, 5.000 trabajadores industriales y 15.000 efectivos del Ejército del Pueblo.[196] Esta fuerza multinacional carecía de mando central y de liderazgo político.

Mientras tanto, Trotski estaba esforzándose por acumular fuerzas en el este. El compromiso del káiser de finales de junio de no poner en peligro la Rusia soviética le permitió trasladar a los regimientos letones desde el oeste a los Urales,

donde fueron los primeros en enfrentarse a los checoslovacos. A continuación procedió a forzar a miles de antiguos oficiales zaristas y cientos de miles de reclutas a alistarse en el Ejército Rojo. Reinstauró y aplicó libremente la pena de muerte por deserción. Los primeros éxitos del Ejército Rojo contra los checoslovacos los lograron los letones, quienes el 7 de septiembre retomaron Kazán y, cinco días después, Simbirsk. Las noticias de estas victorias provocaron júbilo en el Kremlin; para los bolcheviques, supusieron un cambio de rumbo psicológico.

Pero todo esto pertenecía al futuro. El 1 de agosto, cuando el Kremlin recibió las noticias de los desembarcos aliados en Arcángel, la situación parecía desesperada. En el este, los checoslovacos estaban capturando una ciudad detrás de otra y se habían hecho con el control completo de la región del Volga central. En el sur, el Ejército de Voluntarios de Denikin, encabezado por los cosacos del Don a las órdenes del general Krasnov, avanzaba hacia Tsaritsin, cuya toma les permitiría establecer contacto con los checoslovacos y crear un frente antibolchevique ininterrumpido desde el Volga central hasta el Don. Y ahora se estaba congregando una considerable fuerza angloestadounidense en el norte, aparentemente para lanzar una ofensiva hacia la Rusia interior.

Los bolcheviques solo vieron una salida a este atolladero: la intervención militar alemana, medida que decidieron solicitar el 1 de agosto, el día después de que Helfferich se hubiese comprometido con Chicherin a mantener el apoyo alemán. La reunión en la que se tomó esta decisión se describe en fuentes comunistas como una sesión en el Sovnarkom, pero, puesto que no hay constancia de una reunión del gabinete ese día, es prácticamente seguro que fue Lenin quien la tomó, probablemente tras consultarla con Chicherin. Los rusos

propondrían a los alemanes llevar a cabo una acción militar conjunta contra las fuerzas aliadas y proaliadas: el Ejército Rojo, compuesto por aquel entonces fundamentalmente por unidades letonas, tomaría posiciones al nordeste de Moscú para defender la ciudad del previsto ataque aliado, mientras que el ejército alemán avanzaría desde Finlandia contra la fuerza expedicionaria angloestadounidense y desde Ucrania contra el Ejército de Voluntarios. Sabemos de esta decisión principalmente a través de las memorias de Helfferich, quien, a última hora del 1 de agosto, recibió otra inesperada visita de Chicherin. El comisario de Asuntos Exteriores le contó que venía directamente de una reunión del gabinete para solicitar, en su nombre, la intervención militar alemana.[168*] Según Helfferich, Chicherin dijo:

> A la vista del estado de la opinión pública, una alianza militar explícita con Alemania no es posible; lo que sí es posible es una acción paralela. Su gobierno pretendía concentrar sus fuerzas en Vólogda para proteger Moscú. Una condición necesaria para la acción paralela era que no ocupásemos Petrogrado; era preferible que evitásemos también Petropávlovsk. En efecto, esta estrategia implicaba que, para hacer posible la defensa de Moscú, el gobierno soviético tendría que solicitarnos que defendiésemos Petrogrado.

La propuesta bolchevique significaba que fuerzas alemanas, procedentes de las regiones bálticas y/o de Finlandia, penetrarían en la Rusia soviética, establecerían líneas de defensa alrededor de Petrogrado y avanzarían sobre Múrmansk y Arcángel para expulsar a los Aliados. Pero esto no era todo.

> [A Chicherin] le preocupaba igualmente el sudeste. […] Tras un interrogatorio por mi parte, acabó explicando con detalle la naturaleza de la intervención que se nos solicitaba: «Un ataque activo contra Alexéiev, el fin del apoyo [alemán] a Krasnov». Aquí, como en el caso del norte y por los mismos motivos, lo que era posible no era una alianza militar explícita, sino solo la colaboración *de facto*; pero esto era una necesidad. Con este paso, el régimen bolchevique solicitó la intervención armada de Alemania en territorio de la Gran Rusia.[197]

Helfferich trasladó a Berlín la petición bolchevique, que

resumió como una oferta de «tolerancia silenciosa [por parte de los bolcheviques] de nuestra intervención y acción paralela».[198] Junto con ella envió una valoración pesimista de la situación en Rusia. La fuente principal de autoridad de los bolcheviques, escribió, era la extendida creencia de que contaban con el apoyo de Alemania. Pero esta percepción no constituía una base sólida desde la cual aplicar determinadas medidas políticas. Helfferich recomendaba que Alemania mantuviese conversaciones con los grupos antibolcheviques que no fuesen pro Entente, entre ellos el Centroderecha, los letones y el gobierno de Siberia.[199] En su opinión bastaba con que Alemania retirara su apoyo a los bolcheviques de forma ostensible para que los adversarios de estos se alzasen y los expulsasen del poder.

Una vez más, otras opiniones se impusieron sobre la de la embajada en Moscú; en este caso, la de Hintze. Admitía que los bolcheviques no eran amigos, pero velaban «sobradamente» por los intereses alemanes al contribuir a paralizar militarmente a Rusia.[200] Estaba tan descontento con las recomendaciones de Helfferich que el 6 de agosto lo convocó en Berlín; el embajador nunca volvió a su puesto, que solo había ocupado menos de dos semanas. A continuación, Hintze liquidó la problemática embajada alemana al ordenar que abandonase Moscú para que no pudiese seguir interfiriendo en las relaciones germano-rusas. Pocos días después de la partida de Helfferich, la embajada se cerró y se trasladó primero a Pskov y luego a Revel, ambas bajo ocupación alemana. Sin una delegación alemana en Rusia, el centro de relaciones entre ambos países se desplazó a Berlín, donde Yoffe ejerció como portavoz de su gobierno y negociador principal de los acuerdos comerciales y militares que los dos países cerraron a finales de agosto.[169*]

Los intentos frustrados de algunos alemanes de derrocar a los bolcheviques tuvieron un epílogo. A principios de septiembre, el cónsul general alemán en Moscú, Herbert Hauschild, recibió la visita de Vatsetis. El oficial letón, que acababa de ser nombrado comandante en jefe de las fuerzas armadas de la Rusia soviética, le dijo que él no era bolchevique, sino nacionalista letón, y que si a sus hombres se les prometía amnistía y repatriación se pondrían a disposición de los alemanes. Hauschild informó a Berlín, que le ordenó que se olvidase del asunto.[170*]

El Tratado de Brest contemplaba un acuerdo suplementario que regularía las relaciones económicas ruso-germanas.

Los alemanes estaban deseosos de reanudar los intercambios con Rusia, su mayor socio comercial antes de 1914, cuando Rusia les compraba casi la mitad de sus importaciones. Por encima de todo, querían comestibles, así como otras materias primas, y aspiraban a establecer un cuasi monopolio sobre el comercio exterior ruso. En junio de 1918, Moscú proporcionó a los alemanes una lista de productos que afirmaba estar en condiciones de exportar, entre ellos, cereales, de los que en realidad no tenía excedentes. Krasin dibujó un panorama deslumbrante sobre los enormes mercados que la Rusia soviética podría ofrecer para los bienes manufacturados alemanes, y para demostrarlo negoció con su antiguo patrón, Siemens, la importación de equipos eléctricos. Ninguna de las propuestas tenía ninguna base en la realidad; no eran más que un señuelo con fines políticos. Los alemanes enseguida se impacientaron con la incapacidad de la Rusia soviética de proporcionar los productos que habían prometido. En junio, el doctor Alfred List, que había viajado a Moscú en nombre del Banco Bleichröder, le dijo a Chicherin

que los retrasos en las entregas habían decepcionado a los círculos alemanes «entre los que la Gran Rusia podía encontrar una más que probable simpatía hacia sus esfuerzos políticos».[201] Lenin era muy consciente de que podía utilizar dichos «círculos» —de banqueros e industriales— para neutralizar a otros alemanes, principalmente militares, que querían librarse de él. Por este motivo, siguió de cerca las negociaciones para el Tratado Complementario, que consideraba de la máxima importancia política.

Las conversaciones se iniciaron en Berlín a principios de julio. La delegación soviética estaba encabezada por Yoffe, que contaba con la ayuda de Krasin y varios especialistas enviados por Moscú. Los alemanes enviaron una amplia delegación de diplomáticos, políticos y empresarios. La persona clave en el bando alemán parece haber sido un funcionario del Ministerio de Asuntos Exteriores llamado Johannes Kriege, a quien el historiador Winfried Baumgart considera la «eminencia gris» de la política alemana hacia la Rusia bolchevique.[202] Yoffe tenía instrucciones de ser complaciente con las exigencias alemanas, pero si los alemanes llegaban a ponerse intransigentes, debía hacerles entender que la sumisión de Rusia tenía sus límites. Como Yoffe le confirmó a Lenin desde Berlín: «Toda [nuestra] política debe centrarse en demostrarles a los alemanes que si nos presionan demasiado tendremos que luchar y entonces no conseguirán nada».[203]

Teniendo en cuenta la complejidad de la situación, se alcanzó un acuerdo rápidamente. Los alemanes plantearon duras exigencias. Yoffe logró algunas concesiones, a pesar de lo cual el acuerdo, conocido como Tratado Complementario y firmado el 27 de agosto, le concedió a Alemania la mayoría de las ventajas. Había asuntos territoriales y económicos en

cuestión.[171*]

En lo que se refiere a los asuntos territoriales, Alemania se comprometió a no interferir en las relaciones entre Rusia y sus regiones fronterizas; esta cláusula rechazaba específicamente los intentos de los militares alemanes de crear, bajo el nombre de «Unión Septentrional», un protectorado que se extendiese por el Cáucaso y las regiones cosacas adyacentes.[204] Rusia reconoció la independencia de Ucrania y de Georgia, y también se comprometió a renunciar a Estonia y Livonia; en el Tratado de Brest no había aceptado ninguna de estas dos cosas. A cambio, Rusia obtuvo los derechos de tránsito a los puertos bálticos que había perdido. En un principio, los alemanes exigieron Bakú, el centro de la industria petrolífera rusa, pero finalmente aceptaron dejarla en manos rusas a cambio de la promesa de un cuarto de la producción anual de la ciudad. Bakú había sido ocupada por una fuerza británica enviada desde Persia a principios de agosto; la disposición alemana a abandonar la ciudad en manos de los bolcheviques dependía de que estos expulsasen a los británicos.[205] Los rusos también se propusieron echar a la fuerza aliada de Múrmansk, mientras que los alemanes aceptaron evacuar Crimea y hacer pequeños ajustes territoriales en la frontera occidental de Rusia. [img 91]

En el acuerdo financiero, Rusia aceptó pagar a Alemania y a los ciudadanos alemanes una compensación plena por las pérdidas que habían sufrido como consecuencia de medidas tomadas por los gobiernos zarista y soviético, así como por los costes en que Alemania afirmaba haber incurrido para la manutención de los prisioneros de guerra rusos. Los alemanes estimaron que esta suma ascendía a entre 7.000 y 8.000 millones de marcos alemanes. Una vez tenidas en cuenta las contrademandas rusas, la cifra se redujo a 6.000 millones, de

los cuales 1.000 se pagarían a Finlandia y Ucrania. Rusia se comprometió a pagar, a lo largo de dieciocho meses, la mitad de los 5.000 millones de marcos que debía mediante la transferencia a Alemania de 24,5 toneladas de oro, y una cantidad establecida de rublos y mercancías por valor de otros 1.000 millones de rublos. La otra mitad la pagaría con los beneficios de un préstamo a cuarenta y cinco años emitido en Alemania. Estos pagos satisfarían todas las exigencias alemanas en relación a Rusia, tanto gubernamentales como privadas. Moscú ratificó las disposiciones de Brest en virtud de las cuales debía devolver a sus propietarios alemanes todas las propiedades nacionalizadas y municipalizadas, incluidos los títulos financieros y el dinero en efectivo que habían sido confiscados, y permitir que repatriasen dichos activos.

Aunque al llegar al poder los bolcheviques habían condenado muy duramente la diplomacia secreta, y habían hecho públicos muchos tratados secretos de las «potencias imperialistas», allí donde estaban sus propios intereses en juego no mostraban aversión alguna por dichas prácticas. El Tratado Complementario incorporaba tres cláusulas secretas, firmadas por Yoffe en representación de Rusia y por Hintze en representación de Alemania, que solo se dieron a conocer públicamente años más tarde y a día de hoy aún no se han publicado en la Unión Soviética. Dichas cláusulas formalizaban la aceptación por parte de Alemania de las solicitudes que Moscú había realizado el 1 de agosto para una intervención militar alemana.

Una de estas disposiciones secretas desarrollaba el artículo 5 del Tratado Complementario, por el que los rusos se comprometían a expulsar a los Aliados de Múrmansk. La cláusula especificaba que, si no eran capaces de hacerlo, sería una fuerza combinada fino-germana la que asumiría la tarea. [172*]

Para trazar el plan de esta operación, el comandante del Distrito Militar de Petrogrado, Vladímir Antónov-Ovséienko, visitó Berlín a finales de agosto encabezando una delegación del Comisariado de Guerra.[206] Aceptó que el ataque previsto sobre Múrmansk lo ejecutarían tropas alemanas; como se había propuesto anteriormente, la misión de las fuerzas rusas consistiría en interceptar a los británicos en caso de que avanzasen sobre Moscú desde Arcángel. Ambas partes chocaron en lo referente a Petrogrado. Ludendorff insistió en que los alemanes tenían que ocupar Petrogrado como base de operaciones contra Múrmansk, pero Moscú se negaba en redondo a aceptarlo. Para minimizar la mala impresión que produciría el movimiento de tropas alemanas a través de territorio ruso, Moscú propuso un conjunto de medidas de disimulo, entre ellas que las tropas alemanas estuviesen dirigidas «nominalmente» por un oficial ruso.[207] Los rusos estaban de acuerdo en que el verdadero comandante sería un general alemán; en un momento dado, la delegación soviética propuso al mariscal de campo August von Mackensen, general adjunto del káiser, que había infligido a las tropas rusas una demoledora derrota en 1915.[208] La operación aún se estaba organizando cuando Alemania se rindió.[209]

La segunda cláusula secreta, todavía más delicada, porque se refería a una acción alemana no contra las fuerzas extranjeras sino contra los propios rusos, confirmaba que Alemania aceptaba la solicitud de los bolcheviques para iniciar operaciones contra el Ejército de Voluntarios. Los alemanes se comprometían a llevar a cabo dicha acción con estas palabras:

> Alemania espera que Rusia aplique todos los medios disponibles para sofocar inmediatamente las insurrecciones del general Alexéiev y de los checoslovacos; Rusia, por su parte, toma nota [*nimmt Akt*] de que Alemania también procederá con todas las fuerzas disponibles contra el general Alexéiev.[173*]

Los alemanes también se tomaron en serio este compromiso. El 13 de agosto, Yoffe comunicó a Moscú que, una vez que el Tratado Complementario se hubiese ratificado, los alemanes adoptarían medidas enérgicas para acabar con el Ejército de Voluntarios.[210]

Alemania prometió intervenir contra los británicos y contra el ejército de Denikin en respuesta a las solicitudes soviéticas. La tercera cláusula secreta fue fruto de la insistencia alemana y se les impuso a los rusos contra su voluntad. Obligaba al gobierno soviético a expulsar de Bakú a la fuerza británica que estaba allí desde el 4 de agosto. Como en el caso de las dos disposiciones anteriores, estipulaba que, si las fuerzas soviéticas eran incapaces de llevar a cabo dicha empresa, la Wehrmacht asumiría la responsabilidad de hacerlo.[174*] Esta disposición tampoco se llevó a la práctica, porque los turcos ocuparon Bakú el 16 de septiembre, antes de que las fuerzas alemanas estuviesen preparadas para actuar.

Las tres cláusulas secretas garantizaban que, si Alemania no se hubiese hundido, se habría asegurado el dominio sobre Rusia no solo económico, sino también militar.

En su informe al Reichstag sobre el Tratado Complementario (que, evidentemente, no hacía mención a las cláusulas secretas), Hintze afirmó que establecía las bases para la «coexistencia» (*Nebeneinanderleben*) ruso-germana.[211] El 2 de septiembre, Chicherin empleó un discurso similar ante el Comité Central Ejecutivo, que ratificó el tratado por unanimidad, y afirmó que, a pesar de las «profundísimas diferencias entre los sistemas ruso y alemán y las tendencias básicas de cada gobierno»,

> la coexistencia pacífica [*mirnoye sozhitelstvo*] de las dos naciones, que siempre es objeto de los esfuerzos de nuestro gobierno obrero y campesino, también resulta actualmente deseable para los círculos dirigentes de

Alemania.[212]

Este es uno de los primeros usos en un comunicado oficial de los que hay constancia de la expresión «coexistencia pacífica», que el gobierno soviético desempolvaría tras la muerte de Stalin.

Los dos gobiernos se fueron aproximando progresivamente; una semana antes del hundimiento de Alemania, estaban *de facto* unidos por una alianza política, económica y militar. Hintze estaba dispuesto a apoyar a los bolcheviques a ultranza. A principios de septiembre, cuando Moscú dio rienda suelta a su Terror Rojo, en el que fueron masacrados miles de rehenes, Hintze evitó que la prensa alemana publicase las versiones completas de estas atrocidades que habían enviado sus corresponsales en Rusia, por temor a que provocasen el rechazo público a una mayor colaboración.[213]

En septiembre, a solicitud de Moscú, Alemania empezó a suministrar combustible y armas a la Rusia soviética. En respuesta a una petición urgente de envío de carbón, el Ministerio de Asuntos Exteriores dispuso en la segunda quincena de octubre que veinticinco barcos zarpasen hacia Petrogrado con 70.000 toneladas de carbón y coque. Solo consiguió llegar a su destino aproximadamente la mitad de la carga total antes de que los envíos se suspendiesen a causa de la ruptura de relaciones entre los dos países. El combustible que se descargaba en Petrogrado acababa en las instalaciones donde se fabricaban armas para el Ejército Rojo.[214]

En septiembre, Yoffe solicitó 200.000 rifles, 500 millones de balas y 20.000 ametralladoras. Ante la presión del Ministerio de Asuntos Exteriores, Ludendorff dio su aprobación a regañadientes, tras lograr quitar las ametralladoras de la lista. Este acuerdo no se materializó, debido a la salida de Hintze y

del canciller Hertling; su sustituto, el príncipe Maximiliano de Baden, era mucho menos partidario de una política probolchevique.[215]

A pesar de la inminente derrota de las Potencias Centrales, Moscú cumplió escrupulosamente las obligaciones financieras del Tratado Complementario. El 10 de septiembre envió a Alemania oro por valor de 250 millones de marcos alemanes como primer pago de compensación, y el 30 de septiembre realizó un segundo envío de 312,5 millones de marcos, una parte en oro y la otra en rublos. El tercer pago, previsto para el 31 de octubre, no se llegó a producir porque para entonces Alemania estaba a punto de rendirse.

Los bolcheviques aún confiaban en la victoria de sus amigos alemanes a finales de septiembre de 1918, cuando las circunstancias los obligaron a cambiar de parecer. La dimisión del canciller Hertling el 30 de septiembre, seguida de la destitución de Hintze unos pocos días después, supuso la retirada de sus aliados más leales en Berlín. El nuevo canciller, el príncipe Maximiliano, solicitó al presidente Wilson que emplease sus buenos oficios para propiciar un armisticio. Estos eran síntomas inequívocos de una inminente derrota. Lenin, que por aquel entonces estaba recuperándose en una dacha cerca de Moscú de las heridas sufridas en un intento de asesinato (véase más adelante la página 882), reaccionó de inmediato. Ordenó a Trotski y a Sverdlov que reuniesen al Comité Central para discutir cuestiones urgentes en materia de política exterior. El 3 de octubre envió al Comité Ejecutivo Central un análisis de la situación en Alemania en el que hablaba con entusiasmo de la perspectiva de una revolución inminente en ese país.[216] Siguiendo su recomendación, el CEC adoptó el 4 de octubre una resolución en la que «declara[ba] al mundo entero que la Rusia soviética ofrecerá

todas sus fuerzas y recursos para ayudar al gobierno revolucionario alemán».[217]

Al nuevo canciller alemán, llamamientos tan descarados a la subversión le parecían intolerables. A esas alturas, incluso el Ministerio de Asuntos Exteriores estaba harto de los bolcheviques. En una reunión interministerial en octubre, accedió por primera vez a romper las relaciones con Moscú. Un memorándum redactado por el personal del ministerio justificaba el cambio de política así:

> Nosotros, que ya acarreamos el estigma de haber inventado el bolchevismo y de haberlo lanzado contra Rusia, ahora, en el último momento, deberíamos al menos dejar de extender sobre él una mano protectora, para no perder también las simpatías de la futura Rusia.[218]

Alemania tenía muchos motivos para romper con Moscú, teniendo en cuenta que Yoffe, que incluso durante la primavera y el verano de 1918 había llevado a cabo actividades subversivas en su territorio, ahora avivaba abiertamente el fuego de la revolución. El propio Yoffe se jactaría más adelante de que, en esas fechas, el trabajo de agitación y propaganda de su embajada

> adoptaba progresivamente el carácter de la preparación revolucionaria decisiva para un alzamiento armado. Aparte de los grupos de conspiradores espartaquistas, en Alemania, y concretamente en Berlín, existían desde la huelga de enero [de 1917] —evidentemente, de forma ilegal— sóviets de los delegados de los trabajadores. […] La embajada mantenía una comunicación constante con estos sóviets. […] El Sóviet [de Berlín] suponía que un levantamiento sería oportuno solo cuando todo el proletariado berlinés estuviese bien armado. Eso teníamos que combatirlo. Debíamos demostrar que si uno esperaba hasta ese momento el alzamiento no se produciría nunca, que basta con armar únicamente a la vanguardia del proletariado. […] No obstante, la lucha del proletariado alemán para conseguir armarse era perfectamente legítima y razonable, y la embajada puso todo de su parte para contribuir a ella.[219]

Esta contribución se hizo en forma de dinero y armas. Cuando cerró la embajada soviética, quedó olvidado un documento que revelaba que, entre el 21 de septiembre y el 31

de octubre de 1918, había comprado, por 105.000 marcos, 210 pistolas y 27.000 balas.[220]

La declaración de que el supremo cuerpo legislativo soviético pretendía contribuir al triunfo de un gobierno revolucionario en Alemania, y los intentos de Yoffe por materializar estas intenciones, deberían haber bastado para una ruptura de las relaciones diplomáticas. Pero el Ministerio de Asuntos Exteriores alemán quería disponer de una justificación más incontrovertible, para lo cual provocó un incidente: como tenía conocimiento de que, desde hacía meses, mensajeros soviéticos llevaban a la embajada materiales de agitación para su distribución en Alemania, se las ingenió para que una valija diplomática procedente de Rusia se cayese y se rompiese como por accidente mientras la descargaban en una estación de ferrocarril de Berlín, cosa que sucedió la noche del 4 de noviembre. De la caja dañada salió volando un montón de material de propaganda que instaba a los trabajadores y soldados alemanes a alzarse y derrocar su gobierno.[221] A Yoffe le dijeron que tendría que abandonar Alemania de inmediato. Aunque mostró una indignación lógica, antes de partir hacia Moscú no olvidó dejarle al doctor Oskar Cohn, miembro del Partido Socialista Independiente que residía prácticamente en la delegación soviética, 500.000 marcos y 150.000 rublos, que había que sumar a los 10 millones de rublos que ya se habían asignado a «las necesidades de la revolución alemana».[175*]

El 13 de noviembre, dos días después del armisticio en el frente occidental, Moscú derogó unilateralmente tanto el Tratado de Brest-Litovsk como el Suplementario.[222] Los Aliados también obligaron a Alemania a renunciar a lo acordado en Brest como parte del Tratado de Versalles.[223]

La Revolución rusa nunca fue un acontecimiento nacional

o confinado a Rusia; se internacionalizó desde el instante en que estalló la Revolución de Febrero, pero sobre todo tras la toma de Petrogrado por los bolcheviques; esto ocurrió por dos motivos.

Rusia había sido un importante teatro de la guerra. Su retirada unilateral de la guerra afectó a los intereses más vitales de ambos bloques en conflicto: para las Potencias Centrales, reforzó la confianza en la victoria; para los Aliados, dejó entrever el espectro de la derrota. Por lo tanto, mientras la guerra continuase, ninguna de las dos partes permanecería indiferente a lo que sucediese en Rusia: su sola ubicación geográfica ya le impedía escapar a la vorágine del conflicto global. Los bolcheviques contribuyeron a la implicación de su país en este conflicto al enfrentar a los dos bloques beligerantes. En la primavera de 1918 discutieron con los Aliados la formación en su territorio de un ejército multinacional antialemán, aceptaron la ocupación de Múrmansk y pidieron ayuda para crear el Ejército Rojo. En otoño, solicitaron la intervención militar alemana para liberar los puertos septentrionales de los Aliados y destruir el Ejército de Voluntarios. Una y otra vez, los alemanes tuvieron que intervenir, con apoyo político y económico, para evitar que el régimen bolchevique se hundiese. Helfferich, refiriéndose a la crisis del régimen soviético de julio y agosto de 1918, reconoció en sus memorias que «el más firme defensor del régimen bolchevique durante esa época crítica, aun de forma inconsciente e involuntaria, fue el gobierno alemán».[224] A la vista de estos hechos, no se puede mantener seriamente que las potencias extranjeras «intervinieron» en Rusia en 1917-1918 con el objetivo de derrocar a los bolcheviques. Intervinieron, ante todo, para inclinar a su favor la balanza del poder en el frente occidental, ya fuese reactivando el frente en Rusia, en el caso de los Aliados, o bien

manteniéndolo inactivo, en el caso de las Potencias Centrales. Los bolcheviques participaron activamente en esta implicación extranjera y la propiciaron, ahora desde este bando, ahora desde aquel, dependiendo de lo que sus intereses exigiesen en cada momento. La «intervención» alemana, que agradecieron y solicitaron, muy probablemente evitó que corriesen la suerte del Gobierno Provisional.

En segundo lugar, los bolcheviques desde el principio declararon que en la era de la revolución socialista y la guerra de clases global las fronteras nacionales habían dejado de tener sentido. Hicieron llamamientos a que los ciudadanos de otros países se alzasen y derrocasen sus gobiernos; dedicaron fondos estatales a ese fin; y, allí donde estuvieron en condiciones de hacerlo, que por entonces fue principalmente Alemania, promovieron activamente la revolución. Al cuestionar la legitimidad de todos los gobiernos extranjeros, los bolcheviques invitaron a que estos hicieran lo propio con ellos. Si entre 1917 y 1918 ninguna potencia llegó a hacer uso de esta prerrogativa, fue porque no tuvieron interés en hacerlo. Los alemanes vieron cómo los bolcheviques servían a sus intereses y los apoyaron cada vez que se metieron en problemas; los Aliados estaban ocupados luchando por sus vidas. La cuestión que planteó un historiador —«¿Cómo […] logró el gobierno soviético, que no disponía de una fuerza militar importante en medio de la que era la guerra más destructiva de la historia de la humanidad hasta entonces, sobrevivir al primer año de la revolución?»[225]— se responde sola: la guerra, con todo su poder de destrucción, eclipsó por completo los acontecimientos que tuvieron lugar en Rusia. Los alemanes apoyaron al régimen bolchevique; los Aliados tenían otras preocupaciones.

Por lo tanto, es erróneo considerar que la presencia

extranjera en Rusia entre 1917 y 1918 fue una «intervención» hostil. El propio gobierno bolchevique propició dicha intervención e intervino agresivamente por su parte. Aunque las grandes potencias, que anhelaban la vuelta a la normalidad, se negaron a reconocerlo, la Revolución rusa nunca fue un asunto meramente interno de Rusia, importante únicamente en tanto en cuanto afectara al resultado de la guerra. Los nuevos dirigentes rusos se aseguraron de que tuviera resonancia en todo el mundo. El armisticio de noviembre de 1918 les ofreció oportunidades sin precedentes para organizar revoluciones en Alemania, Austria, Hungría y en cualquier otro lugar donde pudiesen hacerlo. Aunque hasta la fecha esos intentos habían fracasado, garantizaban que el mundo no tuviese un respiro y no volviese a la vida anterior a 1914.

Es necesario decir una cosa más sobre la intervención extranjera en suelo ruso en 1918. En todas las discusiones sobre lo que los Aliados hicieron en Rusia, que en realidad no fue mucho, se suele olvidar lo que hicieron por Rusia, que fue mucho. Después de que Rusia se hubiese desentendido de sus compromisos y los hubiese dejado solos en el combate contra las Potencias Centrales, los Aliados sufrieron enormes pérdidas, tanto personales como materiales. Como consecuencia de que Rusia se retirase de la guerra, los alemanes replegaron del inactivo frente oriental las divisiones suficientes para incrementar sus efectivos en el oeste en casi una quinta parte (de 150 a 192 divisiones).[226] Estos refuerzos les permitieron desatar una ofensiva feroz. En las grandes batallas del frente occidental en la primavera y verano de 1918 —San Quintín, Lys, Aisne, Matz, Marne y Château-Thierry—, los británicos, los franceses y los estadounidenses perdieron cientos de miles de hombres. Este sacrificio acabó haciendo que Alemania se rindiese.[176*] Y la derrota de Alemania, a la

que no había contribuido, no solo le permitió al gobierno soviético impugnar el Tratado de Brest-Litovsk y recuperar la mayor parte de las tierras que se había visto obligado a entregar en Brest, sino que también salvó a la Rusia soviética de convertirse en una colonia, una especie de África euroasiática, el destino que Alemania tenía previsto para ella.

15

El «comunismo de guerra»

A lo largo de los años, el término «comunismo de guerra» ha adquirido, tanto en la literatura comunista como en la no comunista, un significado muy concreto. Según la definición de la *Enciclopedia de la Historia Soviética*:

> COMUNISMO DE GUERRA: nombre que recibió la política económica del gobierno soviético durante los años de la guerra civil y de la intervención exterior en la URSS, de 1918 a 1920. La política del comunismo de guerra fue dictada por las dificultades excepcionales derivadas de la guerra civil [y] de la devastación económica.[1]

La idea de que el comunismo de guerra fuese «dictado» por las circunstancias, no obstante, atenta contra los registros históricos, como se aprecia en la etimología del término. La primera vez que la expresión «comunismo de guerra» se empleó de forma oficial fue en la primavera de 1921, es decir, en el momento en el que las políticas así llamadas empezaron a dejarse a un lado en favor de la Nueva Política Económica, más liberal. Fue entonces cuando las autoridades comunistas, a fin de justificar su brusco cambio de rumbo, intentaron culpar de los desastres del pasado inmediato a circunstancias que escapaban a su control. Así, Lenin, en abril de 1921 escribió: «El "comunismo de guerra" fue impuesto por la guerra y la ruina. Ni era ni podía ser una política que se correspondiera con las tareas económicas del proletariado. Era una medida temporal».[2] Aun así, hablaba en retrospectiva. Si bien algunas de sus medidas se tomaron, en

efecto, para hacer frente a una situación de emergencia, el comunismo de guerra en sí no era una «medida temporal», sino un intento ambicioso y prematuro, como se terminó demostrando, de introducir un comunismo propiamente dicho.[3]

Que las políticas económicas bolcheviques aplicadas durante los primeros años del régimen no fueron meras improvisaciones ni reacciones lo confirma el mismísimo Trotski. Tras admitir que el comunismo de guerra acarreaba «una reglamentación sistemática del consumo en una fortaleza asediada», manifiesta:

> en su concepto original perseguía fines más amplios. El gobierno soviético confiaba y se esforzaba por transformar directamente estos métodos de reglamentación en un sistema de economía planificada de distribución y de producción. Dicho de otro modo, a partir del [comunismo de guerra], confiaba cada vez más, aunque sin echar abajo el sistema, en implantar un comunismo verdadero.[4]

Esta interpretación queda corroborada por otra autoridad comunista. El comunismo de guerra, dice,

> no era solo el resultado de las circunstancias de la guerra y de otros factores impredecibles. Surgió también a raíz de una ideología muy definida, de la elaboración de un plan sociopolítico para sustentar la vida económica del país sobre unos principios completamente nuevos.[177*]

El asalto sistemático a la instauración de la propiedad privada fue la muestra más clara de los ambiciosos objetivos comunistas de las políticas que perseguían los bolcheviques durante la guerra civil. Las leyes y decretos redactados con esta finalidad, aprobados en una época en la que el régimen bolchevique luchaba por su vida y que no contribuyeron en nada a su supervivencia, se inspiraban en una creencia ideológica consistente en la necesidad de impedir que los ciudadanos poseyesen bienes disponibles porque eran una fuente de independencia política. El proceso de expropiación empezó con los inmuebles. El llamado Decreto de Tierras del

26 de octubre de 1917 privó de sus tierras a los propietarios que no eran campesinos. Vinieron después otros decretos concernientes a la propiedad urbana, que primero fue retirada del mercado (14 de diciembre de 1917) y después fue expropiada en nombre del Estado (24 de agosto de 1918).[5] En enero de 1918, todas las deudas del Estado fueron rechazadas. Un decreto del 20 de abril de 1918 prohibía la compra, la venta y el arrendamiento de instalaciones comerciales e industriales. Otro decreto del mismo día exigía registrar los valores y bonos que se poseyeran a título privado.[6] Uno de los mayores pasos hacia la abolición de la propiedad privada se dio el 1 de mayo de 1918, con la emisión de un decreto que ilegalizaba las sucesiones.[7] Ninguna de estas medidas podía considerarse «de emergencia»; todas estaban concebidas para arrebatarles a los particulares y a las asociaciones el derecho a disfrutar de capital productivo y de otros bienes.

En su fase más madura, que no alcanzó hasta el invierno de 1920-1921, el comunismo de guerra suponía una gran cantidad de medidas recaudatorias pensadas para poner toda la economía de Rusia (tanto su mano de obra como su capacidad productiva y sus mecanismos de distribución) bajo la administración exclusiva del Estado, o, más concretamente, del Partido Comunista. Se ideó tanto para socavar la base económica de la oposición del régimen comunista como para permitir a dicho régimen reorganizar la economía nacional de una manera completamente «lógica». Estas medidas consistían en:

1. La nacionalización de (a) los medios de producción, con la destacable (aunque temporal) excepción de la agricultura, (b) el transporte y (c) todas las empresas salvo las más pequeñas.

2. La liquidación del comercio privado por medio de la nacionalización del mercado minorista y mayorista, y su sustitución por un sistema de distribución controlado por el gobierno.

3. La eliminación del dinero como unidad de intercambio y de contabilidad en favor de un sistema de trueque regulado por el Estado.

4. La imposición en toda la economía nacional de un solo plan.

5. La introducción del trabajo obligatorio para todos los varones adultos aptos, y en algunos casos también para las mujeres, los niños y los ancianos.

Estas medidas sin precedentes, aplicadas no a causa de la guerra civil, sino a pesar de esta, se concibieron para dotar a la Rusia soviética de un sistema económico coherente y racional con el que conseguir la máxima eficiencia de la productividad y una distribución justa.

El comunismo de guerra tuvo múltiples fuentes de inspiración. El control (que no la propiedad) que el Estado ejercía sobre la producción y la distribución de los bienes de consumo y el trabajo fue introducido por la Alemania imperial durante la Primera Guerra Mundial. Estas políticas de emergencia, conocidas como «socialismo de guerra (*Kriegssozialismus*)», impresionaron mucho tanto a Lenin como a su consejero de economía, Yuri Larin. La sustitución del mercado libre de los bienes por una red de centros de distribución regidos por el Estado se realizó conforme a las ideas de Louis Blanc y los *ateliers* que se introdujeron en Francia en 1848 bajo su influencia. En esencia, no obstante, el comunismo de guerra recordaba en buena medida al régimen patrimonial (*tiagloye gosudarstvo*) de la Rusia medieval, bajo el cual la monarquía consideraba que todo el país, incluidos

sus habitantes y sus recursos, eran de su propiedad.[8] Para la mayoría de la población rusa, que en realidad nunca había tenido contacto con la cultura occidental, el hecho de que el Estado controlase la economía era más natural que los abstractos derechos de la propiedad y que el complicado cúmulo de fenómenos que recibían el nombre de «capitalismo».

Si hubiera que basarse en el torrente de decretos relativos a la economía soviética que se aprobaron entre 1918 y 1921, sería fácil llegar a la conclusión de que a finales de este período la economía del país estaba administrada por el Estado en su totalidad. En realidad, a menudo los decretos soviéticos de la época solo reflejaban intenciones; la ley y la vida nunca estuvieron más reñidas. Existe una abundancia de datos acerca del florecimiento, aparte del sector estatal, que no paraba de expandirse, de un sector privado que resistió todos los intentos de acabar con él. El dinero siguió fluyendo aunque en principio la economía se basase en un sistema «no monetario», y el pan se vendía a la población a pesar del supuesto monopolio que el régimen ejercía sobre el trigo. El plan económico principal nunca se puso en práctica. Dicho de otro modo, en 1921, cuando hubo que renunciar a él, el comunismo de guerra apenas había llegado a implantarse. Su fracaso se debió solo en parte a la incapacidad del gobierno para hacer cumplir las leyes. También influyó en buena medida la certeza de que la implantación estricta, de haber sido posible, habría originado una debacle económica; diversas fuentes comunistas admitieron que sin el mercado ilegal de alimentos, del que la población urbana obtenía dos tercios del pan que consumía, las ciudades habrían padecido hambruna. El comunismo de guerra, bajo un nuevo nombre y con eslóganes actualizados, no fue una realidad hasta pasados diez años, cuando Stalin retomó la reglamentación económica

donde la dejó Lenin.

El objetivo del comunismo de guerra era el socialismo o incluso el comunismo sin más. Sus defensores siempre habían creído que el Estado socialista aboliría la propiedad privada y el mercado libre, los cuales sustituiría por un sistema económico centralizado, dirigido y planificado por el Estado. La principal dificultad que encontraron los bolcheviques a la hora de implantar este programa consistía en el hecho de que el marxismo concebía la abolición de la propiedad privada y del mercado como el resultado de un complejo proceso de desarrollo capitalista que concentraría la producción y la distribución hasta el punto de que podían ser nacionalizados mediante autorización legislativa. Pero en Rusia, en la época de la revolución, el capitalismo todavía estaba en ciernes. Su economía predominantemente «pequeñoburguesa», dominada por decenas de millones de campesinos y artesanos comunales que trabajaban por cuenta propia, empeoró aún más a causa de la política que adoptaron los bolcheviques de dividir vastos terrenos a fin de distribuirlos entre los campesinos y para darles a los obreros el control de la industria.

Lenin demostró con creces que era un político de una astucia extraordinaria, pero a la hora de gestionar asuntos económicos pecaba de una gran ingenuidad. Todos sus conocimientos sobre finanzas procedían de fuentes literarias, como los escritos del socialista alemán Rudolf Hilferding. En su influyente *Finance Capital* (1910),[178*] Hilferding sostenía que cuando el capitalismo inició su fase más evolucionada, la del «capitalismo financiero», el poder económico se concentró en las manos de los bancos. Una vez que llegó a su lógico término, «esta tendencia produciría una situación en la que un banco o un grupo de bancos tendría a su disposición

la totalidad del capital monetario. Un "banco central" de esta magnitud, en consecuencia, garantizaría el control de toda la producción social».[9] Guardaba relación con la idea del capitalismo financiero la visión exagerada del papel que desempeñaban los sindicatos y las empresas. Lenin y sus colaboradores creían que en Rusia los sindicatos y las empresas prácticamente controlaban la industria y los negocios, dejándoles a los actores del mercado un margen reducido y cada vez menor.

De estas premisas se infería que nacionalizar los bancos y los sindicatos equivaldría a nacionalizar la economía del país, lo cual, a su vez, sería como asentar los cimientos del socialismo. En 1917, Lenin dijo que la concentración del poder económico en manos de las instituciones bancarias y los cárteles de Rusia había llegado a un nivel tal que las finanzas y el comercio podían ser nacionalizados por decreto.[10] En vísperas del golpe de octubre afirmó para asombro de muchos que la creación de un único banco estatal constituiría, de por sí, «nueve décimas partes del aparato *socialista*».[11] Trotski confirmó el optimismo de Lenin.

> En la *Tesis sobre la paz* de Lenin, escrita a principios de 1918, se dice que «el triunfo del socialismo en Rusia [requería] de un cierto intervalo de tiempo, *de al menos unos cuantos meses*». En la actualidad [1924], semejante declaración resulta por completo incomprensible; ¿acaso sería un error de escritura? ¿No querría decir, más bien, unos cuantos años, o unas cuantas décadas? No, no fue un error de escritura […] Recuerdo muy bien que durante el primer período, en Smolni, en las reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo, Lenin siempre insistía en que implantaríamos el socialismo en cuestión de medio año y en que nos convertiríamos en la nación más poderosa.[12]

Durante sus seis primeros meses en el poder, Lenin consideró introducir en Rusia un sistema que él llamaba «socialismo de Estado». Se basaba en el *Kriegssozialismus* alemán, con la diferencia de que abarcaría la totalidad de la economía, no solo el sector directamente relacionado con el

esfuerzo que conllevaba la guerra, y se centraría en beneficiar no a «los capitalistas y a los júnkers», sino al «proletariado». En septiembre de 1917, en vísperas del golpe, describió lo que tenía en mente de la siguiente manera:

> Aparte del aparato predominantemente «opresivo» del ejército permanente, de la policía y de la burocracia, existe en el Estado actual otro aparato, relacionado sobre todo con los bancos y los sindicatos, que desempeña una ardua labor de contabilidad y de registro, si se me permite decirlo así. Este aparato no puede ni debe ser eliminado. Es preciso hacer que deje de estar sometido a los capitalistas, es preciso *aislarlo* […] de los capitalistas y su urdimbre de influencias, es preciso *someterlo* a los sóviets proletarios, es preciso hacerlo más integral, más completo, más nacional. Y es *posible* hacerlo, a la luz de los logros ya conseguidos por el capitalismo a gran escala. […] La «nacionalización» de la masa de los empleados de los bancos, de los sindicatos, de las sociedades comerciales, etcétera, se puede llevar a cabo perfectamente tanto desde el punto de vista técnico (gracias a la labor de preparación que el capitalismo y el capitalismo financiero han hecho por nosotros) como desde el político con la condición del control y la supervisión *soviéticos*.[13]

A finales de noviembre de 1917, Lenin realizó un bosquejo del programa económico:

> CUESTIONES DE POLÍTICA ECONÓMICA
>
> 1. Nacionalización de los bancos.
> 2. Sindicación obligatoria.
> 3. Monopolio estatal del comercio exterior.
> 4. Métodos revolucionarios para combatir los saqueos.
> 5. Divulgación del saqueo financiero y bancario.
> 6. Financiación de la industria.
> 7. Desempleo.
> 8. Desmovilización (¿del ejército?, ¿de la industria?).
> 9. Aprovisionamiento.[14]

En este borrador no se mencionaban ni el monopolio estatal del comercio interior, ni la nacionalización de la industria y el transporte, ni la economía no monetaria, que se convertirían en los sellos distintivos del comunismo de guerra. Por aquel entonces, Lenin creía que la nacionalización de las instituciones financieras y la sindicación de la industria

y el comercio bastarían para encarrilar la economía socialista.

El 25 de octubre de 1917, es decir, antes incluso de que el Segundo Congreso de los Sóviets lo autorizase a formar gobierno, Lenin se acercó a Yuri Larin, un menchevique que hacía poco se había convertido al bolchevismo. En los círculos socialistas, Larin era considerado un experto en la economía de guerra alemana. «Ha trabajado en las cuestiones relativas a la organización de la economía alemana —le dijo Lenin—, en los sindicatos, las empresas y los bancos. Estudie estas cuestiones para nosotros».[15]

Poco después, Larin publicó en *Izvestia* un boceto impresionista del programa económico bolchevique. Se centraba en la sindicación obligatoria de toda la producción de materias primas, de la industria del consumo, del transporte y de los bancos, subordinados todos ellos a un exhaustivo plan nacional. Las acciones privadas en empresas se cambiarían por acciones sindicadas, que se comercializarían en el mercado libre. En las provincias, los órganos de autogobierno (en principio, soviéticos) o bien sindicarían, o bien municipalizarían el comercio minorista y las áreas residenciales. Los campesinos también serían «sindicados» de cara a la distribución de alimentos y equipamiento agrícola.[16] Mediante este programa, el gobierno controlaría la empresa privada, si bien no la aboliría.

A petición de Lenin, Larin y sus colaboradores iniciaron una ronda de debates con Alexis Meshcherski, uno de los industriales más poderosos de Rusia. Hecho a sí mismo, Meshcherski, bajo el antiguo régimen, era la clase de empresario «progresista» que despreciaba la burocracia y quería que Rusia se convirtiera en un país libre y democrático, capaz de aprovechar su formidable potencial productivo.[17] Si bien no acumulaba una gran fortuna

personal, tenía grandes responsabilidades administrativas como director de la gigantesca Sormova-Kolomna Metal Works, que pertenecía a capital ruso y extranjero, sobre todo alemán, y que daba empleo a 60.000 trabajadores. Invitado por Larin, Meshcherski bosquejó un proyecto para fundar una empresa conjunta que aunase la empresa privada con el gobierno bolchevique. Concibió la creación de una empresa metalúrgica soviética con un capital de 1.000 millones de rublos, de los que los inversores privados aportarían una mitad y el Estado la otra, y que serían gestionados por un consejo, del cual los primeros ocuparían el 60 por ciento de los puestos. La compañía, que crearía 300.000 empleos, gestionaría una red de iniciativas industriales, así como distintas minas de carbón y de hierro, y se dedicaría, en primer lugar, a proporcionar material rodante para el debilitado sistema ferroviario de Rusia.[18] En marzo, las autoridades comunistas hablaron sobre una empresa conjunta similar con los directores del grupo Stakheev, que controlaba alrededor de 150 actividades industriales, financieras y comerciales en los Urales. Los gestores buscaban explotar los depósitos minerales de los Urales con capital aportado tanto por el gobierno soviético como por participaciones rusas y estadounidenses.[19]

Estas propuestas, que habrían impulsado la economía soviética hacia un modelo mixto, fueron abortadas por la oposición de los bolcheviques «puristas». Presionados por estos, los negociadores del gobierno empezaron a reclamar cada vez más acciones de la empresa metalúrgica propuesta, hasta que no quedó nada para el capital privado. Meshcherski y sus colaboradores estaban tan ansiosos por llegar a un acuerdo con el régimen bolchevique que accedieron a concederle al gobierno el 100 por ciento de las acciones a condición de que se les garantizara prioridad si en el futuro el

gobierno decidía venderlas. Incluso esta humilde propuesta fue rechazada. Según el sector comunista, el 14 de abril de 1918, con lo que se describía crípticamente como «casi la mayoría de los votos», el Consejo Supremo de Economía Nacional votó por poner fin a los debates.[179*]

A pesar de que no dieron fruto, el mero hecho de que las negociaciones llegaran a celebrarse ayuda a entender la desconcertante ecuanimidad de la comunidad empresarial de Rusia frente a un régimen que la amenazaba abiertamente con la ruina económica e incluso con la aniquilación física. Los banqueros y los industriales rusos calificaban las declaraciones de los bolcheviques de retórica revolucionaria. A su juicio, los bolcheviques, o bien recurrirían a ellos para que los ayudasen a restaurar una economía al borde del colapso, o bien fracasarían. Así, sucedió que en la primavera de 1918, la Bolsa de Petrogrado, cerrada oficialmente desde el estallido de la guerra, resucitó de improviso cuando los títulos, sobre todo los valores bancarios, subieron en el mercado de acciones no cotizadas.[20] El optimismo de las grandes empresas, reforzado por las propuestas bolcheviques y el hecho de que el gobierno estuviera negociando con Alemania un acuerdo comercial que abriría Rusia al capital alemán, provocó que se hiciera oídos sordos a las solicitudes de ayuda financiera de los generales Blancos. En la primavera de 1918, el movimiento blanco parecía una apuesta imposible a ojos de los empresarios en comparación con las posibilidades de colaboración con el gobierno bolchevique.

Apenas se hubo ratificado el Tratado de Brest-Litovsk, los dirigentes bolcheviques concentraron toda su atención en la economía; ahora que ostentaban el poder, no les interesaba despilfarrar la riqueza del país ofreciéndosela a los campesinos y los obreros para que se la repartieran entre

ellos. Había llegado el momento de organizar la producción y la distribución de una manera racional, eficaz y «capitalista», mediante la recuperación de la disciplina en el trabajo, la reintroducción de las responsabilidades y la adopción de la tecnología y los métodos administrativos más modernos. Trotski señaló el cambio de actitud en el discurso que dio el 28 de mayo de 1918, al que puso un extraño título «fascista»: «El trabajo, la disciplina y el orden salvarán la República Socialista Soviética».[21] Instó a los obreros a practicar la «moderación» y a aceptar el hecho de que la gestión de la industria soviética habría de ser puesta en manos de especialistas, reclutados de entre las filas de anteriores «explotadores».

Por aquel entonces, Lenin se pronunció con gran convicción pero sin demasiado éxito a favor del capitalismo estatal, que pondría las maravillas de la administración y la tecnología capitalistas al servicio del nuevo Estado. Solo adoptando lo mejor que el capitalismo podía ofrecer conseguiría Rusia implantar el socialismo.

> Fijémonos […] en el ejemplo más concreto de capitalismo estatal. Todo el mundo lo conoce. Me refiero a Alemania. Aquí tenemos la «última palabra» en ingeniería capitalista moderna a gran escala y en organización planificada, *sometidas al imperialismo júnker-burgués*. Subrayen esas palabras, y en lugar del *Estado* militarista, júnker, burgués e imperialista pongan también un Estado, pero de otra índole social, de otro tipo de clase, un Estado *soviético*, es decir, un Estado proletario, y obtendrán el *total* de las condiciones requeridas para implantar el socialismo.
>
> El socialismo es inconcebible sin la tecnología capitalista a gran escala basada en los últimos descubrimientos de la ciencia moderna. Es inconcebible sin una organización del Estado planificada, que hace que decenas de millones de personas se atengan estrictamente a unas pautas unificadas en el ámbito de la producción y la distribución de productos.[22]
>
> ¿Qué es el capitalismo de Estado bajo el poder soviético? Para implantar hoy el capitalismo de Estado es preciso poner en práctica las responsabilidades y el control que llevan a cabo las clases capitalistas. Tenemos un ejemplo de capitalismo de Estado en Alemania. Sabemos que Alemania ha demostrado ser superior a nosotros. Pero si ustedes pensaran,

siquiera por un momento, lo que significaría que los cimientos de ese capitalismo de Estado se erigieran en Rusia, en la Rusia soviética, cualquiera que esté en su sano juicio y que tenga un mínimo de cultura sabrá que el capitalismo de Estado sería la salvación.

He dicho que el capitalismo de Estado sería nuestra salvación; si lo tuviéramos en Rusia, la transición a un socialismo pleno sería sencilla, factible, porque el capitalismo de Estado es algo centralizado, calculado, controlado y socializado, y eso es precisamente lo que nosotros necesitamos. [23]

El programa económico por el que Lenin abogaba era, por tanto, mucho más moderado que el que los bolcheviques adoptarían en realidad. De haber conseguido su propósito, el sector «capitalista» habría quedado prácticamente intacto y bajo la supervisión del Estado. La cooperación resultante, que formulaba la entrada de capital extranjero (sobre todo alemán y estadounidense), debía aportar a la economía bolchevique todos los beneficios del «capitalismo» avanzado sin producir efectos secundarios en lo político. La propuesta compartía muchas características con la Nueva Política Económica introducida tres años antes.

Pero las cosas no saldrían así. Lenin y Trotski hubieron de enfrentarse a la oposición fanática de múltiples grupos, de los cuales los comunistas de izquierdas eran los más vociferantes. Encabezados por Bujarin e integrados por una buena parte de la élite del partido, los comunistas de izquierdas sufrieron una derrota humillante en Brest-Litovsk, pero siguieron operando como facción dentro del Partido Bolchevique y defendiendo su causa en las páginas de su órgano, el *Kommunist*. El grupo, entre cuyos miembros se contaban Alexandra Kolontái, Valerián V. Kúibishev, Lev Kritsman, Valerián Obolenski (N. Osinski), Yevgueni A. Preobrazhenski, Grigori Piatakov y Karl Radek, se consideraba a sí mismo «la conciencia de la revolución». Creía que, desde octubre, Lenin y Trotski se estaban acomodando de una forma oportunista en el «capitalismo» y el «imperialismo». Lenin calificaba a los

comunistas de izquierdas de utopistas y fantaseadores, víctimas de la «enfermedad infantil del socialismo». No obstante, la facción gozaba de un amplio apoyo entre los obreros y los intelectuales, sobre todo en la organización moscovita del partido, que se sentía amenazada por las propuestas de Lenin y Trotski para introducir métodos «capitalistas». Los cambios sugeridos, que requerían del desmantelamiento de los comités de fábrica y de la renuncia al «control obrero» en favor del regreso a la gestión individual responsable, reducían de manera inevitable el poder y los privilegios de los funcionarios del partido. Lenin no podía permitirse ofender a los intelectuales y los partidarios que tenían entre los obreros en un momento en el que los bolcheviques estaban siendo atacados por la cuestión de Brest y habían perdido la mayoría en todos los sóviets. No fue capaz de insistir en tomar el rumbo que el sentido común le dictaba cuando un metalúrgico, al respecto de las negociaciones con Meshcherski, le dijo: «Camarada Lenin, es usted muy oportunista si permite un receso también en este asunto».[180*]

Los elementos del comunismo de guerra que sí funcionaron quedaron reflejados en un ensayo que Larin publicó en abril de 1918. Aunque tan solo pretendía profundizar en los principios enunciados en su artículo de noviembre de 1917, Larin presentaba ahora un programa económico nuevo y diferente. Todos los bancos rusos debían ser nacionalizados. Y también la industria, un sector detrás de otro; no existiría colaboración entre el Estado y las empresas privadas. Los especialistas «burgueses» solo podrían trabajar para la economía en calidad de personal técnico. El comercio privado sería suprimido y sustituido por cooperativas que funcionarían bajo supervisión estatal. La economía quedaría sujeta a un único plan nacional. Las instituciones soviéticas mantendrían cuentas sin referencias al dinero. Con el tiempo,

el control del Estado se extendería a la agricultura, empezando por las áreas yermas de los antiguos terratenientes. La única concesión que se le haría al capital privado sería la de los intereses extranjeros a los que se permitiría participar en el desarrollo económico de la Rusia soviética al aportar personal técnico y conceder préstamos para la importación de equipamiento.[24]

Mediante este programa, los comunistas de izquierdas desautorizaron a Lenin en abril de 1918, lanzando a Rusia de cabeza a la utopía del socialismo instantáneo.

Bujarin siguió siendo el dirigente de los comunistas de izquierdas, pero tras sufrir la derrota del Tratado de Brest, dejó en manos de otros la oposición al capitalismo de Estado de Lenin. El principal teórico del comunismo de izquierdas era Valerián Obolenski, más conocido por su seudónimo, N. Osinski.[181*] Nacido en 1887, hijo de un veterinario de tendencias radicales, se unió a los bolcheviques con veinte años. Pasó un año en Alemania estudiando economía política, lo cual, en su cabeza, lo autorizaba a escribir sobre asuntos económicos, en especial acerca de agricultura rusa. Inmediatamente después del golpe, los bolcheviques lo designaron director del Banco del Estado, puesto que ocupó hasta marzo de 1918, cuando dimitió a modo de protesta por el Tratado de Brest.

Su *Construction of Socialism*, escrito durante el verano de 1918 y publicado en otoño del mismo año, sirvió de anteproyecto sobre el que basar el comunismo de guerra.[25] Las tareas económicas del régimen, como las definía Osinski, consistían en tres operaciones: tomar el control de los «puntos estratégicos» de la economía capitalista, purgarla de elementos improductivos e imponer en el país un plan económico integral.

Siguiendo a Hilferding, Osinski se puso como principal prioridad la toma de los bancos, el «cerebro del capitalismo». Era preciso transformarlos en agencias de compensación de la economía socialista.

A continuación, venía la nacionalización de la propiedad privada en el ámbito de la producción industrial y agrícola, tanto a gran escala como a pequeña. Esto suponía no solo la transferencia legal de los títulos de propiedad, sino también una purga de personal, de modo que los anteriores propietarios y administradores serían reemplazados por trabajadores. Estas medidas golpearían el mismo corazón del capitalismo y, al mismo tiempo, posibilitarían la racionalización de la producción por medio del adecuado posicionamiento de los recursos.

El siguiente paso, la nacionalización del comercio, era el más difícil. El gobierno pasaría a controlar todos los sindicatos comerciales y las sociedades mercantiles de mayor volumen. Al ejercer un monopolio sobre el sector mayorista, establecería los precios de los bienes de consumo; con el tiempo, estos serían distribuidos por los órganos estatales, preferiblemente libres de cargos. La eliminación del mercado libre era una medida esencial.

> El mercado es un foco infeccioso del que constantemente emana el germen del capitalismo. Dominar el mecanismo del intercambio social acabará con las especulaciones, con la acumulación de nuevo capital, con la aparición de más propietarios. […] La imposición de un monopolio que abarque todas las áreas de la agricultura, al margen del cual esté prohibido vender un solo kilo de trigo, o un solo saco de patatas, hará que sea completamente absurdo insistir en la agricultura rural independiente.[26]

La supresión del comercio minorista requería de un cuarto paso: comunas obligatorias de consumidores que disfrutasen de un monopolio sobre los productos de primera necesidad. Esta institución pondría fin a la especulación y al «sabotaje» y privaría a los capitalistas de otra fuente de beneficios.

Por último, se haría necesario introducir mano de obra obligatoria. El principio por el que habría de guiarse sería sencillo: «Nadie tiene derecho a rechazar el trabajo que le asigne el departamento [de empleo]». El trabajo obligatorio no era imprescindible, por el momento, en las zonas rurales, donde había exceso de mano de obra, aunque sí en las ciudades. Mediante este sistema, la «obligación de trabajar […] se convierte en una forma de hacer que la gente desempeñe un oficio, lo que sustituye el caduco estímulo «económico», el cual, expresado en términos sencillos, derivaba del miedo a morir de hambre».

Una de las premisas básicas del plan de Osinski era que, por razones políticas y financieras, la economía no podía sustentarse sobre unos cimientos en parte capitalistas y en parte socialistas; era preciso tomar una decisión clara. Aun así, en deferencia a Lenin, no describió su programa como un proyecto propio del socialismo ni del comunismo de guerra, sino del capitalismo de Estado.

El programa económico de los comunistas de izquierdas contó con el sólido apoyo de los miembros del partido y los trabajadores, beneficiarios del control obrero, quienes en un abrir y cerrar de ojos formaron un nuevo grupo de interés; no querían renunciar a las fábricas que habían tomado en 1917, del mismo modo que los campesinos se negaban a entregar la tierra de la que se habían adueñado. Los socialistas revolucionarios de izquierdas también simpatizaban con estas ideas. Lenin los miraba con escepticismo, pero no le quedó más remedio que ceder; era el precio que debía pagar para recuperar la popularidad perdida en Brest. En junio de 1918, bajo unas condiciones que se detallarán más adelante, decretó la nacionalización de las industrias rusas. Esta medida acababa con la posibilidad del capitalismo de Estado en el sentido en el que Lenin lo concebía. Supuso un salto a lo

desconocido.

Los artífices del comunismo de guerra, sus teóricos y sus actores (Osinski, Bujarin, Larin, Ríkov y otros) apenas estaban familiarizados con la disciplina de la economía, y además carecían de experiencia en la dirección de empresas. Lo poco que sabían de economía lo habían extraído en buena medida de la literatura socialista. Ninguno de ellos había administrado ninguna empresa ni ganado un rublo por medio de una fábrica o un negocio. A excepción de Krasin, que no participó en estos experimentos, los dirigentes bolcheviques eran revolucionarios profesionales, quienes, salvo por alguna que otra estancia breve en universidades rusas o extranjeras (para participar sobre todo en la vida política), desde que se hicieran adultos no habían parado de entrar y salir de la cárcel o de retirarse y regresar del exilio. Se regían por fórmulas abstractas, tomadas de los textos de Marx, Engels y sus discípulos alemanes, y también de la historia radical de las revoluciones europeas. Lo que Sujánov dijo de Larin se aplicaba a todos ellos («Un pobre soldado de caballería que no veía obstáculos para el trote de sus fantasías; un cruel experimentador, un especialista en todas las ramas de la administración del Estado, un diletante en todo cuanto hace»).[27] Que estos vulgares aficionados se propusieran darle la vuelta a la quinta economía más importante del mundo, sometiéndola a innovaciones jamás intentadas en ninguna otra parte, ni siquiera a pequeña escala, dice mucho del juicio de aquellos que en octubre de 1917 tomaron el poder en Rusia. Al observar a estas personas en acción, a uno le viene a la memoria el retrato que Taine hizo del jacobino francés:

> Su principio es un axioma de la geometría política, que siempre lleva consigo su propia prueba; porque, al igual que los axiomas de la geometría común, deriva de la combinación de varias ideas sencillas, de modo que su evidencia se impone de inmediato. […] Los hombres, tal y como son en realidad, no le interesan. No los observa; no necesita hacerlo. Con los ojos

> cerrados impone un patrón propio en la sustancia humana que él manipula. Nunca se le pasa por la cabeza la idea de formarse una impresión preconcebida de este material complejo, multiforme, variable (campesinos, artesanos, ciudadanos, curas y nobles contemporáneos, tras sus arados, en sus casas, en sus tiendas, en sus monasterios, en sus mansiones, con sus creencias inveteradas, con sus inclinaciones persistentes y con sus voluntades férreas). Nada de esto asoma ni se aloja en su mente; todas sus avenidas se cortan ante el principio abstracto que en ella florece y que la llena por completo. Si la experiencia real, por medio de la vista y del oído, llega a plantar por la fuerza alguna verdad no deseada en su mente, no pervivirá allí; por muy escandalosa y reveladora que sea, el principio abstracto la expulsará.[28]

Estas cualidades nunca quedaron tan de manifiesto como en los primeros experimentos fiscales bolcheviques concebidos para introducir una economía no monetaria.

Marx había escrito una considerable cantidad de disparates sofisticados acerca de la naturaleza y la utilidad del dinero, en los que arropaba los conceptos feuerbachianos de «proyección» y «fetiche». Entre otras definiciones, para él el dinero representaba la «capacidad enajenada de la humanidad», algo que «confunde» las «cualidades naturales del hombre», el «trabajo cristalizado» y un «monstruo» que se disocia del hombre y termina por doblegarlo. Estas ideas atraían en gran medida a los intelectuales que ni tenían dinero ni sabían cómo ganarlo pero que ansiaban la influencia y las comodidades que podría proporcionarles. De haber conocido mejor la historia de la economía, habrían entendido que siempre se habían empleado unidades de medida, se llamasen «dinero» o de otra manera, en todas aquellas sociedades que practicaban la división del trabajo y el intercambio de bienes y servicios.

Bajo el hechizo de estas ideas, los bolcheviques sobrevaloraron y a la vez subestimaron el papel del dinero. Lo sobrevaloraron con respecto a las economías capitalistas, las cuales creían controladas en su totalidad por las instituciones

financieras. Lo subestimaron con respecto a las economías «socialistas», de las que creían que podían prescindir de él. Como dijeron Bujarin y Preobrazhenski: «La sociedad comunista no sabrá nada acerca del dinero».[29]

Se deducía de la tesis de Hilferding que al tomar los bancos de Rusia era posible apoderarse de un plumazo de la industria y el comercio del país.[182*] Esta lógica explicaba la fe que tenía Lenin en que el socialismo no tardara en imponerse en Rusia, de que la nacionalización de los bancos supusiese «las nueve décimas partes del socialismo». Del mismo modo, Osinski declaró que se trataba de la medida más importante.[183*] Aunque terminó demostrándose que la esperanza de conquistar la economía capitalista de Rusia rápida y limpiamente gracias a estos métodos carecía de fundamento, el Partido Bolchevique se aferró con obstinación a la doctrina de Hilferding. En su nuevo programa, adoptado en 1919, constaba que al nacionalizar el Estado y los bancos comerciales de Rusia, el gobierno soviético había logrado «que la banca dejase de ser un centro de dominación de capital financiero […] para convertirse en un arma del poder obrero y en la palanca de la revolución económica».[30]

En cuanto al dinero, los teóricos bolcheviques querían eliminarlo por completo, depreciándolo hasta que no fuese más que «papel pintado» y sustituyéndolo por un sistema integral de distribución de productos de consumo mediante la introducción de cartillas de racionamiento. Entre 1918 y 1920, muchas publicaciones soviéticas presentaron artículos en los que se aseguraba que la desaparición del dinero era inevitable; la siguiente es una muestra muy representativa:

> Mientras la economía socializada se fortalece y las estrategias de distribución maduran, la necesidad de utilizar símbolos monetarios [es decir, dinero] debería desaparecer. A medida que se retira de la circulación de la economía socializada, el dinero se convierte en una propiedad al

> margen de la influencia directa del gobierno en el productor privado, motivo por el cual, pese a las cantidades crecientes y a la incesante necesidad de más emisiones [de dinero], el dinero empieza a desempeñar un papel cada vez menos relevante en el escenario de la economía nacional. Y este proceso de, por así decirlo, depreciación objetiva del dinero se acelerará aún más, hasta el punto de que la economía socializada se fortalecerá y desarrollará y cada vez más pequeños productores privados entrarán en su órbita, hasta que, por último, tras el triunfo definitivo de la productividad estatal sobre la privada, surja la posibilidad de retirar el dinero de la circulación de forma deliberada con la transición hacia una distribución no monetaria.[31]

En la jerga que tanto gustaba a los marxistas, el autor estaba diciendo que aún no era posible renunciar al dinero porque los «pequeños productores privados» (léase «los campesinos») seguían fuera del control estatal y se les había de pagar por sus productos. El dinero solo se volvería innecesario «tras el triunfo decisivo de la productividad estatal sobre la privada»; o, dicho de otro modo, tras la colectivización completa de la agricultura.

La razón con la que por aquel entonces los bolcheviques justificaban siempre su incapacidad de declarar el dinero fuera de la circulación era que, incluso a pesar de que se hubieran aprobado distintos decretos de nacionalización, una buena parte de la economía, incluida casi toda la producción de alimentos, seguía en manos privadas. Según Osinski, la existencia de la «economía doble» (mitad estatal y mitad privada) debía mantener el sistema monetario durante un «período indeterminado».[32]

Pero en realidad el campesinado recibía una compensación tan ridícula por sus productos que esta idea no era ni de lejos tan seria como las explicaciones oficiales aseguraban. En el verano de 1920, Larin admitió que la mayor parte del dinero impreso por el Tesoro se destinaba, no a la compra de alimentos, sino al pago de salarios de los obreros y oficiales. Estimaba que la Rusia soviética tenía 10 millones de

asalariados, los cuales recibían una media de 40.000 rublos mensuales, lo que sumaba un total de 400.000 millones de rublos. En comparación con estas cifras, el beneficio que los campesinos obtenían por los alimentos era irrisorio; Larin calculaba que el conjunto de comestibles adquiridos a precios fijos (entre 1918 y 1920) le había costado al gobierno menos de 20.000 millones.[33]

Los bolcheviques no pudieron nacionalizar los bancos inmediatamente después de tomar el poder en Petrogrado porque los trabajadores de la banca se negaron prácticamente en bloque a reconocerlos como gobierno legítimo. Esta oposición, como hemos visto, terminó por disolverse. A finales del invierno de 1917-1918, todos los bancos estaban nacionalizados. El Banco del Estado pasó a llamarse Banco Popular (Narodnyi Bank) y pasó a ocuparse de otras instituciones crediticias. En 1920, todos los bancos estaban liquidados, salvo el Banco Popular y sus filiales, que actuaban como agencias de compensación. Se ordenó la apertura de las cajas fuertes y el oro que contenían (junto con elevadas cantidades de efectivo y de títulos) quedó confiscado. Estas medidas no cumplieron apenas las expectativas de los bolcheviques; la operación, más que en el control de las empresas de Rusia por parte del gobierno, derivó en una escasez de crédito. Esto supuso una amarga decepción para el nuevo régimen.[34]

Desde el punto de vista financiero, el gobierno bolchevique quedó sumido durante largo tiempo en un estado de desorganización. El régimen fiscal prácticamente se había venido abajo después de octubre, y apenas entraban ingresos. El gobierno improvisó lo mejor que supo; entre las divisas a las que recurrió se contaban los cupones de los «Préstamos de la Libertad» de Kérenski. No había nada remotamente

parecido a un presupuesto normal; en mayo de 1918, el Comisariado de Finanzas estimó (¡sic!) que durante los seis meses anteriores el gobierno había gastado entre 20.000 y 25.000 millones e ingresado 5.000 millones.[184*] El gobierno era incapaz de satisfacer las necesidades de las administraciones provinciales, de modo que no solo permitió, sino que, de hecho, ordenó a la *gubernia* y a los sóviets de los distritos que extorsionasen a la burguesía de sus respectivas áreas. Lenin creía que esto sentaría un precedente negativo, ya que los sóviets locales se veían empujados a considerarse «repúblicas independientes», y en mayo de 1918 exigió una centralización fiscal.[35] Pero no era posible centralizar la economía si el centro carecía de dinero; al final, Moscú les dijo a los sóviets provinciales que dejaran de importunarlo para conseguir subvenciones y que se las apañasen por su cuenta.

A fin de recabar fondos para gastos extraordinarios, a la vez que para socavar el poder económico del «enemigo de clase», los bolcheviques recurrían de vez en cuando a impuestos discriminatorios en forma de «contribuciones». Así, en octubre de 1918, se les impuso una «contribución» especial y única de 10.000 millones de rublos a las clases acaudaladas del país. Este impuesto adicional se asemejaba al modelo chino, introducido por los mongoles en la Rusia medieval, en el que se aplicaban cuotas a las ciudades y las provincias y en el que se permitía que fuesen estas las que distribuyeran los pagos. Moscú y Petrogrado debían pagar 3.000 millones y 2.000 millones de rublos respectivamente. En los demás sitios se solicitó a los sóviets locales que elaborasen listas de personas sujetas al pago.[185*] Los sóviets locales impusieron otras «contribuciones» similares por iniciativa propia, unas veces con el objeto de recaudar dinero para afrontar gastos y otras a modo de penalización.

Lenin era muy conservador en materia fiscal, y si por él hubiese sido, la Rusia soviética habría adoptado desde el principio métodos tradicionales de tributación y de elaboración de presupuestos. Le preocupaba el caos presupuestario. En mayo de 1918, con su habitual tendencia a exagerar la gravedad del asunto que tuviera entre manos, advirtió:

> Todas nuestras reformas radicales están abocadas al fracaso si no orientamos debidamente la política financiera. De ello depende el éxito de nuestra colosal tarea, concebida con el propósito de reorganizar la sociedad conforme a un modelo socialista.[36]

Pero ya que no podía dedicarle demasiado tiempo a esta cuestión, la dejó en manos de sus colaboradores, quienes pensaban de un modo muy distinto. Querían suprimir el dinero y las finanzas por completo con el fin de desarrollar una economía basada en un sistema de producción y distribución controlado por el Estado. En la segunda mitad de 1918, las publicaciones de economía soviéticas presentaron multitud de artículos que promocionaban la idea de un sistema de ese tipo, que contaba con el apoyo de bolcheviques destacados como Bujarin, Larin, Osinski, Preobrazhenski y Alexánder V. Chayánov.[186*] Su objetivo era devaluar por completo la moneda mediante la emisión ininterrumpida de papel moneda. El lugar del dinero lo ocuparían las «unidades laborales», similares a las emitidas en 1832 por los «bancos de intercambio laboral» de Robert Owen, que eran vales que representaban cantidades de trabajo gastado y que permitían que el poseedor accediera a una cantidad comparable de bienes y servicios. El experimento de Owen fracasó de forma estrepitosa (el banco cerró al cabo de dos semanas), al igual que los *ateliers sociaux* de Louis Blanc, introducidos en Francia durante la Revolución de 1848. Impertérritos, los intelectuales radicales rusos seguirían sus pasos.

El Partido Comunista incluyó la supresión del dinero entre los objetivos del nuevo programa que el partido adoptó en marzo de 1919. Aquí se recogía que si bien la supresión del dinero aún no era factible, el partido se había decidido a conseguirlo («Con el propósito de que la economía quede sujeta a un plan, la banca será suprimida e integrada en la oficina central de contabilidad de la sociedad comunista»).[37] En consecuencia, el comisario de Finanzas soviético anunció que su cargo carecía de utilidad («La economía no debería existir en las comunidades socialistas, y por lo tanto debo disculparme por hablar sobre este asunto»).[187*]

El resultado fue una devaluación cada vez más acelerada de la moneda rusa, que finalmente quedó reducida a «papel pintado». La inflación que tuvo lugar en la Rusia soviética entre 1918 y 1922 casi igualó a la inflación, mucho más conocida, que la Alemania de Weimar experimentaría poco después. Fue un proceso deliberado que se llevó a cabo inundando el país de todo el papel moneda que las imprentas pudieron producir.

Cuando los bolcheviques tomaron el poder en Petrogrado, la cantidad de papel moneda que circulaba por Rusia ascendía a 19.600 millones de rublos.[38] La mayor parte de este dinero consistía en rublos imperiales, vulgarmente conocidos como «nikolaevkis». Había también rublos de papel emitidos por el Gobierno Provisional, que recibían los nombres de «kerenkis» y de «dumkis». Estos últimos eran simples talones, impresos por una cara, sin número de serie, firma ni nombre del emisor, de modo que solo mostraban el valor en rublos y una advertencia de la penalización a aplicar en caso de falsificación. En 1917 y a principios de 1918, los kerenkis circularon un tanto devaluados frente al rublo imperial. Después de tomar el Banco del Estado y el Tesoro, los

bolcheviques siguieron emitiendo kerenkis sin modificar su aspecto. Durante el siguiente año y medio (hasta febrero de 1919), el gobierno bolchevique no produjo moneda propia, lo que supuso una grave merma del tradicional derecho de un poder soberano a emitir su propio dinero, y solo puede explicarse por el miedo a que la población, en especial el campesinado, se negara a aceptarlo. Puesto que el régimen fiscal se desplomó por completo después de octubre de 1917 y que los demás ingresos no satisfacían ni por asomo las necesidades del gobierno, los bolcheviques recurrieron a las imprentas. En la primera mitad de 1918, el Banco Popular lanzó entre 2.000 y 3.000 millones de rublos al mes, sin respaldo de ningún tipo.[188*] En octubre de 1918, el Sovnarkom elevó el límite de la emisión de billetes desprotegidos más allá de los 16.500 millones autorizados hasta entonces por el Gobierno Provisional, cantidad excedida desde hacía mucho, hasta los 33.500 millones.[39] En enero de 1919, la Rusia soviética tenía en circulación 61.300 millones de rublos, de los cuales dos tercios eran kerenkis emitidos por los bolcheviques. Al mes siguiente, el gobierno empezó a producir dinero soviético, cuya unidad dio en llamarse «vale de contabilidad».[189*] Esta nueva moneda convivió con los nikolaevkis y los kerenkis, pero estaba muy devaluada en comparación.

A principios de 1919, la inflación, si bien no paraba de agravarse, aún no había alcanzado las dimensiones grotescas que adquiriría más adelante. En comparación con 1917, el índice de precios se había multiplicado por 15; de un valor de 100 en 1913, pasó a 755 en octubre de 1917, a 10.200 en octubre de 1918 y a 92.300 en octubre de 1919.[40]

Y entonces la presa reventó. El 15 de mayo de 1919, el Banco Popular fue autorizado a emitir todo el dinero que, a

su juicio, la economía nacional requiriera.[41] A partir de entonces, la impresión de «papel pintado» se convirtió en la industria más grande y, tal vez, en la única con alguna expansión de la Rusia soviética. Al finalizar el año, la casa de la moneda empleaba a 13.616 obreros.[42] Las únicas restricciones a la emisión fueron las que impuso la escasez de papel y tinta; de vez en cuando, el gobierno se veía obligado a emplear oro para comprar material de impresión en el extranjero.[43] Aun así, las imprentas no lograban cubrir la demanda. Según Osinski, en la segunda mitad de 1919, las «operaciones del Tesoro» (o, dicho de otro modo, la impresión de dinero) representaban entre el 45 y el 60 por ciento de los gastos presupuestarios, en lo cual, por disparatado que parezca, vio un motivo para eliminar a toda prisa el dinero para equilibrar los presupuestos.[44] Durante el transcurso de 1919, la cantidad de papel moneda en circulación casi llegó a cuadruplicarse (de 61.300 millones pasó a 225.000). En 1920, prácticamente se quintuplicó (llegando a 1,2 billones) y durante los primeros seis meses de 1921 volvió a duplicarse (ascendiendo hasta los 2,3 billones).[45]

Para entonces, el dinero soviético se había convertido, a efectos prácticos, en algo inútil; un billete de 50.000 rublos otorgaba el mismo poder adquisitivo que un kopec de antes de la guerra.[46] El único papel moneda que aún conservaba su valor era el rublo imperial; estos billetes, no obstante, se guardaron como un tesoro y prácticamente desaparecieron de la circulación.[47] Así y todo, puesto que la gente no podía seguir sin servirse de alguna unidad con la que medir el valor de las cosas, buscaron sustitutos del dinero, entre los cuales los más comunes eran el pan y la sal.[48] La inflación ascendió a cotas astronómicas, como muestran las siguientes tablas:

VALOR REAL DEL DINERO RUSO EN CIRCULACIÓN[49] (en rublos)

1 de noviembre de 1917	1.919.000.000.000
1 de enero de 1918	1.332.000.000.000
1 de enero de 1919	379.000.000.000
1 de enero de 1920	93.000.000.000
1 de enero de 1921	70.000.000.000
1 de julio de 1921	29.000.000.000

PRECIOS EN RUSIA, 1913-1923[50] (a 1 de octubre)

1913	1,0
1917	7,55
1918	102
1919	923
1920	9.620
1921	81.900
1922	7.340.000
1923	648.230.000

«Entre el 1 de enero de 1917 y el 1 de enero de 1923 —en palabras de un historiador económico—, la cantidad de dinero que circulaba [en Rusia] se multiplicó por 200.000 y el precio de los bienes se multiplicó por 10 millones».[190*][51]

Los comunistas de izquierdas estaban exultantes. Durante el Décimo Congreso del Partido, celebrado en marzo de 1921, antes de que la inflación alcanzase su apogeo, Preobrazhenski

se jactaba de que mientras que el poder adquisitivo que otorgaban los asignados que lanzaron los revolucionarios franceses se redujo hasta quinientas veces, el rublo soviético ya había caído hasta una veintemilésima parte de su valor original («Esto significa que hemos superado a la Revolución francesa cuarenta veces»).[52] Ya en un tono más serio, Preobrazhenski anunció que la descomunal inflación provocada por la decisión del gobierno de imprimir cantidades ilimitadas de dinero había servido para obtener alimentos y otros productos del campesinado; era un tipo de impuesto indirecto que durante tres años había sido fundamental para llevar a cabo la revolución bolchevique.[53] Durante el Undécimo Congreso del Partido, el portavoz de políticas económicas, G. Y. Sokólnikov, declaró con sorpresa que el primer informe minucioso sobre esta cuestión que se presentaba a un Congreso del Partido lo había elaborado él. Hasta entonces, dijo, se consideraba que las políticas dinerarias y fiscales eran algo que se debía suprimir. El medio para llegar a este fin era la inflación deliberada.[54]

Los estudiosos de la historia de la economía llevaban mucho tiempo advirtiendo de que el dinero era un elemento indispensable de toda actividad económica, y no solo en su forma «capitalista». En palabras de Max Weber:

> De nada sirve dar por hecho que ya se ideará algún tipo de sistema contable si se aborda con arrojo la cuestión de la economía no monetaria. Este es el problema elemental de toda «socialización completa». No se puede hablar de «economía planificada» racional cuando en este momento decisivo no existe ninguna manera racional de establecer un plan.[191*]

Más cerca de casa, Piotr Struve había demostrado tanto antes como después de la revolución que, dado que toda actividad económica consistía por definición en buscar el máximo beneficio al menor coste posible, se necesitaba una unidad de contabilidad, o una moneda, sin importar qué

nombre o forma se le diese. El dinero no podía eliminarse; cuando los gobiernos intentaban despojar al dinero de su utilidad, lo único que conseguían era dividir el mercado (que quedaba en parte regulado y en parte libre).[55]

Los bolcheviques entendieron ahora la verdad que contenían tales afirmaciones. El obstáculo que los partidarios de la economía no monetaria no previeron y que terminó por truncar su empeño fue su incapacidad de aportar un método para liquidar las cuentas de las empresas nacionalizadas y otras instituciones estatales. Un decreto del 30 de agosto de 1918[56] instaba a las agencias soviéticas a depositar sus activos monetarios, salvo los que hicieran falta para cubrir los gastos inmediatos, en el Banco Popular. Debían confiarles sus productos a las agencias correspondientes (*glavki*) del Consejo Supremo de Economía Nacional (del que se hablará más adelante) para recibir, a cambio, equipamiento y materias primas. Aun así, este procedimiento no pareció funcionar, ya que al año siguiente se aprobaron nuevos decretos que especificaban con enrevesado detalle cómo llevar una contabilidad no monetaria de las transacciones ejecutadas tanto entre empresas nacionalizadas como entre estas y las agencias estatales.[57] Osinski manifestó que los funcionarios gubernamentales rechazaron y eludieron desde el principio los decretos que regulaban las relaciones financieras entre las instituciones soviéticas y las empresas; se negaba a admitir que el sistema no era viable.[58]

Ni él ni sus demás compañeros exaltados se inmutaron. En febrero de 1920, Larin y sus colaboradores bosquejaron una resolución para el siguiente Congreso de los Sóviets con la que el dinero quedaba suprimido de forma oficial. Lenin se mostró de acuerdo en un primer momento, pero quería debatir sobre la cuestión en profundidad.[59] Un año más tarde

(3 de febrero de 1921) estaba a punto de admitirse un decreto con el que, de haber llegado a aplicarse, se habrían eliminado los impuestos por primera vez en la historia.[60] Nunca fue aprobado, de todas maneras, porque al mes siguiente, con la introducción de la Nueva Política Económica, el gobierno, si bien no dejaba de producir dinero cada vez con mayor celeridad, decidió retomar la vía de la responsabilidad fiscal.

Como se ha comentado anteriormente, después de tomar el poder en Petrogrado, Lenin no tenía ninguna intención de expropiar la riqueza industrial de Rusia. Pese a su acusada tendencia a simplificar en exceso las complejidades administrativas de la economía industrial, era lo bastante realista para comprender que un partido de revolucionarios profesionales jamás podría gestionarla sin ayuda. Aunque las presiones políticas lo habían obligado a renunciar a su sueño de un «capitalismo de Estado», siguió creyendo que la economía nacional requería de la disciplina de un plan fundamental. En marzo de 1918 habló de las tareas a las que se enfrentaba el gobierno.

> La organización de la contabilidad, el control de las grandes empresas, la transformación de la totalidad del aparato económico del Estado en una única y gran máquina, en un órgano económico que funcionará de tal manera que cientos de millones de personas podrán guiarse conforme a un solo plan.[61]

Trotski estaba de acuerdo.

> La organización socialista de la economía comienza con la supresión del mercado, lo cual supone la supresión del mecanismo regulador, es decir, la libertad con que actúan las leyes de la oferta y la demanda. El resultado lógico, es decir, que la producción se regule según las necesidades de la sociedad, se ha de conseguir por medio de *la cohesión del plan económico*, lo cual, en principio, abarca todas las ramas de la producción.[62]

A petición de Lenin, Larin bosquejó el proyecto de una agencia central de administración y planificación con la que controlar la economía de Rusia. Después de algunas revisiones, se aplicó como decreto el 2 de diciembre de 1917,

con lo que se estableció un Consejo Supremo de Economía Nacional (Visshyi Soviet Narodnogo Joziaistva, o VSNJ).[63] Esta institución, que en 1921 pasaría a llamarse Comité Estatal de Planificación, ejercería el mismo tipo de monopolio con respecto a la economía del país (al menos en teoría) que el que ejercía el Partido Comunista en el ámbito de la política. Decimos «en teoría» porque a la luz de la existencia del sector agrícola privado y del creciente mercado negro de bienes, el VSNJ nunca llegó a controlar ni de lejos la economía de Rusia soviética. En dependencia directa del Sovnarkom, en principio tenía el cometido de «organizar la economía nacional y las finanzas del Estado». Debía trazarse y aplicarse un plan general, para lo cual el organismo recibió la autorización de nacionalizar y sindicar todos los sectores de la producción, de la distribución y de la economía. Según Trotski, el objetivo inicial era convertir los comisariados de Abastecimiento, de Agricultura, de Transporte, de Finanzas y de Comercio Exterior en ramas del Consejo Supremo de Economía.[64] El consejo se encargaría, además, de las secciones económicas de los sóviets provinciales, y donde no las hubiera, instalaría sucursales. En teoría, el Consejo Supremo de Economía pretendía adaptar a las condiciones de una economía socialista el concepto de Hilferding de «Cártel General».[65] En la práctica, no obstante, terminó siendo algo mucho más modesto.

Lenin le confió la dirección del consejo a Alexéi Ríkov, a quien un conocido describió como «un bondadoso intelectual ruso», al estilo de los «afables médicos de provincia de antaño». Para otros parecía «un agrónomo o un estadístico de un *zemstvo* provincial».[66] Sin duda, carecía de la personalidad y la experiencia requeridas para reconstruir la economía rusa desde los cimientos.[67] Hijo de campesinos,

recibió una educación básica, tras lo cual se dedicó a colaborar como revolucionario a tiempo completo para Lenin, por quien profesaba una gran devoción. Desaliñado y a menudo desaseado, hablaba poco y despacio, hábito que lo revistió de cierto halo de solemnidad, aunque, al final, cada vez que debía tomar una decisión, se sentía incapaz. Su carencia de dotes administrativas convirtió su cometido, arduo ya de por sí, en una quimera.

El verdadero motor que impulsaba al Consejo Supremo de Economía («El san Justo de la economía rusa») era Yuri Larin. Aunque poco conocido incluso entre los especialistas, este minusválido, medio paralítico, que siempre padecía algún dolor, se llevó el mérito de un logro histórico único; desde luego, nadie más podía presumir de haber hundido la economía nacional de una gran potencia en treinta meses escasos. Ejercía una gran influencia sobre Lenin, quien durante los dos primeros años y medio de su dictadura lo escuchó con más atención que a ningún otro consejero de economía. Larin siempre estaba listo para ofrecer una solución pronta y radical ante los problemas más complejos, con lo que se labró una reputación de «mago» de las finanzas. Su despacho, ubicado en una suite del hotel Metropole, se convirtió en un lugar de peregrinación para multitud de rusos que se presentaban con los planes económicos más imaginativos; lejos de descartar ninguno de inmediato, muchos de ellos se tuvieron en cuenta y, de hecho, algunos llegaron a adoptarse. Fue en 1920 cuando Lenin quedó desencantado con sus consejos y decidió expulsarlo del presídium del Consejo Supremo de Economía, que hasta entonces había dominado con la fuerza de sus ideas y de su personalidad.[192*]

Nacido en 1882 en Crimea bajo el nombre de Mijaíl

Alexándrovich Lure, en el seno de una familia judía de la *intelligentsia*, Larin pasó su infancia en lo que él mismo describía como «un clima de oposición».[68] Con dieciocho años se unió a una organización radical y a partir de ahí empezó a llevar la vida del clásico revolucionario ruso, alternando entre las tareas clandestinas, la organización de sindicatos ilegales de obreros y pasando alguna que otra temporada en prisión y en el exilio. En el ámbito político, se puso del lado de los mencheviques. No tenía estudios superiores; sus conocimientos de economía los adquirió sobre todo leyendo periódicos, gruesas revistas y propaganda radical. Durante la guerra se centró en el periodismo y desde Estocolmo envió varios informes para el periódico liberal *Russkiye Vedomosti* que trataban sobre las operaciones internas de Alemania. Sus artículos, ampliamente difundidos y presentados en forma de libro tras la revolución, ponían de manifiesto su fascinación por el socialismo de guerra alemán.[69] Durante la primavera de 1917 trabajó en el Sóviet de Petrogrado y en septiembre se unió a los bolcheviques.[70] Los primeros meses de la dictadura bolchevique los dedicó a bosquejar y, en ocasiones, incluso a promulgar un número considerable de decretos fundamentales. Debido en gran parte a su labor, la Rusia soviética pudo fundar el Consejo Supremo de Economía, iniciar la planificación económica, incumplir el pago de la deuda externa, nacionalizar la industria y, a todos los efectos, eliminar el dinero.[img 92]

El Consejo Supremo de Economía atrajo a los intelectuales no bolcheviques, en su mayoría mencheviques y expertos independientes, porque el trabajo que ofrecía no requería implicación política y permitía que los oponentes del régimen sintieran que estaban sirviendo al pueblo. En muy poco tiempo creció hasta transformarse en una enorme hidra burocrática cuya sede central estaba ubicada en Moscú, en un

edificio extenso de la calle Miasnitskaya que en el pasado fue un hotel de segunda clase, distribuidas sus múltiples cabezas a lo largo y ancho del país. Diez meses después de su fundación (septiembre de 1918), daba trabajo a 6.000 funcionarios, a los que retribuía con una paga diaria de 200.000 rublos.[71] Ni la plantilla ni su sueldo habrían sido excesivos si el Consejo Supremo de Economía hubiera cumplido su función, a saber, dirigir la economía del país. En realidad, no obstante, se dedicaba sobre todo a dar instrucciones que nadie atendía y a constituir órganos burocráticos que nadie necesitaba.

El Consejo Supremo de Economía nunca llegó a cumplir, ni siquiera en parte, su propósito de «organizar la economía nacional y las finanzas del Estado», aunque solo fuese por el inmenso porcentaje del sector privado que se mantuvo fuera de su alcance. Ni siquiera asumió la tarea de distribuir alimentos y productos de consumo, ya que tuvo que dejarla en manos del Comisariado de Abastecimiento. En realidad, el Consejo Supremo de Economía se convirtió en la agencia más importante de las que administraban (o, mejor dicho, de las que intentaban administrar) la industria nacionalizada de la Rusia soviética; es decir, pasó a ser el Comisariado de Industria, aunque operase bajo otro nombre.

Los bolcheviques empezaron a nacionalizar las actividades industriales poco después de octubre. En muchos casos se adueñaban de las plantas con el pretexto de que los propietarios y los capataces habían incurrido en una tentativa de sabotaje; estos incidentes quedaban después en manos de los comités de fábrica. En ocasiones (esto les ocurría a las fábricas textiles del anterior ministro del Gobierno Provisional, A. I. Konoválov), la expropiación era motivada por una venganza política. Los propietarios de las empresas nacionalizadas no recibían ninguna compensación. Esta fase

de nacionalización, espontánea y desorganizada, culminó en diciembre de 1917 con la expropiación de la fábrica Putílov. La mayor parte de las expropiaciones eran dictadas por las autoridades locales (primero los soviéticos y después las sucursales regionales del Consejo Supremo de Economía) por iniciativa propia y no por órdenes del gobierno. Según una encuesta elaborada en agosto de 1918, de las 567 empresas que habían sido nacionalizadas y de las 214 que habían sido intervenidas, solo una de cada cinco había sido expropiada por órdenes directas de Moscú.[72]

La nacionalización sistemática de la industria rusa se puso en marcha con el decreto del 28 de junio de 1918.[73] Su impulsor fue Larin. Tras asistir a las negociaciones comerciales en Berlín, concluyó que los empresarios alemanes pretendían adueñarse de las principales compañías de Rusia. En el Tratado de Brest-Litovsk, los bolcheviques habían accedido a eximir a los ciudadanos y las empresas pertenecientes a las Potencias Centrales de las leyes económicas soviéticas, lo que les permitía poseer propiedades y desarrollar actividades empresariales en territorio ruso. Los dueños de las propiedades nacionalizadas habrían de recibir una justa compensación (esta disposición posibilitaba que los rusos les vendieran sus empresas a los alemanes, quienes podían, o bien asumir el control de las mismas, o bien solicitar una compensación). Larin convenció a Lenin de que solo una política agresiva de nacionalización podría impedir que los alemanes se convirtieran en los amos de la industria rusa.[74] Si Lenin titubeó fue por temor a la reacción de los alemanes; sabemos por Larin que a muchos bolcheviques les preocupaba que esta medida provocase que los alemanes rompieran las relaciones diplomáticas y emprendieran una «cruzada» antibolchevique. Al final se demostró que sus miedos eran infundados; si bien tacharon la estrategia de

«desleal», «[los alemanes] no obstante, aceptaron el proceso de nacionalización de toda la industria [soviética] y no iniciaron ninguna guerra por ello».[75] Esto fue debido a que a los alemanes se les prometió una compensación íntegra por la nacionalización de sus activos, mientras que no se entregó ninguna por los intereses de los Aliados.

El decreto del 28 de junio ordenaba la nacionalización, sin recompensa, de todas las empresas y ferrocarriles industriales que acumulasen un capital de un millón de rublos o más y fuesen propiedad de corporaciones o sociedades. Las cooperativas quedaban exentas. Los equipos y demás bienes de los negocios nacionalizados pasaron a manos del Estado. A los capataces se les ordenó que siguieran ocupando sus cargos, so pena de severos castigos.

En adelante, el proceso de nacionalización prosiguió a un ritmo más acelerado. En el otoño de 1920, el Consejo Supremo de Economía estaba supuestamente al cargo de 37.226 empresas, que en conjunto sumaban un total de 2 millones de obreros; el 13,9 por ciento de las empresas nacionalizadas tenía un único empleado y casi la mitad carecía por completo de maquinaria. En realidad, sin embargo, el consejo no administraba más que una pequeña fracción de todos estos negocios (4.547, según una autoridad), siendo el resto propiedad del Estado solo en teoría.[76] En noviembre de 1920, el gobierno promulgó un decreto adicional concebido para nacionalizar la mayor parte de las pequeñas empresas.[77] Sobre el papel, a principios de 1921, el gobierno poseía y administraba casi todas las instalaciones manufactureras de Rusia, desde los talleres con un único empleado hasta las fábricas más inmensas; pero en la práctica solo controlaba una mínima parte y administraba todavía menos.[193*]

El Consejo Supremo de Economía (la «empresa de las empresas», como lo llamaban algunos)[78] desarrolló una complejísima maquinaria burocrática, encabezada por un presídium. Se subdividía en agencias organizadas verticalmente (por función) y horizontalmente (por territorio). Las organizaciones verticales eran entidades llamadas, o bien *glavki*, o bien *tsentri*. Sumaban cuarenta y dos a finales de 1920, cada una de las cuales era responsable de una rama de la producción industrial y estaba dirigida por un consejo. Se ponían acrónimos melodiosos, como Glavlak, Glavsol o Glavbum, para el sector de la pintura, de la sal y del papel, respectivamente.[79] Larin, que desempeñó un papel crucial durante la planificación de la estructura y las operaciones del consejo, admitiría más adelante que había adoptado las ideas del extranjero («Cogí las *Kriegsgesellschaften* alemanas, las traduje al ruso, las imbuí del espíritu obrero y las difundí con el nombre de *glavki*»).[80] Aparte de las *glavki*, el Consejo Supremo de Economía contaba con una red de sucursales provinciales, que ascendían a casi 1.400 en 1920.[81] El organigrama del consejo semejaba un mapa celeste en el que el presídium representaba el sol y las *glavki*, las *tsentri* y las agencias regionales, los planetas con sus lunas.[82]

En el extranjero, esta gigantesca empresa de «construcción socialista» causó una fuerte impresión. La propaganda soviética difundida en Occidente hablaba maravillas de la «racionalización» de la industria rusa bajo la mirada benévola de un gobierno que lo veía todo, aunque se centraba en las intenciones más que en los resultados. Los gráficos y las tablas que representaban la regulación de la industria rusa suscitaron la admiración de muchos occidentales que intentaban salir adelante pese al caos de la posguerra. Así y

todo, en Rusia, las páginas de los periódicos y las revistas, así como los informes sobre los congresos del partido, pintaban un panorama muy distinto. Las declaraciones sobre la organización económica resultaron ser una patraña; aún en 1921, Trotski confirmó que no existía ningún plan general de economía y que, en el mejor de los casos, se había completado entre el 5 y el 10 por ciento del proceso de «centralización».[83] Un artículo publicado en *Pravda* a finales de 1920 lo admitía sin ambages: «*Joziaistvennogo plana net* («No hay plan de economía»).[84] Las *glavki* del consejo apenas se hacían una idea de las condiciones en las que se hallaban las industrias de las que eran responsables.

> Ninguna *glavka* y ninguna *tsentr* dispone de datos adecuados y exhaustivos que le permitan iniciar una regulación legítima de la industria y la producción del país. Decenas de organizaciones desempeñan un trabajo paralelo e idéntico de recogida de información similar, a consecuencia de lo cual recaban datos totalmente dispares. […] La contabilidad se realiza de forma errónea, y en ocasiones hasta el 80 y el 90 por ciento de los artículos inventariados escapan al control de la organización pertinente. Los artículos que no se registran se convierten en objeto de una especulación salvaje y desatada, de tal modo que pasan de mano en mano una y otra vez antes de llegar al consumidor.[85]

En cuanto a las sucursales regionales del consejo, se decía que se encontraban en permanente fricción con el cuartel general de Moscú.[86]

En resumen, las afirmaciones de la época retratan el consejo como una monstruosa maraña burocrática que se dedicaba a entrometerse en lugar de administrar, y cuya función principal consistía en garantizarles el sustento a miles de intelectuales. A principios de 1920, las ramas regionales del consejo y los departamentos de economía de los sóviets provinciales daban empleo a casi 25.000 personas,[87] en su mayor parte miembros de la *intelligentsia*. Un claro ejemplo de esta elefantiasis burocrática es el Fondo del Benceno (Glavanil), que tenía en nómina a 50 funcionarios que

supervisaban una planta donde trabajaban 150 obreros.[194*] Uno de los funcionarios del Consejo Supremo de Economía elaboró una colorida descripción de los miembros que lo componían. Merece la pena citarla aquí ya que recoge una situación que no era desconocida en otras agencias del gobierno comunista.

> Los puestos inferiores estaban ocupados sobre todo por hordas de muchachas y caballeros que antes habían sido contables, dependientes, oficinistas, o alumnos de la universidad, o de la escuela secundaria, o «externos». A este ejército de jóvenes le atraía el servicio por el salario relativamente elevado que ofrecía y el escaso trabajo que se les exigía. Se pasaban días enteros holgazaneando en los laberínticos pasillos del inmenso edificio; coqueteaban, salían corriendo a comprar *halvah* y nueces para llevarlas a la porra de la oficina, se repartían las entradas para el teatro o las conservas de carne que alguno de ellos se había agenciado y, para hacer más llevadero su trabajo, siempre andaban maldiciendo a los bolcheviques. […]
>
> La siguiente categoría [de empleados] más numerosa la componían los antiguos funcionarios de los ministros zaristas. Al unirse al servicio soviético se veían motivados, o bien por una necesidad material, o bien, y no menos a menudo, por el sueño del trabajo al que estaban habituados, al que habían dedicado más de una década de su vida. Había que ver la pasión con que se entregaban a los documentos entrantes y salientes, a los memorandos, a los informes y demás trámites de secretaría, para entender que les resultaba más difícil vivir fuera de este mundo de papeleo que apañárselas sin pan ni zapatos. Esta gente se entregaba al máximo; eran los primeros en llegar y los últimos en marcharse, se pasaban el día pegados a la silla, como si estuvieran encadenados. Pero tal vez precisamente porque se afanaban tanto su trabajo era de lo más absurdo, ya que el desorden y la impulsividad de la cúpula confundía los documentos entrantes y los memorandos que ellos preparaban con tanta dedicación. […]
>
> Por último, la mayoría no comunista de funcionarios intermedios y un sector de altos cargos integrado por una variada élite intelectual. Aquí había, por así decirlo, personas soñadoras para quienes servir en una de las ciudadelas del enemigo suponía una aventura de alto riesgo. Había gente sin principios, por completo indiferente a todo salvo a su propio bienestar. Había personajes anodinos y sombríos que pretendían vincularse al caos de los bolcheviques para, amparados en la oscuridad y la confusión de estos, poder afanar cuanto pudieran. Había también gente de otro tipo, los especialistas que esperaban poder rescatar el trabajo que tanto apreciaban, y los que, como yo, se habían unido con el propósito de «suavizar el régimen». [88]

Hasta aquí llegaba el sueño de Lenin, «convertir la totalidad del mecanismo económico estatal en una gran máquina única» que funcionase conforme a un «único plan».

A los bolcheviques les fue un poco mejor a la hora de sofocar la anarquía administrativa que siguió a la implantación del control obrero. Las políticas sindicalistas del régimen, justo antes y después de octubre de 1917, fueron un aparato con el que alejar a los trabajadores de los mencheviques; esto ayudó a que los bolcheviques obtuvieran la mayoría en los comités de fábrica. Tras la firma de Brest, se decidió retomar los métodos tradicionales de administración industrial individual mediante la actuación de «especialistas burgueses». Trotski se pronunció al respecto en marzo y Lenin en mayo de 1918.[89] De hecho, muchos de los anteriores propietarios y administradores nunca llegaron a dejar sus puestos, y según estipulaba el Decreto de Nacionalización del 28 de junio de 1918, se les prohibió que lo hicieran. El Consejo Supremo de Economía también estaba lleno de este tipo de miembros. En el otoño de 1919, un visitante de Siberia observó que a la cabeza de muchas de las *tsentri* y *glavki* de Moscú

> había antiguos patrones y funcionarios con puestos de responsabilidad y administradores de negocios, de forma que al visitante desprevenido […] que estuviera relacionado personalmente con el antiguo mundo comercial e industrial le sorprendería ver a antiguos propietarios de grandes fábricas de cuero integrados en el Glavkozh [el sindicato del cuero], en las grandes manufacturas de la organización textil central, etcétera.[90]

Así y todo, la insistencia de Lenin y Trotski en la necesidad de poner las habilidades de los «especialistas burgueses» al servicio de la causa socialista se encontró con la oposición de los comunistas de izquierdas, los representantes de los sindicatos y los comités de fábrica. Molestos con el poder y los privilegios de los que disfrutaban los miembros de la antigua élite capitalista en las industrias soviéticas en virtud

de su experiencia, comenzaron a acosarlos e intimidarlos.[91]

Hasta el final de la guerra civil, al gobierno le costó mucho que se aplicara el principio de la administración personal. En 1919, solo el 10,8 por ciento de las actividades industriales contaban con administradores individuales. Pero de 1920 a 1921 Moscú retomó la campaña con determinación, de manera que a finales de 1921, el 90,7 por ciento de las fábricas rusas estaban dirigidas de este modo.[92] El debate que defendía la administración «colegial», sin embargo, no terminó ahí; sus defensores afirmaban que la administración individual apartaba a los obreros del régimen y permitía que los capitalistas mantuvieran el control de las plantas expropiadas con el pretexto de que servían al Estado.[93] La llamada Oposición Obrera no tardaría mucho en elevar este debate a categoría nacional.

El objetivo estrictamente económico de las políticas industriales soviéticas del comunismo de guerra consistía, por supuesto, en aumentar la productividad. Las estadísticas, no obstante, demuestran que el efecto de dichas políticas fue precisamente el opuesto. Bajo la administración comunista, la productividad industrial no solo se redujo, sino que empezó a hundirse a un ritmo que, de prolongarse, a mediados de la década de 1920 no quedaría ningún tipo de industria en la Rusia soviética. Existen varios indicativos de este fenómeno.

I. PRODUCCIÓN INDUSTRIAL GENERAL A GRAN ESCALA[195*]

1913	100
1917	77
1919	26
1920	18

II. SUMINISTRO DE PRODUCTOS INDUSTRIALES SELECTOS EN 1920[94] (1913 = 100)

Carbón	27,0
Hierro	2,4
Hilado de algodón	5,1
Petróleo	42,7

III. PRODUCTIVIDAD DE LA MANO DE OBRA RUSA (en rublos constantes)[95]

1913	100
1917	85
1918	44
1919	22
1920	26

IV. NÚMERO DE OBREROS INDUSTRIALES EMPLEADOS[196*]

1918	100
1919	82
1920	77
1921	49

En resumen, con el comunismo de guerra el proletariado ruso se redujo a la mitad, el suministro industrial a tres cuartas partes y la productividad industrial en un 70 por ciento. En 1921, ante este panorama desolador, Lenin

exclamó: «¿Qué es el proletariado? Es la clase que ocupa la industria a gran escala. ¿Y dónde está la industria a gran escala? ¿Qué tipo de proletariado es este? ¿Dónde está vuestra [¡sic!] industria? ¿Por qué está detenida?».[96] La respuesta a estas preguntas retóricas era que los programas utópicos, que Lenin había aprobado, prácticamente habían destruido la industria rusa y diezmado a la clase obrera del país. Pero durante esta época de desindustrialización los gastos que acarreaba el mantenimiento de la burocracia que se ocupaba de la economía crecieron a pasos agigantados; así, en 1921 absorbían el 75,1 por ciento del presupuesto. En cuanto al personal del Consejo Supremo de Economía, que organizaba la industria de Rusia, se multiplicó por cien durante este período.[197*]

El descenso de la producción agrícola fue menos drástico, aunque debido al escaso margen del excedente alimentario, el efecto que tuvo en la población fue aún más devastador.

El gobierno bolchevique trataba al campesinado como si de un enemigo de su clase se tratara, por lo que no dejaba de combatirlo con unidades del Ejército Rojo y con destacamentos de matones armados. El programa de 1918, consistente en acabar con el comercio privado de productos agrícolas, hubo de ser modificado a la luz de la feroz respuesta de los campesinos. En 1919 y 1920, el gobierno obtenía alimentos de ellos sirviéndose de distintos medios, por ejemplo, entregas forzosas, trueque de comestibles a cambio de productos manufacturados y compras a precios un tanto más razonables. En 1919 se permitía vender cantidades muy limitadas de comestibles en el mercado libre. Los productos lácteos, la carne, la fruta, la mayor parte de las verduras y los comestibles obtenidos de plantas silvestres quedaron exentos, en un principio, del control del Estado, aunque más tarde

también quedarían sometidos a su regulación.

Mediante una mezcla de coacciones e incentivos, el gobierno, de alguna manera, consiguió alimentar a la población de las ciudades y de los núcleos industriales, por no hablar del Ejército Rojo. Así y todo, el futuro se intuía aciago, ya que el campesinado, que no tenía ningún aliciente para trabajar más allá de la mera subsistencia, siguió reduciendo la superficie cultivada. En las provincias recolectoras de trigo, entre 1913 y 1920 el área de cultivo se redujo un 12,5 por ciento.[97] La reducción de la superficie sembrada, sin embargo, no explica del todo el descenso de la producción de cereales. En primer lugar, puesto que los campesinos, o bien consumían, o bien almacenaban las tres cuartas partes de las cosechas para obtener semillas, un descenso del 12,5 por ciento en la extensión de la superficie sembrada significaba que el terreno cultivable en el que producir un excedente de trigo para la población no rural se había reducido a la mitad. En segundo lugar, el rendimiento continuó menguando al tiempo que la superficie sembrada se encogía, debido en gran parte a la escasez de caballos de tiro, de los cuales una cuarta parte había sido requisada por las fuerzas armadas. En 1920, el rendimiento por cada media hectárea era de solo el 70 por ciento del obtenido antes de la guerra.[98] Con una reducción del 12,5 por ciento en la extensión cultivable y un descenso del 30 por ciento del rendimiento, el suministro de trigo era de solo el 60 por ciento de la cantidad previa a la guerra. Las estadísticas aportadas por un economista comunista muestran cómo era la situación en realidad.

PRODUCCIÓN DE CEREALES EN RUSIA CENTRAL[99] (en millones de toneladas)

1913	78,2

1917	69,1
1920	48,2

Bastaba con una racha de mal tiempo para que la cosecha se perdiera y la población pasase hambre. Debido a la administración comunista, no había excedente, lo que impediría afrontar las consecuencias de una mala cosecha. Esta posibilidad se convirtió prácticamente en una realidad en el otoño de 1920, cuando los periódicos comunistas empezaron a avisar de que acechaba un nuevo «enemigo», *zasuja*, la sequía.[100]

La verdadera hambruna, que ni en Rusia ni en el resto de Europa había llegado nunca a golpear tan fuerte como en Asia, y que provocaba la muerte de millones de personas, se vislumbraba en el horizonte. Por el momento se padecía hambre, se vivía en un permanente estado de desnutrición que arrebataba las energías, la capacidad de trabajar, la misma voluntad de vivir. Un importante economista bolchevique, en un análisis del descenso de la productividad industrial que realizó en 1920, lo atribuyó sobre todo a la escasez de alimentos. Según sus cálculos, entre 1908 y 1916 los obreros rusos consumieron una media de 3.820 calorías al día, mientras que en 1919 la ingesta se había reducido a 2.680 calorías, una cantidad insuficiente para realizar trabajos físicos pesados.[101] Esta reducción del 30 por ciento en la ingesta calórica, en su opinión, era la principal causa de que la productividad por obrero hubiese descendido en un 40 por ciento en las ciudades grandes. Huelga decir que este juicio era una exagerada simplificación de las circunstancias, si bien señalaba la existencia de un problema muy real. Otro experto comunista estimaba que, conforme al criterio anterior a la revolución, según el cual un consumo anual de pan de 180 a

200 kilos era un indicador del hambre de la población, los obreros soviéticos de las regiones del norte, con un consumo de 134 kilos entre 1919 y 1920, se estaban muriendo de hambre.[102] Si llegados a este punto los habitantes de las ciudades rusas no se desplomaron de pura inanición fue solo porque dio la casualidad de que, cuando estaba a punto de producirse esta situación, los bolcheviques ganaron la guerra civil, victoria con la que reconquistaron Siberia, así como el Cáucaso septentrional y Ucrania, donde, bajo un gobierno no comunista, existían cuantiosas reservas de trigo.

En palabras de Trotski, «la organización socialista de la economía comienza por la supresión del mercado». En realidad, para los marxistas, el mercado, la plaza donde se intercambian bienes, es el corazón de la economía capitalista, del mismo modo que el dinero es la sangre que lo hace latir. Sin él, el capitalismo no puede funcionar. Detener el libre intercambio de productos y servicios, por tanto, era uno de los objetivos principales de la política de economía bolchevique. La nacionalización del mercado y la centralización de la distribución no eran, como a menudo se afirma de forma errónea, la respuesta a las escaseces causadas por la revolución y la guerra civil, sino medidas contundentes que se tomaron para combatir al enemigo capitalista y que eran las causantes de dichas escaseces.

Los bolcheviques se tomaron muchas molestias para suprimir el libre intercambio de bienes. El programa del partido de 1919 explicaba sus intenciones en detalle:

> En el ámbito de la distribución, la tarea de la autoridad soviética en estos momentos consiste en llevar a cabo con denuedo la sustitución del comercio por un sistema de distribución de productos planificado y gestionado a escala nacional. El objetivo es organizar la totalidad de la población en una única red de comunas de consumidores mediante la cual será posible, con suma rapidez, de manera planificada y económica y sin necesidad de realizar una inversión excesiva en mano de obra, distribuir todos los productos

necesarios, centralizando estrictamente el aparato de distribución al completo.[103]

Los bolcheviques intentaron cumplir este objetivo de todas las formas posibles, entre las cuales se incluían la confiscación de los medios de producción de bienes que no fuesen comestibles, la requisición forzosa de alimentos y otros productos, la monopolización del mercado y la supresión del dinero como medio de intercambio. Los bienes se distribuían entre la población por medio de cartillas de racionamiento, al principio (1918-1919) por un precio simbólico y más tarde (1920) sin coste alguno. Las viviendas, los servicios, el transporte, la educación y el ocio también se retiraron del mercado y se pusieron a disposición de la población de forma gratuita.

Mientras que la producción de bienes industriales pasó a manos del Consejo Supremo de Economía, la responsabilidad de la distribución de productos de consumo le fue asignada al Comisariado de Abastecimiento (Kommissariat po Prodovolstviu), otro imperio burocrático dotado de su propio abanico de *glavki* y de una red de distribución de agencias. Su dirigente, Alexánder Tsiurupa, contaba con escasa experiencia profesional, tras haber trabajado antes de 1917 como administrador de una inmobiliaria. Su labor era una operación muy costosa. La Komprod, como era conocida comúnmente, se dedicaba sobre todo a recibir y distribuir los alimentos que el gobierno compraba, trocaba o requisaba por la fuerza. Asimismo, en principio también debía recibir para su trueque bienes de consumo procedentes de las actividades industriales nacionalizadas y de las empresas locales. En cuanto a la distribución, dependía hasta cierto punto de su propia red de almacenes dirigidos por el Estado, pero principalmente de las cooperativas de consumidores que habían surgido antes de la revolución y que los bolcheviques,

con cierta reticencia, mantuvieron después de retirar a los socialistas revolucionarios y a los mencheviques de sus puestos directivos.[104] En la primavera de 1919, estas cooperativas fueron nacionalizadas. El decreto del 16 de marzo de 1919[105] dictaminaba que se creasen en todas las ciudades y en todos los núcleos rurales «comunas de consumidores (*potrebitelskiye kommuni*)», a las que todos los habitantes de un área determinada debían unirse sin excepción. Las comunas, en principio, debían facilitar alimentos y otros artículos esenciales al presentar la correspondiente cartilla de racionamiento. Estas cartillas se clasificaban en distintas categorías, las más generosas de las cuales les eran entregadas a los trabajadores de la industria pesada; los burgueses recibían como mucho una cuarta parte de la ración de un obrero, aunque, a menudo, no obtenían nada en absoluto.[106][198*] El sistema propiciaba todo tipo de maltratos y abusos; por ejemplo, en Petrogrado, en 1918 el número de cartillas de racionamiento que se emitió superaba en una cuarta parte a la población total, y en 1920 el Comisariado de Abastecimiento distribuyó cartillas de racionamiento para 21,9 millones de ciudadanos de zonas urbanas cuando su número en realidad era solo de 12,3 millones.[107]

En palabras de Milton Friedman, cuanto más importante era una teoría sobre economía, «menos realistas eran los supuestos». El experimento de los soviéticos en su intento de nacionalizar el comercio corroboraba sobradamente esta afirmación. Las medidas que se promulgaron durante el comunismo de guerra, en lugar de suprimir el mercado, lo dividieron en dos; entre 1918 y 1920, Rusia tuvo un sector estatal, que distribuía bienes por medio de cartillas de racionamiento a precios fijos o libres de cargos, y, al mismo tiempo, un sector privado ilícito, que se adaptaba a las leyes

de la oferta y la demanda. Para sorpresa de los teóricos bolcheviques, cuanto más se expandía el sector nacionalizado, más se imponía lo que un economista bolchevique llamaba «su sombra inamovible», el sector libre. En realidad, el sector privado se nutría del estatal, por la sencilla razón de que una gran parte de los bienes de consumo que los obreros compraban a un precio simbólico o que obtenían gratis en los almacenes del Estado o en las comunas de consumidores terminaba llegando al mercado negro.[108]

El gobierno inauguró varios servicios públicos gratuitos en octubre de 1920 con una ley que eximía a las instituciones soviéticas de pagar por el uso del telégrafo, del teléfono y de los servicios postales; al año siguiente se ofrecieron estos servicios de forma gratuita a todos los ciudadanos. Durante aquellos días, los empleados del gobierno recibían gratis todo cuanto necesitaban. En enero de 1921, los ocupantes de las viviendas nacionalizadas y municipalizadas fueron eximidos del pago de las rentas.[109] Se estima que en el invierno de 1920-1921, la Komprod había asumido la responsabilidad de satisfacer, prácticamente sin ningún coste, las necesidades básicas de 38 millones de personas.[110]

Claro está, tanta magnanimidad solo sería factible de forma temporal, mientras el régimen bolchevique pudiera permitirse gastar el capital que había heredado del zarismo. Pudo prescindir de la recaudación de rentas porque ni construía viviendas ni pagaba su mantenimiento; casi todas las residencias de la Rusia urbana, compuesta por alrededor de medio millón de edificios, habían sido construidas antes de 1917. Durante el apogeo del comunismo de guerra, el gobierno solo construyó y reparó 2.601 edificios en todo el país.[111] El otro factor que posibilitó la política de la libre distribución consistía en obtener alimentos de los campesinos

sin remunerarlos, o mediante una remuneración falsa que se les entregaba en forma de dinero sin valor. Sin duda, ninguna de estas situaciones podía durar para siempre, ya que los edificios se estropeaban con el tiempo y los campesinos se negaban a cultivar un excedente de alimentos.

Mientras tanto, el sector privado empezó a florecer. Ponía en el mercado todos los artículos que pudieran imaginarse, y sobre todo comestibles. La mayor parte de los alimentos consumidos por la población no rural de la Rusia soviética durante el comunismo de guerra no procedía de los canales estatales, sino del mercado libre. En septiembre de 1918, el régimen se vio obligado a permitir que los campesinos trajeran a las ciudades y vendieran a precio de mercado hasta un *pud* y medio (25 kilos) de cereales.[112] Los llamados *polutorapudniki* («vendedores de un *pud* y medio») aportaban la mayor parte del pan y de los productos agrícolas que se consumían en las ciudades. Una estadística soviética que se elaboró en el invierno de 1919-1920 indicaba que los habitantes urbanos solo obtenían un 36 por ciento del pan procedente de los almacenes estatales; el resto procedía, según apuntaba la encuesta de forma elusiva, «de otras fuentes».[113] Se considera que de todos los comestibles que se consumieron en las ciudades rusas durante el invierno de 1919-1920 (cereales, verduras y frutas), a tenor de su valor calórico, el mercado libre aportó entre el 66 y el 80 por ciento. En los distritos rurales, la proporción de víveres proporcionados por las «comunas de consumidores» se quedaba en un mero 11 por ciento.[114]

Un extranjero que visitó Rusia en la primavera de 1920 observó que todas las tiendas o bien estaban cerradas, o bien tenían la entrada tapiada. Aquí y allá aparecía algún pequeño comercio abierto que despachaba ropa, jabón u otros

artículos de consumo. Los puestos de la Narkomprod (Comisariado de Abastecimiento) también eran escasos y distaban mucho los unos de los otros. Así y todo, el comercio callejero ilegal estaba en auge.

> Moscú es una ciudad que está viva. Pero solo en parte vive de los productos racionados y del sueldo ganado. En gran medida, Moscú vive del mercado negro, de forma activa y pasiva. Vende en el mercado negro, compra en el mercado negro, y especula, cada vez más y más. […]
>
> En Moscú todo vale para ganar dinero. Todo se comercia en el mercado negro, lo mismo un alfiler que una vaca. Muebles, diamantes, pasteles blancos, pan, carne, todo se vende en el mercado negro. El Sujarevka de Moscú es un bazar del mercado negro, un almacén del mercado negro. De vez en cuando, la policía organiza redadas, pero esto no sirve para acabar con el mercado negro. Es una hidra que no deja de proliferar, siempre vuelve a aparecer con su maraña de cabezas.
>
> En Moscú hay mercados libres en abundancia, mercados aprobados de forma oficial, complementarios, mercados de productos selectos. Por ejemplo, hay un mercado complementario cerca de la plaza de los Teatros, donde se venden pepinos, pescado, galletas, huevos, verduras de todo tipo. La gente se agolpa a lo largo de un gran paseo. Hay puestos en las aceras, comerciantes que exponen su mercancía en el suelo, comerciantes que susurran sus ofertas al oído de los clientes.
>
> Un pepino cuesta entre 200 y 250 rublos; un huevo, entre 125 y 150. Otros artículos se venden por su precio correspondiente. No parecen grandes cantidades si se convierten a las monedas de Europa occidental o, sobre todo, a dólares. Durante mi estancia en Moscú, los especuladores de la moneda pagaban 1.000 rublos bolcheviques por un dólar. Alguien me dijo que un norteamericano cambió 3.000 dólares por 9 millones de rublos bolcheviques. Está prohibido especular […] pero se especula con la propia moneda. Se obtiene beneficio de todo, así que también del dinero. […]
>
> Este tipo de ganancias, este mercado negro, este enriquecimiento supone un obstáculo para el trabajo. El ansia de beneficiarse inflama el alma de los obreros. Se lucran mientras trabajan, se lucran cuando deberían estar desempeñando su labor.[115]

Muchos vendedores ambulantes eran soldados que habían decidido desprenderse de sus uniformes, lo que explica por qué en esa época había tantos moscovitas que transitaban por las calles con atuendo militar.[116] En las aceras podía verse a señoras respetables que, avergonzadas, vendían las pertenencias personales que conservaban de épocas de mayor

prosperidad.

La «pequeña producción, al insistir con implacable tozudez en los métodos de la economía de bienes», como dijo un economista soviético en referencia a la vitalidad del mercado libre,[117] frustraba todos los intentos del gobierno de monopolizar la distribución. El gobierno se hallaba en una situación absurda en la que la aplicación estricta de las prohibiciones sobre el comercio privado habría provocado que toda la población urbana muriese de hambre. Una publicación soviética de economía admitió con pesadumbre a principios de 1920 que el mercado privado («especulativo») prosperaba a costa y con la ayuda del sistema de abastecimiento del Estado. «Una de las contradicciones más flagrantes de nuestra actual realidad económica», rezaba,

> es el contraste entre el vacío de las tiendas soviéticas con sus letreros («Mercería del Sóviet Moscovita», «Librería», etc.) y la ebullición del comercio en el Sujarevka, en el mercado de Smolensk, en Ojotnyi Riad y en otros núcleos del mercado especulativo. […] [La mercancía de este último] procede en exclusiva de los almacenes de la República Soviética y llega al Sujarevka por cauces criminales.[118] [img 93]

El sector privado cobró tanta fuerza que cuando a principios de 1921 el gobierno afrontó al fin la realidad y renunció (temporalmente) al monopolio del comercio implantado bajo la Nueva Política Económica (NPE), lo único que hizo fue reconocer el *statu quo*. «En cierto modo —escribe Edward Hallett Carr—, la NPE no sirvió más que para sancionar las formas de comercio que habían surgido de manera espontánea, a pesar de los decretos y de las represiones del gobierno, al amparo del comunismo de guerra».[119]

En octubre de 1917, los bolcheviques tomaron el poder en Petrogrado en nombre del proletariado. El Estado soviético fue declarado símbolo de la voluntad de la clase trabajadora y «vanguardia» del orden socialista. Por ello, cabía esperar que

las políticas laborales bolcheviques mejorarían de forma considerable, si no necesariamente la economía, sí al menos la situación social y política de la industria, sobre todo en comparación con la que habían originado los gobiernos burgueses, el imperial y el provisional. No obstante, también en este ámbito los efectos fueron justo los opuestos de los que las intenciones prometían; las condiciones de la clase trabajadora rusa se deterioraron gravemente en todos los sentidos, salvo en el simbólico. En concreto, perdió ahora el derecho a organizarse y manifestarse, por el que tanto había peleado y que tanto necesitaba para defender el trabajo.

Se puede decir, por supuesto, y de hecho ya se ha sugerido, que bajo las circunstancias de la revolución y de la guerra civil a los bolcheviques no les quedaba otra opción que restringir los derechos laborales a fin de mantener la economía en marcha; de manera que para salvar la «revolución proletaria» debían coartar los derechos del proletariado. Desde esta perspectiva, las políticas laborales de los bolcheviques, al igual que el resto de los procedimientos del comunismo de guerra, eran medidas desafortunadas pero inevitables.

El problema de esta perspectiva es que las medidas antilaboristas que se introdujeron cuando el régimen bolchevique luchaba por sobrevivir resultaron ser no solo soluciones temporales, sino la manifestación de toda una filosofía social que la situación hizo posible justificar como medidas de emergencia, aunque siguieran aplicándose cuando dicha emergencia ya había terminado. Los bolcheviques consideraban que el trabajo obligatorio, la abolición del derecho a huelga y la transformación de los sindicatos en agencias estatales eran imprescindibles no solo para conseguir la victoria en la guerra civil, sino también para «construir el comunismo»; por ello mantuvieron las políticas antilaboristas después de haber ganado la guerra civil y pese a

que el régimen ya no corriera peligro.

El concepto de trabajo obligatorio era inherente al marxismo. El artículo 8 del *Manifiesto comunista* de 1848 reivindicaba la «disposición de todos por igual para trabajar. El establecimiento de ejércitos industriales, en especial para la agricultura». Obviamente, en una economía reglamentada, sin un mercado libre de bienes, no tenía sentido mantener la libertad del mercado en los servicios laborales. Trotski, que a menudo se pronunciaba sobre esta cuestión, reforzó el argumento de la economía con el de la psicología, a saber, que el hombre es perezoso por naturaleza y solo se dispone a trabajar ante el miedo a morir de hambre; puesto que el Estado asumió la responsabilidad de alimentar a toda la población, este acicate desapareció y se hizo necesario recurrir a la coacción.[199*] En realidad, Trotski describía el trabajo obligatorio como una característica inherente al socialismo. «Se podría decir que el hombre es una criatura muy holgazana —declaró—. En general, el hombre tiende a eludir el trabajo. […] La única manera de reunir la mano de obra necesaria para desempeñar las tareas económicas es implantar un *servicio de trabajo obligatorio*».[120] Para que los ciudadanos soviéticos no se llevasen a engaño y pensaran que el trabajo obligatorio sería solo una medida temporal, que se revocaría una vez que finalizase la crisis, Trotski les dejó claro que no era así. En marzo de 1920, en el Noveno Congreso del Partido, convocado después de que los Blancos hubieran sido prácticamente derrotados y cuando la guerra civil podía darse por terminada, Trotski habló sin ambages:

> Estamos llevando a cabo el primer intento de la historia de la humanidad de organizar el trabajo a fin de favorecer a la mayoría obrera. Pero esto, desde luego, no significa que se deba eliminar el factor de la obligación. Este no desaparecerá de los anales de la historia. No, la obligación desempeña y seguirá desempeñando un papel fundamental durante un largo período de la historia.[121]

Trotski se expresó con especial franqueza sobre este asunto durante el Tercer Congreso de los Sindicatos, celebrado en abril de 1920. En respuesta a una moción con la que los mencheviques solicitaban la abolición del trabajo obligatorio porque resultaba menos productivo que el trabajo libre, Trotski abogó por la servidumbre.

> Cuando los mencheviques afirman en su resolución que el trabajo obligatorio provoca siempre un descenso de la productividad, sucumben a la ideología burguesa y reniegan de los mismos cimientos de la economía socialista. […] En la era de la servidumbre no era que hubiese un gendarme encima de cada siervo. Había ciertas políticas económicas a las que el campesinado llegó a acostumbrarse, las cuales, en aquel tiempo, consideraba justas, por lo que solo se rebelaba de vez en cuando. […] Dicen que el trabajo obligatorio no es productivo. Esto significa que todo el sistema de la economía socialista está abocado a desmoronarse, porque la única manera de alcanzar el socialismo es la asignación impuesta del conjunto de la mano de obra por parte del núcleo económico, una asignación que se realizará conforme a las necesidades de un plan económico a escala nacional.[122]

En resumen, el trabajo obligatorio no solo era imprescindible para el socialismo, sino que además le resultaba beneficioso. «El trabajo obligatorio de la servidumbre no surgió porque la clase feudal fuese malintencionada, sino que fue un fenómeno progresivo».[123]

La idea de que el obrero había de convertirse en un peón del Estado socialista (es decir, en un esclavo de sí mismo, puesto que en teoría él era el «amo» del Estado), anidada en una teoría marxista que abrazaba la economía centralizada y organizada y en su visión misantrópica de la naturaleza humana, se reforzó aún más con la nula estima que los líderes bolcheviques les profesaban a los obreros rusos. Antes de la revolución, los tenían idealizados, pero al relacionarse con ellos en persona sus ilusiones se desvanecieron en el acto. Mientras que Trotski ensalzaba las virtudes de la servidumbre, Lenin renegaba del proletariado ruso. En el Undécimo Congreso del Partido, celebrado en marzo de

1922, dijo:

> Muy a menudo, cuando dicen «trabajadores», se da por hecho que se refieren al proletariado de las fábricas. Pero nada más lejos de la realidad. En nuestro país, desde los días de la guerra, los que iban a trabajar a las fábricas y a las plantas no eran proletarios en absoluto, sino gente que se refugiaba allí de la guerra. ¿Y se dan ahora las condiciones sociales y económicas que puedan inducir a los verdaderos proletarios a ir a trabajar a las fábricas y las plantas? No es el caso. Esto es así según Marx, pero Marx no escribía sobre Rusia, sino sobre el capitalismo en su conjunto, empezando por el siglo XV. Durante seiscientos años, esto ha tenido validez, pero para la Rusia de hoy no la tiene. Desde luego, quienes acuden a las fábricas no son proletarios, sino toda suerte de individuos desinteresados.[124]

Algunos bolcheviques se tomaron muy a pecho las implicaciones de esta asombrosa afirmación, ya que Lenin estaba diciendo nada menos que la Revolución de Octubre no había sido llevada a cabo por ni para los proletarios. Solo Shliápnikov se atrevió a señalarlo («Vladímir Ilich dijo ayer que el proletariado, entendido en el sentido en que Marx lo concebía, no existe. […] Permítanme felicitarlos por ser la vanguardia de una clase inexistente»).[125]

Con esta visión que Lenin y Trotski tenían de la naturaleza humana en general y del trabajo ruso en particular, no cabía esperar que permitiesen el trabajo libre y la existencia de los sindicatos independientes, aunque no existiera nada más en su contra.

Las razones oficiales para la introducción del trabajo obligatorio eran los requisitos de la planificación económica; esta, se decía, no de forma incoherente, era imposible de realizar a menos que el trabajo quedara sometido a los mismos controles que todos los demás recursos económicos. Los bolcheviques hablaban de la necesidad de implantar el trabajo obligatorio ya en abril de 1917, antes de llegar al poder.[126] Al parecer, Lenin no veía ninguna contradicción en afirmar que, si bien la introducción del trabajo obligatorio en la Alemania capitalista en tiempo de guerra «constituía

inevitablemente una forma de explotación militar [*katorga*] para los obreros», bajo el régimen soviético el mismo fenómeno representaba «un paso de gigante hacia el socialismo».[127]

Fieles a su palabra, los bolcheviques manifestaron su intención de introducir la obligatoriedad laboral desde su primer día en el cargo. El 25 de octubre de 1917, casi al mismo tiempo que anunció la deposición del Gobierno Provisional, Trotski le dijo al Segundo Congreso de los Sóviets: «La introducción del trabajo obligatorio universal es uno de los objetivos prioritarios de un verdadero gobierno revolucionario».[128] Muchos de los delegados debieron de pensar que se refería únicamente a la burguesía. Y, en efecto, en el transcurso de los primeros meses de la dictadura, Lenin, impelido por una hostilidad personal, insistió en humillar a los burgueses, obligando a personas que no estaban habituadas a desempeñar trabajos manuales a realizar tareas mecánicas. En el borrador del decreto que nacionalizaba los bancos (diciembre de 1917), escribió:

> Artículo 6: trabajo obligatorio universal. El primer paso, trabajo de consumo, folletos de trabajo económico para los ricos, control sobre ellos. Su deber, trabajar en lo que se les ordene. Si no, «enemigos del pueblo».

Y al margen, añadió: «Envío al frente, trabajos forzados, confiscación, arrestos (ejecución por fusilamiento)».[129] Más tarde, en Moscú y en Petrogrado se hizo habitual ver gente bien vestida realizando trabajos menores bajo vigilancia. El trabajo obligatorio prácticamente no acarreaba ninguna ventaja, pero servía como un elemento «educativo», es decir, incitar al odio entre clases.

Como Lenin había indicado, este era solo el primer paso. En poco tiempo el principio del trabajo obligatorio se propagó a otros estratos sociales; así, aparte de que todos los adultos tenían que desempeñar una tarea productiva, debían

realizarla donde se les ordenase. Esta obligación, que volvió a imponer en Rusia las prácticas del siglo XVII, fue decretada en enero de 1918, en la Declaración de los Derechos de las Masas Trabajadoras y Explotadas, que recogía la siguiente cláusula: «Con el propósito de eliminar a los elementos parasitarios de la población y organizar la economía, queda instaurado el trabajo obligatorio universal».[130] Incluido en la Constitución de 1918, este principio se convirtió en ley, y desde entonces se convirtió en la base legal con la que tratar como a un parásito a todo el que intentase eludir el trabajo estatal.

Los detalles prácticos del principio de obligatoriedad laboral quedaron definidos a finales de 1918. Un decreto del 29 de octubre de 1918 establecía una red de agencias a escala nacional que se encargaría de «distribuir la mano de obra».[131] El 10 de diciembre de 1918, Moscú publicó un detallado «Código Laboral» que estipulaba que todos los hombres y mujeres de edades comprendidas entre los dieciséis y los cincuenta años, salvo excepciones, debían prestar «servicios laborales». Quienes ya desempeñaban trabajos normales permanecerían en sus puestos. Los demás tendrían que registrarse en los Departamentos para la Asignación de la Mano de Obra (Otdeli Raspredelenia Rabochei Sili [ORRS]). Estos órganos tenían autoridad para adjudicarles el trabajo en el lugar que considerasen apropiado.

Los decretos sobre el trabajo obligatorio no solo se aplicaban también a los menores (niños de dieciséis a dieciocho años), sino que además había ciertas cláusulas especiales que permitían que a los niños empleados en las industrias de guerra o en otros puestos fundamentales para el Estado se les hiciera trabajar horas extras.[132]

A finales de 1918 empezó a ser habitual entre las autoridades bolcheviques recurrir a obreros y especialistas en

varios campos para que sirvieran al Estado, del mismo modo que reclutaban soldados para el Ejército Rojo. Lo habitual era que el gobierno anunciara que los obreros y los especialistas técnicos de una rama específica de la economía habían sido «movilizados para el servicio militar» y que quedaban sujetos a consejo de guerra; quienes abandonasen el puesto que se les había asignado serían tratados como desertores. Quienes poseyeran formación en ámbitos especializados pero no trabajasen en puestos en los que se aprovecharan sus conocimientos debían registrarse y esperar a que los convocasen. Los primeros civiles en ser «movilizados» fueron los obreros del ferrocarril (28 de noviembre de 1918). Después surgieron nuevas categorías: personas con formación técnica y experiencia (19 de diciembre de 1918), personal médico (20 de diciembre de 1918), trabajadores del río y las flotas del mar (15 de marzo de 1919), mineros del carbón (7 de abril de 1919), empleados del servicio postal, telefónico y telegráfico (5 de mayo de 1919), obreros de la industria del combustible (27 de junio de 1919 y 8 de noviembre de 1919), trabajadores de la industria de la lana (13 de agosto de 1920), metalúrgicos (20 de agosto de 1920) y electricistas (8 de octubre de 1920).[133] De esta manera, las ocupaciones industriales fueron sometidas a un proceso de militarización, con lo que la diferencia entre los soldados y los obreros, entre el sector militar y el civil, quedó difuminada. Era muy probable que los esfuerzos por organizar la industria a semejanza del modelo militar fracasaran, a la luz del exceso de decretos aprobados sobre esta cuestión, los cuales no dejaban de estipular nuevos castigos para los «desertores laborales», que iban desde la publicación de sus nombres hasta su reclusión en campos de concentración.[134]

Fuera cual fuese la justificación económica oficial, la práctica del trabajo obligatorio suponía la reimplantación de

la institución moscovita del *tiaglo*, en virtud de la cual los campesinos y demás plebeyos adultos, tanto hombres como mujeres, podían ser convocados a fin de realizar tareas para el Estado. Entonces, al igual que ahora, los principales trabajos consistían en la conducción de carros de mercancías, en la tala de árboles y en las labores de construcción. La descripción de la obligación de proporcionar combustible que se les impuso a los campesinos en 1920 debía de ser muy razonable para los moscovitas.

> A los campesinos se les ordenó […] como servicio laboral que el gobierno esperaba de ellos […] que talasen una determinada cantidad de pilas de leña en los bosques designados. Los campesinos que tuvieran caballos de tiro debían transportar una determinada cantidad de leña. Debían entregar esta madera en los embarcaderos de los ríos, en las ciudades y otras terminales. [135]

La principal diferencia entre el trabajo obligatorio, o *tiaglo*, de la Rusia moscovita y el de la Rusia comunista era que en la Edad Media consistía en un deber provisional, impuesto para satisfacer unas necesidades específicas, mientras que ahora había pasado a ser una obligación permanente.

En invierno de 1919-1920, Trotski concibió un ambicioso plan para «militarizar el trabajo» mediante el cual grupos de soldados de uniforme desempeñarían una labor económicamente productiva, mientras que los obreros civiles quedarían sujetos a una disciplina militar. Este regreso a las infames «colonias militares» fundadas un siglo atrás por Alejandro I y Arakchéiev fue recibido con escepticismo y hostilidad. Aun así, Trotski se mantuvo firme y no se dejó disuadir. Tras su triunfo en la guerra civil, henchido de suficiencia y ansioso por seguir atribuyéndose méritos, insistió en que los problemas económicos de Rusia solo podían resolverse con los métodos rudimentarios que el Ejército Rojo había empleado para derrotar al enemigo extranjero. El 16 de diciembre de 1919 esbozó un conjunto de

Tesis para el Comité Central.[136] Opinaba que los problemas económicos habían de ser atajados mediante ejércitos de trabajadores que se rigieran por una disciplina ciega. La mano de obra rusa había de ser reglamentada al estilo militar; el abandono del deber (negarse a realizar la tarea asignada, el absentismo, el consumo de alcohol en el lugar de trabajo, etc.) se consideraría un delito y los culpables se someterían a un consejo de guerra. Trotski propuso, además, que las unidades del Ejército Rojo que ya no hicieran falta para combatir, en lugar de ser desmovilizadas y enviadas a casa, fuesen convertidas en «Ejércitos Laborales» (Trudarmi). En principio, estas tesis no debían publicarse, pero Bujarin, el director de *Pravda*, decidió imprimirlas de todos modos, o bien sin darse cuenta (según él aseguraba), o bien con el fin de desacreditar a Trotski (como sospechaban otros). Publicadas en *Pravda* el 22 de enero de 1920, desataron un aluvión de protestas, en las que una y otra vez se oía el epíteto de Arakchéievshchina.

Lenin fue convencido por la necesidad perentoria de impedir que la economía del país continuara deteriorándose. El 27 de diciembre de 1919 accedió a que se constituyera una Comisión del Trabajo Obligatorio, con Trotski, quien mantenía el cargo de comisario de Guerra, como presidente. El programa que este redactó se componía de dos tipos de medidas:

1. Las unidades militares que ya no se necesitaran en el frente no serían desmovilizadas, sino convertidas en Ejércitos Laborales de paz y asignadas a tareas como el mantenimiento de vías férreas, el transporte de combustible y la reparación de maquinaria agrícola. El Tercer Cuerpo del Ejército, que había luchado en los Urales, fue el primero en someterse a esta transformación. Más tarde lo seguirían otras unidades. En

marzo de 1921, una cuarta parte del Ejército Rojo estaba destinada a tareas de construcción y transporte.

2. Al mismo tiempo, todos los obreros y campesinos quedaban sujetos a una disciplina militar. En el Noveno Congreso del Partido, celebrado en 1920, donde sus propuestas desataron una fuerte controversia, Trotski insistió en que el gobierno debía poder utilizar la mano de obra civil allí donde fuese necesario, sin atender a las preferencias personales de los trabajadores, al igual que en las fuerzas armadas. La mano de obra «movilizada» se asignaría a las empresas que la solicitasen por medio del Comisariado de Trabajo. En 1922, al hablar acerca de este experimento en retrospectiva, un oficial de este organismo declaró: «Entregábamos la mano de obra conforme a un plan y, en consecuencia, sin tener en cuenta las particularidades ni la voluntad del trabajador que había de incorporarse a este o aquel puesto».[137]

Ni los Ejércitos Laborales ni la mano de obra militarizada cumplieron las expectativas de sus gobernantes. Los soldados convertidos en obreros producían tan solo una fracción de la cantidad producida por un civil cualificado; además, había deserciones masivas. El gobierno se enfrentaba a irresolubles dificultades técnicas en su intento de administrar, alimentar y transportar la mano de obra militarizada. Por ello, este prototipo de organizaciones de trabajadores esclavizados, propio de Stalin o Hitler, hubo de ser abandonado; la movilización industrial quedó abolida el 12 de octubre de 1921 y los Ejércitos Laborales, un mes más tarde.[138]

El experimento desacreditó a Trotski y lo debilitó en la lucha por la sucesión de Lenin, no solo porque había fracasado, sino también porque ahora se le podía acusar de bonapartista. Porque, de hecho, si la economía de Rusia

hubiera sido militarizada, sus oficiales subordinados habrían pasado a una posición dominante en el sector civil. En 1920 se acuñó el término de «trotskismo», con un sentido peyorativo, referido a esta estrategia.[139]

En un régimen basado en el trabajo obligatorio, como es de esperar, no había lugar para los sindicatos libres. Había motivos razonables para prohibir tales formaciones, ya que en un «Estado obrero» los trabajadores, por definición, no podían tener intereses que difiriesen de los del patrón. Como dijera Trotski en cierta ocasión, el obrero ruso debía «someterse al Estado soviético, acatar todas las órdenes que reciba, porque esa es *su* condición»;[140] en su obediencia, por lo tanto, se obedecía a sí mismo, aunque pensara de otra manera. También había razones prácticas por las que no se toleraban los sindicatos independientes, dado que eran incompatibles con la planificación central. Así, los bolcheviques se apresuraron a privar de independencia a las dos principales organizaciones del trabajo ruso, esto es, a los comités de fábrica y los sindicatos.

Cabe recordar que tras el estallido de la Revolución de Febrero, con el apoyo de los bolcheviques, los comités de fábrica se propagaron y ganaron influencia en Rusia como órganos de control obrero que eran. En un clima de creciente anarquía, se expandieron en detrimento de los sindicatos, organizados en todo el país por gremios, porque los trabajadores se identificaban más con los compañeros de su planta que con otros obreros que, aunque tuvieran las mismas habilidades, trabajaran en otra parte. Inspirados en las ideas sindicalistas, los comités de fábrica tendieron hacia la izquierda, de modo que en el otoño de 1917 eran una de las principales fuentes de la fortaleza de los bolcheviques.

Pero, una vez que llegaron al poder, los bolcheviques ya no

tenían tanta necesidad de estos comités. Al perseguir sus intereses particulares y tender a tratar los establecimientos industriales como si fueran de su propiedad, interfirieron en la producción y obstaculizaron la planificación económica. Durante las semanas que siguieron al golpe de octubre, cuando aún no habían terminado de asentarse en el poder, los bolcheviques siguieron intentando ganarse su favor. Un decreto del 27 de noviembre de 1917 estipulaba el establecimiento de comités de trabajadores en todas las empresas que tuvieran contratados a cinco obreros o más. Debían supervisar la producción, determinar el rendimiento mínimo, establecer los costes de producción y tener acceso a los libros de contabilidad.[141] Esto era sindicalismo, simple y llanamente. Pero la intención de Lenin no era que los obreros dirigieran las industrias de Rusia, del mismo modo que no pretendía que los campesinos se apropiaran de los campos de cultivo del país, que los soldados dirigieran sus propios regimientos o que las minorías nacionales se separasen. Esto no era más que el medio para conseguir un fin, que no consistía sino en la conquista del poder. Por lo tanto, decidió incluir en el decreto de los comités de fábrica dos cláusulas, las cuales pasaron casi desapercibidas pero que le otorgaban al gobierno el derecho a abrogarlo. Una de ellas declaraba que si bien las decisiones de los trabajadores o de sus representantes eran vinculantes para los dueños de las empresas, quedaban sujetas a anulación por parte de «los sindicatos y [sus] congresos». La otra cláusula disponía que en las empresas consideradas de «relevancia estatal» (es decir, las que trabajasen en el campo de la defensa o que produjesen artículos «necesarios para la existencia» de las masas), los comités de trabajadores serían los responsables ante el Estado del «mantenimiento del orden y de la disciplina más estrictos». Como recoge un historiador, estas cláusulas

ambiguas pronto hicieron que el decreto del control obrero «valiera menos que el papel donde estaba escrito».[142]

Con el tiempo, los comités de fábrica fueron debilitados al quedar sujetos a la supervisión burocrática. El decreto del control obrero exigía que los comités le rindieran cuentas al Consejo Regional del Control Obrero; estos consejos regionales, a su vez, dependían del Consejo del Control Obrero de Todas las Rusias. Los funcionarios que administraban estos órganos de supervisión eran designados por el Partido Comunista y tenían el deber de obedecer sus instrucciones.[143] Estas instituciones impedían que los comités de fábrica formasen una organización nacional propia independiente del Estado. El decreto que establecía la existencia del Consejo Supremo de Economía (diciembre de 1917) le confirió autoridad sobre todos los demás cuerpos económicos existentes, incluido el Consejo del Control Obrero de Todas las Rusias.

El destino del movimiento obrero ruso, como formación anarcosindicalista y como sindicato, quedó determinado en gran parte durante el Primer Congreso de los Sindicatos, que se celebró en Petrogrado en enero de 1918.[144] Aquí, tanto los intelectuales socialistas como los bolcheviques y los mencheviques criticaron las tendencias anarcosindicalistas de los obreros industriales y rechazaron las demandas del control obrero por considerarlas perjudiciales para la productividad y contrarias al socialismo. Pese a los vehementes discursos a favor del control obrero, el congreso, dominado por los bolcheviques, quienes contaban con el respaldo de los mencheviques y los socialistas revolucionarios en lo relativo a esta cuestión, adoptó una resolución que cambiaba la forma de ejercer el control obrero sobre la producción, que se trasladó de los comités de fábrica a los

sindicatos. Los comités de fábrica perdieron una gran parte de los poderes que se les concedieron en noviembre, incluido el de intervenir en los asuntos financieros. El «control sobre la producción —apuntaba la resolución— no significa que las empresas queden en manos de los obreros».

Cuando el congreso centró su atención en los sindicatos, los mencheviques se distanciaron de los bolcheviques. Dado que contaban con el sólido respaldo de varios de los sindicatos nacionales más grandes, los mencheviques apoyaban el sindicalismo independiente. Los bolcheviques sostenían que los sindicatos debían actuar como instrumentos del Estado, que eran sus agentes en asuntos como la «organización de la producción» y la «rehabilitación de las agotadas fuerzas económicas del país». Entre sus tareas se contaba la «aplicación de la obligación universal de trabajar». «El congreso está convencido —afirmaba la resolución de los bolcheviques— de que los sindicatos se convertirán inevitablemente en órganos del Estado socialista».

> El proceso de la fusión completa de los sindicatos con los órganos de la autoridad estatal (el llamado proceso de *ogosudarstvleniye*) debe ser el resultado inevitable de su actividad conjunta, estrecha y armónica, y del adiestramiento por parte de los sindicatos de la gran masa obrera para poder administrar el aparato estatal y los órganos encargados de la economía.[145]

Esto encajaba con una tradición de la historia rusa en virtud de la cual el Estado, tarde o temprano, incorporaba y sometía a él todas las instituciones que en sus orígenes se habían formado (a veces por iniciativa estatal) como cuerpos independientes y con gobierno propio.

El destino de los comités de fábrica quedó decidido cuando se decretó que los comités individuales habían de someterse al Consejo del Control Obrero de Todas las Rusias, y que este consejo, a su vez, debía responder ante los sindicatos y sus congresos, considerando que el cometido de los sindicatos era

servir como «órganos del Estado socialista». La historia de las instituciones del control obrero tras el Primer Congreso de los Sindicatos revela un declive imparable; se debilitaron, se marchitaron y se extinguieron, una detrás de otra. El proceso abortivo que se emprendió en la primavera de 1918 para tejer una red nacional de obreros plenipotenciarios fue el canto del cisne del movimiento. En 1919 no eran más que un recuerdo.

En lo concerniente a los sindicatos, incrementaron su alcance y su autoridad a medida que la guerra civil se acercaba a su clímax, hasta el punto de que el gobierno llegó a depender de ellos para imponer disciplina laboral. El partido se atribuyó poco a poco el derecho a nombrar a los funcionarios de los sindicatos, así como el de expulsar a los funcionarios electos a los que no aceptase.[146] En 1919 y 1920, las resoluciones del Estado y el partido seguían defendiendo de boquilla el principio según el cual los sindicatos ayudaban a dirigir la economía del país. Pero en realidad su principal tarea en aquel momento era actuar como transmisores de las directrices del gobierno. Así es como Trotski definió en abril de 1920 el papel de los sindicatos:

> En el Estado socialista que se está erigiendo, los sindicatos son necesarios no para luchar por conseguir mejores condiciones laborales (esta es la tarea de la organización social y política en su conjunto), sino para organizar a la clase obrera con el propósito de producir; para educar, para disciplinar, para asignar, para reclutar y para adscribir cada categoría y a cada obrero a su puesto durante un período determinado; en una palabra, para, en estrecha colaboración con el gobierno y ejerciendo su propia autoridad, incorporar a los trabajadores en el marco de un plan económico único.[147]

Los sindicatos resultaron ser un hueso más duro de roer que los efímeros comités de fábrica; tras la guerra civil, de 1920 a 1921, se produciría en las filas bolcheviques una explosión como resultado de la práctica de sustituir a los funcionarios electos de los sindicatos por burócratas del partido designados. Esta cuestión causaría una violenta

fricción interna y le daría a Lenin una excusa para ilegalizar la formación de facciones en el Partido Comunista.

Cuando se determinó que la función de los sindicatos no era defender los intereses de sus miembros, sino servir al Estado, era lógico que se estableciera el deber de afiliarse a ellos. La inscripción obligatoria no se impuso por decreto, sino que se introdujo de forma paulatina, en un sindicato tras otro, hasta que, a finales de 1918, tres cuartas partes de la masa obrera estaban sujetos a la sindicalización obligatoria.[148] Cuanto más se engrosaban sus filas, más impotentes se hacían los sindicatos.

El derecho de huelga era considerado uno de los derechos fundamentales del trabajador y quedó definido como tal en el Tercer Congreso de Sóviets de Todas las Rusias en junio de 1917.[149] El gobierno comunista no promulgó ni entonces ni después ningún decreto que ilegalizase las huelgas; pero era obvio que los bolcheviques no tolerarían que el trabajo se detuviese para protestar contra las empresas estatales. Tenían prohibido ilegalizar las huelgas por mandato legislativo mientras la gran mayoría de la industria estuviera en manos privadas, pero no estaban preparados para confirmar este derecho. En el Congreso de los Sindicatos que se celebró en enero de 1918 el sindicalista G. Tsiperovich declaró que el «movimiento obrero profesional sigue en marcha, como antes, para que la huelga se interprete como una forma de defender sus intereses», teniendo en cuenta que dadas «las nuevas condiciones del control obrero de la producción, [las huelgas] se pueden organizar de una forma más contundente». El congreso, dominado por los bolcheviques, ignoró esta resolución.[150] En la práctica, se permitía hacer huelgas contra las empresas privadas, mientras estas existieran, pero no en las estatales. La progresiva

nacionalización de la industria terminó convirtiendo las manifestaciones en un acto ilegal. Las implicaciones de la abolición *de facto* del derecho a huelga en la Rusia soviética fueron definidas por un estudioso de la siguiente manera:

> El principal argumento [del gobierno soviético] era que la capacidad de negociación colectiva y la fuerza de los sindicatos no yacían en el derecho a organizar una suspensión del trabajo, sino en su relación política con el Estado y el partido. En cualquier caso, la carga de la responsabilidad de impedir y sofocar las huelgas pasaba ahora a manos de los sindicatos, las mismas instituciones para las que el derecho a huelga era vital. Los sindicatos quedaron en la absurda posición de tener que rechazar el único poder que les conferiría fuerza y les permitiría proteger a sus miembros.[151]

Esto supuso el fin del sindicalismo en la Rusia soviética.

Las políticas que posteriormente serían bautizadas como «comunismo de guerra» estaban concebidas para aumentar el rendimiento económico hasta niveles insólitos; era el intento más ambicioso jamás realizado hasta entonces de racionalizar por completo la producción y la distribución mediante la supresión de los actores del mercado. ¿Tuvo esto el resultado que se esperaba? Claramente no. Incluso los partidarios más fanáticos de dichas políticas hubieron de admitir que después de tres años de experimentación la economía soviética seguía patas arriba. Con la misma rapidez con que el régimen nacionalizaba cuanto tenía a su alcance, el mercado libre ilegal se expandía, amenazando con absorber la riqueza que Rusia todavía conservaba. Y no quedaba demasiado por absorber. El producto nacional bruto del país en 1920 fluctuaba entre el 33 y el 40 por ciento del de 1913. El nivel de vida de los trabajadores había caído a un tercio del nivel anterior a la guerra.[152]

Los hechos eran indiscutibles, aunque las interpretaciones diferían. Los comunistas de izquierdas y otros defensores de la socialización inmediata, erigidos en medio del desastre que habían provocado y ante el panorama de una hambruna

inminente, se negaban a reconocer su fracaso. En un tratado publicado en 1920, Bujarin habló con entusiasmo acerca del hundimiento de la economía soviética. A su juicio, era la «herencia» del capitalismo lo que se estaba destruyendo. «Jamás había acontecido una debacle semejante», se jactó. Era algo «históricamente inevitable e históricamente necesario». Su libro, repleto de clichés marxistas, no contenía datos, ni estadísticos ni de ningún otro tipo, relativos al verdadero estado de la economía de la Rusia soviética; unos datos que habrían demostrado que el culpable no era el capitalismo, sino el bolchevismo.[200*]

Otros comunistas hallaron la causa del desastroso estado de la economía en la resistencia del sector privado. Siempre habían insistido en que el socialismo no tendría éxito en un escenario de nacionalización parcial, y ahora se sentían resarcidos; el problema no radicaba en que el gobierno ejerciera demasiada presión sobre el socialismo, sino en que no lo presionaba lo suficiente. Un argumento clásico de defensa del comunismo de guerra en esta línea apareció en *Pravda* a principios de 1921, justo cuando empezaba a desecharse. El autor, V. Frumkin atribuyó los defectos de la economía de la Rusia soviética al hecho de que «todo su aparato se apoya en las manos de los elementos burgueses y pequeñoburgueses, en los enemigos de clase». Esto solo podía atajarse con la formación de «contundentes cuadros de comandantes rojos del frente económico», una tarea que a su modo de ver habría que emprender «en un futuro relativamente lejano».[153]

Otras mentes más sensatas comprendieron que, lejos de ser el responsable del fracaso de los experimentos socialistas de 1918 a 1920, el capitalismo era de hecho el que había hecho posibles tales experimentos. Básicamente, durante el

comunismo de guerra los bolcheviques habían vivido a costa de los recursos humanos y naturales acumulados durante la época de la Rusia burguesa. Pero estos eran un bien limitado. Un análisis que se publicó en el verano de 1920 en el periódico económico soviético de más relevancia concluía: «Hemos agotado por completo las reservas de los recursos y de las materias primas más valiosos que nos legó la Rusia capitalista. En lo sucesivo, todo el beneficio económico habrá de salir de lo que nosotros produzcamos ahora».[154]

Este plan sería adoptado en la primavera de 1921, en el marco de la Nueva Política Económica, un período de transición de duración indefinida, inspirado en la idea de Lenin de «capitalismo de Estado», durante el cual el gobierno mantendría el monopolio sobre el poder político pero le concedería a la empresa privada un papel limitado en la restauración del motor productivo del país. Durante este período, prepararía los cuadros de «comandantes rojos del frente económico». Una vez que la productividad se recuperase lo suficiente y se contase con el personal necesario, se lanzaría una nueva ofensiva con el fin de exterminar al enemigo burgués y pequeñoburgués para siempre y a continuación proceder decididamente a la construcción del socialismo.

16

La guerra contra el campo

Para cuando llegó la primavera de 1918, las comunas habían distribuido entre sus miembros las propiedades que habían expropiado desde la Revolución de Febrero. A partir de entonces, la distribución fue escasa; muy pocos de los soldados desmovilizados y los trabajadores industriales que llegaron tarde lograron hacerse con una parcela. Pero el campesino que confiaba en poder disfrutar en paz de su botín no tardaría en llevarse un desengaño. Para los bolcheviques, la «Gran Repartición» de 1917-1918 era tan solo un rodeo en el camino hacia la colectivización. Reclamaron para sí la cosecha de 1918 en virtud de edictos que estipulaban que le correspondía al Estado todo el cereal que excediese la cantidad que los campesinos necesitaban para su consumo propio y para la siembra. Se abolió el libre mercado de cereales. Los campesinos, desconcertados ante el inesperado giro de los acontecimientos, lucharon encarnizadamente en defensa de sus propiedades, alzándose en una rebelión que tanto en número como en territorio afectado superaba todo lo visto en la Rusia zarista. Pero de poco sirvió. Estaban a punto de aprender que «robar» y «ser robado» son simplemente dos voces distintas del mismo verbo.

Puede que la mayor paradoja del golpe de Estado fuese que tratara de implantar la «dictadura del proletariado» en un país en el que los trabajadores (incluidos los artesanos autónomos)

constituían como mucho el 10 por ciento de quienes tenían una ocupación remunerada, mientras que al menos el 80 por ciento eran campesinos. Y, en opinión de los socialdemócratas, los campesinos —salvo la minoría de jornaleros agrícolas sin tierras— formaban parte de la «burguesía» y, como tales, eran enemigos de clase del «proletariado».

Esta percepción de la naturaleza clasista del campesino autónomo (o «medio») estaba en la raíz del desacuerdo entre los socialdemócratas y los socialistas revolucionarios, quienes clasificaban a los campesinos junto a los obreros industriales como «trabajadores». Sin embargo, Marx había definido al campesino como enemigo de clase del trabajador y «baluarte de la sociedad antigua».[1] Karl Kautski afirmó que los objetivos del campesinado eran contrarios a los del socialismo.[2] En una declaración sobre la cuestión agraria que presentó ante el Congreso de la Internacional Socialista, la delegación de los socialdemócratas rusos se refirió a los campesinos como una clase retrógrada, cerrada a las ideas socialistas y a la que era preferible dejar en paz.[3]

Lenin era de la misma opinión. «La clase de los pequeños productores y cultivadores […] —escribió en 1902— es una *clase reaccionaria*».[4] No obstante, en consonancia con su política general de atraer hacia el proceso revolucionario a todo grupo y clase que, por un motivo u otro, mantenía una disputa con el *statu quo*, aceptó que «la pequeña burguesía» del campesinado contribuyese a la causa «proletaria». A este respecto —era una cuestión exclusivamente táctica—, difería de los demás socialdemócratas. Lenin suponía que la Rusia rural aún continuaba sometida a relaciones predominantemente «feudales». En la medida en que el campesinado se enfrentaba a este orden, llevaba a cabo una

función progresista:

> Exigimos la abolición y destrucción completas e incondicionales, no reformistas sino revolucionarias, de la servidumbre; reconocemos a los campesinos derechos de propiedad sobre aquellas tierras que la nobleza rural les había arrebatado y que hasta hoy los mantiene en una esclavitud *de facto*. De esta manera, nos convertimos —sin que sirva de precedente y en virtud de las condiciones históricas particulares— en defensores de la pequeña propiedad. Pero la defendemos únicamente en su lucha contra los vestigios que han sobrevivido del «antiguo régimen».[5]

A partir de consideraciones puramente tácticas como estas, en 1917 Lenin adoptó el programa agrario de los socialistas revolucionarios e incitó a los campesinos rusos a adueñarse de las tierras de propiedad privada.

Pero, una vez logrado el objetivo de esta táctica —la caída del «antiguo régimen» y su sucesor «burgués»—, el campesino retomó, en opinión de Lenin, su papel tradicional como contrarrevolucionario «pequeñoburgués». El peligro de que la «revolución proletaria» en Rusia se ahogase en un mar de campesinos reaccionarios obsesionaba a los socialdemócratas rusos, conscientes del papel que el campesinado francés había desempeñado al ayudar a reprimir el radicalismo urbano, sobre todo en 1871. La insistencia bolchevique en extender su revolución a los países industrializados de Occidente lo más rápidamente posible estaba en buena medida inspirada por el deseo de evitar ese destino. Permitir que los campesinos mantuviesen la posesión permanente de la tierra equivalía a concederles el dominio sobre el suministro de alimentos a las ciudades, bastiones de la revolución. Lenin hizo notar que las revoluciones europeas habían fracasado porque no habían desalojado del poder a la «burguesía rural».[6] Para algunos de los seguidores más fanáticos de Lenin, ni siquiera se podía confiar en el proletario rural sin tierras —al que este, siguiendo a Engels, estaba dispuesto a considerar un aliado—, porque también

era, «a fin de cuentas, un campesino; esto es, potencialmente, un kulak».[7]

Lenin estaba decidido a evitar que la historia se repitiese. Por mucho que contase con el estallido de las revoluciones en Occidente, no permitiría que el destino de la Revolución rusa dependiese del curso de los acontecimientos en el extranjero, sobre los que no tenía control. Al valorar el problema de los campesinos de la Rusia soviética, pensaba en una solución en dos fases. A largo plazo, el único resultado satisfactorio sería la colectivización; esto es, la expropiación por parte del Estado de todas las tierras y de su producción, y la transformación de los campesinos en trabajadores asalariados. Esta medida bastaría para resolver la contradicción entre los objetivos del comunismo y las realidades sociales del primer país en el que alcanzó el poder. Lenin veía el Decreto de Tierras y las demás medidas agrarias que los bolcheviques habían adoptado desde octubre como recursos temporales. En cuanto la situación lo permitiese, las comunas serían expropiadas y se transformarían en colectivos gestionados por el Estado.[201*] Este objetivo a largo plazo no era ningún secreto. A lo largo de 1918 y 1919, las autoridades soviéticas confirmaron en numerosas ocasiones que la colectivización era inevitable; un artículo en *Pravda* en noviembre de 1918 predecía que al «campesinado medio» se le obligaría a aceptar la agricultura colectiva «a rastras» (*vorcha i ogrizayas*) en cuanto el régimen estuviese en disposición de hacerlo.[8]

Hasta entonces, en opinión de Lenin era necesario (1) asegurar el control estatal del suministro de alimentos mediante la aplicación estricta de un monopolio sobre el comercio de cereales, y (2) establecer centros de poder comunistas en las zonas rurales. Estos objetivos requerían

poco menos que declarar una guerra civil en el campo, cosa que los bolcheviques hicieron en el verano de 1918. La campaña contra el campesinado, prácticamente ignorada por la historiografía occidental, constituyó una fase decisiva de la conquista bolchevique en Rusia. El propio Lenin creía que dicha campaña evitó una contrarrevolución rural y garantizó que la Revolución rusa, a diferencia de sus precursoras occidentales, no se quedara a medio camino para acabar relegada a la «reacción».

Para entender los éxitos, y los fracasos, del ataque bolchevique en el campo es necesario hacerse una idea de los efectos de la Revolución rusa sobre la economía rural del país. Como ya se ha señalado, en octubre de 1917 los bolcheviques habían abandonado su propio programa agrario, centrado en la nacionalización de la tierra, en favor del de los socialistas revolucionarios, mucho más popular entre el campesinado, que exigía la expropiación, sin compensación, y la distribución entre las comunas de todas las tierras que estaban en manos privadas, salvo aquellas que perteneciesen a pequeños campesinos.

Nadie pone en duda que los campesinos de la Rusia central recibieron con los brazos abiertos el Decreto de Tierras, que hacía realidad su antiguo sueño de un «reparto universal». Incluso los campesinos a quienes podría perjudicarles, porque era probable que les arrebatasen sus posesiones privadas, se rindieron ante lo inevitable.

Pero es una cuestión completamente distinta la de si estas medidas esencialmente demagógicas y tácticas mejoraron significativamente la situación económica del campesino ruso o beneficiaron al país en su conjunto.

Evidentemente, la tierra, al ser un objeto inamovible, solo se puede distribuir allí donde está situada. En la Rusia

prerrevolucionaria, la mayor parte de la tierra privada (no comunitaria) susceptible de explotación bajo el Decreto de Tierras estaba no en las provincias centrales de la Gran Rusia, que los bolcheviques controlaban y donde mayor era la incidencia de superpoblación rural, sino en la periferia del imperio: las zonas bálticas, las provincias occidentales, Ucrania y el Cáucaso Norte, regiones todas que habían quedado fuera del control bolchevique después de octubre de 1917. Por lo tanto, la extensión de tierras disponibles para su distribución en las zonas dominadas por los bolcheviques era muy inferior a las expectativas de los campesinos.

Pero incluso en esas regiones resultó difícil lograr una distribución equitativa de la tierra, porque los campesinos se negaban a compartir su botín tanto con forasteros (*inogorodniye*) como con campesinos de comunas adyacentes. He aquí una descripción de la época de cómo funcionaba la distribución de tierras en la práctica:

> La cuestión agraria se ha resuelto de forma sencilla. Todos los terrenos del terrateniente han pasado a ser propiedad de la comuna. Cada comunidad rural recibe su tierra del terrateniente anterior y no entrega ni un centímetro de la misma a ningún forastero, ni siquiera cuando una comunidad tenga demasiada y las comunidades vecinas no tengan suficiente. […] Con tal de que ni un pedazo de ella caiga en manos de los campesinos de otra comunidad prefiere dejar [el exceso de] tierra en manos del terrateniente. Los campesinos dicen que mientras el terrateniente explote la tierra seguirán pudiendo ganar algo de dinero y, cuando sea necesario, se la arrebatarán.[9]

No es fácil determinar cuánta tierra cultivable obtuvo realmente el campesinado ruso entre 1917 y 1918; las estimaciones varían ampliamente desde 20 hasta 150 millones de *desiatinas*.[10] Un obstáculo importante consiste en el empleo impreciso del término «tierra» (*zemlia*). Tal y como se utiliza en varios estudios estadísticos realizados después de la revolución, se aplica a cosas muy distintas: a tierra cultivable (*pashnia*), su forma más valiosa, pero también a prados, bosques y tierras sin ningún uso económico (desierto,

humedal, tundra). Solo agrupando estos distintos conceptos bajo el término neutro de «tierra» se puede llegar a la fantástica cifra de 150 millones de *desiatinas* —que Stalin usó por primera vez en 1936 y durante mucho tiempo fue obligatoria en la literatura comunista— supuestamente obtenidos por los campesinos rusos como consecuencia de la revolución.[11]

Las estadísticas más fiables reflejan un resultado mucho más modesto. Las cifras recopiladas por el Comisariado de Agricultura entre 1919 y 1920 revelan que los campesinos recibieron un total de 21,15 millones de *desiatinas* (23,27 millones de hectáreas).[12] Estas tierras se repartieron de manera muy desigual. El 53 por ciento de las comunas rusas no obtuvieron ninguna tierra de la revolución.[13] Lo cual casi se corresponde con el número de pueblos (54 por ciento) que, según esa misma fuente, afirmaron sentirse «insatisfechos» con el resultado del reparto de tierras.[14] El 47 por ciento restante de los pueblos recibieron terrenos en participaciones muy diversas. De las treinta y cuatro provincias de las que se tienen cifras, las comunas en seis de ellas recibieron menos de una décima parte de una *desiatina* por miembro; las englobadas en otras doce provincias, obtuvieron entre una décima y una cuarta parte de una *desiatina*; las situadas en otras nueve se hicieron con entre una cuarta parte y media *desiatina*; los campesinos de cuatro provincias recibieron entre media y una *desiatina*; y únicamente en tres provincias los campesinos obtuvieron entre una y dos *desiatinas*.[15] En todo el país, el promedio de tierra comunal cultivable por campesino, que antes de la revolución era de 1,87 *desiatinas*, aumentó hasta las 2,26.[16] Esto supondría un incremento de 0,4 *desiatinas* de tierra cultivable por adulto comunal (*edok*), lo que equivale a un aumento del 23,7 por ciento. Esta cifra,

que se menciona por primera vez en 1921, ha sido confirmada por estudios recientes, el más serio de los cuales afirma de manera ligeramente ambigua que la tierra que recibió el campesino medio «no superó» las 0,4 *desiatinas*, algo menos de media hectárea,[202*] una cantidad muy inferior a lo que los campesinos esperaban obtener del reparto universal.

Pero incluso esta modesta cifra sobrevalora los beneficios económicos del reparto, ya que buena parte (dos tercios) de la tierra que los campesinos tomaron en 1917-1918 ya la arrendaban previamente. La «socialización» de dicha tierra, por lo tanto, más que incrementar el terreno cultivable del que disponían los eximió del pago del arrendamiento.[17] Además de quedar liberados de dichos pagos, cuyo importe total se estima en unos 700 millones de rublos al año, los campesinos también se beneficiaron de la cancelación por parte del régimen comunista de sus deudas con el Banco de Tierras de los Campesinos, que ascendía a 1.400 millones de rublos.[18]

Los campesinos vieron con escepticismo su propiedad de las nuevas tierras, pues oyeron que el nuevo gobierno tenía la intención de introducir las cooperativas en algún momento; el Decreto de Socialización de Tierras, aprobado en abril de 1918, establecía que la transferencia de tierra a las comunas era «provisional» o «temporal» (*vremennoye*). No sabían cuánto tiempo se les permitiría conservarla y decidieron actuar como si solo fuese hasta la recogida de la siguiente cosecha. De esta manera, en lugar de incorporar la tierra adquirida a las propiedades comunales, la mantuvieron separada, para, si se les obligaba a devolverla, poder conservar sus antiguas parcelas.[19][203*] Como consecuencia, se intensificó el tan deplorado minifundio (*cherespolositsa*). Muchos campesinos debían recorrer quince, treinta y hasta

sesenta kilómetros para llegar a los nuevos terrenos que se les había asignado; si la distancia era demasiado grande, simplemente los abandonaban.[20]

Hasta ahí llegaron los beneficios económicos que el campesino ruso extrajo de la revolución. Y no fueron ni mucho menos gratuitos. Los historiadores suelen ignorar los costes de la revolución agraria para el campesino, aunque se puede demostrar que fueron considerables. Dichos costes tuvieron una naturaleza doble; por un lado, la pérdida de ahorros a causa de la inflación, y por otro, la pérdida de tierras de propiedad privada de los campesinos (no comunal).

Antes de la revolución, los campesinos rusos habían acumulado unos ahorros considerables, una parte de los cuales guardaban en casa y el resto, depositados en cajas de ahorros públicas (*sberegatelniye kassi*). Dichos ahorros aumentaron notablemente durante los prósperos años de la guerra y el primero de la revolución, cuando los campesinos se beneficiaron del alza del precio de los alimentos. Resulta imposible calcular con precisión a cuánto ascendían los ahorros de los campesinos cuando se produjo el golpe de octubre, pero podemos hacernos una idea si partimos de las cifras oficiales y las complementamos con estimaciones fundamentadas. A principios de 1914, las cajas de ahorros públicas tenían en depósito 1.550 millones de rublos.[21] Se calcula que, entre julio de 1914 y octubre de 1917, se ingresaron en ellas otros 5.000 millones, de los cuales entre el 60 y el 75 por ciento se cree que procedía de depositantes rurales.[22] Si esta misma proporción fuese válida para los depositantes de antes de 1914, podemos estimar que, antes del golpe de octubre, los campesinos tenían en las cajas de ahorros alrededor de 5.000 millones de rublos, cantidad a la que habría que añadir el dinero que guardaban en sus casas.

Los bolcheviques eximieron a las cajas de ahorros públicas del decreto por el que se nacionalizaron los bancos privados, por lo que en teoría los campesinos y otros pequeños depositantes continuaron teniendo acceso a su dinero. Pero en poco tiempo la inflación hizo que tuviesen el mismo valor que si los hubiesen expropiado directamente. Como se ha visto en el capítulo anterior, los bolcheviques procedieron a devaluar el dinero de manera deliberada y sistemática; durante sus primeros cinco años en el mando, el poder adquisitivo del rublo se desvalorizó millones de veces, de manera que acabó convirtiéndose en papel pintado. En consecuencia, los campesinos rusos, lejos de obtener la tierra de los terratenientes sin coste alguno, pagaron un alto precio por ella. A pesar de los 21 millones de *desiatinas* de las que se les había permitido apropiarse, se calcula que perdieron solo en ahorros bancarios unos 5.000 millones de rublos.[204*] Si aceptamos la estimación de la época según la cual guardaban bajo los colchones y enterrados otros 7.000 u 8.000 millones más, resulta que por cada parcela media de tierra cultivable (de 0,4 *desiatina*), un campesino pagó 600 rublos de antes de 1918. El precio medio de ese terreno antes de la revolución habría sido de 64,4 rublos.[205*]

Los campesinos, además, tuvieron que pagar por sus nuevos terrenos siendo víctimas de las expropiaciones. Cuando hablamos de la tierra rusa en manos privadas, tendemos a pensar en las propiedades de los terratenientes (*pomeshchiki*), la Corona, los comerciantes y el clero, que el Decreto de Tierras declaraba sujetas a confiscación y reparto. Pero en Rusia antes de la revolución, una gran cantidad —más de una tercera parte— de los terrenos agrícolas privados (tierras cultivables, bosques y prados) eran propiedad de los campesinos, ya fuese individualmente o, más a menudo, a través de asociaciones. De hecho, en vísperas de la revolución

los campesinos y los cosacos poseían casi tantas tierras como los «terratenientes». De las 97,7 *desiatinas* de tierra (terrenos cultivables, zonas boscosas y pastos) de propiedad privada en la Rusia europea en enero de 1915, 39 millones (esto es, el 39,5 por ciento) estaban en manos de los terratenientes (nobleza rural, funcionarios y oficiales) y 34,4 millones (el 34,8 por ciento), en las de campesinos y cosacos.[23]

El Decreto de Tierras de Lenin excluía de la expropiación las propiedades de «los campesinos ordinarios y los cosacos ordinarios». Pero en muchas localidades de la Rusia central los campesinos comunales ignoraron esta disposición y procedieron a expropiar la tierra perteneciente a los demás campesinos junto con la de los terratenientes, y la incluyeron en la reserva comunal para su distribución. Estas expropiaciones incluyeron tanto *jutora* como *otruba*, tierras que habían sido comunales y cuyos cultivadores, al amparo de la legislación de Stolipin, se habían retirado de la comuna.[206*] En consecuencia, en muy poco tiempo, los campesinos desbarataron gran parte de lo que la reforma agraria de Stolipin había logrado; el principio comunal se lo llevó todo por delante. Los campesinos comunales trataban de la misma manera la propiedad agraria que los miembros de la comuna habían comprado fuera de la misma, es decir, se incorporaba también a la reserva comunal. Alguna que otra comuna permitía que los campesinos conservaran sus propiedades, con la condición de que redujesen su extensión a la de las parcelas comunales; en enero de 1927, en vísperas de la colectivización, de los 233 millones de *desiatinas* de tierras campesinas en la República Socialista Federalista Soviética de Rusia (RSFSR), 222 millones —es decir, el 95,3 por ciento— eran de propiedad comunal y solo 8 millones —el 3,4 por ciento— eran *otruba* o *jutora* (esto es, propiedad privada).[24]

A la vista de estas cifras, resulta engañoso afirmar que el campesinado ruso ganó con la revolución, sin coste alguno, enormes extensiones de terreno agrícola. Sus ganancias no fueron ni generosas ni gratuitas. No se puede tratar al campesino ruso como algo homogéneo; la expresión «campesinado ruso» es una abstracción que engloba a millones de individuos, algunos de los cuales lograron, a base de diligencia, austeridad y olfato para los negocios, acumular capital, que guardaban en efectivo o bien invertido en forma de tierras. Ahora habían perdido todo ese dinero y prácticamente todas las tierras. Teniendo en cuenta estos factores, es evidente que el *mujik* pagó un precio excesivo por las propiedades que había expropiado bajo el *duvan* promovido por los comunistas.

La revolución agraria igualó las propiedades de los campesinos. En los repartos que tuvieron lugar en toda Rusia durante 1917 y 1918, las comunas redujeron las propiedades de extensión superior a lo normal, empleando como criterio principal para la redistribución de parcelas el número de *edoki*, o «bocas», por hogar. Este procedimiento tuvo como consecuencia que el número de hogares con grandes parcelas (cuatro *desiatinas* o más) se redujese casi en una tercera parte (del 30,9 al 21,2 por ciento del total), mientras que el de las propiedades de menos de cuatro *desiatinas* aumentase significativamente (del 57,6 al 72,2 por ciento).[207*] Estas cifras indican que se produjo un notable aumento del número de «campesinos medios», en parte debido a la disminución de la cantidad de campesinos que eran propietarios de grandes extensiones de terreno y en parte a la asignación de parcelas a algunos campesinos que hasta entonces no poseían tierras (el número de estos últimos se redujo casi a la mitad).[25] Como consecuencia de este proceso de nivelación, Rusia se convirtió, más que nunca, en un país de pequeños

agricultores autosuficientes. Un contemporáneo comparó la Rusia posrevolucionaria con un «panal en el que los pequeños productores […] han logrado repartir equitativamente el control sobre la tierra dividida, al crear una red de parcelas de tamaño aproximadamente igual».[26] El «campesino medio» de la jerga marxista —aquel que no contrataba trabajadores ni vendía su propia capacidad de trabajo— resultó ser el mayor beneficiario de la revolución agraria, hecho que los bolcheviques tardaron un tiempo en reconocer.

Evidentemente, no todo el mundo sacó provecho del reparto universal, sino que sus principales beneficiarios fueron aquellos que ya poseían parcelas comunales en 1917 y que dominaban las asambleas comunales. Muchos de los campesinos que en 1917 y 1918 habían regresado desde las ciudades al campo para reclamar sus parcelas se encontraron con que se les había excluido de la redistribución, o bien se vieron obligados a aceptar los peores terrenos. Lo mismo sucedió con esa mitad de campesinos sin tierras (*batraki*) que acabaron con las manos vacías. Los campesinos más acomodados ignoraron los deseos de las autoridades bolcheviques, quienes en el Decreto de Socialización de Tierras habían ordenado a los sóviets rurales que prestasen especial atención a los campesinos con pocos o ningún terreno.[27] Sencillamente, Rusia carecía de extensiones de terreno agrario suficientes para distribuirlas entre todos aquellos que lo exigían en nombre de la «socialización». En consecuencia, los campesinos comunales que poseían pocas tierras o que carecían de ellas tan solo recibieron, en el mejor de los casos, parcelas pequeñas.[28]

La Revolución rusa llevó la comuna rural hasta su apogeo histórico. Paradójicamente, fueron los bolcheviques quienes ocasionaron su edad de oro, a pesar de que la despreciaban.

«La comuna, que había languidecido durante la década anterior, reverdeció en prácticamente todo el terreno agrícola del país».[29] Este fue un proceso espontáneo al que los bolcheviques no se opusieron de inmediato porque para ellos la comuna cumplía las mismas funciones que había llevado a cabo durante el zarismo, es decir, garantizar el cumplimiento de las obligaciones con el Estado.

Así pues, las consecuencias económicas y sociales de la revolución agravaron el problema al que los bolcheviques se enfrentaban ya desde el principio; no solo habían declarado la «dictadura del proletariado» en un país que ya era abrumadoramente «pequeñoburgués», sino que sus políticas provocaron que lo fuera aún más. Con este telón de fondo, a comienzos del verano de 1918 Moscú tomó la decisión de asaltar el campo. Se desconocen las circunstancias exactas bajo las cuales se tomó dicha decisión, pero sí se dispone de información suficiente para ofrecer una visión de conjunto de sus antecedentes y objetivos.

Como había sucedido con el golpe de octubre, al lanzar la invasión del campo, los bolcheviques actuaron en nombre de objetivos falsos. Su verdadero propósito era consumar el golpe de octubre al imponer su dominio sobre el campesinado. Pero, puesto que este no habría sido un eslogan muy popular, llevaron a cabo la campaña contra los campesinos con el supuesto cometido de extraer comida de los «kulaks» para dársela a las hambrientas ciudades. Sin duda, la escasez de alimentos era un problema muy real, pero, como se explicará a continuación, existían maneras más fáciles y efectivas de obtener suministros del campo. En sus comunicaciones internas, las autoridades reconocían abiertamente que la obtención de comida era una tarea secundaria. Así, un informe secreto bolchevique, al referirse al

decreto que ordenaba la creación de comités de pobres en cada localidad, explicaba la medida de esta manera:

> El decreto de 11 de julio, relativo a la organización de los pobres del pueblo, definió la naturaleza de la organización y le atribuyó funciones de suministro. Pero su verdadero propósito era *exclusivamente político*: llevar a cabo una estratificación en clases del pueblo, incitar a la vida política activa a aquellos estratos capaces de asimilar y realizar las tareas de la revolución socialista proletaria e incluso llevar por este camino al campesinado medio trabajador al liberarlo de la influencia económica y social de los kulaks y los campesinos ricos que se habían hecho con el control de los sóviets rurales y los habían transformado en órganos de oposición a la construcción socialista soviética.[30]

Dicho de otra manera, la obtención de alimentos («funciones de suministro») destinados a las ciudades servía de camuflaje para una operación política diseñada para llevar el bolchevismo a los pueblos acrecentando las fricciones sociales.

En la Rusia prerrevolucionaria, la mayor parte de la comida que llegaba al mercado procedía o bien de grandes latifundios privados, o bien de las explotaciones de campesinos acomodados. Tanto los unos como las otras empleaban mano de obra contratada; los campesinos medios y pobres consumían casi toda la comida que producían. La confiscación y distribución en las comunas de toda la tierra de la nobleza rural y de buena parte de la tierra que había sido propiedad privada de los campesinos, agravadas por la prohibición gubernamental del empleo de mano de obra contratada (aunque fuese ampliamente ignorada) acabó con las principales fuentes de alimentos para la población no agraria. Mientras la Rusia rural volvía a la autosuficiencia de la era precapitalista, la población no agrícola se enfrentaba a la hambruna. Este hecho por sí solo contribuyó a la grave escasez de alimentos que se produjo tras el golpe bolchevique. [208*]

Incluso en condiciones tan adversas, los campesinos

podrían haber sido capaces de alimentar a la población urbana si los bolcheviques, por lo que parecen haber sido principalmente razones políticas, no les hubiesen privado de incentivos para deshacerse de su excedente.

Una de las pocas medidas aprobadas por el Gobierno Provisional que los bolcheviques mantuvieron en vigor fue la ley del 25 de marzo de 1917 por la que se implantaba el monopolio estatal sobre el comercio de cereales. La ley establecía que, una vez que el productor hubiese satisfecho sus necesidades personales y de siembra, todo el cereal sobrante pertenecía al Estado y debía venderse a sus agencias a un precio fijo. El excedente de cereales que no se entregase podría ser requisado a mitad de precio. El Gobierno Provisional se hizo de esta manera con el 14,5 por ciento de la producción,[31] a pesar de lo cual, mientras se mantuvo en el poder, el comercio de cereales prosiguió como hasta entonces. Sin embargo, los bolcheviques aplicaron esta norma con cada vez mayor brutalidad, tratando toda venta al consumidor de cereales y de sus productos derivados como «especulación» sujeta a severas penas. En sus primeros meses, la Checa dedicó casi todas sus energías a perseguir a los campesinos «vendedores ambulantes» (*meshochniki*) y a confiscar sus mercancías, llegando en ocasiones a enviar a los campesinos vendedores a la cárcel, e incluso a ejecutarlos. Pero estos no se dejaron amilanar y continuaron alimentando a millones de personas.

El gobierno bolchevique exigió que los campesinos vendiesen el excedente de cereales a las agencias estatales a precios que la inflación hacía cada vez más irrisorios. El 8 de agosto de 1918, la tarifa oficial variaba, en función de la región, entre 14 y 18 rublos por *pud* (16,3 kilogramos) de centeno, cuyo precio en el mercado libre alcanzaba los 290

rublos por *pud* en Moscú y los 420 en Petrogrado.[209*] Existía una disparidad similar entre los precios fijos y en el mercado libre de otros productos básicos, como la carne o las patatas, que pasaron a estar controlados en enero de 1919. Los campesinos respondieron a esta política de precios a un tiempo haciendo acopio de cereales y reduciendo la superficie cultivada. La disminución de la cosecha de cereales fue inevitable.[32]

Si se tiene en cuenta además que, como consecuencia del Tratado de Brest, Rusia perdió Ucrania, que hasta entonces había suministrado al país más de una tercera parte de sus cereales, y que en junio de 1918 la rebelión checoslovaca cortó su acceso a Siberia, resulta evidente la trágica situación a la que se enfrentaban los habitantes de las ciudades en la Rusia central y septentrional a mediados de 1918. Todas las ciudades y núcleos industriales, y un número creciente de pueblos situados en las regiones menos productivas o con industrias rurales desarrolladas, pasaron hambre y debieron hacer frente a la perspectiva casi segura de una hambruna devastadora si el clima cambiaba a peor.

Para los bolcheviques, esta situación entrañaba tanto riesgos como oportunidades. El hambre en las ciudades y en las regiones industriales fomentaba el descontento y minaba su base social. En 1918, las ciudades rusas permanecieron en continua agitación debido a la escasez de alimentos. La situación era especialmente acuciante en Petrogrado, donde a finales de enero de 1918 la ración diaria consistía en 4 onzas [algo más de 113 gramos] de pan adulterado con paja molida.[33] Puesto que esta cantidad no era suficiente para sustentarse, los habitantes de la ciudad debían recurrir al mercado libre, en el que los precios eran artificialmente elevados por el acoso al que la Checa sometía a los vendedores ambulantes de

comida. En él, el precio del pan fluctuaba entre 2 y más de 5 rublos por libra [453,6 gramos], lo que lo situaba fuera del alcance de los trabajadores, quienes, si tenían la suerte de encontrar empleo, en el mejor de los casos ganaban entre 300 y 400 rublos al mes.[34] Durante 1918, la ración de comida en Petrogrado se ajustaba cada pocos días, aumentándola o reduciéndola en función de la capacidad de los trenes de suministro de atravesar el cerco de desertores armados y campesinos que tendían emboscadas; si estos lograban reducir a los guardias, vaciaban el tren en un instante, y este llegaba vacío a Petrogrado. En marzo, el precio de la ración de pan en la ciudad aumentó ligeramente hasta las 6 onzas, para bajar a finales de abril hasta las 2 onzas. La situación no era más halagüeña en las ciudades de provincias. En Kaluga, por ejemplo, la porción diaria de pan a principios de 1918 se estableció en 5 onzas.[35]

Para escapar del hambre, la población huyó en masa de las ciudades; entre los refugiados había muchos campesinos que se habían trasladado a ellas durante la guerra para trabajar en las industrias relacionadas con la defensa, así como soldados retirados de las guarniciones. Las estadísticas de la época reflejan una reducción drástica de la población de Petrogrado; en abril de 1918, el 60 por ciento de los obreros industriales que trabajaban allí en enero de 1917 (221.000 de 365.000) habían huido hacia el campo.[36] En Moscú se produjo un éxodo de proporciones casi similares. Durante la revolución y la guerra civil, Moscú perdió la mitad de su población, y Petrogrado dos tercios de la suya,[37] un proceso que invirtió de forma espectacular la urbanización de Rusia y reforzó su carácter rural.[210*] Los estadísticos rusos calculan que, entre 1917 y 1920, 884.000 familias (esto es, alrededor de 5 millones de personas), abandonaron las ciudades para dirigirse al

campo.[38] Esta cifra se corresponde aproximadamente con el número de campesinos que se habían trasladado a las zonas urbanas durante la guerra (6 millones).

Quienes permanecieron en las ciudades protestaron, se manifestaron y en ocasiones se rebelaron debido a la escasez de comida. Los hombres y mujeres de las clases bajas, enloquecidos por el hambre, asaltaban las tiendas y los almacenes de comida. Los periódicos informaban de amas de casa que corrían por las calles gritando «¡Dadnos pan!». Los vendedores ambulantes que exigían precios exorbitantes se arriesgaban a ser linchados. Muchas ciudades publicaron ordenanzas que prohibían la presencia de forasteros. Petrogrado se selló por completo; en febrero de 1918, Lenin firmó un decreto que prohibía a los no residentes entrar en la capital y acceder a ciertas zonas del norte de Rusia. Otras ciudades aprobaron leyes parecidas.[39]

En este clima de hambre y anarquía, los delitos se dispararon en las ciudades. Los registros policiales indican que en el tercer mes del gobierno bolchevique los habitantes de Petrogrado denunciaron 15.600 robos, 9.370 saqueos en tiendas, 203.801 casos de carterismo y 125 asesinatos.[40] No hay manera de saber cuántos delitos quedaron sin denunciar, pero debieron de ser muchísimos, ya que entonces era habitual que delincuentes comunes llevasen a cabo robos bajo el pretexto de estar efectuando «expropiaciones», y sus víctimas estaban demasiado aterrorizadas para denunciarlos.

El campo estaba atrapado en una anarquía parecida. En algunas provincias (como Vorónezh) abundaba la comida; en otras (como la cercana Riazán), la escasez era extrema. No era raro que un distrito disfrutase de un holgado excedente mientras que sus vecinos pasaban hambre. Por lo general, quienes poseían excedente o bien se deshacían de él en el

mercado libre, o bien lo acumulaban en previsión de que el monopolio estatal sobre el cereal se derrumbase. La caridad era algo desconocido; los campesinos satisfechos se negaban a alimentar a los hambrientos y, si se les acercaban pidiendo, los ahuyentaban.[41]

La imagen de la vida rural en la primera mitad de 1918 que ofrece la prensa de la época refleja un horror indescriptible. Una información publicada en *Riazanskaya Zhizn* a principios de marzo puede que no sea representativa, porque Riazán sufrió una escasez alimentaria extrema, pero sí da una idea de lo rápido que se deterioró la situación de los pueblos rusos bajo el gobierno bolchevique, hasta caer en una anarquía primitiva. Habiendo saqueado las licorerías, los campesinos de esta provincia estaban en un estado de embriaguez permanente. Se peleaban entre sí en orgías salvajes, con la participación de hombres viejos y chicas jóvenes. Para que los niños estuviesen tranquilos, se les daba vodka. Temiendo perder sus ahorros por confiscación o debido a la inflación, los campesinos los apostaban frenéticamente, normalmente jugando al *blackjack*; no era raro que un *mujik* cualquiera perdiese mil rublos en una noche.

> Estos viejos […] compran reproducciones del Juicio Final. En el fondo de sus corazones, los campesinos creen que «el fin del mundo» se acerca. […] Y, antes de que llegue el infierno, todo lo que existe en la tierra y ha sido construido tan recientemente y con tanto esfuerzo está siendo derruido. Destrozan todo con tal ímpetu que el ruido reverbera por todo el distrito.[42]

En las zonas donde la falta de alimentos era más desesperada, los campesinos organizaron «rebeliones del hambre» y destrozaron todo lo que tenían a su alcance. Tras uno de estos alzamientos en un distrito de la provincia de Nóvgorod, las autoridades comunistas locales impusieron a sus 12.000 habitantes una «contribución» de 4,5 millones de rublos, como si fuesen nativos rebeldes en una colonia

conquistada.[43]

El hambre conllevaba ciertos riesgos, pero desde el punto de vista de los bolcheviques también tenía una cara positiva. Por una parte, el monopolio estatal sobre el comercio de alimentos, aunque perjudicial para el suministro de comida, permitió al régimen mantener un sistema de racionamiento que sirvió para controlar a la población urbana y para favorecer a quienes los apoyaban. Por otra, el hambre bajaba la moral de la población, lo que reducía su voluntad de resistir. La psicología del hambre no se conoce bien, pero observadores rusos señalaron que incrementaba la predisposición de la gente a someterse a la autoridad. «El hambre es mala compañera de la creatividad —señaló un bolchevique—, alienta un ansia ciega de destrucción, un miedo oscuro, un deseo de rendirse, de dejar nuestro propio destino en manos de otros que se harán cargo de él y lo ordenarán».[44] Quienes pasan hambre, si es que son capaces de luchar, malgastan sus energías en pelear entre sí por conseguir comida. Esta apatía política, al ser autoinducida, hace más por fomentar la sumisión incluso que la represión policial.

Que los bolcheviques fuesen conscientes de los beneficios políticos del hambre se constata por su negativa a subsanarla de la única manera factible, la que aplicarían en 1921 cuando ya estaban seguros de controlar Rusia, es decir, restablecer el libre mercado de cereales. En cuanto lo hicieron, la producción se disparó y en poco tiempo recuperó los niveles que presentaba antes de la guerra. Que esto sería así no es algo que se sepa solo *a posteriori*. En mayo de 1918, S. D. Rozenkrants, especialista en cereales, le explicó a Zinóviev que la escasez alimentaria no se debía a la «especulación», sino a la ausencia de incentivos para la producción. Bajo el

monopolio de los cereales, el campesino carecía de alicientes para cultivar más cereal del necesario para satisfacer sus necesidades inmediatas. Al sembrar tubérculos (patatas, zanahorias, remolacha) para venderlos en el mercado libre, cosa que las autoridades le permitían hacer, ganaba más dinero del que podía gastar; al precio de 100 rublos por *pud* que se pagaba en el mercado libre por esos productos, una *desiatina* le podía reportar entre 50.000 y 60.000 rublos. ¿Por qué habría de interesarse por los cereales para que después el Estado se los confiscase a sus ridículos «precios fijos»? Rozenkrants expresó su confianza en que, si el gobierno adoptaba una estrategia más empresarial, resolvería el problema de la alimentación en dos meses.[45]

Algunos bolcheviques veían con buenos ojos esta solución. Ríkov, director de la Comisión Estatal de Planificación, abogó por una combinación de entregas obligatorias de cereales y de colaboración con las cooperativas rurales y con la empresa privada.[46] Otros proponían que el gobierno comprase el grano a precios similares a los del mercado (como mínimo, 60 rublos por *pud*) y los vendiese a la población a precio reducido.[47] Pero todas estas propuestas fueron rechazadas por razones políticas. Como explicó el menchevique *Correo Socialista*,[48] el monopolio sobre los cereales era esencial para la supervivencia de la dictadura comunista; con la inmensa fuerza laboral rural fuera de su control, tuvo que recurrir al control de la producción agrícola. De hecho, según esta misma fuente, a principios de 1921 los bolcheviques estaban discutiendo una propuesta de Osinski para convertir a los campesinos en empleados del Estado a los que solo se les permitiría cultivar la tierra con la condición de que sembrasen una extensión establecida por las autoridades y entregasen todo su excedente. El estallido de la rebelión en Kronstadt y la adopción de la Nueva Política Económica

obligó a dar carpetazo a dicha propuesta. Si se hubiese liberalizado el comercio de alimentos, los campesinos enseguida habrían acumulado riqueza y habrían alcanzado una independencia económica aún mayor, lo que los habría convertido en una grave amenaza «contrarrevolucionaria». Dicho riesgo solo se podría asumir una vez que el régimen tuviese el dominio indiscutible de Rusia. El gobierno de Lenin estaba dispuesto a someter al país a una hambruna que se cobraría millones de vidas si eso le garantizaba el control del poder estatal.

Ante tales realidades políticas, todas las medidas económicas con las que los bolcheviques buscaron mejorar la escasez de comida en la primera mitad de 1918 resultaron infructuosas. Se aprobaron un decreto detrás de otro que ni modificaron los procedimientos para la recolección y distribución de comida ni supusieron ninguna amenaza para los «especuladores» alimentarios, a quienes siguieron tratando como causa de la escasez, en lugar de como consecuencia, con castigos muy severos. Entre los decretos más irrelevantes había uno redactado por Lenin a finales de diciembre de 1917. «La situación crítica del suministro de alimentos, la amenaza de una hambruna provocada por la especulación —escribió Lenin—, el sabotaje de los capitalistas y burócratas, así como el caos imperante, hacen necesario adoptar medidas revolucionarias extraordinarias para combatir el mal». Sin embargo, resultó que estas «medidas» no tenían nada que ver con el suministro de alimentos, sino que consistieron en nacionalizar los bancos rusos y en declarar un impago de las deudas interna y externa del gobierno ruso.[211*] Según Alexánder Tsiurupa, la huelga de los 1.300 empleados del Comisariado de Abastecimiento en protesta contra la dictadura comunista agravó la situación, porque fueron sustituidos por funcionarios que no tenían ni

idea de lo que debían hacer.[49]

Reacios a renunciar al monopolio sobre los cereales, los bolcheviques no hicieron nada para evitar la hambruna que la prensa de la época predecía. Como el régimen zarista cuando debía hacer frente a una crisis interna, recurrieron a reorganizaciones burocráticas y cambios procedimentales. Puesto que esta no era la manera en que los bolcheviques actuaban al afrontar los problemas que les preocupaban realmente, es difícil no llegar a la conclusión de que el hambre no entraba dentro de esa categoría.

El 13 de febrero, Trotski fue nombrado director de la Comisión Extraordinaria para el Abastecimiento. Su misión como «dictador de abastecimiento» consistía en organizar el flujo de productos alimentarios hacia las ciudades con la ayuda de «medidas revolucionarias extraordinarias». En este caso, «revolucionarias» era un eufemismo para «fuerza militar».[50] Pero acababa de asumir dicha responsabilidad cuando fue nombrado comisario de Guerra, y no se tiene constancia de que llegase a conseguir nada. El régimen continuó inundando el país con llamamientos a ayudar a Petrogrado y Moscú en su lucha contra el hambre,[51] llamamientos cargados de invectivas contra la «burguesía» nacional y extranjera, a la que se acusaba de ser la causante de la escasez. En febrero de 1918, el gobierno instauró la pena de muerte para los «vendedores ambulantes» de comida.[52] El 25 de marzo, Moscú intentó obtener comida del campo recurriendo al trueque. Asignó 1.160 millones de rublos —la producción de dos semanas de las imprentas rusas— a la compra de bienes de consumo que se intercambiarían por 2 millones de toneladas de cereales.[53] Pero, como los bienes de consumo de los que dependía todo el plan no aparecieron por ninguna parte, el proyecto fracasó. En abril, tras quedarse sin

ideas que tuviesen el mínimo atisbo de realismo, el gobierno concibió el plan de construir una nueva línea de ferrocarril para transportar cereales desde las zonas con excedente.[54] Nunca se llegó a tender ni un solo metro de vía, aunque tampoco habría tenido ninguna consecuencia si se hubiese hecho.

A principios de mayo, los bolcheviques ya no podían seguir jugando a solucionar la escasez de alimentos, ya que la situación en las ciudades y en las zonas industriales había alcanzado dimensiones alarmantes; llegó al Kremlin un aluvión de telegramas informando de que los trabajadores, que recibían las raciones más generosas, pasaban hambre.[55] En Petrogrado, en el mercado libre, una barra de pan de medio kilo, que en enero costaba 3 rublos, ahora costaba entre 6 y 12.[56] Había que hacer algo. Puesto que abrir el comercio de cereales a la libre actuación de las fuerzas del mercado, algo a lo que instaban los expertos y que los obreros de las fábricas exigían, resultaba políticamente inaceptable, había que encontrar otra solución. Y la solución pasaba por invadir y conquistar las zonas rurales por la fuerza de las armas.

Sverdlov anunció así la nueva política el 20 de mayo de 1918:

> Si podemos afirmar que la autoridad soviética revolucionaria es lo suficientemente fuerte en las ciudades […] no puede decirse lo mismo de las zonas rurales. […] Por este motivo, debemos afrontar con la máxima decisión la cuestión de la diferenciación del campo, la cuestión de crear en las aldeas dos fuerzas opuestas y hostiles. […] Solo si logramos dividir el campo en dos bandos irreconciliablemente hostiles entre sí, si somos capaces de provocar allí la misma guerra civil que tuvo lugar no hace tanto tiempo en las ciudades, […] solo entonces estaremos en condiciones de decir que haremos en el campo lo que conseguimos hacer en la ciudad.[57]

Esta extraordinaria declaración significaba que los bolcheviques habían decidido enfrentar a una parte de la

población rural contra la otra, desatando una guerra civil entre ciudadanos que convivían pacíficamente, para hacerse con una base de poder en el ámbito rural que hasta entonces no habían logrado tener. Las tropas de asalto destinadas a esta campaña estarían compuestas por trabajadores urbanos, así como por campesinos pobres y sin tierras; el «enemigo» eran los campesinos ricos, o kulaks, la «burguesía» rural.

Lenin odiaba lo que él entendía como «burguesía» con una pasión destructiva a la altura del odio que Hitler sentía hacia los judíos; solo su destrucción física lo satisfaría. La clase media urbana —los profesionales, financieros, comerciantes, industriales y rentistas— apenas le dieron problemas, pues enseguida se sometieron, lo que corroboró la tesis del manifiesto fundador de la socialdemocracia rusa de 1898, según la cual cuanto más al este uno se desplazaba más indolente era la burguesía. Cuando se les decía que retirasen la nieve con palas, retiraban la nieve con palas, e incluso posaban para los fotógrafos, sonriendo con languidez. Cuando se les imponían «contribuciones», las pagaban diligentemente. Evitaban escrupulosamente todo contacto con los ejércitos antibolcheviques o con las organizaciones clandestinas. La mayoría de ellos esperaban un milagro, quizá una intervención alemana, o quizá la evolución de las políticas bolcheviques hacia un mayor «realismo». Entretanto, su instinto les decía que no diesen problemas. Cuando, en la primavera de 1918, los bolcheviques, en un intento de elevar la productividad, empezaron a reemplearlos en empresas industriales, se dispararon sus ilusiones. Como explicó *Pravda*, de una «burguesía» como esa no había nada que temer.[58] Lo mismo valía para la *intelligentsia* socialista, a la que los bolcheviques calificaban de «pequeñoburguesa»; estos también, por sus propios motivos, prefirieron no resistirse. Criticaban a los bolcheviques, pero cada vez que se

presentaba la oportunidad de luchar, miraban hacia otro lado. [img 94]

La situación era distinta en el campo. Para los estándares occidentales, Rusia, evidentemente, carecía de «burguesía rural», que no era más que una clase de campesinos que solo vivían un poco mejor por el hecho de poseer unas cuantas hectáreas más de tierra, un caballo o una vaca más, algo de dinero y, de vez en cuando, los servicios de algún jornalero.

Pero Lenin estaba obsesionado con la imagen de «diferenciación de clase» en el campo ruso. De joven, había estudiado en profundidad las estadísticas de los *zemstvos*, tomando nota de las más mínimas variaciones en la condición económica de los distintos estratos rurales; cualquier cosa que reflejase una divergencia creciente entre los campesinos ricos y los pobres, por minúscula que fuera, era indicio de un posible conflicto social que los revolucionarios podrían aprovechar.[59] Para penetrar en los pueblos, tenía que propiciar una guerra civil, y para ello necesitaba un enemigo de clase. Con este fin, creó el mito de una clase poderosa, numerosa y contrarrevolucionaria de kulaks decididos a acabar con el «proletariado».

El problema era que, mientras que Hitler sería capaz de establecer criterios genealógicos («raciales») para determinar quién era judío, Lenin no tenía ningún estándar para definir a un kulak. Este término nunca tuvo un contenido social o económico preciso; de hecho, un observador que vivió la revolución en el campo descubrió que los propios campesinos no lo utilizaban.[60] Había aparecido en el vocabulario ruso en la década de 1860, cuando hacía referencia no a una categoría económica, sino a un tipo de campesino que, gracias a su personalidad, destacaba entre la masa del campesinado comunal; se utilizaba para describir lo que se conoce como un «buscavidas». Dichos campesinos solían dominar las

asambleas locales y los tribunales del *volost*, a veces actuaban también como prestamistas, pero esta no era la cualidad que los definía. Los publicistas y novelistas radicales de finales del siglo XIX, que soñaban con una comuna ideal y perfectamente igualitaria, les dieron a los kulaks mala fama como explotadores de los pueblos y sus habitantes, pero no hay pruebas de que los demás campesinos viesen con hostilidad a aquellos a quienes se les aplicaba tal denominación.[61] De hecho, los agitadores radicales que en la década de 1870 acudieron «al pueblo» descubrieron que en el fondo de sus corazones todos los campesinos aspiraban a ser kulaks. No resulta sorprendente, por lo tanto, que ni antes ni después de 1917 fuese posible distinguir a un campesino medio de un kulak valiéndose de algún criterio objetivo (algo que incluso Lenin, en un momento de sinceridad, se vio obligado a reconocer).[62]

La dificultad de atribuir a la expresión «kulak» un significado preciso y operativo quedó de manifiesto cuando los bolcheviques intentaron desencadenar una guerra de clases en el campo. Para los comisarios encargados de organizar a los campesinos «pobres» contra los kulaks, esta tarea resultó prácticamente imposible porque no encontraron nada que se correspondiese con estos conceptos en las comunas con las que entraron en contacto. En la provincia de Samara, uno de estos comisarios llegó a la conclusión de que el 40 por ciento de los campesinos eran kulaks,[63] mientras que los funcionarios bolcheviques en la provincia de Vorónezh informaron a Moscú de que «es imposible llevar adelante la lucha contra los kulaks y los ricos, porque constituyen la mayoría de la población».[64]

Pero Lenin necesitaba un enemigo de clase rural; mientras el campo no estuviese bajo su control político, sino bajo la

influencia de los socialistas revolucionarios, los bastiones bolcheviques en las ciudades seguirían siendo extremadamente vulnerables. La negativa de los campesinos a vender alimentos a precios fijos le proporcionó a Lenin la oportunidad de unir a la población urbana contra el campesinado, con el supuesto objetivo de obtener comida, pero en realidad como estratagema para meterlos en cintura.

Era Engels el que había dicho que el proletariado pobre y sin tierra podría, bajo determinadas condiciones, convertirse en aliado de la clase trabajadora industrial. Lenin adoptó este punto de vista.[65] Ahora ponía en práctica esta premisa. En agosto de 1918 comentó informalmente estadísticas referentes a la estructura de clases del campo ruso que acabarían teniendo consecuencias fatales.

> Supongamos […] que en Rusia tenemos alrededor de 15 millones de familias campesinas, teniendo en cuenta que hablamos de la Rusia anterior, antes de que los ladrones nos separasen de Ucrania y demás. De estos 15 millones, sin duda unos 10 millones son los pobres, que viven de vender su mano de obra o de esclavizarse a los ricos, o que carecen de excedente de cereales y han sufrido con particular dureza los rigores de la guerra. Alrededor de 3 millones deben contarse como campesinos medios, y poco más de 2 millones son kulaks, ricos, especuladores de pan.[66]

Estas cifras no guardaban ni la más mínima relación con la realidad, sino que se limitaban a repetir, a grandes rasgos, el tipo de cálculos que Lenin solía hacer antes de la revolución sobre la «diferenciación de clase» en el campo ruso. Así, en 1899 había calculado que la proporción entre la cantidad de hogares de campesinos ricos, medios y pobres era de 2, 4 y 4. En 1907 llegó a la conclusión de que el 80,8 por ciento de los hogares campesinos eran «pobres», el 7,7 eran «medios» y el 11,5 por ciento, acomodados.[67] Las cifras más recientes de Lenin ignoraban el hecho de que, como consecuencia de la revolución agraria, el número de campesinos tanto pobres como ricos había disminuido. Medio año después de declarar

que los «pobres» formaban dos tercios de todos los campesinos, describió al campesinado medio como la «fuerza más poderosa».[68] Claramente, sus cifras no se basaban en datos estadísticos, sino que eran eslóganes políticos, tomados de Engels, quien en 1870 había establecido, refiriéndose a Alemania, que «los jornaleros forman la clase más numerosa en el campo».[69] Con independencia de la validez que esta generalización pudiera haber tenido en la Alemania de finales del siglo XIX, sin duda no la poseía en Rusia tras 1917, donde la «clase más numerosa en el campo» estaba formada por campesinos medios y autónomos.

La tan cacareada «diferenciación de clase» en el ámbito rural ruso era también fruto de la imaginación de los intelectuales urbanos que obtenían su información de resúmenes estadísticos. ¿Cómo se definía el capitalismo rural? Según Lenin, «el síntoma e indicador principal del capitalismo en la agricultura es la mano de obra contratada».[70] Ahora bien, de acuerdo con el censo agrario de 1917, en las diecinueve provincias de las que se tiene información solo 103.000 hogares rurales de casi 5 millones empleaban mano de obra contratada, lo que daría una proporción de «capitalistas» rurales del 2 por ciento. Pero incluso esta cifra deja de tener sentido cuando se tiene en cuenta que estos 103.000 hogares daban trabajo a un total de 129.000 jornaleros, apenas algo más de uno por hogar.[71] Es posible que a dichos jornaleros se les contratase porque alguno de los miembros del hogar hubiese caído enfermo o hubiese sido llamado a filas. En cualquier caso, teniendo en cuenta que solo un 2 por ciento de los hogares empleaba en promedio a un solo jornalero, hablar de penetración del «capitalismo» en el campo ruso sería estirar este concepto hasta sus límites más extremos, y no digamos ya afirmar que 2 millones de kulaks estaban explotando a 10 millones de campesinos «pobres».

Utilizando otro criterio —a saber, la falta de acceso a tierra comunal—, los estadísticos comunistas han determinado que menos del 4 por ciento de la población rural podía considerarse «pobre».[72]

Lenin ignoró esta prueba empírica; decidido a dar rienda suelta a una «guerra de clases» entre el campo y la ciudad, trazó una imagen fantástica de las condiciones socioeconómicas en las zonas rurales para así tener una excusa para invadirlas. Sus verdaderos criterios para determinar quién era «burgués» en los pueblos no eran económicos, sino políticos; a sus ojos, todo campesino antibolchevique podía considerarse un kulak.

Los decretos agrarios que los bolcheviques publicaron en mayo y junio de 1918 tenían un propósito cuádruple: (1) destruir a los campesinos activos políticamente, casi todos ellos leales a los socialistas revolucionarios, al calificarlos de «kulaks»; (2) socavar la propiedad comunal de tierras y allanar el terreno para las explotaciones agrarias colectivas gestionadas por el Estado; (3) revitalizar los sóviets rurales al expulsar a los socialistas revolucionarios y reemplazarlos por bolcheviques urbanos o simpatizantes externos al partido, y (4) obtener alimentos para las ciudades y los núcleos industriales. A la recolección de comida se le dio el máximo protagonismo en la propaganda gubernamental, pero en los planes bolcheviques se le otorgó la prioridad más baja. Cuando la situación se estabilizó, la cantidad de comida obtenida de los campesinos resultó ser irrisoria, aunque no sucedió lo mismo con los resultados políticos.

La campaña contra el campo se llevó a cabo con la precisión y brutalidad de una operación militar. Las principales decisiones estratégicas se aprobaron en reuniones del Sovnarkom celebradas el 8 y 9 de mayo, probablemente

después de que el Comité Central bolchevique las hubiese votado. El Sovnarkom reconfirmó el monopolio estatal sobre el comercio de cereales. El comisario de Abastecimiento, Tsiurupa, obtuvo poderes extraordinarios para aplicar las disposiciones del decreto del 13 de mayo, que obligaba a todos los campesinos a entregar sus excedentes de cereales, que se les pagarían a precios fijos, en determinados puntos de recogida.[73] Quienes no lo hicieran, y acumulasen sus excedentes o los utilizasen para producir licores caseros, serían declarados «enemigos del pueblo». Lenin instó a las masas a emprender una «guerra inmisericorde y terrorista contra la burguesía campesina».[74] Esta campaña estaba diseñada como una ofensiva bifronte contra los «kulaks»; desde el interior, por medio de un quinta columna compuesta de campesinos pobres organizados en comités de pobres (*kombedi*), y desde el exterior, a través de «destacamentos de alimentos» (*prodovolstvenniye otriadi*) de trabajadores armados que marcharían sobre los pueblos y obligarían a los «kulaks» a punta de fusil a desembolsar sus provisiones.

El preámbulo del decreto del 13 de mayo acusaba a la «burguesía rural» de haberse enriquecido con la guerra y de negarse a venderle comida al gobierno para así poder especular con ella en el mercado negro. El supuesto objetivo de los campesinos ricos consistía en obligar al gobierno a renunciar a su monopolio sobre el comercio de cereales. Si el gobierno sucumbiese a este chantaje, continuaba el decreto, ignorando la relación entre la oferta y la demanda, los precios del pan se dispararían y la comida pasaría a estar completamente fuera del alcance de los trabajadores. Debía acabarse con la «cabezonería» de los «kulaks» rurales: «Ni un solo *pud* de cereales debería permanecer en manos de los campesinos, más allá de los necesarios para sembrar los campos y alimentar a sus familias hasta la siguiente cosecha».

Se desarrollaron procedimientos detallando la manera en que se debían depositar los alimentos. Cada campesino sin excepción debía entregar todo su excedente en la semana siguiente a la aprobación del decreto. Quienes no lo hicieran serían puestos a disposición de los tribunales revolucionarios, donde se enfrentarían a penas de prisión de un mínimo de diez años, a la confiscación de todas sus propiedades y a la expulsión de la comuna.[212*]

Bandas armadas, a veces constituidas en Guardias Rojas, habían estado saqueando los pueblos en busca de comida desde el invierno anterior. Solían toparse con la resistencia feroz de los campesinos, con los refuerzos de soldados que habían vuelto a casa desde el frente con sus armas; normalmente, volvían con las manos vacías.[75] Lenin había propuesto en enero de 1918 la formación de «varios miles de destacamentos de abastecimiento», formados cada uno de ellos por entre diez y quince trabajadores, que estarían autorizados a disparar a los campesinos testarudos, pero su idea no consiguió el apoyo que habría deseado.[76] Solo a partir de la primavera de 1918 procedieron sistemáticamente los bolcheviques a organizar unidades de terror rurales. La primerísima medida fue un llamamiento a los trabajadores de Petrogrado, publicado el 21 de mayo con la firma de Lenin, al que siguieron otros llamamientos y órdenes.[77] La idea de obtener alimentos por la fuerza estaba claramente inspirada en la *armée révolutionnaire*, creada, en una de sus primeras decisiones, por el Comité Francés de Seguridad Pública en junio de 1793, acompañada por leyes que prohibían la acumulación de productos.

A los trabajadores rusos no les gustaban estos métodos. Podían ser movilizados contra el *burzhui* o el terrateniente, de quienes los separaba un abismo cultural insalvable, pero no

contra el campo, donde muchos de ellos habían nacido y aún tenían familia. No sentían ni un ápice de la enemistad de clase contra los campesinos, ni siquiera contra los que estaban relativamente acomodados, que Lenin y sus seguidores les atribuían. Los socialistas revolucionarios de izquierdas, que disfrutaban de un apoyo considerable entre los trabajadores de Petrogrado, protestaron contra las medidas de los bolcheviques para avivar el odio de clases entre obreros y campesinos. De hecho, su Comité Central prohibió a los miembros del partido que se alistasen en los destacamentos de alimentos. Zinóviev se topó con considerables dificultades al tratar de poner en práctica los decretos de mayo, a pesar de que ofreció a los voluntarios generosos incentivos. El 24 de mayo anunció que los destacamentos partirían en busca de comida dentro de dos días, pero prácticamente nadie se presentó. Las reuniones en las fábricas de Petrogrado, organizadas por delegados de los trabajadores, aprobaron resoluciones de oposición a esta medida.[78] Cinco días más tarde, Zinóviev repitió el llamamiento, acompañándolo de una amenaza a la «burguesía»: «Les daremos un dieciseisavo de libra al día para que no olviden el olor del pan. Pero si tenemos que recurrir a la paja molida, la burguesía será la primera en recibirla».[79] Los trabajadores no se inmutaron, y prefirieron, con un sentido común que se echaba muy en falta entre la *intelligentsia* bolchevique, resolver la escasez de alimentos liberalizando el comercio de cereales. Sin embargo, con el tiempo, mediante una combinación de amenazas e incentivos, Zinóviev logró formar algunos destacamentos de alimentos, el primero de los cuales, una unidad de 400 hombres, partió hacia el campo el 1 de junio.[80]

Los destacamentos de alimentos fueron una decepción. Puesto que los trabajadores de buena fe no se sumaron a ellos, la mayoría de quienes sí lo hicieron era chusma urbana que

fue a los pueblos a saquearlos. Lenin enseguida recibió quejas a este respecto.[81] Poco después de que los primeros destacamentos de abastecimiento hubiesen hecho acto de presencia en los pueblos, envió el siguiente mensaje a los trabajadores de un establecimiento industrial:

> Tengo plena confianza en que los camaradas trabajadores de Viksa llevarán a cabo su admirable plan de lanzar un movimiento de masas en busca de pan, con ametralladoras, como verdaderos revolucionarios; esto es, que conformarán los destacamentos con individuos seleccionados —hombres de fiar, no saqueadores— que trabajarán siguiendo las instrucciones de perfecta conformidad con Tsiurupa en favor de la tarea común de salvar del hambre a todos aquellos que la padecen, y no solo a sí mismos.[82]

A juzgar por las quejas de los campesinos, era habitual que las bandas armadas de las ciudades hiciesen acopio de productos robados y se emborrachasen con el licor de fabricación casera que habían requisado.[83] A pesar de las amenazas de castigos severos, tales actividades persistieron, y finalmente el gobierno tuvo que permitir que los miembros de los destacamentos de alimentos se quedasen para su uso personal con hasta 20 libras de productos alimentarios, incluyendo un máximo de 2 libras de mantequilla, 10 de pan y 5 de carne.[84]

Pero ni las amenazas de represalias ni las concesiones al interés personal surtieron efecto, y poco tiempo después el régimen tuvo que recurrir al recién creado Ejército Rojo. No fue casualidad que el decreto que implantaba el servicio militar obligatorio en la Rusia soviética, aprobado el 29 de mayo de 1918, coincidiese con el establecimiento de los destacamentos de alimentos. Una reveladora directiva, redactada por Lenin de su puño y letra el 26 de mayo y aprobada por el Comité Central al día siguiente, indica que la primerísima misión del recién constituido Ejército Rojo sería hacer la guerra al campesinado ruso:

1. El Comisariado de Guerra se transformará en un Comisariado de Abastecimiento Militar. Esto es, nueve décimas partes del trabajo del Comisariado de Guerra se centrará en adaptar el ejército a la guerra por el pan y a la ejecución de una guerra de este tipo durante tres meses, entre junio y agosto.

2. Durante ese mismo período, el país entero estará bajo la ley marcial.

3. Movilizar al ejército, separando a sus unidades sanas, y reclutar a jóvenes de diecinueve años, al menos en algunas regiones, para llevar a cabo operaciones sistemáticas con el objetivo de tomar la cosecha y hacer acopio de comida y combustible.

4. Implantar la pena de muerte para castigar la falta de disciplina […]

[…]

9. Instaurar la responsabilidad colectiva para los destacamentos [de abastecimiento] al completo, con la amenaza de ejecución de uno de cada diez miembros por cada caso de saqueo.[85]

Solo el estallido de la rebelión checa evitó que se destinase a todo el Ejército Rojo a combatir al campesinado; no obstante, este tuvo un papel destacado en dicha campaña. Durante la conformación del Ejército Rojo, Trotski anunció que su misión durante los dos o tres meses siguientes sería «combatir el hambre»,[86] una forma sutil de decir «combatir a los campesinos». Aunque no se otorgaron medallas por esta campaña, la guerra contra el *mujik* le proporcionó al Ejército Rojo su primera experiencia de combate. En última instancia, 75.000 soldados regulares se unieron a 50.000 civiles armados en el combate contra los productores de alimentos del país.[87]

Los campesinos respondieron a la fuerza con fuerza. Los periódicos de la época están repletos de informaciones sobre batallas campales entre unidades gubernamentales y campesinos. Los comandantes de las unidades militares y civiles que marcharon sobre los pueblos informaban habitualmente de «alzamientos kulaks», pero los testimonios dejan claro que la resistencia que se encontraron se debió a la defensa espontánea de sus propiedades por parte de los campesinos, y en ella participaron no solo los «ricos», sino toda la población rural. «Cuando se analizan con mayor

detenimiento, las llamadas rebeliones kulaks parecen haber sido casi siempre alzamientos generales de los campesinos, en los que no se aprecian distinciones de clase».[88] A los campesinos no les preocupaban lo más mínimo las necesidades de la ciudad y no sabían nada de la «diferenciación de clase». Lo único que veían eran bandas armadas procedentes de las ciudades, a menudo formadas por ex campesinos con cazadoras de cuero o uniformes militares, que venían a robarles los cereales. Nunca, ni siquiera cuando eran siervos, les habían hecho entregar sus cosechas, y no estaban dispuestos a empezar a hacerlo ahora.

La siguiente información, aparecida en un periódico de la época, de los incidentes acaecidos durante la segunda mitad de 1918 en distintas zonas rurales es representativo del género:

> Cuando el destacamento de abastecimiento llegó al *volost* de Gorodishchenskaya, en la provincia de Oriol, las mujeres, en lugar de entregar los productos, los arrojaron al agua, de donde los recuperaron una vez que los inesperados visitantes se hubieron marchado. En el *volost* de Lávrov, en esa misma provincia, los campesinos desarmaron a un «destacamento Rojo». En la provincia de Oriol, las requisiciones se efectúan a gran escala. Se preparan como si se tratase de una verdadera guerra. «En algunos distritos, […] durante las requisiciones de pan, se han movilizado todos los automóviles privados, los caballos de monta y los coches de caballos». En el *volost* de Nikolskaya y sus alrededores tienen lugar batallas regularmente, con heridos y muertos en ambos bandos. El destacamento solicitó por telegrama que Oriol enviase munición y ametralladoras. […] Desde la provincia de Sarátov se informa de que […]: «Los pueblos están alerta y listos para la batalla. En algunos del distrito de Volski, los campesinos recibieron a las tropas del Ejército Rojo con horcas y las instaron a dispersarse». En la provincia de Tver, «los destacamentos de partisanos enviados a los pueblos en busca de comida se toparon con resistencia en todas partes; hay informaciones de encuentros en varias localidades; para evitar que les requisen el cereal, los campesinos lo esconden en los bosques [y] lo entierran en el suelo». En el bazar de Korsun, en la provincia de Simbirsk, los campesinos llegaron a las manos con las tropas del Ejército Rojo que trataban de incautarles el cereal; un soldado murió y varios resultaron heridos.[89]

En enero de 1919, *Izvestia* publicó un informe sobre una investigación gubernamental de un alzamiento de «kulaks Guardias Blancos» en un pueblo de la provincia de Kostroma, que ilustraba lo que significaba realmente el ataque contra la «burguesía» rural. La investigación reveló que el presidente del Comité Ejecutivo del pueblo golpeaba a los prisioneros con frecuencia, a veces con bastones. A algunas de sus víctimas las despojaban de sus zapatos y las obligaban a caminar sobre la nieve. Las llamadas requisiciones de alimentos fueron en realidad robos ordinarios, durante los cuales los campesinos eran apaleados con *nagaiki* cosacos. Al aproximarse al pueblo, el destacamento abría fuego de ametralladora para atemorizar a los campesinos. Después comenzaban los apaleamientos. «Los campesinos tenían que ponerse cinco o más camisas para amortiguar los golpes, pero no servía de mucho porque los látigos estaban reforzados con alambre; tras una paliza, las camisas se les pegaban a la piel y se secaban, y debían empaparlas en agua caliente para separarlas del cuerpo». Los miembros del destacamento instaban a los soldados a que golpeasen a los campesinos con cualquier cosa que tuviesen a mano, «para que se acordasen de la autoridad soviética».[90]

Mientras el gobierno proseguía con su campaña, el campo se alzó en rebeldía. Esto era algo inaudito en la historia de Rusia, ya que los levantamientos anteriores, como los de Razin o Pugachov, habían sido asuntos regionales, confinados normalmente a las tierras fronterizas del este y el sudeste. Nada como esto había sucedido antes en el centro de Rusia. La resistencia rural a los bolcheviques que surgió en el verano de 1918 representó, tanto por su alcance como por las cifras que alcanzó, la mayor rebelión campesina que el país había vivido jamás.[213*]

Su desarrollo, sin embargo, aún se conoce de forma muy incompleta, debido a que las autoridades encargadas de los archivos soviéticos se niegan a permitir el acceso a los documentos relevantes y a la inexplicable falta de interés por el asunto que muestran los historiadores occidentales.[214*] La Checa informó de 245 «levantamientos» rurales (*vosstania*) en 1918, que se cobraron las vidas de 875 bolcheviques y 1.821 rebeldes. Además, otros 2.431 rebeldes fueron ejecutados.[91] Pero esta cifra podría no reflejar más que una parte de las víctimas, quizá solo las que pertenecían al propio personal de la Checa. Una obra reciente de un historiador comunista afirma que, a juzgar por los datos incompletos, solo entre julio y septiembre de 1918, en veintidós provincias fueron asesinados alrededor de 15.000 «partidarios» (*storonniki*) de los bolcheviques, término que engloba a los soldados del Ejército Rojo, los miembros de los destacamentos de abastecimiento y los cargos comunistas.[92] Una historia del Partido Comunista en Cheliábinsk muestra una fotografía de un destacamento de 300 hombres del Ejército Rojo posando alrededor de una ametralladora. Según la leyenda de la imagen, la unidad al completo, salvo por un único superviviente, pereció en el curso de un «levantamiento de kulaks».[93] Obviamente, en otras regiones y provincias se produciría un número comparable de bajas en ambos bandos.[94]

El alzamiento antibolchevique de campesinos de 1918-1919, cuyo desarrollo no se conoce ni siquiera remotamente bien, acabó siendo reprimido. Aunque el número de campesinos rebeldes superaba con creces al de las fuerzas gubernamentales, se vieron lastrados por su limitada potencia de fuego y, sobre todo, por su falta de organización; cada levantamiento era espontáneo y estaba muy localizado.[95] Los socialistas revolucionarios, a pesar de su papel dominante en

el ámbito rural, se negaron a organizar a los campesinos, casi con toda seguridad por temor a hacerles el juego a los blancos.

A pesar de la brutalidad de los destacamentos de abastecimiento, la cantidad de alimentos que llegó a las ciudades fue mínima; la poca comida que consiguieron obtener se la apropiaron los propios miembros de los destacamentos. El 24 de julio de 1918, dos meses después de que se hubiesen instituido estas unidades, Lenin informó a Stalin de que hasta ese momento no había llegado comida ni a Petrogrado ni a Moscú.[96] Este fiasco de la política más brutal imaginable llevó a Lenin al paroxismo de la furia. Al aproximarse la época de la cosecha, y como los despachos desde el «frente» rural indicaban un fracaso constante, reprendió a los mandos bolcheviques por su falta de resolución y ordenó represalias aún más brutales. El 10 de agosto envió un telegrama a Tsiurupa:

> 1. Es un escándalo mayúsculo, un escándalo disparatado, que Sarátov tenga pan y no seamos capaces de requisarlo. […]
>
> 2. Un proyecto de decreto: en cada distrito que produzca pan, de 25 a 30 *rehenes* de entre los *ricos*, que responderán con sus *vidas* por la recolección y la entrega de *todo* el excedente.[97]

Cuando Tsiurupa respondió: «Se pueden tomar rehenes cuando se tiene un poder real. ¿Existe? Cabe la duda», Lenin contestó: «No propongo *tomar* los "rehenes", sino *designarlos*».[98] Esta fue la primera mención de la práctica de la toma de rehenes, que cuatro semanas más tarde, bajo el «Terror Rojo», se emplearía a escala masiva. Que Lenin hablaba en serio al referirse a esta bárbara política es patente por una orden que envió a la provincia de Penza, donde se estaba produciendo una revuelta campesina:

> Al reprimir el levantamiento en los cinco distritos, utilicen todos los medios y adopten todas las medidas para quitarles los excedentes de cereales a sus propietarios, logrando este propósito de forma simultánea a la

represión de la revuelta. A este fin, designen en cada distrito (designen, no tomen) rehenes, por su nombre, de entre los kulaks, hombres ricos y explotadores a los que se les encomendará la responsabilidad de la recogida y entrega en los puestos asignados o en los puntos de recogida de cereales, así como de la entrega a las autoridades de todo el excedente de cereales sin excepción.

Estos rehenes responderán con sus vidas por el pago exacto y pronto de la contribución.[99]

El 6 de agosto, Lenin decretó una «intensificación del terror masivo e inmisericorde» contra la parte «contrarrevolucionaria» de la «burguesía» y el «despiadado exterminio de los traidores» que utilizaban el hambre como un «arma». Todos los que opusieron resistencia a las requisiciones de los excedentes de cereales, incluidos los «vendedores ambulantes de comida», habrían de ser puestos a disposición de los tribunales revolucionarios y, si se les apresaba armados, debían ser fusilados en el acto.[100] En un episodio de ira irracional, Lenin ordenó que a los «kulaks» se les privase no solo del cereal sobrante, sino del que necesitaban para sembrar la próxima cosecha.[101] Sus discursos y órdenes por escrito de este período indican que la frustración ante la resistencia del campesinado nubló su capacidad de raciocinio. Esto resulta evidente en este llamamiento a los trabajadores industriales en agosto de 1918, en el que los exhortaba a «la última batalla decisiva»:

El kulak detesta irracionalmente la autoridad soviética y está dispuesto a ahogar y despedazar a cientos de miles de trabajadores. […] O bien los kulaks desmembrarán a un número ilimitado de trabajadores, o bien estos sofocarán despiadadamente las revueltas de una minoría ladrona de personas contra el poder de los trabajadores. No puede haber término medio. […] Los kulaks son los explotadores más brutales, toscos y salvajes. […] Estos chupasangres se han enriquecido durante la guerra a costa de las penurias del pueblo, han acumulado miles y cientos de miles […]. Estas arañas han engordado a expensas de los campesinos, empobrecidos por la guerra, y de los obreros hambrientos. Estas sanguijuelas se han bebido la sangre de los trabajadores, haciéndose más ricos cuanta más hambre pasaban los obreros en las ciudades y las fábricas. Estos vampiros han acumulado y siguen acumulando en sus manos las tierras de los

terratenientes, y esclavizan, una y otra vez, a los campesinos pobres. ¡Guerra inmisericorde contra los kulaks! ¡Muerte a todos ellos![215*]

Como un historiador ha observado con gran acierto: «Probablemente esta fue la primera ocasión en la que el líder de un Estado moderno incitó al populacho al equivalente social de un genocidio».[102] Era característico de Lenin disfrazar una acción ofensiva como autodefensa, en este caso defensa contra la amenaza completamente imaginaria de que los «kulaks» aniquilarían físicamente a la clase obrera. Su fanatismo en este asunto no tenía límites; en diciembre de 1919 afirmó que «todos nosotros —un pronombre que no concretó más pero que era poco probable que los incluyese a él y a sus colaboradores— moriremos» antes de permitir el comercio libre de cereales.[103]

Para vencer la resistencia campesina, el Sovnarkom colocó el 19 de agosto a Trotski, comisario de Guerra, al mando de todas las unidades que participaban en esta acción, incluidos los destacamentos de abastecimiento civil, que hasta entonces habían dependido del Comisariado de Abastecimiento.[104] Al día siguiente, Tsiurupa dio instrucciones de que se militarizase la operación de requisición de alimentos. Los destacamentos pasaron a depender directamente de las autoridades provinciales y militares, y estar sujetos a la disciplina militar. Cada destacamento constaría de un mínimo de 75 hombres y dos o tres ametralladoras. Mantendrían contacto con las unidades de caballería cercanas y se organizarían para combinar varios destacamentos en uno si la fuerza de la resistencia campesina lo hacía necesario. Asignado a cada destacamento, como a las unidades regulares del Ejército Rojo, había un comisario político, cuya responsabilidad era la de organizar los comités de pobres.[105]

Como ya se ha señalado, se pretendía que estos comités de pobres funcionasen como una «quinta columna» en el campo

enemigo, que colaboraría con el Ejército Rojo y con los destacamentos de abastecimiento. Sirviéndose del resentimiento económico de los sectores rurales más indigentes, Lenin confiaba en poder azuzarlos contra los más ricos y, como consecuencia del subsiguiente enfrentamiento, lograr penetrar políticamente en los pueblos.

Sus esperanzas se vieron truncadas por dos motivos. La estructura social real de los pueblos rusos no guardaba ninguna semejanza con la que él había tomado como punto de partida; la idea de Lenin de que tres cuartas partes de los campesinos eran «pobres» era pura fantasía. El «proletariado sin tierra», que constituía el núcleo de los pobres rurales, representaba en la Rusia central apenas el 4 por ciento de la población rural; el 96 por ciento restante eran «campesinos medios» y unos pocos «ricos». Así pues, los bolcheviques carecían de una base social realista desde la que instigar una guerra de clases en el campo.

Para complicar aún más las cosas, ni siquiera ese 4 por ciento estaba dispuesto a colaborar. Por mucho que los campesinos discutiesen entre sí, cuando percibían una amenaza externa, ya fuese por parte de las autoridades o de campesinos de otras regiones, cerraban filas. En tales ocasiones, ricos, medios y pobres pasaban a ser una sola familia. En palabras de un socialista revolucionario de izquierdas: «Cuando los destacamentos de alimentos aparecen en un pueblo, no consiguen nada de comida, por supuesto. ¿Qué es lo que logran? Crear un frente unitario, desde los kulaks a los campesinos sin tierras, que combaten la auténtica guerra que la ciudad ha declarado contra el pueblo». [106] Un campesino lo suficientemente imprudente como para delatar a sus paisanos, confiando en recibir las recompensas que el régimen le prometía, firmaría su sentencia de muerte

social, e incluso física; en cuanto el destacamento de abastecimiento se retirase, sería expulsado de la comuna, cuando no asesinado. En esta situación, la idea misma de enfrentar a los «pobres» contra los «ricos» en una guerra de clases «despiadada» resultó ser una absoluta fantasía.

Lenin o bien no conocía estos datos o bien decidió ignorarlos por consideraciones políticas de orden superior. Como Sverdlov había reconocido en mayo, el gobierno bolchevique era débil en el campo y solo podría introducirse «provocando una guerra civil». Los sóviets, que habían surgido en las ciudades, no eran populares entre los campesinos porque duplicaban las funciones de la asamblea del pueblo, la forma tradicional de autogobierno rural. En el verano de 1918, la mayoría de las localidades rurales carecía de sóviet; allí donde existían, operaban de manera bastante superficial bajo el liderazgo de los campesinos más elocuentes o de la *intelligentsia* de la localidad, simpatizantes del Partido Socialista Revolucionario. Lenin estaba decidido a cambiar esta situación.

El propósito aparente de los comités de pobres era ayudar a los destacamentos de abastecimiento y a las unidades del Ejército Rojo a descubrir acaparadores de cereales. Pero su verdadera misión era servir como núcleos de nuevos sóviets rurales que, dirigidos por comunistas urbanos de confianza, actuasen en estricta conformidad con las directivas de Moscú.

El Ispolkom discutió la creación de estos comités (*kombedi*) el 20 de marzo, y decretó su implantación en toda Rusia el 11 de junio.[107] Cuando se trató el asunto en el Ispolkom, recibió duras críticas por parte de los mencheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas, pero los bolcheviques impusieron su mayoría.[108] El régimen aprobó un «decreto relativo a la organización y

aprovisionamiento» de los pobres rurales, que contemplaba el establecimiento en cada *volost* y pueblo grande (*selo*), junto a los sóviets ya existentes y bajo su supervisión, de comités de pobres compuestos tanto por campesinos locales como por nuevos colonos, con la salvedad de «notables kulaks y hombres acaudalados», cabezas de familia que dispusiesen de un excedente de cereales y otros productos agrícolas, aquellos que poseían establecimientos comerciales e industriales, y quienes contrataban mano de obra. La tarea de los comités consistía en ayudar a las unidades del Ejército Rojo y a los destacamentos de abastecimiento a localizar y confiscar reservas de alimentos. Para garantizar su colaboración, a los miembros de los *kombedi* se les prometía una parte de lo confiscado, sin coste hasta el 15 de julio y a un precio simbólico después de esa fecha. Y para que incorporarse al *kombedi* resultase todavía más atractivo, los comités también estaban autorizados para confiscar la maquinaria y las mercancías de la «burguesía rural» y repartirlas entre sus miembros. Así era como se incitaba a una parte de la población rural a denunciar y desvalijar a la otra.

Aunque las consecuencias para aquellos a quienes les afectaba sin duda eran enormes, las provisiones del decreto eran ambiguas. ¿Quiénes eran los «notables kulaks y hombres acaudalados» y cómo se les distinguiría de otros campesinos que poseían un excedente de cereales? ¿En qué sentido estaban los *kombedi* subordinados a los sóviets locales, que se encargaban del gobierno local y eran responsables de la distribución de alimentos?

Como se pudo comprobar, los campesinos pobres eran tan reacios a alistarse en los *kombedi* como los trabajadores industriales a hacerlo en los destacamentos de abastecimiento. A pesar de la enorme presión, en septiembre de 1918, tres meses después de haber sido decretados, se cree

que solo en una de cada seis aldeas existía un Comité de los Pobres. En muchas provincias —como Moscú, Pskov, Samara y Simbirsk, todas ellas importantes regiones agrícolas— no había ni uno.[109] El gobierno siguió destinando grandes sumas de dinero a este objetivo, sin mucho éxito. Allí donde no existían los sóviets rurales, la orden se ignoró; donde sí existían, normalmente declararon que los *kombedi* eran redundantes, y en su lugar crearon sus propias «comisiones de abastecimiento», lo cual chocaba de frente con el objetivo mismo de la iniciativa.

Impertérritos, los bolcheviques siguieron adelante con la campaña. Se envió a miles de bolcheviques y simpatizantes al campo para agitar, organizar y superar la resistencia de los sóviets rurales. El siguiente incidente ilustra los métodos que empleaban:

> De los protocolos de la conferencia entre sóviets locales y de *volost* y representantes de los comités de pobres del distrito de Saransk, que tuvo lugar el 26 de julio de 1918:
>
> *Se ha resuelto*: que las funciones de los comités de pobres se encomendarán a los sóviets locales y de *volost*.
>
> Una vez efectuada la votación, el camarada Kaplev [vicepresidente] informó a la conferencia en nombre del comité local de los comunistas-bolcheviques de que, al parecer, la mayoría de los asistentes a la misma habían votado en contra de la decisión de la autoridad central debido a un malentendido. Por este motivo, en base al decreto y a las instrucciones relativas al asunto, el partido enviará a sus representantes a las localidades para que expliquen a la población la importancia de los comités de pobres y procedan a organizarlos, de acuerdo con el decreto [del gobierno].[110]

De esta manera, los cargos del partido invalidaron la votación por la que los campesinos rechazaban la creación de los comités de pobres. Empleando métodos tan duros como estos, hasta diciembre de 1918 los bolcheviques organizaron 123.000 *kombedi* (es decir, algo más de uno por cada dos localidades).[111] Es imposible determinar si estas organizaciones se pusieron realmente en marcha, o incluso si

llegaron a existir; cabe la sospecha de que en muchos casos solo existieron sobre el papel. En la mayoría de los casos, los presidentes de los *kombedi* pertenecían al Partido Comunista o bien se declaraban «simpatizantes».[112] En este último caso, los presidentes estaban sometidos a forasteros, normalmente *apparatchiki* urbanos, pues en esa época apenas había campesinos en el Partido Comunista; un estudio estadístico de doce provincias de la Rusia central reveló que en 1919 solo había 1.585 comunistas en las regiones centrales.[113]

Moscú veía los *kombedi* como una institución de transición; Lenin pretendía convertirlos en sóviets. En noviembre de 1918 declaró: «Fusionaremos los *kombedi* con los sóviets, lo dispondremos de tal manera que los *kombedi* se convertirán en sóviets».[114] Al día siguiente, Zinóviev habló sobre el asunto ante el Congreso de los Sóviets, y explicó que la tarea de los *kombedi* consistía en reformar los sóviets rurales para que se pareciesen a los urbanos; esto es, para que se convirtiesen en órganos de «construcción socialista». Esto hacía necesarias unas «reelecciones» de los sóviets rurales a escala nacional, de acuerdo con las reglas que establecería el Comité Ejecutivo Central,[115] que se hicieron públicas el 2 de diciembre[116] y en las que se explicaba que, puesto que los sóviets rurales habían sido elegidos antes de que la «revolución socialista» llegase al campo, seguían dominados por los «kulaks». Ahora era necesario conseguir que los sóviets rurales estuviesen en «plena armonía» con los urbanos. Se celebrarían unas nuevas elecciones a los sóviets tanto locales como de *volost* bajo la supervisión de los *kombedi*. Para garantizar que los sóviets rurales adquirían el debido carácter «de clase», las ejecutivas de los sóviets de las ciudades de provincias supervisarían las elecciones y, donde fuese necesario, se expulsaría a los elementos indeseables.[216*]

A los kulaks y otros especuladores y explotadores se les debían restringir sus derechos. Ignorando las disposiciones de la Constitución de 1918 según las cuales todo el poder les correspondía a los sóviets, el decreto establecía que la «tarea principal» de los recién elegidos sóviets rurales era «llevar a la práctica todas las decisiones de los órganos superiores correspondientes de la autoridad soviética» (esto es, el gobierno central). Su propia autoridad —muy similar a la de los *zemstvos* de la Rusia zarista— debía limitarse a elevar los «estándares culturales y económicos» de su región por medios tales como la recopilación de datos estadísticos, el fomento de la industria local y la colaboración con el gobierno en la incautación de cereales. Dicho de otro modo, se transformarían, principalmente, en transmisores de las decisiones burocráticas y, en segundo lugar, en instituciones encargadas de mejorar las condiciones de vida de la población. Una vez que hubiesen completado su misión, los *kombedi* se disolverían.[217*]

Las reelecciones a los sóviets locales y de *volost*, que se celebraron en invierno de 1918-1919, siguieron paso por paso el patrón establecido previamente por los bolcheviques en las ciudades.[117] Todos los cargos ejecutivos estaban asignados de antemano a miembros del Partido Comunista, así como a «simpatizantes» o «independientes». Puesto que los campesinos se empecinaban en elegir una y otra vez a sus propios candidatos, Moscú ideó métodos que le garantizasen resultados más favorables. En la mayoría de las localidades, la votación se efectuaba en público,[118] lo cual tenía un efecto intimidatorio, puesto que un campesino que no votase lo que se le había ordenado se arriesgaba a que lo tildasen de «kulak». Además, en ellas solo podía participar el Partido Comunista, lo cual se plasmó en una disposición según la cual los únicos partidos y facciones que podrían presentar

candidatos serían los que lo hiciesen «sobre la plataforma de la autoridad soviética». Se hizo oídos sordos a las protestas de que la Constitución de 1918 no hacía ninguna mención a que los partidos se tuviesen que presentar a las elecciones soviéticas.[119] En muchas localidades, las células del Partido Comunista exigieron que se pudiera aprobar a cualquier candidato que se presentase a las elecciones. Si, a pesar de todas estas precauciones, los «kulaks» u otros indeseables aún lograban hacerse con algún puesto ejecutivo, como al parecer sucedía con frecuencia, los comunistas recurrían a su técnica favorita, es decir, declarar la elección nula y ordenar que se repitiese. Esto podía hacerse tantas veces como fuese necesario hasta que se obtuviesen los resultados deseados. Un historiador soviético afirma que no era raro que se celebrasen tres, cuatro o incluso más «elecciones» sucesivamente.[120] A pesar de todo, los campesinos seguían eligiendo a «kulaks»; esto es, no bolcheviques y antibolcheviques. Así, en la provincia de Samara en 1919 no menos del 40 por ciento de los miembros de los nuevos sóviets de *volost* resultaron ser «kulaks».[121] Para acabar con tal insubordinación, el 27 de diciembre de 1919 el partido aprobó una directiva que ordenaba a sus organizaciones en la región de Petrogrado que remitiesen a los sóviets rurales una única lista de candidatos «aprobados».[122] Esta práctica, que con el tiempo se fue extendiendo a otras regiones, supuso el fin de los sóviets rurales como órganos de autogobierno.

Si hubiese que valorar los resultados de la campaña bolchevique contra el campo en los términos militares en los que se planteó, habría que declarar ganador al campo. Aunque los bolcheviques alcanzaron algunos de sus objetivos políticos, fracasaron tanto al tratar de dividir al campesinado y provocar su enfrentamiento interno como a la hora de obtener de él cantidades significativas de alimentos. Incluso

sus logros políticos enseguida se difuminaron, pues, en cuanto se movilizó a las unidades del Ejército Rojo en 1919 para hacer frente a la amenaza de los Ejércitos Blancos, los pueblos retomaron sus antiguos hábitos.

La obtención de alimentos tampoco fue para el régimen un gran motivo de satisfacción. Las fuentes comunistas son atípicamente reservadas sobre las cantidades de alimentos que se obtuvieron mediante incautaciones forzosas, pero las pocas pruebas que presentan indican que fueron minúsculas. Se dice que durante la cosecha de 1918 (que duró desde mediados de agosto hasta principios de noviembre) los destacamentos de abastecimiento, con la ayuda del Ejército Rojo y los comités de pobres, extrajeron de las doce provincias con excedente 35 millones de *puds* (570.000 toneladas) de cereales.[218*] Puesto que la cosecha de 1918 produjo 3.000 millones de *puds* (49 millones de toneladas),[123] parece que lo que todo ese esfuerzo y toda esa brutalidad —soldados disparando con ametralladoras, batallas campales, rehenes amenazados con sentencias de muerte— obtuvieron fue únicamente una centésima parte de la cosecha. Las autoridades reconocieron el fracaso de la política de saquear el campo cuando, el 11 de enero de 1919, aprobaron un impuesto en especie (*prodovolstvennaya razvorstka* o *prodrazvorstka*), que sustituyó la confiscación de todo el excedente por estrictas normas que especificaban las cantidades que el campesino debía entregar. Estas cantidades se establecieron en función de las necesidades del Estado, sin tener en cuenta la capacidad de satisfacerlas de los productores. Para garantizar la entrega, el gobierno volvió al sistema chino-mongol de imponer cuotas a los distritos y subdistritos, que a su vez distribuían la carga entre sus pueblos y comunas. Como en la última época del zarismo, estas últimas estaban obligadas a cumplir sus compromisos

por una responsabilidad colectiva (*krugovaya poruka*). Este sistema, que al menos introducía un cierto orden, en un principio se aplicaba a los cereales y el forraje, pero más tarde se extendió hasta incluir prácticamente todos los productos alimentarios. Por los productos que estaba obligado a entregar, el campesino recibía un dinero que no valía nada; en 1920, Lenin le explicó entre risas a Bertrand Russell, de visita en Rusia, cómo su gobierno obligaba a los *mujiks* a aceptar papel sin valor a cambio de sus cereales.[219*][124] Aun así, apenas dos años más tarde, en la primavera de 1921, Lenin, que había dicho que preferiría que todo el mundo muriera de hambre antes que permitir el libre comercio de cereales, tuvo que ceder ante la terca realidad y renunció al monopolio sobre los cereales.

El régimen tampoco fue capaz de provocar una guerra de clases en el campo. La pequeña minoría de campesinos «ricos» y la igualmente pequeña minoría de los «pobres» se ahogaban en un mar de campesinos «medios», y los tres grupos se negaron a participar en una guerra fratricida. En palabras de un historiador: «El kulak salió en defensa de la aldea, y la aldea salió en defensa del kulak».[125]

Los bolcheviques tardaron dos meses en darse cuenta de su error. El 17 de agosto de 1918, Lenin y Tsiurupa aprobaron una directiva especial que instaba a hacer un esfuerzo para ganarse al campesinado medio y lograr que hiciese frente común con los pobres contra los campesinos ricos.[126] Posteriormente, Lenin afirmó en repetidas ocasiones que su régimen no era enemigo del campesinado medio,[127] pero estas concesiones verbales no significaban gran cosa, ya que era el campesinado medio el que tenía los alimentos, y por lo tanto la víctima principal de las políticas bolcheviques de incautación.

Los campesinos estaban profundamente desconcertados con las políticas agrarias bolcheviques. Creían que «revolución» significaba *volia*, anarquía, lo que para ellos implicaba la liberación de cualquier obligación con el Estado. Se les oía quejarse: «Prometieron entregarnos toda la tierra, no recaudar impuestos, no llevarnos al ejército, ¿y ahora qué?…».[128] De hecho, sus obligaciones con el Estado comunista eran mucho mayores que bajo el régimen zarista; según cálculos de académicos comunistas, al menos el doble de pesadas, puesto que ahora no solo debían pagar impuestos, sino que además estaban sometidos a trabajos forzados y otras obligaciones, de las cuales la más penosa era la de talar y transportar madera.[129] El vocabulario que los agitadores venidos de la ciudad trataron de imponerles les parecía a los campesinos incomprensible, y reaccionaron como siempre lo habían hecho en circunstancias similares, esto es, volviendo a traducir las palabras ajenas a un lenguaje que les resultara familiar. Empezaron a sospechar que los habían engañado, pero estaban decididos a resistir, pues se creían indispensables, y por lo tanto invencibles. Por otra parte, el sentido común les decía que, mientras no pudiesen disponer de él en el mercado abierto, producir un excedente no tenía ninguna ventaja. Esto condujo a una reducción progresiva de la producción de alimentos, que en 1921 contribuyó en gran medida a la hambruna.

Los bolcheviques podían atribuirse el mérito de haber al menos penetrado en el campo, al insertar en él toda una red de sóviets bajo su control. Pero esto era en cierta medida un espejismo. Estudios realizados a principios de la década de 1920 revelaron que los pueblos ignoraban a los sóviets comunistas, que tanto dinero y esfuerzo había costado implantar. Para entonces, las organizaciones comunales, gestionadas por los cabezas de familia, habían recuperado su

autoridad, como si la revolución no hubiese existido. Los sóviets rurales debían someter sus resoluciones a la aprobación de la comuna; muchos ni siquiera disponían de un presupuesto propio.[130]

A la vista de estos hechos, resulta asombroso que Lenin afirmase que la campaña contra el campo no solo había sido un éxito total, sino que su importancia histórica superaba a la del golpe de octubre. En diciembre de 1918 se jactó de que a lo largo de ese año el régimen había resuelto problemas que «en revoluciones anteriores habían constituido el mayor impedimento para la práctica del socialismo». En el escenario inicial de la revolución, dijo, los bolcheviques se habían unido a los campesinos pobres, medios y ricos en la lucha contra los terratenientes. Esta alianza dejó intacta a la «burguesía» rural. Si se hubiese permitido que esta situación se hubiese vuelto permanente, la revolución se habría detenido a medio camino para a continuación, inevitablemente, haber retrocedido. Este riesgo se había evitado porque el «proletariado» había despertado a los campesinos pobres y, junto con ellos, había atacado a la burguesía rural. Así pues, la revolución rusa había avanzado más allá de donde habían llegado las revoluciones burguesas democráticas en la Europa occidental, había creado la base para una fusión de los proletariados urbano y rural, y había allanado el terreno para la introducción de la agricultura colectiva en Rusia. Lenin se regocijaba:

> Tal es la importancia de la revolución que tuvo lugar en el verano y otoño de este año en los rincones más apartados de la Rusia rural. No fue ruidosa, no fue claramente visible, y no llamó tanto la atención de todo el mundo como la Revolución de Octubre del año pasado, pero su importancia fue *incomparablemente mayor y más profunda*.[131]

Sin duda, todo esto era una absoluta exageración. La bolchevización del campo de la que presumía Lenin solo la lograría Stalin diez años más tarde. Pero, como en tanto otros

sentidos, Lenin había trazado el camino que seguiría Stalin.

17

El asesinato de la familia imperial

Aproximadamente a las dos y media de la madrugada, durante la noche del 16-17 de julio de 1918 en la ciudad de Ekaterimburgo, en los Urales, un escuadrón de la Checa asesinó en el sótano de una residencia particular al ex emperador Nicolás II y su esposa, a su hijo, sus cuatro hijas, el médico de la familia y tres sirvientes. Esto es lo que se sabe con certeza. De todas maneras, los pasos que llevaron a esta tragedia permanecen en la sombra, a pesar de la gran cantidad de textos que se han escrito al respecto, y seguirán estándolo hasta que la totalidad de los archivos pertinentes salga a la luz y se ponga a disposición de la investigación académica.[220*]

Otros dos monarcas europeos murieron a consecuencia de alzamientos revolucionarios: en 1649, el rey Carlos I de Inglaterra, y Luis XVI de Francia en 1793. Pero, como ocurre en casi todo lo relacionado con la Revolución rusa, aunque las características generales del episodio lo hagan similar a los otros dos, en todo lo demás es único. Carlos I fue juzgado por un Alto Tribunal de Justicia especialmente constituido con dicho fin, el cual presentó cargos contra él y le dio la oportunidad de defenderse. El juicio fue abierto y sus actas fueron publicadas cuando el proceso aún estaba teniendo lugar; la ejecución se realizó a la vista del público. El caso de Luis XVI fue similar. El monarca francés fue juzgado ante la

Convención, que lo sentenció a muerte por votación mayoritaria de sus integrantes tras un largo debate, durante el cual un abogado asumió la defensa del monarca. Las actas del juicio fueron también publicadas. La ejecución se realizó a plena luz del día, en el centro de París.

A Nicolás II no le fueron presentados cargos ni fue juzgado. El gobierno soviético, que era el que lo había condenado a muerte, jamás publicó los documentos correspondientes; los hechos del episodio como los conocemos se conocen gracias a los esfuerzos realizados por un investigador especializado en el tema. En el caso ruso, las víctimas fueron no solo el monarca depuesto, sino también su esposa, sus hijos y su personal. La acción, perpetrada en mitad de la noche, se pareció más a una matanza realizada por un grupo de gángsteres que a una ejecución oficial.

La toma del poder por los bolcheviques no supuso, al principio, ningún cambio significativo para la familia del antiguo zar y sus criados, residentes en Tobolsk, el lugar de exilio adonde los había mandado Kérenski. En invierno de 1917-1918, la vida en la Mansión del Gobernador y sus anexos seguía en gran parte el mismo curso que antes. Se permitía a la familia salir a pasear, asistir a misa en una parroquia cercana, recibir los diarios y cartas de sus amigos. En febrero de 1918 se cortó la subvención estatal que tenían asignada y el subsidio se les redujo a 600 rublos al mes, pero aun así vivían con relativa comodidad. Los bolcheviques, ocupados con asuntos más urgentes, prestaron escasa atención a los Romanov, cuyos integrantes se habían apartado completamente de los asuntos públicos. Los bolcheviques habían empezado a discutir sobre qué hacer con el antiguo zar ya en noviembre de 1917, pero no llegaron a ninguna conclusión.[1]

La situación comenzó a cambiar en marzo, con la firma del Tratado de Brest-Litovsk. El tratado en cuestión provocó un odio intenso hacia el régimen bolchevique. En medio de este clima, no podían descartarse los intentos de restauración de la monarquía, y menos podían hacerlo los bolcheviques, conscientes como eran del predominio de los sentimientos monárquicos entre los generales alemanes. Con el fin de evitar problemas, se tomaron precauciones para sacar a los Romanov de la escena. El 9 de marzo, Lenin firmó un decreto ordenando el exilio del gran duque Miguel, supuesto heredero al trono ruso. Miguel no había dado muestras de mayor interés en la política desde que rechazó la corona que le ofreció Nicolás en marzo de 1917. Vivía apaciblemente en su finca de Gátchina, cercana a Petrogrado, rehuyendo la política y manteniéndose apartado de la mirada pública.[2] Lo poco que le interesaban los acontecimientos políticos queda de manifiesto en el hecho de que, a pocos días de haber rechazado el trono, apareció ante los sorprendidos funcionarios del Sóviet de Petrogrado con una solicitud de autorización para ir de cacería en su finca.[3] En el verano de 1917 solicitó al embajador británico un visado para Inglaterra, pero este le fue denegado con la explicación de que «el gobierno de Su Majestad no quiere que los miembros de la familia imperial vengan a Inglaterra durante la guerra».[221*][4] A finales de 1917, la petición del propio Miguel a Lenin para cambiar su apellido real por el de su esposa, la condesa Brásova, no obtuvo respuesta.[5]

Miguel quedó entonces bajo arresto, primero en el Smolni y luego en el cuartel general de la Checa. El 12 de marzo, después del traslado de Lenin y el resto del gobierno a Moscú, fue enviado con escolta a Perm, no lejos de Tobolsk. Dado el temor de los bolcheviques a que los alemanes pudieran ocupar Petrogrado y capturar a miembros de la familia

imperial, decidieron sacarlos de esa área tan expuesta. El 16 de marzo, Uritski, el cabecilla de la Checa de Petrogrado, ordenó a todos los miembros de la familia que residían en Petrogrado y las áreas vecinas que se inscribieran en el registro.[6] Poco después, ese mismo mes, emitió la orden de que todos fueran deportados a las provincias de Perm, Vólogda o Viatka, según lo prefiriesen. Una vez allí, deberían presentarse ante el sóviet local y recibir su permiso de residencia.[7] Al parecer, todos los Romanov, salvo los que estaban en prisión o vivían lejos del control bolchevique, se trasladaron a Perm, una región que contaba, después de Petrogrado y Moscú, con la mayor concentración de miembros del Partido Bolchevique que podían tener bien vigilado al clan imperial.

Eran medidas de precaución, porque el líder bolchevique no había decidido aún qué hacer con el antiguo zar y sus parientes. En 1911, Lenin había escrito que «era preciso decapitar a por lo menos un centenar de Romanov».[8] Una ejecución en masa como esa podía ser, con todo, arriesgada, considerando los profundos sentimientos monárquicos de la cultura del pueblo. Cabía la posibilidad de juzgar a Nicolás ante un tribunal revolucionario. Isaac Steinberg, que en aquella época era comisario de Justicia y estaba por tanto en posición de saberlo, escribe que en febrero de 1918 se consideraba la posibilidad de dicho juicio para evitar la restauración monárquica; una manera implícita de admitir que, un año después de su abdicación universalmente bienvenida, el impopular Nicolás despertaba simpatías en suficientes rusos para llegar a inquietar a los bolcheviques. Según Steinberg, en una sesión del Comité Ejecutivo Central, Spiridónova se opuso a la celebración de un juicio argumentando que Nicolás sería linchado de camino a Tobolsk. Lenin decidió que era aún muy pronto para

emprender acciones legales contra el antiguo zar, pero ordenó que comenzaran a reunirse materiales con dicho fin.[222*]

A mediados de abril, la prensa rusa incluyó informaciones sobre un juicio inminente a «Nicolás Romanov», el cual sería, según decían los diarios, el primero de una serie de juicios a figuras destacadas del antiguo régimen, que Krilenko estaba preparando como jefe de la Comisión Suprema de Investigación. Al derrocado zar le serían atribuidos únicamente los «delitos» que hubiese cometido como gobernante constitucional, esto es, después del 17 de octubre de 1905. Entre ellos, estarían el así llamado golpe de Estado del 3 de junio de 1907, que había violado las Leyes Fundamentales al cambiar arbitrariamente la ley electoral; también el gasto impropio de los recursos nacionales a través de partidas «reservadas» dentro del presupuesto, y otros abusos de autoridad.[9] Pero el 22 de abril, la prensa desmintió, a través de Krilenko, la noticia de que Nicolás sería juzgado. Según el propio Krilenko, los rumores se debieron a un malentendido: el gobierno había querido aludir al juicio de un agente provocador apellidado Romanov.[10]

El hecho de que Tobolsk no contara con ferrocarril evitó que quedase atrapada de inmediato en el torbellino revolucionario, porque en esa época la «revolución» era difundida principalmente por facciones de individuos armados que se desplazaban en tren. Esta es la razón de que, en fecha tan tardía como febrero de 1918, Tobolsk siguiera sin tener una célula del Partido Comunista y su sóviet siguiera estando bajo control de socialistas revolucionarios y mencheviques.

El aislamiento de la ciudad concluyó en marzo, cuando los bolcheviques de las cercanas Ekaterimburgo y Omsk manifestaron su interés en los miembros de la realeza que

residían en la localidad. En febrero, Ekaterimburgo celebró un Congreso de los Sóviets de la Región de los Urales en el que fue elegido un presídium de cinco hombres, controlado por los bolcheviques. Su presidente, un cerrajero o electricista de veintiséis años llamado Alexánder Belobórodov, había sido diputado bolchevique en la Asamblea Constituyente.[223*] Pero el miembro más influyente del presídium, debido a su amistad íntima con Sverdlov, era Filipp Isáyevich Goloshchokin, el comisario militar del Sóviet de los Urales. Nacido en Vítebsk en 1876, en el seno de una familia judía, Goloshchokin se había unido a Lenin en 1903 y convertido en miembro del Comité Central en 1912. Había sido miembro, a su vez, de la Checa de Ekaterimburgo, y junto con Belobórodov habrían de desempeñar un papel decisivo en el destino de la familia imperial.

Lo que sabemos de la situación política en Ekaterimburgo durante la primavera y el verano de 1918 proviene casi en su totalidad de una única fuente comunista, el testimonio de Pável M. Bikov, que proporciona a la vez la versión soviética más temprana de la tragedia de Ekaterimburgo.[224*] Los bolcheviques de Ekaterimburgo estaban molestos por las comodidades de las que disfrutaba el antiguo zar en Tobolsk y alarmados por el grado de libertad que se le permitía a él y a su familia. Temían que, con la llegada de los deshielos primaverales, la familia imperial terminara huyendo.[11] Por esa época, en los Urales circulaban persistentes rumores de que toda suerte de individuos sospechosos se estaban reuniendo en Tobolsk y sus alrededores.[225*] Algunos de los comunistas de Ekaterimburgo eran extremistas que odiaban a Nicolás II —«Nicolás el sangriento»— con auténtica pasión a raíz de las persecuciones que habían sufrido a manos de su policía. Pero todos sin excepción temían una restauración de la monarquía, no tanto por consideraciones políticas

abstractas, sino por temor a perder la vida. Razonaban como lo hacía Robespierre cuando exigió en 1793, ante la Convención, que fuera aprobada una sentencia de muerte para Luis XVI: «Si el rey no es culpable, entonces lo son los que lo han destronado».[12] Querían que los Romanov salieran de la escena lo más rápido y con la mayor celeridad que fuera posible: y para asegurarse de que el antiguo zar no se fugaría, lo querían bajo su propio control en Ekaterimburgo. Con este fin, en marzo y abril de 1918, se pusieron en contacto con Sverdlov.

Omsk tenía ideas similares, pero carecía de contactos en Moscú y al final salió perdiendo.

El Sóviet de la Región de los Urales con sede en Ekaterimburgo debatió el tema de la familia imperial ya en febrero de 1918, época en la que algunos delegados manifestaron su temor a que, para el mes de mayo, cuando la nieve se derritiera en los ríos, los Romanov huyeran o bien fueran secuestrados. A principios de marzo, los bolcheviques de Ekaterimburgo pidieron autorización a Sverdlov para sacar a la familia imperial de donde se encontraba.[13] Omsk planteó una demanda similar.

Para no dejar nada al azar, el 16 de marzo Ekaterimburgo envió a Tobolsk una misión secreta para investigar qué condiciones había allí. Una vez que la misión hubo regresado y presentado su informe, la ciudad envió un destacamento armado a Tobolsk para llevar a cabo los preparativos del traslado de la familia Romanov. A la vez, dispuso patrullas a lo largo de posibles rutas de escape. Nada más llegar a Tobolsk el 28 de marzo, este destacamento descubrió que un grupo de comunistas armados, enviados desde Omsk con el mismo propósito, se le habían adelantado. El grupo de Omsk, que había llegado dos días antes, había dispersado la Duma de

la ciudad y desalojado a socialistas revolucionarios y mencheviques del sóviet local. Los dos grupos se disputaban ahora quién quedaría a cargo del asunto. Siendo el más débil, el destacamento de Ekaterimburgo tuvo que retirarse, pero volvió el 13 de abril con refuerzos, encabezados por el bolchevique S. S. Zaslavski, y asumió el control de la situación. Zaslavski exigió que la familia imperial fuera encarcelada.[14] Con dicho fin, se prepararon celdas en la prisión local.[15]

Estos acontecimientos vinieron a interrumpir la calma de que había disfrutado hasta entonces la familia imperial. Alejandra anotó en su diario el 28 de marzo/ 10 de abril que había «cosido» las joyas a la ropa con la ayuda de los niños. [226*] Aunque nunca se han hallado pruebas de que la familia imperial planeara escapar, y todas las conspiraciones presuntamente urdidas por sus simpatizantes con dicho fin resultaron ser mera palabrería, el hogar imperial se vio invadido por una sensación opresiva de ser cautivos más que exiliados. Cualquier posibilidad, aunque fuese remota e irreal, de escapar de los bolcheviques se desvaneció por completo.[16]

A finales de marzo, Goloshchokin viajó a Moscú, donde informó a Sverdlov de la situación en Tobolsk, advirtiéndole de la necesidad de tomar medidas urgentes para evitar que la familia imperial escapara. Aproximadamente por la misma época —primera semana de abril—, el presídium del CEC en Moscú oía a su vez un informe de la situación en Tobolsk en boca de un representante de la guardia local. Según un testimonio dado el 9 de mayo al CEC por Sverdlov, esta información convenció al gobierno de autorizar el traslado del antiguo zar a Ekaterimburgo. Esta explicación es, sin embargo, un empeño *post facto* de justificar acontecimientos que se desarrollaban en sentido contrario a las intenciones del

gobierno. Porque es sabido que el 1 de abril el presídium decidió, «si era posible», llevar a los Romanov a Moscú.[17]

El 22 de abril apareció en Tobolsk Vasili Vasílievich Yákovlev, un emisario enviado desde Moscú. Esta figura ha sido un misterio durante mucho tiempo, sospechosa incluso de haber sido un espía inglés, si bien recientemente se le ha identificado como un viejo bolchevique cuyo verdadero nombre era Konstantin Miachin. Nacido en 1886 cerca de Oremburgo, se había unido al Partido Socialdemócrata en 1905 y había participado en muchos asaltos armados («expropiaciones») realizados por los bolcheviques. En 1911 emigró bajo una identidad falsa (Yákovlev) a Bélgica y trabajó allí como electricista. Volvió a Rusia tras la Revolución de Febrero. En octubre de 1917 colaboró en el Comité Militar Revolucionario y fue delegado en el Segundo Congreso de los Sóviets. En diciembre de 1917 fue designado al Colegio de la Checa. Asimismo, participó en la disolución de la Asamblea Constituyente.[18] En otras palabras, era un bolchevique acreditado y de confianza.

Yákovlev-Miachin mantuvo silencio respecto al objetivo último de su misión, y las fuentes comunistas han sido tan reticentes como él a revelarlo, pero es posible determinar con cierto grado de certeza que su misión era llevar a Nicolás a Moscú, y de ser posible al resto de su familia, donde el antiguo zar sería sometido a juicio. Esto se pudo establecer a partir de una prueba circunstancial, pues el sentido común sugiere que el gobierno no hubiese enviado a un emisario de Moscú a Tobolsk, situado a unos 2.000 kilómetros de distancia, solo para escoltar a la familia imperial hasta la cercana Ekaterimburgo, especialmente si se considera que los bolcheviques eran quienes más deseaban tener a la familia real bajo su custodia. Pero existen a la vez pruebas directas

que respaldan esto último, suministradas por Nikolái Némtsov, un comisario bolchevique de Tiumén y presidente del Comité Ejecutivo Central de la Gubernia de Perm. Némtsov cuenta que en abril recibió una visita de Yákovlev, quien apareció acompañado de un «destacamento moscovita» de cuarenta y dos individuos:

> [Yákovlev] me presentó una orden para el «traslado» de Nicolás Romanov desde Tobolsk a Moscú. La orden venía firmada por el presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Vladímir Ilich Lenin.[227*]

Dicho testimonio, que de algún modo consiguió sortear la censura soviética, sumamente rigurosa cuando se trataba de información relativa al destino de los Romanov, debiera poner fin a la especulación respecto a si Yákovlev tenía órdenes de llevar a los Romanov a Ekaterimburgo o era un agente secreto de los Blancos, enviado a secuestrarlos y conducirlos a un lugar seguro.

De camino a Tobolsk, el propio Yákovlev se detuvo en Ufá para reunirse con Goloshchokin, a quien le enseñó su orden y solicitó hombres de apoyo. De allí siguió hacia Tobolsk, no a través de la ruta directa que pasaba por Ekaterimburgo, sino dando un rodeo por Cheliábinsk y Omsk.[19] Lo hizo, al parecer, por miedo a que los exaltados de Ekaterimburgo, impacientes por echarle el guante a Nicolás, arruinaran su misión, de cuyo éxito había asumido personalmente la responsabilidad. De hecho, mientras iba de camino a Tobolsk, Ekaterimburgo hizo el intento de anticipársele enviando una compañía de soldados para que llevara de vuelta al antiguo zar «vivo o muerto». Yákovlev estuvo a punto de toparse con este destacamento, pues solo llegó un par de días después a Tobolsk.[20] Llevaba consigo una guardia de 150 efectivos de caballería, 60 de los cuales le fueron suministrados por Goloshchokin. La partida iba armada de ametralladoras.

Yákovlev pasó dos días en Tobolsk para familiarizarse con

la situación. Se reunió con la guarnición local y se ganó su simpatía pagándoles deudas atrasadas. También se familiarizó con las condiciones que había en la Mansión del Gobernador. Así se enteró de que Alexis estaba gravemente enfermo. El zarévich, que no había vuelto a ser víctima de ningún ataque hemofílico desde el otoño de 1912, se había herido el 12 de abril y desde entonces estaba confinado en su lecho, aquejado de grandes dolores, con ambas piernas hinchadas y paralizadas. Yákovlev visitó dos veces el hogar imperial y se convenció de que el zarévich no estaba, ciertamente, en condiciones de emprender el arriesgado viaje a Moscú. («Un hombre trabajador, ingeniero, inteligente y muy nervioso», fue la impresión que Alejandra tuvo de él.) Abril prometía el peor clima posible para viajar a través de los Urales porque en esa época la nieve se había derretido lo suficiente para impedir el desplazamiento de trineos y carros pero no lo suficiente para hacer navegables los ríos. El 24 de abril, Yákovlev se comunicó con Moscú por vía telegráfica: se le dieron instrucciones de que llevara solo a Nicolás y, de momento, dejara a la familia.[228*][21]

Hasta entonces, Yákovlev había sido extremadamente amable, casi deferente con la familia imperial, lo que despertó sospechas en los soldados de su entorno y los de la guarnición de Tobolsk. Les parecía muy sospechoso que un bolchevique se rebajara a estrecharle la mano a «Nicolás el Sangriento».[22] Tras recibir nuevas instrucciones, Yákovlev preservó los buenos modales pero adoptó una actitud más oficial. La mañana del 25 de abril dijo a E. S. Kobilinski, comandante de la Mansión del Gobernador, que debía trasladar al antiguo zar; a qué lugar, era algo que no podía decir, aunque al parecer dejó deslizar la idea de que el destino final era Moscú. Entonces solicitó una «audiencia», que fue fijada para las dos de la tarde. Al llegar a la Mansión del Gobernador, le molestó

comprobar que Nicolás estaba en compañía de Alejandra y Kobilinski, a quienes pidió que abandonaran la estancia, pero Alejandra armó tal escándalo que al final acordaron que se quedaran. En ese momento, el mismo Yákovlev indicó a Nicolás que tenía instrucciones del Comité Ejecutivo Central de salir con él a primera hora del día siguiente. Sus órdenes originales eran que llevara a toda la familia, pero a la luz del estado en el que se hallaba Alexis, le ordenaron que llevara solo a Nicolás. La reacción del antiguo zar a las noticias de Yákovlev quedó registrada en dos versiones. Según una entrevista que el propio Yákovlev concedió a *Izvestia* al mes siguiente, Nicolás tan solo preguntó: «¿Y adónde me llevarán?». Kobilinski, en cambio, recuerda que Nicolás dijo: «No iré a ninguna parte», lo que no parece encajar demasiado con el carácter del monarca. Según Kobilinski, Yákovlev respondió:

> Por favor, no haga esto. Yo debo cumplir mis órdenes. Si usted se niega a ir, tendré que emplear la fuerza o renunciar a mi misión. Y en tal caso, puede ocurrir que me sustituyan por alguien que será menos considerado. Puede estar tranquilo. Respondo con mi cabeza por su vida. Si no quiere viajar solo, puede llevar consigo a quien lo desee. Partimos esta noche, a las cuatro de la madrugada.[23]

La orden de Yákovlev provocó en la pareja imperial, especialmente en Alejandra, un estado de extremada agitación. Según él, Alejandra gritó: «Esto es demasiado cruel. ¡No puedo creer que piense usted hacerlo…!».[24] Él no dijo adónde debía llevar a Nicolás y, más tarde, en un artículo para un periódico de los Blancos, declaró incluso que no lo sabía. Por supuesto, esto no es cierto, y con toda probabilidad pretendía dar crédito a los rumores —a su favor en aquella época, tras haber desertado al bando de los Blancos— de que su verdadera intención era llevar a Nicolás a un área controlada por ellos.[229*]

Después de que Yákovlev se hubo marchado, Nicolás,

Alejandra y Kobilinski discutieron la situación. Nicolás coincidió con Kobilinski en que sería llevado a Moscú para firmar allí el Tratado de Brest. Si así era, la misión sería en vano: «Preferiría que me cortasen la cabeza antes que hacer algo así».[25] El hecho de que Nicolás creyera que los bolcheviques necesitaban su firma para formalizar el Tratado de Brest demuestra lo poco que entendía lo que había ocurrido en Rusia tras su abdicación y la poca importancia que tenía él para el país. Alejandra, que también creía que ese era el propósito de la misión de Yákovlev, confiaba bastante menos en la firmeza de su esposo; jamás le había perdonado que estuviera de acuerdo en abdicar y estaba convencida de que, si ella hubiera estado en Pskov ese día odioso, habría logrado disuadirlo. Sospechaba que en Moscú se ejercería una presión insoportable sobre Nicolás, sobre todo amenazando a su familia, para que firmara el vergonzoso tratado y que, a menos que ella estuviera junto a él, este acabaría flaqueando. Kobilinski la oyó por casualidad decirle al príncipe Iliá Tatíschev, un amigo cercano: «Me temo que si está solo allí hará alguna estupidez».[26] La antigua zarina estaba, de hecho, fuera de sí, debatiéndose entre el amor por su hijo enfermo y lo que sentía que era su deber para con Rusia. Al final, la mujer que durante años había sido acusada de traicionar a su país adoptivo escogió a Rusia.

El tutor suizo del zarévich, Pierre Gilliard, quien se reunió con ella a las cuatro de la tarde de ese día, describe la escena como sigue:

> La zarina […] confirma lo que yo ya había escuchado de que Yákovlev ha sido enviado desde Moscú para llevarse al zar y que este debe salir esta noche.
>
> «El comisario dice que el zar no sufrirá ningún daño y que si alguien quiere acompañarlo, no pondrán objeciones. No puedo dejar que el zar vaya solo. Quieren separarlo de su familia como ya han hecho antes. […]
>
> »Van a coaccionarlo haciendo que sufra por su familia. […] El zar es

necesario para ellos; sienten que él por sí solo representa a Rusia. […] Juntos estaremos en mejor posición para resistirnos a ellos, y debo estar a su lado en el momento del juicio. […] Pero el niño está tan enfermo. […] Suponed que haya alguna complicación. […] ¡Ay, Dios, qué tortura tan terrible! […] Por primera vez en mi vida, no sé qué debo hacer; siempre que he debido tomar una decisión me he sentido inspirada, pero ahora no puedo pensar. […] Pero Dios no permitirá la partida del zar; no puede ser, no debe ser. Estoy segura de que el deshielo comenzará esta misma noche…»

En este punto, intervino Tatiana Nikoláievna: «Pero, madre, si padre tiene que ir, digamos lo que digamos nosotros, hay que decidir algo».

Decidí salir en defensa de Tatiana Nikoláievna, haciendo notar que Alexis Nicoláievich estaba ya mejor y que nosotros debíamos cuidar muy bien de él.

Su Majestad estaba obviamente atormentada por la indecisión, paseándose de arriba a abajo por la habitación y hablando todo el tiempo, más consigo misma que con nosotros. Al final, vino hacia mí y me dijo:

«Sí, eso será lo mejor; iré con el zar; os confiaré a Alexis a vosotros».

Momentos después, el zar entró en la estancia. La zarina fue hacia él, diciendo:

«Está decidido; iré contigo, y María vendrá también».

A lo que el zar respondió: «Muy bien, si es lo que deseas».

[…]

La familia ha pasado la tarde entera junto a la cama de Alexis Nicoláievich.

Esta noche, media hora después de las diez, subimos todos a tomar el té. La zarina estaba sentada en el diván con dos de sus hijas a su lado, el rostro hinchado de tanto llorar. Todos pusimos lo mejor de nuestra parte para ocultar nuestro dolor y mantener una apariencia calmada. Sentíamos que, si uno de nosotros se desmoronaba, todos los demás lo harían. El zar y la zarina estaban tranquilos y contenidos. Es evidente que están preparados para cualquier sacrificio, incluso el de sus vidas, si Dios en su inescrutable sabiduría así lo requiriera para el bien del país. Nunca antes habían mostrado mayor bondad y diligencia.

Esta serenidad espléndida de ambos, esta fe maravillosa, resultaban contagiosas.

A las once y media los criados fueron llamados al gran salón. Sus Majestades y María Nikoláievna se despidieron de ellos. El zar abrazó a cada hombre, la zarina a cada mujer. Casi todos lloraban. Sus Majestades se retiraron; todos bajamos a mi cuarto.

A las tres y media llegaron los transportes y entraron en el patio. Eran esas horribles *tarantas* y solo una de ellas iba cubierta. Encontramos un poco de paja en el patio trasero y la distribuimos en el suelo de los carruajes. En uno

de ellos pusimos un colchón para que lo usara la zarina.

A las cuatro subimos a ver a Sus Majestades y nos los topamos justo cuando abandonaban la habitación de Alexis Nicoláievich. El zar, la zarina y María Nikoláievna se despidieron de nosotros. La zarina y las grandes duquesas lloraban profusamente. El zar parecía en calma y tuvo una palabra de aliento para cada uno de nosotros, abrazándonos uno a uno. La zarina, al decirme adiós, me rogó que me quedara en el piso superior con Alexis Nicoláievich. Yo fui al cuarto del muchacho y lo encontré llorando en su cama.

A los pocos minutos oímos el retumbar de las ruedas. Las grandes duquesas cruzaron ante la puerta de su hermano cuando se dirigían a su habitación y pude oírlas sollozar.[27]

Yákovlev tenía una prisa febril. En cualquier momento podía empezar el deshielo y los caminos se volverían intransitables. Era a la vez consciente de los peligros que acechaban. Tenía instrucciones de proteger la vida del antiguo zar y llevarlo a salvo a Moscú, pero todo lo que hasta entonces había averiguado en su misión terminó por convencerlo de que los bolcheviques de Ekaterimburgo tenían otros planes. La conferencia bolchevique de la Región de los Urales, celebrada en aquellos momentos, votó a favor de la inmediata ejecución de Nicolás para evitar su fuga y la restauración de la monarquía.[28] Yákovlev tenía información de que Zaslavski, uno de los comisarios bolcheviques en Tobolsk, había corrido a Ekaterimburgo el día que él llegó a la región, y había rumores de que había preparado una emboscada en Yevlevo, donde el camino que conducía al cruce ferroviario de Tiumén atravesaba el río Tobol, con la intención de capturar y, de ser necesario, matar a Nicolás.[29]

La comitiva salió a la hora programada, todos en *tarantassi* (o, como se las conoce en Siberia, *koshevi*), largos carruajes sin muelles, tirados por dos o tres caballos. Acompañados por una escolta de treinta y cinco hombres. Al frente iban dos de ellos con fusiles, seguidos de un carro con dos ametralladoras y dos fusileros adicionales. Enseguida venía la *tarantas* que

llevaba a Nicolás y Yákovlev, quien había insistido en sentarse junto al antiguo zar. Tras ellos marchaban otros dos fusileros y las *tarantasi* con Alejandra y María seguidas de más fusileros, ametralladoras y otros carros. Incluido en la partida iba el doctor Yevgueni Botkin, el médico de la familia, el príncipe Alexánder Dolgoruki, mariscal de la corte, y tres sirvientes. Alejandra dejó a su hija predilecta, Tatiana, a cargo del niño y las otras dos hermanas. Yákovlev prometió que, tan pronto como los ríos se hubieran descongelado, lo que se esperaba que sucediera dentro de dos semanas, los niños se reunirían con sus padres. Siguió manteniendo en secreto el destino último de su misión; la pareja imperial únicamente sabía que era llevada a Tiumén, el cruce ferroviario más próximo, a 230 kilómetros de distancia.

El camino a Tiumén estaba en condiciones deplorables, mal delineado tras el invierno y, en algunos tramos, disuelto en el barro. A cuatro horas de Tobolsk, vadearon el río Irtish, con los caballos caminando por entre las aguas heladas. A medio camino en su travesía, a la altura de Yevlevo, alcanzaron el río Tobol; aquí las aguas habían inundado el hielo y debieron cruzarlo a pie sobre tablas de madera. Justo antes de Tiumén, atravesaron el río Turá, en parte a pie, en parte en transbordador. Yákovlev había organizado el relevo de los caballos a lo largo de la ruta, lo cual redujo las paradas al mínimo. En cierto momento, el doctor Botkin se sintió indispuesto y la comitiva tuvo que parar un par de horas para permitir que se recuperase. Al atardecer del primer día, tras dieciséis largas horas de viaje, llegaron a Bochalino, donde se habían preparado para pasar la noche. Antes de retirarse, Alejandra anotó en su diario:

> María en una *tarantas*. Nicolás con el comisario Yákovlev. Frío, gris y ventoso, cruzamos el Irish tras cambiar los caballos a las 8, y a las 12 paramos en una aldea y tomamos el té con nuestras provisiones frías. El camino está completamente deteriorado, el suelo congelado, lodo, nieve,

> agua hasta el vientre de los caballos, alterados por el miedo, con dolores por todo el cuerpo. Después del 4.° cambio, las pértigas en las que se apoya el cuerpo de la *tarantas* se deslizaban y tuvimos que subir a otro compartimento. Cambiamos 5 veces de caballos. […] A las 8 llegamos a Yevlevo, donde pasamos la noche en la casa donde antes estaba la tienda del pueblo. Dormimos 3 en un cuarto, nosotros en las camas, María en el suelo y sobre su colchón. […] No nos dicen adónde vamos después de Tiumén, algunos imaginan que a Moscú, los pequeños nos seguirán tan pronto como el río quede libre y el Bebé está bien.[30]

Por el camino, Yákovlev permitió a Alejandra que enviara cartas y telegramas a los niños. En una de las paradas, un campesino se acercó a preguntar adónde llevaban a Nicolás. Cuando se le dijo que a Moscú, respondió: «Alabado sea Dios… a Moscú. Eso significa que volveremos a tener orden en Rusia».[31]

Los guardias que acompañaban la comitiva sospechaban cada vez más de Yákovlev por la manera tan deferente en la que seguía tratando al antiguo zar. No entendían por qué Nicolás se mostraba tan animado y comenzaron a preguntarse si Yákovlev no intentaría hacerlo desaparecer en Siberia Oriental o incluso en Japón. Mediante las patrullas que habían sido diseminadas a lo largo de la ruta, hicieron saber sus temores a Ekaterimburgo.

A las cuatro de la madrugada del 27 de abril, después de una noche sin incidentes —la emboscada prevista no se había concretado—, el viaje se reanudó. Al mediodía, la comitiva se detuvo en Pokróvskoye. Dicha aldea, una de las miles que se hallan dispersas por toda Siberia, había sido el hogar de Rasputín. Alejandra anotó: «Paramos largo rato ante la casa de nuestro Amigo, vimos a Su familia y amigos mirándonos desde la ventana».

Según Yákovlev, Nicolás parecía revivir con el ejercicio y al aire libre, mientras que Alejandra «estaba silenciosa, no hablaba con nadie y se mostraba altiva e inaccesible».[32] Pero

ambos lo impresionaron enormemente: «Me impresionó la humildad de esta gente —señalaría más tarde a un periodista —, nunca se quejaba de nada».[33]

Hasta donde es posible determinarlo a partir de las pruebas confusas de que disponemos, Yákovlev pretendía llegar a Ekaterimburgo tan rápido como le fuera posible y, tras dejar atrás aquella ciudad cuanto antes, seguir el viaje a Moscú. Pero comenzó a ponerse nervioso ante la duda de si lograría que su cargamento atravesara la ciudad a salvo. Y se habría sentido incluso más alarmado de saber que el 27 de abril, cuando su comitiva estaba en el segundo tramo del viaje, un comisario del Sóviet de Ekaterimburgo había aparecido por la residencia del ingeniero Nicolás Ipátiev, en la esquina de la avenida Voznesenski con la calle Voznesenski, para decirle que su casa quedaba confiscada por necesidades del Sóviet y que debía desocuparla dentro de cuarenta y ocho horas.[34] La ciudad de Ekaterimburgo tenía sus propios planes para los Romanov.

La comitiva de Yákovlev llegó a Tiumén a las nueve de la noche del 27 de abril. Allí se vio rodeada al instante por una tropa de hombres a caballo que la escoltó hasta la estación del ferrocarril, donde esperaban una locomotora y cuatro vagones de pasajeros. Yákovlev supervisó personalmente el traslado de la familia real, su personal y sus pertenencias. Entonces hizo su aparición Némtsov y, cuando los Romanov se retiraron a dormir, los dos comisarios se dirigieron a la oficina de telégrafos. Valiéndose del aparato de Hughes, Yákovlev comunicó a Sverdlov su presentimiento respecto a las intenciones de los bolcheviques locales y pidió autorización para trasladar a la familia imperial a un lugar seguro en la provincia de Ufá. Durante una conversación de cinco horas, Sverdlov rechazó esta propuesta. Estuvo de

acuerdo, sin embargo, en que Yákovlev no prosiguiera hacia Moscú de manera directa a través de Ekaterimburgo, sino haciendo el mismo rodeo que había realizado antes, ese mismo mes, en su viaje a Tobolsk; es decir, a través de Omsk, Cheliábinsk y Samara. Para encubrir su plan, Yákovlev dio instrucciones al jefe de estación para que enviara el tren en dirección a Ekaterimburgo y hasta la siguiente estación, allí le añadiera una nueva locomotora, diera media vuelta y fuera a toda prisa por Tiumén hacia Omsk.[35] A las cuatro y media de la madrugada del domingo 28 de abril, el tren que transportaba a la familia imperial partió rumbo a Ekaterimburgo y enseguida dio la vuelta. Por toda explicación, Yákovlev dijo a Avdéiev, un aliado de Zaslavski, que disponía de información sobre las intenciones de Ekaterimburgo de volar el tren.[36]

Cuando despertó a la mañana siguiente, Nicolás advirtió sorprendido que su tren viajaba rumbo este y se preguntó en su diario: «¿Dónde van a llevarnos después de Omsk? ¿A Moscú o Vladivostok?».[230*] Yákovlev no se lo diría. María inició un diálogo con los guardias, pero ni siquiera con su belleza y encanto logró sonsacarles nada. Con toda probabilidad, ellos también lo ignoraban.

Ekaterimburgo recibió a primera hora de la mañana aviso de que el tren de la familia imperial se había puesto en marcha y solo más tarde, ese mismo día, supo del ardid de Yákovlev por un telegrama de Avdéiev. El presídium declaró a Yákovlev «un traidor a la revolución» y anunció que a partir de entonces estaba «fuera de la ley». Fueron despachados telegramas en todas direcciones comunicando esta decisión.[37]

Al recibir esta información, Omsk envió un destacamento militar a interceptar el tren de Yákovlev antes de que llegara al cruce de Kulomzino, donde podría girar hacia el oeste, sortear

Omsk y seguir rumbo a Cheliábinsk. Cuando Yákovlev se enteró de que estaba acusado de intentar secuestrar a sus protegidos, detuvo el tren en la estación de Liubinskaya. Dejando allí tres vagones bajo custodia, separó la locomotora y siguió en el cuarto vagón hacia Omsk, para allí comunicarse con Moscú. Esto ocurrió la noche del 28-29 de abril.

El contenido de la conversación entre Yákovlev y Sverdlov solo se conoce por un testimonio muy dudoso y de segunda mano de Bikov:

> [Yákovlev] llamó a Sverdlov por telégrafo y le explicó las circunstancias que lo habían impulsado a modificar el itinerario. Desde Moscú llegó la propuesta [*predlozheniye*] de que llevara a los Romanov a Ekaterimburgo y allí los entregara al Sóviet Regional de los Urales.[231*][38]

Esta versión es casi con toda probabilidad falsa por tres motivos. Uno, Yákovlev no «modificó el itinerario», sino que procedió exactamente como Sverdlov le había dicho que hiciera durante su charla previa. Dos, el poderoso presidente del Comité Ejecutivo Central de Todas las Rusias y más cercano confidente de Lenin no «propondría» nada a un funcionario menor, se lo ordenaría. Tres, si Sverdlov quería en efecto que Yákovlev entregara a la familia imperial al Sóviet de Ekaterimburgo, no habría ocurrido al día siguiente un altercado que duró tres horas, en la propia Ekaterimburgo, entre Yákovlev y el Partido Bolchevique local. La explicación más plausible —aunque sea solo una conjetura— es que Sverdlov le dijo a Yákovlev que evitara una discusión con el Sóviet de Ekaterimburgo, el cual desconfiaba de él, y siguiera hacia Moscú por Ekaterimburgo, para aquietar las sospechas de que pretendía secuestrar al antiguo zar.

Tras hablar con Sverdlov, Yákovlev ordenó al conductor de la locomotora que diera la vuelta. Todo esto ocurría durante la noche, mientras Nicolás y su familia dormían. Al despertar la mañana del 29 de abril, Nicolás notó que el tren iba hacia el

oeste, lo cual confirmaba su creencia previa de que estaba siendo trasladado a Moscú. Alejandra anotó en su diario, seguramente a partir de la información proporcionada por Yákovlev: «El Sóviet de Omsk no nos dejaría pasar de Omsk y temí que quisieran llevarnos a Japón». Por su parte, Nicolás escribió ese día: «Todos estamos de buen ánimo». Se deduce, pues, que no les agradaba la perspectiva de ser entregados, por quienes los atormentaban en ese momento, a manos extranjeras, pero sí los alivió saber que se dirigían a la antigua capital rusa, ahora el núcleo principal del bolchevismo.

Así viajaron todo ese día y la noche siguiente, con ocasionales paradas, cubriendo los 850 kilómetros entre Omsk y Ekaterimburgo. La travesía no tuvo incidentes. Yákovlev recordaba que la antigua zarina era tan abrumadoramente tímida que prefería esperar horas para ir al lavabo, hasta que el coche estaba despejado de extraños, y se quedaba allí hasta estar segura de que no había nadie en el pasillo.[39]

El tren entró en la estación principal de Ekaterimburgo el 30 de abril a las 8.40. En el lugar se había reunido una multitud hostil, al parecer convocada por los bolcheviques locales para presionar a Yákovlev para que entregara su cargamento. Los sucesos de las siguientes tres horas, durante las cuales el tren permaneció detenido en el lugar y sus pasajeros sin poder abandonarlo, estaban sumidos en la confusión. Parece ser que Yákovlev se negó a entregar a Nicolás y Alejandra al considerar que no estarían seguros en Ekaterimburgo. Según el diario de Nicolás: «Esperamos tres horas en la estación. Hubo un intenso conflicto [literalmente: fermento] entre los comisarios locales y los nuestros. Al final, los primeros ganaron». Nicolás, en su simpleza, creía que la discusión era en relación con la estación de transbordo,

porque poco después del mediodía habrían de partir a Ekaterimburgo II, una parada secundaria y de carga. Alejandra intuía mejor lo que ocurría: «Yákovlev tuvo que entregarnos al Sóviet Regional de los Urales», escribió en su diario. La disputa de Yákovlev con los comisarios locales era, en realidad, para decidir si la comitiva saldría o no finalmente hacia Moscú, disputa que Yákovlev acabó perdiendo, posiblemente después de la intervención de Moscú, que no quería oponerse a los bolcheviques de Ekaterimburgo ni estaba muy seguro de qué hacer con los Romanov de todas maneras. Dejarlos en Ekaterimburgo en manos seguras hasta un futuro juicio bien pudo haberles resultado a Lenin y Sverdlov una solución de compromiso no del todo mala.

Una vez que el tren llegó a Ekaterimburgo II, Yákovlev entregó a los prisioneros a Belobórodov, obteniendo de él un recibo escrito a mano que lo absolvía de mayores responsabilidades en el asunto.[40] También exigió guardias, supuestamente para proteger a la familia imperial de la posible violencia de la muchedumbre.[41] Antes de que lo autorizaran a volver a Moscú, tuvo que explicar sus acciones ante el Sóviet de Ekaterimburgo, lo que aparentemente hizo para conformidad de este último.[42] Que no había hecho nada malo a ojos de sus superiores de Moscú queda constatado por el hecho de que, un mes después, fue nombrado jefe de gabinete en las fuerzas del Ejército Rojo de Samara y, más tarde, comandante del Segundo Ejército Rojo en el frente oriental (Urales).[232*]

A las tres de la tarde, en compañía de Belobórodov y Avdéiev, dos vehículos abiertos llevaron a Nicolás, Alejandra y María hasta el centro del pueblo, seguidos de un camión que Alejandra describió como lleno de soldados «armados hasta los dientes». Según Avdéiev,[43] Belobórodov indicó a Nicolás

que el Comité Ejecutivo Central en Moscú había ordenado que él y su familia quedaran detenidos hasta su inminente juicio. Los vehículos pararon frente a la gran casa pintada de blanco de Ipátiev, que el propietario había dejado libre el día anterior y los bolcheviques llamaban ahora la «casa del propósito especial». La familia imperial no volvería a abandonarla con vida.[img 95]

Nicolás Ipátiev, un ingeniero del ejército ya retirado, era un próspero hombre de negocios. Había adquirido la casa solo unos meses antes y la utilizaba como residencia y como oficina. Era una edificación de piedra de dos plantas, construida a finales del siglo XIX en el estilo ornamental favorecido por los boyardos moscovitas, que por esa época marcaron una vuelta a la ornamentación, dotada de lujos inusuales como agua caliente y luz eléctrica. Ipátiev había amueblado solo la planta superior, que consistía en tres dormitorios, un comedor, un salón, una recepción, cocina, baño y aseo. La planta inferior, un semisótano, estaba casi vacía. El edificio tenía un pequeño jardín y varias estructuras anexas, una de las cuales fue utilizada para guardar las pertenencias de la familia imperial. Mientras el tren iba y venía entre Ekaterimburgo y Omsk, un grupo de trabajadores había construido una tosca empalizada para ocultar la casa desde la calle e impedir que los inquilinos vieran el exterior. El 5 de junio se añadió otra empalizada más alta.

La casa fue convertida en una prisión de alta seguridad. Las empalizadas evitaban cualquier comunicación con el exterior y, por si esto no fuera suficiente, el 15 de mayo se cubrieron con pintura blanca las ventanas, que ya estaban selladas, dejando solo una estrecha franja sin pintar en la parte superior. A los prisioneros se les permitía enviar y recibir una cantidad limitada de correspondencia, sobre todo dirigida a

sus hijos, la cual debía pasar por la censura de la Checa y el sóviet, pero este privilegio les fue retirado muy pronto. De vez en cuando, se permitía el acceso a algunos visitantes —sacerdotes y mujeres de la limpieza—, pero estaba prohibido que conversaran con ellos. También los guardias tenían instrucciones de no hablar con los prisioneros. Durante un tiempo recibieron periódicos, pero eso también cesó el 5 de junio. La comida que les traían desde el pueblo —al principio, desde la cantina del sóviet; luego, desde un convento cercano — era sometida a inspección por los guardias. El aislamiento de los prisioneros era total.[img 96]

La guardia de setenta y cinco hombres, todos rusos excepto dos polacos,[44] reclutada entre los obreros de las fábricas locales, estaba dividida en un destacamento interior y otro exterior. Se les pagaba bien, recibían 400 rublos al mes, además de comida y vestuario. El reducido destacamento interior vivía en casa de Ipátiev; la guardia exterior fue inicialmente alojada en el piso subterráneo, pero luego la trasladaron a una residencia particular al otro lado de la calle. Mientras estaban en funciones, los guardias llevaban revólveres y granadas de mano. Dos o tres de ellos estaban apostados en el piso superior, manteniendo a los prisioneros bajo constante vigilancia. La casa estaba defendida por cuatro ametralladoras emplazadas en la planta superior, la terraza, el piso subterráneo y el ático. Había guardias en el exterior, vigilando los accesos y asegurándose de que no se acercara ninguna persona que no estuviese autorizada. Avdéiev tenía el mando supremo y estableció su despacho y dormitorio en la recepción de la planta superior.

Nicolás y Alejandra estaban preocupados por sus hijos, pero su inquietud cesó la mañana del 23 de mayo, cuando las tres niñas y Alexis aparecieron allí de repente. Habían llegado

en barco por el río Tobolsk hasta Tiumén, y de allí en tren. Las niñas habían escondido en sus corsés un total de 8 kilos de piedras preciosas. A su llegada, los guardias prohibieron a los sirvientes que los ayudaran con las maletas.

La Checa arrestó a cuatro criados: al príncipe Iliá Tatíschev, asistente de Nicolás; a A. A. Vólkov, el ayuda de cámara de la emperatriz; a la princesa Anastasia Gendrikova, su dama de honor, y a Catalina Schneider, «*lectrice* [lectora] de la corte». Todos ellos fueron llevados a la prisión local para unirse allí al príncipe Dolgoruki, que había acompañado a Nicolás y Alejandra desde Tobolsk. Con una sola excepción, todos habrían de morir. A la mayoría de los miembros restantes de la comitiva imperial se les dijo que abandonaran la provincia de Perm. El asistente personal de Alexis, K. G. Nagorni, y el ayuda de cámara Iván Sedniev, se trasladaron a la residencia de Ipátiev. El doctor Vladímir Derevenko, médico de Alexis, recibió autorización para permanecer en Ekaterimburgo como ciudadano particular y visitaba al zarévich dos veces por semana, siempre en compañía de Avdéiev.

La comitiva procedente de Tobolsk había traído gran cantidad de equipaje, que fue guardado en el cobertizo del jardín; los miembros de la familia imperial iban con frecuencia hasta allí para sacar algo, acompañados de los guardias. Los guardias tomaron cuanto quisieron de dicho equipaje y, cuando Nagorni protestó por los robos, fueron arrestados (28 de mayo) y enviados a prisión, donde cuatro días después la Checa los mató. Estos robos causaron gran conmoción a Nicolás y Alejandra, porque el equipaje incluía dos cajas con su correspondencia personal y los diarios de Nicolás.

A finales de mayo de 1918, la residencia de Ipátiev alojaba a once inquilinos en total. Nicolás y Alejandra ocupaban la

habitación de la esquina. Alexis compartió al principio el dormitorio con sus hermanas, pero el 26 de junio, por razones que se verán más adelante, se trasladó al cuarto de sus padres. Las princesas disponían de la habitación del medio, donde dormían en catres plegables. A. S. Demidova, la dama de honor, era la única de los prisioneros que tenía una habitación para ella sola, próxima a la terraza. El doctor Botkin ocupaba el salón. Los tres sirvientes vivían en la cocina: el cocinero, Iván Jaritónov, y su ayudante, un chico llamado Leonid Sedniev (sobrino del ayuda de cámara detenido), y el ayuda de cámara de la princesa, Alexéi Trup.

La familia se instaló en una monótona rutina. Se levantaban a las nueve y tomaban el té a las diez. El almuerzo se servía a la una, la comida entre las cuatro y las cinco, el té a las siete y la cena a las nueve. Se iban a dormir a las once.[45] Salvo a las horas de la comida, los prisioneros estaban confinados en sus habitaciones. La vida se volvió tan sombría que Nicolás comenzó a saltarse entradas en su diario. La mayor parte del tiempo se dedicaban a leer en voz alta pasajes de la Biblia y de los clásicos rusos, a veces a la luz de las velas, debido a los continuos cortes en el suministro eléctrico; en esos días, Nicolás tuvo por primera vez oportunidad de leer *Guerra y paz*. La familia rezaba muchísimo. Se les permitían breves paseos por el jardín, de quince minutos como mucho, pero no el ejercicio físico, lo que era muy duro para Nicolás. Cuando hacía buen tiempo, el antiguo zar llevaba a su hijo discapacitado al jardín, donde jugaban a juegos de cartas y al *backgammon* ruso, denominado *trick-track*. No se les permitía ir a la iglesia, pero los sábados y festivos un sacerdote celebraba misa en una capilla improvisada en el salón, bajo la atenta mirada de los guardias.

Hay muchas historias espantosas acerca de los abusos

sufridos por la familia imperial a manos de los guardias. Se dice que estos entraban en las habitaciones de las princesas a cualquier hora del día o la noche, se hacían con los alimentos que la familia, ante la insistencia de Nicolás, compartía con la servidumbre en una mesa común, y hasta daban empujones al antiguo zar de vez en cuando. Aunque no carezcan de fundamento, se ha tendido a exagerar tales historias; el comportamiento del comandante y sus guardias era sin lugar a dudas desagradable, pero no hay pruebas de que hubiera un auténtico maltrato. Aun así, las condiciones que la familia imperial debió tolerar fueron extremadamente difíciles. Los guardias apostados en la planta superior se divertían acompañando a las princesas al aseo, exigiendo saber por qué querían ir allí y permaneciendo de pie en el exterior hasta que salían.[46] Con frecuencia se encontraban dibujos e inscripciones obscenos en el propio aseo y el baño. Un proletario llamado Faika Safónov divertía a sus amigos con cantinelas obscenas que entonaba bajo las ventanas de las prisioneras imperiales.[img 97]

Los Romanov sobrellevaban su confinamiento, la incomodidad y la falta de dignidad con una serenidad admirable. Avdéiev pensaba que Nicolás no se comportaba en absoluto como un prisionero, pues mostraba una «alegría natural». Bikov, el historiador comunista que narra estos hechos, habla molesto de la «estúpida indiferencia [de Nicolás] ante los sucesos que estaban sucediendo a su alrededor».[47] Pero lo que explica el comportamiento del antiguo zar y su familia no es la indiferencia, sino el sentido del decoro y cierto fatalismo arraigado en su fe religiosa. Nunca sabremos, desde luego, qué pasaba por la mente de los prisioneros, detrás de la fachada de «alegría natural» de Nicolás, la altivez de Alejandra y la energía incontenible de los hijos, puesto que no confiaban en nadie; los diarios de

Nicolás y Alejandra son, en dicho período, más una bitácora que un diario personal. Pero un poema descubierto entre sus pertenencias, titulado «Plegaria», ofrece una visión inesperada de sus sentimientos más íntimos. Fue escrito por S. S. Bejtéiev, un hermano de Zinaida Tolstói, amigo cercano de Alejandra, en octubre de 1917, y enviado a Tobolsk con una dedicatoria a Olga y Tatiana. Entre los papeles de la familia imperial, se hallaron dos copias de este poema, una en la mano de Alejandra, la otra en la de Olga. Dice así:[233*]

Danos paciencia, oh, Señor, a Tus hijos
para que podamos, en estos días negros,
tolerar la persecución de nuestra gente,
y los tormentos que nos han sido impuestos.
Danos fuerza, justo Dios, la precisamos,
para perdonar a quienes nos acosan,
para cargar nuestra pesada y dolorosa cruz,
y así alcanzar Tu humildad gloriosa.
Cuando seamos saqueados o insultados,
en estos días de angustiosa tortura,
a Ti nos volveremos, Cristo Salvador,
para poder soportar esta prueba y su amargura.
Señor del mundo, Dios de la Creación,
danos Tu bendición en nuestro clamor,
y paz, Señor, brinda a nuestros corazones,
en esta hora de hondo y mortal temor.
Y cuando en el umbral estemos de la muerte,
que Tu divino soplo en nosotros se haga presente
y, siendo Tus hijos, hallemos fuerza para orar
con humildad por nuestros rivales y su suerte.[48]

Al confinar, en la primavera de 1918, a Nicolás y su familia en Ekaterimburgo y al resto del clan Romanov en otros pueblos de la provincia de Perm, los bolcheviques buscaban situarlos en lo que parecía un área segura, alejada del frente alemán y el Ejército Blanco, en medio de un bastión bolchevique. Pero la situación en dicho territorio cambió

radicalmente con el estallido de la rebelión checa. A mediados de junio, los checos controlaban Omsk, Cheliábinsk y Samara. Sus operaciones militares amenazaban la provincia entera de Perm, ubicada directamente al norte de estas ciudades, y dejaba a los Romanov cerca de un frente de batalla en el que los bolcheviques estaban en retirada.

¿Qué se haría con ellos? En junio, Trotski era aún partidario de un juicio público:

> En una de mis breves visitas a Moscú —creo que fue pocas semanas antes de la ejecución de los Romanov— hice notar de pasada al Politburó que, considerando la mala situación en los Urales, se debía acelerar el juicio al zar. Propuse un tribunal abierto que pusiera en evidencia todo su reinado (la política campesina, la laboral, la de nacionalidades, el tema cultural, las dos guerras, etc.). Los procedimientos del juicio serían transmitidos por radio a todo el país; en los *volosti* se leerían y comentarían a diario informes de los procedimientos. Lenin replicó que todo ello sería estupendo si fuera viable, pero […] podía no haber tiempo para eso. […] No hubo ningún debate al respecto, porque no insistí en mi propuesta, dejándome llevar por alguna tarea distinta. Y en el Politburó solo había tres o cuatro de nosotros: Lenin, un servidor, Sverdlov. […] Kámenev, según recuerdo, no estaba presente. En todo ese tiempo, Lenin estaba más bien sombrío y no confiaba en que pudiéramos formar un ejército.[49]

Alrededor de junio de 1918, la idea de un juicio había dejado de ser una opción realista. Hay pruebas convincentes de que, poco después de que estallara el levantamiento checo, Lenin autorizó a la Checa a realizar preparativos para la ejecución de todos los Romanov que había en la provincia de Perm, valiéndose como pretexto de «fugas» inventadas. En sus instrucciones, la Checa dispuso elaboradas provocaciones en las tres ciudades en las que había miembros de la familia real, ya fuera confinados o viviendo bajo custodia: Perm, Ekaterimburgo y Alapáievsk. En Perm y Alapáievsk el plan tuvo éxito; en Ekaterimburgo, quedó de lado.

En Perm, donde estaba exiliado el gran duque Miguel, tuvo lugar una especie de ensayo de la masacre de Nicolás y su familia.[50] A su llegada a Perm en marzo, en compañía de

Nicholas Johnson, su secretario inglés, Miguel fue encarcelado, pero liberado al cabo de poco y autorizado a fijar su residencia junto a Johnson, un criado y un chófer, en un hotel de la localidad donde vivía con relativa comodidad y libertad de movimiento. Aunque estaba bajo vigilancia de la Checa, de haber querido escapar podría haberlo hecho sin dificultades, porque le estaba permitido moverse libremente por toda la ciudad. De todas formas, Miguel, al igual que el resto de los Romanov, hizo gala de cierta pasividad manifiesta. Su esposa lo visitó durante las vacaciones de Semana Santa, pero a petición de él regresó a Petrogrado, ciudad de la que al final escapó y consiguió llegar a Inglaterra.

La noche del 12-13 de junio, cinco hombres armados condujeron una troika hasta el hotel de Miguel.[51] Allí despertaron al gran duque y le dijeron que se vistiera y los siguiera. Miguel les pidió sus credenciales. Al ver que los visitantes no le mostraban credencial alguna, pidió ver al jefe de la Checa local. En este punto (como el ayuda de cámara de Miguel le contó después a un compañero de prisión antes de ser ejecutado), los visitantes nocturnos se impacientaron y amenazaron con recurrir a la fuerza. Uno de ellos susurró algo a oídos de Miguel o de Johnson, lo que pareció neutralizar las dudas de ambos. Casi con seguridad, simularon ser monárquicos en una misión de rescate. Miguel se vistió al fin y, acompañado de Johnson, se metió en el transporte de los visitantes que estaba aparcado frente al hotel.

La troika partió a toda velocidad en dirección a las instalaciones industriales de Motovilija. Ya fuera de la ciudad, giró hacia los bosques y se detuvo. Se ordenó a los dos pasajeros que bajaran del vehículo y, cuando lo hicieron, fueron abatidos por varios disparos, posiblemente por la

espalda, como era costumbre de la Checa en aquella época. Sus cuerpos fueron quemados en un horno de fundición cercano al lugar.

Inmediatamente después del asesinato, las autoridades bolcheviques de Perm avisaron a Petrogrado y las ciudades de la región de que Miguel había escapado y que había una búsqueda en curso. De forma simultánea, difundieron rumores de que el gran duque había sido secuestrado por sectores monárquicos.[52]

El periódico local, *Permskiye Izvestia*, incluyó la siguiente nota acerca del incidente:

> Durante la noche del 31 de mayo [12 de junio], una banda organizada de Guardias Blancos con órdenes falsas apareció en el hotel en el que residían Miguel Romanov y Johnson, su secretario, los secuestraron y se los llevaron con destino desconocido. Una partida de búsqueda enviada esa misma noche no encontró rastro de ellos. La búsqueda prosigue hasta ahora.[53]

Esto era una maraña completa de mentiras. Miguel y Johnson habían sido de hecho secuestrados no por Guardias Blancos, sino por la Checa, liderada por G. I. Miásnikov, un ex cerrajero y revolucionario profesional, presidente del Sóviet de Motivilija. Sus cuatro cómplices eran obreros probolcheviques de la misma ciudad. Dado que no fue posible sostener la leyenda de un complot de la Guardia Blanca una vez que la comisión Sokólov hubo encontrado los restos de Miguel y Johnson al año siguiente, la posterior versión oficial de las autoridades comunistas ha afirmado que Miásnikov y sus cómplices actuaron por su cuenta, sin autorización de Moscú o del sóviet local, una versión que pone a prueba incluso la credulidad del más ingenuo.[234*]

El 17 de junio, los diarios de Moscú y Petrogrado incluyeron reportajes sobre la «desaparición» de Miguel.[235*] A la vez, se propagaron rumores de que Nicolás había sido asesinado por un soldado del Ejército Rojo que había

irrumpido en casa de Ipátiev.[54] Puede que estos rumores se originaran de forma espontánea, pero es mucho más probable que los bolcheviques los iniciaran intencionadamente para evaluar la reacción tanto de la opinión pública rusa como de los gobiernos extranjeros ante el posible asesinato de Nicolás, para el cual se hacían ya preparativos. Lo que otorga credibilidad a esta hipótesis es el comportamiento extraordinario de Lenin. El 18 de junio concedió una entrevista al diario *Nashe Slovo* en la que decía que, aun cuando podía confirmar informes de la fuga de Miguel, su gobierno era incapaz de determinar si el antiguo zar estaba vivo o muerto.[55] Era muy extraño que Lenin diera una entrevista a *Nashe Slovo*, un periódico liberal y tan crítico del régimen bolchevique como las circunstancias lo permitían, con el cual los bolcheviques no solían tener trato alguno. Igualmente curioso resultó su alegato de una total ignorancia sobre el destino del antiguo zar, ya que el gobierno podía reconstruir fácilmente los hechos del caso: todavía el 22 de junio, la Oficina de Prensa del Sovnarkom afirmó que seguía sin conocer el destino de Nicolás, pese a admitir que había comunicación diaria con Ekaterimburgo.[56] Esta conducta del gobernante respalda la hipótesis de que Moscú difundió tales rumores para poner a prueba las reacciones al asesinato del antiguo zar que estaban planeando.[236*]

Aparte de los círculos aristocráticos y monárquicos, la población rusa, tanto la *intelligentsia* como las «masas», no dio muestras de que le importase en un sentido u otro lo que ocurriera con Nicolás. Tampoco la opinión pública extranjera se mostró afectada. Un comunicado emitido por el corresponsal en Petrogrado del diario londinense *The Times*, fechado el 23 de junio y publicado el 3 de julio, incluía un inquietante indicio de ello:

> Cada vez que la familia Romanov recibe este trato destacado, la gente

piensa que algo serio está a punto de ocurrir. Los partidarios de los bolcheviques han comenzado a impacientarse con estas frecuentes sorpresas asociadas a la depuesta dinastía, y la cuestión que de nuevo surge es la conveniencia de resolver el destino de los Romanov, llevando a plantearse el tema de qué hacer de una vez con ellos.

Lo de «resolver el destino de los Romanov» solo podía significar, por supuesto, asesinarlos, pero este crudo tanteo cayó en saco roto.

Al parecer, la indiferencia dentro y fuera de Rusia ante estos rumores selló el destino de la familia imperial.

El 17 de junio, la familia oyó la alegre noticia de que se permitiría a las monjas del convento de Novotijvinski, cuyas solicitudes anteriores en este sentido habían sido denegadas, enviar huevos, leche y nata a los Romanov. Como luego se sabría, esto se hizo no en consideración a su bienestar, sino como parte de un complot de la Checa.

El 19 o 20 de junio, los prisioneros imperiales recibieron de las monjas un envase con nata, en el corcho del cual había disimulado un trozo de papel con el siguiente mensaje, cuidadosamente escrito a pluma o, más probablemente, copiado por alguien con escaso conocimiento del francés:

Les amis ne dorment plus et espèrent que l'heure si longtemps attendue est arrivée. La revolte des tschekoslovaques menace les bolcheviks de plus en plus serieusement. Samara, Tschelabinsk et toute la Sibirie orientale et occidentale est au pouvoir de gouvernement national provisoir. L'armée des amis slaves est à quatre-vingt kilometres d'Ekaterinbourg, les soldats de l'armée rouge ne resistent pas efficassement. Soyez attentifs au tout mouvement de dehors, attendez et espérez. Mais en même temps, je vous supplie, soyez prudents, parce que les bolcheviks avant d'être *vaincus represent pour vous le peril réel et sérieux.* Soyez prêts toutes les heures, la journée et la nuit. Faite le croquis des *vos deux chambres*, les places, des meubles, des lits. Ecrivez bien l'heure quand vous allez couchir vous tous. L'un de vous ne doit dormir de 2 à 3 heure toutes les nuits qui suivent. Repondez par quelques mots mais donnez, je vous en prie, tous les renseignements utiles pour vos amis de dehors. C'est au même soldat qui vous transmet cette note qu'il faut donner votre reponse *par ecrit mais dites pas un seul mot.*

Un qui est prêt a mourir pour vous

L'officieu [sic] de l'armée Russe.[237*]

La respuesta fue enviada en la misma hoja de cuaderno arrugada. Junto a la cuestión de la hora a que la familia se retiraba, está escrito «à $11^{1/2}$»; la pregunta relativa a las «dos habitaciones» está corregida por «tres habitaciones». Bajo todo ello está escrito en letra manuscrita firme y legible:

> du coin jusqu'au balcon. 5 fenêtres donnent sur la rue, 2 sur la place. Toutes les fenêtres sont fermées, collées et peintes en blanc. Le petit est encore malade et au lit, et ne peut pas marcher du tout—chaque secousse lui cause des douleurs. II y a une semaine, qu'a cause des anarchist[es] on pensait a nous fairepartir à Moscou la nuit. II ne faut rien risquer sans être *absolument sûr* du résultat. Sommes presque tout le temps sous observation attentive.[238*]

Este mensaje secreto de presuntos salvadores presenta algunas características desconcertantes. Para empezar, el lenguaje. La carta no está escrita en el tono que un oficial monárquico adoptaría ante su soberano: es difícil imaginar que un oficial se dirigiera a él como «vos» en lugar de «Vuestra Majestad». En su conjunto, el vocabulario y estilo de esta carta es tan poco habitual que un investigador específico de la tragedia ocurrida en Ekaterimburgo la consideró una farsa sin lugar a dudas.[57] Además, está el asunto de cómo llegó la carta hasta los prisioneros. El firmante alude a un soldado, supuestamente un guardia, pero Avdéiev, el comandante de la guardia de Ipátiev, escribe que la carta secreta fue descubierta en el corcho de una botella con nata que habían llevado las monjas y entregado al chequista Goloshchodin, quien la hizo copiar antes de dársela a los prisioneros. Según Avdéiev,[58] la Checa investigó el asunto y descubrió que el autor era un oficial serbio de nombre «Magich», que fue arrestado. En efecto, había en la región un oficial serbio y miembro de la misión militar serbia en Rusia, el mayor Jarko Konstantinóvich Mičič (Michich), el cual había levantado sospechas al solicitar ver a Nicolás.[59] Se sabe,

además, que Mičič viajó a los Urales para localizar y rescatar a la princesa Helena Petrovna, esposa del gran duque Iván Konstantinóvich, internada en Alapáievsk. Pero, por las memorias de quien acompañaba a Mičič, Serguéi Smirnov, es posible determinar que ambos habían llegado a Ekaterimburgo el 4 de julio, lo cual significa que el propio Mičič no podría haber escrito desde allí las cartas el 19 y el 20 de junio.[60]

Otro posible portador de la nota inicial era el médico de Alexis, el doctor Derevenko. Se sabe, sin embargo, por la declaración de Derevenko a las autoridades soviéticas en 1931, que durante sus visitas a los prisioneros tenía prohibido expresamente establecer ninguna comunicación con ellos.[61] A partir de los diarios de Alejandra, se puede establecer que su última visita a la casa de Ipátiev fue el 21 de junio, lo que hace teóricamente posible que fuera él quien llevase el primer mensaje secreto, pero incluso esto es poco probable, puesto que, confirmando el testimonio de Derevenko, Alejandra escribió en su diario que el médico no aparecía jamás «sin Avdéiev, así que es imposible hablar con él ni una sola palabra».

Parece, pues, razonable suponer que la carta fue elaborada por la Checa y enviada a los prisioneros por un guardia involucrado en la provocación.[239*]

Según Avdéiev, Nicolás respondió a la carta a los dos o tres días de haberla recibido,[62] dato que permite fecharla entre el 21 y el 23 de junio. La respuesta fue por supuesto interceptada, poniendo en marcha el plan de la Checa.

El 22 de junio, al parecer en reacción a la respuesta de Nicolás, un grupo de trabajadores inspeccionó las ventanas del dormitorio que ocupaba la pareja imperial. Al día siguiente, para mayor deleite de esta última, quitaron una de

las ventanas de doble hoja y en su lugar se instaló un panel de ventilación que podía abrirse, permitiendo que entrara aire fresco al recargado y caluroso ambiente del piso superior. A los prisioneros se les prohibió asomarse o inclinarse al exterior; de hecho, cuando una de las chicas asomó en exceso la cabeza, uno de los guardias disparó.

El 25 de junio llegó un segundo mensaje secreto; el 26 le siguió un tercero. La prueba irrefutable de que estas cartas llegaron a manos de la familia imperial está en el diario de Nicolás, quien de manera incauta escribió el 14 [27] de junio: «Recientemente hemos recibido dos cartas, una después de la otra, que nos aconsejan que estemos listos para ser rescatados por cierta gente devota de nosotros».

La segunda carta instaba a los receptores a no preocuparse; su rescate no conllevaría ningún riesgo. Era una afirmación sorprendente, aunque uno lo atribuyera al deseo de los presuntos conspiradores de mitigar los temores de los cautivos, teniendo en cuenta que se hallaban rodeados de decenas de guardias armados. Esto contribuye a las dudas acerca de su autenticidad. Era «absolutamente necesario», prosigue la carta, que una de las ventanas estuviese desbloqueada, un asunto que, de hecho, ya había quedado zanjado dos días antes por el atento comandante a cargo de la familia. La imposibilidad de Alexis de caminar «complicaba las cosas», pero «no sería un gran inconveniente».

Nicolás respondió extensamente a esta carta el 25 de junio, informando a sus interlocutores postales de que, en efecto, dos días antes, una de las ventanas había sido abierta. Era imprescindible salvarlos no solo a ellos, sino también al doctor Botkin y a los criados: «Sería innoble por nuestra parte, aunque ellos mismos no quisieran ser un lastre para nosotros, dejarlos atrás después de que ellos nos hayan

seguido voluntariamente al exilio». Nicolás expresó entonces su preocupación por el destino de dos cajas almacenadas en el cobertizo, una más pequeña etiquetada con las iniciales A. F. n.° 9 (es decir, Alejandra Fiódorovna n.° 9), y una más grande rotulada como «n.° 13 N. A». (Nicolás Alexándrovich), que contenía «viejas cartas y diarios».

La tercera carta del desconocido solicitaba información adicional. Por desgracia, quizá no iba a ser posible rescatarlos a todos, escribía. Prometía suministrarles un «detallado plan de operaciones» el 30 de junio e instruía a la familia para que estuviera alerta a alguna señal (que no especificaba); tan pronto como la escucharan, debían bloquear la puerta que conducía al pasillo y descender por la ventana abierta mediante una cuerda que ellos les procurarían de algún modo.

Esa noche (26-27 de junio), anticipándose al prometido intento de rescate, trasladaron a Alexis al dormitorio de sus padres. La familia no se fue a dormir. «Pasamos una noche ansiosa y en completa vigilia, todos vestidos», anotó Nicolás. Pero la señal nunca llegó. «La espera y la incertidumbre fueron lo más insoportable».

Es imposible saber qué fue lo que hizo a la Checa cancelar su plan.

A la noche siguiente, Nicolás o Alejandra escucharon una conversación que les hizo desechar la idea de una fuga. «Por la noche oímos —escribió ella el 28 de junio— a los centinelas bajo nuestras habitaciones, cuando les era advertido que observaran en particular cada movimiento en nuestra ventana; se han vuelto de nuevo más suspicaces, desde que nos abrieron la ventana». Al parecer, esto persuadió a Nicolás de comunicar a su corresponsal, en una nota atormentada, que no estaba preparado para escapar, aunque no era

contrario a la idea de ser secuestrado:

> Nous ne voulons et ne pouvons pas *FUIRE*. Nous pouvons seulement *être enléves* par force, comme c'est la force qui nous a emmenés de Tobolsk. Ainsi, ne comptez sur *aucune aide active* de notre part. Le commandant a beaucoup d'aides, les changent souvent et sont devenu *soucieux*. Ils gardent notre emprisonnement ainsi nos vies consciencensement et son bien avec nous. Nous ne voulons pas qu'ils souffrent à cause de nous, ni vous pour nous. Surtout au nom de Dieu évitez l'effusion de sang. Renseignez vous sur eux vous même. Une descente de la fenêtre sans escalier est completement impossible. Même descendu on est encore en grand danger à cause de la fenêtre ouverte de la chambre des commandants et la mitrailleuse de l'étage en bas, où l'on pénètre de la cour intérieure. [Tachado: Renoncez donc à l'idée de nous enlever.] Si vous veillez sur nous, vous pouvez toujours venir nous sauver *en cas* de danger imminent et réel. Nous ignorons completement ce qui si passe a l'extérieur, ne recevant ni journaux, ni lettres. Depuis qu'on a permi d'ouvrir la fenêtre, la surveillance a augmenté et on défend même de sortir la tête, au risque de recevoir un balle dans la figure.[240*]

En esta fase de los acontecimientos, alguien decidió abortar la falsa operación de rescate. La familia imperial recibió otra comunicación secreta más, una cuarta y última, que debió de haber sido escrita después del 4 de julio, porque solicitaba información sobre el nuevo comandante de la casa de Ipátiev, quien sustituyó a Avdéiev ese día. Fue una tosca falsificación de la Checa, que aseguraba a la familia imperial que sus amigos «D y T» —obviamente, Dolgoruki y Tatíshchev— habían sido ya «rescatados», cuando de hecho ambos habían sido ejecutados un mes antes.

Después de estas experiencias, el aspecto de Nicolás y sus hijos cambió: Sokólov da testimonio de que se les veía «exhaustos».[63]

Aunque fue entonces, y lo ha sido a partir de entonces, una práctica inamovible de las autoridades comunistas la de adjudicar la decisión de ejecutar a la familia imperial al Sóviet Regional de los Urales, esta versión, elaborada para exonerar a Lenin de la culpa, es ciertamente desorientadora. Es posible

establecer que la decisión final de «liquidar» a los Romanov fue tomada personalmente por Lenin, con toda probabilidad a principios de julio. Basta con imaginar que ningún sóviet provinciano hubiera osado actuar por su cuenta, sin explícita autorización de la autoridad central, en un asunto tan relevante. Sokólov estaba convencido, en 1925, de la responsabilidad de Lenin, cuando publicó los hallazgos de su investigación. Pero existe además una prueba definitiva e incontrovertible en este sentido, procedente de una autoridad tan relevante como es la de Trotski. En 1935, Trotski leyó en un diario de emigrados un relato de la muerte de la familia imperial. Esto reactivó su memoria y escribió en su diario:

> Mi próxima visita a Moscú tuvo lugar cuando Ekaterimburgo había ya caído [i.e., después del 25 de julio]. Hablando con Sverdlov, le pregunté al pasar: «Ah, sí… ¿y dónde está ahora el zar?». «Terminado —replicó—. Fue fusilado». «¿Y dónde está la familia?» «La familia también». «¿Toda?», pregunté, aparentemente con un deje de sorpresa. «Toda —dijo él—, ¿por qué?» Él esperó mi reacción. Yo no respondí. «¿Y quién tomó la decisión?», pregunté. «Lo decidimos aquí. Ilich pensaba que no debíamos dejarle a los Blancos un estandarte viviente, especialmente en las difíciles circunstancias presentes». Ya no hice más preguntas y di por cerrado el asunto.[64]

La acotación casual de Sverdlov pone en duda, de una vez por todas, la versión oficial de que Nicolás y su familia fueron ejecutados por iniciativa de las autoridades de Ekaterimburgo para evitar que huyeran o fueran capturados por los checos. La decisión recayó no en Ekaterimburgo sino en Moscú, en una época en la que el régimen bolchevique sentía que el suelo se movía bajo sus pies y temía seriamente la restauración de la monarquía, una idea que tan solo un año antes hubiera parecido demasiado fantasiosa para considerarla seriamente.[241*]

A finales de junio, Goloshchokin, el bolchevique más poderoso de los Urales y amigo de Sverdlov, dejó Ekaterimburgo con rumbo a Moscú. Su misión, según Bikov, era debatir el destino final de los Romanov con el Comité

Central del Partido Comunista y el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets.[65] Que los bolcheviques de Ekaterimburgo y Goloshchokin en particular querían desembarazarse de los Romanov era algo bien claro hasta entonces; de ello es razonable inferir que fue a Moscú en busca de autorización para proceder a la ejecución. Lenin aprobó la solicitud.

La decisión de ejecutar al antiguo zar, y posiblemente al resto de su familia inmediata, al parecer se tomó los primeros días de julio, con toda probabilidad en la reunión del Sovnarkom celebrada la noche del 2 de julio. Dos hechos respaldan esta hipótesis.

Uno de los puntos en la agenda de esta sesión del Sovnarkom era la nacionalización de las propiedades de la familia Romanov. A estos efectos, se nombró una comisión para redactar un borrador de decreto.[66] Difícilmente podía considerarse esto una materia urgente en aquellos días críticos, dado que la totalidad de los Romanov ahora, bajo el régimen comunista, estaban en la cárcel o el exilio y sus propiedades habían sido confiscadas hacía tiempo por el Estado o distribuidas a los campesinos. Parece probable entonces que el asunto surgiera en relación con la decisión de ejecutar a Nicolás. El 13 de julio se convirtió en ley un decreto que nacionalizaba formalmente las posesiones de la familia Romanov, tres días antes del asesinato, pero en una excepción poco común a la práctica establecida, la ley no fue publicada sino hasta seis días después, es decir, el día que se hizo pública la noticia del asesinato.[67] [img 98]

El otro hecho que respalda esta conjetura es que, inmediatamente después, el 4 de julio, la responsabilidad de proteger a la familia imperial pasó del Sóviet de Ekaterimburgo a la Checa. El 4 de julio, Belobórodov telegrafió a Lenin lo siguiente:

MOSCÚ. Presidente del Comité Ejecutivo Central Sverdlov para Goloshchokin. Siromólotov acaba de salir a organizar asuntos siguiendo instrucciones centrales temores infundados STOP Avdéiev sustituido su asistente Koshkin [Moshkin] detenido STOP Yurovski en lugar de Avdéiev guardia interna toda reemplazada STOP Belobórodov[242*]

Yákov Mijáilovich Yurovski, el jefe de la Checa de Ekaterimburgo, era nieto de un judío condenado por un delito común y exiliado a Siberia mucho tiempo antes de la revolución. Tras recibir una educación incompleta, fue aprendiz de relojero en Tomsk. Durante la Revolución de 1905 se unió a los bolcheviques. Más tarde pasó algún tiempo en Berlín, donde se convirtió al luteranismo. Al volver a Rusia, fue exiliado a Ekaterimburgo, donde abrió un estudio fotográfico del que se decía que había servido como lugar de reuniones clandestinas de los bolcheviques. Durante la guerra recibió entrenamiento paramédico. Al estallar la Revolución de Octubre, desertó y volvió a Ekaterimburgo, donde hizo agitación entre los soldados contra la guerra. En octubre de 1917, el Sóviet Regional de los Urales lo nombró «comisario de Justicia», después de lo cual se incorporó a la Checa. Era, según todos los indicios, un individuo siniestro, lleno de resentimiento y frustraciones, un tipo humano que por aquellos días se sentía muy atraído hacia los bolcheviques y que solía ser el material de reclutamiento básico de la policía secreta. De los interrogatorios que se hicieron a su esposa y familiares, Sokólov obtuvo el retrato de un individuo presumido, voluntarioso, de temperamento dominante y cruel.[68] A Alejandra le disgustó de entrada y lo calificó como «vulgar y desagradable». Sin embargo, contaba con varias virtudes que lo hacían valioso para la Checa: escrupulosidad y honestidad a toda prueba con la propiedad estatal, brutalidad sin límites y considerable intuición psicológica.

Lo primero que hizo Yurovski al hacerse cargo de la casa de Ipátiev fue poner fin a los robos, que suponían ciertamente

un peligro desde el punto de vista de la seguridad, porque los guardias que robaban podían ser sobornados para que llevaran mensajes de y a los prisioneros, sorteando los circuitos de la Checa, y hasta los ayudaran a escapar. En su primer día en el cargo, Yurovski hizo que la familia imperial enseñara todas sus pertenencias valiosas (menos las que, sin él saberlo, las mujeres habían cosido a sus prendas interiores). Tras hacer un inventario, guardó las joyas en una caja fuerte, que permitió que la propia familia conservara, aunque era inspeccionada a diario. Yurovski puso además una cerradura al cobertizo donde se guardaba el equipaje de la familia. Nicolás, siempre dispuesto a pensar lo mejor de los demás, creyó que estas medidas eran para beneficio de su familia:

> [Yurovski y su asistente] explicaron que había habido un incidente *desagradable* en nuestra casa; mencionaron el extravío de nuestras pertenencias. […] Lo lamento por Avdéiev, culpable de no haber evitado que sus hombres robaran de los baúles en el cobertizo. […] Yurovski y su asistente comenzaron a entender *qué* clase de gente era la que nos rodeaba y vigilaba, robándonos.[243*]

El diario de Alejandra corrobora que el 4 de julio la guardia interior fue sustituida por una dotación nueva. Nicolás pensó que eran letones, y otro tanto creía el capitán de la guardia cuando fue interrogado por Sokólov, pero en esa época el término «letón» se empleaba con vaguedad para toda suerte de extranjeros procomunistas. Sokólov supo que Yurovski había hablado en alemán con entre cinco y diez de los recién llegados.[69] Había pocas dudas de que eran prisioneros de guerra húngaros, algunos de ellos magiares, otros alemanes magiarizados.[244*] Se habían trasladado desde el cuartel general de la Checa, ubicado en el hotel Americano.[70]

Este fue el escuadrón encargado de la ejecución. Yurovski los asignó al sótano, pero él mismo optó por no trasladarse a la casa de Ipátiev y mejor permanecer con su esposa, su madre y sus dos hijos. Su asistente, Grigori Petróvich Nikulin,

se instaló en el cuarto del comandante.

El 7 de julio, Lenin ordenó a Ekaterimburgo que garantizara a Belobórodov, presidente del Sóviet Regional de los Urales, acceso telegráfico directo al Kremlin. Actuó en respuesta a la solicitud hecha por Belobórodov el 28 de junio pidiendo disponer de dicho acceso «por la relevancia extraordinaria de los acontecimientos en curso».[71] Hasta el 25 de julio, cuando Ekaterimburgo cayó en manos de los checos, todas las comunicaciones entre el Kremlin y esa ciudad relativas a asuntos militares y al destino de los Romanov fueron hechas por esta vía, a menudo en clave cifrada.

Goloshchokin volvió de Moscú el 12 de julio, trayendo consigo la sentencia de muerte. El mismo día informó al Comité Ejecutivo del Sóviet sobre «la actitud de la autoridad central respecto a la ejecución de los Romanov». Dijo que Moscú había intentado al principio juzgar al antiguo zar, pero teniendo en cuenta la actual cercanía del frente, ello había dejado de ser factible; había que ejecutar a los Romanov.[72] El comité suscribió la decisión de Moscú.[73] Ahora, como después, Ekaterimburgo asumió la responsabilidad de la ejecución, simulando que era una medida de emergencia para evitar que la familia imperial cayera en manos checas.[245*]

Al día siguiente, 15 de julio, se vio a Yurovski en los bosques situados al norte de Ekaterimburgo. Andaba en busca de un lugar donde deshacerse de los cadáveres.

La familia imperial no sospechó nada, porque Yurovski mantuvo una estricta rutina en la casa de Ipátiev y, con sus modales tan solícitos, hasta se ganó su confianza. El 25 de junio/8 de julio, Nicolás escribió: «Nuestra vida no ha cambiado en ningún aspecto bajo Yurovski». En ciertos aspectos incluso mejoró, pues la familia recibía ahora todas

las provisiones que le traían las monjas, mientras que los guardias de Avdéiev solían robarlas. El 11 de julio, un grupo de trabajadores instaló barrotes de hierro en la única ventana abierta, pero esto tampoco los impresionó como algo fuera de lo común: «Siempre temerosos de que nos escapemos, sin duda, o entremos en contacto con el centinela», anotó Alejandra en su diario. Ahora que la Checa había abandonado su plan de una falsa fuga, Yurovski no quería arriesgarse a que ocurriera una fuga real. El domingo 14 de julio, le permitió a un cura que entrara en la casa y dijera misa. Cuando ya se iba, el cura creyó oír a una de las altezas murmurar: «Gracias».[74] El 15 de julio, Yurovski, que poseía algunos conocimientos médicos, pasó un rato con Alexis junto a su lecho, hablando sobre su estado de salud. Al día siguiente le trajo algunos huevos. El 16 de julio, dos mujeres de la limpieza fueron a limpiar. Dijeron a Sokólov que la familia parecía tener buen ánimo y las altezas se habían reído al ayudarlas a hacer la cama.

En todo este tiempo, la familia imperial tenía aún esperanzas de tener noticias de sus salvadores. La última entrada de Nicolás en su diario, fechada el 30 de junio/13 de julio, dice: «No tenemos noticias del exterior».

Hasta hace poco, los sangrientos hechos ocurridos en la casa de Ipátiev la noche del 16-17 de julio eran conocidos, casi por completo, gracias a las pruebas que reunió la comisión Sokólov. Los bolcheviques abandonaron Ekaterimburgo en poder de los checos el 25 de julio. Los rusos que entraron en la ciudad junto a los checos se apresuraron a ir hasta la casa de Ipátiev; la encontraron vacía y en desorden. El 30 de julio se abrió una investigación para determinar el destino de la familia imperial, pero los investigadores permitieron que transcurriera un tiempo precioso sin hacer ningún esfuerzo

serio. En enero de 1919, el almirante Kolchak, recientemente proclamado gobernante supremo, designó al general M. K. Diterijs para que dirigiera la misión, pero Diterijs carecía de las cualificaciones necesarias y en febrero fue sustituido por el abogado siberiano Nikolái Sokólov. Durante los dos años que siguieron, Sokólov persiguió con incansable determinación a cada testigo y cada indicio material. Cuando se le obligó a huir de Rusia en 1920, se llevó consigo los registros de su investigación. Estos materiales y la monografía que escribió inspirándose en ellos aportan las pruebas principales sobre la tragedia de Ekaterimburgo.[246*] La publicación reciente de las memorias de Yurovski complementa y amplía las declaraciones de P. Medvédev, el capitán de la guardia, y de algunos testigos adicionales a los que Sokólov había interrogado.[75][76]

La familia imperial pasó aquel 16 de julio de la forma habitual. A juzgar por la última entrada en el diario de Alejandra, hecha a las once de la noche, cuando la familia se retiró a dormir, no presentía en absoluto que algo inhabitual fuese a ocurrir.

Yurovski había estado todo ese día ocupado. Habiendo seleccionado el sitio donde serían quemados y enterrados los cuerpos —el pozo abandonado de una mina cercana a Koptiaki—, dispuso que un camión Fiat se estacionara dentro de la empalizada, en la entrada principal de la casa de Ipátiev. Hacia el anochecer, pidió a Medvédev que despojara a los guardias de sus revólveres. Medvédev reunió doce revólveres del tipo Nagán, de uso estándar entre los oficiales rusos, cada uno capaz de disparar siete balas, y los llevó a la sala del comandante. A las seis de la tarde, Yurovski fue a la cocina en busca de Leonid Sedniev, el aprendiz de cocinero, y le dijo que se fuera de allí; para justificar su ausencia, dijo a los

Romanov que el chico debía reunirse con su tío, el ayuda de cámara Iván Sedniev. Estaba mintiendo, porque el anciano Sedniev había sido asesinado a tiros por la Checa semanas atrás; así y todo, fue el único gesto humanitario de su parte en aquellos días, ya que con ello salvó la vida del muchacho. Alrededor de las diez de la noche, dijo a Medvédev que informara a los guardias de que los Romanov serían ejecutados esa noche y que no se alarmaran cuando oyeran disparos. El camión, programado para la medianoche, llegó una hora y media tarde, lo cual retrasó la ejecución.

Yurovski despertó al doctor Botkin a la una y media de la madrugada y le pidió que levantara a los demás. Le explicó que había algunos disturbios en la ciudad y que, para su seguridad, los llevarían al sótano. Esta explicación le debió de parecer convincente, ya que los habitantes de la casa de Ipátiev habían escuchado a menudo ruidos de disparos procedentes de la calle; el día anterior, Alejandra anotó que había oído durante la noche un disparo de artillería y varios tiros de revólver.[247*] Los once prisioneros tardaron media hora en lavarse y vestirse. Alrededor de las dos, bajaron las escaleras. Yurovski abría la marcha. A continuación iba Nicolás con Alexis en brazos, ambos vestidos con camisa y gorra militares. Los seguían la emperatriz y sus hijas, Anastasia con Jemmy, su spaniel (de raza Cavalier King Charles), y el doctor Botkin. Demidova llevaba dos almohadas, en una de las cuales había escondida una cajita con joyas. Detrás de ella venían el ayudante de cámara, Trup, y el cocinero, Jaritonov. Desconocido para la familia, el escuadrón encargado de la ejecución —de diez hombres, seis de ellos húngaros y los demás rusos— estaba en una habitación adyacente. Según Medvédev, la familia «parecía calmada, como quien no anticipa ningún peligro».

Tras llegar al pie de la escalera, la procesión salió al patio y giró a la izquierda para bajar al subterráneo. Fueron llevados todos al extremo opuesto de la casa, a un cuarto que habían ocupado previamente los guardias, de cinco por seis metros, del que habían sacado todos los muebles, donde había una ventana en forma de medialuna y con barrotes en la parte superior del muro que daba a la calle y una única puerta de acceso. Había otra puerta enfrente, en la pared opuesta, que daba a un cuarto de almacenamiento, pero esta estaba cerrada. El cuarto era un callejón sin salida.

Alejandra se preguntó por qué no habría sillas. Yurosvki, tan servicial como siempre, ordenó que fuesen traídas dos sillas, en una de las cuales Nicolás depositó a su hijo; Alejandra se instaló en la otra. Al resto se les ordenó que se pusieran en fila. A los pocos minutos, Yurovski volvió a entrar en el cuarto en compañía de diez hombres armados. Él describe así la escena que siguió a esto:

> Cuando el destacamento hubo entrado, dije a los Romanov que, dado que sus parientes proseguían su ofensiva contra la Rusia soviética, el Comité Ejecutivo del Sóviet de los Urales había tomado la decisión de fusilarlos. Nicolás dio la espalda al destacamento y se colocó de cara a su familia. Entonces, como recogido sobre sí mismo, se dio la vuelta y preguntó: «¿Qué? ¿Qué?». Rápidamente repetí lo que acababa de decir y ordené al destacamento que se preparara. A sus integrantes se les había dicho previamente a quién dispararle y que apuntaran directamente al corazón para evitar el exceso de sangre y para terminar rápido. Nicolás no dijo nada más. Se volvió de nuevo hacia su familia. Los demás exclamaron algunas incoherencias. Todo esto duró unos pocos segundos. Después comenzó el tiroteo, que duró dos o tres minutos. Yo maté a Nicolás en el acto.[77]

Se sabe por testigos presenciales que la emperatriz y una de sus hijas apenas tuvieron tiempo de persignarse y también murieron al instante. Hubo un tiroteo feroz en el que los guardias vaciaron sus revólveres; según Yurovski, las balas volaban alrededor como granizo, rebotando entre las paredes y el suelo. Las niñas gritaban. Alcanzado por las balas, Alexis

cayó de la silla. Jaritonov «se sentó y murió».

Fue una misión difícil. Yurovski había asignado a cada verdugo una víctima y cada uno debía apuntarle directo al corazón. Aun así, seis de las víctimas —Alexis, tres de las niñas, Demidova y Botkin— estaban vivos cuando las descargas cesaron. Alexis yacía en un charco de sangre, gimiendo; Yurovski lo remató disparándole dos tiros en la cabeza. Demidova se defendió frenéticamente con sus almohadas, una de las cuales contenía una caja metálica, pero al poco también ella cayó y fue atacada por las bayonetas hasta morir. «Al apuñalar a una de las chicas, la bayoneta no entró en el corsé», se quejaba Yurovski. Todo el «procedimiento», como él lo denomina, duró unos veinte minutos. Medvédev evocaba la escena: «Tenían todos heridas de bala en varias partes del cuerpo; sus rostros estaban cubiertos de sangre, sus ropas empapadas en sangre».[78]

Los disparos se oyeron desde la calle, pese a que el camión tenía el motor encendido para encubrirlos. Uno de los testigos que dio su testimonio a Sokólov, residente en la casa de Pópov al otro lado de la calle, donde estaba alojada la guardia exterior, recordaba lo siguiente:

> Puedo reconstruir paso a paso la noche del 16 al 17 en mi memoria porque esa noche no pegué ojo en ningún momento. Recuerdo que, alrededor de la medianoche, fui al patio y me aproximé al cobertizo. No me sentía bien y me detuve. Poco después oí varias descargas lejanas, unas quince, seguidas de tiros aislados; de estos hubo tres o cuatro, pero no eran de fusil. Eran las 2. Los disparos provenían de la casa de Ipátiev; sonaban amortiguados, como viniendo del sótano. Después de esto, volví rápidamente a mi cuarto, por temor a que los guardias de la casa donde el ex emperador estaba prisionero me vieran desde arriba. Cuando hube vuelto, mi vecino de la puerta de al lado me preguntó: «¿Lo has oído?». Yo dije: «He oído disparos». «¿Te das cuenta?» «Me doy cuenta, sí», dije, y nos quedamos los dos en silencio.[79]

Los ejecutores trajeron sábanas de los cuartos en la planta superior y, tras despojar a los cuerpos de sus objetos de valor,

que se embolsaron, los trasladaron chorreando sangre en improvisadas camillas, a través del subterráneo, hasta el camión que esperaba en la puerta principal. Allí desplegaron una sábana de áspera tela militar en el suelo del vehículo, apilaron los cadáveres uno encima del otro y los cubrieron con una sábana de tela similar. Yurovski exigió bajo amenaza de muerte la devolución de los objetos sustraídos; confiscó un reloj de oro, una pitillera de diamantes y algunos elementos más. Entonces partió con el camión.

Él mismo encargó a Medvédev que supervisara la limpieza del lugar. Los guardias trajeron fregonas, cubos con agua y arena con la cual eliminar las manchas de sangre. Uno de ellos describió la escena de la siguiente manera:

> La estancia estaba saturada de algo como una neblina de pólvora y olía a pólvora. […] Había agujeros de bala en las paredes y el suelo. Había en especial muchas balas (no las balas en sí, sino los agujeros hechos por ellas) en una pared. […] No había marcas de bayoneta en las paredes. Dondequiera que había agujeros de bala en la pared y el suelo, había sangre alrededor: en las paredes había salpicaduras y manchas, y en el suelo pequeños charcos. Había también gotas y charcos de sangre en los demás cuartos que uno debía cruzar para llegar al patio de la casa de Ipátiev, yendo desde el cuarto con los orificios de bala. Había manchas de sangre parecidas en las piedras del patio que conducía a la puerta de entrada.[80]

Un guardia que entró al día siguiente en casa de Ipátiev la encontró en completo desorden: ropas, libros e iconos yacían desperdigados sobre las mesas y el suelo, después de ser escudriñados en busca de dinero y joyas ocultos. La atmósfera era lúgubre, los guardias estaban taciturnos. Alguien le dijo que los chequistas se habían negado a pasar el resto de la noche en sus habitaciones del piso subterráneo y se habían trasladado escaleras arriba. El único recordatorio vivo de los anteriores residentes del lugar era Joy, el spaniel del zarévich, que por alguna razón extraña se les había pasado por alto; estaba sentado frente a la puerta del dormitorio de las princesas, esperando a que lo dejasen entrar. «Recuerdo muy

bien que pensé para mis adentros: "Esperas en vano"», testificó uno de los guardias.

De momento, la guardia exterior seguía en su puesto, dando la impresión de que nada había cambiado en la casa de Ipátiev. El propósito del engaño era escenificar un simulacro de fuga durante una «evacuación», en el curso de la cual se diría que la familia imperial había resultado muerta. El 19 de julio, las pertenencias más relevantes del zar y Alejandra, incluidos sus papeles privados, fueron subidas a un tren y llevadas por Goloshchokin a Moscú.[81]

Conscientes de que el pueblo ruso atribuía facultades milagrosas a los restos de los mártires, y además ansiosos de evitar un culto a los Romanov, los bolcheviques de Ekaterimburgo se esmeraron en destruir cualquier rastro de los cuerpos. El lugar que Yurovski y Yermakov, su ayudante, habían escogido para dicho fin eran los bosques cercanos a la población de Kiptiaki, a 15 kilómetros al norte de Ekaterimburgo, un área llena de ciénagas, turberas y fosos de minas abandonadas.

A pocos kilómetros del pueblo, el camión con los cadáveres se encontró con un destacamento de veinticinco hombres a caballo y con carros:

> Eran trabajadores (miembros del sóviet, su comité ejecutivo y otros) reunidos por Yermakov, y gritaron: «¿Por qué los habéis traído muertos?». Todos pensaban que se les confiaría la ejecución de los Romanov. Enseguida iniciaron el traslado de los cuerpos a los carros. […] Casi de inmediato, comenzaron a vaciar los bolsillos [de las víctimas]. Aquí también hube de proferir amenazas de fusilamiento y apostar guardias. Resultó que Tatiana, Olga y Anastasia utilizaban alguna clase especial de corsé. Se resolvió desnudar los cuerpos… pero no allí, sino donde serían enterrados.

Eran entre las seis y las siete de la mañana cuando el destacamento llegó a una mina de oro abandonada, de cerca de tres metros de profundidad. Yurovski ordenó que desnudaran y quemaran los cuerpos.

> Cuando comenzaron a desvestir a una de las muchachas, vieron un corsé parcialmente desgarrado por las balas; por la rajadura asomaban diamantes. Los ojos de todos se iluminaron y tuve que despedir a todo el grupo. […] El destacamento procedió a desnudar y quemar los cuerpos. Resultó que Alejandra Fiódorovna llevaba un cinturón de perlas hecho de varios collares cosidos a la tela de lino. (Cada chica llevaba al cuello su propio amuleto con la imagen de Rasputín y el texto de su oración.) Los diamantes fueron reunidos; pesaban aproximadamente medio *pud* [8 kilos]. […] Tras guardar todos los elementos de valor en bolsas, los demás objetos hallados en los cuerpos fueron quemados junto a ellos y los cadáveres descendidos a la mina.[82]

Las indignidades perpetradas con los cuerpos de las seis mujeres quedan a la imaginación del lector; baste decir que uno de los guardias que participó en esta labor se jactaba de que ahora podría «morir en paz porque había estrujado las _____ de la emperatriz».[83]

Este es el lugar conocido por los campesinos de la localidad como Cuatro Hermanos, a raíz de cuatro grandes pinos que alguna vez crecieron allí a partir de la misma raíz, que Sokólov excavó durante varios meses para desenterrar los restos de los Romanov. Encontró, de hecho, muchas pruebas materiales —iconos, pendientes, hebillas de cinturón, gafas y broches de corsé— que fueron identificadas como pertenecientes a la familia imperial. También se halló un dedo seccionado que se cree era de la emperatriz, posiblemente cortado con un hacha para quitar un anillo demasiado ajustado.[248*] Una placa dental fue identificada como perteneciente al doctor Botkin. Los verdugos no se molestaron en quemar al perro, Jemmy, cuyo cadáver en descomposición fue hallado en la mina. Y o bien no advirtieron o tiraron por accidente un diamante de diez quilates de la emperatriz, regalo de su esposo, y la Cruz de Ulm del antiguo zar, ambos olvidados en el pasto.

Los restos de las víctimas, sin embargo, no serían jamás hallados y esto llevó, durante muchos años, a conjeturas de

que algunos o incluso la mayoría de los miembros de la familia imperial habían sobrevivido a la masacre. El misterio solo se aclaró con la publicación de las memorias de Yurovski, de las cuales se deduce que los cuerpos fueron enterrados en Cuatro Hermanos solo temporalmente.

Yurovski pensaba que la mina de Cuatro Hermanos era muy poco profunda para disimular la sepultura y volvió al pueblo a investigar, enterándose de que había minas más profundas en el camino hacia Moscú. Pronto volvió con una cantidad de queroseno y ácido sulfúrico y la noche del 18 de julio, tras cerrar los caminos vecinos, los hombres del propio Yurovski, ayudados por un destacamento de la Checa, desenterraron los cuerpos y los subieron a un camión. De allí enfilaron por el camino a Moscú, pero en la ruta el camión se atascó en el barro. El nuevo entierro tuvo lugar en una fosa menos profunda en las cercanías. Se vertió ácido sulfúrico en el rostro y los cuerpos de las víctimas y el sitio fue cubierto de tierra y ramas. El punto exacto donde se les enterró se mantuvo en secreto hasta 1989.

Mientras los asesinos cubrían los rastros de su crimen, otro acto de la tragedia Romanov tenía lugar en Alapáievsk, a 140 kilómetros al nordeste de Ekaterimburgo, donde los bolcheviques mantenían en cautiverio desde mayo de 1918 a varios miembros más del clan imperial: el gran duque Sergio Mijáilovich, la gran duquesa Isabel Fiódorovna (viuda del gran duque Sergio Alexándrovich, asesinado por un grupo terrorista en 1905, y hermana de la ex emperatriz, que ahora era monja), el príncipe Vladímir Pavlóvich Palei (Paley) y tres hijos del gran duque Constantino: Ígor, Constantino e Iván. Atendidos por ayudas de cámara y sirvientes, vivían bajo arresto domiciliario en el edificio de un colegio en las afueras de Alapáievsk, vigilados por rusos y austríacos.

El 21 de junio —en el mismo momento en el que los prisioneros de la casa de Ipátiev recibían la primera comunicación de sus presuntos salvadores—, el estatus de los detenidos en Alapáievsk cambió y fueron ahora sometidos a un estricto régimen carcelario. Exceptuando a dos asistentes —una secretaria llamada F. S. Remez y una monja—, sus acompañantes fueron despedidos, sus pertenencias de valor confiscadas y su libertad de movimientos se vio seriamente restringida. Esto se hizo por órdenes de Belobórodov emitidas desde Ekaterimburgo, supuestamente para impedir que se repitiera la «fuga» de Miguel desde Perm la semana previa.

El 17 de julio, el día en el que la familia imperial fue asesinada, se dijo a los prisioneros de Alapáievsk que serían trasladados a un lugar más seguro. Esa noche, las autoridades simularon un ataque al edificio de la escuela en el que se les retenía, que fue llevado a cabo por una facción armada disfrazada de Guardias Blancos. Se dijo que los prisioneros habían aprovechado la confusa escaramuza para escapar. En realidad, los llevaron a un lugar llamado Verjniaya Siniachija, los condujeron al interior del bosque y los golpearon brutalmente hasta matarlos.

A las tres y cuarto de la madrugada del 18 de julio, el Sóviet de Alapáievsk telegrafió a Ekaterimburgo, que eran quienes habían urdido toda la trama, para informar de que los Romanov habían escapado. Poco después ese mismo día, Belobórodov envió un telegrama a Sverdlov en Moscú y a Zinóviev y Uritski en Petrogrado:

> Comité Ejecutivo Alapáievsk informó ataque en mañana 18 por facción desconocida a edificio donde cautivos antiguos grandes duques Ígor Konstantinóvich Konstantino Konstantinóvich Iván Konstantinóvich Sergio Mijáilovich y Poley [Paley] STOP Pese resistencia guardia princesas secuestradas STOP Víctimas ambos lados búsqueda en proceso STOP.[84]

Las autopsias realizadas por los Blancos revelaron que

todas las víctimas, excepto el gran duque Sergio, que al parecer se resistió y fue asesinado a tiros, estaban aún vivas cuando fueron arrojadas a la mina donde se hallaron sus restos. Las cinco víctimas y la monja de compañía de la gran duquesa Isabel perecieron por falta de aire y agua, posiblemente a los pocos días. El examen *post mortem* reveló que había rastros de tierra en la boca y el estómago del gran duque Constantino.[85]

Aun cuando no existieran pruebas irrefutables de que el asesinato de los Romanov había sido ordenado desde Moscú, uno podría tener sospechas justificadas de ello habida cuenta de que la noticia oficial de la «ejecución» fue dada no en Ekaterimburgo, donde supuestamente se había tomado la decisión, sino en la capital del país. De hecho, el Sóviet Regional de los Urales no fue autorizado a hacer el anuncio público del acontecimiento hasta cinco días después de ocurrido, momento en el que había sido ya difundido en el extranjero.

Aunque las pruebas de esto no son concluyentes, parece que Moscú ordenó a Ekaterimburgo que no emitiese el anuncio por el tema extremadamente delicado del destino de la emperatriz y los hijos.

El problema eran los alemanes, a quienes, por aquella época, los bolcheviques estaban tratando de ganarse hasta extremos insospechados. El káiser era primo de Nicolás y padrino del zarévich. De haber estado dispuesto a ello, podría haber exigido que el antiguo zar y su familia fueran enviados a Alemania como parte del acuerdo de paz de Brest-Litovsk, una exigencia que los bolcheviques no hubieran estado en posición de rechazar. Pero no hizo nada de esto. Cuando, a principios de marzo, el rey de Dinamarca le pidió que intercediera en su nombre, el káiser respondió que él no

podía ofrecer asilo a la familia imperial porque los rusos lo interpretarían como un intento de restaurar la monarquía.[86] A la vez, rechazó la petición del monarca sueco para que contribuyera a aliviar la situación de los Romanov.[87] La explicación más factible de este comportamiento la proporciona Bothmer, quien pensaba que era miedo a los partidos alemanes de izquierdas.[249*]

Pese a toda su indiferencia ante el destino de Nicolás, Berlín mostró alguna preocupación por la seguridad de la zarina, que era de origen germano, por sus hijas y por las demás damas alemanas de la corte rusa, entre ellas Isabel Fiódorovna, la hermana de Alejandra, a quienes se referían colectivamente como las «princesas alemanas». Mirbach planteó el 10 de mayo el asunto a Karaján y Radek comunicó lo siguiente a Berlín:

> Por supuesto, sin ánimo de defender al régimen destronado, he manifestado de todas formas a los comisarios la esperanza de que las princesas *alemanas* sean tratadas con la mayor consideración posible y, sobre todo, de que no se emplearán con ellas estratagemas mezquinas, por no hablar de amenazas contra sus vidas. Karaján y Radek, en representación del enfermo Chicherin, recibieron mis frases de manera muy cordial y comprensiva.[88]

Parece ser que la mañana del 17 de julio, un funcionario del sóviet de Ekaterimburgo —casi con certeza Belobórodov, su presidente— envió un telegrama al Kremlin con un informe de los hechos de la noche anterior. La crónica extremadamente detallada de la vida de Lenin, que describe sus actividades públicas hora a hora, señala de manera muy críptica, en una entrada bajo esa fecha: «Lenin recibe (a las 12 del mediodía) una carta desde Ekaterimburgo y escribe en el sobre: "Recibida. Lenin"».[89] Dado que en esa época Ekaterimburgo no se comunicaba con el Kremlin por correo sino por telegramas directos, debe darse por sentado que el documento en cuestión no era una carta, sino un telegrama.

En segundo lugar, la crónica en cuestión suele proporcionar lo esencial del contenido de esos mensajes dirigidos a Lenin, incluso enumerándolos. La omisión en este caso sugiere que era algo concerniente al asesinato de la familia imperial, un tema que la documentación comunista desliga invariablemente de Lenin. Al parecer, el mensaje no era suficientemente específico en cuanto al destino de la esposa e hijos de Nicolás, porque el Kremlin telegrafió de nuevo a Ekaterimburgo pidiendo una aclaración al respecto. Ese mismo día, poco después, Belobórodov envió a Moscú un mensaje cifrado que parece una respuesta a esa petición. Sokólov encontró una copia de este telegrama en la oficina del telégrafo en Ekaterimburgo, pero fue incapaz de descifrar la clave. Esto no se consiguió hasta dos años después, en París, con ayuda de un criptógrafo ruso. El documento resolvía la pregunta acerca del destino final de la familia imperial:

> MOSCÚ Kremlin Secretario del Consejo de Comisarios del Pueblo Gorbunov con verificación de vuelta. Informa Sverdlov toda familia sufrió mismo destino que cabeza oficialmente familia perecerá durante evacuación. Belobórodov.[90]

El mensaje de Belobórodov llegó a Moscú esa noche. Al día siguiente, Sverdlov anunció la noticia al presídium del Comité Ejecutivo Central de Todas las Rusias, omitiendo cuidadosamente mencionar la muerte de la familia de Nicolás. Habló del grave riesgo de que el antiguo zar cayera en manos de los checos y obtuvo del presídium la aprobación formal de las acciones realizadas por el Sóviet Regional de los Urales.[91] No se molestó en explicar por qué la familia imperial no había sido trasladada a Moscú en junio o a principios de julio, puesto que había habido mucho tiempo de hacerlo.

Aquel mismo día, poco después, Sverdlov entró por un momento en una sesión del Consejo de Comisarios del

Pueblo que se celebraba en el Kremlin. Un testigo presencial describe la escena como sigue:

> Durante el debate de un proyecto relativo a la salud pública que el camarada Semashko exponía, entró Sverdlov y ocupó su lugar, una silla a espaldas de Ilich. Semashko concluyó su exposición. Sverdlov se acercó, se agachó hacia Ilich y le dijo algo.
>
> «El camarada Sverdlov solicita el estrado para hacer un anuncio».
>
> «Debo decir —comenzó Sverdlov en su acostumbrado tono monocorde— que hemos recibido información de que en Ekaterimburgo, por decisión del Sóviet Regional, Nicolás ha sido fusilado. Alejandra Fiódorovna y su hijo están en buenas manos. Nicolás quiso escapar. Los checos se estaban acercando. El presídium del Comité Ejecutivo ha dado su aprobación a la medida».
>
> Silencio general.
>
> «Ahora procederemos a leer el proyecto, artículo por artículo», sugirió Ilich.
>
> Se hizo la lectura artículo por artículo, seguida de un debate del proyecto basado en las estadísticas disponibles.[92]

Es difícil saber cómo interpretar esta farsa, pues con toda seguridad los miembros del gabinete bolchevique conocían para entonces la verdad.[250*] Tales procedimientos parecían satisfacer la necesidad bolchevique de cierta «corrección» formal con la que justificar sus acciones arbitrarias.

Enseguida, Sverdlov redactó una declaración oficial que entregó a *Izvestia* y *Pravda* para que la publicaran al día siguiente, el 19 de julio. La misma, traducida por *The Times* de Londres, apareció en el diario el 22 de julio y dice:

> En la primera sesión del Comité Ejecutivo Central elegido por el Quinto Congreso de los Consejos se hizo público un mensaje, recibido directamente por telegrama del Consejo Regional de los Urales, relacionado con el fusilamiento del antiguo zar Nicolás Romanov.
>
> Recientemente, Ekaterimburgo, capital de los Urales Rojos, se vio seriamente amenazada por la aproximación de las facciones checoslovacas. Al mismo tiempo, se descubrió una conspiración contrarrevolucionaria cuyo objetivo era arrebatar al tirano por la fuerza de las manos del consejo.
>
> A la luz de este hecho, el presídum del Consejo Regional de los Urales decidió fusilar al antiguo zar Nicolás Romanov, decisión que fue materializada el 16 de julio.

La esposa e hijo de Romanov han sido enviados a lugar seguro. Los documentos hallados relativos a este complot se han enviado a Moscú con un mensajero especial.

Recientemente, se había tomado la decisión de llevar al antiguo zar ante un tribunal para que fuera juzgado por sus crímenes contra el pueblo, pero únicamente debido a los acontecimientos posteriores se retrasó la adopción de estas medidas. La presidencia del Comité Ejecutivo Central, tras haber analizado las circunstancias que obligaron al Consejo Regional de los Urales a tomar esta decisión de fusilar a Nicolás Romanov, decidió lo siguiente: la Presidencia del Comité Ejecutivo Central Ruso acepta la decisión del Consejo Regional de los Urales al juzgarla adecuada.

El Comité Ejecutivo Central dispone ahora de materiales y documentos de extrema importancia en relación con el caso de Nicolás Romanov: sus propios diarios, que escribió hasta prácticamente los últimos días, los diarios de su esposa e hijas y su correspondencia, entre la cual se hallan las cartas de Grigori Rasputín a Romanov y su familia. Todos estos materiales serán examinados y publicados en un futuro cercano.

Así nació oficialmente la leyenda de que Nicolás —y solo él — había sido ejecutado por su intento de escapar y que esa decisión había sido tomada por el Sóviet Regional de los Urales en lugar del Comité Central bolchevique en Moscú.

El 19 de julio y en fechas inmediatamente posteriores, cuando *Pravda* e *Izvestia* publicaron los primeros anuncios de las presuntas decisiones del Sóviet de Ekaterimburgo —junto al decreto de nacionalización de los bienes de los Romanov, convertido en ley el 13 de julio—, el Sóviet de Ekaterimburgo aún guardaba un silencio pétreo.

La prensa mundial informó del episodio ateniéndose a la versión oficial bolchevique. El *New York Times* lanzó la noticia en primera plana de su edición dominical, el 21 de julio, con el encabezado: «Antiguo zar de Rusia muerto por orden del Sóviet de los Urales. Nicolás fue fusilado el 16 de julio ante el temor de que los checoslovacos se hicieran con él. Esposa y heredero en lugar seguro». El obituario adjunto describía con condescendencia al monarca ejecutado como «amigable pero débil». Tal y como Moscú había predicho acertadamente a partir de la indiferencia provocada por el

rumor de su muerte un mes antes, el mundo no se escandalizó ante la noticia de la ejecución de Nicolás.

El día que la noticia irrumpió en la prensa soviética, Riezler se reunió con Radek y Vorovski. Allí protestó de manera superficial por la ejecución de Nicolás, que la opinión mundial se apresuraría en condenar, según él, y enfatizó de nuevo la preocupación de su gobierno por las «princesas alemanas». Radek hubo de haber recurrido a un ejercicio supremo de autocontrol al responderle que, si el gobierno alemán estaba verdaderamente preocupado por la ex emperatriz y sus hijas, podía permitírseles que abandonaran Rusia por «consideraciones humanitarias».[93] El 23 de julio, Riezler volvió a plantear el asunto de las «princesas alemanas» a Chicherin. Chicherin no respondió inmediatamente, pero al día siguiente advirtió a Riezler que, «hasta donde él sabía», la emperatriz había sido evacuada a Perm. Riezler tuvo la impresión de que Chicherin mentía. A esas alturas (22 de julio), Bothmer conocía los «horribles detalles» de lo acontecido en Ekaterimburgo y no tenía dudas de que la familia entera había sido asesinada por órdenes de Moscú, habiéndose otorgado al Sóviet de Ekaterimburgo luz verde para determinar el momento y la forma de la ejecución.[94] Aun así, no fue hasta el 29 de agosto cuando Radek le propuso al gobierno alemán que intercambiaran a Alejandra y sus hijos por León Jogiches, el espartaquista detenido en Alemania. Funcionarios bolcheviques reiteraron el 10 de septiembre esta oferta al cónsul alemán, pero se respondieron con evasivas cuando se les pidió detalles, alegando que la familia del antiguo zar estaba aislada debido a operaciones militares.[95]

El 20 de julio, el Sóviet de los Urales redactó un comunicado y solicitó a Moscú permiso para difundirlo.[96] El

comunicado decía:

> EDICIÓN EXTRA. Por órdenes del Comité Ejecutivo del Sóviet de Diputados Obreros, Campesinos y Soldados de los Urales y el personal revolucionario, el antiguo zar y autócrata Nicolás Romanov ha sido fusilado junto a su familia el 17 de julio. Los cuerpos han sido inhumados. Presidente del Comité Ejecutivo, Belobórodov. Ekaterimburgo, 20 de julio, 1918, 10.00 horas.[251*]

Moscú prohibió que se lanzara este comunicado porque aludía a la muerte de la familia de Nicolás. En la única copia conocida de este documento, las palabras «junto a su familia» y «los cuerpos han sido inhumados» fueron tachadas por alguien cuya firma es ilegible y que escribió la frase: «Prohibido publicar».

El 20 de julio, Sverdlov telegrafió a Ekaterimburgo el texto del comunicado aprobado que él había redactado y publicado en la prensa moscovita.[97] El 21 de julio, Goloshchokin dio la noticia al Sóviet Regional de los Urales; una semana antes, lo que era al parecer desconocido para la entidad, se había decidido fusilar al antiguo zar. La decisión había sido para entonces debidamente ejecutada. La población de Ekaterimburgo fue informada por hojas de periódico que se fijaron por toda la ciudad el 22 de julio y reproducidas al día siguiente en *El Trabajador Ural* (*Rabochi Urala*). Este diario incluyó la historia con el siguiente encabezado: «Guardias Blancos intentaron secuestrar al antiguo zar y su familia. El complot fue descubierto. El Sóviet Regional de Obreros y Campesinos de los Urales se anticipó al plan criminal y ejecutó al gran asesino ruso. Esta es la primera advertencia. Los enemigos del pueblo no lograrán restaurar la autocracia del mismo modo que no lograron poner sus manos sobre el verdugo coronado».[98]

El 22 de julio, los guardias que protegían la casa de Ipátiev fueron retirados. Yurovski les dio 8.000 rublos para que se los repartieran entre ellos y les comunicó que serían enviados al

frente. Ese día, Ipátiev recibió un telegrama de su cuñada: «El residente se ha marchado».[99]

Los testigos directos coinciden en que la población —o en cualquier caso los habitantes de las ciudades— no dieron muestras de mayor emoción cuando se les dijo que el antiguo zar había sido ejecutado. En algunas iglesias de Moscú hubo servicios religiosos en memoria de los fallecidos, pero por lo demás la reacción general fue silenciosa. Lockhart señala que «la población de Moscú recibió la noticia con sorprendente indiferencia».[100] Bothmer tuvo una impresión similar:

> La población aceptó el asesinato del zar con apática indiferencia. Incluso los círculos más decentes y moderados están demasiado acostumbrados al horror, demasiado inmersos en sus propias inquietudes y deseos, como para experimentar algo especial.[101]

El ex primer ministro Kokóvtsov incluso creyó percibir muestras de satisfacción a su alrededor, cuando iba en un carruaje por Petrogrado el 20 de julio:

> En ningún lado observé el menor destello de piedad o conmiseración. El despacho era leído en voz alta con sonrisas, burlas y chistes, y con los comentarios más crueles. […] A veces se oían las expresiones más desagradables: «Esto debió hacerse hace mucho tiempo». […] «Eh, hermano Romanov, se acabó la fiesta».[102]

Los campesinos se guardaban sus pensamientos para sí. Pero podemos entrever su reacción, manifestada con su lógica peculiar, en los pensamientos que un campesino de cierta edad le confió en 1920 a un intelectual:

> Ahora estamos seguros de que las tierras nos fueron dadas, de manos de sus dueños, por el zar Nicolás Alexándrovich. Porque los «ministeros» estos, Kérenski y Lenin y Trotski y todos los demás, primero mandaron al zar a Siberia y después lo mataron, y al zarévich lo mismo, pa' que no tengamos más zares y ellos puedan gobernar al pueblo para siempre. Ellos no querían darnos la tierra, pero nuestros muchachos los pararon en seco cuando vinieron a Moscú y Petrogrado desde el frente. Y ahora los «ministeros», porque tuvieron que darnos la tierra, nos asfixian. Pero no van a poder ahogarnos. Somos fuertes y aguantaremos. Y más adelante, nosotros los viejos, o nuestros hijos, o nuestros nietos, lo mismo da, nosotros nos haremos cargo de todos esos bolcheviques y sus «ministeros». Usté' no se

preocupe, nuestra hora llegará.[103]

Durante los siguientes nueve años, el gobierno soviético se ciñó obstinadamente a la mentira oficial de que Alejandra Fiódorovna y sus hijos estaban a salvo: Chicherin sostenía aún en 1922 que las hijas de Nicolás estaban en Estados Unidos.[104] Se aferraron a dicha mentira los monárquicos rusos, que no conseguían reconciliarse con la idea de que toda la familia imperial hubiese sido borrada de la faz de la tierra. Cuando Sokólov llegó a Occidente, los círculos monárquicos le dieron la espalda: la madre de Nicolás, la emperatriz Dowager María, y el gran duque Nicolás Nikoláievich, el Romanov más célebre de los que sobrevivían, se negaron incluso a recibirlo.[105] Murió a los pocos años, ignorado y empobrecido.

Un participante del sóviet, Pável M. Bikov, en una temprana descripción de estos hechos publicada en Ekaterimburgo en 1921, había dicho la verdad acerca del destino de la familia real, pero este texto fue retirado enseguida de circulación.[106] Solo en 1926, después de que la aparición del texto de Sokólov en París hiciera insostenible la versión antigua, se autorizó a Bikov a escribir un informe oficial, desde la perspectiva de las autoridades comunistas, de la tragedia de Ekaterimburgo. Este libro, que Moscú tradujo a las principales lenguas europeas, admitió finalmente que Alejandra y los hijos habían muerto junto al antiguo zar. Decía Bikov:

> Se ha hablado mucho de la ausencia de los cuerpos. Pero […] los restos de los cadáveres, después de ser quemados, fueron llevados bastante lejos de las minas y enterrados en el barro, en un área donde los voluntarios e investigadores no excavaron. Allí quedaron los cuerpos y, a estas alturas, deben de estar del todo descompuestos.[252*]

Yurovski, tras haber escapado de Ekaterimburgo con los checos pisándole los talones, después volvió y más tarde se

trasladó a Moscú, donde trabajó para el gobierno. Como premio por sus servicios, fue honrado con un nombramiento al Colegio de la Checa, y en mayo de 1921 fue recibido calurosamente por Lenin.[253*] El revólver con el que mató a Nicolás fue depositado en un receptáculo especial en el Museo de la Revolución de Moscú. Falleció de muerte natural en agosto de 1938 en el hospital del Kremlin.[107] Como chequista y «camarada en armas de Dzherzhinski», se ganó un nicho en el panteón de los héroes bolcheviques menores; fue objeto de una novela y una biografía que lo describen como el «típico» chequista: «reservado, severo pero de corazón blando».[108] A los restantes protagonistas de la tragedia de Ekaterimburgo no les fue tan bien. Belobórodov hizo inicialmente una rápida carrera, siendo admitido en marzo de 1919 como miembro del Comité Central y el Orgbiuró y finalmente ocupó el cargo de comisario de Interior (1923-1927), pero le llevó a la ruina su amistad con Trotski, pues fue arrestado en 1936 y fusilado dos años después. Goloshchokin fue también víctima de las purgas estalinistas y murió en 1941. Ambos fueron luego «rehabilitados».

La casa de Ipátiev sirvió muchos años como club y museo, pero las autoridades se inquietaban ante el gran número de visitantes que llegaban a Ekaterimburgo (ahora rebautizada como Sverdlovsk) a ver la vivienda, algunos de ellos en lo que parecía una peregrinación de índole religiosa, así que en otoño de 1977 ordenaron demolerla.[254*]

Teniendo en cuenta las decenas de miles de vidas que la Checa se cobraría en los años que siguieron a la tragedia de Ekaterimburgo, y los millones de otros individuos asesinados por sus sucesores, la muerte a manos de ella de once prisioneros apenas se considera como un acontecimiento de

excepcional magnitud. Aun así, la matanza del antiguo zar, su familia y personal tienen un significado profundamente simbólico. Igual que la libertad cuenta con sus grandes onomásticas históricas —las batallas de Lexington y Concord, la toma de la Bastilla—, otro tanto ocurre con el totalitarismo. La forma en que la matanza se planeó y llevó a cabo, cómo primero se negó y después se justificó, tiene algo que la hace especialmente detestable, algo que la distingue radicalmente de anteriores regicidios y la señala como un preludio a los asesinatos masivos del siglo XX.

Para empezar, fue innecesaria. Los Romanov se habían retirado voluntariamente, e incluso felizmente, de la política activa y sometido a todas las exigencias de sus captores bolcheviques. Es cierto que no eran reacios a ser secuestrados y puestos en libertad, pero la esperanza de escapar de prisión, especialmente una prisión impuesta sin cargos o juicio, difícilmente puede considerarse como el «plan criminal» que los bolcheviques de Ekaterimburgo idearon para justificar la ejecución. En cualquier caso, si el gobierno bolchevique temía realmente que el ex monarca se fugara y se convirtiera en un «estandarte viviente» para la oposición, tuvo tiempo suficiente para llevarlo a Moscú; Goloshchokin no tuvo problemas para abandonar Ekaterimburgo en tren con rumbo a la capital, con las pertenencias de la familia imperial, tres días después del episodio. Allí hubieran quedado fuera del alcance de los checos, los blancos y otros opositores al régimen bolchevique.

Si ello no se llevó a cabo, la razón ha de buscarse no en excusas falsas como la falta de tiempo, el riesgo de una fuga o de una captura por los checos, sino en las necesidades políticas del gobierno bolchevique. En julio de 1918, este estaba alcanzando uno de los puntos más bajos de su existencia, siendo víctima de ataques desde varios frentes y

abandonado por muchos de sus partidarios. Para poner fin a la deserción de sus seguidores necesitaba sangre. Esto fue lo que, de hecho, admitió Trotski cuando, al reflexionar sobre estos sucesos en el exilio, coincidió con la decisión de Lenin, tomada hacía diecisiete años, de eliminar a la esposa e hijos del antiguo zar, un acto por el que él mismo no tenía responsabilidad personal alguna y que, por tanto, no debía justificar:

> La decisión fue no solo oportuna, sino necesaria. La severidad de este castigo demostró a todo el mundo que seguiríamos luchando de manera inmisericorde, sin reparar en nada. La ejecución de la familia del zar era necesaria no solo para atemorizar, causar horror e infundir una sensación de desesperanza en el enemigo, sino a la vez para dar una sacudida a nuestras propias filas, para mostrarles que no habría retirada, que lo que teníamos por delante era la victoria total o la perdición total.[109]

En cierto sentido, la justificación de Trotski es inconsistente. De haber asesinado los bolcheviques a la esposa del antiguo zar y sus hijos para infundir el terror en sus enemigos y la lealtad en sus partidarios, habrían proclamado la hazaña públicamente; en lugar de ello, la negaron entonces y en los años siguientes. Aun así, su confesión acierta en un sentido ético y psicológico más profundo. Como los protagonistas de *Los endemoniados* de Dostoievski, los bolcheviques tuvieron que verter sangre para unir a sus vacilantes acólitos en un vínculo de culpa colectiva. Cuantas más víctimas inocentes tuviera el Partido Bolchevique en su consciencia, más bolcheviques de filas se darían cuenta de que no había retirada posible, vacilación posible, compromiso posible, que estaban todos inextricablemente ligados a sus líderes y, o bien marchaban con ellos hacia la «victoria total», sin importar el precio que tuvieran que pagar, o se sumían con ellos en la «perdición total». La masacre de Ekaterimburgo marcó el inicio del «Terror Rojo», formalmente inaugurado seis semanas después, muchas de

cuyas víctimas serían rehenes ejecutados no porque hubieran cometido delitos, sino porque, en los términos de Trotski, su muerte «era necesaria».

Cuando un gobierno se otorga a sí mismo el poder de asesinar no por lo que las víctimas hayan hecho o puedan hacer, sino porque su muerte es «necesaria», nos estamos adentrando en un dominio moral por completo nuevo. He aquí la significación simbólica de los hechos ocurridos en Ekaterimburgo la noche del 16-17 de julio. La masacre, ordenada en secreto por el gobierno, de una familia que a pesar de condición imperial era absolutamente normal, culpable de nada, y que solo parecía querer que la dejaran en paz, hizo que la humanidad cruzara por primera vez el umbral del genocidio deliberado. El mismo razonamiento que había conducido a los bolcheviques a condenarlos a muerte sería más tarde aplicado en Rusia y otros lugares a millones de seres anónimos, que por casualidad se cruzaron en el camino de uno u otro de estos proyectos de un nuevo orden mundial.

18

El Terror Rojo

> El terror es, en su mayor parte, una serie de crueldades inútiles cometidas por gente asustada que busca reafirmarse.
>
> FRIEDRICH ENGELS, carta a Karl Marx[1]

El ejercicio sistemático del terror de Estado dista con mucho de ser un invento bolchevique; sus antecedentes se remontan a los jacobinos franceses. Aun así, la diferencia entre la práctica jacobina y la de los bolcheviques es tan abismal en este sentido que bien puede concedérsele a estos últimos el mérito de haber inventado el terror. Baste con decir que la Revolución francesa culminó con el terror, mientras que la rusa comenzó con él. Al primero se lo ha tildado de «un breve paréntesis», un hecho «a contracorriente» dentro de la tendencia general;[2] el Terror Rojo constituyó desde un principio un elemento fundamental del régimen, que aunque experimentó oscilaciones, nunca desapareció del todo, planeando como un nubarrón oscuro y permanente sobre la Rusia soviética.

Como ocurrió con el comunismo de guerra, la guerra civil y otros aspectos poco gratos del bolchevismo, sus portavoces y defensores suelen atribuir la culpa del terror a sus oponentes. Se suele decir que fue una reacción lamentable pero inevitable a la contrarrevolución; en otras palabras, una práctica que ellos habrían evitado, supuestamente, de haber

tenido la posibilidad de hacerlo. Un ejemplo típico de esto es la opinión de Angélica Balabánova, la amiga de Lenin:

> Por desafortunado que resulte, el terror y la represión que los bolcheviques habían introducido les fueron impuestos por la intervención extranjera y los reaccionarios rusos decididos a defender sus privilegios y a restablecer el antiguo régimen.[3]

Este tipo de apologías pueden rebatirse con distintos argumentos.

Si, efectivamente, el terror les hubiera sido «impuesto» a los bolcheviques por el «intervencionismo extranjero» y los «reaccionarios rusos», lo habrían dejado de lado tan pronto como hubieron derrotado a sus enemigos de manera definitiva, esto es, en 1920. Pero no ocurrió nada parecido. Aun cuando al concluir la guerra civil pusieran fin a las masacres indiscriminadas de 1918-1919, se aseguraron de dejar intactas las leyes e instituciones que habían hecho posibles esos episodios. Una vez que Stalin se convirtió en amo indiscutido de la Rusia soviética, tenía a su alcance todos los instrumentos de que precisaba para reinstaurar el terror a una escala mucho más vasta. Este hecho por sí solo demuestra que, para los bolcheviques, el terror no era un arma defensiva, sino un instrumento de gobierno.

Confirma esta lectura del fenómeno el hecho de que la principal institución del terror bolchevique, la Checa, fuera fundada a principios de diciembre de 1917, antes de que ninguna oposición organizada al bolchevismo hubiese tenido oportunidad de emerger y cuando el «intervencionismo extranjero» estaba aún en fase de cortejar con asiduidad a los bolcheviques. Uno de los funcionarios más sádicos de la Checa, el letón Yákov K. Peters, señaló que, durante la primera mitad de 1918, cuando la Checa comenzó a experimentar con el terror, «las organizaciones contrarrevolucionarias […] como tales no se apreciaban en el

ambiente».[255*]

Las pruebas demuestran que Lenin, su instigador más resuelto, consideraba el terror un instrumento indispensable del gobierno revolucionario y que estaba más que dispuesto a recurrir a él de manera preventiva; es decir, aunque no hubiera una oposición activa a su gobierno. Su inclinación a esta práctica tenía su origen en una convicción profundamente arraigada de que su causa era la correcta, y en una incapacidad inherente a su espíritu de advertir matices en la escena política, otras tonalidades que no fueran el blanco y el negro. Era, básicamente, la misma perspectiva que impulsaba a Robespierre, con quien Trotski lo había comparado ya en 1904.[4] Al igual que el jacobino galo, Lenin pretendía construir un mundo habitado exclusivamente por «buenos ciudadanos». Dicho objetivo lo llevó, como a Robespierre, a justificar moralmente la eliminación de los «malos» ciudadanos.

Desde la época en la que creó la organización bolchevique, a la que designaba como «jacobina» con orgullo, Lenin habló de la necesidad del terror revolucionario. En un ensayo de 1908, «Lecciones de la comuna», hacía observaciones reveladoras sobre el tema. Tras enumerar los logros y fracasos de esta «primera revolución proletaria», señalaba sus debilidades fundamentales, por ejemplo, la «excesiva generosidad [del proletariado], que debería haber exterminado a sus enemigos» en vez de intentar «ejercer una influencia moral sobre ellos».[5] Este fragmento debe de ser uno de los ejemplos más tempranos, dentro de los textos políticos, en el que el término «exterminio», habitualmente empleado para las plagas de insectos, se usa aplicado a los seres humanos. Como hemos visto, Lenin solía describir a quienes escogía designar como «enemigos de clase» de su

régimen en términos que tomaba prestados del léxico asociado al control de plagas, tildando de «chupasangres», «arañas» y «sanguijuelas» a los kulaks, por ejemplo. Ya a principios de enero de 1918, empleaba un lenguaje incendiario para incitar a la población a realizar pogromos:

> Las comunas, pequeñas células en el campo y la ciudad, deben idear y probar miles de formas y métodos de lograr la contabilidad empírica y el control de los ricos, timadores y parásitos. La variedad es aquí garantía de vitalidad, de éxito y logro del único objetivo: *la depuración en el terreno ruso de todo insecto dañino, toda pulga desvergonzada, toda chinche… los ricos*, y así sucesivamente.[6]

Hitler seguiría este ejemplo al referirse a los líderes de la socialdemocracia alemana, de quienes pensaba que eran principalmente judíos, designándolos en *Mein Kampf* como *Ungeziefer* o «alimañas», a las que solo era posible exterminar.[7]

Nada ejemplifica mejor en qué medida estaba arraigada la inclinación por el terror en el espíritu de Lenin que un incidente ocurrido en su primer día como jefe de Estado. Cuando los bolcheviques estaban haciéndose con el poder, Kámenev solicitó al Segundo Congreso de los Sóviets que aboliera la pena de muerte para los desertores del frente, una pena que Kérenski había reintroducido a mediados de 1917. El congreso adoptó la propuesta y abolió en efecto la pena capital en el frente.[8] Lenin estaba ocupado en otro sitio y estuvo ausente en este debate. Según Trotski, cuando se enteró de ello, se «indignó profundamente». «Un sinsentido», dijo de entrada:

> ¿Cómo vas a hacer una revolución sin ejecuciones? ¿Esperas eliminar a tus enemigos desarmándote tú? ¿Qué otros medios de represión hay? ¿Las cárceles? ¿Quién les confiere algún significado en medio de una guerra civil, cuando cada lado espera ganar? […] Es un error, repitió, una debilidad inaceptable, una ilusión pacifista, etcétera.[9]

Lenin decía esto cuando la dictadura bolchevique tan solo estaba iniciando su andadura, cuando no había surgido

ninguna oposición organizada a ella porque nadie creía que los bolcheviques pudieran durar mucho en el poder, cuando no había tampoco algo ni remotamente parecido a una «guerra civil». Aquella vez, por insistencia de Lenin, los bolcheviques ignoraron la acción previa del congreso en relación a la pena de muerte y la reinstauraron más o menos formalmente en junio.

Aunque Lenin prefería dirigir el terror entre bastidores, ocasionalmente hacía saber que le impacientaban las quejas relacionadas con presuntas víctimas «inocentes» de la Checa. «Me preguntó simple y categóricamente —respondió en 1919 a un trabajador menchevique que planteó una objeción al arresto de ciudadanos inocentes—: ¿qué es mejor? ¿Meter en prisión a unas cuantas decenas o unos pocos centenares de incitadores, culpables o no, conscientes o no, o perder a miles de soldados del Ejército Rojo y trabajadores? Lo primero es mejor».[10] Esta clase de razonamiento sirvió, ciertamente, para justificar la persecución indiscriminada emprendida por su régimen.[256*]

Trotski le seguía fielmente los pasos. El 2 de diciembre de 1917, en un discurso ante el nuevo Ispolkom bolchevique, señaló:

> No hay nada inmoral en que el proletariado acabe con la clase moribunda, es su derecho. Os indignáis […] ante el terror ínfimo que ejercemos sobre nuestros enemigos de clase, pero sabed que en un mes más, como mucho, el terror habrá de adquirir formas mucho más aterradoras, siguiendo el modelo de los grandes revolucionarios franceses. Nuestros adversarios se enfrentarán no a la cárcel, sino a la guillotina.[11]

Y definió en esta ocasión la guillotina (plagiando al revolucionario francés Jacques Hébert) como un artilugio que «acorta a un hombre en la medida de una cabeza».

A la luz de las pruebas disponibles, es absurdo seguir hablando del Terror Rojo como una política «desafortunada»

e «impuesta» a los bolcheviques por sus adversarios tanto rusos como extranjeros. Como había ocurrido con los jacobinos, el terror servía a los bolcheviques no como un último recurso armado, sino como un sucedáneo del apoyo popular del que carecían. Cuanto más se erosionaba su popularidad, más recurrían al terror, hasta que en el otoño e invierno de 1918-1919 llevaron las matanzas indiscriminadas a un nivel nunca antes visto.[257*]

Por tales razones, no cabe comparar el Terror Rojo con el así llamado Terror Blanco de los ejércitos antibolcheviques luchando en Rusia, al que los propios bolcheviques solían aludir para justificarse, o con el terror jacobino de Francia, al que les gustaba citar como su modelo.

Los Ejércitos Blancos ejecutaron de hecho a muchos bolcheviques y a simpatizantes bolcheviques, habitualmente de manera sumaria, pero a veces también de manera bárbara. Pero nunca elevaron el terror al estatus de una política oficial y jamás crearon una institución formal como la Checa para llevarla a cabo. Sus ejecuciones eran, por regla general, ordenadas por oficiales de campo actuando por iniciativa propia, a menudo fruto de una reacción emocional ante el panorama que encontraban al ocupar áreas evacuadas por el Ejército Rojo. Sin por ello ser menos detestable, el terror de los Ejércitos Blancos nunca fue sistemático, como lo fue el Terror Rojo.

El terror jacobino de 1793-1794, pese a todas sus similitudes psicológicas y filosóficas, difería del Terror Rojo en varios aspectos fundamentales. En primer lugar, tuvo su origen en las presiones que se ejercían desde la base, en las calles, por multitudes enfurecidas a causa de la falta de alimentos, en busca de chivos expiatorios. El terror bolchevique fue, en cambio, impuesto desde arriba sobre una

población harta del baño de sangre. Como veremos, Moscú tuvo que amenazar en cierto momento a los sóviets provinciales con severos castigos por no haber obedecido sus directrices terroristas como era debido. Aunque hubo una elevada dosis de violencia espontánea en 1917-1918, no había testimonios de multitudes tomando las calles para pedir la sangre de una clase social entera.

En segundo lugar, ambas expresiones del terror tuvieron una duración muy distinta. El terror jacobino duró menos de un año dentro de una revolución que, en su definición más conservadora, se prolongó durante una década; así, este puede ser descrito apropiadamente como un episodio, «un breve paréntesis». Inmediatamente después del 9 de Termidor, cuando fueron arrestados y guillotinados los propios líderes jacobinos, el terror galo llegó a un repentino y definitivo término. Pero en la Rusia soviética el terror nunca cesó, continuó de manera intermitente, aunque con niveles variables de intensidad. Y aunque la pena de muerte fue abolida una vez más al final de la guerra civil, las ejecuciones prosiguieron como antes, con una consideración mínima por los procedimientos judiciales.

La diferencia entre el terror jacobino y el bolchevique queda, tal vez, inmejorablemente simbolizada por el hecho de que en París no hay monumentos a Robespierre y ninguna calle lleva su nombre, mientras que en la capital de la Rusia soviética una estatua gigantesca de Félix Dzerzhinski, el fundador de la Checa, se yergue en el corazón de la ciudad, en el centro de una plaza bautizada en su honor.

El terror bolchevique supuso mucho más que ejecuciones masivas; en opinión de algunos contemporáneos, tales ejecuciones en sí mismas, pese a lo terribles que fueron, tuvieron un efecto menos opresivo que el de la atmósfera

predominante de represión. Isaac Steinberg, que estaba en una posición única para evaluar el fenómeno en virtud de su formación legal y su experiencia como comisario de Justicia de Lenin, hacía notar en 1920 que, aun cuando la guerra civil había terminado, el terror proseguía, habiéndose convertido en un rasgo intrínseco del régimen. Las ejecuciones sumarias de prisioneros y rehenes eran, para él, solo «el elemento más brillante en ese firmamento de terror sombrío e intermitente que hoy domina sobre el territorio revolucionario», eran «su pináculo sangriento, su apoteosis»:

> El terror no es un gesto individual, ni una manifestación aislada, fortuita —incluso recurrente— de la furia del gobierno. El terror es un *sistema* […], un plan legalizado del régimen con miras a lograr la intimidación masiva, la coacción masiva, el exterminio masivo. El terror es un registro calculado de castigos, represalias y amenazas mediante los cuales el gobierno intimida, seduce e impone el cumplimiento de su imperiosa voluntad. El terror es un manto pesado y asfixiante que se tiende desde arriba sobre *toda* la población del país, un manto tejido con desconfianza, vigilancia acechante y sed de venganza. ¿Quién es el que sostiene en sus manos este manto, quién presiona a través de él sobre toda la población, sin excepciones? […] Bajo el terror, la fuerza reside en las manos de una minoría, la minoría notable, que percibe su propio aislamiento y lo teme. El terror existe precisamente porque la minoría, gobernando para sí misma, considera a un número creciente de personas, grupos y estratos sociales como sus enemigos. […] Este «enemigo de la revolución» […] se expande hasta cubrir la superficie total de la misma revolución. […] El concepto se sigue engrosando hasta que, gradualmente, llega a abarcar todo el territorio, a toda la población y, al final, «a todos excepto el gobierno» y sus colaboradores.[258*]

Steinberg incluía entre las manifestaciones del Terror Rojo la disolución de los sindicatos libres, la supresión de la libertad de expresión, la omnipresencia de los agentes de policía e informantes, el desprecio por los derechos humanos y el hambre y avidez generalizados. En su visión, esta «atmósfera de terror», su amenaza siempre presente, envenenaba la vida soviética incluso más que las ejecuciones.

En la base del terror había la convicción jacobina de Lenin de que, si los bolcheviques querían conservar y ampliar su

poder, la encarnación de ideas e intereses «perversos», que ellos llamaban «la burguesía», debía ser físicamente exterminada. Los bolcheviques aplicaban vagamente el término «burguesía» a dos grupos: aquellos que en virtud de sus antecedentes o posición dentro de la economía operaban como «explotadores», ya fueran un industrial millonario o un campesino con media hectárea extra de tierra, y aquellos que, independientemente de su estatus económico o social, se oponían a las políticas bolcheviques. Uno podía así calificar como «burgués» en términos objetivos o bien subjetivos, en virtud de sus opiniones. Existen testimonios reveladores de la furia genocida de Lenin en las notas que Steinberg escribe sobre sus días en el Sovnarkom. El 21 de febrero de 1918, el líder bolchevique sometió al gabinete el borrador de un decreto llamado «¡La madre patria socialista en peligro!».[12] Su fuente de inspiración fue el avance alemán hacia el interior de Rusia tras la imposibilidad bolchevique de firmar el Tratado de Brest. El documento hacía un llamamiento al pueblo a alzarse y defender el país y la revolución. En él, Lenin insertó una cláusula que permitía el fusilamiento «en el acto» —esto es, sin proceso judicial— de una amplísima categoría de villanos definidos como «agentes enemigos, especuladores, ladrones, gamberros, agitadores contrarrevolucionarios, [y] espías alemanes». Lenin incluía en el decreto juicios sumarios a los delincuentes comunes («especuladores, ladrones, gamberros») con miras a conseguir el apoyo de la población al decreto, harta como esta se hallaba de la delincuencia, pero su verdadero objetivo eran sus oponentes políticos, calificados de «agitadores contrarrevolucionarios».[img 99]

> Yo objeté que esta cruel amenaza suprimía por completo el *pathos* del manifiesto. Lenin replicó en tono de burla: «Al contrario, aquí radica el auténtico *pathos* revolucionario. ¿Crees que podemos salir victoriosos sin aplicar el más cruel de los terrores revolucionarios?

> Era difícil dialogar con Lenin a este respecto y pronto llegamos a un punto muerto. Estábamos debatiendo sobre una dura medida policial que tenía un potencial terrorista de largo alcance. A Lenin le parecía mal mi oposición a ella en nombre de la justicia revolucionaria, de modo que le pregunté exasperado: «Entonces, ¿para qué nos molestamos en tener un Comisariado de Justicia? ¡Seamos sinceros y llamémosle "Comisariado para el Exterminio Social" y ya está!». El rostro de Lenin se encendió de pronto y dijo: «Bien planteado. […] Eso es exactamente lo que debería ser […], pero no podemos decirlo».[259*]

Aunque Lenin fue todo el tiempo la fuerza rectora del Terror Rojo y tuvo que engatusar a menudo a sus colegas más bondadosos, llegó a extremos insospechados para desvincular su nombre del terror. Él, que siempre insistía en poner su firma en todos los decretos y leyes, se abstuvo de hacerlo siempre que se trataba de acciones de violencia por parte del Estado; en tales casos, prefería ceder el crédito al presidente del Comité Central, al comisario de Interior o a alguna otra autoridad, como el Sóviet Regional de los Urales, al que hizo asumir la responsabilidad por el asesinato de la familia imperial. Quería evitar, con desesperación, que su nombre quedara históricamente asociado a las medidas inhumanas que instigaba. Uno de sus biógrafos escribe:

> Tenía la precaución de hablar del terror solo en abstracto, desvinculándose de los actos individuales de terrorismo, de los asesinos del sótano de la Lubianka y todos los demás sótanos. […] Lenin se mantenía a una distancia tan alejada del terror que hizo surgir la leyenda de que él no tuvo un papel activo en esta política, dejando todas esas decisiones en manos de Dzerzhinski. Es una leyenda muy improbable, pues era un individuo incapacitado, por su conformación mental, para delegar la autoridad en materias importantes.[13]

De hecho, todas las decisiones relativas a estas materias, ya fueran las concernientes a procedimientos generales o a la ejecución de prisioneros importantes, requerían la aprobación del Comité Central bolchevique (más tarde el Politburó), que Lenin encabezaba de manera permanente y *de facto*.[14] El Terror Rojo fue una creación de Lenin, pese a que él intentara desesperadamente renegar de su responsabilidad

directa.

El guardián de esta progenie no reconocida era Dzerzhinski, el fundador y director de la Checa. A punto de cumplir los cuarenta años de edad cuando estalló la revolución, nació cerca de Vilna, en una familia polaca de la nobleza rural, con inquietudes patrióticas. En algún momento, el hijo rompió con la herencia religiosa y nacionalista de su familia y se unió al Partido Socialdemócrata letón, convirtiéndose en revolucionario y organizador a tiempo completo. Pasó once años en las cárceles y campos de trabajos forzados del zarismo. Fueron años duros, que dejaron cicatrices indelebles en su espíritu, granjeándole una voluntad indomable, a la vez que una sed insaciable de venganza. Era capaz de perpetrar crueldades inimaginables sin sentir placer, como si hubieran sido un deber idealista. Enjuto de carnes y de espíritu asceta, llevaba a cabo las instrucciones de Lenin con una devoción cercana a lo religioso, enviando a «burgueses» y «contrarrevolucionarios» ante el pelotón de fusilamiento con la misma compulsión carente de gozo que unos siglos antes podría haber ordenado que se quemara a los herejes en la hoguera.

El primer paso en la introducción del terror masivo dentro de la Rusia soviética fue la eliminación de toda limitación legal —y, de hecho, de la ley en sí— y su sustitución por algo a lo que se denominaba «conciencia revolucionaria». Nunca había ocurrido nada igual en ningún otro lugar; la Rusia soviética fue el primer Estado en la historia de la humanidad en abolir formalmente la ley. Esta medida dio libertad a las autoridades para que eliminaran a cualquiera que les desagradara y legitimaran los pogromos contra sus adversarios.[img 100]

Lenin lo había planeado así largo tiempo antes de tomar el

poder. Creía que uno de los errores cardinales de la Comuna de París había sido no abolir el sistema legal en Francia, un error que él pretendía evitar. A finales de 1918 definió la dictadura del proletariado como «el dominio no sujeto a restricciones de ninguna ley».[15] Percibía la ley y los tribunales desde la óptica marxista, como instrumentos mediante los cuales la clase dominante promovía sus intereses; en la sociedad «burguesa», bajo el pretexto encubridor de imponer una justicia imparcial, la ley servía para salvaguardar la propiedad privada. Este punto de vista fue articulado tempranamente, a principios de 1918, por Nikolái V. Krilenko, quien sería luego comisario de Justicia:

> Uno de los sofismas más difundidos de la ciencia burguesa es el que afirma que el tribunal […] es una institución cuya tarea es imponer una suerte de «justicia» especial, que se yergue por encima de las clases sociales, que es independiente en su esencia de la estructura de clases prevaleciente dentro de la sociedad, de los intereses de clase que defienden los grupos en pugna y de la ideología de clase que inspira a las clases dominantes. […] «Que la justicia prevalezca en los tribunales». Cuesta imaginar una burla más amarga que esta a lo que ocurre en la realidad. […] Junto a ella, cabe citar muchos otros sofismas; que el tribunal es el guardián de la «ley», el cual, como hace la «autoridad gobernante», busca el objetivo superior de asegurar el desarrollo armónico de la «personalidad». […] La «ley» burguesa, la «justicia» burguesa, los intereses del «desarrollo armónico» de la «personalidad» burguesa. […] Traducido todo ello al lenguaje simple de la vida real, esto significa, ante todo, la preservación de la propiedad privada.[16]

A partir de esta premisa, Krilenko concluía que la desaparición de la propiedad privada conduciría automáticamente a la desaparición de la ley; así, el socialismo «destruiría en su fase embrionaria» las «emociones psicológicas» que propiciaban el delito. Desde su perspectiva, la ley no prevenía, sino que provocaba el delito.[img 101]

Por supuesto, algunas instituciones jurídicas deberían permanecer en la transición al socialismo pleno, pero estas servirían a los propósitos, no de la «justicia» hipócrita de

antes, sino de la lucha de clases. «Necesitamos del Estado, necesitamos de las obligaciones —escribió Lenin en marzo de 1918—. Los órganos del Estado proletario que pondrán en práctica estas obligaciones son los tribunales soviéticos».[17]

Fiel a su palabra, poco después de haber asumido el cargo, liquidó de un solo golpe de pluma todo el sistema legal de Rusia tal y como se venía desarrollando desde la reforma de 1864. Lo logró mediante el decreto del 22 de noviembre de 1917, aprobado tras un prolongado debate en el Sovnarkom.[18] El decreto disolvía en primera instancia casi todos los tribunales existentes, incluido el Senado, el más alto tribunal de apelaciones. Enseguida, abolía los oficios asociados al sistema judicial, incluyendo el cargo de procurador (el equivalente ruso del fiscal general), las profesiones jurídicas y la mayoría de los jueces de paz. Solo dejó intactos los «tribunales locales» (*mestniye sudi*), que lidiaban con delitos menores.

El decreto no invalidó de manera explícita las leyes incluidas en el código penal —esto habría de sobrevenir un año después—, pero generó el mismo efecto al instruir a los jueces de los tribunales locales para que «se guiaran al tomar sus decisiones y al dictar sentencia por las leyes del gobierno derrocado solo en la medida en que estas no hayan sido anuladas por la revolución y no contradigan la conciencia revolucionaria y el sentido revolucionario de la legalidad vigente». Una enmienda aclaratoria de este vago precepto especificó que las leyes que fueran contra los decretos del sóviet quedaban revocadas, al igual que las del «mínimo programático del Partido Socialdemócrata del Trabajo y el Partido Socialista Revolucionario». Básicamente, en el caso de agravios aún sujetos a procedimientos judiciales, la culpa quedaría determinada por la impresión que se formara el juez

o los jueces.

En marzo de 1918, el régimen sustituyó los tribunales locales por tribunales del pueblo (*nardoniye sudi*), los que habrían de tratar con todas las categorías de delitos cometidos por unos ciudadanos contra otros: asesinato, agresiones corporales, hurto, etcétera. Los jueces elegidos en tales tribunales no estaban obligados por ningún formalismo relacionado con las pruebas.[19] Una directiva aprobada en noviembre de 1918 prohibió a los jueces de los tribunales del pueblo recurrir a leyes emitidas antes de octubre de 1917; también los eximió de tener que ceñirse a ninguna regla «formal» de prueba. Al emitir sus veredictos, deberían guiarse por los decretos del gobierno soviético y, cuando estos no existieran, por el «sentido socialista de la justicia» (*sotsialisticheskoye pravosoznaniye*).[20]

De acuerdo con la práctica rusa tradicional de tratar los delitos contra el Estado y contra sus representantes de manera distinta a los delitos contra los particulares, los bolcheviques introdujeron al mismo tiempo (el 22 de noviembre de 1917) un nuevo tipo de tribunales, inspirados en una institución similar de la Revolución francesa y llamados tribunales revolucionarios. Estos habrían de juzgar a personas acusadas de «delitos contrarrevolucionarios», una categoría que incluía los delitos económicos y el «sabotaje».[21] Para orientarlos en su actividad, el Comisariado de Justicia, entonces encabezado por Steinberg, emitió el 21 de diciembre de 1917 un decreto complementario que especificaba que «al fijar la pena, el Tribunal Revolucionario deberá guiarse por las circunstancias del caso y los dictados de la conciencia revolucionaria».[22] El decreto no decía cómo se determinarían las «circunstancias del caso» y qué era exactamente la «conciencia revolucionaria».[260*] En la práctica, por tanto, los tribunales

revolucionarios operaron desde su fundación como tribunales ilegales o no autorizados, que sentenciaban a los acusados basándose en la impresión de culpabilidad que les dictaba el sentido común. Inicialmente, los tribunales revolucionarios no estaban autorizados a imponer la pena capital, pero esta situación cambió con la introducción subrepticia de dicho castigo. El 16 de junio de 1918, *Izvestia* publicó una «resolución» firmada por el nuevo comisario de Justicia, Piotr I. Stuchka, que decía: «Los tribunales revolucionarios no están limitados por ninguna regla en la elección de las medidas a aplicar a la contrarrevolución, salvo en casos en los que la ley defina esa medida en términos de "no menor que" tal castigo». Este embrollo retórico significaba que los tribunales revolucionarios eran libres de sentenciar a muerte a los infractores cuando lo creyeran apropiado, pero que estaban obligados a hacerlo si el gobierno ordenaba dicho castigo. La primera víctima de este nuevo ordenamiento fue el comandante soviético de la flota del Báltico, el almirante A. M. Shchastni, a quien Trotski acusó de conspirar para entregar sus barcos a los alemanes; su ejemplo debía servir de lección a otros oficiales. Shchastni fue juzgado y condenado el 21 de junio por un Tribunal Revolucionario Especial del Comité Ejecutivo Central, establecido por órdenes de Lenin para juzgar casos de alta traición.[23] Cuando los socialistas revolucionarios de izquierdas se opusieron a este resurgimiento de la odiosa práctica de la pena de muerte, Krilenko replicó que el almirante «había sido condenado no "a muerte", sino a "ser fusilado"».[24]

Con la expulsión de otros partidos de las instituciones soviéticas, primero los mencheviques y socialistas revolucionarios y luego los socialistas revolucionarios de izquierdas, los tribunales revolucionarios se transformaron en tribunales del Partido Bolchevique apenas disfrazados de

tribunales públicos. En 1918, el 90 por ciento de su personal eran miembros del partido.[25] Para ser designado juez en un tribunal revolucionario, no se requería de otras cualificaciones profesionales que saber leer y escribir. Según las estadísticas disponibles, el 60 por ciento de los jueces en tales tribunales no había completado la enseñanza secundaria.[26] Steinberg escribe, sin embargo, que algunos de los peores delincuentes eran, no esos proletarios semianalfabetos, sino intelectuales que se valían de los tribunales para cumplir sus venganzas personales y que no vacilaban en aceptar sobornos de la familia del acusado.[27]

Quienes ahora vivían bajo el dominio bolchevique se sorprendieron en una situación sin precedentes en la historia de la humanidad. Había tribunales para delitos comunes y para los delitos contra el Estado, pero no leyes para guiarlos en sus procedimientos; los jueces, carentes de cualificaciones profesionales, condenaban a los ciudadanos por delitos que no estaban definidos en ninguna parte. Los principios de *nullum crimen sine lege* y *nulla poena sine lege* —«no hay delito sin una ley» y «no hay pena sin una ley»—, que habían guiado desde siempre la jurisprudencia occidental (y la rusa desde 1864), fueron arrojados por la borda como si fueran lastres inservibles. La situación impactó a los contemporáneos de la época como algo extremadamente inusual. Un observador hacía notar en abril de 1918 que en los cinco meses previos no había habido condenas por saqueo, hurto o asesinato, exceptuando los escuadrones de ejecución y los linchamientos masivos. Y se preguntaba adónde habían ido a parar todos los delincuentes, ya que los antiguos tribunales habían tenido que lidiar con una cantidad ingente de juicios antes de la revolución.[28] La respuesta era, por supuesto, que Rusia se había vuelto una sociedad sin ley. En abril de 1918, el novelista Leonid Andréiev describía lo que esto significaba

para el ciudadano medio:

> Vivimos en condiciones fuera de lo común, quizá comprensibles para un biólogo que estudie la vida del moho y los hongos, pero inadmisibles para un psicosociólogo. No hay ley, no hay autoridad, todo el orden social está desprotegido. […] ¿Quién nos protege? ¿Cómo es que aún estamos vivos, sin que nos roben, sin que nos arranquen de nuestros hogares? La vieja autoridad ha desaparecido; una facción de Guardias Rojos desconocidos ocupa la estación ferroviaria de la vecindad, aprende a disparar […], lleva a cabo búsquedas de comestibles y armas y emite «permisos» para viajar a la ciudad. No hay teléfono ni telégrafo. ¿Quién nos protege? ¿Qué nos ha quedado de la razón? Quizá la suerte de que nadie haya reparado en nosotros. […] Finalmente, algunas costumbres culturales humanas, a veces algunos hábitos sencillos, inconscientes, como caminar por el lado derecho de la acera, decir «buenos días» al toparse con alguien, dar un toquecito al sombrero propio, y no al del otro. La música ha cesado hace mucho tiempo y nosotros, los bailarines, seguimos arrastrando rítmicamente los pies y balanceándonos al ritmo de la melodía inaudible de la ley.[29]

Para gran decepción de Lenin, los tribunales revolucionarios no se convirtieron en instrumentos del terror. Los jueces operaban con desgana e imponían sentencias atenuadas. Un diario advertía en abril de 1918 que habían hecho poco más que clausurar unos pocos periódicos y sentenciar a unos pocos «burgueses».[30] Aun después de quedar autorizados a hacerlo, los tribunales eran reacios a emitir sentencias de muerte. A lo largo de 1918, un año que incluyó el Terror Rojo oficial, los tribunales revolucionarios juzgaron a 4.483 acusados, un tercio de los cuales fue sentenciado a trabajos forzados, otro tercio al pago de multas y solo catorce de ellos a pena de muerte.[31]

Esto no respondía a las intenciones de Lenin. Los jueces, que a veces eran casi en exclusiva miembros del Partido Bolchevique, fueron urgidos a imponer sentencias extremas y se les confirió incluso mayor discreción para hacerlo. En marzo de 1929, los tribunales «recibieron la autoridad de negarse a llamar e interrogar a testigos si su testimonio durante la investigación inicial estaba claro, al igual que la

autoridad de detener en cualquier momento el procedimiento judicial si [ellos mismos] determinaban que las circunstancias del caso habían sido adecuadamente esclarecidas. Los tribunales estaban autorizados para negarle al acusado y el demandante el derecho a comparecer y defenderse».[32] Estas medidas hicieron retroceder los procedimientos judiciales rusos a las prácticas del siglo XVII.

Pero incluso cuando su labor se simplificó de tal modo, los tribunales revolucionarios resultaron ser demasiado lentos y demasiado engorrosos para satisfacer la búsqueda de Lenin de un dominio «no sujeto a restricciones de ninguna ley»; de ahí, pues, que comenzara a apoyarse cada vez más en la Checa, a la que dotó de licencia para matar sin necesidad de ceñirse a los procedimientos más básicos.

La Checa nació prácticamente en secreto. El 7 de diciembre de 1917, el Sovnarkom tomó la decisión de crear un organismo de seguridad —básicamente, una versión revisada del Departamento de Policía y la Ojrana zaristas—, basándose en el informe de Dzerzhinski para combatir el «sabotaje», en alusión a la huelga de trabajadores administrativos.[261*] La resolución del Sovnarkom no se hizo pública en la época. Fue publicada por primera vez en 1924 en una versión falsificada e incompleta, en 1926 en su versión completa pero aún falsificada, y no fue hasta 1958 cuando apareció en versión completa y auténtica.[33] En 1917, solo se publicó en la prensa bolchevique un breve anuncio de dos frases indicando que el Sovnarkom había establecido una entidad llamada «Comisión Extraordinaria para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje» (*Chrezvichainaya kommissia po borbe s kontrrevoliutsiei i sabotazhem*), cuya oficina quedaría localizada en Petrogrado, en el número 2 de Gorojovaya.[34] Antes de la revolución, este edificio había albergado las

oficinas del gobernador de la ciudad, al igual que la rama local del Departamento de Policía. No se mencionaron ni las facultades ni las responsabilidades de la Checa.

Este hecho de que el gobierno bolchevique no hiciera públicas, en el momento de su creación, las funciones y poderes de la Checa tuvo consecuencias nefastas, porque permitió que la Checa se atribuyera una autoridad que nunca se había pretendido que tuviese. El modelo de la entidad, inspirado —por lo que ahora se sabe— en la policía de seguridad zarista, le encargaba investigar y prevenir los delitos contra el Estado. No tendría facultades judiciales. El Sovnarkom esperaba de ella que entregara a los sospechosos políticos a los tribunales revolucionarios para que fueran procesados y condenados. La cláusula pertinente de la resolución secreta que creaba la Checa dice lo siguiente:

> Las tareas de la Comisión [Extraordinaria]: (1) suprimir [*presek(at)*] y liquidar todo intento y acción contrarrevolucionarios y de sabotaje en toda Rusia, de todos los rincones; (2) llevar a todos los saboteadores y contrarrevolucionarios al estrado de los tribunales revolucionarios y elaborar los medios de combatirlos; (3) la comisión solo realiza una investigación preliminar, en la medida que sea preciso impedir todo eso [la contrarrevolución y el sabotaje].[35]

En las primeras versiones publicadas de esta resolución (1924, 1926) se cambió una palabra decisiva. Como ahora se sabe, en el manuscrito de la resolución, la palabra «suprimir» —*presekat*— aparecía de forma abreviada como *presek[at]*. En las versiones más tempranas que se publicaron, esta palabra fue modificada para que dijera *presledovat*, que significa «procesar».[36] La transposición y sustitución de unas pocas letras tuvo el efecto de otorgar facultades judiciales a la Checa. Esta falsificación, no revelada hasta la muerte de Stalin, permitió a la Checa y sus sucesoras (GPU, OGPU y NKVD) sentenciar a los presos políticos —mediante procedimientos sumarios llevados a cabo ante las cámaras— a un espectro

completo de penas, incluida la muerte. La policía de seguridad soviética solo fue privada de este derecho, que costó la vida de millones de sus conciudadanos, en 1956.

Los bolcheviques, que solían ser muy puntillosos respecto a los entresijos burocráticos, hicieron una excepción considerable en el caso de la policía secreta. Esta institución en particular, a la que luego se le atribuyó el mérito de haber salvado al régimen, existió durante mucho tiempo sin reconocimiento legal.[37] Ignorada en la Recopilación de Leyes y Ordenanzas (*Sobraniye Uzakoneni i Rasporiazheni*) de 1917-1918, carecía de identidad formal. Esto fue una política deliberada. A principios de 1918, la propia Checa prohibió que se publicara cualquier información respecto a ella sin su aprobación.[38] No fue un mandato estrictamente respetado, pero da una idea de la concepción que la Checa tenía de sí misma y de su papel en la sociedad. En ello, los bolcheviques siguieron el precedente establecido por Pedro el Grande, quien había creado la primera policía política de Rusia, la Preobrazhenski Prikaz, sin un ucase formal.[262*]

La Checa empezó con un personal reducido, formado por algunos oficiales y algunas unidades militares. En marzo se trasladó con el resto del gobierno a Moscú, donde ocupó las espaciosas oficinas de la Compañía Aseguradora Yakor en el número 11 de Bolshaya Lubianka. Por entonces, decía tener solo 120 empleados, aunque algunos académicos estiman la cifra real en unos 600.[39] El chequista Peters admitía que la Checa tenía dificultades para reclutar a su personal porque los rusos, que tenían muy fresca en su memoria a la policía zarista, reaccionaban «emocionalmente» y eran incapaces de diferenciar la persecución que había ejercido el antiguo régimen y la que ejercía el nuevo, negándose a formar parte del cuerpo policial.[40][263*] A consecuencia de ello, una elevada

proporción de funcionarios de la entidad eran extranjeros. Dzerzhinski era polaco y muchos de sus hombres más cercanos eran letones, armenios y judíos. Los guardias que empleaba para proteger a los funcionarios comunistas y prisioneros importantes eran reclutados exclusivamente de entre los Fusileros Letones porque los letones eran considerados más brutales que el resto y menos propensos a los sobornos. Lenin favorecía claramente esta tendencia a apoyarse en los extranjeros. Steinberg recuerda su «miedo» al carácter nacional ruso. Pensaba que los rusos carecían de suficiente firmeza: «"*Blando, demasiado blando es el ruso* —decía—. Es incapaz de aplicar las duras medidas del terror revolucionario"».[41]

Valerse de extranjeros tenía la ventaja adicional de que estos tenían menos probabilidades de estar vinculados a sus víctimas potenciales por nexos de amistad, o de inhibirse por el oprobio que ello significaba en la comunidad rusa. Dzerzhinski, por citar un ejemplo, había crecido en una atmósfera de profundo nacionalismo polaco; en su juventud había querido «exterminar a todos los moscovitas» por el sufrimiento que habían infligido a su pueblo.[264*] Los letones miraban con menosprecio a los rusos. Durante su breve internamiento a manos de la Checa en septiembre de 1918, Bruce Lockhart escuchó en boca de sus guardias letones que los rusos eran «sucios y flojos» y que en la batalla siempre «decepcionaban».[42] La propensión de Lenin a servirse de elementos foráneos para aterrorizar a la población rusa recuerda la práctica de Iván el Terrible, quien había llenado a su vez su propio aparato del terror, la Oprijnina, de extranjeros, en su mayor parte alemanes.

Para aminorar algo del odio asociado a la policía política en un país socialista, los bolcheviques mezclaron la misión

principal de la Checa, que era política, con la tarea de combatir los delitos comunes. La Rusia soviética estaba tomada por asesinos, saqueadores y ladrones, a los que la ciudadanía deseaba poner freno de manera desesperada. Para hacer más aceptable a la nueva policía política, el régimen asignó también a la Checa la responsabilidad de erradicar los delitos comunes, incluidos el bandidismo y la «especulación». En una entrevista con el diario menchevique, en junio de 1918, Dzerzhinski hizo hincapié en la doble misión de la Checa:

> [La tarea de la Checa] es combatir a los enemigos de la autoridad soviética y del nuevo estilo de vida. Tales enemigos son tanto nuestros opositores políticos como todos los bandidos, ladrones, especuladores y otros delincuentes que socavan los cimientos del orden socialista.[43]

Rebelándose ante las limitaciones que la ordenanza fundacional le imponía, la Checa buscó la libertad irrestricta de lidiar con los indeseables políticos, lo cual condujo a un conflicto con el Comisariado de Justicia.

Desde el mismo día de su fundación, la Checa arrestó, amparándose en su propia autoridad, a personas sospechosas de estar involucradas en la «contrarrevolución» y la «especulación». Los prisioneros eran remitidos con escolta al Smolni. Este procedimiento no le gustaba al comisario de Justicia Steinberg, un abogado judío de veintinueve años que había obtenido su licenciatura en Alemania, con una tesis sobre el concepto talmúdico de la justicia. El 15 de diciembre, él mismo emitió una resolución prohibiendo el posterior envío de ciudadanos detenidos, ya fuera al Smolni o a un tribunal revolucionario, sin la aprobación previa del Comisariado de Justicia. Eso significaba que la Checa debía liberar a los prisioneros bajo su custodia.[44]

Al parecer confiando en el respaldo de Lenin, Dzerzhinski simplemente ignoró estas órdenes. El 19 de diciembre arrestó

a miembros de la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente. Tan pronto como se enteró de la acción de Dzerzhinski, Steinberg dio contraorden de que los prisioneros fueran liberados. La disputa pasó a la agenda del Sovnarkom ese mismo día al atardecer. El gabinete se puso del lado de Dzerzhinski y reprendió a Steinberg por haber liberado a prisioneros de la Checa.[45] Sin amilanarse por esta derrota, Steinberg solicitó que el Sovnarkom reglamentara las relaciones entre el Comisariado de Justicia y la Checa y presentó ante el Sovnarkom un borrador de proyecto a este respecto, «Sobre las competencias del Comisariado de Justicia».[46] El documento prohibía a la Checa realizar arrestos políticos sin la autorización previa del Comisariado de Justicia. Lenin y el resto del gabinete aprobaron la propuesta de Steinberg, porque en esa época los bolcheviques no deseaban polemizar con los socialistas revolucionarios de izquierdas. La resolución adoptada exigía que todas las órdenes de arresto «de significación política relevante» llevaran la firma adicional del comisario de Justicia. Así pues, en teoría la Checa podía seguir realizando los arrestos de ciudadanos ordinarios valiéndose de su propia autoridad.

Pero incluso esta concesión limitada fue retirada casi de inmediato. Dos días después, quizá en respuesta a las quejas de Dzerzhinski, el Sovnarkom aprobó una resolución muy distinta. A la vez que confirmaba que la Checa era un cuerpo investigador, ordenaba al Comisariado de Justicia y todos los demás organismos que no interfirieran en su facultad de detener a figuras políticas importantes. La Checa solo tenía que informar a los comisariados de Justicia y de Interior de sus actos, una vez realizados. Lenin añadió una disposición para establecer que las personas que ya estuviesen bajo arresto fuesen remitidas a los tribunales o liberadas.[47] Al día siguiente, la Checa asaltó el centro que dirigía la huelga de

empleados administrativos en Petrogrado.[48]

Como parte del acuerdo con los bolcheviques, concluido en diciembre de 1917, los socialistas revolucionarios de izquierdas recibieron el derecho a tener representantes en el directorio que gestionaba la Checa, conocido como «el Colegio». Esta concesión contravenía las intenciones bolcheviques de tener un 100 por ciento de bolcheviques en la Checa, pero Lenin estuvo de acuerdo con ello, por encima de las objeciones de Dzerzhinski. El Sovnarkom nombró un subdirector socialista revolucionario de izquierdas en la entidad y añadió varios miembros de este partido al Colegio que la regía.[49] Los socialistas revolucionarios de izquierdas se aseguraron además de que fuera aceptado el principio de que la Checa no llevaría a cabo más ejecuciones si no era con el consentimiento unánime del Colegio, lo que les daba la posibilidad de veto sobre las condenas a muerte. El 31 de enero de 1918, el Sovnarkom confirmó, en una resolución inédita, que la Checa tenía responsabilidades exclusivamente como investigadora:

> La Checa concentra en sus manos toda la labor de inteligencia, la supresión [*presecheniye*] y prevención del delito, pero todo el conducto subsecuente de la investigación y presentación del caso ante el tribunal queda confiado a la Comisión Investigadora del Tribunal [Revolucionario].[50]

Esta restricción quedó de lado un mes después con el decreto «¡La madre patria socialista en peligro!».[51] Este documento no especificaba quién «fusilaría en el acto» a los contrarrevolucionarios y otros adversarios del nuevo Estado, pero era evidente que esta responsabilidad recaía en la Checa. Al día siguiente, la propia entidad confirmó que ese era en efecto el caso al advertir a la población que los «contrarrevolucionarios» serían «liquidados sin misericordia y en el acto».[52] Ese 23 de febrero, Dzerzhinski aconsejó por vía telegráfica a los sóviets provinciales que, visto que seguían

proliferando las «conspiraciones» contrarias al régimen, debían actuar de inmediato para establecer sus propias checas, arrestar a los «contrarrevolucionarios» y ejecutarlos dondequiera que fuesen capturados.[53] El decreto transformó así a la Checa, en términos formales y de manera permanente, de un organismo investigador en una maquinaria del terror en toda regla. Esta transformación se hizo con el visto bueno de Lenin.

En Moscú y Petrogrado se impidió a la Checa ejecutar a los infractores políticos, en virtud de acuerdos establecidos con los socialistas revolucionarios de izquierdas. Mientras ellos trabajaron en la Checa —es decir, hasta el 6 de julio de 1918— no hubo ejecuciones políticas oficiales en esas dos ciudades. La primera víctima del decreto del 22 de febrero fue un delincuente común que, con el alias de «Príncipe Eboli», se había hecho pasar por chequista.[54] Sin embargo, en las provincias, los órganos de la Checa no quedaron limitados por estas restricciones y ejecutaban rutinariamente a los ciudadanos por delitos políticos. El menchevique Grigori Aronson recuerda, por ejemplo, que en la primavera de 1918 la Checa de Vítebsk arrestó y ejecutó a dos trabajadores acusados de distribuir carteles del Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios.[265*] Probablemente nunca se sepa con certeza cuántos individuos cayeron víctimas de esas ejecuciones arbitrarias.

Emulando al Cuerpo de Gendarmería del sistema de seguridad zarista, la Checa incorporó una fuerza militar. La primera unidad militar en caer bajo su control fue un pequeño destacamento finlandés. Se fueron sumando otras unidades y, a finales de abril de 1918, la entidad disponía de un Boevoi Otriad (Destacamento de Combate) de seis compañías de infantería, cincuenta jinetes de caballería,

ochenta ciclistas, sesenta hombres con ametralladoras, cuarenta de artillería y tres carros blindados.[55] Fueron estos destacamentos los que en abril de 1918 llevaron a cabo la que quizá sea la única iniciativa de la Checa que resultó popular, el desarme en Moscú de los «Guardias Negros», facciones anarquistas que habían ocupado edificios residenciales y aterrorizaban a la población civil. El hecho de adquirir una rudimentaria fuerza militar era solo el primer paso en la evolución de la policía política que prácticamente se convirtió en un Estado dentro del Estado. En junio de 1918, en una conferencia de chequistas, se escucharon demandas de que fuera creada una fuerza armada regular de la Checa y se le confiara a ella la seguridad de las líneas ferroviarias, así como de las fronteras.[56]

Buena parte de los esfuerzos de la Checa en sus primeros meses de vida estuvieron dedicados a combatir las actividades comerciales habituales. Puesto que la transacción más rutinaria del comercio minorista, como vender una bolsa de harina, era ahora considerada como «especulación» y el mandato de la Checa incluía la lucha contra la especulación, sus agentes pasaban mucho tiempo persiguiendo a «estraperlistas», inspeccionando el equipaje de los pasajeros de trenes y llevando a cabo redadas en el mercado negro. Esta preocupación por los «delitos económicos» evitó que tuviera puesto el ojo en complots antigubernamentales bastante más peligrosos, que comenzaban a tomar forma en primavera de 1918. Durante la primera mitad de ese año, su único éxito en esta área fue el descubrimiento del cuartel general en Moscú de la organización de Sávinkov, pero ello se debió, de hecho, a algo accidental y fortuito y, en cualquier caso, no permitió a la Checa penetrar en el núcleo de la Unión para la Defensa de la Madre Patria y la Libertad, el movimiento de Sávinkov. A resultas de lo cual el alzamiento de Yaroslavl en julio la cogió

absolutamente desprevenida. Incluso más sorprendente fue la ignorancia que la entidad demostró en cuanto a los planes de rebelión de los socialistas revolucionarios de izquierdas, dado que los líderes de esta facción habían hecho casi todo excepto anunciar públicamente sus intenciones. Para empeorar las cosas, el complot se gestó en el cuartel general de la Checa y recibió el apoyo de sus destacamentos armados. Este fiasco tan estrepitoso obligó a Dzerzhinski a renunciar a su cargo el 8 de julio, el cual le fue confiado temporalmente a Peters. Dzerzhinski fue nombrado de nuevo al cargo el 22 de agosto, justo a tiempo para sufrir otro infortunio embarazoso y humillante: el fracaso a la hora de prevenir un atentado terrorista contra la vida de Lenin que estuvo cerca de perpetrarse.

Ningún zar, ni siquiera en el punto álgido del terrorismo radical, temió tanto por su vida y vivió tan protegido como Lenin. Los zares viajaban por Rusia y al extranjero, y asistían con frecuencia a recepciones públicas. Lenin, en cambio, vivía acobardado tras los muros de ladrillo del Kremlin, protegido a sol y sombra por los Fusileros Letones. Cuando bajaba ocasionalmente a la ciudad, lo hacía sin previo aviso. Entre su traslado a Moscú en marzo de 1918 y su muerte en enero de 1924, volvió a Petrogrado, la escena de su triunfo revolucionario, solo en dos ocasiones y nunca viajó por el país o se mezcló con la población. Lo más lejos que se aventuró fue hasta Gorki, en su Rolls-Royce, cuando disfrutaba de ocasionales períodos de descanso allí, un pueblo cerca de Moscú donde había sido requisada una finca para su uso personal.

Trotski dio muestras de mayor atrevimiento, viajando incesantemente al frente a hablar con los comandantes e inspeccionar las tropas, si bien con frecuencia cambiaba de horarios e itinerarios para eludir a posibles asesinos.

Hasta septiembre de 1918, no hubo ningún atentado serio contra las vidas de Lenin y Trotski, pues el Comité Central del Partido Socialista Revolucionario, la agrupación terrorista por excelencia, se opuso a la resistencia activa contra los bolcheviques. Su negativa a recurrir a métodos empleados contra los zares y sus funcionarios se basaba en dos consideraciones. Una era la firme creencia de la dirección socialista revolucionaria de que el tiempo jugaba a su favor y que todo cuanto debía hacer era sentarse pacientemente y esperar a que resurgiera la democracia en Rusia. El asesinato de los líderes bolcheviques solo aseguraría, sin la menor duda, la victoria de la contrarrevolución. La segunda cuestión era el miedo a las represalias y pogromos bolcheviques.

No todos los socialistas revolucionarios compartían esta perspectiva y algunos miembros del partido estaban, de hecho, dispuestos a tomar las armas contra los bolcheviques, con la aprobación o no del Comité Central. Uno de estos grupos fue el que comenzó a formarse en Moscú en el verano de 1918, bajo las mismas narices de la Checa.

Era costumbre de los líderes bolcheviques, incluido Lenin, asistir cada viernes después de la comida, o ya al atardecer, a un mitin con los trabajadores y miembros del partido en distintos puntos de Moscú. Las apariciones de Lenin no solían anunciarse por anticipado. El viernes 30 de agosto estaba programado que hiciera dos visitas; una al edificio de la Bolsa de Productos del Grano, en el distrito de Basmani, la otra a la fábrica Mijelson, al sur de la ciudad. Ese día muy temprano había llegado la noticia de que habían matado al jefe de la Checa de Petrogrado, Moiséi S. Uritski. El asesino era un joven judío, L. A. Kannegisser, miembro del moderado Partido Socialista Popular. Luego se supo que había actuado por cuenta propia para vengar la ejecución de un amigo, pero esto no se sabía todavía y surgió el temor de que hubiera una

campaña terrorista en curso. Inquietos, los miembros de su familia trataron de persuadir a Lenin para que cancelara sus apariciones, pero él, contra todo pronóstico, decidió encarar el peligro y se dirigió a la ciudad en automóvil con su chófer de confianza, S. K. Gil. Primero estuvo en la Bolsa de Productos del Grano, de donde siguió a Mijelson. Aunque los asistentes esperaban a Lenin, tampoco había la certeza de que apareciera, hasta que su vehículo entró en el patio de la fábrica. El líder dio su típico discurso envasado, atacando a los «imperialistas» occidentales, y concluyó con la consigna: «¡Vencer o morir!». Como Gil informó luego a la Checa, mientras el líder hablaba, una mujer con uniforme de trabajo se le acercó y le preguntó si Lenin estaba en el interior. Él le respondió con una evasiva.

Cuando el orador se dirigía a la salida a través de la densa multitud, alguien que estaba detrás de él y muy cerca resbaló y cayó, entorpeciendo el paso de la gente. Lenin llegó al patio seguido de pocas personas. Cuando estaba a punto de entrar en su coche, una mujer se le acercó para quejarse de que el pan estaba siendo confiscado en las estaciones ferroviarias. Lenin le indicó que se habían dado órdenes para poner freno a dichas prácticas. Tenía un pie en el estribo cuando sonaron tres disparos. Gil se volvió al instante y reconoció a la persona que disparaba desde una distancia de varios pasos; era la mujer que había preguntado por Lenin. Este cayó al suelo. Los que estaban cerca mirando al líder entraron en pánico y se dispersaron en todas direcciones. Sacando su revólver, Gil corrió en busca de la terrorista, pero la mujer había desaparecido. Los niños que quedaban en el patio señalaron la dirección en la que había huido. Unas cuantas personas la persiguieron y ella siguió corriendo, pero de repente se paró y se enfrentó a sus perseguidores, de modo que la detuvieron al instante y la llevaron al cuartel general de la Checa en la

Lubianka.

A Lenin lo subieron inconsciente a su automóvil y lo llevaron a toda velocidad al Kremlin, donde se llamó a un médico. Para entonces, el afectado apenas era capaz de moverse, su pulso disminuía y sangraba en abundancia. Parecía estar dando sus últimos respiros. Un examen médico reveló dos heridas: una relativamente inofensiva en el brazo; la otra, potencialmente fatal, entre el cuello y la mandíbula. (La tercera bala, como se supo después, le había dado a la mujer que conversaba con Lenin cuando le dispararon.)

En las horas siguientes, la terrorista fue sometida a cinco interrogatorios a manos del personal de la Checa.[266*] Era una mujer muy poco comunicativa. Su nombre era Fanni Efímovna Kaplán, nacida con el nombre de Feiga Roidman o Roitblat. Su padre era profesor en Ucrania. Después se supo que, siendo todavía una adolescente, se había unido a los anarquistas. Tenía dieciséis años cuando una bomba que los anarquistas estaban montando en su cuarto para matar al gobernador general de Kiev estalló. Un juicio sumarísimo la condenó a muerte, luego le conmutó la pena por trabajos forzados a perpetuidad, condena que cumplió en Siberia. Allí conoció a Spiridónova y otros terroristas convictos, bajo cuya influencia se convirtió en socialista revolucionaria. A principios de 1917, tras beneficiarse de la amnistía política, volvió a la Rusia central, estableciéndose primero en Ucrania y luego en Crimea. Para entonces, su familia había emigrado a Estados Unidos.

Según su declaración, había decidido asesinar a Lenin ya en febrero de 1918, para vengar la disolución de la Asamblea Constituyente y la firma inminente del Tratado de Brest, pero su hostilidad hacia el líder era más profunda. «Disparé contra Lenin porque lo considero un traidor —dijo a la Checa—. De

seguir con vida, postergará el ideal socialista durante varias décadas más». Dijo además que, aun cuando no pertenecía a ningún partido político, simpatizaba con el Comité de la Asamblea Constituyente en Samara, admiraba a Chérnov y estaba a favor de una alianza con Inglaterra y Francia contra Alemania. Negó categóricamente que tuviera cómplices y no quiso decir quién le había proporcionado el arma.[267*]

Tras su interrogatorio, fue encerrada brevemente en la misma celda de la Lubianka donde la Checa mantenía preso a Bruce Lockhart, a quien habían arrestado en mitad de la noche bajo sospecha de complicidad. «A las seis de la mañana [del 31 de agosto]», escribe el propio Lockhart:

> trajeron a una mujer a la estancia. Iba vestida de negro, su pelo y ojos eran negros y miraba fijamente a un punto lejano, con grandes ojeras y el rostro demacrado. Sus rasgos, claramente judíos, eran poco atractivos. Podría haber tenido cualquier edad entre veinte y treinta y cinco años. Supusimos que era Kaplán. Sin duda, los bolcheviques esperaban que tuviera con nosotros algún gesto de reconocimiento. Su evidente serenidad no era algo natural. Fue hasta la ventana y, apoyando la barbilla en su mano, miró la luz del día. Y allí permaneció inmóvil, sin hablar, en apariencia resignada a su destino, hasta que muy pronto los centinelas vinieron a llevársela.[57]

Entonces fue trasladada desde la Lubianka a una de las celdas subterráneas del Kremlin, donde eran confinados los prisioneros políticos más importantes y de donde pocos salían vivos.

Mientras tanto, un equipo médico asistía a Lenin, que se debatía entre la vida y la muerte, pero conservaba suficiente lucidez para asegurarse de que sus médicos fueran bolcheviques. El pronóstico del paciente no era desesperanzado, aunque la sangre había entrado en uno de los pulmones. Bonch-Bruevich, el devoto secretario del líder, tuvo cuando lo observaba una visión religiosa; la imagen «me recordó de pronto a una famosa pintura de Cristo descendido de la cruz, crucificado por los curas, los pontífices y los ricos».

[268*] Este tipo de asociaciones religiosas se convirtieron muy pronto en un elemento inseparable del culto a Lenin, que empezó precisamente con los relatos de su milagrosa supervivencia. El asunto se hizo evidente en la descripción tan reverencial que se publicó en *Pravda* el 1 de septiembre, por boca de su editor, Bujarin; Lenin era visto como «el genio de la revolución mundial, el corazón y el cerebro del gran movimiento internacional del proletariado», «el único líder de verdad en el mundo», un hombre cuyas destrezas analíticas le conferían una «habilidad predictiva casi profética». Y proseguía ofreciendo un relato fantástico de lo ocurrido inmediatamente después del atentado de Kaplán, a quien ridiculizaba como una Charlotte Corday moderna, la asesina de Marat:

> Lenin, alcanzado por dos disparos, con los pulmones perforados, vomitando sangre, rechaza la ayuda y sigue por su cuenta. A la mañana siguiente, aún en peligro de muerte, lee los periódicos, escucha, aprende, observa para comprobar que la caldera de la locomotora que nos lleva a todos hacia la revolución global no pare de trabajar.

Tales imágenes estaban calculadas para alentar la creencia de las grandes masas de Rusia en la santidad de quienes han escapado de algún modo a la muerte.

El anuncio oficial, publicado en la primera página de *Izvestia* el 31 de agosto y firmado por Sverdlov, tenía un tono definitivamente poco cristiano. Afirmaba, sin ofrecer ninguna prueba al respecto, que las autoridades no tenían dudas de que «aquí también se encontrarán las huellas de la derecha socialista revolucionaria […] de los mercenarios a sueldo de ingleses y franceses». Tales acusaciones eran formuladas en un documento fechado a las 22.40 del 30 de agosto, vale decir, una hora o poco más antes de que Kaplán fuera sometida a su primer interrogatorio. «Llamamos a todos los camaradas —proseguía la nota— a mantener la más absoluta calma e intensificar la labor en la guerra contra los elementos

contrarrevolucionarios. La clase trabajadora responderá a los atentados contra sus líderes con una consolidación aún mayor de sus fuerzas, con el terror implacable de las masas contra todos los enemigos de la revolución».

En los días y semanas que siguieron, la prensa bolchevique (dado que la prensa no bolchevique había sido, para entonces, eliminada) se pobló de llamamientos y amenazas similares, pero curiosamente ofreció muy poca información sobre el intento de asesinato o sobre la condición real de salud de Lenin, aparte de los boletines médicos habituales, a los que el lego no podía encontrarles mucho sentido. La impresión que uno tiene al leer estos materiales es que los bolcheviques restaron importancia al episodio para convencer a la opinión pública de que, fuese lo que fuese que le ocurriera a Lenin, ellos tenían un control firme de la situación.

El 3 de septiembre, la Checa convocó al comandante del Kremlin, un ex marinero llamado Pável Málkov, y le dijo que Fanni Kaplán había sido condenada a muerte y que él debía cumplir de inmediato la sentencia. Como Málkov lo describe, en ese momento él mismo se echó atrás: «Disparar contra una persona, en especial contra una mujer, no es tarea fácil». Enseguida preguntó qué pasaría con el cuerpo. Se le dijo que lo consultara con Sverdlov. Sverdlov le dijo que Kaplán no debía ser enterrada. «Deben destruirse sus restos sin dejar rastro». Como lugar de ejecución, Málkov escogió un estrecho patio vecino al Gran Palacio del Kremlin, utilizado como aparcamiento por los transportes militares.

> Ordené al comandante del Destacamento de Combate Motorizado que moviera algunos camiones de las cercanías y pusiera en marcha los motores. También ordené que se enviara un vehículo civil al callejón sin salida mirando hacia la puerta. Tras apostar a dos letones en la puerta con la orden de que no entrara nadie, fui en busca de Kaplán. A los pocos minutos, iba llevándola hacia el patio. […] «¡Al coche!», le espeté brevemente. Le indiqué el automóvil al final del callejón. Ella volvió temblorosa la cabeza hacia allí y

dio un paso, luego otro. […] Yo alcé la pistola.[269*]

Así murió una joven mujer ridiculizada al ser considerada como la Charlotte Corday rusa, sin siquiera molestarse en simular un juicio, con un tiro por la espalda, mientras el motor de los camiones rugía para enmascarar sus gritos, y su cuerpo fue luego desechado como si fuera basura.

Los detalles del complot terrorista alrededor del atentado contra la vida de Lenin y, tal y como se supo luego, también contra la de Trotski y otros líderes soviéticos, solo fueron conocidos por la Checa tres años después. La fuente principal al respecto fue un terrorista veterano de los socialistas revolucionarios, G. Seménov (Vasilev). Seménov emigró al extranjero, pero luego se arrepintió y en 1921 volvió a Rusia, donde se convirtió en renegado y denunció a sus antiguos correligionarios. El fiscal bolchevique utilizó luego su testimonio, hasta cierto punto manipulado, en el juicio de 1922 contra los socialistas revolucionarios.[58]

Hasta donde podemos determinar, la Organización de Combate Socialista Revolucionaria fue reactivada en Petrogrado a principios de 1918. El grupo, que contaba con catorce miembros, algunos intelectuales, otros obreros, siguió por un tiempo los pasos a Zinóviev y Volodarski. En junio de 1918, uno de sus integrantes, el trabajador Serguéiev, asesinó a Volodarski. Este entramado clandestino y terrorista actuó por cuenta propia, sin aprobación del Comité Central Socialista Revolucionario. En la primavera de 1918, después de que el gobierno bolchevique se hubiera trasladado a Moscú, algunos miembros de la Organización de Combate lo siguieron hasta allí y escogieron a Trotski como su primera víctima, convencidos de que su muerte tendría el mayor efecto sobre la causa bolchevique, puesto que era quien tomaba la iniciativa bélica. Lenin sería el próximo.

Adoptando métodos perfeccionados en la lucha contra los funcionarios zaristas, los miembros del grupo acechaban a sus víctimas para determinar el patrón que seguían en sus desplazamientos. Así supieron que Trotski viajaba constantemente y de manera imprevisible entre Moscú y el frente y, en consecuencia, como luego explicaría Seménov, «por razones técnicas», se decidió eliminar primero a Lenin.

Antes de llevar a cabo su misión, los terroristas requerían de la aprobación del Comité Central Socialista Revolucionario. Para entonces, la mayoría de los líderes socialistas revolucionarios se había trasladado a Samara, pero una rama del comité seguía en Moscú, encabezada por Abraham Gots. Gots y otro miembro del comité, D. Donskoi, se negaron a aprobar el atentado contra la vida de Lenin, pero señalaron que no se opondrían a él, siempre y cuando apareciera como un acto «individual», sin involucrar al partido. También prometieron que el partido no repudiaría el asesinato del líder.

Mientras preparaba su plan, Seménov supo que Fanni Kaplán y dos de sus camaradas estaban trabajando de manera independiente con el mismo objetivo. Kaplán le dio la impresión de ser una «terrorista revolucionaria» muy resuelta, en otras palabras, del tipo suicida. Y la invitó a unirse a su grupo.

Para seguir el rastro de las apariciones de Lenin en las reuniones sindicales, Seménov dividió Moscú en cuatro distritos, a dos de los cuales asignó a dos miembros de su organización: uno para que actuara como observador (*dezhurni*), el otro como ejecutor (*ispolnitel*). El primero debía mezclarse con las muchedumbres para enterarse de cuándo y dónde hablaría Lenin. Tan pronto como obtuviera dicha información, debía contactar con el ejecutor, quien

aguardaría en un punto central dentro de la zona respectiva. Tales preparativos tuvieron lugar en agosto de 1918, en la época en la que los socialistas revolucionarios de Samara, aprovechando las victorias militares de los checos, reclamaban su derecho a ejercer la autoridad sobre Rusia.

El viernes 16 de agosto, Lenin acudió a un mitin del comité del partido en Moscú, pero debido a un contratiempo, el observador de Seménov no pudo estar allí. Al viernes siguiente, Lenin daba un nuevo discurso, esta vez en el Museo Politécnico. Se había corrido la voz de su visita y en el lugar se congregó una gran multitud. Esta vez, todo salió de acuerdo con el plan, pero el ejecutor se puso nervioso, razón por la cual Seménov lo expulsó de la Organización de Combate. Seménov tuvo información de inteligencia en el sentido de que, al siguiente viernes, el 30 de agosto, Lenin haría una o más apariciones en el sector sur de la ciudad. Para asegurarse de que esta vez nada saliera mal, asignó al sector a dos de sus agentes más leales: un terrorista experimentado, un obrero apellidado Novikov, para que actuara como observador, y a Kaplán como ejecutora. En la tradición de los terroristas socialistas revolucionarios, Kaplán estaba dispuesta a dar su vida a cambio de la que eliminaría; le dijo a Novikov que, después de disparar a Lenin, se rendiría. Sin embargo, en caso de que terminara cambiando de opinión, Novikov contrató a un mercenario para que estuviera preparado.

La tarde del 30 de agosto, Kaplán ocupó su posición en la plaza Serpujovski, llevando en su bolso una Browning cargada; tres de las balas tenían incisiones en forma de cruz, dentro de las cuales habían restregado curare, un veneno mortal de procedencia indígena.[270*]

Novikov se enteró de que Lenin hablaría en la fábrica Mijelson. Para asegurarse de que esta información era

correcta, Kaplán preguntó al chófer de Lenin si estaba allí, después de lo cual entró en el edificio y se situó cerca de la salida. (Otras fuentes indican que quedó a la espera en el patio.) Fue Novikov el que protagonizó el presunto tropiezo en las escaleras que conducían a la salida, una estrategia que fracasó en su intención de retener a la muchedumbre y facilitar a Kaplán el acceso a su víctima. Tras disparar el arma, la mujer al parecer se olvidó de su promesa de que se rendiría e instintivamente salió corriendo para alejarse, pero entonces se detuvo y decidió entregarse.

El 6 de septiembre, *Pravda* incluyó una breve declaración del Comité Central del Partido Socialista Revolucionario desmintiendo en su nombre y el de sus afiliados que hubiera ninguna relación entre ellos y el atentado contra la vida de Lenin. Esto violó el acuerdo que Seménov había hecho con Gots y Donskoi y contribuyó a enfriar considerablemente los ímpetus terroristas. Pese a ello, estos hicieron luego amago de atentar contra Trotski cuando el líder partía hacia el frente, pero este los eludió al cambiar de tren en el último minuto. Para mantener en pie la organización, llevaron a cabo diversas «expropiaciones» de las instituciones soviéticas, pero su moral siguió decayendo, especialmente después de que los bolcheviques retomaran la iniciativa en su lucha contra los Blancos. En algún momento a finales de 1918, la Organización de Combate se disolvió.

Lenin se recuperó con notable rapidez. Esto daba testimonio de su complexión fuerte y su apego a la vida, pero para sus camaradas fue un indicio de cualidades sobrenaturales; era como si el mismo Dios hubiera querido que Lenin viviera y su causa triunfara. Tan pronto como recobró algo de fuerzas, retomó su labor, pero se exigió demasiado a sí mismo y sufrió una recaída. El 25 de septiembre, ante la insistencia de sus médicos, Krúpskaya y él

viajaron a Gorki. Lenin pasó tres semanas allí convaleciente y, aunque se mantenía informado de los hechos y además aprovechó para escribir algunos textos, dejó en manos de otros la gestión del día a día en los asuntos de Estado. Uno de los pocos visitantes a los que se le permitía verlo era Angélica Balabánova, vieja camarada y participante en Zimmerwald. Tal y como ella lo recuerda, cuando surgió el tema de la ejecución de Fanni Kaplán, Krúpskaya se mostró «muy afectada»; más tarde, cuando hablaron las dos a solas, incluso derramó algunas lágrimas por el asunto. Tal y como le pareció a Balabánova, Lenin prefería no discutir el tema.[59] Por aquella época, los bolcheviques aún experimentaban cierto embarazo a la hora de ejecutar a colegas socialistas.

Lenin volvió a Moscú el 14 de octubre. El 16 de ese mismo mes asistió a una reunión del Comité Central y al día siguiente a una sesión del Sovnarkom. Para garantizar al pueblo que estaba completamente recuperado, llevaron cámaras de vídeo al patio del Kremlin y lo filmaron dialogando con Bonch-Bruevich. El 22 de octubre hizo su primera aparición en público, tras la cual volvió con plena dedicación a sus actividades habituales.

El efecto más inmediato del intento de Kaplán fue desencadenar una oleada de terror que no tenía precedentes históricos en cuanto a su carácter indiscriminado y el número de víctimas que provocó. Los bolcheviques estaban sin duda asustados y actuaron exactamente como Engels había predicho que lo hacía la gente asustada; para reafirmarse, cometieron crueldades innecesarias.

El intento de asesinato y la recuperación del líder tuvo además otra consecuencia a largo plazo, quizá no menos importante, y es que inauguró una política deliberada de deificación de Lenin que, tras su muerte, habría de

convertirse en un verdadero culto oriental auspiciado por el Estado. Su pronta recuperación de una herida casi fatal parecía haber activado entre sus lugartenientes, que ya antes tendían a idolatrarlo, una fe de índole supersticiosa. Bonch-Bruevich cita aprobatoriamente el comentario de uno de los médicos de Lenin cuando afirma que «solo aquellos elegidos por el destino pueden escapar a la muerte a causa de una herida como esta».[60] Aunque la «inmortalidad» de Lenin fue luego explotada con fines políticos perfectamente mundanos para alimentar la superstición de las masas, no hay motivos para dudar de que muchos bolcheviques llegaron a considerar genuinamente a su líder como un ente sobrenatural, un Jesús moderno enviado para salvar a la humanidad.[271*]

Hasta el atentado de Fanni Kaplán contra su vida, los bolcheviques habían sido más bien reservados respecto a Lenin, aunque en el contacto personal lo trataban con una deferencia que excedía la que habitualmente se dedicaba a los líderes políticos. Sujánov quedó impactado al comprobar que en 1917, incluso antes de que Lenin tomara el poder, sus seguidores desplegaban una «reverencia excepcional» hacia su persona, como la exhibida ante los «caballeros del Santo Grial».[61] Después, el líder fue creciendo en estatura con cada uno de sus éxitos. Ya en enero de 1918, Lunacharski, una de las lumbreras bolcheviques mejor educadas y más sensatas, le recordó que él ya no se pertenecía a sí mismo, sino a toda la «humanidad».[62] Hubo otros atisbos tempranos de un culto incipiente y si el proceso de deificación no comenzaba aún a germinar, era porque Lenin mismo lo desalentaba. De este modo, refrenó por ejemplo a los funcionarios soviéticos que querían aplicar en su nombre las leyes zaristas que castigaban de manera inmisericorde la ruptura de retratos del gobernante.[63] Su peculiar vanidad se diluía sin dejar rastros

en el «movimiento»; se gratificaba totalmente con sus éxitos, sin necesidad de un «culto a la personalidad».

Era, de hecho, extremadamente humilde en cuanto a sus deseos personales, pues su lugar de residencia, su comida, sus ropas eran estrictamente funcionales. Llevaba al extremo la infame indiferencia de la *intelligentsia* rusa ante las cosas refinadas de la existencia, liderando, incluso en el auge de su poder, un estilo de vida austero, casi ascético.

> Siempre llevaba el mismo traje oscuro, con pantalones ajustados que parecían un poco más cortos que lo requerido para su talla, con un abrigo igual de corto, de una sola hilera de botones, la camisa blanca y una vieja corbata. La corbata fue, en mi opinión, la misma durante años; negra con florecillas blancas y una manchita que sugería sus años.[64]

Esta sencillez, emulada por muchos dictadores posteriores, no excluyó sin embargo —y quizá incluso propició— el surgimiento de un culto a la personalidad. Lenin fue el primero de los líderes «demóticos» modernos que, aun cuando dominaban a las masas, seguían siendo parte de ellas en su apariencia y en su estilo de vida visible. Es algo sugerido como una característica habitual de las dictaduras contemporáneas:

> En el absolutismo moderno, el líder no se distingue, como ocurría con muchos tiranos anteriores, por la diferencia entre él y sus súbditos, sino que es, por el contrario, la esencia encarnada de lo que tienen todos en común. El tirano del siglo XX es un «astro popular» y su carácter íntimo queda oscurecido.[65]

La literatura rusa sobre Lenin publicada en 1917 y en los primeros ocho meses de 1918 es sorprendentemente escasa.[66] En 1917, la mayor parte de lo que se escribió acerca de él salió de la pluma de sus opositores y, aunque la censura bolchevique pronto puso fin a este tipo de publicaciones hostiles, los propios bolcheviques escribieron poco de su líder, que era escasamente conocido fuera de los estrechos círculos de la *intelligentsia* radical. Fueron los disparos de

Fanni Kaplán los que desataron el aluvión de hagiografía leninista. Ya el 3 y 4 de septiembre de 1918 apareció un himno de alabanza a Lenin, Trotski y Kámenev en una edición de un millón de ejemplares.[67] La elegía de Zinóviev alcanzó, por la misma época, los 200.000 ejemplares, y de una biografía de Lenin muy breve y de gran tirada aparecieron 300.000 ejemplares. Según Bonch-Bruevich, Lenin terminó con este torrente de textos tan pronto como se hubo recuperado,[68] aunque permitió que resurgiera a una escala menor en 1920, con motivo de su cincuenta cumpleaños y con el fin de la guerra civil. En torno a 1923, sin embargo, cuando su salud lo obligó a retirarse de la política activa, la hagiografía leninista se transformó en una industria, empleando a miles de personas, como sucedía en buena medida con la pintura de iconos religiosos antes de la revolución.

Al lector de hoy, esta literatura suele producirle una impresión extraña; su tono sensiblero, empalagoso y reverencial contrasta radicalmente con el lenguaje brutal que los bolcheviques gustaban de emplear en otras facetas de la vida. Resulta difícil conciliar la imagen del salvador a semejanza de Cristo, descendiendo de su cruz y luego resucitado, con el tema de la «guerra implacable» contra sus enemigos. Así, el mismo Zinóviev que se había burlado de la «burguesía» diciendo que solo era buena para alimentarla de paja, podía describir a Lenin como el «apóstol del comunismo» y «el líder por la gracia de Dios», igual que Marco Antonio en su oración fúnebre por César lo había ensalzado como «un dios en los cielos».[69] Otros comunistas superaron incluso esta hipérbole, y un poeta llegó a calificar a Lenin como «el mensajero invencible de la paz, coronado con las espinas de la calumnia». Tales alusiones al nuevo Cristo eran comunes en las publicaciones soviéticas a finales de

1918, que las autoridades distribuían en ediciones de gran tirada, a la par que masacraban a miles de rehenes.[70]

No hubo, por cierto, ninguna deificación oficial del líder soviético, pero las cualidades que le atribuían en las publicaciones y pronunciamientos oficiales —omnisciencia, infalibilidad y casi inmortalidad— apuntaban a nada menos que eso. El «culto del genio» llegó más lejos en la Rusia soviética respecto a Lenin (por no hablar del culto a Stalin más adelante) que la subsiguiente idolatría de Mussolini o Hitler, para las cuales sirvió de modelo.

¿Qué sentido tenía este culto cuasi religioso a un político, por parte de un régimen que había abrazado el materialismo y el ateísmo? Hay dos posibles respuestas a esta pregunta, una relacionada con las necesidades internas del Partido Comunista, y la otra con el nexo de ese partido con el pueblo al que regía.

Aun cuando proclamaban que eran un partido político, los bolcheviques no eran nada parecido. Se asemejaban más bien a una orden o cohorte reunida en torno a un líder escogido entre ellos. Lo que los unía no eran un programa o una plataforma —estos podían cambiar de un día para otro según los deseos del líder—, sino la persona del líder. Eran su intuición y voluntad lo que guiaba a los comunistas, no los principios objetivos. Lenin fue la primera figura política de los tiempos modernos en ser aludida como «el líder» (*vozhd*). Era una figura indispensable, pues sin su guía el régimen de partido único no contaba con nada más para mantenerlo unido. El comunismo personalizó de nuevo la política, devolviéndola a los tiempos en los que eran los individuos más que las leyes los que regían el Estado y la sociedad. Esto requería que su líder fuese inmortal, si no literalmente, cuando menos en sentido figurativo; tenía que liderar en

persona al resto y, cuando se hubiese ido, sus acólitos tenían que ser capaces de regir en su nombre y proclamar que recibían inspiración directa de él. La consigna de «¡Lenin vive!», lanzada tras su muerte, no era pues un simple eslogan propagandístico, sino un ingrediente esencial del sistema comunista de gobierno.

Esto explica en buena medida la necesidad de deificar a Lenin, de situarlo por encima de los banales altibajos de la existencia humana, de hacerlo inmortal. Su culto se inició en el momento en el que se le creyó en el umbral de la muerte, y se institucionalizó cinco años después, cuando murió. La inspiración de Lenin era esencial para mantener la vitalidad e indestructibilidad del partido y el Estado que él mismo había fundado.

La otra consideración estaba relacionada con la falta de legitimidad del régimen. Esto no había sido un problema en los primeros meses de gobierno bolchevique, cuando este operaba como un catalizador de la revolución mundial. Pero, una vez que hubo quedado claro que no habría ninguna revolución mundial a corto plazo y que el régimen debería asumir la responsabilidad de administrar un vasto imperio multinacional, las exigencias cambiaron. En este punto, la lealtad de los setenta y pico millones de habitantes de la Rusia soviética, el país sometido a su control, se convirtió en un asunto de mayor alcance. Los bolcheviques no podían asegurarse dicha lealtad por los procedimientos electorales habituales; en el punto álgido de su popularidad, en noviembre de 1917, obtuvieron menos de un 25 por ciento de la votación total y ciertamente hubiesen obtenido solo una fracción de esa misma cifra más tarde, una vez que se hubiera instalado a su alrededor el desencanto. En su fuero interno, sabían que su autoridad descansaba en la fuerza física encarnada por una fina capa de trabajadores y soldados cuyo

compromiso y duración en el tiempo eran dudosos. No se les escapaba que, en julio de 1918, cuando su régimen sufrió el asalto de los socialistas revolucionarios de izquierdas, los trabajadores y soldados de la capital declararon su «neutralidad» y se negaron a ayudarlos.

En tales condiciones, lo de deificar al padre fundador les servía como la segunda mejor opción para lograr auténtica legitimidad y como un sucedáneo del mandato popular que no tenían. Los historiadores de la Antigüedad han hecho notar que, en Oriente Medio, los cultos institucionalizados del líder comenzaron a gran escala solo después de que Alejandro de Macedonia hubiese conquistado a los pueblos no griegos, sobre los cuales no podía reclamar una autoridad legítima y que, además, no estaban ligados a los macedonios, ni siquiera entre sí, por lazos de identidad étnica. Alejandro, y sus sucesores todavía más, al igual que los emperadores romanos, habían recurrido a la propia deificación como factor para asegurar, con una apelación a la autoridad celestial, lo que la autoridad terrenal se negaba a garantizarles:

> Los sucesores de Alejandro eran griegos de Macedonia que ocuparon, por derecho de conquista y la fuerza de las armas, los tronos usurpados a los soberanos autóctonos. En tales países, de civilizaciones antiguas y refinadas, el poder de la espada no lo era todo y la ley del más fuerte bien podría no haberles suministrado una legitimidad adecuada. Y es que los soberanos en general aman legitimarse a sí mismos, porque ello implica a menudo reforzar sus posiciones. ¿No fue, pues, muy sabio por su parte que se presentaran ellos mismos como herederos destinados a gozar de esos poderes por derecho divino, cuyo legado ellos habían capturado? Proclamarse dioses ellos mismos… ¿No era esta, supuestamente, la forma más astuta de captar la veneración de sus súbditos, de unir a sus poblaciones dispersas bajo una misma enseña y, por ende, de consolidar su posición dinástica?[71]
>
> Para una dinastía […] la deificación significaba legitimación, la regularización de un derecho adquirido mediante la espada. Significaba, además, la elevación de la familia real por encima de las ambiciones de hombres que eran hasta poco antes sus iguales, el fortalecimiento de los derechos de los soberanos al fundirse en un todo único con las prerrogativas

de sus antecesores divinos, la presentación a los súbditos de otras latitudes de un símbolo en torno al cual podían, casualmente, aglutinarse con un sentimiento religioso, ya que no podían hacerlo a través de un sentimiento nacional.[72]

Hasta qué punto los bolcheviques eran conscientes de estos precedentes y estaban atentos al conflicto entre su pretensión de ser «científicos» y su apelación a la más primitiva idolatría es algo difícil de establecer. Lo más probable es que actuasen de modo instintivo. De ser así, el instinto les funcionaba bien, porque dicho llamamiento resultó bastante más exitoso, a la hora de granjearse el apoyo de las masas, que toda la verborrea del «socialismo», la «lucha de clases» y la «dictadura del proletariado». Para el pueblo de Rusia, los términos «dictadura» y «proletariado» eran palabras extranjeras sin mayor significación, que la mayoría no podía siquiera pronunciar. Pero las historias del misterioso retorno desde la muerte del líder del país suscitaban una reacción emocional instantánea y creaban algo parecido a un vínculo entre el gobierno y sus súbditos. Esta es la razón por la que el culto a Lenin no sería jamás dejado de lado, aun cuando, durante un tiempo, fuera eclipsado por el culto, también patrocinado por el Estado, de otra deidad: Stalin.[272*]

Los bolcheviques habían ejercido el terror desde el mismo día en que se hicieron con el poder, intensificándolo a medida que su poder aumentaba y su popularidad disminuía. El arresto de los kadetes en noviembre de 1917, seguido del asesinato impune de los líderes kadetes Kokoshkin y Shingarev, habían sido actos de terror, como lo fueron la disolución de la Asamblea Constituyente y las descargas contra los manifestantes que marchaban en su defensa. Las tropas del Ejército Rojo y Guardias Rojas que en la primavera de 1918 dispersaron y maniataron a los sóviets que, de una ciudad a otra, habían votado para que los bolcheviques

abandonaran el poder, perpetraron actos de terror. Las ejecuciones llevadas a cabo principalmente por checas provinciales y de distrito, siguiendo la orden contenida en el decreto de Lenin del 22 de febrero de 1918, llevaron el terror a un nivel aún mayor de intensidad; el historiador Serguéi Melgunov, entonces residente en Moscú, logró reunir datos extraídos de la prensa de un total de 882 ejecuciones en los primeros seis meses de 1918.[73]

Con todo, el terror bolchevique temprano fue asistemático, más bien como el terror de los Blancos durante la guerra civil, y muchas de sus víctimas eran tanto delincuentes comunes como «especuladores». No fue hasta el verano de 1918 cuando la política del terror comenzó a adquirir un carácter político más sistemático, cuando la suerte de los bolcheviques se hundió hasta su punto más bajo. Tras la neutralización del alzamiento encabezado por el socialismo revolucionario de izquierdas el 6 de julio, la Checa llevó a cabo sus primeras ejecuciones en masa, cuyas víctimas fueron miembros de la organización secreta de Sávinkov, arrestado el mes anterior, y algunos de los participantes en el alzamiento de los socialistas revolucionarios de izquierdas. La expulsión de dicho sector del Colegio de la Checa en Moscú eliminó los últimos frenos que operaban sobre la policía política. A mediados de julio, muchos oficiales que habían participado en el levantamiento de Yaroslavl fueron fusilados. Temerosa de las conspiraciones militares, la Checa comenzó la cacería de oficiales del antiguo ejército zarista y a ejecutarlos sin juicio. Según los archivos de Melgunov, solo en el mes de julio de 1918, las autoridades bolcheviques, principalmente la Checa, realizaron 1.115 ejecuciones.[74]

El asesinato de la familia imperial y sus parientes representó una escalada adicional en el terror. Los agentes de

la Checa se atribuían ahora el derecho personal a fusilar a los prisioneros y sospechosos a discreción, aunque a juzgar por las protestas consiguientes desde Moscú, las autoridades provinciales no hicieron siempre uso de sus poderes.

Pese a esta intensificación del terror gubernamental, Lenin estaba aún insatisfecho. Él quería involucrar a las «masas» en dichas acciones, supuestamente porque los pogromos que implicaban tanto a los agentes del gobierno como al pueblo contribuirían a acercarlos. Y continuó atormentando a los funcionarios comunistas y la ciudadanía para que actuaran con mayor resolución y se libraran de sus reservas respecto a las matanzas. ¿De qué otro modo podía hacerse realidad la «lucha de clases»? Ya en enero de 1918 se quejó de que el régimen soviético fuera «tan suave»; él quería «un poder de hierro», pero veía que este era «desmesuradamente blando, cada vez más parecido a la gelatina que al hierro».[75] Cuando se le dijo, en junio de 1918, que funcionarios del partido en Petrogrado habían refrenado a los trabajadores ante la posibilidad de hacer un pogromo para vengar el asesinato de Volodarski, expidió al instante una carta indignada a su representante allí, en la que escribió:

> ¡Camarada Zinóviev! El Comité Central acaba de enterarse hoy de que en Petrogrado los *trabajadores* quisieron reaccionar al asesinato de Volodarski con el terror de masas y que ustedes (no usted personalmente, pero el Comité Central o Comité Regional de Petrogrado) los han frenado. ¡Protesto de la manera más resuelta! Nos vemos comprometidos nosotros mismos de este modo; hasta en las resoluciones soviéticas amenazamos con el terror de masas y, cuando toca actuar, nosotros *impedimos* la iniciativa revolucionaria *absolutamente* correcta de las masas. ¡Esto es i-nad-mi-si-ble! [76]

Dos meses después, Lenin instruyó a las autoridades de Nizhni Nóvgorod para que «introduzcan *de una vez por todas* el terror de masas, y *ejecuten* y *deporten* a *centenares* de prostitutas, soldados borrachos, ex oficiales, etc»..[77] Las tres letras terriblemente imprecisas del final —«etc».— daban

manga ancha a los agentes del régimen para escoger a sus víctimas a discreción; iba a ser una carnicería por el mero placer de la carnicería, como expresión de la «voluntad revolucionaria» indomable del régimen, que sentía el terreno cada vez menos firme bajo sus pies.

El terror se extendió al sector rural cuando quedó asociado a la declaración de guerra del gobierno contra el campo. Hemos citado las exhortaciones de Lenin a los trabajadores para que asesinaran a los «kulaks». Cuesta hacerse una idea siquiera aproximada de la cifra de campesinos que murieron en el verano y otoño de 1918, intentando salvar sus cosechas de cereales de los destacamentos recolectores de alimentos; dado que las víctimas del lado del gobierno se contabilizaban por miles, es poco probable que fuese una cifra menor entre ellos.

Los correligionarios del propio Lenin rivalizaban ahora entre sí en lo de recurrir a un lenguaje de explícita brutalidad, que incitaba a la población a asesinar y hacía que el asesinato cometido por la revolución y su causa pareciera algo noble y enaltecedor. Trotski, por ejemplo, advirtió en una ocasión que, si cualquiera de los ex oficiales zaristas que había reclutado para el Ejército Rojo se comportaba de manera traicionera, «no quedará de ellos nada excepto una mancha húmeda».[78] El chequista Latsis declaró por su parte que «la ley de la guerra civil [era] masacrar a todos los heridos» que luchaban contra el régimen soviético. «Es una lucha de vida o muerte. Si tú no los matas, te matarán ellos. Por tanto, mata para que no te maten».[79]

Tales incitaciones al asesinato masivo jamás se habían escuchado en la Revolución francesa o en el bando de los Blancos. Los bolcheviques pretendían brutalizar de manera deliberada a sus ciudadanos, llevarlos a considerar a sus

conciudadanos igual que los soldados en el frente suelen percibir a quienes llevan el uniforme enemigo, como abstracciones en lugar de seres humanos.

Esta psicosis homicida había ya alcanzado un alto grado de intensidad en la época en la que las balas abatieron a Uritski y Lenin. Estos dos actos terroristas —como se vio luego, no relacionados entre sí, pero en la época considerados como elementos de un complot organizado— desencadenaron el Terror Rojo en términos oficiales. La mayoría de sus víctimas fueron rehenes escogidos al azar, principalmente por sus antecedentes sociales, su estado de salud o sus relaciones con el antiguo régimen. Los bolcheviques consideraban estas matanzas necesarias no solo para suprimir amenazas concretas a su régimen, sino también para intimidar a la ciudadanía y forzarla a la sumisión psicológica.

Dos decretos, aprobados el 4 y 5 de septiembre con las firmas de los comisarios de Interior y Justicia, inauguraron formalmente el Terror Rojo.

El primero instituía la práctica de tomar rehenes.[273*] Era una medida equivalente a la barbarie, una regresión a los tiempos más oscuros de la humanidad, que los tribunales internacionales posteriores a la Segunda Guerra Mundial declararían luego crímenes de guerra. Los rehenes de la Checa serían ejecutados como represalia por futuros ataques a los líderes bolcheviques o cualquier otra forma de oposición activa al gobierno bolchevique. De hecho, todos ellos eran sometidos sin tregua a los pelotones de fusilamiento. La sanción oficial de estas masacres vino en la «Orden concerniente a los rehenes», firmada por Grigori Petrovski, el comisario de Interior, el 4 de septiembre de 1918, un día antes del decreto del Terror Rojo, y fue telegrafiada a todos los sóviets provinciales:

El asesinato de Volodarski, el asesinato de Uritski, el intento de asesinar al presidente del Consejo de Comisarios del Pueblo, Vladímir Ilich LENIN, y las heridas que se le infligieron, las ejecuciones en masa de decenas de miles de nuestros camaradas en Finlandia, Ucrania, el Don y en las [áreas controladas por] huestes checoslovacas, la detección continua de conspiraciones en la retaguardia de nuestros ejércitos, el reconocimiento abierto de la derecha socialista revolucionaria y otra basura contrarrevolucionaria [de su implicación] en estas conspiraciones y, al mismo tiempo, la cifra en extremo insignificante de represalias serias y ejecuciones masivas de Guardias Blancos y burgueses por los sóviets, demuestran que, pese a las habladurías constantes del terror masivo contra los socialistas revolucionarios, los Guardias Blancos y la burguesía, el terror, de hecho, no existe.

Esta situación debe terminar de manera resuelta. Debe ponerse freno de inmediato a la laxitud y blandenguerías. Es preciso detener de inmediato a todos los socialistas revolucionarios de derechas conocidos por los sóviets locales. Es necesario tomar numerosos rehenes de entre la burguesía y los oficiales. Al mínimo intento de resistirse o si se da la menor agitación en los círculos de Guardias Blancos, debe recurrirse enseguida a las ejecuciones en masa. Los comités ejecutivos de los sóviets provinciales deben desplegar a este respecto una iniciativa particular.

Los cargos administrativos, valiéndose de la milicia y las checas, deben tomar todas las medidas posibles para identificar y arrestar a todos aquellos que se oculten bajo nombres falsos. Todas las personas implicadas en actividades de la Guardia Blanca quedarán sujetas a ejecución sumaria.

Todas las medidas indicadas deben ponerse en práctica inmediatamente.

Todo gesto de indecisión a este respecto, por parte de uno u otro organismo de los sóviets locales, debe ser comunicado inmediatamente […] al Comisariado de Interior del Pueblo.

La retaguardia de nuestros ejércitos debe quedar finalmente liberada por completo de partidarios de los Guardias Blancos y de todos los viles conspiradores contra la autoridad de la clase trabajadora y el campesinado más pobre. Que no haya la menor vacilación, la menor muestra de indecisión al aplicar el terror en masa.

Confirmar aceptación del telegrama previo.

Pasar a los sóviets de los *uezd*.

COMISARIO DE INTERIOR, PETROVSKI[80]

Este extraordinario documento no solo permitía sino que exigía el terror indiscriminado, so pena de castigar lo que designaba como despliegues de «laxitud y blandenguerías» —en otras palabras, de humanidad— hacia las víctimas

designadas. Se requería a los funcionarios soviéticos que perpetraran asesinatos masivos o, de lo contrario, se arriesgaban a ser acusados de complicidad con la «contrarrevolución».

El segundo decreto instituyó el Terror Rojo con la adopción, el 5 de septiembre de 1918, de una «resolución» aprobada por el Sovnarkom y firmada por el comisario de Justicia, Dmitri Kurski.[81] Esta decía que, habiendo escuchado un informe del director de la Checa, el Sovnarkom resolvía que era imperativo intensificar la política de terror. Los «enemigos de clase» del régimen habrían de ser aislados en campos de concentración y todos los individuos que tuvieran algún nexo con «las organizaciones de la Guardia Blanca, las conspiraciones y actos de traición [*miatezh*]» quedarían expuestos a ejecución sumaria.

La documentación y textos históricos comunistas pasan por alto y guardan silencio respecto a los orígenes de estas órdenes; de hecho, ni siquiera se suelen encontrar en las recopilaciones de decretos soviéticos y se ha disociado con escrupulosidad el nombre de Lenin de todas ellas, aun cuando es sabida su insistencia en la toma de rehenes como un factor esencial dentro de la lucha de clases.[82] ¿Quién fue, entonces, el autor de esos decretos? A juzgar por las apariencias, Lenin estaba en aquella época demasiado débil, por la pérdida de sangre que había sufrido, para participar en los asuntos de Estado. Pese a ello, cuesta creer que dos comisarios puedan haber implementado medidas de tanta importancia sin su aprobación explícita. Apoya la sospecha de que el propio Lenin autorizó los dos decretos que dieron inicio al Terror Rojo el hecho de que, el mismo 5 de septiembre, se las arregló para poner su firma a un decreto muy menor que trataba de las relaciones ruso-germanas.[83] Si bien la existencia de ese

decreto no prueba de manera concluyente la implicación personal de Lenin, cuando menos permite descartar la incapacidad física como argumento en contra.

El 31 de agosto, antes incluso de que hubiera ninguna instrucción oficial ya circulando a este respecto, la Checa de Nizhni Nóvgorod tomó a 41 rehenes identificados como «el campo enemigo» y los hizo fusilar. El listado de víctimas indicaba que se trataba principalmente de ex oficiales del ejército, «capitalistas» y sacerdotes.[84] En Petrogrado, Zinóviev, quizá deseoso de compensar la «blandura» de que lo había acusado Lenin, ordenó la ejecución sumaria de 512 rehenes. Este grupo incluyó a muchos individuos vinculados al antiguo régimen que llevaban meses en la cárcel y que, por tanto, no podían haber tenido conexión alguna con los atentados terroristas contra los líderes bolcheviques.[85] En Moscú, Dzerzhinski ordenó la ejecución de varios altos oficiales del gobierno zarista retenidos en prisión desde 1917, entre ellos un ministro de Justicia (Iván G. Shcheglovítov), tres ministros del Interior (Alexánder N. Jvostov, Nikolái A. Maklákov y Alexánder D. Protopópov), un director del Departamento de Policía (S. P. Beletski) y un obispo. Todos eran ex funcionaros que no representaban ningún peligro para el régimen. Resulta, pues, imposible no tener la impresión de que su asesinato fue una venganza personal de Dzerzhinski por los muchos y duros años que había pasado en prisión mientras tales individuos estaban a cargo de la justicia y la policía.[274*]

A los agentes de la Checa se les dijo entonces que podían lidiar con los enemigos del régimen como lo consideraran apropiado. Según decía una circular de la propia entidad, la n.º 47, firmada por Peters: «La Checa es absolutamente autónoma en su actividad, llevando a cabo búsquedas,

arrestos y ejecuciones de los que informa posteriormente al Sovnarkom y el Comité Ejecutivo Central».[86] Con este poder garantizado, y espoloneadas por las amenazas desde Moscú, las checas de distrito de toda Rusia se aplicaron con todas sus energías a la tarea. Durante el mes de septiembre, la prensa comunista publicó un reportaje sobre la marcha de los progresos del Terror Rojo en provincias, con interminables registros de ejecuciones. En ocasiones, solo se indicaba el número de ejecutados, otras también sus nombres y oficios, el último de los cuales incluía a menudo la sigla «*kr*» o «contrarrevolucionario». A finales de septiembre, la Checa comenzó a publicar un boletín de la casa, el *Semanario de la Checa* (*Ezhenedelnik* VChK), para contribuir a la hermandad de los chequistas en su labor mediante el intercambio de información y experiencias. La publicación solía incluir resúmenes de ejecuciones cuidadosamente ordenadas por provincias, como si hubieran sido el resultado de los partidos de fútbol regionales.

Cuesta dar una idea de la vehemencia con que los líderes comunistas de la época instaban al derramamiento de sangre. Todos ellos parecían rivalizar para demostrar que cada uno era menos «blando», menos «burgués» que el vecino. Tanto el holocausto estalinista como el nazi ocurrieron, si se quiere, con mucho mayor decoro. Los «kulaks» e indeseables políticos de Stalin, sentenciados a morirse de hambre y fatiga, serían enviados a «campos de corrección», mientras que los judíos de Hitler, de camino a las cámaras de gas, serían «evacuados» o «relocalizados». El terror bolchevique de la primera época ocurrió, en oposición a los germanos, a la vista de todo el mundo. Aquí no hubo arrepentimientos, no se recurrió a eufemismos, porque este Gran Guiñol de alcance nacional estaba pensado con fines «educativos», para lograr que todos —tanto gobernados como gobernantes—

compartieran la responsabilidad por ello y desarrollaran así un interés equivalente en la supervivencia del régimen.

Baste citar a Zinóviev en un mitin comunista dos semanas después de inaugurado el Terror Rojo: «Debemos llevar con nosotros a 90 millones de los 100 millones de habitantes de la Rusia soviética. En cuanto al resto, no tenemos nada que decirles. Deben ser aniquilados».[87] Estas palabras, pronunciadas por uno de los más altos funcionarios soviéticos, eran una sentencia de muerte para 10 millones de seres humanos. Y baste citar además al órgano del Ejército Rojo incitando al populacho a los pogromos:

> Sin piedad, sin compasión, mataremos a nuestros enemigos en cifras de varios centenares, o que sean miles, que se ahoguen en su propia sangre. Por la sangre vertida de Lenin y Uritski […] que corran ríos de la sangre de la burguesía, más sangre, tanta como sea posible.[88]

Karl Radek aplaudía estas masacres aludiendo a las víctimas inocentes del terror como personas que «no participaban directamente en el movimiento de los Blancos». Hablaba de su castigo como algo evidente por sí mismo: «Se entiende que, por cada trabajador soviético, por cada líder de la revolución trabajadora que caiga por obra de agentes de la contrarrevolución, esta última pagará con decenas de cabezas suyas». Su única lamentación era que la opinión pública estuviera aún tan insuficientemente comprometida en el asunto:

> Cinco rehenes tomados de entre la burguesía, ejecutados conforme a una sentencia pública anunciada por el pleno del sóviet local de delegados de los trabajadores, campesinos y soldados del Ejército Rojo, en presencia de miles de trabajadores que aprueben dicho acto, es una medida de terror masivo más poderosa que la ejecución de 500 personas por decisión de la Checa sin la participación de las masas trabajadoras.[89]

Tal era el clima moral de la época que, según un prisionero de la Checa, el artículo de Radek llamando al «terror participativo» fue aclamado por los reclusos de las cárceles,

muchos de ellos rehenes, como un gesto humanitario.[90]

Ni uno solo de los líderes del Partido Bolchevique y el gobierno, incluidos los que después fueron alabados como «la conciencia de la revolución», planteó públicamente su objeción a estas atrocidades, no digamos ya que llegase a dimitir en protesta por ellas. De hecho, las apoyaron; así, el viernes siguiente al de los disparos contra Lenin, los principales líderes bolcheviques se desplegaron por Moscú para defender las políticas del gobierno. Las expresiones de preocupación y de disgusto ante la carnicería que estaba teniendo lugar, y los pocos intentos de salvar algunas vidas, fueron obra de bolcheviques de segunda fila, entre ellos Mijaíl S. Olminski, David B. Riazánov y Yemelián M. Yaroslavski, quienes tuvieron escasa influencia en el desarrollo de los hechos.[275*]

Un aspecto curioso del Terror Rojo en esta fase temprana fue que no golpeó a aquel partido político que los bolcheviques habían identificado desde el comienzo como el principal responsable de la violencia contraria al régimen, el Partido Socialista Revolucionario. Ya sea que Moscú no procediera contra ellos a causa de su popularidad entre el campesinado, ya porque necesitaban de su apoyo en la lucha contra los Blancos o porque temían que los socialistas revolucionarios lanzaran una oleada de terror contra los líderes bolcheviques, el hecho es que nunca llevaron a la práctica la amenaza de detener y fusilar masivamente a rehenes socialistas revolucionarios. Durante estos, así llamados, «Días del Terror Rojo bajo Lenin», solo se ejecutó a un socialista revolucionario en Moscú.[91] La gran mayoría de víctimas de la Checa fueron hombres del antiguo régimen y ciudadanos comunes, y pudientes, muchos de los cuales incluso aprobaban la dura represión emprendida por los

bolcheviques. Hay pruebas de que burócratas conservadores y oficiales zaristas aplaudían, cuando estaban en prisión, la represión bolchevique, convencidos de que esas medidas draconianas sacarían a Rusia del caos y restaurarían su condición de gran potencia.[92] Hemos visto el tono conciliatorio que adoptaba en la primavera de 1918, hacia el régimen comunista, el monárquico Vladímir Purishkévich, elogiándolo por ser mucho «más firme» que el Gobierno Provisional.[93] El hecho de que la Checa escogiera a sus víctimas principalmente de entre estos grupos —políticamente inofensivos y en algún sentido incluso partidarios del régimen— ratifica que el objetivo del Terror Rojo no era tanto eliminar una forma específica de oposición, sino crear una atmósfera de intimidación general, para lo cual las posturas y actividades concretas de la víctima del terror eran una consideración secundaria. En cierto sentido, cuanto más irracional fuese el terror, más efectivo sería porque hacía irrelevante el proceso mismo del cálculo racional, reduciendo al pueblo al estatus de un rebaño. Como bien lo resumió Krilenko: «Debemos ejecutar no solo al culpable. La ejecución del inocente impactará a las masas incluso más».[94]

En los últimos años, la policía política soviética parecía haber sentido una urgencia mayor de ensalzar a su prototipo, la Checa. En los textos que subvenciona profusamente, los chequistas aparecen como héroes de la revolución que llevaban a cabo tareas duras y desagradables sin sacrificar su integridad moral. Se retrata al chequista como un individuo severo y sin contemplaciones a la hora de actuar y, aun así, un tipo emocionalmente sensible en su fuero interno, un gigante espiritual con el raro valor y la disciplina de sofocar en su interior su humanitarismo consustancial para cumplir una misión vital a nombre de la humanidad. Pocos merecían estar en sus filas. Al leer estos textos, uno no puede sino recordar

un discurso de Himmler en 1943, pronunciado ante los oficiales de las SS, en el cual los exaltaba como individuos de una estirpe superior porque, mientras masacraban a miles de judíos, eran capaces de preservar su propia «decencia». El efecto de tales afirmaciones es lograr que el terror parezca algo más difícil para los perpetradores que para las propias víctimas.[276*]

Es posible reconstruir la auténtica naturaleza de la Checa, o la verdadera clase de gente que atraía a sus filas, a partir del testimonio de chequistas que o bien se pasaron al bando de los Blancos o bien cayeron en sus manos.

Un ex chequista llamado F. Drugov describía los procedimientos de toma y ejecución de rehenes.[95] Según su testimonio, la Checa no tenía al principio ningún método claro; simplemente convertía a cierta gente en rehenes por razones tan diversas como haber ocupado cargos importantes durante el zarismo (especialmente en el Cuerpo de Gendarmería), haber alcanzado un alto rango en las fuerzas armadas, tener propiedades o criticar al nuevo régimen. Si algo ocurría que en opinión de la Checa local justificaba la «aplicación del terror de masas», un número arbitrariamente determinado de tales rehenes era sacado de su celda y fusilado. Hay pruebas que respaldan el relato de Drugov a partir de lo ocurrido en una ciudad de provincias. En octubre de 1918, en respuesta al asesinato de varios funcionarios soviéticos en Piatigorsk, una ciudad del Cáucaso septentrional en la que muchos notables del antiguo régimen se habían refugiado, la Checa ejecutó a 59 rehenes. El listado publicado de víctimas (que no proporcionaba nombres de pila ni patronímicos) incluía al general Nikolái V. Ruzski, que había desempeñado un importante papel en la abdicación de Nicolás II, a Serguéi V. Rujlov, el ministro de Transporte en

tiempos de guerra, y a seis aristócratas. El resto eran principalmente generales y coroneles del Ejército Imperial, con otros individuos de procedencia indeterminada, incluida una mujer, identificada como «la hija de un coronel».[96]

En el verano de 1919, a propósito del avance de Denikin hacia Moscú y la necesidad de evacuar prisioneros y rehenes para evitar que cayeran en manos blancas, se adoptó un enfoque más sistemático respecto a los rehenes. Para entonces, según Drugov, las cárceles de la Rusia soviética mantenían a 12.000 rehenes prisioneros. Dzerzhinski instruyó al personal para que fijara prioridades y estableciera un orden en el que serían fusilados los rehenes a medida que fuera surgiendo la necesidad. Con la ayuda de un tal doctor Kedrov, Latsis y sus colegas chequistas dividieron a los rehenes en varias categorías, siendo el criterio fundamental el patrimonio personal de la víctima. Los rehenes más acaudalados, a los que se sumó a ex oficiales de la policía zarista, fueron incluidos en la «categoría 7»; serían los ejecutados en primer lugar.

A diferencia del asesinato masivo de judíos que perpetraron los nazis, del que se conoce cada detalle repulsivo, incluso el curso general del holocausto comunista de 1918-1920 sigue estando en la sombra. Las ejecuciones a menudo se hacían públicas, pero invariablemente se llevaban a cabo en secreto. De los pocos testimonios disponibles, algunos de los más fieles proceden de periodistas alemanes en Rusia, especialmente los que eran difundidos en el *Lokalanzeiger* de Berlín, desafiando las presiones del Ministerio de Asuntos Exteriores para evitar esa clase de información. La siguiente descripción está tomada del *Lokalanzeiger*, a través del diario *The Times* de Londres:

> Los detalles de estas ejecuciones nocturnas a gran escala se mantienen en secreto. Se dice que en la plaza [Petrovski], iluminada en abundancia por lámparas de arco, un escuadrón de soldados soviéticos está siempre listo

> para acoger a víctimas procedentes de la gran prisión. No se pierde tiempo ni hay lugar para la conmiseración. Quienquiera que no se sitúe voluntariamente en el lugar de ejecución y se distribuya en las filas de los que van a ser ejecutados es arrastrado hasta allí.

Estas prácticas recuerdan las historias, cuya autenticidad está comprobada, de los campos de exterminio nazis. En cuanto a los verdugos, decía el corresponsal:

> Algunos marineros que participaban casi cada noche en las ejecuciones decían haber adquirido el hábito ejecutor, volviéndoseles las ejecuciones algo necesario, como la morfina para los morfinómanos. Se ofrecían voluntarios para el servicio y no conseguían dormir a menos que hubieran fusilado antes a alguien.

A las familias se les notificaban las ejecuciones pendientes o realizadas.[277*]

Algunas de las checas provinciales, que operaban a distancia de los organismos centrales y no tenían miedo de ser denunciadas por diplomáticos o periodistas extranjeros, cometieron las peores bestialidades. Hay una detallada descripción de los operativos de la Checa de Kiev en 1919, hecha por alguien de su personal, M. I. Belerosov, antiguo estudiante de derecho y oficial zarista, a los investigadores del general Denikin.[97]

Según Belerosov, en un comienzo (otoño e invierno de 1918-1919), la Checa de Kiev se sumió en un «vendaval» de saqueos, extorsiones y violaciones. Tres cuartas partes del personal eran judíos, muchos de ellos chusma incapaz de hacer ningún otro trabajo, aislados dentro de la comunidad judía, aunque atentos a liberar a sus congéneres.[278*] Esta fase de «industria casera», como la denomina Belerosov, dentro del Terror Rojo por parte de la Checa en Kiev dio paso luego a procedimientos «industriales en grande», dictados desde Moscú. En su época de auge, el verano de 1919, antes de que la ciudad cayera en manos de los Blancos, la Checa local tenía 300 empleados civiles y un total de hasta 500 hombres

armados.

Las condenas a muerte eran impuestas de manera arbitraria; se fusilaba o liberaba a la gente sin ningún motivo aparente. Mientras estaba en las cárceles de la Checa, esa gente nunca tenía claro su destino, sino hasta el momento aterrador en mitad de la noche en el que se la llamaba para «interrogarla»:

> Si un prisionero retenido en la cárcel de Lukianov era de pronto convocado a la de la «Checa», no podía haber ninguna duda acerca de los motivos de esa premura. Oficialmente, el prisionero sabía su destino solo cuando —habitualmente a la una de la madrugada, la hora de las ejecuciones — en la celda se oía una enumeración en voz alta de los nombres de aquellos que debían ir «a interrogatorio». Entonces lo llevaban a la oficina de la prisión, la de los registros, donde firmaba en el lugar indicado una tarjeta de registro, habitualmente sin leer lo que ponía en ella. Normalmente, después de que el condenado firmara, se agregaba en la tarjeta: «Se le ha informado de su sentencia a fulano de tal». De hecho, esto era en cierta forma una mentira porque una vez que los prisioneros abandonaban su celda no se les trataba «con ternura» y se les comunicaba sin rodeos el destino que les esperaba. Aquí se ordenaba al prisionero que se desnudara, tras lo cual era llevado al exterior para ejecutar la sentencia. […] Para las ejecuciones, se había preparado un jardín especial junto a la casa en el número 40 de la calle del Instituto […] donde se había trasladado la Checa provincial. […] [E]l verdugo —el comandante, o su delegado, a veces uno de sus asistentes y ocasionalmente un «aficionado» de la Checa— conducía a la víctima desnuda a este jardín y le ordenaba que se tendiera de bruces en el suelo. Entonces, con un tiro en el agujero occipital, se la eliminaba. Las ejecuciones se hacían con revólver, normalmente un Colt. Dado que el disparo se hacía a tan corta distancia, el cráneo de la víctima solía estallar en pedazos. La siguiente víctima era conducida de igual modo y acostada junto a la anterior, que solía hallarse en estado agónico. Cuando el número de víctimas se hacía demasiado grande para que cupieran en el jardincito, las nuevas víctimas se colocaban sobre las anteriores o bien se les disparaba a la entrada del jardín. […] Las víctimas solían ir a su ejecución sin resistirse. Lo que sentían no puede siquiera imaginarse. […] La mayoría de las víctimas solía pedir una oportunidad para despedirse y, puesto que no había nadie más, abrazaban y besaban a sus verdugos.[279*]

Uno de los rasgos más impactantes del Terror Rojo es que sus víctimas casi nunca se resistían o siquiera hacían intento de escapar; se sometían a ello como algo inevitable. Parecían

tener la vaga ilusión de que, al obedecer y cooperar, lograrían salvar la vida, al parecer incapaces de advertir —porque ello desafía, ciertamente, a la razón— que iban a ser sacrificadas no por lo que habían hecho, sino por lo que eran, meros objetos cuya función era dar una lección al resto de la población. Charles de Gaulle, cuando sirvió en Polonia durante la guerra ruso-polaca de 1920, observó que, cuanto mayor era el peligro, más apáticos tendían a volverse los eslavos.[98]

Cuando el Terror Rojo ingresó en su segundo mes, se hizo sentir un rechazo asqueado en las filas de los bolcheviques de rango medio, el cual se intensificó en el invierno de 1918-1919, obligando al gobierno a emitir en febrero de 1919 un compendio de reglas que restringían los poderes de la Checa. Estas restricciones siguieron resultando, aun así, meramente teóricas. En el verano de 1919, cuando los Ejércitos Rojos retrocedían ante la ofensiva de Denikin y la captura de Moscú parecía inminente, la atemorizada dirección bolchevique le restituyó a la Checa plena libertad para aterrorizar a la población.

Las críticas a la Checa dentro del aparato comunista estaban inspiradas, más que por razones humanitarias, porque su autonomía resultaba molesta, y por el temor de que, si no era controlada a tiempo, muy pronto terminaría amenazando incluso a los comunistas leales. La carta blanca que el Terror Rojo dio a la Checa la dotó de poderes que, por sus implicaciones, abarcaban a la dirección misma del partido. Cabe imaginar los sentimientos de los miembros normales y corrientes del partido al oír a los chequistas alardear de que, si «les venía en gana», podían arrestar al Sovnarkom mismo, incluido el propio Lenin, porque solo le debían lealtad a la Checa.[99]

El primer funcionario en mencionar lo que rondaba la mente de muchos bolcheviques de filas fue Olminski, miembro del equipo editorial de *Pravda*. A principios de octubre de 1918 acusó a la Checa de considerarse por encima del partido y los sóviets.[100] Funcionarios del Comisariado de Interior, que supuestamente debían supervisar las administraciones locales, manifestaron su disgusto ante el hecho de que las checas provinciales y de los *uezd* ignoraran a los sóviets locales. En octubre de 1918, el comisariado envió una encuesta a los sóviets provinciales y de los *uezd* preguntándoles cómo veían ellos su relación con las checas locales. De los 147 sóviets que respondieron, solo un 20 por ciento estaba conforme con que la Checa local actuara de manera independiente; los 127 restantes (el 85 por ciento) quería que esta estuviera sujeta a su supervisión.[101] No menos molesto estaba el Comisariado de Justicia, que se veía excluido del proceso de juzgar y sentenciar a los transgresores políticos. Su jefe, Nikolái V. Krilenko, era un entusiasta partidario del terror, alguien que abogaba por ejecutar incluso a los inocentes y que, más tarde, protagonizó como fiscal las farsas judiciales de Stalin. En diciembre de 1918 presentó al Comité Central del partido un proyecto que proponía que la Checa se redujera a su función original —es decir, a investigar — y dejara al Comisariado de Justicia la tarea de juzgar y condenar.[102] De momento, el Comité Central archivó la propuesta.

Las críticas a la Checa continuaron durante el invierno de 1918-1919. Por entonces, hubo un gran revuelo a raíz de la publicación en el *Semanario de la Checa*, sin comentario editorial, de una carta redactada entre un grupo de funcionarios bolcheviques de provincias, quienes manifestaban su ira porque Bruce Lockhart, al que las autoridades acusaban de complicidad en el atentado contra la

vida de Lenin, hubiese sido liberado en vez de ser sometido a las «torturas más refinadas».[103] Olminski volvió a la carga en febrero de 1919. Siendo uno de los pocos bolcheviques notables que protestó por las ejecuciones de gente inocente, escribió: «Se puede tener opiniones diversas respecto al Terror Rojo. Pero lo que ahora tiene lugar en provincias no es Terror Rojo en absoluto, sino un crimen de principio a fin».[104] Los rumores circulantes en Moscú decían que el lema de la Checa era: «Mejor ejecutar a diez inocentes que dejar escapar a un culpable».[105]

La Checa devolvió el golpe. La tarea recayó en manos de Latsis y Peters, los representantes letones de Dzerzhinski, porque a principios de octubre el propio Dzerzhinski se tomó un mes de vacaciones en Suiza. Había vuelto al trabajo durante seis semanas, supervisando los Días del Terror Rojo bajo Lenin, cuando algo le sucedió, se afeitó la barba y abandonó Moscú silenciosamente. Yendo a través de Alemania a Suiza, se unió allí a su esposa e hijos, a quienes había instalado en la misión soviética en Berna. Existe una fotografía suya hecha en octubre de 1918, en pleno auge del Terror Rojo, posando en elegante traje de paisano con la familia, en las playas del lago Lugano.[106] Su aparente incapacidad de soportar la carnicería es lo único que salva a este gran maestro del terror; pero nunca más volvería a mostrar una debilidad tan poco bolchevique.

En respuesta a las críticas, los portavoces de la Checa defendían a su organización pero a la vez contraatacaban. Tildaban a sus críticos de políticos de «sillón», que no tenían experiencia práctica en la lucha contra la contrarrevolución y no entendían la necesidad de otorgar a la Checa libertad de acción ilimitada. Peters sostenía que, detrás de la campaña anti-Checa, había elementos «siniestros», «hostiles al

proletariado y la revolución», una sugerencia de que la crítica a la Checa podía acarrear cargos de traición.[107] A quienes alegaban que, al actuar de manera independiente de los sóviets, la Checa violaba la constitución soviética, el comité editorial del *Semanario de la Checa* les respondía que la Constitución solo podía entrar en vigor «después de que la burguesía y la contrarrevolución hayan sido sofocadas por completo».[280*]

Pero los defensores de la Checa no se limitaron a defender a su institución, y más bien la ensalzaban como un factor esencial para el triunfo de la «dictadura del proletariado». Ampliando la noción de Lenin de la «lucha de clases» como un conflicto que no conocía fronteras, se concebían ellos mismos como un complemento del Ejército Rojo, siendo la única diferencia entre ambos que, mientras que el Ejército Rojo combatía al enemigo de clase fuera de los límites del sóviet, la Checa y sus destacamentos armados lo combatían en el «frente doméstico». La concepción de la guerra civil como «una guerra en dos frentes» se convirtió en uno de los temas predilectos de la Checa y sus defensores; quienes servían en el Ejército Rojo y los que servían en la Checa debían considerarse compañeros de armas, luchando cada uno a su manera contra la «burguesía internacional».[108] Esta analogía permitió a la Checa alegar que su licencia para matar dentro del territorio soviético era paralela al derecho, y ciertamente el deber, del personal del ejército de matar a los soldados enemigos en el frente nada más tenerlos a la vista. La guerra no era un tribunal de justicia; en palabras de Dzerzhinski (como informa de ellas Radek), en el frente doméstico morían inocentes igual que lo hacían en el campo de batalla.[109] Era una postura derivada de la premisa de que la política era una guerra. Latsis llevó la analogía hasta sus consecuencias lógicas:

> La Comisión Extraordinaria [Checa] no es una comisión para investigar nada, ni es una corte o tribunal. Es un órgano de combate, activo en el frente interno de la guerra civil.
>
> No juzga al enemigo; lo golpea. No perdona a los que están del otro lado de la barricada, los incinera.[110]

Esta analogía entre el terror policial y la lucha militar ignoraba, por cierto, la diferencia crucial entre los dos, a saber, que un soldado lucha contra otros hombres armados poniendo en riesgo su vida, mientras que el personal de la Checa asesinaba a hombres y mujeres indefensos sin correr ningún riesgo. El «coraje» que los chequistas debían desplegar no era un coraje físico o moral; consistía en la voluntad de adormecer sus conciencias; su «dureza» descansaba en la habilidad, no de tolerar el dolor, sino de infligirlo. Sin embargo, la Checa se hizo muy afín a esta falsa analogía con la cual buscaba rebatir las críticas y sortear la aversión que suscitaba entre los rusos.

Lenin tuvo que entrar en la polémica. A él le gustaba la Checa y aprobaba su brutalidad, pero coincidía en que algunos de sus abusos más atroces tenían que ser atenuados, aunque solo fuera para mejorar su imagen pública. Impactado por el artículo aparecido en el *Semanario de la Checa* que exigía la aplicación de torturas, ordenó que se cerrara esta publicación de Latsis, aunque por otro lado calificó al propio Latsis como un comunista sobresaliente.[281*] El 6 de noviembre de 1918 se dio instrucciones a la Checa para que liberara a todos los prisioneros a los que no se les habían formulado cargos o que no pudiesen ser acusados de nada al cabo de dos semanas. También debía liberarse a los rehenes, salvo «donde se los necesitara».[282*] La medida fue recibida por los órganos comunistas como una «amnistía», aunque no era nada parecido, ya que se aplicaba a individuos que no solo no habían sido juzgados y condenados, sino a los que ni siquiera se había acusado de algo. Estas normas siguieron

siendo papel mojado; en 1919, las cárceles de la Checa seguían desbordantes de prisioneros encarcelados por razones nunca formuladas, muchos de ellos como rehenes.

Hacia finales de octubre de 1918, el gobierno tomó medidas, si bien con poca convicción, para limitar la autonomía de la Checa y tratar de acercarla a otras instituciones estatales. Se ordenó al cuartel general de la entidad en Moscú que admitiera representantes de los comisariados de Justicia y de Interior; se autorizó a los sóviets provinciales a que nombraran y destituyeran a los funcionarios de la Checa local.[111] La única atenuación significativa de los abusos policiales fue, con todo, la disolución, el 7 de enero de 1919, de las checas en los *uezd*, las entidades de rango inferior dentro de la administración, que habían adquirido fama por cometer las peores atrocidades y por haberse embarcado en extorsiones a gran escala.[112]

Las autoridades se vieron finalmente sacudidas de su actitud autocomplaciente por los indicios de hostilidad en el Comité del Partido en Moscú, cuya reunión el 23 de enero de 1919 hubo de hacer frente a fuertes protestas contra las operaciones sin control alguno de la Checa. De hecho, se presentó una moción para abolir la entidad que fue rechazada por considerarse una medida «burguesa», pero al menos se había dicho algo al respecto.[113] Unas semanas después, el mismo comité, el más relevante en todo el país, votó con una mayoría relativa de 4 a 1 por privar a la Checa del derecho a actuar como tribunal y limitarla a su función original de cuerpo investigador.[114]

En respuesta a esta insatisfacción, el Comité Central revisó el 4 de febrero de 1918 la propuesta de Krilenko presentada en diciembre. Se pidió a Dzerzhinski y Stalin que prepararan un informe. En las recomendaciones presentadas a los pocos

días, ambos proponían que la Checa mantuviera su doble función de investigar la sedición y eliminar las rebeliones armadas, pero que la condena por delitos contra el Estado quedara reservada a los tribunales revolucionarios. Habría una excepción a estas normas en las áreas bajo la ley marcial, las que abarcaban casualmente grandes extensiones del país; allí debía permitirse a la Checa operar como antes y que conservara el derecho a imponer la pena capital.[115] El Comité Central aprobó esta recomendación y la envió al Comité Ejecutivo Central (CEC) para que fuera avalada.

En la sesión del CEC del 17 de febrero de 1919, Dzerzhinski expuso el principal informe.[283*] Durante sus primeros quince meses de vida, señaló, el régimen soviético había debido librar una batalla «inmisericorde» contra la resistencia organizada en todos los frentes. Ahora, sin embargo, en buena medida gracias a la labor de la Checa, «nuestros enemigos internos, los ex oficiales del ejército, la burguesía y la burocracia zarista, están derrotados, dispersos». Por tanto, la amenaza principal vendría de los contrarrevolucionarios que se han infiltrado en el aparato soviético para llevar a cabo el «sabotaje» desde dentro. Esto requiere de distintos métodos de lucha. La Checa ya no necesita recurrir al terror masivo; por tanto, podría facilitar las pruebas a los tribunales revolucionarios, que serían los encargados de juzgar y sentenciar a los infractores.[img 102]

Al reconsiderarlo retrospectivamente, vemos que esto marcó el fin de una era; algunos contemporáneos aplaudieron la reforma, que el CEC aprobó de manera rutinaria el 17 de febrero, como prueba de que el «proletariado», habiendo acabado con el enemigo, ya no necesitaba el arma del terror.[116] Pero esto distaba con mucho de ser el Termidor ruso; la Rusia soviética no prescindió del terror ni entonces ni

después. En 1919, 1920 y los años que siguieron, la Checa y su sucesor, la GPU, siguieron arrestando y juzgando, condenando y ejecutando a prisioneros y rehenes sin remitirse a los tribunales revolucionarios. De hecho, como explicó Krilenko, esto no tenía importancia alguna en la medida en que, «cualitativamente», no debía haber diferencias entre los tribunales y la policía.[117] Su comentario era acertado, visto el hecho ya señalado de que, a partir de 1920, los jueces podían condenar a los acusados sin los procedimientos judiciales habituales si su culpabilidad resultaba «obvia», que es exactamente lo que hacía la Checa. En octubre de 1919, la Checa estableció su propio «Tribunal Revolucionario Especial».[118] Merece la pena recordar, así y todo, los intentos frustrados de reforma, aunque solo sea como prueba de que al menos algunos bolcheviques tuvieron, ya en 1918-1919, el presentimiento de que la policía de seguridad amenazaba no solo a los enemigos del régimen, sino también a ellos, sus amigos.

En 1920, la Rusia soviética se había convertido en un Estado policial, en el sentido de que la policía de seguridad, casi como un Estado dentro del Estado, extendía sus tentáculos a todas las instituciones soviéticas, incluyendo aquellas que gestionaban la economía. En un tiempo notablemente breve, la Checa se había transformado, de un órgano responsable de investigar y someter la disidencia política inocua, en un supergobierno que no solo decidía quién vivía y quién moría, sino que vigilaba las actividades diarias de todo el aparato estatal. El desarrollo en esta dirección era inevitable. Habiendo aspirado a administrar el país entero por sí mismo, el régimen comunista no podía hacer otra cosa que servirse de cientos de miles de profesionales, los «especialistas burgueses», quienes, por propia definición, eran «enemigos de clase». Como tales, era

preciso vigilarlos muy de cerca. Esto debía ser responsabilidad de la Checa, ya que solo ella disponía del aparato necesario, una responsabilidad que facultaba a la entidad a entrometerse en cada faceta de la vida soviética. En el informe al CEC de febrero de 1919 sobre las nuevas funciones de la Checa, Dzerzhinski señaló:

> No hay ya necesidad de prestar mayor atención a las agrupaciones de masas. Ahora nuestros enemigos han cambiado el método de combate. Ahora intentan infiltrarse como gusanos en las instituciones soviéticas para sabotear la labor desde dentro y entre nuestras filas, hasta el momento en el que nuestros enemigos externos nos hayan quebrado, para entonces conquistar los organismos respectivos y la maquinaria del poder, y volverla contra nosotros. […] Esta lucha, si queréis, es más individualista [*edinichnaya*], más sutil. Aquí uno ha de buscar rastros, aquí no basta con permanecer inmóviles. […] Sabemos que nuestros adversarios están en casi todas las instituciones, pero no podemos destruir nuestras instituciones, sino que debemos encontrar los hilos que mueven ellos y atraparlos. En este sentido, los métodos de combate deben ser ahora por completo distintos. [119]

Esta fue la excusa de la Checa para infiltrarse en todas las organizaciones soviéticas. Y dado que conservaba un poder ilimitado sobre la vida de todos, su vigilancia administrativa se convirtió en otra forma de terror, de la que ningún asalariado soviético, comunista o no, podía escapar. Era natural, entonces, que en marzo de 1919 Dzerzhinski, a la vez que mantenía la dirección de la Checa, fuera nombrado comisario de Interior.

En consonancia con este mandato ampliado, a mediados de 1919 los altos funcionarios de la Checa adquirieron la autoridad de detener preventivamente a cualquier ciudadano e inspeccionar todas y cada una de las instituciones del país. Lo que este poder suponía a la práctica puede deducirse de las credenciales emitidas para los miembros del Colegio de la Checa, que autorizaban a sus portadores: (1) a detener a cualquier ciudadano del que supieran que era culpable o sospecharan que era culpable de actividades

contrarrevolucionarias, especulación u otros delitos, y entregarlo a la Checa, y (2) a gozar de libre acceso a todas las oficinas estatales y públicas, empresas industriales y comerciales, escuelas, hospitales, departamentos comunales, teatros, así como a las terminales ferroviarias y portuarias.[120]

La Checa asumió gradualmente la gestión y supervisión de un amplio espectro de actividades a las que normalmente no se atribuye ninguna incidencia en la seguridad de un Estado. Para aplicar ordenanzas contra la «especulación» —es decir, contra el comercio privado—, en la segunda mitad de 1918 la entidad asumió el control de los ferrocarriles, las vías de agua, las carreteras y otros medios de transporte. Para llevar a cabo estas responsabilidades de manera eficiente, Dzerzhinski fue nombrado en abril de 1921 comisario de Comunicaciones.[121] La Checa supervisaba e imponía todas las modalidades de trabajo obligatorio y disfrutaba de amplios poderes discrecionales para castigar a quienes evadían esta obligación o la cumplían de manera insatisfactoria. La ejecución por fusilamiento era un método habitual empleado con dicho fin. Un especialista menchevique en el área de la madera, empleado soviético y que estuvo casualmente presente cuando Lenin y Dzerzhinski decidían los métodos a utilizar para aumentar la producción en el área maderera, nos ofrece un valioso testimonio de ello:

> Entonces se difundió un decreto soviético que obligaba a cada campesino que viviera cerca de un bosque público a preparar y transportar una docena de maderos encordados. Pero esto planteó la cuestión de qué hacer con los guardas forestales, y qué exigir de ellos. A ojos de las autoridades soviéticas, los guardas forestales eran parte integrante de esa *intelligentsia* saboteadora a la que el nuevo gobierno trataba con rudeza.
>
> A la reunión del Consejo del Trabajo y Defensa en la que se debatió este problema en particular asistió Félix Dzerzhinski, entre otros comisarios. […] Después de escuchar un rato, dijo: «En el interés de la justicia y equidad propongo que se haga personalmente responsables a los guardas forestales por el cumplimiento de la cuota de los campesinos. Que, además, cada

guarda deba cumplir él con la misma cuota, una docena de maderos encordados».

Unos pocos miembros del consejo se opusieron a la propuesta, indicando que los guardas forestales eran intelectuales no habituados a trabajos manuales pesados. Dzerzhinski replicó que ya era hora de terminar con la desigualdad de años entre el campesinado y los guardas forestales.

«Es más —declaró para concluir el jefe de la Checa—, de fallar los campesinos en el logro de su cuota de madera, debería fusilarse a los guardas forestales responsables de ellos. Cuando una docena de ellos haya sido fusilada, el resto hará su labor muy en serio».

Era sabido por todos que la mayoría de esos guardas eran anticomunistas. Aun así se hizo sentir un silencio incómodo en la estancia. De pronto escuché una voz abrupta: «¿Quién está contra esta moción?».

Era Lenin, clausurando el debate en su estilo inconfundible. Como era de esperar, nadie osó votar contra Lenin y Dzerzhinski. Al final, Lenin sugirió que el punto sobre fusilar a los guardas forestales, aunque ya se hubiera adoptado, se omitiera de las actas oficiales de la sesión. Esto se hizo como él quería.

La reunión logró descomponerme. Llevaba un año entero sabiendo que las ejecuciones diezmaban a Rusia, pero esta vez yo mismo estuve presente en un debate de cinco minutos que condenaba a infinidad de hombres absolutamente inocentes. Me estremeció hasta lo más profundo. Tuve un acceso de tos, pero era algo más que la tos de uno de mis resfriados invernales de siempre.

Estaba claro para mí que, cuando al cabo de una semana o dos tuvieran lugar las ejecuciones de esos guardas forestales, las cosas no habrían progresado un ápice. Sabía que esta decisión terrible surgía de un resentimiento y sed de venganza por parte de quienes invocaban esas medidas tan sin sentido.[122]

Debió de haber muchas decisiones de este tipo que no dejaron rastros en la documentación.

La Checa fue ampliando constantemente su poder militar. En el verano de 1918, sus destacamentos de combate se constituyeron en una organización separada del Ejército Rojo, designada como Korpus Voisk VChK (Cuerpos Armados de la Checa de Todas las Rusias).[123] Esta fuerza de seguridad, inspirada en el Cuerpo de Gendarmería zarista, creció hasta convertirse en un ejército regular en el «frente doméstico». En mayo de 1919, a iniciativa de Dzerzhinski en su nueva

función de comisario de Interior, el gobierno fusionó todas estas unidades en los Ejércitos de Seguridad Interior de la República (Voiska Vnutrennei Ojrani Republiki), poniéndolas bajo supervisión, no del comisario de Guerra, sino del de Interior.[124] Para entonces, este ejército interno de la nación consistía en una fuerza de entre 120.000 a 125.000 hombres. Hacia mediados de 1920, esta cifra se duplicó, alcanzando casi los 250.000 efectivos que resguardaban las instalaciones industriales y los medios de transporte, ayudaban al Comisariado de Abastecimiento a obtener alimentos y vigilaban los trabajos forzados y los campos de concentración.[125]

Por último, la Checa conformó una oficina de contrainteligencia para las fuerzas armadas, conocida como el Osobi Otdel (Departamento Especial).

Gracias a estas funciones y los poderes que conllevaban, la entidad se convirtió, en torno a 1920, en la institución más poderosa de la Rusia soviética. Así, los cimientos del Estado policial se establecieron cuando Lenin estaba al mando y por iniciativa suya.

Entre las responsabilidades más relevantes de la Checa estaba la de organizar y operar los «campos de concentración», una institución que los bolcheviques no inventaron exactamente, pero a la cual dieron un significado nuevo y más siniestro. En su forma plenamente desarrollada, el campo de concentración, con el Estado de partido único y la policía política omnipotente, fueron la principal contribución del bolchevismo a las prácticas políticas del siglo XX.

El término «campo de concentración» surgió a finales del siglo XIX en el contexto de las guerras coloniales,[284*] cuando los españoles instauraron dichos campos en su campaña

contra la insurrección cubana. Se estima que en ellos hubo hasta 400.000 internos. Estados Unidos emuló a España en su lucha contra la insurrección filipina de 1898; lo mismo hicieron los británicos durante la guerra de los Bóers. Pero, aparte de tener la misma denominación, estos prototipos tempranos tuvieron poco en común con los campos de concentración que introdujeron los bolcheviques en 1919 y que más tarde copiaron los nazis y otros regímenes totalitarios. Los campos de concentración españoles, norteamericanos y británicos fueron medidas de emergencia adoptadas durante campañas libradas contra las guerrillas coloniales; su propósito no era punitivo, sino militar, es decir, aislar a las fuerzas subversivas de la población civil. Las condiciones en tales campos tempranos eran reconocidamente duras y se dice que unos 20.000 bóers murieron en campos de internamiento británicos, pero no había en ellos maltrato deliberado; los sufrimientos y muertes se debían a su construcción apresurada, lo que se traducía en alojamientos, suministros y cuidados médicos inapropiados. Tampoco se hacía a los internos de estos campos trabajar de manera forzosa. En todos los casos, los campos fueron desmantelados y los internos liberados al finalizar las hostilidades.

Los campos de concentración y trabajos forzados soviéticos (*kontsentratsionniye lageri* y *lageri prinuditelnij rabot*) fueron desde su origen distintos en cuanto a organización, funcionamiento y propósitos:

1. Eran permanentes; introducidos durante la guerra civil, no desaparecieron con el fin de las hostilidades en 1920, sino que siguieron en funcionamiento bajo distintas denominaciones, multiplicándose hasta proporciones insólitas en los años treinta, cuando la Rusia soviética

estaba en paz y, en apariencia, «edificando el socialismo».
2. No recluían a extranjeros sospechosos de ayudar a las guerrillas, sino a rusos y otros ciudadanos soviéticos sospechosos de estar en la oposición política; su misión principal no era contribuir al sometimiento militar de una nación colonizada, sino suprimir la disidencia entre los propios conciudadanos.
3. Los campos de concentración soviéticos desempeñaban una importante función económica; sus reclusos debían trabajar en lo que se les obligaba, lo cual suponía que no eran solo aislados, sino también explotados como fuerza laboral esclava.

Las primeras alusiones a campos de concentración aparecieron en la Rusia soviética en la primavera de 1918, coincidiendo con el levantamiento checo y el enrolamiento de antiguos oficiales imperiales.[285*] A finales de mayo, Trotski amenazó a los checos que se negaran a rendirse con el confinamiento en campos de concentración.[286*] El 8 de agosto ordenó que, para proteger la línea ferroviaria de Moscú a Kazán, se construirían campos de concentración en varias localidades cercanas con miras a aislar a los «siniestros agitadores, oficiales contrarrevolucionarios, saboteadores, parásitos y especuladores» cuando no fueran ejecutados «en el acto» o recibieran otros castigos.[126] Así, el campo de concentración fue concebido como un lugar de detención de ciudadanos a los que no pudiese acusarse de cargos específicos pero que, por un motivo u otro, las autoridades prefiriesen no ejecutar. Lenin empleaba el término en este mismo sentido en un telegrama dirigido a Penza el 9 de agosto, en el cual ordenaba que los «kulaks» amotinados

quedasen sujetos al más «implacable terror de masas» —es decir, a ser ejecutados— pero que «los casos dudosos fueran encarcelados en campos de concentración en las afueras de las ciudades».[287*] Estas amenazas adquirieron validez legal y administrativa el 5 de septiembre de 1918 en la «Resolución del Terror Rojo», que legitimaba la «salvaguarda de la República Soviética ante sus enemigos de clase aislándolos en campos de concentración».

Parece ser, con todo, que en 1918 se construyeron muy pocos campos y que los que se hicieron debían su existencia a la iniciativa de las checas provinciales o el comando militar. La edificación de campos de concentración comenzó en serio en la primavera de 1919, por iniciativa de Dzerzhinski. Lenin no quería que su nombre quedara asociado a ellos y los decretos estableciéndolos y detallando su estructura y funcionamiento venían firmados no por el Consejo de Comisarios del Pueblo, sino por el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets y su presidente, Sverdlov, y ponían en práctica las recomendaciones incluidas en el informe sobre la reorganización de la Checa que Dzerzhinski había presentado el 17 de febrero de 1919. Dzerzhinski opinaba que las medidas judiciales existentes para combatir la traición eran insuficientes:

> Junto con las sentencias hechas por los tribunales, es necesario conservar las sentencias administrativas, es decir, el campo de concentración. Incluso hoy, el trabajo de quienes están bajo arresto dista con mucho de estar siendo utilizado en las obras públicas, así es que recomiendo que conservemos esos campos de concentración para la explotación del trabajo de las personas bajo arresto; señores que viven sin hacer nada [y] aquellos que son incapaces de trabajar sin alguna forma de imposición; o, en lo que respecta a las instituciones soviéticas, semejante medida de castigo ha de aplicarse a la actitud inconsciente en el trabajo, la negligencia, los atrasos, etcétera. Con esta medida, deberíamos ser capaces de incentivar incluso a nuestros propios trabajadores.[127]

Dzerzhinski, Kámenev y Stalin (que redactaron

conjuntamente este decreto) concebían los campos como una mezcla entre una «escuela de trabajo» y una fuente de mano de obra. Conforme a sus recomendaciones, el CEC adoptó la siguiente resolución:

> La Comisión Extraordinaria de Todas las Rusias [Checa] tiene autoridad para recluir a individuos en campos de concentración, guiándose por instrucciones precisas concernientes a las normas de internamiento en un campo de concentración aprobadas por el Comité Ejecutivo Central de Todas las Rusias.[128]

Por razones que no están claras, en 1922 y en adelante, el término «campos de concentración» fue sustituido por el de «campos de trabajos forzados» (*lageri prinuditelnij rabot*).

El 11 de abril de 1919, el CEC aprobó una «decisión» concerniente a la organización de esos campos, legitimando la creación de una red de campos de trabajos forzados bajo la autoridad del Comisariado de Interior, ahora encabezado por Dzerzhinski:

> Están sujetos a internamiento en los campos de trabajos forzados individuos o categorías de individuos respecto de quienes esa decisión ha sido tomada por los organismos de la administración, las checas, los tribunales revolucionarios, las cortes del pueblo y otros organismos soviéticos autorizados a hacerlo mediante decretos y órdenes.[129]

Cabe comentar brevemente varios aspectos de este decreto, que fue un hito. Los campos de concentración soviéticos, tal y como fueron instituidos en 1919, estaban pensados como un lugar de confinamiento de toda clase de individuos indeseables, ya fueran estos condenados por los tribunales o por los órganos administrativos. Susceptibles al confinamiento en ellos eran no solo individuos sino también «categorías de individuos», esto es, clases sociales enteras; Dzerzhinski, en cierto momento, propuso que se erigieran campos de concentración especiales para la «burguesía». Al vivir en aislamiento forzoso, los internos conformaban una fuente de trabajo esclavo a la que las instituciones

administrativas y económicas soviéticas podían recurrir sin coste. La red de campos estaba administrada por el Comisariado de Interior, primero a través de la Administración Central de Campos y después a través de la Administración Principal de Campos (Glavnoye Upravleniye Lageriami), popularmente conocida como el Gulag. Uno puede ya vislumbrar aquí, no solo en sus principios sino en los detalles prácticos, el imperio de campos de concentración de Stalin, que solo difería del de Lenin en sus dimensiones.

Las resoluciones del CEC aprobando la creación de campos de concentración requerían de instrucciones detalladas que orientaran su funcionamiento. Un decreto emitido el 12 de mayo de 1919[130] detallaba en el meticuloso lenguaje burocrático la conformación de los campos; cómo se iban a organizar, cuáles iban a ser los deberes y supuestos derechos de los internos. El decreto ordenaba que cada capital provincial construyera un campo de trabajos forzados capaz de internar a 300 o más reclusos. Visto que la Rusia Soviética tenía (dependiendo de la fortuna cambiante durante la guerra civil) alrededor de 38 provincias, este instructivo llamaba a construir instalaciones para un mínimo de 11.400 prisioneros. Pero esta cifra podía ampliarse una enormidad, visto que el decreto autorizaba a las capitales de distrito a edificar a la vez campos de concentración, y estas capitales se contaban a centenares. La responsabilidad de organizar los campos recayó en la Checa; después de que estuvieran en funciones, la autoridad sobre ellos pasaría a los sóviets locales. Esta previsión, una de muchas dentro de la legislación bolchevique que buscaban mantener vivo el mito de que los sóviets eran órganos «soberanos», se volvió inoperante al ser asignada la responsabilidad por la «administración general» de los campos en la Rusia soviética a un Departamento de Trabajos Forzados (Otdel Prinuditelnij Rabot), recién creado dentro

del Comisariado de Interior, el cual, como se ha hecho notar, estaba casualmente encabezado por el mismo individuo que dirigía la Checa.

Los gobiernos rusos contaban con una antigua tradición en la explotación de mano de obra de presos: «En ningún otro país el empleo de trabajos forzados ha tenido un papel tan significativo en la economía nacional como en la historia rusa».[131] Los bolcheviques recuperaron esta tradición. Desde que los campos de concentración se instauraron en 1919, sus internos debían realizar todo el tiempo labores físicas, ya fuera dentro o fuera del lugar de confinamiento. «Inmediatamente después de llegar al campo —se leía en el decreto— a todos los internos se les asignará alguna tarea y deberán realizar trabajos físicos durante su estancia». Para incentivar a las autoridades del campo a explotar al máximo el trabajo en prisión, y para ahorrar dinero público, quedaba estipulado que los campos debían ser totalmente autofinanciados:

> Los costes de funcionamiento del campo y su administración, en caso de que el campo se halle completo, deben quedar cubiertos por el trabajo de los internos. La responsabilidad de los déficits que surjan serán asumidos por la administración y los internos según las normas estipuladas en un decreto aparte.[288*]

Los intentos de fuga de los campos estaban expuestos a severos castigos; por un primer intento, un prisionero podía ver prolongada su sentencia hasta diez veces; ante un segundo intento, era entregado a un tribunal revolucionario, el cual podía incluso condenarlo a muerte. Para disuadir aún más a los presos, las autoridades del campo podían instituir la «responsabilidad colectiva» (*krudovaya poruka*), según la cual los compañeros de reclusión podían cargar con la responsabilidad de las faltas ajenas. En teoría, los internos tenían derecho a quejarse de malos tratos en un libro dispuesto para tales efectos.

Así nació el campo de concentración moderno, un enclave dentro del cual los seres humanos perdían todos sus derechos y se convertían en esclavos del Estado. En relación con esto, surge quizá la pregunta de cuál era la diferencia entre el estatus de un interno en un campo de concentración y el de un ciudadano soviético común. Al fin y al cabo, en la Rusia soviética nadie tenía derechos individuales o podía recurrir a la ley, y a todo el mundo podía ordenársele, bajo los decretos que legitimaban el trabajo obligatorio, trabajar donde el Estado dictaminase. La línea que separaba la libertad del encarcelamiento en la Rusia soviética de la época era sin duda borrosa. Por ejemplo, en mayo de 1919, Lenin decretó la movilización laboral para realizar obras militares en el frente sur.[132] Estipuló que la fuerza de trabajo movilizada debía consistir «primordialmente de prisioneros y a la vez de ciudadanos confinados en campos de concentración y condenados a trabajos forzados». Pero, si esto era insuficiente, el decreto llamaba a incorporar «al trabajo obligatorio también a los residentes locales». Aquí se diferenciaba a los internos en los campos de los ciudadanos comunes y «libres» solo porque los internos eran los primeros en ser reclutados para trabajos forzados. Aun así, había algunas diferencias significativas que separaban ambas categorías. Los ciudadanos no confinados a los campos vivían normalmente con sus familias y tenían acceso al libre mercado para complementar sus raciones, mientras que los internos en los campos solo podían disfrutar de visitas ocasionales de sus familiares y tenían prohibido recibir paquetes de alimentos. Los ciudadanos comunes no vivían, día a día, bajo la mirada atenta del comandante y sus asistentes (a menudo comunistas de confianza), quienes explotaban a los internos que estaban a su cargo de modo que pudieran percibir sus salarios y pagar los gastos de gestionar el campo. Además, los ciudadanos

tampoco estaban expuestos a castigos por los actos de otros, según la práctica de la «responsabilidad colectiva».

A finales de 1920, había en la Rusia soviética 84 campos de concentración con aproximadamente 50.000 reclusos; tres años después (en octubre de 1923), la cifra había aumentado a 315 campos con 70.000 internos.[133]

La información sobre las condiciones en los campos de concentración soviéticos del principio es escasa, y pocos académicos han mostrado interés en el tema.[134] Los testimonios esporádicos, filtrados al exterior por los internos o referidos por los supervivientes, reflejan un panorama muy semejante, hasta en los más mínimos detalles, a los campos del nazismo. Tanto es así que, de no haber sido publicados dos décadas antes, uno podría sospechar que se trata de falsificaciones recientes. En 1922, exiliados socialistas revolucionarios trajeron a Alemania, al amparo editorial de Víctor Chernov, un volumen con informes de supervivientes de las prisiones y campos soviéticos. Se incluía una descripción de la vida en un campo de concentración de Jolmogori, cerca de Arcángel, escrita a principios de 1922 por una prisionera anónima. El campo constaba de cuatro complejos en los que había 1.200 internos. Los prisioneros eran alojados en un convento expropiado cuyas dependencias eran relativamente cómodas y estaban bien climatizadas. La autora lo describe, a pesar de todo, como un «campo de la muerte». El hambre era endémica; los paquetes de alimentos, algunas veces enviados por organizaciones de ayuda estadounidenses, eran confiscados de inmediato. El comandante, de apellido letón, hacía fusilar a los prisioneros por las faltas más insignificantes; si un prisionero osaba, mientras trabajaba en los campos, comerse una hortaliza que acababa de recolectar, era eliminado en el acto y luego se

hacía constar que había intentado escapar. La fuga de un prisionero conducía automáticamente a la ejecución de otros nueve, unidos a su destino por la «responsabilidad colectiva», como establecía la ley; si se lograba detener a un prófugo también era asesinado, a veces enterrado vivo. La administración consideraba a los internos meras cifras, cuya supervivencia o muerte no tenían consecuencias relevantes. [135]

De este modo nació una institución central del régimen totalitario:

> Trotski y Lenin fueron los inventores y creadores de la nueva modalidad de campos de concentración. [Esto significa no solo que] ellos crearon establecimientos denominados «campos de concentración». […] Los líderes del comunismo soviético crearon asimismo un método específico de razonamiento legal, una red de conceptos que incorporaba implícitamente un sistema gigantesco de campos de concentración, que Stalin se limitó a organizar desde el punto de vista técnico y desarrollar. Comparados con los campos de concentración de Trotski y Lenin, los estalinistas eran tan solo una modalidad gigantesca de poner en práctica lo mismo [*Ausführungsbestimmung*]. Y, por supuesto, los nazis encontraron tanto en los primeros como en estos últimos modelos hecho a medida que ellos solo debían desarrollar. Así pues, los homólogos germanos se apresuraron a aprovechar este modelo. El 13 de marzo de 1921, el por entonces poco conocido Adolf Hitler escribió en el *Völkischer Beobachter*: «Se puede evitar la corrupción judía de nuestro pueblo confinando, si es preciso, a sus instigadores en campos de concentración». El 8 de diciembre de ese año, en un discurso ante el Club Nacional en Berlín, Hitler manifestó su intención de crear campos de concentración en cuanto tomara el poder.[136]

El Terror Rojo tuvo muchas facetas, pero la preocupación primera y fundamental del historiador ha de apuntar a sus víctimas. No es posible determinar la cifra total de ellas y es poco probable que alguna vez se logre hacerlo, porque Lenin ordenó, casi con seguridad, la destrucción de los archivos de la Checa.[137] Lo más cercano a una cifra oficial del propio aparato soviético en cuanto al número de ejecutados entre 1918 y 1920, suministrada por Latsis, es de 12.733 individuos. Sin embargo, esta cifra ha sido cuestionada, y se piensa que

está muy por debajo de la cifra real, partiendo de la base de que, según reconoció el propio Latsis, en las veinte provincias de la Rusia central hubo en un solo año (1918) 6.300 ejecuciones, 4.520 de las cuales fueron víctimas fusiladas por actividades contrarrevolucionarias.[138] Las cifras de Latsis son totalmente desproporcionadas si se comparan con las estadísticas disponibles en algunas de las principales ciudades. Por ejemplo, William Henry Chamberlin había visto en el Archivo Ruso de Praga (ahora en Moscú) un informe de la Checa ucraniana en el año 1920 —época en la que la pena de muerte había sido formalmente abolida— que registraba 3.789 ejecuciones, 1.418 de ellas en Odesa y 538 en Kiev.[139] Una investigación de las atrocidades bolcheviques en Tsaritsin llegó a una cifra estimada de 3.000 a 5.000 víctimas.[140] Según *Izvestia*, entre el 22 de mayo y el 22 de junio de 1920, únicamente los tribunales revolucionarios —esto es, sin contar las víctimas de la Checa— condenaron a muerte a 600 ciudadanos, incluyendo 35 por «contrarrevolución», 6 por espionaje y 33 por negligencia en el trabajo.[289*] Basándose en tales cifras, Chamberlin estima las víctimas totales del Terror Rojo en unas 50.000, y Leggett en 140.000.[141] Lo único que podemos asegurar con cierto grado de certeza es que, si las víctimas del terror jacobino rondaron los varios miles, el terror de Lenin supuso decenas, si no cientos, de miles de ellas. Las víctimas de la siguiente oleada de terror, impulsada por Stalin y Hitler, se contarían en millones.

¿Y para qué sirvió toda esta matanza?

A Dzerzhinski, secundado por Lenin, le gustaba alardear de que el terror y su instrumento ejecutor, la Checa, habían salvado la revolución. Probablemente sea verdad, en la medida que se identifique «la revolución» con la dictadura bolchevique. Hay pruebas muy sólidas de que en el verano de

1918, cuando los bolcheviques emprendieron el terror, todos los estratos de la población, a excepción de su propio aparato ideológico, lo rechazaron. En tales circunstancias, el «terror implacable» fue sin duda la única forma de preservar el régimen.

El terror debía ser no solo «implacable» (¿acaso es posible imaginar un terror «piadoso»?), sino indiscriminado. Si los opositores a la dictadura bolchevique hubieran sido una minoría identificable, hubiese sido posible extirparla de manera selectiva. Pero en la Rusia soviética eran el régimen y sus seguidores los que constituían una minoría. Para conservar el poder, la dictadura primero tenía que fragmentar la sociedad, y luego destruir en su seno la voluntad de oponérsele. El Terror Rojo haría entender a la población que, bajo un régimen que no vacilaba en ejecutar a gente inocente, la propia inocencia no era garantía de supervivencia. La mayor esperanza de sobrevivir residía en pasar tan inadvertido como fuese posible, lo cual suponía abandonar cualquier intención de una actividad pública independiente, y por supuesto toda preocupación por los asuntos públicos, y retirarse a la vida privada. Una vez que la sociedad se hubiera desintegrado en un conglomerado de átomos humanos, cada uno de ellos temeroso de que repararan en él y preocupado únicamente por su supervivencia física, entonces dejaba de importar lo que la sociedad pensara, porque el gobierno disponía de la esfera de lo público enteramente para él. Solo en estas condiciones podía una reducida minoría dominar a millones.

Pero el precio a pagar por un régimen así no era bajo, ya fueran sus víctimas, ya quienes lo gestionaban. Para conservar el poder contra la voluntad de una abrumadora mayoría, los bolcheviques tenían que distorsionar ese poder hasta hacerlo irreconocible. Puede que el terror salvase al comunismo, pero

también terminó corroyendo su propia alma.

Isaac Steinberg advertía con agudeza el impacto devastador del Terror Rojo tanto en los ciudadanos como en las autoridades. Yendo en un tranvía en 1920, quedó impresionado por la analogía que percibía entre ese atestado medio de transporte y el país en un sentido amplio:

> ¿No es nuestra tierra muy parecida a los tranvías callejeros de hoy, arrastrándose por las calles tristes de Moscú, gastados, rechinantes, desbordantes de gente que cuelga de ellos? Cuán apretujados van todos dentro, qué difícil es respirar, como suele pasar tras una batalla agotadora. ¡Cuánta avidez en sus ojos! De qué manera innoble se disputan los asientos, esa masa humana encadenada entre sí por azar, carente de toda simpatía y comprensión mutuas, ¡todos viendo en el congénere a un rival! […] Hay un odio sin sentido contra el conductor, algo en lo que se manifiesta el sentimiento hacia el gobierno, el Estado, las instituciones, de esta masa accidentalmente reunida. Indiferencia e ironía ante los que se aglomeran a la entrada del carro queriendo subir a él, he ahí su actitud hacia la comunidad, su forma de solidaridad. Si se los observa con mayor atención, se ve en todo caso que, muy en el fondo, son todos cercanos entre sí, comparten las mismas reflexiones, el mismo destello fraternal en sus ojos hostiles; el mismo dolor que solloza en todos. Pero aquí, ahora, son enemigos irreconciliables.[142]

Steinberg advierte además el efecto del terror en quienes lo ejercen:

> Cuando el terror golpea al enemigo de clase, al burgués, cuando pisotea su autoestima y su idea del amor, cuando lo separa de su familia o lo confina a su familia, cuando tortura su espíritu y lo hace marchitarse. […] ¿A quién golpea ese terror en realidad? ¿Solo a la condición de clase del enemigo, que solo le pertenece a él y está destinada a desaparecer con él? ¿O golpea también, al mismo tiempo, algo de índole general, algo que atañe a la humanidad entera, a la naturaleza propiamente humana del individuo? Los sentimientos de piedad y dolor, los deseos espirituales y de libertad, el apego a la familia y la nostalgia de lo que está lejos —todo eso que hace que los hombres sean «hombres»— son, al fin y al cabo, conocidos de ambos bandos, comunes a los dos. Y cuando el terror pisotea y extingue, elimina y expone al ridículo, en un grupo determinado, sentimientos comunes a toda la humanidad, provoca lo mismo a todos por igual, a todos los espíritus. […] La sensación de dignidad ultrajada en el sector enemigo, la falta de compasión hacia el enemigo, el dolor infligido a algún enemigo vuelven, como un reflejo psicológico, al sector de los triunfadores. […] La esclavitud provoca el mismo efecto en el alma del victorioso que en la del vencido.[143]

El mundo exterior solo recibía ecos débiles del terror bolchevique a través de los diarios, de los informes de quienes visitaban el país y de los refugiados rusos. Algunos reaccionaban asqueados, unos pocos con simpatía, pero la reacción predominante era de indiferencia. Europa prefería no enterarse. El continente acababa de emerger de una guerra que había consumido millones de vidas, y lo único que quería era volver a la normalidad como fuera; se sentía incapaz de asimilar más historias de muertes masivas, así que prestaba oídos voluntariosos a quienes aseguraban, unas veces con sinceridad, otras engañosamente, que las cosas en la Rusia roja no iban tan mal como se las pintaba, que el terror había terminado y que en cualquier caso no tendría mayor incidencia en su propio destino. Solo se trataba, después de todo, de la Rusia cruel de Iván el Terrible, de los «hombres del subsuelo» de Dostoievski, de Rasputín.

Era fácil equivocarse. La maquinaria de información soviética minimizaba las víctimas del terror y magnificaba las supuestas provocaciones que lo suscitaban. Era un dispositivo particularmente eficaz con los extranjeros bien intencionados que iban de visita, como el rico diletante estadounidense William Bullitt, que pasó como un soplo por la Rusia soviética en febrero de 1919, en una misión que le había encargado el presidente Wilson. A su regreso, informó al Congreso de que las historias de terror sangriento habían sido brutalmente exageradas. «El terror rojo ha terminado», aseguró a sus oyentes, afirmando que la Checa había ejecutado en toda Rusia a «solo» 5.000 personas. Las ejecuciones no son frecuentes en absoluto».[290*] Lincoln Steffens informó tras su propia visita a Rusia que «los líderes bolcheviques lamentan y se avergüenzan de su terror rojo». [144]

Aunque Bullitt y Steffens minimizaran el terror, al menos

lo admitían. Pero ¿qué se puede pensar de un «testigo» como Pierre Pascal, un joven ex oficial francés destinado en Rusia, que se convirtió al comunismo y fue más tarde profesor en La Sorbona, y que negaba el terror y se burlaba de las víctimas? «El terror ha terminado», escribió en febrero de 1920:

> A decir verdad, nunca existió. La palabra «terror», que para un francés corresponde a una idea muy precisa, siempre me ha hecho reír aquí, al ver la moderación, la dulzura, la buena fe de esta terrible Comisión Extraordinaria [Checa] encargada de su cumplimiento.[145]

Otros incluso se consolaban pensando que, si había en efecto alguna modalidad de terror asolando a la Rusia soviética, había siempre otra modalidad, digamos no menos pavorosa, que afligía a Europa occidental y Estados Unidos. En 1925, un grupo que se autodenominaba el Comité Internacional para los Prisioneros Políticos publicó una selección de testimonios filtrados fuera de las cárceles y campos soviéticos. Nadie cuestionó su autenticidad. Aun así, cuando el editor, Isaac Don Levine, preguntó a algunos de los intelectuales más notorios del mundo lo que pensaban de esta prueba abrumadora, sus respuestas iban desde un impacto leve al sarcasmo y el cinismo. Pocos eran conscientes del significado de estos materiales como lo hizo Albert Einstein cuando habló de «esa tragedia de la historia humana en la que uno asesina a otros por miedo a ser asesinado». Romain Rolland, el autor de *Jean Christophe*, restó importancia al tema señalando que «en las cárceles de California estaba ocurriendo algo casi idéntico, ya que allí se martirizaba a los obreros de IWW».[291*] Upton Sinclair lo secundó, mostrándose irónicamente sorprendido ante el hecho de que el trato que recibían los prisioneros soviéticos fuese «poco más o menos el mismo que el que suscitan las condiciones en las que viven los prisioneros en el Estado de California». Bertrand Russell fue incluso más lejos y señaló su «esperanza

sincera» de que estos documentos contribuyeran a «la promoción de relaciones amistosas» entre el gobierno soviético y los occidentales, sobre la base de que todos ellos desarrollaban prácticas similares.[146]

Epílogo

En noviembre de 1918, cuando la Gran Guerra al fin terminó, los bolcheviques controlaban veintisiete provincias de la Rusia europea habitadas por unos setenta millones de personas, equivalentes a la mitad de la población del Imperio en la fase previa a la guerra. Los territorios fronterizos —Polonia, Finlandia, la región báltica, Ucrania, Transcaucasia, Asia central y Siberia— se habían desmembrado y constituido en estados soberanos o bien estaban bajo el control de los Blancos antibolcheviques. La esfera de dominio comunista abarcaba el núcleo territorial del difunto imperio, poblado casi exclusivamente por rusos. En el horizonte asomaba una guerra civil durante la cual Moscú habría de reconquistar por la fuerza de las armas la mayor parte de sus territorios fronterizos, aunque no todos, e intentaría difundir su régimen a Europa, Oriente Próximo y Asia oriental. La revolución entraría ahora en otra fase, la etapa de expansión.

El primer año de gobierno bolchevique dejó a los rusos no solo intimidados por el ejercicio sin precedentes de un terror en gran medida aleatorio, sino sumidos en una profunda perplejidad. Quienes vivieron todo ello se vieron expuestos a un replanteamiento total de sus más valores arraigados; todo lo que hasta entonces había sido bueno y premiado era ahora malo y castigado. Las virtudes tradicionales de la fe en Dios, la caridad, la tolerancia, el patriotismo y el ahorro fueron ahora denunciadas por el nuevo régimen como legados inaceptables

de una civilización condenada. Matar y robar, calumniar y mentir era bueno si se hacía en nombre de la causa pertinente, tal y como esta quedaba definida por el nuevo régimen. Nada tenía sentido. El desconcierto de quienes fueron contemporáneos a esos hechos queda reflejado en las digresiones publicadas, en el verano de 1918, en uno de los diarios que mantenían una relativa independencia y cuya distribución aún no se había prohibido:[1]

> Hubo un tiempo en el que un hombre vivía en algún lugar cercano a la Puerta de Narva y por la mañana bebía el té de un samovar que le ponían delante. Para la cena, vaciaba media botella de vodka y leía *El periodicucho de Petrogrado*. Cuando había un asesinato, una vez al año, quedaba indignado como mínimo durante una semana. Y ahora. […]
>
> De los asesinatos, querido señor, se ha dejado de escribir; por el contrario, nos informan de que el día anterior solo se cargaron a treinta y otros cien fueron víctimas de robo. […] Esto significa que todo está en orden. Y, pase lo que pase, es mejor ni siquiera asomarse a la ventana. Hoy desfilan con banderas rojas, mañana con estandartes, luego de nuevo con las banderas, y luego otra vez con los estandartes. Hoy Kornílov fue asesinado, mañana ha resucitado. Al día siguiente, Kornílov no es Kornílov sino Dutov, y Dutov es Kornílov, y ninguno de ellos es un oficial o un cosaco, no son siquiera rusos, sino checos. Y de dónde salen estos checos, nadie lo sabe. […] Los combatimos, nos combaten. Nicolás Romanov ha sido asesinado, o no ha sido asesinado. Quién mató a quién, quién se fugó adónde, por qué el Volga ya no es el Volga y Ucrania no es Rusia. […] Por qué los alemanes prometen devolvernos Crimea, de qué lado viene el comandante enemigo, cuál de ellos, por qué tiene un furúnculo en la nariz… ¿Por qué no estamos todos, en suma, en un asilo para dementes?

Las nuevas circunstancias eran tan poco naturales, tan contrarias al sentido común y la decencia, que la vasta mayoría de la población veía al régimen responsable de ellas como algún cataclismo terrible e inexplicable que no era posible combatir y que había que soportarse hasta que se esfumara tan repentinamente como había sobrevenido. Como el tiempo habría de probarlo, esas expectativas eran, sin embargo, erróneas. Los rusos y los pueblos bajo su dominio no tendrían respiro; aquellos que habían experimentado y sobrevivido a la revolución no verían nunca más la vuelta a la

normalidad. La revolución fue tan solo el principio de sus penas.

Glosario

NOTA: La tilde indica el énfasis en la pronunciación rusa. La letra «ë» se pronuncia «io» y se acentúa.

apparátchik/i	«operador/es» burocrático/s comunista/s
artél	cooperativa de trabajadores o campesinos
batrák/i	campesino/s pobre/s; mano de obra rural
bolshák	cabeza de familia campesina
bunt	rebelión; motín
burzhúi	burgués
Cheká	Policía secreta soviética (1917-1921)
cherespolósitsa	cultivo en franjas
chin	grado administrativo
chinóvnik/i	funcionario/s; burócrata/s
derévnia/i	pueblo/s
desiatína	medida agraria equivalente a 2,7 acres
Dúma	cámara de diputados del parlamento ruso

duván	reparto de un saqueo
dvoyevlástiye	diarquía
dvor	hogar; corte
dvoriánye	nobleza rural
dvorianín	miembro de la nobleza rural
dvoriánstvo	bienes de la nobleza rural
echelón	tren militar
Fabzavkóm/i	Comité/s de Fábrica (1917-1920)
glásnost	gobierno transparente
glávka/i	subdivisión/ones del VSNKh (Sóviet Supremo de Economía)
gosudár	soberano
gosudárstvo	Estado; gobierno
gubérnia/i	provincia/s
Gubispolkóm/i	Comité/s Ejecutivo/s del Sóviet Provincial
Gulág	Administración de campos de concentración
inogoródniye	colono de otros pueblos
intelligént/i	miembro/s de la *intelligentsia*
Ispolkóm	Comité Ejecutivo
isprávnik	policía oficial zarista
iúnker	estudiante en academia militar

izbá	choza campesina
kátorga	trabajos forzados
joziáin	lo mismo que *bolshák*
jutora	granja; alquería
kombédi	comités de pobres [del ámbito rural] (1918)
Kompród	Comisariado de Abastecimientos
Komúj	Comité de la Asamblea Constituyente
kramóla	sedición
krestiániye	campesinos
krestiánstvo	campesinado
kulák	campesino importante; explotador rural
kustár	artesano
meshchánye	burgueses
meshóchnik/i	vendedor ambulante ilegal de comida (1918-1920)
miatézh	motín; revuelta
Milrevkóm	Comité Militar Revolucionario
mir	comuna rural
mujik	campesino/s
nadél/i	asignación/ones de tierra comunal
nagáika	látigo cosaco

naród	el pueblo (la gente)
Naródnaya Volia	Voluntad Popular
narodovóltsi	miembros de Voluntad Popular
óblast/i	región/ones
obshchína	lo mismo que *mir*
Ojrána	Policía de seguridad imperial
otrézok	asignación de pequeña extensión de tierra
ótruba	tierra de propiedad privada en la comuna
paiok	ración
páshnia	tierra cultivable
peredéli	repartición de tierra comunal
peredíshka	descanso; respiro
pogróm [pogromo]	paliza y saqueo, habitualmente contra los judíos
polprédi	representante diplomático soviético
poméshchik/i	terrateniente/s no campesino/s
poméste/ia	feudo/s; hacienda/s rural/es
pop	cura ortodoxo
pravítelstvo	gobierno
Pravosláviye	religión ortodoxa griega

prodrazviorstka	confiscación de producción agrícola
prómisli	industria casera o artesanal
pud	medida de peso equivalente a 16,38 kilógramos
Ráda	término ucraniano para «sóviet»
raskólniki	término peyorativo para los disidentes religiosos
razgróm	asaltos a la propiedad
samoderzháviye	autocracia
samoderzhávnyi	autocrático
seló/á	pueblo/s grande/s
sélski sjod	asamblea rural
soiúz	unión; asociación
soslóviye/ia	finca/s legal/es
soviét/i	consejo/s
Sovnarkóm	Consejo de Comisarios del Pueblo
ssílka	exilio penal
starubriádtsi	Viejos Creyentes (literalmente «Viejos Ritualistas»)
starósta	funcionario rural elegido
tiáglo	en Moscovia, trabajo público obligatorio
Trudármi	Ejército de Trabajo (introducido en 1920)

Trudovík/i	miembro del partido campesino en la Duma
tsentr/i	lo mismo que *glávka/i*
uézd	entidad administrativa de menor nivel
ukáz [ucase]	decreto imperial
vlast	autoridad; gobierno
vólia	libertad; licencia
vólost	unidad administrativa rural de menor nivel
vótchina	alodio; patrimonio
vozhd	líder
VSNJ	Consejo Supremo de Economía
zakónnost	legalidad
Zemgór	Unión de Consejos Municipales y Zemtsvos
zemliá	tierra
zemstvo/s	órgano/s de autogobierno provincial
zhid/í	término peyorativo para designar a los judío/s

Cronología

La cronología enumera los hechos fundamentales de los que trata este libro. A menos que se indique lo contrario, las fechas anteriores a febrero de 1918 se formulan en el calendario juliano («viejo estilo»), que iba doce días por detrás del calendario occidental en el siglo XIX, y trece días atrasado en el siglo XX. De febrero de 1918 en adelante, las fechas se indican en el «nuevo estilo», que se corresponde con las fechas del calendario occidental.

1899

Febrero-marzo: huelga de estudiantes universitarios rusos.

29 de julio: «normas provisionales» que autorizan a incorporar a las fuerzas armadas a los estudiantes díscolos.

1900

El gobierno restringe la autoridad de emitir impuestos a los *zemstvos*.

Noviembre: disturbios en Kiev y otras universidades.

1901

11 de enero: reclutamiento de 183 estudiantes por el ejército en Kiev.

Febrero: asesinato del ministro de Educación Bogolépov. Formación del primer sindicato auspiciado por la policía (Zubátov).

1902

Invierno 1901-1902: formación del Partido Socialista

Revolucionario ruso (PSR).

Junio: los liberales publican en Alemania, al amparo editorial de Struve, el quincenario *Osvobozhdeniye* (Liberación).

Marzo: *¿Qué hacer?*, de Lenin.

2 de abril 2: asesinato del ministro del Interior Sipiaguin; lo sucede Pleve.

1903

4 de abril: pogromo de Kishinev.

Julio-agosto: Segundo Congreso (fundación) del Partido Socialdemócrata ruso: división entre las facciones menchevique y bolchevique.

20-22 de julio: se funda en Suiza la Unión de Liberación.

1904

3-5 de enero: se organiza la Unión de Liberación en San Petersburgo.

4 de febrero: Pleve autoriza la Asamblea de Gapón.

8 de febrero: ataque japonés a Port Arthur; estalla la guerra ruso-japonesa.

15 de julio: asesinato de Pleve.

Agosto: derrota rusa en Liaoyang.

25 de agosto: Sviátopolk-Mirski es nombrado ministro del Interior.

20 de octubre: Segundo Congreso de la Unión de Liberación.

6-9 de noviembre: Congreso de los Zemstvos en San Petersburgo.

Noviembre-diciembre: la Unión de Liberación organiza la campaña de banquetes a escala nacional.

7 de diciembre: Nicolás y sus altos funcionarios discuten

propuestas de reforma; se rechaza la idea de incorporar a representantes elegidos al Consejo de Estado.

12 de diciembre: publicación de un edicto que promete reformas.

20 de diciembre: Port Arthur se rinde a los japoneses.

1905

7-8 de enero: huelga industrial en San Petersburgo, organizada por el padre Gapón.

9 de enero: Domingo Sangriento.

18 de enero: Sviátopolk-Mirski dimite; es sustituido por Buliguin.

Del 10 de enero en adelante: oleada de huelgas industriales en toda Rusia.

18 de enero: el gobierno promete convocar a la Duma e invita a la población a formular peticiones que reflejen sus deseos.

Febrero: elecciones patrocinadas por el gobierno en las fábricas de San Petersburgo.

Febrero: los rusos abandonan Mukden.

18 de marzo: todas las instituciones de enseñanza superior clausuradas para el resto del año académico.

Abril: el Segundo Congreso de los Zemstvos exige una Asamblea Constituyente.

Primavera: se presentan 60.000 peticiones campesinas.

8 de mayo: Se forma la Unión de Uniones bajo la presidencia de Miliukov.

14 de mayo: la flota rusa es destruida en la batalla del estrecho de Tsushima; Dmitri F. Trépov es designado ministro del Interior.

Junio: motines y masacres en Odesa; motín a bordo del

acorazado *Potemkin*.

6 de agosto: se anuncia la Duma (con funciones de consulta) de Buliguin.

27 de agosto: el gobierno anuncia normas para la liberalización de las universidades.

5 de septiembre (NE): se firma el tratado de paz ruso-japonés en Portsmouth, New Hampshire.

Septiembre: los estudiantes abren las instalaciones universitarias a los obreros; agitación de masas.

19 de septiembre: resurge la actividad huelguística.

9-10 de octubre: Witte urge a Nicolás para que haga importantes concesiones políticas.

12-18 de octubre: se forma el Partido Democrático Constitucional (Kadete).

13 de octubre: se forma el comité central de huelga en San Petersburgo, pronto rebautizado como Sóviet de San Petersburgo.

14 de octubre: la capital queda paralizada por las huelgas.

15 de octubre: Witte presenta el borrador de lo que se convertiría en el Manifiesto de Octubre.

17 de octubre: Nicolás firma el Manifiesto de Octubre.

18 de octubre en adelante: pogromos antijudíos y contrarios a los estudiantes; da comienzo la violencia rural.

Octubre-noviembre: en calidad de presidente del Consejo de Ministros, Witte abre debates con figuras públicas para que se sumen al gabinete.

21 de noviembre: se forma el Sóviet de Moscú.

24 de noviembre: queda abolida la censura previa de periódicos.

6 de diciembre: el Sóviet de San Petersburgo llama a la

huelga general.

8 de diciembre: levantamiento armado en Moscú reprimido por la fuerza.

1906

4 de marzo: se promulgan leyes garantizando el derecho de reunión y asociación.

16 de abril: Witte renuncia a la presidencia del Consejo de Ministros y es sustituido por Goremikin.

26 de abril: se hacen públicas Nuevas Leyes Fundamentales (Constitución); Stolipin es designado ministro del Interior.

27 de abril: es inaugurada la Duma.

8 de julio: se disuelve la Duma; Stolipin es nombrado presidente del Consejo de Ministros.

12 de agosto: atentado de los «maximalistas» socialistas revolucionarios contra la vida de Stolipin.

12 y 27 de agosto: primeras reformas agrarias de Stolipin.

19 de agosto: se instaura la justicia marcial para los civiles.

9 de noviembre: reforma de Stolipin relativa a la propiedad de tierras comunales.

1907

20 de febrero: es inaugurada la Segunda Duma.

Marzo: Stolipin anuncia el programa de reformas.

2 de junio: es disuelta la Segunda Duma; nueva ley electoral.

7 de noviembre: es inaugurada la Tercera Duma; en período de funciones hasta 1912.

1911

Enero-marzo: crisis del *zemstvo* occidental.

1 de septiembre: Stolipin es tiroteado; muere a los cuatro días; es sustituido por Kokóvtsov.

1912

15 de noviembre: es inaugurada la Cuarta (y última) Duma.

Escisión definitiva entre mencheviques y bolcheviques.

1914

20 de enero: Goremikin preside el Consejo de Ministros.

15/28 de julio: Nicolás ordena una movilización parcial.

17/30 de julio: movilización general en Rusia.

18/31 de julio: ultimátum alemán a Rusia.

19 de julio/1 de agosto: Alemania declara la guerra a Rusia.

27 de julio: Rusia suspende la convertibilidad del rublo.

Agosto: los ejércitos rusos invaden Prusia Oriental y la Galitzia austríaca.

Finales de agosto: los ejércitos rusos son vencidos en Prusia Oriental.

3 de septiembre: los rusos toman Lemberg (Leópolis), capital de la Galitzia austríaca.

1915

15/28 de abril: ofensivas germanas en Polonia.

11 de junio: Sujomlínov es destituido como ministro de la Guerra; lo sustituye Polivánov.

Junio: nuevos cambios en el gabinete.

Junio-julio: formación del Bloque Progresista.

Julio: se crea el Consejo Especial de Defensa del País; a ello le siguen otros consejos y comités para contribuir al esfuerzo de guerra, incluyendo el Comité Militar Industrial.

9/22 de julio: los rusos inician la retirada de Polonia.

19 de julio: la Duma es convocada de nuevo durante seis semanas; las tropas rusas evacúan Varsovia.

21 de agosto: la mayoría de los ministros solicita a Nicolás

que permita a la Duma formar gabinete.

22 de agosto: Nicolás asume personalmente el mando de las fuerzas armadas rusas y se dirige al cuartel general en Moguilev.

25 de agosto: el Bloque Progresista hace público un programa de nueve puntos.

Agosto: el gobierno autoriza la creación del *zemstvo* nacional y el Consejo Municipal de organizaciones.

3 de septiembre: la Duma queda prorrogada.

Septiembre: Conferencia en Zimmerwald de socialistas contrarios a la guerra.

Noviembre: se forma el Grupo Central de Trabajadores.

Noviembre: se crea el Zemgor.

1916

20 de enero: Goremikin es sustituido por Stürmer (Shtiúrmer) como presidente del Consejo de Ministros.

13 de marzo: Polivánov es destituido como ministro de la Guerra; lo sustituye Shuváiev.

Abril: Conferencia en Kiental de socialistas contrarios a la guerra.

22 de mayo/4 de junio: se inicia la ofensiva de Brusílov.

18 de septiembre: Protopópov es nombrado ministro del Interior interino; es ascendido a ministro del Interior en diciembre.

22-24 de octubre: la Conferencia del Partido Kadete se decide por una estrategia de confrontación en la siguiente sesión de la Duma.

1 de noviembre: es reconvocada la Duma; el discurso de Miliukov insinúa que ha habido una traición en las altas esferas.

8-10 de noviembre: destitución de Stürmer.

19 de noviembre: Alexánder F. Trépov, designado presidente del Consejo de Ministros, aparece en la Duma para colaborar.

17 de diciembre: asesinato de Rasputín.

18 de diciembre: Nicolás abandona Moguilev rumbo a Tsárskoie Seló.

27 de diciembre: destitución de Trépov; es sustituido por Golitsin.

1917

27 de enero: Protopópov arresta al Grupo de Trabajadores.

14 de febrero: es reconvocada la Duma.

22 de febrero: Nicolás abandona Moguilev.

23 de febrero: manifestaciones en Petrogrado por el Día Internacional de la Mujer.

24 de febrero: nuevas manifestaciones en Petrogrado.

25 de febrero: las manifestaciones empiezan a ser violentas; Nicolás ordena que sean reprimidas por la fuerza.

26 de febrero: Petrogrado bajo ocupación militar; una unidad del regimiento Volinski dispara contra la multitud y mata a cuarenta personas; una compañía del regimiento Pavlovski se amotina en protesta por los hechos.

Noche del 26-27 de febrero: las tropas del regimiento Pavlovski celebran un mitin que dura toda la noche, votan a favor de desobedecer las órdenes de disparar contra los civiles.

27 de febrero: la mayor parte de Petrogrado queda en manos de las guarniciones amotinadas; quema de edificios públicos; Nicolás ordena al general Ivánov que acuda a Petrogrado con tropas especiales para reprimir los desórdenes; los mencheviques exigen elecciones al sóviet; por

la noche, mitin organizador del Sóviet de Petrogrado.

28 de febrero: a primera hora de la mañana, Nicolás parte a Tsárskoie Seló; se reúne el Consejo de Ancianos de la Duma, forma un Comité Provisional; en todo Petrogrado, las fábricas y unidades militares eligen a sus representantes al sóviet; primera sesión plenaria del sóviet. Los disturbios se extienden a Moscú.

Noche del 28 de febrero-1 de marzo: el tren imperial es detenido y desviado a Pskov.

1 de marzo: el Ispolkom redacta un programa de nueve puntos para que sirva de base a un acuerdo con el Comité Provisional de la Duma; emite la Orden número 1. Nicolás llega por la noche a Pskov, se muestra de acuerdo con las recomendaciones urgentes del general Alexéiev para que se forme un Ministerio de la Duma y ordena al general Ivánov que aborte su misión. Formación del Sóviet de Moscú.

Noche del 1-2 de marzo: representantes de la Duma y el Sóviet llegan a un acuerdo sobre un programa de ocho puntos. En Moguilev, el general Ruzski mantiene una conversación telegráfica con Rodzianko, presidente de la Duma.

2 de marzo: se forma Gobierno Provisional bajo la presidencia de Gueorgui E. Lvov; Alexéiev se comunica con los comandantes del frente; Nicolás está de acuerdo en abdicar a favor de su hijo; Shulguín y Guchkov parten rumbo a Pskov; Nicolás habla con el médico de la corte acerca del zarévich, dice a Shulguín y Guchkov que ha resuelto abdicar en favor de su hermano Miguel, firma un manifiesto de abdicación. Se forma la Rada (Sóviet) de Ucrania en Kiev.

3 de marzo: el Gobierno Provisional se reúne con Miguel, lo convence para que rechace la corona.

4 de marzo: se hacen públicos el manifiesto de abdicación

de Nicolás y la renuncia al trono de Miguel. El Gobierno Provisional decreta la abolición del Departamento de Policía.

5 de marzo: el Gobierno Provisional destituye a todos los gobernadores y sus delegados.

7 de marzo: el Ispolkom forma una «Comisión de Contacto» para supervisar al Gobierno Provisional.

8 de marzo: Nicolás se despide de la oficialidad militar, parte para Tsárskoie Seló bajo arresto.

9 de marzo: Estados Unidos reconoce al Gobierno Provisional.

18 de marzo: el Ispolkom determina que cada partido socialista tiene derecho a tres representantes.

22 de marzo: Miliukov define los objetivos bélicos de Rusia.

25 de marzo: el Gobierno Provisional instaura el monopolio estatal en el comercio de cereales.

Finales de marzo: Gran Bretaña retira la oferta de conceder asilo a la familia imperial.

3 de abril: Lenin llega a Petrogrado.

4 de abril: «Tesis de abril» de Lenin.

21 de abril: primera manifestación bolchevique en Petrogrado y Moscú.

26 de abril: el Gobierno Provisional admite su incapacidad de mantener el orden.

28 de abril: los bolcheviques organizan la Guardia Roja.

Principios de abril: convocatoria en Petrogrado de una consulta a los Sóviets de Todas las

Rusias, conforma el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets de Todas las Rusias (VTsIK o CEC).

1 de mayo: CEC autoriza a sus miembros a incorporarse al Gobierno Provisional.

Noche del 4-5 de mayo: formación de coalición de gobierno bajo Lvov, con Kérenski como ministro de la Guerra; seis socialistas entran en el gabinete.

Mayo: Trotski vuelve de Nueva York a Rusia.

3 de junio: se inaugura el Primer Congreso de Sóviets de Todas las Rusias.

10 de junio: por presión del CEC, los bolcheviques desechan la idea de un golpe.

16 de junio: comienza la ofensiva rusa contra Austria.

29 de junio: Lenin huye a Finlandia, donde permanece hasta la mañana del 4 de julio.

1 de julio: el Gobierno Provisional ordena el arresto de los principales líderes bolcheviques.

2-3 de julio: amotinamiento del Primer Regimiento de Ametralladoras de Petrogrado.

4 de julio: golpe bolchevique evitado por filtración de información sobre los tratos de Lenin con los alemanes.

5 de julio: Lenin y Zinóviev pasan a la clandestinidad, primero en Petrogrado y luego (9 de julio) en el sector rural próximo a la capital, hasta que Lenin se va finalmente (septiembre) a Finlandia.

11 de julio: Kérenski es designado primer ministro.

18 de julio: Kornílov es nombrado comandante en jefe.

Finales de julio: Sexto Congreso del Partido Bolchevique en Petrogrado.

31 de julio: Nicolás y su familia parten a Tobolsk.

9 de agosto: el Gobierno Provisional programa elecciones a la Asamblea Constituyente para el 12 de noviembre y su convocatoria para el 18 de noviembre.

14 de agosto: es inaugurada la Conferencia Estatal de

Moscú; Kornílov recibe una tumultuosa bienvenida.

20-21 de agosto: los rusos abandonan Riga a los alemanes.

22 de agosto: Vladímir N. Lvov se reúne con Kérenski.

22-24 de agosto: Sávinkov en Moguilev transmite a Kornílov instrucciones de Kérenski.

24-25 de agosto: Lvov visita a Kornílov.

26 de agosto: Lvov transmite a Kérenski el presunto «ultimátum» de Kornílov; diálogo por telegrama de Kérenski con Kornílov; Lvov es arrestado.

Noche del 26-27 de agosto: Kérenski obtiene derechos dictatoriales de parte del gabinete y destituye a Kornílov.

27 de agosto: Kornílov es declarado traidor; Kornílov se amotina, llama a las fuerzas armadas a seguirlo.

30 de agosto: el Gobierno Provisional ordena la liberación de los bolcheviques que están aún en prisión por el golpe de julio.

10 de septiembre: es inaugurado el Tercer Congreso Regional de Sóviets en Finlandia, patrocinado por los bolcheviques.

12 y 14 de septiembre: Lenin escribe al Comité Central que es la hora indicada para tomar el poder.

25 de septiembre: los bolcheviques obtienen la mayoría en la Sección de Trabajadores del Sóviet de Petrogrado; Trotski es elegido presidente del sóviet.

26 de septiembre: el CEC acuerda, por la presión bolchevique, convocar al Segundo Congreso de Sóviets de Todas las Rusias para el 20 de octubre.

28 de septiembre-8 de octubre: los alemanes ocupan las islas en el golfo de Riga, amenazando a Petrogrado.

29 de septiembre: tercera carta de Lenin al Comité Central relativa a la toma del poder.

4 de octubre: el Gobierno Provisional analiza la posibilidad de abandonar Petrogrado.

9 de octubre: el CEC, ante una moción menchevique, vota por constituir una organización militar para defender la capital (muy pronto rebautizada como Comité Militar Revolucionario).

10 de octubre: una reunión crucial por la noche del Comité Central Bolchevique en Petrogrado, con Lenin presente, vota a favor del asalto armado al poder.

11 de octubre: se inaugura el Congreso de los Sóviets en la región septentrional de Petrogrado, patrocinado por los bolcheviques; se forma el «Comité Regional del Norte», que extiende invitaciones al Segundo Congreso de los Sóviets.

16 de octubre: el Sóviet aprueba la creación de un Comité Militar Revolucionario (Milrevkom).

17 de octubre: el CEC pospone el Segundo Congreso de los Sóviets para el 25 de octubre.

20 de octubre: el Milrevkom envía «comisarios» a las unidades militares en y cerca de Petrogrado.

21 de octubre: el Milrevkom convoca a un mitin de los comités de regimientos, les hace aprobar una resolución inocua, que presenta al Estado Mayor del ejército, solicitando que se incluya su contrafirma en cualquier orden que se envíe a las tropas. La solicitud es rechazada.

22 de octubre: el Milrevkom declara que el Estado Mayor es «contrarrevolucionario».

23-24 de octubre: el Milrevkom lleva a cabo engañosas negociaciones con el Estado Mayor.

24 de octubre: unidades leales al gobierno ocupan puntos estratégicos de Petrogrado, clausuran periódicos bolcheviques; los bolcheviques reaccionan y toman gran parte

de Petrogrado.

Noche del 24-25 de octubre: Kérenski pide ayuda al frente; Lenin, disfrazado, se abre paso hasta el Smolni, donde está por reunirse el Segundo Congreso de los Sóviets patrocinado por los bolcheviques; valiéndose del Milrevkom, los bolcheviques completan la ocupación de la capital.

Mañana del 25 de octubre: Kérenski escapa del Palacio de Invierno hacia el frente, en busca de apoyo militar; en nombre del Milrevkom, Lenin declara la deposición del Gobierno Provisional y el traspaso del poder a los sóviets.

25 de octubre: intentos infructuosos de los bolcheviques por hacerse con el Palacio de Invierno, donde los ministros del gobierno esperan a ser liberados por las tropas leales; por la tarde, Trotski inaugura una sesión extraordinaria del Sóviet de Petrogrado; Lenin hace su primera aparición pública desde el 4 de julio; en Moscú, ante una moción bolchevique, el sóviet forma un Comité Militar Revolucionario.

26 de octubre: tropas del Milrevkom de Moscú toman por asalto el Kremlin.

Noche del 25-26 de octubre: cae el Palacio de Invierno, los ministros son arrestados; los bolcheviques inauguran el Segundo Congreso de los Sóviets.

Noche del 26 de octubre: el Congreso de los Sóviets aprueba los decretos de Lenin de Tierras y Paz; autoriza la formación de un nuevo Gobierno Provisional: el Consejo de Comisarios del Pueblo (Sovnarkom), con Lenin como presidente (primer ministro); es designado un nuevo CEC, controlado por los bolcheviques.

27 de octubre: se aplaza el Segundo Congreso de los Sóviets; se proscribe a la prensa opositora (Decreto de Prensa).

28 de octubre: tropas progubernamentales recuperan el

Kremlin en Moscú.

29 de octubre: el Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios da a los bolcheviques un ultimátum para que amplíe la composición de partidos del gobierno; Kámenev está de acuerdo. El gobierno anuncia que emitirá leyes sin aprobación previa del Comité Ejecutivo Central del Sóviet. La Unión de Empleados Públicos declara la huelga.

30 de octubre: choque entre cosacos y marineros probolcheviques y Guardias Rojos, cerca de Púlkovo; los cosacos se retiran. El Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios exige que los bolcheviques abandonen el gobierno.

31 de octubre-2 de noviembre: enfrentamientos en Moscú que terminan con la rendición de las tropas progubernamentales.

1-2 de noviembre: el Comité Central bolchevique rechaza las demandas del Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios; Kámenev y otros cuatro comisarios dimiten en protesta por el rechazo de Lenin al compromiso de ampliar el gabinete.

4 de noviembre: encuentro crucial entre Lenin y Trotski y el Comité Ejecutivo Central de los Sóviets; manipulando los votos, el Sovnarkom obtiene autoridad formal para legislar por decreto.

9 de noviembre: los bolcheviques transmiten su Decreto de Paz a los representantes aliados, cuyos respectivos gobiernos rechazan el llamamiento a un armisticio inmediato.

12 de noviembre: comienzan en Petrogrado las elecciones a la Asamblea Constituyente; prosiguen en la Rusia no ocupada hasta finales del mes. Los socialistas revolucionarios obtienen el mayor número de votos.

14 de noviembre: los empleados bancarios rechazan las

solicitudes de dinero del Sovnarkom.

15 de noviembre: primera sesión regular del Sovnarkom bolchevique.

17 de noviembre: tropas bolcheviques irrumpen en el Banco del Estado, retiran 5 millones de rublos.

20 de noviembre /3 de diciembre: comienzan las negociaciones de armisticio en Brest-Litovsk; la delegación soviética acude encabezada por Yoffe.

22 de noviembre: un decreto disuelve la mayoría de los tribunales y profesiones jurídicas; creación de los tribunales revolucionarios.

22-23 de noviembre: creación de la Unión para la Defensa de la Asamblea Constituyente.

23 de noviembre /6 de diciembre: los rusos y las Potencias Centrales acuerdan un armisticio.

26 de noviembre: es convocado el Congreso Campesino en Petrogrado.

28 de noviembre: reunión de restos de la Asamblea Constituyente.

Diciembre: se crea el Consejo Supremo de Economía (VSNKh).

4 de diciembre: los bolcheviques y los socialistas revolucionarios de izquierdas disuelven el Congreso Campesino.

7 de diciembre: se crea la Checa.

9-10 de diciembre: los bolcheviques llegan a un acuerdo con los socialistas revolucionarios de izquierdas; los socialistas revolucionarios de izquierdas entran en el Sovnarkom y la Checa.

15/28 de diciembre: se posponen las conversaciones en Brest.

27 de diciembre/9 de enero: se retoman las conversaciones en Brest; Trotski encabeza la delegación rusa.

30 de diciembre/12 de enero: las Potencias Centrales reconocen la Rada como el gobierno de Ucrania.

Finales de diciembre: los generales Alexéiev y Kornílov fundan el Ejército de Voluntarios.

1918

1 de enero: atentado contra Lenin.

5/18 de enero: único día de sesión de la Asamblea Constituyente; los manifestantes que la defienden son atacados con disparos y dispersados. Los «trabajadores plenipotenciarios» celebran su primer mitin; Trotski vuelve de Brest a Petrogrado.

6 de enero: es clausurada la Asamblea Constituyente.

8 de enero: inauguración del Tercer Congreso de los Sóviets patrocinado por los bolcheviques; aprueba la «Declaración de Derechos de las Masas Trabajadoras y Explotadas» y proclama la República Soviética Rusa.

15/28 de enero: Trotski vuelve a Brest, se reanudan las conversaciones.

21 de enero: la Rusia soviética repudia las deudas externa e interna.

28 de enero: la Rada proclama la independencia de Ucrania.

9 de febrero: las Potencias Centrales firman la paz por separado con Ucrania; el káiser ordena a la delegación germana en Brest que dé un ultimátum a los rusos.

17-18 de febrero: disputas entre los bolcheviques por las exigencias alemanas para firmar la paz; Lenin se asegura una escueta mayoría para su aprobación.

18 de febrero: las tropas alemanas y austríacas retoman la

ofensiva contra Rusia.

21 de febrero: Trotski solicita ayuda militar francesa.

21-22 de febrero: el decreto de Lenin titulado «¡La madre patria socialista en peligro!» autoriza ejecuciones sumarias de los opositores.

23 de febrero: el ultimátum germano llega con nuevas demandas territoriales.

24-25 de febrero: los alemanes ocupan Dorpat, Revel y Borisov.

1 de marzo: la delegación rusa vuelve a Brest; dos días después firma el texto alemán del tratado de paz.

Principios de marzo: el gobierno bolchevique se traslada a Moscú.

5 de marzo: el Sóviet de Múrmansk requiere a Moscú, y le es concedida, autorización para que permita desembarcos de tropas aliadas con el fin de protegerlo.

6-8 de marzo: Séptimo Congreso del Partido Bolchevique.

Marzo: se crean los tribunales del pueblo.

9 de marzo: primeros contingentes aliados en Múrmansk.

14 de marzo: el Congreso Soviético ratifica el Tratado de Brest; los socialistas revolucionarios de izquierdas abandonan el Sovnarkom.

Noche del 10-11 de marzo: Lenin se traslada a Moscú.

16 de marzo: se ordena a los grandes duques que se registren en la Checa; a continuación son exiliados a los Urales.

4 de abril: primeros desembarcos japoneses en Vladivostok.

13 de abril: muere Kornílov a causa de una bala perdida; el general Denikin asume el mando del Ejército de Voluntarios.

Abril: la Rusia soviética y Alemania abren sendas misiones

diplomáticas.

20 de abril: decreto que proscribe la compra y alquiler de empresas industriales y comerciales; todos los títulos y bonos deben ser registrados en el gobierno.

22 de abril: la Federación Transcaucásica proclama la independencia.

26 de abril: Nicolás, su esposa y una hija salen escoltados desde Tobolsk a Ekaterimburgo; llegan allí el 30 de abril y son recluidos.

1 de mayo: es abolida la herencia.

8-9 de mayo: el Sovnarkom decide lanzar un asalto a las áreas rurales.

9 de mayo: los bolcheviques disparan contra una manifestación de trabajadores en Kolpino.

13 de mayo: declaración de guerra al «campesinado burgués» por un decreto que confiere al comisario de Abastecimiento derechos extraordinarios.

14 de mayo: altercado entre prisioneros de guerra de la Legión Checoslovaca y magiares en Cheliábinsk.

20 de mayo: decreto que crea los «destacamentos de suministro de alimentos».

22 de mayo: la Legión Checoslovaca se niega a deponer las armas; Trotski ordena que se la desarme por la fuerza. Se inicia la rebelión checa.

26 de mayo: la Federación Transcaucásica es desmembrada en las repúblicas independientes de Georgia, Armenia y Azerbaiyán.

Mayo-junio: elecciones a los sóviets urbanos en Rusia; los bolcheviques pierden la mayoría en todas las ciudades, pero la reimponen por la fuerza.

Principios de junio: desembarcos británicos en Arcángel.

8 de junio: los checos ocupan Samara, tras lo cual se forma el Comité de la Asamblea Constituyente (Komuch).

11 de junio: decreto que ordena la formación en los pueblos de los comités de pobres (*kombedi*).

Noche del 12-13 de junio: el gran duque Miguel y su acompañante son asesinados cerca de Perm.

16 de junio: instauración de la pena capital.

26 de junio: el Consejo de Trabajadores Plenipotenciarios llama a un día de huelga de carácter político el 2 de julio.

28 de junio: el káiser Guillermo II decide proseguir su apoyo a los bolcheviques; el gobierno soviético ordena la nacionalización de las grandes industrias.

Verano: guerra civil en el área rural cuando los campesinos se resisten a las expropiaciones bolcheviques del cereal.

1 de julio: se proclama el gobierno de Siberia Occidental en Omsk.

2 de julio: fracasa la huelga antibolchevique en Petrogrado; fecha probable en la que los líderes bolcheviques deciden ejecutar al antiguo zar.

4 de julio: es inaugurado el Quinto Congreso de los Sóviets en Moscú; este aprueba la Constitución soviética.

Noche del 5-6 de julio: levantamiento de Sávinkov en Yaroslavl, seguido de alzamientos en Múrom y Rýbinsk.

6 de julio: asesinato de Mirbach seguido del levantamiento de los socialistas revolucionarios de izquierdas en Moscú.

7 de julio: las tropas letonas controlan la rebelión de los socialistas revolucionarios de izquierdas.

Noche del 16-17 de julio: asesinato de Nicolás II, su familia y sirvientes en Ekaterimburgo.

17 de julio: masacre en Alapáievsk de varios grandes duques y sus acompañantes.

21 de julio: las fuerzas de Sávinkov se rinden en Yaroslavl; masacre de 350 oficiales y civiles.

29 de julio: se instaura el entrenamiento militar obligatorio; se ordena inscribirse a los oficiales del Ejército Imperial.

1-2 de agosto: nuevas fuerzas aliadas desembarcan en Arcángel y Múrmansk; los bolcheviques piden ayuda alemana contra los Aliados y las fuerzas de los Blancos (voluntarios) en el sur.

6 de agosto: Berlín llama al embajador alemán en Moscú, tras lo cual cierra la embajada moscovita.

Agosto: Lenin llama a los trabajadores a exterminar a los «kulaks».

24 de agosto: nacionalización de las fincas reales urbanas.

27 de agosto: se firma un Tratado Complementario ruso-alemán, con cláusulas secretas.

30 de agosto: M. S. Uritski, jefe de la Checa de Petrogrado, es asesinado a primera hora del día; al atardecer, Fanni Kaplán dispara contra Lenin.

4 de septiembre: instrucción ordenando la toma de rehenes.

5 de septiembre: lanzamiento oficial del Terror Rojo; masacres de prisioneros y rehenes en todo el territorio de Rusia que está bajo control bolchevique.

21 de octubre: se exige a todos los ciudadanos soviéticos capacitados físicamente que se inscriban en las agencias gubernamentales de empleo.

30 de octubre: se impone una contribución de 10.000 millones de rublos a la «burguesía» urbana y rural.

Principios de noviembre: expulsión de la embajada soviética en Berlín.

13 de noviembre: el gobierno soviético denuncia el Tratado

de Brest-Litovsk y el Tratado Complementario.

2 de diciembre: se disuelven los comités de pobres.

10 de diciembre: se promulga el «Código Laboral».

1919

Enero: se instaura el impuesto en especies (*prodrazviorstka*) para los campesinos.

7 de enero: son abolidas las checas de los *uezd*.

17 de febrero: Dzerzhinski anuncia cambios en el funcionamiento de la Checa y llama a la creación de campos de concentración.

Marzo: es adoptado un nuevo programa del partido; el partido es rebautizado como Partido Comunista ruso; creación del Politburó, el Orgburó y el Secretariado.

16 de marzo: se instauran las comunas de consumidores.

11 de abril: normas relativas los campos de concentración.

15 de mayo: el gobierno autoriza a la Banca Popular a que emita tantos billetes como sean necesarios.

27 de diciembre: se crea la Comisión del Trabajo Obligatorio bajo Trotski; inicio de la «militarización del trabajo».

Cien obras sobre la Revolución rusa

Esta selección de textos en torno a la Revolución rusa es sin duda subjetiva; he elegido aquellos libros de los que más cosas he aprendido. Por desgracia, aun cuando la bibliografía rigurosa en lenguas occidentales aumenta cada año, la mayor parte del material está aún en ruso. Se hallarán referencias adicionales en los pies de página y notas al final de cada capítulo.

PRIMERA PARTE

Los dos mejores estudios sobre los años finales de la monarquía son de los de Bernard Pares, a la vez testigo e historiador de los hechos: *Russia and Reform* (Londres, 1907) y *The Fall of the Russian Monarchy* (Londres, 1929). Existe una historia de S. S. Oldenburg afín a Nicolás II, *Tsarstvovaniye Imperatora Nikolaya II*, 2 vols. (Belgrado y Munich, 1939-1949). Ha sido traducida como *Last Tsar. Nicholas II. His Reign and His Russia*, 4 vols. (Gulf Breeze, 1975-1978). Los tres volúmenes de *The Empire of the Tsars and the Russians* (Nueva York y Londres, 1898), de Anatole Leroy-Beaulieu, son un estudio muy completo de la Rusia imperial en la década de 1880. El lector puede asimismo consultar mi texto *Russia under the Old Regime* (Londres y Nueva York, 1974), que ofrece una interpretación del curso que siguió la historia política y social de Rusia.

Hay una fuente única de testimonios de altos funcionarios en los años finales del antiguo régimen, recopilados por una

comisión del Gobierno Provisional y publicados al amparo editorial de P. E. Shcheglovítov: *Padeniye tsarskogo rezhima*, 7 vols. (Leningrado, 1924-1927). Se han publicado fragmentos escogidos de estos en francés: *La chute du régime tsariste. Interrogatoires* (París, 1927). Una «crónica» en seis volúmenes del año 1917, editada por N. Avdéiev *et al.*, *Revoliutsia 1917. Jronika sobiti* (Moscú, 1922-1930), ofrece mucho más de lo que su título promete, pues contiene una cantidad ingente de información tomada de fuentes contemporáneas raras e inéditas.

De la memoria documental de la Rusia imperial tardía, lo más sobresaliente son las memorias de Serguéi Witte, *Vospominania*, 3 vols. (Moscú, 1960). El compendio en inglés en un único volumen, realizado por Abraham Yarmolinski, *Memoirs of Count Witte* (Londres y Garden City, Nueva York, 1921), es un pálido reflejo del original. Son extremadamente informativas respecto a la mentalidad dominante en la alta burocracia imperial las memorias del secretario de Estado, Serguéi E. Krizhanovski, *Vospominania* (Berlín, [1938]). Las memorias del líder liberal Pável Miliukov aparecieron póstumamente: *Vospominania* (Nueva York, 1955) (en inglés, *Political Memoirs, 1905-1917*, Ann Arbor, 1967). Dmitri Shípov, un destacado líder conservador, escribió *Vospominania i dumi o perezhitom* (Moscú, 1918).

El mejor estudio de la burocracia imperial tardía permanece por desgracia inédito; es la tesis doctoral realizada por Theodor Taranovski en 1976 y presentada en la Universidad de Harvard con el título *The Politics of Counter-Reform. Autocracy and Bureaucracy in the Reign of Alexander III, 1881-1894*.

Sobre el campesinado, dignas de destacar son las observaciones personales de Alexánder N. Engelgardt en *Iz*

derevni (Moscú, 1987), y de Stepniak [S. M. Kravchinski], *The Russsian Peasantry* (Nueva York, 1988). *The Awkward Class* (Oxford, 1972), de Theodore Shanin, es un estudio de los campesinos rusos bajo el zarismo y el gobierno comunista.

Sobre el fenómeno de la *intelligentsia*, hay una recopilación de ensayos muy ilustrativos editada por George B. de Huszar, *The Intellectuals* (Londres y Glencoe, 1960). No hay, con todo, una historia satisfactoria de la *intelligentsia* rusa en el siglo XX. Sobre los socialistas revolucionarios, disponemos de *Die Sozialrevolutionare Partei Russlands* (Colonia y Viena, 1978), de Manfred Hildermeier. Sobre los socialdemócratas, el lector puede consultar *The Communist Party of the Soviet Union* (Nueva York, 1960), de Leonard Shapiro, y *The Rise of Social Democracy in Russia* (Oxford, 1963), de John L. H. Keep. Respecto a los primeros liberales, cabe mencionar *The Liberation Movement in Russia, 1900-1905* (Cambridge, 1973), escrita por Shmuel Galai. La obra en cuatro tomos titulada *Obshchestvennoye dvizheniye v Rossi v nachale XX -go veka* (San Petersburgo, 1910-1914), editada por Mártov y otros mencheviques, nos ofrece un estudio muy sagaz sobre el tema, si bien teñido de partidismo. Hay un recuento del terrorismo revolucionario en *Histoire du terrorisme russe, 1886-1917* (París, 1930), de A. Spiridóvich. Mi propia biografía en dos tomos de Struve, *Struve. Liberal on the Left (1870-1905)* (Cambridge, Massachusetts, 1970), y *Struve. Liberal on the Right (1905-1944)* (Cambridge, Massachusetts, 1980), trata sobre un importante intelectual ruso de la época, que evolucionó del marxismo al liberalismo y terminó siendo monárquico.

La primera Revolución rusa es el tema de *The Revolution of 1905* (Stanford, 1988), de Abraham Ascher; hay en proceso una segunda parte que trata de 1906. La tesis doctoral titulada *Nicholas II and the Role of the Autocrat during the First*

Russian Revolution, 1904-1907, de Andrew M. Verner y presentada en la Universidad de Columbia en 1986, aporta mucha información de archivo sobre las políticas zaristas.

El texto *The Russian Constitution of April 23, 1906* (Bruselas, 1976), de Marc Szeftel, traduce y analiza las Leyes Fundamentales de 1906.

G. A. Hosking analiza el período de la Duma en *The Russian Constitutional Experiment* (Cambridge, 1973). El mejor estudio de la gestión de Stolipin está disponible, para variar, solo en polaco; es el texto *Ostatniye lata Rosji Carskiej. Rzady Stolypina* (Varsovia, 1972). Las políticas agrarias de Stolipin son el tema de *Stolipinskaya zemelnaya reforma* (Moscú, 1963), de S. M. Dubrovski. A. Serebrennikov ha recopilado los materiales relativos a su asesinato en *Ubistvo Stolipina. Svidetelstva i dokumenti* (Nueva York, 1986).

La participación rusa en la guerra es el tema de *The Eastern Front, 1914-1917* (Londres y Nueva York, 1975), de Norman Stone. Los dos volúmenes de *With the Russian Army* (Londres, 1921), de Alfred Knox, conforman un estudio en extremo informativo del agregado militar británico. V. A. Emets, en *Ocherki vneshnei politiki Rosi, 1974-1917* (Moscú, 1977), y Valentín S. Diakin, en *Ruskaya burzhuazia i tsarizm v godi pervoi mirovoi voini (1914-1917)* (Leningrado, 1967), ofrecen sendos análisis de la situación política en Rusia durante la Primera Guerra Mundial, relativamente ajenos a las habituales distorsiones soviéticas. Lo mismo vale para el libro del historiador polaco Ludwig Bazylov, *Obaleniye caratu* (Varsovia, 1976). Los tres volúmenes de Alexánder I. Spiridóvich, *Velikaya voina i fevralskaya revoliutsia, 1914-1918 gg.* (Nueva York, 1962), aportan mucha información de provecho. Arkadi L. Sidorov, en *Ekonomicheskoye polozheniye Rossi v godi pervoi mirovoi voini* (Moscú, 1973), trata sobre

los antecedentes económicos previos a la revolución.

Bernard Pares, en *Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914-1916* (Londres, 1923), publicó la correspondencia dirigida por Alejandra Fiódorovna a Nicolás II durante la guerra. Las cartas del propio Nicolás a su esposa durante el mismo período están disponibles solo en ruso en *KA*, n.º 4 (1923). De inmenso valor resultan las actas de las reuniones de gabinete entre 1915 y 1916, compiladas por A. N. Yajontov en *Arjiv russkoi revoliutsi*, vol. 18 (1926); han sido traducidas por Mijaíl Cherniavski como *Prelude to Revolution* (Englewood Cliffs, 1967).

El mejor tratamiento del caso de Rasputín es el que ofrecen altos oficiales de los servicios de seguridad, como Stepan P. Beletski, en *Grigori Rasputin* (Petrogrado, 1923), y Alexánder I. Spiridóvich, *Raspoutine* (París, 1935).

La situación de Rusia en vísperas de la Revolución de Febrero queda bien reflejada en los informes significativamente objetivos y bien documentados del Cuerpo de Gendarmería, publicados por Berta B. Grave con el título equívoco de *Burzhuazia nakanune fevralskoi revoliutsi* (Moscú y Leningrado, 1927). El texto *IV Gosudarstvennaya Duma i sverzheniye tsarizma v Rossi* (Moscú, 1976), de Yevgueni D. Chermenski, es la versión comunista habitual, si bien resulta útil, porque el autor tuvo acceso a las fuentes de archivo.

La crónica histórica estándar de lo ocurrido en febrero de 1917 es *The February Revolution. Petrograd, 1917* (Seattle y Londres, 1981), de Tsuyoshi Hasegawa. Muy informativo resulta el texto *Tsarskaya armia v fevralskom perevorote 1917 goda* (Leningrado, 1927), de Yevgueni I. Martínov, que trata sobre muchos otros asuntos aparte de los relacionados con las fuerzas armadas y ofrece una documentación muy sólida

como base. El libro *Martovskiye dnie* (París, 1961), de Serguéi P. Melgunov, está, como todo lo perteneciente a este autor, bien documentado, si bien resulta polémico y desordenado. De los libros de memorias en torno a 1917, el lugar más honorable les corresponde a las memorias en 7 volúmenes que, con el título *Zapiski o revoliutsi* (Berlín, San Petersburgo y Moscú, 1922-1923), publicó Nikolái Sujánov, un menchevique directamente involucrado en los acontecimientos, que detentaba además un talento literario inusual. Buena parte de esta obra ha sido traducida al inglés y editada por Joel Carmichael con el título *The Russian Revolution. A Personal Record* (Oxford, 1955). El texto dividido en dos partes titulado *Istoria Vtoroi Russkoi Revoliutsi* (Sofía, 1921), de Pável Miliukov, es una crónica histórica y también un libro de memorias. Está publicado en inglés, *The Russian Revolution*, 3 vols. (Gulf Breeze, 1978). Los tres volúmenes de *Semnadtsatyi god* (Moscú y Leningrado, varias fechas en el curso de la década de 1920), de Alexánder Shliápnikov, son las memorias de un importante líder bolchevique. *Vospominania o Fevralskoi Revoliutsi* (París y La Haya, 1963), 2 vols., obra de Irakli G. Tsereteli, constituyen un relato demasiado extenso de un líder menchevique del Sóviet de Petrogrado. El libro *Untimely Thoughts* (Nueva York, 1968), de Maxim Gorki, traducido al inglés por E. H. Ermoláiev, es una recopilación de sus contundentes observaciones sobre 1917-1918 en las páginas del diario *Novaya Zhizn*.

SEGUNDA PARTE

Una estupenda crónica de la Rusia de 1917-1918 es la del primer tomo de *The Russian Revolution* (Londres y Nueva York, 1935), de William Henry Chamberlin. La *Historia de la Revolución rusa* de León Trotski [hay trad. cast. en Ediciones Quimantú, Santiago de Chile (1970-1973), hoy prácticamente

desaparecida, y en la red digital La Red Vasca Roja, diciembre 2002, además de alguna versión digital en www.amazon.com)], es en parte un ensayo político y en parte un texto literario. *Lenin an der Macht* (Weinheim, 1984), de Peter Scheibert, es un almacén de datos poco conocidos sobre la Rusia bajo el gobierno de Lenin.

Respecto al propio Lenin, cabe recomendar múltiples biografías. David Shub, un menchevique con una aguda captación del medio en el que Lenin trabajaba, es el autor de *Lenin* (Nueva York, 1948; Londres, 1966). El texto *The Bolsheviks* (Nueva York, 1965; Londres, 1966), de Adam Ulam, se centra también en el líder comunista. Hay revelaciones acerca de su personalidad en *O Lenine* (Moscú, 1924), de León Trotski, y *Vladimir Illich Lenin* (Leningrado, 1924), de Maxim Gorki. Surgido de varios diálogos íntimos, cabe mencionar el libro *The Early Years of Lenin* (Ann Arbor, 1969), de Nikolái Valentínov.

Lenins Rückkehr nach Russland, 1917 (Leiden, 1957), de Werner Hahlweg, analiza y ofrece documentación del retorno de Lenin a Rusia a través de Alemania. Zbynek A. B. Zeman publicó en *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918* (Londres, 1958) algunos documentos esenciales respecto a los vínculos entre Lenin y los alemanes, tomados de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán.

Kérenski publicó en colaboración con Robert Bowder una recopilación en tres tomos de documentos variados con el título *The Russian Provisional Government, 1917* (Stanford, 1961). Sus memorias de 1917 están disponibles en varias versiones, de las cuales las mejores son *The Catastrophe* (Nueva York y Londres, 1927) y *Crucifixion of Liberty* (Londres y Nueva York, 1934). Existe, además, una biografía admirable de Richard Abraham, *Alexander Kerenski. The*

First Love of the Revolution (Nueva York, 1987).

V. D. Nabokov and the Russsian Provisional Government, 1917 (New Haven y Londres, 1976), es una visión desde dentro del Gobierno Provisional, que abarca sus memorias como secretario de Estado. El mejor texto sobre la organización rival es *The Soviets* (Nueva York, 1974), de Oskar Anweiler [hay trad. cast.: *Los sóviets en Rusia, 1905-1921*, Madrid, Zero, 1975].

El golpe de Estado bolchevique de julio no cuenta hasta ahora con un historiador autorizado. Se han publicado muchos documentos relevantes bajo la edición de Dmitri A. Chugaev en *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule 1917 g.* (Moscú, 1959). Hay gran cantidad de información sobre este hecho, al igual que sobre otras actividades bolcheviques durante 1917, en las recopilaciones del jefe de contrainteligencia de Kérenski, el coronel B. Nikítin, publicadas con el título *Rokoviye godi* (París, 1937) (en inglés, *The Fateful Years*, Londres, 1938).

John L. H. Keep analiza en *The Russian Revolution* (Londres, 1976) los cambios sociales que tuvieron lugar en Rusia entre 1917 y 1918.

Dmitri A. Chugaev editó una recopilación de documentos sobre el caso Kornílov con el título de *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rosi v avguste 1917 g. Razgrom Kornilovskogo miatezha* (Moscú, 1959). Entre las crónicas secundarias, puede que la mejor sea *Kornilov* (Leningrado, 1927), de Yevgueni I. Martínov (detractor de Kornílov), y *The Kornilov Affair* (Londres y Nueva York, 1980), de George Katkov (afín a él).

El golpe de octubre está reflejado de manera muy imperfecta en las actas claramente adulteradas del Comité Central: *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP, avgust*

1917-fevral 1918 (Moscú, 1958). De las crónicas históricas, cabe destacar *Kak bolsheviki zajvatili vlast* (París, 1953), de Serguéi P. Melgunov (hay un resumen en inglés, *The Bolshevik Seizure of Power*, Santa Bárbara, 1972), y *Red October* (Nueva York, 1967; Londres, 1968).

En cuanto a la dictadura comunista, una fuente indispensable son los decretos (no todos) publicados como *Dekreti sovietskoi vlasti* (Moscú, 1957), de los cuales habían aparecido 13 volúmenes en el momento de escribir estas líneas. Leonard Shapiro, en *The Origin of the Communist Autocracy* (Londres y Cambridge, 1977), 2.ª ed., rastrea el surgimiento de la dictadura de partido único a principios de la década de 1920. Hay una crónica comunista relativamente buena del mismo proceso, visto desde una perspectiva muy diferente, en *Sozdaniye sovietskogo tsentralnogo gosudarstvienogo apparata* (Leningrado, 1967), 2.ª ed., de M. P. Iróshnikov. El texto *Stalinskaya shkola falsifikatsi* (Berlín, 1932), de León Trotski, incluye importante documentación no disponible en ningún otro sitio.

Respecto a la Asamblea Constituyente, disponemos de las memorias de su secretario, M. V. Visniak, *Vserossiskoye Uchreditelnoye Sobraniye* (París, 1932), y una monografía de título idéntico del historiador soviético O. N. Znamenski, publicada en Leningrado en 1976.

La crónica del Tratado de Brest-Litovsk, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace* (Londres y Nueva York, 1956), de John Wheeler-Bennett, aunque fue publicada por primera vez hace más de medio siglo, no ha sido superada. Hay importantes documentos acerca de las relaciones germano-rusas en el volumen 1 de *Sovietsko-Germanskiye Otnoshenia* (Moscú, 1968). La enredosa historia de las relaciones germano-rusas en 1918 es materia de un autorizado tratamiento por

Winfried Baumgart, en *Deutsche Ostpolitik 1918* (Viena y Munich, 1966).

M. Klante, en *Von der Wolga zum Amur* (Berlín, 1931), refiere el levantamiento checo.

No hay ningún tratamiento satisfactorio del levantamiento de los socialistas revolucionarios de izquierdas o el de Sávinkov en Yaroslavl.

En muchos sentidos, el mejor libro sobre el comunismo de guerra es de alguien que participó en los hechos, Lev N. Kritsman, titulado *Geroicheski period Velikoi Russkoi Revoliutsi* (Moscú y Leningrado, 1926). Hay muchos datos útiles en el texto *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921* (Cambridge, 1985). El trato comunista al frente laboral es el tema de *Labour Policy in the USSR, 1917-1928* (Nueva York, 1979), de M. Dewar. El texto *Building Lenin's Russia* (Chicago, 1945), de Simón Liberman, esclarece el lado humano del experimento económico soviético.

No se ha escrito ningún estudio que abarque al campesinado en los primeros años del gobierno comunista. Entre los más exhaustivos están *The End of the Russian Land Commune, 1905-1930* (Stanford, 1983), de D. Atkinson, y *Krestianskoye joziaistvo v usloviaj «Voennogo Kommunizma»* (Moscú, 1988), de Víctor V. Kabánov. El texto *Tragedia krestianskij vosstani v Rossi, 1918-1921 gg* (Jerusalén, 1988), de Mijaíl Frenkin, describe la resistencia campesina a las políticas agrarias comunistas.

Sobre la familia imperial entre 1917 y 1918, disponemos de *Sudba Imperatora Nikolaya II posle otrechenia* (París, 1951), de Serguéi P. Melgunov. *Ubistvo tsarskoi semi* (París, 1925), de Nikolái A. Sokólov, resume los hallazgos de la comisión investigadora que el autor presidió (en francés: *Enquête*

judiciaire sur l'assassinat de la famille impériale russe, París, 1924). El destino de los restantes Romanov a manos de los soviéticos es el tema de *Autour de l'assassinat des grands-ducs* (París, 1928).

La obra más importante acerca del Terror Rojo en todas sus facetas es *The Cheka. Lenin's Political Police* (Oxford, 1986) de George H. Leggett. En cuanto a los primeros campos de concentración soviéticos, cabe mencionar, de James Bunyan, *The Origin of Forced Labor in the Soviet State, 1917-1921* (Baltimore, 1967).

Agradecimientos textuales

Con profundo agradecimiento mencionamos aquí a las entidades que nos han dado permiso para reimprimir material ya publicado:

Gerald Duckworth & *Company Ltd.*: extracto de *Letters of Tsaritsa to the Tsar 1914-1916*, editado por sir Bernard Pares, Duckworth & Co., 1923. Reimprimido con el permiso de Gerald Duckworth & Company Ltd.

Europe Printing Establishment y *Mouton de Gruyter*: traducción de Richard Pipes de algunos fragmentos de Kantorovich en *Biloye*, n.º 22 (1923); Maliantovich en *Biloye*, n.º 12 (1918); Gorovich en *ARR*, vol. 4 (1922), y *NChS*, n.º 9 (1925). Reimprimido con el permiso de Europe Printing Establishment y Mouton de Gruyter, una filial de Walter de Gruyter & Co.

Karin Kramer Verlag: traducción de Richard Pipes de algunos fragmentos de *Gewalt und Terror in der Revolution* de Isaac Steinberg (1974). Reimprimido con el permiso de Karin Kramer Verlag, Berlín.

Peters Fraser & *Dunlop Group Ltd.*: extracto de *The Kornilov Affair. Kerensky and the Break-up of the Russian Army* de George Katkov, Longman Group Ltd., Londres. Copyright 1980 de George Katkov. Reimprimido con el permiso de Peters Fraser & Dunlop Group Ltd.

Royal Institute of International Affairs: extracto de *Soviet Documents on Foreign Policy*, vol. 1, 1917-1924,

seleccionado y editado por Jane Degras. Publicado por Oxford University Press para el Royal Institute of International Affairs, Londres, 1951. Reimprimido con permiso.

Times Newspapers Limited: «Ex-Tsar Shot. Official Approval of Crime», *The Times*, 22 de julio de 1918. Copyright de Times Newspapers Limited. Reimprimido con permiso.

The University of Chicago Press: extracto de *Building Lenin's Russia* de Simón Liberman. Copyright 1945 por la Universidad de Chicago. Reimprimido con el permiso de The University of Chicago Press.

Extracto de *The Catastrophe. Kerensky's Own Story of the Russian Revolution* de Alexánder F. Kérenski, 1927, publicado por Penguin USA para D. Appleton and Company.

Extracto de *The Murder of the Romanovs* por el capitán Paul Bulygin, 1935, publicado por Random Century Group, Londres, para Hutchinson & Co. Ltd.

Ilustraciones

1. Lenin, marzo de 1919. VAAP, Moscú
2. Nicolás II y su familia poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Brown Brothers
3. Viacheslav Pleve
4. Los restos de Pleve tras el atentado terrorista
5. Príncipe Piotr Dmitriévich Sviátopolk-Mirski
6. El gobernador Fullon visita al padre Gapón y su Asamblea de Trabajadores Rusos
7. El Domingo Sangriento
8. Pável Miliukov. Biblioteca del Congreso
9. Serguéi Witte. Biblioteca del Congreso
10. Una multitud celebra la proclamación del Manifiesto del 17 de octubre de 1905
11. Tras un pogromo antijudío en Rostov del Don. Cortesía del profesor Abraham Ascher
12. Miembros del Sóviet de San Petersburgo camino del destierro en Siberia, 1905
13. El futuro Nicolás II como zarévich. Cortesía del señor Marvin Lyons
14. Clase de danza en el Instituto Smolni, hacia 1910. Cortesía del señor Marvin Lyons
15. Campesinos rusos, finales del siglo XIX. Biblioteca del

Congreso

16. Asamblea aldeana. Cortesía del Consejo de Administración del Museo de Victoria y Alberto, Londres
17. Campesinos con ropa de invierno
18. Cultivo en franjas, tal como se practicaba en Rusia central hacia 1900
19. L. Mártov y T. Dan
20. Iván Goremikin
21. Piotr A. Stolipin, 1909. Papeles de M. P. Bok, Archivo Bakhmeteff, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia
22. Diputados de derecha de la Duma
23. General Vladímir A. Sujomlínov. *The Illustrated London News*
24. Nicolás II en el cuartel general del ejército, septiembre de 1914
25. Prisioneros de guerra rusos capturados por los alemanes en Polonia, primavera de 1915. Cortesía de los administradores del Museo Imperial de la Guerra, Londres
26. General Alexis Polivánov. VAAP, Moscú
27. Alejandra Fiódorovna y su confidente, Anna Vírubova
28. Alexánder Protopópov
29. Rasputín con niños en su aldea siberiana
30. Día Internacional de la Mujer en Petrogrado, 23 de febrero de 1917. VAAP, Moscú
31. Una multitud en la plaza Znamenski, Petrogrado. Biblioteca del Congreso
32. Soldados amotinados en Petrogrado, febrero de 1917. VAAP, Moscú

33. Manifestantes queman en Petrogrado emblemas del régimen imperial, febrero de 1917. *The Illustrated London News*
34. Arresto de un informante de la policía. Cortesía del señor Marvin Lyons
35. Obreros derribando la estatua de Alejandro III en Moscú, 1918
36. Comité Provisional de la Duma. Biblioteca del Congreso
37. Tropas de la guarnición de Petrogrado frente al Palacio de Invierno
38. Un marinero despoja de sus charreteras a un oficial. VAAP, Moscú
39. Kosma A. Gvózdev. División Eslava y Báltica. Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden
40. Sección de soldados del Sóviet de Petrogrado. Biblioteca del Congreso
41. Comité Ejecutivo (Ispolkom) del Sóviet de Petrogrado. División Eslava y Báltica. Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden
42. Príncipe Gueorgui Yevguénievich Lvov
43. Alexánder Kérenski
44. Nikolái D. Sokólov redacta la Orden número 1, 1 de marzo de 1917
45. Mitin político en el frente, verano de 1917. *Niva*, n.º 19 (1917)
46. Gran duque Miguel
47. Desfile de aspirantes a oficiales (*iunkers*) en Petrogrado, marzo de 1917
48. El derrocado zar Nicolás en Tsárkoie Seló, marzo de 1917, bajo arresto domiciliario. Biblioteca del Congreso

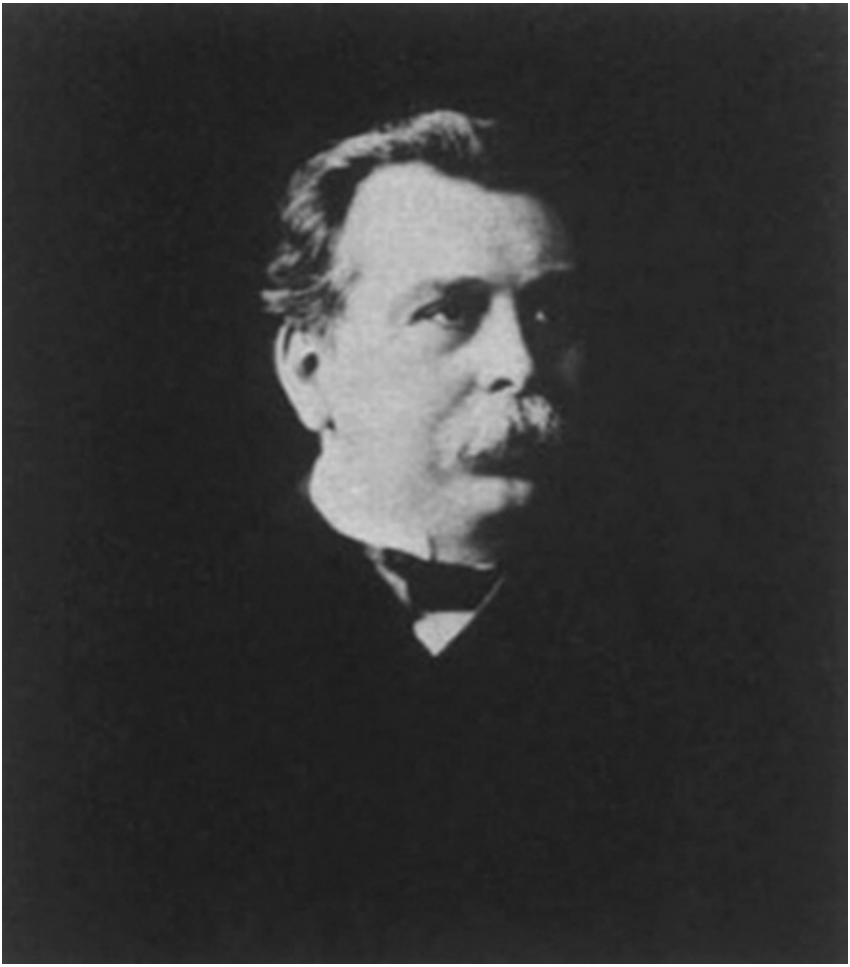
49. Leonid Krasin
50. Lenin, París, 1910
51. Kérenski visita el frente, verano de 1917. Cortesía del Archivo Bakhmeteff, Biblioteca de Libros Raros y Manuscritos, Universidad de Columbia
52. Soldados rusos huyendo de los alemanes, julio de 1917. *The Daily Mirror*, Londres
53. Los acontecimientos de julio de 1917
54. Pável N. Perevérzev. *Niva*, n.º 19 (1917)
55. La plaza del Palacio, en Petrogrado, tras sofocarse el golpe bolchevique
56. Soldados amotinados del Primer Regimiento de Ametralladoras, desarmados, 5 de julio de 1917. VAAP, Moscú
57. León Trotski
58. General Lavr Kornílov
59. Kornílov llevado en volandas a su llegada a la Conferencia de Estado de Moscú
60. Vladímir Lvov
61. Nikolái Vissarionovich Nekrásov
62. Soldados de la «División Salvaje» se reúnen con el Sóviet de Luga
63. El Comité Militar Revolucionario (Milrevcom)
64. Grigori Zinóviev. División Eslava y Báltica. Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden
65. Lev Borisovich Kámenev. Cortesía de los administradores del Museo Imperial de la Guerra, Londres
66. Nikolái Ilich Podvoiski
67. Cadetes (*iunkers*) defendiendo el Palacio de Invierno,

octubre de 1917
68. El Palacio de Invierno, tras haber sido tomado y saqueado por los bolcheviques. VAAP, Moscú
69. El salón de actos del Smolni
70. Cadetes defendiendo el Kremlin de Moscú, noviembre de 1917. VAAP, Moscú
71. Incendios en Moscú durante los combates entre las fuerzas leales y los bolcheviques, noviembre de 1917. VAAP, Moscú
72. Yákov Sverdlov
73. Letones custodiando el despacho de Lenin en el Smolni. Museo Estatal de la Gran Revolución Socialista de Octubre, Leningrado
74. Lenin y miembros del secretariado del Consejo de Comisarios del Pueblo. VAAP, Moscú
75. Una de las primeras reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo. VAAP, Moscú
76. Votación para la Asamblea Constituyente
77. Cartel de propaganda electoral de los demócratas constitucionales. Colección de carteles, Archivos del Instituto Hoover
78. Fiódor M. Onipko. *Niva*, n.º 19 (1917)
79. Víctor Chernov. División Eslava y Báltica. Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden
80. La delegación rusa llega a Brest-Litovsk
81. La firma del armisticio en Brest-Litovsk
82. Tropas rusas y alemanas confraternizando, invierno de 1917-1918. Culver Pictures
83. Kurt Riezler
84. Adolf Yoffe

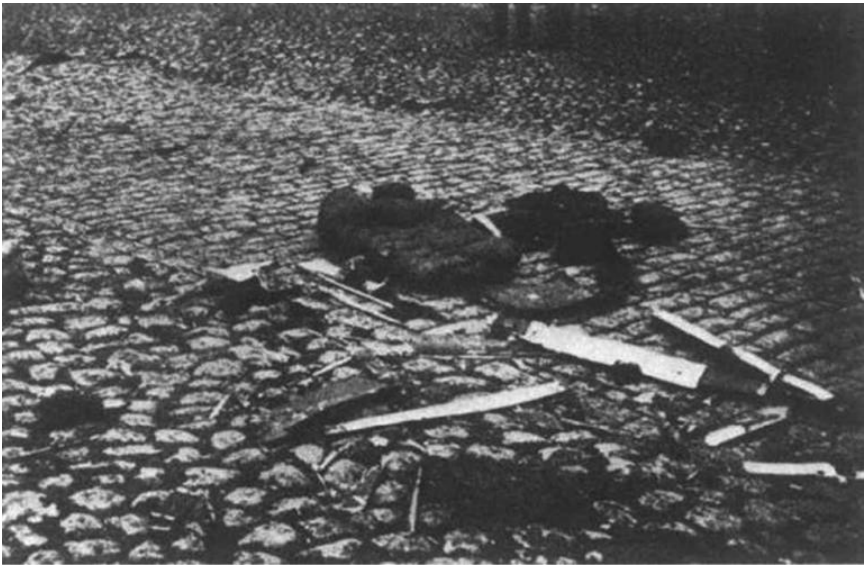
85. Tren blindado de la Legión Checoslovaca en Siberia, junio de 1918. Cortesía de los administradores del Museo Imperial de la Guerra, Londres
86. General Gadja, comandante de la Legión Checoslovaca. Archivos Nacionales, Washington D. C
87. María Spiridónova. Colección Isaac N. Steinberg, Instituto Judío YIVO de Investigaciones, Nueva York
88. Coronel Ioakim Vatsetis
89. Borís Sávinkov
90. Teniente coronel A. P. Perjúrov
91. Un romance germano-ruso, viñeta rusa de la época
92. Yuri Larin
93. Una escena habitual en las calles de Moscú y Petrogrado en 1918-1921. Colección Borís Sokoloff de los Archivos del Instituto Hoover
94. Un típico campesino «burgués-capitalista»
95. Casa de Ipátiev, la «casa del propósito especial»
96. Casa de Ipátiev rodeada por una empalizada. Archivos Nacionales, Washington D. C.
97. Alexis y Olga a bordo del buque *Rus*
98. El asesino de Nicolás II, Yurovski, con su familia
99. Isaac Steinberg. División Eslava y Báltica. Biblioteca Pública de Nueva York, Fundaciones Astor, Lenox y Tilden
100. Félix Dzerzhinski
101. Fanni Kaplán. Colección David King, Londres
102. Dzerzhinski y Stalin

1. Lenin, 1919

2. Nicolás II y su familia poco antes del estallido de la Primera Guerra Mundial. Al lado del zar, Alejandra Fiódorovna. Las hijas, de izquierda a derecha: María, Tatiana, Olga y Anastasia. En primera fila, el zarévich Alexis. <<



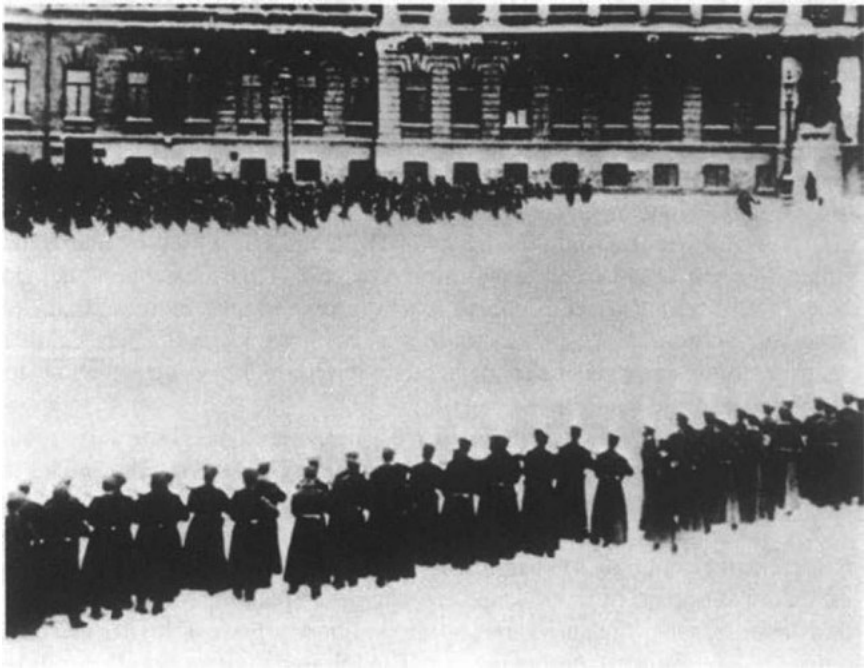
3. Viacheslav Pleve. <<



4. Los restos de Pleve tras el atentado terrorista. <<

5. Príncipe Piotr Dmitriévich Sviátopolk-Mirski. <<

6. El gobernador Fullon visita al padre Gapón y su Asamblea de Trabajadores Rusos. <<



7. El Domingo Sangriento. <<

8. Pável Miliukov, líder del Partido Democrático Constitucional. <<

9. Serguéi Witte en Portsmouth (New Hampshire), verano de 1905. <<

10. Una multitud celebra la proclamación del Manifiesto del 17 de octubre de 1905. <<

11. Tras un pogromo antijudío en Rostov del Don; el esqueleto incendiado de un templo y una residencia particular, octubre de 1905. <<

12. Miembros del Sóviet de San Petersburgo camino del destierro en Siberia, 1905. En la primera fila, a la izquierda, con abrigo oscuro, León Trotski. <<

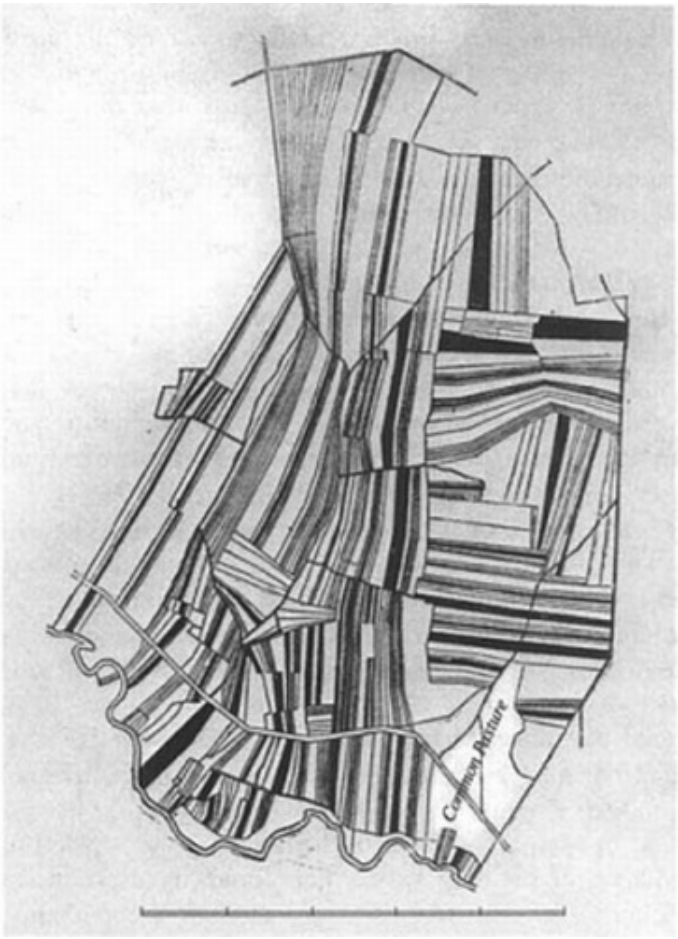
13. El futuro Nicolás II como zarévich (en el centro, con uniforme blanco), agasajado por su tío, el gran duque Nicolás Nikoláievich (a su derecha). <<

14. Clase de danza en el Instituto Smolni, hacia 1910. <<

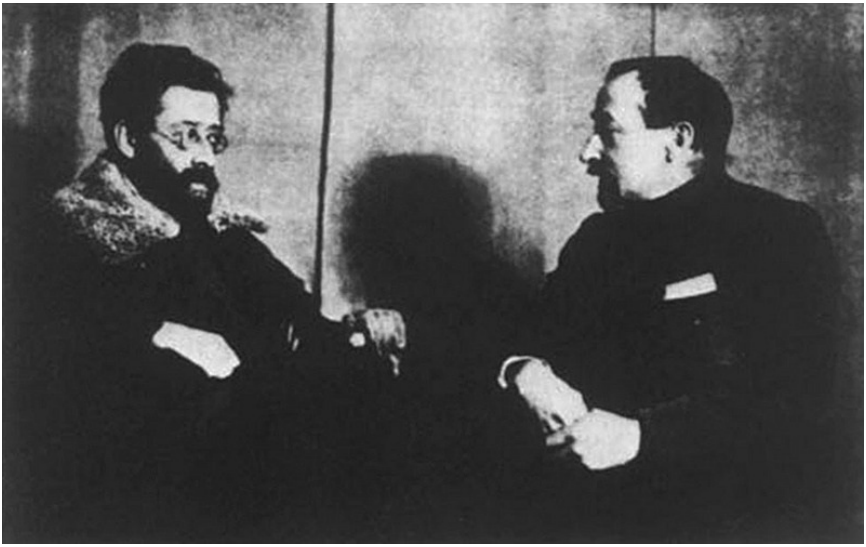
15. Campesinos rusos, finales del siglo XIX. <<

16. Asamblea aldeana. <<

17. Campesinos con ropa de invierno. <<



18. Cultivo en franjas, tal como se practicaba en Rusia central hacia 1900. Las franjas en negro son cultivadas por una sola casa. <<



19. L. Mártov (izquierda) y T. Dan, dos de los líderes mencheviques. <<

20. Iván Goremikin. <<

21. Piotr A. Stolipin, 1909. <<

22. Diputados de derecha de la Duma. Sentado en el extremo izquierdo, Vladímir Purishkévich, el asesino de Rasputín. <<

23. General Vladímir A. Sujomlínov. <<

24. Nicolás II en el cuartel general del ejército, septiembre de 1914. Sentado a su lado, el gran duque Nicolás Nikoláievich, comandante en jefe. Detrás, a la izquierda, los generales Danílov y Yanushkévich. <<

25. Prisioneros de guerra rusos capturados por los alemanes en Polonia, primavera de 1915. <<

26. General Alexis Polivánov. <<

27. Alejandra Fiódorovna y su confidente, Anna Vírubova. <<

28. Alexánder Protopópov. <<

29. Rasputín con niños en su aldea siberiana. <<

30. Día Internacional de la Mujer en Petrogrado, 23 de febrero de 1917. El cartel reza: «Si la mujer es una esclava no habrá libertad. Viva la igualdad de derechos para las mujeres». <<

31. Una multitud en la plaza Znamenski, Petrogrado, escenario de los primeros altercados violentos de la Revolución de Febrero. <<

32. Soldados amotinados en Petrogrado, febrero de 1917. <<

33. Manifestantes queman en Petrogrado emblemas del régimen imperial, febrero de 1917. <<

34. Arresto de un informante de la policía; «faraón» era el apodo que se daba popularmente a los informantes. <<

35. Obreros derribando la estatua de Alejandro III en el centro de Moscú, 1918.

<<

36. Comité Provisional de la Duma. Sentado en el extremo izquierdo, Vladímir N. Lvov, y en el extremo derecho, Mijaíl Rodzianko. De pie en el extremo izquierdo, Vasili V. Shulguín, y segundo por la derecha, Alexánder Kérenski. <<

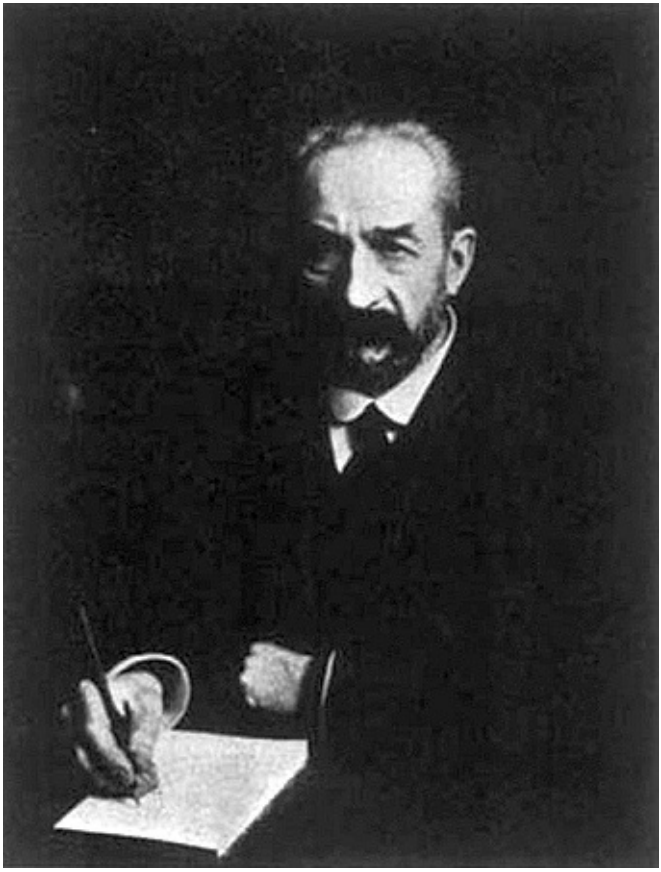
37. Tropas de la guarnición de Petrogrado frente al Palacio de Invierno, reunidas para jurar lealtad al Gobierno Provisional. <<

38. Un marinero despoja de sus charreteras a un oficial. <<

39. Kosma A. Gvózdev, líder obrero menchevique y uno de los fundadores del Sóviet de Petrogrado. <<

40. Sección de soldados del Sóviet de Petrogrado reunida en la Duma Estatal. <<

41. Comité Ejecutivo (Ispolkom) del Sóviet de Petrogrado. En primer plano, con un maletín, Nikolái D. Sokólov. A su izquierda, inclinado hacia delante, Nikolái S. Chjeidze. <<



42. Príncipe Gueorgui Yevguénievich Lvov. <<

43. Alexánder Kérenski. <<

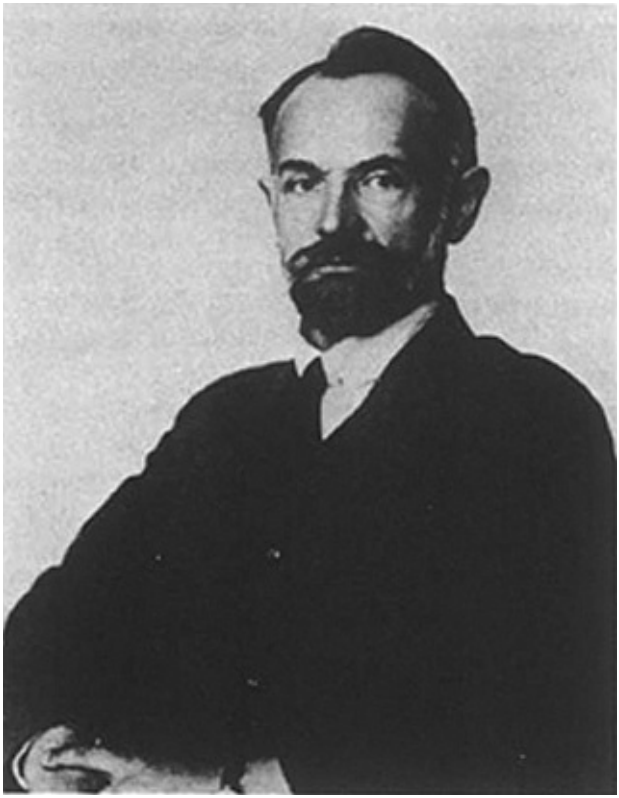
44. Nikolái D. Sokólov redacta la Orden número 1, 1 de marzo de 1917. <<

45. Mitin político en el frente, verano de 1917. <<

46. Gran duque Miguel. <<

47. Desfile de aspirantes a oficiales (*iunkers*) en Petrogrado, marzo de 1917. El cartel reza: «Guerra por la libertad hasta la victoria». <<

48. El derrocado zar Nicolás en Tsárkoie Seló, marzo de 1917, bajo arresto domiciliario. <<



49. Leonid Krasin. <<

50. Lenin, París, 1910. <<

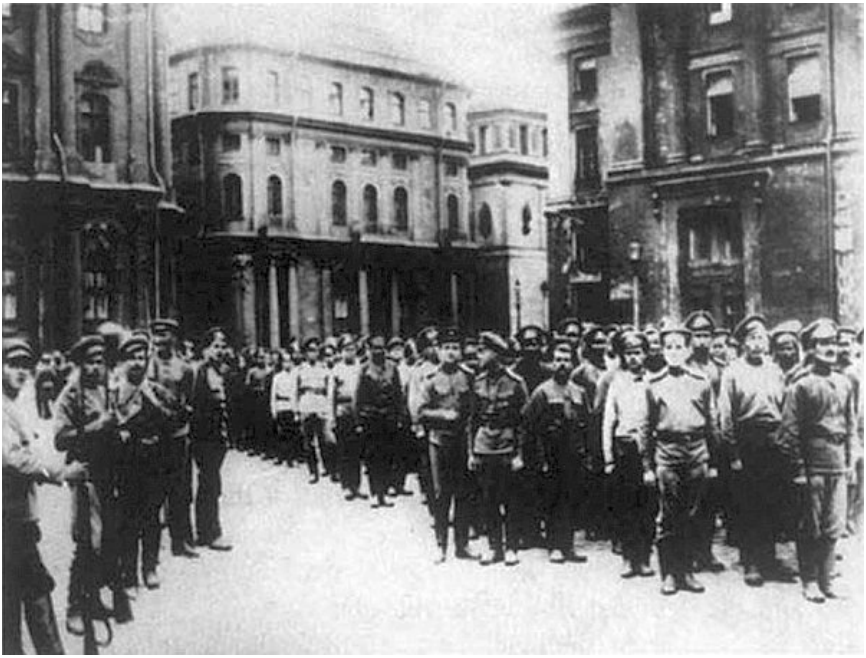
51. Kérenski visita el frente, verano de 1917. <<

52. Soldados rusos huyendo de los alemanes, julio de 1917. <<

53. Los acontecimientos de julio de 1917. <<

54. Pável N. Perevérzev. <<

55. La plaza del Palacio, en Petrogrado, ocupada por tropas leales tras sofocarse el golpe bolchevique, julio de 1917. <<

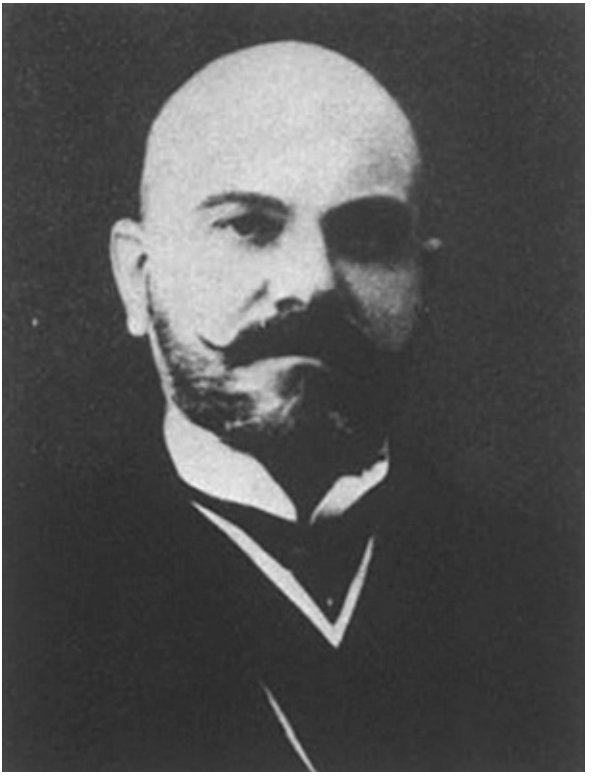


56. Soldados amotinados del Primer Regimiento de Ametralladoras, desarmados, 5 de julio de 1917. <<

57. León Trotski. <<

58. General Lavr Kornílov. <<

59. Kornílov llevado en volandas a su llegada a la Conferencia de Estado de Moscú, 14 de agosto de 1917. <<



60. Vladímir Lvov. <<

61. Nikolái V. Nekrásov. <<

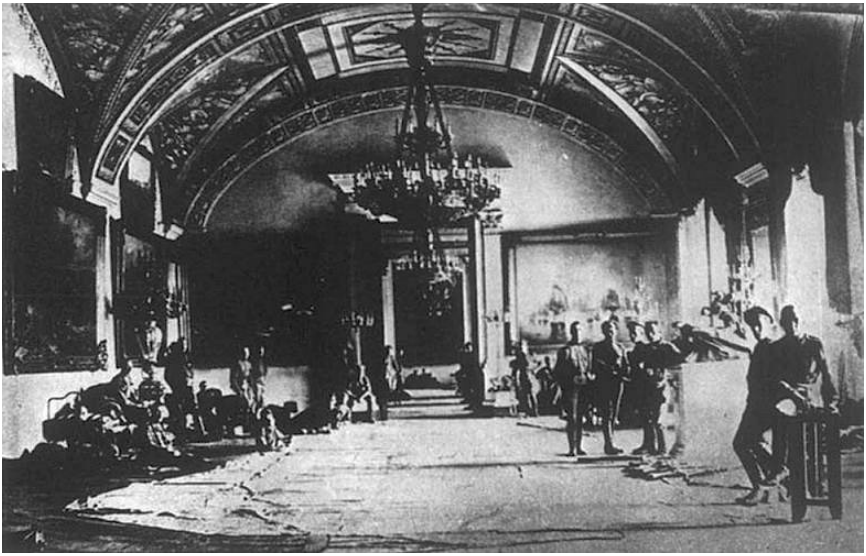
62. Soldados de la «División Salvaje» se reúnen con el Sóviet de Luga. <<

63. El Comité Militar Revolucionario (Milrevcom), que preparó el golpe bolchevique en octubre de 1917. En el centro, Podvoiski, su presidente; a su derecha, Nevski, y en el extremo izquierdo, Raskólnikov. <<

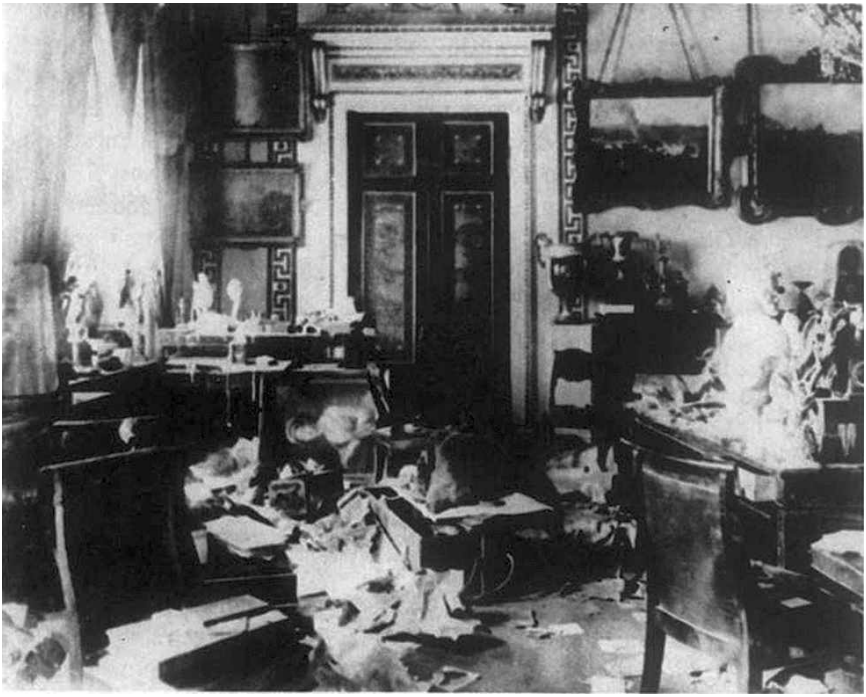
64. Grigori Zinóviev. <<

65. Lev B. Kámenev. <<

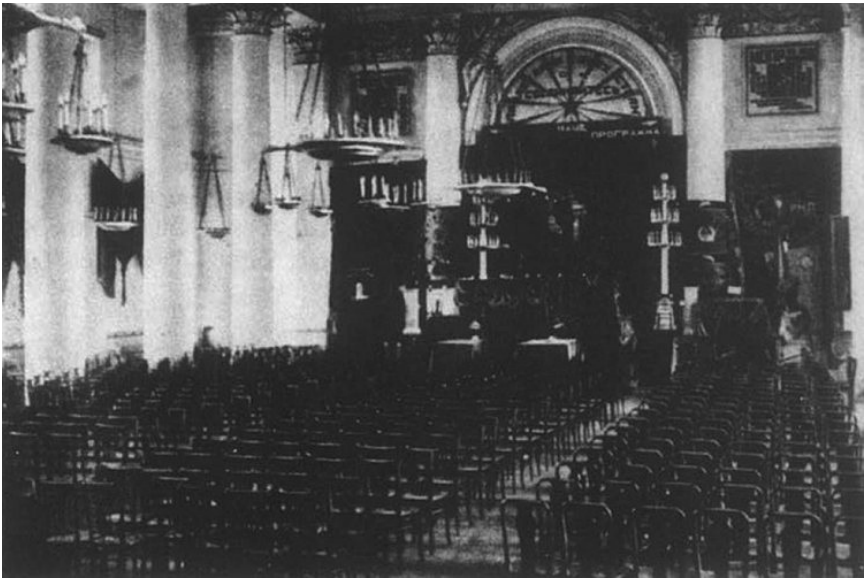
66. Nikolái I. Podvoiski. <<



67. Cadetes *(iunkers)* defendiendo el Palacio de Invierno, octubre de 1917. <<



68. El Palacio de Invierno, tras haber sido tomado y saqueado por los bolcheviques. <<



69. El salón de actos del Smolni, sede del Segundo Congreso de los Sóviets (la misma sala que se muestra en la imagen 14). <<

70. Cadetes defendiendo el Kremlin de Moscú, noviembre de 1917. <<

71. Incendios en Moscú durante los combates entre las fuerzas leales y los bolcheviques, noviembre de 1917. <<

72. Yákov Sverdlov. <<

73. Letones custodiando el despacho de Lenin en el Smolni, 1917. <<

74. Lenin y miembros del secretariado del Consejo de Comisarios del Pueblo, octubre de 1918. <<

75. Una de las primeras reuniones del Consejo de Comisarios del Pueblo. Lenin en el centro. Detrás de él, con la mano en la boca, Stalin. <<

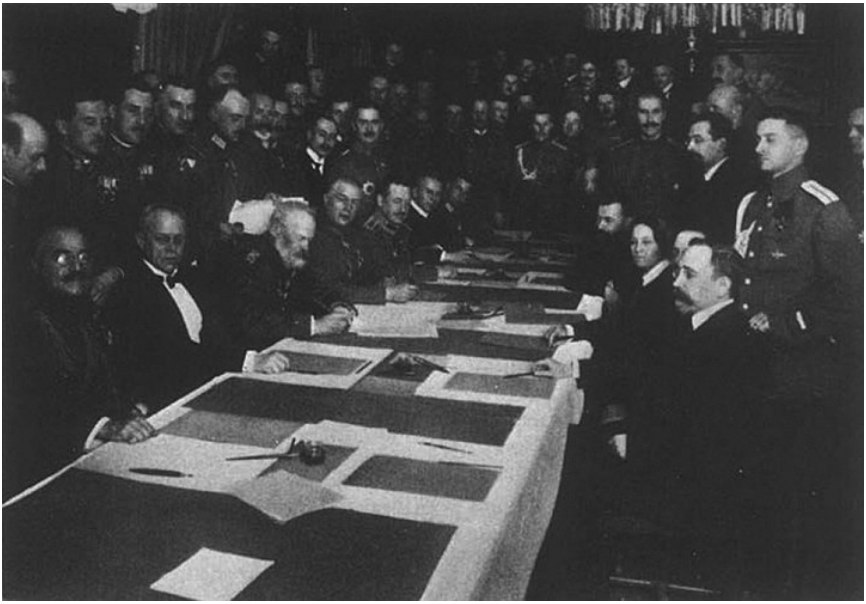
76. Votación para la Asamblea Constituyente, noviembre de 1917. <<

77. Cartel de propaganda electoral de los demócratas constitucionales: «Vote al Partido de Libertad Popular». <<

78. Fiódor M. Onipko. <<

79. Víctor Chernov. <<

80. La delegación rusa llega a Brest-Litovsk. Al frente, Kámenev, hablando con el oficial alemán, Adolf Yoffe. <<

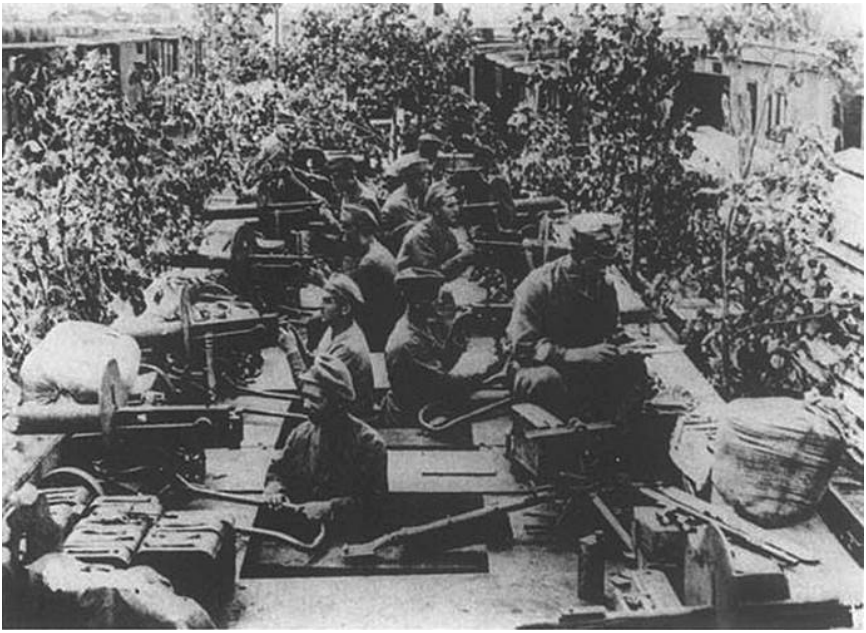


81. La firma del armisticio en Brest-Litovsk (23 de noviembre/6 de diciembre de 1917). Sentado a la derecha, Kámenev, y a su espalda (oculto), Yoffe. En el lado alemán, sentado el cuarto por la izquierda, el general Hoffmann. <<

82. Tropas rusas y alemanas confraternizando, invierno de 1917-1918. <<

83. Kurt Riezler. <<

84. Adolf Yoffe. <<



85. Tren blindado de la Legión Checoslovaca en Siberia, junio de 1918. <<

86. General Gajda, comandante de la Legión Checoslovaca. <<

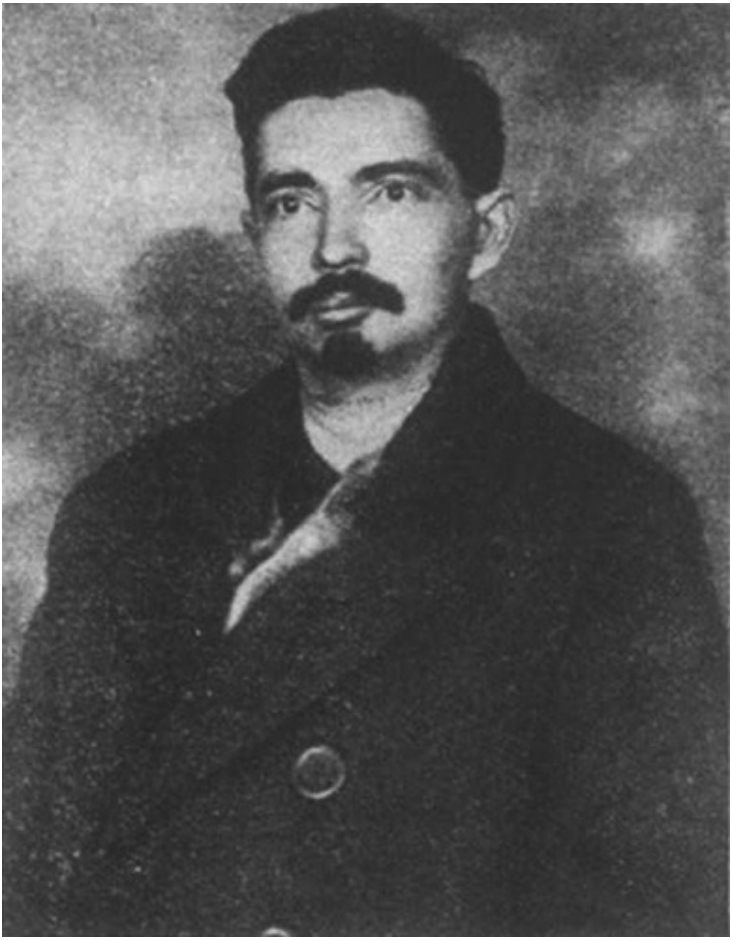
87. María Spiridónova, segunda por la izquierda. <<

88. Coronel Ioakim Vatsetis, comandante de los Fusileros Letones, como oficial del Ejército Imperial. <<

89. Boris Sávinkov. <<

90. Teniente coronel A. P. Perjúrov. <<

91. Un romance germano-ruso, viñeta rusa de la época. <<



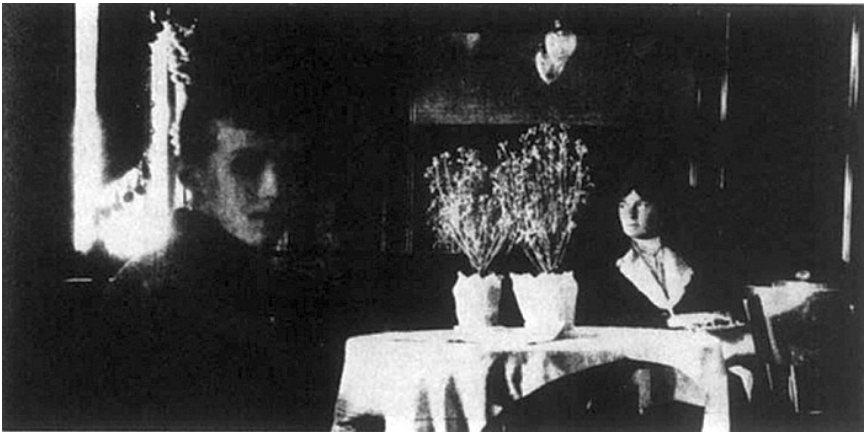
92. Yuri Larin. <<

93. Una escena habitual en las calles de Moscú y Petrogrado en 1918-1921. <<

94. Un típico campesino «burgués-capitalista». <<

95. Casa de Ipátiev, la «casa del propósito especial»; el asesinato ocurrió en el sótano con ventana en forma de arco, extremo inferior izquierdo. <<

96. Casa de Ipátiev rodeada por una empalizada. Fotografía realizada en el otoño de 1918 por un soldado estadounidense. <<



97. Alexis y Olga a bordo del buque Rus en su último viaje de Tobolsk a Ekaterimburgo, mayo de 1918. <<

98. El asesino de Nicolás II, Yurovski (arriba a la derecha), con su familia. <<

99. Isaac Steinberg. <<

100. Félix Dzerzhinski. <<

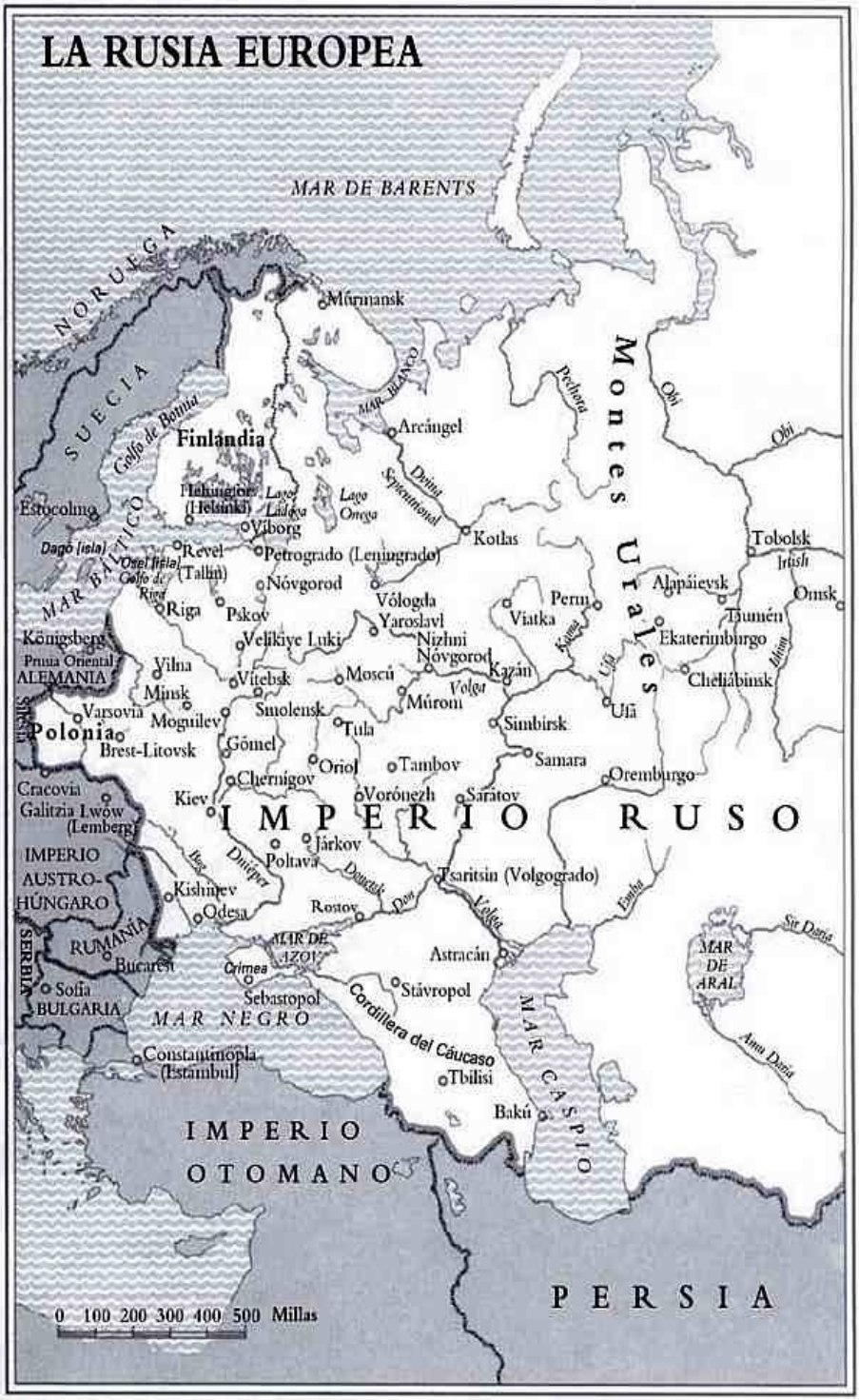
101. Fanni Kaplán. <<

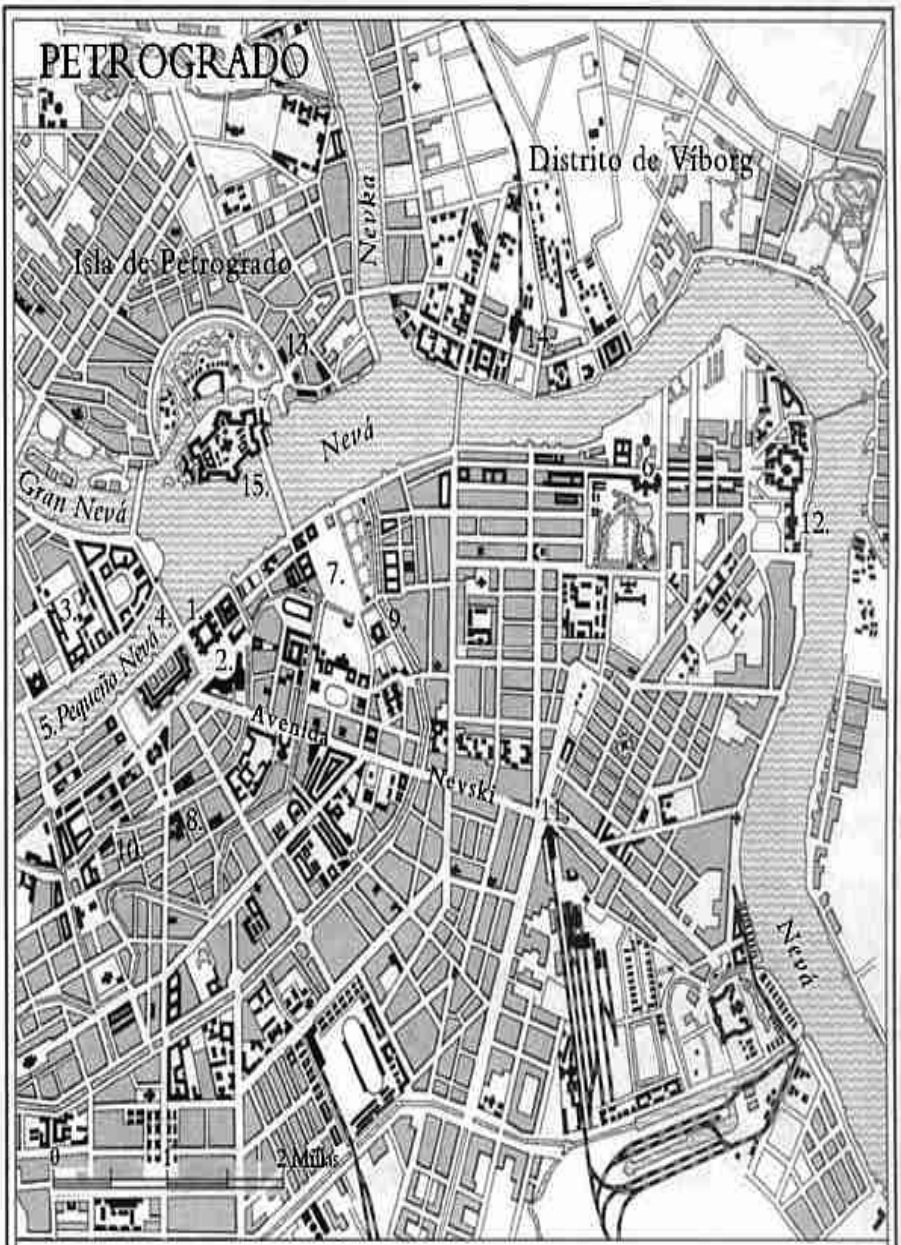
102. Dzerzhinski y Stalin en un momento jovial. <<

Mapas

IMPERIO RUSO, HACIA 1900
Tierra de Francisco José
NORUEGA
IMPERIO ALEMÁN
SUECIA
OCÉAN
Berlín
Golfo de Botnia
MAR BÁLTICO
Viena
Revel (Tallin)
Finlandia
MAR DE BARENTS
Varsovia
Helsingfors (Helsinki)
Múrmansk
IMPERIO AUSTROHÚNGARO
Budapest
Polonia
Riga
Vilna
San Petersburgo (Petrogrado)
Nueva Zembla
Brest-Litovsk
Pskov
MAR BLANCO
SERBIA
Minsk
Nóvgorod
Arcángel
MAR DE KARA
Sofía
Smolensk
RUMANÍA
Bucarest
Kiev
Briansk
Vólogda
Círculo Ártico
BULGARIA
Moscú
Odesa
Dniéper
Poltava
Riazán
Constantinopla (Estambul)
Nizhni Nóvgorod
Gallípoli
Sebastopol
Járkov
Lípetsk
Volga
Crimea
MAR DE AZOV
Donetsk
Penza
Kazán
Obi
IMPERIO OTOMANO
MAR NEGRO
Sarátov
Perm
Don
Tsaritsin (Volgogrado)
Simbirsk
Samara
Siberia
Stávropol
Ufá
IMPERIO
Montes Urales
Ekaterimburgo (Sverdlovsk)
Tobolsk
Cordillera del Cáucaso
Ural
Oremburgo
Astracán
Occidental
Tbilisi
Orsk
Irtish
Obi
Yereván
Ishim
Ferrocarril Transiberiano
Omsk
Tomsk
Bakú
MAR CASPIO
Bagdad
Novonikoláievsk (Novosibirsk)
MAR DE ARAL
Turquestán
Barnaúl
Teherán
Semipalátinsk
Amu Daria
Sir Daria
Lago Baljash
Asjabad
Bujará
PERSIA
Taskent
Samarcanda
Verni
Ili
Ferganá
AFGANISTÁN
Kabul
INDIA BRITÁNICA
0 200 400 600 800 1.000 Millas

ESTADOS UNIDOS
Alaska
ÁRTICO
MAR DE CHUKCHI
Estrecho de Bering
Isla de Wrangel
Sévernaya Zemlia
Islas de Nueva Siberia
MAR DE SIBERIA ORIENTAL
MAR DE LAPTEV
MAR DE BERING
Círculo Ártico
Lena
Verjoiansk
Siberia
RUSO
Oriental
Petropávlosk
Ojotsk
Tunguska Inferior
Yenisei
Lena
Aldán
MAR DE OJOTSK
Ferrocarril Transiberiano
Lago Baikal
Amur
Distrito de Amur
Irkutsk
Manchuria
Mongolia Exterior
Ulán Bator
Harbin
Vladivostok
MAR DEL JAPÓN
JAPÓN
Tokio
Pekín
COREA
Port Arthur
Tsushima


LA RUSIA EUROPEA
MAR DE BARENTS
NORUEGA
SUECIA
Golfo de Botnia
Finlandia
Estocolmo
Dagö (isla)
Osel (isla)
Golfo de Riga
MAR BÁLTICO
Helsingfors (Helsinki)
Lago Ládoga
Lago Onega
Víborg
Revel (Tallin)
Petrogrado (Leningrado)
Nóvgorod
Riga
Pskov
Vólogda
Yaroslavl
Nizhni Nóvgorod
Kotlas
Arcángel
MAR BLANCO
Deina Septentrional
Pechora
Obi
Montes Urales
Tobolsk
Irtish
Omsk
Alapáievsk
Perm
Viatka
Kama
Ufá
Ekaterimburgo
Tiumén
Ibiun
Cheliábinsk
Ufá
Simbirsk
Samara
Oremburgo
Königsberg
Prusia Oriental
ALEMANIA
Vilna
Minsk
Vitebsk
Moscú
Múrom
Volga
Kazán
Varsovia
Moguilev
Smolensk
Tula
Polonia
Brest-Litovsk
Gómel
Oriol
Tambov
Cracovia
Galitzia Lwów (Lemberg)
Kiev
Chernigov
Voronezh
Sarátov
IMPERIO RUSO
Járkov
Poltava
Dniéper
Bug
Donetsk
Don
Tsaritsin (Volgogrado)
Volga
Emba
IMPERIO AUSTRO-HÚNGARO
Kishinev
Odesa
Rostov
RUMANÍA
SERBIA
Bucarest
MAR DE AZOV
Crimea
Sebastopol
Astracán
Stávropol
Sir Daria
MAR DE ARAL
Sofía
BULGARIA
MAR NEGRO
Cordillera del Cáucaso
MAR CASPIO
Amu Daria
Constantinopla (Estambul)
Tbilisi
Bakú
IMPERIO OTOMANO
PERSIA
0 100 200 300 400 500 Millas


PETROGRADO
Distrito de Víborg
Isla de Petrogrado
Nevka
Nevá
Gran Nevá
5. Pequeño Nevá
Avenida
Nevski
Neva
2 Millas
0
1
1. Palacio de Invierno
2. Plaza del Palacio
3. Universidad
4. Puente del Palacio
5. Puente Nikoláiev
6. Palacio de Táuride
7. Campo de Marte
8. Palacio Marinski
9. Palacio Mijailovski (Ingeniería)
10. Palacio Yusúpov
11. Plaza Znamenski
12. Instituto Smolni
13. Mansión Kshesinskaya
14. Estación de Finlandia
15. Fortaleza de Pedro y Pablo

AVANCE ALEMÁN EN RUSIA, 1917-1918
MAR DE BARENTS
NORUEGA
Petsamo
Múrmansk
MAR BLANCO
SUECIA
Arcángel
Finlandia
Golfo de Botnia
Dvina Septentrional
Montes Urales
Lago Onega
Estocolmo
Helsinki
Viborg
Lago Ladoga
Kotlas
Sujona
MAR BÁLTICO
Revel (Tallin)
Petrogrado
Tsárskoie Seló
Vólogda
Perm
Dorpat
Nóvgorod
Viatka
Ekaterimburgo (Sverdlovsk)
Riga
Pskov
Yaroslavl
Livonia
Courtand
Velikiye Luki
Volga
Nizhni Nóvgorod
Ufá
Königberg
ALEMANIA
Prusia Oriental
Vilna
Moscú
Kazán
Múrom
Vitebsk
Simbirsk
Minsk
Smolensk
Tula
Samara
Silesia
Varsovia
Polonia
Mogúilev
R U S I A
Oremburgo
Brest-Litovsk
Gómel
Oriol
Tambov
Ural
Chernigov
Gómel
Voronezh
Sarátov
Cracovia
Galitzia
Lwów (Lemberg)
Kiev
Berdichev
Járkov
Volga
AUSTRIA-HUNGRÍA
Dniester
Bug
Dniéper
Poltava
Donetsk
Don
Tsaritsin (Volgogrado)
Kishinev
Rostov
Odesa
Astracán
MAR DE AZOV
RUMANÍA
Bucarest
Crimea
Kubán
Stávropol
Sebastopol
SERBIA
Sofía
MAR NEGRO
Cordillera del Cáucaso
MAR CASPIO
BULGARIA
Constantinopla
Tbilisi
Bakú
Línea del frente al inicio de las conversaciones de armisticio en Brest-Litovsk, diciembre 1917
Mayor línea de avance alemán en Rusia, agosto 1918
0 100 200 300 400 500 Millas
IMPERIO OTOMANO
PERSIA

RICHARD PIPES (Cieszyn, voivodato de Silesia; 11 de julio de 1923-Cambridge, Massachusetts; 17 de mayo de 2018) fue un historiador, escritor y profesor universitario polaco nacionalizado estadounidense, autor de varias obras sobre la Revolución rusa y la Rusia soviética.

Nacido en la localidad polaca de Cieszyn el 11 de julio de 1923, fue director del Russian Research Center de la Universidad de Harvard y miembro del Consejo de Seguridad Nacional de Ronald Reagan. Falleció el 17 de mayo de 2018 en la ciudad estadounidense de Cambridge (Massachusetts). Es padre del también historiador Daniel Pipes, nacido en 1949.

Fue autor de obras como: *The Formation of the Soviet Union: Communism and Nationalism, 1917–1923* (Harvard University Press, 1954), *Social Democracy and the St. Petersburg Labor Movement, 1885-1897* (Harvard University Press, 1963), *Struve, Liberal on the Left, 1870-1905* (Harvard University Press, 1970), *Russia under the Old Regime* (Charles Scribner's Sons, 1974), *Soviet Strategy in Europe* (Crane,

Russak & Company, 1976), *Struve: Liberal on the Right, 1905-1944* (Harvard University Press, 1980), *Survival Is Not Enough: Soviet Realities and America's Future* (1984), *Russia Observed: Collected Essays on Russian and Soviet History* (Westview Press, 1989), *The Russian Revolution* (1990), *Communism: The Vanished Specter* (1994), *A Concise History of the Russian Revolution* (1995), *Three "Whys" of the Russian Revolution* (1997), *Natasha's Dance* (2002), *Vixi: Memoirs of a Non-Belonger* (2004), *The Degaev Affair: Terror and Treason in Tsarist Russia* (2003), o *Russian Conservatism and Its Critics* (2006), entre otras. También ha sido editor de *The Unknown Lenin: From the Secret Archives* (Yale University Press, 1996).

Notas

[1*] *Velikorossi*, los rusos propiamente dichos, diferenciados de los ucranianos, *malorossi* (pequeños rusos), y los bielorrusos (rusos blancos). *(N. del T.)* <<

[2*] A menos que se indique lo contrario, las fechas correspondientes al período anterior a febrero de 1918 se dan conforme al calendario juliano entonces en vigor («viejo estilo» o VE), que en el siglo XIX estaba 12 días atrasado con respecto al calendario occidental y 13 en el siglo XX. A partir del 1 de febrero de 1918, las fechas se dan en el «nuevo estilo» (NE), es decir, de acuerdo con el calendario occidental, adoptado por el gobierno soviético en ese momento. <<

[3*] Serguéi Yúlievich Vitte [Witte] (*Vospominania*, vol. 2, Moscú, Izd-vo sotsnalno-ekon. lit-ry, 1960, pp. 218-291) dice que en julio de 1903 Zubátov le confesó que Rusia se encontraba en una situación revolucionaria imposible de solucionar a través de medidas policiales. El propio Zubátov también pronosticó el asesinato de Pleve. Tras conocer el augurio, este lo destituyó y lo desterró a provincias. En marzo de 1917, al conocer la noticia de la abdicación del zar, Zubátov se suicidó. <<

[4*] La destitución de Witte se debió al rechazo que Nicolás sentía por él y a las intrigas de Pleve. Se produjo, empero, como resultado de una iluminación repentina. Nicolás le contó a Pleve que durante un servicio religioso oyó al Señor indicarle que «no debía aplazar lo que ya estaba convencido

de hacer»; véase Vladímir I. Gurko, *Features and Figures of the Past. Government and Opinion in the Reign of Nicholas II*, Stanford, Stanford University Press, 1939, p. 225. <<

[5*] Sobre Azef, véase Borís Nikolajewsky (Nikolaievski), *Aseff the Spy. Russian Terrorist and Police Stool*, Garden City (Nueva York), Doubleday/Doran & Co., 1934. Tras el asesinato de Pleve, su reputación entre los revolucionarios creció enormemente, y Azef se las ingenió para continuar con su doble papel hasta que el director del Departamento de Policía, A. A. Lopujin, lo delató en diciembre de 1908. A raíz de ello, Azef huyó a Alemania, donde se dedicó a los negocios. Falleció en 1918. <<

[6*] Shmuel Galai, *The Liberation Movement in Russia, 1900-1905*, Cambridge, Cambridge University Press, 1973, pp. 214-219, y Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Left, 1870-1905*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, pp. 363-366. Los socialdemócratas, que querían encabezar por sí solos la revolución, se mantuvieron al margen, pero Azef estuvo presente. <<

[7*] Gueorgui Gapón, *The Story of My Life*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1906, p. 144 [hay trad. cast.: *Las memorias del cura Gapón*, Madrid, Cenit, 1931]. Se sabe que los «intelectuales liberales» a los que Gapón consultó eran Yekaterina Kuskova, su concubino S. N. Prokópovich y V. Y. Bogucharski (Yákovlev). <<

[8*] Nahum A. Bujbinder, «Evreiskoye rabochee dvizheniye v Gomele 1890-1905 gg»., *KL*, n.ºs 2-3 (1922), p. 56, citado en S. Galai, *The Liberation Movement*, *op. cit.*, p. 239. Las cifras oficiales señalan 130 muertos y 299 heridos; véase Anna M. Pankratova *et al.*, eds., *Revoliutsia 1905-1907 gg. v Rossi. Dokumenti i materiali*, vol. 4, primera parte, Moscú, Gos. izd-vo polit. lit-ry, 1961, pp. 103 y 811, n. 12. <<

[9*] Gapón huyó al extranjero. Volvió a Rusia tras la amnistía que siguió al Manifiesto de Octubre y fue asesinado por un socialista revolucionario a las órdenes de Azef. Pese a las protestas obreras, después del 9 de enero se disolvieron todos los sindicatos. <<

[10*] En la Rusia anterior a 1905 no había un gabinete con un primer ministro; los ministros informaban por separado al zar y recibían de él instrucciones personales. Sobre las razones de esta práctica, véase el capítulo 2. <<

[11*] La «Repartición Negra» era una consigna campesina y socialista revolucionaria por la abolición del derecho de propiedad de la tierra y la distribución (la «repartición») de todas las tierras en manos privadas entre las comunas campesinas. Véase el capítulo 3. <<

[12*] El primero en llamar la atención sobre esta importante fuente fue François-Xavier Coquin, «Un aspect méconnu de la révolution de 1905: les motions paysannes», en François-Xavier Coquin y Céline Gervais-Francelle, eds., *1905. La première Révolution russe. Actes du colloque international, 2-6 juin, Paris*, París, Publications de la Sorbonne, Institut d'Études Slaves, 1986, pp. 181-200. La invitación a la población a presentar peticiones fue cancelada oficialmente el 6 de agosto de 1905, tras la publicación de la llamada Constitución de Buliguin. <<

[13*] La derrota de Rusia a manos de los japoneses iba a tener graves consecuencias para toda Europa, ya que disminuía la estima en que los pueblos no occidentales habían tenido a los blancos; era, en efecto, la primera vez en la historia moderna que una nación asiática derrotaba a una gran potencia occidental. Un observador señaló en 1909 que la guerra había «modificado radicalmente» el estado de ánimo de Oriente: «No hay país asiático, de China a Persia, que no haya sentido

la reacción de la guerra ruso-japonesa y donde esta haya dejado de despertar nuevas ambiciones. Por lo común, estas encuentran expresión en un deseo de afirmar la independencia y reclamar la igualdad con las razas blancas, y en general han provocado la caída del prestigio occidental en Oriente» (Thomas F. Millard, *America and the Far Eastern Question. An Examination of Modern Phases of the Far Eastern Question*, Nueva York, Moffat, Yard and Company, 1909, pp. 1-2). En cierto sentido, la guerra marcó el inicio del proceso de resistencia colonial y descolonización completado medio siglo después. <<

[14*] Nombre que adoptó tras su exilio en Estados Unidos. *(N. del T.)* <<

[15*] S. Galai, *The Liberation Movement*, *op. cit.*, pp. 262-263. El Sindicato de Empleados y Obreros Ferroviarios, la organización sindical más grande de Rusia, con 700.000 afiliados, tenía solo 130.000 obreros; la mayoría de sus miembros eran peones locales, sobre todo campesinos; véase Oskar Anweiler, *The Soviets. The Russian Workers, Peasants, and Soldiers Councils, 1905-1921*, Nueva York, Pantheon Books, 1974, p. 269, n. 53 [hay trad. cast.: *Los sóviets en Rusia, 1905-1921*, Madrid, Zero, 1975]. <<

[16*] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, p. 11. Véase Andrew M. Verner, «Nicholas II and the role of the autocrat during the first Russian revolution, 1904-1907», tesis de doctorado, Universidad de Columbia, 1986, pp. 370-376. Verner sostiene que Witte se equivoca al mencionar la fecha de su primera reunión con Nicolás, que en realidad se habría celebrado el día anterior (8 de octubre), pero parece muy improbable que así sea, sobre todo en vista del testimonio de un tercero, D. M. Solski (S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, p. 25). <<

[17*] El memorándum de Witte del 9 de octubre de 1905, «Zapiska Vitte ot 9 oktiabria», se halla en *KA*, n.os 11-12 (1925), pp. 51-61. El pasaje citado está en la p. 55. Cuatro meses antes, Struve había escrito lo siguiente: «Rusia necesita un gobierno fuerte que no tema la revolución, porque él mismo se pondrá a su cabeza. […] En Rusia la revolución debe llegar a ser el gobierno»; véase R. Pipes, *Struve. Liberal on the Left*, *op. cit.*, p. 384. Véase el programa de Struve, del que Witte tomaba muchos elementos, en *ibid.*, pp. 376-385. El concepto remite a la Revolución francesa: en febrero de 1791, cuando Luis XVI exhortó a la Asamblea Nacional a emprender la obra de reforma, Brissot, el líder de los girondinos, declaró: «El rey es hoy la cabeza de la revolución»; véase James Matthew Thompson, *The French Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, 1947, p. 192. <<

[18*] En esos momentos toda la guarnición de San Petersburgo ascendía a 2.000 hombres; véase Abraham Ascher, *The Revolution of 1905*, vol. 1, Stanford, Stanford University Press, 1988, p. 225. Véase también S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 9-10 y 26-27. <<

[19*] El primer sóviet había surgido en mayo de 1905 en el centro textil de Ivánovo-Voznesiensk para mediar en el conflicto económico de los trabajadores con la patronal. No tenía un programa político. Véase O. Anweiler, *The Soviets*, *op. cit.*, pp. 40-42. <<

[20*] En los años revolucionarios de 1905 y 1906, así como en 1917, las personas que usaban gafas, llamadas *ochkastie*, corrían el riesgo de suscitar la furia de la muchedumbre tanto monárquica como radical; véase Albert Parry, prefacio a A. Volski (Machajski), *Umstvennyi rabochi*, Nueva York y Baltimore, Mezhdunarodnoye literaturnoye sodruzhestvo, 1968, pp. 15-16 (publicado originalmente en 1904-1905). <<

[21*] Lev N. Geller y N. Rovenskaya, eds., *Peterburgski i Moskovski Soviety Rabochij Deputatov 1905 g. (v dokumentaj)*, Moscú y Leningrado, Moskovski rabochi, 1926, p. 17. Esta postura se fundaba en el convencimiento de Lenin, el líder bolchevique, de que, de seguir sus propias inclinaciones, los trabajadores no harían la revolución y buscarían, en cambio, acomodarse al capitalismo. Por esa razón, la revolución debía hacerse para ellos y no por ellos. <<

[22*] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 26-27. Witte afirmó que se oponía a presentar el programa de reformas bajo la forma de un manifiesto, porque un documento de ese tipo, escrito en un lenguaje sucinto y solemne, no podía explayarse en los fundamentos de las reformas y tal vez inquietara a la población; véase *ibid.*, p. 33. Los manifiestos imperiales se leían en los servicios religiosos. <<

[23*] Gueorgui G. Savich, ed., *Novyi gosudarstevennyi Rossi. Spravochnaya kniga*, San Petersburgo, s. n., 1907, pp. 24-25. La única demanda del Congreso de los Zemstvos de septiembre de 1905 ignorada por el Manifiesto de Octubre concernía al control de la Duma sobre el presupuesto, pero *a posteriori* las Leyes Fundamentales le confirieron dicha facultad. <<

[24*] Esto es lo que Witte le dijo durante su audiencia del 9 de octubre; véase A. M. Verner, «Nicholas II and the role», *loc. cit.*, pp. 373-374. <<

[25*] Una investigación sobre los desórdenes rurales en 1905-1906 incluía un informe de la Región Agrícola Central según el cual el «movimiento agrario tuvo por causa el hecho de que en cierto momento, en todos los confines de Rusia, los aldeanos se enteraron de que en las ciudades la gente golpeaba a los hebreos [*zhidov*] y se le permitía robar sus

bienes sin sufrir ningún castigo»; véase Borís B. Veselovski *et al.*, *Agrarnoye dvizheniye v Rossi v 1905-1906 gg. Obzori po raionam*, 2 vols., San Petersburgo, Tip. T-va Obshchestvennaya polza, 1908, vol. 1, p. 48. Se hacían observaciones similares sobre la violencia agraria en Ucrania; véase *ibid.*, vol. 2, p. 290. <<

[26*] Dos semanas después de explicar los pogromos antijudíos como un castigo justificable, señaló con consternación que a estos los había seguido la destrucción de fincas de propietarios rusos; véase «Perepiska Nikolaya II i Mari Fedorovni», *KA*, n.º 3/22 (1927), p. 174. <<

[27*] A. M. Pankratova *et al.*, eds., *Revoliutsia 1905-1907 gg op. cit.*, vol. 4, primera parte, p. 650. Aparentemente, los autores de este programa decidieron por su cuenta que la asamblea reemplazaría la monarquía por una república. <<

[28*] Los orígenes y la evolución del patrimonialismo ruso son el tema de mi obra *Russia under the Old Regime*, Londres y Nueva York, Weindenfeld and Nicolson/Scribner, 1974. <<

[29*] Los *zemstvos* y los consejos municipales, órganos de autogobierno local creados entre 1864 y 1870, desempeñaban importantes funciones culturales y económicas (educación, sanidad, etc.), pero carecían de autoridad administrativa. <<

[30*] Rusia era un imperio multinacional en el que la nación dominante, los gran-rusos, constituía entre finales del siglo XIX y comienzos del XX el 44,4 por ciento de la población. La mayoría estaba compuesta por otros eslavos ortodoxos (ucranianos, 17,8 por ciento, y bielorrusos, 4,7 por ciento); polacos (6,3 por ciento); musulmanes, en su mayor parte turcohablantes y suníes (11,1 por ciento); judíos (4,2 por ciento), y diversas nacionalidades bálticas, caucásicas y siberianas. La población total del imperio, según el primer censo realizado en 1897, era de 125,7 millones de habitantes

(sin contar Finlandia, que era un gran ducado separado bajo la autoridad del zar de Rusia, y los protectorados musulmanes de Jiva y Bujará, en Asia central). De los 55,7 millones de gran-rusos, alrededor del 85 por ciento eran campesinos. <<

[31*] Compárese esta frase con una observación llamativamente similar de Luis XVI. Al ser informado de la muerte de su padre, exclamó: «¡Qué carga! ¡Y no me han enseñado nada! Es como si el universo estuviera a punto de caérseme encima»; citado en Pierre Gaxotte, *The French Revolution*, Londres y Nueva York, C. Scribner's Sons, 1932, p. 71 [hay trad. cast.: *La Revolución francesa*, Barcelona, Áltera, 2008]. <<

[32*] De hecho, el propio Nicolás apenas tenía sangre rusa en las venas: desde el siglo XVIII, a través de matrimonios mixtos con familias alemanas y danesas, los monarcas rusos eran rusos solo de nombre. En tono de burla, sus opositores se complacían en llamarlos «la dinastía Gottorp-Holstein», lo cual, desde un punto de vista genealógico, no estaba lejos de la verdad. <<

[33*] Alexánder A. Mosólov, *At the Court of the Last Tsar. Being the Memoirs of* A. A. *Mossolov, Head of the Court Chancellery, 1900-1916*, Londres, Methuen, 1935, pp. 127-131. Witte recuerda que cuando usaba la expresión «opinión pública» en presencia del zar, este respondía con pasión: «¿Y qué me importa a mí la opinión pública?»; véase Serguéi Yúlievich Vitte [Witte], *Vospominania*, vol. 2, Moscú, Izd-vo sotsnalno-ekon. lit-ry, 1960, p. 328. <<

[34*] Las reglas que regían la burocracia rusa fueron formalizadas en el tercer volumen del Código de Leyes: *Ustav o sluzhbie po opredieleniu ot pravitelstva. Izdaniye 1896 goda, Svod Zakonov Rossiskoi Imperi*, San Petersburgo, Izd. V. P. Anisimova, 1913. Todas las alusiones que se hagan en lo

sucesivo remiten a esta edición. En la Rusia imperial, el término *nieblagonadezhnye* tenía categoría jurídica y podía llevar al despido en cualquier institución estatal, incluidas las universidades. Fue formalmente definido por el ministro del Interior Nikolái P. Ignátiev en 1881; véase Piotr A. Zaionchkovski, *Krizis samoderzhavia na rubiezhe 1870-1880-j godov*, Moscú, Izd-vo Moskovskogo Universiteta, 1964, p. 395. <<

[35*] Bernard Pares, *Russia and Reform*, Londres, A. Constable & Co., 1907, p. 328. Según una fuente contemporánea, algunos funcionarios rusos creían que el trato brutal dispensado a la población mejoraba la posición del país en el extranjero. Se decía que a las potencias occidentales, que concedían préstamos a Rusia, les impresionaban las demostraciones de fuerza: «Cuanto más cruel era la forma de llevar los asuntos en Rusia, más crecía el respeto que se le tenía en Europa»; véase A. Linden, ed., *Die Judenpogrome in Russland*, vol. 1, Colonia y Leipzig, Jüdischer Verlag, 1910, p. 230. A decir verdad, hay un proverbio ruso que es pertinente en relación con esta cuestión: «Golpea a los tuyos y los demás te tendrán miedo». <<

[36*] Hans-Joachim Torke («Das russische Beamtentum in der ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts», *Forschungen*, n.º 13 [1967], p. 227), hace la interesante sugerencia de que la notoria venalidad de los funcionarios rusos se debía al menos en parte a su identificación con el Estado y a la consiguiente dificultad de distinguir entre la propiedad privada y la pública. <<

[37*] Debe señalarse, con todo, que en los rangos inferiores de la burocracia no era inusual encontrar funcionarios que se oponían al régimen existente y simpatizaban con la oposición; véase al respecto Sergius A. Korff, *Autocracy and Revolution*

in Russia, Nueva York, Macmillan, 1923, pp. 13-14. <<

[38*] Sobre esta cuestión, véase Maurice Samuel, *Blood Accusation. The Strange History of the Beiliss Case*, Nueva York, Knopf, 1966. No obstante, puede señalarse como un testimonio de la independencia del poder judicial ruso de la época el hecho de que, a pesar de la inmensa presión ejercida sobre él por la burocracia y la Iglesia, el tribunal absolviera a Beilis. El papel del antisemitismo en la política tardoimperial se analiza en Heinz-Dietrich Loewe, *Antisemitismus und Reaktionäre Utopie*, Hamburgo, Hoffmann und Campe, 1978, que destaca la identificación de los judíos con el capital internacional, y en Hans Rogger, *Jewish Policies and Right-Wing Politics in Imperial Russia*, Berkeley, University of California Press, 1986. <<

[39*] Al margen de su autoridad quedaban los gobernadores generales a cargo de zonas concretas y directamente responsables ante el zar. En 1900 había siete de dichas zonas: una en Moscú, tres en las problemáticas provincias occidentales (Varsovia, Vilna y Kiev) y tres en la remota Siberia (Irkutsk, la estepa y la región del río Amur). Al combinar la autoridad civil con la militar, se asemejaban a virreinatos. <<

[40*] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, p. 107. En 1905 Witte rechazó el cargo de ministro del Interior porque no quería ser un agente de policía. <<

[41*] Serguéi Yúlievich Witte, «Dokladnaya zapiska Vitte Nikolaiu II», *IM*, n.os 2-3 (1935), p. 133. Von Laue cita a Witte cuando dice que «un cuerpo político moderno no puede ser grande sin una industria nacional bien desarrollada»; véase Theodore H. von Laue, *Sergei Witte and the Industrialization of Russia*, Londres y Nueva York, Columbia University Press, 1963, p. 262. <<

[42*] Bertrand Gille, *Histoire économique et sociale de la Russie, du Moyen Âge au XX*e *siècle*, París, Payot, 1949, pp. 163-165. Según Geoffrey Drage, *Russian Affairs*, Londres y Nueva York, J. Murray/E. P. Dutton, 1904, p. 287, en 1900 el 60,5 por ciento de la red ferroviaria rusa era de propiedad estatal. <<

[43*] Entre septiembre y noviembre de 1891, mientras la noticia del fracaso de las cosechas se difundía en el exterior, el precio de los bonos rusos al 4 por ciento cayó de 97,5 a 87 y elevó su rendimiento del 4,1 al 4,6 por ciento; véase René Girault, *Emprunts russes et investissements français en Russie, 1887-1914. Recherches sur l'investissement international*, París, Armand Colin, 1973, p. 197. <<

[44*] Serguéi Yúlievich Vitte [Witte], «Dokladnaya zapiska Vitte Nikolaiu II», *IM*, n.os 2-3, p. 135. John P. McKay (*Pioneers for Profit. Foreign Entrepreneurship and Russian Industrialization, 1885-1913*, Chicago, University of Chicago Press, 1970, p. 37), cree que en 1914 «los extranjeros tenían al menos las dos quintas partes del total del capital nominal de las sociedades anónimas que operaban en Rusia». <<

[45*] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 501. Si bien correcta en lo fundamental, esta afirmación es exagerada, dado que el presupuesto extraordinario, basado en préstamos del exterior, también cubría buena parte de los gastos en materia de defensa, y se utilizaba asimismo para el servicio de la deuda. <<

[46*] J. McKay, *Pioneers for Profit*, *op. cit.*, pp. 383-386. Este autor destaca, además de las inversiones de capital, la gran aportación hecha por los extranjeros al llevar a Rusia tecnología industrial avanzada; véase *ibid.*, pp. 382-383. <<

[47*] Edward C. Kirkland, *A History of American Economic Life*, 3.ª ed., Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1951, p.

541 [hay trad. cast.: *Historia económica de Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947]. Otros historiadores estiman que en 1914 los europeos tenían en su poder bonos norteamericanos por un valor de entre 4.500 y 5.500 millones de dólares; véase William J. Shultz y M. R. Caine, *Financial Development of the United States*, Nueva York, Prentice-Hall, 1937, p. 502. <<

[48*] Leo Pasvolski y Harold G. Moulton, *Russian Debts and Russian Reconstruction. A Study of the Relation of Russia's Foreign Debts to her Economic Recovery*, Nueva York, McGraw-Hill, 1924, p. 112. A estas cifras debe agregarse el valor de los productos salidos de las industrias artesanales (*kustarnaya promishlennost*), que Pasvolski cifra en alrededor del 50 por ciento de las antes mencionadas; véase *ibid.*, p. 113. <<

[49*] Sobre la base de las estadísticas presentadas en Jürgen Nötzold, *Wirtschaftspolitische Alternativen der Entwicklung Russlands in der Ära Witte und Stolypian*, Berlín, Duncker und Humblot, 1966, p. 110. <<

[50*] Véase el capítulo 6. <<

[51*] Véase Piotr A. Zaionchkovski, *Samoderzhaviye i russkaya armia na rubezhe XIX-XX stoleti, 1881-1903*, Moscú, Mysl, 1973, p. 34. Este autor incluye un cuadro donde se muestra la participación del ejército ruso en la represión de los desórdenes civiles entre 1883 y 1903; véase *ibid.*, p. 35. El tema se trata en profundidad en William C. Fuller, *Civil-Military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914*, Princeton, Princeton University Press, 1985. <<

[52*] En 1886, el ejército ruso tenía a lo sumo doce oficiales judíos; véase P. A. Zaionchkovski, *Samoderzhaviye i russkaya armia*, *op. cit.*, pp. 201-202. <<

[53*] Matitiahu Mayzel, «The formation of the Russian

General Staff, 1880-1917. A social study», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, vol. 16, n.os 3-4 (1975), pp. 300-301. Según P. A. Zaionchkovski (*Samoderzhaviye i russkaya armia*, *op. cit.*, pp. 320n-321n), entre los años finales del siglo XIX y comienzos del XX había muy pocos nobles que asistieran a la academia. <<

[54*] A diferencia de lo que sucedía en el ejército japonés, que prestaba una gran atención al adoctrinamiento ideológico; véase Carol Gluck, *Japan's Modern Myths. Ideology in the Late Meiji Period*, Princeton, Princeton University Press, 1985. Los soldados rusos no eran adoctrinados; véase Anton I. Denikin, *Staraya armia*, París, Rodnik, 1929, pp. 50-51. <<

[55*] Según el censo de 1897, había en el imperio 1.220.000 *dvorianye* hereditarios (de ambos sexos), de los cuales 641.500 eran hablantes nativos de «ruso» (esto es, gran-rusos, ucranianos y bielorrusos); véase Nikolái A. Troinitski, *Pervaya vseobshchaya perepis naselenia Rossiskoi Imperi, 1897 g. Obshchi svod*, vol. 2, San Petersburgo, s. n., 1905, p. 374. Así, los *dvorianye* constituían casi el 1 por ciento de la población. <<

[56*] Una *desiatina* equivale a 1,1 hectáreas. <<

[57*] Cicely Howell, «Peasant inheritance customs in the Midlands, 1280-1700», en Jack Goody, Joan Thirsk y E. P. Thompson, eds., *Family and Inheritance. Rural Society in Western Europe, 1200-1800*, Cambridge y Nueva York, Cambridge University Press, 1976, p. 117. Otro factor que influye en las prácticas hereditarias es la cercanía de las ciudades; véase Wilhelm Abel, *Agrarpolitik*, 2.ª ed., Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1958, p. 154 [hay trad. cast.: *Política agraria*, Buenos Aires, El Ateneo, 1960]. <<

[58*] La aversión al disenso parece universal entre los

campesinos. Robert Redfield (*The Little Community. View Points for the Study of a Human Whole*, Uppsala, Almqvist & Wiksells boktr., 1955, p. 44 [hay trad. cast.: «La pequeña comunidad», en *La pequeña comunidad. Sociedad y cultura campesina*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Instituto Cubano del Libro, 1973]), señala que «a las aldeas no les gustan las facciones». <<

[59*] Calculado sobre la base de las cifras de Tsentralnyi Statisticheski Komitet, *Ezhegodnik Rossi, 1910 g.*, San Petersburgo, s. n., 1911, pp. 258-263. La mayor parte de las tierras privadas estaban en poder de asociaciones y aldeas, y no de casas individuales. <<

[60*] Andréi A. Kofod, *Russkoye zemleustroistvo*, 2.ª ed., San Petersburgo, Tip. Selski viestnik, 1914, p. 23. Ya en la década de 1880, Leroy-Beaulieu afirmaba advertir un desencanto universal con la comuna: Anatole Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars and the Russians*, vol. 2, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons, 1898, pp. 45-46. <<

[61*] De acuerdo con una disposición incorporada en el último momento al Edicto de Emancipación, el campesino que no quisiera pagar podía adueñarse gratuitamente de una parte de la parcela destinada a él. Dichas parcelas se denominaban *otrezki*. <<

[62*] Friedrich Ratzel, *Anthropogeographie*, vol. 2, Stuttgart, J. Engelhorn, 1891, pp. 257-265. Si recalculamos las cifras de Ratzel, dadas en leguas, un país con el clima de Rusia debería dar cabida a 23 habitantes por kilómetro cuadrado. <<

[63*] Investigaciones recientes indican que el crecimiento demográfico en la Rusia prerrevolucionaria pudo ser más alto de lo que se creía en la época. Los cálculos actuales sitúan el excedente del número de nacimientos sobre el de muertes en 1900 en 16,5 por mil, con tendencia a aumentar. Se estima

que en la Rusia europea era de 18,4 (1897-1916), mientras que en la región del Volga inferior llegaba a 20; véase Serguéi I. Bruk y Vladímir M. Kabuzan, «Dinamika i etnicheski sostav naselenia Rossi v epoju imperializma (konets XIX veka 1917)», *ISSSR*, n.º 3 (mayo-junio de 1980), p. 81. H. John Habakkuk (Family structure and economic change in nineteenth-century Europe», *The Journal of Economic History*, vol. 15 [marzo de 1955], pp. 5-6), cree que la herencia divisible (o de «división equitativa») promueve el crecimiento demográfico, ya que alienta los matrimonios. <<

[64*] El gobierno estimaba que entre 1861 y 1901 la población rural del imperio había pasado de 52 a 86,6 millones, y que el aumento anual de habitantes en zonas rurales en los años finales del siglo XIX era de 1,5 millones; véase Alexánder Kornílov, citado en Josef Melnik, *Russen über Russland. Ein Sammelwerk*, Frankfurt, Rütten & Loening, 1906, p. 404. Esta fue la cifra utilizada por Stolipin en 1907; véase el capítulo 5. Sin embargo, el margen de error en todas las estadísticas rusas es amplio, y estas cifras tampoco tienen en cuenta a los habitantes no rurales ni la mortalidad infantil. <<

[65*] También había entre 7 y 8 millones de personas ocupadas en industrias artesanales domésticas (*kustarnaya promishlennost*), que suministraban principalmente bienes de consumo duraderos a los campesinos; véase Pável A. Jromov, *Ekonomika Rossi perioda promishlennogo kapitalizma*, Moscú, Izd-vo VPSh i AON pri TsK KPSS, 1963, p. 105. La mayoría de las personas que trabajaban en estas industrias lo hacían en el tiempo que les dejaba libre el trabajo en el campo, y seguían contando primordialmente con los ingresos agrícolas. <<

[66*] La veracidad de estas cifras ha sido cuestionada,

empero, con el argumento de que no tienen en cuenta a los campesinos que abandonaban el campo para trasladarse a las ciudades y los centros industriales, aunque nominalmente todavía figuraban como miembros de la comuna; véase Alexéi Serguéievich Yermólov, *Nash zemelnyi vopros*, San Petersburgo, Tip. V. Kirshbauma, 1906, p. 62. <<

[67*] Iván Oserov [Ozerov], citado en J. Melnik, *Russen über Russland*, *op. cit.*, pp. 211-212. Las estadísticas presentadas por Alexánder S. Nifontov (*Zernovoye proizvodstvo Rossi vo vtoroi polovinye deviatnadtsatogo veka. Po materialam ezhegodnoi statistiki urozhayev Evropeiskoi Rossi*, Moscú, Nauka, 1974, p. 310), permiten ver que, aun después de tener en cuenta las crecientes exportaciones de grano, la cantidad de grano per cápita internamente disponible en la década de 1890 era mayor que veinte años antes; en otras palabras, la producción de alimentos crecía más que la población. Véase James Y. Simms, Jr., «The crisis in Russian agriculture at the end of the nineteenth century. A different view», *SR*, vol. 36, n.º 3 (1977), p. 310. <<

[68*] A. S. Yermólov, *Nash zemelnyi vopros*, *op. cit.*, pp. 2 y 5. En realidad, el rendimiento agrícola de Rusia era muy inferior al de los demás países europeos. La agricultura «intensiva» también implicaba la adopción de cultivos técnicos, por ejemplo cáñamo y lino, que reportaban mayores ingresos. <<

[69*] Eugen Weber, *Peasants into Frenchmen. The Modernization of Rural France, 1870-1914*, Stanford, Stanford University Press, 1982, pp. 3, 5, 48 y 155-156. «*La patrie* —cita el autor a un sacerdote francés—, una excelente palabra […] que estremece a todos salvo al campesino» (*ibid.*, p. 100). Sobre este tema, véase también Theodore Zeldin, *France, 1848-1945*, vol. 2, Oxford, Clarendon Press, 1977, p. 3. <<

[70*] Robert Redfield, *Peasant Society and Culture. An*

Anthropological Approach to Civilization, Chicago, University of Chicago Press, 1956, pp. 42-64 [hay trad. cast.: «Sociedad y cultura campesina», en *La pequeña comunidad*, *op. cit.*]. En su estudio sobre la aculturación del campesinado francés, Weber enumera como «agentes de cambio» los caminos, la participación en el proceso político (la «politización»), la emigración, el servicio militar, las escuelas y la Iglesia. <<

[71*] A. S. Yermólov, *Nash zemelnyi vopros*, *op. cit.*, p. 25. La discrepancia se debe a que las estadísticas oficiales consideraban como propiedad de los terratenientes las tierras que estos arrendaban a los campesinos. <<

[72*] Nikolái A. Troinitski, ed., *Pervaya vseobshchaya perepis naselenia Rossiskoi Imperi 1897 g., Obshchi Svod*, vol. 1, San Petersburgo, s. n., 1905, p. 56. Entre las mujeres del mismo grupo de edad, el porcentaje de las alfabetizadas no llegaba al 21 por ciento. <<

[73*] Novelas populares, sensacionalistas y macabras, que costaban un penique. *(N. del T.)* <<

[74*] Otto Wilhelm Müller (*Intelligencija. Untersuchungen zur Geschichte eines politischen Schlagwortes*, Frankfurt, Athenäum Verlag, 1971) relata la historia del término en Europa occidental y Rusia. Según el autor (p. 98n), la palabra *intelligent* se aplicaba en Francia a los expertos ya en el siglo XV. <<

[75*] La idea de que el propósito de la política es inculcar la virtud y de que esta se obtiene por medio de las leyes y la educación es tan antigua como la teoría política, dado que se remonta a Platón. Pero la innovación de Helvétius radica en que para él la política, al crear un ambiente propicio, no solo permite al hombre actuar virtuosamente, sino que lo fuerza a ello, dado que rehace su personalidad. <<

[76*] Francis G. Wilson («Public opinion and the

intellectuals», *The American Political Science Review*, vol. 48, n.º 2 (junio de 1954), pp. 325 y 335-338), ha señalado que aun al comienzo de los tiempos modernos, antes de que la influencia de la ciencia se hubiera hecho sentir de lleno, los intelectuales eran partidarios de una autoridad centralizada y un Estado poderoso. <<

[77*] Cochin murió en combate en 1916. Sus principales obras son *La crise de l'histoire révolutionnaire*, París, Honoré Champion, 1909, y la póstuma *Les sociétés de pensée et la démocratie moderne*, París, Plon-Nourrit et Cie., 1921. François Furet (*Penser la Révolution française*, París, Gallimard, 1983 [hay trad. cast.: *Pensar la Revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980]), pasa revista a sus ideas. <<

[78*] Eric Hoffer (*The True Believer. Thoughts on the Nature of Mass Movements*, Nueva York, Harper and Row, 1951, p. 79 [hay trad. cast.: *El verdadero creyente. Sobre el fanatismo y los movimientos sociales*, Madrid, Tecnos, 2009]) ve en la impermeabilidad a la realidad un rasgo esencial de todos los fanatismos: «La eficacia de una doctrina no debería juzgarse por su profundidad, su carácter sublime o la validez de las verdades que encarna, sino por la medida en que logra aislar exhaustivamente al individuo de su yo y el mundo tal como es». <<

[79*] A. Volski (Machajski), *Umstvennyi rabochi*, Nueva York y Baltimore, Mezhdunarodnoye literaturnoye sodruzhestvo, 1968, p. 328 (publicado originalmente en 1904-1905). En el prefacio (p. 14) Albert Parry señala que esta obra despertó la «feroz oposición» de casi todos los intelectuales revolucionarios de la época, que «movilizaron de inmediato a la totalidad de sus publicistas teóricos, oradores y agitadores. Todo el aparato de propaganda del movimiento socialista, ya fuera bolchevique, menchevique o socialista revolucionario,

entró en acción contra este nuevo enemigo común. La virulencia de su ataque carecía de precedentes». Los escritos de Machajski fueron incluidos en el Index Librorum Prohibitorum soviético. <<

[80*] Anton Chéjov, carta a Alexéi Suvorin en *Pisma*, vol. 5, Moscú, K-vo pisatelei, 1915, p. 352. Bernard A. De Voto (*The Literary Fallacy*, Boston, Little, Brown and Company, 1944) expresa quejas similares acerca de los escritores norteamericanos del período de entreguerras, lo cual indica hasta qué punto el problema que afligía a la Rusia imperial había cobrado dimensiones internacionales. <<

[81*] Esta teoría ha recibido no hace mucho el nuevo respaldo de un estudioso alemán que sostiene que, a causa de la pobreza de su población rural, faltaban en la Rusia prerrevolucionaria las condiciones para el desarrollo de una economía industrial basada en los mercados; véase Jürgen Nötzold, *Wirtschaftspolitische Alternativen der Entwicklung Russlands in der Ära Witte und Stolypian*, Berlín, Duncker und Humblot, 1966, pp. 193 y 204. <<

[82*] M. P. Marinicheva *et al.*, eds., *K. Marks, F. Engels i revoliutsionnaya Rossia. Sbornik*, Moscú, Izd-vo polit. lit-ry, 1967, pp. 443-444. Según Nikolái Valentínov (*The Early Years of Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1969, p. 183), esta carta se mantuvo en secreto durante muchos años, presumiblemente porque contradecía los puntos de vista de las esferas dirigentes de la socialdemocracia rusa. <<

[83*] A veces suele denominarse a los miembros de este grupo «social-revolucionarios» o «revolucionarios socialistas». Ambas traducciones son inexactas. La denominación que se daban era *sotsialisti-revoliutsioneri*, es decir, «socialistas revolucionarios». <<

[84*] Jacques Ellul, *Autopsie de la Révolution*, París,

Calmann-Lévy, 1969, p. 69 [hay trad. cast.: *Autopsia de la Revolución*, Madrid, Unión Editorial, 1973]. Ellul admite que Lenin representaba un nuevo tipo de activista revolucionario. <<

[85*] Kadete, por sus siglas KD, Komstitutsiommo Demokraticheskaya (Partido Democrático Constitucional). *(N. del T.)* <<

[86*] Ingeborg Fleischhauer («The agrarian program of the Russian constitutional democrats», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, vol. 20, n.º 2 [abril-junio de 1979], pp. 173-201), hace notar las estrechas similitudes entre los programas agrarios de los kadetes y los socialdemócratas alemanes. <<

[87*] Valentín S. Diakin, *Russkaya burzhuazia i tsarizm v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917*, Leningrado, Nauka, Lenigradoskoye otd-niye, 1967, p. 169. Nicolás se personó por primera vez en la Duma en febrero de 1916, diez años después de la creación del Parlamento, en medio de una grave crisis política a raíz de las derrotas de Rusia en la Primera Guerra Mundial. <<

[88*] Hay una llamativa diferencia entre los diputados de las dos primeras Dumas rusas y los que entre 1789 y 1791 participaron en la Asamblea Nacional francesa. Los rusos eran en su inmensa mayoría intelectuales sin experiencia práctica, mientras que el Tercer Estado, que dominaba los Estados Generales y la Asamblea Nacional, estaba compuesto por abogados y comerciantes de mentalidad práctica, «hombres de acción y hombres de negocios». Véase James Matthew Thompson, *The French Revolution*, Oxford, Basil Blackwell, 1947, pp. 26-27. <<

[89*] Según Marc Szeftel (*The Russian Constitution of April 23, 1906. Political Institutions of the Duma Monarchy*, Bruselas, Éditions de la Librairie Encyclopédique, 1976, p.

247), el gobierno zarista no autorizó partidos políticos opositores antes de su derrumbe en 1917. Dichos partidos existían y actuaban en un limbo jurídico. <<

[90*] Según Serguéi Yúlievich Vitte [Witte] (*Vospominania*, vol. 2, Moscú, Izd-vo sotsnalno-ekon. lit-ry, 1960, p. 545), este órgano había recibido ex profeso el nombre de «Consejo de Ministros» y no el de «gabinete» para distinguir aún más a Rusia de los estados constitucionales occidentales. <<

[91*] «No estoy en ningún sentido a favor de un gobierno absolutista —declaró Bismarck ante el Reichstag en 1884—. Considero que la cooperación parlamentaria, si se lleva a cabo como corresponde, es necesaria y útil, así como considero nocivo e imposible el gobierno parlamentario»; véase Max Klemm, ed., *Was sagt Bismarck dazu? Ein Wegweiser durch Bismarcks Geistes- und Gedankenwelt*, vol. 2, Berlín, A. Scherl, 1924, p. 126. <<

[92*] En marzo de 1907, un trabajador incitado por un político derechista llamado Kazantsiev mató a Grigori Iollos, otro diputado kadete de la Duma, también judío. Cuando comprendió que Kazantsiev lo había inducido a creer que Iollos era un agente de la policía, el trabajador lo atrajo con engaños a un bosque y lo mató. <<

[93*] Duma Estatal, *Stenograficheskie Otchoti, 1907 god*, vol. 2, vtoroi soziv, sessia vtoraya, zasedaniye 36, San Petersburgo, s. n., 1907, pp. 435-436. Las estadísticas de Stolipin eran un poco forzadas; no todo el crecimiento vegetativo de la población (que en realidad era más alto de lo que él calculaba, a saber, 18,1 por mil) se producía en las zonas rurales del centro de Rusia. Aun así, su conclusión era correcta, como lo demostrarían los resultados de las expropiaciones agrarias de 1917. <<

[94*] Uno de los tópicos engañosos de la historiografía rusa,

promovido por los historiadores comunistas, consiste en decir que las medidas agrarias de Stolipin aspiraban a promover una clase de «kulaks», definidos como usureros y explotadores rurales. En realidad, tenían el objetivo contrario: brindar a los campesinos emprendedores la oportunidad de enriquecerse mediante el trabajo productivo y no por medio de la usura y la explotación. <<

[95*] El programa, que desapareció después de su muerte y se dio por perdido, fue hecho público cuarenta y cinco años después por el secretario de Stolipin, Alexánder V. Zenkovski, *Pravda o Stolipinye*, Nueva York, Vseslovianskoye izd-vo, 1956, pp. 73-113. Véase también Serguéi E. Krizhanovski, *Vospominania. Iz bumag S. E. Krizhanovskago, posliedniago gosudarstvennago sekretaria a Rossiskoi Imperi*, Berlín, Petropolis, 1938 (?), pp. 130-132, 137-138 y 218. <<

[96*] *The New York Times*, 14 de diciembre de 1911, p. 1. Algunos círculos rusos denunciaron esta decisión como una injerencia intolerable en los asuntos internos de Rusia, mientras que un diario conservador alemán dijo que reflejaba el «espíritu de nuevo rico que domina no solo la sociedad, sino también la política norteamericanas» (*ibid.*, p. 2). <<

[97*] Los diputados socialdemócratas, juzgados tras la disolución de la Duma, cuando su inmunidad parlamentaria ya no tenía vigencia, fueron declarados culpables y condenados a trabajos forzados; véase Pável Grigórevich Kurlov, *Gibel imperatorskoi Rossi*, Berlín, Knigoizdatelstvo Otto Kirjner i ko., 1923, p. 94. <<

[98*] Cuando Kokóvtsov le dijo que el movimiento era imprudente y que haría mejor en aceptar las sugerencias del zar, Stolipin replicó que no tenía tiempo para combatir las intrigas en su contra y que, de todos modos, estaba políticamente acabado; véanse Vladímir N. Kokóvtsov, *Iz*

moyego proshlogo. Vospominania, 1903-1919 gg., vol. 1, París, W. Kokóvtsov, 1933, p. 458, y Aron Y. Avrej, *Stolypin i Tretia Duma*, Moscú, Nauka, 1968, p. 338. <<

[99*] Trépov fue hecho prisionero por los bolcheviques y ejecutado junto con muchos otros rehenes en Kronstadt el 22 de julio de 1918; véase V. N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo*, *op. cit.*, vol. 1, p. 462. Durnovó murió en 1915. <<

[100*] Archivo Krizhanovski, Universidad de Columbia, caja 2, carpeta 5. Krizhanovski cumplió la petición de Stolipin y solo salvó sus cartas al zar. El miedo de Stolipin a ser asesinado en Kiev tal vez se debía a las informaciones falsas que su futuro victimario suministraba a la Ojrana, como se describe más abajo. <<

[101*] Un examen *post mortem* reveló que Stolipin tenía el corazón y el hígado en tan malas condiciones que probablemente habría muerto por causas naturales al cabo de no mucho tiempo; véase George B. Tokmakoff, *P. A. Stolypin and the Third Duma. An Appraisal of the Three Major Issues*, Washington D. C., University Press of America, 1981, pp. 207-208. <<

[102*] B. Strumillo, «Materiali o Dmitri Bogrove», *KL*, n.º 1/10 (1924), p. 230. En su relato de ficción sobre estos acontecimientos, Alexánder Solzhenitsin atribuye el acto de Bogrov al deseo de proteger intereses judíos presuntamente amenazados por el ideal de una «Gran Rusia» de Stolipin. El escritor «reconstruye» así el pensamiento de Bogrov: «Directamente, Stolipin no había hecho nada contra los judíos; incluso había logrado aliviar un tanto su suerte. Pero su actitud no era sincera. Es preciso saber cómo identificar a un enemigo de los judíos más allá de las apariencias. Stolipin promueve de manera demasiado insistente, demasiado abierta, demasiado provocativa los intereses nacionales *rusos*,

la representación *rusa* en la Duma, el Estado *ruso*. No está construyendo un país libre para todos, sino una monarquía nacional. Así, el futuro de los judíos de Rusia depende de la voluntad de alguien que no es su amigo. El rumbo de Stolipin no promete prosperidad a los judíos»; véase Alexánder Solzhenitsin, *Krasnoye koleso. Poviestvovanie v otmierennij srokaj*, vol. 1, *Avgust chetirnadtsatogo*, segunda parte, París, YMCA-Press, 1983, p. 126 [hay trad. cast.: *Agosto 1914*, Barcelona, Styria, 2007]. No hay pruebas que respalden esta interpretación, sino más bien al contrario: Bogrov, que procedía de una familia plenamente asimilada (su abuelo se había convertido al cristianismo ortodoxo y su padre era miembro del Club de Nobles de Kiev), era judío solo en un sentido biológico («racial»). Incluso su nombre de pila, que Solzhenitsin decide que sea el yidish «Mordko», era el muy ruso Dmitri. En sus declaraciones a la policía, Bogrov afirmó que había matado a Stolipin porque sus políticas reaccionarias habían sido muy dañinas para Rusia. En una carta de despedida a sus padres, escrita el día del asesinato, se refería a su incapacidad para llevar la vida normal que ellos esperaban de él; véase A. Serebrennikov, ed., *Ubistvo Stolipina. Svidetelstva i dokumenti*, Nueva York, Teleks, 1986, pp. 161-162. La fuente más probable de la tesis de que Bogrov actuaba como judío y en nombre de los intereses judíos es un informe falso publicado el 13 de septiembre de 1911 en el diario derechista *Novoye Vremia*, según el cual Bogrov, poco antes de su ejecución, le había dicho a un rabino que había «luchado por el bienestar y la felicidad del pueblo judío» (*ibid.*, p. 22). En realidad, se había negado a ver a un rabino antes de la ejecución (*Rech*, 13 de septiembre de 1911, en *ibid.*, pp. 23-24). <<

[103*] «La mayoría de las huelgas […] se dan en oficios e industrias organizadas. Cuando el sindicalismo se expande a

industrias antes no organizadas, a menudo lo acompañan oleadas de huelgas»; véase John A. Fitch, «Strikes and lockouts», en Edwin R. A. Seligman, ed., *Encyclopedia of the Social Sciences*, vol. 14, Nueva York, Macmillan, 1934, p. 420. John I. Griffin (*Strikes. A Study in Quantitative Economics*, Nueva York, Columbia University Press, 1939, p. 98), llega a una conclusión similar sobre la base de la experiencia estadounidense. <<

[104*] Los rusos se mostraron aún más confiados en su capacidad de aplastar a los austríacos cuando tuvieron acceso a sus planes operacionales, entregados por su agente, el coronel Alfred Redl, que trabajó para ellos entre 1905 y 1913. Véase William C. Fuller, Jr., «The Russian Empire», en Ernest R. May, ed., *Knowing One's Enemies. Intelligence Assessment before the Two World Wars*, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 115-116. <<

[105*] Este procedimiento siguió el adoptado en la guerra con Japón, cuando Rusia también había llevado a cabo una movilización parcial; véase Liubomir G. Beskrovnyi, *Armia i flot Rossi v nachale XX veka*, Moscú, Nauka, 1986, p. 11. <<

[106*] En teoría, los judíos rusos podían ser convocados al servicio militar. Pero como cada año la cifra de hombres en condiciones de ser reclutados superaba las necesidades del ejército, tenían pocas dificultades para eludir la conscripción; sobornaban para ello a los examinadores médicos o a los empleados encargados de emitir los certificados de nacimiento. Entre 1914 y 1917, sin embargo, se les reclutó en masa; se calcula que durante la Primera Guerra Mundial alrededor de medio millón de judíos sirvieron en el ejército ruso. <<

[107*] L. G. Beskrovnyi, *Armia i flot*, *op. cit.*, p. 70. Tras la guerra con los japoneses, Rusia también adoptó la política de

no comprar en el extranjero ningún equipamiento militar que pudiera producirse en el país; véase Alexéi A. Manikovski, *Boyevoye snabzheniye russkoi armi v mirovuiu voinu*, 2.ª ed., vol. 1, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, Otdel voyennoi litry, 1930, p. 363. <<

[108*] Nikolái N. Golovin, *Voyennye usilia Rossi v mirovoi voinye*, vol. 1, París, T-vo obyedinennyj izdatelei, 1939, pp. 56-57. Arkadi L. Sidorov (*Ekonomicheskoye polozheniye Rossi v godi pervoi mirovoi voini*, Moscú, Nauka, 1973, p. 567) calcula que desde el punto de vista de la cobertura territorial la red ferroviaria rusa era la undécima parte de la de Alemania y la séptima parte de la del Imperio austrohúngaro. <<

[109*] Al estallar la guerra, el nombre de San Petersburgo, de resonancias germánicas, se sustituyó por el de Petrogrado. <<

[110*] A comienzos de 1915, los británicos intentaron sin éxito, en Gallípoli, romper ese bloqueo. Véanse Winston S. Churchill, *The Unknown War. The Eastern Front*, Nueva York, C. Scribner's Sons, 1931, p. 304, y John Buchan, *A History of the Great War*, vol. 2, Boston, Houghton Mifflin, 1922, p. 12. Si la campaña de Gallípoli hubiera colmado las expectativas de Churchill, su principal protagonista, el rumbo de la historia rusa podría haber sido muy diferente. <<

[111*] Uno de los máximos defensores de esta teoría era Iván S. Blioj, cuyo estudio en seis volúmenes fue publicado en inglés, en forma de compendio, como Jan Bloch, *The Future of War in its Technical, Economic, and Political Relations. Is War Now Impossible?*, Nueva York, Doubleday & McClure co., 1899. <<

[112*] A comienzos de 1918, Rennenkampf fue capturado por los bolcheviques cerca de Taganrog, mientras colaboraba con el general Lavr Kornílov. Según un diario de la época, lo

torturaron salvajemente y luego lo fusilaron; véase *NZh*, n.º 83/298 (4 de mayo de 1918), p. 3. <<

[113*] Erich von Falkenhayn, *Die oberste Heeresleitung, 1914-1916. In ihren wichtigsten Entschliessungen*, Berlín, E. S. Mittler, 1920, p. 17 [hay trad. cast.: *El comando supremo del ejército alemán, 1914-1916, y sus decisiones esenciales*, Buenos Aires, Ferrari Hnos., 1920]. Con todo, al evaluar su apreciación es necesario tener presente que, convencido de que los alemanes solo podrían obtener la victoria en el oeste, Falkenhayn se había opuesto enérgicamente a las operaciones ofensivas contra los rusos. No cabía esperar, además, que en sus memorias se mostrara imparcial con Hindenburg, que en agosto de 1916 lo reemplazó como jefe del Estado Mayor. <<

[114*] También debe recordarse que Hindenburg y Ludendorff destruyeron el Segundo Ejército ruso sin la ayuda de refuerzos del oeste. Estos últimos llegaron a tiempo para colaborar en la expulsión del Primer Ejército ruso de Prusia Oriental. <<

[115*] Las fuentes sobre el Bloque Progresista se han publicado en *KA*, n.ºs 1-2/50-51 (1932), pp. 117-160; n.º 3/52 (1932), pp. 143-196, y n.º 1/56 (1933), así como en Berta B. Grave, ed., *Burzhuazia nakanune fevralskoi revoliutsi*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1927, pp. 19-32. Véase también Valentín S. Diakin, *Russkaya burzhuazia i tsariszm v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917*, Leningrado, Nauka, Lenigradoskoye otd-niye, 1967, *passim*. <<

[116*] Nicolás Nikoláievich fue al Cáucaso como virrey, y desempeñaría un papel menor en los acontecimientos que culminaron en la Revolución de Febrero. <<

[117*] A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, pp. 117-119. Como se señalará en el capítulo siguiente, un porcentaje importante de los proyectiles disponibles en 1916-

1917 correspondía a proveedores extranjeros. <<

[118*] Rudolf Claus, *Die Kriegswirtschaft Russlands bis zur bolschewistischen Revolution*, Bonn, K. Schroeder, 1922, p. 15. Arkadi L. Sidorov (*Finansovoye polozheniye Rossi v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917 gg.*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSR, 1960, p. 147) menciona la cifra más alta. <<

[119*] R. Claus, *Die Kriegswirtschaft*, *op. cit.*, pp. 156-157. El mercado de divisas de Londres registró una caída similar; véase Emil Diesen, *Exchange Rates of the World*, vol. 1, Cristianía [Oslo], Økonomisk Literatur, 1914, p. 144. <<

[120*] A. L. Sidorov, *Finansovoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 147. De la cifra correspondiente a la primera mitad de 1914, 1.633 millones de rublos eran en papel y el resto, en metálico. <<

[121*] Bernard Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914-1916*, Londres, Duckworth & Co., 1923, p. 114. «El viejo» se refiere a Goremikin. <<

[122*] B. Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa*, *op. cit.*, p. xxxiii. Tras su cese, Polivánov pasó a integrar el Consejo de Estado. En 1918-1919 ayudó a Trotski a organizar el Ejército Rojo. Falleció en 1920 mientras ejercía como asesor de la delegación soviética en las conversaciones polacas de paz celebradas en Riga. <<

[123*] En un principio, Protopópov ejerció como ministro interino; se le ratificó como titular del cargo a mediados de diciembre, tras el asesinato de Rasputín; véase Valentín S. Diakin, *Russkaya burzhuazia i tsariszm v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917*, Leningrado, Nauka, Lenigradoskoye otd-niye, 1967, p. 265. <<

[124*] Andréi I. Shingáriev era un destacado kadete, experto en problemas agrarios. Ejerció como ministro de Finanzas del Gobierno Provisional y murió asesinado a comienzos de 1918

por marineros partidarios de los bolcheviques. <<

[125*] Debido a que se les sospechaban simpatías proalemanas, en 1915 se obligó a muchos judíos que vivían cerca de la zona de combate —las estimaciones señalan hasta 250.000— a trasladarse al interior del país. <<

[126*] Yevgueni D. Chermenski, *IV Gosudarstvennaya Duma i sverzheniye tsarizma v Rossi*, Moscú, Mysl, 1976, pp. 204-206, y V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 241. Sobre la impopularidad de Stürmer debido a su apellido alemán, véase Andréi M. Anfímov, «Tsarskaya ojranka o politicheskom polozheni v stranie v kontsie», *IA*, n.º 1 (1960), p. 207. De no haber sido por eso, los kadetes habrían apuntado a Protopópov, con motivo de sus conversaciones con un representante alemán en Estocolmo. <<

[127*] Según el embajador francés, fue Stürmer quien pidió que abandonaran el recinto; véase Maurice Paléologue, *La Russie des tsars pendant la Grande Guerre*, vol. 3, París, Plon-Nourrit, 1922, pp. 86-87 [hay trad. cast.: *La Rusia de los zares durante la Guerra Grande*, Buenos Aires, La Nación, 1965]. <<

[128*] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 251. Rodzianko suspendió durante quince días a los diputados provocadores, entre ellos Kérenski y Chjeidze. <<

[129*] Archivo de Serguéi E. Krizhanovski, caja 5, carpeta «Rasputín», Archivo Bakhmeteff, Universidad de Columbia, Nueva York. Vírubova no da crédito a los cotilleos acerca de sus presuntos excesos sexuales; afirma que era muy desagradable y que no había conocido a ninguna mujer que hubiera tenido un amorío con él; véase Anna Vírubova, *Souvenirs de ma vie*, París, 1927, p. 115 [hay trad. cast.: *Diario secreto (1907-1919). La vida íntima de la corte imperial de Rusia hasta la Revolución*, Santiago de Chile, Zig-Zag, s. f.].

<<

[130*] Hay dos descripciones de testigos oculares del asesinato de Rasputín. Purishkévich reflejó sus recuerdos en forma de diario dos días después del suceso, y los publicó en el sur de Rusia en 1918; esta versión se reeditó en Moscú en 1923 bajo el título de *Ubistvo Rasputina*. Las memorias de Yusúpov, *Konets Rasputina*, se publicaron en París cuatro años después. Entre las fuentes secundarias, la más esclarecedora es la de Alexánder Spiridóvich, *Raspoutine, 1863-1916. D'après les documents russes et les archives privées de l'auteur*, París, Payot, 1935; el autor, un general del Cuerpo de Gendarmería, era comandante de la Guardia en la residencia imperial de Tsárkoie Seló. <<

[131*] Sin embargo, según Miliukov y Maklákov las historias sobre el regocijo popular por la muerte de Rasputín son «una leyenda aristocrática»; en realidad, el asesinato perturbó a la gente común y corriente. Véase A. Spiridóvich, *Raspoutine*, *op. cit.*, pp. 413-415. <<

[132*] La ausencia de veneno en los restos de Rasputín cabe interpretarla como que, en realidad, no lo había en el vino y las pastas. En algún momento del período de entreguerras, la firma de Karl W. Hiersemann puso en venta en Alemania las actas de la investigación judicial del asesinato de Rasputín: «Originalakten zum Mord an Rasputin», Leipzig, s. f., Biblioteca del Congreso, DK 254.R3H5, pero su paradero actual se desconoce. La presentación (*ibid.*, pp. 8-9) confirma que la autopsia reveló la inexistencia de rastros de veneno. <<

[133*] Los asesinos de Rasputín nunca fueron juzgados, al parecer debido a la intercesión de la emperatriz viuda. Tras pasar algún tiempo con las fuerzas rusas en Persia, Dmitri viajó a Inglaterra, donde llevó una vida despreocupada en medio de la aristocracia británica. Más adelante se casó con

una heredera norteamericana. Sus diarios, depositados en la Biblioteca Houghton de Harvard, no muestran interés por su país natal. Yusúpov, que fue desterrado a una de sus fincas, logró finalmente viajar a Occidente. Los bolcheviques arrestaron y luego liberaron a Purishkévich, que más adelante se incorporó a los ejércitos blancos y murió en Francia en 1920. <<

[134*] George Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories*, vol. 2, Boston, Little, Brown & Company, 1923, pp. 45-46; véase también Alexánder I. Spiridóvich, *Velikaya voina i fevralskaya revoliutsia, 1914-1917 gg.*, vol. 3, Nueva York, Vseslavianskoye izd-vo, 1962, p. 14. Buchanan, sin embargo, no es un testigo del todo fiable. Según su hija, Nicolás dijo, además, que los rumores de agitación inminente eran exagerados y que el ejército lo salvaría; véase Meriel Buchanan, *Petrograd, the City of Trouble, 1914-1918*, Londres, W. Collins Sons, 1918, p. 81. El zar recibió de la policía la información de que la embajada británica estaba en contacto con grupos antigubernamentales de la Duma e incluso les proporcionaba ayuda económica; véase Vladímir N. Voiéikov, *S tsarem i bez tsaria*, Helsingfors, s. n., 1936, p. 175. <<

[135*] Según Yevgueni I. Martínov (*Tsarskaya armia v fevralskom perevorotie*, Leningrado, Voyennaya Tipografia Narkomvoyenmor i RVS SSSR, 1927, p. 85), las tropas utilizaron ametralladoras, pero el dato es casi seguramente erróneo. Un suboficial que participó en el incidente afirmó que las tropas dispararon al aire y que la matanza fue obra de un oficial borracho; véase *Biloye*, n.os 5-6/27-28 (1917), pp. 8-9. <<

[136*] Entre abril y junio de 1917 estallaron motines entre las tropas francesas del frente occidental. Los alimentaba el

resentimiento de los soldados por las graves bajas sufridas en la ofensiva de Nivelle, pero las noticias de la Revolución rusa, que provocaron una rebelión de unidades rusas en Francia, también tuvieron su importancia. A la postre, fueron cincuenta y cuatro las divisiones afectadas; en mayo de 1917, el ejército francés fue incapaz de lanzar ofensivas. Pese a todo, el motín, que el Estado francés consiguió mantener en secreto durante décadas, fue a la larga sofocado y en ningún momento amenazó con derribar la estructura estatal, en lo que es un comentario revelador sobre la cohesión nacional y política de Francia en comparación con la de Rusia. Véanse John Williams, *Mutiny, 1917*, Londres, Heinemann, 1962, y Richard M. Watt, *Dare Call It Treason. The True Story of the French Army Mutinies of 1917*, Nueva York, Simon & Schuster, 1963. <<

[137*] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia*, *op. cit.*, p. 105, y *KA*, n.º 2/21 (1927), pp. 11-12. El mensaje contenía solo la firma de Miguel, pero había sido el resultado de esfuerzos conjuntos de este mismo, el primer ministro Golitsin, Rodzianko, Beliáiev y Krizhanovski; véase *Revoliutsia*, vol. 1, p. 40. <<

[138*] Ruzski fue arrestado por los bolcheviques en septiembre de 1918 mientras vivía retirado en Piatigorsk, una ciudad del norte del Cáucaso, y asesinado, junto con otras 136 víctimas del terror, en octubre. Se había mostrado muy ansioso por limpiar su nombre de las acusaciones de que había presionado a Nicolás para que abdicara. (Alejandra lo llamó «Judas» en una carta a su esposo del 3 de marzo de 1917; véase *KA*, n.º 4, 1923, p. 219). Su historia la cuenta S. N. Vilchkovski, «Prebivaniye gosudaria Imperatora v pskovie», *RL*, n.º 3 (1922), pp. 161-186. <<

[139*] Después de la revolución, en la emigración, se proclamaría sucesor al trono ruso. <<

[140*] Al parecer, lo de la «escuela de equitación» hace alusión al picadero real de París, sede de la Asamblea Nacional durante la revolución, notoria por sus anárquicas sesiones. <<

[141*] Alexánder G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god*, vol. 3, Moscú y Leningrado, Goz. izdat, 1927, p. 173. El secretismo se debía tal vez a la turbación por que muchos miembros del Ispolkom no fueran rusos (había georgianos, judíos, letones, polacos, lituanos, etc.); véase Vladas B. Stanka [Stankevich], *Vospominania, 1914-1919 g.*, Berlín, Izdatelstvo I. P. Ladizhnikova, p. 86. <<

[142*] B. Y. Nalivaiski, ed., *Petrogradski Soviet Rabochij i Soldatskij Deputatov. Protokoli Zasedani Ispolnitelnogo Komiteta i Biuro Ispolnitelnogo Komiteta*, Moscú y Leningrado, Gosizdat, 1925, p. 59. Según Marc Ferro (*Des Soviets au communisme bureaucratique. Les mécanismes d'une subversion*, París, Gallimard, 1980, p. 36), la resolución fue propuesta por Shliápnikov. Gracias a este procedimiento, en mayo, a su regreso de Estados Unidos, León Trotski se haría acreedor a un lugar en el Ispolkom. <<

[143*] Nikolái Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, vol. 1, Berlín, San Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922, pp. 255-256 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa (1917)*, Barcelona, Luis de Caralt, 1970]; *Rivoliutsia*, vol. 1, p. 49, y Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution. Petrograd, 1917*, Seattle, University of Washington Press, 1981, pp. 410-412. La minoría estaba compuesta por miembros del Bund judío, a los que se sumaban algunos mencheviques y *mezhraiontsi*. <<

[144*] Cuando el general Ruzski le pidió a Rodzianko, el 18 de marzo, que explicara la cadena de autoridad en el nuevo gobierno, Rodzianko respondió que el Gobierno Provisional había sido designado por el Comité Provisional de la Duma,

que mantenía el control sobre sus actos y sus nombramientos ministeriales (*RL*, n.º 3 [1992], pp. 158-159). Como por entonces el Comité Provisional había dejado de funcionar, la explicación era una ilusión o una mentira. <<

[145*] Según Serguéi P. Melgunov (*Martovskiye dni 1917 goda*, París, P. Melgounov, 1961, p. 107), la denominación «Gobierno Provisional» no se utilizó oficialmente hasta el 10 de marzo. <<

[146*] Y. I. Martínov (*Tsarskaya armia*, *op. cit.*, p. 148), calcula un total de 1.315 víctimas. Las cifras de Avdéiev, que parecen más exactas, indican 1.443, 168 o 169 de las cuales fueron asesinadas o murieron a causa de sus heridas: 11 policías, 70 militares, 22 obreros, 5 estudiantes y otras 60 personas, 5 de ellas niños (*Revoliutsia*, vol. 1, p. 111). <<

[147*] En dicha imagen (véase la ilustración 44), la mayoría de los militares parecen vestir uniforme de oficial. <<

[148*] Probablemente en alusión a Yemelián Pugachov, cosaco que lideró una insurrección contra la zarina Catalina la Grande. *(N. del T.)* <<

[149*] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia*, *op. cit.*, p. 145. El mensaje a Ivánov se envió a petición de Alexéiev; véase *KA*, n.º 2/21 (1927), p. 31. <<

[150*] Ivánov logró llegar a Tsárkoie Seló, donde se reunió con la emperatriz (Martínov, *Tsarskaya armia*, *op. cit.*, p. 148), pero sus hombres fueron detenidos en Luga, cerca de Petrogrado, por tropas amotinadas que los disuadieron de seguir adelante con su misión; véase *RL*, n.º 3 (1922), p. 126. <<

[151*] En realidad, el «pueblo» no reclamaba en ninguna parte que el zarévich subiera al trono bajo una regencia; se trataba de una ilusión que se hacían los políticos de la Duma.

<<

[152*] Pável E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye Nikolaya II. Vospominania ochevidtsiev, dokumenti*, Leningrado, *Krasnaya Gazeta*, 1927, pp. 203-205. El almirante A. I. Niepienin, comandante de la flota del Báltico, también estaba de acuerdo. Su telegrama llegó tarde, pues dos días después unos marineros lo asesinaron; véanse Nikolái Bazili, *Nicolas de Basily, Diplomat of Imperial Russia, 1903-1917. Memoirs*, Stanford, Hoover Institution Press, 1973, p. 121, y *RL*, n.º 3 (1922), pp. 143-144. No hubo respuesta del almirante Alexánder Kolchak, que comandaba la flota del mar Negro. <<

[153*] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia*, *op. cit.*, p. 159. Más adelante, al volver a Tsárkoie, Nicolás le mostró al conde Benckendorff los cables de los comandantes del frente para explicarle su decisión de abdicar; véase Paul Benckendorff, *Last Days in Tsarskoe Selo*, Londres, W. Heinemann, 1927, pp. 44-45. <<

[154*] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia*, *op. cit.*, p. 171. Según Vladímir N. Voiéikov (*Padeniye*, vol. 3, p. 79), Nicolás decidió ir a Moguilev en vez de viajar directamente a Tsárkoie, porque el camino que llevaba al palacio todavía estaba cortado. <<

[155*] En ese momento, el sóviet se trasladó al Instituto Smolni, que había albergado una escuela de etiqueta para señoritas de la aristocracia. <<

[156*] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia*, *op. cit.*, p. 191, y George Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories*, vol. 2, Boston, Little, Brown & Company, 1923, pp. 104-105. Miliukov retuvo el mensaje del rey a Nicolás. <<

[157*] Así lo describe Y. I. Martínov (*Tsarskaya armia*, *op.*

cit., p. 198), según lo relatado por el propio Mstislavski. Benckendorff, que fue testigo de la escena, afirma que Mstislavski estaba contento de ver pasar al derrocado zar por el pasillo; véase P. Benckendorff, *Last Days in Tsarskoe Selo*, *op. cit.*, pp. 49-50. <<

[158*] Aunque la hija del embajador británico, Meriel Buchanan (*The Dissolution of an Empire*, Londres, J. Murray, 1932, pp. 196-198), ha hecho ímprobos esfuerzos para dejar claro que su padre estaba muy molesto por la acción de su gobierno, los archivos ingleses muestran que la apoyó; véase Kenneth Rose, *King George V*, Londres, Weindenfeld and Nicolson, 1983, p. 214. <<

[1*] Sobre los materiales primarios y secundarios concernientes al joven Lenin que se mantienen inaccesibles en depósitos soviéticos, véase Richard Pipes, «The Origins of Bolshevism. The Intellectual Evolution of Young Lenin», en Richard Pipes, ed., *Revolutionary Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, p. 27 n. 2. <<

[2*] En *Revolutionary Russia* he intentado trazar un cuadro de los primeros años de la evolución intelectual y espiritual de Lenin. La mayor parte de las informaciones presentadas en las páginas que siguen proceden de esta obra, complementada por otros dos de mis escritos: *Struve. Liberal on the Left, 1870-1905*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, y *Social Democracy and the St. Petersburg Labor Movement, 1885-1897*, Cambridge, Harvard University Press, 1963. De las fuentes secundarias, la más valiosa es Nikolái Valentínov, *The Early Years of Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1969. <<

[3*] Chernishevski fue el principal publicista radical de la década de 1860, autor de *¿Qué hacer?*, una novela que llamaba a los jóvenes a abandonar sus familias e incorporarse a comunidades comprometidas con nuevas maneras positivistas y utilitarias de pensar. A su juicio, el mundo de su tiempo estaba putrefacto y condenado. Chernishevski describe al héroe de su novela, Rajmétov, como un «hombre nuevo» de voluntad de acero, consagrado por completo al cambio radical. Lenin tomó el título de esta novela para su primer opúsculo político. <<

[4*] En 1792, en un arrebato de euforia, Robespierre exclamó: «¡No soy el cortesano del pueblo, ni su moderador, ni su tribuno, ni su defensor: soy el pueblo mismo!»; véase Alfred Cobban, *Aspects of the French Revolution*, Londres, Jonathan Cape, 1968, p. 188. <<

[5*] A la larga terminó por tolerar el culto a su persona porque, como le explicó a Angélica Balabánova, era «útil y hasta necesario»: «Nuestros campesinos son recelosos; no leen, deben ver para creer. Si ven mi retrato, se convencen de que Lenin existe»; véase Angélica Balabánova, *Impressions of Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1964, pp. 5-6. <<

[6*] Alexánder N. Potrésov, *Posmertnyi sbornik proizviedeni*, París, s.n., 1937, p. 297. Tatiana Alexinski («Souvenirs d'une socialiste», *La Grande Revue*, vol. 27, n.º 9 [septiembre de 1923], p. 459) coincide: «Para Lenin la política estaba por encima de todo y no dejaba lugar a nada más». <<

[7*] Para que su concubina, Nadezhda Krúpskaya, lo acompañara a Siberia, tuvo que casarse con ella. Como el gobierno ruso no reconocía los matrimonios civiles, fue necesario que la boda (celebrada el 10 de julio de 1898) tuviera lugar en una iglesia; véase Robert H. McNeal, *Bride of the Revolution. Krupskaya and Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1972, p. 65. Ni Lenin ni su mujer se refirieron jamás en sus escritos a este episodio embarazoso. <<

[8*] Véase el capítulo 1. <<

[9*] Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 4, pp. 375-376 [hay trad. cast.: «Tareas urgentes de nuestro movimiento», en *Obras completas*, vol. 4, Madrid, Akal, 1974]. Una década después, Benito Mussolini, diez años menor que Lenin y uno de los socialistas italianos más destacados, llegaría por su propia cuenta a la misma conclusión. En 1912 escribió que «un trabajador que está meramente organizado se convierte en un pequeñoburgués que solo obedece la voz de su interés y hace oídos sordos a cualquier apelación a los ideales»; véase Benito Mussolini, «Le eresie che risorgono e le eresie che muoiono»,

en *Opera omnia*, vol. 4, Florencia, La Fenice, 1952, p. 156. En otra ocasión, Mussolini dijo que, por su naturaleza misma, los trabajadores eran «pacifistas»; véase A. Rossi [seudónimo de Angelo Tasca], *The Rise of Italian Fascism, 1918-1922*, Londres, Methuen, 1938, p. 134 [hay trad. cast.: *El nacimiento del fascismo*, Barcelona, Ariel, 1969]. <<

[10*] A finales de julio, para eludir la vigilancia de la policía rusa y belga, el congreso se trasladó a Londres. <<

[11*] Parvus planteó por primera vez la teoría de la revolución «ininterrumpida» o «permanente» (aunque sin utilizar este nombre) en la introducción a un folleto de León Trotski, *Do deviatogo ianvaria*, Ginebra, Tip. Parti, 1905, pp. iii-xiv, fechada en Munich el 18/31 de enero de 1905. Sobre el tema, véanse Isaac Deutscher, *The Prophet Armed. Trotsky, 1879-1921*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1954, pp. 112-114, 118-119 y 149-162 [hay trad. cast.: *Trotski. El profeta armado (1879-1921)*, México, Era, 1976], y Zbynek A. B. Zeman y Winfried B. Scharlau, *The Merchant of Revolution. The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus), 1867-1924*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1965, pp. 76-79. En 1848, Marx había propiciado brevemente el concepto de «revolución en permanencia»; véase Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, Nueva York, Random House, 1960, p. 77. <<

[12*] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 11, p. 222 [hay trad. cast.: «Posición de la socialdemocracia ante el movimiento campesino», en *Obras completas*, vol. 9, Madrid, Akal, 1976]. Tanto Bertram D. Wolfe (*Three Who Made a Revolution. A Biographical History*, Nueva York, Dial Press, 1948, pp. 291-294 [hay trad. cast.: *Tres que hicieron una revolución*, Barcelona, José Janés, 1956]) como L. Schapiro (*The Communist Party, op. cit.*, pp. 77-78), creen que esta

declaración es una aberración de Lenin, porque ulteriormente dijo en repetidas ocasiones que Rusia no podía soslayar la etapa «capitalista» y «democrática». Sin embargo, como revelaría su comportamiento en 1917, hablaba de la idea de una revolución «democrática» solo de boquilla; su verdadera estrategia requería una transición inmediata de la democracia «burguesa» a la «dictadura del proletariado». <<

[13*] *Proletari*, 1 (21 de agosto de 1906), en Alexánder I. Spiridóvich, *Istoria bolshevizma v Rossi*, París, Société anonyme de presse, de publicité et d'éditions, 1922, p. 138. La Ojrana, debidamente prevenida de los asuntos bolcheviques gracias al trabajo de sus agentes, informó poco después de la Revolución de Febrero que Lenin no se oponía al terror, pero creía que los socialistas revolucionarios le atribuían demasiada importancia; véase el informe fechado el 24 de diciembre de 1916/6 de enero de 1917, Archivo Okhrana, Instituto Hoover, lista n.os XVIIa-XVIId, carpeta 5, letra R. Como señalaremos, su organización proporcionaba explosivos a los socialistas revolucionarios para sus operaciones terroristas. <<

[14*] Stalin no pasaría por alto estos hechos. Con referencia al Quinto Congreso, al que había asistido, escribió: «La estadística reveló que la mayoría de la facción menchevique estaba compuesta de judíos. […] Por otro lado, una mayoría abrumadora de la facción bolchevique estaba formada por rusos. […] En este aspecto, uno de los bolcheviques (el camarada Alexinski, al parecer) señaló en broma que los mencheviques eran una facción judía y los bolcheviques, una auténtica facción rusa, por lo cual no sería una mala idea que nosotros, los bolcheviques, organizáramos un pogromo en el partido»; véase Iósif V. Stalin, *Sochinenia*, vol. 2, Moscú, Ogiz Gos. izd-vo politicheskoi literaturi, 1946, pp. 50-51 [hay trad.

cast.: «El Congreso de Londres del POSDR (apuntes de un delegado)», en *Obras completas*, vol. 2, *1907-1913*, Moscú, Ediciones en Lenguas Extranjeras, 1973]. <<

[15*] Tal vez no era fortuito el hecho de que Siemens, la empresa electrónica alemana, lo empleara. Según el jefe de la contrainteligencia rusa en 1917, la firma alemana había utilizado sus filiales con finalidades de espionaje, lo cual motivó el cierre de su oficina en el sur de Rusia; véase Borís V. Nikitin, *Rokoviye godi. Novia pokazania uchastnika*, París, Éditeurs Réunis, 1937, p. 118. <<

[16*] Lenin hacía hincapié en la importancia de estos subsidios en una carta de diciembre de 1904 a un donante potencial: «Nuestra empresa se enfrenta a la bancarrota si no aguantamos con *la ayuda de recursos extraordinarios* durante al menos seis meses. Y para resistir sin recortar gastos, necesitamos un mínimo de dos mil rublos al mes»; véase V. I. Lenin, *PSS*, vol. 46, p. 433. <<

[17*] *Padeniye*, vol. 5, p. 69, y vol. 1, p. 315. Dzhunkovski suprimió las células policiales en las fuerzas armadas y las escuelas de secundaria, con el argumento de que para los hombres de uniforme y los estudiantes era impropio informar unos de otros. Stepan P. Beletski, director del Departamento de Policía y supervisor directo de Malinovski, creía que dichas medidas desorganizaban el trabajo de la contrainteligencia política; véase *ibid.*, vol. 5, pp. 70-71 y 75. La Checa lo fusiló en septiembre de 1918, en la primera oleada del Terror Rojo. <<

[18*] Se ha planteado la posibilidad de que Dzhunkovski hubiera despedido a Malinovski porque le alarmaba el efecto que tenían sus incendiarios discursos en la Duma sobre los trabajadores en un momento en el que Rusia vivía una nueva oleada de huelgas industriales; véase Ralph Carter Elwood,

Roman Malinovsky. A Life without a Cause, Newtonville, Oriental Research Partners, 1977, pp. 41-43. <<

[19*] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 25, p. 394. En 1915, Malinovski se ofreció como voluntario a los ejércitos rusos destinados en Francia. Herido y capturado por los alemanes, difundió propaganda proalemana entre los prisioneros de guerra rusos. Durante esa época mantuvo correspondencia regular con Lenin; véanse *Padeniye*, vol. 7, p. 374; R. C. Elwood, *Roman Malinovsky, op. cit.*, p. 59, y Grigori Aronson, *Rossia nakanune Revoliutsi. Istoricheskiye etiudi*, Nueva York, Rausen Bros., 1962, pp. 53-54. <<

[20*] Vladímir I. Lenin, en *Vestnik Vremenogo Pravitelstva*, n.º 81/127 (16 de junio de 1917), p. 3. El testimonio de Lenin sobre Malinovski no figura ni en los varios volúmenes de los informes de la comisión (*Padeniye*) ni en sus obras completas. <<

[21*] Tatiana Alexinski recuerda que cuando surgieron preguntas acerca de la posible presencia de un informante policial en el Comité Central, Zinóviev citó *El inspector* de Gógol: «Una buena casa aprovecha incluso la basura»; véase T. Alexinski, «Souvenirs d'une socialiste», *loc. cit.*, p. 459. <<

[22*] Además de Búrtsev, también Stefan Possony (*Lenin. The Compulsive Revolutionary*, Chicago, Regnery, 1964, pp. 142-143 [hay trad. cast.: *Lenin. Una biografía*, Barcelona, Iberia, 1970]), acepta la probabilidad de que Lenin conociera las conexiones policiales de Malinovski. El biógrafo de este rechaza esta hipótesis fundado en el hecho de que, por su conducto, los bolcheviques recibieron muchas menos informaciones sobre la policía que esta sobre ellos. véase R. C. Elwood, *Roman Malinovsky, op. cit.*, pp. 65-66. Pero ignora la argumentación del propio Lenin, así como la declaración de Spiridóvich acerca del uso de agentes dobles, citada más

arriba. <<

[23*] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 26, p. 6 [hay trad. cast.: «Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea», en *Obras completas*, vol. 22, Madrid, Akal, 1977, p. 88]. El desconcertante énfasis de Lenin en la «opresión» ejercida por Rusia sobre Ucrania debe explicarse al menos en parte por sus acuerdos económicos con el gobierno austríaco. No pedía que los ucranianos también se liberaran de la dominación de Austria. <<

[24*] Una acusación en este sentido hace el general Spiridóvich, el funcionario habitualmente bien informado de la gendarmería. Este afirma, sin presentar pruebas, que en junio y julio de 1914 Lenin viajó dos veces a Berlín para elaborar con los alemanes un plan de actividad sediciosa en la retaguardia de los ejércitos rusos, por el cual le pagarían 70 millones de marcos; véase A. I. Spiridóvich, *Istoria bolshevizma, op. cit.*, pp. 263-265. <<

[25*] Se sintió reivindicado por los acontecimientos. En 1918, con referencia a la revolución del año anterior, escribió que «los cañones prusianos tuvieron en ella un papel más grande que los panfletos bolcheviques. Creo, en particular, que los emigrados rusos todavía estarían deambulando en la emigración y cociéndose en su propia salsa si los regimientos alemanes no hubieran llegado al Vístula»; véase Parvus, en *Izvne* (Estocolmo), n.º 1 (22 de enero de 1918), p. 2. <<

[26*] Sobre él, véase Michael Futrell, «Alexánder Kesküla», *Soviet Affairs* (Londres), 3 (1962), col. «St. Antony's Papers» n.º 12, pp. 23-52. El autor tuvo una oportunidad única de entrevistar al estonio, pero, por desgracia, decidió aceptar su testimonio de manera bastante acrítica. <<

[27*] *Ibid.*, p. 47, señala que ese fue el único encuentro de Kesküla con el líder bolchevique, pero parece muy

improbable que así fuera. <<

[28*] Se reproduce en un cable del ministro alemán en Berna, el barón Romberg, al canciller Bethmann-Hollweg en Berlín, fechado el 30 de septiembre de 1915; véase Werner Hahlweg, *Lenins Rückkehr nach Russland, 1917. Die deutschen Akten*, Leiden, E. J. Brill, 1957, pp. 40-43; traducción inglesa en Zbynek A. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918. Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1958, pp. 6-7. <<

[29*] Hans Steinwachs, de la Sección Política del Estado Mayor General, al ministro Diego von Bergen, del Ministerio de Asuntos Exteriores, en Z. A. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution, op. cit.*, p. 17. El lenguaje de este documento indica que Kesküla no dijo la verdad a Futrell cuando insinuó que para obtener los informes había infiltrado la organización de Lenin en Suecia; véase M. Futrell, «Alexánder Kesküla», *loc. cit.*, p. 24. <<

[30*] Vladímir I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 19, p. 437. «Y objetivamente, ¿quién gana con la consigna de la paz? —escribió Lenin en ese momento—. Ciertamente no el proletariado revolucionario. No la idea de *usar* la guerra para acelerar el derrumbe del capitalismo». Adam Ulam cita estas palabras y comenta: «Pasaba por alto el hecho de que las vidas de millones de seres humanos también podrían haber "ganado" con la "consigna de la paz"»; véase Adam Bruno Ulam, *The Bolsheviks. The Intellectual and Political History of the Triumph of Communism in Russia*, Nueva York, Macmillan, 1965, p. 306 [hay trad. cast.: *Los bolcheviques. Los personajes y la historia política e intelectual de los orígenes del comunismo ruso*, Barcelona, Grijalbo, 1969]. <<

[31*] Al parecer, se refiere a una oferta que Parvus le hizo a

Lenin en su encuentro de 1915. <<

[32*] Praskovia F. Kudelli, ed., *Pervyi legalnyi Peterburgski Komitet Bolshevikov v 1917 g.*, Moscú y Leningrado, Gosudarstvenliye izd-vo, 1927, p. 66, y Alexánder G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god*, vol. 2, Moscú y Leningrado, Goz. izdat, 1925, pp. 179-188. Shliápnikov afirma que los bolcheviques de Petrogrado estaban consternados con las políticas que Kámenev, Stalin y Muránov al parecer les imponían, pero si se tienen en cuenta las que ellos mismos habían llevado adelante antes de que los tres veteranos bolcheviques aparecieran en la capital, la causa más probable de su consternación debía de ser el resentimiento por quedar en posición de segundones. <<

[33*] Los registros escritos de esta conferencia, que no se han publicado en Rusia, pueden encontrarse en León Trotski, *Stalinskaya shkola falsifikatsi. Popravki i dopolnenia k literature epigonov*, Berlín, Iz-vo Granit, 1932, pp. 225-290. Las resoluciones citadas arriba figuran en pp. 289-290. <<

[34*] Como súbdito austríaco, el Gobierno Provisional consideraba a Radek un extranjero enemigo. Al serle denegado el visado de entrada a Rusia, permaneció en Estocolmo hasta octubre de 1917, trabajando para Lenin. <<

[35*] Posteriormente, varios otros grupos de emigrados rusos cruzaron Alemania camino de Rusia. <<

[36*] No hay un registro taquigráfico de este discurso, pero se han publicado las notas utilizadas por Lenin; véase *LS*, vol. 21(1933), p. 33; véanse también *LS*, vol. 2 (1924), pp. 453-454, y Fiódor F. Raskólnikov, *Na boyevij postaj revoliutsionnij boyev*, Moscú, Voyenizdat, 1964, p. 67. <<

[37*] Lev Kámenev, en *Pravda*, n.º 27 (8 de abril de 1917), p. 2. Kámenev se refiere a las resoluciones de la conferencia bolchevique del 28 de marzo. <<

[38*] Esta táctica ha logrado confundir incluso a algunos historiadores; como los bolcheviques no declaraban abiertamente que querían el poder, argumentan, no lo querían. Pero en octubre de 1917 también pretenderían actuar bajo presión desde abajo, cuando esa presión no existía. El primero en señalar la dualidad de instrumentos utilizados por los bolcheviques y sus emuladores fue Curzio Malaparte en su *Técnicas de golpe de Estado*. Participante en la toma del poder de Mussolini, Malaparte comprendió lo que la mayoría de los contemporáneos y muchos historiadores han pasado por alto, a saber, que la revolución bolchevique y las que la siguieron operaban en dos niveles distintos, el observable y el oculto, y que este último propinaba el golpe mortal a los órganos vitales del régimen existente. <<

[39*] Véase E. Hoffer, *The True Believer. Thoughts on the Nature of Mass Movements*, Nueva York, Harper and Row, 1951, pp. 117 y 118-119 [hay trad. cast.: *El verdadero creyente. Sobre el fanatismo y los movimientos sociales*, Madrid, Tecnos, 2009]: «La acción unifica. […] Todos los movimientos de masas se valen de la acción masiva como un medio de unificación. Los conflictos que un movimiento de masas busca e incita sirven no solo para abatir a sus enemigos, sino también para despojar a sus seguidores de su individualidad distintiva y facilitar su disolución en el medio colectivo». <<

[40*] S. P. Kniáziev *et al., Ocherki istori Leningradskoi organizatsi KPSS*, vol. 1, Leningrado, Lenizdat, 1962, p. 481. En realidad, el Comité de Petrogrado del Partido Bolchevique había encargado a Bagdáiev la organización de la manifestación del 1 de mayo, que caía el 18 de abril, día de la entrega a los gobiernos aliados de la declaración y la nota del gobierno sobre los objetivos bélicos; véase P. F. Kudelli, ed., *Pervyi legalnyi, op. cit.*, p. 82. <<

[41*] El historiador estadounidense Alexánder Rabinowitch, que adopta la tesis bolchevique de que las manifestaciones de abril fueron actos pacíficos, evita el problema al omitir en este pasaje la referencia de Lenin a los «medios violentos»; véase Alexánder Rabinowitch, *Prelude to Revolution: The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*, Bloomington, Indiana University Press, 1968, p. 45. <<

[42*] William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution, 1917-1921*, vol. 1, Nueva York, The Macmillan Company, 1935, p. 159 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa, 1917-1921*, 3 vols., Buenos Aires, Siglo XX, 1967]. En el Primer Congreso Campesino, al que asistieron más de un millar de delegados, había veinte bolcheviques; véase *VI*, n.º 4 (1957), p. 26. <<

[43*] La rivalidad entre sindicatos y comités de fábrica reaparecería veinte años después en Estados Unidos cuando sindicatos de empresa, afiliados al CIO [Congress of Industrial Organizations], desafiaron a los sindicatos de oficios de la AFL [American Federation of Labor]. En este último caso, como en Rusia, los comunistas apoyaron a los primeros. <<

[44*] Una serie de documentos, que presuntamente demostraban la participación directa alemana en los acontecimientos rusos entre 1914 y 1917, y conocidos como «documentos Sisson», salieron a la luz a principios de 1918. En Estados Unidos los publicó el Comité de Información Pública, «The German-Bolshevik Conspiracy», Washington, octubre de 1918, col. «War Information Series», n.º 20. El gobierno alemán afirmó de inmediato que se trataba de un completa falsificación; véase Zbynek A. Zeman, ed., *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918. Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1958, p. X. Véase también

George F. Kennan, «The Sisson documents», *Journal of Modern History*, vol. 28, n.º 2 (junio de 1956), pp. 130-154. Su efecto consistió en desacreditar durante muchos años la idea misma del respaldo económico y político alemán al partido de Lenin. <<

[45*] La cifra de Bernstein fue confirmada por investigaciones realizadas en la posguerra en los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán. Los documentos descubiertos en ellos indican que hasta el 31 de enero de 1918 el gobierno alemán había destinado para «propaganda» en Rusia 40 millones de marcos alemanes. Esta suma se agotó hacia junio del mismo año, tras lo cual (en julio) se destinaron otros 40 millones para ese fin, aunque al parecer solo se gastaron 10 millones, y no todos en los bolcheviques. En la época, un marco alemán equivalía a cuatro quintos de un rublo zarista y a alrededor de dos rublos pos-1917 (llamados «Kérenki»). Véase Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik, 1918*, Viena y Munich, Oldenbourg, 1966, pp. 213-214, n. 19. <<

[46*] Borís V. Nikitin, *Rokoviye godi. Novia pokazania nchastnika*, París, Éditeurs Réunis, 1937, pp. 109-110. Según el autor, *ibid.*, pp. 107-108, Kolontái también actuaba de intermediaria en las entregas de dinero alemán a Lenin. Pese a las pruebas abrumadoras en fuentes alemanas acerca de los subsidios a Lenin, algunos estudiosos todavía consideran inaceptable la idea. Entre ellos se cuenta un especialista tan bien informado como Borís Souvarine; véase «Soljénitsyne à Zurich», *Est et Ouest*, nueva serie, n.º 641 (junio de 1980), pp. 1-5. <<

[47*] En sus memorias, Brusílov afirma haber sabido, aun en el momento de asumir como comandante supremo, que las tropas rusas ya no tenían espíritu combativo y que la ofensiva

fracasaría; véase Alexéi B. Brusílov, *Moi vospominania*, Moscú y Leningrado, Goz. izd-vo otdiel voyennoi literaturi, 1929, p. 216. <<

[48*] Nikolái Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, vol. 4, Berlín, San Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922, p. 319 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa (1917)*, Barcelona, Luis de Caralt, 1970]. Sujánov no menciona la fuente de esta información, pero Borís Nikoláievski, el historiador menchevique, dedujo que debía de proceder de Nevski; véase Borís Nikoláievski, «I. G. Tsereteli i ego vospominania», segunda parte, *SV*, n.os 9-10 (1962), p. 135n. Tsereteli señala que si bien en 1922, cuando Sujánov publicó sus memorias, todos los protagonistas aún vivían y podrían haber desmentido su relato, ninguno lo hizo; véase Irakli G. Tsereteli, *Vospominania o Fevralskoi Revoliutsi*, vol. 2, París y La Haya, Mouton, 1963, p. 185. <<

[49*] Irakli G. Tsereteli, en *Pravda*, n.º 80 (13 de junio de 1917), p. 2. La reunión se realizó a puertas cerradas y no hay ningún otro testimonio sobre ella. Sin embargo, I. G. Tsereteli (*Vospominania, op. cit.*, vol. 2, pp. 229-230), afirma que la cita mencionada de *Pravda* reproduce correctamente su discurso, con algunas omisiones menores aunque no insignificantes. <<

[50*] Ya a mediados de mayo, Lenin estaba al corriente de que el gobierno interceptaba sus comunicaciones con Estocolmo. El 16 de ese mes se mofó en las páginas de *Pravda* de los «criados de los kadetes», que, a pesar de que «imperaban a su antojo en la frontera ruso-sueca», no lograban interceptar todas las cartas y telegramas; véase V. I. Lenin, en *PSS*, vol. 32, pp. 103-104. Véase también Grigori Y. Zinóviev, «Lenin i iulskiye dni», *PR*, n.os 8-9 (1927), p. 57. <<

[51*] El mejor relato sobre el papel del regimiento en julio, basado en documentos de archivo, es P. Stúlov, «Pervyi pulemetnyi polk v iulskiye dni 1917 g»., *KL*, n.º 3/36 (1930),

pp. 64-125. Véase León Trotski, *The History of the Russian Revolution*, vol. 2, Nueva York, Simon and Schuster, 1937, p. 17 [hay trad. cast.: *Historia de la Revolución rusa*, 2 vols., Buenos Aires, Galerna, 1972, entre otras ediciones]. <<

[52*] Fiódor F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 60. Roshal murió en diciembre de 1917, asesinado por unos anticomunistas. Raskólnikov, miembro del partido desde 1910 y vicepresidente del Sóviet de Kronstadt en 1917, ocupó en las décadas de 1920 y 1930 diversos cargos diplomáticos soviéticos en el extranjero. Convocado a Moscú en 1939, se negó a regresar y atacó a Stalin en una carta abierta, tras lo cual fue declarado «enemigo del pueblo». Murió ese mismo año en el sur de Francia, en circunstancias sumamente sospechosas. <<

[53*] V. Vladímirova, «Iulskiye dni 1917 goda», *PR*, n.º 5/17 (1923), pp. 11-13, y Yákov M. Sverdlov, en *ISSSR*, n.º 2 (1957), p. 126. El informe de la comisión gubernamental creada para investigar los disturbios de julio (reproducido en Dmitri A. Chugáiev, ed., *Revoliutsionoye dvizheniye v Rossi v iule 1917 g. Iulski krizis*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1959, pp. 95-96) describe los discursos bolcheviques como mucho más militantes. <<

[54*] Mijaíl Kalinin, en *Krasnaya Gazeta*, 16 de julio de 1920, p. 2. Como Lenin no estaba presente, es de suponer que Kalinin se refiere a lo que dijo al día siguiente. Véase una evaluación similar de F. F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 59. Los mencheviques no dejaron de advertir la táctica bolchevique. Tsereteli describe un incidente ocurrido el 3 de julio por la tarde, después de que Stalin se presentara ante el Ispolkom para informarle de que los bolcheviques hacían todo lo posible para evitar que los trabajadores y soldados se lanzaran a las calles. Con una sonrisa, Chjeidze se

dirigió a Tsereteli: «Ahora la situación está clara». «Le pregunté —prosigue Tsereteli— en qué sentido consideraba clara la situación». «En el sentido —le respondió Chjeidze— de que la gente pacífica no necesita incluir en actas la declaración de que sus intenciones son pacíficas. Parece que tendremos que vérnoslas con una supuesta manifestación espontánea en la que participarán los bolcheviques, con el argumento de que no se puede dejar a las masas sin dirección» (I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 1, p. 267). <<

[55*] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 4, pp. 511-512. Después de que Sujánov publicara estas memorias en 1920, Trotski los repudió rotundamente e, instigado por él, otro tanto hizo Lunacharski, quien escribió una carta al autor donde denunciaba que su declaración era completamente infundada y le advertía de que su publicación podría tener para él, «como historiador, consecuencias desagradables» (*ibid.*, pp. 514-515nn). Sujánov, sin embargo, se negó a retractarse e insistió en que recordaba con exactitud lo que Lunacharski le había contado. El mismo año, el propio Trotski admitió en una publicación comunista francesa que el asunto de julio se había planeado como una toma del poder, es decir, la instauración de un gobierno bolchevique: «Nunca dudamos ni por un momento de que esos días de julio eran un preludio a la victoria»: véase León Trotski, «Héros et martyrs de l'Internationale Communiste: Karl Liebknecht et Rosa Luxemburg», *Bulletin communiste* (París), n.º 10 (20 de mayo de 1920), p. 6, citado en Milorad M. Drachkovitch y Branko M. Lazitch, *Lenin and the Comintern*, vol. 1, Stanford, Hoover Institution Press, Stanford University, 1972, p. 95. <<

[56*] B. Nikitin (*Rokoviye godi, op. cit.*, p. 133) da la cifra más baja, y M. Mitelman, B. Glébov y A. Ulianski (*Istoria*

Putilovskogo Zavoda, 1801-1917, Moscú, Izd-vo sots. -ekon. lit-ri, 1961, p. 626) la más alta. El cálculo de L. Trotski (*The History of the Russian Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 29), que habla de 80.000 personas, es pura fantasía. <<

[57*] Las estimaciones bolcheviques de 500.000 o más manifestantes, como figuran en V. Vladímirova («Iulskiye dni 1917 goda», *loc. cit.*, p. 40), están exageradamente infladas. La multitud que participó en la manifestación probablemente no superó la décima parte de ese número. Un análisis de las unidades de la guarnición cuya participación es conocida indica que a lo sumo estaban presentes entre el 15 y el 20 por ciento de las tropas, y muy probablemente bastante menos; véanse B. I. Kochakov, «Sostav Petrogradskogo garnizona v 1917 g»., *Uchoniye Zapiski Leningradskogo Gosudarstvennogo Universiteta*, n.º 205 (1956), pp. 65-66, y G. L. Sóbolev, en *IZ*, 88, 1971, p. 77. Por aquel entonces, y después en mayor medida, fue política bolchevique exagerar desproporcionadamente la cantidad de manifestantes a fin de justificar la afirmación de que no dirigían a las «masas», sino que respondían a sus presiones; véase el relato de un testigo presencial, A. Sóbolev, en *Rech*, n.º 155/3.897 (5 de julio de 1917), p. 1. <<

[58*] Pável N. Miliukov, *Istoria Vtoroi Russkoi Revoliutsi*, vol. 1, primera parte, Sofía, Rossisko-Bolgarskoie kn-vo, 1921, pp. 243-244. Otras versiones del incidente de Chernov en V. Vladímirova, «Iulskiye dni 1917 goda», *loc. cit.*, pp. 34-35, y F. F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), pp. 69-71. <<

[59*] B. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, p. 148. Nevski dice que la Organización Militar, en previsión de una posible derrota, mantuvo deliberadamente la mitad de sus fuerzas en reserva; véase Vladímir I. Nevski, «Voyennaya organizatsia i oktiabrskaya revoliutsia», *Krasnoarmeets*, n.º 10/15 (octubre

de 1919), p. 40. <<

[60*] *NZh*, n.º 68 (7 de julio de 1917), p. 3. El relato de Perevérzev acerca de estos acontecimientos se encontrará en una carta al director, en *NoV*, n.º 14.822 (9 de julio de 1917), p. 4. También se dice que publicó sus memorias en *PN*, 31 de octubre de 1930, pero no me fue posible acceder a este número del diario. <<

[61*] *Zhivoye Slovo*, n.º 54/407 (8 de julio de 1917), p. 1. Véase V. I. Lenin, *PSS*, vol. 32, p. 413. Lvov dijo a los editores que la revelación prematura permitiría al culpable escapar. <<

[62*] Alexánder Kérenski, *The Crucifixion of Liberty*, Nueva York, The John Day Company, 1934, p. 324. Los once arrestados eran: Lenin, Zinóviev, Kolontái, Kozlovski, Sumenson, Parvus, Ganetski, Raskólnikov, Roshal, Semashko y Lunacharski. Trotski no figuraba en la lista, probablemente porque todavía no era miembro del Partido Bolchevique, al que se incorporó a finales de julio. Lo detuvieron más adelante. <<

[63*] Alexánder S. Zarudnyi, en *NZh*, n.º 101 (15 de agosto de 1917), p. 2. B. Nikitin (*Rokoviye godi, op. cit.*, p. 158), habla de más de 2.000. <<

[64*] El 4 de agosto, Tsereteli presentó, y el Ispolkom aprobó, una moción de protesta contra la persecución de personas involucradas en los acontecimientos de julio, con el argumento de que dicha persecución marcaba el comienzo de la «contrarrevolución»; véase *NZh*, n.º 94 (6 de agosto de 1917), p. 3. <<

[65*] Richard Abraham, *Alexander Kerensky. The First Love of the Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, 1987, pp. 223-224. Perevérzev fue destituido en las primeras horas del 5 de julio a instancias de Nekrásov y Teréschenko, pero permaneció en su cargo dos días más. <<

[66*] Pocos temas han suscitado más interés entre los historiadores de la Revolución rusa, y la literatura dedicada a él es por lo tanto abundante. Las principales fuentes primarias se publicaron en Dmitri A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g. Razgrom Kornilovskogo miatezha*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1959, en especial pp. 419-472, y *Revoliutsia*, vol. 4, *passim*. El relato de Alexánder Kérenski aparece en *Dielo Kornilova po stenogramme doprosa A. F. Kerenskago sledstvennoi komissiei*, Yekaterinoslav, Izdatelskago i knigotorgovago koperativnago t-va, 1918 (en inglés: *The Prelude to Bolshevism. The Kornilov Rising*, Nueva York y Londres, Dodd, Mead and Company/T. F. Unwin, 1919), y el de Borís Sávinkov, en *K dielu Kornilova*, París, Imp. Union, 1919. En la literatura secundaria son especialmente informativos Yevgueni I. Martínov, *Kornilov. Popitka voyennogo perevorota*, Leningrado, Izs. voyennoi tip. upr. delami Nkvm RVS SSSR, 1927, parcial pero muy documentado; Pável N. Miliukov, *Istoria Vtoroi Russkoi Revoliutsi*, vol. 1, segunda parte, Sofía, Rossisko-Bolgarskoye kn-vo, 1921, y George Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair. Kerensky and the Breakup of the Russian Army*, Londres y Nueva York, Longman, 1980. <<

[67*] Esta es también la opinión del general Martínov, que observó de cerca los acontecimientos y estudió las pruebas en los archivos; véase *Kornilov, op. cit.*, p. 100. Véase también Nikolái N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia v 1917-1918 gg.*, vol. 1, segunda parte, Tallin, 1937, p. 37. <<

[68*] Su convicción de que el gobierno estaba plagado de elementos desleales y posiblemente de agentes enemigos se reafirmó debido a la filtración a la prensa de un memorándum confidencial que había presentado al gobierno en esos momentos. La prensa de izquierdas publicó

fragmentos del documento y lanzó contra Kornílov una campaña de difamación; véase Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, p. 48. <<

[69*] En una conversación privada con el autor, Kérenski admitió que en 1917 sus actos habían estado fuertemente influenciados por las lecciones de la Revolución francesa. <<

[70*] Según el diario (n.º 189, p. 3), el gobierno creía que se trataría de un intento a todo o nada de los bolcheviques. <<

[71*] La declaración original de Lvov, redactada el 14 de septiembre de 1917, se reproduce en D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste, op. cit.*, pp. 425-428. Sus memorias, publicadas en *PN* en noviembre y diciembre de 1920, se reprodujeron en Robert Paul Browder y Alexánder Kérenski, eds., *The Russian Provisional Government, 1917. Documents*, vol. 3, Stanford, Stanford University Press, 1961, pp. 1558-1568. Después de que Vladímir Nabókov padre escribiera una carta a *Posledniye Novosti* para describir como un «sinsentido» el relato de Lvov acerca de una conversación con él (*PN*, n.º 199, 15 de diciembre de 1920, p. 3), se dio por finalizada su publicación. Lvov regresó a Rusia en 1921 o 1922 y se incorporó a la cismática «Iglesia Viva». <<

[72*] Kérenski hizo un relato de sus diálogos con Lvov a la comisión investigadora del Caso Kornílov el 8 de octubre de 1917. Más adelante, lo publicó, con comentarios, en *Dielo Kornilova, op. cit.*, pp. 83-86. <<

[73*] Esta es la opinión de Nikolái N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 25. Lvov sostuvo más adelante que había solicitado y recibido de Kérenski la autoridad para negociar con sus socios, con la condición de actuar con gran discreción y en absoluta confidencialidad; véase *PN*, n.º 190 (4 de diciembre de 1920),

p. 2. Dadas las actividades posteriores de Kérenski, una actitud de este tipo no habría sido inusitada en él. Aún más probable es la connivencia de Nekrásov, el consejero más allegado de Kérenski, que tuvo un papel importante en agravar el conflicto entre ambos hombres. <<

[74*] Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, pp. 84-85. En su declaración, Lvov dijo que el memorándum representaba «no mis posiciones, sino las conclusiones que extrajo Aladin a partir de mis palabras»; véase D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste, op. cit.*, p. 426. <<

[75*] Hay testimonios de esta reunión en A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, pp. 132-136, y P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, pp. 204-205. Miliukov habló con Lvov inmediatamente antes y después de su reunión con el primer ministro. <<

[76*] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 213. A diferencia de Kérenski, Kornílov admitió más adelante que había actuado de manera irreflexiva al no pedir al primer ministro que dijera con claridad lo que Lvov le había comunicado en su nombre; véase Alexánder S. Lukomski, *Vospominania Generala A. S. Lukomskogo*, vol. 1, Berlín, O. Kirhner i Co., 1922, p. 240. <<

[77*] Lvov pasó la noche en una habitación adyacente a la suite de Alejandro III ocupada por el primer ministro, que lo mantuvo despierto vociferando arias de óperas. Luego se le puso bajo arresto domiciliario y se le sometió a tratamiento psiquiátrico; véase *Izvestia*, n.º 201 (19 de octubre de 1917), p. 5. <<

[78*] *Revoliutsia*, vol. 4, p. 99. Según Sávinkov, entre las nueve y las diez de la noche —esto es, antes de la reunión del gabinete— Kérenski le dijo que era demasiado tarde para

llegar a un entendimiento con Kornílov, porque ya se había enviado el telegrama con su destitución; véase Borís Sávinkov, «L'affaire Korniloff: réplique à M. Kérensky», *Mercure de France*, n.º 503 (1 de junio de 1919), p. 439. <<

[79*] N. N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 35. A lo largo de 1917, Nekrásov, la eminencia gris del régimen de Kérenski y una figura muy siniestra, empujó al primer ministro hacia la izquierda. Profesor de ingeniería en el Politécnico de Tomsk y figura prominente del ala izquierda de los kadetes, el 1 de enero de 1918 estuvo envuelto en un atentado fallido contra la vida de Lenin. Los presuntos asesinos fueron indultados y tras ello Nekrásov se puso al servicio de los bolcheviques con un nombre falso. Finalmente, su identidad se descubrió y al parecer fue encarcelado; véase Nikolái N. Yákovlev, *1 Avgusta 1914*, Moscú, Mol. gvardia, 1974, pp. 226-232. <<

[80*] Empresario con ambiciones políticas, Zavoiko era la contraparte de Nekrásov y empujaba a Kornílov hacia la derecha; sobre él, véase Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, pp. 20-22. <<

[81*] Zinaida Gippius describe así el encuentro entre la caballería de Kornílov y las unidades enviadas desde Petrogrado para interceptarla: «No hubo "derramamiento de sangre". Cerca de Luga y en algunos otros lugares, las divisiones despachadas por Kornílov y los "petrogradenses" chocaron unos con otros. Se enfrentaron, confundidos. Los "kornilovistas" estaban especialmente asombrados. Habían ido a "defender el Gobierno Provisional" y se encontraban con un "enemigo" que también había ido a "defender el Gobierno Provisional". […] De modo que se detuvieron y reflexionaron. No podían entender nada. Pero al recordar la enseñanza de los agitadores del frente de que "uno debe

confraternizar con el enemigo", lo hicieron, y con fervor»; véase Zinaida Gippius, *Siniaya kniga. Peterburgski dnevnik, 1914-1918*, Belgrado, Tip. Radenkovicha, 1929, p. 181; entrada del diario del 31 de agosto de 1917. <<

[82*] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, pp. 75-76; *Revoliutsia*, vol. 4, p. 143, y Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, pp. 149-151. Krimov dejó una nota suicida para Kornílov, que este destruyó; véase Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, p. 151. En 1916, Kornílov, que no era un monárquico reaccionario, había participado en complots contra Nicolás II. <<

[83*] Las sospechas de que todo el Caso Kornílov fue una provocación se ven respaldadas por unas imprudentes observaciones hechas por Nekrásov a la prensa. En una entrevista periodística dada dos semanas después de los hechos elogió a Lvov por sacar a la luz el presunto complot de Kornílov. Y tergiversando la respuesta de este a Kérenski para presentarla como una confirmación del ultimátum de Lvov, agregó: «Vasili N. Lvov contribuyó a salvar la revolución: detonó una mina preparada para explotar dos días después. Había sin duda una conspiración y Lvov no hizo sino descubrirla prematuramente»; véase *NZh*, n.º 55 (13 de septiembre de 1917), p. 3. Estas palabras sugieren que Nekrásov, posiblemente en connivencia con Kérenski, utilizó a Lvov para destruir a Kornílov. <<

[84*] Crane Brinton (*The Anatomy of Revolution*, Nueva York, W. W. Norton, 1938, pp. 185-186 [hay trad. cast.: *Anatomía de la revolución*, 2.ª ed., Madrid, Aguilar, 1962]), señala que en las situaciones revolucionarias es habitual que los ciudadanos comunes y corrientes se aburran de la politiquería y dejen el terreno abonado a los extremistas. La influencia de estos últimos aumenta en proporción al desencanto del público y su pérdida de interés en la política.

<<

[85*] Citado en Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 33, p. 28 [hay trad. cast.: *El 18 brumario de Luis Bonaparte*, 2.ª ed., Barcelona, Ariel, 1971, p. 143, citado en *El Estado y la revolución*, en *Obras*, vol. 7, *1917-1918*, Moscú, Progreso, 1973]. Lenin subraya la oración final. <<

[86*] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya rabochaya partia, Tsentralnyi komitet, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP, avgust 1917-fevral 1918*, Moscú, Gosudarstvennoie izd-vo polit. Literaturi, 1958, pp. 55-62. Este, el único registro hoy disponible de las reuniones del Comité Central bolchevique desde el 4 de agosto de 1917 hasta el 24 de febrero de 1918, se publicó por primera vez en 1929. Con él se pretendía desacreditar a Trotski, Kámenev y Zinóviev, a quienes Stalin había derrotado en la lucha por el control del partido, razón por la cual debe utilizarse con extrema cautela. Según los editores de la segunda edición: «Los textos de las actas se publican completos, sin omisiones, con excepción de las cuestiones conflictivas [*konfliktniye diela*], eliminadas, como en la primera edición, debido a que el texto no las explica adecuadamente» (*ibid.*, p. vii), sin que nadie sepa muy bien qué quieren decir con esto. <<

[87*] No puede excluirse, desde luego, que el consejo de Lenin se hubiera rechazado y que este se censurara en la versión publicada de las actas. <<

[88*] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 281-282 [hay trad. cast.: «La crisis ha madurado», en *Obras*, vol. 7, *op. cit.*]. Inadvertidamente, Lenin admite aquí que entre el 3 y el 5 de julio los bolcheviques, en verdad, habían intentado tomar el poder. <<

[89*] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 23. Según Kérenski, estas discusiones fueron secretas, pero se filtraron de inmediato a la

prensa; véase *ibid.*, p. 81. <<

[90*] Más adelante, Lazimir se incorporó al Partido Bolchevique. Murió de tifus en 1920. <<

[91*] Nikolái I. Podvoiski, «Voyennaya organizatsia TsK RSDRP(b) i voyenno-revoliutsionnyi komitet 1917 g»., segunda parte, *KL*, n.º 8 (1923), pp. 16-17. En 1922, Trotski señaló que aun cuando su vida estuviera en juego no sería capaz de recordar la composición del Milrevcom; véase León Trotski, «Vospominania ob oktiabrskom perevorote», *PR*, n.º 10 (1922), p. 54. <<

[92*] Lenin creyó erróneamente que Zinóviev había participado junto con Kámenev en la entrevista realizada por *Novaya Zhizn*; véase Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya rabochaya partia, Tsentralnyi komitet, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, p. 108. <<

[93*] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 435-436 [hay trad. cast.: «Carta a los miembros del CC», en *Obras*, vol. 7, *op. cit.*]. Verjovski había sido destituido de su cargo el día anterior (23 de octubre) por demandar en una reunión del gabinete que Rusia hiciera la paz de inmediato con las Potencias Centrales; véase *SV*, n.º 10 (19 de junio de 1921), p. 8. <<

[94*] *Dekreti*, vol. 1, pp. 1-2 [hay trad. cast.: «¡A los ciudadanos de Rusia!», en V. I. Lenin, *Obras*, vol. 7, *op. cit.*]. Al día siguiente, la esposa de Kérenski fue arrestada y permaneció detenida durante cuarenta y ocho horas por romper esta declaración; véase Anton L. Fraiman, *Forpost Sotsialisticheskoi Revoliutsi. Petrograd v perviye mesiatsi Sovietskoi vlasti*, Leningrado, Nauka, Leningradskoye otd-nie, 1969, p. 157. <<

[95*] Nikolái M. Kishkin, kadete y miembro del último Gobierno Provisional, había quedado a cargo de la situación después de que Kérenski abandonara el Palacio de Invierno.

<<

[96*] *Dekreti*, vol. 1, pp. 20-21; Walter Pietsch, *Revolution und Staat. Institutionen als Träger der Macht in Sowjetrussland 1917-1922*, Colonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1969, p. 50, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, pp. 28-29 [hay trad. cast.: «Segundo Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de toda Rusia», en *Obras*, vol. 7, *op. cit.*]. Trotski era el único judío del Sovnarkom. Los bolcheviques, al parecer, temían que se les acusara de ser un partido «judío», que instauraba un gobierno destinado a velar por los intereses del «judaísmo internacional». <<

[97*] Esta estratagema gozaba de un éxito especial entre los extranjeros. En la década de 1920, la Rusia comunista era ampliamente percibida por los socialistas y liberales foráneos como un gobierno democrático de un nuevo tipo, un tipo «soviético». Los visitantes iniciales del país rara vez mencionan al Partido Comunista y su papel dominante, lo cual sugiere lo bien disimulado que estaba. <<

[98*] Hitler, que diseñó el Partido Nacional Socialista siguiendo de cerca los modelos bolchevique y fascista, señaló a Hermann Rauschning que el término «partido» era, en rigor, un nombre equivocado para su organización. Él prefería hablar de «un orden»; véase Hermann Rauschning, *Hitler Speaks*, Londres, s/e, 1939, pp. 198 y 243. <<

[99*] B. Yeltsin, en *VS*, n.os 6-7 (mayo de 1919), pp. 9-10. El autor sostiene que tales instituciones, creadas por orden del Comité Central y el gobierno, iniciaron el proceso de «reunir las tierras rusas», términos tradicionalmente empleados para referirse a la temprana ciudad de Moscú. <<

[100*] El gobierno reforzó estas tendencias con su negativa a financiar a los sóviets provinciales. En febrero de 1918, Petrogrado respondió a las peticiones de dinero de los sóviets

provinciales diciéndoles que debían conseguirlo imponiendo cargas impositivas «inmisericordes» a las clases propietarias; véase *PR*, n.º 3/38 (1925), pp. 161-162. Esta orden llevó a las autoridades locales a la imposición de arbitrarias «contribuciones» a la «burguesía» de su área. <<

[101*] Walter Pietsch, *Revolution und Staat. Institutionem als Träger der Macht in Sowjetrussland 1917-1922*, Colonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1969, p. 63. El viejo CEC, desarticulado por los bolcheviques, siguió reuniéndose, a veces abiertamente, a veces clandestinamente, hasta finales de diciembre de 1917; véase *Revoliutsia*, vol. III, pp. 90-91. <<

[102*] Los socialistas revolucionarios de izquierdas votaron en esta ocasión contra él; véase *Revoliutsia*, vol. VI, p. 99. <<

[103*] *Dekreti*, vol. I, pp. 24-25. Yuri Larin atribuye la autoría a Lunacharski en *NKh*, n.º 11 (1918), pp. 16-17. <<

[104*] *Dekreti*, vol. I, pp. 29-30. No se ha podido establecer la fecha en la que fue emitido el decreto; apareció en la prensa bolchevique el 31 de octubre y el 1 de noviembre de 1917. <<

[105*] A. L. Fraiman, *Forpost sotsialisticheskoi revoliutsi*, Leningrado, 1969, pp. 169-170. Los bolcheviques tuvieron la precaución de aumentar su representación en el CEC con otros cinco miembros confiables (*Revoliutsia*, vol. VI, p. 72). <<

[106*] En diciembre de 1919, los pocos poderes de los que el CEC seguía nominalmente investido fueron traspasados a su presidente, quien se convirtió así en «jefe del Estado». Las reuniones del CEC, que inicialmente debían ser continuas, tuvieron lugar con cada vez menos frecuencia, hasta el punto de que en 1921 se reunió solo tres veces. Véase Edward Hallett Carr, *The Bolshevik Revolution*, I, Nueva York, 1951, pp. 220-230 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa*, Madrid, Alianza, 2014]. <<

[107*] «kak pravítelstvo»: León Trotski, *O Lenine*, Moscú, 1924, p. 102. La traducción inglesa distorsionó este párrafo al interpretarlo como que Lenin «actuó como debería hacerlo un gobierno»; León Trotski, *Lenin*, Nueva York, 1971, p. 121. <<

[108*] Como veremos más adelante, había excepciones a esta regla. <<

[109*] Según el profesor John Keep, en las primeras dieciocho semanas en el poder —esto es, hasta principios de marzo de 1918, cuando se trasladó a Moscú—, Lenin dejó el Smolni solo en veintiuna ocasiones; informe presentado a la Conferencia sobre la Revolución rusa, Universidad Hebrea, Jerusalén, enero 1988. <<

[110*] *BK*, n.° 1 (1934), p. 107. Jay Lovestone, uno de los fundadores del Partido Comunista de Estados Unidos, señaló al autor de estas páginas que, cuando hablaba con Lenin, él mismo consultaba cada tanto unas fichas. Lenin quiso saber cuál era el propósito de las mismas. Cuando Lovestone le explicó que para ahorrarle tiempo a él había anotado en esas fichas lo que pretendía decirle, Lenin señaló que el comunismo se consolidaría en Rusia cuando también el país aprendiera a emplear tales fichas. <<

[111*] Simón Liberman, *Building Lenin's Russia*, Chicago, 1945, p. 13. Las actas del Sovnarkom, que, junto a los protocolos del Comité Central bolchevique, constituyen la fuente más importante de las políticas bolcheviques tempranas, están guardadas en el Archivo Central del Partido (TsPA) del Instituto Marx-Lenin de Moscú, con el número de archivo «Fond 19». Solo tienen acceso a ellas los historiadores comunistas más confiables. El resto deben apoyarse en referencias indirectas, como las contenidas (de manera muy incompleta) en la crónica biográfica de la vida de Lenin;

Institut Marxizma-Leninizma pri TsK KPSS, *Vladímir Ilich Lenin. Biograficheskaya jronika, 1870-1924*, vols. V-XII, Moscú, 1974-1982. Véase también E. B. Genkina, *Protokoli Sovnarkoma RSFSR*, Moscú, 1982. <<

[112*] *DN*, n.º 222 (2 de diciembre de 1917), p. 3. Los protocolos de este congreso no se han publicado nunca; la descripción más cabal de los procedimientos, en la que se basa este recuento, apareció en el diario socialista revolucionario *Dielo Naroda*, 20 de noviembre-13 de diciembre de 1917. <<

[113*] *DN*, n.º 223 (3/16 de diciembre de 1917), p. 3. La crónica comunista de la revolución (*Revoliutsia*, vol. VI, p. 258) distorsiona el sentido de esta resolución cuando señala que los socialistas revolucionarios exigieron que los sóviets fuesen despojados del poder y este le fuese entregado a la Asamblea Constituyente. Los socialistas revolucionarios anhelaban, de hecho, que la Asamblea y los sóviets cooperaran entre sí. <<

[114*] *Vtoroi Sezd RSDSRP. Protokoli* (Moscú, 1959), pp. 181-182. En 1903, Trotski dijo algo similar: «Todos los principios democráticos deben quedar subordinados exclusivamente a los intereses del partido» (Mark Vishniak, *Bolshevism and Democracy*, Nueva York, 1914, p. 67.) <<

[115*] O. N. Znamenski, *Vserossiskoye Uchreditelnoye Sobranye*, Leningrado, 1976, p. 338. Buena parte del respaldo a los socialistas revolucionarios de izquierdas provino de los trabajadores de Petrogrado y los marineros radicalizados de las fuerzas navales del Báltico y el mar Negro. <<

[116*] E. Ignátov, en *PR*, n.º 5/76 (1928), p. 37. El autor dice que las firmas de los trabajadores fueron falsificadas, pero no ofrece pruebas de ello. <<

[117*] De hecho, Kérenski estaba por aquel entonces en

Petrogrado, pero no hay ninguna prueba de que intentara organizar a las fuerzas antibolcheviques. <<

[118*] *NZh*, n.º 6/220 (9/22 de enero de 1918), p. 1. Temerosos del coletazo de vuelta, los bolcheviques ordenaron una investigación del tiroteo, la cual reveló que las tropas del regimiento letón habían disparado contra los manifestantes creyendo que, al hacerlo, estaban defendiendo a la Asamblea de los «saboteadores» (*NZh*, n.º 15/229, 3 de febrero de 1918, p. 2). La comisión de investigación cesó su labor a finales de enero sin haber emitido ningún informe. <<

[119*] O. N. Znamenski, *Uchreditelnoye Sobranye, op. cit.*, p. 339. No se conoce el número exacto de delegados presentes; puede haber sido tan bajo como 410; véase *ibid.* <<

[120*] Zhelézniakov era el líder de los anarquistas que había ocupado la villa de Piotr Durnovó el año anterior y cuyo arresto causó la revuelta de los marineros de Kronstadt en junio de 1917; véase *Revoliutsia*, vol. III, p. 108. <<

[121*] I. S. Malchevski, ed., *Vserosiskoye Uchreditelnoye Sobranie*, Moscú-Leningrado, 1930, p. 110. Zhelézniakov murió al año siguiente, combatiendo por el Ejército Rojo. <<

[122*] En mayo de 1918, uno de los políticos prerrevolucionarios más reaccionarios del país publicó una carta abierta en la que decía que, tras pasar medio año en una prisión soviética, seguía siendo un monárquico y no pensaba, ciertamente, ofrecer disculpas en nombre del gobierno soviético que estaba transformando a Rusia en una colonia alemana. Sin embargo, proseguía, «la autoridad soviética es una autoridad firme; desde luego, no en manos de esa élite que yo preferiría que ejerciera la autoridad firme en Rusia, nación cuya *intelligentsia* lastimosa y cobarde es uno de los principales culpables de nuestras humillaciones y de la incapacidad de la sociedad rusa para generar una autoridad

sana, firme, dentro del espectro gubernamental»; carta fechada el 1 de mayo de 1918, en *VO*, n.º 36 (3 de mayo de 1918), p. 4. <<

[123*] En la primavera de 1918, Mártov señaló esta actitud, cuando Stalin lo acusó de difamación y lo demandó ante un tribunal revolucionario. Advirtiendo que dichos tribunales se habían creado para tratar exclusivamente los «delitos contra el pueblo», Mártov se preguntaba: «¿Puede un insulto contra Stalin considerarse un delito contra el pueblo?». Y se respondía él mismo: «Solo si uno considera que Stalin es el pueblo»; «Narod eto ia», *Vperiod*, 1/14 de abril de 1918, p. 1. <<

[124*] El primero en sugerir la idea de un Congreso de Trabajadores fue Axelrod en 1906, época en la que esta fue rechazada por los mencheviques y bolcheviques a la par; véase Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, Nueva York, 1960, pp. 75-76. <<

[125*] Para ser justos, cabe decir que un reducido grupo de mencheviques, entre los cuales estaban los fundadores de la socialdemocracia rusa —Plejánov, Axelrod, Potrésov y Vera Zasúlich— pensaba distinto. Así, en agosto de 1918, Axelrod escribió que el régimen bolchevique había degenerado en una contrarrevolución «horrorosa». Pese a ello, él y sus antiguos camaradas de Ginebra se oponían a cualquier forma de resistencia activa ante Lenin, basados en que ello ayudaría a los elementos reaccionarios a volver al poder; véase Abraham Ascher, *Pavel Axelrod and the Development of Menshevism*, Cambridge, 1972, pp. 344-346. Respecto a la actitud de Plejánov, véase Samuel H. Baron, *Plekhanov*, Stanford, 1963, pp. 352-361. Potrésov criticaba a sus colegas mencheviques entonces y después (*V plenu u illiuzi*, París, 1927), pero él tampoco participó en la oposición activa al régimen. <<

[126*] *NZh*, n.º 115/330 (16 de junio de 1918), p. 3. Según *NV*, n.º 96/120 (19 de junio de 1918), p. 3, la facción bolchevique del CEC se negó a expulsar a los mencheviques y los socialistas revolucionarios de los sóviets, pero consintió su expulsión del CEC. <<

[127*] V. Stroev, en *NZh*, n.º 110/334 (21 de junio de 1918), p. 1. Según un periódico (*Novi Luch*, citado en *NZh*, n.º 121/336, 23 de junio de 1918, pp. 1-2), de los 130 delegados inicialmente «elegidos» al Sóviet de Petrogrado, 77 fueron escogidos a dedo por el Partido Bolchevique: 26 de unidades del Ejército Rojo, 8 de los destacamentos de abastecimiento y 43 de entre el funcionariado bolchevique. <<

[128*] *NZh*, n.os 127/342 (2 de julio de 1918), p. 1. En V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. XXIII, p. 547, se dan cifras algo distintas, en virtud de las cuales el total de delegados se sitúa en 582, de los cuales 405 eran bolcheviques, 75 socialistas revolucionarios de izquierdas, 59 mencheviques y socialistas revolucionarios y 43 independientes. <<

[129*] Los primeros *polpredi* soviéticos fueron destinados a distintos países neutrales: Vastlav V. Vorovski a Estocolmo e Yan A. Berzin a Berna. Una vez que el Tratado de Brest quedó ratificado, Adolf A. Yoffe pasó a encargarse de las misiones de Berlín. Los bolcheviques propusieron primero a Litvinov y después a Kámenev para la Corte de San Jaime, pero los dos fueron rechazados. Además, Francia no aceptaría a ningún representante soviético hasta finalizada la guerra civil. <<

[130*] George F. Kennan, *Russia Leaves the War*, Princeton, Princeton University Press, 1956, pp. 75-76. A principios de noviembre, los bolcheviques comenzaron a publicar los tratados secretos entre Rusia y los Aliados a partir de los archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores. Con sus llamamientos, los bolcheviques imitaban a los revolucionarios

franceses que en noviembre de 1792 les prometieron «su fraternidad y su ayuda» a todas las naciones que deseasen «recuperar» su libertad. <<

[131*] John Buchan, *A History of the Great War*, vol. 4, Boston, Houghton Mifflin Company, 1922, p. 135. El acuerdo de armisticio prohibía los desplazamientos «importantes» de tropas desde o hacia el frente ruso mientras estuviera vigente. <<

[132*] De acuerdo con el general francés Henri Albert Niessel, los Aliados interceptaron diversos telegramas alemanes enviados desde Petrogrado a Brest, los cuales les permitieron saber lo desesperados que estaban los alemanes por conseguir la paz; véase general [Henri Albert] Niessel, *Le triomphe des bolcheviks et la paix de Brest-Litovsk. Souvenirs, 1917-1918*, París, Plon, 1940, pp. 187-188. <<

[133*] El impago del gobierno soviético derivado de las obligaciones estatales, internas y externas, fue anunciado el 28 de enero de 1918. La suma de la deuda externa anulada gracias a esta medida se estimó en 13.000 millones de rublos (6.500 millones de dólares); véase Georgi Georgievich Shvittau, *Revoliutsia i Narodnoye Khoziaistvo v Rossi (1917-1921)*, Leipzig, 1922, p. 337. <<

[134*] Texto: Jane Tabriski Degras, ed., *Documents on Russian Foreign Policy*, I (Londres, Oxford University Press, 1951), p. 22. El dinero fue puesto a disposición de Vorovski. <<

[135*] Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 35, p. 478; *LS*, vol. 11, p. 41, y Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, Viena y Munich, Oldenbourg, 1966, p. 22. Stalin, que apoyaba a Lenin, dijo que no se contemplaba una guerra en Occidente. Según parece, los protocolos de este congreso se extraviaron. Isaac Steinberg afirma que a los socialistas revolucionarios de

izquierdas les gustaba la idea del «ni guerra ni paz» y que participaron en su formulación (*Als ich Volkskommissar war*, Munich, R. Piper & Co., 1929, pp. 190-192). <<

[136*] Stefan Doernberg, *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia ot peregovorov v Brest-Litovske do podpisania Rapallskogo dogovora*, vol. 1, Moscú, 1968, p. 328. Pese a estar inspirado en los comunicados que Kaiserlingk recibió de Petrogrado, este comentario antisemita evocaba los llamados *Protocolos de los sabios de Sión*, que pronto se convertirían en la lectura favorita de los crédulos que buscaban una «explicación» a la Guerra Mundial y al comunismo. <<

[137*] Los tres embajadores aliados dejaron constancia: George Buchanan, *My Mission to Russia*, 2 vols., Londres, Cassell, 1923; David Francis, *Russia from the American Embassy*, Nueva York, C. Scribner, 1921; y Joseph Noulens, *Mon Ambassade en Russie Sovietique*, 2 vols., París, Plon, 1933. <<

[138*] La sentencia fue revocada cuando Sadoul regresó a casa y se unió al Partido Comunista francés. Sus experiencias como revolucionario están registradas en un libro interesante, publicado por primera vez en Moscú, a modo de cartas enviadas a Albert Thomas (*Notes sur la révolution bolchevique*, París, Éditions de la Sirène, 1920, y complementado por *Quarante Lettres de Jacques Sadoul*, París, Édition de la Librarie de l'Humanité, 1922). <<

[139*] Carta fechada el 25 de abril de 1918, en la Colección Raymond Robins, Sociedad Histórica Estatal de Wisconsin (Madison, Wisconsin). En su respuesta, Lenin le expresó que confiaba en que «la democracia proletaria […] destruya […] el sistema imperialista-capitalista del Viejo Mundo y del Nuevo»; véase Ministerstvo Inostrannyj Del SSSR, *Dokumenti vneshneyi politiki SSSR*, vol. 1, Moscú, 1957, p. 276. <<

[140*] George F. Kennan, *The Decision to Intervene*, Princeton, Princeton University Press, 1958, pp. 237-238. A la luz de las mencionadas evidencias, es difícil estar de acuerdo con Kennan en que los «sentimientos [de Robins] con respecto al gobierno soviético no se sustentaban sobre parcialidad alguna por el socialismo como doctrina» o en que no albergaba ninguna «predilección por la ideología comunista»; véase *ibid.*, pp. 240-241. Más adelante Robins elogió a Stalin, quien lo recibió en 1933. Véase Anne Vincent Meiburger, *Efforts of Raymond Robins Toward the Recognition of Soviet Russia and the Outlawry of War, 1917-1933*, Washington, D. C., Catholic University of America Press, 1958, pp. 193-199. <<

[141*] Véanse sus *Memoirs of a British Agent*, Londres, Putnam, 1935 [hay trad. cast.: *Memorias de un agente británico en Rusia*, Madrid, Ediciones Pegaso, 1948], y *The Two Revolutions. An Eyewitness Account*, Londres, The Bodley Head, 1967. <<

[142*] A. Hogenhuis-Seliverstoff, *Les relations franco-sovietiques, 1917-1924*, París, Publications de la Sorbonne, 1981, p. 53. Niessel no menciona estos hechos en sus memorias, *Le Triomphe des Bolcheviks*, París, Plon, 1940. <<

[143*] En cumplimiento de las condiciones de paz, a mediados de abril Moscú le propuso al gobierno ucraniano la apertura de unas negociaciones que condujeran al reconocimiento mutuo. Por distintas razones relacionadas con la política interna de Ucrania, dichas negociaciones no se iniciaron hasta el 23 de mayo. El 14 de junio de 1918, los gobiernos de la Rusia soviética y de la República Ucraniana firmaron un tratado de paz provisional, al que habrían de seguir las negociaciones de paz finales, si bien estas nunca tuvieron lugar; véase *The New York Times*, 16 de junio de

1918, p. 3. <<

[144*] *Izvestia*, n.º 22/286 (28 de enero de 1918), p. 1. La cursiva es mía. En realidad, Heráclito dijo algo ligeramente distinto: «El conflicto [no la guerra] es el padre y el rey de todos. A unos los ha hecho esclavos; a otros, libres». <<

[145*] Joseph Noulens, *Mon ambassade en Russie soviétique*, vol. 2, París, Plon, 1933, pp. 57-58; A. Hogenhuis-Seliverstoff, *Les relations franco-soviétiques, 1917-1924*, París, Publications de la Sorbonne, 1981, p. 59. Noulens quería añadir la condición adicional de que los ciudadanos de los países aliados gozasen en Rusia de «las mismas ventajas, privilegios y compensaciones» que los nacionales de Alemania habían recibido en el Tratado de Brest, pero tuvo que renunciar a ella; véase A. Hogenhuis-Seliverstoff, *ibid.*, p. 59. <<

[146*] Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, Viena y Munich, Oldenbourg, 1966, p. 49. Carece de toda base la afirmación por parte de Hogenhuis-Seliverstoff (*Les relations, op. cit.*, p. 60) en el sentido de que fue Noulens quien deliberadamente «rompió» un inminente acuerdo entre los Aliados y Moscú al dar, a finales de abril, una entrevista ciertamente torpe a un periódico en la que justificó los desembarcos japoneses en Vladivostok. Los bolcheviques no eran tan fácilmente irritables. <<

[147*] Sobre Mirbach, véase Wilhelm Joost, *Botschafter bei den roten Zaren*, Viena, Molden, 1967, pp. 17-63, si bien no es enteramente fiable. <<

[148*] Su obra fue editada por Karl Dietrich Erdmann, *Kurt Riezler. Tagebücher, Aufsätze, Dokumente*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1972. Esta edición ha sido criticada por algunos académicos alemanes, acusada de haberse tomado ciertas libertades con los textos. Véase también K. H. Jarausch, en *SR*, vol. 31, n.º 2 (1972), pp. 381-

398. <<

[149*] Cabe señalar que ni entonces ni posteriormente aludió nunca Lenin al apoyo popular como origen de su fuerza, sino que entendía que esta procedía de la desunión de sus adversarios. En 1920, le dijo a Bertrand Russell que, dos años antes, tanto él como sus colaboradores habían dudado si serían capaces de sobrevivir a la hostilidad que los rodeaba. «Atribuye su supervivencia a las envidias y a los intereses divergentes de las distintas naciones capitalistas, así como al poder de la propaganda bolchevique» (Bertrand Russell, *Bolshevism*, Nueva York, 1920, p. 40 [hay trad. cast.: *Teoría y práctica del bolchevismo*, Barcelona, Ariel, 1969]). <<

[150*] El gobierno bolchevique recibió de los alemanes pagos mensuales de 3 millones de marcos en junio, julio y agosto; véase Z. A. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1958, p. 130. <<

[151*] Una selección de los mensajes de Yoffe a Lenin aparece en *ISSSR*, n.º 4 (1958), pp. 3-26, editado por I. K. Kobliakov. <<

[152*] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit*., 352n. Yoffe dice que, aunque mantuvo contactos con todos los partidos alemanes, desde la extrema derecha a la extrema izquierda, evitó cualquier relación con los socialdemócratas, el partido de los «traidores sociales»; véase *VZh*, n.º 5 (1919), 37-38. Esta política, que seguía las instrucciones de Lenin, fue precursora de las que adoptaría Stalin quince años después, que, al prohibir a los comunistas alemanes que colaborasen con los socialdemócratas para combatir a los nazis, muchos consideran culpable de haber hecho posible la llegada al poder de Hitler. <<

[153*] Esta parece ser la primera mención de los campos de

concentración en las declaraciones soviéticas. <<

[154*] M. Klante, *Von der Wolga zum Amur*, Berlín, Ost-Europa Verlag, 1931, p. 157. Sadoul, que podría haber recibido esta información de Trotski, distribuyó a la legión a finales de mayo de una manera diferente: 5.000 hombres en Vladivostok, 20.000 entre Vladivostok y Omsk, y otros 20.000 al oeste de Omsk, en la Rusia europea; véase Jacques Sadoul, *Notes sur la révolution bolchevique*, París, Éditions de la Sirène, 1919, p. 366. <<

[155*] Auxiliar médico en el ejército austrohúngaro, había sido ascendido al rango de capitán en el Cuerpo Checoslovaco. En 1919 combatió en los ejércitos del almirante Kolchak. Cuando Checoslovaquia logró la independencia, sirvió como jefe de Estado Mayor, hasta su arresto por cargos de revelación de secretos militares, siendo finalmente absuelto por los tribunales. Tiempo después, colaboró con los nazis. <<

[156*] «Uno no puede más que llegar a la conclusión de que la instigación o el apoyo externo, tanto por parte de los Aliados como del cuartel central de los Blancos en la clandestinidad, no desempeñó un papel relevante en la decisión de los checos de tomar las armas contra el poder soviético. El estallido de las hostilidades fue un suceso espontáneo […] que ninguna de las partes involucradas deseaba»; véase George F. Kennan, *The Decision to Intervene*, Princeton, Princeton University Press, 1958, p. 164. <<

[157*] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 227; K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 474; Alfons Paquet, citado en Winfried Baumgart, ed., *Von Brest-Litovsk zur deutschen Novemberrevolution*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1971, p 76. Muraviov desertó de todas formas a principios de julio y murió a manos de sus tropas. <<

[158*] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, pp. 711-712. Riezler incluyó a los kadetes entre los aliados potenciales de Alemania porque su líder, Miliukov, que entonces vivía en Ucrania, se había manifestado a favor de una orientación progermana. Otros kadetes siguieron siendo fieles a los Aliados. <<

[159*] Según su comandante, Ioakim I. Vatsetis, para entonces ya se había enviado a la mayor parte de las unidades letonas al frente del Volga-Ural; véase *Pamiat*, n.º 2 (1979), p. 16. <<

[160*] V. Vladímirova, en *PR*, n.º 4/63 (1927), pp. 122-123; Vladímir I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 23, pp. 554-556; *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 2, Moscú, Gos. izd-vo, 1920, pp. 148-155. Proshián había servido como comisario de Correos y Telégrafos unos meses antes. <<

[161*] Se sabe por las memorias de Riezler (K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 474) que la embajada alemana tuvo que sobornar a los letones para que actuasen contra los socialistas revolucionarios de izquierdas. <<

[162*] Antes de su huida, Spiridónova dirigió una larga carta al Comité Central bolchevique. Se publicó al año siguiente por sus seguidores bajo el título *Otkritoye pismo M. Spiridonovoi Tsentralnomu Komitetu parti bolshevikov*, Moscú, 1920. La biblioteca del Instituto Hoover guarda una copia. <<

[163*] El 24 de mayo, el cónsul general francés en Moscú, Grenard, que servía de intermediario entre el embajador francés y Sávinkov, advirtió a Noulens de que este último estaba planeando organizar un levantamiento antibolchevique a mediados de junio en la región del Volga. El hecho de que Noulens necesitase esta información, que en cualquier caso no era del todo correcta, confirma su

aseveración de que no había participado en la trama de Sávinkov; véase J. Noulens, *Mon ambassade, op. cit.*, vol. 2, pp. 109-110. El despacho de Grenard se halla en el Archivo del Ministerio de Asuntos Exteriores, Guerre, vol. 671, Noulens, n.º 318, 24 de mayo de 1918. <<

[164*] Borís Sávinkov, *Borba s Bolshevikami*, Varsovia, Izdanie Russkago politicheskago kom-ta, 1923, p. 26. Anton I. Denikin (*Ocherki Russkoi Smuti*, vol. 3, Berlín, Slowo, 1924, p. 79) afirma que la cifra real oscilaba entre 2.000 y 3.000. <<

[165*] *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 1 (Moscú, 1920), pp. 1-42. Durante su juicio en 1924 (*Boris Savinkov pered Voennoi Kollegiei Verjovnogo Suda SSSR*, Moscú, 1924, pp. 46-47), Sávinkov negó haber tenido un programa oficial. <<

[166*] Un estudio reciente de Michael Carley (*Revolution and Intervention. The French Government and the Russian Civil War, 1917-1919*, Kingston-Montreal, McGill-Queen's University Press, 1983, pp. 57-60 y 67-70), atribuye una responsabilidad bastante más directa a los franceses, pero confunde la ayuda general que se le dio a Sávinkov con la participación en su levantamiento. <<

[167*] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 237-238. Parece que Lenin estaba planeando trasladar la sede del gobierno a Nizhni Nóvgorod; véase *ibid.*, p. 237, n. 38. En 1920, Lenin le dijo a Bertrand Russell que dos años antes ni sus colegas ni él creían que su régimen tenía posibilidad alguna de sobrevivir: Bertrand Russell, *Bolshevism. Practice and Theory*, Nueva York, 1920, p. 40 [hay trad. cast.: *Teoría y práctica del bolchevismo*, Barcelona, Ariel, 1969]. <<

[168*] En su breve rememoración de este episodio—en la que es, al parecer, la única vez que se menciona en la literatura soviética—, Chicherin, aunque confirma la versión de Helfferich, indica que fue Lenin personalmente quien zanjó el

asunto; véase «Lenin i vneshniaia politika», *Mirovaya politika v 1924 godu*, Moscú, 1925, p. 5. Véase también su artículo en *Izvestia*, n.º 24/2.059 (30 de enero de 1924), pp. 2-3. <<

[169*] Kurt Riezler, que en este momento desaparece de la escena, volvió tras la guerra a su puesto de profesor en Frankfurt. Cuando Hitler tomó el poder, emigró a Estados Unidos, donde, hasta su fallecimiento en 1955, dio clases en la New School for Social Research en Nueva York. <<

[170*] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 315-316. Vatsetis sirvió como comandante en jefe soviético hasta el verano de 1919, cuando fue arrestado bajo la acusación de haber participado en una «conspiración contrarrevolucionaria». Tras su puesta en libertad, impartió clases en la Academia Militar Soviética. En 1938, durante un descanso entre clases, volvió a ser detenido y poco después, ejecutado; véase *Pamiat*, n.º 2 (1979), pp. 9-10.

Por aquella misma época, la Checa, dirigida entonces por los letones Martin I. Latsis y Yákov K. Peters, empleó una táctica de provocación característica de la policía rusa. Envió a un oficial letón a ver a Lockhart para informarle de que sus hombres estaban dispuestos a abandonar a los bolcheviques. Lockhart los puso en contacto con Sidney Reilly, agente de la inteligencia británica, quien les entregó una considerable suma de dinero. Más tarde, esta estratagema se utilizó para justificar el arresto de Lockhart. Véanse *IA*, n.º 4 (1962), pp. 234-237, y Uldis Germanis, *Oberst Vacietis*, Estocolmo, Almqvist & Wiksell, 1974, p. 35. <<

[171*] El texto del tratado, salvo una de las tres cláusulas secretas, es reproducido por John Wheeler-Bennett en *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, Nueva York, St. Martin's Press, 1956, pp. 427-446. <<

[172*] Esta cláusula se publicó por primera vez en

Europäische Gespräche, vol. 4, n.º 3 (1926), pp. 149-153. Se reproduce en J. Wheeler-Bennett, *Forgotten Peace, op. cit.*, p. 436. <<

[173*] *Europäische Gespräche*, vol. 4, n.º 3 (1926), p. 150. Sobre la aceptación por parte de Yoffe, véase *ibid.*, p. 152. Véase también H. W. Gatzke, en *VZ*, vol. 3, n.º 1 (enero de 1955), pp. 96-97. <<

[174*] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 203. Esta tercera cláusula secreta solo se dio a conocer públicamente tras la Segunda Guerra Mundial. Se publicó por primera vez por Baumgart en *Historisches Jahrbuch*, vol. 89 (1969), pp. 146-148. <<

[175*] Adolf A. Yoffe en *VZh*, n.º 5 (1919), p. 45. Debido a su estrecha vinculación con Trotski, Yoffe cayó después en desgracia y su suicidó en 1927. Véase León Trotski, *Portrety revoliutsionerov*, Benson, Chalidze Publications, 1988, pp. 377-401. <<

[176*] Brian Pearce defiende esta afirmación de modo enérgico y persuasivo en *How Haig Saved Lenin*, Londres, Macmillan, 1987. <<

[177*] L. N. Yurovski, *Denezhnaya politika sovetskoi vlasti (1917-1927)*, Moscú, Finansovoe izdatelstvo, 1928, p. 51. Otro experto contemporáneo que comparte esta opinión es el comunista de izquierdas Lev Natánovich Kritsman (*Geroicheski period Velikoi Russkoi Revoliutsi*, segunda edición, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1926), que califica «el llamado comunismo de guerra como el primer intento ambicioso de establecer una economía basada en el proletariado, el intento [de dar] los primeros pasos de la transición al socialismo» (p. 77). <<

[178*] Hay trad. cast.: *El capital financiero*, Madrid, Tecnos, 1985. *(N. del T.)* <<

[179*] Alexéi P. Meshcherski, en *NS*, n.º 33 (26 de mayo de 1918), p. 7. M. Vindelbot en *NKh*, n.º 6 (1919), pp. 24-32. Según *NV*, n.º 101/125 (26 de junio de 1918), p. 3, Meshcherski fue arrestado en junio. Más tarde emigró a Occidente. <<

[180*] *Vechernaya Zvezda*, 19 de abril de 1918, en Peter Scheibert, *Lenin an der Macht*, Weinheim, acta *humaniora*, 1984, p. 219. Se trata, por supuesto, de una referencia al impopular «receso» que los bolcheviques dijeron haber garantizado con el Tratado de Brest-Litovsk. <<

[181*] Sobre Osinski, véase *Granat*, vol. 41, segunda parte, pp. 89-98. Fue sometido a un juicio de prueba (junto con Bujarin) en 1938 y poco después fue supuestamente fusilado por las sospechas que le implicaban en una confabulación para asesinar a Lenin; véase Robert Conquest, *The Great Terror*, Nueva York, Macmillan, 1968, pp. 398-400. <<

[182*] Según Hilferding, en 1910 seis de los principales bancos de Berlín controlaban la mayor parte de la industria alemana; véase Silvana Malle, *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, p. 154. <<

[183*] Los bancos rusos, al igual que los de Alemania, participaban directamente en distintas actividades industriales y comerciales, y poseían considerables carteras de títulos y bonos emitidos por esas sociedades, lo que revestía a esas ideas de una pátina de credibilidad. <<

[184*] Edward Hallett Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vol. 2, Nueva York, Macmillan, 1952, p. 145. Carr dice que «cuesta creer que estos números sean algo más que meras estimaciones». De hecho, el presupuesto estatal aprobado por el Sovnarkom en julio de 1918 con carácter retroactivo para los seis meses anteriores fijaba los gastos en 17.600 millones y

los ingresos en 2.850 millones; véase *NV*, n.º 117/141 (14 de julio de 1918), p. 1. Otro presupuesto de la época calculó que los gastos de los primeros seis meses de 1918 ascendían a 20.500 millones y los ingresos a 3.300 millones; véase Vladímir I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 23, pp. 537-538. <<

[185*] *Piatyi Soziv VtsIK. Stenograficheski Otchet*, Moscú [el editor podría ser Gospolitizdat, a juzgar por esto: http://www.marx2mao.com/Other/CSSUi.76vi.html],1919, pp. 289-292. Parece, no obstante, que en realidad solo se llegó a recaudar una fracción de la suma deseada. <<

[186*] Puede encontrarse un estudio de los fundamentos teóricos del proyecto de economía no monetaria en L. N. Yurovski, *Denezhnaya politika, op. cit.*, pp. 88-125. Una de las figuras destacadas del pensamiento bolchevique sobre este asunto fue el sociólogo alemán Otto Neurath. <<

[187*] Zachari Solomónovich Katzenellenbaum, *Russian Currency and Banking, 1914-1924*, Londres, P. S. King, 1925, p. 98n. A la luz de estas pruebas, no es posible estar de acuerdo con Carr (*Revolution, op. cit.*, pp. 246-247 y 261) en que las políticas fiscales bolcheviques que llevaron a la depreciación total de la moneda rusa fueran la consecuencia, no de un plan o de una política concretos, sino de la respuesta a una serie de necesidades desesperadas. <<

[188*] Sorprende la escasa atención que los mercados financieros le prestaron a esta política económica tan irresponsable, como también asombra la facilidad con la que se adaptaron al bolchevismo. Según los periódicos de la época (*NV*, n.º 102/126, 27 de junio de 1918, p. 3), en junio de 1918 era posible comprar moneda estadounidense en Rusia a un tipo de 12,80 rublos por dólar, el mismo que a principios de noviembre de 1917. <<

[189*] Se pueden hallar reproducciones de la moneda rusa

empleada durante el período revolucionario en Nonna Dmitrievna Mets, *Nash rubl*, Moscú, Sotsegiz, 1960. Según Katzenellenbaum, la primera moneda soviética apareció a mediados de 1918 en Penza (Z. S. Katzenellenbaum, *Russian Currency, op. cit.*, p. 81). <<

[190*] De hecho, los precios se multiplicaron por 100.000.000. <<

[191*] Max Weber, *Wirtschaft und Gesellschaft*, vol. 1, Tubinga, J. C. B. Mohr [P. Siebeck], 1947, primera parte, cap. 2, p. 12. Estas críticas estaban dirigidas contra Otto Neurath, quien creía haber encontrado la forma de mantener las cuentas sin hacer referencia al dinero. <<

[192*] Vladímir I. Lenin, *Jronika*, vol. 8, pp. 243 y 267. Aunque la mayoría de los estrategas económicos de la época se indispusieron con Stalin y fueron fusilados, Larin, que padeciera poliomielitis de niño, tuvo la suerte de fallecer por causas naturales en 1932. <<

[193*] La organización de las industrias de defensa no está clara. En agosto de 1918, el Consejo Supremo de Economía formó la Comisión para la Producción de Componentes de Material Militar, que operaba bajo la dirección de Krasin. Esta comisión comunicaba a las fábricas las órdenes que recibía de los militares, que eran de obligado cumplimiento. Más adelante, la responsabilidad de pertrechar a las fuerzas armadas sería asumida por el Consejo de Defensa (Soviet Oboroni). <<

[194*] Maxim Litvinov, en *Pravda*, n.º 262 (21 de noviembre de 1920), p. 1. El profesor Scheibert (*Lenin, op. cit.*, p. 210) interpreta equivocadamente el acrónimo de Glavanil con el significado de «Fondo de la Vainilla». <<

[195*] Lev Natánovich Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, p. 162. Los números recogidos en *Narodnoye Joziaistvo SSSR*

v 1958 godu, Moscú, Gos. statisticheskoe izd-vo, 1959, pp. 52-53, muestran una caída del 69 por ciento en la producción industrial general durante 1921 en comparación con 1913, y una caída del 79 por ciento en la producción de la industria pesada. <<

[196*] A. Aluf, citado en S. Volin, *Deiatelnost menshevikov v profsoiuzaj pri sovetskoi vlasti*, Inter-University Project on the History of the Menshevik Movement, Documento n.º 13, Nueva York, 1962, p. 87. En 1918, por supuesto, tomado aquí como año de referencia, el número de obreros empleados había descendido de forma considerable en comparación con los índices de 1913 y 1914. <<

[197*] Burishkin, en *EV*, n.º 2 (1923), p. 141. Los números del Consejo Supremo de Economía hablan de 318 empleados en marzo de 1918 y de 30.000 en 1921. <<

[198*] El hecho de poseer una cartilla que diese derecho a adquirir la ración mínima (*paok*) le servía a la Checa para identificar a los miembros de la burguesía. Los poseedores de estas cartillas eran blanco fácil de actos de terror y extorsión. <<

[199*] La idea de que el hombre solo trabaja para no morir de hambre la tomó Trotski de Marx, quien a su vez la había adquirido de los escritos del reverendo Joseph Townsend sobre las Leyes de los Pobres; véase Karl Marx, *Das Kapital*, vol. 1, Hamburgo, Otto Meissner, 1867, cap. 25, sec. 4. [hay trad. cast.: *El capital*, Madrid, Akal, 2000.] <<

[200*] Nikolái Ivánovich Bujarin, *Ekonomika perekhodnogo perioda*, primera parte, Moscú, Gos. izd-vo, 1920, pp. 5-6 y 48. La segunda parte, en la que deberían haberse presentado datos empíricos, nunca apareció. <<

[201*] Por ejemplo, el 11 de diciembre de 1918, en un congreso de comités de pobres, Lenin promovió una

resolución que instaba a la colectivización de tierras en cuanto fuese posible (Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 356, y Vladímir I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 23, pp. 587-588). Mediante la Ley de Socialización de la Tierra, publicada el 27 de enero / 9 de febrero de 1918, el gobierno se comprometía a «desarrollar la agricultura colectiva por ser la más conveniente a la hora de economizar mano de obra y productos, a expensas de la explotación individual, con el objetivo de la transición a una economía socialista»; véase *Decreti sovetskoi vlasti*, vol. 1, Moscú, Gos. izd-vo polit. literaraturi, 1957, p. 408. <<

[202*] V. R. Gerasimiuk, en *ISSSR*, n.º 1 (1965), p. 100. Víctor Petróvich Danílov, *Pereraspredelenie zemelnogo fonda Rossi*, Moscú, 1979, pp. 283-287 (citado en Víctor V. Kabánov, *Krestianskoye joziaistvo v usloviaj «Voennogo Kommunizma»*, Moscú, Nauka, 1988, p. 49), afirma que, como consecuencia de la revolución las propiedades de los campesinos crecieron un 29,8 por ciento, pero a esta cifra hay que restarle la tierra que ocuparon las granjas colectivas y otras granjas soviéticas. Los intelectuales radicales del siglo XIX escucharon de los campesinos que estos confiaban en que el reparto universal les reportaría entre 5 y 15 *desiatinas*; véanse V. L. Debagori-Mokrievich, *Vospominania*, San Petersburgo, 1906, p. 137, y Gleb Ivánovich Uspenski, *Sobraniye Sochineni*, vol. 5, Moscú, Gos. Izd-Vo Khudozhestvennoi Literatury, 1956, p. 130. <<

[203*] Según un intelectual que vivió desde octubre de 1918 hasta noviembre de 1920 en un pueblo de la provincia de Tambov, los campesinos dudaban de que la tierra que habían recibido fuese realmente suya, porque no era el zar quien se la había otorgado; véase A. L. Okninski, *Dva goda sredi kresfian*, Riga, [1936], p. 27. Era la tierra que les asignaban a los campesinos pobres, cuando se les obligaba a compartir con

ellos su botín. <<

[204*] Con el valor del rublo de antes de la guerra, equivalente a 0,78 gramos de oro, con dichos ahorros se habrían podido comprar 3.900 toneladas de oro. <<

[205*] Las propiedades que compró el Banco de Tierras a los terratenientes entre 1906 y 1915 costaron, de media, 161 rublos por *desiatina*; véase Piotr Ivánovich Liashchenko, *Istoria narodnogo joziaistva SSSR*, vol. 2, tercera edición, Leningrado, Gos. izd-vo polit. lit-ry, 1952, p. 270. La estimación de los ahorros de los campesinos procede de *NZh*, n.º 56/271 (31 de marzo de 1918), p. 2. <<

[206*] Las *otruba* eran parcelas de terreno entremezcladas con franjas comunales, mientras que las *jutora* formaban granjas separadas. Ambas eran de propiedad privada. <<

[207*] V. R. Gerasimiuk, en *ISSSR*, n.º 1 (1965), p. 100; O *zemle. Sbornik statei* (vol. 1 [1921], p. 25), ofrece unas cifras ligeramente distintas. La reducción de las propiedades más grandes se debió en cierta medida a la aceleración del proceso de desintegración de las familias extensas en favor de las nucleares, que ya había comenzado a finales del siglo XIX pero que las políticas agrarias de los bolcheviques fomentaron, ya que los agricultores querían participar en la distribución de propiedades confiscadas, y la mejor manera de hacerlo era como cabezas de familia. <<

[208*] Alrededor de una tercera parte de lo que habían sido terrenos agrícolas privados —el 3,2 por ciento de las extensiones cultivadas—, principalmente latifundios dedicados a cultivos «técnicos», pasó a manos de las explotaciones colectivas gestionadas por el Estado. En teoría, podían haber contribuido a aliviar la escasez de alimentos en las ciudades, pero, al haber sido saqueadas sus existencias por los campesinos locales, resultaron de poca o ninguna ayuda;

véase Lev Natánovich Kritsman, *Proletarskaya revoliutsia i derevnia*, Moscú-Leningrado, Gosudarstvennoe izdatelstvo, 1929, pp. 86-87. <<

[209*] V. V. Kabánov, *Krestianskoye joziaistvo, op. cit.*, p. 159. El campesino que recibía por su producto precios tan desorbitados debía comprar bienes manufacturados (como cerillas, clavos y queroseno), cada día más escasos, a precios del mercado libre. <<

[210*] Un visitante bien informado de la Rusia soviética en 1920 informó de unas reducciones aún más sobrecogedoras. La población de Petrogrado habría pasado de 3 millones en 1917 a 500.000 habitantes: Alexander Berkman, *The Bolshevik Myth (Diary 1920-1922)*, Londres, Hutchinson, 1925, p. 33 [hay trad. cast.: *El mito bolchevique. Diario 1920-1922*, Madrid, La Malatesta Editorial, 2013]. <<

[211*] *Decreti*, vol. 1, pp. 227-228. En la versión definitiva y publicada de este decreto, se omitió la justificación falsa de Lenin para adoptar estas medidas fiscales (p. 230); parece que el propio Lenin se dio cuenta de lo absurda que era. <<

[212*] Tsiurupa definió como «excedente» todo el cereal por encima de los doce *puds* de grano o harina (196 kilogramos) por persona y un *pud* (16,3 kilogramos) de sémola; también estableció normas para el forraje para los caballos y el ganado; véase *Izvestia*, n.º 185/440 (28 de agosto de 1918), p. 5. <<

[213*] Un estudioso del asunto sostiene que, por lo que se refiere a las cifras que se manejaban y a la amenaza que suponía, «la magnitud de la guerra bolchevique contra los campesinos en el frente interno superó con creces la de la guerra civil en el frente contra los Blancos»; véase Vladímir Brovkin, «On the Internal Front. The Bolsheviks and the Greens», artículo presentado en la Vigésima Convención Nacional de la American Association for the Advancement of

Slavic Studies, noviembre de 1988, p. 1. <<

[214*] La información sobre «alborotos», ya fuese por parte de trabajadores o de campesinos, estaba sometida a censura y los periódicos que la publicaban solían recibir multas e incluso veían suspendida su circulación. A principios de 1919, cualquier información de esta índole debía recibir el visto bueno de los censores militares, que solían eliminarla del puñado de periódicos no bolcheviques cuya publicación aún se permitía; véase *DN*, n.º 2 (21 de marzo de 1919), p. 1. La única monografía académica sobre el asunto es la de Mijaíl Frenkin, *Tragedia krestianskij vosstani v Rossi 1918-1921 gg.*, Jerusalén, Leksikon, 1988. Los levantamientos de 1918-1919 se tratan en el capítulo 3. <<

[215*] Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 37, pp. 39-41. Compárese con Robespierre: «Si los agricultores ricos continúan chupando la sangre del pueblo, se los entregaremos al pueblo. Si encontramos demasiados obstáculos al administrar justicia a estos traidores, los conspiradores, los especuladores, haremos que el pueblo se encargue de ellos» (Ralph Korngold, *Robespierre and the Fourth Estate*, Nueva York, Modern Age Books, 1941, p. 251 [hay trad. cast.: *Robespierre. El primer dictador moderno*, Buenos Aires, Claridad, 1956]). <<

[216*] Esto recordaba a la autoridad delegada en los gobernadores zaristas en la década de 1880, en virtud de la cual tenían la potestad de excluir a los cargos electos en los *zemstvos* incapaces de satisfacer los requisitos de «confianza» impuestos por la monarquía. <<

[217*] Por lo tanto, Edward Hallett Carr (*The Bolshevik Revolution*, vol. 2, Londres, Macmillan, 1952, p. 159 [hay trad. cast.: *Historia de la Rusia soviética. La Revolución bolchevique (1917-1923)*, Madrid, Alianza, 1974]) se equivoca cuando afirma que la orden de disolución puso de manifiesto el

fracaso de los *kombedi*, pues desde el principio se idearon como instituciones temporales. <<

[218*] *LS*, vol. 18, p. 158n. No obstante, Lenin (*PSS*, vol. 37, p. 419) afirmó que el régimen obtuvo 67 millones de *puds*. <<

[219*] «Cuando le pregunté a [Lenin] sobre el socialismo en la agricultura, me explicó con recogijo cómo había enfrentado a los campesinos más pobres contra los más ricos, "y enseguida los colgaron del árbol más cercano, ¡ja, ja, ja!". Su risotada al pensar en esas muertes me heló la sangre» (Bertrand Russell, *Unpopular Essays*, Nueva York, Simon and Schuster, 1950, p. 171 [hay trad. cast.: *Ensayos impopulares*, Barcelona, Edhasa, 2003]). <<

[220*] El texto de referencia sobre lo ocurrido sigue siendo el de Nikolái Alexéievich Sokólov, presidente de una comisión especial designada por el almirante Kolchak para investigar el crimen: *Ubistvo tsarkoi semi*, París, 1925 (disponible en traducciones al francés y alemán). De las fuentes secundarias disponibles, las mejores son Paul Bulygin, *The Murder of the Romanovs*, Londres, Hutchinson, 1935, y Serguéi Petróvich Melgunov, *Sudba Imperatora Nikolaya II posle otrechenia*, París, Éditions La Renaissance, 1957. En cuanto al destino de los restantes Romanov, la fuente principal es Serguéi Nikoláievich Smirnov, *Autour de l'assassinat des grands-ducs*, París, Payot, 1928. La visión bolchevique de Pável Mijáilovich Bikov (en su versión original: "Posledniye dni poslednego tsaria", incluida en N. L. Nikoláiev, ed., *Rabochaya revoliutsia na Urale*, Ekaterimburgo, Gosudarstvennoye izdatelstvo, 1921, pp. 3-26) resulta de gran provecho. Los dossiers de la comisión Sokólov, conservados en la Biblioteca Houghton de la Universidad de Harvard, son indispensables; Nicholas Ross publicó una selección académicamente escogida en *Gibeltsarskoi semi*, Frankfurt, Posev, 1987.

En 1989, la prensa soviética inició la publicación de nuevos materiales relevantes. Lo más valioso es la evocación de Yákov Mijáilovich Yurovski, comandante del escuadrón homicida, publicada por Edvard Raszinski en *Ogonok*, n.° 21 (1989), pp. 4-5 y 30-32. El productor cinematográfico Geli Riabov, quien dice haber descubierto los restos de la familia imperial, reveló en *Rodina* (n.os 4 y 5, 1989) alguna información adicional, pero por desgracia, la edición es muy descuidada. <<

[221*] El amigo de Miguel, O. Poutianine, está pues equivocado cuando dice que este se negó a buscar asilo en Inglaterra con la convicción de que el pueblo ruso no le haría ningún daño; véase *Revue des Deux Mondes*, n.º 18 (15 de noviembre de 1923), pp. 297-298. <<

[222*] Isaac Steinberg, *Spiridonova, Revolutionary Terrorist*, Londres, Methuen & Co., 1935, p. 195. El 12/25 de enero de 1918, *Vecherni Chas* publicó una entrevista a Steinberg en la que este expresaba su confianza en que tendría lugar un juicio: «Como es sabido, originalmente se propuso que el antiguo zar fuera juzgado por la Asamblea Constituyente, pero ahora parece que su destino será decidido por el Consejo de Comisarios del Pueblo». Se ha confirmado, a partir de entonces, que el Consejo de Comisarios del Pueblo aprobó el 29 de enero de 1918 una resolución en la que se determinaba someter a Nicolás II a un tribunal; véase G. Yoffe en *Sovietskaya Rossia*, n.° 161/9.412 (12 de julio de 1987), p. 4. <<

[223*] Sobre Belobórodov, véase *Granat*, vol. 41, primera parte, pp. 26-29. Los monárquicos antisemitas, decididos a culpar del asesinato de la familia imperial a los judíos, decidieron que el apellido verdadero de Belobórodov era «Weissbart», de lo que no hay prueba alguna. <<

[224*] Bikov lo publicó inicialmente con el título de «Poslednie dni poslednego tsaria», en N. I. Nikoláiev, *Rabochaya, op. cit.*, pp. 3-26; dicho texto fue reimpreso en *ARR*, vol. 17 (1926), pp. 302-316. Enseguida se dio acceso a Bikov a cierto material inédito en el que se basó para crear la versión oficial: *Poslednie dni Romanovich*, Sverdlovsk, 1926. Este último libro ha sido traducido al inglés, alemán y francés. Pese a su evidente tendenciosidad, tiene valor porque hace referencia a documentos mantenidos a buen recaudo en los archivos comunistas. Bikov fue presidente del Sóviet de Ekaterimburgo tras el golpe de octubre. <<

[225*] Informe del chequista F. Drugov, en el que dice lo que escuchó sobre el tema en esa época (otoño de 1918) por boca de un colega, Alexánder I. Tarasov-Rodionov: *IR*, n.º 10/303 (28 de febrero de 1931), p. 10. La historia de Drugov carece, sin embargo, de credibilidad porque afirma que se encontró y habló con Tarasov-Rodionov cuando viajaba en un tren inexistente de Tobolsk a Ekaterimburgo. <<

[226*] Nunca se han publicado en su totalidad los diarios de la antigua emperatriz, escritos en su inglés tan idiosincrático. El periodista estadounidense Isaac Don Levine se llevó consigo una copia fotográfica y publicó extensos fragmentos en el *Daily News* de Chicago (22-26 y 28 de junio de 1920), y en *Eyewitness to History*, Nueva York, Hawthorn Books,1963. <<

[227*] *Krasnaya Niva*, n.° 27 (1928), p. 17. Avdéiev (*KN*, n.° 5 [1928], p. 190) confirma que Yákovlev llevaba una orden de Lenin. Según I. Koganitski (*PR*, n.° 4, 1922, p. 13), Yákovlev tenía órdenes de llevar a Nicolás a Moscú, hecho cuya autenticidad fue comprobada por los suspicaces bolcheviques locales comunicándose con la capital. <<

[228*] Por razones de seguridad, las comunicaciones entre

Yákovlev y el Kremlin aludían al antiguo zar y su familia como «la mercancía». El funcionario en Moscú le dijo a Yákovlev que «llevara solo la parte fundamental del equipaje»; véase Vasili Vasílievich Yákovlev, *Ural*, n.° 7 (1988), p. 160. <<

[229*] En octubre de 1918, Yákovlev desertó al Bando Blanco y dio una entrevista al diario *Uralskaya Zhizn*, que fue reimpresa en el semanario monárquico *RL*, n.° 1 (1921), pp. 150-153. <<

[230*] Los diarios de Nicolás en 1918 se hallan en *KA*, n.° 1/26 (1928), pp. 110-137. <<

[231*] Según el relato más reciente de un historiador con acceso a los archivos, Yákovlev habló con Sverdlov, quien entonces se comunicó con Ekaterimburgo exigiendo «garantías», supuestamente para preservar la seguridad de la familia imperial. Se dice que Ekaterimburgo brindó tales garantías con la condición de que se le permitiera hacerse cargo de los prisioneros; véase G. Yoffe en *Sovietskaya Rossia*, n.° 161/9.412 (12 de julio de 1987), p. 4. <<

[232*] A. P. Nenárokov, *Vostochni front, 1918*, Moscú, Nauka, 1969, pp. 54, 72 y 101. Después de desertar ese mismo año a las filas de los Blancos, Yákovlev fue arrestado por la contrainteligencia checa. Enseguida huyó a China, volvió a la Unión Soviética y fue a su vez detenido. Después de pasar algún tiempo en un campo de concentración en el monasterio de Soloviétski, fue liberado y nombrado comandante en un campamento del NKVD. Algún tiempo después fue arrestado de nuevo y ejecutado. Debo esta información al escritor soviético Vladímir Kashits. <<

[233*] La siguiente traducción está hecha a partir de la versión en inglés incluida en el original, con cambios menores para mantener la rima que el inglés conserva en algunos versos. *(N.*

del T.) <<

[234*] Bikov, *Poslednie dni, op. cit.*, p. 121. Miásnikov se convirtió después en uno de los líderes de la Oposición de los Trabajadores, motivo por el cual fue expulsado del partido en 1921 y detenido en 1923. En 1924 o 1925 apareció en París, donde difundió un manuscrito en el que describía el asesinato de Miguel. Se dijo que lo había publicado en Moscú en 1924 (*Za Svobodu!*, abril de 1925). <<

[235*] Por ejemplo, *NVCh*, n.º 91 (17 de junio de 1918), p. 1. Un mes después, la Oficina de Prensa del Sovnarkom emitió un comunicado señalando que Miguel había huido hacia Omsk y estaba probablemente en Londres; véase *NV*, n.° 124/148 (23 de julio de 1918), p. 3. <<

[236*] P. B.[ulyguin] en *Segodnia* (Riga), n.° 174 (1 de julio de 1928), pp. 2-3. El 28 de junio, las autoridades soviéticas acababan de confirmar que Nicolás y su familia estaban a salvo, tras recibir presuntamente un telegrama procedente de Ekaterimburgo, del comandante en jefe del frente de los Urales septentrionales, diciendo que había inspeccionado la casa de Ipátiev el 21 de junio y encontrado vivos a sus residentes; véase *NV*, n.° 104/128 (29 de junio de 1918), p. 3. Compárese con Mijaíl Konstantinóvich Diterijs, *Ubistvo tsarskoi semi i chlenov doma Romanovij na Urale*, vol. 1, Vladivostok, 1922, pp. 46-48. El retraso de una semana en la publicación de esta información es inexplicable, salvo en un contexto de simulación deliberada. <<

[237*] «Los amigos ya no duermen y esperan que la hora tan ansiada haya llegado. La rebelión de los checoslovacos amenaza cada vez más seriamente a los bolcheviques. Samara, Cheliábinsk y toda la Siberia Oriental y Occidental están bajo control del Gobierno Provisional nacional. El ejército de los amigos eslavos está a ochenta kilómetros de Ekaterimburgo,

los soldados del Ejército Rojo no están oponiendo una resistencia eficaz. Estad atento a todos los movimientos exteriores, esperad y conservad la esperanza. Pero al mismo tiempo, os lo imploro, sed prudente, porque los bolcheviques, antes de ser *derrotados, representan para vos un peligro real y serio*. Estad preparado a toda hora, día y noche. Haced un bosquejo de *vuestras dos habitaciones*, el espacio, los muebles, las camas. Escribid claramente la hora a que van todos a la cama. Uno de vosotros debe estar siempre despierto entre las 2 y las 3, de ahora en adelante. Responded en pocas palabras, pero os ruego que deis toda la información de provecho a vuestros amigos del exterior. Entregad vuestra respuesta al mismo soldado que os ha hecho llegar esta nota *por escrito pero no digáis una palabra*.

Alguien que está dispuesto a morir por vos

Un oficial del ejército ruso». <<

[238*] «desde la esquina al balcón. 5 ventanas dan a la calle, 2 a la plaza. Todas las ventanas están cerradas, selladas y pintadas de blanco. El pequeño está aún enfermo y en cama y no puede caminar en absoluto; cualquier golpe le provoca dolor. Hace una semana, a raíz de los anarquistas, hubo intenciones de llevarnos a Moscú durante la noche. No debemos arriesgarnos a nada sin estar a*bsolutamente seguros* de los resultados. Estamos casi todo el tiempo bajo estricta vigilancia».

Las cuatro cartas filtradas a la familia imperial a finales de junio y principios de julio de 1918, con sus respuestas, fueron publicadas por primera vez en Rusia en el diario moscovita *Vecherniye Izvestia*, n.° 208 (2 de abril de 1919), pp. 1-2, y n.° 209 (3 de abril de 1919), pp. 1-2. En noviembre de 1919, el historiador comunista Mijaíl Pokrovski entregó copias fotostáticas de los originales a Isaac Don Levine, quien las

publicó en versión inglesa en el *Daily News* de Chicago el 18 de diciembre de 1919, y de nuevo en su autobiografía (*Eyewitness, op. cit.*, pp. 138-141). Levine adoptó la fecha y orden que le sugirieron los archivistas soviéticos, unos datos que, como se ha podido establecer mediante pruebas internas, no pueden ser correctos. La carta # 2 en la versión de Levine debería ser la carta # 3, y viceversa; la carta # 4, a la que él pone como fecha el 26 de junio, tiene que haber sido escrita después del 4 de julio. La esposa de Levine me autorizó amablemente a hacer copias de los materiales de su cónyuge, y la correspondencia aparece aquí por primera vez en el original francés. <<

[239*] Recientemente se ha revelado que esta y las cartas subsiguientes de los presuntos salvadores monárquicos fueron redactadas por un tal P. Voikov, miembro del Ispolkom de los Urales y graduado en la Universidad de Ginebra, y copiadas por otro bolchevique con mejor letra manuscrita; véase E. Radzinski en *Ogonok*, n.° 2 (1990), p. 27. <<

[240*] «No queremos ni podemos *HUIR*. Solo podríamos ser secuestrados por la fuerza, como fue la fuerza la que nos trajo desde Tobolsk. Así pues, no contéis con *ninguna ayuda activa* de nuestra parte. El comandante tiene muchos asistentes, que son cambiados con frecuencia y se han vuelto *ansiosos*. Vigilan atentamente nuestra prisión, al igual que nuestras vidas, y son buenos con nosotros. No queremos que sufran a causa nuestra, ni vosotros. Ante todo, en nombre de Dios, evitad el derramamiento de sangre. Obtened información acerca de ellos por vosotros mismos. Es absolutamente imposible descender desde la ventana sin una escalera. Aun después del descenso, existe grave peligro por la ventana abierta del cuarto del comandante y la ametralladora en el

subterráneo al que uno entra desde el patio interior. [Tachado: «Así pues, desechad la idea de secuestrarnos».] Si estáis velando por nosotros, siempre podéis venir a salvarnos *en caso* de un peligro inminente y real. Ignoramos por completo lo que ocurre en el exterior, pues no recibimos la prensa ni la correspondencia. Después de que se autorizara la abertura de la ventana, la vigilancia se ha intensificado y nos está prohibido incluso asomar la cabeza por ella, a riesgo de recibir un balazo en la cara». <<

[241*] La masacre de Ekaterimburgo, una vez que se conocieron sus detalles a partir de la investigación desarrollada por las comisiones nombradas por el almirante Kolchak, condujo a una vorágine de literatura antisemita, obra de ciertos autores e historiadores rusos de la que se hizo eco Occidente. La mayor parte de ella culpaba de la matanza en Ekaterimburgo a los judíos y la interpretaba como parte de una «conspiración judía» mundial. En el recuento del autor inglés Robert Wilton, un corresponsal del *Times* de Londres, y todavía más en el del general Diterijs, su amigo ruso, la judeofobia adquiría dimensiones patológicas. Probablemente, ningún otro acontecimiento de los ocurridos en aquella época contribuyó más a la difusión del antisemitismo y la vulgarización de los apócrifos *Protocolos de los sabios de Sión*. Tan resueltos estaban estos autores a responsabilizar de la tragedia a los judíos, que de manera muy conveniente olvidaron que la sentencia de muerte fue, de hecho, aprobada por el ruso Lenin. <<

[242*] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, fotografía n.º 129, entre pp. 248 y 249. A. M. Moshkin, el asistente de Avdéiev, fue detenido bajo el cargo de robar a la familia imperial. <<

[243*] Según el diario de Alejandra, el 6 de julio, Yurovski devolvió a Nicolás un reloj que le había sido sustraído. <<

[244*] Sokólov vio en una pared de la casa de Ipátiev una inscripción en húngaro: «Verhás András 1918 VII/15°-Örsegen» (András Verhás, 15 de julio de 1918, guardia), Archivo Houghton, Universidad de Harvard, Archivo Sokólov, caja 3. <<

[245*] En sus memorias, escritas en 1920 pero no publicadas hasta 1989, Yurovski decía que la orden encriptada para el «exterminio» (*istreblenie*) de los Romanov fue recibida desde Perm el 16 de julio. Perm era la capital provincial empleada por Moscú como centro de comunicaciones para toda la región de los Urales. Según él, la orden final de ejecución fue firmada por Goloshchokin a las seis de la tarde del mismo día; véase *Orgonok*, n.° 21 (1989), p. 30. <<

[246*] En la Biblioteca Houghton de Harvard, hay en depósito una copia a carbón de la investigación de la comisión Sokólov, en siete carpetas mecanografiadas: originalmente, perteneció a Robert Wilton, el corresponsal ruso de *The Times* en Londres, quien acompañaba a Sokólov. Ross en *Gibel*, pp. 13-17, discute sobre el destino sufrido por los manuscritos, de los que había tres. Hay alguna prueba adicional de los hechos de Ekaterimburgo en M. K. Diterijs, *Ubistvo, op. cit*. <<

[247*] Algunos testimonios señalan que lo que se dijo a la familia imperial fue que serían trasladados a un lugar seguro lejos de la casa de Ipátiev, pero esta versión se contradice con el hecho de que abandonaron sus cuartos sin ninguno de los elementos que posiblemente hubieran llevado consigo, incluyendo un icono del que Alejandra jamás se separaba cuando estaba de viaje; véase M. K. Diterijs, *Ubistvo, op. cit.*, vol. 1, p. 25. <<

[248*] Aunque también pudo haber sido de Nicolás; el 4 de julio, Alejandra, en alusión a la exigencia de Yurovski de que

le entregaran todas sus joyas, anotó que no sería posible sacarle el anillo de compromiso a su esposo. <<

[249*] Karl von Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau*, Tubinga, 1922, p. 104 Un académico alemán, en defensa del comportamiento exhibido por su país, cita la afirmación de Alejandra registrada por Gilliard, el tutor del zarévich, indicando que ella preferiría «una muerte violenta en Rusia a ser rescatada por los alemanes»; véase K. Jagow en *BM*, n.° 5 (1935), p. 371. Puede que esto sea cierto, pero el gobierno alemán no tenía forma de saber por aquella época que la soberana albergaba dichos sentimientos. <<

[250*] Bruce Lockhart señala que Karaján le había dicho ya al atardecer del 17 de julio que toda la familia imperial había muerto (*Memoirs of a British Agent*, Londres, 1935, pp. 303-304). Uno se pregunta por qué no se le ocurrió a nadie preguntar en qué «manos» estaban las cuatro hijas de Nicolás. <<

[251*] El texto de este documento fue puesto al alcance de Occidente en unas circunstancias bastante sospechosas. En la primavera de 1956 apareció por las oficinas donde se editaba el semanario alemán de gran tirada *7 Tage* un individuo que se identificó como Hans Meier, quien decía haber estado involucrado directamente, como prisionero de guerra austríaco, en la decisión tomada en 1918 en Ekaterimburgo de ejecutar a la familia imperial, y presentó documentos relacionados con el tema que decía haber ocultado durante dieciocho años, cuando residía en la Alemania Oriental. Su versión de los hechos estaba plagada de detalles fantásticos y su principal objetivo, al parecer era eliminar toda duda respecto a la posibilidad de que Anastasia —de quien comenzaban a circular de nuevo historias en Occidente acerca de su presunta supervivencia— no hubiera fallecido con el

resto de la familia. Los documentos de Meier parecen parcialmente auténticos, parcialmente inventados: la explicación más probable es que el sujeto actuaba por encargo de la policía de seguridad soviética. Su relato se halla en *7 Tage*, n.$_{os}$ 27-35 (14 de julio-25 de agosto de 1956). El comunicado previo, que parece ser auténtico, fue reproducido en *7 Tage* el 25 de agosto de 1956. Sobre el «testimonio» de Meier, véase P. Paganutstsi en *Vremia i Mi*, n.° 92 (1986), pp. 220-221. El autor afirma que un tribunal germano que inspeccionó los documentos de Meier en relación con una demanda interpuesta por la así llamada Anastasia estableció que eran falsificados. <<

[252*] P. M. Bikov, *Poslednie dni, op. cit.*, p. 126. Se dice que el primero que admitió la muerte de la familia fue P. Yurénev, «Novie materiali o rastrele Romanovij», *Krasnaya Gazeta*, 28 de diciembre de 1925 (Smirnov, *Autour, op. cit.*, p. 25). <<

[253*] *Leninskaya Guardia Urala*, Sverdlovsk, 1967, pp. 509-514. Un oficial inglés interesado en el destino de la familia imperial lo visitó en Ekaterimburgo en 1919: Francis McCullaugh en *Nineteenth Century and After*, n.° 123 (septiembre de 1920), pp. 377-427. Yurovski llevó un diario mientras fue comandante de la casa de Ipátiev, el cual quedó sin publicar, excepto por breves fragmentos en el artículo de Riabov en *Rodina*, n.° 4 (abril de 1989), pp. 90-91. <<

[254*] La tragedia de Ekaterimburgo tuvo una secuela extraña. En septiembre de 1919, el Comité Ejecutivo del Sóviet de Perm juzgó a veintiocho personas por el asesinato del zar, su familia y sus sirvientes. Aunque no se sabe que ninguno de ellos tuviera alguna relación con los hechos, el socialista revolucionario de izquierdas M. Yajontov «confesó» haber ordenado el asesinato de la familia imperial y haber participado personalmente en él. Él y otros acusados fueron

sentenciados a muerte por el crimen. No se ha podido determinar el trasfondo y propósito de esta parodia de juicio; véase Robert Wilton, *The Last Days of the Romanovs*, Londres, 1920, pp. 102-103, citando *Rossia* (París), n.° 1, 17 de diciembre de 1919, con la referencia a *Pravda*; véase también *New York Times*, 7 de diciembre de 1919, p. 20. <<

[255*] *PR*, n.º 10/33 (1924), p. 10. Peters fue director delegado y, en julio y agosto de 1918, director operativo de la Checa. <<

[256*] Compárese todo esto con el discurso de Heinrich Himmler en Poznan en 1943, exhortando a las SS: «Que durante la construcción de una escotilla de tanque mueran o no por fatiga 10.000 mujeres rusas me interesa solo en cuanto se haya hecho la escotilla para el tanque. […] Cuando alguien me venga con eso de: "No puedo construir escotillas para tanques con mujeres y niños, es inhumano, terminarán muriendo", le diré a ese alguien: "Eres el asesino de tu propia sangre, porque si la escotilla del tanque no se hace, serán soldados alemanes los que mueran"». <<

[257*] En torno a 1919-1920, Lenin había encarcelado a numerosos socialistas y, cuando Fritz Platten, su amigo suizo, protestó y le indicó que con seguridad ninguno de ellos era un contrarrevolucionario, el líder bolchevique replicó: «Por supuesto que no. […] Pero esa es exactamente la razón por la que son peligrosos, solo porque son revolucionarios honestos. ¿Qué puede uno hacer?»; véase Isaac Steinberg, *In the Workshop of the Revolution*, Londres, Victor Gollancz, 1955, p. 177. <<

[258*] Isaac Steinberg, *Gewalt und Terror in der Revolution*, Berlín, Rowohlt, 1974, pp. 22-25. El libro, escrito entre 1920 y 1923 (publicado por primera vez en 1931), describe la Rusia leninista, no la estalinista. <<

[259*] I. Steinberg, *In the Workshop, op. cit.*, p. 145. Steinberg

atribuye equivocadamente la autoría de este decreto a Trotski. <<

[260*] Incluso el derecho prerrevolucionario operaba en Rusia con conceptos tan subjetivos como la «buena voluntad» y la «conciencia». Los códigos que definían los procedimientos de los tribunales de conciliación, por ejemplo, instruían a los jueces a dirimir sus sentencias «en conformidad con [su] conciencia», una fórmula también empleada en ciertos procedimientos criminales. Este legado eslavófilo en los códigos imperiales había sido criticado por León Petrazhitski, uno de los principales teóricos rusos del derecho. Véase Andrzej Walicki, *Legal Philosophies of Russian Liberalism*, Oxford, Oxford University Press, 1987, p. 233. <<

[261*] *Iz istori Verossiskoi Chrezvichainoi Kommissi, 1917-1921 gg.*, Moscú, 1958, pp. 78-79. Ante la presión del Congreso Campesino, el que el 14 de noviembre aprobó una resolución a tales efectos, los bolcheviques disolvieron el Comité Militar Revolucionario (*Revoliutsia*, vol. 6, p. 144). La Checa fue su sucesora. <<

[262*] «La institución fue introducida de manera tan subrepticia que los historiadores han sido hasta hoy incapaces de localizar el decreto que autorizaba su creación o incluso determinar la fecha aproximada en la que pudo haber sido promulgado; véase Richard Pipes, *Russia under the Old Regime*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1974, p. 130. <<

[263*] La confusión bien podía deberse en parte al hecho establecido por muchos contemporáneos de que los empleados de la Checa, incluidos los carceleros, habían cumplido las mismas funciones bajo el zarismo. <<

[264*] *PR*, n.º 9 (1926), p. 55. Más tarde, Lenin habría de reprocharle a él y a Stalin, originario de Georgia, su chovinismo respecto a Rusia. <<

[265*] Grigori Aronson, *Na zare krasnogo terrora*, Berlín, 1929, p. 32. George Leggett se equivoca, por tanto, cuando, siguiendo a Latsis, afirma que hasta el 6 de julio de 1918 la Checa «ejecutaba solamente a delincuentes y perdonaba a los adversarios políticos» (*The Cheka. Lenin's Political Police*, Oxford, Oxford University Press, 1986, p. 86). <<

[266*] Los protocolos de los distintos interrogatorios fueron publicados en *PR*, n.os 6-7 (1923), pp. 282-285. Según Peters, que fue el interrogador principal, el dossier del caso es «muy incompleto», sin dejar claro lo que pretendía decir con esto; véase *Izvestia*, n.º 194/1.931 (30 de agosto de 1923), p. 1. <<

[267*] El arma, una Browning, desapareció de la escena del crimen; el 1 de septiembre de 1918, *Izvestia* (n.º 188/452, p. 3) incluyó un anuncio de la Checa solicitando información respecto a su paradero. <<

[268*] Vladímir Bonch-Bruevich, *Tri Pokushenia na V. I. Lenina*, Moscú, Federatsia, 1924, p. 14. Este párrafo fue quitado de las siguientes ediciones de las memorias de Bonch-Bruevich. Clara Zetkin, en 1920, vio en el rostro de Lenin cierto parecido con el Cristo de Grünewald (*Reminiscences of Lenin*, Londres, Modern Books, 1929, p. 22 [hay trad. cast.: *Recuerdos sobre Lenin*, Ciudad de México, Grijalbo, 1976, y una versión digital en www.omegalfa.es]). <<

[269*] Pável D. Málkov, *Zapiski komendanta Moskovskogo Kremlin*, Moscú, Molodaya Guardia, 1959, pp.159-161. Este párrafo fue omitido en la segunda edición, publicada en 1961. En esa ocasión, Málkov simplemente decía: «Ordenamos a Kaplán que se metiera dentro del coche, el cual estaba preparado de antemano» (p. 162). En la edición de *Izvestia* del 4 de septiembre (n.º 190/454, p. 1) apareció una breve nota anunciando su ejecución. <<

[270*] Esto fue confirmado el 22 de abril, cuando los médicos

extrajeron la bala del cuello de Lenin y hallaron una incisión en forma de cruz; véase P. Posvianski, ed., *Pokusheniye na Lenina 30 augusta 1918 g.*, segunda edición, Moscú, Zhizn i znanie, 1925, p. 64. Sin embargo, el veneno parecía haber perdido su efectividad, ya que no fue mencionado en los boletines médicos. <<

[271*] La evolución del culto a Lenin es el tema de *Lenin Lives!*, de Nina Tumarkin (Cambridge, Harvard University Press, 1983). <<

[272*] Pese a toda la atención que la propaganda soviética dedicó a Lenin a partir del 30 de agosto de 1918, al parecer nadie sabía muy bien quién era. Angélica Balabánova recuerda un incidente ocurrido a principios de 1919, cuando Lenin fue a visitar a Krúpskaya a un sanatorio en las afueras de Moscú y dos hombres pararon en el camino el vehículo en el que viajaban él y su hermana. «Uno de ellos les apuntó con su arma y dijo: "¡El dinero o la vida!". Lenin extrajo su identificación y dijo: "Soy Uliánov Lenin". Los agresores ni siquiera miraron la tarjeta y repitieron: "¡El dinero o la vida!". Lenin no llevaba ningún dinero encima. Se quitó el abrigo, bajó del coche y sin desprenderse de la botella de leche para su esposa, continuó a pie» (*Impressions of Lenin*, Ann Arbor, 1964, p. 65). <<

[273*] La alusión más temprana a los rehenes apareció en un discurso de Trotski el 11 de noviembre de 1917, en el que decía que los cadetes militares que fueran hechos prisioneros serían retenidos como rehenes: «Si nuestros hombres caen en manos del enemigo […] por cada trabajador y cada soldado opondremos cinco cadetes»; véase *Izvestia*, n.º 211 (12 de noviembre de 1917), p. 2. <<

[274*] Un fenómeno similar se dio en Alemania quince años después. Cuando los nazis llegaron al poder, los miembros de

las SS solían escoger para sus palizas y torturas a enemigos personales, incluidos jueces que los habían juzgado durante la República de Weimar; véase Andrzej Kaminski, *Konzentrationslager 1896 bis heute. Eine Analyse*, Stuttgart, Kohlhammer, 1982, pp. 87-88. <<

[275*] En noviembre de 1918, el venerable teórico anarquista Piotr Kropotkin se reunió con Lenin para protestar por el terror; véase Vladímir I. Lenin, *Jronika*, vol. 6, p. 195. En 1920, él mismo escribió una apasionada denuncia contra la práctica «medieval» de tomar rehenes; véase George Woodcok e Iván Avakumovic, *The Anarchist Prince*, Londres, Boardman and Company, 1950, pp. 426-427. <<

[276*] Hay un ejemplo de esta compasión autodirigida en la siguiente afirmación de un grupo de chequistas en 1919: «Operando bajo […] circunstancias increíblemente difíciles que exigen una voluntad inquebrantable y una gran fuerza interior, esos empleados [de la Checa] que, pese a las calumnias falaces y la bazofia maliciosamente vertida sobre sus cabezas, prosiguen con su labor sin tacha», etc.: V.P. Antónov-Saratovski, *Soveti v epoju voennogo kommunizma*, vol. 1, Moscú, 1928, pp. 430-431. <<

[277*] *The Times*, 28 de septiembre de 1918, p. 5a. El parque Petrovski, que funcionaba como un área principal de la carnicería, se convirtió luego en el lugar del estadio de fútbol del club Dínamo. Estaba cerca de la prisión de Butirki, donde se encarcelaba a la mayoría de los prisioneros moscovitas de la Checa —habitualmente unos 2.500—. Otro campo de ejecuciones estaba en el extremo opuesto, al este de Moscú, en la Semenovskaya Zastava. <<

[278*] Por órdenes de Dzerzhinski, la Checa tomaba pocos rehenes judíos. Esto no era debido a una preferencia por los judíos. Uno de los propósitos de tomar rehenes era refrenar a

los Blancos de ejecutar a los comunistas capturados. Dado que no se esperaba que a los Blancos les importara demasiado la vida de los judíos, según Dzerzhinski tomar rehenes judíos no tenía ningún sentido útil, véase Martin V. Latsis, *Chrezvichainiye Kommissi po borbes kontr-revoliutsiei*, Moscú, 1921, p. 54. Según Belerosov (p. 137), esta política fue revertida en mayo de 1919, cuando la Checa de Kiev recibió órdenes de «fusilar a algunos judíos» «con fines de agitación» y de mantenerlos a distancia de los grados superiores. <<

[279*] *NChS*, n.º 9 (1925), pp. 131-132. El Archivo Pictórico del Instituto Hoover tiene una colección de diapositivas, al parecer hechas por los Blancos tras la captura de Kiev, en las que se muestra el cuartel general de la Checa local y en su jardín fosas comunes poco profundas que contenían cadáveres desnudos en descomposición. En diciembre de 1918, los Blancos designaron una comisión para estudiar los crímenes bolcheviques en Ucrania. Sus hallazgos fueron depositados en el Archivo Ruso en Praga, que el gobierno checo, después de la Segunda Guerra Mundial, devolvió a Moscú. Allí ha resultado inaccesible para los académicos extranjeros. Algunos de los informes publicados de esta comisión pueden consultarse en el Archivo Melgunov del Instituto Hoover, caja 11, y en el Archivo Bajmetiev, Universidad de Columbia, Documentos de Denikin, caja 24. <<

[280*] *Pravda*, n.º 229 (23 de octubre de 1918), p. 1. Buena parte del material relacionado con la polémica de este período en torno a la Checa se halla en el Archivo Melgunov, caja 2, carpeta 6, Instituto Hoover. Véase también G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, pp.121-157. <<

[281*] El 7 de noviembre de 1918, hablando ante un «mitin-concierto» de chequistas, Lenin defendió a la Checa ante sus

críticos. Habló de su «difícil labor» y desestimó las quejas que había habido hasta entonces, calificándolas de «gimoteos» (*vopli*). Entre las cualidades de la Checa, señaló su resolución, rapidez y, sobre todo, su «lealtad» (*vernost*) (Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 173). Cabe recordar que el lema de las SS de Hitler era: «Unsere Ehre heisst Treue» («Nuestro honor se llama lealtad»). <<

[282*] *Dekreti*, vol. 3, pp. 529-530. Esto fue una respuesta al requerimiento del presídium del Sóviet de Moscú, a principios de octubre, de que la Checa hiciera algo con los innumerables prisioneros que tenía retenidos sin cargos; véase *Severnaya Kommuna*, n.º 122 (18 de octubre de 1918), p. 3. <<

[283*] Fue publicado treinta y nueve años después en *IA*, n.º 1 (1958), pp. 6-11. <<

[284*] La mejor historia de esta institución es *Konzentrationslager* de Kaminski, en la que trata un tema que ha sido sorprendentemente omitido por los historiadores. <<

[285*] El estudio más completo sobre los campos soviéticos es Mijaíl Geller, *Kontsentratsionni mir y sovietskaya literatura*, Londres, 1974, del que hay traducción al alemán, francés y polaco, pero no al inglés. <<

[286*] León D. Trotski, *Kak vooruzhalas revoliutsia*, vol. 1, Moscú, 1923, pp. 214 y 216. Según Geller (*Kontsentratsionni mir, op. cit.*, p.73), este es el uso más temprano del término en las fuentes soviéticas. <<

[287*] Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 50, pp. 143-144. Peters, apelando a sus facultades como delegado director de la Checa, declaró que todos aquellos que fueran sorprendidos con armas serían «fusilados en el acto», y los que hicieran agitación contra el gobierno, confinados en campos de concentración; véase *Izvestia*, n.º 188/452 (1 de septiembre de

1918), p. 3. <<

[288*] Es incorrecto, así pues, afirmar, como hacen algunas autoridades, que los campos de concentración soviéticos sirvieron únicamente para aterrorizar a la población, y que no adquirieron significación económica hasta 1927 bajo el mandato de Stalin. De hecho, la práctica de hacer que el trabajo carcelario costeara sus propios gastos y que incluso contribuyera a los ingresos fiscales se remonta a los días del zarismo; así, en 1886, el Ministerio del Interior instruyó a la administración de instalaciones de trabajo forzado para que hiciera realidad el hecho de que el trabajo de presos generara utilidades; véase R. Pipes, *Russia under the Old Regime, op. cit.*, p. 310. <<

[289*] *Izvestia*, n.º 155/1.002 (16 de julio de 1920), p. 2. El mayor número de víctimas (273) fueron los ejecutados por deserción y heridas autoinfligidas para evitar el servicio militar. <<

[290*] *The Bullitt Mission to Russia*, Nueva York, B. W. Huebsch, 1919, p. 58, 50. Bullitt propiciaba por entonces el reconocimiento de la URSS por Estados Unidos. En 1933 se convirtió en el primer embajador estadounidense en ese país. Más tarde, en el transcurso de su vida, se convirtió en un anticomunista acérrimo. <<

[291*] Industrial Workers of the World (Trabajadores Industriales del Mundo). Fue un sindicato que, a principios del siglo XX, propiciaba en Estados Unidos y otros países la autogestión obrera. Fue reprimido con severidad en la década de 1920. *(N. del T.)* <<

Notas bibliográficas

[1] Somerset Maugham, *Ashenden, or The British Agent*, Garden City, Doubleday, 1941, pp. vii-viii [hay trad. cast.: *Ashenden, o El agente secreto*, Barcelona, Debolsillo, 2005]. <<

[2] Otto Hoetzch, *Russland*, Gotinga, G. Reimer, 1915, pp. 309-311. <<

[3] *NV*, n.os 8 y 240 (4 de febrero de 1899), p. 3. <<

[4] Sobre estos acontecimientos, véanse Samuel Kassow, «The Russian University in Crisis, 1899-1911», tesis doctoral, Universidad de Princeton, 1976, pp. 130-147; *Biloye*, n.º 16 (1921), pp. 125-128, y Mijaíl Moguilianski, «V devianostiye godi (Vospominania)», *Biloye*, n.º 24 (1924), pp. 117-125. <<

[5] *Biloye*, n.º 16 (1921), p. 127, y N. Cherevanin, «Dvizheniye intelligentsi», en *OD*, vol. 1, p. 267. <<

[6] S. Kassow, «The Russian University», *loc. cit.*, p. 135. <<

[7] *Ibid.*, pp. 141-143. <<

[8] *Biloye*, n.º 16 (1921), pp. 127-128. <<

[9] *Ibid.*, p. 128. <<

[10] S. Kassow, «The Russian University», *loc. cit.*, pp. 155-156. <<

[11] Serguéi Yúlievich Vitte [Witte], *Vospominania*, Moscú, Izd-vo sotsnalno-ekon. litri, 1960, vol. 2, p. 199 [hay trad. cast.: *Memorias*, 2 vols., Madrid, Saturnino Calleja, 1921]. <<

[12] Ludwig Bazylow, *Polityka wewnętrzna caratu i ruchy*

społeczne w Rosji na początku, Varsovia, Książka i Wiedza, 1966, p. 197, y E. N. Trubetskoi, en Josef Melnik, *Russen über Russland. Ein Sammelwerk*, Frankfurt, Rütten & Loening, 1906, pp. 17-18. <<

[13] Viacheslav Pleve, citado en Edward H. Judge, *Plehve. Repression and Reform in Imperial Russia, 1902-1904*, Syracuse, Syracuse University Press, 1983, p. 19. <<

[14] J. Melnik, *Russen über Russland*, *op. cit.*, pp. 18 y 48. <<

[15] Véase cap. 3. <<

[16] E. H. Judge, *Plehve*, *op. cit.*, p. 59. <<

[17] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 34. <<

[18] E. H. Judge, *Plehve*, *op. cit.*, p. 59. <<

[19] Al respecto, véase cap. 9. <<

[20] *Rabócheie Dielo*, n.º 1 (1899), pp. 24-34. <<

[21] Para más información sobre él, véase Jeremiah Schneiderman, *Sergei Zubatov and Revolutionary Marxism. The Struggle for the Working Class in Tsarist Russia*, Ithaca, Cornell University Press, 1976. <<

[22] Vladímir Y. Gurko, *Features and Figures of the Past. Government and Opinion in the Reign of Nicholas II*, Stanford, Stanford University Press, 1939, p. 116. <<

[23] Dietrich Geyer, *Der russische Imperialismus. Studien über d. Zusammenhang von innerer u. auswärtiger Politik 1860-1914*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1977, p. 151, y Abraham Ascher, *The Revolution of 1905*, vol. 1, Stanford, Stanford University Press, 1988, p. 44. <<

[24] Andrew Malozemoff, *Russian Far Eastern Policy, 1881-1904. With Special Emphasis on the Causes of the Russo-Japanese War*, Berkeley, University of California Press, 1958,

pp. 201-202. <<

[25] *Ibid.*, p. 221. <<

[26] Piotr Struve, *Osvobozhdeniye*, vol. 3, n.º 52 (19 de julio/1 de agosto de 1904), p. 33. <<

[27] [Alexandra V. Bogdanóvich], *Tri poslednij samoderzhtsa. Dnevnik A. V. Bogdanovich*, Moscú y Leningrado, L. D. Frenkel, 1924, p. 335. <<

[28] Piotr D. Sviátopolk-Mirski, «Dnevnik kn. Yekaterini Alexeievni Sviátopolk-Mirskoi za 1904-1905 Gg», *IZ*, n.º 77 (1965), p. 241. <<

[29] *Ibid.*, pp. 241-242; véase también S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 324. <<

[30] Dmitri N. Shípov, *Vospominania i dumi o perezhitom*, Moscú, M. i S. Sabashnikovi, 1918, p. 240. <<

[31] *Ibid.*, p. 241; véase también Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Left, 1870-1905*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, pp. 361-362. <<

[32] Serguéi E. Krizhanovski, *Vospominania. Iz bumag S. E. Kryzhanovskago, posliedniago gosudarstvennago sekretaria a Rossiskoi Imperi*, Berlín, Petropolis, 1938, pp. 17-18. <<

[33] Por ejemplo [A. V. Bogdánovich,] *Tri poslednij*, *op. cit.*, p. 299. <<

[34] Los protocolos fueron publicados bajo el título *Chastnoye soveshchaniye zemskij deiatelei prosijodivsheie 6, 7, 8 i 9 noiabria 1904 g. v S.-Petersburge*, Moscú, T-vo Pechatnia S. P. Yakovleva, 1905. Véanse también D. N. Shípov, *Vospominania*, *op. cit.*, pp. 258-278; Shmuel Galai, *The Liberation Movement in Russia, 1900-1905*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1973, pp. 214-221, y R. Pipes, *Struve. Liberal on the Left*, *op. cit.*, pp. 368-370. <<

[35] D. N. Shípov, *Vospominania*, *op. cit.*, p. 269. <<

[36] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, pp. 66-68. <<

[37] Sobre la campaña de banquetes, véanse Ivan P. Belokonski, *Zemskoye dvizheniye*, Moscú, Zadruga, 1914, pp. 238-257, y Terence Emmons, «Russia's banquet campaign», *California Slavic Studies*, n.º 10 (1977), pp. 45-86. <<

[38] T. Emmons, «Russia's banquet», *loc. cit.*, p. 57. <<

[39] Biblioteca Pública de Nueva York: Rusia, MVD, Department Politsi, *Sbornik sekret-nij tsirkuliarov*, 10 de diciembre de 1904, signatura *QGF/+. <<

[40] D. N. Shípov, *Vospominania*, *op. cit.*, pp. 278-281, y Yevgeni D. Chermenski, *Burzhuazia i tzarism v pervoi russkoi revoliutsi*, Moscú, Mysl, 1970, p. 37. <<

[41] Este documento, que permanece inédito, se resume en Andrew M. Verner, «Nicholas II and the role of the autocrat during the first Russian revolution, 1904-1907», tesis doctoral, Nueva York, Universidad de Columbia, 1986, pp. 192-198. <<

[42] *Ibid.*, pp. 193-194. <<

[43] Citado en Y. D. Chermenski, *Burzhuazia*, *op. cit.*, p. 41. <<

[44] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 331-332, e Y. D. Chermenski, *Burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 42-43. <<

[45] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 335. <<

[46] Texto en Gueorgui G. Savich, ed., *Novyi gosudarstvennyi stroi Rossi. Spravochnaya kniga*, San Petersburgo, s. n., 1907, pp. 6-8. <<

[47] L. Bazylow, *Polityka wewntrzna*, *op. cit.*, p. 333. <<

[48] Piotr Struve, *Osvobozhdeniye*, n.º 63 (7/20 de enero de

1905), p. 221. <<

[49] Para más información sobre él, véanse sus memorias: Gueorgui Gapón, *The Story of My Life*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1906 [hay trad. cast.: *Las memorias del cura Gapón*, Madrid, Cenit, 1931]; véanse también D. Venediktov, *Gueorgui Gapon*, 2.ª ed., Moscú y Leningrado, Moskovski Rabochi, 1931, y Walter Sablinski, *The Road to Bloody Sunday. Father Gapon and the St. Petersburg Massacre of 1905*, Princeton, Princeton University Press, 1976. <<

[50] L. Bazylow, *Polityka wewntrzna*, *op. cit.*, p. 347. <<

[51] W. Sablinsky, *The Road to Bloody Sunday*, *op. cit.*, p. 117. <<

[52] *Ibid.*, pp. 130-131. <<

[53] L. I. Gúrevich «Narodnoye dvizheniye v Peterburge 9-go ianvaria 1905 g»., *Biloye*, n.º 1 (1906), pp. 197-198. <<

[54] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, pp. 82-83, y A. M. Verner, «Nicholas II and the role», *loc. cit.*, pp. 226-227. <<

[55] El texto más completo de la petición se halla en N. S. Trusova, ed., *Nachalo pervoi russkoi revoliutsi. Ianvar-mart 1905 goda*, Moscú, Izd-vo Akademi SSSR, 1955, pp. 28-30. Existe una traducción inglesa en W. Sablinsky, *The Road to Bloody Sunday*, *op. cit.*, pp. 344-349. <<

[56] Diario de Yekaterina A. Sviátopolk-Mirskaya, «Dnvernik na 1904-1905 gg»., *IZ*, n.º 77 (1965), p. 273, y Anna M. Pankratova *et al.*, eds., *Revoliutsia 1905-1907 gg. v Rossi. Dokumenti i materiali*, vol. 4, primera parte, Moscú, Gos. izd-vo polit. lit-ri, 1961, p. 35. <<

[57] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 340. <<

[58] N. S. Trusova, ed., *Nachalo pervoi*, *op. cit.*, p. 52. <<

[59] A. M. Verner, «Nicholas II and the role», *loc. cit.*, p. 259, e Y. A. Sviátopolk-Mirskaya, «Dnvernik», *loc. cit.*, p. 247. <<

[60] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, pp. 94, 138 y 151. <<

[61] *Ibid.*, pp. 157-160. <<

[62] *Ibid.*, p. 172. <<

[63] Kazimierz Niedzielski, *Z burzliwych dni, 1904-1905*, Varsovia, I. Rzepecki, 1916, pp. 240-241. <<

[64] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 120. <<

[65] Solomon M. Schwarz, *The Russian Revolution of 1905. The Workers' Movement and the Formation of Bolshevism and Menshevism*, Chicago, University of Chicago Press, 1967, p. 123. <<

[66] Y. A. Sviátopolk-Mirskaya, «Dnvernik», *loc. cit.*, p. 247. <<

[67] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 143-144. <<

[68] Alexéi S. Yermólov, «Zapiski A. S. Yermolova», *KA*, n.º 1/8 (1925), pp. 51-69. <<

[69] *Ibid.*, p. 65. <<

[70] G. G. Savich, ed., *Novyi gosudarstvennyi stroi*, *op. cit.*, pp. 11-14. <<

[71] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 114. <<

[72] Y. D. Chermenski, *Burzhuazia*, *op. cit.*, p. 57. <<

[73] Vasili A. Maklákov, *Iz vospominani*, Nueva York, Izd-vo im, Chejova, 1954, pp. 324-325. La descripción más completa de esta organización se encuentra en Jonathan E. Sanders, «The Union of Unions. Political, economic, civil, and human rights organizations in the 1905 Russian revolution (professions)», tesis doctoral, Nueva York, Universidad de

Columbia, 1985. <<

[74] S. Galai, *The Liberation Movement*, *op. cit.*, pp. 245-248. <<

[75] Shmuel Galai, «The role of the Union of Unions in the Revolution of 1905», *Jahrbücher*, n.º 24 (1976), pp. 522-523. <<

[76] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 388. <<

[77] *Ibid.*, p. 305. <<

[78] *Ibid.*, p. 397. <<

[79] Y. D. Chermenski, *Burzhuazia*, *op. cit.*, p. 68. <<

[80] *Ibid.*, p. 69. <<

[81] El texto de la alocución de Serguéi Trubetskoi está en *Pravitelstvennyi vestnik*, 8 de junio de 1905, p. 1. La traducción inglesa se halla en Martha Bohachevsky-Chomiak, *Sergei N. Trubetskoi. An Intellectual among the Intelligentsia in Prerevolutionary Russia*, Belmont, Nordland Pub. Co., 1976, pp. 150-154. <<

[82] *Osvobozhdenie*, n.º 75 (1905), p. 432. <<

[83] *SZ*, n.º 65 (1937), p. 226. <<

[84] *Petergofskoye soveshchaniye o proyekte Gosudarstvennoi Dumi*, Berlín, s. f. <<

[85] El texto se halla en G. G. Savich, ed., *Novyi gosudarstvennyi*, *op. cit.*, pp. 21-23. Véanse Y. D. Chermenski, *Burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 105-108, y A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, pp. 177-181. Gilbert S. Doktorow, «The introduction of parliamentary institutions in Russia during the revolution of 1905-1907», tesis doctoral, Nueva York, Universidad de Columbia, 1975, se ocupa de sus antecedentes. <<

[86] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 179. <<

[87] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 482. <<

[88] A. M. Verner, «Nicholas II and the role», *loc. cit.*, p. 353. <<

[89] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 488. <<

[90] Y. D. Chermenski, *Burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 91-92. <<

[91] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 551. <<

[92] S. Galai, *The Liberation Movement*, *op. cit.*, p. 259, y J. E. Sanders, «The Union of Unions», *loc. cit.*, pp. 1030-1046. <<

[93] *RV*, n.º 232 (27 de agosto de 1905), p. 1. <<

[94] John D. Morison, «Political characteristics of the student movement in the Russian revolution of 1905», en François-Xavier Coquin y Céline Gervais-Francelle, eds., *1905. La première Révolution russe. Actes du colloque international, 2-6 juin, Paris*, París, Publications de la Sorbonne, Institut d'Études Slaves, 1986, pp. 68-69, y A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 201. <<

[95] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 198. <<

[96] Fiódor [Theodore] Dan, en *Iskra*, n.º 107 (29 de julio de 1905), p. 1; las cursivas son mías. <<

[97] E. N. Trubetskoi, en J. Melnik, *Russen über Russland*, *op. cit.*, pp. 16-17. <<

[98] S. Kassow, «The Russian University», *loc. cit.*, pp. 381-383; J. D. Morison, «Political characteristics», *loc. cit.*, pp. 68-69, y Vladímir S. Voitinski, *Godi pobed i porazheni*, vol. 1, Berlín, Izd-vo Z. I. Grzhebina, 1923, pp. 57-63. <<

[99] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 544

y 626-627. <<

[100] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 211; Oskar Anweiler, *The Soviets. The Russian Workers, Peasants, and Soldiers Councils, 1905-1921*, Nueva York, Pantheon Books, 1974, p. 43 [hay trad. cast.: *Los sóviets en Rusia, 1905-1921*, Madrid, Zero, 1975], e *IZ*, n.º 11 (1941), pp. 3-5. <<

[101] S. Kassow, «The Russian University», *loc. cit.*, p. 386. <<

[102] Serguéi Yúlievich Vitte [Witte], «Zapiska Vitte ot 9 oktiabria», *KA*, n.os 11-12 (1925), pp. 55-56. <<

[103] N. D. Obolenski, en S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, p. 26. <<

[104] Arkadi L. Sidórov, ed., *Visshyi podom revoliutsi 1905-1907 gg. Vuruzhonnoye vosstaniye, noiabr-dekabr 1905 goda*, vol. 1, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1955, p. 47. <<

[105] Nikolái I. Sidórov, ed., *1905 god v Peterburge*, vol. 2, Leningrado, Gos. izd-vo, 1925, pp. 101-102. <<

[106] Nicolás II, «Perepiska Nikolaya II i Mari Fedorovni», *KA*, n.º 3/22 (1927), p. 173. <<

[107] Pável N. Miliukov, *Vospominania, 1859-1917*, vol. 2, Nueva York, Izd-vo im. Chejova, 1955, pp. 342-343. <<

[108] S. M. Schwarz, *The Russian Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 333, y Lev N. Geller y N. Rovenskaya, eds., *Peterburgski i Moskovski Sovieti Rabochij Deputatov 1905 g. (v dokumentaj)*, Moscú y Leningrado, Moskovski rabochi, 1926, p. 9. <<

[109] O. Anweiler, *The Soviets*, *op. cit.*, p. 45. <<

[110] *Ibid.*, p. 45. <<

[111] N. I. Sidórov, ed., *1905 god*, *op. cit.*, vol. 2, p. 102. <<

[112] V. S. Voitinski, *Godi pobed*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 93-94, e *IZ*, n.º 11 (1941), p. 7. <<

[113] L. N. Geller y N. Rovenskaya, eds., *Peterburgski i*

Moskovski Sovieti, *op. cit.*, p. 11. <<

[114] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 223. <<

[115] Véase cap. 8. <<

[116] N. I. Sidórov, ed., *1905 god*, *op. cit.*, vol. 2, p. 5. <<

[117] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 14-15. <<

[118] *Ibid.* <<

[119] A. S. Alexéiev, en *Yuridishcheski Vestnik*, vol. 11/3 (1915), p. 39. <<

[120] *Biloye*, n.º 14 (1919), p. 109. <<

[121] *Ibid.*, pp. 110-111. <<

[122] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 17 y 41-42. <<

[123] G. G. Savich, ed., *Novyi gosudarstvennyi stroi*, *op. cit.*, pp. 25-27. <<

[124] L. N. Geller y N. Rovenskaya, eds., *Peterburgski i Moskovski Sovieti*, *op. cit.*, pp. 29-31. <<

[125] Marc Szeftel, *The Russian Constitution of April 23, 1906. Political Institutions of the Duma Monarchy*, Bruselas, Éditions de la Librairie Encyclopédique, 1976, pp. 33-35. <<

[126] Nicolás II, «Perepiska Nikolaya II», *loc. cit.*, p. 168. <<

[127] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 229. <<

[128] A. M. Verner, «Nicholas II and the role», *loc. cit.*, p. 434. <<

[129] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 68-69. <<

[130] A. M. Verner, «Nicholas II and the role», *loc. cit.*, p. 438. <<

[131] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 68

y 110. <<

[132] A. M. Verner, «Nicholas II and the role», *loc. cit.*, pp. 438-440. <<

[133] Nicolás II, «Perepiska Nikolaya II», *loc. cit.*, p. 187. <<

[134] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, pp. 253-262. Sobre esta cuestión, véase también A. Linden, ed., *Die Judenpogrome in Russland*, 2 vols., Colonia y Leipzig, Jüdischer Verlag, 1910. <<

[135] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 85-88. <<

[136] Nicolás II, «Perepiska Nikolaya II», *loc. cit.*, p. 169. <<

[137] Véase Borís B. Veselovski *et al.*, *Agrarnoye dvizheniye v Rossi v 1905-1906 gg. Obzori po raionam*, 2 vols., San Petersburgo, Tip. T-va Obshchestvennaya polza, 1908, *passim*. <<

[138] Roberta T. Manning, *The Crisis of the Old Order in Russia. Gentry and Government*, Princeton, Princeton University Press, 1982, pp. 155-157. <<

[139] B. B. Veselovski *et al.*, *Agrarnoye dvizheniye*, *op. cit.*, vol. 2, p. 30. <<

[140] R. T. Manning, *The Crisis of the Old Order*, *op. cit.*, p. 142. <<

[141] Nicolás II, «Perepiska Nikolaya II», *op. cit.*, pp. 173-174. <<

[142] O. Anweiler, *The Soviets*, *op. cit.*, pp. 59-60. <<

[143] Para más información sobre él, véase cap. 9. <<

[144] O. Anweiler, *The Soviets*, *op. cit.*, p. 60, y A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 301. <<

[145] A. Ascher, *The Revolution of 1905*, *op. cit.*, p. 108. <<

[146] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 3, pp.

218-251. <<

[1] Jules Legras, *Au pays russe*, París, Armand Colin, 1895, p. 356. <<

[2] Alexánder D. Gradovski, *Sobraniye sochineni A. D. Gradovskago*, 2.ª ed., vol. 7, San Petersburgo, Tip. M. M. Stasiulevicha, 1907, pp. 1-2. <<

[3] Véanse Vasili O. Kliuchevski, *Skazania inostrantsev Moskovskom gosudarstve*, Moscú, s. n., 1918, y Karl H. Ruffman, *Das Russlandbild im England Shakespeares*, Gotinga, Musterschmidt, 1952. <<

[4] Anatole Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars and the Russians*, vol. 2, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons, 1898, p. 10. <<

[5] A. A. Polovtsov, *Dnevnik Gosudarstvennogo Sekretaria A. A. Polovtsova*, vol. 2, Moscú, Nauka, 1966, p. 70. <<

[6] Serguéi Yúlievich Vitte [Witte], *Samoderzhaviye i zemstvo. Konfidentsialnaya zapiska Ministra finansov stats-sekretaria S. Iu. Vitte*, Stuttgart, Osvobozhdeniye, 1903, p. 206, citando a Mackenzie Wallace. <<

[7] Serguéi S. Oldenburg, *Tsarstvovaniye Imperatora Nikolaya II*, vol. 1, Belgrado, Izd. Ob-va rasprostranenia russkoi natsionalnoi i patrioticheskoi lit-ri, 1939, p. 41. <<

[8] Véase p. 29. <<

[9] Vladímir N. Lamzdorf, *Dnevnik V. N. Lamzdorfa (1886-1890)*, Moscú y Leningrado, Gosudarstvennoi izdatelstvo, 1926, p. 140. <<

[10] *Ibid.*, pp. 249-251. <<

[11] Serguéi Yúlievich Vitte [Witte], *Vospominania*, Moscú, Izd-vo sotsnalno-ekon. lit-ri, 1960, vol. 1, pp. 434-435, y Andrew M. Verner, «Nicholas II and the role of the autocrat during the first Russian revolution 1904-1907», tesis doctoral, Nueva York, Universidad de Columbia, 1986, p. 103. <<

[12] *KA*, n.º 3/46 (1931), p. 10. <<

[13] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 585-586. <<

[14] Vladímir L. Búrtsev, *Za sto let (1800-1896)*, vol. 1, Londres, Russian Free Press Fund, p. 264. <<

[15] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 266-267. <<

[16] Maurice Paléologue, citado por Vladímir Kantoróvich, *Biloye*, n.º 22 (1923), pp. 208-209. <<

[17] *Ibid.*, p. 206. <<

[18] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 328. <<

[19] *Ibid.*, p. 474. <<

[20] V. Kantoróvich, *Biloye*, n.º 22 (1923), p. 228. <<

[21] Hans-Joachim Torke, «Das russische Beamtentum in der ersten Hälfte des 19. Jahrhunderts», *Forschungen*, n.º 13 (1967), pp. 227 y 257. <<

[22] Nikolái M. Korkunov, *Russkoye gosudarstvennoye pravo*, 2.ª ed., vol. 2, San Petersburgo, Tsinzerling, 1897, p. 552, y *Brogkauz & Efron*, vol. 30, pp. 441-442. <<

[23] Theodore Taranovsky, «Alexander III and his bureaucracy. The limitations on autocratic power», *Canadian Slavonic Papers*, vol. 26, n.os 2-3 (junio de 1984), pp. 213-214. <<

[24] *Ibid.*, pp. 212-213. <<

[25] Theodore Taranovsky, «The politics of counter-reform. Autocracy and bureaucracy in the reign of Alexander III, 1881-1894», tesis doctoral, Cambridge, Universidad de Harvard, 1976. <<

[26] A. Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars*, *op. cit.*, vol.

2, pp. 93-94. <<

[27] Vladímir A. Yevreinov, *Grazhdanskoye sudoproizvodstvo v Rossi*, San Petersburgo, Tip. A. S. Suvorina, 1887, pp. 39-41 y 54, y H.-J. Torke, «Das russische Beamtentum», *loc. cit.*, pp. 14 y 56. <<

[28] Piotr A. Zaionchkovski, *Pravitelstvennyi apparat samoderzhavnoi Rossi v. XIX v.*, Moscú, Mysl, 1978, p. 90. <<

[29] *Ibid.*, pp. 95-96. <<

[30] Nikolái A. Maklákov, en *Padeniye*, vol. 5, p. 207. <<

[31] A. Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 82-83. <<

[32] *Ibid.*, p. 79. <<

[33] Piotr A. Valúiev, *MG*, n.º 10 (1908), pp. 29-30. <<

[34] M. N. Nikónov, citado en V. N. Lamzdorf, *Dnevnik V. N. Lamzdorfa*, *op. cit.*, p. 135. <<

[35] Pierre Dolgoroukov [Dolgorúkov], *La vérité sur la Russie*, París, A. Franck, 1860, p. 16. <<

[36] Bernard Pares, *Russia and Reform*, Londres, A. Constable & Co., 1907, p. 154. <<

[37] Véase S. Frederick Starr, *Decentralization and Self-Government in Russia, 1830-1870*, Princeton, Princeton University Press, 1972. <<

[38] Richard Pipes, *Russia under the Old Regime*, Londres y Nueva York, Weidenfeld and Nicolson/Scribner, 1974, p. 281. <<

[39] Robert E. Jones, *The Emancipation of the Russian Nobility, 1762-1785*, Princeton, Princeton University Press, 1973, p. 182. <<

[40] N. A. Rubakin, citado en Neil B. Weissman, *Reform in Tsarist Russia. The State Bureaucracy and Local Government*,

New Brunswick, Rutgers University Press, 1981, p. 11. <<

[41] Serguéi E. Krizhanovski, *Vospominania. Iz bumag S. E. Krizhanovskago, posliedniago gosudarstvennago sekretaria a Rossiskoi Imperi*, Berlín, Petropolis, 1938, pp. 98-99. <<

[42] Walter M. Pintner, «The social characteristics of the early nineteenth-century Russian bureaucracy», *SR*, vol. 29, n.º 3 (1970), p. 432. <<

[43] Fiódor I. Dan, *Proisjozhdeniye bolshevizma; k istori demokraticheskij i sotsialisticheskij idei v Rossi posle osvobozhdenia krestian*, Nueva York, Novaya Demokratia, 1946, pp. 443-444. <<

[44] T. Taranovsky, «The politics of counter-reform», *op. cit.*, p. 227. <<

[45] Alexánder I. Koshelev, *Zapiski Alexandra Ivanovicha Kosheleva (1812-1883 godi)*, Berlín, B. Behrs Verlag, 1884, pp. 31-32. <<

[46] Ministerstvo Vnutrennij Del, *Istoricheski ocherk*, San Petersburgo, Ministerstvo Vnutrennij Del, 1901, pp. 48-49. <<

[47] Nicolás II, «Perepiska Nikolaya II», *loc. cit.*, p. 169. <<

[48] Hans Rogger, «The Beilis case. Anti-semitism and politics in the reign of Nicholas II», *SR*, vol. 25, n.º 4 (1966), p. 626. <<

[49] Piotr A. Valúiev, *Dnevnik P. A. Valueva, ministra vnutrennij del*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1961, p. 100, entrada fechada el 14 de abril de 1861. <<

[50] T. Taranovsky, «The politics of counter-reform», *op. cit.*, p. 234. <<

[51] Citado en Piotr A. Zaionchkovski, *Rossiskoye samoderzhaviye v kontse XIX stoletia.Politicheskaya reaktsia 80-j-nachala 90-j godov*, Moscú, Mysl, 1970, p. 237. <<

[52] Se describen en R. Pipes, *Russia under the Old Regime*, *op. cit.*, pp. 305-307. <<

[53] Memorándum del 30 de octubre de 1885, citado en P. A. Zaionchkovski, *Rossiskoye samoderzhaviye*, *op. cit.*, pp. 236-239. <<

[54] Es el tema que aborda Daniel T. Orlovsky, *The Limits of Reform. The Ministry of Internal Affairs in Imperial Russia, 1802-1881*, Cambridge, Harvard University Press, 1981. <<

[55] Piotr A. Zaionchkovski, *Krizis samoderzhavia na rubezhe 1870-1880-j godov*, Moscú, Izd-vo Moskovskogo Universiteta, 1964, pp. 395-396. <<

[56] N. B. Weissman, *Reform in Tsarist Russia*, *op. cit.*, p. 48. <<

[57] *Ibid.*, p. 62. <<

[58] Pável P. Zavarzin, *Rabota tainoi politsi. Vospominania*, París, s. n., 1924, pp. 11-13. <<

[59] *Brogkauz & Efron*, vol. 37, p. 357. <<

[60] Geoffrey Drage, *Russian Affairs*, Londres y Nueva York, J. Murray/E. P. Dutton, 1904, p. 243. <<

[61] Theodore H. von Laue, *Sergei Witte and the Industrialization of Russia*, Londres y Nueva York, Columbia University Press, 1963, pp. 34-35. <<

[62] *Ibid.*, p. 180. <<

[63] Leo Pasvolsky y Harold G. Moulton, *Russian Debts and Russian Reconstruction. A Study of the Relation of Russia's Foreign Debts to her Economic Recovery*, Nueva York, McGraw-Hill, 1924, p. 16. <<

[64] *Ibid.*, p. 1, y John P. McKay, *Pioneers for Profit. Foreign Entrepreneurship and Russian Industrialization, 1885-1913*, Chicago, University of Chicago Press, 1970, p. 380. <<

[65] J. P. McKay, *Pioneers for Profit*, *op. cit.*, p. 37. <<

[66] Pável V. Ol, *Inostrannye kapitali v Rossi*, Petrogrado, 4-ia Gosudarstvennaya tipografia, 1922, pp. 8-9. <<

[67] T. H. von Laue, *Sergei Witte*, *op. cit.*, pp. 274-275. <<

[68] Edward C. Kirkland, *A History of American Economic Life*, 3.ª ed., Nueva York, Appleton-Century-Crofts, 1951, p. 541 [hay trad. cast.: *Historia económica de Estados Unidos*, México, Fondo de Cultura Económica, 1947]. <<

[69] Rolf Wagenführ, «Die Industriewirtschaft. Entwicklungstendenzen der deutschen und internationalen Industrieproduktion 1860-1932», *Viertelsjahreshefte zur Konjunkturforschung* (Berlín), n.º 31 (1933), p. 18. <<

[70] Pável A. Jromov, *Ekonomicheskoye razvitie Rossi v XIX-XX vekaj, 1800-1917*, Moscú, Gospolitizdat, 1950, p. 31. <<

[71] S. Y. Vitte [Witte], *Vospominania*, *op. cit.*, vol. 2, p. 380. <<

[72] Piotr A. Zaionchkovski, *Samoderzhaviye i russkaya armia na rubezhe XIX-XX stoleti, 1881-1903*, Moscú, Mysl, 1973, p. 31. <<

[73] Hans-Peter Stein, «Der Offizier des russischen Heeres im Zeitabschnitt zwischen Reform und Revolution (1861-1905)», *Forschungen*, vol. 13 (1967), p. 468. El texto del juramento militar está en *Polnoye Sobraniye Zakonov Rossiskoi Imperi. Sobraniye tretie*, 3.ª ed., vol. 14, San Petersburgo, Gos. Tip., 1894, n.º 11.014. <<

[74] P. A. Zaionchkovski, *Samoderzhaviye i russkaya armia*, *op. cit.*, pp. 119 y 197-199. <<

[75] Anton I. Denikin, *Staraya armia*, París, Rodnik, 1929, p. 7. <<

[76] P. A. Zaionchkovski, *Samoderzhaviye i russkaya armia*, *op. cit.*, p. 212. <<

[77] *Ibid.*, pp. 221-223. <<

[78] Matitiahu Mayzel, «The formation of the Russian General Staff, 1880-1917. A social study», *Cahiers du Monde Russe et Soviétique*, vol. 16, n.os 3-4 (1975), pp. 297-321. <<

[79] A. I. Denikin, *Staraya armia*, *op. cit.*, p. 13. <<

[80] Anton I. Denikin, *Put russkogo ofitsiera*, Nueva York, Izd-vo im. Chejova, 1953, pp. 121-122. <<

[81] H.-P. Stein, «Der Offizier des russischen Heeres», *loc. cit.*, pp. 474-479. <<

[82] Para más información sobre este grupo, véase R. Pipes, *Russia under the Old Regime*, *op. cit.*, cap. 7. <<

[83] *Ibid.*, pp. 178-179. <<

[84] Rostislav Fadéiev, *Russkoye obshchestvo v nastoiaschem i budushchem (chem nam bit?)*, San Petersburgo, Tipografia Tovarishchestva Obshchestvennaya polza, 1874; Alexánder D. Pazujin, «Sovremennoye sostoianiye Rossi i soslovnyi vopros», *RV*, n.º 175 (enero de 1885), pp. 5-58, y Alexéi I. Elíshev (A. I. Bukeievski), *Dvorianskoye deló. Sbornik statei*, Moscú, Univ. Tip., 1898. <<

[85] Roberta T. Manning, *The Crisis of the Old Order in Russia. Gentry and Government*, Princeton, Princeton University Press, 1982, *passim*. <<

[86] S. Y. Vitte [Witte], *Samoderzhaviye i zemstvo*, *op. cit.*, p. 168. <<

[87] *Petergofskoye soveshchaniye o proyekte Gosudarstvennoi dumi pod lichnim ego imperatorskogo velichestva predsedatelstvom*, Berlín, E. Frowein, 1905, pp. 149-150. <<

[88] R. T. Manning, *The Crisis of the Old Order*, *op. cit.*, pp. 32-33. <<

[89] Seymour Becker, *Nobility and Privilege in Late Imperial*

Russia, DeKalb (Illinois), Northern Illinois University Press, 1985, p. 28. <<

[90] Iván Oserov [Ozerov], citado en Josef Melnik, *Russen über Russland. Ein Sammelwerk*, Frankfurt, Rütten & Loening, 1906, p. 214. <<

[91] Andréi M. Anfímov e I. F. Makárov, «Novye dannye o zemlevladeni Evropeiskoi Rossi», *ISSSR*, n.º 1 (1974), p. 85. <<

[92] A. Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 512-513. <<

[93] *Ibid.*, pp. 182-183. <<

[94] Para más información sobre este tema, véase John S. Curtiss, *Church and State in Russia*, Nueva York, Octagon Books, 1972, cap. 3. <<

[95] *Ibid.*, p. 130. <<

[96] *Ibid.*, pp. 182-183. <<

[97] *Ibid.*, pp. 339-340. <<

[98] A. Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars*, *op. cit.*, vol. 2, p. 91. <<

[1] Theodore Shanin, *The Awkward Class. Political Sociology of Peasantry in a Developing Country. Russia 1910-1925*, Oxford, Clarendon Press, 1972, pp. 64-68 y 90-91. Véase Sergius Stepniak [Serguéi M. Kravchinski], *The Russian Peasantry. Their Agrarian Condition, Social Life and Religion*, Nueva York, Harper & Brothers, 1888, p. 169. <<

[2] Nikolái A. Troinitski, ed., *Pervaya vseobshchaya perepis naselenia Rossiskoi Imperi 1897 g., Obschi Svod*, vol. 1, San Petersburgo, s. n., 1905, p. 16. <<

[3] S. Stepniak, *The Russian Peasantry*, *op. cit.*, pp. 79 y 81. <<

[4] Jack Goody, «Introduction», en Jack Goody, Joan Thirsk y E. P. Thompson, eds., *Family and Inheritance. Rural Society in Western Europe, 1200-1800*, Cambridge (Inglaterra) y Nueva York, Cambridge University Press, 1976, p. 1. <<

[5] Tadashi Fukutake, *Asian Rural Society. China, India, Japan*, Seattle y Londres, University of Washington Press, 1967, pp. 4 y 24. <<

[6] Pável N. Pershin, *Zemelnoye ustroistvo dorevoliutsionnoi derevni*, vol. 1, Moscú y Voronezh, s. n., 1928, pp. 148-149. <<

[7] *Brogkauz & Efron*, vol. 29, p. 384. <<

[8] Serguéi M. Dubrovski, *Stolipinskaya zemelnaya reforma. Iz istori selskogo joziaistva i krestianstva Rossi v nachale XX veka*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1963, pp. 189 y 191. <<

[9] Vadim A. Alexándrov, *Selskaya obshchina v Rossi (XVII-nachalo XIX v.)*, Moscú, Nauka, 1976, pp. 178-186 y 314-315. <<

[10] Nikolái P. Oganovski y Alexánder V. Chaiánov, eds., *Statisticheski spravochnik po agrarnomu voprosu*, vol. 1, Moscú, Universalnaya Biblioteka, 1917, cuadro 3, pp. 10-11.

<<

[11] *Brogkauz & Efron*, vol. 29, pp. 382-383. <<

[12] N. Rosnitski, *Litso derevni. Po materialam obsledovaniya 28 volostei i 32,730 krestians-kij joziaistv penzenskoi gub*, Moscú, Goz. izd-vo, 1926, pp. 16-18. <<

[13] Alexéi S. Yermólov, *Nash zemelnyi vopros*, San Petersburgo, Tip. V. Kirshbauma, 1906, p. 66. <<

[14] *Ibid.*, pp. 72-75. <<

[15] Serguéi I. Bruk y Vladímir M. Kabuzan, «Dinamika i etnicheski sostav naselenia Rossi v epoju imperializma (konets XIX veka 1917)», *ISSSR*, n.º 3 (mayo-junio de 1980), pp. 83-84. <<

[16] S. Stepniak, *The Russian Peasantry*, *op. cit.*, pp. 147-148. <<

[17] Pável A. Jromov, *Ekonomicheskoye razvitie Rossi v XIX-XX vekaj, 1800-1917*, Moscú, Gospolitizdat, 1950, p. 439, y Piotr I. Liashchenko, *Istoria narodnogo joziaistva SSSR*, 3.ª ed., vol. 2, Leningrado, Gos. izd-vo polit. lit-ri, 1952, p. 163. <<

[18] Andréi M. Anfímov, *Zemelnaya arenda v Rossi v nachale XX veka*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1961, p. 15. <<

[19] Adolf G. Rashin, *Naseleniye Rossi za 100 let (1811-1913 gg.). Statisticheskie ocherki*, Moscú, Gos. statisticheskoye izd-vo, 1956, pp. 125 y 129. <<

[20] Joseph Bradley, «Patterns of peasant migration to late nineteenth-century Moscow. How much should we read into literacy rates?», *Russian History*, vol. 6, n.os 1-2 (1979), p. 22. <<

[21] A. G. Rashin, *Naseleniye Rossi*, *op. cit.*, pp. 135-136. <<

[22] Harold Frederic, *The New Exodus. A Study of Israel in Russia*, Londres y Nueva York, W. Heinemann/Putnam, 1892, p. 50. <<

[23] James Y. Simms, Jr., «The crisis in Russian agriculture at the end of the nineteenth century. A different view», *SR*, vol. 36, n.º 3 (1977), pp. 377-398. <<

[24] *Ibid.*, p. 385. <<

[25] Véase n. 13. <<

[26] A. G. Rashin, *Naseleniye Rossi*, *op. cit.*, p. 208. <<

[27] Gerhart von Schulze-Gävernitz, *Volkswirtschaftliche Studien aus Russland*, Leipzig, Duncker und Humblot, 1899, pp. 146-165. <<

[28] *Ibid.*, p. 131. <<

[29] Véase Richard Pipes, *Social-Democracy and the St. Petersburg Labor Movement, 1885-1897*, Cambridge, Harvard University Press, 1963. <<

[30] Una notable excepción es el artículo de C. Zajtzeff (K. Záitsev), «Das Rechtsbewusstsein der russischen Leibeigenen Bauern», *Jahrbücher für Kultur und Geschichte der Slaven*, nueva serie, vol. 10, n.os 3-4 (1934), pp. 421-453. <<

[31] Las descripciones más importantes del campesino ruso son: Alexánder N. Engelgardt, *Prisma iz derevni*; los relatos de Chéjov; Iván A. Bunin, *Una aldea* (*Derevnia*), y *O russkom krestianstvye*, de Maxim Gorki. <<

[32] En especial, Semion V. Pajman, *Obichnoye grazhdanskoye pravo v Rossi. Yuridicheskie ocherki*, 2 vols., San Petersburgo, s. n., 1877-1879, y Alexandra Yefimenko, *Issledovania narodnoi zhizni*, vol. 1, *Obichnoye pravo*, Moscú, Kasperov, 1884. <<

[33] Mijaíl Y. Fenomenov, *Sovremennaya derevnia*, vol. 2, Leningrado y Moscú, Gos. izd-vo, 1925, p. 95. <<

[34] León Tolstói, «Christianity and patriotism», en *Complete Works*, trad. de L. Wiener, vol. 20, Boston, D. Estes and Company, 1905, pp. 419-420. <<

[35] Anton I. Denikin, *Staraya armia*, París, Rodnik, 1929, p. 50. <<

[36] *Ibid.*, pp. 50-51. <<

[37] Alexéi S. Yermólov, «Zapiski A. S. Yermolova», *KA*, n.º 1/8 (1925), p. 53. <<

[38] S. Stepniak, *The Russian Peasantry*, *op. cit.*, pp. 229-230. <<

[39] Citado por Jeffrey Brooks, «Readers and reading at the end of the tsarist era», en William Mills Todd III, ed., *Literature and Society in Imperial Russia*, Stanford, Stanford University Press, 1978, p. 124. <<

[40] Iván Oserov [Ozerov], citado en Josef Melnik, *Russen über Russland. Ein Sammelwerk*, Frankfurt, Rütten & Loening, 1906, p. 215, y John S. Curtiss, *Church and State in Russia*, Nueva York, Octagon Books, 1972, pp. 182-183. <<

[41] Jeffrey Brooks, «The zemstvo and the education of the people», en Terence Emmons y Wayne S. Vucinich, eds., *The Zemstvo in Russia. An Experiment in Local Self-Government*, Cambridge (Inglaterra) y Nueva York, Cambridge University Press, 1982, pp. 243-244, y Ben Eklof, «Peasant sloth reconsidered. Strategies of education and learning in rural Russia before the Revolution», *Journal of Social History*, vol. 14, n.º 3 (primavera de 1981), p. 366. <<

[42] Dietrich Geyer, *Der russische Imperialismus. Studien über d. Zusammenhang von innerer u. auswärtiger Politik 1860-1914*, Gotinga, Vandenhoeck und Ruprecht, 1977, pp. 53-54. <<

[43] S. Stepniak, *The Russian Peasantry*, *op. cit.*, p. 144. <<

[44] Anatole Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars and the Russians*, vol. 2, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons, 1898, p. 7. <<

[45] K. I. Záitsev, *I. A. Bunin, zhizn i tvorchestvo*, Berlín, Parabola, 1934, pp. 101-102. <<

[46] Gleb I. Uspenski, «Vlast zemli», en *Polnoye Sobraniye Sochineni*, vol. 8, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1949, p. 25. <<

[47] Por ejemplo, A. Yefimenko, *Issledovania*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 136-138. <<

[48] Bogdan Kistiakovski, «V zashchitu prava. Intelligentsia i pravosoznamiye», en Mijaíl Gershenzon, ed., *Veji. Sbornik statei Russkoi intelligentsi*, Moscú, s. n., 1909, p. 143. <<

[49] A. Yefimenko, *Issledovania*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 174-175. <<

[50] S. Stepniak, *The Russian Peasantry*, *op. cit.*, p. 86. <<

[51] Alexánder N. Engelgardt, *Iz derevni*, Moscú, Mysl, 1987, pp. 430-431. <<

[52] Genrij B. Sliozberg, *Diela minuvshij dnei*, vol. 2, París, Imprimerie Pascal, 1933, pp. 248-249. <<

[53] C. Zajtzeff, «Das Rechtsbewusstsein», *loc. cit.*, pp. 444-445. <<

[54] S. Stepniak, *The Russian Peasantry*, *op. cit.*, p. 6. Exactamente lo mismo plantea Alexánder Vasilchikov, *Zemlevladeniye i zemledeliye v Rossi i drugij evropeiskij gosudarstvaj, kniazia A. Vasilchikova*, vol. 1, San Petersburgo, M. Stasiúlevich, 1876, pp. 297-298. <<

[55] A. Yefimenko, *Issledovania*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 143-145. <<

[56] C. Zajtzeff, «Das Rechtsbewusstsein», *loc. cit.*, pp. 440-

441, y M. Y. Fenomenov, *Sovremennaya derevnia*, vol. 2, *op. cit.*, p. 93. <<

[57] Kirill V. Chistov, *Russkiye narodniye sotsialno-utopicheskiye legendy XVIII-XIX vv.*, Moscú, Nauka, 1967. <<

[58] A. N. Engelgardt, *Iz derevni*, *op. cit.*, pp. 540-541. <<

[59] *Ibid.*, p. 534; véase A. Yefimenko, *Issledovania*, *op. cit.*, vol. 1, p. 141. <<

[60] A. Yefimenko, *Issledovania*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 141-142. <<

[61] León Tolstói, «Zapisnaya knizhka» (1865), en *Polnoye Sobraniye Sochineni*, vol. 48, Moscú, 1952, Goz. izd-vo judozh. lit-ri, p. 85. <<

[62] C. Zajtzeff, «Das Rechtsbewusstsein», *loc. cit.*, p. 422. <<

[63] A. N. Engelgardt, *Iz derevni*, *op. cit.*, pp. 540 y 542. <<

[64] Yuri Samarin, citado en A. Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars*, *op. cit.*, vol. 2, p. 115. <<

[65] C. Zajtzeff, «Das Rechtsbewusstsein», *loc. cit.*, pp. 436-437. <<

[66] J. Brooks, «Readers and reading», *loc. cit.*, pp. 97-150. <<

[67] *Ibid.*, pp. 149-150. <<

[68] John C. Carothers, «Culture, psychiatry and the written word», *Psychiatry. Journal for the Study of Interpersonal Processes*, vol. 21 (noviembre de 1959), pp. 317-318. <<

[69] B. Eklof, «Peasant sloth reconsidered», *loc. cit.*, p. 376. <<

[70] Serguéi Yúlievich Vite [Witte], en *Rus*, n.º 191 (17/30 de agosto de 1905), p. 2. <<

[1] Jacques Ellul, *Autopsie de la Révolution*, París, Calmann-Lévy, 1969, p. 56 [hay trad. cast.: *Autopsia de la Revolución*, Madrid, Unión Editorial, 1973]. Albert Camus traza una distinción similar en *El hombre rebelde*. <<

[2] Joseph Schumpeter, *Capitalism, Socialism and Democracy*, 3.ª ed., Nueva York, Harper, 1950, p. 145 [hay trad. cast.: *Capitalismo, socialismo y democracia*, Barcelona, Folio, 1984]. <<

[3] Ferdinand Tönnies, *Community and Society*, East Lansing, Michigan State University Press, 1957, pp. 42-43 [hay trad. cast.: *Comunidad y asociación*, Granada, Comares, 2016]. <<

[4] Vilfredo Pareto, *The Mind and Society. Trattato di sociologia generale*, 4 vols., Nueva York, Harcourt, Brace, 1935, pp. 2034 y 2044n [hay trad. cast. parcial: *Forma y equilibrio sociales (extracto del «Tratado de sociología general»)*, Madrid, Alianza, 1980]. <<

[5] Étienne Gilson y Thomas Langan, *Modern Philosophy. Descartes to Kant*, Nueva York, Random House, 1963, p. 43 [hay trad. cast.: *Filosofía moderna. De Descartes a Kant*, Buenos Aires, Emecé, 1967]. <<

[6] Véase al respecto Ernst Cassirer, *Das Erkenntnisproblem in der Philosophie und Wissenschaft der neueren Zeit*, 2 vols., 2.ª ed., Berlín, Verlag Cassirer, 1911 [hay trad. cast.: *El problema del conocimiento en la filosofía y en la ciencia modernas*, 4 vols., México, Fondo de Cultura Económica, 1948]. <<

[7] Albert Keim, *Helvétius, sa vie et son œuvre, d'après ses ouvrages, des écrits divers et des documents inédits*, París, Félix Alcan, 1907, pp. 316n y 336; véase también Ian Cumming, *Helvétius. His Life and Place in the History of Educational*

Thought, Londres, Routledge and Kegan Paul, 1955, p. 17. <<

[8] Claude-Adrien Helvétius, citado en I. Cumming, *Helvétius*, *op. cit.*, p. 246. <<

[9] *Ibid.*, p. 268. <<

[10] Claude-Adrien Helvétius, *De l'esprit, or Essays on the Mind, and Its Several Faculties*, Londres, Vernor, Hood, and Sharpe, 1810, p. 184, ensayo II, cap. 25 [hay trad. cast.: *Del espíritu*, Madrid, Editora Nacional, 1983]. <<

[11] *Ibid.*, p. 187. <<

[12] *Ibid.*, p. 489, ensayo IV, cap. 17; véase Mordecai Grossman, *The Philosophy of Helvétius, with Special Emphasis on the Educational Implications of Sensationalism*, Nueva York, Teachers College, Columbia University, 1926, p. 74. <<

[13] Élie Halévy, *La formation du radicalisme philosophique*, vol. 1, *La jeunesse de Bentham*, París, Félix Alcan, 1901, citado en M. Grossman, *The Philosophy of Helvétius*, *op. cit.*, p. 168. <<

[14] Alfred Cobban y Robert A. Smith, eds., *The Correspondence of Edmund Burke*, vol. 6, *July 1789-December 1791*, Chicago, University of Chicago Press Cambridge, 1967, p. 47. <<

[15] Élie Halévy, *The Growth of Philosophic Radicalism*, Boston, Beacon Press, 1960, p. 20. <<

[16] Alexis de Tocqueville, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, tercera parte, cap. 1. <<

[17] Augustin Cochin, *Les sociétés de pensée et la démocratie moderne. Études d'histoire révolutionnaire*, 4.ª ed., París, Plon-Nourrit et Cie., 1921, pp. 5-6. <<

[18] *Ibid.*, pp. 9-10 y 15. <<

[19] Maya Kaganskaya, «Marxizm i voprosi iazykoznania»,

22 (Jerusalén), n.º 59 (1988), p. 118, y Christian Saves, «La signification de la surenchère linguistique dans la phraséologie bolchevique», tesis doctoral, Université des Sciences Sociales, Toulouse I, 1986. <<

[20] Karl Grievank, *Der neuezeitliche Revolutionsbegriff. Entstehung und Entwicklung*, Weimar, H. Böhlaus Nachfolger, 1955, pp. 14, 22, 24 y 30. <<

[21] Augustin Cochin, *La crise de l'histoire révolutionnaire. Taine et M. Aulard*, París, Honoré Champion, 1909, p. 3. <<

[22] François-Alphonse Aulard, *The French Revolution. A Political History 1789-1804*, vol. 3, Nueva York, Scribner, 1910, p. 86. <<

[23] Alexis de Tocqueville, carta a Louis de Kergorlay, citado en François Furet, *Penser la Révolution française*, ed. revisada y corregida, París, Gallimard, 1983, p. 211n [hay trad. cast.: *Pensar la Revolución francesa*, Barcelona, Petrel, 1980, p. 208, n. 26]. <<

[24] Véanse las quejas de Bertrand de Jouvenel, Raymond Aron y Karl Mannheim en George Bernard de Huszar, *The Intellectuals. A Controversial Portrait*, Glencoe, Free Press, 1960, p. 3. <<

[25] J. Schumpeter, *Capitalism, Socialism*, *op. cit.*, pp. 148-149. <<

[26] Raymond Aron, *The Opium of Intellectuals*, Garden City, Doubleday, 1957, pp. 203-204 [hay trad. cast.: *El opio de los intelectuales*, Buenos Aires, Siglo XX, 1979, pp. 201-202; trad. ligeramente modificada]. <<

[27] Ludwig von Mises, citado en G. B. de Huszar, *The Intellectuals*, *op. cit.*, p. 367. <<

[28] Mijaíl Bakunin, *Gosudarstvennost i anarjia*, ed. de Artur Lehning, Leiden, E. J. Brill, 1967, col. «Archives Bakounine»,

vol. 3 [hay trad. cast.: *Estatismo y anarquía*, Barcelona, Orbis, 1984]. <<

[29] Karl Marx y Friedrich Engels, *The Holy Family, or Critique of Critical Critique*, Moscú, Foreign Languages Publishing House, 1956, pp. 174-176 [hay trad. cast.: *La sagrada familia o crítica de la crítica contra Bruno Bauer y consortes*, Madrid, Akal, 1981]. <<

[30] Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism. Its Rise, Growth, and Dissolution*, vol. 1, Oxford, 1978, pp. 143-144 [hay trad. cast.: *Las principales corrientes del marxismo*, vol. 1, *Los fundadores*, Madrid, Alianza, 1980]. <<

[31] Anatole Leroy-Beaulieu, *Les doctrines de haine. L'antisémitisme, l'antiprotestantisme, l'anticléricalisme*, París, C. Lévy, 1902, pp. 8-9 y 34-35. <<

[32] León Trotski, *Literatura i revoliutsia*, 2.ª ed., Moscú, Gosudarstvennoye izdatelstvo, 1924, pp. 192-194 [hay trad. cast.: *Literatura y revolución*, Buenos Aires, Ediciones Ryr, 2015]. <<

[33] Anatole Leroy-Beaulieu, *The Empire of the Tsars and the Russians*, vol. 2, Nueva York y Londres, G. P. Putnam's Sons, 1898, p. 67. <<

[34] Para más información sobre este grupo, véase Natalia M. Pirumova, *Zemskaya intelligentsia i yeo rol v obshchestvennoi borbe do nachalaXX v.*, Moscú, Nauka, 1986. <<

[35] Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Right*, Cambridge, Harvard University Press, 1980, p. 79. <<

[36] Jules Legras, *Au pays russe*, París, Armand Colin, 1895, pp. 356-357. <<

[37] Osip V. Aptekman, *Obshchestvo zemlia i volia 70-j gg po lichnim vospominaniam*, Petrogrado, Kolos, 1924, p. 145. <<

[38] Lev Tijomirov, *Pochemu ia perestal bit revoliutsionerom*, Moscú, Vilde, 1895, pp. 34-35. <<

[39] Programa de Voluntad del Pueblo (1879), en Sigizmund S. Volk, ed., *Revoliutsionnoye narodnichestvo 70-j godov XIX veka. Sbornik dokumentov i materialov*, vol. 2, Moscú, Nauka, 1965, p. 173. <<

[40] M. P. Marinicheva *et al.*, eds., *K. Marks, F. Engel's i revoliutsionnaya Rossia. Sbornik*, Moscú, Izd-vo polit. lit-ri, 1967, pp. 78-79. <<

[41] R. Pipes, *Struve. Liberal on the Left*, *op. cit.*, pp. 50-51. <<

[42] Para más información sobre esta historia, véase Manfred Hildermeier, *Die Sozialrevolutionäre Partei Russlands. Agrarsozialismus u. Modernisierung im Zarenreich (1900-1914)*, Colonia y Viena, Böhlau, 1978. <<

[43] *Ibid.*, pp. 61-62. <<

[44] *Ibid.*, p. 65. <<

[45] Partido Socialista Revolucionario, *Protokoli pervogo s ezda Parti sotsialistov-revoliutsionerov*, San Petersburgo, Kn-vo Krasnoye znamia, 1906, p. 360. <<

[46] Alexánder N. Spiridóvich, *Revolutsionnoye dvizheniye v Rossi*, vol. 2, Petrogrado, Tip. Shtaba otdiel nago korpusa zhandarmov, 1916, pp. 311-312, y M. Hildermeier, *Die Sozialrevolutionäre Partei*, *op. cit.*, p. 136. <<

[47] Grigori A. Gershuni, citado en M. Hildermeier, *Die Sozialrevolutionäre Partei*, *op. cit.*, p. 112. <<

[48] *Ibid.*, p. 117. <<

[49] Para más información sobre los socialistas revolucionarios, véase Maureen Perrie, «The social composition and structure of the Socialist Revolutionary Party before 1917», *SS*, vol. 24, n.º 2 (octubre de 1972), pp.

223-250, y sobre los socialdemócratas, véase David Lane, *The Roots of Russian Communism. A Social and Historical Study of Russian Social-Democracy 1898-1907*, Assen, Van Gorcum, 1969 [hay trad. cast.: *Las raíces del comunismo ruso. Un estudio social e histórico de la socialdemocracia rusa, 1898-1907*, México, Siglo XXI, 1977]. <<

[50] M. Hildermeier, *Die Sozialrevolutionäre Partei*, *op. cit.*, p. 252. <<

[51] M. Perrie, «The social composition and structure», *loc. cit.*, pp. 249-250, y D. Lane, *The Roots of Russian Communism*, *op. cit.*, p. 50. <<

[52] Piotr P. Maslov, en *OD*, vol. 3, libro 5 (1914), pp. 99-100. <<

[53] Pável N. Miliukov, «Rokoviye godi», *RZ*, vol. 13 (1939), p. 124. <<

[54] Charles E. Timberlake, ed., *Essays on Russian Liberalism*, Columbia, University of Missouri Press, 1972, p. 11. <<

[55] Terence Emmons, «The Beseda circle», *SR*, n.º 3 (septiembre de 1973), pp. 461-490. <<

[56] Shmuel Galai, *The Liberation Movement in Russia, 1900-1905*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1973. <<

[57] Valentin V. Shelojaiev, *Kadeti-glavnaya partia liberalnoi burzhuazi v borbe s revoliutsiei 1905-1907 gg.*, Moscú, Nauka, 1983, pp. 67-68 y 84. <<

[1] Serguéi Yuliévich Vitte [Witte], *Vospominania*, Moscú, Izd-vo sotsnalno-ekon. lit-ri, 1960, vol. 3, p. 296; véase Marc Szeftel, *The Russian Constitution of April 23, 1906. Political Institutions of the Duma Monarchy*, Bruselas, Éditions de la Librairie Encyclopédique, 1976, pp. 33-35. <<

[2] Nicolás II, citado en Geoffrey A. Hosking, *The Russian Constitutional Experiment. Government and Duma, 1907-1914*, Cambridge (Inglaterra), Cambridge University Press, 1973, p. 92. <<

[3] *Padeniye*, vol. 5, p. 418. <<

[4] Piotr A. Tverskoi, «K istoricheskim materialam o pokoinom P. A. Stolipinye», *VE*, vol. 47, n.º 4 (abril de 1912), p. 188, y Vitali I. Startsev, *Russkaya burzhuazia i samoderzhaviye v 1905-17 gg. Borba vokrug «Otvietstvennogo ministerstva» i «Pravitelstva doveria»*, Leningrado, Nauka, Leningradskoye otd-niye, 1977, p. 121. <<

[5] Vladímir N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo. Vospominania, 1903-1919 gg.*, vol. 1, París, W. Kokóvtsov, 1933, p. 306. <<

[6] Maurice Baring, *A Year in Russia*, Londres, Methuen, 1907, p. 213, y Serguéi S. Oldenburg, *Tsarstvovaniye Imperatora Nikolaya II*, vol. 2, Munich, Izd. Ob-va rasprostranenia russkoi natsionalnoi i patrioticheskoi lit-ri, 1949, p. 5. <<

[7] Para más información sobre estos grupos, véase V. Levitski, *OD*, vol. 3, libro 5 (San Petersburgo, 1914), pp. 347-469, y Hans Rogger, «The formation of the Russian right», *California Slavic Studies*, vol. 3 (1964), pp. 66-94, y «Was there a Russian fascism?», *Journal of Modern History*, vol. 36, n.º 4 (diciembre de 1964), pp. 398-415. <<

[8] Testimonio en *Padeniye*, vol. 5, p. 378. <<

[9] *Briefe Wilhelms II an den Zaren, 1894-1914*, Berlín, Ulstein & Co., 1920, p. 376. <<

[10] Vasili A. Maklákov, «Préface», en *La chute du régime tsariste. Interrogatoires des ministres*, París, Payot, 1927, p. 36. <<

[11] Serguéi E. Krizhanovski, *Vospominania. Iz bumag S. E. Krizhanovskago, posliedniago gosudarstvennago sekretaria a Rossiskoi Imperi*, Berlín, Petropolis, 1938, p. 123. <<

[12] Piotr Struve, en *RM*, n.º 1 (enero de 1907), segunda parte, p. 131. <<

[13] El mejor estudio de las Leyes Fundamentales de 1906 es M. Szeftel, *The Russian Constitution*, *op. cit.* <<

[14] Alexánder I. Guchkov, «Iz vospominani A. I. Guchkova», *PN*, n.º 5.616 (9 de agosto de 1936), p. 2. <<

[15] Nikolái P. Eroshkin, ed., *Ocherki istori gosudarstvennij uchrezhdeni dorevoliutsionnoi Rossi. Posobiye dlia uchitelia*, Moscú, Gos. uchebno-pedagog. izd-vo ministerstva prosveshchenia *RSFSR*, 1960, p. 334. <<

[16] La colección más completa de estas leyes se halla en Gueorgui G. Savich, ed., *Novyi gosudarstvennyi stroi Rossi. Spravochnaya kniga*, San Petersburgo, s. n., 1907. <<

[17] Sobre este tema, véanse Vladímir M. Gessen, *Iskliuchietelnoye polozheniye*, San Petersburgo, Pravo, 1908, y Nikolái N. Polianski, *Tsarskiye voyennye sudi v borbe revoliutsei 1905-1907 gg.*, Moscú, Izd-vo Moskovskogo Universiteta, 1958, pp. 8-42. <<

[18] Las Leyes Fundamentales están traducidas, con comentarios, en M. Szeftel, *The Russian Constitution*, *op. cit.* <<

[19] V. A. Maklákov, «Préface», *loc. cit.*, p. 35. <<

[20] V. I. Startsev, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 11-13, y

G. A. Hosking, *The Russian Constitutional Experiment*, *op. cit.*, pp. 16-17. <<

[21] A. I. Guchkov, «Iz vospominani», *loc. cit.*, p. 2. <<

[22] S. E. Krizhanovski, *Vospominania*, *op. cit.*, pp. 81-82 y 84-86. <<

[23] Vasili A. Maklákov, *Pervaya gosudarstvennaya Duma*, París, Sklad iz.d./Dom knig, 1939, pp. 59-117. <<

[24] Pável G. Kurlov, *Gibel imperatorskoi Rossi*, Berlín, Knigoizdatelstvo Otto Kirjner i ko., 1923, p. 66. <<

[25] Manfred Hildermeier, *Die Sozialrevolutionäre Partei Russlands. Agrarsozialismus u. Modernisierung im Zarenreich (1900-1914)*, Colonia y Viena, Böhlau, 1978, *passim*. <<

[26] V. V. Logachev, *Sbornik rechei Petra Arkadievicha Stolipina*, San Petersburgo, s. n., 1911, p. 9. <<

[27] Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti. 1907 god*, sessia II, zasedaniye 40-oye, II, San Petersburgo, s. n., 1907, p. 696. <<

[28] Anna Geifman, «The Kadets and terrorism, 1905-1907», *Jahrbücher*, vol. 36, n.º 2 (1988), p. 250. <<

[29] *Ibid.*, pp. 250-251. <<

[30] V. A. Maklákov, «Préface», *loc. cit.*, p. 40. <<

[31] Harold Nicolson, *Sir Arthur Nicolson, Bart., First Lord Carnock. A Study in Old Diplomacy*, Londres, Constable & Co., 1930, p. 225. <<

[32] Piotr Struve, «Witte und Stolypin», en Peter R. Rohden y Georg Ostrogorsky, eds., *Menschen die Geschichte machten. Viertausend Jahre Weltgeschichte in Zeitund Lebensbildern*, vol. 3, Viena, L. W. Seiden & Sohn, 1931, p. 268. <<

[33] P. A. Tverskoi, «K istoricheskim materialam», *loc. cit.*, p. 186. <<

[34] Piotr Stolipin, «K istori agrarnoi reformi Stolypina», *KA*, n.º 4/17 (1926), pp. 81-90. <<

[35] Alexánder S. Izgóiev, *P. A. Stolipin. Ocherk zhizni i deiatelnosti*, Moscú, K. F. Nekrásov, 1912, p. 14. <<

[36] P. Stolipin, «K istori agrarnoi», *loc. cit.*, p. 84 (informe de 1904). <<

[37] Piotr Struve, «Prestupleniye i zhertva», *RM*, n.º 10 (octubre de 1911), segunda parte, pp. 139-140; véanse V. N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo*, *op. cit.*, vol. 1, p. 205, y A. S. Izgóiev, *P. A. Stolipin*, *op. cit.*, p. 67. <<

[38] S. E. Krizhanovski, *Vospominania*, *op. cit.*, pp. 127-139. <<

[39] Alexánder V. Zenkovski, *Pravda o Stolipinye*, Nueva York, Vseslovianskoye izd-vo, 1956, pp. 73-113. <<

[40] *Biloye*, n.os 5-6 (1917), pp. 212-227. <<

[41] Nikolái Savickij, «P. A. Stolypin», *Le Monde Slave*, vol. 4, n.º 12 (1934), p. 381, y V. V. Logachev, *Sbornik rechei Petra Arkadievicha Stolipina*, *op. cit.*, p. 28. <<

[42] A. S. Izgóiev, *P. A. Stolipin*, *op. cit.*, p. 42, y Richard Pipes, *Russia under the Old Regime*, Londres y Nueva York, Weidenfeld and Nicolson/Scribner, 1974, pp. 305-306. <<

[43] Texto en A. K. Drezen, ed., *Tsarizm v borbye revoliutsiei, 1905-07 gg. Sbornik dokumentov*, Moscú, Gos. sotsialno-ekonomicheskoye izd-vo, 1936, pp. 80-86. <<

[44] Ludwig Bazylow, *Ostatniye lata Rosji Carskiej. Rzadi Stolypina*, Varsovia, Państwowe Wydawn, Naukowe, 1972, p. 172. <<

[45] A. Ventin, «K statistike repressi v Rossi (iz itogov 1908-1909)», *Sovremennyi Mir*, n.º 4 (1910), segunda parte, p. 69. <<

[46] Alexánder I. Guchkov, en *NoV*, n.º 10.939 (27 de agosto de 1906), p. 2. <<

[47] Texto en G. G. Savich, ed., *Novyi gosudarstvennyi*, *op. cit.*, pp. 170-174. <<

[48] *Ibid.*, pp. 193-200. <<

[49] Discurso de Stolipin en la Duma, 6 de marzo de 51907, en Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti*, *op. cit.*, vol. 1, sessia vtoraya, zasedaniye 5-oye, p. 15. <<

[50] Serguéi M. Dubrovski, *Stolipinskaya zemelnaya reforma. Iz istori selskogo joziaistva I krestianstva Rossi v nachale* XX *veka*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1963, p. 391. <<

[51] Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti*, *op. cit.*, II, sessia vtoraya, zasedaniye 36-oye, pp. 436-437. <<

[52] Véase p. 131. <<

[53] Véase al respecto David A. J. Macey, *Government and Peasant in Russia, 1881-1906*, DeKalb, Northern Illinois University Press, 1987. <<

[54] Roberta T. Manning, *The Crisis of the Old Order in Russia. Gentry and Government*, Princeton, Princeton University Press, 1982, p. 55. <<

[55] S. E. Krizhanovski, *Vospominania*, *op. cit.*, pp. 215-216. <<

[56] S. M. Dubrovski, *Stolipinskaya zemelnaya reforma*, *op. cit.*, p. 189. <<

[57] G. G. Savich, ed., *Novyi gosudarstvennyi*, *op. cit.*, pp. 232-238. <<

[58] Andréi A. Kofod, *Russkoye zemleustroistvo*, 2.ª ed., San Petersburgo, Tip. Selski viestnik, 1914, p. 30. <<

[59] Véase, por ejemplo, Andréi V. Shestakov, *Kapitalizatsia selskogo joziaistva Rossi (1861-1914)*, Moscú, Goz. Izd-vo,

1924. <<

[60] Basado en S. M. Dubrovski, *Stolipinskaya zemelnaya reforma*, *op. cit.*, *passim*. <<

[61] *Ibid.*, p. 199. <<

[62] *Ibid.*, p. 206. <<

[63] *Ibid.*, p. 305. <<

[64] Yefim G. Vasilievski, *Ideinaya borba vokrug Stolipinskoi agrarnoi reformi*, Moscú, Gos. sotsialno-ekonomicheskoye izd-vo lit.ry, 1960, pp. 67-84. <<

[65] Basado en S. M. Dubrovski, *Stolipinskaya zemelnaya reforma*, *op. cit.*, p. 419. <<

[66] Leo Pasvolsky y Harold G. Moulton, *Russian Debts and Russian Reconstruction. A Study of the Relation of Russia's Foreign Debts to her Economic Recovery*, Nueva York, McGraw-Hill, 1924, p. 91. <<

[67] L. Bazylow, *Ostatniye lata*, *op. cit.*, p. 205; S. E. Krizhanovski, *Vospominania*, *op. cit.*, pp. 93-94, y G. A. Hosking, *The Russian Constitutional Experiment*, *op. cit.*, p. 150. <<

[68] Este intercambio, que tuvo lugar entre julio y agosto de 1906, se reproduce en *KA*, n.º 4 (1923), pp. 132-135. <<

[69] *KA*, n.º 5 (1924), pp. 105-107; V. N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 236-238, y M. Szeftel, *The Russian Constitution*, *op. cit.*, pp. 296n-297n. <<

[70] P. G. Kurlov, *Gibel imperatorskoi*, *op. cit.*, pp. 73-74, y Serguéi E. Krizhanovski, en *Padeniye*, vol. 5, pp. 403 y 415. <<

[71] V. I. Startsev, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 111-116. <<

[72] *Ibid.*, p. 82. <<

[73] Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Right*, Cambridge,

Harvard University Press, 1980, pp. 55-56. <<

[74] Piotr P. Maslov, en *OD*, vol. 3, libro 5 (1914), p. 117. <<

[75] Partido Obrero Socialdemócrata Ruso, *Chetviortyi (Obyedinitelnyi) Sezd RSDRP, aprel (aprel-mai) 1906 goda. Protokoli*, Moscú, Gos. izd-vo polit. lit-ri, 1959, pp. 525-526. <<

[76] Fiódor A. Golovin, en *Padeniye*, vol. 5, pp. 367 y 373. <<

[77] *KA*, n.º 4 (1923), p. 132. <<

[78] Vladímir N. Kokóvtsov, en *Padeniye*, vol. 7, pp. 88 y 97. <<

[79] A. Tverskoi, «K istoricheskim materialam», *op. cit.*, p. 193. <<

[80] S. E. Krizhanovski, *Vospominania*, *op. cit.*, p. 90, y en *Padeniye*, vol. 5, p. 401; asimismo, carta de Krizhanovski a Vladímir N. Kokóvtsov, fechada el 20 de junio de 1929, en Archivo Krizhanovski, caja 1, Archivo Bakhmeteff, Universidad de Columbia. <<

[81] G. Kurlov, *Gibel imperatorskoi*, *op. cit.*, p. 94, y S. E. Krizhanovski, en *Padeniye*, vol. 5, p. 421. <<

[82] S. E. Krizhanovski, *Vospominania*, *op. cit.*, p. 114. <<

[83] S. E. Krizhanovski, en *Padeniye*, vol. 5, p. 418, y M. Szeftel, *The Russian Constitution*, *op. cit.*, p. 259. <<

[84] G. A. Hosking, *The Russian Constitutional Experiment*, *op. cit.*, p. 50. <<

[85] Alexánder Kérenski, en *SZ*, vol. 60 (1936), p. 460. <<

[86] Alexánder I. Guchkov, en *PN*, n.º 5.619 (12 de agosto de 1936), p. 2. <<

[87] S. E. Kryzhanovski, en *Padeniye*, vol. 5, pp. 406, 411 y 415. <<

[88] [Partido Democrático Constitucional,] *Tretia*

Gosudarstvennaya Duma. Materiali dlia otsenki eio deiatelnosti, San Petersburgo, Trud, 1912, p. vii. <<

[89] Alexánder I. Guchkov, en *Padeniye*, vol. 6, pp. 252-253. <<

[90] G. A. Hosking, *The Russian Constitutional Experiment*, *op. cit.*, p. 136. <<

[91] V. N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo*, *op. cit.*, vol. 2, p. 8. <<

[92] P. Struve, «Prestupleniye i zhertva», *loc. cit.*, segunda parte, p. 140. <<

[93] *Tretia Gosudarstvennaya Duma*, *op. cit.*, pp. 286-290. <<

[94] Para más información sobre este tema, véase G. A. Hosking, *The Russian Constitutional Experiment*, *op. cit.*, pp. 116-146. <<

[95] S. E. Krizhanovski, *Vospominania*, *op. cit.*, pp. 128-130. <<

[96] *Ibid.*, p. 218, y Alexánder I. Guchkov, en *PN*, n.º 5.637 (30 de agosto de 1936), p. 2. <<

[97] El texto del proyecto de ley, tal como se promulgó el 14 de marzo de 1914, está en A. V. Zenkovski, *Pravda o Stolipinye*, *op. cit.*, pp. 285-302. <<

[98] Aron Y. Avrej, *Stolipin i Tretia Duma*, Moscú, Nauka, 1968, pp. 334-335. <<

[99] *Ibid.*, p. 331. <<

[100] *Ibid.*, p. 337. <<

[101] *Ibid.*, pp. 337-338. <<

[102] A. I. Guchkov, en *PN*, n.º 5.637 (30 de agosto de 1936), p. 2. <<

[103] V. N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo*, *op. cit.*, vol. 1, p. 457. <<

[104] Vladímir Y. Gurko, *Features and Figures of the Past. Government and Opinion in the Reign of Nicholas II*, Stanford, Stanford University Press, 1939, p. 515. <<

[105] V. N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo*, *op. cit.*, vol. 1, p. 463. <<

[106] *Ibid.*, pp. 460-461. <<

[107] P. G. Kurlov, *Gibel imperatorskoi*, *op. cit.*, p. 128, y V. Zenkovski, *Pravda o Stolipinye*, *op. cit.*, p. 234. <<

[108] A. F. Girs, citado en A. Serebrennikov, ed., *Ubistvo Stolipina. Svidetelstva i dokumenti*, Nueva York, Teleks, 1986, p. 191. <<

[109] Los documentos policiales sobre Bogrov, con sus declaraciones, fueron publicados por B. Strumillo, «Materiali o Dmitri Bogrove», *KL*, n.º 9 (1923), pp. 177-189, y n.º 1/10 (1924), pp. 226-240. Hay una breve biografía apologética del asesino escrita por su hermano, Vladímir G. Bogrov, *Dmitri Bogrov i ubistvo Stolipina. Razoblacheniye «deistvitelnij i mnimij tain»*, Berlín, Strela, 1931. <<

[110] G. E. Rein, citando al general Spiridóvich en A. Serebrennikov, *Ubistvo Stolipina*, *op. cit.*, p. 197. <<

[111] No hace mucho, A. Y. Avrej (*Stolipin i Tretia Duma*, *op. cit.*, pp. 367-406), puso otra vez sobre el tapete la teoría de que Stolipin había caído víctima de la Ojrana. <<

[112] P. G. Kurlov, *Gibel imperatorskoi*, *op. cit.*, pp. 75-76. <<

[113] A. I. Guchkov, en *Padeniye*, vol. 6, p. 252. <<

[114] Nicolás II, en *KA*, n.º 4/35 (1929), p. 210. <<

[115] V. N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo*, *op. cit.*, vol. 2, p. 8. <<

[116] Pável A. Jromov, *Ekonomicheskoye razvitie Rossi v* XIX-XX *vekaj, 1800-1917*, Moscú, Gospolitizdat, 1950, pp. 454-455.

<<

[117] Edmond Théry, *La transformation économique de la Russie*, París, Économiste Européen, 1914, p. xvii. <<

[118] L. Pasvolsky y H. G. Moulton, *Russian Debts and Russian Reconstruction*, *op. cit.*, p. 177. <<

[119] *Ibid.*, p. 50. <<

[120] Leopold Haimson, «The problem of social stability in urban Russia, 1905-1917 (part one)», *SR*, vol. 23, n.º 4 (diciembre de 1964), pp. 634-636. <<

[121] L. Haimson sostiene esta idea en *ibid.*, pp. 619-642, y «The problem of social stability in urban Russia, 1905-1917 (part two)», *SR*, vol. 24, n.º 1 (marzo de 1965), pp. 1-22. <<

[122] Calculado a partir de las cifras aportadas por John I. Griffin, *Strikes. A Study in Quantitative Economics*, Nueva York, Columbia University Press, 1939, p. 43. <<

[123] Kenneth G. J. C. Knowles, *Strikes. A Study in Industrial Conflict*, Oxford, Blackwell, 1952, p. 310. <<

[124] L. Haimson, «The problem of social stability (part two)», *op. cit.*, pp. 4-8. <<

[125] Para más información, véase Bernice Glatzer Rosenthal, ed., *Nietzsche in Russia*, Princeton, Princeton University Press, 1986. <<

[126] Alexánder Blok, «Stijia i kultura» (1908), en *Sobraniye sochineni v vosmi tomaj*, vol. 5, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo jydozh. lit-ri, 1962, pp. 351 y 359. <<

[1] Fritz Fischer, *War of Illusions. German Policies from 1911 to 1914*, Londres, Chatto and Windus, 1975, y *Germany's Aims in the First World War* (1961), Nueva York, W. W. Norton, 1967. <<

[2] Vladímir N. Lamzdorf, *Dnevnik, 1891-1892*, Moscú, Akademia, 1934, p. 299. <<

[3] Valentin A. Emets, *Ocherki vneshnei politiki Rossi v period pervoi mirovoi voini*, Moscú, Nauka, 1977, pp. 52-53. <<

[4] Andréi M. Zaionchkovski, *Mirovaya voina 1914-1918 gg.*, vol. 1, Moscú, Goz. voen. izd-vo, 1939, pp. 39-40. <<

[5] Nikolái N. Golovin, *Voyennye usilia Rossi v mirovoi voinye*, vol. 2, París, T-vo obyedinennij izdatelei, 1939, p. 127, y V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 46. <<

[6] Véase Jan K. Tanenbaum, «French estimates of Germany's operational war plans», en Ernest R. May, ed., *Knowing One's Enemies. Intelligence Assessment before the Two World Wars*, Princeton, Princeton University Press, 1984, pp. 150-171. <<

[7] N. N. Golovin, *Voyennye usilia*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 129-130, y Gunther Frantz, ed., *Russland auf dem Wege zur Katastrophe*, Berlín, Deutsche Verlagsgesellschaft für Politik und Geschichte, 1926, pp. 68-69. <<

[8] Norman Stone, *The Eastern Front, 1914-1917*, Nueva York, Scribner, 1975, p. 42. <<

[9] F. Fischer, *War of Illusions*, *op. cit.*, p. 388. <<

[10] Alfred W. F. Knox, *With the Russian Army, 1914-1917*, vol. 1, Londres, Hutchinson & Co., 1921, p. xix. <<

[11] Para más información sobre la entrada de Rusia en la guerra, véase D. C. B. Lieven, *Russia and the Origins of the First World War*, Londres, Macmillan, 1984. <<

[12] Vladímir A. Suchomlinow [Sujomlínov], *Erinnerungen*, Berlín, R. Hobbing, 1924, pp. 363-364. <<

[13] Calculado a partir de datos tomados de Nikolái A. Troitnitski, ed., *Obshchi svod po imperi rezultatov razrabotki dannij Pervoi vseobshchei pyeryepisi naselenia*, vol. 1, San Petersburgo, N. L. Nyrkin, 1905, p. 56. <<

[14] Liubomir G. Beskrovnyi, *Armia i flot Rossi v nachale XX veka*, Moscú, Nauka, 1986, pp. 15-16. <<

[15] V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 33, y A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 544. <<

[16] N. N. Golovin, *Voyennye usilia*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 97-105. <<

[17] Anton Kersnovski, *Istoria Russkoi Armi*, vol. 3, Belgrado, Izd. Tsarskago viestnika, 1935, p. 507, y A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 1, pp. xxv-xxvi. <<

[18] A. Kersnovski, *Istoria Russkoi Armi*, *op. cit.*, vol. 3, p. 613. <<

[19] N. N. Golovin, *Voyennye usilia*, *op. cit.*, vol. 2, p. 121. <<

[20] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 31-32. <<

[21] *Ibid.*, p. 222n. <<

[22] *Ibid.*, p. 27. <<

[23] V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 95. <<

[24] N. N. Golovin, *Voyennye usilia*, *op. cit.*, vol. 2, p. 8. <<

[25] *Ibid.*, p. 7. <<

[26] Arkadi L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye Rossi v godi pervoi mirovoi voini*, Moscú, Nauka, 1973, pp. 109-110. <<

[27] L. G. Beskrovnyi, *Armia i flot*, *op. cit.*, p. 105. <<

[28] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 525. <<

[29] A. M. Zaionchkovski, *Mirovaya voina*, *op. cit.*, vol. 1, p. 365. <<

[30] N. N. Golovin, *Voyennye usilia*, *op. cit.*, vol. 1, p. 62. <<

[31] A. Kersnovski, *Istoria Russkoi Armi*, *op. cit.*, vol. 4, p. 877. <<

[32] Bernard Pares, *The Fall of Russian Monarchy. A Study of Evidence*, Londres, J. Cape, 1939, pp. 254-255. <<

[33] Gran duque Nicolás, en *Padeniye*, vol. 7, p. 119. <<

[34] Piotr B. Struve, «Ekonomicheskaya problema "Velikoi Rossi"», en Vladímir P. Riabushinski, ed., *Velikaya Rossia, Sbornik Statei*, libro 2, Moscú, V. P. Riabushinski, 1911, pp. 151-152. <<

[35] Alexánder I. Guchkov, en *PN*, n.º 5.630 (23 de agosto de 1936), p. 2. <<

[36] General B. Borisov, en *Voyennyi Sbornik* (Belgrado), vol. 2 (1922), p. 21. <<

[37] A. N. Yajontov, 4 de agosto de 1915, en *ARR*, vol. 18 (1926), p. 36. <<

[38] Citado en A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 56. <<

[39] Borís V. Mijailovski, *Russkaya literatura XX v. S devianostij godov XIX veka do 1917 g.*, Moscú, Gos. ucheb. pedagog. izd-vo Narkomprosa RSFSR, 1939, pp. 411-418. <<

[40] Ludwig Bazylow, *Obaleniye caratu*, Varsovia, Państwowe Wydawn. Naukowe, 1976, pp. 297-298, y George Katkov, «German political intervention in Russia during World War I», en Richard Pipes, ed., *Revolutionary Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, pp. 64-66. <<

[41] Serguéi D. Sazónov, *Fateful Years, 1909-1916*, Londres, J. Cape, 1928, p. 32. <<

[42] Piotr N. Durnovó, «Zapiska P. N. Durnovó», *KN*, n.º 6/10 (1922), pp. 182-199. Traducción inglesa, «Durnovo's memorandum», en Frank A. Golder, ed., *Documents of Russian History, 1914-1917*, Nueva York, The Century Co., 1927, pp. 3-23. <<

[43] S. Dobrovolski, en *Voyennyi Sbornik* (Belgrado), vol. 2 (1922), pp. 63-64, y V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 46. <<

[44] Nikolái A. Maklákov, en *Padeniye*, vol. 3, p. 103, y V. A. Suchomlinow [Sujomlínov], *Erinnerungen*, *op. cit.*, pp. 368-369. <<

[45] V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 68, citando al general Y. N. Danílov. <<

[46] *Ibid.*, p. 50. <<

[47] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 60-61. <<

[48] *Ibid.*, pp. 86 y 90. <<

[49] Helmuth von Moltke, *Erinnerungen, Briefe, Dokumente, 1877-1916*, Stuttgart, Der Kommende Tag, 1922, pp. 434-435, y Joseph Joffre, *Mémoires du maréchal Joffre (1910-1917)*, vol. 1, París, Plon, 1932, pp. 353 y 369. <<

[50] V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 95. <<

[51] John Buchan, *A History of the Great War*, vol. 1, Boston, Houghton Mifflin, 1922, pp. 526-527. <<

[52] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 268-269, y L. G. Beskrovnyi, *Armia i flot*, *op. cit.*, p. 15. <<

[53] H. von Moltke, *Erinnerungen*, *op. cit.*, p. 385. <<

[54] *Ibid.*, pp. 406 y 414. <<

[55] A. Kersnovski, *Istoria Russkoi Armi*, *op. cit.*, vol. 3, p.

729. <<

[56] Erich von Falkenhayn, *Die oberste Heeresleitung, 1914-1916. In ihren wichtigsten Entschliessungen*, Berlín, E. S. Mittler, 1920, p. 26 [hay trad. cast.: *El comando supremo del ejército alemán, 1914-1916, y sus decisiones esenciales*, Buenos Aires, Ferrari Hnos., 1920]. <<

[57] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 1, p. 349. <<

[58] Alexánder G. Shliápnikov *et al.*, eds., *Kto dolzhnik?*, Moscú, Avioizdatelstvo, 1926, p. 125. <<

[59] *Ibid.* <<

[60] General Sérigny, citado en N. N. Golovin, *Voyennye usilia*, *op. cit.*, vol. 2, p. 143. <<

[61] V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 175, y A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 95. <<

[62] Valentin S. Diakin, *Russkaya burzhuazia i tsarizm v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917*, Leningrado, Nauka, Lenigradoskoye otd-niye, 1967, p. 78, citando a K. F. Shatsillo. <<

[63] N. Stone, *The Eastern Front*, *op. cit.*, pp. 131-132 y 147. <<

[64] Reproducido en V. A. Suchomlinow [Sujomlínov], *Erinnerungen*, *op. cit.*, p. 414. <<

[65] Sus memorias, en *ibid.*; traducción rusa: *Vospominania Sujomlínova*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1926. <<

[66] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 79. Para más información sobre él, véase también A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, pp. 77-79. <<

[67] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 327. <<

[68] Bernard Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914-1916*, Londres, Duckworth & Co., 1923, p. 108. <<

[69] Stepan P. Beletski, *Grigori Rasputin. Iz zapisok*, Petrogrado, Izd-vo Biloye, 1923, pp. 33-35. <<

[70] B. Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa*, *op. cit.*, p. 110. <<

[71] Mijaíl V. Rodzianko, en *Padeniye*, vol. 7, p. 153, y V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 89. <<

[72] Berta B. Grave, *Burzhuazia nakanune fevralskoi revoliutsi*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1927, p. 39. <<

[73] V. A. Emets, *Ocherki*, *op. cit.*, p. 175. <<

[74] A. N. Yajontov, en *AAR*, vol. 18 (1926), p. 15. <<

[75] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 256. <<

[76] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 89-90. <<

[77] Para más información sobre él, véase Richard Abraham, *Alexander Kerensky. The First Love of the Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, 1987. <<

[78] Tsentralnyi Komitet Trudovoi Gruppi, *Alexánder Fiódorovich Kérenski (Po Materialam Departamenta Politsi)*, Petrogrado, Tip. Akts. o-va Narod i trud, 1917. <<

[79] E. H. Wilcox, *Russia's Ruin*, Londres, Chapman & Hall, 1919, p. 193. <<

[80] R. Abraham, *Alexander Kerensky*, *op. cit.*, p. 96. <<

[81] S. P. Beletski, *Grigori Rasputin*, *op. cit.*, p. 13. <<

[82] L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, p. 65, y Maurice Paléologue, *La Russie des tsars pendant la Grande Guerre*, vol. 2, París, Plon-Nourrit, 1922, pp. 54-55 [hay trad. cast.: *La Rusia de los zares durante la Guerra Grande*, Buenos Aires, La Nación, 1965]. <<

[83] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 113. <<

[84] A. N. Yajontov, en *AAR*, vol. 18 (1926), pp. 53-56. <<

[85] Mijaíl V. Rodzianko, en *Padeniye*, vol. 7, pp. 68-69 y 131, y Vladímir P. Semennikov, *Politika Romanovij nakanune revoliutsi*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1926, pp. 82-83. <<

[86] Texto: A. N. Yajontov, en *AAR*, vol. 18 (1926), p. 98. <<

[87] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 269. <<

[88] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 103. <<

[89] El texto completo en inglés se halla en B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, pp. 271-273. <<

[90] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, pp. 27-29; *KA*, n.os 1-2/50-51 (1932), pp. 133-136, y A. N. Yajontov, en *AAR*, vol. 18 (1926), pp. 109-110. <<

[91] Véanse algunos ejemplos en V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 114. <<

[92] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, pp. 275-276. <<

[93] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, p. 39. <<

[94] *NoV*, n.º 7.258 (14/26 de mayo de 1896), p. 2. <<

[95] A. N. Yajontov, en *AAR*, vol. 18 (1926), p. 62. <<

[96] *Ibid.*, p. 128. <<

[97] *Ibid.* <<

[98] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 126-127. <<

[99] Vasili A. Maklákov, «Tragicheskoye polozheniye», *RV*, n.º 221 (27 de septiembre de 1915), p. 2. <<

[100] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 285. <<

[101] *Ibid.*, pp. 242-243. <<

[102] Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti*, IV soziv, sessia IV, zasedaniye 4, Petrogrado, s. n., 1915, pp. 303-305. <<

[103] L. G. Beskrovnyi, *Armia i flot*, *op. cit.*, p. 71. <<

[104] A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, pp. 102-103. <<

[105] *Padeniye*, vol. 7, p. 140. <<

[106] Alexánder P. Pogrebinski, en *IZ*, vol. 11 (1941), p. 164. <<

[107] Alexánder G. Shliápnikov, *Kanun syemnadtsatogo goda*, 3.ª ed., vol. 1, Moscú, Gozisdat, 1923, pp. 95-121, y L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, p. 100. <<

[108] Para más información sobre él, véase A. P. Pogrebinski, en *IZ*, vol. 11 (1941), pp. 189-199. <<

[109] A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 93. <<

[110] Como hace N. Stone, *The Eastern Front*, *op. cit.*, p. 201. <<

[111] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 1, pp. 355-356. <<

[112] Citado en A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 93. <<

[113] Para más información sobre la Unión de Zemstvos, véanse S. Kotliarevski, en *RM*, n.º 3 (marzo de 1916), segunda parte, pp. 137-141, y Tikhon I. Polner, *Russian Local Government during the War and the Union of Zemstvos*, New Haven, Yale University Press, 1930. <<

[114] Para más información sobre ellas, véase L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, pp. 103-105. <<

[115] Por ejemplo, Goremikin y Rujlov en A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 97. <<

[116] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, p. 66. <<

[1] Vasili V. Shulguin, *Dni. 1920*, Belgrado, Knogoizd-vo M. A. Suvorin Novoye Vremia, 1925, p. 156. <<

[2] Alexánder P. Pogrebinski, *Gosudarstvenniye finansi tsarskoi Rossi v epoju imperializma*, Moscú, Finansi, 1968, p. 64. <<

[3] Leonid N. Yurovsky, *Currency Problems of the Soviet Union*, Londres, Parsons, 1925, p. 12, y Rudolf Claus, *Die Kriegswirtschaft Russlands bis zur bolschewistischen Revolution*, Bonn, K. Schroeder, 1922, p. 21. <<

[4] Estimaciones de S. N. Prokopovich en Arkadi L. Sidorov, *Finansovoye polozheniye Rossi v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917 gg.*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSR, 1960, pp. 131-132. <<

[5] Calculado a partir de cifras presentadas en A. L. Sidorov, *Finansovoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 117. <<

[6] R. Claus, *Die Kriegswirtschaft*, *op. cit.*, p. 25. <<

[7] A. L. Sidorov, *Finansovoye polozheniye*, *op. cit.*, p. 146. <<

[8] R. Claus, *Die Kriegswirtschaft*, *op. cit.*, p. 4. <<

[9] *Ibid.*, pp. 4-5. <<

[10] Nikolái P. Oganovski y Alexánder V. Chaiánov, eds., *Statisticheski spravochnik po agrarnomu voprosu*, vol. 1, Moscú, Universalnaya Biblioteka, 1917, pp. 10-11, y Osoboye sovieshchaniye po prodovolstviu Upravleniye dielami, *Predvaritelniye itogi vserossiskoi selsko-joziaistvennoi perepisi 1910 g.*, Petrogrado, s. n., 1916, p. xv. <<

[11] V. P. Bristenin, en *RM*, noviembre de 1916, p. 1; véase también Alexánder S. Izgóiev, en *RM*, octubre de 1916, p. 2. <<

[12] Berta B. Grave, *Burzhuazia nakanune fevralskoi*

revoliutsi, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1927, p. 137. <<

[13] Ludwig Bazylow, *Obaleniye caratu*, Varsovia, Państwowe Wydawn. Naukowe, 1976, p. 160. <<

[14] Michael T. Florinsky, *The End of the Russian Empire*, New Haven, Yale University Press, 1931, p. 121. <<

[15] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, p. 131. <<

[16] Alfred W. F. Knox, *With the Russian Army, 1914-1917*, vol. 1, Londres, Hutchinson & Co., 1921, vol. 2, p. 388; véase Andréi M. Anfímov, *Rossiskaya derevnia v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917 gg.*, Moscú, Izd-vo sotsialno ekon. lit-ri, 1962, pp. 306-309. <<

[17] Valentín S. Diakin, *Russkaya burzhuazia i tsarizm v godi pervoi mirovoi voini, 1914-1917*, Leningrado, Nauka, Lenigradoskoye otd-niye, 1967, pp. 132-133. <<

[18] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 422. <<

[19] Alexéi A. Manikovski, *Boyevoye snabzheniye russkoi armi v mirovoiu voinu*, 2.ª ed., vol. 1, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, Otdiel voyennoi lit-ri, 1930, pp. 398 y 165. <<

[20] Norman Stone, *The Eastern Front, 1914-1917*, Nueva York, Scribner, 1975, p. 238. <<

[21] Maurice Paléologue, *La Russie des tsars pendant la Grande Guerre*, vol. 3, París, Plon-Nourrit, 1922, pp. 92-93. <<

[22] Bernard Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa to the Tsar, 1914-1916*, Londres, Duckworth & Co., 1923, p. xxix, y *The Fall of Russian Monarchy. A Study of Evidence*, Londres, J. Cape, 1939, p. 401, citando a Yusúpov. <<

[23] Testimonio de Stürmer en *Padeniye*, vol. 1, p. 222. <<

[24] *Ibid.*, vol. 7, p. 205. <<

[25] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 413. <<

[26] General Vasili Y. Gurko, *Memories and Impressions of War and Revolution in Russia, 1914-1917*, Londres, J. Murray, 1918, p. 188. <<

[27] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 416. <<

[28] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 274-275. Véase Alexánder Blok, «Posledniye dni imperatorskoi vlasti», en *Sobraniye sochineni v vosmi tomaj*, vol. 6, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo jydozh. lit-ri, 1962, p. 193, y *RZ*, noviembre de 1916, p. 243. <<

[29] *Rech*, 3 de enero de 1917, citado en V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 275. <<

[30] Alexánder I. Spiridóvich, *Velikaya voina i fevralskaya revoliutsia, 1914-1917 gg.*, vol. 3, Nueva York, Vseslavianskoye izd-vo, 1962, p. 13. <<

[31] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 424-425. <<

[32] *KA*, n.º 4/17 (1926), p. 24. <<

[33] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, p. 127. <<

[34] *Ibid.*, p. 136. <<

[35] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 552, y B. Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa*, *op. cit.*, p. xxxviii. <<

[36] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 542. <<

[37] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, p. 134. <<

[38] A. Knox, *With the Russian Army*, *op. cit.*, vol. 2, p. 515, y B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, pp. 133-134. <<

[39] A. S. Izgóiev, en *RM*, octubre de 1916, tercera parte, pp.

1-5. <<

[40] A. Petrishchev, en *RZ*, octubre de 1916, pp. 233-239. <<

[41] Arkadi L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye*, *op. cit.*, pp. 492 y 496, y Piotr I. Liashchenko, *Istoria narodnogo joziaistva SSSR*, 3.ª ed., vol. 2, Leningrado, Gos. izd-vo polit. lit-ri, 1952, vol. 2, p. 641. <<

[42] A. L. Sidorov, *Ekonomicheskoye polozheniye Rossi v godi pervoi mirovoi voini*, Moscú, Nauka, 1973, p. 496. <<

[43] Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Right*, Cambridge, Harvard University Press, 1980, p. 230. <<

[44] L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, pp. 303-304. <<

[45] Para más información, véase Serguéi P. Melgúnov, *Legenda o separatnom mirie*, París, s. n., 1957. <<

[46] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, p. 138. <<

[47] *Ibid.*, pp. 140-141 y 147-148. <<

[48] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, pp. 378-379. <<

[49] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, p. 141. <<

[50] B. Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa*, *op. cit.*, p. 395 <<

[51] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 380. <<

[52] Yevgueni D. Chermenski, *IV Gosudarstvennaya Duma i sverzheniye tsarizma v Rossi*, Moscú, Mysl, 1976, p. 201. <<

[53] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 380. <<

[54] V. Y. Gurko, *Memories and Impressions*, *op. cit.*, p. 184. <<

[55] Alexánder I. Guchkov, según se informa en B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 381. <<

[56] Y. D. Chermenski, *IV Gosudarstvennaya Duma*, *op. cit.*, p. 196, n. 4. <<

[57] *Padeniye*, vols. 1/2, pp. 1-64. <<

[58] Y. D. Chermenski, *IV Gosudarstvennaya Duma*, *op. cit.*, p. 198. <<

[59] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 268-269. <<

[60] *Padeniye*, vol. 4, p. 29, y George Katkov, *Russia, 1917. The February Revolution*, Nueva York, Harper & Row, 1967, p. 213. <<

[61] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 383. <<

[62] Y. D. Chermenski, *IV Gosudarstvennaya Duma*, *op. cit.*, p. 204. <<

[63] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, pp. 145-148, y V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 236-237. <<

[64] B. B. Grave, *Burzhuazia nakanune*, *op. cit.*, pp. 146-147. <<

[65] *Ibid.*, p. 147. <<

[66] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 241. <<

[67] Vladímir P. Semennikov, *Monarjia piered krusheniem, 1914-1917. Bumagi Nikolaya II drugiye dokumenti*, Moscú, Gos. izd-vo, 1927, pp. 130-131. <<

[68] Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution. Petrograd, 1917*, Seattle, University of Washington Press, 1981, p. 55. <<

[69] *KA*, n.º 4 (1923), p. 196. <<

[70] Y. D. Chermenski, *IV Gosudarstvennaya Duma*, *op. cit.*, p. 206. <<

[71] *Ibid.* <<

[72] *Ibid.*, p. 207. <<

[73] *Ibid.* <<

[74] Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti*, *op. cit.*, IV soziv, sessia V, zasedaniye I, pp. 11-13. <<

[75] *Ibid.*, pp. 29-33. <<

[76] Alexánder S. Rezánov, *Shturmovoi signal P. N. Miliukova*, París, Izd. avtora, 1924, pp. 43-61. <<

[77] Pável N. Miliukov, *Vospominania, 1859-1917*, vol. 2, Nueva York, Izd-vo im. Chejova, 1955, pp. 276-277. <<

[78] Miliukov a Petrunkevich, 1919, en V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 243. <<

[79] L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, p. 204. <<

[80] Serguéi S. Oldenburg, *Tsarstvovaniye Imperatora Nikolaya II*, vol. 2, Munich, Izd. Ob-va rasprostranenia russkoi natsionalnoi i patrioticheskoi lit-ri, 1949, pp. 218-220. <<

[81] Entre los contemporáneos, eran de esta opinión el edecán del zar, Vladímir N. Voiéikov, *S tsarem i bez tsaria*, Helsingfors, s. n., 1936, p. 166, y la publicista liberal Ariadna Tyrkova-Williams, *From Liberty to Brest Litovsk. The First Year of the Russian Revolution*, Londres, Macmillan, 1919, p. 3; entre los historiadores, Y. D. Chermenski, *IV Gosudarstvennaya Duma*, *op. cit.*, pp. 212-213; V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 275-276, y G. Katkov, *Russia, 1917. The February Revolution*, *op. cit.*, pp. 194-197. <<

[82] Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti*, *op. cit.*, IV soziv, sessia V, p. 68. <<

[83] V. N. Voiéikov, *S tsarem*, *op. cit.*, p. 185. <<

[84] Bobrinskoi, en *VE*, n.º 12 (1916), p. 379. <<

[85] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 244. <<

[86] *Lettres des grands-ducs à Nicolas II*, París, Payot, 1926, pp. 258-259. <<

[87] Nicolás II, *Perepiska Nikolaya i Alexandri Romanovij, 1916-1917*, vol. 5, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1927, pp. 128-129 y 131. <<

[88] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 244-245. <<

[89] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, p. 189, y *VE*, n.º 2 (1917), p. 324. <<

[90] M. Paléologue, *La Russie des tsars*, *op. cit.*, vol. 3, p. 90. <<

[91] *Ibid.*, p. 91. <<

[92] *Ibid.*, p. 105. <<

[93] *Rech*, 11-14 de noviembre de 1916, citado en *RZ*, noviembre de 1916, pp. 238-239. <<

[94] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 248; A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 175-176, y *VE*, noviembre de 1916, pp. 342-343. <<

[95] Gran duque Dmitri en Félix F. Yusúpov, *Konets Rasputina. Vospominania*, París, F. F. Yusúpov, 1927, p. 134 [hay trad. cast.: *El final de Rasputín*, Madrid, Nevsky Prospects, 2010]. <<

[96] Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti*, *op. cit.*, IV soziv, sessia V, zasedaniye 6, 19 de noviembre de 1916, pp. 253-254. <<

[97] *Ibid.*, zasedaniye 18, 16 de diciembre de 1916, pp. 1225-1226, y L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, pp. 248-249. <<

[98] *KA*, n.º 4 (1923), p. 187. <<

[99] Alexánder I. Spiridóvich, *Raspoutine, 1863-1916, d'après*

les documents russes et les archives privées de l'auteur, París, Payot, 1935, pp. 335-338. <<

[100] B. Pares, ed., *Letters of the Tsaritsa*, *op. cit.*, p. 221. <<

[101] Véase su última voluntad y testamento en Aron Simanovitch, *Raspoutine*, París, Gallimard, 1930, p. 256, y Vladímir P. Semennikov, *Politika Romanovij nakanune revoliutsi*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1926, p. 92. <<

[102] *Padeniye*, vol. 4, p. 14. <<

[103] Vladímir N. Kokóvtsov, *Iz moyego proshlogo. Vospominania, 1903-1919 gg.*, vol. 2, París, W. Kokóvtsov, 1933, p. 41. <<

[104] A. I. Spiridóvich, *Raspoutine*, *op. cit.*, p. 94. <<

[105] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 261. <<

[106] Nicolás II, *Perepiska Nikolaya*, *op. cit.*, vol. 5, p. 153, retraducido del ruso. <<

[107] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, p. 177. Véase B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 382. <<

[108] Alexánder D. Protopópov, en *Padeniye*, vol. 4, pp. 15-16. <<

[109] *Ibid.*, p. 31. <<

[110] *Padeniye*, vol. 4, p. 5; A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 176-177, y Alexánder A. Mosólov, *At the Court of the Last Tsar. Being the Memoirs of A. A. Mossolov, Head of the Court Chancellery, 1900-1916*, Londres, Methuen, 1935, pp. 170-173. <<

[111] G. Katkov, *Russia, 1917. The February Revolution*, *op. cit.*, p. 197. <<

[112] Vasili A. Maklákov, «O Rasputine», *SZ*, vol. 34 (1928), p. 265. <<

[113] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 396. <<

[114] *Ibid.*, pp. 396-397 y 402. <<

[115] *Ibid.*, p. 403. <<

[116] A. I. Spiridóvich, *Raspoutine*, *op. cit.*, pp. 369-370, y V. V. Shulguin, *Dni. 1920*, *op. cit.*, p. 119. <<

[117] A. I. Spiridóvich, *Raspoutine*, *op. cit.*, p. 374. <<

[118] M. Paléologue, *La Russie des tsars*, *op. cit.*, vol. 3, p. 141. <<

[119] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 406. <<

[120] Vladímir M. Purishkévich, *Ubistvo Rasputina*, París, Povolotski, 1923, p. 81. <<

[121] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 462, y *KA*, n.º 4 (1923), p. 425. <<

[122] A. I. Spiridóvich, *Raspoutine*, *op. cit.*, p. 396. <<

[123] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, p. 207. <<

[124] *Ibid.*, pp. 216-217, y B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 410. <<

[125] V. N. Voiéikov, *S tsarem*, *op. cit.*, p. 178. <<

[126] F. F. Yusúpov, *Konets Rasputina*, *op. cit.*, p. 204. <<

[127] *KA*, n.º 1/20 (1927), p. 124. <<

[128] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 203 y 211. <<

[129] *Ibid.*, p. 217. <<

[130] Texto en V. N. Voiéikov, *S tsarem*, *op. cit.*, pp. 182-183. <<

[131] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 214-

215. <<

[132] *Ibid.*, vol. 3, p. 29. <<

[133] *Ibid.*, vol. 2, p. 184, y V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 287. <<

[134] B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, p. 414. <<

[135] V. N. Voiéikov, *S tsarem*, *op. cit.*, p. 191. <<

[136] L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, pp. 338-339. <<

[137] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 3, p. 17. <<

[138] *KA*, n.º 1/20 (1927), p. 126. <<

[139] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, p. 19. <<

[140] M. V. Rodzianko, *The Reign of Rasputin. An Empire's Collapse*, Londres, A. M. Philpot Ltd., 1927, pp. 253-254 [hay trad. cast.: *El reinado de Rasputín*, Santiago de Chile, Ercilla, 1937]. <<

[141] *SZ*, vol. 24 (1928), p. 279. <<

[142] M. V. Rodzianko, *The Reign of Rasputin*, *op. cit.*, pp. 253-254. <<

[143] V. A. Maklákov, «O Rasputine», *op. cit.*, p. 279. <<

[144] Alexánder I. Guchkov, en *PN*, n.º 5.647 (9 de septiembre de 1936), p. 2, y n.º 5.651 (13 de septiembre de 1936), p. 2; véanse también B. Pares, *The Fall of Russian Monarchy*, *op. cit.*, pp. 427-428; *Padeniye*, vol. 6, p. 278; V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 301-302; A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 2, p. 166, y vol. 3, p. 46, y T. Hasegawa, *The February Revolution*, *op. cit.*, p. 187. <<

[145] Véanse al respecto B. Pares, *The Fall of Russian*

Monarchy, *op. cit.*, pp. 428-429; V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, p. 300; A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 3, pp. 14-17, y A. I. Guchkov, en *PN*, n.º 5.651 (13 de septiembre de 1936), p. 2. <<

[146] Informe policial del 5 de enero de 1917, en A. Blok, «Posledniye dni», *loc. cit.*, p. 203. <<

[147] A. Blok, «Posledniye dni», *loc. cit.*, p. 205, y L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, p. 287. <<

[148] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 3, p. 42. <<

[149] *Ibid.*, vol. 2, p. 188, y vol. 3, p. 41. <<

[150] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 273-274. <<

[151] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 3, p. 47, y G. Katkov, *Russia, 1917. The February Revolution*, *op. cit.*, p. 240. <<

[152] *PR*, n.º 13 (1923), pp. 269-270. <<

[153] A. Blok, «Posledniye dni», *op. cit.*, p. 207, y L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, pp. 344-345. <<

[154] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 3, p. 47, y Alexánder D. Protopópov, «Predsmertnaya zapiska s predisloviem P. R. Russa», *GM*, vol. 15, n.º 2 (1926), pp. 189-191. <<

[155] A. Blok, «Posledniye dni», *op. cit.*, pp. 220-221, y L. Bazylow, *Obaleniye caratu*, *op. cit.*, pp. 344-345. <<

[156] V. S. Diakin, *Russkaya burzhuazia*, *op. cit.*, pp. 274-275. <<

[157] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina*, *op. cit.*, vol. 3, p. 40. <<

[158] Pável E. Shchegolev, *Ojranniki i avantiuristi*, Moscú,

izd-vo Politkatorzhan, 1930, pp. 140-141. <<

[1] Tsentralnoye Statisticheskoye Upravleniye, *Trudi*, vol. 7, vyp. 1, Moscú, s. n., 1921, p. 252. <<

[2] *Padeniye*, vol. 4, p. 21. <<

[3] Yevgueni I. Martínov, *Tsarskaya armia v fevralskom perevorotiye*, Leningrado, Voyennaya Tipografia Narkomvoyenmor i *RVS SSSR*, 1927, p. 118, y A. P. Balk, «Posledniye piat dniei tsarskogo Petrograda», Archivo Bakhmeteff, Nueva York, Universidad de Columbia. <<

[4] *PR*, n.º 13 (1923), p. 290, y John L. H. Keep, *The Russian Revolution. A Study in Mass Mobilization*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1976, p. 58. <<

[5] Alexánder I. Spiridóvich, *Velikaya voina i fevralskaya revoliutsia, 1914-1917 gg.*, vol. 3, Nueva York, Vseslavianskoye izd-vo, 1962, vol. 3, pp. 56-57, y Vladímir N. Voiéikov, *S tsarem i bez tsaria*, Helsingfors, s. n., 1936, p. 193. <<

[6] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 60-61 y 207. <<

[7] A. P. Balk, «Posledniye piat», *loc. cit.* <<

[8] Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution. Petrograd, 1917*, Seattle, University of Washington Press, 1981, pp. 215-217 y 222. <<

[9] *Biloye*, n.º 1/29 (1918), p. 161. <<

[10] T. Hasegawa, *The February Revolution, op. cit.*, pp. 133-134. <<

[11] Descripción de testigos en Maurice Paléologue, *La Russie des tsars pendant la Grande Guerre*, vol. 3, París, Plon-Nourrit, 1922, p. 215. <<

[12] A. I. Spiridóvich, *Velikaya voina, op. cit.*, vol. 3, pp. 86-87, y M. Paléologue, *La Russie des tsars, op. cit.*, vol. 3, p. 215.

<<

[13] Descripción en T. Hasegawa, *The February Revolution, op. cit.*, pp. 232-246. <<

[14] *KA*, n.º 4 (1923), pp. 208-210; retraducido del ruso. <<

[15] *Izvestia*, n.º 155 (27 de agosto de 1917), p. 6. <<

[16] E. R. Levitas, ed., *Vognie revoliutsionnij boyev (Raioni Petrograda v dvuj revoliutsiaj 1917 g.)*, Moscú, s. n., 1917, p. 6. <<

[17] Vasiliev, en Pável E. Shchegolev, *Ojranniki i avantiuristi*, Moscú, izd-vo Politkatorzhan, 1930, pp. 141-142. <<

[18] *KA*, n.º 2/21 (1927), pp. 4-5. <<

[19] D. N. Dubenski, «Kak proizoshel perevorot v Rossi», *RL*, n.º 3 (París, 1922), pp. 28-30. <<

[20] *Padeniye*, vol. 1, p. 190. <<

[21] *Ibid.* <<

[22] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 82, y *Revoliutsia*, vol. 1, p. 35. <<

[23] Nikolái Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, vol. 1, Berlín, San Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922, p. 53 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa (1917)*, Barcelona, Luis de Caralt, 1970]. <<

[24] *KA*, n.º 4 (1923), pp. 209-210, carta del 25 de febrero. <<

[25] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 1, pp. 53 y 59. <<

[26] M. Paléologue, *La Russie des tsars, op. cit.*, vol. 3, pp. 214 y 218, citando las memorias de Gabriel Senac de Meilhan. <<

[27] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 206. <<

[28] Sobre su condición y estado de ánimo, véase *ibid.*, pp. 58-59. <<

[29] Rodzianko a Ruzski, *RL*, n.º 3 (1922), p. 147. <<

[30] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 207. <<

[31] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 1, p. 54. <<

[32] *Biloye*, n.º 1/29 (1918), pp. 173-174. <<

[33] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 208. <<

[34] Incidente descrito en *ibid.*, pp. 85-88, e Iván Lukash, *Pavlovtsi*, Petrogrado, Sinodalnaya tip., 1917. <<

[35] Alexánder S. Lukomski, *Vospominania Generala A. S. Lukomskogo*, vol. 1, Berlín, O. Kirhner i Co., 1922, p. 124. <<

[36] Serguéi P. Melgúnov, *Martovskiye dni 1917 goda*, París, P. Melgúnov, 1961, p. 84. <<

[37] Alexéiev, en *RL*, n.º 3 (1922), p. 118, y Jabálov, en *Padeniye*, vol. 1, p. 203. <<

[38] Jabálov, en *Padeniye*, vol. 1, p. 196, e Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 88-89. <<

[39] León Trotski, *The History of the Russian Revolution*, vol. 1, Nueva York, Simon and Schuster, 1937, pp. 121-122 [hay trad. cast.: *Historia de la Revolución rusa*, 2 vols., Buenos Aires, Galerna, 1972, entre otras ediciones]. <<

[40] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 37. <<

[41] *Ibid.*, p. 38. <<

[42] *Ibid.*, y Fredericks, en *Padeniye*, vol. 5, p. 38. <<

[43] *KA*, n.º 2/21 (1927), p. 8, y S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, p. 157. <<

[44] Alexánder Blok, «Posledniye dni imperatorskoi vlasti», *Sobraniye sochineni v vosmi tomaj*, vol. 5, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo jydozh. lit-ri, 1962, p. 243. <<

[45] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 104. <<

[46] Vladímir N. Voiéikov, en *Padeniye*, vol. 3, p. 71. Texto:

RL, n.º 3 (1922), p. 114. <<

[47] Pável K. Benckendorff, *Last Days in Tsarskoe Selo*, Londres, W. Heinemann, 1927, pp. 2-3. <<

[48] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 40. <<

[49] D. N. Dubenski, «Kak proizoshel perevorot v Rossi», *RL* (París), n.º 3 (1922), p. 38. <<

[50] Sus órdenes en Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 114-115, y *RL*, n.º 3 (1922), p. 117. <<

[51] *RL*, n.º 3 (1922), p. 115. <<

[52] *KA*, n.º 2/21 (1927), pp. 10-11. <<

[53] Nicolás de Basily [Nikolái Bazili], *Diplomat of Imperial Russia, 1903-1917. Memoirs*, Stanford, Hoover Institution Press, Stanford University, 1973, p. 109. <<

[54] Alexánder G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god*, 2.ª ed., vol. 1, Moscú, Gos. izdat., s. f., p. 155. <<

[55] P. K. Benckendorff, *Last Days, op. cit.*, p. 10; Nicolás de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, pp. 113-114, y D. N. Dubenski, «Kak proizoshel», *loc. cit.*, p. 38. <<

[56] *Padeniye*, vol. 3, p. 74. <<

[57] D. N. Dubenski, «Kak proizoshel», *loc. cit.*, pp. 46-47. <<

[58] T. Hasegawa, *The February Revolution, op. cit.*, p. 492. <<

[59] Vasili V. Shulguin, *Dni. 1920*, Belgrado, Knogoizd-vo M. A. Suvorin Novoye Vremia, 1925, p. 214; S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, pp. 53-55, e Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 140. <<

[60] T. Hasegawa, *The February Revolution, op. cit.*, p. 348. <<

[61] V. V. Shulguin, *Dni. 1920, op. cit.*, pp. 157-158. Las actas de esta reunión, tomadas por un participante no identificado

y publicadas por primera vez en *Volia Rossi* (Praga), n.º 153 (15 de marzo de 1921), p. 4, están traducidas en Robert Paul Browder y Alexánder Kérenski, eds., *The Russian Provisional Government, 1917. Documents*, vol. 1, Stanford, Stanford University Press, 1961, pp. 45-47; véase también Ilia Vardin, *KN*, n.º 2/12 (1923), pp. 267-293. <<

[62] Zinaida Gippius, *Siniaya kniga. Peterburgski dnevnik, 1914-1918*, Belgrado, Tip. Radenkovicha, 1929, p. 89 (entrada de diario del 28 de febrero de 1917). V. V. Shulguin (*Dni. 1920, op. cit.*, p. 241), corrobora su intuición. <<

[63] Leonard Schapiro, «The political thought of the first Provisional Government», en R. Pipes, ed., *Revolutionary Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, pp. 128-130, y Alexánder Kérenski, *The Catastrophe. Kerensky's Own Story of the Russian Revolution*, Nueva York y Londres, D. Appleton and Company, 1927, p. 12. <<

[64] S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, pp. 27-28. <<

[65] *Ibid.*, p. 28. <<

[66] *Ibid.*, p. 80. <<

[67] *Ibid.*, e Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 134. <<

[68] V. V. Shulguin, *Dni. 1920, op. cit.*, pp. 233-234 y 239. <<

[69] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 112. <<

[70] *Ibid.*, p. 110, y *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 41-42. <<

[71] T. Hasegawa, *The February Revolution, op. cit.*, pp. 330-331. El texto se halla en Miguel Smilg-Benario, *Der Zusammenbruch der Zarenmonarchie*, Zurich, Amalthea-Verlag, 1928, cuadro 13; véase Marc Ferro (presentación), *Des soviets au communisme bureaucratique. Les mécanismes d'une subversion*, París, Gallimard, 1980, pp. 30-31. <<

[72] Yuri S. Tokarev, *Petrogradski Soviet Rabochij i Soldatskij*

Deputatov v marte-aprele 1917 g., Leningrado, Nauka Leningradskoye otd-niye, 1976, pp. 33-34. <<

[73] *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 40-41. <<

[74] T. Hasegawa, *The February Revolution, op. cit.*, p. 380. <<

[75] Alexánder G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god*, vol. 3, Moscú y Leningrado, Goz. izdat, 1927, pp. 167-170. <<

[76] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 1, p. 190. <<

[77] A. G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god, op. cit.*, vol. 3, p. 173. <<

[78] M. Ferro (presentación), *Des soviets au communisme, op. cit.*, p. 37. Véase Oskar Anweiler, *The Soviets. The Russian Workers, Peasants, and Soldiers Councils, 1905-1921*, Nueva York, Pantheon Books, 1974, pp. 104-106. <<

[79] Vladas B. Stanka [Stankevich], *Vospominania, 1914-1919 g.*, Berlín, Izdatelstvo I. P. Ladizhnikova, 1920, pp. 80-82. <<

[80] S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, pp. 12-13. <<

[81] Pável N. Miliukov, *Istoria Vtoroi Russkoi Revoliutsi*, vol. 1, primera parte, Sofía, Rossisko-Bolgarskoye kn-vo, 1921, p. 51. <<

[82] *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 49-50, y N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 1, pp. 256-260. <<

[83] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 49, y P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, primera parte, p. 46, y Pável N. Miliukov, *Vospominania, 1859-1917*, vol. 2, Nueva York, Izd-vo im. Chejova, 1955, p. 307. <<

[84] Texto completo en Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 177-178. <<

[85] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 53. <<

[86] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, primera parte, p. 47. <<

[87] Serguéi E. Krizhanovski, *Vospominania. Iz bumag S. E. Krizhanovskago, posliedniago gosudarstvennago sekretaria a Rossiskoi Imperi*, Berlín, Petropolis, 1938, p. 124. <<

[88] Y. S. Tokarev, *Petrogradski Soviet, op. cit.*, p. 94. <<

[89] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, primera parte, p. 45, y T. Hasegawa, *The February Revolution, op. cit.*, p. 525. <<

[90] Anton I. Denikin, *Ocherki russkoi smuti*, vol. 1, primera parte, París, J. Povolozky et Cie., 1921, p. 75. <<

[91] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, primera parte, p. 67. <<

[92] A. Kérenski, *The Catastrophe, op. cit.*, p. 120. <<

[93] Vladímir D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian Provisional Government, 1917*, New Haven, Yale University Press, 1976, p. 84. <<

[94] Tijon I. Polner, *Zhiznennyi put kniazia Gueorguia Yevguenievicha Lvova*, París, Imp. de Navarre, 1932, p. 151. <<

[95] Véase p. 244. <<

[96] Dmitri F. Sverchkov, *Kerenski*, 2.ª ed., Leningrado, Rabochee izd-vo Priboi, 1927, p. 21, y S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, pp. 112-113. <<

[97] Z. Gippius, *Siniaya kniga, op. cit.*, p. 95. <<

[98] A. G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god, op. cit.*, vol. 1, pp. 173-174; véase Y. S. Tokarev, *Petrogradski Soviet, op. cit.*, pp. 61-62. <<

[99] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 212. <<

[100] Z. Gippius, *Siniaya kniga, op. cit.*, p. 97. <<

[101] El texto se halla en *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 176-177. <<

[102] B. Y. Nalivaiski, ed., *Petrogradski Soviet Rabochij i Soldatskij Deputatov. Protokoli Zasedani Ispolnitelnogo Komiteta i Biuro Ispolnitelnogo Komiteta*, Moscú y Leningrado, Gosizdat, 1925, p. 17. <<

[103] El texto se halla en *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 180-181. <<

[104] A. G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god, op. cit.*, vol. 2, p. 236. <<

[105] Eduard N. Burdzhalov, *Vtoraya russkaya revoliutsia. Vosstaniye v Petrograde*, Moscú, Nauka, 1967, p. 352, y V. V. Shulguin, *Dni. 1920, op. cit.*, p. 150. <<

[106] S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, p. 135, y Guchkov citado en E. N. Burdzhalov, *Vtoraya russkaya revoliutsia, op. cit.*, p. 352. <<

[107] *KA*, n.º 4 (1923), p. 215; retraducido del ruso. <<

[108] *RL*, n.º 3 (1922), p. 119. <<

[109] *KA*, n.º 2/21 (1927), p. 19. <<

[110] El texto se halla en Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 144-145. <<

[111] N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, pp. 116-117. <<

[112] S. N. Vilchkovski, «Prebivaniye gosudaria Imperatora v pskoviye», *RL*, n.º 3 (1922), pp. 169-170. <<

[113] *RL*, n.º 3 (1922), pp. 133 y 176, y Pável E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye Nikolaya II. Vospominania ochevidtsiev, dokumenti*, Leningrado, *Krasnaya Gazeta*, 1927, p. 153. <<

[114] Texto de la cinta en P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, pp. 197-201. <<

[115] *RL*, n.º 3 (1922), pp. 133-134. <<

[116] P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, p. 149, y *RL*,

n.º 3 (1922), pp. 133-134 y 172. <<

[117] Texto en P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, pp. 202-203. <<

[118] S. N. Vilchkovski, «Prebivaniye gosudaria», *loc. cit.*, pp. 177-178. <<

[119] P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, p. 154. <<

[120] *Ibid.*, pp. 154-155. <<

[121] Los textos de estos cables se hallan en *ibid.*, pp. 203-205; véase p. 155; *KA*, n.º 2/21 (1927), pp. 72-73. El general Savvich publicó sus recuerdos de estos acontecimientos en *Otiechestvo* (Arcángel), n.os 5-7/102-104 (10-12 de enero de 1919); el manuscrito se encuentra en el Archivo Krizhanovski, caja 3, Archivo Bakhmeteff, Universidad de Columbia. <<

[122] Facsímil del manuscrito en Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 159. <<

[123] El texto se halla en *RL*, n.º 3 (1922), p. 140. <<

[124] La historia de la redacción y el texto, con correcciones, se hallan en N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, pp. 122-125. Véase también Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 159, y *KA*, n.º 3/22 (1927), p. 7. <<

[125] Véase p. 247. <<

[126] S. N. Vilchkovski, «Prebivaniye gosudaria», *loc. cit.*, p. 179. <<

[127] Nota de Fiódorov a Martínov, en Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 160; P. K. Benckendorff, *Last Days, op. cit.*, pp. 46-47. <<

[128] Alexánder D. Gradovski, *Sobraniye sochineni A. D. Gradovskago*, 2.ª ed., vol. 7, San Petersburgo, Tip. M. M. Stasiulevicha, 1907, pp. 158-162. <<

[129] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian, op. cit.*, p. 49. <<

[130] Los relatos de Guchkov se hallan en *Padeniye*, vol. 6, pp. 263-266, y N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, pp. 127-131; V. V. Shulguin, *Dni. 1920, op. cit.*, pp. 265-283. Véase también P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, pp. 163-171. <<

[131] Ruzski en P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, p. 138. <<

[132] P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, pp. 169-171, e Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 167-170. <<

[133] N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, p. 128, e Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 169. <<

[134] Guchkov a Bazili, en N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, p. 128. <<

[135] M. Smilg-Benario, *Der Zusammenbruch, op. cit.*, cuadro 36. El texto también se halla en Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 173-174. <<

[136] N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, pp. 129-130. <<

[137] Ambos documentos se hallan en Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 174. <<

[138] P. K. Benckendorff, *Last Days, op. cit.*, p. 17. <<

[139] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 174-175, y P. E. Shchegolev, ed., *Otrechieniye, op. cit.*, pp. 158-160. <<

[140] Los recuerdos de Miliukov sobre la reunión con Miguel se hallan en su *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, primera parte, pp. 54-55, y los de Guchkov en N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, pp. 143-145. <<

[141] S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, p. 226. <<

[142] *Ibid.*, p. 227. <<

[143] N. de Basily [N. Bazili], *Diplomat, op. cit.*, p. 144. <<

[144] *ARR*, vol. 6 (1922), p. 62. <<

[145] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 181, y V. V. Shulguin, *Dni. 1920, op. cit.*, pp. 302-303. <<

[146] S. P. Melgúnov, *Martovskiye dni, op. cit.*, pp. 233-234; facsímil del original en M. Smilg-Benario, *Der Zusammenbruch, op. cit.*, cuadro 37. <<

[147] Existe una copia en la Biblioteca Houghton, Harvard, bajo el código +56-909. <<

[148] Kérenski en *SZ*, n.º 50 (1932), p. 409. <<

[149] *Ibid.* <<

[150] Véase p. 324. <<

[151] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 73. <<

[152] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian, op. cit.*, pp. 61-62. <<

[153] Jacques Godechot, *Les institutions de la France sous la Révolution et l'Empire*, París, Presses Universitaires de France, 1951, pp. 89-91, y Georges Lefebvre, *La Révolution française*, París, Presses Universitaires de France, 1957, pp. 165-167. <<

[154] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian, op. cit.*, p. 83. <<

[155] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 82. <<

[156] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian, op. cit.*, p. 135. <<

[157] M. N. Tsapenko, ed., *Vsierossiskoye Sovieshchaniye Sovietov Rabochij i Soldatskij Deputatov. Stenograficheski Otchot*, Moscú y Leningrado, Gosudarst izd., 1927, p. 38. <<

[158] Irakli G. Tsereteli, *Vospominania o Fevralskoi*

Revoliutsi, vol. 1, París y La Haya, Mouton, 1963, p. 97. <<

[159] *Ibid.*, pp. 107-108. <<

[160] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 114. <<

[161] B. Y. Nalivaiski, ed., *Petrogradski Soviet, op. cit.*, p. 9. <<

[162] *Ibid.*, p. 10. <<

[163] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 64. <<

[164] *Ibid.*, p. 72. <<

[165] *Ibid.*, p. 80. <<

[166] *Ibid.*, pp. 71-72. <<

[167] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, primera parte, p. 74. <<

[168] B. Y. Nalivaiski, ed., *Petrogradski Soviet, op. cit.*, p. 118. <<

[169] *Ibid.*, pp. 61-62. <<

[170] Y. S. Tokarev, *Petrogradski Soviet, op. cit.*, pp. 145-146. <<

[171] Las actas de la consulta se hallan en M. N. Tsapenko, ed., *Vsierossiskoye Sovieshchaniye Sovietov, op. cit.*; véase *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 162-163. <<

[172] Y. S. Tokarev, *Petrogradski Soviet, op. cit.*, pp. 148-152. <<

[173] Su obra legislativa está reunida en R. P. Browder y A. Kérenski, eds. *The Russian Provisional Government, op. cit.* <<

[174] Romuald Wojna, *Walka o ziemi ę w Rosji w 1917 roku*, Breslavia, Zaklad Narodowy im. Ossolinskich, 1977, p. 79. <<

[175] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 96. <<

[176] K. G. Kotélnikov y Vadim L. Meller, eds., *Krestianskoye dvizheniye v 1917 godu*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo,

1927. <<

[177] J. L. H. Keep, *The Russian Revolution, op. cit.*, pp. 162-163. <<

[178] *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 84-85. <<

[179] Tsentralnoye Statisticheskoye Upravleniye, Otdiel Voyennoi Statistiki, *Rossia v Mirovoi Voinie 1914-1918 goda (v tsifraj)*, Moscú, Tip. M. K. J. imeni F. Y. Lavrova, 1925, p. 26. <<

[180] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian, op. cit.*, p. 135. <<

[181] Mark V. Vishniak, *Vserossiskoye Uchrieditelnoye Sobraniye*, París, Sovremennya zapiski, 1932, p. 73. <<

[182] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 2, p. 140. <<

[183] I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 1, p. 40. <<

[184] Marc Ferro, «The aspirations of Russian society», en R. Pipes, ed., *Revolutionary Russia, op. cit.*, pp. 143-157, en especial p. 151. <<

[185] Y. S. Tokarev, *Petrogradski Soviet, op. cit.*, p. 145. <<

[186] *KA*, n.º 3/22 (1927), p. 57. <<

[187] Ludwig Bazylow, *Obaleniye caratu*, Varsovia, Państwowe Wydawn. Naukowe, 1976, p. 376n. <<

[188] *Izvestia*, n.º 15 (15/28 de marzo de 1917), p. 1. <<

[189] Viacheslav S. Vasiukov, *Vnieshniaya politika Vremennogo Pravitelstva*, Moscú, Mysl, 1966, pp. 87-88. <<

[190] El texto se halla en *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 195-196. <<

[191] P. N. Miliukov, *Vospominania*, vol. 2, *op.cit.*, pp. 345-346. <<

[192] *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 30-52 y *passim*. <<

[193] William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution, 1917-1921*, vol. 1, Nueva York, The Macmillan Company, 1935, p. 85 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa, 1917-1921*, 3 vols., Buenos Aires, Siglo XX, 1967]. <<

[194] Este hecho, objeto de estudio de Richard Pipes (*The Formation of the Soviet Union. Communism and Nationalism, 1917-1923*, 2.ª ed., Cambridge, Cambridge University Press, 1964 [hay trad. cast.: *El proceso de integración de la Unión Soviética*, Buenos Aires, Troquel, 1966]), se aborda en profundidad en Richard Pipes, *Russia under the Bolshevik Regime*, Nueva York, Vintage Books, 1995. <<

[195] Vasili V. Rozanov, *Apokalipsis nashego vremeni*, Berlín y París, Izd-vo Moskva, 1917, p. 5. Escrito en 1917-1918. <<

[196] A. I. Denikin, *Ocherki, op. cit.*, vol. 1, primera parte, p. 54. Este documento permanece inédito. <<

[197] *KA*, n.º 3/22 (1927), p. 54, e Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 187-189. <<

[198] George Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories*, vol. 2, Boston, Little, Brown & Company, 1923, p. 104. <<

[199] Public Record Office, Londres, FO 371-3008, p. 1, carrete 22, doc. 196482. <<

[200] *Revoliutsia*, vol. 1, pp. 73-74 y 76, y B. Y. Nalivaiski, ed., *Petrogradski Soviet, op. cit.*, pp. 29-30. <<

[201] *RL*, n.º 3 (1922), pp. 96-97. <<

[202] *Ibid.*, pp. 97-98. <<

[203] *KA*, n.º 20 (1927), p. 138. Descripción en Dembovski, *RL*, n.º 3 (1922), pp. 87-88; aquí el suceso se fecha equivocadamente el 6 de marzo. <<

[204] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, p. 194. <<

[205] P. K. Benckendorff, *Last Days, op. cit.*, pp. 30-31. <<

[206] *KA*, n.º 3/22 (1927), p. 67. <<

[207] Y. I. Martínov, *Tsarskaya armia, op. cit.*, pp. 196-197. <<

[208] *Ibid.*, p. 197. <<

[209] Reproducido en *ibid.*, pp. 200-201. <<

[210] A. Kérenski, *The Catastrophe, op. cit.*, pp. 264-269, y *KA*, n.º 20 (1927), p. 140. <<

[211] Véanse, por ejemplo, los artículos de Miliukov y «Dioneo» en *PN*, n.º 4.099 (12 de junio de 1932), p. 2. <<

[212] Kenneth Rose, *King George V*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1983, pp. 211-214. <<

[213] Public Record Office, Londres, FO 800-383, p. 32, 7 de abril de 1917 (25 de marzo VE). <<

[214] Serguéi P. Melgúnov, *Sudba Imperatora Nikolaya II poslie otrechenia. Istoriko-kriticheskiye ocherki*, París, La Renaissance, 1951, p. 175. <<

[215] A. Kérenski, *The Catastrophe, op. cit.*, p. 111. <<

[216] V. V. Rozanov, *Apokalipsis, op. cit.*, p. 6. <<

[217] I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 1, p. 124, y *Revoliutsia*, vol. 2, p. 74. <<

[1] Institut Marksizma-Leninizma, *Jronologicheski ukazatel proizviedieni V. I. Lenina 1886-1923*, vol. 1, Moscú, Gos. izd-vo polit. lit-ri, 1959, pp. 1-8. <<

[2] Institut Marksizma-Leninizma, *Vospominania rodnij o V. I. Lenine*, Moscú, Gos. Izd-vo polit. lit-ri, 1955, p. 85. <<

[3] Para más información, véase Nikolái Valentínov, *The Early Years of Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1969, pp. 111-112. <<

[4] Anna I. Uliánova-Elizárova, en Institut Marksizma-Leninizma, *Vospominania o Vladimire Iliche Lenine*, vol. 1, Moscú, Gos. izd-vo polit. lit-ri, 1956, p. 13. <<

[5] Fiódor Kérenski, en *Molodaya gvardia*, n.º 1 (1924), p. 89. <<

[6] Anna I. Uliánova-Elizárova, ed., *Alexánder Ilich Uliánov i dielo 1 marta 1887 g.*, Moscú y Leningrado, Goz. izd-vo, 1927, p. 97, y V. Alexéxev y A. Shver, eds., *Semia Ulianovij v Simbirske, 1896-1897*, Leningrado, Gosudarstvennoye izdatelstvo, 1925, pp. 48-51. <<

[7] Vasili Vodovózov, en *NChS*, vol. 12 (1925), p. 175. <<

[8] N. Valentínov, *The Early Years of Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1969, pp. 111-138 y 189-215, basado en conversaciones con Lenin. <<

[9] Piotr Struve, *SR*, vol. 12, n.º 36 (1934), pp. 592-593. <<

[10] Karl Marx y Friedrich Engels, *Werke*, vol. 34, Berlín, Dietz, 1966, p. 477. <<

[11] Este tema se trata por extenso en Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Left, 1870-1905*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, pp. 28-51. <<

[12] Richard Pipes, «The origins of Bolshevism. The intellectual evolution of young Lenin», en Richard Pipes, ed.,

Revolutionary Russia, Cambridge, Harvard University Press, 1968, p. 32. <<

[13] A. I. Uliánova-Elizárova, *Vospominania rodnij, op. cit.*, p. 29. <<

[14] Friedrich Engels, «Einleitung [zu Karl Marx' "Klassenkämpfe im Frankreich 1848 bis 1850"]», en K. Marx y F. Engels, *Werke*, vol. 22, *op. cit.*, pp. 509-527 [hay trad. cast.: «Introducción», en *La lucha de clases en Francia de 1848 a 1850*, Buenos Aires, Prometeo Libros, 2003]. <<

[15] Sobre este uso, véase Richard Pipes, «Narodnichestvo. A semantic inquiry», *SR*, vol. 23, n.º 3 (septiembre de 1964), pp. 441-458. <<

[16] Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 1, p. 105, y *LS*, vol. 33, p. 16 [hay trad. cast.: «El llamado problema de los mercados», en *Obras completas*, vol. 1, *1893-1894*, Madrid, Ayuso/ Akal, 1974]. <<

[17] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 1, p. 312 [hay trad. cast.: «¿Quiénes son los "amigos del pueblo y cómo luchan contra los socialdemócratas?», México, Siglo XXI, 1974, entre otras ediciones]. <<

[18] Karl Radek, en *Rabochaya Moskva*, n.º 92/656 (22 de abril de 1924). <<

[19] Alexánder N. Potrésov, *Posmertnyi sbornik proizviedeni*, París, s. n., 1937, p. 294; Robert Hamilton Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent*, Londres, Putnam, 1935, p. 237, y Angélica Balabánova, *Impressions of Lenin*, Ann Arbor, University of Michigan Press, 1964, p. 123. <<

[20] A. N. Potrésov, *Posmertnyi sbornik, op. cit.*, p. 301. <<

[21] Robert Michels, *Political Parties. A Sociological Study of the Oligarchical Tendencies of Modern Democracy*, Glencoe, Free Press, 1949, p. 227n [hay trad. cast.: *Los partidos*

políticos. Un estudio sociológico de las tendencias oligárquicas de la democracia moderna, 2 vols., Buenos Aires, Amorrortu, 1972]. <<

[22] A. N. Potrésov, *Posmertnyi sbornik, op. cit.*, p. 30. <<

[23] León Trotski, *O Lenine. Materiali dlia biografa*, Moscú, Gos. izd-vo, 1924, pp. 6-7 [hay trad. cast.: *Lenin*, Barcelona, Ariel, 1972]. <<

[24] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 23. <<

[25] N. [León] Trotski, *Nashi politicheskiye zadachi*, Ginebra, Tip. Parti, 1904, p. 96 [hay trad. cast.: *Nuestras tareas políticas*, México, Juan Pablos, 1975]. <<

[26] Nina Tumarkin, *Lenin Lives! The Lenin Cult in Soviet Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, p. 77. <<

[27] Maxim Gorki, *Vladímir Ilich Lenin*, Leningrado, Gosud. izdat., 1924, p. 9 [hay trad. cast.: *Lenin*, Madrid, Aguilar, 1988]; *NZh*, n.º 177 (10 de noviembre de 1917), citado en Maxim Gorki, *Untimely Thoughts. Essays on Revolution, Culture and the Bolsheviks*, edición de Herman Yermolaev, Nueva York, P. S. Eriksson, 1968, p. 89 [hay trad. cast.: *Pensamientos inoportunos*, Barcelona, Blume, 1977]. <<

[28] V. Vodovózov, en *NChS*, vol. 12, pp. 176-177. <<

[29] M. Gorki, *Vladímir Ilich Lenin, op. cit.*, p. 10, y Maxim Gorki, *Lenine et le paysan russe*, París, Éd. du Sagittaire, 1924, p. 96. <<

[30] Tatiana Alexinski, «Souvenirs d'une socialiste», *La Grande Revue*, 27(8) (agosto de 1923), p. 206. <<

[31] Bertram D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution. A Biographical History*, Nueva York, Dial Press, 1948, pp. 219-220 [hay trad. cast.: *Tres que hicieron una revolución*, Barcelona, José Janés, 1956]. <<

[32] A. N. Potrésov, *Posmertnyi sbornik, op. cit.*, pp. 296-297.

<<

[33] P. Struve, en *SR*, vol. 12, n.º 36 (1934), p. 593. <<

[34] M. Gorki, *Lenine et le paysan, op. cit.*, p. 64. <<

[35] *Ibid.*, pp. 83-84. <<

[36] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 346. <<

[37] T. Alexinski, «Souvenirs d'une socialiste», *La Grande Revue*, vol. 27, n.º 9 (septiembre de 1923), p. 459. <<

[38] M. Gorki, *Lenine et le paysan, op. cit.*, pp. 16-17. <<

[39] Karl Marx, *Critique of Hegel's Philosophy of Right*, ed. de J. O'Malley, Cambridge (Inglaterra) y Nueva York, Cambridge University Press, 1970, p. 133 [hay trad. cast.: *Crítica de la filosofía del derecho de Hegel*, Buenos Aires, Ediciones del Signo, 2004]. <<

[40] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 15, pp. 296-297 [hay trad. cast.: «Informe al V Congreso del POSDR con motivo de la escisión en Petersburgo y del tribunal de partido instituido por esa causa», en *Obras completas*, vol. 12, Madrid, Akal, 1976, p. 409]. <<

[41] N. K. Tajtarev, en *Biloye*, n.º 24 (1924), p. 22. <<

[42] La primera estancia de Lenin en San Petersburgo (1893-1897) se describe en Richard Pipes, *Social-Democracy and the St. Petersburg Labor Movement, 1885-1897*, Cambridge, Harvard University Press, 1963. <<

[43] Gueorgui V. Plejánov, *Perepiska G. V. Plejanova i P. B. Akselroda*, vol. 1, Moscú, Izd. R. M. Plejanovoi, 1925, p. 271. <<

[44] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 1, pp. 279-280, y vol. 2, pp. 433-470. <<

[45] *Ibid.*, vol. 2, p. 84. <<

[46] K. Radek, en *Rabochaya Moskva*, n.º 92/656 (22 de abril

de 1924). <<

[47] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 2, p. 104 [hay trad. cast.: «Proyecto y explicación del programa del Partido Socialdemócrata», en *Obras completas*, vol. 2, Madrid, Akal, 1974]. <<

[48] *Ibid.*, pp. 84 y 101-102. <<

[49] R. Pipes, *Struve. Liberal on the Left, op. cit.*, pp. 223-226. <<

[50] *Ibid.*, pp. 227-232. <<

[51] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 4, pp. 193-194. <<

[52] *Ibid.*, p. 373 [hay trad. cast.: «Tareas urgentes de nuestro movimiento», en *Obras completas*, vol. 4, Madrid, Akal, 1974]. <<

[53] Los antecedentes de estas negociaciones se describen en R. Pipes, *Struve. Liberal on the Left, op. cit.*, pp. 260-270. <<

[54] *Ibid.*, p. 276. <<

[55] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, p. 40 [hay trad. cast.: «Sobre las ilusiones constitucionalistas», en *Obras completas*, vol. 25, Buenos Aires, Cartago, 1958]. <<

[56] Para más información, véanse V. A. Tvardovskaya, «Organizatsionniye osnovi "Narodnoi Voli"», *IZ*, n.º 67 (1960), pp. 103-144; S. S. Volk, *Narodnaya volia, 1879-1882*, Moscú y Leningrado, Nauka, 1966, pp. 250-277, y Franco Venturi, *Roots of Revolution*, Nueva York, 1960, pp. 650-653. <<

[57] S. S. Volk, *Narodnaya volia, op. cit.*, pp. 254-255. <<

[58] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 8, pp. 384-385. <<

[59] S. S. Volk, *Narodnaya volia, op. cit.*, pp. 203-212. <<

[60] Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, Nueva York, Random House, 1960, p. 49. <<

[61] *Ibid.*, pp. 58-59. <<

[62] *Ibid.*, p. 61. <<

[63] N. [L.] Trotski, *Nashi politicheskiye, op. cit.*, p. 93. <<

[64] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 8, p. 370. <<

[65] Pável B. Axelrod, carta a Karl Kautsky, junio de 1904, citado en Abraham Ascher, *Pavel Axelrod and the Development of Menshevism*, Cambridge, Harvard University Press, 1972, p. 211. <<

[66] L. Mártov, *Spasiteli ili uprazdniteli? Kto i kak rasrushal R.S-D.R.P. = Sauveurs ou destructeurs?*, París, Imp. Gnatovsky, 1911, p. 3. <<

[67] Zbynek A. B. Zeman y Winfried B. Scharlau, *The Merchant of Revolution. The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus), 1867-1924*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1965, p. 76. <<

[68] V. I. Lenin, en *LS*, vol. 5 (1926), pp. 456-459 [hay trad. cast.: «Tareas de los destacamentos del Ejército Revolucionario», en *Obras completas*, vol. 9, Madrid, Akal, 1976]. <<

[69] Para más información, véase Oskar Anweiler, *The Soviets. The Russian Workers, Peasants, and Soldiers Councils, 1905-1921*, Nueva York, Pantheon Books, 1974, pp. 76-86. <<

[70] N. Mendeléiev, en *NZh*, n.º 6 (2 de noviembre de 1905), p. 5. <<

[71] O. Anweiler, *The Soviets, op. cit.*, pp. 84-85. <<

[72] Nadezhda K. Krúpskaya, *Vospominania o Lenine*, vol. 1, Moscú y Leningrado, Gozisdat, 1930, p. 120 [hay trad. cast.: *Recuerdo de Lenin*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2015]. <<

[73] L. Schapiro, *The Communist Party, op. cit.*, pp. 86 y 105. <<

[74] La información que sigue se extrae principalmente de D. Lane, *The Roots of Russian Communism. A Social and Historical Study of Russian Social-Democracy 1898-1907*, Assen, Van Gorcum, 1969. <<

[75] L. Schapiro, *The Communist Party, op. cit.*, p. 101. <<

[76] D. Lane, *The Roots of Russian Communism, op. cit.*, p. 21. <<

[77] *Ibid.*, pp. 44-45. <<

[78] *Ibid.*, p. 210. <<

[79] Sobre las primeras manifestaciones de esta actitud, véase R. Pipes, *Social-Democracy and the St. Petersburg, op. cit., passim*. <<

[80] L. M[árt]ov, en *OD*, vol. 3, libro 5, p. 572. <<

[81] O. Anweiler, *The Soviets, op. cit.*, p. 278n. <<

[82] L. M[árt]ov, en *OD*, vol. 3, libro 5, p. 570. <<

[83] *Ibid.*, p. 571. <<

[84] L. Schapiro, *The Communist Party, op. cit.*, p. 76. <<

[85] Véase p. 779. <<

[86] N. K. Krúpskaya, *Vospominania o Lenine, op. cit.*, vol. 1, pp. 107-109. <<

[87] John L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy in Russia*, Oxford, Clarendon Press, 1963, pp. 194-195. <<

[88] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 17, pp. 31-32 [hay trad. cast.: «¡Por el camino trillado!», en *Obras completas*, vol. 15, Madrid, Akal, 1977]. <<

[89] Richard Pipes, *The Formation of the Soviet Union. Communism and Nationalism, 1917-1923*, 2.ª ed, Cambridge, University Press, 1964, pp. 31-33. <<

[90] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 2, p. 452 [hay trad. cast.: «Tareas de

los socialdemócratas rusos», en *Obras completas*, vol. 2, *op. cit.*]. <<

[91] R. Pipes, *The Formation of the Soviet Union, op. cit.*, pp. 35-49. <<

[92] B. D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution, op. cit.*, p. 261, y L. Schapiro, *The Communist Party, op. cit.*, p. 88. <<

[93] J. L. H. Keep, *The Rise of Social Democracy, op. cit.*, pp. 181-182 y 205. <<

[94] Martyn N. Liadov [M. N. Mandelstam] y Sofia M. Pozner, eds., *Leonid Borisovich Krasin («Nikitich»). Godi podpolia*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1928, p. 142. <<

[95] L. Mártov, *Spasiteli ili uprazdniteli?, op. cit.*, pp. 22-23, y B. Bibineishvili, *Kamo*, Moscú, Izd-vo Staryi bolshevik, 1934, pp. 142n-143n. <<

[96] David Shub, *Lenin. A Biography*, Garden City, Doubleday, 1948, pp. 101-102 [hay trad. cast.: *Lenin*, Madrid, Alianza, 1977], y Pável B. Axelrod y L. Mártov, *Pisma P. B. Axelroda i Iu. O. Martova*, Berlín, Russki Revoliutsionni Arjiv, 1924, p. 184. <<

[97] L. Mártov, *Spasiteli ili uprazdniteli?, op. cit., passim*. <<

[98] *Ibid.*, p. 18. <<

[99] Para más información sobre él, véase M. N. Liadov y S. M. Pozner, eds., *Leonid Borisovich Krasin, op. cit.*, y Michael Glenny, «Leonid Krasin. The years before 1917. An outline», *SS*, n.º 22 (1970), pp. 192-221. <<

[100] M. N. Liadov y S. M. Pozner (eds.), *Leonid Borisovich Krasin, op. cit.*, pp. 236-239 y *passim*. <<

[101] D. Shub, *Lenin, op. cit.*, pp. 104-105. <<

[102] D. Wolfe, *Three Who Made a Revolution, op. cit.*, p. 379, y T. Alexinski, «Souvenirs d'une socialiste», *La Grande*

Revue, vol. 27, n.º 9 (septiembre de 1923), pp. 456-457. <<

[103] Para más información, véanse S. Shesternin, «Realizatsiya nasliedstva poslie N. P. Shimidta i moi vstrechi s Leninim», *SB*, n.º 5/8 (1933), pp. 155-156; N. K. Krúpskaya, *Vospominania o Lenine, op. cit.*, vol. 2 (1932), pp. 141-142, y Dietrich Geyer, *Kaustkys russisches Dossier. Deutsche Sozialdemokraten als Treuhänder des russischen Parteivermögens 1910-1915*, Frankfurt y Nueva York, Campus Verlag, 1981, pp. 18-25. <<

[104] D. Geyer, *Kaustkys russisches dossier, op. cit.*, p. 24. <<

[105] T. Alexinski, «Souvenirs d'une socialiste», *loc. cit.*, p. 448. <<

[106] *Padeniye*, vol. 1, p. 315. Para más información sobre él, véase Ralph Carter Elwood, *Roman Malinovsky. A Life without a Cause*, Newtonville, Oriental Research Partners, 1977. <<

[107] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 48, pp. 140 y 133. <<

[108] D. Shub, *Lenin, op. cit.*, p. 117. <<

[109] Mstislav A. Tsiavlovski, *Bolsheviki. Dokumenti po istori bolshevizma s 1903 po 1916 god bivsh. Moskovkogo Ojrannogo Otdielenia*, Moscú, Zadruga, 1918, p. xiii. <<

[110] Vladímir Búrtsev, «Lenine and Malinovsky», *Struggling Russia*, vol. 1, n.os 9-10 (1919), p. 139. <<

[111] Alexánder I. Spiridóvich, *Istoria Bolshevizma v Rossi*, París, Société Anonyme de Presse, de Publicité et d'Éditions, 1922, p. 260. <<

[112] V. Búrtsev, «Lenine and Malinovsky», *op. cit.*, p. 139. <<

[113] M. A. Tsiavlovski, *Bolsheviki, op. cit.*, p. xiv. Véase, por ejemplo, su discurso del 7 de diciembre de 1912, en Duma Estatal, *Stenograficheskiye Otchoti*, soziv IV, sessia I,

zasedaniye 8, San Petersburgo, s. n., 1913, pp. 313-327. <<

[114] *Padeniye*, vol. 3, pp. 281 y 286; A. I. Spiridóvich, *Istoria Bolshevizma, op. cit.*, p. 258, y V. Búrtsev, en *Padeniye*, vol. 1, p. 316. Se puede encontrar una instrucción policial del invierno de 1916-1917 en B. Y. Nalivaiski, ed., *Petrogradski Soviet Rabochij i Soldatskij Deputatov. Protokoli Zasedani Isponitelnogo Komiteta i Biuro Isponitelnogo Komiteta*, Moscú y Leningrado, Gosizdat, 1925, pp. 312-313. <<

[115] A. I. Spiridóvich, *Istoria Bolshevizma, op. cit.*, p. 231. <<

[116] Sobre esta organización y sus actividades, véase Z. A. B. Zeman y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution, op. cit.*, pp. 132-136. <<

[117] Teophil Hornykiewicz, ed., *Ereignisse in der Ukraine, 1914-1922. Deren Bedeutung und historische Hintergründe*, vol. 1, Filadelfia, W. K. Lypynsky East European Research Institute, 1966, p. 183. <<

[118] Documento inédito en el Archivo Central del Partido, resumido en Vladímir I. Lenin, *Jronika*, vol. 3, p. 269. <<

[119] V. I. Lenin, *LS*, vol. 2, 1924, p. 180. <<

[120] Documento inédito en el Archivo Central del Partido, resumido en V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 3, p. 273. Sobre estos sucesos, véanse Jacob Ganietski, en *LS*, vol. 2, 1924, pp. 173-187, y N. K. Krúpskaya, *Vospominania o Lenine, op. cit.*, vol. 1, pp. 212-216. <<

[121] Olga Hess Gankin, *The Bolsheviks and the World War. The Origins of the Third International*, Stanford, Stanford University Press, 1940, pp. 54-55. <<

[122] *Ibid.*, p. 59. <<

[123] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 48, p. 155. <<

[124] *Ibid.*, vol. 26, pp. 1-7 [hay trad. cast.: «Las tareas de la socialdemocracia revolucionaria en la guerra europea», en

Obras completas, vol. 22, Madrid, Akal, 1977]. <<

[125] *Ibid.*, vol. 49, p. 15 (carta a Alexánder G. Shliápnikov, 17 de octubre de 1914). <<

[126] Despacho de enero de 1915, en Zbynek A. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918. Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1958, pp. 1-2. <<

[127] Sobre el encuentro de Parvus con Lenin, véase Z. A. B. Zeman y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution, op. cit.*, pp. 157-159. <<

[128] *Ibid.*, pp. 158-159. <<

[129] Z. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution, op. cit.*, pp. 11-13, y Alexánder G. Shliápnikov, *Kanun syemnadtsatogo goda*, 3.ª ed., vol. 1, Moscú, Gozisdat, 1923, primera parte, p. 154. <<

[130] Tal como afirma Julius Braunthal, *History of the International*, vol. 2, Nueva York y Washington, Praeger, 1967. <<

[131] O. H. Gankin, *The Bolsheviks and the World War, op. cit.*, pp. 329-333. <<

[132] *Ibid.*, pp. 333-337 y 347-349. <<

[133] *Ibid.*, p. 422; las cursivas son del autor. <<

[134] *Ibid.*, pp. 426-427; las cursivas son del autor. <<

[135] *Ibid.*, p. 461. <<

[136] Sobre su período suizo, véase D. Shub, *Lenin, op. cit.*, pp. 143-153. <<

[137] Gueorgui A. Solomon, *Lenin i ego semia (Ulianovi)*, París, Imprimerie des Travailleurs Intellectuels, 1931, p. 78 [hay trad. cast.: *Lenin. Los Ulianoff*, Madrid, Fax, 1932]. <<

[138] Bertram D. Wolfe, *Strange Communists Whom I Have Known*, Nueva York, Stein and Day, 1965, pp. 138-164, y A. Balabánova, *Impressions of Lenin, op. cit.*, p. 14. <<

[139] A. G. Shliápnikov, *Kanun syemnadtsatogo goda, op. cit.*, segunda parte, pp. 37-44. <<

[140] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 30, p. 328. <<

[1] M. Bronski, «Uchastiye Lenina v shveitsarskom rabochiem dvizheni», *PR*, n.º 4/27 (1924), pp. 30-39. <<

[2] *Neue Zürcher Zeitung*, n.º 458 (15 de marzo de 1917), p. 2, y Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 49, pp. 398-399. <<

[3] *Ibid.*, p. 399. <<

[4] *Ibid.*, vol. 31, p. 491. <<

[5] Werner Hahlweg, *Lenins Rückkehr nach Russland, 1917. Die deutschen Akten*, Leiden, E. J. Brill, 1957, pp. 15-16; V. I. Lenin, *PSS*, vol. 49, p. 406, y Grigori Y. Zinóviev, *God revoliutsi*, vol. 2, Leningrado, s. n., 1926, p. 503. <<

[6] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 31, p. 7 [hay trad. cast.: «Telegrama a los bolcheviques que regresan a Rusia», en *Obras completas*, vol. 24, Madrid, Akal, 1977, p. 330]. <<

[7] Alexánder G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god*, 2.ª ed., Moscú, vol. 1, p. 99, y Eduard N. Burdzhalov, en *VI*, n.º 4 (1956), p. 39n. <<

[8] Alexánder G. Shliápnikov, *Kanun syemnadtsatogo goda*, 3.ª ed., segunda parte, pp. 35-42. <<

[9] E. N. Burdzhalov, en *VI*, n.º 4 (1956), p. 40, y Praskovia F. Kudelli, ed., *Pervyi legalnyi Peterburgski Komitet Bolshevikov v 1917 g.*, Moscú y Leningrado, Gosudarstvennlye izd-vo, 1927. <<

[10] E. N. Burdzhalov, en *VI*, n.º 4 (1956), pp. 41-42, e *Izvestia*, n.º 7 (6 de marzo de 1917), p. 6. <<

[11] Lev B. Kámenev, *Pravda*, n.º 9 (15 de marzo de 1917), p. 1, y Iósif Stalin, *Pravda*, n.º 10 (16 de marzo de 1917), p. 2, reeditado en *Sochinenia*, vol. 3, Moscú, Ogiz Gos. izd-vo politicheskoi literaturi, 1946, pp. 4-8. <<

[12] A. G. Shliápnikov, *Semnadtsatyi god, op.cit.*, vol. 2, pp. 185-186. <<

[13] P. F. Kudelli, ed., *Pervyi legalnyi, op. cit.*, p. 50. <<

[14] *Revoliutsia*, vol. 1, p. 147. <<

[15] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 31, pp. 11-33 [hay trad. cast.: «Cartas desde lejos», en *Obras completas*, vol. 24, *op. cit.*]. <<

[16] Lev B. Kámenev, *Pravda*, n.º 14 (21 de marzo de 1917), pp. 2-3, continuado en n.º 15 (22 de marzo de 1917), p. 2, y E. N. Burdzhalov, en *VI*, n.º 4 (1956), p. 49. <<

[17] W. Hahlweg, *Lenins Rückkehr, op. cit.*, p. 10. <<

[18] General Max Hoffmann, *Der Krieg der versäumten Gelegenheiten*, Munich, Verlag für Kulturpolitik, 1923, p. 174. <<

[19] Borís V. Nikitin, *Rokoviye godi. Novya pokazania uchastnika*, París, Éditeurs Réunis, 1937, p. 108. <<

[20] Z. A. B. Zeman y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution. The Life of Alexander Israel Helphand (Parvus), 1867-1924*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1965, pp. 207-208. <<

[21] Philipp Scheidemann, *Memoiren eines Sozialdemokraten*, Dresde, C. Reissner, 1930, pp. 427-428. <<

[22] W. Hahlweg, *Lenins Rückkehr, op. cit.*, p. 47. Memorándum fechado el 2 de abril [20 de marzo] de 1917. <<

[23] *Ibid.*, pp. 49-50. Telegrama del 3 de abril [21 de marzo], probablemente con referecia a la primera «Carta desde lejos» de Lenin, publicada en *Pravda* ese día. Véase también *ibid.*, pp. 51-54. <<

[24] *Ibid.*, p. 10. <<

[25] Vladímir I. Lenin, en *LS*, vol. 2 (1924), pp. 389-390, y *PSS*, vol. 31, p. 498. <<

[26] W. Hahlweg, *Lenins Rückkehr, op. cit.*, p. 28. <<

[27] Z. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution in Russia,*

1915-1918. Documents from the Archives of the German Foreign Ministry, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1958, p. 24, y V. I. Lenin, en *LS*, vol. 2 (1924), p. 390. <<

[28] Richard M. Watt, *Dare Call It Treason. The True Story of the French Army Mutinies of 1917*, Nueva York, Simon & Schuster, 1963, p. 138. <<

[29] Fritz Platten, *Die Reise Lenins durch Deutschland*, Berlín, Peuvag, 1924, p. 56; *Izvestia*, n.º 32 (5 de abril de 1917), p. 2, y G. Y. Zinóviev, *God revoliutsi, op. cit.*, vol. 2, p. 503. <<

[30] Karl Radek, «Planting the Bolshevist bacillus in Russia», *The Living Age*, n.º 4.051) (25 de febrero de 1922), p. 451. <<

[31] W. Hahlweg, *Lenins Rückkehr, op. cit.*, pp. 99-100; J. Görgen, en *Weltspiel* (Berlín), n.º 12.632 (12 de abril de 1987), y Vladímir I. Lenin, *Jronika*, vol. 4, pp. 45-46. <<

[32] Z. A. B. Zeman y W. B. Scharlau, *The Merchant of Revolution, op. cit.*, pp. 217-219. <<

[33] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian Provisional Government, 1917*, New Haven, Yale University Press, 1976, p. 119. <<

[34] *Izvestia*, n.º 32 (5 de abril de 1917), p. 1. <<

[35] Nikolái Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, Berlín, San Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922, vol. 3, pp. 26-27. <<

[36] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 31, pp. 72-78 [hay trad. cast.: «Informe en una reunión de delegados bolcheviques a la Conferencia de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de Todas las Rusias», en *Obras completas*, vol. 24, *op. cit.*], y *Sochinenia*, vol. 20, p. 640. <<

[37] *Pravda*, n.º 25 (6 de abril de 1917), p. 1. <<

[38] E. N. Burdzhalov, en *VI*, n.º 4 (1956), p. 51. <<

[39] P. F. Kudelli, ed., *Pervyi legalnyi, op. cit.*, p. 88. <<

[40] E. N. Burdzhalov, en *VI*, n.º 4 (1956), p. 52. <<

[41] Z. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution, op. cit.*, p. 51. <<

[42] Curzio Malaparte, *Coup d'État. The Technique of Revolution*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1932, p. 220 [hay trad. cast.: *Técnicas de golpe de Estado*, Barcelona, Backlist, 2009]. <<

[43] Irakli G. Tsereteli, *Vospominania o Fevralskoi Revoliutsi*, París y La Haya, Mouton, 1963, vol. 2, p. 302. <<

[44] Karl Marx, carta del 12 de abril de 1871 al doctor Kugelmann, citada en V. I. Lenin, *PSS*, vol. 33, p. 37 [hay trad. cast.: *Cartas a Kugelmann*, Barcelona, Península, 1974, citada en *El Estado y la revolución*, en *Obras*, vol. 7, *1917-1918*, Moscú, Progreso, 1973]. <<

[45] Vladímir I. Lenin, 8 de abril de 1917 (NE), en *PSS*, vol. 31, pp. 91-92 [hay trad. cast.: «Carta de despedida a los obreros suizos», en *Obras completas*, vol. 24, *op. cit.*, p. 414]. <<

[46] Véase Hans Delbrück, *Geschichte der Kriegskunst*, Berlín, G. Stilke, 1920, vol. 4, p. 492-494, y Georges Lefebvre, *Napoleon, from 18 Brumaire to Tilstit, 1799-1807*, vol. 1, Nueva York, Columbia University Press, 1969, pp. 230-231. <<

[47] Citado en V. I. Lenin, *PSS*, vol. 45, p. 381. <<

[48] Gustave Le Bon, *The Crowd. A Study of the Popular Mind*, Londres, E. Benn, 1952, p. 73 [hay trad. cast.: *Psicología de las masas*, Madrid, Morata, 1983]. <<

[49] Elias Canetti, *Crowds and Power*, edición revisada, Harmondsworth y Nueva York, Penguin, 1973, pp. 24-25 [hay trad. cast.: *Masa y poder*, Barcelona, Muchnik, 1994, pp.

14-15]. <<

[50] Panteleimón Lepeshinski, *Zhiznennyi put Ilicha*, 2.ª ed., Moscú, Proleteri, 1925, p. 44. <<

[51] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, pp. 78-79, y George Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair. Kerensky and the Breakup of the Russian Army*, Londres y Nueva York, Longman, 1980, p. 54. <<

[52] V. S. Vasiukov, *Vnieshniaya politika Vremennogo Pravitelstva*, Moscú, Mysl, 1966, p. 124. <<

[53] Alexánder Kérenski, *The Catastrophe. Kerensky's Own Story of the Russian Revolution*, Nueva York y Londres, D. Appleton and Company, 1927, p. 135. <<

[54] Texto en *Revoliutsia*, vol. 2, pp. 247-248. <<

[55] V. S. Vasiukov, *Vnieshniaya politika, op. cit.*, p. 128. <<

[56] Véase su declaración en *NZh*, n.º 5 (23 de abril de 1917), p. 6. <<

[57] Relato de su muerte hecho por Piotr N. Krasnov, en *ARR*, vol. 1 (1921), pp. 105-112. <<

[58] *Revoliutsia*, vol. 2, p. 50. <<

[59] A. Kérenski, *The Catastrophe, op. cit.*, p. 136. <<

[60] E. N. Burdzhalov, en *VI*, n.º 4 (1956), p. 51. <<

[61] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 20, p. 648. Texto en *ibid.*, pp. 608-609, tomado de *Pravda*, n.º 37 (21 de abril de 1917), p. 1; V. I. Lenin, *PSS*, vol. 31, pp. 291-292. <<

[62] P. F. Kudelli, ed., *Pervyi legalnyi, op. cit.*, pp. 92-94. <<

[63] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 31, pp. 309-311. <<

[64] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 4, p. 107. <<

[65] La cifra es de G. N. Golikov e Y. S. Tokarev, «Aprelski krizis 1917 g»., *IZ*, n.º 57 (1956), p. 51. <<

[66] *KL*, n.º 7 (1923), p. 91, y Fiódor F. Raskólnikov, *Na boyevij postaj revoliutsionnij boyev*, Moscú, Voyenizdat, 1964, p. 69. <<

[67] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 4, pp. 106-110. <<

[68] Pável N. Miliukov, *Istoria Vtoroi Russkoi Revoliutsi*, vol. 1, primera parte, Sofía, Rossisko-Bolgarskoye kn-vo, 1921, vol. 1, primera parte, pp. 98-99. <<

[69] *Revoliutsia*, vol. 2, p. 57. <<

[70] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 31, p. 361. <<

[71] *Ibid.*, vol. 34, p. 216. <<

[72] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 3, p. 299. <<

[73] *Revoliutsia*, vol. 2, p. 74. <<

[74] *Ibid.*, p. 82. <<

[75] Alexánder I. Guchkov, en *PN*, n.º 5.668 (30 de septiembre de 1936), p. 2. <<

[76] I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 1, pp. 135-136. <<

[77] *Revoliutsia*, vol. 2, p. 95. <<

[78] *Ibid.*, pp. 98-99, e *ibid.*, vol. 3, pp. 13-14. <<

[79] Crane Brinton, *The Anatomy of Revolution*, Nueva York, W. W. Norton, 1938, pp. 163-171 [hay trad. cast.: *Anatomía de la revolución*, 2.ª ed., Madrid, Aguilar, 1962, pp. 172 y 176]. <<

[80] Marc Ferro, «The birth of the Soviet bureaucratic system», en Ralph Carter Elwood, ed., *Reconsiderations on the Russian Revolution*, Cambridge, Slavica Publishers, 1976, pp. 100-132. <<

[81] John L. H. Keep, *The Russian Revolution. A Study in Mass Mobilization*, Londres, Weidenfeld and Nicolson, 1976, p. 79. <<

[82] Resolución en Pável N. Amasov *et al., Oktiabrskaya revoliutsia i Fabzavkomi*, vol. 1, Moscú, Izd-vo VTSSPS, 1927, pp. 22-24. <<

[83] *Ibid.*, p. 6. <<

[84] Paul H. Avrich, «Russian factory committees in 1917», *Jahrbücher*, vol. 11, n.º 2 (1963), pp. 166-168, y *Revoliutsia*, vol. 2, pp. 231-233. <<

[85] V. Malajovski, «Kak sozdavalas rabochaya krasnaya gvardia. Zadachi izuchenia istori krasnoi gvardi», *PR*, n.º 10/93 (1929), pp. 29-31. <<

[86] *Revoliutsia*, vol. 2, pp. 82-84. <<

[87] V. Malajovski, «Kak sozdavalas», *op. cit.*, p. 31. <<

[88] Dmitri A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v maye-iune 1917 goda. Iunskaya demonstratsia*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1959, p. 488. <<

[89] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 4, pp. 289-290. <<

[90] Institut Marksizma-Leninizma pri TSK KPSS, *Shestoi sezd RSDRP (bolshevikov), avgust 1917 goda. Protokoli*, Moscú, Gos. izd-vo polit. lit-ri, 1958, pp. 147-150; *PR*, n.º 5/17 (1923), pp. 287-288, y V. P. Budnikov, *Bolshevistskaya partinaya pechat v 1917 g.*, Járkov, Izd-vo Jarkovskogo universiteta, 1959, *passim*. <<

[91] *Soldatskaya Pravda*, n.º 1 (15 de abril de 1917), p. 1. <<

[92] Z. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution, op. cit.*, p. 94. <<

[93] Eduard Bernstein, en *Vorwärts* (14 de enero de 1921), p. 1. <<

[94] Alexánder Kérenski, *The Crucifixion of Liberty*, Nueva York, The John Day Company, 1934, pp. 325-326, y B. V.

Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, pp. 116-117. <<

[95] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, p. 117. <<

[96] A. Kérenski, *The Crucifixion, op. cit.*, p. 326. <<

[97] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, pp. 112-114, donde también hay otros ejemplos. Véase también V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 21, p. 570. <<

[98] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, p. 107. <<

[99] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 49, pp. 437-438. <<

[100] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, pp. 109-110. <<

[101] A. Kérenski, *The Catastrophe, op. cit.*, p. 209. <<

[102] V. S. Vasiukov, *Vnieshniaya politika, op. cit.*, p. 191. <<

[103] E. H. Wilcox, *Russia's Ruin*, Londres, Chapman & Hall, 1919, p. 196. <<

[104] *Ibid.*, p. 197, citando a V. I. Nemirovich-Danchenko. <<

[105] Alexánder Kérenski, *Russia and History's Turning Point*, Nueva York, Duell, Sloan and Pearce, 1965, p. 277. <<

[106] W. H. Chamberlin, *The Russian Revolution, 1917-1921*, Nueva York, The Macmillan Company, 1935, vol. 1, p. 152. <<

[107] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v maye, op. cit.*, p. 486. <<

[108] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 4, pp. 317-318. <<

[109] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v maye, op. cit.*, pp. 485-487. <<

[110] *Soldatskaya Pravda*, 10 de junio de 1917, citado en Alexánder Rabinowitch, *Prelude to Revolution. The Petrograd Bolsheviks and the July 1917 Uprising*, Bloomington, Indiana University Press, 1968, p. 69. <<

[111] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 4, pp. 307-310, e I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 2, p. 228. <<

[112] *Pravda*, n.º 80 (13 de junio de 1917), p. 1. <<

[113] I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 2, pp. 52-54. <<

[114] C. R. M. F. Cruttwell, *A History of the Great War, 1914-1918*, 2.ª ed., Oxford, Clarendon Press, 1936, pp. 630-632, y Tsentralnoye Statisticheskoye Upravleniye, Otdiel Voyennoi Statistiki, *Rossia v Mirovoi, op. cit.*, p. 4n. <<

[115] Tsentralnoye Statisticheskoye Upravleniye, Otdiel Voyennoi Statistiki, *Rossia v Mirovoi, op. cit.*, p. 4, y Yuri A. Poliakov, *Sovietskaya strana poslye okonchania grazhdanskoi voini*, Moscú, Nauka, 1986, p. 99. <<

[116] L. G. Beskrovnyi, *Armia i flot Rossi v nachale* XX *veka*, Moscú, Nauka, 1986, p. 17. <<

[117] Calculado sobre la base de cifras de las fuentes citadas en las notas 114, 115 y 116. <<

[118] Alexánder G. Shliápnikov, «Iulskiye dni v Petrograde», *PR*, n.º 4/51 (1926), p. 59. <<

[119] P. Stulov, «Pervyi pulemetnyi polk v iulskiye dni 1917 g»., *KL*, n.º 3/36 (1930), pp. 65-66, e I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 2, p. 270. <<

[120] P. Stulov, «Pervyi pulemetnyi polk», *op. cit.*, p. 70. <<

[121] *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 6. <<

[122] A. G. Shliápnikov, «Iulskiye dni v Petrograde», *op. cit.*, p. 56. <<

[123] *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 7. <<

[124] *Revoliutsia*, vol. 3, p. 110. <<

[125] Fiódor F. Raskólnikov, *Pravda*, n.º 159 (16 de julio de 1927), p. 3, y n.º 168 (27 de julio de 1927), p. 3; véase también,

del mismo autor, *Kronstadt i Piter v 1917 godu*, Moscú y Leningrado, Izd-vo polit. lit-ri, 1925. <<

[126] *Revoliutsia*, vol. 3, pp. 84, 105 y 108. <<

[127] P. Stulov, «Pervyi pulemetnyi polk», *op. cit.*, p. 93. <<

[128] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 4, p. 266, y Vladímir D. Bonch-Bruevich, *Na boyevik postaj fevralskoi i oktiabrskoi revoliutsi*, Moscú, Federatsia, 1930, p. 58 [hay trad. cast.: *En los puestos de combate de la revolución*, Madrid, Cenit, 1931]. <<

[129] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, p. 111. <<

[130] *Ibid.*, pp. 115-116. <<

[131] *Ibid.*, pp. 120 y 122-123. <<

[132] V. D. Bonch-Bruevich, *Na boyevik postaj, op. cit.*, pp. 87-90, y B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, pp. 123-125. <<

[133] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, pp. 115-116. <<

[134] *Pravda*, n.º 98 (4 de julio de 1917), citado en Oleg N. Znamenski, *Iulski krizis 1917 goda*, Moscú y Leningrado, Nauka, 1964, p. 47. <<

[135] *Pravda*, n.º 96 (2 de julio de 1917), citado en A. Rabinowitch, *Prelude to Revolution, op. cit.*, p. 139; *Revoliutsia*, vol. 3, pp. 305-306, y V. Vladimírova, «Iulskiye dni 1917 goda», *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 9. <<

[136] *Revoliutsia*, vol. 3, p. 305, y O. N. Znamenski, *Iulski krizis, op. cit.*, p. 47. <<

[137] P. Stulov, «Pervyi pulemetnyi polk», *op. cit.*, p. 96. <<

[138] G. Veinberg, en *Petrogradskaya Pravda*, n.º 149 (17 de julio de 1921), p. 3. <<

[139] L. Trotski, *The History of the Russian Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 13. <<

[140] P. Stulov, «Pervyi pulemetnyi polk», *op. cit.*, p. 97-98. <<

[141] Dmitri A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule 1917 g. Iulski krizis*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1959, y B. I. Kochakov, «Sostav Petrogradskogo garnizona v 1917 g»., *Uchoniye Zapiski Leningradskogo Gosudarstvennogo Universiteta*, n.º 205 (1956), pp. 65-66. <<

[142] P. Stulov, «Pervyi pulemetnyi polk», *op. cit.*, p. 101, y P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, primera parte, p. 243. <<

[143] Institut Marksizma-Leninizma pri TSK KPSS, *Shestoi sezd RSDRP, op. cit.*, p. 17; véase también V. Vladímirova, «Iulskiye dni», *op. cit.*, p. 11. <<

[144] L. Trotski, *The History of the Russian Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 20. <<

[145] *Revoliutsia*, vol. 3, p. 132. <<

[146] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule, op. cit.*, pp. 90-91. Véase Fiódor F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), pp. 53-58. <<

[147] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule, op. cit.*, p. 91, y F. F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 55. <<

[148] V. Vladímirova, «Iulskiye dni», *op. cit.*, pp. 20-21. <<

[149] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian, op. cit.*, p. 146. <<

[150] A. Sobolev, en *Rech*, n.º 155/3.897 (5 de julio de 1917), p. 1. <<

[151] I. P. Flerovski, «Iuliski politicheski urok», en *PR*, 7/54 (1926), pp. 73-75, y N. Arski, en *Sbornik Perezhitoye*, vol. 1, Moscú, s. n., 1918, p. 36. <<

[152] F. F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 59, y B. Yelov, «Posle iulskij sobiti», en *KL*, n.º 7 (1923), p. 101. <<

[153] V. Vladímirova, «Iulskiye dni», *op. cit.*, p. 13. <<

[154] Testimonio de Vladímir I. Nevski, *Revoliutsia*, vol. 3, p. 135; véase también V. Vladímirova, «Iulskiye dni», *op. cit.*, p. 17. <<

[155] A. Rabinowitch, *Prelude to Revolution, op. cit.*, p. 281. <<

[156] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule, op. cit.*, p. 19. <<

[157] A. Rabinowitch, *Prelude to Revolution, op. cit.*, pp. 174-175. <<

[158] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 32, pp. 408-409. <<

[159] A. Rabinowitch, *Prelude to Revolution, op. cit.*, p. 180. <<

[160] *Revoliutsia*, vol. 3, p. 140. <<

[161] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule, op. cit.*, pp. 39-40. <<

[162] F. F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), pp. 61-62. La cifra está en B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, p. 131. <<

[163] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule, op. cit.*, p. 96. Véase V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 23-24, e I. P. Flerovski, «Iuliski politicheski urok», *op. cit.*, p. 77. <<

[164] *Pravda*, n.º 99 (5 de julio de 1917), en V. Vladímirova, «Iulskiye dni», *op. cit.*, p. 36. <<

[165] F. F. Raskólnikov, en *PR*, n.o 5/17 (1923), p. 71, y Grigori Y. Zinóviev, «Lenin i iulskiye dni», *PR*, n.os 8-9/67-68 (1927), p. 62. <<

[166] D. A. Chugaeev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule, op. cit.*, p. 49. <<

[167] *NV*, n.º 118/142 (16 de julio de 1918), p. 1. <<

[168] A. Rabinowitch, *Prelude to Revolution, op. cit.*, pp. 195-

196. <<

[169] *Revoliutsia*, vol. 3, p. 151. <<

[170] G. Y. Zinóviev, «Lenin i iulskiye dni», *op. cit.*, p. 62. <<

[171] Fiódor F. Raskólnikov, *Pravda*, 160/3.692 (17 de julio de 1927), p. 3. <<

[172] Pável N. Perevérzev, en *NoV*, n.º 14.822 (9 de julio de 1917), p. 4. <<

[173] *NZh*, n.º 68 (7 de julio de 1917), p. 3. <<

[174] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v iule, op. cit.*, p. 290. <<

[175] B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, pp. 153-154. <<

[176] V. D. Bonch-Bruevich, *Na boyevik postaj, op. cit.*, pp. 87-90. <<

[177] *Zhivoye slovo*, n.º 51/404 (5 de julio de 1917), p. 2. Texto también en V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 21, pp. 509-510. <<

[178] I. G. Tsereteli, *Vospominania, op. cit.*, vol. 1, p. 91. <<

[179] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 4, pp. 440-443. <<

[180] F. F. Raskólnikov, en *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 72. Véase también B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, p. 149. <<

[181] L. Trotski, *O Lenine, op. cit.*, p. 58. <<

[182] *NoV*, n.º 14.821 (8 de julio de 1917), p. 2. <<

[183] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 4, pp. 281-282, y B. V. Nikitin, *Rokoviye godi, op. cit.*, p. 151. <<

[184] Piotr A. Polovstoff, *Glory and Downfall. Reminiscences of a Russian General Staff Officer*, Londres, G. Bell, 1935, pp. 256-258; *Revoliutsia*, vol. 3, p. 167, y *Zhivoye Slovo*, n.º 52/406 (6 de julio de 1917), p. 1. <<

[185] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 21, p. 470. <<

[186] *NV*, n.º 118/142 (16 de julio de 1918), p. 1. <<

[187] *NZh*, n.º 70 (9 de julio de 1917), p. 1. <<

[188] Stróyev, en *NZh*, n.º 68 (7 de julio de 1917), p. 1. <<

[189] V. Vladímirova, «Iulskiye dni», *op. cit.*, p. 44. <<

[190] F. F. Raskólnikov, *PR*, n.º 5/17 (1923), p. 78. <<

[191] Alexánder G. Shliápnikov, «Iulskiye dni v Petrograde», *PR*, n.º 5/52 (1926), p. 24. <<

[192] *NZh*, n.º 71 (11 de julio de 1917), p. 3, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 32, pp. 414-418 y 424-426, y vol. 34, pp. 22-23. <<

[193] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 32, pp. 433-434, y vol. 34, pp. 8-9 y 459-460. <<

[194] G. Y. Zinóviev, «Lenin i iulskiye dni», *op. cit.*, p. 68. <<

[195] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 4, p. 277. <<

[196] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 4, pp. 480-481. <<

[197] A. Kérenski, *The Catastrophe, op. cit.*, p. 240. <<

[198] Richard Abraham, *Alexander Kerensky. The First Love of the Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, 1987, p. 244. <<

[199] *Revoliutsia*, vol. 3, p. 178. <<

[200] Serguéi Petróvich Melgunov, *Sudba Imperatora Nikolaya II poslie otrechenia. Istoriko-kriticheskiye ocherki*, París, La Renaissance, 1951, p. 180. <<

[201] *Ibid.*, pp. 192-201. <<

[202] *Ibid.*, p. 179. <<

[203] L. Trotski, *O Lenine, op. cit.*, p. 59. <<

[1] Alexánder Kérenski, *The Catastrophe. Kerensky's Own Story of the Russian Revolution*, Nueva York y Londres, D. Appleton and Company, 1927, p. 318. <<

[2] Alexánder Kérenski, *The Prelude to Bolshevism. The Kornilov Rising*, Nueva York y Londres, Dodd, Mead and Company/T. F. Unwin, 1919, pp. xiii, y Dmitri A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g. Razgrom Kornilovskogo miatezha*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1959, p. 429. <<

[3] Zinaida Gippius, *Siniaya kniga. Peterburgski dnevnik, 1914-1918*, Belgrado, Tip. Radenkovicha, 1929, p. 152. <<

[4] Yevgueni I. Martínov, *Kornilov. Popitka voyennogo perevorota*, Leningrado, Izs. voyennoi tip. upr. delami Nkvm RVS SSSR, 1927, pp. 33-34. <<

[5] Alexánder Kérenski, *Dielo Kornilova po stenogramme doprosa A. F. Kerenskago sledstvennoi komissiei*, Yekaterinoslav, Izdatelskago i knigotorgovago kooperativnago t-va, 1918, pp. 20-21. <<

[6] Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, p. 36. <<

[7] *Ibid.*, p. 34. <<

[8] Borís Sávinkov, *K dielu Kornilova*, París, Imp. Union, 1919, pp. 13-14. <<

[9] *Ibid.*, p. 15, y Pável N. Miliukov, *Istoria Vtoroi Russkoi Revoliutsi*, vol. 1, segunda parte, Sofía, Rossisko-Bolgarskoye kn-vo, 1921, p. 105. <<

[10] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 23; B. Sávinkov, *K dielu, op. cit.*, pp. 15-16, y P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 99. <<

[11] *Revoliutsia*, vol. 4, pp. 69-70. <<

[12] *Ibid.*, p. 54. <<

[13] B. Sávinkov, *K dielu, op. cit.*, p. 15. <<

[14] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, pp. 56-57, y *The Catastrophe, op. cit.*, p. 318. <<

[15] B. Sávinkov, *K dielu, op. cit.*, pp. 12-13, y George Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair. Kerensky and the Breakup of the Russian Army*, Londres y Nueva York, Longman, 1980, p. 54. <<

[16] Alexánder S. Lukomski, *Vospominania Generala A. S. Lukomskogo*, Berlín, O. Kirhner i Co., 1922, vol. 1, p. 227. <<

[17] G. Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair, op. cit.*, p. 170. <<

[18] A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, pp. 228 y 232. <<

[19] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 429. <<

[20] *Ibid.*, pp. 429-430. <<

[21] *Revoliutsia*, vol. 4, pp. 37-38, y A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, p. 224-225. <<

[22] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, pp. 107-108, y Trubetskoi, en *Obscheye Dielo*, n.º 8 (4 de octubre de 1917), citado en Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, p. 53. <<

[23] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 81, y Z. Gippius, *Siniaya kniga, op. cit.*, pp. 164-165. <<

[24] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, pp. 56-57. <<

[25] Citado en *DN*, n.º 135 (24 de agosto de 1917), p. 1. <<

[26] *NZh*, n.º 110 (25 de agosto de 1917), p. 1. <<

[27] Nikolái N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia v 1917-1918 gg.*, vol. 1, segunda parte, Tallin, s. n., 1937, p. 15. <<

[28] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 62. <<

[29] Del testimonio de Sávinkov en *Revoliutsia*, vol. 4, p. 85. <<

[30] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 158. <<

[31] Las actas de la reunión, tomadas por Sávinkov, se reproducen en D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, pp. 421-423. Otras actas, firmadas por Kornílov y dos generales, aparecen en G. Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair, op. cit.*, pp. 176-178. Los recuerdos de Sávinkov, en B. Sávinkov, *K dielu, op. cit.*, pp. 20-23. <<

[32] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 175, y D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 422. <<

[33] Borís Sávinkov, en *RS*, n.º 207 (10 de septiembre de 1917), p. 3. <<

[34] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 178. <<

[35] Citado en *ibid.*, p. 202, del testimonio de Kornílov; véase también *Revoliutsia*, vol. 4, p. 91. <<

[36] Y. I. Martínov, *Kornilov, op. cit.*, p. 94; véase también P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 202. <<

[37] A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, p. 238. <<

[38] *Ibid.*, pp. 237-238. <<

[39] *Ibid.*, p. 232. <<

[40] Irakli G. Tsereteli, *Vospominania o Fevralskoi Revoliutsi*, vol. 1, París y La Haya, Mouton, 1963, pp. 108-109; Vladímir D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian Provisional Government, 1917*, New Haven, Yale University Press, 1976,

p. 90, y G. Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair, op. cit.*, p. 85. <<

[41] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 85. <<

[42] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 427. <<

[43] G. Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair, op. cit.*, p. 179, y A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, pp. 238-239. <<

[44] *Ibid.*, pp. 238-239. <<

[45] B. Sávinkov, en *RS*, n.º 207 (10 de septiembre de 1917), p. 3. <<

[46] G. Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair, op. cit.*, pp. 179-180. <<

[47] A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, p. 239. <<

[48] *Ibid.*, p. 241, y D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 432. <<

[49] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 442. <<

[50] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 88. <<

[51] G. Katkov, *Russia, 1917, the Kornilov Affair, op. cit.*, pp. 90-91. El texto original ruso se encuentra en D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 443. <<

[52] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 91. <<

[53] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 200, y A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, p. 241. <<

[54] Relatos de esta reunión: Nikolái V. Nekrásov, en *RS*, n.º 199 (31 de agosto de 1917), p. 2, e Y. I. Martínov, *Kornilov,*

op. cit., p. 101. <<

[55] *NZh*, n.º 120/126 (13 de septiembre de 1917), p. 3. <<

[56] *Revoliutsia*, vol. 4, p. 98. <<

[57] Z. Gippius, *Siniaya kniga, op. cit.*, pp. 180-181. <<

[58] *Revoliutsia*, vol. 4, p. 99; A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, p. 242; A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, pp. 113-114, y N. N. Golovin, *Rossiskaya kontrrevoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, pp. 33-34. <<

[59] A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, p. 242, y *Revoliutsia*, vol. 4, p. 100. <<

[60] A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, pp. 242-243. <<

[61] Texto completo en D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, pp. 448-452. <<

[62] *NZh*, n.º 114 (29 de agosto de 1917), p. 3. <<

[63] *Revoliutsia*, vol. 4, p. 111. <<

[64] Z. Gippius, *Siniaya kniga, op. cit.*, p. 187. <<

[65] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, pp. 104-105. <<

[66] B. Sávinkov, *K dielu, op. cit.*, p. 26, y N. N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 35. <<

[67] B. Sávinkov, «L'affaire Korniloff. Réplique à M. Kérensky», *Le Mercure de France*, n.º 503/133 (1 de junio de 1919), p. 438. <<

[68] Richard Abraham, *Alexander Kerensky. The First Love of the Revolution*, Nueva York, Columbia University Press, 1987, p. 277. <<

[69] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, pp. 445-446, y *Revoliutsia*, vol. 4, pp. 101-102. <<

[70] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 446. <<

[71] N. N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 37. <<

[72] *Revoliutsia*, vol. 4, p. 109. <<

[73] *Ibid.*, p. 115. <<

[74] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 162n., y A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 80. <<

[75] *Revoliutsia*, vol. 4, p. 109. <<

[76] A. S. Lukomski, *Vospominania Generala, op. cit.*, vol. 1, p. 245. <<

[77] *Revoliutsia*, vol. 4, p. 125. <<

[78] N. N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, pp. 71 y 101. <<

[79] Jan Jadzhiev, *Veliki boiar*, Belgrado, Kant-vo M. A. Suvorin, 1929, pp. 123-130. <<

[80] N. N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, p. 71. Las cintas de las conversaciones entre Alexéiev y Kornílov y Kornílov y Kérenski del 30 de agosto-1 de septiembre de 1917 se encuentran en el Denikin Archive, caja 24, Bakhmeteff Archive, Columbia University. <<

[81] *NZh*, n.º 107/322 (4 de junio de 1918), p. 3, y *NV*, n.º 96/120 (19 de junio de 1918), p. 3. <<

[82] D. A. Chugaev, ed., *Revoliutsionnoye dvizheniye v Rossi v avguste 1917 g., op. cit.*, p. 431. <<

[83] E. H. Wilcox, *Russia's Ruin*, Londres, Chapman & Hall, 1919, p. 276. <<

[84] A. Kérenski, *Dielo Kornilova, op. cit.*, p. 65. <<

[85] P. N. Miliukov, *Istoria Vtoroi, op. cit.*, vol. 1, segunda

parte, p. 15n, citando *Écho de Paris*, 1920; *Otechestvo*, n.º 1, y *Posledniye Izvestia* (Tallin) (abril de 1921). <<

[86] *Revoliutsia*, vol. 4, pp. 70 y 299-300. <<

[87] *NZh*, n.º 108 (23 de agosto de 1917), pp. 1-2, y 109 (24 de agosto de 1917), p. 4, y William G. Rosenberg, «The Russian Municipal Duma elections of 1917», *SS*, n.º 2 (1969), pp. 160-161. <<

[88] *Revoliutsia*, vol. 3, p. 122, y W. G. Rosenberg, «The Russian Municipal Duma», *loc. cit.*, pp. 160-161. <<

[89] N. N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia, op. cit.*, vol. 1, segunda parte, pp. 53-54. <<

[90] Sokólnikov, en *Revoliutsia*, vol. 4, p. 104. <<

[91] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 269. <<

[92] Serguéi Petróvich Melgunov, *Kak bolsheviki zajvatili vlast. Oktiabrski perevorot 1917 goda*, París, La Renaissance, 1953, p. 13. <<

[93] *NZh*, n.º 116 (31 de agosto de 1917), p. 2. <<

[94] *NZh*, n.º 149/143 (10 de octubre de 1917), p. 3. <<

[95] *NZh*, n.º 125/119 (12 de septiembre de 1917), p. 3. <<

[96] *NZh*, n.º 123/117 (9 de septiembre de 1917), p. 4. <<

[97] Grigori Y. Zinóviev, «Lenin i iulskiye dni», *PR*, n.os 8-9/67-68 (1927), pp. 67-72. <<

[98] Karl Marx, carta del 12 de abril de 1871 al doctor Kugelmann, citada en Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 33, p. 37. <<

[99] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 33, p. 116. <<

[100] *Ibid.*, p. 90. <<

[101] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 151-199 [hay trad. cast.: «La catástrofe que nos amenaza y cómo combatirla», en *Obras completas*, vol. 7, Madrid, Ayuso/Akal, 1974], y pp. 287-339

[hay trad. cast.: «¿Se sostendrán los bolcheviques en el poder?», en *ibid.*]. <<

[102] *Ibid.*, pp. 2-5 [hay trad. cast.: «La situación política», en *ibid.*]. <<

[103] Vladímir I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 21, p. 512 n. 18. <<

[104] *Revoliutsia*, vol. 3, pp. 383-384. <<

[105] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya rabochaya partia, Petrogradskaya obschegorodskaya konferentsia, *Vtoraya i tretia Petrogradskiye Obschegorodskiye Konferentsi Bolshevikov v iule i oktiabre 1917 goda. Protokoli i materiali*, Moscú y Leningrado, Gosudarstvennoye izd-vo, 1927, p. 77. <<

[106] *Izvestia*, n.º 164 (5 de septiembre de 1917). <<

[107] *Izvestia*, n.º 195 (12 de octubre de 1917), p. 1. <<

[108] *Izvestia*, n.º 200 (18 de octubre de 1917), p. 1. <<

[109] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 239-241 [hay trad. cast.: «Los bolcheviques deben tomar el poder» y «El marxismo y la insurrección», en *Obras*, vol. 7, *op. cit.*]. <<

[110] *Ibid.*, p. 245. <<

[111] León Trotski, *The History of the Russian Revolution*, vol. 3, Nueva York, Simon and Schuster, 1937 [hay trad. cast.: *Historia de la Revolución rusa*, 2 vols., Buenos Aires, Galerna] p. 355. <<

[112] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya rabochaya partia, Tsentralnyi komitet, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP, avgust 1917-fevral 1918*, Moscú, Gosudarstvennoye izd-vo polit. Literaturi, 1958, p. 74. <<

[113] *SD*, n.º 169 (28 de septiembre de 1917), p. 1. <<

[114] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 403 y 405. <<

[115] *Izvestia*, n.º 186 (1 de octubre de 1917), p. 8. <<

[116] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 53, e *Izvestia*, n.º 197 (14 de octubre de 1917), p. 5. <<

[117] *NZh*, n.º 138 (27 de septiembre de 1917), p. 3. <<

[118] Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, Nueva York, Random House, 1960, p. 164. <<

[119] *Revoliutsia*, vol. 4, pp. 197 y 214. <<

[120] *Ibid.*, p. 256. <<

[121] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, pp. 73 y 76. <<

[122] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 65. <<

[123] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, p. 264, y *Revoliutsia*, vol. 5, p. 63. <<

[124] Alexánder Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power. The Revolution of 1917 in Petrograd*, Nueva York, W. W. Norton, 1976, pp. 209-211. <<

[125] *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 71-72. <<

[126] *Ibid.*, p. 65. <<

[127] *NZh*, n.º 138/132 (27 de septiembre de 1917), p. 3. <<

[128] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 78. <<

[129] *Ibid.*, pp. 246 y 254. <<

[130] Véase la declaración gubernamental del 25-27 de septiembre en *Revoliutsia*, vol. 4, pp. 403-406. <<

[131] *Izvestia*, n.º 201 (19 de octubre de 1917), p. 7. <<

[132] *Izvestia*, n.º 200 (18 de octubre de 1917), p. 1. <<

[133] *Izvestia*, n.º 203 (21 de octubre de 1917), p. 5. <<

[134] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 109, y *NZh*, n.º 156/150 (18 de octubre de 1917), p. 3. <<

[135] La operación se describe en Max Schwarte, ed., *Der*

grosse Krieg, 1914-1918. Der deutsche Landkrieg, vol. 3, Leipzig, J. A. Barth, 1925, pp. 323-327. <<

[136] *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 30-31. <<

[137] *Izvestia*, n.º 191 (7 de octubre de 1917), p. 4, y *Revoliutsia*, vol. 5, p. 37. <<

[138] *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 38 y 67. <<

[139] *Ibid.*, p. 52. <<

[140] *Ibid.*, pp. 52 y 237-238. <<

[141] León Trotski, «Vospominania ob oktiabrskom perevorote», *PR*, n.º 10, 1922, pp. 53-54. <<

[142] *Ibid.*, p. 86. <<

[143] Isaak I. Mints, ed., *Dokumenti velikoi proletarskoi revoliutsi*, vol. 1, Moscú, Gosudarstvennoye izdatelstvo Istoria grazhdanskoi voini, 1938, p. 22. <<

[144] *Rabochi Put*, n.º 33, 1917, citado en *Revoliutsia*, vol. 5, p. 238. <<

[145] L. Trotski, *The History of the Russian Revolution, op. cit.*, vol. 3, p. 353. <<

[146] *Rabochi Put*, n.º 35, 1917, citado en *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 70-71; *Izvestia*, n.º 197 (14 de octubre de 1917), p. 5. <<

[147] *Utro Rossi*, citado en S. P. Melgunov, *Kak bolsheviki, op. cit.*, p. 34n. <<

[148] *Izvestia*, n.º 199 (17 de octubre de 1917), p. 8, y *Revoliutsia*, vol. 5, p. 101. <<

[149] *Izvestia*, n.º 201 (19 de octubre de 1917), p. 5. <<

[150] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 132. <<

[151] Nikolái Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, vol. 7, Berlín, San Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa (1917)*, Barcelona, Luis de Caralt, 1970], pp. 90-92. <<

[152] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, pp. 83-86. <<

[153] L. Trotski, *O Lenine. Materiali dlia biografa*, Moscú, Gos izd-vo, 1924, pp. 70-73 [hay trad. cast.: *Lenin*, Barcelona, Ariel, 1972]. <<

[154] *Ibid.*, pp. 70-71. <<

[155] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, pp. 87-92. <<

[156] *Ibid.*, p. 86, y L. Trotski, *O Lenine, op. cit.*, p. 72. <<

[157] Lev Kámenev, en *NZh*, n.º 156/150 (18 de octubre de 1917), p. 3. <<

[158] Actas fragmentarias en Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, pp. 106-121. <<

[159] *Ibid.*, p. 113. <<

[160] *DN*, n.º 154 (11 de septiembre de 1917), p. 3, y n.º 169 (1 de octubre de 1917), p. 1. <<

[161] L. Trotski, *O Lenine, op. cit.*, p. 69. <<

[162] Iósif Stalin, en I. I. Mints, ed., *Dokumenti velikoi, op. cit.*, vol. 1, p. 3. <<

[163] Curzio Malaparte, *Coup d'État. The Technique of Revolution*, Nueva York, E. P. Dutton & Co., 1932, p. 180 [hay trad. cast.: *Técnicas de golpe de Estado*, Barcelona, Backlist, 2009]. <<

[164] Vladímir Antónov-Ovséienko, *V semnadtsatom godu*, Moscú, GIKhL, 1933, p. 276. <<

[165] Robert V. Daniels, *Red October. The Bolshevik Revolution of 1917*, Nueva York, Scribner, 1967, p. 118. <<

[166] Véanse *Kritika*, vol. 4, n.º 3 (primavera de 1968), pp. 21-32, y Nikolái I. Podvoiski, *God 1917*, Moscú, Gos. izd-vo

polit. lit-ri, 1958, p. 104. <<

[167] L. Trotski, *The History of the Russian Revolution, op. cit.*, vol. 3, pp. 290-291. <<

[168] G. L. Sobolev, «Petrogradski garnizon v 1917 g. (chislennost, sostav, vuruzheniye, raspolozheniye)», *IZ*, n.º 88 (1971), p. 77. <<

[169] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 7, p. 161. <<

[170] O. Dzenis, «How the bolsheviki captured the Winter Palace», *The Living Age*, n.º 4.049 (11 de febrero de 1922), p. 328. <<

[171] *Izvestia*, n.º 204 (22 de octubre de 1917), p. 3, y *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 144-145. <<

[172] N. I. Podvoiski, *God 1917, op. cit.*, pp. 106-108. <<

[173] S. P. Melgunov, *Kak bolsheviki, op. cit.*, pp. 68-69; V. Antónov-Ovséienko, *V semnadtsatom godu, op. cit.*, p. 283, y *NZh*, n.º 161/155 (24 de octubre de 1917), p. 3. <<

[174] Dmitri A. Chugaev, ed., *Petrogradski Voyenno-Revoliutsionny Komitet. Dokumenti i materiali*, vol. 1, Moscú, Nauka, 1966, p. 63. Esta declaración apareció por primera vez el 24 de octubre en el diario bolchevique *Rabochi Put*. <<

[175] *NZh*, n.º 161/155 (24 de octubre de 1917), p. 3. <<

[176] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, pp. 119 y 269, y *Revoliutsia*, vol. 5, p. 160. <<

[177] A. Sadovski, en *PR*, n.º 10 (1922), pp. 76-77; *Revoliutsia*, vol. 5, p. 151, y S. P. Melgunov, *Kak bolsheviki, op. cit.*, p. 69. <<

[178] *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 163-164, y S. P. Melgunov, *Kak bolsheviki, op. cit.*, p. 69. <<

[179] *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 111-112. <<

[180] V. D. Nabókov, *V. D. Nabokov and the Russian, op. cit.*, p. 78. <<

[181] G. Buchanan, *My Mission to Russia and Other Diplomatic Memories*, vol. 2, Boston, Little, Brown & Company, 1923, vol. 2, p. 201. Véase Joseph Noulens, *Mon ambassade en Russie soviétique, 1917-1919*, vol. 1, París, Plon, 1933, p. 116. <<

[182] G. Buchanan, *My Mission to Russia, op. cit.*, vol. 2, p. 214. <<

[183] P. I. Palchinski, «Dnevnik», *KA*, n.º 1/56 (1933), p. 137. <<

[184] S. P. Melgunov, *Kak bolsheviki, op. cit.*, pp. 93-94. <<

[185] *Ibid.*, pp. 88-89. <<

[186] P. N. Maliantovich, «V zimnem dvortsie 25-26 oktiabria 1917 goda», *Biloye*, n.º 12 (1918), p. 113. <<

[187] *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 164 y 263-264. <<

[188] *SD*, 193 (26 de octubre de 1917), p. 1. <<

[189] L. Trotski, *O Lenine, op. cit.*, p. 74. <<

[190] P. N. Maliantovich, «V zimnem dvortsie», *loc. cit.*, p. 114. <<

[191] *Ibid.*, p. 115. <<

[192] S. P. Melgunov, *Kak bolsheviki, op. cit.*, pp. 84-85, y Alexánder Kérenski, *Russia and History's Turning Point*, Nueva York, Duell, Sloan and Peace, 1965, pp. 435-436. <<

[193] S. Uralov, en *PR*, n.º 10/33 (1924), p. 277. <<

[194] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, pp. 15-16 [hay trad. cast.: «VII Congreso Extraordinario del PC(B) de Rusia», informe político del Comité Central, 7 de marzo, en *Obras*, vol. 8, *1918*, Moscú, Progreso, 1973]. <<

[195] L. Trotski, *The History of the Russian Revolution, op. cit.*, vol. 3, pp. 305-306. <<

[196] K. G. Kotélnikov, ed., *Vtoroi Vserossiski Sezd Sovietov R. i S. D.*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1928, pp. 164 y 166. <<

[197] *Ibid.*, pp. 165-166. <<

[198] L. Trotski, *O Lenine, op. cit.*, p. 77. <<

[199] *Rech*, n.º 252 (26 de octubre de 1917), en *Revoliutsia*, vol. 5, p. 182. <<

[200] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 189. <<

[201] O. Dzenis, «How the bolsheviki captured», *loc. cit.*, p. 331. <<

[202] P. N. Maliantovich, «V zimnem dvortsie», *loc. cit.*, pp. 129-130. <<

[203] Decisión del Ispolkom del Sóviet de Diputados Campesinos de Todas las Rusias del 24 de octubre, en Andréi V. Shestakov, ed., *Sovieti krestianskij deputatov i drugiye krestianskiye organizatsi*, vol. 1, primera parte, Moscú, Izd-vo Kommunisticheskoi akademi, 1939, p. 288. <<

[204] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 182. <<

[205] León Trotski, *Istoria russkoi revoliutsi*, vol. 2, segunda parte, Berlín, Granit, 1933, p. 327. <<

[206] *Revoliutsia*, vol. 5, p. 284. <<

[207] Oskar Anweiler, *The Soviets. The Russian Workers, Peasants, and Soldiers Councils, 1905-1921*, Nueva York, Pantheon Books, 1974, pp. 260-261. <<

[208] G. Rauzans, en *Cina* (Riga), 7 de noviembre de 1987. Debo esta referencia al profesor Andrew Ezergailis. <<

[209] K. G. Kotélnikov, ed., *Vtoroi Vserossiski Sezd Sovietov, op. cit.*, pp. 37-38 y 41-42. <<

[210] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 7, p. 203. <<

[211] *Dekreti*, vol. 1, pp. 12-16. <<

[212] *Ibid.*, pp. 17-20. <<

[213] *Ibid.*, pp. 17-18. <<

[214] *Ibid.*, pp. 20-21. <<

[215] N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi, op. cit.*, vol. 7, p. 266. Ofrecimiento de Lenin a Trotski: Isaac Deutscher, *The Prophet Armed. Trotsky, 1879-1921*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1954, p. 325 [hay trad. cast.: *Trotsky. El profeta armado (1879-1921)*, México, Era, 1976]. <<

[216] *Revoliutsia*, vol. 6, p. 1. <<

[217] E. Ignátiev, en *PR*, n.º 4/75, 1928, p. 31. <<

[218] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, p. 20 [hay trad. cast.: «II Congreso de los Sóviets de Diputados Obreros y Soldados de Todas las Rusias», en *Obras*, vol. 7, *op. cit.*]. <<

[219] *Dekreti*, vol. 1, p. 18. <<

[220] *Ibid.*, p. 20. <<

[221] *Ibid.*, pp. 25-26. <<

[222] S. P. Melgunov, *Kak bolsheviki, op. cit.*, pp. 209-210. <<

[223] Rossiskaya sotsial-demokraticheskaya, *Protokoli Tsentralnogo Komiteta, op. cit.*, pp. 106-107. <<

[224] *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 193-194, y vol. 6, pp. 4-5, y Dmitri A. Chugaev, ed., *Triumfalnoye shestviye sovietskoi vlasti*, Moscú, Izd-vo Akademi nauk SSSR, 1963, p. 500. <<

[225] Vladímir A. Kondrátiev, ed., *Moskovski Voyenno-Revoliutsionnyi Komitet. Oktiabrnoiabr 1917 goda*, Moscú, Mosk. rabochi, 1968, p. 22. <<

[226] *Ibid.*, p. 78. <<

[227] *Ibid.*, pp. 103-104. <<

[228] *Ibid.*, p. 161. <<

[229] Entre quienes lo han hecho se cuentan V. Leikina, en *PR*, n.º 2/49 (1926), pp. 185-233, n.º 11/58 (1926), pp. 234-255, y n.º 12/59 (1926), pp. 238-254, y John L. H. Keep, «October in the provinces», en Richard Pipes, ed., *Revolutionary Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, pp. 180-216. <<

[230] León Trotski, *Sochinenia*, vol. 3, primera parte, Moscú, Gos. izd-vo, s. f., p. l. <<

[231] *Dekreti, op. cit.*, vol. 1, p. 2. <<

[232] Walter Pietsch, *Revolution und Staat. Institutionen als Träger der Macht in Sowjetrussland 1917-1922*, Colonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1969, p. 68, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, p. 46 [hay trad. cast.: «Resolución del CC del POSD(b) de Rusia sobre la oposición en el seno del CC», en *Obras escogidas en tres tomos*, vol. 2, Moscú, Progreso, 1985]. <<

[233] *NZh*, n.º 173/167 (5 de noviembre de 1917), p. 1. <<

[234] *NZh*, n.º 171/165 (3 de noviembre de 1917), p. 3. El cónsul francés, Fernand Grenard (*La Révolution russe*, París, Armand Colin, 1933, p. 285), menciona una reacción similar en Petrogrado. Para las provincias, véase J. L. H. Keep, «October in the provinces», *loc. cit.*, p. 211. <<

[1] Walter Pietsch, *Revolution und Staat. Institutionen als Träger der Macht in Sowjetrussland 1917-1922*, Colonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1969, p. 140. <<

[2] Nikolái Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, vol. 7, Berlín, San Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922, vol. 7, p. 266. <<

[3] R. M. MacIver, *The Web of Government*, Nueva York, 1947, p. 123. <<

[4] E. Frankel, *The Dual State*, Londres y Nueva York, 1941. <<

[5] Crane C. Brinton, *The Jacobins*, Nueva York, 1961. <<

[6] K. G. Kotélnikov, ed., *Vtoroi Vserosiski Sezd Sovetov R. i S.D.*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1928, p. 107. <<

[7] *Desiati Sezd RKP (b) Mart 1921 goda. Stenograficheski otchëit*, Moscú, 1963, p. 407. <<

[8] Iósif Stalin, *Voprosi Leninizma*, 11a ed., Moscú, 1952, p. 126. <<

[9] *Deviati Sezd RKP (b). Protokoli*, Moscú, 1960, p. 307. <<

[10] Leonard Schapiro, *The Communist Party of the Soviet Union*, Nueva York, Random Housse, 1960, p. 231; *BSE*, vol. 11, p. 531. <<

[11] Merle Fainsod, *How Russia Is Ruled*, Cambridge, 1963, p. 177. <<

[12] N. Sujánov, *Zapiski, op.cit.*, vol. 2, p. 244. <<

[13] B. Avilov, en *NZh*, n.º 18/232 (25 de enero/7 de febrero de 1918), p. 1. <<

[14] *Krasnaya Gazeta*, n.º 7 (2 de febrero de 1918), p. 4. <<

[15] Véase *Dokumentari stavki E. I. Pugacheva, povstancheskij vlastei i uchrezhdeni, 1773-1774*, Moscú, 1975, 48, y R. V. Ovchinikov, *Manifesti i ukase E. I. Pugacheva*, Moscú, 1980, pp. 122-32. <<

[16] V. Tijomirnov, en *VS*, n.º 27 (1918), p. 12. <<

[17] W. Pietsch, *Revolution, op.cit*., p. 77. <<

[18] J. Bunyan y H. H. Fisher, *The Bolshevik Revolution, 1917-18. Documents and Materials*, Stanford, California, 1934, p. 277. <<

[19] L. M[ártov] en *Novi luch*, n.º 10/34 (18 de enero de 1918), p. 1. <<

[20] W. Pietsch, *Revolution, op. cit*., p. 80. <<

[21] S. Studenikin, ed., *Istoria sovetskoi konstitutsi v dekretaj i postanovleniaj sovetskogo pravitelstva 1917-1936*, Moscú, 1936, p. 66. <<

[22] *Dekreti*, vol. 1, p. 20. <<

[23] A. Taniaev, *Ocherki po istori dvizhenia zheleznodorozhnikov v revoliutsi 1917 goda (Fevral-Oktiab)*, Moscú y Leningrado, 1925, pp. 137-39. <<

[24] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP (b). Avgust 1917-Fevral 1918* (Moscú, 1958), p. 271, y *Revoliutsia*, vol. 6, p. 21. <<

[25] *Revoliutsia*, vol. 6, pp. 22-23. El documento de P. Vompe, *Dni oktiabrskoi revoliutsi i zheleznodorozhniki* (Moscú, 1924), del que se dice que contiene varios minutos de las sesiones del Sindicato de Empleados y Trabajadores Ferroviarios, no me fue facilitado. <<

[26] *Protokoli TsK*, pp. 271-72. Según Leonard Schapiro (*The Origin of the Communist Autocracy*, 2.ª ed., Cambridge, 1977, p. 74), los minutos correspondientes a esta reunión han sido eliminados de los protocolos publicados por el Comité Central. Pueden encontrarse en el texto de León Trotski, *Stalinskaya shkola falsifikatsi. Popravki i dopolnenia k literature epigonov*, Berlín, Iz-vo Granit, 1932, pp. 116-131. Véase también *Oktiabrskoye vuruzhonnoye vosstanie*, vol. 2,

Leningrado, 1967, pp. 405-410. <<

[27] *Protokoli TsK*, pp. 126-27. <<

[28] L. Trotski, *Stalinskaya shkola falsifikatsi, op. cit.*, p. 124. <<

[29] *Izvestia* (4/17 de noviembre de 1917), citado en *Protokoli TsK*, p. 135. <<

[30] *Revoliutsia*, vol. 6, pp. 423-424. <<

[31] Vladímir D. Bonch-Bruevich, *Vospominania o Lenine*, Moscú, 1969, p. 143. <<

[32] Anton L. Fraiman, *Forpost Sotsialisticheskoi Revoliutsi. Petrograd v perviye mesiatsi Sovietskoi vlasti*, Leningrado, Nauka, Leningradskoye otd-nie, 1969, pp. 166-67. <<

[33] *Revoliutsia*, vol. 6, p. 91. <<

[34] A. L. Fraiman, *Forpost, op. cit.*, p. 169. <<

[35] Korolenko, «Protest», en *Gazeta-Protest Soiuza Russkij Pisatelei* (26 de noviembre de 1917). Hay una copia disponible de este artículo en el Instituto Hoover. <<

[36] Yuri Larin, en *NKh*, n.º 11 (1918), pp. 16-17. <<

[37] M. P. Iroshnikov, *Sozdanie sovetskogo tsentralnogo gosudarstvennogo apparata*, 2.ª ed., Leningrado, 1967, p. 115, y John L. H. Keep, ed., *The Debate on Soviet Power*, Oxford, 1979, pp. 78-79. <<

[38] *Protokoli zasedani Vserossiskogo Tsentralnogo Komiteta Rabochij, Soldatskij, Krestianskij i Kazajij Deputatov II Soziva*, Moscú, 1918, p. 28. <<

[39] Vladímir I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 304-305. <<

[40] *Ibid.*, vol. 35, p. 58. <<

[41] *Protokoli zasedani*, p. 31. <<

[42] *Ibid.*, p. 32. <<

[43] *Revoliutsia*, vol. 6, p. 73. <<

[44] *Protokoli zasedani*, pp. 31-32. <<

[45] Isaac Steinberg, *Als ich Volkskommissar war*, Munich, 1929, p. 148. <<

[46] S. Piontkovski, en *BK*, n.º 1 (1934), p. 112. <<

[47] S. A. Fediukin, *Veliki Oktiabr i intelligentsia*, Moscú, 1972; E. Ignátiev, en *PR*, n.º 4/75 (Moscú, 1928), p. 34. <<

[48] La cobertura de la historia de estos acontecimientos es poco satisfactoria. Véanse D. Antoshkin, *Professionalnoye dvizhenie zluzhashchij, 1917-1924 gg.*, Moscú, 1927, y Z. A. Miretski en A. Anski, ed., *Professionalnoye dvizhenie v Petrograde v 1917 g. Ocherki i materiali*, Leningrado, 1928, pp. 231-42. <<

[49] *DN*, Nos 191 y 192 (28 de octubre de 1917), y *NZh*, n.º 164/158 (27 de octubre de 1917), p. 3. <<

[50] *Revoliutsia*, vol. 6, p. 14. <<

[51] *Volia Naroda*, n.º 156 (29 de octubre de 1917), citado en J. Bunyan y H. H. Fisher, *Bolshevik Revolution*, p. 225. <<

[52] *VS*, n.º 11 (1919), p. 5. <<

[53] *DN*, n.º 191 (10 de noviembre de 1917), p. 3, citado en J. Bunyan y H. H. Fisher, *Bolshevik Revolution*, p. 226. <<

[54] *Protokoli II'go Vserossiskogo Sezda Kommissarov Truda*, 1918, pp. 9 y 17, citado en M. Dewar, *Labour Policy in the USSR*, Londres, 1956, pp. 17-18. <<

[55] *Revoliutsia*, vol. 6, p. 50. <<

[56] *NZh*, n.º 178/172 (11 de noviembre de 1917), p. 3; B. M. Morózov, *Sozdanie i ukreplenie sovietskogo gosudarstvennogo apparata*, Moscú, 1957, p. 52. <<

[57] *Dekreti*, vol. 1, pp. 27-28. <<

[58] *NZh*, n.º 182/176 (16/29 de noviembre de 1917). <<

[59] N. Osinski, en *EZh*, n.º 1 (6 de noviembre de 1918), pp. 2-3. Véase también A. M. Gindin, *Kak bolsheviki ovladeli Gosudarstvennium Bankom*, Moscú, 1961. <<

[60] *NV*, n.º 6 (6/18 de diciembre de 1917), p. 3. <<

[61] *Ibid.*, n.º 25 (30 de diciembre de 1917), p. 3. <<

[62] *LS*, vol. 35, p. 7. <<

[63] N. Gorbúrnov, en *Pravda*, n.º 255/3.787 (6/7 de noviembre de 1927), p. 9. <<

[64] *Ibid.* e Y. Larin, en *NKh*, n.º 11 (1918), pp. 16-17. <<

[65] Simon Liberman, *Building Lenin's Russia*, Chicago, University of Chicago Press, 1945, p. 13. <<

[66] Dmitri A. Chugaev, ed., *Triumfalnoye shestvie sovetskoi vlasti*, primera parte, Moscú, 1963, p. 140. <<

[67] León Trotski, *Moia zhizn*, vol. 2 (Berlín, 1930), p. 65; V. I. Lenin, *PSS*, vol. 38, p. 198, y S. Liberman, *Building, op. cit.*, p. 8. <<

[68] *SUiR*, vol. 1, n.º 309, pp. 296-297. <<

[69] *Izvestia*, n.º 244 (6 de diciembre de 1917), pp. 6-7. <<

[70] *Ibid.*, n.º 249 (12 de diciembre de 1917), p. 6. <<

[71] *Pravda*, n.º 91 (20 de abril de 1924), p. 3. <<

[72] *NZh*, n.º 206/200 (20 de diciembre de 1917/2 de enero de 1918), citado en *Revoliutsia*, vol. 6, p. 377. <<

[73] J. A. Eritsián, *Sovety krestianskij deputatov v oktiabrskoi revolutsi*, Moscú, 1960, p. 143. <<

[74] I. Steinberg, *Als ich Volkskommissar war, op. cit.*, p. 42. <<

[75] Véase, por ejemplo, el discurso de Trotski en el Sóviet de Petrogrado según información de *NZh*, n.º 138/132 (27 de septiembre de 1917), p. 3. <<

[76] *Pravda*, n.º 170/101 (27 de octubre de 1917), p. 1. <<

[77] Nadezhda Krúpskaya, *Vospominania o Lenine*, Moscú, 1957, p. 74, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, p. 185. <<

[78] *Dekreti*, vol. 1, pp. 25-26. <<

[79] *Izvestia*, n.º 213 (1 de noviembre de 1917), p. 2. <<

[80] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, p. 135. <<

[81] *Ibid*., vol. 34, p. 266. <<

[82] Peter Scheibert, *Lenin an der Macht*, Weinheim, 1984, p. 418. <<

[83] Basado en L. M. Spirin, *Klassi i partii v grazhdanskoi voine v Rosii (1917-20 gg.)*, Moscú, 1968, pp. 416-25, y L. M. Spirin, *Krushenie pomeshchichij i burzhuaznij parti v Rossi*, Moscú, 1977, pp. 300-41. <<

[84] *DN*, n.º 2/247 (4 de enero de 1918), p. 1. <<

[85] Oliver Radkey, *The Election to the Russian Constituent Assembly of 1917*, Cambridge, 1950, p. 15. <<

[86] O. N. Znamenski, *Vserossiskoye Uchreditelnoye Sobranie*, Leningrado, 1976, cuadros 1 y 2. <<

[87] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 40, p. 7. <<

[88] O. Radkey, *Election, op. cit.*, p. 38. <<

[89] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 40, pp. 16-18. <<

[90] O. N. Znamenski, *Uchreditelnoye Sobranie, op. cit*., pp. 275 y 358. <<

[91] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 40, p. 10. <<

[92] A. L. Fraiman, *Forpost, op. cit*., p. 163. <<

[93] *Dekreti*, vol. 1, 159. <<

[94] *Revoliutsia*, vol. 6, p. 187. <<

[95] A. L. Fraiman, *Forpost, op. cit*., p. 163. <<

[96] *Revoliutsia*, vol. 6, p. 192. <<

[97] *Ibid.*, p. 199. <<

[98] *NV*, n.º 1 (30 de noviembre de 1917), pp. 1-2, y n.º 2 (1 de diciembre de 1917), p. 2; *Pravda*, n.º 91 (20 de abril de 1924), p. 3, y O. N. Znamenski, *Uchreditelnoye Sobranie, op. cit.*, pp. 309-310. <<

[99] *NV*, n.º 1 (30 de noviembre de 1917), p. 2, y *Revoliutsia*, vol. 6, p. 225. <<

[100] *Dekreti*, vol. 1, p. 162. <<

[101] O. N. Znamenski, *Uchreditelnoye Sobranie, op. cit.*, p. 231. <<

[102] *Protokoli TsK*, pp. 149-150. <<

[103] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, p. 106. <<

[104] *Ibid.*, pp. 164-65 y 166. <<

[105] *Protokoli TsK*, p. 175. <<

[106] *Znamia truda*, n.º 3 (5/18 de enero de 1918), p. 3. <<

[107] N. Rubinstein, *Bolsheviki i Uchreditelnoye Sobranie*, Moscú, 1938, p. 76. <<

[108] B. F. Sokólov, en *ARR*, vol. 13 (Berlín, 1924), p. 48, y A. L. Fraiman, *Forpost, op. cit.*, p. 204. <<

[109] Vladímir D. Bonch-Bruevich, *Tri pokushenia na V. I. Lenina*, Moscú, 1930, pp. 3-77. <<

[110] B. F. Sokólov, en *ARR*, vol. 13, pp. 50 y 60-61. <<

[111] *Ibid.*, p. 61. <<

[112] *Pravda*, n.º 3/230 (5/18 de enero de 1918), p. 4. <<

[113] León Trotski en *ibid.*, n.º 91 (20 de abril de 1924), p. 3. <<

[114] O. N. Znamenski, *Uchreditelnoye Sobranie, op. cit.*, pp. 334-335; A. L. Fraiman, *Forpost, op. cit.*, p. 204. <<

[115] *Pravda*, n.º 2/229 (4/17 de enero de 1918), p. 3. <<

[116] Mark V. Vishniak, *Vserossiskoye Uchreditelnoye Sobranie*, París, Sovremennya zapiski, 1932, pp. 99-100. <<

[117] Vladímir D. Bonch-Bruevich, *Na boevij postaj fevralskoi i oktiabrskoi revoliutsi*, Moscú, 1930, p. 256. <<

[118] *DN*, n.º 2/247 (4 de enero de 1918), p. 2. <<

[119] B. F. Sokólov, en *ARR*, vol. 13, p. 66. <<

[120] A. S. Izgoiev, en *ARR*, vol. 10, pp. 24-25; O. N. Znamenski, *Uchreditelnyoe Sobranie, op. cit.*, p. 340. <<

[121] Descripciones en *DN*, n.º 4 (7 de enero de 1918), p. 2; *Griaduiushchi den*, n.º 30 (6 de enero de 1918), p. 4, y *Pravda*, n.º 5 (6/19 de enero de 1918), p. 2. <<

[122] *NZh*, n.º 7/23 (11 de enero de 1918), p. 2, y P. Scheibert, *Lenin*, p. 19. <<

[123] *NZh*, n.º 7/23 (11 de enero de 1918), p. 2. <<

[124] I. S. Malchevski, ed., *Vserossiskoye Uchreditelnoye Sobranie*, Moscú y Leningrado, 1930, p. 3. <<

[125] *Dekreti*, vol. 1, pp. 321-323. <<

[126] Vladímir I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, pp. 180-181; I. S. Malchevski, *Uchreditelnoye Sobranie, op. cit.*, p. 217. <<

[127] J. Bunyan y H. H. Fisher, *Bolshevik Revolution, op. cit.*, pp. 384-86. <<

[128] *Pravda*, n.º 4/231 (6/19 de enero de 1918), p. 1. <<

[129] *NV*, n.º 7 (12/25 de enero de 1918), p. 3, en J. Bunyan y H. H. Fisher, *Bolshevik Revolution, op. cit.*, p. 389. <<

[130] B. F. Sokólov, en *ARR*, vol. 13, p. 54. <<

[131] L. Trotski, en *Pravda*, n.º 91 (20 de abril de 1924), p. 3. <<

[132] E. Ignátiev, en *PR*, n.º 5/76 (1928), pp. 28-29. <<

[133] L. Trotski, en *Pravda*, n.º 91 (20 de abril de 1924), p. 3.

<<

[134] O. N. Znamenski, *Uchreditelnoye Sobranie, op. cit.*, p. 323. <<

[135] V. I. Ignátiev, *Nekotorie fakti i itogi chetiriej let grazhdanskoi voiny*, Moscú, 1922, p. 8. <<

[136] D. S. Mirski, *Modern Russian Literature*, Londres, 1925, p. 89. <<

[137] B. F. Sokólov, en *ARR*, vol. 13, p. 6. <<

[138] M. Dewar, *Labour Policy, op. cit.*, p. 37. <<

[139] A. S. Izgoiev, en *NV*, n.º 94/118 (6 de junio de 1918), p. 1. <<

[140] El mejor documento sobre estos hechos es el de Grigori Aronson, «Na perelome», manuscrito, Instituto Hoover, Archivo Nikoláievski, DK 256.89/L2A76. <<

[141] *Kontinent*, n.º 2 (1975), pp. 385-419. <<

[142] *NV*, n.º 91/115 (9 de mayo de 1918), p. 3. <<

[143] *NV*, n.º 92/116 (10 de mayo de 1918), p. 3. <<

[144] *NS*, n.º 23 (15 de mayo de 1918), p. 3. <<

[145] *NV*, n.º 92/116 (10 de mayo de 1918), p. 3. <<

[146] *Ibid.* <<

[147] Vladímir Brovkin, en *RR*, enero de 1983, p. 47. G. Aronson («Na perelome», *loc. cit.*, pp. 23-24) confirma estos resultados. <<

[148] B. Avilov, en *NZh*, n.º 96/311 (22 de mayo de 1918), p. 1. <<

[149] *Ibid.* n.º 99/314 (25 de mayo de 1918), p. 1. <<

[150] *Utro* (3 de junio de 1918), citado en G. Aronson, «Na perelome», *loc. cit.*, pp. 15-16. <<

[151] G. Aronson, «Na perelome», *loc. cit.*, pp. 7-8. <<

[152] *NZh*, n.º 164/158 (27 de octubre de 1917), p. 1. <<

[153] *NZh*, n.º 20/234 (27 de octubre de 1918), p. 1. <<

[154] *NZh*, n.º 3/326 (8 de junio de 1918), p. 3. <<

[155] G. Aronson, «Na perelome», *loc. cit*., p. 21. <<

[156] *Dekreti*, vol. 2, pp. 30-31, V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 599. <<

[157] William G. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution*, Princeton, 1974, pp. 263-300. <<

[158] *NZh*, n.º 122/337 (26 de junio de 1918), p. 3. <<

[159] W. G. Rosenberg en *SR*, vol. 44, n.º 3 (julio de 1985), p. 235. <<

[160] *NZh*, n.º 122/330 (26 de junio de 1918), p. 3. <<

[161] Véase, por ejemplo, V. Stroev, en *NZh*, n.º 127/342 (2 de julio de 1918), p. 1. <<

[162] *NV*, n.º 106/130 (2 de julio de 1918), p. 3. <<

[163] *NV*, n.º 107/131 (3 de julio de 1918), p. 3, y n.º 108/132 (4 de julio de 1918), p. 4, y *NZh*, n.º 128/343 (3 de julio de 1918), p. 1. <<

[1] Vladímir Ilich Lenin, *PSS*, vol. 31, p. 310. <<

[2] *Ibid.*, vol. 35, p. 250. <<

[3] *Ibid.*, p. 247; las comillas son mías. <<

[4] *Sedmoi Ekstrenyi Sezd RKP (b)*, Moscú, 1962, p. 171. <<

[5] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia ot peregovorov v Brest-Litovske do podpisania Rapallskogo dogovora*, vol. 1, Moscú, 1968, pp. 647-649. <<

[6] C. K. Cumming y W. W. Pettit, eds., *Russian-American Relations March 1917-March 1920*, Nueva York, Harcourt, Brace and Howe, 1920, pp. 573-54. <<

[7] *Dekreti*, vol. 1, p. 16. <<

[8] Por ejemplo, *Revoliutsia*, vol. 5, pp. 285-286. <<

[9] Fritz Fischer, *Germany's Aims in the First World War*, Nueva York, W. W. Norton, 1967, p. 477. <<

[10] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, p. 278. <<

[11] *Ibid.*, p. 108. <<

[12] *Ibid.*, p. 184. <<

[13] Un ejemplo en *ibid.*, pp. 68-75. Véase también F. Fischer, *Germany's Aims*, *op. cit.*, pp. 483-484. <<

[14] Véase, por ejemplo, Paul Rohrbach's *Russland und wir*, Stuttgart, J. Engelhorns nachf., 1915. <<

[15] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 194-196. <<

[16] P. Rohrbach, *Russland und wir*, *op. cit.*, p. 3. <<

[17] Fritz Fischer, *Griff nach der Weltmacht*, Düsseldorf, Droste, 1967, *passim*. <<

[18] Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, Viena y Munich, Oldenbourg, 1966, pp. 245-246. <<

[19] *Deutsche Politik*, n.º 26 (28 de junio de 1918), pp. 805-806. <<

[20] Isaac Deutscher, *The Prophet Armed. Trotsky, 1879-1921*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1954, p. 387 [hay trad. cast.: *El profeta armado*, México, Ediciones ERA, 1976]. <<

[21] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 153-154. <<

[22] *Ibid.*, vol. 1, pp. 66-67. <<

[23] *Ibid.*, pp. 59-60. F. Fischer (*Germany's Aims*, *op. cit.*, p. 488) tiene un programa de seis puntos. <<

[24] John Buchan, *A History of the Great War*, IV, Boston, Houghton Mifflin Company, 1922, p. 137. <<

[25] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 148-150. F. Fischer, *Germany's Aims*, *op. cit.*, pp. 487-490. <<

[26] Gerald Freund, *Unholy Alliance. Russian-German Relations from the Treaty of Brest-Litovsk to the Treaty of Berlin*, Nueva York, Harcourt, Brace, 1957, p. 4. <<

[27] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 194-197 y 208. <<

[28] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 30. <<

[29] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 183 y 190, y F. Fischer, *Germany's Aims*, *op. cit.*, p. 487. <<

[30] Véase Richard Pipes, *The formation of the Soviet Union. Communism and Nationalism, 1917-1923*, Cambridge, Harvard University Press, 1954, pp. 114-126. <<

[31] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, p. 229, y John Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, Londres y Nueva York, Macmillan, 1938, pp. 173-174. <<

[32] Werner Hahlweg, *Der Diktatfrieden von Brest-Litowsk*, Münster, Aschendorff, 1960, p. 375. <<

[33] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 229-230. <<

[34] Sobre las huelgas de enero de 1918, véanse Günter

Rosenfeld, *Sowjet-Russland und Deutschland 1917-1922*, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1984, pp. 46-55, y J. Wheeler-Bennett, *Forgotten Peace*, *op. cit.*, p. 196. <<

[35] Vladímir Ilich Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, p. 599. <<

[36] Stephen Cohen, *Bukharin and the Bolshevik Revolution*, Londres, Wildwood House, 1974, p. 65. [Hay trad. cast.: *Bujarin y la revolución bolchevique*, Madrid, Siglo Veintiuno Editores, 1976]. <<

[37] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, p. 599; John Erickson en Richard Pipes, ed., *Revolutionary Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, pp. 232-233, y E. N. Gorodetski, *Rozhdenie Sovetskogo Gosudarstva*, Moscú, Nauka, 1965, pp. 406-407. <<

[38] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, pp. 243-252. <<

[39] *Ibid.*, p. 324. Véase W. Hahlweg, *Diktatfrieden*, *op. cit.*, p. 48. <<

[40] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, pp. 255-258. <<

[41] Texto en ruso en *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 298-308. Traducción al inglés en J. Wheeler-Bennett, *Forgotten Peace*, *op. cit.*, pp. 392-402. <<

[42] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 311-312. <<

[43] Declaración soviética en V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, pp. 555-558. <<

[44] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 314-315. <<

[45] Están reproducidos en *VZ*, vol. 15, n.º 1 (enero de 1967), pp. 87-104. <<

[46] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, p. 278. <<

[47] *Ibid.*, pp. 289-290 y 318-319. <<

[48] Protocolos en *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 322-329. Véase también W. Baumgart, *Ostpolitik*, *op. cit.*,

pp. 23-26. <<

[49] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 326-327. En alemán: W. Baumgart, *Ostpolitik*, *op. cit.*, p. 25. <<

[50] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, pp. 677. <<

[51] Karl Friedrich Nowak, ed., *Die Aufzeichnungen des General Majors Max Hoffmann*, vol. 1, Berlín, Kulturpolitik, 1929, p. 187. <<

[52] I. Deutscher, *The Prophet Armed*, *op. cit.*, pp. 383 y 390. <<

[53] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, p. 677, y *PSS*, vol. 35, pp. 486-487. <<

[54] *Dekreti*, vol. 1, pp. 487-488, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, p. 339. <<

[55] Isaac Steinberg, *Als ich Volkskommissar war*, Munich, R. Piper & Co., 1929, pp. 206-207. <<

[56] *Dekreti*, vol. 1, pp. 490-491. <<

[57] Véase cap. 18. <<

[58] Richard Ullman, *Intervention and the War*, Princeton, Princeton University Press, 1961, p. 74. <<

[59] C. K. Cumming y W. W. Pettit, *Russian-American Relations*, *op. cit.*, p. 65. <<

[60] R. Ullman, *Intervention*, *op. cit.*, pp. 137-138. <<

[61] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, pp. 607, y general [Henri Albert] Niessel, *Le Triomphe des Bolcheviks et la Paix de Brest-Litovsk. Souvenirs, 1917-1918*, París, Plon, 1940, pp. 277-278. <<

[62] Jacques Sadoul, *Notes sur la révolution bolchevique*, París, Éditions de la Sirène, 1920, pp. 244-245. <<

[63] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, pp. 489. <<

[64] H. A. Niessel, *Le Triomphe*, *op. cit.*, pp. 279-280. <<

[65] J. Wheeler-Bennett, *Forgotten Peace*, *op. cit.*, pp. 284-285; J. Sadoul, *Notes*, *op. cit.*, pp. 262-263, y R. Ullman, *Intervention*, *op. cit.*, p. 81. <<

[66] *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 341-343. <<

[67] *Protokoli Tsentralnogo Komiteta RSDRP (b)*, Moscú, Politizdat, 1958, pp. 211-218. <<

[68] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, pp. 376-380. <<

[69] *Protokoli TsK*, pp. 219-228. <<

[70] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, p. 558. <<

[71] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 35, pp. 385-386. <<

[72] *Ibid.*, p. 399. <<

[73] *Ibid.*, vol. 36, p. 24. <<

[74] H. A. Niessel, *Le Triomphe*, *op. cit.*, p. 299. <<

[75] Y. Piletski, en *NZh*, n.º 38/253 (9 de marzo de 1918), p. 2. Véase también V. Stroev, *NZh*, n.º 40/255 (12 de marzo de 1918), p. 1. <<

[76] Véase Vladímir D. Bonch-Bruevich, *Pereezd V. I. Lenina v Moskvu*, Moscú, 1926. <<

[77] W. Hahlweg, *Diktatfrieden*, *op. cit.*, p. 51. <<

[78] Y. Piletski, en *NZh*, n.º 41/256 (14 de marzo de 1918), p. 1. <<

[79] Están documentadas en *Sovetsko-Germanskie Otnoshenia*, vol. 1, pp. 370-430, y analizadas en J. Wheeler-Bennett, *Forgotten Peace*, *op. cit.*, pp. 269-275. <<

[80] J. Wheeler-Bennett, *Forgotten Peace*, *op. cit.*, p. 275. <<

[81] W. Baumgart, en *VZ*, vol. 16, n.º 2 (enero de 1968), p. 84. <<

[82] Jane Degras, *Documents of Russian Foreign Policy*, vol. 1, Londres, Oxford University Press, 1951, pp. 56-57.

Documento fechado el 5 de marzo de 1918. <<

[83] C. K. Cumming y W. W. Pettit, *Russian-American Relations*, *op. cit.*, pp. 82-84. <<

[84] *Ibid.*, pp. 85-86. <<

[85] Joseph Noulens, *Mon Ambassade en Russie Sovietique*, vol. 2, París, Plon, 1933, p. 116. Véase C. K. Cumming y W. W. Pettit, *Russian-American Relations*, *op. cit.*, pp. 161-162. <<

[86] *NZh*, n.º 54/269 (16/29 de marzo de 1918), p. 4; David Francis, *Russia from the American Embassy*, Nueva York, C. Scribner, 1922, pp. 264-265, y Brian Pearce, *How Haig Saved Lenin*, Londres, St. Martin's Press, 1988, pp. 15-16. <<

[87] *NS*, n.º 23 (15 de mayo de 1918), p. 2. <<

[88] *NZh*, n.º 54/269 (16/29 de marzo de 1918), p. 4. <<

[89] Carta fechada el 12 de abril de 1918, en J. Sadoul, *Notes*, *op. cit.*, p. 305. Sobre la presión de los alemanes, véase V. I. Lenin, en *NS*, n.º 23 (15 de mayo de 1918), p. 2. <<

[90] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, pp. 3-26. <<

[91] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 22, pp. 559-561 y 613. <<

[92] *KPSS v rezoliutsiaj i resheniaj sezdov, konferentsi i plenumov TsK, 1898-1953*, 7.ª ed., vol. 1, Moscú, 1953, p. 405. Véase V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, pp. 37-38 y 40. <<

[93] George Kennan, *Russia Leaves the War*, Princeton, Princeton University Press, 1956, p. 255. <<

[94] C. K. Cumming y W. W. Pettit, *Russian-American Relations*, *op. cit.*, p. 70. <<

[95] *Dekreti*, vol. 1, pp. 386-387, véase al respecto cap. 15. <<

[96] *NKh*, n.º 11 (1918), pp. 19-20. <<

[97] C. K. Cumming y W. W. Pettit, *Russian-American Relations*, *op. cit.*, pp. 87-88. <<

[98] *Ibid*., pp. 91-92. <<

[99] *Ibid*., p. 89. Original ruso en V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 91. <<

[100] J. Noulens, *Mon Ambassade*, *op. cit.*, vol. 2, pp. 34-35. <<

[101] *Izvestia*, n.º 190/454 (4 de septiembre de 1918), p. 3. <<

[102] Véase cap. 14. <<

[103] *Izvestia*, n.º 242/506 (5 de noviembre de 1918), p. 4. <<

[104] Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 331. <<

[105] *Ibid*., p. 340. <<

[106] *Ibid*., vol. 41, p. 55. <<

[1] Vladímir Ilich Lenin, *PSS*, vol. 34, p. 245. <<

[2] *Dekreti*, vol. 1, p. 16. <<

[3] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 79. <<

[4] E. N. Gorodetski, *Rozhdenie sovetskogo gosudarstva*, Moscú, Nauka, 1965, pp. 402-403, y John Erickson en Richard Pipes, ed., *Revolutionary Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, pp. 230-231. <<

[5] M. Mayzel, *An Army in Transition. The Russian High Command, October 1917-May 1918*, Universidad de Tel Aviv, Russian and East European Research Center, 1976, en *Slavic and Soviet Series*, vol. 1, n.º 5 (septiembre de 1976). <<

[6] A. G. Kavtaradze, *Voennye spetsialisti na sluzhbe Respubliki Sovetov, 1917-1920 gg.*, Moscú, 1988, *passim*. <<

[7] E. N. Gorodetski, *Rozhdenie, op. cit.*, pp. 399-401, y J. Erickson en R. Pipes, *Revolutionary Russia, op. cit.*, p. 232. <<

[8] E. N. Gorodetski, *Rozhdenie, op. cit.*, p. 416. <<

[9] *Dekreti*, vol. 1, pp. 342 y 356-357. <<

[10] *Dekreti*, vol. 1, p. 588, e *Izvestia*, n.º 17/281 (23 de enero de 1918), p. 3. <<

[11] *NZh*, n.º 23/237 (13 de febrero de 1918), p. 1; véase León Trotski, *Revolution Betrayed*, Nueva York, Pathfinder Press, 1972, pp. 210-211 [hay trad. cast.: *La revolución traicionada. Qué es y adónde va la URSS*, Madrid, Fundación Federico Engels, 2001]. <<

[12] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 38, p. 139. <<

[13] *Dekreti*, vol. 1, p. 356. <<

[14] Y. Kaimin, *Latyshskiye strelki v borbe za pobedu Oktiabrskoi revoliutsi*, Riga, Latviskoe gos. izd-vo, 1961, pp. 27-37. <<

[15] *NZh*, n.º 112/327 (9 de junio de 1918), 3, y *Dekreti*, vol.

2, p. 440. <<

[16] *NZh*, n.º 101/316 (28 de mayo de 1918), p. 4. <<

[17] Joachim J. Vatsetis en *Pamiat*, n.º 2 (París, 1979), p. 44. <<

[18] *Dekreti*, vol. 1, p. 577. <<

[19] *Ibid.*, pp. 522-523; vol. 2, pp. 63-70 y 569-570; Vladímir Ilich Lenin, *Jronika*, vol. 5, p. 291, y A. G. Kavtaradze, *Voennye spetsialisti*, pp. 72-88. <<

[20] *Dekreti*, vol. 2, pp. 63-70. <<

[21] General [Henri A.] Niessel, *Le triomphe des Bolcheviks et la Paix de Brest-Litovsk. Souvenirs, 1917-1918*, París, Plon, 1940, pp. 329-330. <<

[22] Joseph Noulens, *Mon ambassade en Russie soviétique*, vol. 2, París, Plon, 1933, p. 27; véase Jacques Sadoul, *Notes sur la révolution bolchevique*, París, Éditions de la Sirène, 1919, pp. 274 y 277, y H. A. Niessel, *Le triomphe, op. cit.*, p. 331. <<

[23] J. Noulens, *Mon ambassade, op. cit.*, vol. 2, pp. 70-71. <<

[24] J. Sadoul, *Notes, op. cit.*, pp. 290-291. Carta fechada el 6 de abril de 1918. <<

[25] C. K. Cumming y W. W. Pettit, eds., *Russian-American Relations March 1917-March 1920*, Nueva York, Brace & Howe, 1920, p. 98. <<

[26] *Ibid.*, p. 100. <<

[27] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, p. 356; C. K. Cumming y W. W. Pettit, *Russian-American Relations, op. cit.*, pp. 130-131. <<

[28] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, pp. 452-453; George F. Kennan, *The Decision to Intervene*, Princeton, Princeton University Press, 1958, pp. 217-218; Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik, 1918*, Viena y Munich, Oldenbourg,

1966, pp. 265-266, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 50, pp. 74-75. <<

[29] *NS*, n.º 23 (15 de mayo de 1918), p. 2. <<

[30] J. Noulens, *Mon ambassade, op. cit.*, vol. 2, p. 53. <<

[31] Karl Dietrich Erdmann, ed., *Kurt Riezler. Tagebücher, Aufsätze, Dokumente*, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1972, p. 462. <<

[32] Véase su *Mit Graf Mirbach in Moskau*, Tubinga, Osiandersche Buchhandlung, 1922. Bothmer escribía un diario que no se ha publicado; véase Winfred Baumgart, en *VZ*, vol. 16, n.º 1 (1968), p. 73n. <<

[33] Informe del 30 de abril de 1918, en *VZ*, vol. 16, n.º 1 (1968), pp. 77-78. Traducción inglesa en Zybnek A. B. Zeman, ed., *Germany and the Revolution in Russia, 1915-1918. Documents from the Archives of the German Foreign Ministry*, Londres y Nueva York, Oxford University Press, 1958, pp. 120-121. <<

[34] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 463. <<

[35] W. Baumgart, en *VZ*, vol. 16, n.º 1 (1968), p. 80. Informe fechado el 16 de mayo. Véase Z. A. B. Zeman, *Germany, op. cit.*, pp. 126-127. <<

[36] Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores alemán, Deutschland, n.º 131, Geheime Akten, Russland n.º 134. <<

[37] W. Baumgart, en *VZ*, vol. 16, n.º 1 (1968), pp. 81-83. <<

[38] *Ibid.*, p. 83. <<

[39] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 466n. <<

[40] Z. A. B. Zeman, *Germany, op. cit.*, pp. 130 y 133. <<

[41] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 213. <<

[42] W. Baumgart, en *VZ*, vol. 16, n.º 1 (1968), p. 88. <<

[43] *Ibid.*, pp. 89-90 y 92-93, y K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, pp. 466-467. <<

[44] Z. A. B. Zeman, *Germany, op. cit.*, pp. 131 y 138. <<

[45] Louis Fischer, *The Soviets in World Affairs*, vol. 1, Londres, Cape, 1930, p. 75. <<

[46] V. I. Lenin, *Jronika, op. cit.*, vol. 6, p. 146, y J. Wheeler-Bennett, *Brest-Litovsk. The Forgotten Peace*, Londres y Nueva York, St. Martin's Press, 1956, p. 355. <<

[47] *VZh*, n.º 5 (1919), p. 35. <<

[48] *Ibid.*, pp. 36-37. <<

[49] H. Tiedemann, *Sowjetrussland und die Revolutionierung Deutschlands, 1917-1919*, Berlín, Ebering, 1936, p. 74, y W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 349n. <<

[50] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 338-341. <<

[51] *VZh*, n.º 5 (1919), p. 35. <<

[52] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 262-264. <<

[53] I. K. Kobliakov, en *ISSSR*, n.º 4 (1958), p. 12. <<

[54] Texto: H. W. Gatzke, en *VZ*, vol. 3, n.º 1 (1955), p. 79; véase W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 283-284. <<

[55] H. W. Gatzke, en *VZ*, vol. 3, n.º 1 (1955), p. 94. Carta fechada el 8 de agosto de 1918. <<

[56] Véase p. 686. <<

[57] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, pp. 318-319, y R. Ullman, *Intervention and the War*, Princeton, Princeton University Press, 1961, p. 152. <<

[58] Thomas G. Masaryk, *Die Weltrevolution*, Berlín, Erich Reiss, 1925, pp. 197-199 y 209. <<

[59] M. Klante, *Von der Wolga zum Amur*, Berlín, Ost-Europa Verlag, 1931, p. 137. <<

[60] Serguéi Petróvich Melgunov, *Tragedia Admirala Kolchaka*, vol. 1, Belgrado, Russkaya tipografia, 1930, p. 133.

<<

[61] Nikolái N. Golovin, *Rossiskaya kontr-revoliutsia v 1917-1918 gg.*, tercera parte, libro 7, Tallin-París, Illiustrirovannaya Rossia, 1937, p. 67, y M. Klante, *Von der Wolga, op. cit.*, pp. 134-136. <<

[62] M. Klante, *Von der Wolga, op. cit.*, p. 100. <<

[63] R. Ullman, *Intervention, op. cit.*, pp. 154-155, y W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 53. <<

[64] J. Sadoul, *Notes, op. cit.*, p. 368, y G. Kennan, *Decision, op. cit.*, p. 150. <<

[65] J. Sadoul, *Notes, op. cit.*, p. 366, y N. N. Golovin, *Kontr-revoliutsia, op. cit.*, tercera parte, libro 7, 71n. <<

[66] V. Maksakov y A. Turunov, *Jronika grazhdanskoi voiny v Sibiri, 1917-1918*, Moscú y Leningrado, Moskva Gosudarstvennoye izdatelstvo, 1926, p. 168. <<

[67] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 56-57. <<

[68] James Bunyan, *Intervention, Civil War, and Communism in Russia 1918*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1936, p. 89. <<

[69] *Ibid.*, p. 90. <<

[70] S. P. Melgunov, *Tragedia Admirala Kolchaka, op. cit.*, vol. 1, p. 43. <<

[71] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 345, y K. Bothmer, *Mit Graf Mirbach, op. cit.*, p. 63. <<

[72] *Dekreti*, vol. 2, pp. 151-153. <<

[73] *Ibid.*, pp. 334-335. <<

[74] *NZh*, n.º 110/325 (7 de junio de 1918), p. 3. <<

[75] *Dekreti*, vol. 3, pp. 108-109. <<

[76] J. Erickson en R. Pipes, *Revolutionary Russia, op. cit.*, p. 248. <<

[77] *Dekreti*, vol. 3, pp. 111-113. <<

[78] J. Erickson en R. Pipes, *Revolutionary Russia, op. cit.*, pp. 257-258. <<

[79] *Protokoli zasedani Vserossiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta 5-go Sozyva. Stenograficheski Otchet*, Moscú, 1919, p. 80. <<

[80] *NZh*, n.º 93/308 (18 de mayo de 1918), p. 3. <<

[81] G. Lelevich [L. Mogilevski], *V dni samarskoi uchreditilki*, Moscú, Gos. izd-vo, 1921, pp. 9-10 y *passim*; véanse también Vladímir Ilich Lenin, *Sochinenia*, vol. 23, p. 644, y G. Stewart, *The White Armies of Russia*, Nueva York, Macmillan, 1933, p. 145. <<

[82] M. Klante, *Von der Wolga, op. cit., passim*. <<

[83] N. N. Golovin, *Kontr-revoliutsia, op. cit.*, tercera parte, libro 7, p. 72. <<

[84] A. Hogenhuis-Seliverstoff, *Les relations franco-soviétiques, 1917-1924*, París, Publications de la Sorbonne, 1981, p. 65. <<

[85] J. Sadoul, *Notes, op. cit.*, pp. 369-371. <<

[86] M. Klante, *Von der Wolga, op. cit.*, p. 178. <<

[87] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 711. <<

[88] *Ibid.*, p. 474. <<

[89] *Ibid.*, pp. 81, 269-270 y 279-280. <<

[90] *Ibid.*, pp. 385-387. <<

[91] *Ibid.*, pp. 74-75. <<

[92] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 84. <<

[93] *Ibid.*, p. 110, n. 78. <<

[94] Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores francés, 26 de abril de 1918, Lavergne, Z 391.9. <<

[95] Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 84; K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 467. <<

[96] *Izvestia*, n.º 138 (5 de julio de 1918), p. 5. <<

[97] V. Vladímirova, en *PR*, n.º 4/63 (1927), pp. 110-111. <<

[98] Sobre la reunión, véanse *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 2 (Moscú, 1920), pp. 129-130, y K. Gusev, *Kraj parti levyj eserov*, Moscú, Izd-vo sotsialno-ekon. lit-ry, 1963, pp. 193-194. <<

[99] *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 2, pp. 129-130. <<

[100] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 467, y A. Paquet, *Im Kommunistischen Russland. Briefe aus Moskau*, Jena, E. Diederichs, 1919, p. 26. <<

[101] *Znamia truda*, n.º 238 (29 de junio de 1918), p. 1; repetido el 30 de junio y el 2 de julio. <<

[102] J. Bunyan, *Intervention, op. cit.*, pp. 197-198. <<

[103] *Ibid.*, pp. 198-204. <<

[104] Deposición fechada el 8 de mayo de 1919, en *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 2, pp. 224-233. <<

[105] Texto contenido en *Boris Savinkov pered Voennoi Kollegiei Verjovnogo Suda SSSR*, Moscú, 1924, pp. 225-226, y K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, pp. 713-715. <<

[106] Esta descripción sigue la deposición de Riezler en 1952; véase K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, pp. 713-714. <<

[107] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, p. 606. <<

[108] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 715, y W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 228, n. 71. <<

[109] L. M. Spirin, *Kraj odnoi avantiury*, Moscú, Izd-vo polit. lit-ry, 1971, p. 35. <<

[110] *Ibid.*, p. 38. <<

[111] *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 2, p. 194. <<

[112] V. Vladímirova, en *PR*, n.º 4/63 (1927), p. 121. <<

[113] J. J. Vatsetis, en *Pamiat*, n.º 2, p. 19. <<

[114] *Piatyi Vserossiski Sezd Sovetov. Stenograficheski Otchët*, Moscú, 1918, 9 de julio de 1918, tercera sesión, p. 109. <<

[115] Félix Z. Dzerzhinski, en *Pravda*, n.º 139 (8 de julio de 1918); reproducido en su *Izbrannye Proizvedenia*, vol. 1, Moscú, Izd-vo polit. lit-ry, 1967, p. 265. <<

[116] J. J. Vatsetis, en *Pamiat*, n.º 2, p. 19. <<

[117] *NV*, n.º 113/137 (10 de julio de 1918), p. 3. <<

[118] J. [Isaac] Steinberg, «The Events of July 1918», manuscrito, Instituto Hoover, *DK* 265. S818, p. 20. <<

[119] L. M. Spirin, *Kraj, op. cit.*, p. 42. <<

[120] I. Steinberg, «The Events», *loc. cit.*, p. 122. <<

[121] V. I. Lenin, *Jronika, op. cit.*, vol. 5, p. 610. <<

[122] J. J. Vatsetis, en *Pamiat*, n.º 2, pp. 26-27. <<

[123] *Ibid.*, p. 27. <<

[124] *Ibid.*, p. 28. <<

[125] Ibid., pp. 40-41. <<

[126] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 715. <<

[127] K. Helfferich, *Der Weltkrieg*, vol. 3, Berlín, Ullstein, 1919, p. 654. <<

[128] *Pravda*, n.º 156 (27 de julio de 1918), p. 1. <<

[129] *Petrogradskaya Pravda*, n.º 233/459 (24 de octubre de 1918), p. 1. <<

[130] George Katkov en David Footman, ed., *St Antony's Papers, n.º 12. Soviet Affairs*, n.º 3, Londres, Chatto & Windus, 1962, pp. 53-93. <<

[131] Winfried Baumgart, ed., *Von Brest-Litovsk zur*

deutschen Novemberrevolution, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1971, p. 65. <<

[132] L. M. Spirin, *Kraj, op. cit.*, p. 80. <<

[133] K. Helfferich, *Der Weltkrieg, op. cit.*, vol. 3, p. 654. <<

[134] Isaac Steinberg, *Spiridonova, Revolutionary Terrorist*, Londres, Methuen & Co., 1935, p. 247, y *Pamiat*, n.º 2, p. 80. <<

[135] L. M. Spirin, *Kraj, op. cit.*, p. 85; I. Deutscher, *The Prophet Armed. Trotsky, 1879-1921*, Nueva York y Londres, Oxford University Press, 1954, p. 403, y León Trotski, *Portrety revoliutsionerov*, Benson, Chalidze Publications, 1988, pp. 268-278. <<

[136] V. I. Lenin, *Sochinenia*, vol. 23, pp. 561 y 581-584. <<

[137] *Pravda*, n.º 139 (8 de julio de 1918), p. 1. <<

[138] Un esbozo de su biografía escrito por S. P. Melgunov se puede encontrar en *Na puti k "tretei" Rossi*, Varsovia, 1920. <<

[139] Anton I. Denikin, *Ocherki russkoi smuty*, vol. 3, Berlín, Slowo, 1924, p. 79. <<

[140] *PN*, n.º 1.342 (10 de septiembre de 1924), p. 2. <<

[141] T. G. Masaryk, *Die Weltrevolution, op. cit.*, p. 209. <<

[142] Borís Sávinkov, *Borba s BoVshevikami*, Varsovia, Izdanie Russkago politicheskago komta, 1920, p. 26, y *Boris Savinkov pered Voennoi Kollegiei Verjovnogo Suda SSSR*, Moscú, 1924, p. 64, y A. I. Denikin, *Ocherki, op. cit.*, vol. 3, p. 79. <<

[143] R. Ullman, *Intervention, op. cit.*, p. 190. <<

[144] J. Noulens, *Mon ambassade, op. cit.*, vol. 2, pp. 108-109. <<

[145] Archivos del Ministerio de Asuntos Exteriores francés,

n.º 223, 5 de mayo de 1918, y *Sávinkov pered Voennoi Kollegiei*, p. 58. <<

[146] Perjúrov en S. y M. Broide, *Iaroslavski miatezh. Po zapiskam Generala Perjurova* Moscú, Gosiurizdat, 1930, p. 16. <<

[147] Fernand Grenard, *La Révolution russe*, París, Librairie Armand Colin, 1933, p. 322; véase G. Kennan, *Decision*, p. 436, McLaren a Poole. <<

[148] B. Sávinkov, *Borba, op. cit.*, p. 24. <<

[149] Organización descrita en *Savinkov pered Voennoi Kollegiei*, pp. 48-49 y 51. <<

[150] S. y M. Broide, *Iaroslavski miatezh, op. cit.*, pp. 17-18, y B. Sávinkov, *Borba, op. cit.*, pp. 29-30. <<

[151] S. y M. Broide, *Iaroslavski miatezh, op. cit.*, pp. 14-15. <<

[152] *Golos minuvshego na chuzoi storone*, n.º 6/19 (1928), p. 117. <<

[153] B. Sávinkov, *Borba, op. cit.*, p. 28. <<

[154] *Savinkov pered Voennoi Kollegiei, op. cit.*, pp. 56-57, y Perjúrov en S. y M. Broide, *Iaroslavski miatezh, op. cit.*, p. 25. <<

[155] *Savinkov pered Voennoi Kollegiei, op. cit.*, p. 60. <<

[156] B. Sávinkov, *Borba, op. cit.*, p. 28. <<

[157] Perjúrov en S. y M. Broide, *Iaroslavski miatezh, op. cit.*, p. 19. <<

[158] Perjúrov en *ibid.*, p. 25. <<

[159] *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 2 (Moscú, 1920), p. 101. <<

[160] L. M. Spirin, *Kraj, op. cit.*, p. 11. <<

[161] Testimonio del director de la Comisión Alemana para la Repatriación, el teniente Balk, en K. F. Bothmer, *Mit Graf*

Mirbach, op. cit., pp. 150-154. <<

[162] *Krasnaya Kniga VChK*, vol. 2, p. 106; K. F. Bothmer, *Mit Graf Mirbach, op. cit.*, pp. 150-154. <<

[163] *Pravda*, n.º 155 (26 de julio de 1918), p. 3, y K. F. Bothmer, *Mit Graf Mirbach, op. cit.*, p. 110. <<

[164] Crónica de este juicio: *Savinkov pered Voennoi Kollegiei and Dielo Borisa Savinkova,* Moscú, 1924. <<

[165] En S. y M. Broide, *Iaroslavski miatezh, op. cit.* <<

[166] N. G. Palgunov y O. I. Rozanova, eds., *Shesnadtsatdnei. Materialypo istori iaroslavskogo belogvardeiskogo miatezha*, Yaroslavl, Izd. Yaroslavskogo Gubkoma, RKP, 1924, pp. 135-141. <<

[167] A. Pacquet en W. Baumgart, *Von Brest-Litovsk, op. cit.*, pp. 66-67. <<

[168] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 230. <<

[169] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 474. <<

[170] *Ibid.*, p. 719. <<

[171] *Ibid.*, pp. 474-475. <<

[172] Riezler en W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 230-231. <<

[173] *Pamiat*, n.º 2, pp. 43-44. <<

[174] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, pp. 112-113, y K. Heliferich, *Der Weltkrieg, op. cit.*, vol. 3, p. 652. <<

[175] Papeles de Denikin en el Archivo Bajmeteff, Universidad de Columbia, «Iz dnevnika kniazia Grigoria Trubetskogo», p. 8. <<

[176] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 722. <<

[177] Telegrama de Riezler del 28 de julio, en K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 732. <<

[178] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 231 y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 523. <<

[179] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, pp. 523-526. <<

[180] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 467. <<

[181] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 244. <<

[182] Borrador de documento de políticas fechado el 11 de julio, tal y como se resume en W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 225-226. <<

[183] G. Kennan, *Decision, op. cit.*, pp. 391-404, y R. Ullman, *Intervention*, pp. 192 y 195-196. <<

[184] R. Ullman, *Intervention, op. cit.*, pp. 240-242. <<

[185] *Ibid.* <<

[186] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 102-104. <<

[187] Martin Gilbert, *Winston S. Churchill*, vol. 4, Londres, Heinemann, 1975, p. 224. <<

[188] R. Ullman, *Intervention, op. cit.*, p. 240. <<

[189] *Ibid.* <<

[190] *Ibid.* <<

[191] J. Noulens, *Mon ambassade, op. cit.*, vol. 2, p. 176. <<

[192] M. Klante, *Von der Wolga, op. cit.*, pp. 180-181. <<

[193] J. Skacel, *Ceskoslovenska Armada v Rusku a Kolcak*, Praga, Nakladem «Pamatniku Odboje», 1926, p. 36. <<

[194] M. Klante, *Von der Wolga, op. cit.*, p. 195. <<

[195] S. P. Melgunov, *Tragedia, op. cit.*, vol. 1, pp. 100-101. <<

[196] N. N. Golovin, *Kontr-revoliutsia, op. cit.*, tercera parte, libro 7, p. 119. <<

[197] K. Helfferich, *Der Weltkrieg, op. cit.*, vol. 3, p. 653. Véanse también V. I. Lenin, *PSS*, vol. 50, pp. 134-135; G.

Rosenfeld, *Sowjet-Russland und Deutschland, 1917-1922*, Colonia, Pahl-Rugenstein, 1984, p. 119, y W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 108-110. <<

[198] K. D. Erdmann, *Riezler, op. cit.*, p. 472n. <<

[199] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 239-240. Véase G. Rosenfeld, *Sowjet-Russland, op. cit.*, p. 119, donde aparece la primera publicación de un análisis similar por parte de Helfferich el 19 de agosto. <<

[200] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 245-246. <<

[201] G. Rosenfeld, *Sowjet-Russland, op. cit.*, p. 106. <<

[202] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 275. <<

[203] *ISSSR*, n.º 4 (1958), pp. 13-14. <<

[204] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 186 y 280. <<

[205] V. I. Lenin, *Jronika, op. cit.*, vol. 6, p. 83. <<

[206] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 114. <<

[207] Mensaje interceptado de Yoffe a Moscú en H. W. Gatzke, *VZ*, vol. 3, n.º 1 (1955), pp. 96-97, fechado el 13 de agosto. <<

[208] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 115. <<

[209] *Europäische Gespräche*, vol. 4, n.º 3 (1926), p. 148. <<

[210] H. W. Gatzke, en *VZ*, vol. 3, n.º 1 (1955), pp. 96-97. <<

[211] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 302-303. <<

[212] *Protokoli VTsIK, 5-go Sozyva*, p. 95. <<

[213] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 317-318. <<

[214] I. K. Kobliakov, en *ISSSR*, n.º 4 (1958), p. 15, y W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 319-321. <<

[215] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, pp. 321-322, y general Ludendorff, *My War Memories*, vol. 2, Londres, Hutchinson, 1919, p. 659. <<

[216] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, pp. 97-100. <<

[217] J. Bunyan, *Intervention, op. cit.*, p. 151, y *Protokoli VTsIK, 5-go Sozyva*, pp. 251-253. <<

[218] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 357. <<

[219] Yoffe, en *VZh*, n.º 5 (1919), p. 38. <<

[220] H. Tiedemann, *Sowjetrussland, op. cit.*, p. 74, y W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 365n. <<

[221] W. Baumgart, *Ostpolitik, op. cit.*, p. 358. Versión soviética de este episodio en *Dokumenty vneshnei politiki SSSR*, vol. 1 (Moscú, 1957), pp. 560-564. <<

[222] *SUiR*, 1917-1918, n.º 947, pp. 2 y 207-208. <<

[223] J. Wheeler-Bennett, *Forgotten Peace, op. cit.*, pp. 370-371 y 451-453. <<

[224] K. Helfferich, *Der Weltkrieg, op. cit.*, vol. 3, p. 656. <<

[225] Richard K. Debo, *Revolution and Survival*, Liverpool, Liverpool University Press, 1979, p. xiii. <<

[226] Brian Pearce, *How Haig Saved Lenin*, Londres, Macmillan, 1987, p. 7. <<

[1] *Sovetskaya Istoricheskaya Entsiklopedia*, vol. 3, Moscú, Sovetskaya Entsiklopedia, 1963, p. 600. <<

[2] Vladímir Ilich Lenin, *PSS*, vol. 43, p. 220. <<

[3] Respecto a esta polémica, véanse Paul Craig Roberts, *Alienation and the Soviet Economy*, Albuquerque, University of New Mexico Press, 1971, pp. 20-47, y Silvana Malle, *The Economic Organization of War Communism, 1918-1921*, Cambridge, Cambridge University Press, 1985, pp. 1-23. <<

[4] León Trotski, *Chto takoe SSSR i kuda on idot?*, París, s. f., p. 16. <<

[5] *SUiR*, n.º 154, p. 152, y n.º 674, pp. 743-746. <<

[6] *Ibid.*, n.º 425, pp. 397-398, y n.º 420, pp. 394-396. <<

[7] *Ibid.*, n.º 456, pp. 428-430. <<

[8] Véase al respecto mi *Russia under the Old Regime*, Londres y Nueva York, Weidenfeld & Nicolson/Scribner, 1974, en especial el cap. 4. <<

[9] Se cita en R. Lorenz, *Anfänge der Bolschewistischen Industriepolitik*, Colonia, Verlag Wissenschaft und Politik, 1965, p. 85. Véase también Leszek Kolakowski, *Main Currents of Marxism*, vol. 2, Oxford, Clarendon Press, 1978, pp. 297-304. <<

[10] F. Pollock, *Die Planwirtschaftlichen Versuche in der Sowjetunion, 1917-1927*, Leipzig, Hirschfeld, 1929, p. 33. <<

[11] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, p. 307. <<

[12] León Trotski, *O Lenine. Materiali dlia biografa*, Moscú, Gos. izd-vo, 1924, p. 112. <<

[13] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, pp. 307-308. <<

[14] *Ibid.*, vol. 35, p. 123. <<

[15] Yuri Larin, en *NKh*, n.º 11 (1918), p. 16. <<

[16] *Izvestia*, n.º 229 (18 de noviembre de 1917), p. 3. <<

[17] Para más información sobre él, véase Simon Liberman, *Building Lenin's Russia*, Chicago, University of Chicago Press, 1945, p. 55; *NKh*, n.º 6 (1919), pp. 27-32; R. Lorenz, *Anfänge, op. cit.*, pp. 137-140, y G. Tsiperovich, *Sindikati i tresti v dorevoliutsionnoi Rossi i v SSSR*, Leningrado, Tejnika i proizvodstvo, 1927, pp. 387-392. <<

[18] Véanse el texto de Meshcherski, en *NS*, n.º 33 (26 de mayo de 1918), p. 3, y R. Lorenz, *Anfänge, op. cit.*, p. 138. <<

[19] *Ibid.*, p. 140, y G. Tsiperovich, *Sindikati i tresti, op. cit.*, pp. 386-387. <<

[20] *NZh*, n.º 79/294 (28 de abril de 1918), p. 3. <<

[21] Publicado en Alemania bajo el título de *Arbeit, Disziplin und Ordnung werden die Sozialistische Sowjet-Republik Retten*, Berlín, Verlag Gesellschaft und Erziehung, 1919. <<

[22] V. I. Lenin, vol. 36, p. 300. <<

[23] *Ibid.*, p. 255. <<

[24] *Izvestia*, n.º 76/340 (17 de abril de 1918), p. 2. <<

[25] N. Osinski, *Stroitelstvo sotsializma*, Moscú, Kommunist, 1918. <<

[26] *Ibid.*, p. 46. <<

[27] Nikolái N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, vol. 2, Berlín, Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922, p. 239 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa (1917)*, Barcelona, Luis de Caralt, 1970]. <<

[28] Hippolyte Taine, *The French Revolution*, vol. 2, Nueva York, H. Holt & Co., 1892, pp. 13-14. <<

[29] Se cita en S. Malle, *War Communism, op. cit.*, p. 165. <<

[30] *Vosmoi Sezd RKP (b). Mart 1919 g, Protokoli*, Moscú, 1959, pp. 407-408. <<

[31] S. Chutskaev, en *EZh*, n.º 225 (13 de noviembre de

1920), p. 2. <<

[32] *NKh*, n.os 1-2 (1920), p. 9. <<

[33] *EZh*, n.º 167 (31 de julio de 1920), p. 1. <<

[34] Edward Hallett Carr, *The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, vol. 2, Nueva York, Macmillan, 1952, p. 246 [hay trad. cast.: *Historia de la Rusia soviética. La Revolución bolchevique (1917-1923)*, Madrid, Alianza, 1974]. <<

[35] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 351. <<

[36] Vladímir Ilich Lenin, *Sochinenia*, vol. 23, p. 18, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 351, omite la primera frase de esta cita. <<

[37] *Vosmoi Sezd RKP (b), op. cit.*, pp. 407-408. <<

[38] L. N. Yurovski, *Denezhnaya politika sovetskoi vlasti (1917-1927)*, Moscú, Finansovoe izdatelstvo, 1928, p. 43. <<

[39] *Dekreti*, vol. 3, p. 454. <<

[40] Zachari Solomonovich Katzenellenbaum, *Russian Currency and Banking, 1914-1924*, Londres, P. S. King, 1925, pp. 74-75. <<

[41] *Dekreti*, vol. 5, pp. 189-190. <<

[42] L. N. Yurovski, *Denezhnaya politika, op. cit.*, p. 75. <<

[43] Z. V. Atlas, *Ocherki po istori denezhnogo obrashchenia v SSSR (1917-1925)*, Moscú, Gos. fin. izd-vo, 1940, pp. 58-59. <<

[44] *NKh*, n.os 1-2 (1920), p. 10. <<

[45] L. N. Yurovski, *Denezhnaya politika, op. cit.*, p. 71. <<

[46] *Ibid.*, 75. <<

[47] S. Malle, *War Communism, op. cit.*, p. 164. <<

[48] Peter Scheibert, *Lenin an der Macht*, Weinheim, Acta humaniora, 1984, p. 250. <<

[49] L. N. Yurovski, *Denezhnaya politika, op. cit.*, p. 73. <<

[50] Z. S. Katzenellenbaum, *Russian Currency, op. cit.*, pp. 74-75. <<

[51] *Ibid.*, p. 77. <<

[52] *Deviati Sezd RKP (b). Protokoli*, Moscú, 1960, p. 426. <<

[53] *Ibid.*, p. 425. <<

[54] *Odinadtsati Sezd RKP (b). Stenograficheski Otchot*, Moscú, 1961, p. 296. <<

[55] Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Right, 1905-1944*, Cambridge, Harvard University Press, 1980, pp. 140-141. <<

[56] James Bunyan, *Intervention, Civil War, and Communism in Russia 1918*, Baltimore, Johns Hopkins Press, 1936, pp. 406-407. <<

[57] *Dekreti*, vol. 4, pp. 314-316 y 457-461, y vol. 5, pp. 217-231. <<

[58] *NKh*, n.os 1-2 (1920), pp. 8-9. <<

[59] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 8, p. 291; véase *LS*, vol. 24, p. 95. <<

[60] L. N. Yurovski, *Currency Problems and Policy of the Soviet Union*, Londres, L. Parsons, 1925, p. 22. <<

[61] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 7. <<

[62] *EZh*, n.º 261 (9 de noviembre de 1920), p. 1. <<

[63] *Dekreti*, vol. 1, pp. 172-174. Su historia se puede encontrar en V. Z. Drobizhev, *Glavni shtab sotsialisticheskoi promishlennosti*, Moscú, Misl, 1966, y en G. Tsiperovich, *Sindikati i tresti, op. cit.*, pp. 373-511. <<

[64] *EZh*, n.º 261 (9 de noviembre de 1920), p. 1. <<

[65] F. Pollock, *Planwirtschaftlichen Versuche, op. cit.*, p. 80. <<

[66] S. Liberman, *Building, op. cit.*, p. 67, y A. Gurovich, en *ARR*, vol. 4 (1922), p. 319. <<

[67] A. Gurovich, *loc. cit.* <<

[68] Para más información sobre él, véase su bosquejo autobiográfico en *Granat*, vol. 41, primera parte, pp. 272-282, y las memorias recogidas en *NKh*, n.º 2 (1918), pp. 16-23. Véase también S. Liberman, *Building, op. cit.*, pp. 20-23. <<

[69] Yuri Larin [M. Lure], *Pisma o Germani*, Petrogrado, Kniga, 1917. <<

[70] Véase su carta en *Revoliutsia*, vol. 4, pp. 383-384. <<

[71] Alexéi Ríkov, en *NKh*, n.º 10 (1918), pp. 31-32. <<

[72] Vladímir Miliutin, *La nationalisation de l'industrie*, Moscú, 1919, pp. 8-9. <<

[73] *Dekreti*, vol. 2, pp. 498-503. <<

[74] Y. Larin, en *NKh*, n.º 2 (1918), p. 20, y S. Liberman, *Building, op. cit.*, pp. 24-26. <<

[75] Y. Larin, *loc. cit.* <<

[76] Lev Natánovich Kritsman, *Geroicheski period Velikoi Russkoi Revoliutsi*, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1926, p. 64, pp. 131-132. <<

[77] *Ibid.*, p. 62. <<

[78] G. G. Shvittau, *Revoliutsia i narodnoye joziaistvo v Rossi (1917-1921)*, Leipzig, 1922, p. 74. <<

[79] Puede encontrarse una lista completa en L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, pp. 103-104. <<

[80] Y. Larin, en *NKh*, n.os 9-10 (1922), p. 40. <<

[81] Véase al respecto A. Vainshtein, en *NKh*, n.os 5-6 (1920), pp. 54-56. <<

[82] Vladímir P. Miliutin, *Narodnoye Joziaistvo Sovetskoi*

Rossi, Moscú, 1920, apéndice. <<

[83] *Deviati Sezd RKP (b), op. cit.*, p. 104. <<

[84] Maxim Litvinov, en *Pravda*, n.º 262 (21 de noviembre de 1920), p. 1. <<

[85] R. Arski, en *EZh*, n.º 14 (23 de noviembre de 1918), p. 1. <<

[86] A. Kaktin, en *NKh*, n.º 4 (1919), pp. 16-19. <<

[87] A. Vainshtein, en *NKh*, n.os 5-6 (1920), pp. 54-55. <<

[88] A. Gurovich, en *ARR*, vol. 6 (1922), pp. 315-316. <<

[89] León Trotski, *Arbeit, op. cit.*, pp. 11-13, y V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, pp. 380-381. <<

[90] G. K. Guins, *Sibir, Soiuzniki i Kolchak*, vol. 2, Pekín, 1921, p. 429. <<

[91] Más ejemplos en E. H. Carr, *Bolshevik Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 186. <<

[92] V. Z. Drobizhev, *Glavni shtab, op. cit.*, p. 121. <<

[93] Por ejemplo, G. Krumin, en *EZh*, n.º 230 (15 de octubre de 1919), p. 1. <<

[94] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, pp. 163-164. <<

[95] *Ibid.*, p. 190. <<

[96] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 44, p. 326. <<

[97] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, pp. 153-154. <<

[98] *Ibid.*, pp. 154-155. <<

[99] *Ibid.*, p. 155. <<

[100] *EZh*, n.º 215 (28 de septiembre de 1920), p. 1, y n.º 219 (2 de octubre de 1920), p. 1. <<

[101] S. Strumilin, en *EZh*, n.º 225 (9 de octubre de 1920), p.

2. <<

[102] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, pp. 184-185. <<

[103] *Vosmoi Sezd RKP (b), op. cit.*, p. 407. <<

[104] Véase al respecto P. Scheibert, *Lenin, op. cit.*, pp. 254-262. <<

[105] *Dekreti*, vol. 4, pp. 491-508. <<

[106] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, p. 113. <<

[107] *Ibid.*, p. 220. <<

[108] *Ibid.*, p. 141. <<

[109] *Dekreti*, vol. 12, pp. 10-12; *ibid.*, vol. 11, pp. 43-45; *SUiR*, 1921, n.º 6, art. 47, citado en E. H. Carr, *Bolshevik Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 260, y S. Malle, *War Communism, op. cit.*, pp. 181-182. <<

[110] F. Pollock, *Planwirtschaftlichen Versuche, op. cit.*, pp. 70-71. <<

[111] E. Gan, en *Izvestia*, n.º 243 (30 de octubre de 1920), p. 1. Véase L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, p. 133. <<

[112] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, p. 140. <<

[113] A. Lositski, en *EZh*, n.º 111 (25 de mayo de 1920), p. 1. <<

[114] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, p. 139. <<

[115] A. Goldschmidt, *Moskau 1920*, Berlín, E. Rowohlt, 1920, pp. 30 y 87-88. <<

[116] V. Beliáiev, *Ispoved komissara*, Nueva York, 1921, pp. 8-10. <<

[117] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, p. 140. <<

[118] *EZh*, n.º 36 (18 de febrero de 1920), p. 1. <<

[119] E. H. Carr, *Bolshevik Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 244.

<<

[120] León Trotski, *Sochinenia*, vol. 12, Moscú, s. f., pp. 128-129. <<

[121] *Deviati Sezd RKP (b), op. cit.*, p. 91. <<

[122] *Treti Vserossiski Sezd Professionalnij Soiuzov. Stenograficheskie Otchot*, primera parte, Moscú, Gos. izd-vo, 1921, pp. 87-88. <<

[123] *Ibid.*, p. 89. <<

[124] *Odinadtsati Sezd RKP (b), op. cit.*, pp. 37-38. <<

[125] *Ibid.*, pp. 103-104. <<

[126] *Kommunisticheskaya Partia Sovetskogo Soiuza v Rezoliutsiaj i Resheniaj Sezdov, Konferentsi, Plenumov TsK*, 7.ª ed., vol. 1, Moscú, 1953, pp. 351. <<

[127] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 34, p. 193. <<

[128] *Vtoroi Vserossiski Sezd Sovetov Rabochij i Soldatskij Deputatov*, Moscú y Leningrado, 1928, p. 165. <<

[129] *Dekreti*, vol. 1, p. 226. <<

[130] *Ibid.*, p. 322. Según el borrador de V. I. Lenin, *ibid.*, p. 316. <<

[131] *Ibid.*, vol. 3, pp. 461-463. <<

[132] *Izvestia*, n.º 279/126 (11 de diciembre de 1920), p. 2. <<

[133] M. Dewar, *Labour Policy in the USSR, 1917-1928*, Londres, Royal Institute of International Affairs, 1956, pp. 174-199. <<

[134] L. Trotski, *Sochinenia*, vol. 15, Moscú y Leningrado, 1927, p. 126. <<

[135] S. Liberman, *Building, op. cit.*, p. 19. <<

[136] León Trotski, *Kak vooruzhalas revoliutsia*, vol. 2, segunda parte, Moscú, 1924, pp. 33-36. <<

[137] Citado en E. H. Carr, *Bolshevik Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 210. <<

[138] M. Dewar, *Labour Policy, op. cit.*, p. 213. <<

[139] S. Liberman, *Building, op. cit.*, p. 73. <<

[140] L. Trotski, *Sochinenia*, vol. 12, p. 160. <<

[141] *Dekreti*, vol. 1, pp. 77-85, y S. Malle, *War Communism, op. cit.*, p. 93. <<

[142] M. Brinton, *The Bolsheviks and Worker's Control, 1917-1921*, Londres, University of Michigan Library, 1970, p. 16 [hay trad. cast.: *Los bolcheviques y el control obrero, 1917-1921*, París, Ruedo Ibérico, 1972]. <<

[143] *Ibid.*, p. 18. <<

[144] *Pervi Vserossiski Sezd Professionalnij Soiuzov 7-17 lanvaria 1918 g.*, Moscú, 1918. <<

[145] *Vtoroi Vserossiski Sezd Professionalnij Soiuzov*, primera parte, Moscú, Gos. izd-vo, 1921, p. 97. <<

[146] *Ibid.* <<

[147] L. Trotski, *Kak vooruzhalas, op. cit.*, vol. 2, segunda parte, p. 78. <<

[148] P. A. Garvi, *Professionalnie soiuzi v Rossi v pervie godi revoliutsi*, Nueva York, 1958, p. 46. <<

[149] Y. Milonov, *Putevoditel po rezoliutsiam Vserossiskij Sezdov i Konferentsi Professionalnij Soiuzov*, Moscú, 1924, p. 61. <<

[150] *Pervi Vserossiski Sezd Professionalnij Soiuzov, op. cit.*, p. 367. <<

[151] J. Sorenson, *The Life and Death of Soviet Trade Unionism, 1917-1928*, Nueva York, Atherton Press, 1969, pp. 37-38. <<

[152] L. N. Kritsman, *Geroicheski period, op. cit.*, pp. 165 y

186. <<

[153] *Pravda*, n.º 30 (11 de febrero de 1921), p. 1. Véase también Yuri Larin, en *EZh*, n.º 173 (7 de agosto de 1920), p. 1. <<

[154] G. Krumin, en *EZh*, n.º 118 (3 de junio de 1920), p. 1. <<

[1] Karl Marx, *Das Kapital*, vol. 1, Hamburgo, Otto Meissner, 1867, cap. 15, sec. 10 [hay trad. cast.: *El capital*, Madrid, Akal, 2000]. Sobre este asunto, véase David Mitrany, *Marx Against the Peasant*, Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1951. <<

[2] Harry Willets en Leonard Schapiro y Peter Reddaway, eds., *Lenin. The Man, the Theorist, the Leader*, Londres, Pall Mall Press, 1967, p. 212. <<

[3] Peter B. Struve, «Agrarnyi vopros i sotsialnaya demokratia *v* Rossi», en *Doklad delegatsi Russkikh Sotsial-Demokratov na mezhdunarodnom sotsialisticheskom kongresse v Londone v 1896 godu*, Ginebra, 1896. <<

[4] Vladímir Ilich Lenin, *PSS*, vol. 6, p. 310. <<

[5] *Ibid.*, pp. 347-348. <<

[6] Por ejemplo, *ibid.*, vol. 37, pp. 352-364. <<

[7] Nikolái Orlov citado en Víctor V. Kabánov, en *IZ*, n.º 82 (1968), p. 28. <<

[8] *Pravda*, n.º 240 (5 de noviembre de 1918), p. 2. Para más información sobre este asunto, véase Víctor V. Kabánov, *Krestianskoye joziaistvo v usloviaj «Voennogo Kommunizma»*, Moscú, Nauka, 1988, pp. 22-32. <<

[9] A. T. en *Svoboda Rossi*, n.º 26 (16 de mayo de 1918), p. 6. <<

[10] Y. A. Poliakov, en *Istoria sovetskogo krestianstva i kolkhoznogo stroitelstva v SSSR*, Moscú, 1963, p. 16. <<

[11] *Ibid.*, p. 16; Dorothy Atkinson, *The End of the Russian Land Commune, 1905-1930*, Stanford, Stanford University Press, 1983, pp. 178-180. <<

[12] Víctor Petróvich Danílov, *Pereraspredelenie zemelnogo fonda Rossi*, Moscú, 1979, pp. 283-287, citado en V. V.

Kabánov, *Krestianskoye joziaistvo, op. cit.*, p. 49. <<

[13] Leonid Yákovlevich Bliakher, en *Vestnik statistiki*, vol. 13, n.os 1-3 (1923), p. 138. <<

[14] *Ibid.*, pp. 146-147. <<

[15] V. R. Gerasimiuk, en *ISSSR*, n.º 1 (1965), p. 100. <<

[16] *O zemle. Sbornik statei*, vol. 1 (1921), p. 9. <<

[17] Y. Piletski, en *NZh*, n.º 18/232 (25 de enero/7 de febrero de 1918), p. 1. <<

[18] Andréi M. Anfimov, en *VI*, n.º 1 (1955), pp. 111-112. <<

[19] V. V. Kabánov, *Krestianskoye joziaistvo, op. cit.*, pp. 50-51. <<

[20] *Ibid.*, pp. 52-53. <<

[21] *BSE*, vol. 50, p. 359. <<

[22] I. V. Nazarov, en *NZh*, n.º 50/265 (24 de marzo de 1918), p. 1. <<

[23] A. M. Anfimov e I. F. Makárov, en *ISSSR*, n.º 1 (1974), p. 85. <<

[24] Daniel Thorniley, *The Rise and Fall of the Soviet Rural Communist Party, 1927-1939*, Birmingham, Palgrave Macmillan, 1988, p. 10. <<

[25] V R. Gerasimiuk, en *ISSSR*, n.º 1 (1965), p. 100. <<

[26] *Ibid.*, p. 102. <<

[27] *Decreti sovetskoi vlasti*, vol. 1, Moscú, 1957, p. 410. <<

[28] V. R. Gerasimiuk, en *ISSSR*, n.º 1 (1965), p. 100. <<

[29] D. Atkinson, *Russian Commune, op. cit.*, p. 185. <<

[30] V. R. Gerasimiuk, *Nachalo sotsialisticheskoi revoliutsi v derevne*, Moscú, Gospolitizdat, 1958, p. 73. <<

[31] V. V. Kabánov, *Krestianskoye joziaistvo, op. cit.*, p. 182. <<

[32] Véanse pp. 756-757. <<

[33] *NZh*, n.º 12/226 (18/31 de enero de 1918), p. 1. <<

[34] *Ibid.* <<

[35] *NZh*, n.º 25/239 (15 de febrero de 1918), p. 4. <<

[36] *NZh*, n.º 100/315 (26 de mayo de 1918), p. 1. <<

[37] Borís Brutzkus, en *Quellen und Studien*, N. F., n.º 2, Berlín, Teubner, 1925, p. 160, citado en Friedrich Pollock, *Die Planwirtschaftlichen Versuche in der Sowjetunion, 1917-1927*, Leipzig, C. L. Hirschfeld, 1929, p. 71. <<

[38] Y. A. Poliakov, en *Istoria sovetskogo krestianstva, op. cit.*, p. 38. <<

[39] *Decreti, op. cit.*, vol. 1, p. 406, y *NZh*, n.º 82/297 (3 de mayo de 1918), p. 4. <<

[40] *ND*, n.º 1 (1/14 de febrero de 1918), p. 1. <<

[41] Por ejemplo, *NZh*, n.º 41/256 (14 de marzo de 1918), p. 4. <<

[42] Reproducido en *NZh*, n.º 39/254 (10 de marzo de 1918), p. 4. <<

[43] *NZh*, n.º 79/294 (28 de abril de 1918), p. 4. <<

[44] N. Orlov, *Deviat mesiatsev prodovolstvennoi raboti sovetskoi vlasti*, Moscú, Izdanie narodnogo komissariata prodovolstvia, 1918, pp. 44-45. Debo esta referencia a Leonid Heretz. <<

[45] *NZh*, n.º 98/313 (24 de mayo de 1918), p. 3. <<

[46] *LS*, vol. 18, p. 81. <<

[47] N. Orlov, *Deviat mesiatsev, op. cit.*, p. 82. <<

[48] *SV*, n.º 4 (18 de marzo de 1921), p. 4. <<

[49] Alexánder Tsiurupa, en *Piatyi Vserossiski Sezd Sovetov. Stenograficheski Otchot*, Moscú, Izd-vo VTSIK, 1918, pp. 140-

141. <<

[50] *Decreti*, vol. 1, pp. 459-460; véase *LS*, vol. 18, pp. 78-79. <<

[51] Por ejemplo, *Decreti*, vol. 1, p. 502. <<

[52] *NZh*, n.º 29/243 (20 de febrero de 1918), p. 1. <<

[53] Vladímir Ilich Lenin, *Sochinenia*, vol. 23, p. 542. <<

[54] *Decreti*, vol. 2, pp. 48-50. <<

[55] *LS*, vol. 18, p. 92. <<

[56] *NZh*, n.º 99/314 (25 de mayo de 1918), p. 1. <<

[57] *Protokoli zasedani Vserossiskogo Tsentralnogo Ispolnitelnogo Komiteta 4-go Sozyva*, Moscú, 1920, p. 294. <<

[58] Citado en *NZh*, n.º 71/286 (19 de abril de 1918), p. 1. <<

[59] Richard Pipes, *Struve. Liberal on the Left, 1870-1905*, Cambridge, Harvard University Press, 1970, pp. 129-130. <<

[60] A. L. Okninski, *Dva goda sredi kresfian*, Riga, [1936], p. 93. <<

[61] Sobre este asunto, véase C. Frierson, *From Narod to Kulak. Peasant Images in Russia, 1870 to 1885*, tesis doctoral, Universidad de Harvard, 1985. <<

[62] V. I. Lenin, *PSS, op. cit.*, vol. 38, p. 197. <<

[63] Vladímir P. Antónov-Saratovski, ed., *Soveti v epoju voennogo kommunizma, 1918-21*, vol. 1, Moscú, Izd-vo Kommunisticheskoi akademi, 1928, p. 131. <<

[64] *NZh*, n.º 117/332 (19 de junio de 1918), p. 3. <<

[65] Por ejemplo, V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, pp. 354-355. <<

[66] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 40. <<

[67] *Ibid.*, vol. 3, p. 62, y vol. 16, p. 205. <<

[68] *Ibid.*, vol. 38, 255. <<

[69] Friedrich Engels, «Prefatory Note to The Peasant War in

Germany», en K. Marx y F. Engels, *Selected Works*, vol. 1, Moscú, Foreign Language Publishing House, 1962, p. 647. <<

[70] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 27, p. 226. <<

[71] Vladímir P. Miliutin, *Agrarnaya politika SSSR*, Moscú y Leningrado, Gosudarstvennoye izdatelstvo, 1929, p. 106. <<

[72] *Ibid.* <<

[73] *Decreti*, vol. 2, pp. 264-266, y *LS*, vol. 18, pp. 82-88. <<

[74] *LS*, vol. 18, p. 82. <<

[75] Por ejemplo, *NZh*, n.º 71/286 (19 de abril de 1918), p. 4. <<

[76] John L. H. Keep, *The Russian Revolution*, Londres, Weidenfeld & Nicolson, 1976, p. 424. <<

[77] *Decreti*, vol. 2, pp. 298-301. <<

[78] *NZh*, n.º 99 (25 de mayo de 1918), p. 4, y n.º 102/317 (29 de mayo de 1918), p. 3. <<

[79] *Ibid.*, n.º 104/319 (31 de mayo de 1918), p. 1. <<

[80] *NZh*, n.º 105/320 (1 de junio de 1918), p. 1. <<

[81] Vladímir Ilich Lenin, *Jronika*, vol. 6, pp. 313, 369, 507 y 542. Para una descripción del tipo de persona que se alistó en estos destacamentos, véase *EZh*, n.º 17 (27 de noviembre de 1918), pp. 1-2. <<

[82] *Decreti*, vol. 2, p. 387. <<

[83] Véase, por ejemplo, el discurso de Alexánder Tsiurupa en *Piatyi Sezd Sovetov, op. cit.*, p. 144. <<

[84] *Decreti*, vol. 3, pp. 178-180. <<

[85] *LS*, vol. 18, pp. 93-94. <<

[86] *NZh*, n.º 112/327 (9 de junio de 1918), p. 3. <<

[87] D. Atkinson, *Russian Commune, op. cit.*, pp. 191-193. <<

[88] Theodore Shanin, *The Awkward Class*, Oxford,

Clarendon Press, 1972, p. 147 [hay trad. cast.: *La clase incómoda. Sociología política del campesinado en una sociedad en desarrollo (Rusia 1910-1925)*, Madrid, Alianza, 1974]. <<

[89] *NV*, n.º 97/121 (20 de junio de 1918), p. 4. <<

[90] V. Kerzhentsev, en *Izvestia*, n.º 15/567 (22 de enero de 1919), p. 1. <<

[91] Martín Iványovich Latsis, *Dva goda borbi na vnutrennem fronte*, Moscú, Gosizdat, 1920, p. 75. <<

[92] L. M. Spirin, *Klassi iparti v grazhdanskoi voine v Rossi, 1917-1920 gg.*, Moscú, Mysl, 1968, p. 185. <<

[93] *Ocherki istori Cheliabinskoi Oblastnoi partinoi organizatsi*, Cheliábinsk, Uzhno-Uralskoye knizhnoye izd-vo, 1967, p. 94. <<

[94] Información adicional en Okninski, *Dva goda*, pp. 128-151; *NZh*, n.º 71/286 (19 de abril de 1918), p. 4; V. R. Gerasimiuk, *Nachalo, op. cit.*, pp. 84-85; L. G. Sytov, ed., *Penzenskaya organizatsia KPSS v godi grazhdanskoi voini*, Penza, Penzenskoye knizhnoye izd-vo, 1960, pp. 87-99; *LS*, vol. 18, pp. 202-205, y V. P. Antónov-Saratovski, *Soveti, op. cit.*, vol. 1, p. 151. <<

[95] M. Frenkin, *Tragedia kresfianskij vosstani*, Jerusalén, Leksikon, 1987, pp. 79 y 85-88. <<

[96] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 50, pp. 126-127. <<

[97] *LS*, vol. 18, p. 145. <<

[98] *Ibid.*, p. 146. <<

[99] *Ibid.*, p. 203. <<

[100] *Decreti*, vol. 3, pp. 178-180. <<

[101] *LS*, vol. 18, p. 146. <<

[102] J. L. H. Keep, *Russian Revolution, op. cit.*, p. 462. <<

[103] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 39, p. 407. <<

[104] *Decreti*, vol. 3, pp. 224-226. <<

[105] V. P. Antónov-Saratovski, *Soveti, op. cit.*, vol. 1, pp. 54-56. <<

[106] Borís Kamkov, en *Piatyi Sezd Sovetov, op. cit.*, p. 75. <<

[107] *Decreti*, vol. 2, pp. 295 y 416-420. <<

[108] *Protokoly […] VTsIK 4-ogo Sozyva, op. cit.*, pp. 398-419. <<

[109] V. R. Gerasimiuk, en *ISSSR*, n.º 4 (1960), pp. 122 y 125. <<

[110] V. N. Averev, ed., *Komiteti bednoti. Sbornik materialov*, vol. 1, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo koljoznoi i sovjoznoi lit-ry, 1933, p. 120. <<

[111] V. R. Gerasimiuk, en *ISSSR*, n.º 4 (1960), p. 122. <<

[112] V. N. Averev, *Komiteti bednoti, op. cit.*, vol. 1, p. 183. <<

[113] E. G. Gimpelson, *Soveti v godi interventsi i grazhdanskoi voini*, Moscú, Nauka, 1968, p. 68. <<

[114] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 181. <<

[115] *Decreti*, vol. 3, pp. 540-541. <<

[116] *Ibid.*, vol. 4, pp. 112-119. <<

[117] Véase E. G. Gimpelson, *Soveti, op. cit., passim*. <<

[118] *Ibid.*, p. 49. <<

[119] V. P. Antónov-Saratovski, *Soveti, op. cit.*, vol. 1, pp. 264 y 405. <<

[120] E. G. Gimpelson, *Soveti, op. cit.*, p. 54. <<

[121] V. P. Antónov-Saratovski, *Soveti, op. cit.*, vol. 1, p. 129. <<

[122] *Ibid.*, p. 439; también pp. 264 y 435. <<

[123] Lev Natánovich Kritsman, *Geroicheski period Velikoi*

Russkoi Revoliutsi, Moscú y Leningrado, Gos. izd-vo, 1926, p. 155. <<

[124] Bertrand Russell, *Bolshevism. Practice and Theory*, Nueva York, Harcourt, Brace & Howe, 1920, p. 37 [hay trad. cast.: *Teoría y prática del bolchevismo*, Barcelona, Ariel, 1969]. <<

[125] Janne-Mieke Meijer en Richard Pipes, ed., *Revolutionary Russia*, Cambridge, Harvard University Press, 1968, p. 268. <<

[126] *LS*, vol. 18, pp. 143-144. <<

[127] Por ejemplo, discurso del 11 de diciembre de 1918, en V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 361. <<

[128] *RM*, n.º 9/12 (1923-1924), p. 200. <<

[129] V. V. Kabánov, *Krestianskoye joziaistvo, op. cit.*, p. 202. <<

[130] T. Shanin, *Awkward Class, op. cit.*, pp. 164-169. <<

[131] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 354; la cursiva es mía. <<

[1] Discurso de Sverdlov ante el Comité Ejecutivo Central (CEC) el 9 de mayo de 1918, en *Protokoli zasedani Vserosiskodo Tsentralnodo Ispolnitelnodo Komiteta 4-do Soziva*, Moscú, 1920, p. 240. <<

[2] *NV*, n.° 63/87 (2 de abril de 1918), p. 3. <<

[3] Simon Liberman, *Building Lenin's Russia*, Chicago, University of Chicago Press, 1945, pp. 56-57. <<

[4] George Buchanan en A. Balfour, 8 de septiembre de 1917, Public Record Office, Londres, FO 371-3015. <<

[5] Vladímir Ilich Lenin, *Jronika*, vol. 5, pp. 165-166. <<

[6] *NZh*, n.° 43/258 (16 de marzo de 1918), p. 1. <<

[7] *NZh*, n.° 51/266 (26 de marzo de 1918), p. 3, y *NV*, n.° 73/97 (4 de abril de 1918), p. 3. <<

[8] Vladímir Ilich Lenin, *PSS*, vol. 21, p. 17. <<

[9] *NS*, n.° 1 (13 de abril de 1918), p. 2, y *NV*, n.° 73/97 (14 de abril de 1918), p. 3. <<

[10] *NVCh*, n.° 65 (22 de abril de 1918), p. 1. <<

[11] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), p. 187. <<

[12] George Lefebvre, *The French Revolution*, Nueva York, 1962, p. 270. [hay trad. cast.: *La Revolución francesa y el Imperio*, México, Fondo de Cultura Económica, 1960]. <<

[13] Pável Mijáilovich Bikov, «Posledniye dni poslednego tsaria», en N. L. Nikoláiev, ed., *Rabochaya revoliutsia na Urale*, Ekaterimburgo, Gosudarstvennoe iz datel'stvo, 1921, p. 7. <<

[14] Pável Mijáilovich Bikov, *Posledniye dni Romanovij*, Sverdlovsk, 1926, pp. 89 y 307-308; Paul Bulygin, *The Murder of the Romanovs*, Londres, Hutchinson, 1935, pp. 203-205; Nikolái Alexéievich Sokólov, *Ubistvo tsarskoi semi*, París, 1925, pp. 42-43; Serguéi Petróvich Melgunov, *Sudba*

Imperatora Nikolaya II posle otrechenia, París, Éditions La Renaissance, 1951, pp. 276-279. <<

[15] I. Koretski, en *PR*, n.° 4 (1922), p. 13. <<

[16] Pierre Gilliard, *Thirteen Years of the Russian Court*, Nueva York, Doran, 1921, pp. 257-258, y S. P. Melgunov, *Sudba, op. cit.*, pp. 250-258. <<

[17] *Protokoli VTsIK 4-do soziva*, Moscú, 1920, pp. 240-241; véase también P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 89, y G. Z. Yoffe en *Sovietskaya Rossia*, n.° 161/9, p. 412 (12 de julio de 1987), p. 4. <<

[18] G. Z. Yoffe, *Kraj rosiskoi monarjicheskoi kontrrevoliutsi*, Moscú, 1977, pp. 148-157; véase también *Ural*, n.° 7 (1988), pp. 1479-150. <<

[19] P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 90 <<

[20] *Ibid.*, p. 91. <<

[21] N. A.. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 44. <<

[22] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), p. 191. <<

[23] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 44. <<

[24] Vasili Vasílievich Yákovlev, en *Izvestia*, n.° 96/360 (16 de mayo de 1918), p. 2. <<

[25] Kobilinski en Robert Wilton, *The Last Days of the Romanovs*, Londres, Thornton Buttonworth, 1920, p. 206. <<

[26] V. V. Yákovlev, en *Izvestia*, n.° 96/360 (16 de mayo de 1918), p. 2. <<

[27] P. Gilliard, *Thirteen Years, op. cit.*, pp. 260-263. <<

[28] P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 99. <<

[29] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), p. 190 y 193, y P. M. Bikov, «Posledniye dni», *loc. cit.*, p. 10. <<

[30] Isaac Don Levine, *Eyewitness to History*, Nueva York, Hawthorn Books, 1973, p. 130. <<

[31] Mark Konstantinóvich Kasvinov, *Dvadtsat tri stupeni vniz*, Moscú, Mysl, 1978, pp. 454-455. <<

[32] Vasili Vasílievich Yákovlev, en *RL*, n.° 1 (1921), p. 152. <<

[33] *Ibid.* <<

[34] Archivo Sokólov, Biblioteca Houghton, Universidad de Harvard, caja 67, pp. 212- 213. <<

[35] P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 97; todo esto queda confirmado por las cintas de la conversación entre Yákovlev y Sverdlov, tal y como fueron resumidas por Yoffe en *Sovietskaya Rossia*, n.° 161/9.142 (12 de julio de 1987), p. 4; Vasili Vasílievich Yákovlev, en *Ural*, n.° 7 (1988), p. 162. <<

[36] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), pp. 195-196. <<

[37] P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 98. <<

[38] *Ibid.*, p. 100. <<

[39] V. V. Yákovlev, en *Izvestia*, n.° 96/360 (16 de mayo de 1918), p. 2. <<

[40] P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, pp. 64-65, y N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 52. <<

[41] P. M. Bikov, «Posledniye dni», *loc. cit.*, p. 12. <<

[42] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), pp. 199-200. <<

[43] *Ibid.*, p. 97. <<

[44] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 124. <<

[45] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), p. 203. <<

[46] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 129 y 131. <<

[47] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), p. 203, y P. M. Bikov, «Posledniye dni», *loc. cit.*, p. 15. <<

[48] Serguéi Serguéievich Bejtéiev, *Pesni russkoi skorbi i sloz*, vol. 1, Munich, 1923, p. 18, y N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*,

p. 282. La traducción del inglés incluida en el original es de P. Bulygin, *Murder, op. cit.*, pp. 25-26. <<

[49] León Trotski, *Diario*, entrada del 9 de abril de 1935, en Archivo Trotski, Biblioteca Houghton, Universidad de Harvard, bMS/Russ 13, T-3731, p. 110. <<

[50] Sobre el gran duque Miguel, véase O. Poutianine, *Revue des Deux Mondes*, vol. 18 (1 de noviembre de 1923), pp. 56-78, y vol. 18 (15 de noviembre de 1923), pp. 290-310, y G. B., *Rul*, n.° 2.472 (13 de enero de 1929), p. 5. <<

[51] O. Poutianine (*Revue*, pp. 309-310), basándose en un relato del ayuda de cámara de Miguel como le fue referido por un conocido suizo; véase también N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, pp. 265-266. <<

[52] P. M. Bikov, *Posdeniye dni, op. cit.*, p. 121, y N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 266. <<

[53] S. P. Melgunov, *Sudba, op. cit.*, p. 388. <<

[54] *NZh*, n.° 120/335 (22 de junio de 1918), p. 3; *NV*, n.° 96/120 (19 de junio de 1918), p. 2, y *NVCh*, n.° 93 (19 de junio de 1918), p. 1. Sobre la noticia en el exterior, véanse *New York Times* (1 de julio de 1918) p. 5, y *The Times* (3 de julio de 1918), p. 6. <<

[55] *NS*, n.° 48 (19 de junio de 1918) (al que no logré acceder), tal y como fue referido en *NV*, n.° 97/121 (29 de junio de 1918), p. 3; compárese con V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, p. 552. <<

[56] *NV*, n.° 100/124 (23 de junio de 1918), p. 2. <<

[57] Mijaíl Konstantinóvich Diterijs, *Ubistvo tsarskoi semi i chlenov doma Romanovij na Urale*, vol. 1 Vladivostok, 1922, p. 61. <<

[58] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), p. 202. Avdéiev lo identifica erróneamente como austríaco. <<

[59] P. M. Bikov, «Posledniye dni», *loc. cit.*, pp. 17-18. <<

[60] Serguéi Smirnov, *Autour de l'assassinat des Grand-Ducs*, París, 1928, pp. 14-15, n. 114., 92-93, 104 y 143. P. M. Bikov («Posledniye dni», *loc. cit.*, p. 18) confirma que Smirnov fue arrestado con Mičič (a quien por error llama «Migich»). <<

[61] *Rodina*, n.° 4 (1989), p. 95. <<

[62] A. D. Avdéiev, en *KN*, n.° 5 (1928), p. 202. <<

[63] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 147. <<

[64] L. Trotski, *Diario, op. cit.*, tercera parte, entrada del 9 de abril de 1935. <<

[65] P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 106. <<

[66] *Dekreti*, vol. 3, p. 22. <<

[67] *Ibid.*, pp. 21-22, y *SUiR*, n.° 583, pp. 611-612. <<

[68] Archivo Sokólov, Biblioteca Houghton, Universidad de Harvard, caja 7. <<

[69] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 138. <<

[70] *Ibid.*, y R. Wilton, *The Last Days, op. cit.*, p. 82. <<

[71] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, pp. 580 y 616. <<

[72] M. K. Kasvinov, *Dvadsat tri stupeni, op. cit.*, p. 489, y P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 114. <<

[73] P. M. Bikov, «Posledniye dni», *loc. cit.*, p. 20. <<

[74] F. McCullagh, *Nineteenth Century and After*, n.° 123 (septiembre de 1920), p. 417. <<

[75] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, pp. 230-238, y *Ogonok*, n.° 21 (1989), pp. 30-32. <<

[76] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, pp. 224-229. <<

[77] *Ogonok*, n.° 21 (1989), p. 30. <<

[78] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 232. <<

[79] *Ibid.*, p. 219. <<

[80] *Ibid.*, pp. 222-223. <<

[81] *Ibid.*, p. 254. <<

[82] *Ogonok*, n.° 21 (1989), pp. 30-31. <<

[83] Declaración de P. V. Kujtenko en dossier 1 de Sokólov fechada el 8 de septiembre de 1918; la omisión es del original. <<

[84] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, p. 232. <<

[85] P. Bulygin, *Murder, op. cit.*, p. 256. <<

[86] K. Jagow, en *BM*, n.° 5 (mayo de 1935), p. 932. <<

[87] Winfried Baumgart, *Deutsche Ostpolitik 1918*, Viena y Munich, 1966, p. 337, n. 13. <<

[88] K. Jagow, en *BM*, p. 393. <<

[89] V. I. Lenin, *Jronika*, vol. 5, p. 642. <<

[90] N. A. Sokólov, *Ubistvo, op. cit.*, pp. 247-249. <<

[91] *Dekreti*, vol. 3, pp. 57-58. <<

[92] Vladímir P. Miliutin, en *Prozhektor*, n.° 4 (1924), p. 10. <<

[93] K. Jagow, en *BM*, p. 393. <<

[94] *Ibid.*, p. 399, y Karl von Bothmer, *Mit Graf Mirbach in Moskau*, Tubinga, 1922, p. 103. <<

[95] K. Jagow en *BM*, p. 400. <<

[96] P. Bulygin, *Murder, op. cit.*, p. 244. <<

[97] N. A. Sokólov, *Ubitsvo, op. cit.*, pp. 246 y 252-253. <<

[98] P. M. Bikov, *Posledniye dni, op. cit.*, p. 113. <<

[99] Archivo Sokólov, Biblioteca Houghton, Universidad de Harvard, caja 1, n.° 67, pp. 212-213. <<

[100] Robert Hamilton Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent*, Londres, 1935, p. 304. <<

[101] K. Bothmer, *Mit Graf Mirbach, op. cit.*, p. 98. <<

[102] Citado en I. D. Levine, *Eyewitness, op. cit.*, p. 137. <<

[103] Anton L. Okninski, *Dva doga sredi krestian*, Riga, 1936, pp. 292-293. <<

[104] S. Smirnov, *Autour, op. cit.*, p. 142. <<

[105] P. Paganutstsi, *Pravda ob ubistve tsarskoi semi*, Jordanville, 1981, pp. 29-30. <<

[106] P. M. Bikov, «Posledniye dni», *loc. cit.*, pp. 3-26. <<

[107] *Pravda*, n.° 212/7.537 (3 de agosto de 1938), p. 5, y Geli Riabov, *Rodina*, n.° 5 (1989), pp. 2 y 12. <<

[108] *Leninskaya Guardia Urala*, Sverdlovsk, 1967, p. 508, y M. K. Kasvinov, *Dvadsat tri stupeni, op. cit.*, p. 560, n. 11. <<

[109] L. Trotski, *Diario, op. cit.*, tercera parte, entrada del 9 de abril de 1935. <<

[1] *Marx-Engels Briefwechsel*, vol. 4, 1913, p. 329; carta fechada el 4 de septiembre de 1870. <<

[2] François Furet y Denis Richet, *La Révolution Française*, París, Fayard, 1973, pp. 10 [hay trad. cast. *La Revolución francesa*, Madrid, Rialp, 1988]. <<

[3] Angélica Balabánova, *My Life as a Rebel*, Bloomington, Indiana University Press, 1973, pp. 183-184 [hay trad. cast.: *Mi vida de rebelde*, Barcelona, Ediciones Martínez Roca, 1974]. <<

[4] Véase p. 378. <<

[5] Vladímir Ilich Lenin, *PSS*, vol. 16, p. 452. <<

[6] V. I. Lenin, PSS, vol. 35, p. 204; publicado por primera vez en 1929. <<

[7] Andrzej Kaminski, *Konzentrationslager 1896 bis heute. Eine Analyse*, Stuttgart, Kohlhammer, 1982, p. 86. <<

[8] K. G. Kotélnikov, ed., *Vtoroi Vserossiski Sezd R ISD.*, Moscú y Leningrado, 1928, p. 94. <<

[9] León Trotski, *O Lenine*, Moscú, Gosudarstvennoye Izdatelstvo, 1924, p. 101. <<

[10] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 38, p. 295. <<

[11] *DN*, n.º 223 (3 de diciembre de 1917), p. 4. <<

[12] *Dekreti*, vol. 1, pp. 490-491. <<

[13] Robert Payne, *The Life and Death of Lenin*, Nueva York, Simon & Schuster, 1964, p. 517 [hay trad. cast.: *Vida y muerte de Lenin*, Barcelona, Destino, 1965]. <<

[14] Simon Liberman, *Building Lenin's Russia*, Chicago, University of Chicago Press, 1945, pp. 13-15. <<

[15] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 37, p. 245. <<

[16] «Revolutsioniye Tribunali», *VZh*, n.º 1 (1918), p. 81. <<

[17] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 163. <<

[18] *Dekreti*, vol. 1, pp. 124-126. <<

[19] *Ibid.*, p. 469. <<

[20] *Ibid.*, vol. 4, p. 101. <<

[21] *Ibid.*, vol. 1, pp. 125-126. <<

[22] *SUiR*, vol. 1, n.º 12 (1917-1918), pp. 179-181. <<

[23] *Dekreti*, vol. 2, pp. 335-339. <<

[24] *Izvestia*, n.º 128/392 (23 de junio de 1918), p. 3. <<

[25] M. V. Kozhevnikov, *Istoria sovietskogo suda, 1917-1956 gg.*, Moscú, 1957, p. 40. <<

[26] *Ibid.* <<

[27] Isaac Steinberg, *Als ich Volkskommissar war*, Munich, Piper, 1929, pp. 123-128. <<

[28] S. Varshavski, en *NS*, n.º 4 (17 de abril de 1918), pp. 123-128. <<

[29] *SiM*, n.º 6 (1985), p. 65. <<

[30] *NS*, n.º 4 (17 de abril de 1918), p. 1. <<

[31] Yakub Berman, en *PRiP*, n.º 1/11 (1919), p. 70. <<

[32] M. V. Kozhevnikov, *Istoria, op. cit.*, p. 83. <<

[33] *PR*, n.º 10/33 (1924), pp. 5-6; *PR*, n.º 9/56 (1926), pp. 82-83, y *V. I. Lenin i VChK. Sbornik Dokumentov*, Moscú, Politizdat 1975, pp. 36-38. <<

[34] *Izvestia*, n.º 248 (10/23 de diciembre de 1917), p. 3. <<

[35] *Lenin i VchK, op. cit.*, pp. 36-37. <<

[36] *PR*, n.º 10/33 (1924), p. 5, y Mijaíl Pokrovski, en *Pravda*, n.º 290/3.822 (18 de diciembre de 1927), p. 2. <<

[37] Nikolái Vasílievich Krilenko, *Sudoproizvodstvo RFSSR*, Moscú, 1924, p. 100, citado en George H. Leggett, *The Cheka. Lenin's Political Police*, Oxford, Clarendon Press, 1986, p. 18.

<<

[38] *NZh*, n.º 71/286 (19 de abril de 1918), p. 3. <<

[39] P. G. Sofinov, *Ocherki istori Vserossiskoi Chrezvichainoi Komissi (1917-22 gg.)*, Mos-cú, Gos. izd-vo polit. lit-ry, 1960, p. 21. La cifra más alta es de G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 34. <<

[40] Yákov Khristofórovich Peters, en *PR*, n.º 10/33 (1924), pp. 10-11. <<

[41] Isaac Steinberg, *In the Workshop of the Revolution*, Londres, Victor Gollancz, 1955, p. 145. <<

[42] Robert Hamilton Bruce Lockhart, *Memoirs of a British Agent*, Londres, Putnam, 1935, p. 333. <<

[43] *NZh*, n.º 112/327 (9 de junio de 1918), p. 4. <<

[44] Lennard D. Gerson, *The Secret Police in Lenin's Russia*, Filadelfia, Temple University Press, 1976, p. 27, y G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, pp. 47-48. <<

[45] *LS*, vol. 21, pp. 111-112. <<

[46] *Ibid.*, pp. 112-113. <<

[47] *Ibid.*, pp. 113-114. <<

[48] L. D. Gerson, *Secret Police, op. cit.*, p. 30. <<

[49] P. G. Sofinov, *Ocherki, op. cit.*, p. 23. <<

[50] D. L. Golinkov, *Krusheniye antisovietskogo podpolia v SSSR*, vol. 1, Moscú, 1980, p. 62. <<

[51] *Dekreti*, vol. 1, pp. 490-491. <<

[52] *Izvestia*, n.º 32/296 (10/23 de febrero de 1918), p. 1. <<

[53] *Iz istori Vserossiskoi Chrezviachainoi Komissi, 1917-1921 gg.*, Moscú, 1958, pp. 96-98. <<

[54] G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 58; para más detalles, véase *IR*, n.º 7/300 (7 de febrero de 1931), pp. 6-9. <<

[55] P. G. Sofinov, *Ocherki, op. cit.*, p. 39. <<

[56] *Iz istori VChK*, p. 138. Para otras resoluciones importantes, véase G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, pp. 38-39. <<

[57] R. H. B. Lockhart, *Memoirs, op. cit.*, p. 320. <<

[58] G. Seménov [Vasilev], *Voennaya i boevaya rabota Parti Sotsialistov-Revoliutsionerov za 1917-18 gg.*, Berlín, 1922. <<

[59] A. Balabánova, *My Life as a Rebel, op. cit.*, pp. 187-188 [hay trad. cast: *Mi vida de rebelde, op. cit.*]. <<

[60] Vladímir Bonch-Bruevich, *Tri Pokushenia na V. I. Lenina*, Moscú, Federatsia, 1930, p. 98. <<

[61] Nikolái N. Sujánov, *Zapiski o revoliutsi*, vol. 3, Berlín, San Petersburgo y Moscú, Z. I. Grzhebin, 1922, pp. 23 y 26. <<

[62] *LN*, vol. 80 (1971), p. 52 <<

[63] Richard Pipes, *Russia under the Old Regime*, Nueva York, Weidenfeld & Nicolson, 1974, p. 309, e *Iz istori VChK*, pp. 263-264. <<

[64] S. Liberman, *Building, op. cit.*, p. 9. <<

[65] J. Monnerot, *Sociology and Psychology of Communism*, Boston, 1953, p. 223. <<

[66] Véase L. V. Bulgakova, *Materiali dlia bibliografi Lenina 1917-1923*, Leningrado, 1924. <<

[67] *Izvestia*, n.º 190/454 (4 de septiembre de 1918), pp. 6-7. <<

[68] V. Bonch-Bruevich, *Tri Pokushenia, op. cit.*, 1930, p. 103. <<

[69] Grigori Zinóviev citado en Nina Tumarkin, *Lenin Lives!*, Cambridge, Harvard University Press, 1983, p. 82; L. Cerfaux y J. Tondriau, *Le culte des souverains dans la civilization gréco-romaine*, Tournai, 1957, p. 291. <<

[70] Para más ejemplos, véase N. Tumarkin, *Lenin, op. cit.*, pp. 83-86. <<

[71] L. Cerfaux y J. Tondriau, *Le culte, op. cit.*, p. 427. <<

[72] W. S. Ferguson, *The Cambridge Ancient History*, vol. 7, Cambridge, 1928, p. 21. <<

[73] Archivo Melgunov, Instituto Hoover, caja 4, carpeta 26. <<

[74] *Ibid.* <<

[75] V. I. Lenin, *PSS*, vol. 36, p. 196. <<

[76] *Ibid.*, vol. 50, p. 106. <<

[77] *Ibid.*, p. 142. <<

[78] *Izvestia*, n.º 134/398 (30 de junio de 1918), p. 3. <<

[79] *Ibid.*, n.º 181/445 (23 de agosto de 1918), p. 2. <<

[80] *Ibid.*, n.º 190/454 (4 de septiembre de 1918), p. 5. <<

[81] *Dekreti*, vol. 3, pp. 291-292. <<

[82] Véase, por ejemplo, cap. 16. <<

[83] *SUiR*, vol. 1 (1917-1918), p. 777. <<

[84] *Izvestia*, n.º 189/453 (3 de septiembre de 1918), p. 4. <<

[85] *Ibid.* <<

[86] *Ezhenedelnik VChK*, n.º 2 (29 de septiembre de 1918), p. 11. <<

[87] *Severnaya komunna*, n.º 109 (19 de septiembre de 1918), p. 2, citado en G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 114. <<

[88] *Krasnaya Gazeta* (1 de septiembre de 1918), citado en G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 108. <<

[89] Karl Radek, en *Izvestia*, n.º 192/456 (6 de septiembre de 1918), p. 1. <<

[90] Grigori Aronson, *Na zare krasnogo terrora*, Berlín, 1929, p. 56. <<

[91] *Cheka i materiali po deiatelnosti Chrezvichainij Komissi*, 1922, p. 80. <<

[92] I. Steinberg, *In the Workshop, op. cit.*, p. 163, y G. Aronson, *Na zare, op. cit.*, p. 27. <<

[93] Véase cap. 12. <<

[94] I. Steinberg, *In the Workshop, op. cit.*, p. 227. <<

[95] *IR*, n.º 9/302 (21 de febrero de 1931), pp. 8-9. <<

[96] Archivo Melgunov, Instituto Hoover, caja 4, carpeta 26, pp. 9-10. <<

[97] *NChS* (Berlín y Praga), n.º 9 (1925), pp. 111-141. <<

[98] D. Venner, *Histoire de l'Armée Rouge*, París, 1981, pp. 111-141. <<

[99] Grigori Zinóviev, en *Ezhenedelnik VChK*, n.º 6 (27 de octubre de 1918), p. 21, y K. Alinin, en *Cheka*, Odesa, 1919, p. 3. Para más detalles sobre el miedo a la Checa entre las filas bolcheviques véase Alfons Paquet, *Im kommunistischen Russland*, Jena, 1919, pp. 124-125. <<

[100] *Pravda*, n.º 216 (8 de octubre de 1918), p. 1. <<

[101] *Petrogradskaya Pravda*, n.º 237/463 (29 de octubre de 1918), p. 1. <<

[102] D. L. Golinkov, *Krusheniye, op. cit.*, vol. 1, p. 232. <<

[103] *Ezhenedelnik VChK*, n.º 3 (6 de octubre de 1918), pp. 7-8. <<

[104] *Vecherniye Izvestia*, n.º 161 (3 de febrero de 1919). <<

[105] N. Moskovski, en *Petrogradskaya Pravda*, n.º 237/463 (29 de octubre de 1918), p. 1. <<

[106] N. Zúbov, *F. E. Dzerzhinski. Biografia*, 3.ª ed., Moscú, 1971, pp. 80-81. <<

[107] Citado en Nikolái Vasílievich Krilenko, *Izvestia*, n.º

25/577 (4 de febrero de 1919), p. 1. <<

[108] Por ejemplo, G. Moroz, en *VS*, n.º 11 (1919), pp. 4-6, y G. Zinóviev en *Ezhenedelnik VChK*, n.º 6 (27 de octubre de 1918), p. 10. <<

[109] G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 69. <<

[110] *Kievskiye Izvestia*, n.º 44 (17 de mayo de 1919). <<

[111] *Dekreti*, vol. 3, pp. 458-459. <<

[112] D. L. Golinkov, *Krusheniye, op. cit.*, vol. 1, p. 232. <<

[113] *Izvestia*, n.º 17/569 (25 de enero de 1919), p. 3. <<

[114] *Vecherniye Izvestia*, n.º 159 (31 de enero de 1919); véase N. V. Krilenko, en *Izvestia*, n.º 25/577 (4 de febrero de 1919), p. 1. <<

[115] *Lenin i VchK, op. cit.*, pp. 144-145. <<

[116] Por ejemplo, N. Nórov, en *Vecherniye Izvestia*, n.º 172 (15 de febrero de 1919). <<

[117] Nikolái Vasílievich Krilenko, *Sud i pravo v SSSR*, citado en Archivo Melgunov, Instituto Hoover, caja 4, carpeta 25. <<

[118] G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 216. <<

[119] *IA*, n.º 1 (1958), pp. 8-9. <<

[120] I. Polikarenko, ed., *Osoboye zadaniye*, Moscú, 1977, gráfico pp. 296-297. <<

[121] G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, pp. 208-209 y 238. <<

[122] S. Liberman, *Building, op. cit.*, pp. 14-15. <<

[123] G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 93. <<

[124] *Ibid.*, p. 210. <<

[125] *Ibid.*, pp. 212-213. <<

[126] León Trotski, en *Izvestia*, n.º 171 (11 de agosto de 1918), p. 1. <<

[127] *IA*, n.º 1 (1958), p. 10. <<

[128] *Dekreti*, vol. 4, pp. 400-402. <<

[129] *Ibid.*, vol. 5, pp. 69-70. <<

[130] *Ibid.*, pp. 174-181. <<

[131] D. J. Dallin y B. I. Nicolaiévski, *Forced Labor in Soviet Russia*, New Haven, 1947, p. 299. <<

[132] *Dekreti*, vol. 5, pp. 511-512. <<

[133] A. Kaminski, *Konzentrationslager, op. cit.*, p. 87. <<

[134] Alexánder Solzhenitsin citado en A. Kaminski, *Konzentrationslager, op. cit.*, p. 87. Véase también James Bunyan, *The Origin of Forced Labor in the Soviet State. 1917-1921*, Baltimore, 1967. <<

[135] *Cheka i materiali, op. cit.*, pp. 242-247. <<

[136] A. Kaminski, *Konzentrationslager, op. cit.*, pp. 82-83. <<

[137] Borís Nikolaiévski, en *SV*, n.os 8-9/732-733 (1959), pp. 167-172, y George H. Leggett, en *Survey*, n.º 2/107 (1979), pp. 193-199. <<

[138] G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 464, y Martin I. Latsis, *Dva goda borbi na vnutrennem fronte*, Moscú, 1920, p. 75. <<

[139] *Otshot Tsentralnogo Upravlenia Chrezvichainij Komissi pri Sovnarkome Ukraini za 1929 god*, Járkov, 1921, en William Henry Chamberlin, *The Russian Revolution 1917-1921*, vol. 2, Nueva York, The Macmillan Company, 1935, p. 75 [hay trad. cast.: *La Revolución rusa, 1917-1921*, Siglo XX, Buenos Aires, 1967]. <<

[140] La cifra menor en K. Alinin, *Tche-Ka* (Londres, s. f.), p. 65; la más elevada en G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 464. <<

[141] W. H. Chamberlin, *Revolution, op. cit.*, vol. 2, p. 75, y G. H. Leggett, *Cheka, op. cit.*, p. 359. <<

[142] Isaac Steinberg, *Gewalt und Terror in der Revolution*, Berlín, Rowohlt, 1974, p. 16. <<

[143] *Ibid*., pp. 138-139. <<

[144] *The Bullitt Mission to Russia*, Nueva York, B. W. Huebsch, 1919, p. 115. <<

[145] Pierre Pascal, *En Russie Rouge*, Petrogrado, 1920, p. 6. <<

[146] International Committee for Political Prisoners, *Letters from the Russian Prisons*, Nueva York, 1925, pp. 2, 15 y 13. <<

[1] A. Ksiunin, en *VO*, n.º 55 (22 de junio de 1918), p. 1. <<

ÍNDICE

La Revolución rusa 3
Agradecimientos 8
Abreviaturas 9
Introducción 14
Primera parte: La agonía del antiguo régimen 26
1. 1905: La convulsión previa 27
2. La Rusia oficial 105
3. La Rusia rural 169
4. La «intelligentsia» 218
5. El experimento constitucional 273
6. Rusia en guerra 344
7. Hacia la catástrofe 409
8. La Revolución de Febrero 476
Segunda parte: Los bolcheviques conquistan Rusia 572
9. Lenin y los orígenes del bolchevismo 573
10. Los bolcheviques pujan por el poder 646
11. El golpe de octubre 732
12. La construcción del Estado de partido único 834
13. Brest-Litovsk 937
14. La internacionalización de la revolución 1002
15. El «comunismo de guerra» 1109
16. La guerra contra el campo 1181
17. El asesinato de la familia imperial 1235

18. El Terror Rojo 1301
Epílogo 1388
Glosario 1391
Cronología 1397
Cien obras sobre la Revolución rusa 1419
Agradecimientos textuales 1430
Ilustraciones 1432
Mapas 1540
Autor 1551
Notas 1553
Notas bibliográficas 1657